

Nino Haratischwili

La octava vida

(para Brilka)



Nino Haratischwili

La octava vida

(para Brilka)

Traducción del alemán de Carlos Fortea

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



@Alfaguara



@Alfaguara_es

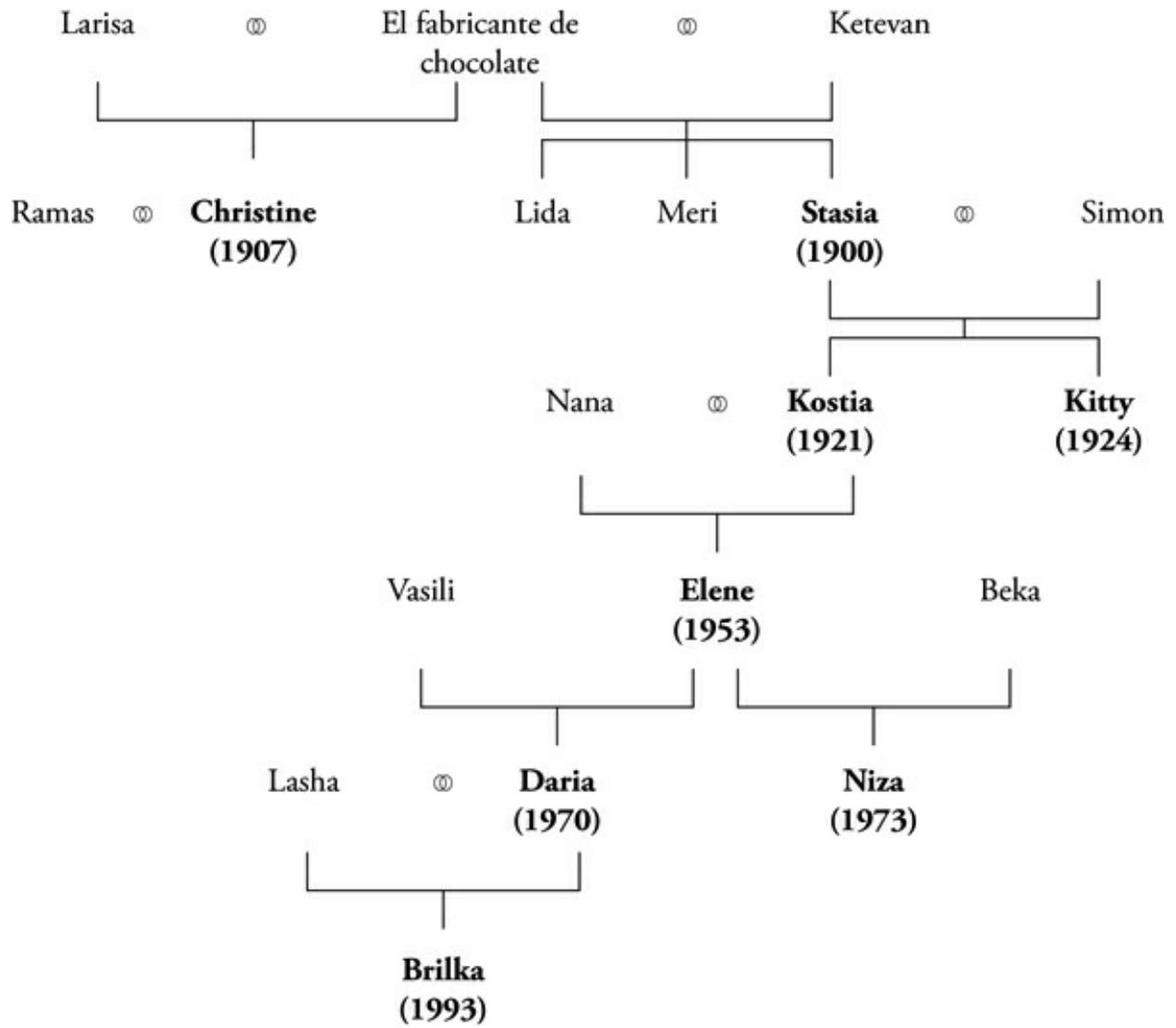


@editorial_alfaguara

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

La autora agradece su apoyo a la Fundación Robert Bosch.

*Para mi abuela,
que me regaló mil historias y un poema.
Para mi padre,
que me dejó una bolsa llena de preguntas.
Y para mi madre,
que me dijo dónde debo buscar las respuestas.*



Son los tiempos los que reinan, no los reyes.

PROVERBIO GEORGIANO

Prólogo o La partitura del olvido

2006

En realidad, esta historia tiene varios comienzos. Me cuesta trabajo decidirme por uno, porque todos dan como resultado *el comienzo*.

Se podría empezar esta historia en un viejo edificio de Berlín, de manera muy poco espectacular, con dos cuerpos desnudos en la cama. Con un hombre de veintisiete años, un músico implacablemente talentoso, que está a punto de hundir su talento en sus caprichos, en el ansia insaciable de cercanía y en el alcohol. Pero también se puede comenzar la historia con una chica de doce años que decide lanzar un «no» a la cara del mundo en el que vive y buscar otro inicio para ella y su historia.

O se puede retroceder muy lejos, hasta las raíces, y empezar allí.

O comenzar la historia con los tres principios a la vez.

En el mismo instante en que Aman Baron, al que normalmente se conocía por el nombre de «el barón» o tan solo «Baron», me confesó que me amaba con una gravedad desgarradora, con una levedad insoportable, con un amor ruidoso hasta el grito y silencioso hasta la mudez —con un amor un tanto enfermizo, débil, desilusionado y esforzadamente duro—, mi sobrina Brilka, que tenía doce años, dejó su hotel de Ámsterdam rumbo a la estación. Tan solo llevaba consigo una pequeña bolsa de deporte, muy poco dinero en metálico y un sándwich de bonito en la mano. Quería ir a Viena, y se compró un billete barato de fin de semana, que servía para trenes regionales. Había dejado en la recepción una nota manuscrita en la que decía que no tenía intención de volver a la patria con el grupo de danza, y que era inútil que la buscáramos.

Justo en ese momento yo encendí un cigarrillo y sufrí un ataque de tos, en

parte porque lo que estaba oyendo me sobrepasaba, en parte por el humo, con el que me había atragantado. Aman, al que yo misma nunca llamaba «el barón», vino enseguida hacia mí, me golpeó la espalda con tanta fuerza que me quedé sin aire, y me miró perplejo. Aunque solo era cinco años más joven que yo, me sentía décadas mayor, y además me encontraba en ese instante en el mejor camino para convertirme en un personaje trágico. Sin que a nadie le llamara la atención, porque me había convertido en una maestra del engaño.

Advertí la decepción en su rostro... Según confesó, no esperaba esa reacción. Sobre todo después de haberme ofrecido ir con él a la gira que iba a emprender en dos semanas.

Fuera empezaba a llover ligeramente, era junio, una tarde cálida de nubes ingravidas, que adornaban el cielo como pequeños copos de algodón.

Cuando superé el ataque de tos y Brilka hubo subido al primer tren de su odisea, abrí la puerta del balcón y me dejé caer en el sofá. Tenía la sensación de estar ahogándome.

Vivía en un país extranjero, había roto el contacto con la mayoría de las personas a las que antaño había querido y habían significado algo para mí, y había aceptado un puesto de profesora visitante que, aunque aseguraba mi existencia, nada tenía que ver conmigo.

La noche en que él me dijo que quería *ser normal conmigo*, Brilka, la hija de mi hermana muerta y mi única sobrina, se encaminó hacia Viena, un lugar que había imaginado como su patria de elección, su utopía personal, y todo por cariño a una mujer muerta. En su imaginación, había convertido en una heroína a esa mujer difunta, mi tía abuela, y por tanto la tía bisabuela de Brilka. Tenía el plan de adquirir en Viena los derechos de las canciones de su tía bisabuela.

Siguiendo las huellas de ese fantasma, esperaba la liberación y la respuesta definitiva al vacío que se abría en su interior. Pero yo entonces no sospechaba todo eso.

Después de haberme sentado en el sofá y haber hundido el rostro entre las manos, después de haberme frotado los ojos y haber evitado la mirada de Aman todo el tiempo que pude, supe que iba a tener que volver a llorar, pero no entonces, no en ese momento en el que Brilka veía pasar por la ventanilla del tren la *vieja, nueva Europa* y, por primera vez desde su llegada al continente, sonreía con indiferencia. No sé qué fue lo que vio al dejar la ciudad con sus diminutos puentes, lo que le hizo sonreír, pero eso ya no es

importante. Lo principal es que sonrió.

Tendría que llorar, pensé justo en ese instante. Para no hacerlo, me volví, me fui al dormitorio y me acosté. No tuve que esperar mucho tiempo a Aman, es fácil curar una pena como la suya cuando se ofrece la curación a través del cuerpo..., sobre todo cuando el enfermo tiene veintisiete años.

Me desperté a mí misma de mi sueño de bella durmiente.

Y mientras Aman apoyaba la cabeza en mi vientre, mi sobrina de doce años abandonaba los Países Bajos y cruzaba, en su compartimento apestado a cerveza de lata y soledad, la frontera alemana. Mientras, a muchos cientos de kilómetros de distancia su tía, que nada sospechaba, fingía amar a una sombra de veintisiete años, y Brilka cruzaba Alemania con la esperanza de avanzar.

Una vez que Aman se quedó dormido, me levanté, fui al baño, me senté al borde de la bañera y me eché a llorar. Con lágrimas seculares lloré el engaño del amor, la nostalgia de la fe en las palabras que antaño tanto habían marcado mi vida. Fui a la cocina, fumé un cigarrillo y dejé vagar la mirada más allá de la ventana. Había parado de llover, y por alguna razón yo sabía que pasaba algo, que algo se había puesto en marcha, algo fuera de la casa de techos altos y libros abandonados. Con esas lámparas que había coleccionado con tanto empeño como sucedáneo del cielo, como ilusión de la verdadera luz. La iluminación de mi propio túnel. Pero el túnel seguía, las luces tan solo me habían proporcionado un consuelo breve, pasajero.

Quizá haya que decir que Brilka era una niña muy alta, casi dos cabezas más alta que yo, lo que no es tan difícil dada mi estatura; llevaba un corte juvenil a cepillo y unas gafas estilo John Lennon, unos vaqueros viejos, y tenía unos ojos redondos que siempre buscaban estrellas, con una frente interminable tras la que se ocultaban muchas preocupaciones. Acababa de huir de su grupo de baile, invitado de gira en Ámsterdam; ella hacía los papeles masculinos, porque era demasiado llamativa, demasiado alta, demasiado sombría para las suaves danzas folclóricas femeninas de nuestra patria. Después de muchos ruegos, al fin le permitieron salir a escena disfrazada de hombre y hacer los bailes más movidos; el año pasado, su larga trenza había sido víctima de ese permiso.

Era capaz de ejecutar *jetés* y escenas de esgrima que siempre le salían mejor que los movimientos ondulantes y ensoñadores de las mujeres. Bailaba y le gustaba bailar, y después de que le permitieran bailar un solo para el

público holandés por lo buena que era, porque era mucho mejor que los chicos que al principio se habían reído de ella, abandonó la compañía rumbo a las respuestas que el baile tampoco podía darle.

La noche siguiente me llamó mi madre, que siempre amenazaba con morirse si yo no regresaba pronto a mi patria, de la que había huido hacía muchos años. Me dijo con voz temblorosa que «la niña» había desaparecido. Pasó un rato hasta que comprendí de qué niña me hablaba y qué tenía que ver conmigo todo aquello.

—A ver, otra vez, ¿dónde estaba ella exactamente?

—En Ámsterdam, ¿qué te pasa? ¿Es que no me oyes? Se largó ayer, dejó una nota. Me llamó la directora de su grupo. Han puesto todo patas arriba y...

—Espera, espera, espera. ¿Cómo puede una niña de once años desaparecer de un hotel, sobre todo si...?

—Tiene doce. Cumplió doce en noviembre. Naturalmente, lo has olvidado. Me habría sorprendido que no lo hicieras.

Di una profunda calada a mi cigarrillo, me preparé para la desgracia que se me venía encima. Porque, a juzgar por la voz de mi madre, no me iba a librar tan de prisa del asunto, y tampoco podría desaparecer, mi ocupación predilecta en los últimos años de mi vida. Me preparé para los inevitables reproches, encaminados todos ellos a hacerme ver la clase de mala hija y la persona fracasada que era. Cosas que sabía demasiado bien incluso sin ayuda de mi madre.

—De acuerdo, ha cumplido doce, lo había olvidado, pero eso no viene al caso. ¿Han llamado ya a la policía?

—Claro, ¿qué te has creído? La están buscando.

—Entonces la encontrarán. Es una niña malcriada con un visado de turista, supongo, y...

—¿Te queda aún una chispa de humanidad?

—Lo siento. Solo intento pensar en voz alta.

—Tanto peor, tratándose de tus pensamientos.

—¡Mamá!

—Van a llamarme. Como máximo dentro de una hora, dijeron, y rezo por que la encuentren, por que la encuentren rápido. Y entonces quiero que vayas dondequiera que esté, no puede haber llegado muy lejos, y quiero que la

traigas.

—Yo...

—Es la hija de tu hermana. Y vas a traerla. ¡Prométemelo!

—Pero...

—¡Hazlo!

—Oh, Dios. Está bien.

—Y no tomes el nombre de Dios en vano.

—¿Ahora resulta que ni siquiera puedo decir «oh, Dios»?

—Irás a buscarla. Y la meterás en un avión.

Esa misma noche la encontraron en una pequeña ciudad de Austria, cerca de Viena, donde estaba esperando para hacer un trasbordo y donde la policía austríaca la detuvo y la llevó a comisaría. Mi madre me despertó y me dijo que debía ir a Mödling.

—¿Adónde?

—Mödling, se llama la ciudad. Apúntalo.

—Está bien.

—Ni siquiera sabes a qué día estamos.

—¡Lo apuntaré! ¿Dónde demonios está eso?

—Cerca de Viena.

—¿Y qué se le ha perdido allí?

—Seguramente quería ir a Viena.

—¿Viena?

—Sí, Viena. Tiene que sonarte.

—Lo he entendido.

—Y llévate el pasaporte. Saben que su tía va a recoger a la niña. Y han apuntado tu nombre.

—¿No pueden meterla en un avión y listo?

—¡Niza!

—De acuerdo, voy a vestirme. Está bien.

—Y llama en cuanto la tengas.

Colgó.

Así empieza esta historia.

¿Por qué Viena? ¿Por qué todo esto después de la noche de mi huida de las lágrimas? Hay una buena razón, pero entonces tendría que empezar a contar

la historia en un punto totalmente distinto.

Me llamo Niza. Mi nombre contiene una palabra que en nuestra lengua materna significa «cielo». *Za*. Quizá mi vida anterior había sido la búsqueda de ese cielo que se me había dado como promesa desde mi nacimiento. Mi hermana se llamaba Daria. En su nombre está contenida la palabra *caos*. *Aria*. El hurgar y remover, el traer la confusión y no remediarla. Estoy en deuda con ella. Estoy en deuda con su caos. Siempre me sentí obligada a buscar mi cielo en su caos. Pero quizá se trata simplemente de Brilka. De Brilka, cuyo nombre no significa nada en la lengua de mi infancia. Cuyo nombre no tiene ni etiquetas ni estigmas. De Brilka, que se dio a sí misma ese nombre e insistió en que se la llamara así hasta que los demás olvidaron el verdadero.

Y, aunque nunca te lo he dicho, me gustaría ayudarte, Brilka, me gustaría tanto, a escribir tu historia de nuevo, de otro modo. Para no limitarme a decirlo, sino también poder demostrarlo, escribo esto. Solo por eso.

Debo estas líneas a un siglo que estafó y engañó a todos, a todos los que tenían esperanza. Debo estas líneas a una larga y duradera traición, que cayó como una maldición sobre mi familia. Debo estas líneas a mi hermana, a la que nunca pude perdonar que aquella noche saliera volando sin alas, a mi abuelo, al que mi hermana arrancó el corazón, a mi bisabuela, que bailó un *pas de deux* para mí cuando tenía ochenta y tres años, a mi madre, que buscaba a Dios... Debo estas líneas a Miro, que me infectó de amor como si fuese veneno, debo estas líneas a mi padre, al que nunca pude conocer de verdad, debo estas líneas a un fabricante de chocolate y un primer teniente blanco y rojo, a la celda de una prisión, pero también a una mesa de operaciones en mitad de un aula, a un libro que nunca hubiera escrito si... Debo estas líneas a las infinitas lágrimas vertidas, me debo estas líneas a mí misma, que abandoné mi patria para encontrarme, y me perdí cada vez más; pero, sobre todo, te debo estas líneas a ti, Brilka.

Te las debo porque mereces la octava vida. Porque dicen que el número ocho equivale a la eternidad, al eterno retorno. Te regalo mi ocho.

Nos une un siglo. Un siglo rojo. Para siempre y ocho. Estás en él, Brilka. He adoptado tu corazón. He tirado el mío. Acepta mi ocho.

Eres la niña mágica. Lo eres. Atraviesa el cielo y el caos, atraviésanos a todos nosotros, atraviesa estas líneas, atraviesa el mundo de los fantasmas y

el mundo real, atraviesa la inversión del amor, de la fe, acorta los centímetros que siempre nos separaron de la felicidad, atraviesa el destino que no fue.

Atraviésanos a ti y a mí.

Sobrevive a todas las guerras. Cruza todas las fronteras. Te dedico todos los dioses y todas las coronas de flores, todas las quemaduras, todas las esperanzas decapitadas, todas las historias. Atraviésalas. Porque tienes los medios para hacerlo, Brilka. El ocho, piensa en él. En esa cifra quedaremos enredadas para siempre y podremos oírnos la una a la otra a través de los siglos.

Tú podrás.

Sé todo lo que fuimos y lo que no fuimos. Sé un teniente, una funambulista, un marinero, una actriz, un cineasta, una pianista, una amante, una madre, una enfermera, una escritora, sé roja y blanca o azul, sé caos y cielo y sé ella y yo y no seas nada de eso pero, sobre todo, baila innumerables *pas de deux*.

Atraviesa esta historia, y déjala atrás.

Nací el 8 de noviembre de 1973, en una clínica rural indigna de mención, en las cercanías de Tiflis, Georgia.

Es un país pequeño. Es hermoso, a eso no tengo nada que objetar, incluso tú estarás de acuerdo, Brilka. Con montañas y una costa rocosa junto al mar Negro. Sin duda, la costa se ha recortado un poco a lo largo del último siglo, gracias al gran número de guerras civiles, estúpidas decisiones políticas, conflictos llenos de odio, pero una hermosa parte de ella aún sigue allí.

Aunque conoces demasiado bien la leyenda, Brilka, en este punto me gustaría mencionarla brevemente para que tengas claro adónde quiero ir a parar; la leyenda según la cual nuestro país nació de la siguiente forma:

Un día hermoso y soleado, Dios dividió en países el globo terráqueo que acababa de inventar (tuvo que haber sido mucho antes de la construcción de la torre de Babel), y organizó un mercado anual en el que la gente pujó a voz en cuello, compitiendo por obtener el favor de Dios, con la esperanza de conseguir así el mejor trozo de tierra (sospecho que los italianos fueron los más eficaces en el arte de impresionar, y los habitantes de Chukotka no se las arreglaron bien). Después de un largo día, el mundo quedó dividido en muchos países y Dios cansado. Pero Dios —tan sabio como siempre— se

había reservado, como es natural, una especie de lugar de vacaciones, el trocito de tierra más hermoso: rico en ríos, cataratas, jugosos frutos y —tuvo que haberlo sospechado— el mejor vino del mundo. Cuando los humanos, emocionados, se pusieron en camino hacia su nueva patria, el buen Dios se dispuso a descansar a la sombra de un árbol donde descubrió a un hombre roncando (seguro que tenía bigote y una confortable panza, al menos siempre me lo he imaginado así). No había estado presente en el reparto, y Dios se sorprendió. Lo despertó y le preguntó qué estaba haciendo allí, y por qué no le interesaba tener una patria propia. El hombre sonrió suavemente (tal vez ya se había permitido uno o dos vasitos de vino tinto) y dijo (hay distintas versiones de la leyenda, pero vamos a ponernos de acuerdo en esta) que estaba muy contento, lucía el sol, hacía un día espléndido, y se conformaría con lo que a Dios le quedara para él. Y Dios, tan bondadoso como siempre, impresionado por la tranquilidad y la falta de ambición del hombre, le regaló su propio paraíso de vacaciones, es decir, Georgia, el país del que venimos tú, Brilka, yo y la mayoría de las personas de las que voy a hablar en nuestra historia.

Lo que quiero decir con esto es: piensa que esa tranquilidad (léase pereza) y la falta de ambición (la falta de argumentos) en nuestro país se consideran cualidades realmente sublimes. Piensa también que la profunda identificación con el buen Dios (por supuesto, el Dios ortodoxo y ningún otro) no impide a los habitantes de este país creer en todo lo que parezca, aunque solo sea parcialmente, mítico, misterioso o legendario..., y eso no tiene por qué ser solo la Biblia.

Ya se trate de los gigantes de las montañas, los fantasmas domésticos, el mal de ojo, que puede precipitar a la desgracia a las personas, los gatos negros y la maldición que llevan consigo, el poder de los posos del café o la verdad que solo revelan las cartas (tú misma decías que hoy día incluso se rocían con agua bendita los coches nuevos para prevenir en lo posible los accidentes).

El país que una vez fue la dorada Cólquida, que tuvo que dar a los griegos el secreto del amor en forma de vellocino de oro, porque la terca hija del rey, Medea, enamorada hasta perder el juicio, así lo ordenó.

El país que favorece en sus habitantes cualidades amables, tales como la

sagrada hospitalidad, y menos amables, como la pereza, el oportunismo y el conformismo (la mayoría no lo ve así, también en eso estamos las dos de acuerdo).

El país en cuya lengua no hay género (lo que en absoluto puede confundirse con la igualdad).

Un país que en el siglo pasado, después de ciento treinta y cinco años de protectorado zarista y ruso, durante exactamente cuatro años, consiguió instaurar una democracia, hasta que fue otra vez derrocada por los bolcheviques —en su mayoría rusos, pero también georgianos— y proclamada República Socialista de Georgia y por tanto parte de la Unión Soviética.

En esa *Unión* permaneció el país durante los siguientes setenta años.

Siguieron a esto varios cambios radicales, manifestaciones aplastadas de manera sangrienta, varias guerras civiles, y finalmente la anhelada democracia, aunque la denominación siga siendo cuestión de perspectiva y de interpretación.

Creo que nuestro país puede ser muy cómico (y con eso quiero decir no solo trágico). Que en nuestro país el olvido también es muy posible, unido a la represión. La represión de las propias heridas, de los propios errores, pero también del dolor injustamente causado, de la opresión, de las pérdidas. Aun así, se alza la copa y se ríe. Me parece impresionante, en vista de las pocas cosas alegres que el último siglo ha traído consigo, y cuyas consecuencias sigue sufriendo la gente incluso hoy (¡aunque en este punto te oigo contradecirme!).

Es un país del que proceden, además de los grandes verdugos del siglo xx, muchas personas maravillosas, a las que yo misma amaba y amo mucho. Algunas de ellas han huido, algunas se han extraviado en la búsqueda, algunas ya no viven, algunas han vuelto, algunas ya han dejado atrás sus mejores días, o siguen esperándolos, pero la mayoría no ha conocido ninguno.

Un país que hasta hoy sigue llorando su edad de oro, entre los siglos x y XIII, y espera recobrar algún día el esplendor de antaño (sí, en nuestro país progreso significa al mismo tiempo regreso).

Las tradiciones parecen un pálido reflejo de lo que fueron. La aspiración a la libertad es como una búsqueda insensata de inciertas orillas, sobre todo

porque en los últimos dieciocho años ni siquiera han podido ponerse de acuerdo en qué se entiende exactamente por libertad.

Así, el país en el que vine al mundo hace treinta y dos años es hoy como un rey, sentado en su trono con una reluciente corona y un espléndido manto, que da órdenes, impera y reina... sin darse cuenta de que hace mucho tiempo que toda su corte ha huido, y está solo.

No causes problemas; ese es el mandamiento supremo en este país. Tú me lo dijiste una vez en nuestro viaje, y lo anoté (he anotado todo lo que me dijiste en nuestro viaje, Brilka).

Y añadido esto:

Hazme el favor de vivir como vivieron tus padres, trata de estar sola pocas veces, si es posible nunca. Estar solo es inútil y peligroso. El país idolatra a la comunidad y desconfía del solitario. Intégrate en grupos de amigos, en comunidades familiares y grupos de intereses... Sola valdrás muy poco.

Reprodúctete, somos un país pequeño y tenemos que subsistir; ese mandamiento es equivalente al primer mandamiento. Siéntete siempre orgullosa de tu país, nunca olvides tu lengua, encuentra el extranjero (da igual cuál sea) hermoso, emocionante e interesante, pero nunca, nunca, nunca mejor que tu patria.

Encuentra siempre vicios y peculiaridades en otras naciones que en Georgia serían por lo menos escandalosas, y altérate por eso: la codicia en general, es decir, la falta de voluntad de dar todo tu dinero a la comunidad; la falta de hospitalidad, es decir, la falta de voluntad de cambiar toda tu vida para cada visita; la débil disposición a comer y beber, es decir, la incapacidad de beber hasta caer redondo; la falta de talento musical..., por mencionar algunas de esas peculiaridades.

Muéstrate abierta, tolerante, comprensiva y muy interesada en otras culturas, mientras estas respeten y afirmen siempre la singularidad y peculiaridad de tu patria.

Sé creyente (una renovación en los últimos dieciocho años), ve a la iglesia, no hagas ninguna pregunta que tenga que ver con la Iglesia ortodoxa; no pienses por ti misma, santíguate cada vez que veas una iglesia (¡esto está muy *en vogue*, dijiste!), esto es, unas diez mil veces al día, si estás en la capital. No critiques nada que sea sagrado..., es decir, prácticamente todo lo que tiene que ver con este país.

Sé alegre y jovial, porque esa es la mentalidad del país, y en nuestra

soleada Georgia no gustan los tristes. También eso lo sabes muy bien.

No engañes nunca a tu marido y, si tu marido te engaña, perdónale, porque es un hombre. Vive sobre todo para los demás. Porque los demás siempre saben mejor que tú lo que es bueno para ti.

Por último, quiero añadir que, a pesar de mis años de lucha por este país y con este país, no he conseguido sustituirlo, expulsarlo de mí como un mal espíritu que te asalta. Ningún ritual purificador, ningún exorcismo me ha servido hasta ahora, porque allá donde iba, alejándome cada vez más de este país, buscaba ese amor derrochado, esparcido a mi alrededor, despilfarrado y sin utilizar, que he dejado allí.

Sí, es un país que no quiere mostrar ambición, al que le gustaría que todo le viniera dado, porque es muy amable, simpático, alegre y jovial, y capaz (en los días buenos) de provocar una sonrisa al mundo.

Así que vine al mundo en este país, el 8 de noviembre de 1973. A un mundo que estaba ocupado en otras cosas, como para que mi llegada llamara demasiado la atención. El escándalo Watergate, las campañas antibélicas contra Vietnam, el golpe militar en Grecia, la crisis del petróleo y Elvis mantenían en marcha el mundo occidental, mientras la parte oriental se hundía en un sordo estancamiento bajo Brézhnev y la Nomenklatura soviética. Un estancamiento que incluía mantener el poder por todos los medios y por tanto el rechazo a toda clase de reformas, y que cerraba cada vez más los ojos a la floreciente corrupción y al mercado negro.

De un modo u otro, en ambas partes del mundo se oyó por vez primera «The Great Gig in the Sky» de Pink Floyd. En el Oeste en público, en el Este en secreto.

Y Vysotski habría de cantar, sobre aquellos tiempos:

*El circo eterno donde,
como pompas de jabón,
las promesas explotan;
que se alegre quien pueda.
¿Grandes cambios?
Nada más que frases.
No me gusta todo esto,*

me da asco.

Aparte de mi nacimiento y la caída de mi hermana, aquel día no pasó nada especial. Salvo quizá el hecho de que aquel día mi madre, en su eterna guerra con mi padre y en la eterna esperanza de entender a los miembros femeninos de su familia, perdió la paciencia y empezó a gritar.

—¿Es que eres una puta? —le rugió mi abuelo, y mi madre respondió llorando, a gritos:

—¡Si acaso, una hija de puta!

Dos horas después comenzaron los dolores de parto.

En la disputa estuvieron involucrados: mi imperativo abuelo, mi infantil abuela y mi madre, que estaba perdiendo cada vez más el control de su vida.

El otro acontecimiento excepcional del día, justo antes de que empezaran las contracciones, fue la conmoción cerebral de mi hermana mayor, que tenía casi tres años y medio.

Algunos días antes, había ido con nuestro abuelo a la yeguada cercana, y allí se había enamorado de los caballos árabes y de los ponis daguestaníes, de manera que el día en que nací mi abuelo la había subido a un poni, y la sujetaba sin mucha fuerza por el talle, cuando de repente el poni echó a correr y tiró a la niña. Todo fue tan rápido que mi abuelo no logró atraparla. Cayó como una pesada calabaza al suelo que, aunque estaba cubierto de paja, estaba más que duro para mi tierna y rosada hermana.

Mientras mi abuelo se lanzaba desesperado a recoger a su nieta, acusaba al criador de caballos y le amenazaba con cerrar «todo el chiringuito», mi madre empezó a gemir, revuelta por la disputa y las hirientes palabras, que todavía resonaban en la Casa Verde, la casa de mi infancia. Mi abuela, que en tan ruidosos enfrentamientos —y en verdad había muchos— entre su marido y su hija asumía el papel de una especie de árbitro y, al no tomar partido, no hacía más que aumentar la rabia de ambas partes, corrió enseguida a la cocina, donde estaba mi madre, y, sin decir nada, agarró el macizo teléfono que pendía de la pared.

Los trabajos de parto duraron exactamente ocho horas.

En el mismo instante en que mi madre llegaba al hospital local, acompañada de su corpulenta madre, mi hermana Daria, a la que la mayor parte de las veces llamábamos Daro, Dari o Dariko, ingresaba también en el hospital.

«¡Aaahhh!», gritaba Daria. Y «¡Aaahhh!», gritaba su madre. «¡Mamáááá!», aullaba Daria, y su madre gemía: «¡Mamáááá!».

Mi abuelo metió a su hija en el Lada blanco —dado que su querido vehículo de coleccionista Chaika (la «Gaviota», cuyo nombre oficial era GAZ 13 y que estaba reservado tan solo a la élite soviética), que cuidaba y quería como a un hijo, era demasiado lento para la carretera— y se dirigió a toda prisa al mejor hospital de Tiflis, donde certificaron que Daria sufría una leve conmoción cerebral. Y que yo, unos kilómetros más allá y algunas horas después, había venido al mundo.

Mis gritos obligaron a mi agotada madre a levantar la cabeza, mirarme y observar que no me parecía a nadie, para luego volver a dejarse caer en la improvisada silla de partos.

Mi abuela fue la primera en hacerse cargo de mí con plena conciencia: juzgó que era «un bebé con una necesidad sobrenatural de armonía», al fin y al cabo había venido al mundo en medio de una disputa.

En lo que se refiere a la necesidad de armonía, iba a equivocarse de cabo a rabo.

Mi abuelo, que había vuelto a llevar a casa a mi hermana desde el hospital —le habían prescrito reposo en su domicilio—, recibió por teléfono la noticia de que yo, «escuálida y morena», estaba allí y gozaba de una «salud estable». Se sentó en la terraza, se envolvió en su vieja chaqueta de marinero, por la que mi hermana y yo tanto íbamos a discutir en el futuro, y no hizo más que mover de un lado a otro la cabeza.

Mientras su madre horneaba un pastel de bienvenida, sacaba de la bodega su queridísimo licor de frutas (en esta ocasión, de cereza amarga) y planeaba una fiesta por mi nacimiento, mi abuelo seguía inmóvil, desconcertado ante el nuevo acto vergonzoso de su hija, y no alcanzaba a hacer otra cosa que mover la cabeza. Mi llegada al mundo le obligaba a volver a dar a una nieta su propio apellido, es decir «Dzhashi», porque yo había sido engendrada fuera del matrimonio. Esta vez no solo con un desertor y traidor a la patria, como en el caso del progenitor de mi hermana, sino sencillamente con un criminal, que cuando yo nací estaba en la cárcel.

—Esta niña es un producto de la desvergüenza de Elene, de su depravación, y sella mi definitiva derrota en la lucha por su honor, así que no tengo ningún motivo para alegrarme o celebrar nada. La niña, aunque no tenga la culpa, es la encarnación de todo el mal que su madre ha traído a esta

casa —esa fue su primera frase, por fin, después de que su madre, mi bisabuela, le insistiese para que hiciera el favor de mostrar una reacción a la llegada de su segunda nieta.

Bueno, en aquel momento no le faltaba razón, y en vista de las circunstancias en las que nací no se lo puedo recriminar.

Los cinco días que pasé con mi madre en el hospital, durante los cuales mi abuela iba a diario a visitar a su hija con caldo de pollo y verduras en conserva, mi abuelo se quedó en casa, a la cabecera del lecho de Daria, que no podía entender por qué no le permitían levantarse, y la entretuvo con toda clase de historias, juegos, series de dibujos animados (había puesto en su cuarto un aparato extra de televisión), y ni Daria supo de mi existencia ni mi madre de la conmoción cerebral de su primogénita.

Daria era la niña idolatrada y admirada en el reino de nuestro poderoso abuelo, destinada a ser elevada a los cielos y observada con veneración. Hasta que... Pero me estoy adelantando, para eso aún tendrían que pasar muchos años en los que ella habría de encarnar con éxito el papel de la joya ensalzada por todos.

Sin embargo, a pesar de esas circunstancias, del reparto de papeles radicalmente opuesto que nuestro abuelo y cabeza de familia nos asignó desde un principio, desde el día en que me llevaron del hospital a casa tuve asegurada una ventaja para siempre: conté con el amor loco e incondicional de mi bisabuela Stasia. Era para mí, solo para mí. Mi bisabuela me dio el amor que durante décadas había negado a todos los demás, que tan solo daba a duras penas, contenido, oculto y casi titubeante, y sobre todo no a su propio hijo. Pero a mí me lo otorgó, esta vez de manera ostentosa, ruidosa, casi obsesiva, pueril, desbordante. Como si llevara todos aquellos años esperando mi llegada, como si lo hubiera reservado para mí.

El día en que, frágil, arrugada y en absoluto bonita, me llevaron a casa, fue el día en el que Anastasia —ese era su nombre completo— abandonó su castillo insonorizado y salió a la luz del día, a dar la bienvenida a mi fea poquedad. Ya no era tan remota y poco entusiasta como había sido durante muchos años, porque algo cambió de golpe cuando me tomó en sus brazos y cerró los ojos.

Y, cuando despertó de su estado sonámbulo y miró por fin a su bisnieta,

dijo:

—Es una niña distinta, una niña especial. Necesita mucha protección y mucho margen.

Y todos se dieron una palmada en la frente y gimieron. La anciana demente había despertado a la vida, y no se sabía del todo si eso era algo de lo que alegrarse o que acabarían lamentando.

Por el momento, también a mí se me concedió la oportunidad de idolatrar a mi hermana mayor.

En mi vida anterior, me han preguntado a menudo si su belleza, su popularidad, la admiración que todo el mundo sentía por ella me han hecho sufrir. Pero no fue así. A pesar de todas las dificultades que nos acompañaron a Daria y a mí durante nuestra infancia y adolescencia, aunque nos atormentásemos, casi torturásemos, aunque a duras penas nos perdonásemos nuestros errores, todo eso ocurría tan solo porque nos queríamos hasta la locura.

Sí, yo siempre enmudecía cuando era niña y Daria me rondaba, cuando consideraba la posibilidad de tocarme la cabeza o hacerme cosquillas en la nariz. No podía hacer nada más que idolatrar a Daria, como todos los que nos rodeaban.

Quizá ahora tendría que intentar explicar su magia, cruel e incomprensible, diciendo que Daria tenía el pelo dorado. Y quiero decir realmente dorado. Quizá que Daria tenía los dos ojos distintos, inconcebiblemente distintos e inconcebiblemente fascinantes, uno azul cristalino y el otro avellanado. Que tenía una sonrisa encantadora y una voz inusualmente profunda y ronca para una niña tan dorada, como la de un chico rechoncho y ofendido. Pero eso lo haría todo demasiado fácil, no sería suficiente.

Aunque mi abuelo quería tanto a Daria y sentía mi nacimiento como una especie de desvergüenza, porque amenazaba el reinado exclusivo de Daria, y aunque yo lo noté desde el principio, eso no cambió nada el hecho de que yo buscaba y necesitaba la proximidad de mi hermana.

Yo era una niña fea (una aprende deprisa a luchar por la belleza).

Stasia, como siempre se hacía llamar Anastasia, había sido una mujer

singular, no tan extraordinaria y vertiginosamente bella como su hermana menor, Christine, pero cuando nació la belleza de mi bisabuela se había convertido en algo surrealista, sonámbulo. Había redescubierto el ballet, y con ello estaba redescubriendo su juventud.

Hacíamos muy buena pareja.

Sí, debo mucho a Stasia, aunque sin duda hubo momentos en mi infancia en los que me hubiera gustado echar atrás aquel despertar. En los que sentí su amor como una maldición y deseé a menudo no contar con él como estafalaria indemnización por todas las otras muchas privaciones de mi niñez. Pero, en líneas generales, gracias a ella aprendí a vivir, a bailar en la cuerda floja cuando todo estallaba a mi alrededor, en una cuerda floja tensada por encima de todos los árboles, por encima de todas las torres, flotando sin miedo... porque, al caer, se abren los brazos, y se vuela. Gracias a ella aprendí a maldecir (una cualidad muy poco reconocida: la capacidad de maldecir bien en tiempos en los que el mundo se tambalea a tu alrededor). Gracias a ella aprendí a buscar escapatorias en la falta de escapatorias, a escalar las paredes cuando los puentes se derrumbaban y a reír *como un soldado*. Sobre todo, siempre que no había nada de lo que reír.

Gracias a ella pude apartar de mí muchas maldiciones como si fueran molestos ropajes, y gracias a ella pude romper falsas aureolas de santidad. Todo eso y mucho más le debo a Stasia, con la que en realidad empezó todo...

Algo que Stasia me ha dado, y que quizá sea lo que me ha marcado de forma más duradera, es la historia del tapiz: una mañana de lluvia —yo estaba en segundo o tercer curso— en la que me quedé en la Casa Verde, porque me había acatarrado, descubrí a Stasia en el desván, de construcción siempre inacabada. Allí había un balcón sin asegurar, ancho como una terraza pero sin barandilla, al que las niñas siempre habíamos tenido prohibido salir, pero que era donde más a gusto estábamos, y adonde íbamos en secreto con bastante frecuencia. Ahora Stasia estaba en ese balcón, y sacudía un tapiz comido de polillas, con un maravilloso dibujo y en tonos granates. Yo nunca lo había visto antes.

—Quédate donde estás. ¡No te acerques! —me ordenó al verme.

—¿Qué haces aquí?

—He decidido restaurar este tapiz.

—¿Qué significa restaurar? —pregunté yo, y me detuve ante ella, fascinada.

—Voy a hacer que este viejo tapiz vuelva a ser nuevo, y lo voy a colgar. Perteneció a nuestra abuela, y Christine lo heredó. Nunca le gustó, así que me lo dio a mí, pero tampoco yo he sabido apreciarlo hasta que yo misma he envejecido. Es un tapiz muy antiguo y valioso.

—¿Se puede volver nuevo algo viejo?

—Claro que se puede. Lo viejo se vuelve nuevo, es decir distinto, nunca vuelve a ser exactamente lo que era, ni ese es el objetivo. Es mejor y más interesante que algo se transforme. Lo volveremos nuevo, lo colgaremos y veremos qué pasa.

—Pero ¿para qué? —pregunté yo.

—Un tapiz es una historia. En él se ocultan a su vez otras innumerables historias. Ven, con mucho cuidado, cógete de mi mano, así, bien, ahora mira, ¿ves el dibujo?

Yo miré fijamente los ornamentos de colores sobre la superficie roja.

—Todo esto son hilos individuales. Cada hilo es una historia, ¿me comprendes?

Asentí con devoción, aunque no estaba segura de entenderla.

—Tú eres un hilo, yo soy un hilo, y juntas somos un pequeño adorno, y al juntarnos con muchos otros hilos damos un dibujo como resultado. Todos los hilos son distintos, de distinto grosor o finura, de distintos colores. Los patrones son difíciles de descifrar de uno en uno pero, si se contemplan en su conjunto, nos ofrecen muchas cosas fantásticas. Mira aquí por ejemplo. ¿No es maravilloso? ¡Ese ornamento es sencillamente fabuloso! A eso se añaden el grosor y el número de los nudos, las diferentes estructuras de color..., todo eso da como resultado la textura. Creo que es una buena imagen. En los últimos tiempos, pienso mucho en esto, y a menudo. Los tapices están tejidos con historias, así que hay que guardarlos y cuidarlos. Aunque este haya permanecido años almacenado como pasto para las polillas, ahora tiene que revivir y contarnos sus historias. Estoy segura de que también nosotras estamos entretejidas en él, aunque nunca lo habríamos supuesto.

Y Stasia golpeó con todas sus fuerzas el pesado tapiz. Nunca he olvidado esa lección.

No sé si en este punto debo dar las gracias a Stasia, porque con ese

conocimiento más o menos me condenó a sucumbir a las historias, a buscar como una posesa durante años las historias *detrás* de las historias, como si fueran las distintas capas de un valioso tapiz.

Así empiezo yo aquí, consolándome un poco a mí misma, como un niño que tiene miedo y aprieta su juguete favorito. Porque tengo miedo. No sé si podré hacer justicia a lo que quiero intentar contarte, si podré hacerte justicia a ti, Brilka.

Y tengo miedo a estas historias. Estas historias que siempre discurren de forma paralela, caótica; que pasan a primer término, se esconden y se interrumpen unas a otras. Porque se anudan y atraviesan, se rodean, se solapan y se espían entre sí, se traicionan y llevan a la confusión, dejan huellas, las borran, y sobre todo albergan en su interior otros miles de historias.

No sé si yo misma lo he entendido todo y he comprendido sus relaciones, pero debo tener esperanza y llegado el caso, cuando todas las cuerdas se rompan y todos los puentes se derrumben, de nuevo extenderé los brazos y confiaré en que si caigo, conseguiré de un modo u otro alzar el vuelo.

Empezaré por Stasia para llegar hasta ti, Brilka.

Me dijeron que vino al mundo en el invierno más frío del incipiente siglo xx. Tenía mucho pelo, se le podían hacer hasta trenzas, me contaron. Y, con el primer grito, en realidad ya bailó. Había reído al gritar, como si gritara más para tranquilizar a los adultos, los padres, la comadrona, el médico rural, que porque necesitara hacerlo.

Y, con sus primeros pasos, ya había apuntado un *pas de deux*. Y siempre le había gustado el chocolate. Y antes de saber decir «padre» ya había balbuceado «madame Butterfly». Y había descubierto muy pronto los gramófonos y poseído los discos más recientes antes de saber leer y escribir bien, y los cantaba y bailaba. Y Eleonora Duse había sido su favorita. Y había sido más despierta y locuaz que sus dos hermanas. Y la más alegre e inteligente.

Pero en esas historias suele contarse esto y aquello.

Amaba los libros y las bellas artes, aunque sobre todo había pasado el tiempo bailando. Y bailando había hecho perder la cabeza al primer teniente

de la Guardia Blanca en el baile de año nuevo del alcalde, en su primer baile, en el que había dado una impresión fresca y juvenil, casi provocadora, habría podido decirse. Y llevaba las trenzas, las largas trenzas, en torno a la cabeza, brillando a su alrededor como la aureola de un santo, en torno a la frente de porcelana. Resplandecía de tal modo que él se había enamorado de ella. Con un amor inmortal, naturalmente, para siempre.

Y había sido la mejor amazona montando a horcajadas, y eso había impresionado al teniente. Mucho, en realidad. Y se había interesado por las medias azules y había querido formarse en baile, en París, en los Ballets Rusos. Como ella ya tenía diecisiete años, él había pedido su mano, y entonces había llegado la revolución y había amenazado con separarlos. Poco antes de partir él hacia Rusia, ella había tenido miedo, había olvidado los Ballets Rusos y las medias azules y se había desposado con él. En la pequeña iglesia, en presencia de sus hermanas y del sacerdote Seraphim. Habían pasado la noche de bodas en una posada no lejos de la estepa, en las cercanías de un monasterio rupestre, tan solo ellos dos, la noche, las cuevas, las piedras. Así había sido.

Naturalmente, ella habría tenido que quedarse embarazada enseguida, la mayoría de las veces eso es lo que ocurre en esas historias, pero en esta ocasión no fue así.

Una y otra vez, antes, ella había pedido permiso a su padre, el fabricante de chocolate, para ir a París y aprender allí el hermoso arte de la danza, y él siempre había respondido que no era decoroso cabalgar a horcajadas y menos aún hacer vulgares torsiones con el cuerpo en una ciudad desconocida.

Así que se fue con su esposo a Petrogrado, y no a París. Y solo mucho más tarde, después de numerosos extravíos y padecimientos, regresó a su cálida patria.

Allí, donde muchas décadas después íbamos a nacer tú y yo, Brilka. Aquí termina por el momento la leyenda, y comienzan los hechos. El niño, el hijo mayor de los dos que tuvo, se convirtió en un hombre, y este engendró una hija. La hija se convirtió en mujer, y nos parió a Daria y a mí. Y Daria te tuvo a ti, Brilka. Las mujeres, los tenientes, las hijas y los hijos están muertos, y la leyenda, tú y yo vivimos. Así que tenemos que intentar hacer algo con eso.

I. Stasia

*No, no se puede escapar bajo estrellas lejanas.
El ala ajena no calienta mucho tiempo.
Entonces estaba entre mis iguales.
Allá donde también mi pueblo se hundía en la desdicha.*

ANNA AJMÁTOVA

Llamaron a la puerta, y ninguna de sus hermanas abrió. Tiraron de la campanilla una y otra vez, y ella siguió mirando inmóvil el jardín. Llevaba lloviendo toda la mañana, y eso hacía su humor accesible a todo el mundo, visible. La lluvia, el cielo gris, la tierra húmeda se mostraban desnudos y permitían al mundo entero ver sus heridas.

El padre aún no había llegado, y la madrastra había ido con la pequeña a comprar telas, en el nuevo y lujoso coche de papá. Llamó a sus hermanas: nadie respondió. Entonces, se incorporó lentamente y se forzó a bajar las escaleras para abrir la puerta.

En el umbral había un hombre joven, de uniforme blanco. Nunca lo había visto antes, y se apartó, algo confusa, de la pesada puerta de encina.

—Buenos días, usted debe de ser Anastasia. ¿Me permite presentarme? Simon Dzhashi, primer teniente de la Guardia Blanca, y amigo de su padre. Tenemos una cita, ¿puedo pasar?

Así que no era un simple oficial, ni siquiera un teniente, sino un primer teniente. Se limitó a asentir en silencio y le tendió la mano. Era un hombre de buena presencia, alto y de hombros anchos, de miembros esbeltos y manos huesudas, bastante peludas, que no encajaban con ese señor tan arreglado; parecía como si la naturaleza se abriera paso a través del uniforme.

Se quitó la gorra, que se le asentaba perfectamente en la cabeza y que a ella le pareció un poco ridícula, y entró. Ella se preguntó dónde estaban todas las

demás, la casa entera parecía como muerta, solo ahora se daba cuenta.

De la cocina venía olor a café y bollos, pero no había nadie. Llevó al huésped hasta la sala de recibir, la puerta que daba al jardín estaba abierta. La lluvia entraba en la habitación y los visillos blancos flameaban al viento húmedo. Se lanzó hacia la puerta y la cerró con precipitación. La lluvia era una amenaza para ella, al verla tenía ganas de llorar, algo inimaginable en presencia de aquel desconocido.

Reparó en que él la había reconocido y llamado por su nombre, aunque eran cuatro hermanas. Y sin embargo, nunca había estado allí, lo veía en su mirada, que vagaba curiosa por la estancia. Era una trampa. Sí, eso era. Ahora comprendía el repentino vacío en la casa. Así que era él. De él se trataba. Él era el dios iracundo responsable de castigarla. Él era el garante del futuro. Él era el matarife, él era el verdugo. Palideció y salió de la estancia tambaleándose.

—¿Va todo bien? —gritó él a su espalda.

—Oh, sí, sí. Tan solo voy a traerle un café y unos bollos. Le gusta el café, ¿verdad? —respondió ella desde la cocina, donde se había apoyado en la pared y se secaba las lágrimas con las mangas.

Ya nada volvería a ser como era. Y lo había comprendido de golpe, de golpe había podido cerciorarse de que la infancia había terminado. De que de pronto tendría otra vida, que todo, todos sus sueños, deseos, visiones, iba a reducirse a ese hombre, a ese uniforme ruso de color blanco, probablemente un subordinado del gordo e iletrado gobernador de Kutaisi, ¡qué horror!

Tenía ganas de vomitar, pero el café humeaba ya en la cafetera, y la tarta de chocolate de la confitería de papá, cortada en trozos simétricos, esperaba para ser ofrecida al huésped.

Y así, esa tarta de chocolate se convirtió en el primer sacrificio que ofreció a su verdugo. Para su consumo. Como todas las promesas de futuro que la vida le había susurrado al oído noche tras noche, y que tendría que ofrecerle en sacrificio en el instante en que compartiesen una vida en la que esas promesas no tendrían lugar, en la que serían ajenas, a la que nunca llegarían. Se mordió los labios, y reprimió el dolor que sintió al hacerlo.

Llevó la bandeja de plata con el café humeante y el servicio de porcelana. El hombre se sentaba con las piernas cruzadas en el sillón de papá, y miraba fijamente el verde jardín, empapado y enterrado en densa lluvia, junto con las florecillas primaverales que brotaban del suelo, ansiosas de vida y de calor.

—Oh, exquisito. Su padre es un verdadero genio. Y tan buena persona. Un hombre contenido, un hombre humilde. Hoy en día no se encuentran hombres así. Alguien planta un árbol, y toda la comunidad tiene que enterarse. Nadie hace buenas acciones hoy sin darlas a conocer a los cuatro vientos. Su padre no es así. Estoy muy orgulloso de contarme entre el círculo de sus conocidos. Y su *maman*. Es encantadora.

—Es mi madrastra.

—Oh.

—Sírvese tranquilamente. Tenemos bollos más que de sobra. Aquí nunca faltan dulces.

—Sí, conozco las creaciones de su padre. ¡Esas exquisitas tortitas de almendra, y qué espléndida es su *mousse* de ciruela! Es un auténtico sueño.

—¿Y de qué conoce usted a papá, si me permite preguntar?

—Yo... le hice un favor en una ocasión, por así decir.

—Acaba de decir que si se hace algo bueno, no hay que hablar de ello. Que esa es la auténtica grandeza, o así lo he entendido.

—Es usted muy precisa.

—Sí que lo soy.

—El pastel está delicioso. ¿Por qué no lo prueba?

—Lo tomo todos los días. Gracias.

—Tan solo le hice un favor. No he dicho que con eso cometiera una buena acción.

—Un favor implica que se trata de algo bueno.

—Eso depende del punto de vista, ¿no le parece? Cada cual mira las cosas desde su propia perspectiva, que no necesariamente comparte con el resto.

—No estoy de acuerdo. Hay cosas en las que todo el mundo debería coincidir, y compartir la misma opinión.

—¿Y cuáles serían esas cosas?

—Por ejemplo, que el sol es maravilloso y que la primavera puede hacer milagros, que el mar es profundo y el agua suave. Que la música es mágica cuando se toca bien. Que un dolor de muelas es algo terrible y el ballet, la cosa más bella del mundo.

—Entiendo. Le gusta bailar más que nada, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Y no le gusto porque cree que no comparto con usted esa idea?

—¿Cómo podría saberlo?

—Usted lo cree. Lo sospecha.

—Yo no sospecho nada.

—No le creo.

—Oiga, lo admito: creo que no comparte muchas de mis opiniones, aunque solo sea porque presta servicio en el ejército y no simpatizo con el ejército.
¿De qué se ríe?

—Lo siento. Me divierte usted.

—Ah, qué bien. Al menos uno de nosotros está de buen humor.

—¿Monta usted a caballo?

—¿Cómo?

—Que si monta usted a caballo.

—Sí, naturalmente que lo hago.

—¿A la amazona, entiendo?

—Prefiero el estilo de los hombres.

—¡Espléndido! ¿Daría usted un paseo conmigo por la estepa, mañana?

—Mañana tengo clase de ballet.

—Puedo esperarla.

—No sé.

—¿O tiene miedo?

—¿De qué iba a tener miedo? Desde luego, de usted no.

—Entonces, ¿de acuerdo?

—Oiga, no sé lo que mi padre le ha contado de mí, pero seguro que no es cierto. No sé lo que le ha prometido, pero tampoco estoy segura de poder cumplirlo. Me arriesgo a su ira y a la de mi padre, pero no tengo intención de engañarle. No voy a amarle. ¿De qué se ríe ahora?

—Es usted aún mejor que como la había descrito su padre.

—¿Qué le ha prometido?

—Nada. Solo ha dicho que puedo visitarla de vez en cuando.

—¿Para que más tarde me case con usted, y ya no pueda bailar?

—Para que nos conozcamos.

—Es usted mucho mayor que yo. No es adecuado.

—Tengo veintiocho años.

—Aun así es mucho mayor. Once años es una diferencia de edad muy grande.

—Parezco más joven.

—No sabe nada de danza.

—La vi bailar en el concierto privado de Mikeladze.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Y?

—Lo hizo usted bastante bien.

—¿Bastante bien? Lo hice muy bien.

—Quizá. Sin duda, cree que no entiendo de esto.

—Bueno, cualquier profano tiene derecho a tener una opinión.

—Oh, qué generoso por su parte.

—No lleva usted bigote.

—¿Y qué significa eso?

—No es lo debido.

—Según la última moda, sí.

—Soy conservadora.

—No lo parece.

—Usted no me conoce.

—La he visto, entonces usted tenía catorce años, y estaba escuchando el concierto de violín de los hermanos Maxim. Estábamos sentados el uno junto al otro, y usted estaba tan conmovida que lloraba, y se secaba las lágrimas con las mangas del vestido. No utilizó un pañuelo de seda. Eso me gustó. Y luego salió corriendo de la sala. Y meses después la vi en el circo, que entonces ponía su carpa en las colinas. Y comió una manzana asada y se chupó los dedos. No utilizó un pañuelo de seda, *como es debido*. Y más tarde la vi en el baile de Año Nuevo, era su primer baile, en casa del alcalde. Estaba usted encantadora en su primer baile, pero su pareja era un necio y no sabía llevarla. La pisaba constantemente, y en cada ocasión usted torcía el gesto. Salió y se secó las gotitas de sudor con la punta del vestido. Nada de pañuelos de seda. Luego se sentó en la escalera de piedra y levantó la vista al cielo. Entonces decidí que era hora de conocerla.

—¿Por qué iba yo a querer conocerle a usted?

—Porque tampoco utilizo nunca pañuelo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Alguien que necesita un velo, un objeto, aunque sea de seda, entre sí y el mundo, es que teme a la vida. Tiene miedo de vivir las cosas, de sentir las de verdad. Y yo creo que la vida es demasiado corta y demasiado maravillosa como para no mirarla de verdad, como para no aferrarla de verdad, como para

no vivirla de verdad.

—¿Quiere decir con eso que nos parecemos?

—No, solo quiero decir que tenemos una postura similar ante la vida.

—Aun así, no me casaré con usted y no me iré con usted a Moscú.

—Yo no estoy en Moscú. Estoy aquí.

—Usted sirve a los rusos, no me gustan los rusos. Dicen que pronto habrá sublevaciones. Hay inquietud en Rusia. Hay rumores. Además, también papá fue a Rusia y se trajo de allí una segunda esposa. Sé cómo funciona el mundo.

—¿Y cómo funciona?

—Bueno, para nosotras las mujeres de manera no precisamente ventajosa.

—Una verdadera medias azules, pues.

—¿Qué significa eso?

—En Europa hay mujeres que creen que son iguales a los hombres. Y luchan por sus derechos. Las llaman «medias azules».

—Y tienen razón, si luchan. Pero encuentro ese nombre completamente estúpido.

—Si es así, podemos dar una buena cabalgada por la estepa. Así podremos ver cuán iguales son hombres y mujeres.

—Yo no creo que sean iguales. Yo creo que las mujeres son mejores.

—Tanto mejor. Hasta mañana, entonces.

—Espere..., ni siquiera sabe dónde tomo mis clases de ballet.

—Lo averiguaré. Y presente usted mis saludos a su padre. No hace falta que me acompañe. Una dama realmente emancipada siempre debería estar sentada.

—¿Una dama qué?

—Una que lucha por sus derechos.

Salió, con pasos rápidos y ligeros y una taimada sonrisa. Stasia se quedó petrificada, no podía creer lo que acababa de ocurrir. No se podía querer al propio verdugo, no se podía coquetear con él. No se le podían ofrecer más sacrificios de los necesarios. No se podía cabalgar a horcajadas con él. Y entonces se echó a reír. La lluvia había cesado, y las flores brotaban del suelo. Por todas partes se abría paso la vida, junto con las muchas y dulces promesas. Stasia abrió la puerta que daba al jardín y salió. La tierra estaba húmeda, y se le clavaron los pies en el barro, pero eso no le impidió bailar un *pas de deux* en el enlodado jardín.

Se encontraron y cabalgaron por la estepa, ambos a horcajadas. Sin duda ella parecía increíblemente encantadora y segura de sí misma. Desde pequeña había aprendido a montar, y lo que más le gustaba era coger el kabardin de pura raza y montar en él sin silla. Le gustaba el parco paisaje de la estepa. Conocía la vieja ciudad de cuevas como la palma de su mano. Aunque en ese misterioso laberinto de escaleras de piedra, salas y escondites entreverados los unos con los otros no paraba de perderse gente, Stasia siempre hallaba el camino de vuelta. El camino para salir de la ciudad de cuevas que hacía siglos la poderosa reina del país había ordenado abrir en la enorme montaña, y que se había convertido en un paisaje abandonado en el que se oía cantar a los fantasmas. Sí, era posible oírlos si se cerraban con fuerza los ojos y se hacían callar los propios pensamientos. Y el teniente aún estaba más impresionado por su capacidad para lograrlo. Charlaron de toda clase de cosas, y Stasia lo retaba a menudo a ganarle una carrera.

Empezaron a citarse a diario para hacer cabalgadas en común. Stasia pronto estaba tan entusiasmada con esas horas juntos en la estepa que algunos días incluso olvidaba el baile.

Como es natural, a sus diecisiete años nuestra Stasia tenía que enamorarse. El teniente blanco disfrutaba con su confianza, que crecía de día en día, de salida en salida. Y creía firmemente que se harían bien el uno al otro, que necesitaba justo a una mujer de carácter como aquella, y que esa firme convicción tenía a la fuerza que impresionar a Stasia.

Simon Dzhashi también tenía en alta estima a la familia del fabricante de chocolate, y esa simpatía hallaba eco en el padre de la pretendida. Anastasia no iba a encontrar resistencia a la hora de elegir a su futuro esposo, como sí ocurría en el caso de su segunda hermana, que siempre que se fijaba en un caballero tenía que contar con la desaprobación paterna. En cambio, el primer teniente blanco parecía el favorito de su padre.

Y, dado que eran tiempos confusos y no se sabía hacia dónde soplaría el viento, había que actuar con rapidez. También en los asuntos del corazón.

De hecho, el primer teniente blanco había ido a una escuela de cadetes en San Petersburgo cuando aún existía el San Petersburgo de los hermosos

bailes y el dulce acento francés, y solo había luchado brevemente en la guerra ruso-japonesa, donde había sido herido, nombrado primer teniente y devuelto a casa. Aquella herida lo había librado de luchar en la Primera Guerra Mundial. Después de curarse lo habían integrado en la administración en su somnolienta ciudad natal, en la que evaluaba la correspondencia de guerra.

Simon no se apresuró a pedir un traslado. La situación política era impredecible y no estaba lo bastante decidido, en su vida nunca había podido encontrar más ideología que la patria para determinar su futuro camino.

En aquellos tiempos había innumerables ideologías y agrupaciones políticas, brotaban del suelo como setas todos los días, en pequeños desvanes, sótanos de cantinas y oscuras viviendas situadas en patios traseros, y todas creían haber encontrado la solución a todos los problemas o sabían exactamente cómo garantizar al sometido pueblo ruso un futuro de color de rosa.

Simon procedía de una buena familia burguesa: su padre, un médico prestigioso, había facilitado una buena educación a su único hijo. Marcado desde muy pronto por la ideología democrático-liberal, Simon había entablado contacto con liberales en los círculos militares de la escuela de cadetes y participado en algunas asambleas. Pero, al mismo tiempo, se daba cuenta de que los liberales parecían demasiado débiles y demasiado poco seguros de sus objetivos como para hacer frente a una seria amenaza como el socialismo, si llegara a producirse. Y también se daba cuenta de que los socialistas hacían cada vez más ruido, de forma cada vez más audaz y desafiante.

Se contaban toda clase de leyendas y teorías conspirativas sobre sus dirigentes, la mayoría de los cuales ya habían sido detenidos o deportados al extranjero.

Simon apenas simpatizaba con los socialistas, demasiado viscerales, demasiado poco refinados, demasiado ruidosos para sus oídos burgueses, aunque al mismo tiempo no quería terminar en el lado equivocado. Tenía que actuar. Tenía que decidirse, pero aún titubeaba demasiado, los acontecimientos eran demasiado confusos, demasiadas cosas parecían aún posibles.

Ya en el frente, había entrado en contacto con algunas ideas y, devuelto a

casa después de su herida, había fundado un círculo para el «Estudio de los textos filosóficos de los antiguos griegos», con el fin de alcanzar, junto a algún otro extraviado en busca de orientación, un conocimiento que le hiciera avanzar. Simon Dzhashi no se sentía ni un reformista ni un revolucionario. Como soldado obediente a la autoridad, servía sin rechistar al ejército, con todas sus claras jerarquías, su disciplina y su reparto de tareas. Amaba las estructuras sin ambages, las situaciones reguladas, en las que todo el mundo sabía exactamente cuál era su sitio. Simon poseía una mente racional. Era galante, indulgente, de carácter más bien gruñón e introvertido, no era un hombre de fervientes ideas y acciones. Tampoco tenía nada en contra de los zares, tal vez un poco de compasión hacia los campesinos, como era entonces propio de la autoridad.

Sin embargo, puede que una curiosa peculiaridad de Simon Dzhashi gustara al fabricante de chocolate lo bastante como para considerarlo un buen partido para su hija: Simon era un sentimental y mostraba un gran apego por todo lo pasado. Amaba la Rusia de Pushkin, soñaba con los grandes bailes napoleónicos, se conmovía en toda regla con *El lago de los cisnes*. Así que, a los ojos de mi tatarabuelo, su corazón se inflamaba con todo lo que tenía que ver con el rey enviado por Dios, es decir con el zar, y por tanto con un mundo claro y estructurado.

Por peculiar y sorprendente que eso pueda resultar en un hombre tan joven, encajaba muy bien con la imagen del mundo de mi tatarabuelo. El corazón de Simon pertenecía a la vieja Rusia, a la élite europea, a la hermosa y resplandeciente vida de los *viejos tiempos*... o más bien a lo que él imaginaba por tal.

Para mi tatarabuelo, ser consciente de la tradición significaba amar los valores de la élite, ser modesto y tener espléndidas maneras, no ser ni demasiado amante de los placeres ni tampoco puritano. Pero sí muy consciente de para qué fin había sido creado cada estrato social, qué persona tenía que ocupar qué papel en la sociedad. El tatarabuelo provenía de la pequeña nobleza georgiana empobrecida, había cursado estudios de pastelería en un distinguido hotel de un balneario de Crimea, allí había ascendido con rapidez de aprendiz a director de la chocolatería y había tenido ocasión de ganarse como clientes a muchos nobles ricos gracias a su arte, de cuyo favor gozaba y gracias a cuyo apoyo también había podido ir a Budapest dos años, a aprender con un maestro chocolatero que antes había trabajado para la corte

de Viena.

Mi tatarabuelo recopiló experiencias por toda Europa, visitó algunas excelentes pastelerías de Europa Occidental y decidió, en contra de las expectativas de sus superiores, regresar a su patria para fundar allí un negocio propio.

Había descubierto una fórmula mágica y secreta —por desgracia no dispongo de información segura acerca de dónde desarrolló exactamente la receta de su inolvidable chocolate—: llevaba en el bolsillo una receta que iba a revolucionar el sabor del chocolate caliente.

Tenía que introducir esta receta o, mejor dicho, el chocolate caliente resultante de ella, como uno de los protagonistas de esta historia, Brilka.

Lamentablemente no puedo darte a conocer los ingredientes de la bebida (bajo ninguna circunstancia, en ningún caso, nunca, nunca, jamás), he de hallar palabras para describir lo indescriptible. Por desgracia, tampoco sé si mi tatarabuelo derivó esta receta de otra o la desarrolló él mismo, porque la guardaba como un secreto de Estado. Pero una cosa está clara: a su regreso a su patria, llevaba en el bolsillo la garantía del éxito (por aquel entonces, aún no se conocían los efectos secundarios de su chocolate mágico).

Para empezar, se trataba de una receta para un sencillo chocolate caliente al estilo vienés. Es decir, no sobre una base de cacao, sino de chocolate. Primero se fabricaba el chocolate, luego se fundía y se mezclaba con otros ingredientes.

Sin embargo, algo en esa composición y preparación hacía ese chocolate tan especial, único, irresistible, perturbador. Ya su olor era tan atractivo e intenso que no se podía evitar acudir corriendo en busca de su origen.

El chocolate era denso y espeso, negro como una noche de tormenta, y se consumía en pequeñas raciones, caliente, pero no demasiado, en tazas pequeñas y —a ser posible— con cucharillas de plata.

El sabor era incomparable, su disfrute era un éxtasis espiritual, una experiencia sobrenatural. Uno se fundía con la masa dulce, se fusionaba con ese exquisito descubrimiento, olvidaba el mundo alrededor y experimentaba un sentimiento de dicha único. Todo era como debía ser en cuanto se probaba ese chocolate.

Eso ocurría poco antes del cambio de siglo, cuando volvió a su patria

desde Budapest con su receta secreta en el bolsillo. Mi tatarabuelo estaba orgulloso de lo que había conseguido, y creía que podía trasladarse a la provincia georgiana la galantería y exquisitez de París o Viena e influir y cambiar el gusto de la gente.

A su regreso, se casó con una alumna del colegio del convento de la Santa Madre de Dios, una mujer devota y silenciosa, se podría decir que tendente a la melancolía, llamada Ketevan. A Ketevan no le gustaba nada el Imperio ruso, consideraba la anexión de Georgia por Rusia el peor error de toda la historia georgiana y se negó durante toda su vida a hablar en ruso. Mi tatarabuelo se había enamorado de ella, no fue un matrimonio concertado, pero por desgracia tampoco fue feliz. Ella defendía otros valores, veía en Rusia el origen de todo mal, mientras mi tatarabuelo veía en Rusia una oportunidad para Georgia y sostenía que los rusos eran los que habían permitido al Cáucaso el acceso a la cultura universal y habían combatido el analfabetismo del pueblo y la codicia de la pequeña nobleza georgiana. Era prozarista y gozaba de todos los privilegios que su forma de vida colaborativa le ofrecía. En cambio, su esposa nunca se cansaba de afirmar que Georgia no era más que una colonia y la cultura eslava era la decadencia de la caucasiana.

—Nosotros llamamos a nuestro gran vecino, lo invitamos a venir —trataba mi tatarabuelo de convencer a su esposa, durante los primeros meses de su matrimonio.

—Los invitamos a ayudarnos, no a ocuparnos —respondía Ketevan—. Nuestro rey estaba cansado de las invasiones y razias de nuestros vecinos musulmanes, no vio otra salida, y trató de escoger el que le parecía el menor de dos males al pedir a los zares la firma de un tratado de protección. Un tratado de protección con el acento puesto en *protección*, si me permites que te lo recuerde.

—Sí, querida, pero de hecho eso significaba que desde ese momento estaríamos sometidos al gran Imperio zarista, y eso lo sabía nuestro rey cuando trajo a los rusos a nuestro país.

—Cierto, querido, pero probablemente no sabía que nuestros vecinos del norte no iban a aceptar esa invitación solo para unos años, sino durante varios siglos.

Ketevan no se daba por vencida.

—Creo que es un error, querida, traer continuamente a colación la imagen

de David y Goliat y considerarla una metáfora de nuestro país; pienso que aceptarlo sería mucho más fácil para nosotros, ¡porque demasiados georgianos han sacado provecho de esto, Ketevan, en eso tendrás que darme la razón!—En este país la adaptación siempre ha sido fingida, y en el núcleo de esa adaptación hallarás la nostalgia de lo primigenio. Hablo de verdaderos georgianos y no de traidores —respondía Ketevan, lanzando a su esposo una mirada desdeñosa.

Ketevan apenas se mezclaba en los negocios de mi tatarabuelo, era una buena ama de casa y también sabía presentarse en sociedad, le había dado dos hijas, pero el amor y el afecto entre los cónyuges se había extinguido a más tardar después del nacimiento de la segunda. Ketevan se entregó a la devoción, rezaba y mantenía buenas relaciones con la Iglesia y con los sacerdotes, mientras su marido abría su negocio La Chocolaterie, a la que llamaron desde entonces «la fábrica de chocolate», y a mi abuelo «el fabricante de chocolate». El negocio florecía, las ventas aumentaban año tras año, y la fama del fabricante de chocolate se asentaba.

Le decepcionó la indiferencia de su mujer ante su éxito. Ketevan desdeñaba los privilegios económicos y sociales de la familia y no parecía disfrutar del creciente bienestar. Él había esperado de ella apoyo y aliento, como lo recibía de otros. Cinco años después de su regreso, dirigía una pastelería conocida en toda la ciudad y planeaba abrir sucursales en todo el país; más tarde, en la cima de su éxito, esperaba poder suministrar los mejores chocolates a todo el imperio de los zares.

Elaboraban tartas paradisíacas y pasteles de todas clases. Chocolate con trufas, chocolate amargo, chocolate con leche con gelatina de albaricoque, variedades con avellanas y uva, pero también productos exóticos como la tarta de chocolate con pimienta negra, los bombones de licor de cereza bañados en chocolate a la menta, las galletas de chocolate rellenas de crema de higos o el chocolate praliné con gelatina de sandía. La Chocolaterie logró reunir la pastelería francesa y la tradición pastelera austríaca con la opulencia de la Europa del Este.

Todos los días, a las seis de la mañana, mi tatarabuelo iba a la pastelería y añadía sus surtidos y sus ingredientes propios, que le daban ese matiz especial a las gigantescas mezclas de chocolate elaboradas por sus

trabajadores. Nadie podía descifrar la fórmula, y era precisamente eso lo que volvía tan irresistibles sus productos.

Hasta entonces únicamente había añadido su mezcla especial de ingredientes en la mínima dosis a todos sus preparados de chocolate, en cierto modo solo como nota de sabor complementaria, pero su receta desplegaba su mayor magia en el chocolate caliente.

Dado que el gran éxito de su fórmula mágica le permitió consolidarse y coquetear con ambiciosos planes de expansión, proyectó, en la cumbre de su fama, sacarse de la manga la flor y nata de sus creaciones —el chocolate caliente— en Tiflis, Moscú o San Petersburgo, para dejar a todos en un estado próximo al desvanecimiento. A pesar o a causa de su éxito, el fabricante de chocolate se había jurado, en espera de un sucesor, mantener la receta en el seno de su propia familia y que fuera secreta por el momento.

Según Stasia, esa decisión salvó a nuestra familia, si no incluso a todo el país, de la ruina definitiva.

Además de su oficio, mi tatarabuelo participaba, como ciudadano de honor, en la vida social y cultural de la ciudad, trataba con los círculos elevados de la política local, fue fundador del único club masculino de la ciudad (al estilo europeo), protector de varios círculos literarios, teatrales y filosóficos, ocupó la presidencia de la Sociedad en Defensa de la Tradición y el Honor y era asimismo uno de los ciudadanos más ricos de la pequeña ciudad, a la que quería convertir en la «Niza del Cáucaso», cuando Tiflis pasaba ya por ser la París del Cáucaso.

A su esposa le importaban poco esas cuestiones externas, prefería dedicarse a los estudios bíblicos y a la rigurosa educación de sus dos hijas. Había que convencerla siempre para que participase en cualquier acontecimiento social, y tampoco sentía especial inclinación a viajar, lo que disgustaba al fabricante de chocolate. También su exagerada religiosidad le irritaba. Sentía que con eso había perdido el acceso a sus hijas, que crecieron bajo la severa supervisión de la madre y de las institutrices, también creyentes, hasta convertirse en muchachas devotas, tímidas y en absoluto europeas.

Parecía estar perdiendo, con graves consecuencias, la lucha en el frente femenino de su propia casa.

¡Necesitaba un hijo varón! El exceso de mujeres en su casa se había vuelto, sencillamente, demasiado amenazador. Necesitaba un sucesor, un hombre que pudiera dirigir la lucha contra el otro sexo con él a su lado. Dado que hacía mucho que los cónyuges no compartían el lecho conyugal, sabía que aquello iba a requerir gran capacidad de convicción y tiempo. Además, a Ketevan le habían costado un enorme esfuerzo ambos partos, y no gozaba de una salud demasiado fuerte, no iba a ser tan sencillo convencerla de que aceptase un embarazo más.

Aunque le explicó varias veces a su esposa que se trataba exclusivamente de una cuestión de herencia, que al fin y al cabo la fábrica de chocolate necesitaba un heredero varón, ella no se inmutaba, y le consolaba diciéndole que sus dos hijas iban a casarse, y que un yerno capaz también era una buena solución al problema.

Así que tuvo que servirse de otros medios para convencer a su mujer de que le diera un sucesor. Decidió hacer para ella su mejor creación, el chocolate caliente, porque cuanto más concentrados estaban los ingredientes tanto mayor era el efecto de la receta.

En presencia de un pequeño cuarteto de cuerda que hizo acudir expresamente para ella a La Chocolaterie, ya cerrada a los visitantes, a la luz de las velas y envueltos en el embriagador aroma de su propia creación, le sirvió la taza de porcelana más hermosa que pudo encontrar en su negocio y le hizo tomar su chocolate, mientras le decía un millar de lisonjas y la convencía de lo irrenunciable que era en su caso un sucesor varón.

Como solía ocurrir, también en Ketevan se despertó la irrefrenable codicia de gozar más, y en los días siguientes imploró a su marido que siguiera haciendo para ella chocolate caliente. Así que mi tatarabuelo pudo finalmente plantear un ultimátum a su favor: si ella aceptaba un nuevo embarazo, él le haría chocolate caliente todos los días durante los próximos nueve meses. Su resistencia estaba rota, y el deseo del más exquisito sabor del mundo no le dejó otra opción que aceptar su oferta y asentir a regañadientes.

Y así ocurrió que a los nueve meses volvía a estar en su dormitorio, atendida por un médico rural y dos comadronas, en medio de los dolores del parto. Pasaron varias horas hasta que sacaron de ella una niña sana y bien formada (la madre se limitó a suspirar, decepcionada). Pensaba que todo

había salido bien, cuando el médico exclamó con preocupación que aún no había terminado. Había un segundo bebé en camino. Después de más apretar y gritar, otra niña vio al fin la luz del día.

Pero la segunda no quería llorar. Algo no iba bien en los pulmones, constató el médico, la niña se había puesto azul, no le llegaba aire, y el doctor le palmeó con fuerza en la espalda. Pocos minutos después del nacimiento, hubo que constatar la muerte de la segunda recién nacida (habían sido gemelas univitelinas).

Sin embargo, la primera, a la que se bautizó con el nombre de Anastasia, parecía sana y vivaz, y gritaba a pleno pulmón pidiendo la leche materna.

Poco tiempo después, Ketevan murió de una pulmonía contraída en la silla de partos, rápido, sin grandes sufrimientos, después de haber dado a Anastasia el pecho por última vez.

Las dos tragedias fueron las primeras de la vida de mi tatarabuelo, y se sucedieron con tanta premura, fueron tan poderosas y definitivas, que durante meses transfirió todos los asuntos a su primer secretario y no estuvo en condiciones de salir de su casa. Solo por las mañanas iba con paso lento, arrastrando los pies, a La Chocolaterie, para preparar su mezcla y añadirla a la masa del chocolate.

Aunque en los años anteriores su amor por su mujer ya no había sido tan fresco y radiante como al principio de su matrimonio, ella había continuado siendo una parte importante de su vida; la pérdida de la madre de sus hijas pesaba mucho, y no sabía qué iba a hacer ahora, solo, con las tres niñas.

Durante esa época empezaron a asediarlo extraños pensamientos. No se libraba de la sensación de que había causado la muerte de su esposa. Si no la hubiera forzado a otro embarazo, quizá seguiría viva, y también se habría ahorrado la tragedia de la muerte de la niña.

¿Quizá su aturdidora creación tenía en sí algo de fatal? ¿El chocolate que le había preparado con tanto entusiasmo durante todos esos meses había puesto en marcha la rueda de la desgracia? ¿Era tal vez demasiado exquisito como para que ella pudiera degustarlo sin pagar a cambio un alto precio? ¿Deparaba a la gente que lo probaba tanta felicidad y olvido de sí mismos que la realidad tenía que vengarse de ellos de forma tanto más desenfrenada? ¿Era incluso presa de una maldición? ¿Podía ser que hubiera descubierto algo

demasiado *bueno* para la gente? ¿Quizá lo que le hacía mezclar su receta en pequeñas dosis en sus productos no era un cálculo, como había pensado al principio, cuando se planteaba poner a la venta su chocolate caliente una vez en la cumbre del éxito, sino un presentimiento?

Al mismo tiempo le asediaban las dudas, le resultaba pueril creer en algo tan irracional. Ni siquiera temía a Dios, dudaba hasta de la Iglesia, por no hablar de la superstición, que consideraba la religión de los pobres.

Para volver a entrar en razón, decidió legar a Anastasia lo más valioso que poseía: Anastasia heredaría de él la receta del chocolate caliente. Y se juró entregársela el día de su boda, como la más valiosa dote que estaba en condiciones de otorgar.

Poco a poco, el fabricante de chocolate fue despertando de su parálisis, y contrató a una campesina recién parida para que amamantara a Anastasia. Por fin despidió a la severa y religiosa institutriz y encontró a una joven niñera que se encargó con paciencia y cariño de las niñas.

La mayor de las tres, Lida, tenía ya seis años, y claramente era la más afectada por la muerte de su madre. Siempre había sido la favorita de su madre, y siempre había intentado hacer las cosas a su gusto. Así que era exageradamente tímida, silenciosa y temerosa de Dios, como si no fuera una niña, sino ya una mujer hecha y derecha. Su padre incluso la temía un poco, su severa mirada, su pronunciada moralidad, su carácter triste.

La segunda, Meri, de cinco años, no tenía aún marcas definidas de carácter, pero era a menudo susceptible y mostraba una insatisfacción para la que el padre no encontraba remedio.

Las dos echaban de menos a la madre, y el padre les era ajeno porque, hasta la muerte de su madre, siempre había estado en el trabajo o atendiendo compromisos sociales, fumaba en pipa, hablaba alto, le gustaba beber coñac en su despacho con sus amigos y hablaba de cosas que no interesaban a las niñas.

Pero la pequeña, Anastasia, a la que muy pronto todos llamaron simplemente Stasia, no era una niña que se dejara influir por todo eso. Era demasiado pequeña para ser consciente de la pérdida de la madre, no había recuerdos; a pesar de las difíciles circunstancias de su nacimiento, era alegre, con una cabellera impresionante, ya de bebé se le podían hacer trenzas —ya

lo he dicho antes—, y no tardó en manifestar un carácter dominante.

El fabricante de chocolate se propuso hacerlo todo bien con ella, y no permitir que, como sus dos hermanas, creciera lejos de él y de su filosofía de vida.

Una vez que pasó el primer y agobiante año de luto por la madre y señora de la casa, el fabricante de chocolate se armó de valor y decidió brindar a su familia un nuevo comienzo.

Y así, durante los cuatro años siguientes mi tatarabuelo se ocupó de ganarse el favor de sus hijas. Las malcrió y las inició en los aspectos más bellos de la vida, que su madre les había negado: las dejaba comer a dos carrillos y acostarse tarde, podían ir al bazar y al circo, podían jugar con las niñas de los campesinos, no ir a la iglesia los domingos, ensuciarse y armar ruido en la casa, ir con él a la pastelería y comer todo el chocolate que pudieran, hacer los deberes solo después de jugar y pedirle vestidos y juguetes cuando salía en viaje de negocios.

Durante aquellos años, una atmósfera libre y sin preocupaciones se instaló en casa del fabricante de chocolate, y ni siquiera las muchas pequeñas negligencias que empezaron a verse en la casa, antaño tan reluciente, parecían molestar a nadie, al contrario: contribuían al agradable ambiente del hogar.

Stasia siempre se acordaba con gran alegría de sus años de infancia y de la época del «imperio de las niñas». Todo iba a cambiar de repente el día en que el padre trajo de un viaje de negocios a Kiev a una mujer alta de aspecto eslavo, un tanto fría pero muy impresionante, que no entendía una sola palabra de georgiano y a la que presentó como su nueva esposa. Una casa sin una mujer no es una casa, dijo el padre; también a él le costaba trabajo caminar solo por la vida. No pensaba sustituir a la madre de las niñas, pero les rogaba fervorosamente que acogieran a Larisa o Lara Mijailovna con respeto y sinceridad como nuevo miembro de la familia.

Pero Lara Mijailovna, que pertenecía a la nobleza moscovita y era viuda de un comerciante ucraniano con tendencia al alcohol, resultó ser alguien no tan fácil de aceptar. Era una mujer autoritaria, acostumbrada a ser cortejada y atendida, sentía inclinación por el lujo y consideraba su mudanza a la provincia georgiana algo indigno de ella. A diferencia de las niñas, al padre

no parecía molestarle el difícil carácter de Lara. O bien durante las noches ofrecía a su nuevo esposo sus increíbles dotes, que hacían olvidar la dureza del día a su lado, o estaba equipada de otras cualidades espirituales que solo a su marido se revelaban. Porque no se podía explicar de otro modo que el fabricante de chocolate cubriese a su nueva esposa de valiosos regalos, sometiera todo a su voluntad y sus deseos y se dejara tratar por ella como un criado.

El alegre y relajado ambiente de los años anteriores dio paso a un agobiante orden jerárquico, en el que Lara marcaba el tono.

Consideró a las niñas maleducadas, y se apresuró a reeducarlas. Primero envió a las dos mayores, Lida y Meri, a una severa escuela de señoritas de clase alta, luego contrató a una profesora de piano que ensayaba con ellas incansablemente cada dos días, seguida de un profesor de ruso porque, según Lara, su acento era espantoso.

Ella en cambio gozaba de las ventajas de la vida al lado de su esposo y de las de su condición. Había viajes a balnearios, se organizaban cenas, se acudía a bailes, se compraban telas de Francia, se cosían sombreros, se contrató a dos nuevas criadas, se adquirieron adornos y varios jarrones de porcelana china, que gustaba especialmente a Lara.

También mi tatarabuelo floreció, Lara parecía ser la esposa que había deseado tener a su lado todo aquel tiempo. Pasaba por alto gustosamente que sus hijas se rieran cada vez menos, se hubieran vuelto cada vez más silenciosas y sacaran la lengua a Lara en cuanto les daba la espalda, porque Lara era más que competente, sabía aprovechar las ventajas del dinero, amaba la atención, los viajes, las joyas, el cotilleo y la cháchara, solo iba a la iglesia en Navidades y en Semana Santa y sabía cómo impresionar a la gente, sobre todo al sexo masculino.

Dos años después de la boda vino al mundo Christine, la rezagada. Siete años después de Stasia.

El fabricante de chocolate seguía deseando tener un hijo, y no renunciaba a la esperanza de un sucesor. Pero ni él ni Lara eran ya tan jóvenes, y no conseguían otro embarazo. Así que —después de varias curas y esfuerzos— Christine fue el último intento de mi tatarabuelo de engendrar un sucesor varón.

Christine iba a convertirse en la clásica benjamina: mimada, malcriada y arrogante. Declarada por la madre con la mayor naturalidad única princesa de

la casa, y elevada a los cielos por el padre. Es verdad que Christine era una criatura de una belleza casi sobrenatural. Ningún invitado se cansaba —para orgullo de los padres— de hablar de la belleza de la pequeña. ¡Qué rostro virginal, qué encanto, qué rasgos perfectos, qué finos miembros!

De hecho, la niña encarnaba el ideal de la colaboración eslavo-caucásica. Además, desde pequeña Christine supo aprovechar su situación de privilegio y era muy buena consiguiendo lo que quería. Eso no hizo precisamente más fácil la vida de las mayores.

Quizá esos cambios en la casa paterna favoreciesen en Stasia cierta rebeldía. Porque, al contrario que la silenciosa Lida, que coqueteaba con la idea del convento, y la superficial y vivaracha Meri, Stasia se había dado cuenta muy pronto de que en esa familia tenía que abrirse paso, o de lo contrario pasaría inadvertida, a la sombra de una niña pequeña con la que casualmente compartía el mismo padre.

Pronto aprendió a manifestar su propia opinión, a concentrarse en sus deseos y sueños, a hacer cosas que Lara y por tanto Christine jamás harían, como por ejemplo montar a caballo como los hombres, interesarse por los derechos de las mujeres, no llevar joyas, no tener el lujo en gran estima y, sobre todo, tomar lecciones de danza, soñar con una carrera como bailarina y planear su marcha a París.

El tiempo avanzaba deprisa, y la situación política en todo el Imperio zarista se volvía más tensa cada día. El fabricante de chocolate ya había empezado a preocuparse por su futuro y el de sus hijas, porque los comunistas, que en los últimos ocho años parecían estar por todas partes, no prometían nada bueno. Y, como todos los representantes de la élite georgiana, mi tatarabuelo temía al proletariado, porque aunque le gustaba darle donativos, seguía queriendo tenerlo lo más lejos posible.

Mi tatarabuelo no creía en los socialistas, no creía en la revolución, ni en las reformas radicales, y aunque seguía con preocupación las noticias de Rusia siempre dijo que en su país los bolcheviques nunca lograrían imponerse (la primera célula del «Tercer Grupo» ya trabajaba entonces a todo ritmo en la capital georgiana, y proclamaría la independencia de Georgia menos de un año después de la Revolución de Octubre).

La bien proporcionada mezcla de los «buenos valores de antaño» de Simon

Dzhashi, su ansia de estabilidad y su compromiso con un moderado liberalismo representaban para mi tatarabuelo una especie de garantía de la pervivencia de sus negocios. Además, Simon era militar y, si las cosas se ponían feas, también sería útil para los rojos y podría por tanto asegurar el futuro de su familia. Ya que no tenía herederos varones, el fabricante de chocolate deseaba contar con una presencia masculina a su lado, porque el futuro estaba a punto de llamar a la puerta, y nadie sabía qué aspecto iba a tener.

Su primogénita jamás encontraría marido, con lo callada, piadosa y beata que era. Y empezaba poco a poco a conformarse con la idea de entregar a Lida al buen Dios, que parecía ser el ente masculino al que más amaba... si es que Dios tiene sexo, se preguntaba el fabricante de chocolate algunas tardes, cuando en su despacho, junto a una buena copa de coñac, se entregaba a sus pensamientos y preocupaciones.

La segunda, que ya entonces tenía veintiún años, y estaba por tanto en una buena edad casadera, tampoco resultaba un caso fácil. Se había prometido a los diecinueve con el muy trabajador hijo de un banquero, y nada parecía oponerse a esa nueva y prometedora alianza familiar, hasta que un día ella anunció que no quería casarse con él, porque iba corriendo detrás de todas las faldas de la ciudad y eso no iba a cambiar cuando se casaran.

—Pero cariño, Meriko, sol mío, concédele un poco de alegría a ese pobre chico. Los hombres somos criaturas débiles, necesitamos más cariño que vosotras, déjale que eche algún vistazo a derecha e izquierda, ¿a quién hace daño eso? Hay muchas tentaciones en el camino de un hombre, y es difícil resistirse a ellas. Te ama y te respeta, eso es lo más importante para una mujer.

Así había hablado el fabricante de chocolate a su segunda hija. Y ella se había limitado a resoplar, despectiva, y había dicho que no era lo bastante estúpida para eso. No tiraría su vida por la ventana solo para que él la sacara por fin de esa casa. Naturalmente, el hijo del banquero era un mujeriego conocido en toda la ciudad, y Meri no era lo bastante dominante como para tomar a ese hombre bajo sus alas y hacer que solo se fijara en ella. Y sí, a mi tatarabuelo le habría gustado meterlo en casa, al fin y al cabo buscaba aliados en los tiempos confusos que se avecinaban, ¿qué tenía eso de malo? Pero a la vez había admirado la determinación de Meri, y la había dejado hacer.

Desde entonces habían pasado tres años, y nadie parecía venirle bien a

Meri. El uno era demasiado aburrido, el otro demasiado viejo, el tercero tenía una madre horrorosa, etcétera.

Sin embargo, era Stasia la que más travesuras hacía. Y aun así, mi tatarabuelo no podía dejar de querer a su tercera hija con el más sincero y más respetuoso amor que estaba en condiciones de ofrecer a ninguna de ellas. Stasia era la más inteligente, la más ágil, la más terca de sus hijas, la que más le estimulaba y la que con más frecuencia provocaba su ira. Pero amaba su carácter travieso, incluso sus fantasiosos sueños y su obsesión por la danza. Sabía lo que quería, y al contrario que a la pequeña Christine no todo le llegaba como caído del cielo. Tan solo hacía cosas que le parecían importantes. Quizá era en quien más se reconocía el padre, quizá nunca había superado la mala conciencia por la muerte de su mujer y de la hermana gemela de Stasia, o quizá Stasia le resultaba sencillamente más accesible, no tan ajena y atravesada como sus dos hijas mayores.

Su profundo amor por ella mantenía oprimido su corazón, tanto que a veces hasta dolía, y eso aunque Stasia y él podían discutir a menudo y a gritos, y ella parecía a veces descarada e irrespetuosa. Pero quería que fuera feliz a toda costa, que llevara una vida que no excluyera del todo sus sueños..., aun cuando jamás pensó en serio ni por un momento enviar a su hija a la Sodoma y Gomorra de Occidente, a París, para que allí pudiera convertirse en una frívola bailarina.

Tanto más se alegró el fabricante de chocolate cuando Stasia respondió a los avances de Dzhashi, y al ver que no parecía en absoluto hostil al muchacho.

Hasta entonces Stasia no había querido saber nada de los hombres, se había negado a llevar vestidos de domingo a la iglesia, a pasear los viernes con su madrastra y sus hermanas por la calle mayor —una especie de mercado conyugal—, y también había dado la espalda a los hombres que habían coqueteado con ella en varios bailes escolares y de la ciudad.

De hecho, Simon parecía que podría convertirse en un ancla en las insondables aguas de la naturaleza de Stasia.

Pero en eso mi tatarabuelo iba a equivocarse.

*Las revoluciones suelen distinguirse por la descortesía;
probablemente porque las clases dominantes no se tomaron a
tiempo la molestia de acostumbrar al pueblo a los buenos
modales.*

LEÓN TROTSKI

Las preocupaciones de mi tatarabuelo son comprensibles, Brilka, porque desde luego que eran tiempos revueltos. Extremadamente revueltos.

En el momento en que nuestra Stasia conoció a su guardia blanco, a los diecisiete años, hacía ya tres que había estallado la Primera Guerra Mundial. Aquella pesadilla duraría cuatro años e iba a causar estragos en medio mundo. La guerra se había cobrado más de diecisiete millones de vidas humanas y arrastrado al abismo a casi cuarenta países.

En nuestro pequeño país y en nuestra somnolienta ciudad nos enteramos de sus espantosas repercusiones principalmente a través de nuestro gran vecino y «protector» del norte: allí, los problemas económicos, políticos y sociales parecían haber alcanzado su punto culminante. Miles de soldados y campesinos desertaban del frente, desilusionados, y volvían a su patria contagiados de una ideología nueva, el socialismo.

En aquellos días, el oficial de la Guardia Blanca Simon Dzhashi enseñaba en su círculo de filosofía, mientras fumaba pensativo en pipa.

—Como cualquier otro Estado totalitario, Rusia sufre complejos de inferioridad desde hace siglos; el más doloroso, pero al mismo tiempo el más insidioso, es el propio imperialismo, de ahí que la sensibilidad hacia los escritos y modelos de pensamiento socialistas haya sido especialmente grande en Rusia. Incluso la belleza de San Petersburgo se basa en siervos y prisioneros hambrientos, explotados hasta la muerte, a los que se obligó a construir una ciudad así de esplendorosa, que nada tiene que envidiar a París o Viena.

»Conozco este país. Le he servido. Pero el estrato superior ruso sufre este complejo. Y también el estrato superior georgiano lo padece, creedme. La vida que llevan las clases altas es demasiado hermosa como para cambiarla, pero la visión de los campesinos, en su mayoría analfabetos y sometidos,

resulta insoportable. Personalmente, no creo que una revolución sea un grito del pueblo, creo más bien que despierta a partir de la mala conciencia de los privilegiados —añadió, especialmente taciturno.

—Entonces, ¿crees que nuestro libertador, el zar Alejandro II, actuaba basándose en un complejo así cuando abolió por ley la servidumbre, sin tener en cuenta que ese paso podía terminar en un desastre económico, y sobre todo ideológico? —preguntó un bachiller con especial interés.

—Sí, eso creo. Porque, al dar la libertad a los campesinos, las diferencias sociales se hicieron aún más visibles. Y tampoco podemos olvidar que en los últimos años miles de jóvenes han ido de las metrópolis al campo para ilustrar a los campesinos, encontrándose solo desinterés, resignación e incompreensión.

—¿Y crees que el mortal atentado al zar libertador fue en señal de agradecimiento?

—No puedo responder a eso de manera inequívoca, sería hacer conjeturas por mi parte —siguió pontificando Simon, le gustaba ese papel, sentir las miradas impresionadas de sus discípulos fijas en él.

—¿Y crees que ese Uliánov actúa por motivos personales? —preguntó un anarquista pelirrojo en la última fila.

—¿Qué quieres decir? Y por favor, ponte en pie, no te veo.

—Bueno, al fin y al cabo su hermano fue uno de los cinco conspiradores a los que ejecutaron después del fallido atentado contra Alejandro III.

Unos cuantos jóvenes de las primeras filas resoplaron ostentosamente, al parecer irritados por el aire jactancioso del pelirrojo.

—No puedo responder a eso con certeza, amigo mío, tan solo puedo hacer conjeturas.

—¿Y qué pasa con Nicolás II? —preguntó, vehemente, el estudiante interesado (dejando fuera de consideración los motivos psicológicos para actuar de Lenin).

—Nicolás II nunca ha sido capaz de escoger entre su autocracia de origen divino y el liberalismo occidental, y eso ha sido fatal para él. Sobre todo después de nuestra derrota frente a Japón cayó en una apatía ajena al mundo, que la agresión sufrida en todo el país por las rebeliones de los campesinos no hizo más que triplicar. Y en este caso sé de lo que hablo, no debió autorizar que en 1905 en Petersburgo se disparase sobre manifestantes desarmados, es demasiado instruido para eso, tenía que haberlo sabido,

porque fueron precisamente esos doscientos muertos los que llevaron a que se constituyera el primer sóviet de obreros. Fue una auténtica legitimación para hacerlo. Les puso ese triunfo en las manos, ya que me lo preguntas.

El estudiante interesado asintió con aire significativo y anotó algo. Eso le gustó a Simon, ya iban a citarlo. Y, para seguir impresionándole, añadió:

—Nicolás cometió un segundo y grave error cuando empezó a enviar campesinos al frente por la falta de soldados. Porque no se dio cuenta de que allí esos campesinos entrarían en contacto con los soldados y sus ideologías, se contagiarían de las ideas socialistas, y a su vuelta a sus pueblos natales seguirían difundiendo esa ideología hostil hacia los zares.

Simon soltó el humo con marcada lentitud, y dejó vagar la mirada sobre las cabezas de su auditorio.

Lo que está claro, Brilka, es que las manifestaciones masivas e incontrolables, la permanente violencia y las consecuencias de la guerra, que duraba ya tres años, a lo largo del frío invierno del mismo año en el que Stasia creyó haber encontrado el amor, llevaron finalmente a la abdicación del zar. Y Bunin anotó las palabras de un cochero, aquellos días: «El pueblo es ahora igual que un rebaño sin pastor, lo llena todo de mierda y se arruina a sí mismo».

Así fue como, en el año del amor para mi tatarabuela, los Romanov fueron sustituidos por los sóviets de obreros y soldados y por un Gobierno provisional de transición, después de trescientos años de dominio.

Y todo eso, Brilka, ocurría exactamente diez años después del atraco más espectacular de la era zarista. Un atraco que había tenido lugar un cálido día de junio en la hermosa plaza Ereván (y más tarde plaza Lenin, y más tarde plaza de la Libertad) de Tiflis:

Diez y media, una mañana soleada, bellísima, olorosa a cardamomo, café, polvo y claveles, como solo se puede dar en Tiflis. Dos coches con dos cosacos, soldados de caballería del zar, cargados con un cuarto de millón de rublos, el presupuesto privado anual de los zares, llegan a la plaza Ereván.

El coche va a doblar hacia la derecha, hacia el gran edificio neoclásico del banco central, cuando pequeños objetos redondos ruedan entre las patas de los caballos. Luego, un estruendo ensordecedor, gritos, sangre que salpica. Unos muchachos campesinos, salidos como de la nada, empiezan a disparar

con fusiles sobre los guardias que acuden a la carrera. En medio del humo, el ruido, la sangre, un hombre aparece galopando a lomos de un caballo, agarra los sacos del dinero y sale corriendo.

Y, aunque el imperio entero busca el dinero, aunque se pone patas arriba toda la ciudad, aunque se llevan a cabo registros domiciliarios, el dinero sigue ilocalizable y termina llegando a Finlandia, cosido a un colchón. A manos del camarada Uliánov, que allí lo blanqueará y lo devolverá al Imperio zarista, a la caja del partido.

El líder de la banda de atracadores es el hijo de un zapatero georgiano, un chico inteligente del estrato más bajo de la sociedad, que ha dejado el seminario a los veintidós años; Uliánov confía mucho en él, y eso tiene que significar algo. Usa muchos nombres falsos, porque hace tiempo que la policía secreta zarista lo busca por atraco, incendio y agitación, la lista de sus delitos contra la autoridad es larga... pero aún no ostenta el más destacado de sus apodos, con el que entrará en la Historia, todavía no se llama «el hombre de hierro».

Ese invierno los bolcheviques, con sus cinco mil seguidores, son una minoría en el mar de las ideas políticas. Pero ya a finales de octubre, cuando Stasia aún cabalga feliz por la estepa, el comité militar bolchevique ha ocupado todas las oficinas de Correos, puentes y estaciones de Petrogrado. El 25 de octubre, el Gobierno provisional se reunía en el Palacio de Invierno. Tan solo lo defendían unos cientos de terratenientes, ciento treinta mujeres del batallón femenino del ejército y algunos centenares de hombres del escuadrón de caballería de los inválidos.

Los bolcheviques, unos dos mil hombres del Ejército Rojo, se pasaron el día entero caminando arriba y abajo frente al palacio. Por la tarde llegaron tres mil marineros para apoyar a los soldados. La plaza que hay delante del palacio se llenó poco a poco.

Desde el *Aurora* y la fortaleza de San Pedro y San Pablo se dispararon salvas. Los terratenientes empezaron a disparar sobre los marineros, pero una parte de estos había accedido al palacio por una entrada lateral carente de vigilancia, y apresó al Gobierno provisional. Eran las dos de la mañana del 26 de octubre de 1917.

Así terminaba el «asalto al Palacio de Invierno», tantas veces citado y

representado en las películas de propaganda soviética.

El número de muertos ascendió a seis.

—El Gobierno provisional cada vez pierde más confianza. La inflación avanza en Rusia. La economía está estancada. Los atracos, conflictos en el ejército, saqueos, expropiaciones y crímenes de todas clases están a la orden del día, según dicen. Los alimentos escasean, el país se encuentra a las puertas de la bancarrota. Y ese oportunista de Kerenski, que dicen que preside el Gobierno provisional, intenta reforzarse con símbolos y día a día pierde credibilidad y poder de decisión. ¿Qué más podrían desear los rojos?

Inclinado sobre su periódico, mi tatarabuelo se acaloraba mientras tomaba el café de la mañana, al que había invitado a Simon, en La Chocolaterie.

—Sin duda, cuando lleguen las elecciones los bolcheviques se concentrarán en las dos grandes ciudades, San Petersburgo y Moscú, meterán casi todo el dinero en armar y levantar un ejército. Y, si ganan, encabezarán el sóviet de Petrogrado; está previsto que lo dirija ese ridículo Trotski, del que no me fío un pelo. Seguimos, como siempre, rezagados. Mientras los rusos han hecho su maldita revolución, aquí aún estamos cavilando acerca del futuro de nuestro país, y eso no es bueno, Simon, no es bueno en absoluto.

Ambos tomaban café solo, comían cruasanes de almendra rellenos de chocolate y charlaban, como casi todos los días de las últimas semanas, prácticamente solo de política.

*La vida política de Georgia quedó extinguida en el momento
en que Rusia se anexionó Georgia.
Después de esa anexión, y después de ponerse nebulosamente
de acuerdo en el mantenimiento de su propia identidad
nacional, los georgianos dejaron a un lado cualquier idea
política y se sumergieron de lleno en el torbellino de la vida
rusa.*

EL MENSAJERO CAUCASIANO

Todos esos guardias blancos, nacionalistas, liberales, incluso algunos mencheviques, que se reunían todos los días en sus cuarteles, que pasaban en bandadas, hablando excitados aunque en susurros por delante del instituto femenino de Stasia, parecían estar de acuerdo en una meta: aprovechar la oportunidad y declarar independiente a Georgia. El balcón de Europa, una denominación irónico-poética de nuestra patria, iba a ser liberado por fin de la servidumbre y devuelto a la anhelada libertad.

Pero a Stasia no le interesaban. Se limitaba a encogerse de hombros, con indiferencia, y seguía soñando con su carrera de bailarina. No le importaban nada todos esos debates, había tantas cosas bellas, tanto encanto en el mundo; sobre todo cuando se sentían los primeros signos del enamoramiento, cuando se imaginaba el futuro en París, en los Ballets Rusos. Daba igual lo que quisieran su padre, su novio, el país entero... Stasia quería única y exclusivamente la libertad y París, pero sobre todo: bailar, bailar, bailar. Que esos caballeros de mirada sombría se rompieran la cabeza, ella iba a bailar sus sueños y a presentarse como una Ida Rubinstein en el Théâtre du Châtelet, en el papel de Sherezade.

Esperaba todos los días que su teniente blanco fuera a recogerla a la salida de la escuela para cabalgar por la estepa como si echaran carreras. Porque en esos momentos enmudecía toda la charlatanería sobre política. Entonces enmudecía todo y no quedaba más que el corazón latiendo, la brisa, el eco y el ruido de los cascos de los caballos sobre la tierra roja.

Nuestra Stasia de diecisiete años, enamorada por primera vez, que prefería en el colegio el latín y la astronomía a bordar y tejer, cabalgaba, libre y llena de energía, y ni el socialismo ni la democracia podían cambiar nada de eso. Ya forjaba planes para convencer a su elegido de ir a París y empezar una vida nueva y distinta.

Y cuando, una tarde, sentados en un tronco de árbol, el oficial preguntó a Stasia si podía imaginar ir con él como esposa al frío norte, donde le esperaba su carrera, Stasia se sintió confundida.

En su interior, lloraba por la otra vida, no importaba cuál, a la que iba a tener que renunciar con la decisión que tomara, fuera cual fuese. ¿No se podría venir al mundo dos, tres, cuatro, incluso innumerables veces, para poder hacer realidad todos los deseos? ¿Todas las posibilidades de este mundo? Y, como siempre en esas horas, pensaba en su hermana gemela

muerta, a la que en sus pensamientos llamaba Kitty —por la Kitty de *Anna Karénina*, que tras largos extravíos amorosos encuentra un puerto seguro en Levin—, y se sentía aún más agobiada.

El teniente blanco pensaba en cosas muy distintas, y estaba buscando una solución. Hacía mucho tiempo que se sentía acosado tanto desde el punto de vista ideológico como desde el financiero, y su esperanza de que los liberales defendieran su país de los comunistas se hacía más pequeña cada día. Quedarse en Georgia era demasiado arriesgado, no se fiaba de las uniones y coaliciones locales.

Tenía que actuar, tomar una decisión. De ninguna manera quería permanecer en la estrechura de su pequeña ciudad natal. Fuera, la gente estaba dando forma a países nuevos, y él quería estar allí y no seguir discutiendo con estudiantes, en habitaciones llenas de humo de la ciudad provinciana, sobre lo que otros, lejos de él, hacían.

Era precisamente una de esas grandes épocas en las que resulta tan fácil hacer carrera rápido como ser declarado enemigo. Y quería evitar esto último a toda costa.

Sin embargo, si la democracia fracasaba en su país, si los bolcheviques alcanzaban una victoria definitiva, no tendría ninguna oportunidad aquí.

Por otra parte, los rojos necesitaban tantas manos como pudieran ayudarles.

Y ahí estaba él, al lado de la chica que tanto le extasiaba, y no se atrevía a confesarle que estaba a punto de ingresar en el Ejército Rojo de Campesinos y Obreros, el RKKKA, cuya ampliación acababa de ser ordenada por el propio Trotski.

En cualquier caso, Stasia lloraba por dentro al pie de un roble, seguro que era un roble y seguro que era muy viejo. Segurísimo. Simon cogió a Stasia por los temblorosos hombros con el pretexto de consolarla. Naturalmente, el primer beso fue maravilloso, ¡seguro, segurísimo, Brilka, porque el primer beso de nuestra historia *tiene* que ser bello a toda costa!

No sé si Stasia dio su consentimiento esa misma tarde, pero sí es seguro que tres tardes después entró al despacho de su padre, donde siempre olía a chocolate y lavanda, se sentó frente a él en el pesado sillón de cuero y le comunicó que iba a casarse al día siguiente con Simon Dzhashi.

El fabricante de chocolate levantó la vista de sus documentos, se puso las gafas de leer, miró a su hija y se echó a reír.

Pero, no contenta con eso, Stasia prosiguió:

—No quiero ninguna ceremonia. Quiero que me des el dinero que corresponde y mi dote y financiar con eso mi formación como bailarina. Hasta donde yo sé, bendices esta boda, padre, y ahora lo que espero es simplemente que digas que sí.

El padre, todavía riendo, adoptó un tono severo y respondió que no pensaba picar ese anzuelo (lo que se dijera en esa época) y que no iba a convertirse en el hazmerreír de la ciudad solo porque su hija tuviera la cabeza llena de pájaros. Todo tenía que seguir su curso: el compromiso, el tiempo de espera, y después una boda en condiciones. Al fin y al cabo, era la primera de sus hijas que se casaba, había que celebrarlo por todo lo alto.

Y tendría que cruzar unas palabras con su futuro yerno, no podía ser que un joven respetable como Simon bailara al son que tocara su excéntrica esposa.

Stasia escuchó todo aquello con mucha tranquilidad, incluso rechazó el café turco de exquisito aroma que él le ofreció, y finalmente se levantó y dijo que o se casaba de la forma que ella le había dicho o no lo haría, y que además Simon iba a marcharse pronto a Petrogrado. Tuvo que haber pronunciado esa frase con tal determinación que el padre, sin estar de acuerdo, no hizo nada para impedir que a la mañana siguiente su hija estuviera delante del altar, con un sencillo vestido blanco que su hermana mayor, Lida, se había hecho para su primer baile.

El fabricante de chocolate tuvo que haber luchado largo tiempo consigo mismo y con sus dudas antes de decidirse a mantener su promesa y darle a Stasia su receta como dote. Quizá en los años que siguieron a la muerte de su primera esposa había optado por confiar más en su instinto comercial que en su superstición. Al fin y al cabo, esa misma receta le había permitido una buena vida a él y a su familia durante todos aquellos años, aunque no se hubiera producido la expansión a las grandes ciudades y no hubiera seguido poniendo a la venta el chocolate caliente. Pero en pequeñas dosis su mezcla parecía inofensiva; de hecho, insuflaba alegría a la gente, le hacía olvidar todas sus penas durante un tiempo sin exigirles un precio fatal. Sin duda había hecho bien, pensaba el fabricante de chocolate la noche antes de la boda de Stasia, en mantener a buen recaudo el chocolate caliente, aunque ya ni él mismo sabía si el motivo era el de entonces, cuando volvió de Europa con la receta secreta en el bolsillo e imaginó en silencio cómo iba a sacarse

de la manga la mejor de sus creaciones en Tiflis, San Petersburgo o Moscú, para deslumbrarlos a todos y conseguir las mejores condiciones para sus tiendas.

La decisión de no haber convertido el chocolate caliente en una mercancía le daba una sensación buena y segura, como si con eso hubiera evitado una desgracia que se habría producido de haberse resistido a su intuición. De eso estaba seguro. Aunque nunca lo diría en voz alta, y menos aún delante de sus empleados o de su esposa, y aunque a veces a él mismo le parecían ridículas sus propias conjeturas, ese negro presagio estaba en el fondo de su cabeza desde la muerte de Ketevan y la gemela de Stasia. En contra de lo que esperaba, no desapareció a lo largo de todos aquellos años, sino que se reforzó con el tiempo y se asentó hasta convertirse en convicción.

Pero Stasia no era uno de sus empleados, ni siquiera era Lara Mijailovna. Stasia era quizá la única a la que podía confiar su secreto sin que se riera de él.

Así que la noche antes de su boda hizo acopio de todo su valor y llamó a la puerta del dormitorio de Stasia (estaba despierta, no pudo dormir, de emoción, en toda la noche) y le pidió que se vistiera y le siguiera. Stasia se vistió, el padre la cogió de la mano y fueron a pie, en silencio, hasta La Chocolaterie.

Él abrió la puerta, encendió la luz eléctrica (entonces aún una rareza en la pequeña ciudad), la llevó a la zona de producción y le pidió que se sentara. Entonces empezó la preparación. Le dijo que debía fijarse mucho y tomar nota de los ingredientes de la mezcla, y repetirlos en voz alta mientras él los mezclaba. Stasia, sorprendida por el secretismo y la reverencia que su padre ponía de manifiesto, olvidó de golpe toda contención cuando el aroma más encantador que nunca había olido comenzó a expandirse.

Era hija de un confitero famoso en todo el país, y estaba acostumbrada a toda clase de exquisiteces, pero nunca había olido, y no digamos probado, un aroma así de perturbador. Como hipnotizada, recitó los ingredientes uno tras otro, repitió con devoción la cantidad de cada uno, sintiendo que la boca se le hacía agua. Luego, su padre le pidió que anotara con toda exactitud todo cuanto había oído, los ingredientes, el tiempo de preparación y —*muy importante*— la dosificación exacta. Le puso encima de la mesa un papel y un lápiz y ella anotó en limpio, con su mejor caligrafía, el secreto de su padre; tuvo que concentrarse mucho, a causa del aroma embriagador que

llenaba la estancia.

Luego su padre le dio una fina tacita, ligera como una pluma, que contenía un líquido negro y espeso que ella empezó a degustar con una cucharilla de plata. Su paladar despertó a increíbles alegrías, su mente se entusiasmó con el sabor, su lengua quedó aturdida. Probó, cucharada a cucharada, y durante unos minutos olvidó el mundo a su alrededor.

—¿Qué era eso, por el amor de Dios? —preguntó, después de lamer la taza como un gato hambriento y dejarla con todo cuidado—. ¿Y por qué no nos lo has enseñado nunca?

—Porque es una receta secreta. Mezclo una pequeña dosis de mi secreto en todos nuestros productos, pero en su origen la receta se creó para este chocolate caliente que acabas de tomar. Sin embargo... —se detuvo y miró fijamente a su hija—. Es peligrosa —se detuvo otra vez, buscando las palabras adecuadas para describir algo que no podía describirse con palabras.

—¿Qué quieres decir con peligrosa? —preguntó Stasia, todavía con el enigmático sentimiento que el sabor del chocolate le había dejado prendido en el pecho.

—Tienes que creer lo que te diga, Stasia, hija mía, aunque pueda parecerle extraño que te lo diga ahora, tienes que confiar en mi palabra, ¡prométemelo!

—Pero, padre...

—¡Prométemelo!

—Está bien, te lo prometo. Naturalmente que te lo prometo.

—Mucho bien puede provocar mucho mal. Y he visto a una persona que probó este chocolate y luego quiso más y más. Pero la codicia combinada con el placer puede ser fatal. ¡No olvides esto!

—¡Por supuesto que se quiere más, es pecaminosamente exquisito!

—No, no lo comprendes. Este chocolate solo puede consumirse en pequeñas dosis, una cantidad muy pequeña de los ingredientes puede hacer de cualquier producto con chocolate un auténtico placer, pero su forma pura, en esta forma, Stasia, puede causar una desgracia.

Stasia, que no acostumbraba a oír hablar así a su padre, a la solemnidad con la que dijo aquellas palabras, estaba asombrada, pero trató de que no se le notara, y adoptó una expresión lo más seria posible.

—Tienes que prometerme, por lo que te resulte más sagrado, que guardarás este valioso secreto como la niña de tus ojos. Esta receta nunca debe salir de la familia. Nunca debe ser utilizada por un extraño. Nunca debes emplearla

de manera frívola, ni prepararla para ninguna ocasión festiva. Debe ser siempre algo especial, singular. A lo largo de todos estos años, habría podido ganar mucho dinero si hubiera vendido este chocolate, pero he decidido no hacerlo.

—Pero ¿por qué yo? ¿Por qué me das la receta a mí?

—Porque cuando naciste, en memoria de tu madre, juré que un día heredarías el secreto, y...

—¿Y?

—Porque sobreviviste a la desgracia y, me parece... —no terminó la frase. Stasia no acababa de entenderlo, pero no se atrevía a preguntar. Su cabeza estaba ocupada en otras cosas y no en la desgracia que su padre imaginaba y que se suponía que ese celestial chocolate podía causar.

—Pero hay veces...

—Sí, hay veces. Pero ten cuidado de que esas veces sean pocas y sus motivos especiales.

Aquella noche Stasia juró aprenderse la receta de memoria y destruir la nota. Y cuando volvió a estar en su cama y evocó el sabor con todos los sentidos, tuvo la certeza de que con ese secreto se podían curar heridas, evitar catástrofes y deparar la felicidad.

Pero en eso se iba a equivocar.

El día del enlace, su segunda hermana, Meri, se hallaba en el campo en casa de una tía enferma, su madrastra fingió una migraña, y solo la tímida Lida y Christine, de diez años, la única que puso todo su celo en el asunto y apareció con grandes ramos de flores, acompañaron a su hermana al altar. El monje Seraphim, confesor de Lida y hombre de confianza de la familia, celebró el enlace en la pequeña iglesia de San Jorge.

Simon consoló a su suegro prometiéndole que más adelante harían una fiesta en condiciones, que estaría al lado de su esposa tanto en los buenos como en los malos tiempos y que cuidaría de ella. Pasaron la noche de bodas en una posada no lejos de la ciudad rupestre, y a la mañana siguiente Stasia mostraba la sonrisa más tierna que estaba dispuesta a exhibir. Aún no dominaba la sonrisa de una mujer casada, y la de la muchacha amante de la libertad que cabalgaba como los hombres ya se había esfumado.

Apenas dos semanas después de la boda Simon se marchó de la ciudad,

primero en coche hasta la estación, y luego en tren en dirección al norte, y Stasia volvió a casa como una mujer casada.

Todo esto sucedía a comienzos del confuso año de 1918, exactamente el año en que nombraron a nuestro compatriota, al que entonces llamaban únicamente Iósif, Koba o, cariñosamente, Soso, comandante en jefe del Ejército Rojo, fundado por Trotski.

Exactamente el año en el que los bolcheviques promulgaron un decreto titulado *La patria socialista en peligro*, cuyo párrafo octavo decía: «Agentes enemigos, especuladores, saqueadores, agitadores contrarrevolucionarios, espías alemanes serán fusilados en el acto». Poco antes se fundaba la Checa. La Checa, que más tarde habría de cambiar su nombre por NKVD y, por último, pasaría a llamarse KGB.

A las masas rusas hay que mostrarles algo muy sencillo y accesible a sus cabezas, y el comunismo... es sencillo.

VLADÍMIR ILICH LENIN

QUÉ ESTARÁ HACIENDO AHORA MI AMAZONA – CUÁNDO PODRÉ VOLVER A ESTRECHARTE EN MIS BRAZOS – PALOMITA ME ECHAS DE MENOS HE BUSCADO UN BONITO LUGAR PARA NOSOTROS NO LEJOS DEL NEVA TE GUSTARÁ MUCHO – AQUÍ TAMBIÉN CONOCEN A UN BUEN MAESTRO DE BALLETO, comunicaba Simon por telegrama desde Petrogrado: tales nimiedades soliviantaban a los funcionarios de Correos de la ciudad, que lanzaban miradas indignadas a Stasia... Simplemente eso no podía ser.

Más tarde las líneas cambiaron, se hicieron más preocupadas: PALOMITA AQUÍ HAY INQUIETUD NO SE SABE QUÉ VA A PASAR TEN CUIDADO – PALOMITA PASAN COSAS MALAS EN ESTE PAÍS PERO NO PUEDO HACER SINO... (El resto faltaba).

Solamente después de varios ruegos, Stasia consiguió averiguar con exactitud cuál era la actividad de su marido: estaba en el RKKA, el Ejército Rojo de Obreros y Campesinos, y era responsable de conseguir pan.

Desde enero de 1918 reinaba en Rusia una gran hambruna. El RKKA tenía

la tarea de confiscar pan, en cuya producción los campesinos no daban abasto y estaban expuestos a saqueos y asaltos.

En mayo de ese mismo año se proclamó la primera República Democrática de Georgia. El fabricante de chocolate respiró aliviado, y ese mismo mes se reunió en Tiflis con el primer ministro de Economía para discutir los planes de expansión de su empresa. Una gran pastelería en la capital..., ahora ya nada parecía oponerse a ese plan. El fabricante de chocolate organizó una solemne comida en su casa e invitó a la alta sociedad de la ciudad de provincias para celebrar un futuro que prometía tan buenos auspicios.

Conforme a su acuerdo, Stasia debería haber seguido a su marido ya en febrero. Después de meses de espera, al llegar el verano no pudo más, y le dijo a su padre que iba a reunirse con su esposo y ayudarlo, pasara lo que pasara; sus estudios de baile podían esperar por el momento. El padre, confundido por tanta disposición a sacrificarse por parte de su autónoma hija, trató de consolarla. En otras circunstancias, habría deseado que su hija estuviera al lado de su marido, como era de esperar en una mujer casada.

Sin embargo, dada la situación mi tatarabuelo se resistió a sus planes. La larga lucha por el viaje que siguió a esto desgastó tanto a Stasia que se pasaba horas en el jardín, sentada en el viejo columpio que había pertenecido a su madre, mirando al vacío, con la esperanza de que su trágico aspecto ablandaría el corazón de su padre.

—Siempre son los hombres los que quieren decidir sobre una. ¿Qué clase de vida es esa? Igual podría haber nacido perro, e incluso así sería más libre —se quejaba ante Lida, que se limitaba a mover la cabeza horrorizada y acusaba a su hermana menor de blasfema.

Cuando en julio dejaron de llegar telegramas, la preocupación por su marido derribó definitivamente los ideales librepensadores de Stasia, que fue a la iglesia de San Jorge, buscó al padre Seraphim y le pidió ayuda. Pasó dos horas arrodillada en la pequeña iglesia, rezando en voz alta:

—Por favor, Señor, por favor, por favor, si es tu voluntad no bailaré, o lo haré más tarde, pero haz que Simon vuelva a mí o haz que mi terco padre se apiade de mí y me deje viajar junto a mi marido. Creo que le amo de veras, de veras, y es tan injusto, Dios, no puedes haberme creado con todos mis pensamientos y deseos solo para querer que tenga siempre que obedecer, por

favor, haz que se haga mi libre voluntad, y hágase la tuya. Sí, lo sé, debería rezar diez padrenuestros y llevar huevos rojos a los muertos los lunes de Pascua y verter vino sobre sus tumbas. He descuidado mis deberes cristianos, lo haré todo gustosa, pero por favor, sé un poco indulgente conmigo. Quiero decir que, si lo has creado todo, también has creado la danza, ¿no?

En ese momento, un fuerte golpe de viento abrió la puerta de la iglesia, y Stasia se puso en pie sobresaltada (al menos así me lo imagino, porque en mi imaginación los ruegos de Stasia fueron escuchados en el acto).

En la puerta estaba Seraphim, con su cogulla negra, y sostenía una hoja en la mano. Fue hacia Stasia y le susurró al oído que un comerciante de alfombras se había declarado dispuesto a llevarla en su coche a la estación de ferrocarril. No podía atravesar con ella la zona militar, pero si se sentía capaz de recorrer sola ese largo trecho en esos tiempos inciertos, él lo haría posible. Y, dado que el amor era lo más divino que existía y reunir a los amantes casados ante Dios, la más maravillosa de las tareas, Seraphim la apoyaría con sus oraciones.

Stasia se arrojó al cuello de Seraphim, olvidando que era un sacerdote, y después discutió con él entre susurros todo el plan de fuga.

Tres días antes de partir, Stasia ya lo había preparado todo y metido sus cosas en la maleta. En especial, había sacado unos cuantos billetes de los bolsillos del pantalón de su padre y había cosido a sus ropas unas cuantas joyas que formaban parte de su dote.

Al amanecer, huyó de su casa en el coche del vendedor de alfombras. Dejó una carta a su padre y a cada una de sus hermanas, en las que les pedía comprensión por sus actos.

Sé poco del largo viaje que llevó a cabo por un paisaje cada vez más desolado. Tan solo sé que el padre envió a algunos hombres a buscar a Stasia y que Seraphim se recluyó en el monasterio rupestre, con el pretexto de que había hecho voto de silencio durante el ayuno. Y sé que Stasia llegó. Tres semanas después.

Entretanto, el antaño tan poderoso Imperio ruso se iba hundiendo cada vez más en el caos: la expropiación y nacionalización de la propiedad, de los bancos, de los inmuebles, la ruina de la economía de libre mercado, tuvieron consecuencias catastróficas. Igual que la sustitución de las instancias

judiciales por los llamados tribunales populares.

En todo el país reinaba la inquietud, porque faltaban organizadores profesionales para aplicar esas reformas radicales. La Constitución soviética, promulgada en julio, privaba de sus derechos a estratos sociales enteros del país. Tan solo ocho meses después de la revolución, se había establecido un perfil de dirección que tenía que llevar inevitablemente a la guerra civil: la concentración del poder en unos pocos dirigentes, la aspiración al monopolio de la información y la economía y la discriminación de determinados círculos de la población.

Y, cuando Stasia llegó a Petrogrado, Nicolás II y su familia de sangre azul ya no estaban vivos. Aquella historia había terminado de manera anónima, con disparos en un sótano de Ekaterinburgo.

Pero, por aquel entonces, Stasia aún no sabía nada de eso. Como tampoco sabía dónde estaba Simon Dzhashi. Porque en su dirección oficial, su «bonito lugar no lejos del Neva», Stasia no encontró más que soldados borrachos, un cuartel y no una vivienda, y el camarada Dzhashi no estaba entre ellos. Vagó por las frías calles de Petrogrado, preguntó por su marido en su ruso carente de acento, como correspondía entonces a cualquier dama de sociedad del otro lado de la interminable ruta de la seda.

Finalmente, se vio obligada a telegrafiar a casa y pedir ayuda a su padre, aunque le costó Dios y ayuda.

Tan solo una hora después recibió la respuesta de su padre: HEMOS ESTADO A PUNTO DE MORIR DE PREOCUPACIÓN – CÓMO PUDISTE PERO GRACIAS A DIOS ESTÁS BIEN – VE A CASA DE THEKLA ES LA PRIMA DE MI PRIMO DAVID DE KUTAISI – VIVE EN LA RIVERA FONTANKA – DILE QUE ERES MI HIJA – NO SÉ EL NÚMERO DE LA CASA – ES UNA CASA GRANDE Y ELLA ES CONOCIDA EN TODA LA CIUDAD – PREGUNTA – AVISA EN CUANTO ESTÉS A SALVO.

Stasia nunca había oído una palabra de Thekla la conocida-en-toda-la-ciudad. Lo que no significaba gran cosa, porque realmente no sabía de la mitad de su parentela, y la redescubría en los cumpleaños, bodas y entierros en los que tenía que participar por orden de su padre.

Vagó durante tres horas, confusa y atemorizada, por una ciudad que se había vuelto loca, hasta que encontró a un cosaco achispado que se declaró dispuesto a llevarla en su carro hasta la Fontanka junto con su escaso equipaje.

Stasia, que de pura preocupación y miedo no estaba en condiciones de apreciar la belleza de la ciudad, miraba desde el carro con la boca abierta las calles por las que pasaban en pleno estruendo.

Hombres uniformados patrullaban innumerables puentes. Campesinos empujaban carretillas cargadas de muebles; delante de las tiendas se formaban interminables colas, la gente corría de un lado para otro con cara de preocupación. Incluso el río daba la impresión de seguir la marcha de aquella extraña atmósfera, porque parecía turbio, revuelto, ruidoso.

Ante la impresionante catedral de San Isaac estaba celebrándose una concentración en ese momento; una gran multitud sostenía pancartas y gritaba ruidosos eslóganes sin parar.

En la Fontanka —la orilla del río en la que había mansiones y granjas de color verde claro y amarillo pálido—, la gente se apiñaba en torno a fogatas en las que estaban preparando comida. El cuidado telón de fondo de la ciudad de los zares parecía contrario hasta el absurdo a aquel trajín.

Después de que el cosaco se viera obligado a parar tres veces para preguntar por una tal Thekla, terminó diciendo a la muda Stasia que no tenía tiempo para buscar a una terrateniente, pero justo en ese instante una de las muchachas que se arremolinaban en torno a las fogatas dijo que tenía que ser la hermosa casa amarilla que había delante, a la izquierda. Stasia no sabía qué habría hecho si la muchacha no hubiera salido en su ayuda.

Pagó al cosaco, descargó su equipaje y llamó a la monumental puerta de hierro de la villa clásica, no, la aporreó en toda regla con la aldaba, porque una columna de hombres rugientes avanzaba hacia ella por el paseo y, si no se ponía a salvo enseguida, la multitud la arrastraría. Finalmente, una muchacha atemorizada, con el típico pañuelo ruso en la cabeza, abrió y metió a toda prisa a Stasia dentro de la casa, sin decir palabra. Luego cerró la puerta con varios cerrojos y puso unos muebles a modo de barricada.

Stasia miró cautelosa a su alrededor. Se encontraba en una de las casas más hermosas en las que había entrado nunca. Desde el amplio y acogedor vestíbulo, una ancha escalera de mármol conducía al piso de arriba. El suelo estaba cubierto de bellísimas losas blancas y negras. Stasia entró a un espacioso y luminoso recibidor, en el que no había más muebles que una interminable mesa de roble y dos sillas, como constató sorprendida. La muchacha la había dejado sola. Debía esperar allí sin moverse.

Al cabo de un rato oyó pasos, y en lo alto de la escalera apareció una

mujer, quizá mediada la cincuentena, quizá mayor o más joven; una gruesa capa de maquillaje ocultaba su edad. Llevaba una bata de un rosa suave adornada con un cuello de plumas, como el de la bailarina de uno de los frívolos locales contra los que el padre de Stasia la había prevenido con tanta frecuencia. Se precipitó hacia ella y la estrechó en sus brazos.

—Oh, Dios, qué niña tan mayor, la última vez que vi a mi querido primo fue en el baile de fin de año de Kutaisi, no me lo puedo creer, ¡qué chica tan hermosa, y con la misma mirada, tan seria!

Ordenó a la muchacha campesina, la única criada que quedaba en la casa, que preparase un té bien cargado y trajera un poco de bizcocho de la despensa.

—Pero el bizcocho es solo para casos de emergencia —murmuró la muchacha, y fue reducida al silencio por una severa mirada de la dueña de la casa.

—¿Y qué te parece que es esto? Mi carne y mi sangre, que viene de mi patria en tiempos como estos... ¿Qué es esto? —le gritó además.

Thekla no necesitó mucho tiempo, con té caliente y un bizcocho muy seco, que a Stasia le pareció la octava maravilla del mundo, para contarle toda su vida a Stasia. Ella sacó sus conclusiones de por qué nunca antes había oído hablar de Thekla-conocida-en-toda-la-ciudad.

Thekla, descendiente de la pequeña nobleza de los valles centrales de Georgia, había sabido muy pronto lo que quería de la vida, y también cómo conseguirlo. Dado que la chismosa Kutaisi, su ciudad natal, no le ofrecía espacio suficiente, no tardó en casarse con un rico comerciante de Tiflis, que administraba una serie de viñedos y vendía vino georgiano a Rusia. A Thekla no tuvo que costarle mucho hallar un candidato bien dispuesto, porque, si se la miraba bien —una vez que se acostumbraba uno a las capas de maquillaje —, tenía un rostro muy delicado y suave, algo dulce, que invitaba a soñar despierto, y un cuerpo exuberante y apetitoso, en el que unos pechos desproporcionadamente altos atrapaban enseguida la mirada. Sin embargo el matrimonio había carecido de pasión, y el marido había estado más enamorado de sus cepas que de ella, contó Thekla, así que en uno de sus viajes de negocios a Petrogrado, luego otra vez San Petersburgo, ella se había enamorado de Aleksandr: de forma irrevocable, violenta, colosal. Aleksandr Olenin —descendiente de la rica dinastía Olenin de San Petersburgo, origen de mecenas, coleccionistas de arte y del fundador de la Biblioteca de San

Petersburgo— era un hombre instruido, elegante, librepensador, «y además, de una desvergonzada belleza», y formaba parte del ejército de los zares.

A su regreso a Tiflis, Thekla comunicó a su esposo que renunciaba a cualquier privilegio y dejaría su casa sin llevarse ni la alianza si él se lo permitía, porque amaba a otro hombre de forma irrevocable, violenta, colosal.

Claro está, se produjo un escándalo. Su esposo llevó a cabo el asesinato en toda regla de su reputación, y se negó durante años a aceptar el divorcio. Dado que el matrimonio no tenía hijos, Thekla, aunque aún oficialmente casada, pudo viajar a San Petersburgo sin alianza y hacer de Anna Karénina en la ciudad de los zares.

Olenin debió de ser un hombre honorable, porque al contrario que el conde Vronski se quedó con su amada y la presentó como su legítima esposa en la sociedad de San Petersburgo. A pesar del rechazo inicial de esa misma sociedad, Thekla no tardó en acceder a ella, incluso en tener amigos, y terminó reuniendo a su alrededor a una comunidad en toda regla, lo que sin duda se debió a su carácter temperamental y poco convencional. Su «desvergonzadamente bello» Aleksandr compró a su amada aquella maravillosa casa y empezó a disfrutar con su Thekla, hambrienta de vida, del lado agradable de esta. No les faltaban medios y posibilidades, invitaron a artistas y «toda clase de extraviados», todos ellos «prohibidos e interesantes», prosiguieron de ese modo la tradición de mecenazgo de los Olenin y se entregaron a la beneficencia. Viajaron por Europa y gozaron de la dolorosa belleza que el mundo es capaz de ofrecer cuando «se ama sin control y se es amada».

—Aleksandr y yo solo estuvimos casados dos años —admitió con tristeza Thekla. Después de mucho tiempo, el georgiano accedió al divorcio. Thekla y su Aleksandr podían por fin casarse y sellar su amor—. Estábamos felices como niños. La vida nos sonreía. Sé que he tenido mucha suerte en mi vida.

Pero desde entonces no había vuelto a viajar a su patria.

En el año maldito de 1904, Aleksandr cayó heroicamente en la guerra contra Japón. Su muerte rompió algo en ella para siempre. Necesitó años para superarlo, pero luego, para honrar su nombre, ayudó en lo que pudo con su abundante herencia. Siguió atendiendo el salón, el círculo literario y musical que mantenía en la casa, hizo viajes a balnearios, trabó nuevas amistades y,

sobre todo, invirtió el dinero de manera útil.

—Pero Aleksandr y yo tuvimos que pagar un alto precio por nuestra felicidad. Se fue sin que Dios nos bendijera con hijos.

Así terminó Thekla su relato, y dio un sorbo a su valiosa taza de porcelana, que la criada había traído de la cocina como por arte de magia.

Entonces, en pocas palabras, agotada, temblando ligeramente, Stasia le habló de su viaje a Petrogrado, de su reciente marido, su inexplicable desaparición, y describió su situación desesperada.

—Si pudiera quedarme unos días aquí, hasta encontrar a Simon... No causaré ninguna molestia. Y puedo ayudarla con la casa —murmuró tímidamente Stasia, pero la fuerte risa de Thekla la redujo al silencio.

—¿Qué casa, querida? Naturalmente que puedes quedarte. La casa es lo bastante grande. Claro que esos cerdos se han llevado todo lo que pudieron encontrar, pero me dejaron quedarme aquí. Aún dispongo de dos camas. Y creo que de todos modos va a ser un asunto pasajero. Estos necios no pueden perpetuarse en el poder, la resistencia es demasiado grande, y después... Después, todo volverá a ser como antes. Me alegro de que estés aquí, Anastasia. Desde que esos idiotas andan dando gritos, muchos de mis amigos han huido al extranjero o están escondidos en sus casas, me siento un poco sola. Las dos juntas podemos volver a divertirnos, ¡bravo! —exclamó triunfante Thekla.

La perspicacia de esta época es una trampa.

La mente no consigue penetrar el pasado,

tan solo ver el moco en la pared.

El príncipe es un dinosaurio de ayer.

JOSEPH BRODSKY

La casa era en verdad desvergonzadamente grande pero, debido a la falta de muebles, parecía un extraño palacio desprovisto de función. Como el recuerdo distorsionado de un lugar del *antes*.

Las viejas alfombras, las pocas y valiosas cortinas que habían quedado en

los altos ventanales y los escasos muebles que habían sido respetados permitían intuir el antiguo esplendor. Thekla también tenía una gran bodega secreta, cuya entrada no habían encontrado los bolcheviques, llena de cosas maravillosas: pepinillos en conserva al estilo veneciano, alcachofas de Grecia, bombones de Moscú, mermeladas de Crimea, jamón español, galletas inglesas de mantequilla y varias botellas de vino caro, coñac y hasta champán.

Masha, la muchacha campesina, que se había quedado con su señora más por falta de expectativas que por lealtad, añadía a diario una pequeña ración de exquisiteces a las raciones de pan y a los dos o tres huevos que conseguía en sus correrías por la ciudad. Porque era la única que salía de la casa.

Thekla pasaba la mayor parte del tiempo en su dormitorio medio vacío de la segunda planta, de vez en cuando se la oía cantar o escuchar música de un gramófono, siempre *chansons* francesas o canciones de amor rusas. O se sentaba, envuelta en una manta, en el espacioso recibidor y leía una de las novelas de amor que poseía a montones, y por las que al parecer los bolcheviques no habían mostrado ningún interés.

En la casa había té suficiente, y en ocasiones especiales —y era Thekla la que decidía cuáles lo eran— también café.

Más de una vez, antes de que la muchacha saliera a la ciudad, Stasia se dio cuenta de cómo Thekla deslizaba una cadena o un anillo en su mano y le susurraba algo. En esas ocasiones, Masha solía traer algo más que pan y huevos.

Stasia ocupaba el antiguo vestidor de Thekla, que era tan grande como el comedor de su casa de Georgia. Le había dado distintos vestidos, jabones de olor y un par de maravillosas botas de cuero. Hacía cada vez más frío, y Stasia estaba agradecida por el regalo.

Exactamente igual que la casa, la dueña tampoco quería saber nada de la guerra civil que rugía a su alrededor. Thekla se vestía y se maquillaba como si todas las noches fuera a dar una cena de gala, como si en cualquier momento fuera a oler a exquisitas viandas, la gran puerta de la casa fuera a abrirse, la alta sociedad a entrar en ella y una orquesta fuera a empezar a tocar para que las damas y caballeros a la moda bailaran un foxtrot, exactamente igual que *antes*.

La casa había sido saqueada hacía meses, pero Thekla había logrado sobornar a los bolcheviques para que la dejaran quedarse; tenía que haberle

costado mucho dinero u otros bienes, porque estaban en medio de una brutal guerra de expropiación de viviendas.

A través de Masha, la chica, mantenía un poco de contacto con el mundo exterior. Pero cuando Masha se disponía a contar cualquier acontecimiento ocurrido fuera, Thekla la hacía callar con un gesto de su blanca y cuidada mano.

Porque Thekla albergaba la ilusión de que no había más que esperar, hibernar, para que ese necio golpe pasara y fuera como si nada hubiera ocurrido. Thekla no quería abandonar su hermoso San Petersburgo (¡nada de Petrogrado!). Aunque innumerables amigos suyos habían salido ya del país o simplemente habían desaparecido, se negaba a tomar en consideración esa posibilidad para ella. Esperaba, y necesitaba esa esperanza como el aire que respiraba.

Como Thekla echaba de menos su salón, las ruidosas reuniones, las guitarras y el piano, las canciones zíngaras y las exuberantes noches con la gente más hermosa y rica de la ciudad, la joven pariente de ojos de corzo se convirtió en una grata distracción. Por las tardes jugaban juntas a las cartas, ignoraban el ruido exterior, los gritos, los pasos, los eslóganes, las amenazas, el aporreo de las puertas y, sí, también los ocasionales disparos. En las largas veladas silenciosas de la sombría soledad de la casa, la parca Stasia y la verbosa Thekla se iban acercando paso a paso. La muchacha de trenzas interminables y sencillo vestido y la dama arreglada con boas de plumas. La espera las unió, las convirtió en mudas cómplices ante un espectáculo común de incierto resultado. Mientras, fuera, cientos de miles de trabajadores hacían huelga contra «la dictadura de los comunistas», las empresas se paralizaban, el hambre atraía cada vez más criminales a la ciudad, los pogromos estaban a la orden del día y la ración de pan bajaba hasta los cien gramos, mientras la Checa, que ya actuaba con éxito, detenía y fusilaba, las dos estaban sentadas allí, tomaban té, se mecían en la creencia de que el horror no tendría cabida en la casa y jugaban a las cartas.

Al cabo de algún tiempo, Stasia ya no aguantó más y empezó a escaparse a menudo, a pesar de la estricta prohibición de Thekla. Buscó a Simon Dzhashi en los distintos puntos de apoyo de los rojos, pero nadie parecía conocerlo, nadie parecía tener información alguna sobre él.

El otoño cayó de golpe sobre la ciudad blanca. No fue suave y dulce como Stasia lo conocía en su patria, y la espera de un mensaje de Simon era dura. Lo paralizaba todo, volvía el cuerpo pesado y el alma temerosa. Stasia odiaba aquella espera. Se pasaba horas sentada junto a la ventana de su habitación, mirando por el agujerito que había hecho en la sábana que cubría la ventana, y esperaba sin saber qué. El único contacto regular que mantenía con el mundo exterior eran los telegramas que enviaba a casa y los que recibía.

Algunos días se apoderaba de ella una euforia casi histérica, y entonces bajaba corriendo la ancha escalera hasta la cocina, encendía velas o lámparas de petróleo, armaba ruido, hablaba alto, trataba de producir sonidos para cerciorarse de que seguía viva, de que aún era ella, de que no hacía mucho que se había convertido en un fantasma. Corría al recibidor, al cuarto de invitados, al baño de huéspedes, subía las escaleras, volvía a bajarlas, y luego, animada por su propia energía e impulsada por un singular placer, empezaba a bailar. Trazaba remolinos, saltaba, volaba y olvidaba el mundo a su alrededor durante unos instantes. El mundo que había delante de la casa y el que había dentro de ella.

La llegada del frío pareció instigar a la gente a una mayor amargura y crueldad. Ahora, aquí y allá, ardían casas y edificios administrativos en la vecindad. Y los disparos estaban a la orden del día.

En la gran casa de la Fontanka reinaba la amenazadora paz del aislamiento, una paz gélida y un pasado conservado, pero fuera, en las calles, en los espléndidos paseos y riberas, regía el presente y era cruel, sanguinario, peligroso, y estaba lleno de hambre y carencias.

Cuando octubre tocaba a su fin, a Thekla le acometió una curiosa apatía. Se encerró en su dormitorio y se quedó allí durante varios días. Masha y Stasia intentaron hacerla salir por todos los medios, pero no aceptaba más que la poca comida que Masha le dejaba delante de la puerta. Durante mucho tiempo, Stasia se preguntó cómo podía animar y devolver sus fuerzas a la dueña de la casa, y entonces se le ocurrió: el chocolate de la felicidad de su padre, que lo cambiaba todo, cuya receta recordaba muy bien. Así que pidió a Masha la llave de la despensa, por primera vez desde que vivía en la casa.

Masha se limitó a encogerse de hombros, con ese a-mí-todo-me-da-igual tan suyo, y le dio la llave. Stasia encontró cuanto necesitaba. Excepto azúcar y mantequilla, había todo lo necesario para la elaboración, y pidió a Masha que consiguiera el resto en el mercado negro, prometiéndole a cambio un chal de seda al que la muchacha había echado el ojo.

En medio de la noche, un olor celestial despertó a Thekla, que corrió a la cocina, a la que apenas entraba ya.

Allí encontró a Stasia, removiendo una masa negra en el fogón, y justo en ese instante Thekla sucumbió ante aquella muchacha de largas trenzas. Sucumbió a esa visión y a ese aroma, a esa promesa de algo que haría olvidar todo lo demás. Precisamente en ese mundo en decadencia en el que ambas se hallaban, esa magia tuvo que haber desplegado un efecto casi irresistible. Y, cuando por fin le sirvieron el chocolate, Thekla se rindió definitivamente.

Desde ese momento, imploraba como un perro y gritaba y pateaba el suelo de mármol con sus botas puntiagudas; lloraba como una niña cuando quería que Stasia le preparase el chocolate.

Celebraron la Nochevieja con una ramita de abeto, una botella de champán y los restos de las galletas de mantequilla, la mermelada de fresa y tres lonchas de jamón, detrás de las ventanas cegadas con tableros de mesas. La helada que se expandía por la casa hizo que el ambiente fuera tenso y excitado, a lo que se añadió que el primer día del nuevo año Masha anunció que se iba a Tsaritsyn con su prometido. Estaba luchando allí, y ella estaba harta de entregarse a «inhumanos» esfuerzos en aquella ciudad «impía» sin recibir a cambio reconocimiento alguno por parte de la dueña de la casa.

Stasia y Thekla no sabían ni cómo comportarse en las largas colas del pan ni dónde se encontraba el mercado negro. Sin Masha, morirían de hambre, sucumbirían y se volverían locas, de eso estaban seguras.

Pero entonces llegó un pasajero alivio, que al mismo tiempo desencadenó en Stasia una gran furia. Llegó una carta de Simon:

«Palomita, qué mal me siento de haberte causado estas preocupaciones, y qué preocupado estoy desde que sé que estás aquí. ¡Con qué amazona me he casado, que con tanto valor ha recorrido este largo camino para estar conmigo! Me inclino ante ti, sol de mis ojos. Quiero que tengas cuidado. Tu padre me ha escrito que te alojas en casa de una pariente. Nosotros

avanzamos con lentitud, la resistencia tiene muchos simpatizantes y por tanto ayuda, pero creemos en una justa y definitiva victoria. Quisiera que en la primera oportunidad posible te fueras a casa. Viaja por Odesa, sigue siendo el camino menos peligroso. No estás segura en Petrogrado, iré a visitarte tan pronto como pueda. Te amo, y estoy contigo en mis sueños. Tu Simon.»

Stasia estuvo a punto de gritar al leer la carta. No quería que estuviera con ella en sus sueños, sino en la realidad. Lo menos que habría debido escribirle era que iba a dejarlo todo para correr junto a ella, esa habría sido una indemnización adecuada. Con manos temblorosas escribió la respuesta, le habló de la tortura de los meses pasados y le instó con decisión a venir por lo menos unos días. Firmó con «tu esposa», lo que nunca había hecho antes.

Enseguida sintió que un profundo alivio relajaba sus miembros, le ensanchaba el pecho, dejaba libres sus vías respiratorias, y cuando oyó en el cuarto de Thekla una hermosa melodía, desconocida y, excepcionalmente, no demasiado almibarada, empezó a bailar.

Su cuerpo despertó a una nueva vida, el calor ascendió hasta su pecho, olvidó su permanente hambre, el maldito frío, que notaba más que el hambre, y giró, saltó, se volvió, se expandió, se estiró, se ablandó, se hizo flexible, y rio a carcajadas.

Thekla, que salía en ese momento de la cocina, comenzó a aplaudir con todas sus fuerzas. Stasia interrumpió su danza y se desplomó, confusa, en el rellano de la escalera. Aunque Thekla no quería saber gran cosa de esta vida, al menos sí sabía que era hermosa.

—Olvida a tu marido, no tiene en la cabeza más que su enfermiza política. Es una sinvergonzonería dejarte aquí plantada, a ti, mírate, ¡qué estampa! Raras veces de la espera surge algo bello... ¡Deberías bailar, querida!

Y, con ademanes de escenario, subió como flotando las escaleras envuelta en su bata color lila.

El destino no es nada para mí, el movimiento es todo.

EDUARD BERNSTEIN

Tres días después, Stasia tuvo visita de Peter Vasiliev. Un caballero de la vieja escuela, antiguo solista del Ballet Imperial. Tendió la mano a Stasia y le dijo:

—Solo a Thekla se le puede ocurrir contratar a un maestro de baile en tiempos como estos, pero pensó que también a mí me distraería un poco.

Las grandes estancias vacías de la casa eran salas de ensayo ideales, y Peter Vasiliev trajo discos nuevos para el gramófono.

Vasiliev tenía el cabello gris, era alto, artificioso, mundano y autoritario. Stasia lo adoró desde el primer momento, y contaba las horas hasta su llegada.

Había recibido una formación elemental en ballet clásico, pero Vasiliev era muy distinto: autoritario, exigente. Solo enseñaba su arte a los mejores, y había bailado ya en varias salas esplendorosas. De no haber sido por la revolución, probablemente Peter Vasiliev estaría dirigiendo la mejor escuela de baile de la ciudad, pensaba Stasia.

Con su incansable disciplina, su talento, su manera de imponer respeto y la gran voluntad de Stasia de ensayar durante horas a pesar del frío bestial, regresó la esperanza de París. Todo volvía a parecer posible. Con Simon o sin él.

Así bailó Stasia durante el invierno, a pesar de las tormentas de nieve, de los gélidos vientos, de los días y noches de helada, de las manifestaciones y los tiroteos, de las sublevaciones, las huelgas y —una y otra vez— el hambre. Simon no vino.

En marzo del año 1919, los trabajadores se pusieron en huelga en casi todas las fábricas importantes de Petrogrado. Y Masha se despidió definitivamente. Antes, había instruido a Stasia en todo, se la había llevado dos veces a comprar pan, le había presentado a una chica siberiana que conocía a gente en el mercado negro y la ayudaría en caso de emergencia; le había explicado las reglas para abrirse paso, gritar y hacerse notar, necesarias en todo momento para sobrevivir, y luego, distante, casi sin mostrar emoción alguna, se despidió de una Thekla deshecha en lágrimas y salió, con un saquito a la espalda, por la puerta de la casa, que Stasia cerró tras ella con muchos cerrojos.

En abril, la siguiente carta de Simon informó a Stasia de que su visita a Petrogrado iba a retrasarse. Seguían sin darle permiso, porque se esperaba tormenta en Moscú y lo enviaban allí. La consolaba remitiéndola al verano.

Mientras, de alguna manera el fabricante de chocolate había conseguido hacer llegar a su hija una gran caja de alimentos. Sabe Dios a quién había tenido que sobornar y comprar para eso. Aquellos alimentos, junto al clima primaveral que por fin se enfrentó al frío despiadado del invierno, proporcionaron a las dos mujeres unas pocas semanas de tranquilidad y las liberaron de la preocupación diaria de tener que sobrevivir de algún modo hasta el día siguiente.

El baile servía de ayuda una y otra vez. Los agotadores, monótonos ejercicios y los pequeños éxitos. Después de cada ensayo, Stasia se sentía un poco más feliz, más libre, más despreocupada. De no haber sido por la solitaria Thekla, que no obstante no se conformaba con ninguna derrota, y la constancia para el trabajo de Peter Vasiliev, que acudía tercamente tres veces por semana a la casa de la Fontanka, Stasia ya se habría rendido muchas veces, y habría subido al primer tren que fuera hacia el sur, o se habría limitado a acostarse y ya no se habría levantado más.

Cuando Stasia esperaba el pan en las interminables colas, escuchaba al pueblo, que discutía indignado el futuro del país. El frente del Don, el frente de Járkov, el frente de Nóvgorod, el frente de Minsk, el frente de Irkutsk... Solo con oír la palabra *frente* se sentía mal. Los campesinos tan solo querían que los dejaran en paz. Los cosacos querían defender su independencia y sus propiedades; los monárquicos no querían cooperar con los mencheviques, porque eran colaboradores de los rojos, y los mencheviques se acercaban cada vez más a los bolcheviques para escapar al caos de los monárquicos y de los liberales, mientras los que no tenían partido, los anarquistas y los criminales aprovechaban el favor del momento: se ocupaban de su propio bienestar y ganaban dinero en el mercado negro.

—Quizá deberíamos ir juntas a Georgia, Thekla. Con mayores o menores disturbios, allí estaríamos más seguras, y no nos faltaría de comer —le dijo Stasia una mañana a Thekla en la cocina, mientras degustaban un insípido té (a diferencia de Masha, ella nunca pudo conseguir el bueno, el fuerte, siempre la engañaban).

—Ay, cariño, definitivamente soy demasiado vieja para empezar de nuevo

—respondió Thekla.

—Bah. No eres tan vieja, Thekla. Además, aquí nadie está hablando de empezar de nuevo, se trata más bien de hibernar, como tú dices. Hasta que pase todo.

—¿Pasará alguna vez? —preguntó Thekla, con estremecedora tristeza en la voz. Y Stasia supo que Thekla nunca abandonaría aquella ciudad y aquella casa, y supo también que a ella le sería imposible dejarla sola allí.

Así que Stasia y Thekla siguieron varios meses en el sombrío y húmedo aislamiento de la gran casa, despertadas a la vida tres veces por semana por las visitas y clases de baile de Peter Vasiliev. Pero el miedo constante y la permanente defensa contra quienes aporreaban su puerta, buscando un techo o simplemente porque querían saquear la casa, consumían las fuerzas de Stasia, y en tales momentos le hubiera gustado darle un bofetón a Thekla por dejarla tan sola defendiendo la casa, como si no se tratara de su amado hogar.

Al llegar el verano, Stasia cumplió el segundo año de su prisión en Petrogrado. Unos cuantos días se habían convertido en dos años enteros desde que había dejado su patria y su familia para estar con un hombre del que había sido esposa solo unos pocos días. Algunas veces, Stasia parecía haber olvidado ya por qué había llegado a esa ciudad.

Uno de esos días calientes de julio, hirvientes de mosquitos, Peter Vasiliev apareció en la casa sin anunciarse. Llevaba una botella envuelta en papel de periódico escondida debajo de la camisa y sonreía de oreja a oreja.

—Vengan ustedes, señoras. ¡Vengo a brindar y decirles adiós! —exclamó, mientras entraba, triunfal, a la cocina. Allí sirvió champán de Crimea en tres copas y comunicó a Stasia y Thekla que pasado mañana iba a dejar el país, y que por tanto ponía fin a las clases de baile—. Tengo una prima en Baden-Baden. Está casada con un competente banquero y me ha ofrecido ayuda, mis dos hermanas ya están allí. No aguanto más todo esto. Me han enviado dinero para el viaje y los documentos. Por una vez, me alegro de no haber renunciado por completo a mi parentela judía.

Años después, cuando Stasia oyó hablar de Auschwitz y Birkenau, no pudo evitar pensar a menudo en Peter Vasiliev, cuyo sonoro nombre ruso era un seudónimo, y deseó con fervor que Isaac Einbinder, como Peter Vasiliev se llamaba, no estuviera entre aquellos millones de personas.

Después de la partida de Peter Vasiliev, todo parecía de pronto insípido y absurdo. Thekla apenas salía de su dormitorio y Stasia erraba por la casa. Al principio estuvo bailando y ensayando aun sin las severas instrucciones de Peter, como él le había ordenado, pero le costaba cada vez más, su sueño parecía palidecer de nuevo, como si Stasia necesitara constantemente aliados para mantenerlo. Empezó a comprar en el mercado negro tabaco fuerte, de marinero, que liaba en finos cigarrillos y fumaba (un vicio que iba a acompañarla de por vida; incluso cuando pudo permitirse comprar mejores cigarrillos, ya nunca abjuró del barato y fuerte).

Una mañana, algunas semanas después de la despedida de Peter Vasiliev, después de una noche insomne, Stasia entró a la habitación de Thekla y se sentó al borde de su cama, al amanecer. Thekla estaba tendida de espaldas a ella y dormía, o hacía como si durmiera. Stasia la despertó.

—Esto no puede seguir así. Te cogerán, de un modo u otro, te quitarán la casa o alguien entrará sin más y se quedará. Ayer mismo tuve que volver a amenazar con el cuchillo de la carne a dos que querían entrar por el desván. Si al menos tuviéramos un fusil, le tendrían más miedo que a mi cuchillo... Ya no me quedan fuerzas para hacer cola durante horas, y vivir aterrada por si alguien entra y nos corta el pescuezo. En tu arqueta no quedan más que un anillo de plata y un collar. Los bienes que aún tienes ya no valen nada, y el zar está muerto. No has querido creerme durante todo este tiempo, pero es así. Siempre has dicho que Nicolás volvería, que no dejaría su país en manos de esos borrachos lamentables, pero no es así. Hace dos años que fusilaron al zar. En Ekaterinburgo. Sus hijos, su esposa..., todos están muertos. Es la guerra. Es la guerra por todas partes. Ya nada volverá a ser como *antes*. Nunca más. Lo siento, pero tenemos que hacer algo, Thekla. Me voy a casa.

Como es conocido, la guerra civil tiene sus leyes y nunca han sido consideradas leyes de humanidad.

LEÓN TROTSKI

A principios de septiembre de 1920, Stasia empezó los preparativos para el viaje. Escribió a su marido a la dirección del cuartel general de Moscú y le informó en tono frío de sus planes de regreso; ya no se despidió con la frase «Con amor». Las últimas joyas fueron vendidas, así como el abrigo de mouton de Thekla. A base de sobornos, tras semanas de espera, a finales de octubre consiguieron por fin comprar billetes para el tren de Odesa, desde donde querían ir en barco a Georgia. Después de conseguir una pesada maleta —las caras hechas a mano de Thekla las habían vendido ya hacía mucho—, Stasia regresó a la coqueta casa amarilla de la Fontanka, empapada y helada, pero feliz por su éxito.

—¡Lo conseguimos, tenemos los billetes, podemos marcharnos el lunes próximo! —exclamó, y enmudeció de pronto, al salir a su encuentro un silencio gélido e inhabitual. Fue hasta a la cocina con cautela. Desde allí, un aroma seductor salió a su encuentro. No encontró nada, pero el aroma era conocido, incluso familiar.

Subió despacio al piso de arriba. El olor la llevó al cuarto de Thekla. Llamó, no hubo respuesta, apretó el picaporte y se asomó. Thekla, de espaldas a la puerta, parecía dormir. Junto a la cama, en el suelo, había una taza de estaño con restos pegados de chocolate. Cuántas semanas hacía, parecía una eternidad, desde que Stasia había preparado chocolate caliente para Thekla por última vez. Reconoció la taza en la que se lo había servido. Thekla tenía que haber recogido y recalentado los restos de chocolate. Stasia levantó la taza y la olió, el aroma era exquisito, mágico, embriagador, pero con el dulce aroma se mezclaba también otra cosa, algo metálico.

Lentamente, Stasia volvió a dejar la taza en el suelo, le temblaban las rodillas. Thekla yacía inmóvil en la cama. Había algo mezclado con el chocolate, algo definitivo. Un escalofrío le recorrió la espalda, vio el rostro absorto de su padre inclinado hacia ella, la noche antes de su boda, en la fábrica de chocolate, le oyó hablar de desgracia, algo que por aquel entonces había descartado, considerando que eran imaginaciones de su preocupado y alterado padre. Esa palabra: *desgracia*, que por aquel entonces no significaba nada para ella, resonaba ahora en su cabeza. ¿Había elegido su padre aquel término como perífrasis para algo tan definitivo como la muerte? ¿Había hablado de ese espanto, ese dolor, ese miedo que ahora ella sentía ante la espalda de Thekla? ¿Había ella conjurado esa desgracia al creer que podría

deparar un poco de alegría a Thekla, y había Thekla sabido el precio que esa negra suerte iba a exigirle, o era ella la que había utilizado el chocolate para algo tan *desgraciado* como su propio fin?

Stasia necesitó una eternidad para atreverse a ir hasta el otro lado de la cama y ver el rostro de Thekla. Esperaba descubrir algo terrible, pero Thekla yacía como si durmiera. Junto a ella, una hoja de papel:

«Querida, siempre estaré contigo. Que llegaras a mi vida en una época tan indecible fue un regalo de Dios. Esta vida, la vida que se nos avecina, no está hecha para mí, no tengo sitio en ella. Sabía que el zar estaba muerto. Lo sabía desde el principio, pero te agradezco que me lo hayas *ocultado* durante tanto tiempo. Estoy infinitamente cansada. No te enfades conmigo. Te he dejado un poco de dinero en el bote del azúcar, en la cocina. Bastará para el entierro, y espero que también para tu viaje de vuelta. Cuídate, y piensa que, si hay algo más allá del sueño eterno, velaré por ti desde allí. Perdóname, y acepta este último regalo.»

Debajo de la nota había un reloj. Un reloj de pulsera de oro, inconcebiblemente hermoso. Solo unos minutos después, Stasia se dio cuenta de que Thekla había escrito la carta en la lengua materna de ambas, en esa enrevesada caligrafía que a todos les parecía una especie de escritura secreta, la caligrafía que Stasia casi había olvidado; la caligrafía con la que se había partido la cara en la escuela de señoritas porque no conseguía escribir de manera hermosa, adecuada a una dama. Thekla y ella habían hablado casi siempre en ruso, y esa última carta le recordaba dolorosamente que ya nunca podría hablar con ella en la lengua adecuada a esa caligrafía.

Ni ella misma supo cuántas horas pasó junto al cuerpo muerto de Thekla. En algún momento, pidió ayuda y unas personas entraron en la casa. Personas desconocidas.

Tres días después, Thekla fue enterrada sin funeral, sin un sacerdote. Las iglesias habían cerrado sus puertas por miedo a los pogromos. Stasia se quedó largo tiempo al borde de la tumba, llorando sin control. Antes no había podido. Ni siquiera cuando se tumbó junto al cuerpo de Thekla. Pero ahora, de pie junto a la fosa, con la carta de despedida y el reloj de oro en el bolsillo, acudieron las lágrimas.

Al día siguiente, cuando ella bajaba la escalera con su maleta, ya había

entrado gente que corría como loca por las habitaciones, se metía en los bolsillos todo lo que podía y se peleaba por los dormitorios.

En la estación le dijeron que para ir a Odesa necesitaba un permiso de viaje. Agotada, temblando, Stasia enseñó todos los papeles que tenía, incluyendo una copia del carné del RKKA que Simon le había enviado para su seguridad hacía algunos meses. Imploró, con lágrimas en los ojos, pero no sirvió de nada. Al final, la taquillera tuvo compasión... No podía ir a Odesa pero, como esposa de un teniente del Ejército Rojo, la dejaría viajar a su lugar de residencia, eso sí le estaba permitido. Le preguntó dónde estaba acuartelado.

—En Moscú —respondió la agotada Stasia, y se sentó en la maleta, desanimada.

—A las seis de la mañana sale un tren hacia Moscú, le cambiaré los billetes, en Moscú su esposo podrá conseguirle un permiso de viaje. Deme su billete.

Ausente, Stasia le tendió los dos billetes.

—Esto son dos. ¿Quién más viaja con usted? —preguntó la mujer uniformada.

—Ella ya no vendrá.

En el tren, se sentó en silencio y escuchó el monótono ruido de las vías. No podía dejar de pensar en el cuerpo rígido de Thekla y en el último camisón que había llevado, un sencillo camisón de algodón blanco, un sencillo camisón como el que se habría puesto para emprender un viaje al sueño del *antes*.

En Moscú había por todas partes carteles de propaganda en los que se veía un soldado de uniforme blanco que le señalaba a uno con el dedo, y debajo ponía: «¿Por qué no está usted en el ejército?». Y en los otros, los carteles de los rojos, se veía un soldado de uniforme rojo que señalaba con el dedo al espectador, y debajo ponía: «¿Te has presentado voluntario ya?».

Stasia tuvo suerte. En la dirección que le indicaron, todos conocían a Simon Dzhashi. Era un cuartel, en algún sitio de las afueras. Stasia, agotada, helada (llevaba las botas llenas de papel de periódico, porque tenían agujeros), se quedó en el pasillo de ese cuartel, después de haber llegado por fin allí con un coche de posta alquilado. Dos jóvenes soldados le trajeron un

cuenco de té y un poco de aguardiente, le vendría bien. Se tomó el aguardiente tapándose la nariz, y de hecho sintió alivio. Simon estaba en una asamblea del sindicato en no sé qué fábrica, volvería por la tarde. Hasta entonces, la llevaron a su cuarto, que él compartía con otros dos soldados, y la taparon con todas las mantas que pudieron encontrar.

Durmió larga y profundamente.

Un hombre la despertó. Estaba sentado a sus pies, la tenía agarrada por las caderas, había apoyado la cabeza en su vientre y sollozaba. Agotada y vacía como estaba, Stasia no pudo expresar emoción alguna. Una y otra vez, le pasó la mano por los cabellos, ausente. Era una extraña situación. Había estado esperando aquello todo ese tiempo, se había imaginado aquella escena con todos sus detalles cientos de veces, había mantenido en sus pensamientos conversaciones con Simon un día tras otro, había dejado atrás un viaje interminable, horrible, gris, hambriento, y ahora era capaz de sentir tan poco. Como si todos sus sentimientos se hubieran gastado, y las palabras. Como si los años de Petrogrado, Peter Vasiliev y sobre todo Thekla le hubieran quitado todo lo que Stasia había esperado guardar para su esposo. Se abrazaron, no hablaron mucho, él le calentó los pies, le trajo *bortsch*^[1] caliente y una hogaza entera de pan, algo que Stasia no había tenido en sus manos desde hacía dos años. Comió con avidez, y cayó después en un profundo sueño.

Cuando despertó por la mañana estaban solos en la habitación, él yacía vestido a su lado y dormía. Ella se incorporó y le contempló largamente. Quería decirle tantas cosas, preguntarle tantas cosas, contarle tantas cosas, pero no sabía por dónde ni cómo empezar. Él dormía un sueño apacible, su abrigo de lana gris con la estrella roja cosida colgaba pulcramente de un gancho en la pared. Sus botas, viejas y gastadas, pero limpias, estaban en el suelo.

A pesar de que había superado los treinta años, su rostro le resultó muy juvenil a Stasia. Los espesos cabellos castaños, los bondadosos ojos marrones, las densas pestañas, las boscosas cejas, la nariz larga pero recta, los bien formados labios y sobre todo el bigote que se había dejado crecer. Ella le miró y sintió que tendría que ser muy difícil olvidar alguna vez aquellos años, aquella separación, que sería difícil para ella volver a ser la antigua Stasia, con la cabeza llena de pájaros y de sueños febriles. Se sentía vacía y carente de ilusiones, agotada. Aunque su rostro durmiente le arrancó una sonrisa,

sentía al mismo tiempo una infinita tristeza.

Fuera, oyó pasos, gritos de los soldados, que al parecer se disponían a ponerse en marcha.

—Simon, despierta, creo que tienes que irte.

Él se incorporó, la miró incrédulo y negó con la cabeza.

—Se las arreglarán sin mí —dijo, y besó a Stasia en los labios. Y aquella frase la puso furiosa. De pronto, la tristeza había dado paso a la rabia. ¿Por qué, por qué no había ido ni una sola vez? Si allí podían prescindir de él, si no estaba salvando en ese momento una vida humana, ¿qué y quién le disculpaba para dejarla tanto tiempo sola, peor aún, para dejarla en la incertidumbre?

Stasia sintió que las lágrimas le subían a los ojos, que sabían a decepción, pero no fue capaz de formular una sola frase, no le hizo reproches, no le gritó, se tragó su ira y se dejó desnudar por él. Al principio a Stasia le costó trabajo dejarse llevar, oía los pasos en el corredor, los gritos y las conversaciones del patio, ya no parecía acordarse de cómo era ablandarse, sentir esa especial alegría, dejar de estar tensa y llena de miedo. Solo con mucho esfuerzo logró hacer el amor con su esposo. Solo que no fue como en la noche de bodas, en la posada, donde sintió aquella euforia, aquella alegre excitación. Se limitó a yacer paciente y silenciosa, con los ojos cerrados. Pero tampoco así pudo encontrar alivio, volvía a ver una y otra vez la rígida espalda de Thekla con el sencillo camisón de algodón, la hoja de papel dedicada a ella y el reloj de pulsera, que había cosido a su ropa interior.

—Quiero irme a casa. Necesito un permiso de viaje. Puedo coger un barco desde Odesa —dijo por fin Stasia, mientras yacían desnudos juntos y respiraban al mismo ritmo. Durante un breve instante, había esperado que él le dijera que no quería, que quería que ella se quedara, que haría todo lo humanamente posible por tenerla consigo, pero él respondió:

—Sí, es hora de que te vayas a casa.

—¿Cuánto tiempo tendrás que quedarte aquí?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuánto va a durar esto? ¿Para qué nos hemos casado?

—Stasia, estamos en guerra, y tampoco nosotros nos encontramos en las mejores condiciones, créeme. Me informan de manera regular, y...

Estuvo largo rato hablando de la necesidad de la victoria bolchevique, de distintos frentes que había que defender o arrebatar a los blancos, de algunas

aventuras que él y sus hombres se veían obligados a correr en Moscú, y de dificultades en la dirección del partido. Stasia apenas escuchaba, le costaba trabajo seguirle, no sabía por qué le contaba todo eso, incluso dudaba de sus convicciones socialistas. Todo lo que decía sonaba como un poema aprendido de memoria. Algo en su voz sonaba muy cansado, vacío, carente de ilusiones..., un estado que a Stasia le resultaba familiar. Pero no cedía, quería seguir siendo a sus ojos el primer teniente seguro de sí mismo y de su causa. Y sin embargo, pensaba Stasia, habría sido mucho más fácil que él o ella dijeran la verdad, quizá entonces habría una posibilidad de encuentro. Si lo hubieran intentado.

A finales del año 1920, después de dos años y medio de ausencia, Stasia regresó al fin a su ciudad natal. Recibida por su hermana mayor, Lida, que había pasado la mayor parte del tiempo en la iglesia de San Jorge, por un padre triste y encanecido, por una madrastra acicalada y que había ensanchado y una Christine de una belleza casi macabra, que había celebrado hacía poco su decimotercer cumpleaños. Meri, la segunda, había encontrado al fin un novio adecuado, un notario de Kutaisi, y le había seguido hasta allí. A su llegada a su patria, Stasia aún no sabía que además de los enumerados había alguien más en el círculo de la familia... dentro de su vientre.

Porque en ese momento ya estaba embarazada de su primer hijo, mi abuelo.

La pastelería aún iba viento en popa, pero todos los días temían por la amenaza de que fuera expropiada junto con todas las posesiones de la familia. La democracia en Georgia se asentaba sobre pies de barro. Todos los días había rebeliones de obreros y campesinos, huelgas en las fábricas, el Gobierno estaba sometido al boicoteo de los socialistas. Nadie sabía lo que el día siguiente traería consigo y, en vista de la poca claridad de las directrices políticas de los distintos partidos y agrupaciones, la gente estaba inquieta, nadie sabía a quién y para qué elegir. Porque todos los días cambiaban las leyes, las exigencias, las promesas.

El regreso de Stasia al seno de la familia fue celebrado como es debido. Hubo llantos, constantes abrazos, incluso Lara, normalmente tan fría, derramó unas cuantas lágrimas, y al contrario que con su marido, con el que no había abierto la boca, Stasia contó a su familia con todo lujo de detalles

sus angustias y luchas de Petrogrado. Tan solo se calló el final, hasta que una noche se lo confesó a su padre en su despacho, después de que él le permitiera dar un trago a su coñac. El padre miró todo el tiempo al suelo mientras Stasia le informaba con voz temblorosa, pero sin contar nada del chocolate y el veneno. No quería decepcionarle, no quería darle la impresión de que había actuado con ligereza, de que había abusado de su conocimiento y, en especial, no había mantenido la promesa que le había hecho. Pero, sobre todo, no le contó nada porque seguía sin encontrar respuesta a la pregunta de si en ese caso el chocolate y el veneno eran la misma cosa, y temía esa respuesta.

Volvía a estar en casa. Había sobrevivido. Aunque París parecía de nuevo tan lejano y Thekla la hubiera dejado en la estacada —¿o había sido al revés?—, aunque al final no estuviera con su marido, estaba viva y estaba bien así.

Una semana después, Stasia averiguaría al fin el motivo de su sentimentalismo e hipersensibilidad: el embarazo.

El descubrimiento la sumió en una extraña mezcla de confusión y excitación. No sabía muy bien si, en vista de las circunstancias, debía alegrarle la noticia. Gracias al cuidado de Lida y de su padre, sin embargo, pudo atenuar el dolor, la nostalgia y los recuerdos sombríos. Lida había madurado hasta convertirse en una especie de paloma de la paz de la familia. Con su paso encorvado, recorría la casa haciendo toda clase de gestiones, ayudaba en la pastelería, hacía los deberes con Christine, se ocupaba del bienestar de toda la familia, e interiormente ya se había convertido en esposa de Cristo, incluso aunque su ingreso en el convento se postergara una y otra vez debido a las protestas de su padre.

Por las tardes, Stasia se sentaba en el despacho de su padre, en ocasiones con un periódico o un libro, mientras él se sumía en sus papeles. Su presencia le daba una sensación de seguridad.

—Antes, siempre pensé que eras demasiado soñadora para amar seriamente, pero sin duda me equivocaba. En cualquier caso, ninguna mujer debería viajar tan lejos en busca de su esposo, y ningún esposo debería dejar tanto tiempo sola a su mujer —dijo una noche a su hija, y le preguntó si quería un chocolate caliente; de manera excepcional, iba a prepararle uno. Stasia salió corriendo a vomitar.

El frente rojo se desplazó hacia Azerbaiyán. Cuando los bolcheviques se aseguraron de que Inglaterra iba a abandonar la lucha por el acceso a Oriente, es decir al petróleo, empezaron oficialmente los combates. La guerra terminó con la victoria de los rojos y la soviétización del país, mientras el vientre de Stasia crecía sin cesar. Tampoco la vecina Armenia, debilitada por la guerra contra los turcos, pudo ofrecer ninguna resistencia. Crimea estaba ocupada, Kiev estaba en poder de los bolcheviques desde el verano. La cuestión era cuánto tiempo podría aguantar Georgia, hasta entonces reconocida como soberana por los bolcheviques, como país independiente.

Los diques se rompieron ya en febrero de 1921. Se proclamó la República Soviética de Georgia, con el bolchevique georgiano Filipp Macharadze a la cabeza, y se pidió apoyo militar al comité central ruso contra el «Tercer Grupo» y los mencheviques.

El 11.º Ejército solo necesitó nueve días para tomar la capital, de manera que el 25 de febrero la resistencia ya estaba rota y el país pertenecía a los rojos. El Gobierno del «Tercer Grupo» había huido a Kutaisi, para abandonar por completo el país poco después.

Durante el embarazo de Stasia, los rojos habían puesto bajo su poder todas las reservas de trigo y armas del país, así como toda la red ferroviaria. Mientras, los habitantes de treinta y siete provincias rusas estaban al borde de la hambruna, y en la prensa occidental se hablaba ya de canibalismo y de niños raquíuticos. Se podía comprar una vida humana, amenazada de fusilamiento, por aproximadamente cuatro litros de aceite de girasol y tres litros de vodka.

Sí, todo eso ocurría mientras mi abuelo crecía en el vientre de su madre, y cuando vino al mundo en el ardiente agosto su país ya llevaba el nombre de República Socialista Soviética de Georgia. Dos semanas después era bautizado en la iglesia de San Jorge, una de las pocas intactas de la ciudad, con el nombre de Konstantin, pero en adelante lo llamaron «Kostia».

Apenas un año después de nacer Kostia, poco antes de que su padre lo viera por primera vez, las propiedades del fabricante de chocolate pasaron, como temía, a manos del Estado, y la espaciosa casa del centro de la ciudad

fue dividida en dos; en el piso de arriba y el gran desván se alojaron dos trabajadores de las fábricas de muebles junto con sus familias.

La Chocolaterie siguió siendo una institución conocida en todo el país, solo que ahora pertenecía al Estado y mi tatarabuelo era empleado del Estado.

A partir de ese momento, como protesta interior, mi tatarabuelo dejó de añadir su mezcla secreta a la masa de chocolate, lo que rápidamente produjo pérdida de clientes. Le obligaron a cambiar la decadente decoración capitalista del local y atenerse al estilo del partido, lo que tampoco gustó necesariamente a la mayoría de los clientes, porque iban a la chocolatería a disfrutar un poco del ambiente de París o de Viena y no la desolada realidad de una pequeña ciudad ocupada por los soviéticos. Como es natural, los empleados domésticos fueron despedidos, una niñera no estaba prevista dentro de la nueva vida proletaria, de manera que Stasia y Lida pasaban el tiempo educando a los niños. Solo raras veces Stasia lograba escapar de su vida cotidiana y cabalgar por la estepa con un kabardin que tomaba prestado de la yeguada.

La oferta de alimentos disminuía a ojos vistas un día tras otro, los vestidos de la gente perdieron color y la única escuela de baile de la ciudad —y esperanza de Stasia— fue cerrada. En su lugar abrió el Komsomol, la Asociación Juvenil Soviética Comunista Leninista, una organización juvenil del partido en la que no hacían otra cosa que entonar canciones regionales y loas a la Revolución de Octubre, y cuyo objetivo era educar a los jóvenes para que fueran «comunistas leales al partido».

*Desplegad vuestra marcha, compañeros de a bordo, basta de
disputas y vacilaciones.*

*¡Callad, oradores! Tú tienes la palabra, ¡habla, camarada
Mauser!*

VLADÍMIR MAYAKOVSKI

Simon Dzhashi conoció a su hijo cuando ya sabía decir «Papá». Era la primera vez que le daban un permiso. Acuartelada en alguna parte junto al

Don, donde los campesinos llamaban a la rebelión una y otra vez, su brigada estaba encargada de la reeducación. Stasia y Simon salían a pasear, comían el pastel de chocolate de su padre, que ya no sabía como antes, jugaban con su hijo, iban al primer cine de la ciudad, incluso cabalgaban juntos por la estepa, pero Stasia no podía evitar sentirse como en una vida ajena, no podía ver a aquel hombre como suyo, y cuando se fue sintió alivio en toda regla. Al menos podía volver a soñar con la vida que antaño había querido para ella, y que no tenía nada en común con la que llevaba.

Cuando Kostia fue enviado a la primera guardería estatal de la ciudad, Simon Dzhashi volvió a aparecer sin previo aviso, una mañana de marzo... Un teniente enflaquecido, ahora barbudo, estaba a la puerta de la casa y llamaba a su mujer. Había sufrido y superado una embolia pulmonar a causa de tres costillas rotas que nunca habían curado bien, cojeaba y le temblaban las manos. Había sido *maltratado* por un campesino con una pala, y debido al *menoscabo físico* sufrido le habían dado unos meses de permiso.

Stasia, que estaba en ese momento a punto de probar la papilla de su hijo, y había ido corriendo a la puerta con la cuchara en la mano, se quedó allí, mirando a su marido, cambiado y de pronto envejecido, y dándose golpecitos en el muslo con la cuchara, sin saber qué hacer. Aquel hombre, el padre de su hijo, que ella siempre había deseado que la quisiera más que a sus obligaciones, estaba delante de ella en toda su miseria, pero ninguno de los dos conseguía decir una palabra. Estaban el uno frente al otro y no sabían por dónde empezar.

Mi tatarabuelo propuso a los recién casados —porque de qué otro modo podía hablarse de una pareja que había compartido el lecho pocas veces en más de cinco años— que se fueran al campo, a uno de los pueblos vecinos, y dedicaran tiempo a sí mismos y al niño. Tenía un amigo cuya residencia de verano no había sido expropiada, una sencilla y tradicional casa de campo georgiana, a pocos kilómetros de la ciudad y lo bastante alejada del tumulto del mundo. Allí volverían a encontrarse, y Simon sanaría. El dueño de la casa no los molestaría, tan solo tendrían que ocuparse de unas cuantas gallinas, dos vacas y de algunas plantas.

La sencillez de la casa, la pacífica naturaleza, el alejamiento de la política, las ocupaciones cotidianas, los amables campesinos de la vecindad..., todo le vino bien a la pareja. Incluso el trabajo de campo y el ganado divirtieron al principio a Stasia, al fin y al cabo era una distracción, y quería a toda costa un nuevo comienzo para su familia. Podían empezar una nueva vida, en algún sitio tenía que haber restos de su enamoramiento inicial, necio, loco y desafiante. En el pueblo también había caballos que se podían tomar prestados para salir a cabalgar. Un buen principio, pensó Stasia, puesto que los caballos habían sido su pasión común. Pero Simon estaba tan frágil, tan cansado, que ni siquiera logró montar en uno de ellos. Pasaba la mayor parte del tiempo callado, mirando sin ganas a la lejanía, de vez en cuando sonreía a su hijo y solo comía cuando Stasia se lo recordaba. Y Stasia no podía ni quería darse cuenta de que algo se había extinguido irrevocablemente en él.

Entretanto, en Rusia se acumulaban los expedientes forenses:

«Cadáver n.º 1: Cráneo completamente destrozado, mandíbula inferior partida. Cadáver n.º 2: Cráneo destrozado de dos disparos. Cadáver n.º 3: Bóveda craneal y zona adyacente destruidas con un objeto metálico. Cadáver n.º 4: Militar a juzgar por la vestimenta, tres orificios de bala en el cráneo. Es difícil juzgar la causa de la muerte del cadáver n.º 5, con seguridad el obispo, ya que al parecer fue enterrado vivo.»

Simon Dzhashi ya había tenido bastante de eso. Más que suficiente. Ni los hermosos caballos ni la energía de su esposa o el amor de su hijo podían hacérselo olvidar.

Los esfuerzos de Stasia por poner todos los días una cara alegre y radiante, sin importar si estaba lavando la ropa o sacando el estiércol del establo — tarea que se tomaba tan en serio como la salvación de su matrimonio—, si pelaba patatas o contaba un cuento al pequeño Kostia, no tuvieron éxito. Todo parecía pasar a través de Simon sin dejar huella. Se levantaba tarde, se tiraba una eternidad sentado junto al fuerte café que su suegro enviaba desde la ciudad cada tres semanas, leía el periódico, que siempre llegaba al pueblo con tres días de retraso, comía lo que le ponían en el plato, como si ya no tuviera deseos o necesidades, salía a pasear y regresaba a casa entrada la tarde. Después de la merienda se iba a jugar a las cartas con los campesinos de la vecindad, y cuando volvía por la noche Stasia estaba en la cama, la mayor parte de las veces aún despierta, pero con los ojos cerrados, y esperaba que él la despertara, le contara sus pensamientos y preocupaciones, le

preguntara por las suyas, planeara el día siguiente, algo, pero nada de eso ocurría. Mudo, vacío y sin deseos, se tumbaba en silencio junto a su mujer, le volvía la espalda y se dormía en el acto.

El único que parecía vivir durante todo aquel tiempo era Kostia. Crecía y disfrutaba de cada nuevo descubrimiento, aprendió a caminar y a hablar, rio y lloró, el pueblecito sustituía sin esfuerzo para él el mundo entero. Y, si sus ensimismados padres reían alguna vez, en la mayoría de los casos era gracias a Kostia, que había hecho o dicho algo gracioso, inadecuado para un niño pequeño.

Aunque la vida campestre del matrimonio solo estaba prevista de entrada para unos pocos meses, y al principio se dijo que Simon esperaba su pronto traslado, no sucedió nada. Por la razón que fuera, Simon no parecía tener prisa por que llegara su anunciado traslado, y tampoco sus superiores parecían echarlo demasiado de menos. Así que el permiso se extendió hasta lo interminable, o así le pareció a Stasia. Le pagaban con regularidad un pequeño sueldo, y con el apoyo de su padre y teniendo apenas necesidades podían salir adelante. El tiempo que el matrimonio Dzhashi pasó en el campo transcurrió lento y pesado, y sobre todo silencioso.

Muy raras veces, Stasia iba con Kostia a la ciudad a visitar a la familia, y en cada una de esas ocasiones estaba a punto de no volver al pueblo y a la somnolienta casita de madera. Pero hacía mucho que la casa del fabricante de chocolate ya no era la de antes. El dinero no alcanzaba para llegar a fin de mes. La inflación había llegado a Georgia. El partido había acometido el proyecto de koljosización e industrialización. Los trabajadores de la fábrica y sus familias no se entendían bien con la familia del fabricante de chocolate, el espacio era angosto, siempre había disputas entre Lara, que de puro disgusto parecía engordar cada vez más, y las mujeres de los trabajadores.

La salud del padre había sufrido mucho a causa de la situación política y su degradación social, y su carácter había cambiado. Se había vuelto más iracundo, más gruñón y más impaciente. Lida trataba de seguir manteniendo la paz de la familia, pero ya no lo lograba igual de bien. El marido de Meri había perdido su empleo y ella no hacía más que escapar de Kutaisi para ir a su ciudad, y dormía en el antiguo cuarto de Lida y Stasia.

Tan solo la más joven, Christine, parecía florecer en toda regla en aquellos tiempos desesperados. Había cumplido dieciséis años y su belleza se hacía más sobrenatural cada día, de manera que ya no la dejaban salir de casa sin

compañía. Ya se tratara de estudiantes u hombres casados, ancianos o jóvenes miembros del Komsomol, de las juventudes obreras, todos se detenían a su paso, algunos le silbaban o le escribían cartas anónimas, que entraban volando por la ventana de su aula del colegio y de las que Christine se reía con sus compañeras de clase.

Después de casi un año de vida en el campo, la melancolía de Stasia alcanzó su punto culminante. Cada plato que lavaba y cada huevo que recogía en el gallinero le parecían un inmerecido castigo. Sentía crecer su rencor hacia Simon, su silencio era como un escarnio; su ensimismamiento, la provocación más pura. No pocas veces, se tumbaba en el heno del establo y lloraba hasta no poder más. Algunos días, su agresividad se trasladaba incluso al pequeño Kostia, que no quería saber nada del gélido ambiente que reinaba entre sus padres y seguía exigiendo sin límites amor y atención a ambos.

—Ya no aguanto más. Ya no sé quién eres. Quiero irme, me ahogo aquí, no me ayudas, si algo no cambia pronto voy a empezar a odiarte.

Stasia volvía a estar tumbada insomne en el lecho y, cuando Simon volvió bebido de jugar a las cartas con los vecinos y se tendió a su lado oliendo a aguardiente, cuando estaba a punto de volverle la espalda, ella le dijo eso, en voz baja, tranquila, reflexiva.

—¿Qué querías cambiar, exactamente? —le llegó la voz de él, tranquila y reflexiva.

—No soy ninguna campesina, no estoy hecha para esta vida, nunca había querido vivir así. ¡Nunca! —respondió ella, esta vez más alto y más deprisa.

—He matado a un hombre —dijo de pronto él.

—Era la guerra.

—No, no en la guerra, no fue en defensa propia.

—¿Qué significa eso exactamente? —preguntó Stasia, encajando muy despacio lo que su desconocido esposo acababa de decirle.

—Fue en Crimea, nos habían enviado allí, no lejos de Taganrog, en una pequeña y hermosa ciudad. Las rebeliones en los alrededores no tenían fin. Tantas, una y otra vez. Quiero decir, lo entiendo. Querían erradicar a los kulaks,^[2] como tal clase. Querían nacionalizar completamente la agricultura. Para ellos la reforma económica significa que los campesinos venden el trigo

por debajo de su precio, el partido lo compra y lo vende por encima de su precio, y el beneficio va a la industria armamentística y a la construcción de fábricas, pero no se dan cuenta de que el campesino no puede tener el menor interés en vender sus productos por debajo de su precio. Así que prefiere no hacer la cosecha. De todos modos, va a terminar en la pobreza. Prefiere ser pobre sin tener que trabajar para serlo. Ya habían enviado tropas antes de nosotros, pero los campesinos querían quedarse con su tierra y volver a vender sus productos a un precio adecuado, ¿por qué iban a vender sus propios productos más baratos al Estado solo porque fuera el Estado? Así que había que reprimirlos, expropiarlos, trasladarlos de zona constantemente. Llevábamos allí dos días cuando nos enviaron a ese pueblo, en el interior. Allí, una comunidad local mantenía ocupada la administración y no dejaba hacer su trabajo a los comisarios. El cabecilla era un campesino al que antes habían pertenecido los mayores campos de trigo y de maíz. Éramos dos hombres de paisano, nuestro deber era examinar la situación antes de que llegara el ejército. Un brigadier y yo. Había que hacerlo todo sin llamar la atención, ya había suficientes disturbios en la zona. Tratamos de hablar tranquilamente con ese hombre, grande como un oso, un coloso, que tenía clavado el trabajo en el campo en cada uno de los poros. Pero se mostró inflexible. Hablé con él, le dije que no tenía sentido que se opusiera, que todos sus terrenos habían sido ya confiscados y no podría vender sus productos en otra parte, que con su resistencia no hacía más que poner en peligro a todo el pueblo. Pero él se limitaba a repetir que se cagaba en todos los malditos comunistas y que no tenía intención de ceder el trabajo de todos esos años a esa banda de cerdos.

»Saltaba a la vista que el brigadier que me acompañaba (era uno de los voluntarios) estaba perdiendo la paciencia. No llevábamos armas, de lo contrario no habríamos podido entrar en el pueblo, yo me había presentado como comisario y no se había hablado del ejército, pero ese cerdo sacó una pequeña pistola, y de pronto nos encontramos en medio de un campo de batalla. En un instante todos echaron mano de palas y hoces, y yo sabía que en cuestión de segundos iba a correr la sangre, así que le quité la pistola al brigadier, sabe Dios de dónde la había sacado, y le apunté con ella instándole a calmarse. Pensaba que estábamos fuera de peligro, y empecé nuevamente a negociar. Pero el brigadier comenzó a gritar y a despotricar y me llamó traidor, y cuando se lanzó sobre mí, apreté el gatillo. No sé cómo, no sé por

qué, no estaba armado, se lanzó sobre mí y apreté el gatillo.

»Esa misma noche volví a Taganrog e informé de lo ocurrido a mi superior. Estaba preparado para todo menos para lo que decidió. La noticia casi pareció alegrarle, me estrechó la mano y me felicitó. Imagínate, Stasia. Me felicitó. Solo lo entendí al día siguiente. Entraron en el pueblo y masacraron a todo el mundo, alegando que los campesinos habían asesinado a un miembro del Ejército Rojo. Ahora tenían derecho a proceder de esa manera. Mataron a los que se resistieron y defendieron a sus familias, y trasladaron a los que quedaron. Por eso pude volver contigo. Por eso puedo quedarme tanto tiempo aquí, contigo, porque he matado a un hombre, Stasia.

Ella le pasó el brazo por la cintura y apretó la cabeza contra su hombro, se abrazó a él y, al final, rodó sobre él. Sentía compasión por él, aunque a lo largo del último año sus reservas de compasión se habían visto notablemente mermadas. Llevaba todo ese tiempo esperando que él empezara a hablar, como había esperado que su hijo dijera sus primeras palabras, pero ahora que hablaba lo que sentía era rabia.

«No, no, no quiero escuchar todo eso, ¿por qué me cuentas todo eso? ¿Qué voy a hacer yo con esa historia, dónde la voy a meter? Es esta maldita guerra, habrías podido quedarte aquí, conmigo, habrías podido evitar esta guerra, habrías podido buscarte otro empleo, no habrías tenido que condenarme a viajar tras de ti e ir a parar a aquel infierno y presenciar el suicidio de una persona a la que había empezado a querer. Fuiste tú el que lo quiso. Tú no tenías que haberme puesto en esta situación, aquí, y guardar silencio todo este tiempo. Siento lo que te ha pasado, a ti y a los campesinos, y siento que el mundo entero haya perdido la razón, pero ¿qué pasa conmigo? No me había imaginado esto así. Me casé con un joven encantador, tranquilo y seguro de sí mismo, y ahora tengo un hombre mudo, triste, vacío, viejo, lleno de heridas, que encima he de curar, pero ya no sé cómo, ya no puedo más. Ni me llamaste para que fuera a Moscú ni viniste conmigo a Petrogrado. Y tampoco me preguntaste, cuando volviste, si no sería ya demasiado tarde.»

Todo eso habría querido decirle, pero en lugar de eso le besó las sienes, le acarició el pecho y empezó a desnudarlo. Y él se dejó consolar. La pareja llevaba meses sin tocarse, y él estaba aliviado porque sus palabras habían roto al menos la barrera física.

La confesión de Simon había traído un cambio a la relación de la pareja, y otro embarazo a Stasia. Había ablandado un poco los frentes y hecho un poquito más permeable el silencio. Pero, por desgracia, no había podido convertir al mudo y triste herido en un joven agudo, encantador, tranquilo y seguro de sí mismo. Y cuando su hija Kitty vino al mundo, en el año de la muerte de Lenin, la pareja seguía sin saber cómo salir de sus mutuas heridas, decepciones y soledad.

En 1924, el año en que nació Kitty, había solo en Moscú doce campos de trabajo y otras cincuenta y seis prisiones. Bujarin había anunciado: «Sí, vamos a reelaborar la inteligencia, como en una fábrica». Y Trotski, al que aún se trataba como al sucesor de Lenin, estaba demasiado ocupado con la idea de la «revolución permanente» para darse cuenta de que el antiguo atracador de bancos de nuestra patria empezaba a concentrar el poder.

En esa misma época, nuestro compatriota Iósif, Soso o Koba, que dos años antes —a pesar de las advertencias de Lenin, entonces ya gravemente enfermo— había sido nombrado secretario general del partido, se imponía a la oposición interna encabezada por León Trotski y asentaba su dominio en el XIII Congreso del partido.

Pero a Kitty, que llevaba el nombre de la gemela muerta de su madre, se le había concedido el don de la vida. Codiciosa y ruidosa, como si viviera por dos personas al mismo tiempo.

Los paseos de Simon se acortaron, e incluso dedicaba al pasar unas cuantas miradas agradecidas a su esposa. Y cuando Stasia creía que la mejoría estaba a la vista llegaron unas cartas oficiales, y una tarde de invierno, un comisario que quería hablar del futuro de Simon Dzhashi. El caballero de traje de lana pardo, que le venía un poco estrecho, se sentó en el pequeño salón y tomó el vino que Stasia le había ofrecido.

—Hace casi un año de la muerte del camarada Lenin. El padre de todos nosotros, y la estrella más brillante del cielo soviético. ¡Por Lenin! —dijo alzando su copa. El primer teniente tuvo que brindar con él—. Usted siempre cumplió con su deber. Estamos informados de eso. Puede contar con un ascenso, camarada Dzhashi. ¿Quiere seguir sirviendo a la patria? Naturalmente que quiere. Lo veo en sus ojos.

El caballero encendió un cigarrillo.

—Conocerá su destino exacto en Moscú, donde lo esperan el día uno del mes próximo.

Stasia cerró los ojos y sintió vértigo. Tuvo esperanzas durante los pocos segundos que pasaron hasta que su marido dio una respuesta. Pero entonces oyó decir a Simon.

—Sí, naturalmente, sí.

—¿Y nosotros?

Stasia no había podido contenerse.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que quiero decir es: ¿a él vuelven a enviarlo sabe Dios dónde, y yo tengo que quedarme aquí esperándolo años con dos niños pequeños? ¿En la esperanza de que mis hijos vuelvan alguna vez a ver a su padre?

Simon parecía enfadado, pero a ella le daba igual.

—Usted, camarada, como esposa de un hombre que sirve tan honrosamente a su patria y a la construcción de nuestra patria socialista, debería apoyarle y no ponerle las cosas difíciles.

—No es su patria —se le escapó a Stasia, y volvió el rostro hacia la pared para no tener que seguir soportando la mirada de Simon.

—Me parece que está muy confundida, camarada. Comprensiblemente, dado el difícil parto de la lluviosa noche del...

Stasia se quedó sin aliento. Él lo sabía todo, y aunque se habían creído solos durante todo aquel tiempo nunca lo habían estado. Simon nunca se les escaparía, daba igual dónde fueran. Su marido había matado y tenía que seguir haciéndolo, Stasia fue consciente de esto de pronto, con espantosa claridad. Había puesto su talento a prueba en una ocasión —aunque fuera por un desdichado azar—, y ahora ellos iban detrás de ese talento. Miró a Simon, que estaba sentado a la mesa un poco más pálido que de costumbre y no se defendía, no se sublevaba, no mostraba emoción alguna.

Ella parpadeó, le dolía la cabeza, trató de encontrar una solución. Para ella. Para los niños. Trató de imaginar su futuro, un futuro que desde ese momento sería la prolongación de aquel presente, esa triste cotidianeidad, y un amor y un cariño reducidos a la mínima expresión, ese silencio, esa obviedad y banalidad conyugal.

Miró a su alrededor, vio la mísera estancia con los viejos muebles. Vio la ropa tendida en el patio, banderas blancas que ondeaban en la oscuridad de la noche, vio el mantel remendado, sus zapatos rotos, los juguetes tristemente

dispersos de su hijo, y se vio dentro de diez años con toda probabilidad allá donde se encontraba, con los zapatos aún más gastados, con algo más de grasa en las caderas, con más cabellos grises en la trenza castaña.

Las represiones son medidas educativas.

CARTEL PROPAGANDÍSTICO

Stasia hizo la maleta con las cosas de Simon, y sintió una extraña satisfacción al hacerlo; casi de pasada, dijo:

—No voy a ir a visitarte a Moscú, o donde estés. Esta vez, tendrás que venir tú si quieres verme a mí o a los niños. Tampoco voy a quedarme aquí. Iré con los niños a casa de mi padre hasta que me pongan en una lista de viviendas. He oído que ya no se pueden alquilar pisos, pero ahora que eres un *honorable camarada* quizá tenga mejores expectativas. Tengo que salir de aquí. Odio esta granja, estas vacas, mis manos que apestan a establo y este suelo de barro bajo los pies.

—Stasia, no tenía elección. Me temo que ya no hay otro camino. El que otros tomaron conduce a las islas Solovetski, de las que nadie ha vuelto hasta ahora. Me hubiera gustado ahorrarte todo esto, créeme, aunque ya no estoy en condiciones de demostrártelo.

Cuatro días después, el teniente blanco-rojo se fue a la capital en el tren nocturno, y de allí siguió ruta hacia la capital del socialismo. Fue enviado a un campo de formación, donde debía entrenar a hombres jóvenes, convencidos y *honorables* de la Checa —una oficina que estaba a punto de convertirse en la más poderosa y temida organización de todo el país soviético— para «rastrear y combatir a los contrarrevolucionarios y saboteadores».

Stasia se trasladó con sus dos hijos a la casa dividida de su padre. El cuarto de Christine había quedado libre. Poco antes de nacer Kitty, se había casado con un hombre llamado Ramas Iosebidge: veinte años mayor que ella, con un

gusto exquisito, conocido en sociedad como uno de los mejores anfitriones, *tamadas*, conocedor del arte, hedonista y uno de los solteros más ricos y poderosos de la capital.

Iosebidsé también era un hombre de la Checa, y era colaborador y mano derecha de otro compatriota que ostentaba llamativos quevedos y solía vestir el típico uniforme de la Checa, pantalones de montar y chaqueta de paño. Un hombre bajito, calvo, que durante los años anteriores había hecho en toda Transcaucasia y Rusia todo lo imaginable para hacerse un nombre en el partido bolchevique, y que ahora había vuelto a Georgia; que en ese momento habitaba una modesta vivienda en la calle Gribojedov, solo mientras se hacía construir poco después una espléndida mansión dos calles más allá. Muy al contrario que su superior, Ramas era un hombre de muy buena presencia. Con una impresionante barriga, entradas en el pelo, grandes y amables ojos castaño oscuro, manos de gigante y la impresionante estatura de un metro noventa y tres. Junto a sus convicciones y ambición política, Ramas tenía otra cualidad en común con su amigo: ambos sabían apreciar la belleza femenina.

II. Christine

*No olvidemos que todo lo que habríamos podido ser aquí
abajo lo somos en otra parte.*

AUGUSTE BLANQUI

Ramas había ido a su pequeña ciudad en visita oficial. Allí, habían organizado una recepción para él y le habían mostrado a las empresas más destacadas de la ciudad. Acto seguido había ido —con la delegación— a la fábrica de chocolate y le habían invitado a un trozo de tarta y una taza de té georgiano (la producción nacional tenía preferencia). El fabricante de chocolate debía recibir a la delegación y atenderla personalmente, cosa que hizo, aunque con moderado entusiasmo. Cuando, después de algunos himnos de alabanza, los huéspedes se lanzaron sobre los productos de la chocolatería, ya se disponían a irse con la panza llena —su tren partía para Tiflis a última hora de la tarde—, y estaban en marcha los grandes apretones de manos, Christine, de diecisiete años, entró en el local de su padre.

Tenía la intención de ir a las carreras de caballos, y quería pedirle permiso. Llevaba un vestido de verano amarillo y una boina negra, terciada hacia un costado a la manera francesa. Siempre se cambiaba después del colegio, el triste uniforme escolar ofendía su belleza. Ligera, como flotante, sin fijarse en ninguno de los muchos huéspedes, fue directamente hacia su padre y puso la más seductora de sus sonrisas (porque no le estaba permitido ir a las carreras de caballos). Los invitados volvieron la cabeza todos a una. Algunos con la boca abierta, interrumpidos en mitad de la conversación, otros incluso rieron sin poder evitarlo, una reacción que el fabricante de chocolate conocía demasiado bien, porque la belleza que Dios le había dado a su hija siempre desconcertaba a los hombres. El padre miró a Christine y no pudo evitar sonreír, de verdad estaba encantadoramente hermosa, no podía hacer más que

constatarlo.

Tenía la piel fina y blanca, inmaculada como la porcelana (nadie de la familia tenía la piel tan clara, las otras chicas tenían un cutis más bien oliváceo, como él), una estatura esbelta y elegante, unos miembros flexibles. Los rasgos de su rostro eran casi perfectamente simétricos: una nariz pequeña y recta, pómulos altos, una boca roja y bien formada, un alto cuello de cisne y, sobre todo, unos ojos almendrados, de un verde profundo y cubiertos por unas espesas pestañas. En aquellos ojos parecían haberse reunido innumerables pequeños diablillos a punto de prender fuegos.

Pero a mi tatarabuelo le llamó sobre todo la atención una reacción determinada: la del gran hombre y director de la delegación, al que todos habían atendido tanto. Pareció devorarla con los ojos, incluso un poco de rubor subió a su áspero rostro, fue a decir algo y cerró la boca de golpe.

Christine, acostumbrada a tales reacciones, le ignoró con su peculiar y refinada indiferencia y se colgó del brazo de su padre.

—Mi hija Christine —la presentó el fabricante de chocolate.

—¿Usted no será actriz? —susurró uno de los caballeros. Ella rio y negó con la cabeza.

—Va a terminar el instituto femenino dentro de unos meses —explicó el padre.

Siguieron unos cuantos cumplidos referidos a su belleza, que ella aceptó con la mayor naturalidad, y esperó a que los reunidos salieran de la pastelería.

El último en despedirse fue Ramas Iosebidge, besando la mano de Christine.

Tres días después, Christine recibió un gigantesco ramo de rosas rojas con una tarjeta perfumada: «Estas flores no son dignas de su belleza, Christine. Pero en mi opinión sí sirven como intento de honrarla. Le ruego que me cuente entre sus admiradores, que supongo serán innumerables. Intentaré encontrar vías para dar adecuada expresión a mis respetos. Ramas Iosebidge, desde Tiflis».

En realidad, Christine no enseñaba a sus padres las muchas tarjetas y cartas que le habían enviado a lo largo de los últimos años. Se reía de los jóvenes de la vecindad, se divertía con sus compañeras de colegio con sus torpes declaraciones de amor y terminaba rompiendo todas las cartas.

Pero no se podía pasar por alto el ramo, que además se había enviado a la dirección paterna. Así que Christine se vio obligada a enseñar la tarjeta a su padre. Él se limitó a sonreír —era la última reacción que ella hubiera esperado, más bien estaba preparada para que se lanzara a proferir maldiciones y tirase la tarjeta—; es más: incluso le dio un beso en la frente.

Durante los meses siguientes, las flores y otros regalos aumentaron. Christine, que se preparaba para los exámenes finales, se veía interrumpida con creciente frecuencia por un mensajero que traía ramos de lilas o botellas de champán francés, perfumes exóticos, una boa de plumas italiana, chales de cachemir, un collar de perlas negras o seda para hacer ropa interior.

Christine apenas se acordaba de aquel hombre. Solo sabía que era alto y viejo. Como a su madre, le gustaba el lujo; no compartía la modestia de sus hermanas mayores. Amaba las fiestas y la vida social, amaba que se le prestase la debida atención. Amaba todo lo que daba alegría y ligereza, era caprichosa y no le daba muchas vueltas a su futuro. Ni tenía grandes sueños ni tendía a la protesta. La habían educado como una niña mimada, querida por todos, admirada y encumbrada, y no quería más que seguir recibiendo ese trato. Lo que más le gustaba eran las acuarelas, odiaba las tartas de manzana y los panecillos de canela y se bañaba durante horas en agua de rosas, en espuma de flores de albaricoque, se suavizaba las manos con miel y se miraba largamente al espejo. Se ensimismaba leyendo revistas de moda, cada vez más difíciles de encontrar y más pasadas de moda, y pensaba en todos los hermosos vestidos que podría ponerse.

Y tenía además otra pasión: amaba por encima de todo a los niños, y en especial a su sobrino Kostia. Y él parecía corresponder a su amor, siempre que la veía enmudecía y se quedaba mirándola larga e incesantemente. Podían jugar y reír juntos y andar haciendo tonterías durante horas. Christine odiaba las apreturas de su casa desde que los toscos y rudos trabajadores se habían trasladado a ella con sus familias; le irritaba la beatería de Lida y sus exigencias de que se vistiera de forma menos llamativa, le irritaba la exagerada precaución y vigilancia de su madre y, sobre todo, su estrechez de miras y su limitación provinciana, cuando ella hojeaba revistas como *La Mujer de Moda* o veía en el cine, que adoraba, películas extranjeras en las que las mujeres eran tan elegantes, iban tan bien vestidas y eran tan superiores..., pero aun así Christine se sentía muy bien en casa.

Una vez que, en junio, tuvo el certificado de fin estudios en el bolsillo,

llegó la carta decisiva: una invitación a Tiflis válida para toda la familia para asistir al festejo de Ramas, que planeaba una gran fiesta para su trigésimo sexto cumpleaños. Después de largas discusiones, Christine, su padre, su madre y Lida fueron a Tiflis. Los alojaron y atendieron como reyes en una hermosa posada justo al lado de la «montaña sagrada» de Mtatsminda.

La noche siguiente tuvo lugar la fiesta en casa de Ramas. En la orilla derecha del río, en el antiguo barrio de Vera. La espléndida mansión del siglo pasado, cubierta de hiedra y rodeada de un exuberante y florido jardín, los ilustres invitados, los amigos de Ramas, su energía, su humor e instantánea simpatía, la riqueza y la impresionante fiesta causaron en la familia la impresión necesaria para que nada se opusiera a que Ramas cortejara a la hija menor.

Un «capitoste» como él garantizaba a su hija un futuro libre de preocupaciones, pensaba el fabricante de chocolate. Después de la decepcionante experiencia con Simon y Stasia y su precipitado matrimonio, y después del fracaso del de Meri, sería una oportunidad más que favorable para Christine y toda la familia (Meri, humillada y amargada por su desdichado matrimonio, escribía a su padre sin cesar cartas desesperadas desde Kutaisi en las que le pedía que la ayudara y aceptase un divorcio). El fabricante de chocolate no había deseado tales maridos para sus hijas. Sobre todo le dolían los ojos apagados de Stasia, sus manos endurecidas por el trabajo en el campo y su silencio.

Así que Christine era su última esperanza, y esta vez no quería y no podía permitirse un error.

Christine... dudo que tuviera siquiera tiempo de pensar en todo lo que aquello significaba para ella, apenas había tenido tiempo de enamorarse de alguien, y mucho menos de Ramas Iosebidge, bastante mayor que ella. Por otra parte, estaba impresionada por sus imponentes regalos, sus generosas invitaciones, sus lánguidas miradas, su estatura y el tamaño de sus propiedades. Y, animada por sus padres ante la perspectiva de un traslado a la capital, le dio el sí cuando él le pidió su mano aquel verano.

La boda fue fastuosa, por fin una fiesta adecuada, con una cola interminable y mil rosas blancas, innumerables invitados y amigos del norte y del sur, de pueblos y ciudades, una larga mesa con toda clase de exquisiteces y, naturalmente, con la mejor tarta de chocolate del mundo. La pareja fue fundida en chocolate y puesta sobre la tarta..., aunque el novio real no

acababa de encajar con el de chocolate, con su barba, su impresionante panza y su media calva. Comieron, bebieron, bailaron, rieron y se abrazaron y felicitaron. La orquesta tocó música alegre. Se hizo tarde, se cargó el ambiente.

Stasia salió de la sala al oscuro jardín, quería respirar aire fresco y pasar revista a los acontecimientos de la jornada. Se sentó complacida en un banco, en la oscuridad, y apoyó las manos en su dilatado vientre.

Ya hacía fresco, y una hojarasca colorida cubría el suelo. Sintió que le tocaban levemente la espalda y vio a Christine, de blanco radiante, de pie junto a ella.

—Yo también he tenido que salir a respirar un poco. ¡Esto de casarse es tan agotador! —dijo, con sus modales de vieja prematura, y se sentó gimiendo junto a Stasia.

—No le quieres, ¿no? —se le escapó de pronto a Stasia, que se arrepintió de la pregunta mientras aún la estaba formulando.

Christine se sobresaltó y miró con desaprobación a su hermana, que comparada con ella parecía una chica demasiado crecida. Su larga trenza reposaba sobre su espalda, iba sin maquillaje a pesar de la ocasión y llevaba un sencillo vestido de algodón con lunares blancos y azules.

—Basta con que él me quiera por los dos. Además, amo la vida que voy a llevar —respondió Christine con desarmante sinceridad.

—Eres demasiado joven para hablar así.

—Ay, Stasia, sigues siendo la misma romántica de siempre. Yo quiero tener niños pronto, si es posible un niño, igual de guapo que tu Kostia.

Christine posó la mano en el vientre de Stasia.

—Sea como fuere, te deseo que seas muy feliz, hermanita —dijo Stasia, y sonrió.

—¿Qué felicidad te ha traído a ti tu hermoso amor, hermana?

La pregunta sobresaltó a Stasia, que se apartó unos centímetros de Christine. Pero en ese momento llamaron a Christine y, mientras la orquesta atacaba el acorde más ruidoso de la velada, volvió con su vestido de ensueño a la sala y a su nueva vida, y Stasia se quedó atrás. Alzó con tristeza la vista hacia las estrellas y se preguntó qué estaría haciendo Peter Vasiliev, a qué chicas estaría dando clase y qué habría sido de ella si las dulces promesas de Simon Dzhashi no le hubieran hecho perder la cabeza. Hasta su hermana pequeña parecía más inteligente y calculadora que ella, que pronto iba a ser

madre por segunda vez.

De modo que Christine se fue a la capital con su influyente marido y Stasia se quedó con sus hijos en el antiguo dormitorio verde claro de Christine, mientras en su ciudad natal aparecían cada vez más carteles con frases como «El espía atenta contra el carné del partido» o «El enemigo bajo la máscara del director».

Vivió tres años más en su casa natal. Esperando día y noche los permisos de su marido, que siempre los recibía a principios de junio y podía venir a casa durante cuatro semanas; aunque más espabilado y locuaz que antes, el antiguo Simon, al que Stasia aún amaba y seguía buscando, no regresó jamás.

Su padre iba cada vez menos a la fábrica de chocolate, desde que había sido degradado al puesto de segundo subdirector. Christine escribía cartas que olían a agua de rosas en las que entonaba cánticos de alabanza a su espléndida vida y sus viajes de ensueño o se quejaba de las criadas. De cuando en cuando enviaba un paquetito con productos escasos y caros: un coñac armenio para su padre, valiosa lana para Lida, caramelos y hermosas telas para hacer ropa para Kostia, bellos pendientes para su madre, etcétera.

Stasia remendaba calcetines, se la veía a menudo sentada en el diminuto balcón de madera de la casa encogida, que ahora daba al mercado de la fruta, dirigido por el ayuntamiento, y a las tiendas de tejidos, mirando al infinito. De vez en cuando, más bien por costumbre, escribía a su primer teniente rojo cartas que, sin embargo, solían tratar de los niños y de cuestiones de dinero. Cada seis meses iba al fotógrafo y hacía fotos de los niños, y añadía a las cartas de su marido las fotografías parduscas, pegadas en cartón duro.

Llegados a este punto, Brilka, debería describir con más detalle al hombre bajito con los quevedos que estaba en el mejor de los caminos para llegar a ser *grande*:

Aquel hombre bajito procedente de un pueblo de la Abjasia georgiana llamado Merjeuli provenía de circunstancias humildes, no había tenido una formación demasiado brillante y, después de estudiar ingeniería técnica en Bakú, junto al mar Caspio, había encontrado un empleo en la refinería de petróleo que estaban construyendo allí, y que entonces aún controlaba la

familia sueca Nobel (¡sí, sí, esos Nobel!).

Otro rumor dice que debía ese puesto al servicio secreto del Gobierno azerbaiyano, que a su vez estaba sometido al servicio secreto británico y había puesto sus ojos en Transcaucasia. Había ingresado en el partido a los veinte años, es decir en 1919; aunque siempre afirmó que era un comunista de la primera hornada y que ya era miembro del partido en 1917. Pero siempre tuvo una idea bastante arbitraria de la verdad. Al contrario que su famoso compatriota, no tenía un pasado criminal demostrable y —lo que era más sorprendente— apenas tenía ambiciones políticas. Los que le conocían de aquellos primeros tiempos contaban que siempre había querido «llegar a algo», luchar contra su falta de formación y su baja extracción social, alimentar adecuadamente a su madre, que vivía en la pobreza, y a su hermana sordomuda, y poder impresionar a hermosas mujeres de los mejores círculos. Ambiciones bastante banales, si se miran de forma retrospectiva.

Sin embargo, desarrolló una pulsión casi enfermiza por alcanzar los estratos superiores, y fracasó al principio, porque nunca parecía lo bastante formado, sutil y encantador como para poner un pie en la mejor sociedad. Pero un día ese hombre pequeño con inclinación a la ópera y a la belleza femenina consiguió algo: en 1922 llegó a Tiflis como director de una unidad operativa secreta de la Checa georgiana, para proceder de manera muy eficaz contra la chusma contrarrevolucionaria. Al cabo de un año, había hecho un trabajo tan concienzudo que se le concedió la Orden de la Bandera Roja. El año en que Kostia fue escolarizado, aquel hombre ya estaba en los puestos directivos de su organización, y trabajaba para conseguir un encuentro personal con aquel compatriota que por entonces ya no se llamaba Iósif, Soso o Koba, y que tras una carrera vertiginosa había destrozado el *triunvirato* del partido y se encaminaba a ponerse él solo a la cabeza del gigantesco imperio: el *hombre de hierro*, muy pronto *caudillo* y *generalísimo*.

*El PCUS es el cerebro, el honor y la conciencia de nuestra
época.*

CARTEL PROPAGANDÍSTICO

Una mañana, Stasia recibió un telegrama de la capital en el que su hermana Christine la invitaba al baile de Nochevieja. Christine le decía también que Ramas había sido ascendido hacía poco al cargo de lugarteniente del hombre bajito, y que se alegraba de poder celebrar con su hermana ese importante acontecimiento. Que buscara un disfraz imaginativo. Todo lo demás estaba ya arreglado.

Lida se declaró dispuesta a cuidar de los niños, y Stasia decidió olvidar sus preocupaciones cotidianas durante unos días e ir a la capital, de la que se contaba que, gracias al Partido Comunista de Georgia, florecía y prosperaba y recibía una cifra récord de visitantes.

El viaje en tren tan solo duraba una noche. Stasia siempre había querido ir a París, y ahora se encontraba en el París del Cáucaso. Menos es nada. En la ciudad de los mercados de especias, los nuevos cafés y antiguos edificios, los largos bulevares adoquinados y polvorientos. Con sus carnicerías *kosher* y sus iglesias católicas, sus espléndidos coches de caballos, que junto con los relucientes automóviles dominaban la imagen de la ciudad, con sus comerciantes de animales, de vino y de alfombras, con sus círculos literarios, dramáticos y de ballet, con sus teatros y su ópera, con los edificios de viviendas de arquitectura bolchevique que se hallaban entonces en construcción, con sus centenarias fortificaciones e innumerables torres de iglesia, con los intrincados callejones de los barrios judío y armenio, con sus baños de azufre, con sus patios venidos a menos y sus impresionantes mansiones al este.

En la estación, la gente circulaba como las hormigas, vendedoras de blancos delantales pregonaban pan caliente recién sacado del horno y gitanas con periquitos pretendían predecir el futuro. Allí estaba Stasia con la maleta negra que había traído de Petrogrado, y esperaba a su hermana. De niña había visitado la capital, pero hacía muchos años de eso, y la ciudad era otra.

En lugar de Christine apareció un señor mayor, que le pidió que subiera a uno de esos automóviles a los que Stasia, amante de los caballos, jamás logró acostumbrarse.

Al llegar a la antigua residencia del virrey, el chófer dobló hacia una calle lateral y subió una empinada pendiente, por la que, tras dejar atrás innumerables e intrincadas callejuelas de sentido único, llegaron a una colina que ofrecía una fantástica panorámica del casco antiguo.

Allí se detuvieron, delante de una de las mansiones más espléndidas. Un lánguido joven abrió la puerta, y Stasia entró a un hermoso jardín; en el centro había una fuentecilla con un Cupido de cuyo pequeño pene brotaba el agua. Antes de que pudiera salir de su asombro, Stasia oyó un frufú y su hermana, con un vestido azul que solo le llegaba a las rodillas, corrió a su encuentro. Y, como se estilaba en la capital, estampó un beso a Stasia en cada mejilla.

—Stasia, qué maravilloso es que hayas venido. ¡Cuánto me alegro! — exclamó Christine, y acompañó a su hermana a la casa, de dos plantas, pintada en colores pastel y decorada con adornos.

Había sofás de Teherán, alfombras tejidas a mano e innumerables cuadros en las paredes. Había incluso mecedoras de bambú y armarios del siglo XVII. Cortinas de terciopelo verde oscuro, una doncella, una cocinera, dos gatos persas, un aparato de radio (Stasia había leído algo en algún periódico acerca de esos artefactos), varios gramófonos, jarrones con dorados. Asignaron a Stasia un amplio dormitorio con una vista espléndida y una cama imperial, con sábanas blancas, un biombo chino delante y espejos con adornos de plata en las paredes.

Christine y su marido demostraron ser magníficos anfitriones. Y la gente rica y hermosa de la alta sociedad de Tiflis también supo apreciarlo.

La familia de Ramas provenía originariamente de un pueblecito del sudoeste. En la época de los zares habían gozado de una destacada reputación, practicado la exportación de sedas y mantenido dos telares de seda en el sur desde hacía generaciones. Ramas, el único hijo varón de la familia, había recibido una brillante formación y viajado por Europa durante su juventud. Hablaba con fluidez cuatro idiomas. Precisamente en Alemania, donde había pasado algunos meses, entró, para espanto de su familia, en contacto con las ideas marxistas, y a su regreso a la patria se convirtió en un miembro del PC de la primera hornada. Poco tiempo después fue detenido por agitación antizarista y enviado al destierro a Turujansk, de donde pudo regresar dos años después gracias a un indulto; cuentan que su compañero de celda había sido su compatriota Iósif, Soso o, cariñosamente, Koba, en persona, pero este hecho no ha sido demostrado (quizá se contaba tan solo

para explicar la vertiginosa ascensión, gracias a esa mano protectora del exitoso Ramas, tan privilegiado por la vida; porque a muchos tiene que haberles parecido que había una mano que protegía a Ramas).

Su padre, un hombre chapado a la antigua, odiaba a los comunistas y pertenecía al Movimiento Nacional de Georgia. Dicen que al principio incluso apoyó económicamente al «Tercer Grupo», y no dejó por tanto de intervenir del todo en la fundación de la República Democrática de Georgia.

Después de que los bolcheviques se apoderasen del país y las fábricas fueran incautadas, la familia emigró a París, siguiendo el ejemplo de muchos de los padres fundadores de la República Democrática. Ramas se quedó en Georgia.

Puesto que Ramas había invertido en el partido una gran parte de su herencia, y con eso había hecho posible muchos proyectos de los rojos en su patria, le dejaron la otra parte, con la que pudo proseguir su estilo de vida cultivado y hedonista, aunque fuera un bolchevique y chequista convencido. Nunca hablaba con nadie de sus negocios, y mucho menos con su mujer, que de todas maneras tampoco se interesaba especialmente por ellos. Era un ferviente comunista, creía en la razón y el cercano éxito del socialismo; era, como Trotski, seguidor de la revolución permanente y creía que a la corta o a la larga habría de imponerse en todo el mundo. Lo único que Ramas conservaba de su educación imperialista era su pasión por el arte. No a la fuerza un arte bolchevique o socialista. Nada de homenajes a la patria o figuras de héroes proletarios, y nada de realismo socialista..., no el arte cuya creación fomentaba el partido.

Amaba y coleccionaba cuadros, sobre todo impresionistas, simbolistas y de jóvenes pintores no convencionales; guardaba los lienzos más peligrosos en un pequeño cuarto secreto, al que se accedía por una puerta de armario en su despacho. Allí podía pasarse horas admirando las obras de arte.

Antes, Ramas había pasado por ser un mujeriego conocido en toda la ciudad. Se le atribuían varios *affaires* con actrices, damas de salón, viudas, mecenas e incluso con criadas. Pero no se había casado con ninguna de ellas. Cuando por Tiflis corrió la noticia de que había contraído matrimonio con una menor de edad de provincias, se convirtió en el tema estrella de las conversaciones de salón y de mesa de toda la ciudad. La gente acudía a su casa con los pretextos más absurdos para admirar a su joven mujer. Y, aunque todos tenían que aceptar que Ramas se había superado a sí mismo al

elegir a su esposa, opinaban que ese matrimonio no duraría, y que como mucho en un año Ramas volvería a correr detrás de todas las faldas de la ciudad.

Sin embargo, salvo para su trabajo, Ramas nunca salía de casa sin la compañía de Christine. La llevaba consigo a sus viajes de negocios, iba con ella a los estrenos, a las inauguraciones, y organizaba grandes cenas y fiestas en su honor en su propia casa.

Eran una pareja inusual. Él gigantesco, enorme, colosal, con su media calva, su ancha boca y sus ojos cordiales, siempre húmedos. Y ella una figura de una delicadeza de filigrana, una obra de arte tallada en marfil. Aunque también alta, apenas si le llegaba al hombro, y sin embargo él parecía pequeño, casi insignificante en su presencia.

El esperado escándalo en la fastuosa casa de los Iosebidse no se produjo. Muy al contrario, el matrimonio parecía feliz. Naturalmente, la opinión extendida era que la pequeña solo se había casado con Ramas por su posición y su dinero, pero cada vez que aparecía en público con él no tenía ojos para nadie más, no se la veía contemplar a otros hombres jóvenes y bien parecidos ni entretenerse a su lado, y al final a la ciudad no le quedó más remedio que confiar en su felicidad.

Stasia, que también había mirado con desconfianza la bucólica escena familiar de su hermana, tuvo que reconocer durante su visita que Christine realmente había llegado a estar en el sitio que le correspondía. Mientras ella paseaba por las calles (Stasia había rechazado con vehemencia disponer de un chófer, aunque Christine siempre había intentado convencerla de las ventajas de un automóvil), su hermana menor preparaba su baile de Nochevieja, que había de ser el acontecimiento del año.

El 31 de diciembre —tiene que haber sido el último día del año 1927—, ambas hermanas iban a conocer a alguien que cambiaría su vida para siempre, el tapiz de nuestra historia, Brilka, iba a ser reanudado, y de esos nudos iban a salir dibujos pomposos, carnavalescos, estridentes, pero también oscuros y amenazadores.

Quizá esa fue la noche en la que el destino se fijó por primera vez en todos nosotros, quizá sin ella el tapiz se habría mantenido hermoso, sencillo y en tonos pastel, quizá no se le habrían añadido colores más fuertes, pero quizá

fue simplemente el azar el que reunió en el mismo lugar a esas personas, o el capricho de la naturaleza, un capricho incansable, rápido, cruel.

Sin embargo, ninguno de los actores sabía aún en qué obra de teatro participaba. Todavía era tan solo una hermosa y alegre Nochevieja.

Christine había reunido una manada entera de cocineros, criados y una orquesta, y adornado con flores toda la casa. Stasia no pudo evitar sentir admiración hacia ella: con qué facilidad, qué ímpetu y qué naturalidad se mostraba como la dueña de la casa siendo tan joven, como una *grande dame* que mantenía salones abiertos y hacía todo lo necesario para que sus huéspedes vivieran una experiencia única al cruzar el umbral.

Stasia se preguntaba cómo era posible que habiendo crecido en la misma casa, con la misma educación, con el mismo padre, fueran tan distintas. Como si Christine hubiera sido educada con toda perfección para hechizar a otros y para ser cortejada ella misma. Stasia tampoco podía evitar reconocer lo hermosísima que estaba a pesar de tanta agitación, lo alegre, relajada, ligera, encantadora que se mantenía, y lo atractiva a su manera. Atractiva de una manera lenta, casual, con una actitud que casi lindaba con la arrogancia.

Más tarde, cuando Christine apareció tras haberse atrincherado en su dormitorio para disfrazarse, a Stasia incluso se le escapó un pequeño «¡Ah!» de asombro, de lo casi *perfecta* que estaba su hermana aquella noche.

Al principio había escogido para ella y su esposo los disfraces de Rey Sol y María Antonieta, pero Ramas lo había considerado demasiado decadente (el disfraz se podía malinterpretar, tomarse por una provocación) y le había pedido a su esposa que pensara en algo más sencillo. Christine había contraatacado preguntando: ¿sería quizá lo bastante *sencilla* la antigua Roma? La propuesta aún había gustado menos a Ramas: no quería exponer medio desnudo el cuerpo celestial de su mujer a las miradas de otros hombres (y todavía le costaba más imaginarse a sí mismo vestido de Espartaco). Por fin, se pusieron de acuerdo en una variante sencilla y distinguida: llevarían una fina máscara veneciana. Con eso no se podía fallar, dijo Ramas. Esos disfraces no permitirían malentendido alguno.

Christine estaba envuelta en un sueño de seda turquesa, realmente sencillo, no había duda: el vestido era ajustado, pero no demasiado, cerrado, quizá algo excesivo en la elección del color, pero ni siquiera tenía escote, al contrario, estaba cerrado hasta el cuello, el único adorno era un largo collar de perlas negras, regalo de su esposo de la época del cortejo.

Pero, cuando Christine pasó ante ella, Stasia tuvo que contenerse para no explotar en carcajadas. El vestido tenía un profundo escote por la espalda. Tenía un pequeño cuello que sujetaba la tela entera a la garganta, nada más. El escote era tan profundo que dejaba al descubierto los dos hoyuelos del arranque mismo de las nalgas.

—¿Qué tal? —sonrió Christine, y miró a su hermana.

—¿De *qué* vas vestida, según tú?

—Si alguien me pregunta, puedo decir que soy una cortesana que ha tenido suerte con sus admiradores. Tiene clientes fijos, todos ellos de origen noble o mercantil. Si nadie me pregunta, entonces simplemente seré yo, con un vestido de ensueño —respondió, y se deslizó a la habitación de al lado para retocarse el maquillaje—. ¡Date prisa! —le gritó a su espalda.

Hacia las nueve, la casa empezó a llenarse de voces. Christine envió dos veces a la criada a buscar a su hermana.

Y entonces Stasia hizo algo extraño: comenzó a tapar todos los pulidos espejos del vestidor de Christine. Los cubrió con sábanas, mantas y abrigos. Quizá para mantener el sueño como sueño, y no sentirlo como una realidad fallida. Pero quizá también para tener el valor de ponerse el disfraz.

Se recogió el pelo, se quitó la alianza, que no acababa de encajar con el cisne moribundo, y, antes de salir de la habitación, volvió a cerrar los ojos. Se imaginó la sala grande, vacía y fría en la mansión de Thekla, oyó la música del gramófono, las observaciones de Peter Vasiliev, se vio flotar encima del parqué y dio un par de pasos de baile antes de bajar por las escaleras y unirse al ilustre baile.

Brujas y reinas, piratas y mosqueteros, ladrones y mujeres serpiente, pero sobre todo campesinos y soldados reían y bebían champán. La orquesta tocaba, en esa Nochevieja en absoluto fría del incipiente año 1928, algo ligero, algo hermoso, o al menos así me lo imagino. ¿Quizá incluso un poco de *swing* del extranjero capitalista enemigo? Por qué no...

Y entonces ella, Stasia, nuestra Stasia, la mujer cisne, la blanca figura de ensueño, bajó flotando las escaleras, no tan elegante como Christine, que atraía todas las miradas, pero sí encantadora, porque era un sueño lo que llevaba puesto, un pensamiento, una idea, una posibilidad quizá... Aunque sus piernas estaban un poco arqueadas por las muchas cabalgadas por la

estepa, un poco demasiado delgadas, aunque en su rostro se dibujaba algo dubitativo e inseguro, incluso aunque sus manos estaban un tanto temblorosas, la punta de la nariz un poco enrojecida, aun así Stasia estaba feliz, aquella noche lo estaba, feliz de que la gente la mirase y sonriera, de poder creer por un segundo que podía ser auténtico, que quizá, aunque fuera por un breve instante, el sueño pudiera ser verdad.

Quizá fue la dicha que la rodeó aquella noche la que la empujó a los brazos de Sopio. En el sentido literal de la expresión.

Cuando le preguntaba a Stasia por aquel encuentro y, en contra de su voluntad, le sacaba cada vez más detalles, respondía una y otra vez, a su manera seca y parca:

—Bajé los escalones, ella estaba al pie de la escalera, me miró, la miré, en ese momento tropecé, y tuvo que sostenerme. Así de sencillo.

Así que el cisne bajó las escaleras, vacilante, inseguro, pero orgulloso, y tropezó y ahí estaba ella, una mujer alta vestida de hombre con un bombín en la cabeza y un bastón de paseo (quizá el disfraz más escandaloso de la noche; porque la fiesta no tenía lugar en Berlín, en los dorados veinte, y Sopio tampoco era Marlene Dietrich).

Orgullosa, de ojos verdes, con una nariz inolvidable —à la géorgienne— y una irradiación interior, un mechón de pelo rubio había escapado de la cárcel del sombrero y se había abierto paso hacia la alta frente. Su elevada estatura y su robusta arquitectura ósea halagaban incluso a su disfraz. Se encontraron: Sopio Eristavi disfrazada de hombre, y Stasia Dzhashi de sueño no vivido.

—Y entonces qué pasó, ¿cuenta, cuenta, Stasia, vamos! —insistía yo, y ella contaba, como siempre en escuetas palabras:

—Bueno, fue como cuando se conocen dos personas. Nos presentamos, nos gustamos, más que eso, nos entusiasmamos la una con la otra, sabíamos que íbamos a ser amigas. Cogimos nuestros abrigos y salimos al jardín, que estaba desierto y frío. Pero nos daba igual, bebimos champán, fumamos y nos contamos nuestra vida.

En mi imaginación, olía las exquisiteces de la casa, oía el *swing*, veía las luces de colores con las que estaba decorada la mansión, veía el gigantesco

árbol de Navidad con la estrella roja en la punta (¡tuvimos uno así durante toda nuestra infancia!), dos mujeres sentadas en sillas de mimbre, riendo entre dientes, o a carcajadas, sonriéndose la una a la otra, y veía arder la punta de sus cigarrillos.

Stasia se enteró, en la primera noche en que se conocieron, de que Sopio provenía de una familia de la nobleza, era una Eristavi por nacimiento, es decir, *la cabeza del pueblo*. Había pasado la infancia en Borjomi, el balneario de los zares, con sus fuentes de aguas curativas, y más tarde en un internado femenino en Lausana. Allí había entrado en contacto con algunas mujeres interesantes, que organizaban encuentros regulares en favor de los derechos de la mujer y algunas manifestaciones de protesta. Stasia se enteró también de que Sopio, más que emplearse a favor de los derechos de la mujer, prefería escribir poemas, y era una ardiente partidaria del simbolismo. Enumeró varios poetas que Stasia no conocía, y recitó unos cuantos versos que no le dijeron nada.

Stasia se enteró de que la familia de Sopio había sido expropiada, y vivía en el exilio en Suiza. Pero ella se había quedado con su marido, un sutil intelectual georgiano que le había recordado a su padre, tempranamente fallecido, y que al parecer no cantaba peor que el propio Shaliapin.

Tenían un hijo, pero como el marido empezó a engañarla ya durante el embarazo, se gastó su herencia en bebida y olvidó muy pronto sus juramentos de amor, ella decidió pedir el divorcio y dar su apellido a su hijo, lo que por aquel entonces significaba bautizar oficialmente como *bastardo* al niño.

—Todo Tiflis habló sobre aquel divorcio, no sé de nadie que no lo hiciera. Pero no lo lamento. Mi Andro y yo nos las arreglamos bien. Aprendimos bien pronto a sobrevivir. Eso marca —dijo Sopio, y miró sonriente a Stasia. Y aquella sonrisa hizo que Stasia volviera a creer en sus sueños durante toda la noche.

Pero, junto a la dicha que llovió sobre Stasia como si fuera confeti dorado, en aquel momento se abrió una puertecita. Era una puerta situada más allá del tiempo y más allá del destino, más allá de toda ley. El mundo de los fantasmas despertó por un instante, la luna se volvió de una palidez verdosa, la nieve, los carámbanos del jardín se fundieron y pequeñas partículas explotaron en el champán. Todo se sumió en la confusión, durante una

fracción de segundo el mundo se atragantó. Todo gemía y se arremolinaba, pero nadie se dio cuenta. Fue solo una puerta equivocada, que se abrió durante un tiempo imperceptible y volvió a cerrarse, pero ese tiempo había bastado para que algo negro saliera por ella, quizá ni siquiera era negro, quizá era incoloro e imperceptiblemente tierno... pero era terrible y gélido, y codiciaba la ruina. Fue la traición la que nació en aquel momento.

Y empezó algo innombrable, fue liberado, soltado en el mundo para traer la locura a todos, para atacar los cerebros y aturdir las almas. Para arrebatarse la vida, insaciable y grande.

La puerta se abrió y alguien entró.

Poco antes de medianoche, poco antes de que los corchos del champán saltaran con estrépito, poco antes de que se lanzasen los fuegos artificiales y mientras las dos mujeres que acababan de hacerse amigas aún estaban sentadas en sus sillones de mimbre junto a la fuente contándose sus vidas, un gran murmullo de asombro recorrió la casa. Se oyeron susurros, la gente se cuchicheaba algo al oído y se echaba a un lado, porque se había anunciado la llegada del Pequeño Gran Hombre. El jefe de los chequistas, el hombre más poderoso del país: el superior y amigo personal del anfitrión iba a unirse a la distinguida reunión y a celebrar con ellos el incipiente año 1928. ¡Qué honor!

Christine corrió a la cocina y puso a todos los criados en estado de alarma: había que sacar todo lo que había en la casa. Y así llegó, con su séquito, con sus quevedos y su brillante calva, con su uniforme habitual, que junto a todos aquellos disfraces parecía también un disfraz. Rodeado de hombres también uniformados, que caminaban junto a él en silencio. Entró sonriente al vestíbulo y pidió enseguida un vino georgiano. Desde que se suministraba *jvanchkará* al Kremlin, el vino favorito del nuevo caudillo, también el Pequeño Gran Hombre bebía preferentemente aquel vino. Se lo tendieron, y bebió a la salud del partido y de todos, y en especial de los anfitriones.

Pidió el preludio de Rajmáninov cuando le preguntaron qué música quería, un deseo que se hizo realidad en el acto. Rechazó con gesto cortés la comida, ya había cenado, y, mientras escuchaba la obra para piano, cerró los ojos con devoción. Los únicos huéspedes que no asistieron a aquel espectáculo, que ni siquiera habían advertido su llegada, fueron Sopio y Stasia.

Al empezar los fuegos artificiales, que Ramas había mandado traer

expresamente desde Moscú, todos salieron al jardín y a la calle. Brindaron los unos con los otros, se abrazaron, e incluso el Pequeño Gran Hombre apartó a su guardia y se mostró abierto y jovial, cosa que raras veces ocurría.

Siempre que le pedía que contara la historia, Stasia recalca que el hombre pequeño se fijó enseguida en Christine, que debió de atraer su atención al instante. Y eso que Christine, al contrario que su esposo, había conservado puesta la máscara veneciana, incluso cuando saludó y atendió a su importante invitado. Aun así, después de su primera copa él ya la había cubierto de cumplidos, había elogiado su disfraz, sus cualidades de anfitriona, su belleza, y no se había avergonzado de repetir sin cesar la clase de irrenunciable colaborador y fiel amigo que Ramas era para él. Poco después de que se apagaran los fuegos artificiales, pidió a la dueña de la casa que se la enseñara. Tal vez fue la máscara la que le estimuló a fijarse más en Christine. Quizá sencillamente avivó su curiosidad.

Christine lo guio por la casa, hablaron de jardines y él permitió que ella le aconsejase sobre el cuidado de las plantas, quería poner un gran jardín en su mansión de la calle Matschabeli, quizá ella podría ayudarle. En algún momento, se hallaban con sus copas en el balcón del piso superior, y brindaron: por el caudillo, por el partido, por su marido, por el amor. Ramas, que estaba incondicionalmente entregado a su jefe, se mantuvo a distancia aquella noche, y dejó a su encantadora mujer en manos de su superior. Conocía los encantos de Christine, pero sobre todo sabía de su indiferencia, casi lindante con la ofensa, ante sus admiradores. Incluso conociendo la espantosa codicia de su superior, confiaba en que Christine sabría salir del paso con facilidad y tacto.

Quizá fue el mayor error de su vida.

Porque, después del brindis por la Gran Revolución Socialista, el Pequeño Gran Hombre le pidió como de pasada que se quitara la máscara, le confundía un poco, aunque sin duda la máscara en sí era una espléndida obra de arte.

Sin embargo, Christine se negó, se había propuesto guardar su secreto aquella noche y no revelar su rostro, lo sentía mucho. El Pequeño Gran Hombre asintió como si hubiera aceptado su respuesta, y luego llamó a su esposo arriba. Repitió su ruego delante de él. Se produjo una pausa gélida y quebradiza.

Todos los implicados, sobre todo el matrimonio, se daban cuenta de lo

delicado de la situación. Tras un corto titubeo, Ramas se volvió riendo hacia su esposa y le quitó con cuidado la máscara; el Pequeño Gran Hombre miró con descaro a Christine, sonriente, seguro de sí mismo y satisfecho. Se supone que carraspeó y se disculpó por su curiosidad. Christine temblaba de rabia, pero no dejó que se trasluciera, y bebió alegremente otra copa a la salud del caudillo de Moscú.

Cuando el matrimonio se fue a la cama al amanecer, agotados y achispados, con los pies hinchados y oliendo a humo, la mujer se volvió hacia su marido, le miró con desprecio, fría, llena de dura agresividad, y dijo:

—No deberías haber hecho eso.

*Hermanos, démonos las manos,
¡hermanos, riámonos de la muerte!
Pongamos fin a la eterna esclavitud,
¡llega la última y sagrada batalla!*

CANCIÓN SOCIALISTA

Stasia había recuperado su sueño, y se había entregado al amor. Escuchaba a Sopio y le hacía hablar de París, charlaba sin cesar con su amiga libre y librepensadora, de manera que ya no quería irse de la pequeña vivienda de Sopio en las suaves colinas de Avlabari, con sus coloridos balcones de madera, sus ruidosas tabernas y su vieja fortaleza, su alegre y sencilla población y su música armenia. Acompañaba a Sopio a las asambleas de mujeres que ella celebraba cada cierto tiempo en telares, lavanderías y tintorerías para instruir las acerca de sus derechos, curiosamente una iniciativa que el partido apoyaba.

Stasia se enamoró de la ciudad, que tanta libertad ofrecía. Pero era sobre todo la ciudad de Sopio la que ahora conocía a través de sus ojos, y que era muy distinta de la de su hermana. Una ciudad llena de barrenderos, lavanderas, zapateros, adivinos, costureras, vendedores de fruta y feriantes. Una comunidad alegre y ruidosa que habitaba en las colinas, cantaba canciones equívocas hasta entrada la noche, tocaba el acordeón y echaba las

cartas. Casas pequeñas, venidas a menos, construidas el siglo anterior, sin saneamientos, con duchas comunitarias y letrinas de hoyo seco en los patios traseros.

Era un pueblo que siempre había vivido allí, que aún se acordaba de la época de los reyes y los zares, de las balsas en el río, de los bebedores *karazshojelis* que se contrataban para conquistar el corazón de la amada. Era un pueblo que había aprendido hacía mucho a vivir en el presente, porque no había ninguna seguridad de si habría mañana y de cómo sería. La mayoría de las veces, cuando la mañana llegaba era ruidosa, polvorienta, y volvía a reportar muy poco dinero, tan solo hoscos insultos o grandes carcajadas y anécdotas obscenas.

Como Sopio andaba corta de dinero y no podía establecer contacto con su familia, y no digamos aceptar apoyo alguno de ellos sin ser acusada al instante de espionaje, se había instalado en ese barrio más bien pobre, pero rápidamente lo había encerrado en su corazón, junto con la kurda charlatana que se pasaba el día entero en el patio, supuestamente cardando lana pero, en realidad, vigilando el patio entero y el trajín que ocurría en él. Y a tía Natasha, una rusa sesentona loca por los niños, a la que la kurda llamaba pelandusca, que se ofrecía a encargarse a cualquier hora del hijo de Sopio cuando ella no lograba llegar a tiempo a casa. Y a la pareja georgiana que vendía fruta en la calle para dar de comer a sus seis hijos y aun así los domingos invitaba a los vecinos a sabrosas comidas.

Stasia se enamoró de la sensación de volver a ser joven y estar viva.

Y así paseaban por las calles o subían a los tranvías repletos, bebían cerveza, comían *kosher* —juraba Sopio— en el barrio judío, iban a los baños de azufre y allí se dejaban frotar por gruesos y fuertes brazos de mujer y reían entre dientes como colegialas. Iban a las iglesias cada vez más vacías del casco viejo y por las tardes se pasaban horas sentadas con Andro en el parque iluminado por farolillos, y lo veían partir con sus dientecitos las pipas de girasol y comérselas con ansia.

Era otra ciudad, con otras gentes, aquella a la que Sopio daba acceso a Stasia, un laberinto oculto detrás de la muralla del casco antiguo, cuyas calles tan bien conocía Sopio.

Stasia sentía gran afecto por el pequeño Andro, que tenía los rizos pajizos de su madre y sus ojos asombrados; el niño la conmovía de un modo especial, y en el trato con él deponía por completo la severidad con la que trataba a sus

propios hijos. Quizá se debía a la modestia que el niño mostraba, una especie de gusto por las cosas sencillas. Porque a Sopio siempre le faltaban ropa y juguetes para el niño, así que desarrollaba una fascinante imaginación para que el pequeño Andro no notara las carencias materiales.

Mezclaba yema de huevo con azúcar y se lo ofrecía como el dulce más sabroso del mundo, y él lo aceptaba con gratitud y lo creía. Le hablaba durante horas de las hormigas y las mariposas, de los gatitos y de los erizos, para sustituir los hermosos libros infantiles; inventaba cuentos para él cuando lo llevaba a la cama, bordaba y cosía para él, con la tela de sus viejos vestidos, cosas que él llevaba con orgullo y enseñaba a todos. Los niños de Stasia no estaban en absoluto malcriados, y sin embargo casi tenía mala conciencia cuando estaba con Sopio y Andro.

Sopio tenía que hacérselo todo ella misma, y eso admiraba a Stasia. Ella era demasiado rica para el proletariado y demasiado pobre para la élite; se encontraba en un curioso estrato intermedio, lo que para mí explica su mala conciencia.

Aquellas dos semanas, durante las que Stasia casi no estuvo con su hermana y su cuñado, pasaron como una exhalación. Inspirada por todas las pequeñas exposiciones, representaciones teatrales y veladas líricas a las que Sopio la había llevado, y sobre todo por la propia Sopio, Stasia sentía aversión, incluso un sentimiento de desmayo, ante la idea de tener que volver a casa, al páramo de la pequeña ciudad.

—¡Necesito tu ayuda! —le dijo Stasia el día antes de su partida a su hermana pequeña, que en ese momento estaba sirviéndose leche durante el desayuno.

—¿Qué ocurre? —preguntó Christine, en su tono habitual de aburrimiento.

—Quiero trasladarme a vivir con vosotros. No quiero volver a casa. Traeré a los niños, me buscaré un trabajo y me quedaré aquí.

—¿Y qué dirá Simon?

—Le escribiré una carta. He despilfarrado tanto tiempo, esperando siempre hasta que los demás bendijeran lo que yo quería...

—Sigues sin querer hacerte adulta, ¿eh, Stasia?

—Es solo pasajero, más que nada por los niños, hasta que haya encontrado algo propio. O quedaos tan solo con los niños..., yo puedo alojarme con

Sopio.

—Deberías dejar atrás pronto la afinidad hacia esa persona. No es especialmente... bueno, presentable en sociedad. No sé cómo acabó en nuestra fiesta, es probable que alguien la colara. Aunque escribe hermosos poemas, es una mujer dudosa.

—¿Cómo puedes ser al mismo tiempo tan joven y tan vieja, Christine?

—¿Tan vieja? No soy vieja, si acaso más madura que tú, Anastasia. No hago más que ser previsor.

—Nunca hubiera creído que fueras a hacerme tan feliz con esta invitación.

—Eso me alegra. ¿De veras quieres trabajar?

—Sí.

—¿Es que Simon ya no te envía dinero?

—Sí, pero quiero ganar el mío propio.

—¿Eso es lo que Sopio Eristavi te ha metido en la cabeza?

—No, solo me ha demostrado que es posible. Enseña lenguas extranjeras, da clases particulares y de ese modo cuida de sí misma y de su hijo.

—Me alegro, pero tú no eres como ella.

—Me iré mañana, y en cuanto tenga todo listo para venir te enviaré un telegrama. Mientras, quizá podrías apuntarnos en la lista de espera para viviendas.

—Me alegrará tener cerca a Kostia.

—¿Por qué no tenéis hijos, Christine? Pensaba que no querías esperar tanto tiempo.

—Algún día tendremos un hijo maravilloso, tan guapo como Kostia. Te lo aseguro. Ahora discúlpame, por favor, tengo que dar instrucciones en la cocina para la comida —y Christine gimió con exagerado dramatismo.

Stasia tardó un mes en convencer a su padre de que aquel era el paso correcto para ella y los niños, en meter sus pertenencias en cestos y baúles, en localizar a su marido en algún cuartel y decirle que en adelante fuera a visitarla a Tiflis. En convencer a la pusilánime Lida de que no era algo inadecuado vivir sin marido en la capital. En meter, finalmente, en su equipaje el reloj de oro de Thekla, que había conservado en su dormitorio en una arqueta de cristal, y subir con los niños al tren.

Stasia llegó a Tiflis con Kitty y Kostia en el momento culminante de la

colectivización forzosa de la agricultura.

Sopio y Andro esperaban a la familia en casa de Christine, que había hecho preparar un banquete en toda regla. Kostia, que respondía al amor desmedido de su tía, se le lanzó al cuello y allí se quedó hasta que fue hora de acostarse. Andro y Kitty, que apenas tenían cuatro años, se entendieron al primer golpe de vista, y echaron a correr alrededor de la fuente del jardín. Todo parecía estar bien encaminado. El jardín era un pequeño paraíso para los niños, y la escolarización de Kostia no dio problema alguno: iría al mejor colegio de la ciudad, recomendado por el marido de Christine. Naturalmente, ruso.

Mientras Christine se ocupaba de forma conmovedora de los pequeños, Stasia empezó a florecer al lado de su nueva amiga. Se pasaba las noches junto a esa mujer de rizos dorados, viéndola sentada a su mesa redonda, a la luz de una lámpara de petróleo —en esa parte de la ciudad, el abastecimiento eléctrico aún dejaba mucho que desear—, escribiendo poemas, levantándose de vez en cuando para encender un cigarrillo o, cuando algo le salía bien, para echarse al cuello de su adormilada amiga.

—A veces tengo miedo. Mucho miedo —dijo pensativa Sopio, una noche de viento. Bajó la cabeza y se mantuvo en esa posición.

Stasia, confundida por el repentino cambio de humor de su amiga, le tocó levemente la mano. Fuera, el viento azotaba las ventanas.

—¿De qué? —preguntó, y puso agua en la hornilla para preparar uno de esos té fuertes que tanto le gustaba tomar a Sopio.

—Tengo miedo de que ellos me cojan.

—¿Quiénes son *ellos*, Sopi? ¿Y por qué, quién iba a querer tal cosa? Tú no has hecho nada. Sin duda no has estado en el partido, pero...

—¿En qué mundo vives, Stasia? ¿No lo ves, no lo sientes, no lo hueles? Hoy me he enterado en la galería de que ya hay que solicitar autorización para salir de viaje en cuanto se cruce la frontera, no importa hacia dónde. Y de que no se consigue la autorización cuando se trata de países que no son *Estados hermanos*.

—Lo ves todo demasiado negro.

—Sospecho que más bien no lo veo lo bastante negro, Taso —dado que Sopio se negaba a abreviar el nombre de Stasia, a la manera eslava, utilizaba la abreviatura georgiana y la llamaba Taso—. Y luego está ese sueño. Un sueño en el que camino por una calle. Una calle desierta, abandonada, que está en algún lugar de esta ciudad, pero no he visto nunca. Sin embargo está

aquí, a la vuelta de la esquina, en el sueño lo sé. En ella hay una casa, una gran mansión, sencilla y luminosa, con arcos de medio punto y escaleras de caracol. Es preciosa, y quiero entrar en ella. No sé lo que busco. Agotada de tanto correr, llego a la puerta. Allí hay un hombre, un hombre guapo, bien vestido, que me pide que pase. Nunca lo he visto antes, nunca he oído su voz, profunda y tranquilizadora. Confío en él, le sigo, porque conoce el camino... El camino, que no sé adónde va. Avanzamos por un jardín que parece bíblico, paradisíaco. Con rosas, tan rojas, tan rojas, Taso, y una maravillosa catarata, como la del jardín botánico, y perros y gatos que se estiran al sol, y plantas y árboles exóticos, es un jardín que parece interminable, no veo su final. Camino y camino y el hombre me guía. Y entonces me lleva hasta un pozo en lo alto de una colina, tan verde que hace daño a la vista. Y dice: ya hemos llegado, todo irá bien, estás en casa, y me pide que suba al pozo, y yo obedezco, no quiero huir ni escapar, paso una pierna por encima del borde y... El pozo huele bien, y está húmedo, no tengo miedo, aunque es profundo y no puedo ver el fondo. Y él espera y se queda mirando a ver si bajo, me sonrío incluso, y más bien por miedo a que pueda empujarme lo hago, salto y caigo y no llego a ningún sitio. Y, mientras caigo y caigo, me despierto.

El agua hervía cuando Sopio se cubrió el rostro con las manos y empezó a sollozar. Pocas veces Stasia había visto a alguien llorar de manera tan conmovedora, tan desoladora, tan desesperada. La cogió en sus brazos, sin saber qué decir.

Hasta que el pequeño Andro apareció en la puerta con un pijama blanco, y, sorprendido y con lágrimas en los ojos, preguntó qué le pasaba a mamá. *Maman*, dijo en francés, eso no iba a cambiar hasta el fin de sus días. Con el acento en la última sílaba, como se hace en francés.

Sopio se secó las lágrimas, volvió a reír, con su cordial y sonora risa, y respondió:

—Estaba practicando, me preguntaba qué pasa cuando alguien llora mucho tiempo, si se acaban las lágrimas. Todo está bien, hijo mío.

—¿Y se acaban? —preguntó Andro, limpiándose los mocos con la manga de la camisa.

—Sí se acaban, tesoro, hasta las lágrimas se acaban alguna vez.

En el ardiente julio del primer verano de Stasia en Tiflis —Christine se

había ido al mar con su marido, y Stasia tenía toda la casa a su disposición—, el primer teniente rojo vino a visitar a su mujer.

Stasia había dado vacaciones a la criada, la cocinera y el jardinero, y gozaba con Soppio de tardes aterciopeladas, jugaba con los niños, olvidada de sí misma, a todos los juegos de pelota imaginables, y acompañaba a Soppio a sus asambleas de mujeres. Había conocido a los amigos de Soppio, todos ellos en quiebra y bebedores, y estaba a punto de decir de sí misma que era casi feliz.

Fue en tranvía a recoger a su marido a la estación. Después de un año, el reencuentro fue distante, más que frío. No hubo besos en el andén, tan solo un ligero abrazo. No hubo reproches, por el momento el señor fue recibido, atendido y dejado a solas con los niños.

Pero a la noche siguiente —Soppio se había retirado ya con Andro— tuvo lugar la primera y ruidosa disputa entre el primer teniente rojo y su mujer. Y debió ser tan virulenta, que un profesor vecino estuvo a punto de llamar a la milicia. Se dijeron todas las palabras acumuladas y no dichas, todo lo que Stasia había reprimido a lo largo de diez años de matrimonio, la lenta agonía de los sueños, fue proclamado a gritos.

Al amanecer, cuando la disputa enmudeció al fin, Simon Dzhashi le dijo a su mujer:

—La vida no está hecha solo de sueños, Anastasia. Seamos una auténtica familia, porque estoy cansado. Muy cansado. Me desgarró día tras día y no hago justicia a tus expectativas. Deseas algo que ya pertenece al pasado. Casi tengo miedo de volver a verte, porque no soporto esos reproches, esas miradas decepcionadas. Esto tiene que acabar, si queremos ser unos buenos padres para nuestros hijos. Los echo de menos, y a ti también. A ti, cuando aún no me castigabas con cada gesto. Necesito una familia, mi familia, Stasia.

Pero en ese instante Stasia supo que su amor se había roto como una rama seca.

Christine y su marido regresaron, y los niños disfrutaron de los maravillosos pralinés traídos expresamente de Elisevski, en Moscú.

Poco antes de la partida de Simon Dzhashi, Stasia fue a pasear con su amiga por el parque de los farolillos. Era una calurosa noche de agosto, y la ciudad parecía agotada, sedienta y devastada.

—¿Por qué mientes? ¿No te cansas? —preguntó de forma inesperada Soppio a su amiga.

—¿De qué hablas?

Stasia sabía hacerse la tonta y la terca fabulosamente, mejor aún si se hacía las dos cosas al mismo tiempo.

—Sabes de lo que hablo. ¿Quieres ser libre? Pues sé libre. ¿Quieres bailar? ¡Pues baila! Si quieres ser una esposa... sé una esposa. No es ninguna vergüenza. Pero no se puede tener todo a la vez. Tener todo es como no tener nada, Taso. Date cuenta. Querías bailar, pero al mismo tiempo ser una buena esposa para tu marido; quieres tener amigos poetas y al mismo tiempo asistir a recepciones del partido; quieres ser independiente y trabajar, y llevas casi medio año aquí y sigues viviendo en casa de tu hermana, quieres tener hijos pero los sientes como una carga. ¿Qué es lo que quieres de verdad? ¿A quién estás engañando?

Stasia guardó silencio y miró a los perros vagabundos que cruzaban el parque en jaurías.

Habría de recordar muchas veces esas palabras, y preguntarse muchas veces por qué no había contenido lo incontenible y evitado lo espantoso.

El primer teniente se fue sin que tomaran una decisión. Todo se quedó como estaba, ya que no había mejor alternativa, y se contuvieron debido a los niños. Stasia hizo algunos intentos, sin mucho énfasis, de averiguar en el Comisariado de Vivienda si había casas libres en la ciudad. Tomaban nota de que era la esposa de un primer teniente rojo, pero al mismo tiempo le señalaban que era la cuñada de Ramas Iosebidse y tenía un lugar lujoso y más que espacioso en el que vivir.

Durante aquellos años, el hombre pequeño había crecido por encima de su estatura y se había convertido definitivamente en el Pequeño Gran Hombre. Y la gente empezaba a temblar al oír el nombre de la Checa. Apenas había ya resistencia política, todos los enemigos habían sido barridos del mapa, ahuyentados hacia el extranjero o desterrados a los campos de trabajo. La industrialización exigía mucha energía y muchas vidas humanas, se esperaba una productividad ilimitada de las nuevas fábricas y koljoses forzosos. La reconfiguración de las ciudades, y sobre todo sus cambios nominales, estaba en plena marcha. Innumerables ciudades cambiaron de nombre en todo el

territorio soviético, y con eso el pasado quedó extinguido, como si no hubiera habido vida antes de la revolución. La era de los zares fue declarada era de asesinos y ladrones, la propaganda trabajaba a pleno rendimiento.

Siempre que Sopio se quejaba a Stasia de la falta de determinados bienes y mercancías en las tiendas, Stasia registraba las despensas de la casa de Christine y se sentía bien, incluso un poco orgullosa, de aliviar las carencias de su amiga, porque en casa de Christine siempre había de todo lo que Sopio necesitaba y no podía conseguir en la ciudad.

Tampoco cuando Sopio le comunicó cómo se habían indignado ella y sus amigos cuando en el cine, antes de la proyección de *El águila blanca*, habían puesto una introducción explicando cómo había que entender la película, quiso ver detrás de eso verdadera propaganda, y lo tomó como una singularidad artística del director.

Y mientras cualquier libertad se disolvía en el alegre y feliz país, como una telaraña torpemente tejida, también los Ballets Rusos se disolvían en el lejano y libre París..., con lo que Serguéi Diághilev se llevaba a la tumba un trozo de los sueños de Stasia.

Se enteró por casualidad: alguien lo supo por alguien que conocía a alguien en París, y este se lo dijo a Sopio, y ella —en voz muy baja— a Stasia. Stasia subió a su habitación de hermosos tapices en la mansión de Christine, se tumbó en la cama y se quedó allí muchas horas. Pensó en Peter Vasiliev y en los fantasmas de los sueños no vividos, que están condenados a perseguirle siempre a uno. Se vio por última vez subiendo al escenario en el Théâtre du Châtelet, codiciada, querida, aclamada, y sonrió para sus adentros; su otra vida perdida, llena de libertad, de pasiones desenfrenadas, de provocaciones, en el círculo de los elegidos y los extraordinarios... Por último, se forzó a levantarse de la cama porque Kitty y Kostia volvían a pelearse, y Christine no lograba hacerlos entrar en razón.

Una tarde, mientras Stasia volvía a visitar la diminuta vivienda de Avlabari y veía a su amiga mirar fijamente y entristecida el té caliente y quejarse de que tres de sus cuatro estudiantes habían dejado las clases, se puso en pie de pronto, pidió a su amiga que la esperase un momento y salió corriendo a la calle.

Quería insuflar valor a Sopio, quería que volviera a leerle poemas o que le

hablara de la maravilla del psicoanálisis, de ese curandero milagroso de Viena llamado Freud, que le hablara de los impresionistas y de las obras simbolistas de un tal Maeterlinck. Que recitara poemas de amor persas y hablara de la nueva corriente de poesía georgiana que se llamaba el Cuerno Azul, y cuyos poemas Stasia encontraba tan maravillosos.

Sabía cuál era el medio para hacer que Sopio olvidara sus penas y volviera a ser ella misma, pero tenía miedo. La última vez que había hecho el chocolate caliente para alguien, la profecía de su padre se había cumplido. Desde entonces, no había podido expulsar de su memoria la imagen del cuerpo rígido de Thekla. Pero ¿cómo podía estar segura de que el chocolate de su padre había sido responsable de la muerte de Thekla? ¿No había sido el veneno el que había llevado a Thekla al sueño eterno? ¿No fue la época, la guerra, la falta de salidas, las que la habían llevado a su fin? ¿Y si su padre se equivocaba, y si era pura imaginación relacionar la desgracia con aquella misteriosa bebida? Quizá había sido su mala conciencia de entonces, la de haber empujado a su esposa a tener más descendencia, la que le hacía establecer aquella extraña suposición: que el chocolate había causado la muerte de Ketevan. Y, sobre todo, él mismo había dicho que ella había «sobrevivido a la desgracia». ¿Qué sentido tenía entonces todo? Si la supuesta desgracia no la había rozado a ella, aún afectaría menos a su valerosa y combativa amiga. No, era demasiado pueril aceptar esa absurda suposición, tan ciega y tan carente de toda lógica.

Los especuladores tenían canela, en el barrio judío se podía conseguir el mejor cacao de la ciudad, el azúcar moreno y el clavo los encontró en la despensa de Christine, así como los otros ingredientes, que no vamos a nombrar aquí.

Dos horas después volvía con un bolso repleto, y preparaba el chocolate caliente, por primera vez después de la muerte de Thekla.

Se plantó al lado del pequeño fogón ennegrecido, y al cabo de unos minutos el aroma empezó a envolver la vivienda, la escalera, el patio trasero.

—¿Qué estás preparando? —preguntó perpleja Sopio.

—Te estoy haciendo mi chocolate caliente.

—¿Estás haciendo chocolate para mí?

—Sí, exactamente.

—Nunca te he visto hacer chocolate.

—Es una receta secreta, no puedo revelártela ni siquiera a ti. Tiene que quedar en el seno de la familia. Mi padre me lo hizo jurar.

—Suenas como una conspiración. Vamos, no es más que chocolate.

Sopio reía. Por primera vez desde hacía días.

Y, naturalmente, también Sopio sucumbió al chocolate de Stasia, y aunque cada vez era más difícil y más caro conseguir los ingredientes necesarios, parecía el único medio para espantar la tristeza de Sopio y hacer aflorar en su rostro una sonrisa, así que Stasia hacía su bebida mágica dos veces por semana.

Christine recibió una visita importante. Los niños iban vestidos de domingo, la casa entera estaba decorada con lilas, se había sacado de los armarios la plata y el más caro de los vestidos. Se trajo del mercado comida fresca y vino de Kajetia. Durante dos días, imperó el estado de excepción en casa del muy ocupado secretario del partido Ramas Iosebidse, aquel hombre de peso excesivo y ya casi completamente calvo, y de la siempre bellísima Christine.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Viene alguien de Moscú? —preguntó Stasia a su hermana al encontrarse una mañana en medio de los preparativos.

Christine —con rodajas de pepino en el rostro y aceite de oliva en el pelo — se limitó a gemir, nerviosa, y movió la cabeza.

—Realmente nunca te enteras de nada, ¿eh?

Parecía enfadada, y Stasia evitó pagar a su hermana con la misma moneda. Aunque Simon enviaba dinero todos los meses, nunca bastaba para mantener el ritmo de vida al que se había acostumbrado Stasia.

Más tarde se enteró por la cocinera de que esperaban al jefe del servicio secreto en persona, *el amigo de la familia*, con algunos colegas de su esposo. El superior de Ramas era un gran admirador de la buena cocina, del buen vino. Un gran amigo de la ópera y de las bellas artes, como el dueño de la casa. Quizá fue la primera vez en que Stasia se preguntó qué hacía exactamente su cuñado y con qué gentes tenía amistad. Una extraña sensación la hizo estremecerse, no pudo expresarla con palabras —me dijo años después—, había sido como si algo agobiara el aire.

Corrió a buscar a Kostia y Kitty, que en ese momento discutían por

cualquier golosina, y les pidió que fueran con ella. Iba a pasar la noche con los niños en casa de Soppio. Christine salió al pasillo y la miró, perpleja.

—¿Qué haces?

—Os dejo con los preparativos. Vamos a dormir en casa de Soppio.

—¿Has perdido el juicio?

—¿Para qué me necesitas? Sabes que no me gustan estos festejos.

—¿Sabes quién viene? Por mí puedes irte, pero los niños se quedan aquí. Van a conocerle, y un día se alegrarán de haberlo hecho. ¡Kostia, Kitty, venid con la tía!

Y de hecho los dos corrieron casi aliviados, con sus lazos y sus zapatos de charol, hacia su guapa tía, que a pesar de las rodajas de pepino en la cara conseguía no parecer ridícula.

Stasia tuvo que sentirse increíblemente miserable en ese momento. Se quedó, y fue testigo de cómo el Pequeño Gran Hombre se comía las codornices en salsa de cilantro, se bebía el vino georgiano, pronunciaba sublimes discursos sobre la patria y las exquisiteces de la cocina nacional, contaba anécdotas y todos en la mesa se encogían y exclamaban sin cesar: «Fantástico», «Oh, fabuloso», «Increíble», y tiraban con dedos temblorosos de las puntas del mantel. Y el hombre de los quevedos empezó a mirar a su hermana como si fuera una presa que era imprescindible cobrar, sus miradas se hicieron cada vez más descaradas y agresivas, miraba los bien formados labios, los pequeños pechos y los finos nudillos, pronunció un brindis de diez minutos por las bellezas georgianas, y no apartó ni un segundo los ojos de Christine. Y su marido se sentaba contento a su lado, asintiendo, sonriendo conciliador, y la mandíbula le temblaba un poco.

En ese instante, Stasia supo que la piel del mundo se iba a rasgar. Supo que la tierra iba a vomitar y las ruinas iban a hacerse visibles, que una grieta de una profundidad abisal iba a surcar los siglos, a abrirse en la tierra y dejar al descubierto un sangriento abismo.

Más tarde, Stasia contempló por la ventana del comedor, decorado para la fiesta, al Pequeño Gran Hombre fumando en pipa en el jardín junto a Christine y su marido; charlaba completamente desinhibido con la pareja de anfitriones y dijo unas cuantas obscenidades que el matrimonio se vio obligado a celebrar riendo. Observó cada uno de los gestos del hombre, sus movimientos, sus contactos de pasada con el codo de su hermana, vio su dentadura, que brillaba en la pobre iluminación del jardín siempre que,

achispado y relajado, se reía de sus propios chistes, y se odió por no salir y arrancar a su hermana pequeña del lado de ambos. Por otra parte, ella mostraba un fabuloso talento de actriz, y no dejaba que se le notara nada. ¿O disfrutaba incluso al ser cortejada por aquel hombre asqueroso? Una idea que Stasia se apresuró a rechazar.

En el año 1931, cuando Kitty estaba yendo a segundo curso del instituto femenino ruso, y empezaba a llamar la atención con sus labios marcados y rellenos, sus rizos castaños y sus ojos almendrados de color miel, y Kostia se había convertido en un chico alto, de muy buena presencia, grandes orejas y cabellos igualmente castaños, pero lisos y, como era el mejor de la clase, parecía mayor y más serio que la mayoría de sus compañeros, el Pequeño Gran Hombre se convirtió al fin en presidente del Partido Comunista de Georgia... y nombró como secretario privado a Ramas Iosebidge.

Sopio apenas salía ya de casa, y solo conseguía sobrevivir gracias al apoyo de sus amigos. Ya no tenía alumnos, y se le había impuesto la prohibición de publicar después de que la alianza de escritores le comunicara que estaba fuera de las normas sociales y la moral de la gran república socialista.

Una tarde, el presidente del Partido Comunista llamó a casa de Iosebidge. Le pusieron con la dueña de la casa. La llamada duró un cuarto de hora. Acto seguido, un Bugatti negro vino a recoger a Christine. Ella llevaba el vestido rojo de chifón con lentejuelas, los guantes largos de terciopelo negro y el sombrero negro con pluma de pavo real. En la ópera, el presidente la recibió en persona y la hizo sentarse a su lado en el palco. Representaban *Norma* de Bellini... que, sorprendentemente, no había sido prohibida, o aún no, a causa de su contenido religioso.

Al llegar al aria «Casta Diva», se oyeron susurros y murmullos en el palco.

Innumerables cabezas se volvieron discretamente hacia los asientos reales: a la luz atenuada del escenario, pudo distinguirse una figura de mujer que en ningún caso podía ser la esposa del presidente. Luego, no se vio nada más. Al llegar a «Ah bello a me ritorna», pudo verse una mano de mujer enguantada en negro aferrarse a la baranda de terciopelo rojo. En «Del fido amor primiero» se oyó algo pesado caer al suelo. En «E contro il mondo intiero» pudo oírse un grito reprimido. Y en «Difesa a te sarò» la mano desapareció, lenta y dubitativamente.

La pareja fue la última en abandonar la sala. El público ya había salido por las distintas puertas, y como el presidente no había aplaudido con especial entusiasmo, el rumor de que la representación no le había gustado corrió como la pólvora. Esto causó llantos en la compañía, pero eran habladurías. Más tarde, el presidente llegó incluso a decir en público que la representación le había gustado mucho. La verdad era que no había visto nada, o muy poco, de ella. La verdad era que el vestido de chifón de Christine estaba arrugado y su maquillaje corrido, así que tuvo que esperar a que la sala se vaciara para poder volver a subir al Bugatti sin ser vista.

Dado que Ramas se encontraba en Kiev en unas jornadas dedicadas a solucionar la cuestión agrícola, Christine se sentó en el recibidor e hizo que le trajeran licor de cerezas. Stasia, despertada por el estrépito de las puertas al cerrarse, bajó las escaleras y vio a su hermana, en ese preocupante estado, beber con prisa y directamente de la botella.

—¿Qué ha pasado? ¿Le ha ocurrido algo a Ramas?

—Oh, no, a él no le pasa nada. Todo va bien. Ven, bebamos.

—Pero ¿dónde estabas?

—Tenía una pequeña cita *sin compromiso*.

Después de varios intentos de obtener más información de Christine, Stasia renunció al fin y empezó a tomar el dulce y pegajoso licor, para mantener el ritmo de su hermana.

En los días siguientes las llamadas se repetirían, y después de cada una de ellas Christine siempre desaparecía durante varias horas.

*¡Los trabajadores de la Unión Soviética van a vivir cada vez
mejor, cada vez más alegres!*

CARTEL PROPAGANDÍSTICO

Durante los meses siguientes, los obligados viajes oficiales del secretario privado se duplicaron y las salidas de Christine se triplicaron. Ramas se dedicaba a cuestiones de espionaje, de derecho de viaje, de prensa, a solucionar la administración de los gulags, y el Pequeño Gran Hombre a

calmar su hambre insaciable de belleza femenina.

No sé lo que movió a Stasia, pero una tarde siguió al Bugatti negro en el que iba su hermana, dejándose llevar a alguna parte después de una llamada (no sé si Stasia emprendió la persecución a caballo, en tranvía o en automóvil).

Lo que está claro es que llegó a la mansión más espléndida de la ciudad, con un hermoso jardín cuyas exóticas plantas y palmeras recordaban alguna villa de Sudamérica, y resguardaban la casa de miradas curiosas. Todo el mundo sabía en la ciudad quién era el dueño de la casa, y que allí, junto a él, entraban y salían algunas de las damas más hermosas de la ciudad. Stasia vio el coche negro con su hermana cruzar la verja dorada.

De vuelta en casa de Christine, se sentó a la larga mesa de la cocina y no se movió hasta que regresó su hermana, entrada la tarde. Había dado permiso al personal y enviado a su cuarto a los niños. Algo en su tono les había dejado claro que no iba a tolerarse resistencia alguna, y obedecieron.

Christine entró en la cocina, se quitó los zapatos, cogió la botella de licor y se sentó junto a su hermana. Stasia, que debido a los años de hambre de Petrogrado y al amargo regusto del amor de su primer teniente rojo se había convertido finalmente en un ser casi asexuado, y Christine, casi floreciente en su femineidad y elegancia. Stasia con su sencillo vestido de algodón hasta las pantorrillas, con diminutos botones, y Christine con una chaqueta color vino y una falda de seda negra hasta los pies. Stasia daba caladas a su cigarrillo y miraba el suelo con ojos vidriosos. Christine estaba diciendo algo del clima y de planes de vacaciones y de las molestias de la vida en la ciudad cuando Stasia la interrumpió:

—Te he seguido.

Durante largo tiempo, Christine no respondió nada y siguió bebiendo su licor. Luego, susurró:

—¿Por qué?

Estaban allí sentadas como dos topos asustados y deslumbrados, y se miraban como si se viesan por primera vez.

—No quería creer, no podía creer, que realmente estuvieras haciendo eso...

—¿Qué, qué es lo que hago? —rugió Christine, y Stasia fue consciente de que nunca antes había oído gritar a su hermana.

—Tú... —empezó de nuevo Stasia, y se dio cuenta de que le fallaba la

VOZ.

—Tengo que hacerlo.

—¿Cómo que tienes que hacerlo?

—Alguien tiene que ir al matadero para que los otros puedan seguir festejando, ¿no?

De pronto Stasia oyó en la voz de Christine tanto desprecio, tanta maldad, tanto odio hacia sí misma, que se sobresaltó y apartó involuntariamente la silla un poco de ella.

—Me das asco.

—Y la buena vida, la comida fabulosa y los hermosos vestidos, las excursiones, las clases privadas y los buenos colegios para tus hijos..., ¿eso no te da asco?

—Nunca te los he pedido. ¿Por qué, por qué, Christine? Ramas tiene dinero suficiente.

—¡Entiendes tan poco, tan poco, a que veces podría gritar de perplejidad! Sigues sin entender *quién* es él y de *qué* es capaz, ¿verdad? ¿Sigues sin darte cuenta de dónde vivimos?

Christine enmudeció de golpe, dio un generoso trago a la botella y salió de la habitación.

El futuro se había convertido en presente.

Todo iba a despertar la desconfianza, las palabras iban a ser combatidas, y también los corazones. Iban a deslizarse hacia un túnel sin salida. Stasia tendría que luchar, pero ¿por qué merecía la pena luchar cuando todo empezaba a parecer un callejón sin salida? ¿Adónde iban a dirigir la vista para no ver la dentadura de los pequeños grandes hombres que se le reían a uno en la cara? ¿Con qué fuerza habría que cerrar desde ahora los ojos para no ver las ruinas que estaban quedando al descubierto? ¿Cuánto trabajo costaría desde ahora reír, cuando se sentían todos esos cuerpos bajo los propios pies?

Stasia cerró los ojos y vio ante sí a la rosada Thekla, riéndose y tendiéndole la mano. Gritaba, ella... Stasia volvió a abrir los ojos para escapar de sus fantasmas, pero también la realidad parecía llena de ellos.

En la primera semana de enero de 1932, el Pequeño Gran Hombre asumió la dirección del PC de toda la República Transcaucásica, y destinó a su

secretario privado a la inspección del partido en Bakú, de manera que Ramas Iosebidse solo podía ver a su esposa el último fin de semana de cada mes. Estaba en marcha una nueva oleada de deportaciones de campesinos y ejecuciones masivas, todavía invisible en las ciudades, pero que se acercaba, reptando lentamente hacia las metrópolis. Se oía hablar de bandas de niños vagabundos que recorrían Rusia, de larguísimas colas delante de las tiendas de alimentos, de mujeres trabajadoras que vendían sus cuerpos para alimentar a sus familias. Se oía hablar de redactores detenidos, que se habían apartado de la consigna de la «vida alegre y feliz». Se oía hablar de millones de campesinos que habían sido deportados de Ucrania a Kazajistán o ejecutados en los últimos dos años. Se veían carteles impresos por la administración política estatal en los que se leía: «¡Comerse a sus hijos es un acto de barbarie!».

Aún se notaba poco de esto en el soleado Cáucaso meridional, aún se conocía tan solo a alguien que a su vez sabía de alguien a quien le había ocurrido algo, pero aún no se sentía, aún no se quería ver.

Sin embargo, Stasia no solo estaba preocupada por Christine, sino también por Sopio, que pasaba las noches a menudo fuera de casa y apenas dirigía la palabra a su amiga. Al preguntarle, Sopio no quería dar una respuesta clara e inventaba excusas. Stasia se enteró, la primera noche de la desaparición de Sopio, de que había puesto fin a su autoimpuesto ascetismo y al retiro en su patio trasero: más aún, de que —conforme por entero a su naturaleza— Sopio había empezado a rebelarse. Stasia sufría con su propia indecisión, con sus dudas, con su miedo a los sueños muertos y el miedo a una vida sin sueños. Sufría con el silencio de Sopio y con el amor roto hacia su marido, por la dureza que su hermana menor había desarrollado en los últimos meses, pero también ahora capitulaba, en vista de su incapacidad para intervenir.

Tampoco la sangrienta noche de marzo de la que me habló mucho tiempo después consiguió despertarla. La noche en la que fue del patio trasero de Sopio a casa de Christine, con Andro de la mano, porque su madre había vuelto a pedirle que se quedara con el niño, y oyó gritos en la habitación de Christine.

Ordenó a Andro que subiera a su cuarto y corrió al dormitorio de su hermana y de su ausente cuñado.

Allí encontró a su hermana, envuelta en el olor a lavanda de las flores secas que había sobre la cómoda y que garantizaban el sueño tranquilo de la

pareja, en la cama blanca con dosel sobre la que había tendida una mosquitera blanca, tumbada encima de las sábanas blancas y almidonadas... y con un charco de sangre debajo.

Christine gemía y gritaba con los dientes apretados, mientras se aferraba a los postes de la cama. Stasia acudió corriendo a su lado y gritó que iba a llamar a un médico, pero entonces Christine chilló, emitiendo sonidos animales, tan alto que Stasia se quedó petrificada y finalmente la escuchó:

—Un médico no, un médico no... Nadie debe saberlo... Los he enviado a todos a casa. Nadie debe...

—¿Podrías desangrarte! ¿Qué has hecho?

—En el bloc de notas negro, en la mesa, en la última página, abajo, hay una dirección. Tienes que ir allí y traer a la mujer. Ella sabe cómo detener la hemorragia.

Stasia, con la frente perlada de sudor frío, trajo compresas, improvisó unas vendas con las toallas y luego corrió a un suburbio de la ciudad, a una choza de chapa de la que sacó a una anciana arrugada y fue con ella a casa de su hermana. Una comadre que había dado a Christine una mezcla de hierbas para que se librara del niño indeseado.

Stasia veló dos días junto a la cama de Christine, y al final del segundo día fue a la cocina, despidió a la cocinera y preparó a su hermana enferma el chocolate caliente. Y, cuando Christine lo bebió —después de echar a los niños, que habían acudido corriendo al olor—, volvió a sonreír, y una diminuta lágrima se le escapó del ojo izquierdo.

—Nunca tendré hijos con Ramas. Hemos visitado ya varios médicos —dijo en voz baja, y dio un sorbito al chocolate.

Stasia se sentó en silencio al borde de la cama y trató de apartar la vista de su hermana, que parecía tan frágil, tan débil y tan enfermizamente pálida, con profundas ojeras y labios carentes de color.

—Pensaba que era culpa mía... ¿No es un mal chiste?

—Yo creía que no queráis tenerlos. Aún no. Me dijiste que querías disfrutar de la vida y...

—Te mentí. Esperaba conseguirlo. Cuando pensabas que estaba en la costa, habíamos ido a Varsovia, a visitar a un especialista. ¿Por qué ahora, por qué así, por qué?

Stasia trató de contener las lágrimas, de no añadir más desdicha a toda aquella desgracia.

—Acaba con él, por favor. Aunque tengas miedo, acaba con él. Por favor

—susurró finalmente, y le alcanzó a su hermana un vaso de agua.

—Tú sabes que eso no es posible.

—Pero *esto* aún es menos posible, Christine, ¿es que no lo entiendes?

—¡No es posible, Stasia!

—Vámonos. Desaparezcamos en alguna parte.

—¡No seas necia! Además: me encontraría, da igual dónde estuviera.

—¡No es Dios, Christine!

—Ya no hay Dios, ningún dios puede sacarnos de esta desgracia, así es ahora. Él es... él es, él es dependiente.

—¿Dependiente?

—De mí.

—¿Qué estás diciendo? Es un...

—Shhhh.

—Va a necesitarlo una y otra vez, una y otra vez, hará lo que sea por conseguirlo, es mi esclavo. Va a necesitarlo una y otra vez.

—¿Necesitarlo? Estás hablando de ti y...

—Ahora déjame dormir, Stasia, estoy tan cansada, y diles a los de abajo que mañana necesito mi vestido verde, planchado y con el cuello almidonado y, ah sí, que limpien mi pasador, el de la mariposa. Es de plata, que utilicen sal.

—¡Christine!

—Díselo. No quiero que mañana me digan que el vestido aún está en la tintorería.

—Díselo a Ramas.

Christine se echó a reír, con una risa despectiva, y se volvió del otro lado.

La juventud aún no entiende lo bastante la poesía del trabajo.

MAKSIM GORKI

Aquel verano, Stasia se fue con los niños y su marido a su ciudad natal y pasó el tiempo con Lida, que se había vuelto aún más devota, con su

madrastra, que después de la boda de su única hija no parecía tener otra cosa que hacer que comer, y con su padre, que parecía cada vez más distraído y melancólico, cada vez más tenue y frágil.

Stasia se preguntó por primera vez si todo aquello no tenía su sentido, la vida, tal como *normalmente* discurría, y si los sueños no eran tan solo obstáculos que le apartaban a uno de lo auténtico.

Mientras el primer teniente se reunía todos los días con sus viejos amigos para jugar al backgammon, Stasia iba con su hija de ocho años a las cuadras, tomaba prestado un kabardin y enseñaba a Kitty a cabalgar. A horcajadas, naturalmente. Le mostraba los lugares de su infancia. Y Kitty, mucho más despierta, enérgica y ruidosa que los dos niños, reía y chillaba de placer. La niña de ciudad que siempre salía de casa en el automóvil de su tía florecía y a Stasia le recordaba algo de color albaricoque, hermoso, alegre. Y ese algo la conmovía en lo más profundo. Stasia enseñaba a su hija los robles — acordemos que era un anciano roble—, el monasterio excavado en la roca, le enseñaba el parco paisaje. Miraban las estrellas, dolorosamente luminosas, la luna amarilla, y olían la vieja tierra, que tanto sabía y tan poco decía.

Entretanto, Kostia trataba de contener sus celos hacia Andro y volver a encontrar el contacto con su padre, que le era ajeno y al que siempre echaba de menos. Prisionero entre las disputas y frentes de los adultos, entre la nostalgia insaciable de su padre y el curioso distanciamiento respecto de su madre, se perdía en la inminente adolescencia. Se perdía en la rabia contra las mujeres inasibles e inconstantes que le rodeaban. En su nostalgia de persistencia y orden echaba de menos a Christine, la reina de su mundo. Había cambiado. Ya no pasaba tanto tiempo con él como antes. Ya no lo elevaba sobre el pedestal de la singularidad, él ya no parecía ser su príncipe. Desaparecía a menudo y, cuando volvía, se sentaba sola en la cocina, nunca encendía la luz, bebía esa cosa densa y dulzona directamente de la botella y miraba el vacío. Se retiraba a su dolor, que él no podía explicarse.

De su padre deseaba reconocimiento, pero de Christine deseaba amor.

Quería oírla decir lo guapo y distinto que era, lo inteligente que era, las pocas preocupaciones que daba a los adultos. Los buenos modales que tenía, y lo *parecido* a ella que era. Siempre le había dado a entender todo eso, desde que había venido al mundo. No su madre, sino Christine, había sido la que más sensación transmitía de necesitarlo, la que estaba a su altura. La que le había hecho creer que un día lograría ser un *rey*.

Sobre todo, echaba de menos la sensación de ser su preferido. Porque Christine siempre había mostrado con claridad eso: que le prefería. Que lo consideraba *mejor* que a todos los demás niños. Porque, más que cualquier otra cosa, Kostia no quería ser como los otros. Y menos que nadie como su hermana pequeña. Tener que pelear en lamentable igualdad con su hermana y con Andro para hacerse notar y para distinguirse casi le ofendía.

Ese Andro de pelos rizados. Que era frágil y débil y no parecía tener más ambición que leer libros o que se los leyeran, que se ponía a cantar cuando se creía solo y sabía recitar poemas en tres o cuatro idiomas, y al que lo que más le gustaba era tallar absurdas figuras de madera. Y que tanta admiración recibía a cambio. También por ser supuestamente tan amable, tan considerado, tan indulgente, y estar satisfecho de uno mismo como si eso fuera lo más importante en la vida: ser amable, considerado.

Y su hermana, que no tenía nada en común con él más que el apellido y la forma de las uñas. Que le irritaba y lo ponía al rojo vivo con sus maneras ruidosas, con su falta de sutileza. Que era torpe, no tenía más que pájaros en la cabeza, era perezosa en el colegio y tenía como máximo talento su capacidad para las payasadas y las tonterías, con las que parecía divertir y ganar para su causa a todos los adultos. Que se reía sin parar entre dientes, chasqueaba la lengua y hacía muecas. En cuyas medias siempre había una carrera, y que se pegaba como una lapa a Andro.

Y en secreto siempre echaba la culpa a su madre por verse separado de su padre, del hombre de las medallas, al que tanto habría querido tener y del que tendría más que suficiente en el curso de su posterior carrera. Konstantin Dzhashi aún iba a vagar durante algunos años por los paisajes interiores de sí mismo y de los miembros de su familia. Hasta que los frentes estuvieran claramente repartidos, sus verdades estuvieran asentadas y él hubiera elegido su medio.

En la vida de Sopio —después del regreso de Stasia al otoño y a la ciudad — tenía que haber un nuevo hombre, al menos así se explicaba Stasia los caprichos de su amiga, sus largas ausencias y su secretismo.

De hecho, un hombre había entrado en la vida de Sopio..., un arquitecto que había pasado en Florencia sus años de formación, había hecho algunos diseños maravillosos y había empezado a desarrollarlos, hasta que lo

encontraron decadente y demasiado occidental, lo privaron del reconocimiento profesional y lo metieron en una vivienda comunal en la que compartía baño y cocina con unos mercaderes de patatas.

Sin embargo, aquel hombre no había despertado en Sopio la clase de amor que Stasia sospechaba, sino que había tendido en torno a los hombros de la mujer una cinta fina y delicada cuyos extremos estaban firmemente atados a sus ideas. Como arquitecto, se veía obligado a trabajar en una fábrica de conservas, y no le quedaba otro remedio que escribir sus proyectos —primero de casas, y en último término del mundo en general— de noche, a la luz de las velas, en un arrugado cuaderno escolar que escondía debajo del colchón en su vivienda comunitaria.

Le había enseñado ese cuaderno a Sopio. Ella había aparecido en la fábrica un día para informar de sus derechos a las trabajadoras. La mayoría de aquellas mujeres la habían mirado fijamente sin interés alguno, habían asentido y habían vuelto a su trabajo, pero el arquitecto se había quedado, había escuchado desde la última fila de asientos y a Sopio le había alegrado la presencia de su huésped masculino. Así habían empezado a charlar.

¡Ese hombre parece un borracho! Eso fue lo primero que pensó Stasia al ver al arquitecto. Hinchado, pálido, encorvado sobre sí mismo. Stasia sintió al principio una especie de rabia hacia él en cuanto apareció en la casa y empezó a dar sorbos al té negro que Sopio le había preparado.

Si al menos fuera un hombre interesante, si al menos fuera realmente especial, si..., pensó.

Cuando el hombre se fue al fin, interrogó a Sopio. Que si iba a exponerse a la cháchara de todo el mundo o si iba a hacer oficial el asunto, y Sopio respondió que era inconmensurablemente triste que Taso volviera a cerrar los ojos ante todo lo que ignoraba, y que, por enésima vez, no se trataba de eso.

—En primer lugar, no tengo nada con él que haya que hacer oficial. En segundo lugar, está siendo observado, y no puedo poner en peligro a Andro; en tercer lugar, tampoco tú me lo pones especialmente fácil, y en cuarto lugar no puedo dejarle en la estacada —respondió con aspereza, y corrió hacia la puerta, a la que Andro, que acababa de volver del colegio, estaba llamando. Iba a un colegio georgiano un poco menos elitista, y el camino de vuelta a casa era un poco más corto que el de Kitty y Kostia, que iban a institutos

rusos.

Poco después del primer encuentro de Stasia con el arquitecto, Christine llamó a su hermana al despacho de su marido, ausente como siempre, y le sirvió su licor de cerezas preferido.

A Christine no se le notaban las preocupaciones: iba fabulosamente vestida, se mantenía erguida como una vela, con el pelo recogido en un moño elegante y artístico, las joyas brillaban en sus orejas y en sus muñecas, llevaba los labios pintados de rojo cereza. Para Stasia, Christine era un enigma insoluble.

Se sentaron, bebieron ambas una copa de licor e intercambiaron algunas banalidades. Kitty había sacado una mala nota en Matemáticas el día anterior, y el profesor la había amonestado; Kostia era fantástico, el mejor de la clase en caligrafía; la cocinera se había pasado hoy de sal con la tortilla, empezaba a envejecer; decían que el precio del trigo iba a subir, y así sucesivamente.

Stasia veía moverse los dedos de su hermana, con aquellos anillos pecaminosamente caros, y trataba de imaginar cómo sería ser Christine, pero no lo lograba.

—Quería hablar contigo de tu amiga —empezó de repente Christine, y su tono cambió de golpe, se hizo más abrupto y más distante, como si fuera a dejar a un lado el papel de hermana para representar el de esposa de político.

—¿Qué pasa con ella?

—Se mueve en círculos disidentes, y su nuevo amigo... Bueno, está bajo observación. Simpatiza con las personas equivocadas. Eso podría traerle grandes dificultades. Ese hombre tiene opiniones *equivocadas*, si entiendes lo que quiero decir. Tiene que apartarse de él lo antes posible.

—Ese hombre es inofensivo. Si acaso, tiene problemas psíquicos o con el alcohol, ya que me lo preguntas. Ni siquiera es capaz de tener ninguna clase de opiniones —repuso Stasia, respondona.

—Simplemente te lo digo. Por mi parte, ya he hablado en favor de Sopio. Pero a la larga no servirá de nada, si no tiene cuidado. Debe tener cuidado, y tú también.

—¿Por qué yo?

—Porque eres su amiga.

—Pero soy *tu* hermana.

—Naturalmente que lo eres. Aun así, no quiero que tengas dificultades. No soy omnipotente, Stasia.

—Pero tú eres su...

—¿Qué? ¿Cortesana? ¿Amante? ¿Putá? ¿Qué quieres decirme?

—Nada.

—¡Dilo!

—¿Qué quieres de mí?

—¿Yo? ¿Yo? Solo quiero que puedas seguir llevando una vida libre de preocupaciones. Por favor, tómate en serio lo que te digo, eso es todo.

Stasia salió revuelta de la habitación, fue al jardín y a la fuente, que estaba seca desde hacía algunos meses y en la que se había acumulado la hojarasca, y fumó uno de sus largos cigarrillos. Algo en las palabras de Christine la había afectado en lo más hondo.

Pero no sabía exactamente qué.

Quizá era toda la situación, que provocaba en ella un sentimiento de extravagancia y asco. La situación de su hermana, contra la que ella, Stasia, no hacía nada, y de la que incluso se beneficiaba.

Tal vez era también la dependencia, que resultaba tan cómoda, en la que vivía ya desde hacía algunos años. Pero quizá era también el extraño ambiente que empezaba a extenderse por su país como si fuera un virus, un ambiente que la atemorizaba y del que no se quería ocupar. Se sentía mal e impotente. No quería admitir que no se libraba de la sensación de haber fracasado, y en todos los frentes posibles.

Fue al cuarto de Kostia y le obligó a levantarse. Acababa de tumbarse en la cama y estaba leyendo *La isla del tesoro*, un libro al que tenía mucho cariño.

Irritado y bostezando, la siguió al comedor y se sirvió leche en una taza.

Stasia miró a su hijo y se sorprendió de sentirlo tan ajeno. Tan serio, tan poco infantil, tan furibundo y de alguna manera tan perdido en sus modales adultos. Le sorprendía que jugara tan poco con otros niños, que acostumbrase a buscar la proximidad de los adultos, que discutiera continuamente con Andro y Kitty, con su hermana a veces con tanta vehemencia que casi llegaban a las manos.

—¿Estás bien? —empezó Stasia.

Konstantin, aún más irritado que antes, asintió y bebió un gran trago de leche, mientras Stasia encendía otro cigarrillo.

—¿Ocurre algo, madre? —preguntó.

—Me preguntaba cómo estabas. Ya sabes que no hablamos mucho.

—¿De qué tendríamos que hablar?

—Bah, de todo. De todo lo posible, de ti, de mí, de Kitty, de tu padre, de Christine.

—¿Le pasa algo a la tía Christine?

—¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, últimamente está un poco irritada.

—Sí, lo está. No lo tiene fácil. Sin duda, echa de menos al tío Ramas.

En ese mismo momento, habría podido abofetearse por aquella mentira.

—O tal vez ya no lo echa de menos, como tú a papá —respondió Kostia, mirando fijamente el vaso de leche que había vaciado con rapidez.

—¿Por qué piensas que no lo hago?

—No se te nota que lo hagas, *deda*.

—¿Y tú, le echas de menos?

—Sí, a veces.

—¿Le escribes?

—A veces.

—¿Y qué le escribes?

—Que le echo de menos, y que me gustaría visitarle.

—¿Y qué contesta él?

—Que pronto me llevará consigo, cuando llegue a los cursos superiores.

—¿Eso es lo que tú querrías?

—Simplemente me gustaría ver cómo es el sitio en el que está mi padre. Y me gustaría probar cómo es disparar. Eso me lo puede enseñar papá.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? ¿Para qué habría que disparar? Para luchar y defenderse, naturalmente.

Stasia sentía cada vez más la distancia entre ellos, sentía la falta de indulgencia o empatía con la que él contemplaba su entorno. El intento de salvar la tarde mediante un acercamiento a su hijo había fracasado por completo, y al final la había dejado aún más confusa e impotente.

Cuando por fin se durmió al amanecer, soñó con un Kostia que disparaba en todas direcciones, y por la mañana se despertó bañada en sudor.

Creo que Stasia intentó hablar con Sopio varias veces; ante mis repetidas

preguntas, me contó que le había enviado señales de alerta, pero hasta hoy soy incapaz de explicar por qué no advirtió mejor a su amiga ni le transmitió las palabras de Christine. Sospecho que de nuevo la culpa la tuvo su inmensa capacidad de represión.

El final empezó con el suicidio de la segunda esposa del caudillo, Nadeshda Alilúyeva, veintidós años más joven que él, madre de sus dos hijos, a la que su marido hacía vigilar exactamente igual que más tarde a todo el país, que en una ocasión le dijo que la atormentaba como atormentaba a todo el pueblo. Y que, sin embargo, tanto se había esforzado por ser una buena esposa, una buena madre, un buen miembro del partido. En casi todos los libros de historia socialistas, hasta entrados los años ochenta del siglo xx, se aducía como causa de la muerte la tuberculosis. En aquel frío día de noviembre, ella había comparecido en público en el desfile marcial conmemorativo del decimoquinto aniversario de la revolución, había saludado, sonreído, resplandecido, asistido después a una recepción de la élite dirigente, discutido allí con su esposo borracho, y luego había vuelto a casa y se había pegado un tiro con una pistola.

Apenas dos meses después, en el recién iniciado 1933, el arquitecto, ya totalmente enloquecido y atemorizado, fue detenido. Llevaba dos años soportando atropellos, intimidaciones e interrogatorios. Fue acusado de alta traición y actividades contrarrevolucionarias y condenado a muerte.

Sopio, que hasta entonces había ejercido la protesta de forma cautelosa, ligera y suave, ya no pudo contener su odio.

Se cuenta que corrió por las calles gritándole a la gente, que había escrito un ciclo de poemas con el inequívoco título de *La fiesta sangrienta*. Solo cuatro semanas después del fusilamiento del arquitecto, Sopio fue detenida en mitad de la noche por dos hombres vestidos de uniforme y llevada a una clínica psiquiátrica; la razón alegada fue que ponía en peligro a sus conciudadanos, y muy probablemente sufría de histeria y paranoia.

Andro se vio obligado a presenciar cómo se llevaban a rastras a su madre, que se resistió, chilló, maldijo, escupió a aquellos hombres y le gritó una y otra vez que nunca debía tener miedo, no a ellos, no a esas bestias, ¡a nada ni a nadie! Pero Andro tenía miedo, corrió por las calles empinadas de Vera y aporreó la verja de hierro de la mansión hasta que una adormilada Stasia abrió la puerta y la luz se encendió en el dormitorio de Christine. No había

podido dejar de llorar durante todo el camino, y tardó mucho tiempo en articular frases coherentes.

Stasia lo acogió. Le consoló, dijo que Sodio volvería pronto, le mintió y le dijo que su madre le enviaba saludos y que se estaba recuperando.

Kitty pareció ser un pilar para él, una fuente de energía. Era una artista de la supervivencia. Siguió sonriendo y repartiendo codazos, pellizcaba en el brazo al pasar a Andro y tiraba a su hermano pipas de calabaza. A pesar del ambiente sombrío, en casa seguía oyendo música en la radio popular, se reunía con sus amigas y jugaba al fútbol en el patio del colegio, aunque le habían advertido varias veces que no era adecuado. Seguía haciendo muecas y saludaba cada nuevo día con ejercicios acrobáticos, acompañada alegremente por el programa gimnástico de radio de la mañana. Aunque lo hacía todo en voz más baja, con más cautela que antes.

Cuanto más parecía irritarle el comportamiento de su hermano, tanto más buscaba Andro su proximidad. Kitty hizo intuitivamente todo lo necesario para que Andro volviera a reír y superase el miedo. Pintaba a sus profesores en orinales o con aspecto de animales, escupía pipas desde la ventana del desván sobre las cabezas de los transeúntes, robaba caramelos, se cortaba el pelo. Lo hacía todo para escapar del mutismo de los adultos.

Aunque tuviera que quedarse durante horas de cara a la pared, recibiera varias amonestaciones, aunque se la amenazara con castigos, aunque Stasia le leyera la cartilla y Christine la llamara chicazo. Aunque la amenazaran con enviarla con su padre a Rusia, donde tendría que vivir en un cuartel, comer todos los días papilla y gachas y sentir por fin una mano dura.

Andro encontró consuelo en los libros. Parecían ser un puente hacia su madre. Ella siempre le había leído en voz alta, le había hablado de la literatura como «el ancla en el negro mar de la vida». Él quería sentirse cerca de ella, deseaba que ella supiera que no iba a decepcionarla, y empezó a leer de manera obsesiva. Leía todo lo que caía en sus manos; Ramas tenía que disponer de una excelente biblioteca, quizá incluso con libros que no necesariamente cabía esperar de una casa socialista modélica.

Desde el principio, Andro y Kitty hicieron una buena pareja, siempre habían sabido entretenerse y jugar juntos mejor que ella y su hermano. Pero ahora aquella alianza parecía convertirse en frente. En un frente contra Kostia.

A principios de 1935, al empezar la «Gran Purga», el año de la inauguración solemne del legendario metro de Moscú, Sopio Eristavi fue deportada a un campo de trabajo. Se decía que había sido desterrada al Asia central. Habrían de pasar meses antes de que Stasia se enterase, con ayuda de Christine, de que se trataba de una colonia de la NKVD que llevaba la sencilla abreviatura de SasLag, en la República Socialista Soviética uzbeka, en la que sobre todo se hacía trabajo agrícola y donde Sopio Eristavi fue asignada a tareas de transformación del algodón.

Solo después de lamentables visitas al cuartel de la milicia, ruegos, colas y humillaciones, Stasia pudo enviar a su amiga una larga carta y un paquetito con alimentos, fotos de los niños, una falda cosida por ella misma —¿podría siquiera ponérsela *allí*?— y postales de Kitty y Kostia, así como una desgarradora carta de Andro.

*No podemos esperar compasión de la naturaleza, nuestra
tarea es tomar de ella lo necesario.*

CARTEL PROPAGANDÍSTICO

¡Había empezado un año emocionante! Un año en el que se fundó la Luftwaffe, se estrenó *Porgy and Bess* y se cantó «Summertime», el jazz se prohibió en Alemania, un año en el que empezó la cultura de la gramola, en el que Billie Holiday tocó en una *jam session* «What a Little Moonlight Can Do», un año en el que el caudillo soviético redactó una nueva Constitución, que había de entrar en vigor al año siguiente y costar la vida a millones de personas.

Un año en el que un tal señor Mairanovski (por lo demás, también nacido en nuestra soleada patria georgiana) se puso bajo las alas del Pequeño Gran Hombre y fundó finalmente el laboratorio secreto 12. Este laboratorio, a las órdenes de la NKVD y por tanto del Pequeño Gran Hombre, fabricaba determinadas sustancias tóxicas y las probaba en prisioneros. El trabajo en el laboratorio debía prestar «ayuda» a los espías soviéticos en el extranjero

capitalista. El principal mérito de Mairanovski consistiría en el invento de la silla tóxica, que sigue utilizándose todavía hoy, dicho sea de paso.

Un año emocionante, sí. Un año en el que Elvis Aaron Presley vino al mundo en Tupelo, Misisipi (como nuestra Anastasia, iba a venir al mundo en compañía de un bebé muerto, en este caso un hermano gemelo).

El año en el que la justicia soviética dictó una ley que sometía a castigo por contrarrevolucionaria toda acción que persiguiera debilitar su poder.

Qué era exactamente *debilitar* quedaba en nebulosa, era algo borroso y aplicable por tanto a cualquier acción que disgustara al partido. Una ley que incluía que en caso de acusación por terrorismo se suprimía el derecho a una defensa y la única condena era la pena de muerte. Una ley que decía que todo el que se había reído de un chiste antisocialista o había leído un libro antisocialista, había visitado Europa en alguna ocasión o había regalado un perfume occidental a una mujer podía ser detenido sin advertencia previa ni explicación alguna por los colaboradores de la NKVD..., preferentemente al amanecer.

De los veintiún hombres que formaban en 1917 el Comité Central, en el año 1938 solo uno seguía con vida: «El hombre de hierro».

El comunista convencido Ramas Iosebidse cayó en un profundo agujero, tan interminable, tan oscuro, que solo veía escapatoria en la definitiva oscuridad.

El hombre que había renunciado incluso a su familia por una ideología, que desde hacía años no había hecho otra cosa que servir a esa ideología. El grueso y generoso hedonista, que veneraba por encima de todo al comunismo, al partido y a su bellísima mujer, los perdió a todos a la vez. Porque los tres parecían inseparablemente unidos, fundidos en un todo.

Todo había empezado con la desilusión en su trabajo. Los medios que se empleaban eran cada vez más severos, duros, sangrientos, se supone que para fortalecer al partido, para servir a la causa. Pero *esa causa* ya no era aquella en la que antaño había creído y por la que tanto había sacrificado. Y todos los que hubieran podido embarcarse con él en una nueva lucha contra el aparato de la muerte estaban muertos o en el destierro. El partido hacía acusaciones cada vez más absurdas, la desconfianza contra todo y contra todos crecía hasta lo ridículo, se practicaba la traición a todas horas. Se señalaba con el

dedo al amigo, al vecino.

Ramas había creído en el marxismo. Había sido comunista ya en una época en la que esa convicción se pagaba con la vida. Se había rebelado contra su padre, había creído en que lo que a él le correspondía, correspondía también a otros. Y había creído en el Pequeño Gran Hombre.

Ya en la noche de aquella funesta fiesta de Nochevieja lo había visto todo en sus ojos: la codicia, la desenfrenada codicia de las caderas de niña de Christine, de sus articulaciones de porcelana, de su cuello de cisne, de su mirada ensoñadora, sus severos labios, sus pechos pequeños de muchacha, el esplendor de su cabello, su dignidad.

No se trataba de la clase de codicia, la clase de deseo, que muchos hombres eran incapaces de reprimir en presencia de Christine; en el fondo de su corazón, Ramas había estado incluso orgulloso de esas miradas, orgulloso como un coleccionista que posee una obra de arte que todos le envidian. No, su codicia era otra. Era la codicia de un asesino.

En aquel momento, Ramas aún no había sabido formularlo en palabras. No se había atrevido a pensar una cosa así, no había querido admitirlo. Le había quitado importancia, porque al fin y al cabo él siempre había demostrado lealtad y fidelidad a ese hombre, lo había acompañado en sus caminos.

Pero ese hombre enviaba, sin pestañear, a otros a las cámaras de tortura y a las celdas de la muerte. Él lo sabía, porque ya entonces lo había sospechado y ahora lo vivía en persona, y sabía también lo que eso significaba para él y Christine.

Lo había aceptado... y aun así no podía creer que su Helena, la mujer más hermosa del universo, se hubiera entregado a ello.

Hacía mucho que lo suponía, desde que se multiplicaban sus viajes oficiales, desde que comprobaba una y otra vez que realmente no tenía gran cosa que hacer en Bakú, Ereván, incluso en Taskent, y se sentía superfluo. Sus dudas se confirmaron cuando Christine empezó a ofrecérsele en toda regla cuando estaba en casa. Ella nunca había mostrado gusto por la proximidad física. Había visto sus obligaciones conyugales como una especie de carga, aunque él siempre había esperado que poco a poco descubriría su propio placer y se le entregaría, se ofrecería a él. No la había acosado, porque esa pesadez, esa ausencia eran parte de su belleza y, como gran conocedor de esa belleza, sabía que pasa deprisa si se le exige demasiado. Era realista, y sabía, cuando se casó con aquella mujer veinte años más joven y, sobre todo,

de belleza legendaria, que ella nunca le desearía como él a ella, que no iba a poder enamorarse de pronto de él, que tendría que luchar por ganarse su amor de otra forma distinta que mediante su persona.

Ya en los primeros años de su matrimonio, Christine había comprendido que había encontrado al hombre adecuado, que le haría posible la vida que siempre había querido llevar y para la que se sentía hecha. Ya no lo rechazaba cuando deslizaba la mano por debajo del largo camisón, ya no lo ignoraba cuando le susurraba ternuras al pasar, ya no lo miraba irritada cuando él, excitado y enrojecido, la cubría de besos, la adoraba. Incluso había empezado a deslizar un pie hacia el suyo desde su lado de la cama, ya no le molestaba verlo desnudo, incluso le había dedicado alguna sonrisa conspirativa alguna mañana. Y él se había sentido el hombre más feliz del mundo.

Hasta aquella Nochevieja desde la que se habían comenzado a acumular sus viajes, hasta que una noche encontró en la papelería una entrada de teatro a cuyo dorso, en la enrevesada caligrafía que él tan bien conocía, estaba escrito: «Estoy loco por ti».

Entonces, el mundo de Ramas Iosebidse se derrumbó y su sueño se hizo cenizas, el canto del cisne empezó, patético, grandioso, acompañado por un coro clásico. Porque Ramas era un hombre de grandeza. En todos los sentidos. Así nació en el tiempo su desgracia de la costilla de la vida, sangrienta, dolorosa y fea. Una costilla arrebatada con violencia de la vida, los sueños y las esperanzas de Ramas Iosebidse. Exactamente igual que sabía que nunca habría debido dejarla con él a solas, que nunca habría debido subestimarle a él y sobreestimarla a ella, que nunca habría debido confiar en que Christine sería lo bastante fuerte, exactamente igual sabía que nunca podría perdonárselo. La había elevado a tal cumbre de admiración y adoración que ahora la caída tenía que ser de una desmesura olímpica.

No podía evitar seguir amándola y deseándola, y por esa razón la despreciaba aún más. Se convenció de que habría esperado la salvación, y habría buscado una solución si al menos se hubiera entregado a un joven rey, a la altura de su presencia, de su irradiación, pero la realidad era mucho más cruel.

La vida había dejado mano libre a la muerte. A sus muchos y hábiles verdugos.

Hacía mucho que Stasia ya no imploraba a su hermana que no subiera más al Bugatti negro. Se había acostumbrado a mentir a su cuñado, a contribuir a toda la mascarada, incluso a preparar a los niños para no contar nada a Ramas de las excursiones de su tía; se había conformado con encargarse de que la gruesa cocinera y la pálida doncella nunca estuvieran presentes cuando Christine salía, había firmado ese pacto de forma tácita porque tenía miedo, sí, lo tenía. Tenía miedo de que pudieran quitarle a Andro. Temía por su marido, aunque parecía irle bien y enviaba regularmente dinero para sus hijos; y temía sobre todo por su hermana pequeña.

Christine siempre volvía. Nunca estaba fuera más de tres horas. Jamás había hablado con Anastasia de lo que sentía, de cómo era subir a ese coche con esos hermosos vestidos. De cómo era posible que incluso pareciera florecer, volverse aún más hermosa, más audaz, más inaccesible. De cómo era posible que no viera nunca derramar una lágrima a su hermana pequeña, que nunca la oyera quejarse. Porque temía sobre todo una pregunta que, planteada en voz alta y abrupta, tenía que rezar: «¿Te gusta?».

—Tienes que impedirlo —dijo Stasia por fin en voz baja. Dio un sorbito a un licor de cerezas y miró hacia el jardín, que proliferaba y gozaba de sí mismo.

—Hago lo que puedo, ojalá lo supieras. Lo vengo haciendo desde hace meses. Pero no soy omnipotente. Solo soy una de muchas.

—Eres la predilecta.

—La predilecta. Qué bonito lo has expresado, en verdad.

«¿Qué sientes en los brazos de ese hombre? ¿Quién es él, y quién eres tú? ¿Quién soy yo, si no puedo salvar lo que amo? ¿Qué clase de persona, de mujer, de madre? ¿Qué clase de vida es esta, en la que parece que todos hemos hecho un voto de silencio? ¿Dónde está nuestra infancia? ¿Cómo es que las lilas florecen tan poco tiempo? ¿Has visto el cerezo? Creo que tenemos que hacer algo, ya no crece. ¿Dónde está Ramas, qué piensa? ¿Qué pasará si nadie protesta contra todas estas prohibiciones, estas reglas? ¿A qué vienen esos carteles propagandísticos que están en la calle por todas partes? ¿Por qué ahora, a los treinta y seis años, me siento como si tuviera que aprenderlo todo, como si nada me fuera innato, como si nada fuera natural? ¿Cómo es que los pájaros no caen muertos del cielo cuando mueren? ¿No se puede morir con las alas extendidas? ¿Crees en los milagros? ¿Dónde está

Sopio? ¿Cómo sobrevive? ¿A qué la obligan? La he dejado sola. No la he reconocido. Nunca me he sentido tan en casa como con ella. No podéis hacerle nada, no más de lo que ya le ha ocurrido. Quisiera un chocolate, ¿tú también? ¿Debería ir quizá a visitar a padre? Lida quiere irse a un monasterio, para siempre. ¿Has oído? Padre ha escrito. Casi no echo de menos a mi marido, es gracioso, ¿no? Kitty me preocupa. Es demasiado efervescente para nuestra época. Me siento tan insoportablemente cansada en los últimos tiempos, ¿por qué? Hago tan poco. No sirvo para nada. Tú eres realmente hermosa. Lo compruebo una y otra vez. Incluso tus cejas, tu lengua, el vello de tus brazos, incluso tus pies y las venas que se te transparentan están bien formados y son bellos. Mi hijo te idolatra. Creo que la vida es más fácil cuando se es tan hermosa como tú. Nunca hay que hacer gran cosa para provocar la curiosidad de los otros. Y tu marido te ama de veras, lo compruebo una y otra vez. Lo respeto, es un hombre inteligente. Deberíamos cambiar este mantel, tiene manchas.»

Todo eso le habría gustado a Stasia decirle a su hermana, todo eso se le pasó por la cabeza. En cambio, se limitó a decir:

—Voy a tomar el aire.

Se formaban islas de impotencia. Las nubes se acumulaban, el cielo perdía su brillo y adoptaba el color de un camaleón. El sauce a la orilla del río se inclinaba más y acariciaba la tierra para consolarla: aún podría venir algo peor, y la naturaleza tenía que prepararse.

Se formaban pequeñas arrugas en los socavones de la ciudad y en el agua de lluvia, verde y sorda. Se formaban gritos en las gargantas, que había que tragarse como una medicina amarga.

Se formaban sombras grises en los muros, los fantasmas susurraban entre crujidos, nadie oía nada. Las palabras aún iban a disolverse dentro de las bocas durante muchos años. Durante muchos años más las calles iban a oler a ridícula desesperación, indigna y traidora.

Se formaban ejércitos de insectos inquietos en las canaleras y en los rincones polvorientos de las casas. Siseaban y se rasgaban las alas para ser oídos, y no eran advertidos.

Se formaban manchas en los rostros de las personas, a causa de toda la voluntad reprimida, de todos los sueños ahuyentados.

Entonces, Christine habló de la urgencia de cambiar el apellido de Andro y que Stasia y Simon lo adoptaran oficialmente.

Una única carta les llegó en septiembre de 1936, un septiembre que pendía sobre la ciudad con calor criminal. La caligrafía de Soppio era la misma: ancha y generosa, pero todo lo demás había cambiado. Los pensamientos se interrumpían, desde cada línea hablaba el miedo, se oía, se oía la censura por la que la carta había pasado.

«Querida Taso, mi queridísimo Andro, mi maravillosa Kitty, mi inteligente Kostia, qué alegría me han dado el paquetito y las cartas. Estoy bien. Trabajamos mucho. Os echo de menos hasta perder el conocimiento, pero la confianza no me abandona, me aferro a ella. Muchas cosas han cambiado, y seguramente aún cambiarán más, pero hay algo que sé con seguridad: os quiero con todo mi corazón. Manteneos juntos, sed una pequeña brigada, porque de ese modo lo superaremos todo. Para siempre, vuestra Soppio.» No sé si Stasia lloró, se avergonzó o se mordió las uñas de rabia. Pero estoy segura de que esa carta y lo que ocurrió poco después fueron como una inyección muy fuerte que dejó entumecido el corazón de Stasia durante mucho tiempo.

La noticia de la muerte de Soppio llegó a Tiflis con dos meses de retraso. No se conocían las circunstancias exactas. Ni el lugar del enterramiento. Era una carta clínica, objetiva y clara. Como si la muerte de Soppio no fuera más que un hecho ineludible, como si hubiera padecido una enfermedad mortal y el triste fin hubiera sido previsible ya desde hacía tiempo.

La única señal visible de luto que mostró Stasia consistió en que una mañana salió a pasear por el jardín —los niños aún estaban en el colegio, Christine estaba arreglándose frente al tocador— y pisoteó todas las flores. Pisoteó las bocas de dragón, las begonias, arrancó los girasoles de radiante amarillo y las verbenas amarillo pálidas. Las arrancó de raíz, las destrozó. Fue una masacre contra la belleza. A Andro, que aprendía en el colegio himnos a la patria y no sabía que su madre había sido ejecutada con una bala en la cabeza que valía tres rublos, en un patio asqueroso en nombre de esa patria, le ocultaron la noticia. Querían protegerlo pero, en realidad, lo más importante era que no sabían cómo explicarle aquel absurdo y espantoso acontecimiento, y temían lo que iban a leer en los ojos del niño.

*La luz del sol saluda banderas rojas como la sangre,
¡banderas rojas llaman al día del juicio!
Las banderas rojas saldrán victoriosas,
traen al mundo una nueva esperanza.*

CANCIÓN SOCIALISTA

La Academia Naval y Militar Frunse ofrecía cuatro ramas de formación en ámbitos navales y científicos: el área de navegación era la que más interesaba a Kostia.

Como era el primero de la clase, que lo aceptaran en la academia —gracias también a unas cuantas magníficas recomendaciones y contactos de Simon— fue un juego de niños. Durante los dos años anteriores, había trabajado de forma casi obsesiva con su cuerpo, nadaba tres veces a la semana varios cientos de metros en la piscina, levantaba pesas y acudía al curso de atletismo del palacio juvenil de los deportes.

Stasia, que intuía su deseo, no se detuvo a lamentar su fracaso y se conformó con que Kostia quisiera quedar bajo la tutela de su padre, al que veneraba. Había escrito a su esposo algunas cartas, incluso había mantenido conferencias con él desde la oficina de Correos, y le había pedido que prestara atención a Kostia. Había añadido que el chico era más sensible de lo que parecía, y le había dicho al primer teniente que no se dejara engañar por su fortaleza física. Simon estaba orgulloso de su hijo, y prometió hacer todo lo que estuviera en su mano para que su evolución siguiera siendo tan fabulosa como hasta ese momento.

El traslado de Kostia se organizó sin grandes aspavientos, y también la despedida en la estación central discurrió deprisa y sin lágrimas.

—¡Aprende de una vez a divertirte un poco! —le gritó Kitty mientras él subía al tren, y él murmuró en voz baja que ella era la que debía aprender de una vez a comportarse como una chica. Stasia le había dado un beso en la frente, le había puesto en las manos una bolsa repleta de golosinas y había vuelto el rostro cuando el tren se puso en movimiento.

Y, al igual que la muerte de Sopio y la destrucción de las flores no habían podido evitarse, en el año más sangriento y furioso de la historia soviética, 1937, se produjo una catástrofe inevitable, como una tormenta, solo que sin truenos, silenciosa y potente.

Fue inevitable que Ramas Iosebídse volviera a casa antes de lo previsto una suave tarde otoñal de octubre, pocas semanas después de la partida de Kostia. Era una tarde espléndida, dorada, todavía se tomaba melón de postre, todavía hacía suficiente calor para pasar las tardes al aire libre. Y fue casualidad que los niños estuvieran pasando una semana con la familia de Stasia, en la adormilada ciudad fronteriza. Christine se había ido temprano a la cama, le dolía la cabeza, y Stasia aún estaba en el jardín, resolviendo un crucigrama. La cocinera y la doncella ya se habían ido a casa.

—¿Ramas? —sorprendida, Stasia fue al encuentro de su cuñado.

Él sonrió, parecía sentirse sentimental, porque la abrazó, cosa que raras veces hacía, y se sentó un rato con ella en el jardín. Llevaba su maletín, le habló a Stasia de las molestias del viaje y preguntó por los niños.

Durante años, Stasia pensaría que la ausencia de los niños tenía que haber dado a Ramas el último impulso para su acción. Pero yo creo que aquel hombre llevaba meses planeando ese acto, y que lo hubiera llevado a cabo de un modo u otro, quizá no aquella tarde de octubre, pero sin duda habría encontrado otra oportunidad, habría bastado con que los niños estuvieran en el colegio.

Ramas dijo que estaba cansado y que quería despertar a Christine, verla, y fue a su dormitorio. Stasia también se fue a dormir.

Ramas se tendió junto a su mujer y se pegó a ella.

—¿Qué haces aquí, cuándo has venido?

—Acabo de llegar. Tenía que verte. Ya no aguantaba más.

—¿Te has ido sin permiso? ¿No va eso en contra de las normas? A ver si vas a tener problemas.

—Te deseo tanto...

Empezó a tironear el camisón de Christine. Al final ella cedió, se sentía culpable, naturalmente que lo hacía, se sentía miserablemente mal. Pero se quitó el camisón, porque a lo largo de los últimos meses había aprendido que su desnudez dejaba a los hombres con menos voluntad que cuando mantenía la ropa puesta.

Él se estiró y le insistió para que se le sentara encima: nunca se habían

amado de ese modo. Ella le miró, su rostro desfigurado, no sabía si era de dolor o de goce, tuvo que mirarle, porque él la miraba sin cesar. No miraba sus blancos y puntiagudos pechos, no contemplaba su cuerpo inmaculado, no palpaba sus más secretos escondites, la miraba todo el tiempo a la cara.

Al principio ella se movió despacio, titubeante, irritada y sorprendida por su propio placer, se aferró de buen grado a sus manos, que él le ofrecía como apoyo. Estaba confundida, porque lo que hacía empezaba a gustarle. Su respiración se aceleró, él vio que en su frente brotaban gotitas de sudor, sonrió, estaba completamente pendiente de ella, como si lo que ella estaba haciendo no lo hiciera con su cuerpo. Como si fueran dos cuerpos distintos, dos seres no unidos, sino individualizados en su placer.

Christine quería cubrirse el rostro, él no debía seguir mirándola así, gimió, cuando normalmente era tan silenciosa en el juego amoroso, hasta ese momento su educación cristiana y de provincias no había podido competir de veras con la mundanidad de Tiflis, él le agarraba las manos, le daba sustento.

A ella le habría gustado parar, tenderse junto a él, acariciar su frente, porque sentía algo que clavaba agujones en su corazón, pequeños y dolorosos golpes, sentía una emoción en su interior, hubiera querido llorar con todas sus fuerzas, pedirle perdón, que nada hubiera ocurrido; hubiera deseado irse de esa ciudad, al campo, empezar de nuevo, incluso sin dinero, incluso sin poder, estaba dispuesta a aceptarlo como su marido.

Lo entendió en el instante en que sintió algo que jamás hubiera creído posible, cuando empezó a hacer cada vez más ruido, olvidando las inhibiciones, la Biblia y los buenos modales. Comprendió que le seguiría, daba igual adónde, seguiría a ese hombre dulce de profunda tristeza en la mirada, como si lo supiera todo, sí, lo sabe, pensó, y él empezó a reírse, de manera no sarcástica, comprensiva, rio con una belleza indescriptible, muy dulce, muy cariñosa, como si no pudiera creerse tanta dicha, y susurró:

—Sí, sí, eres bellísima, mi rayo de sol, por favor, sí, por favor.

Ella no podía superar del todo la vergüenza, le resultaba incómodo que la mirase y le hablara, pero el goce era tanto, el olvido tan bello.

Esta vez, ella tomaba el cuerpo de alguien, no era la que tenía que entregarse, como siempre imaginó que tenía que hacerse cuando se era la mujer de alguien, la cortesana, la amante, incluso la puta; eso es exactamente lo que pensaba en ese momento. Le habría gustado gritarlo todo, envuelta en esa sensación, por qué nunca había podido sentirla antes, se preguntó, y cerró

los ojos. Un calor inconmensurable llenó lo más íntimo de su ser, algo dulce, infinitamente cuidadoso, se expandió por su pecho, algo se contrajo, otra vez esa dolorosa punzada, y entonces sus labios dieron forma a algo que antes jamás había querido decir:

—Te amo.

Estaba perpleja, siempre se había limitado a responder «también yo» cuando él le decía esa frase, nunca había pensado qué significaban aquellas palabras que a todos les gustaba tanto oír, que nunca habían sido lo bastante importantes para ella. Las joyas, las recepciones, la admiración, el reconocimiento, siempre parecían más importantes, eso es lo que ella quería de él, esa vida, justo esa. El amor parecía sencillamente corresponderle sin tener que hacer nada para ganárselo, le bastaba con existir y satisfacer a la gente con su presencia, nada más. Jamás había preguntado: «¿Me amas?». Él se había dado por satisfecho con su «Yo también», no había reclamado nada de ella.

Se odiaba. Y lo amaba. Y esa contradicción le rompía el pecho, quería ser gritada. Él oyó las palabras y dejó libre curso a sus lágrimas, ya no cabía duda de que eran lágrimas, de que lloraba. Pero ella no sabía por qué, esperaba que fueran lágrimas de alegría, pero no podía estar segura. Sus caderas se hicieron más rápidas, él se adaptó a ella, le ofreció su cuerpo pesado, ahora tan deseable para ella, tan solo estaba allí para hacerle sentir felicidad a ella, aquella sensación de libertad infinita.

Stasia despertó en su habitación, se incorporó en el lecho y escuchó. Oyó a su hermana y, en la oscuridad, abrió la boca. Christine hacía el amor con su marido, Christine hacía algo que otras personas también hacían, Christine se volvía humana, de carne y hueso. Stasia no daba crédito a sus oídos, no pudo evitar echarse a reír, y se propuso burlarse de ella en la primera oportunidad posible. Parecía excitada, parecía irle bien. Eran sonidos de alegría, por primera vez se oía en esa casa algo tan bello.

Y entonces llegó el grito, que fue tan alto que pareció tener eco, que recorrió todos los pasillos de la casa y se metió por todos los rincones y oquedades. El grito fue como un grito de parto, como un himno, que celebró el placer y celebró la cercanía, un grito en aumento, como si alguien iniciara un aria, una voz pura, musical.

Stasia sacudió la cabeza, volvió a incorporarse. ¿Qué demonios estaban haciendo esos dos?, se preguntó, y reprimió una sonrisa. Christine gritaba y su marido reía, reía de felicidad y gratitud. Había cerrado los ojos y se retorció como una serpiente ante el sonido de la flauta de su encantador, en el bazar. Algo dentro de ella explotó, y pequeñas estrellas centellearon delante de sus ojos.

No vio que su marido cogía con una mano una botellita que había junto a la cama.

—Lo hago por nosotros. Solo por nosotros. Por ti y por mí. Porque de lo contrario no hay escapatoria —dijo, y la agarró por la muñeca.

Christine, todavía aturdida, abrió los ojos. Vio la pequeña, elegante botella, que parecía un frasco de perfume, y sonrió.

—¿Qué es eso, cariño? —preguntó, estirando la espalda.

—Siento haberte dejado en la estacada. Nadie me ha dado tanta felicidad como tú. No es culpa tuya.

Christine, algo más despejada y asustada por el tono tranquilo de su marido, trató de liberarse, y entonces se dio cuenta de lo firme, de lo férrea que era su presa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, y el miedo se mezcló con su voz.

—De lo contrario, esto no acabará. Tendrás que pagarlo con tu vida en cuanto digas «no». No queda otra posibilidad.

Un escalofrío le recorrió la espalda, miró fijamente la botellita, sin entender. Pero no había duda: él lo sabía todo. Se rearmó, luchando contra los restos del placer en su cuerpo, se puso tensa. No podía sentir más que una infinita gratitud, humildad, y algo parecido a la emoción.

—Ramas, ¿qué pasa? —balbuceó.

En ese momento él vertió en su rostro el contenido de la botella, solo unas cuantas gotas, al principio pensó que era agua, pero algo empezó a arder de manera infernal, percibió el olor de la combustión sin darse cuenta de que era ella la que ardía, hasta que el dolor se extendió por la mitad izquierda de su rostro y paralizó cualquier otra sensación, hizo vacilar su conciencia, sumió su cuerpo en espasmos. Christine gritó. Más alto, tan alto que hizo temblar todos los vidrios de la casa. Esta vez el grito fue inhumano. Ramas, en cuya mano habían caído unas gotas de la mezcla de ácidos, soltó también un sonido animal. Evitó mirar a su mujer, se puso en pie de un salto, cogió sus pantalones y se fue a la carrera.

Stasia salió corriendo de su cuarto, y constató con sorpresa que la puerta del dormitorio de su hermana estaba abierta de par en par. En la oscuridad, al principio lo único que vio fue que su hermana yacía en la cama, tal como Dios la había traído al mundo, y se retorció como una loca. Pensó: tiene que haber pasado algo con Ramas, se ha hecho algo en su desesperación, esa sangre procede de él. Pero luego Christine se volvió hacia ella, y Stasia vio que la mitad izquierda de su rostro era una herida manchada de sangre, que olía a carne quemada.

A la mañana siguiente hallaron el cadáver de Ramas Iosebidse, vestido tan solo con zapatos y pantalones, en el bosque de Kojori. Se había pegado un tiro en la cabeza con una Walther PPK. El arma era un regalo de cumpleaños de su amigo, mentor y superior.

Como por un milagro, el ojo de Christine se salvó. Pero la mitad izquierda de su rostro había quedado desfigurada hasta lo irreconocible.

El chocolate caliente fue lo único que trajo algo parecido a una sonrisa a los labios de Christine. Lo único, en las largas semanas que pasó en cama, con las cortinas corridas, ocultando su rostro, el dolor y los gritos a medias reprimidos, que le deparó algo parecido al alivio.

III. Kostia

¡Agradecemos a nuestro caudillo nuestra feliz infancia!

CARTEL PROPAGANDÍSTICO

Kostia fue a Leningrado —antaoño Petrogrado y antes aún San Petersburgo —, a la Academia Naval Frunse, a formarse como marino.

Era un viejo edificio situado en la hermosa península de Vasilevski, justo al borde del Neva.

Un centro de formación que, debido a su disciplina y carácter modélico, había sido distinguido hacía poco con la Bandera Roja. Estaba situado en la que quizá era la ciudad más europea del hemisferio oriental, construida para competir por el reconocimiento occidental por trabajadores forzados y prisioneros, que en no pocas ocasiones habían pagado con su vida por esa belleza: solamente el sobredorado de la cúpula de la catedral de San Isaac, de veintiséis metros de altura, había costado la vida a ochenta personas. La ciudad blanca con el orgulloso Neva, sus islas y puentes, sus bellísimos gatos negros y sus impávidos cuervos, que se dejaban alimentar por todo el mundo, majestuosos y satisfechos. Con sus oscuros y comunicados patios interiores, sus pasadizos secretos. La ciudad que tenía la *raffinement* de una novia francesa y la *grandezza* de una viuda italiana.

Pero, sobre todo, Leningrado era el epicentro de la ideología comunista. Allí había hecho el *Aurora* el primer disparo, allí había llegado Lenin como por un milagro a la estación de Finlandia para *salvar* a la nación. Allí habían empezado los grandes del partido. ¡Allí se había iniciado un nuevo cómputo del tiempo!

Nada más llegar a la estación de Moscú, el pecho de Kostia se llenó de orgullo y respeto. Porque para él era un honor estar allí, en el corazón de la

ideología comunista. Siguiendo las huellas de su padre.

Le parecía digno de elogio que su padre viviera en un sitio tan modesto, una diminuta vivienda en la isla de Leningrado, en una casa de estilo neoclásico del siglo XIX, puesta a disposición de los militares y sus familias y reestructurada como vivienda comunal. Nada del fasto y el lujo que había conocido en la casa de su tía, nada de objetos superfluos, nada de fuerza de trabajo despilfarrada.

Habría podido reventar de orgullo cuando su padre le enseñó la ciudad e incluso pudo tomar un vodka con él y con algunos de sus colegas. Kostia estaba seguro de que pronto podría dar a su padre motivos para estar orgulloso de él. Le demostraría lo honesto que era, lo trabajador, lo disciplinado, la entrega con la que servía a su patria.

Y luego la dicha al ver todos los barcos. Por fin había escapado del caluroso aislamiento oriental del Cáucaso, y estaba en medio de los acontecimientos del mundo. Incluso su diminuta habitación de la residencia lo llenaba de una infantil alegría. El sencillito catre, la vieja manta de lana, la mesita, el armario desvencijado... Eso era todo lo que iba a necesitar durante los años siguientes. Y disfrutaría de encontrar compañeros que compartieran con él la pasión por la Armada.

La primera pequeña decepción se produjo ya el primer día de clase, cuando se enteró de que su compañero de cuarto no era en absoluto un distinguido joven de Leningrado, sino un lánguido, pequeño, más bien insignificante georgiano, de ralos cabellos y hombros exageradamente estrechos, que hablaba con ese acento del sur de Georgia que hacía más blandas todas las palabras y que Kostia sentía como *untuoso*. Guiorgui Alania, que así se llamaba el chico, parecía inseguro e intimidado, y no correspondía en modo alguno a la idea de Kostia sobre un compañero de vivienda ideal.

Kostia se quejó ante su padre, le preguntó si allí era habitual dividir a los compañeros de cuarto por nacionalidades. El padre rio, dijo que no y que seguramente era puro azar, debía estar contento de seguir teniendo la oportunidad de hablar su lengua materna. Pero el severo entrenamiento de la vieja academia, el inicio del frío nórdico y la enfermiza ambición de Kostia por ser el primero y querer demostrárselo a todos pronto le hicieron olvidar la

decepción inicial.

Se levantaba a las seis de la mañana, hacía ejercicios de gimnasia en su habitación, desayunaba en la cantina, atendía a los cursos, luego iba a la biblioteca de la academia y allí se dedicaba a estudiar ingeniería para brillar en clase con sus conocimientos y ganarse el favor de los profesores. Expectante, anhelaba los primeros ejercicios de maniobra en la bahía de Finlandia, porque era un hombre de acción y sabía que iba a quedar estupendamente.

Pronto la mayoría empezó a llamarle simplemente *krasavchik*, que significa guaperas, e incluso los chicos de los cursos superiores empezaron a buscar su proximidad. Se hablaba de él como de un «tipo auténtico», y corría la voz de que era igual de bueno estudiando que bebiendo.

Pero, cuanto más se esforzaba Kostia por alcanzar el favor de su padre, tanto más despegado y ocupado parecía él. Su pesada actitud física, su constante cansancio, su piel pálida, su mirada inquieta y huidiza espoleaban a Kostia a tener más audacia, a ser más temerario y hacer más cosas. No tuvo prisa en derribar el monumento heroico que había levantado a su padre, después de tantos años que le había costado erigirlo. Cuantas más tareas se le asignaban, tanto más enérgico se mostraba Kostia. Cuanto más agotadoras eran las maniobras y actividades deportivas, tanto más entusiasta se volvía. Jamás se quejó de la severidad de los profesores, nunca deseó que llegara el fin de semana o las vacaciones. Y, a la vez, no se perdía ni una de las reuniones en los distintos cuartos de la residencia y de la casa comunal. Bebía, cantaba, encabezaba todas las rondas. Eso pronto le granjeó fama de indestructible y el respeto de sus compañeros.

Guiorgui Alania representaba exactamente lo contrario. Solitario como era, siempre andaba enterrado en sus libros. Los camaradas no lo invitaban a sus encuentros, nunca se le veía beber ni armar jaleo, nunca salía de su boca un solo chiste verde. Tenía evidentes dificultades con las elevadas exigencias de las disciplinas físicas de la academia. En cambio, en las asignaturas teóricas, y sobre todo en Matemáticas, presentaba unos resultados dignos de mención. Pronto lo miraron con envidia, y lo llamaban trepa a sus espaldas.

Sus compañeros tan solo le buscaban cuando necesitaban su ayuda en los exámenes. Él les echaba una mano gustoso y sin rechistar. Pero a nadie se le pasaba por la cabeza invitarlo por eso a las fiestas semanales. Al principio, también Kostia le ignoró de manera consecuente. Su conversación nunca iba

más allá de las banalidades. A veces se prestaban mutuamente libros o leían el *Pravda* juntos, nada más. Solo coincidían en las asignaturas obligatorias, Alania había optado enseguida por la construcción naval, lo que a Kostia le había parecido bien.

Sin embargo, esa tarde en particular, Kostia dejó a un lado su lectura y puso bajo la lupa a Alania; estaba disperso, necesitaba distraerse. Alania estaba en ese momento ocupado en pelar un pepino. Con una minuciosidad que impresionó a Kostia. Como si el pepino fuera una bomba que había que desactivar.

—¿Qué haces? —le preguntó curioso Kostia. La mayor parte de las veces le hablaba en ruso.

—Mi madre me ha enviado un paquetito con toda clase de golosinas. Y yo me he comprado un pepino para completar la cena. Si quieres, estás invitado a comer conmigo —respondió él en su suave georgiano.

Y de hecho, a Kostia se le hizo la boca agua cuando vio a Alania poner la mesita. Pan negro, gelatina y *bortsch* eran a la larga demasiado poco para su estómago y, aunque no quisiera admitirlo, echaba de menos las abundantes comidas de su casa.

Alania lo preparó todo con especial minuciosidad: cortó el pan, puso la especiada *adjika*^[3] en cuenquitos —Dios sabe de dónde los había sacado—, cortó el queso ahumado en finas lonchas, revolvió con paciencia la ensalada de pepino en su cuenco, puso en los platos ajo en salazón y descorchó una botella de saperavi.

El distanciamiento de Kostia desapareció a la vista de la principesca cena. Rápidamente recordó la tradición georgiana, e hizo enseguida un sabroso brindis por la cena. El vino aflojó las lenguas, y Alania habló de su infancia en un pequeño pueblo, Machara, junto al mar Negro, de que era hijo único, una auténtica rareza en aquella región; hablaba con gran respeto y con los más sublimes acentos de su madre, maestra en la escuela del pueblo. En cambio, no decía nada de su padre.

A Kostia le asombraba que, siendo un sencillo muchacho de pueblo, Alania hubiera conseguido llegar a la Academia Frunse de Leningrado. Pero pronto decidió que Alania pertenecía a una de esas cuotas de la escuela del koljós que casi todos los centros docentes tenían que aceptar. Además, Alania tenía impresionantes conocimientos en ciencias naturales y matemáticas, así que cabía imaginar que un director de colegio o encargado de un koljós lo

hubiera recomendado. Entrada la noche, cantaron juntos la georgiana «Suliko» y se palmearon mutuamente las espaldas.

Kostia se convirtió en el único amigo de Guiorgui y, sin poder sospecharlo entonces, Alania iba a convertirse en el mejor y más querido amigo de Kostia.

Porque la amistad que surgió aquella noche, Brilka, presenta quizá el dibujo más interesante e inverosímil de nuestro tapiz. Al final, estarás de acuerdo conmigo en que sin ella hay partes de nuestra historia que no habrían encajado, en que sin ella quizá esta historia no podría contarse así.

Antes de que Alania viniera al mundo en 1922, había entrado en vigor la primera Constitución soviética georgiana oficial. Empezaron las reformas agrarias, la colectivización y koljosización, pero todo aquello no pareció impedir a una estudiante, que por aquel entonces acababa de cumplir los diecisiete años, terminar sus estudios en la escuela del pueblo con una medalla de oro y mirar expectante su futuro. En su caso, de hecho, ese futuro contenía algunas promesas atractivas: al ser la primera de la clase, había serias posibilidades de que se le concediera una plaza para estudiar y, para una muchacha de uno de los pueblos más apartados de la costa del mar Negro, eso significaba mucho.

Aquella perspectiva daba poca alegría a su familia. Lo que debía hacer una chica era casarse, ella tenía muy buena presencia, ya había varios interesados; y, en esa comarca rural, una mujer no necesitaba mucho más que leer y escribir y saber sumar unos pocos rublos. Y ser buena para su esposo y no temer al trabajo, porque en las plantaciones de té circundantes había trabajo más que suficiente.

Pero Gulo, «corazoncito», no quería saber nada de eso. Explicó a sus padres —que solo habían completado tres cursos una y cinco el otro— que a ella no se le había perdido nada en las plantaciones de té, que lo que le interesaba era la matemática avanzada, en el mundo había retos mucho más emocionantes que sacar el estiércol de los establos o cosechar té. Además, tenía dos hermanas mayores que se habían casado hacía ya mucho y se harían cargo de la descendencia y de la granja, y estaba su hermano, que iba a heredarlo todo y seguía ya los pasos del padre..., así que podía escapar tranquila de las garras de la familia.

La madre se quejó de la ingratitud de la hija, el padre le pintó escenarios terribles de los que, en su opinión, se daban en las ciudades: crímenes, violaciones, saqueos. Pero Gulo, o Guliko, como solían llamarla, negaba incansable con la cabeza y repetía una y otra vez que prefería pegarse directamente un tiro con la escopeta de caza de su padre antes que casarse con un patán de pueblo y quedarse en aquel páramo.

Aun así, sus padres solo se dieron al fin por vencidos cuando los maestros de Gulo, convencidos de su talento para las ciencias naturales, fueron a verlos e intercedieron ante ellos.

Al mes siguiente, Gulo se convirtió en la primera mujer en la historia de la universidad en ser admitida en la Facultad de Ciencias Matemáticas de Kutaisi. Si superaba con éxito los cuatro cursos, podría presentarse, con las mejores notas y un diploma en el bolsillo, a una plaza en el Instituto Astrofísico de Moscú. Porque la astrofísica era su gran meta, y soñaba con una carrera de investigadora. No dudaba: nada se oponía ya a sus sueños, y haría todo lo necesario para alcanzar su objetivo. Estaba férreamente convencida de eso.

Lo único que, para asombro de todos, Gulo consideraba una desventaja era su apariencia. Porque le parecía que su rostro, más hermoso que la media, su immaculado cutis, sus grandes ojos del color del mar en otoño, su espléndida melena rubia y su alta, fuerte y curvilínea estatura no acababan de encajar en una chica que se interesaba de manera ardiente por la física y las matemáticas.

Y, de hecho, si su llamativo aspecto no se hubiera atravesado, su vida después de ese verano habría sido otra, y quizá en verdad hubiera discurrido conforme a sus planes.

Un mes después de los exámenes finales, la maestra la invitó a una excursión. En su calidad de mejor alumna de su promoción, tenía el honor de hacer, con otras destacadas estudiantes de la región, un viaje de una semana a Bakú, la ciudad petrolera. El viaje lo financiaba la Federación Transcaucásica y debía servir al entendimiento entre los pueblos del Cáucaso.

A Gulo, que hasta entonces había salido del pueblo una sola vez, para hacer una excursión escolar a Sujumi, le apetecía mucho. Bakú era una gran ciudad en expansión, la aristocracia del dinero. Los Rothschild y los Nobel habían cambiado la ciudad, y a Gulo le alegraba la posibilidad de respirar un poco de aire urbano antes de empezar sus estudios. No quería ir por detrás de

sus futuros compañeros en nada; no quería parecer una chica del campo.

Los primeros días fueron fabulosos; Gulo se mostró impresionada por la ciudad, los abigarrados mercados orientales, la amabilidad de la gente, y ni siquiera las impertinentes miradas de los hombres en la calle parecían molestarla. Disfrutó del té fuerte, de los *baklava* bañados en miel y de la agitada vida urbana, con sus tranvías y coches.

Se sentía adulta, era un primer acercamiento al sabor de la libertad que la esperaba en Kutaisi... y que la llenaba de una alegría eufórica.

Las chicas se alojaban en un centro de la juventud obrera, y compartían una espaciosa sala. Hacía calor y había polvo en el aire y las noches eran largas. Hinchidas de nuevas impresiones, se pasaban la madrugada charlando en susurros, hablando unas con otras de su nueva vida, que iba a empezar después de ese verano.

Al cuarto día de su viaje fueron a un acto público del Partido Comunista local. La maestra, una rígida comunista, opinaba que a las chicas no les haría daño plantearse cuestiones relativas a la mejora de las condiciones de vida de la clase trabajadora, en torno a lo que giraba la conferencia, y llevó a sus discípulas con ella a la Biblioteca Nacional. La sala estaba abarrotada, la gente escuchaba con devoción a tres caballeros que, por turnos, hablaban en ruso, con espeso acento caucásico, larga y agotadoramente, sobre medidas que había que tomar de inmediato para mejorar las condiciones de trabajo en los koljoses.

La maestra aplaudió con entusiasmo hasta mucho tiempo después de que hubiera enmudecido el obligado aplauso final, y se lanzó hacia uno de los caballeros, que en ese momento se dirigía a la salida. Gulo, que estaba junto a la maestra, se vio arrastrada con ella. El hombre con gafas era georgiano y claramente importante, si podía pronunciar un discurso *allí*, explicó a Gulo. Había que aprovechar la oportunidad de conocerlo.

La maestra se presentó y presentó a su grupo de chicas, y elogió sus palabras y las propuestas que había hecho. El caballero lo escuchó todo con paciencia, asintió circunspecto unas cuantas veces y, cuando ya iba a tenderle la mano para despedirse, su mirada cayó sobre Gulo, que escuchaba en silencio. De pronto pasó del ruso al georgiano y preguntó por el pueblo del que habían venido. La maestra se alegró de su sorprendente interés y empezó a hablar a borbotones. Venían de un pequeño pueblo, indigno de mención, Machara, su excursión servía para la amistad entre los pueblos y las chicas

estaban muy contentas con el honor de haber escuchado su conferencia.

Él venía de Merjeuli, un pueblo vecino, ¡qué divertido azar!, gritó el hombre, y añadió que había que celebrarlo a toda costa. Si las damas habían cargado sobre sus espaldas un viaje tan largo, había que atenderlas como era debido y sellar precisamente esa amistad entre los pueblos. Había algunos locales en los que se podía conseguir carne de cordero en todas sus variantes, y exquisitos postres, a las chicas les gustan los dulces, ¿no? *¡A todas las chicas les gusta el dulce!*

La maestra, que apenas podía reprimir su entusiasmo, llamó a las chicas, y después de que el hombre rechoncho deliberase con sus colegas se dirigieron a la salida en compañía de dos guardias rojos. El grupo se repartió en tres coches y fueron a un local que estaba justo en el paseo marítimo.

Las chicas estaban desbordadas por tanta atención masculina, no sabían cómo comportarse, y miraban sin cesar a la maestra, que ya no podía controlar su entusiasmo, pero no parecía menos desbordada que sus pupilas.

Trajeron vino dulce, y aunque la maestra protestó un rato y prohibió a las chicas que lo probaran, les llenaron las copas. Rápidamente vino una banda de música, el ambiente se hizo cada vez más alegre y relajado. Las muchachas se fueron liberando de la tensión, y pronto algunas bailaban con los achispados guardias rojos.

Gulo se sentía escéptica: era evidente que el jefe del grupo le dedicaba demasiada atención. Se había sentado a su lado y no había parado de servirle vino, la había entretenido con anécdotas y le había hecho cumplidos. La maestra no vio que el hombre le pasaba el brazo por la cintura y le rozaba la rodilla con la suya.

Se hizo tarde, y aunque la maestra insistía en marcharse una y otra vez, el hombre de las gafas ignoraba sus reparos y pedía más botellas de vino. Una de las chicas vomitó en el baño. Otra se quedó dormida con la cabeza en la mesa.

En algún momento llamaron a los coches, y volvieron a dividirse en tres grupos. Los caballeros insistieron en llevar a las damas de vuelta al centro juvenil. A Gulo no le quedó otra elección. Se sentó aliviada en uno de los coches, con la esperanza de que con eso iba a terminar la noche, pero el hombre tomó asiento junto a ella. Solo faltaba una de las chicas, y Gulo la llamó, no quería en modo alguno quedarse a solas con el hombre; Nelly, que así se llamaba la otra chica, estaba animada, había bailado mucho y reído en

voz alta. Gulo la conocía del pueblo, era la hija del comisario local y llevaba siempre vestidos llamativos, que remarcaban su abundante busto.

Nelly no era tan tonta como ella pensaba. Pero esa noche había bebido mucho más vino de la cuenta, y un guardia rojo tuvo que llevarla hasta el coche, porque apenas podía tenerse en pie. El guardia rojo se sentó delante con el chófer, y arrancaron.

Al principio fueron detrás de los otros coches y la inquietud de Gulo desapareció después de los primeros minutos, pronto estarían en el centro juvenil, pronto habría pasado todo. Pero cuando de pronto su vehículo dobló hacia la derecha mientras los otros dos seguían recto, Gulo sintió que le acometía el pánico.

El hombre con gafas le aseguró que no había razones para preocuparse, que solo iban a dar un pequeño rodeo, tenía que hacer algo por el camino. Nelly volvió a reír estúpidamente y apoyó la pesada cabeza en el hombro de Gulo.

Por fin, el coche se detuvo en un callejón oscuro, y pidieron a las chicas que bajaran. Gulo oyó martillar su corazón, cogió a Nelly de la mano, empezó a gimotear y trató de que no se le notara el miedo. Les pidieron que entrasen en un patio interior, el hombre les hablaba sin parar, todo era fabuloso, no tenía nada que temer, solo iban a hacer una pequeña pausa y Nelly podría ir al baño y refrescarse.

Gulo ayudó a Nelly a subir la escalera de caracol que llevaba hasta una galería de madera. De allí llegaron a una pequeña vivienda de techo bajo y muchos tapices en las paredes. El guardia rojo sacó de no se sabe dónde una cesta de frutas, y el hombre con gafas ofreció limonada a Gulo, que la rechazó dando las gracias. La vivienda era oscura, habían encendido dos velas, pero el silencio que allí reinaba no hizo más que aumentar el miedo de Gulo. Los caballeros reían, trataban de recuperar el ambiente alegre del local, contaban chistes y hacían más cumplidos a las dos chicas.

Gulo se disculpó, se colgó del brazo de Nelly y la metió en el pequeño cuarto de baño, que tenía un bidé y una palangana. Nelly no sabía dónde estaba, y balbuceaba frases inconexas. Gulo cogió un poco de agua de la fuente y se la echó a la cara a Nelly. Nelly gritó y rechazó a Gulo con ambas manos, pero Gulo la cogió por las muñecas, acercó mucho el rostro al de ella y le exigió que la mirase.

—Escúchame, tenemos que salir de aquí. Tienes que lavarte la cara e

intentar recuperar la sobriedad. ¿Me oyes? Tenemos que salir de aquí. La puerta está al final del pasillo, y no está cerrada. Solo hay una cadena. Tan solo tienes que concentrarte y no hacer ruido. ¿Me has entendido?

—¡Me siento mal!

Gulo le echó aún más agua a la cara. Nelly ya no se resistió.

—¿Me has entendido? —repitió Gulo, y esta vez Nelly asintió con energía y se secó la boca con la manga del vestido.

Unos cuantos pasos, y estarían fuera. Gulo contuvo la respiración. Apartó la cadena y abrió lentamente la puerta, con cautela, haciendo el menor ruido posible. Se volvió hacia Nelly y se puso el índice en los labios, luego la dejó pasar delante. Y entonces ocurrió: Nelly tropezó y cayó de bruces. Cayó al suelo con todo su peso. Durante un instante, Gulo se planteó la posibilidad de saltar por encima de ella y bajar corriendo la escalera sin mirar atrás, salir corriendo, lejos de esos hombres, de sus risas sarcásticas, pero no pudo. Vio a la muchacha tendida en el suelo, en estado lamentable, bebida, débil y ausente. Y, aunque no supiera *exactamente* lo que significaba quedarse allí, supo que la fuga no significaba ninguna escapatoria para ella y se detuvo, volvió a cerrar la puerta, mientras oía ya a los hombres venir por el pasillo.

Él la sujetó contra el viejo sofá, que se hundía cada vez más bajo el peso de sus cuerpos. Ella se concentró en el gimoteo de Nelly, que le llegaba desde el pasillo. Oía el gemido sobre ella y, una y otra vez, las mismas palabras:

—¡Eres tan hermosa, eres tan hermosa!

Se agarró con una mano al respaldo del sofá y se esforzó por no volver la cabeza para no tener que verle. Cerró los ojos y trató de sacarse la imagen de la mente, la imagen de Nelly en el pasillo, tendida en el suelo con las piernas abiertas como una muñeca inanimada, con el guardia rojo arrodillado delante de ella, tirando de sus piernas, levantándole las caderas, clavándose en el regazo de Nelly.

Trató de pensar en Kutaisi, en el día en que había hecho la maleta, trató de pensar en su casa, en el patio, en sus hermanas, en el colegio, trató de pensar hasta en los animales, las vacas y los cerdos, en la plataforma perforadora de Bakú, en los paisajes verdes que había visto desde el tren, trató de no pensar en el dolor en su bajo vientre, de no respirar el olor del hombre con gafas encima de ella, de no gritar su náusea y su desesperación, no quería escuchar el horrible gimoteo y los desgarradores gritos de auxilio de Nelly.

Cuando, al amanecer, las dejaron a ambas delante del centro juvenil, ya nada era igual que antes. Sus cuerpos no revelaban nada de lo que les había ocurrido. Ni rastros de sangre, ni vestidos rotos, ni moratones. Cuando se acostaron en sus camas, todos dormían aún.

¿Por qué no las habían buscado? ¿Por qué no habían pedido ayuda? ¿Por qué?

Durante el desayuno, la maestra pronunció un discurso y habló del significado del encuentro de ayer. Nadie preguntó cuándo las habían devuelto a ellas al centro juvenil. La maestra evitó las miradas de Nelly y Gulo, les dio unas palmaditas en la mejilla como de pasada y tampoco les preguntó nada cuando las dos dijeron que estaban enfermas y querían quedarse en el centro juvenil, en vez de asistir a los actos pendientes.

—Un par de copas de más ayer, ¿eh? —bromeó a medias una de las chicas cuando Nelly y Gulo permanecieron sentadas en la cantina mientras el resto del grupo se dirigía a la salida.

Luego regresaron al dormitorio, y se tumbaron en sus camas.

—Deberíamos ir a la milicia —dijo Gulo, después de haber estado mirando el techo mientras escuchaba la respiración regular de su compañera de sufrimientos.

Nelly se echó a reír. Su risa sonó despreciativa, e hizo a Gulo sentirse aún más miserable e impotente de lo que ya se sentía.

—¿Por qué no? —preguntó Gulo.

—No creerás que van a pedirle cuentas a *ellos*, ¿verdad?

—¿Y por qué no?

—Nos meterán en un sanatorio y nos inflarán de medicamentos hasta que creamos que lo hemos inventado todo.

Sobria, ya sin gimotear ni balbucear, Nelly parecía casi excesivamente adulta. Su tono era casi malvado.

—Entonces, ¿qué propones?

—¿Que qué propongo? Nos callaremos, seguiremos nuestra vida y nos quedaremos solteronas para siempre.

—¿Por qué?

—Seguramente crees que los hombres harán cola delante de nosotras después de que...

—Pero...

—Olvídalo, Gulo, y no le digas una palabra a nadie, ni una palabra, ¡júramelo!

—Nelly...

—¡Júramelo!

—Lo juro.

Dos días después volvían a su patria.

Gulo fue a Kutaisi y empezó sus estudios. Estaba alojada en casa de una anciana que daba clases de piano y que funcionaba para Gulo como una especie de carabina. Un mes después descubrió la razón de su extraña irritabilidad y sentimentalismo: el embarazo. Supo que era el final.

Dado que no tenía suficiente dinero como para ir a una curandera, lo intentó con varias mezclas de hierbas, que supuestamente provocaban abortos, y cuando ninguna de ellas sirvió de nada se subió a una escalera y saltó, con la esperanza de librarse de ese modo de la indeseada carga. Cuando nada de eso ocurrió, tuvo terribles remordimientos de conciencia.

Todas las noches lloraba en su almohada, apretando los dientes para que la dueña de la casa no se enterase de su problema y la echara de inmediato a la calle.

Su rendimiento bajó. Desde el primer día, los estudiantes masculinos habían sentido su presencia como una especie de insulto, y en vista de su debilidad lo mostraban a cada oportunidad que se les ofrecía.

Gulo maldecía al hombre al que debía su desgracia, maldecía su sexo, su impotencia, maldecía a los hombres desalmados que la rodeaban, de los que no podía esperar compasión.

Tres meses después, fue a ver a su profesor y le explicó la situación. Él no dejaba de tirarse de la perilla, carraspeó, movió la cabeza y le explicó que no veía ninguna posibilidad de mantener la plaza que tan ardientemente deseaba ella.

—¿Se da cuenta, camarada Alania, de por qué no nos gusta que las mujeres estudien aquí? Al final del día, siempre tienen algo *mejor* que hacer que ocuparse de las matemáticas. Pensaba que usted era una excepción, pero esa excepción no hace más que confirmar la regla —añadió al final de la conversación, con gesto fingidamente compasivo.

Embarazada de seis meses, Gulo quemó todas las naves en Kutaisi. Se juró

que, cuando pasara lo peor, se presentaría a todas las universidades del país y haría un segundo intento.

Regresó a su odiado pueblo.

Hubo interrogatorios interminables. El padre preguntó furioso quién era el padre del niño, si un paisano o uno de fuera; si era cristiano, había que encontrarlo y pedirle cuentas, etcétera.

Gulo lo soportó todo con estoicismo. Después de semanas interminables de desprecio, insultos, exclusión, violencia, la familia dejó de intentar averiguar la identidad del padre. Enviaron a Gulo a casa de su hermana mayor, que estaba casada con un guardabosques y vivía apartada, en la linde del bosque. Allí debía cuidar de la casa, porque su hermana trabajaba en la plantación de té. Cuando estuviera fuera del pueblo, la gente dejaría de hacer malas lenguas.

No llamaron a una comadrona cuando llegó el momento, porque se avergonzaban de ella, así que tuvo que dar a luz sin ayuda, sola en su habitación del desván, con la asistencia poco convencida de su hermana, que no tenía hijos. Así vino Guiorgui al mundo.

Después del segundo cumpleaños del pequeño, Gulo empezó a pedir plaza en todas las universidades del país, pero no consiguió más que rechazos. Luego, aceptó un puesto de profesora de Matemáticas en la escuela del pueblo. Como no tenía a nadie que cuidara del niño, se lo llevaba con ella a las clases. Antes de ser escolarizado, Guiorgui ya sabía leer, escribir y calcular.

Aunque nunca lo hubiera creído, su amor por su hijo no sufrió en absoluto por la historia de su gestación, como si hubiera nacido del parto de una virgen y no de una violación. Le enseñó todo lo que supo y pudo, le habló de sus deseos y de las cosas que había querido descubrir e investigar, le traspasó sus sueños, como en una cadena heredada de generación en generación.

Cuando Guiorgui llegó a séptimo curso, el director del colegio lo recomendó para una Escuela Superior de Ciencias Naturales, en Sujumi. Allí se enamoró del mar, el único amor que no compartía con su madre. Ya a los quince años obtuvo el graduado escolar, y fue propuesto por sus profesores y por el presidente de las juventudes del Komsomol para la Academia Naval Frunse de Petrogrado.

A los cinco años, había preguntado por primera vez quién era su padre. A los siete, incluso había tenido una explosión de ira contra su madre por la

misma cuestión. A los doce había llorado y le había implorado que se lo dijera. Pero Gulo siempre daba la misma respuesta:

—Lo sabrás cuando seas lo bastante mayor para eso.

Así que no le quedó más remedio que esperar esa anhelada edad. Pero la vida tenía otros planes para él, así que tuvo que esperar mucho tiempo.

Tras muchos años, Nelly, a la que Gulo no fue capaz de abandonar en aquella noche de pesadilla, volvió a su pueblo natal e hizo una visita a Gulo.

Después de aquel verano Nelly se había mudado a Batumi, la blanca ciudad portuaria, y desde entonces Gulo no había vuelto a saber nada de ella. A menudo había pensado en su compañera de sufrimientos, y había esperado que aquella noche no hubiera tenido las mismas consecuencias para Nelly que para ella.

De pronto, Gulo tenía delante a aquella mujer maquillada de forma llamativa y, profundizando en sus rasgos, trató de volver a encontrar a la chica de entonces. Pero no lo logró. Ante ella estaba una dama exuberante, vestida de manera un tanto vulgar, con una risa artificial y que chasqueaba la lengua, fingía una marcada jovialidad y hablaba muy alto, articulando exageradamente las palabras.

Le había traído a Gulo una caja de bombones dorada y se había sentado en su salón, de parca decoración. Le iba «fabuloso», Batumi era una ciudad espléndida, vivía en una casa justo encima del paseo, contó Nelly en voz alta. Estaban sentadas en la angostura de la pobre vivienda de Gulo, bebían limonada y Gulo intentaba una y otra vez apartar la mirada de su huésped. Le costaba trabajo mirar a los ojos a la persona en la que Nelly se había convertido. Había esperado que por lo menos Nelly hubiera seguido su camino y hubiera tenido más suerte que ella.

—Dime, ¿tienes un trago de vino, o algo más fuerte? No soporto esta región sin alcohol. De verdad que no —dijo Nelly de pronto, y volvió a reír con su risa falsa.

—No, lo siento. No bebo. Las ganas de beber se me quitaron hace mucho tiempo —respondió Gulo, y las dos mujeres guardaron silencio durante una fracción de segundo. Luego, la otra empezó de nuevo, hablando muy alto:

—Lo siento mucho. Es un chico, ¿no?

—¿Cómo?

—Bueno, el niño.

—Sí, es un chico estupendo. ¿Tú tienes hijos?

En ese momento, Gulo fue consciente de que esa mujer desconocida era la única, aparte de ella, que conocía la identidad del padre de Guiorgui. Le quedó claro que estaban unidas para siempre por ese maldito secreto, como por unas invisibles cadenas, y aquel descubrimiento le causó malestar.

—No, no. Eso no es para mí, ja, ja. Disfruto demasiado de la vida, sabes. Y los hombres son criaturas muy egoístas, exigen toda la atención de una.

Algo en la forma en que dijo *hombres* le dio ganas de vomitar a Gulo.

—¡Quizá puedas venir a visitarme, nos divertiremos! ¡Tengo muchos amigos influyentes, puedes creerme! —dijo Nelly al final de la áspera conversación, y se incorporó.

Fuera había un coche. Gulo aún alcanzó a ver cómo ella salía a la calle y un guardia rojo le abría la portezuela. Durante un segundo, Gulo creyó tener una reminiscencia, y cerró los ojos con fuerza. El hombre le dio una palmadita en el trasero, y Nelly, de la misma manera artificial con la que se reía, se indignó y luego se sentó en el asiento delantero.

Qué joven y hermosa y ligera era entonces, pensó en ese momento Gulo, y volvió a cerrar los ojos para escapar de la imagen que la perseguía desde hacía años.

La imagen del guardia rojo sentando a Nelly en el coche. El modo en que ella había apoyado su pesada cabeza en el hombro de Gulo, tan confiada, tan aliviada, tan lejos de todo presagio de lo que vendría después.

Gulo mantuvo los ojos cerrados para ahuyentar el pensamiento que solía seguir a aquella imagen: la de una puerta que se cierra y que no va a abrirse nunca más.

Los déspotas son propensos a las ilusiones.

ANTÓN CHÉJOV

Puede decirse que los primeros dos años que Kostia pasó en la ciudad blanca fueron felices. Hacía el mayor de los esfuerzos, ya fuera en la academia o en las maniobras en la bahía de Finlandia, pasaba muchas noches con Alania, conversando acerca del mundo y la vida, paseaba con sus

compañeros, achispado y cantando canciones frívolas, por el puente de Aníchkov, silbando a las chicas de las juventudes. Trataba de hacer todo lo que estaba en su mano para impresionar a su padre, e ignoraba al resto del mundo con una indiferencia y seguridad en sí mismo propia de su juventud. En los tiempos de los fusilamientos, en los tiempos de los traslados forzosos y las detenciones, en los tiempos de los suicidios, Kostia floreció y creyó haber encontrado su lugar en el mundo. Celebraba la vida y se celebraba a sí mismo, en el punto culminante de su juventud.

Entonces aún no quería saber cuánto podían parecerse las partituras de la vida y de la muerte.

Las historias se repiten a veces, Brilka, y se solapan, también la vida se queda a veces sin imaginación, no puede reprochársele, ¿no crees? Así que tengo que contarte otros dos nudos simultáneos de nuestro tapiz.

Fue la misma noche de enero en la que Kostia acudió al baile anual de la academia y su hermana de catorce años, con el pelo corto como un muchacho descarado, esperaba a alguien en el parque; en la pequeña ciudad que un día iba a haber sido la Niza del Cáucaso. Kitty y Andro estaban pasando las vacaciones de invierno en casa del abuelo de Kitty, el fabricante de chocolate. Christine seguía sin sentirse lo bastante fuerte como para caminar entre los seres humanos, y confiaba en la plena e ilimitada atención de Stasia. Esa noche Kitty, sentada en un parque, se mordía las uñas, estaba helada, y esperaba.

Era un juego: ponía a prueba el amor de Andro, se escondía y él tenía que encontrarla. A veces le hacía perseguirla por toda la ciudad, le dejaba pequeñas pistas en trocitos de papel que llevaba metidos en los bolsillos.

Se escondía en el viejo edificio de la escuela, detrás de la panadería, a veces en la nave vacía de la fábrica, a veces en el jardín de la iglesia cerrada de San Jorge, incluso debajo de su cama. Pero sabía que él la encontraría, porque nunca había dejado de hacerlo, siempre había podido seguir su rastro. Así ocurriría también esta vez, aunque ya empezara a impacientarse, al fin y al cabo habría podido sentarse en un sitio caliente y no en mitad del frío parque, porque Andro se estaba tomando su tiempo.

Aunque desde la desaparición de su madre a Andro no le gustaba tanto jugar a las muchas cosas a las que antes habían jugado juntos, en ese juego

siempre participaba. Se negaba a jugar al pilla-pilla con ella, tampoco quería ya tocar las cartas ni cantar, pero cuando ella le pedía que la buscara, él lo hacía y la encontraba.

Hacía mucho tiempo que Andro solo tallaba en madera figuras de ángel, lo que preocupaba a Kitty. Esa pasión se había convertido en una auténtica obsesión. Si antes eran figuras de animales y casitas, ahora solo eran ángeles: viejos y jóvenes, con las alas plegadas o desplegadas. Un ejército de ángeles poblaba la casa del fabricante de chocolate, y también en casa de Christine se alineaban en la repisa de la chimenea, los alféizares de las ventanas y las cómodas.

Lo vio venir. Corría. Estaba sin aliento. Iba a nevar, había dicho el abuelo, la ciudad entera estaba cubierta con una espesa capa de niebla. Y esa niebla volvía a la gente silenciosa y cauta, más temerosa de lo que ya era. Se sentó junto a ella, le brindó una sonrisa de asentimiento, y ella le dio dos sonoros besos en las mejillas, como recompensa por haberla encontrado. Ninguno de los dos tenía prisa por regresar al opresivo ambiente de la casa del fabricante de chocolate, que desde su jubilación no hacía más que refocilarse en sus recuerdos, ver fotos antiguas o escribir recetas secretas en un viejo bloc.

Tampoco la ostentosa beatería de Lida hacía más atractivo estar en casa, igual que las rarezas de Lara, que no entendía por qué su única hija llevaba dos años sin ir a visitarla, se pasaba la mayor parte del tiempo haciendo mermeladas y escondía entre libros billetes que después ni ella misma encontraba.

—Quiero irme. Pero no quiero irme sin ti —dijo Andro de pronto, y empezó a remover la tierra helada con la punta de la bota—. ¿Vendrías conmigo?

—¿Adónde quieres ir, loco? No tienes dinero, y además tienes que esperar a tu madre.

—Quizá mi madre no vuelva tan pronto.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—¿Y adónde quieres ir?

—Quiero ir a Europa. Hace poco te enseñé un mapamundi, he hecho marcas en él. Todos los sitios a los que quiero ir. Quiero ir a Roma y a París, a Madrid y a Viena, sobre todo a Viena, tiene que ser muy hermosa. Te gustaría, Kitty.

—Pero no podemos ir solos...

—¿Vendrías?

—No lo sé.

—¿Tienes miedo de irte?

—¿Qué vas a hacer en Viena? Allí no hay más que pobres y ricos, y los ricos no dan nada a los pobres, y los pobres se mueren en las calles de hambre y de frío. Y además, allí a los que no son rubios les dan de patadas en el culo —dijo Kitty, y rio entre dientes.

—No digas tonterías.

—Sí. Bueno, claro que voy contigo. ¡Ya lo sabes!

Y entonces Andro se inclinó hacia su Kitty con los más bellos ojos almendrados del mundo y le dio un beso en los labios. La ciudad llena de niebla, los bancos pintados de verde del parque, el alto, larguirucho y silencioso Andro y la inquieta y agitada Kitty, ambos helados de frío y de emoción a partes iguales.

Y, mientras ella retenía en los labios el primer auténtico beso de su vida y trataba de grabar en su memoria el sabor de los labios de Andro, su hermano tres años mayor perdía su inocencia. No sé si los dos acontecimientos tuvieron lugar realmente al mismo tiempo, pero la idea de que pudo haber sido así me parece hermosa, y por eso la dejo.

Después del baile de la marina, los amigos de Kostia se lo habían llevado a una vieja casa de vecinos, en la propia isla de Vasilevski, y lo habían dejado delante de una puerta de madera, en un angosto y oscuro pasillo. Habían aporreado la puerta con todas sus fuerzas y habían bajado corriendo las escaleras, muertos de risa. Kostia, que ya había tomado bastante vodka, no entendía del todo qué le ocurría. Sus movimientos se habían ralentizado y, como sabía que no lograría salir corriendo, decidió quedarse, pasara lo que pasara, aunque su corazón latía tan fuerte que tenía la impresión de que la casa entera debía estar oyéndolo.

La puerta se abrió, y una mujer alta de cabellos oscuros, vestida con una larga mañanita y con un anillo en cada dedo de las dos manos, miró al ruborizado Kostia, con su uniforme azul, quieto como un perro apaleado y sin saber qué hacer.

—¿Qué significa esto? —se indignó la desconocida, y dio un paso hacia él.

—Oh, disculpe, no sé, yo... —balbuceó Kostia, en un ruso carente de acento.

—Si quieres visitar a esa, hum, *dama*, ya no vive aquí. Yo vivo en esta casa.

La mujer tenía unos cuarenta años y la piel de color oliváceo. Tenía los ojos negros como la pez, igual que el pelo, que llevaba en un recogido sujeto con una pinza.

Le habían jugado una mala pasada, y Kostia tuvo que pensar a toda prisa cómo salir de aquel equívoco, cómo podía hacer que se la pagaran. Un marinero solo era un auténtico marinero cuando era igual de bueno en el mar que en los brazos de una mujer, habían dicho, y Kostia se había dejado arrastrar y había llegado hasta allí por las calles cubiertas de nieve, porque allí vivía determinada señora que, por unos cuantos rublos, lo iniciaría sin más preámbulos en el arte del amor.

Ya iba a darse la vuelta y marcharse de allí con rápidos pasos cuando ella lo retuvo y preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Konstantin. Kostia.

—Hola, Konstantin. ¿Qué edad tienes?

—Diecisiete.

—Ajá, ¿y de dónde vienes, Konstantin?

—De... de... Georgia.

—De Georgia. Ah, es muy hermosa. De niña pasé un verano allí, junto al mar. Y comí muchas granadas. Me encantan las granadas. ¿Y a ti?

—Bueno.

—¿Quieres un té, Konstantin? Pareces helado.

Aquella mujer desconocida tenía algo que atraía a Kostia. Ni él mismo sabía si era su tono levemente sarcástico, su taimada sonrisa o esos anillos que centelleaban en sus dedos.

Entró en lo que ya eran los restos de una casa, que antes debía de haber tenido varias estancias y ahora estaba dividida por finos tabiques. Solo había una habitación, con un hueco para la cocina. El baño estaba en el pasillo, probablemente también los vecinos lo utilizaban. Un rincón entero lo ocupaban plantas de interior, en la mesa se apilaban varios libros, todos abiertos. Solamente una lámpara iluminaba la habitación. El olor era agradable, Kostia se sintió bien de golpe.

Le dio un té fuerte, y colgó su abrigo encima de una estufa de carbón. A la luz, la vio con algo más de precisión: era casi igual de alta que él, tenía una silueta esbelta, las caderas un tanto anchas, y huesudas articulaciones. En cambio, sus muñecas parecían tan estrechas y frágiles como las de una niña pequeña. Se diría que su rostro ocultaba algo, lo que enseguida excitó ligeramente a Kostia. Una larga y puntiaguda nariz, labios finos y mejillas un tanto caídas. Pero sobre todo eran los ojos oscuros, que brillaban tan seductores en aquella penumbra, como si estuvieran recubiertos de una película de aceite. Su belleza era una belleza enfermiza, y ya en trance de desaparecer.

Cuando la desconocida le preguntó si quería tomar un vino con ella, Kostia entendió qué era lo que más le excitaba: era la voz. Tenía una voz profunda, oscura, que a la vez tenía algo muy frágil, como si fuera a romperse con la siguiente palabra. Sacó una botella de vino, le tendió un sacacorchos y le pidió que la abriera. Luego sacó dos copas, le quitó la botella de la mano, la sostuvo un rato contra la luz y sirvió un poco en ambas copas. Olió el líquido rojo antes de dar el primer trago.

—Es un Burdeos. Es muy antiguo. Y muy bueno. Muy bueno. Los vinos son algo especial, tendrías que saberlo, *georgiano*. He guardado esta botella mucho tiempo. Siempre estaba esperando una ocasión especial. Pero ahora nos la vamos a beber.

Kostia, aún más excitado y ocupado en que no se le notara la excitación, obedeció sin rechistar. Junto a la cama vio un viejo piano, cubierto con un visillo blanco. Después de brindar y vaciar la copa de un trago la desconocida se levantó, fue hacia el gramófono que estaba en el suelo junto al piano y puso en él un disco. Resonó una *chanson* de Vertinski. Fue hacia Kostia, se detuvo delante de él y le tendió la mano.

—¿Bailarías conmigo, Konstantin? —preguntó, con una ambigua sonrisa en los labios.

Kostia se levantó de un salto, excitado y torpe, le cogió la mano y rodeó su cintura con la otra.

Era un contacto agradable. Extrañamente familiar. En medio del baile ella se detuvo, apartó la mano de su talle, se separó de él y se dejó caer en la pequeña cama de metal, que estaba cubierta con una vieja colcha a cuadros. Ni un minuto más tarde, se había tapado el rostro con ambas manos y sollozaba con desesperación.

Kostia se había quedado en medio de la sala, como si hubiera echado raíces, y no se atrevía a mirar a la mujer que lloraba. Por fin, fue hacia ella y, conmovido por su desesperación, se arrodilló a sus pies y puso con cuidado una mano encima de su pierna. En ese mismo instante, la mujer se lanzó a su cuello y lo arrastró a la cama. Él cayó, se pegó a ella, empezó a desabrocharse la guerrera. Sin pensar en qué estaba pasando, Kostia se dejó llevar por sus instintos, abrió con un movimiento de la mano la mañanita de ella, comenzó a besarla, y ella enredó en su pelo sus dedos anillados y guio su cabeza donde quería tenerla. A él no le importó dejarse guiar por ella. Antes de que pudiera darse cuenta lo había desnudado y él la ayudaba a hacer lo mismo con movimientos rápidos y manos temblorosas; le abría los ligeros, le quitaba las bragas. La mañanita abierta había dejado al descubierto sus pequeños pechos, su lisa y suave piel y el oscuro triángulo entre sus piernas.

Aunque ella era brusca y posesiva, muy decidida, y aunque mostrase su deseo de forma tan ostensible, a Kostia le conmovió su actitud. Había algo de perdido en su ansia de poseer. Su pasión era frágil, como si pudiera extinguirse en cualquier momento, tan de improviso como se había inflamado.

Por un segundo Kostia creyó que iba a desmayarse, mientras la desconocida mantenía los ojos cerrados, besaba cada punto de su rostro y sonreía entre lágrimas.

*Otorga un respeto sagrado a todo aquello en lo que nuestra
patria es rica.*

CARTEL PROPAGANDÍSTICO

Después de aquel encuentro mi abuelo se pasó días como entre nieblas, sonámbulo, sorprendido por el extraño azar que, en lugar de a los brazos de una prostituta, lo había catapultado a su primer amor. Oscilaba como un péndulo entre los días en la academia, la disciplina imperante en ella, y las noches de olvido de sí mismo en la casa en penumbra de la isla de Vasilevski.

Delante de su padre fingía ser el hijo modelo, cuando bebía con sus

compañeros hacía con gran ímpetu de jefe del grupo, pero sus pensamientos estaban en la vertiginosa proximidad y en los abismos de lo desconocido, que Kostia empezaba a explorar con entrega.

«Ida»: sus labios formaban ese nombre en clase, en el barco en la bahía de Finlandia, repetía ese nombre como un conjuro en sus pensamientos, cuando por las noches yacía insomne en su cama. Se aferraba a esas tres letras cuando la nostalgia de su piel, de su voz profunda y áspera, de su ambigua sonrisa se volvía demasiado grande, y no sabía cómo iba a poder calmar su doloroso deseo de ella.

Algunas noches ya no aguantaba más, saltaba de la cama, se ponía el abrigo y bajaba a la calle como loco para aporrear sin aliento su puerta, con la esperanza de que le abriría y lo acogería como a un animal hambriento y sin patria, lo alimentaría y lo cuidaría, le daría calor y refugio.

Ella lo hacía. Siempre. Jamás lo dejó plantado en la puerta.

Con sonrisa de pilla, ella abría un poco la puerta, lo miraba, a veces con rulos en el pelo o con un libro abierto en las manos, movía la cabeza y decía:

—Konstantin, ¿qué haces aquí otra vez? No te esperaba hasta mañana por la tarde.

Lo decía en tono de ligero reproche, y al mismo tiempo él sentía cómo se alegraba de que no se hubiera atenido a sus acuerdos, de que la sorprendiera con su visita. A Ida podía hablarle con su cuerpo, no necesitaba palabras. En el sabor de su piel adivinaba el grado de su pena, en la forma en que le tocaba adivinaba sus preocupaciones, en sus besos notaba si esa noche se iba a olvidar especialmente de sí misma.

Durante sus diarios ejercicios de tiro, tenía que cerrar con fuerza los ojos para no parpadear, volver a abrirlos, volver a cerrarlos y volver a abrirlos hasta que las imágenes de la pasada noche desaparecían de su cabeza y podía concentrarse en apuntar.

Durante toda su vida, Kostia permanecería bajo el influjo de esa fatal belleza; fatal porque para él irradiaba algo de amenazado, algo en extremo desprotegido, una belleza por la que se podía sucumbir.

Durante toda su vida, no dejaría nunca de buscar esa belleza, y su capacidad de amar dependería de en qué medida volvería a encontrarla en sus posteriores sujetos amorosos. Como si solo pudiera desear cuando tenía la sensación de poder sucumbir por ese deseo. Como si necesitara sacar del mar las perlas ocultas, escondidas en lo más hondo, corriendo el riesgo de

ahogarse.

Ida había sido pianista en una vida anterior, discípula de un magistral discípulo de Rubinstein. Provenía de una familia de intelectuales judíos acomodados de San Petersburgo, el padre era médico, la madre había intentado también una carrera como pianista de conciertos, hasta que una grave enfermedad anímica había hecho imposible ese deseo. Ida había pasado la mitad de su vida en París, donde su familia se había establecido después de la revolución y la subsiguiente ola antisemita en Rusia. En sus años jóvenes le diagnosticaron una naturaleza nerviosa, anemia, una fuerte tendencia al excesivo apasionamiento y unos dedos geniales, destinados a una carrera mundial. Pero ella misma cortó ese cordón umbilical de su predestinación cuando anunció a su familia que se había enamorado hasta el tuétano de un violinista exiliado, que además había dejado mujer y dos hijos en una pequeña buhardilla de París, se ganaba la vida en locales dudosos y apenas podía mantenerse a flote. A pesar de los ruegos y amenazas de los miembros de su familia, Ida se autoproclamó salvadora del alma herida del violinista, al que naturalmente consideraba *genial*, y se convirtió incluso al cristianismo, con la esperanza de que el violinista se casaría con ella después de obtener el divorcio de su esposa.

Pero se equivocaba.

En vez de eso, él se instaló con ella en una habitación venida a menos de un hotel por horas, dejó que cocinara para él y lo malcriara, aceptó gustoso el dinero que Ida ganaba con sus clases de piano y no pensó ni en sueños en pedir el divorcio a su mujer. Un día, anunció a Ida que estaba en un aprieto, que había acumulado una montaña de deudas y que su única salvación ante los acreedores era huir a Rusia. Todos los intentos de la familia de Ida para detener a su hija fracasaron, así que Ida volvió con su mártir a San Petersburgo, que ya ni siquiera se llamaba San Petersburgo, y donde ya nada era como antes.

Les dieron una vivienda comunal a las afueras de la ciudad. Ida daba clases de piano y se ejercitaba en la supervivencia de los años de posguerra. Llevaba comida a su violinista, empezaba a odiarle, le insultaba, se quejaba, echaba de menos París y el bienestar de su familia, se hacía reproches y se avergonzaba de su miserable existencia. El violinista desaparecía durante días, mientras

Ida, prisionera de su masoquista amor-odio, se subía por las paredes de preocupación, de asco, y también por culpa del socialismo, hacia el que sentía profunda aversión. Empezó a castigar por su desgracia a lo más valioso que poseía, y cubrió su piano, lo único de valor que se había hecho enviar de París, con una manta. El violinista duplicó su consumo de alcohol, acumuló más deudas, entre otras con un carnicero siberiano que controlaba el mercado negro. Hubo una pelea. El violinista fue pateado, su cabeza chocó contra una pared y se arrastró por las calles hasta quedar tirado en el patio de la vivienda comunal. Murió antes de que pudiera llegar un médico, a consecuencia de hemorragias internas. Ida pudo conseguir aquella habitación en la isla de Vasilevski, que antes había ocupado una dama de Dnipropetrovsk que, como hemos dicho, se ganaba la vida con su firme cuerpo, hasta que un día fue denunciada a las autoridades y se la llevaron. Lo único que Ida se llevó de su vida anterior fue el piano. Logró un empleo como taquillera en el teatro, hizo otros dos intentos de presentar una solicitud de salida del país, rechazada en ambas ocasiones, rompió el contacto con las personas de su antigua vida, pero no buscó nuevas amistades, vivía con sus discos y sus libros y bebía su té negro y fuerte.

Así hasta que, un día, Konstantin Dzhashi se presentó ante su puerta.

Cuando la juventud de Kostia y su dócil cuerpo quedaron en sus manos, Ida se lanzó sobre él como hambrienta, se perdió, se dejó ir, olvidó y tuvo esperanza.

A pesar de que Ida era una mujer que estaba más allá de cualquier ilusión romántica, no pudo evitar volver a tener fe con Kostia a su lado, contra su voluntad, sin darse cuenta ni pretenderlo. Porque hasta entonces la desesperanza había sido la única constante de su vida, y la pérdida de esa constante le daba miedo, creía que una renovada esperanza en otra vida podía ser mortalmente peligrosa para ella.

Cada día, Ida perdía un poco más de desesperanza. Con cada nueva palabra que Kostia le dirigía, con cada contacto, la gruesa capa de su desconsuelo sufría otro arañazo y se dejaba contagiar por la juventud de él, por su ansia de ella, por lo que gozaba con su cuerpo y por un futuro inexpresado.

Y Kostia, atemorizado e inseguro, porque deseaba su cercanía, sus mágicas artes nocturnas y sus secretos, seguía sus deseos tambaleándose por las noches para reprochárselos al día siguiente. Ocultaba su nuevo amor a sus compañeros, se avergonzaba de él, porque suponía que nadie consideraría a

Ida una pareja adecuada. Se hacía reproches por no llevarla nunca a comer, por no poder salir a pasear con ella, porque solo existía para él durante las noches, porque durante el día la expulsaba de sus pensamientos y de su vida cotidiana, porque hacía como si no existiera.

Pero Ida podía mantener bien ocultos sus sentimientos, había aprendido muy bien a hacerlo durante sus años de lucha con la vida o, mejor dicho, con lo que la vida le negaba. Había aprendido que las palabras no siempre son promesas, que la música no puede salvar, que las propias capacidades no siempre llevan a la meta fijada, que a veces el amor solo es un camuflaje para algo mucho peor; había aprendido a amansar sus sueños, había aprendido a maquillar sus decepciones con un poco de lápiz de labios, así que Kostia no se enteró de cuánto le dolía esperar las noches, de cuánto esfuerzo le suponía seguir el paso a su ansia acumulada, de cuántas palabras dejaba sin decir, cuántos reproches le ahorra, cuánta comprensión exigía de ella la vida dividida en dos de él, lo imposible que a veces le parecía ser parte de su mundo paralelo. Y de cuánto la conmovía la voluntad de él de experimentar el amor a través de ella, y al mismo tiempo lo mucho que la aterraba.

Ida siempre había sido una buena profesora, y todo lo que años antes había intentado enseñar a sus discípulos sentada a las teclas blanquinegras de su piano se lo enseñó a Kostia con la total entrega de su espíritu y de su cuerpo. Le enseñó a preparar una alimenticia sopa de invierno con restos de comida, le enseñó a planchar de manera perfecta su uniforme, le enseñó a guardar secretos y a hablar sin palabras.

Bailaban estrechamente abrazados cada canción de Vertinski que los discos de Ida les proporcionaban, y con cada canción bailaban un baile distinto. Bailaban despacio y bailaban deprisa, contenidos y desenfrenados, frívolos y riendo con la boca abierta, olvidados de sí mismos y tristes, bailaban juntos y cada uno para sí, bailaban y bailaban.

Ella le contó la historia de cada uno de sus muchos anillos mientras besaba las yemas de sus dedos, se reía de él cuando le soltaba una larga conferencia sobre navegación, le hacía cosquillas mientras dormía y lo despertaba para mostrarle la luna llena, que aquella noche era especialmente amarilla y enfermiza. Le enseñaba fotos de su antigua vida mientras él le daba un masaje en los pies, le explicaba que sus plantas de interior eran sus auténticas amigas, y se las presentaba por su nombre. Reía entre dientes como una colegiala cuando la desnudaba, y le exigía, con el gesto de una maestra

estricta, que se desnudara.

Se prestaban la dicha el uno al otro. Se prestaban el presente el uno al otro, y se regalaban futuros recuerdos.

Ella se estiró y expandió en la crujiente cama metálica como una gata persa. Kostia planchaba su camisa, tenía que estar en la academia en menos de una hora. De pronto, como atacada por algo, Ida saltó, se lanzó sobre Kostia, se abrazó a su espalda y se quedó así.

—¿Qué pasa? —preguntó él riendo, mientras ya calculaba mentalmente si le quedaba tiempo suficiente para consolarla con un nuevo y breve juego amoroso. Pero Ida retrocedió y se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Habrá guerra —dijo en voz baja, y se alejó de él caminando hacia atrás.

—No tendrás miedo de esos estúpidos fascistas, ¿verdad, Ida? Ven, ven, tontita.

—Deberías poner la radio.

—¿Porque los alemanes invadan Polonia, tienes miedo de que vengan también a por nosotros? —rio a carcajadas y corrió hacia ella para plantarle un beso en la punta de la nariz—. Nos han dado una larga conferencia en la academia. Si vengo esta noche, te hablaré un poco de lo inteligente que es el Generalísimo con los alemanes. Dicen que el Generalísimo tuvo una reunión secreta con el Politburó el 19 de agosto. En la academia dicen que en ella anunció que la Unión Soviética rechazaría en cualquier caso la alianza franco-británica contra Alemania, y tendería la mano a los alemanes. Porque en tiempos de paz es imposible hacer avanzar el comunismo en Europa, pero si los anglo-franceses declaran la guerra a los alemanes, las dos partes pronto se desgastarán, y entonces la Unión Soviética podrá impulsar el socialismo en Europa sin que los molesten. Me parece una idea increíblemente visionaria, ¿a ti no? Ida, ¿me estás escuchando?

—Aunque confraternicen con los alemanes, eso está lejos de significar que los alemanes cedan territorios a la URSS, Kostia, y a eso es a lo que todo apunta. Sin esa alianza con los nacionalsocialistas, el Generalísimo no tiene ninguna posibilidad de acceder a ellos. Piensa que los alemanes no paran de hablar de espacio vital.

Ida enmudeció, y dejó la mirada perdida en un punto de la pared, como si

viera ya el futuro delante de sí.

—Bien, escucha, voy a contarte un secreto. Habrás oído hablar de ese acuerdo comercial, eso de Mólotov-Ribbentrop. Está en todos los periódicos, ¿verdad? ¿Sabes lo que nos han contado en la academia? Detrás de ese acuerdo comercial hay un documento secreto que es mucho más importante que el propio acuerdo —Kostia bajó la voz—. En caso de guerra europea, en él se habla de la neutralidad de la URSS. Y bien, ¿se queda mi Ida tranquila? El Generalísimo sabe cómo tratar con los fascistas. ¡No puedes dudar de eso!

De pronto, Ida empezó a reírse a carcajadas, se dobló y se dio dos palmadas en las rodillas. Kostia la miró sorprendido.

Sacó de su bolso una edición del *Pravda* y se la puso delante de las narices a Kostia.

—¿No es gracioso en qué mundo vivimos, ángel mío? El mayor periódico del país califica ese acuerdo, cito, de «instrumento de la paz», cuando se trata de dos dementes que se sientan el uno frente al otro y abusan del mundo para sí mismos y sus ideologías, que no se detienen ante nada. ¿No es realmente gracioso, Kostia? Dos dementes no van a permitir que uno de ellos llegue a ser *más grande* que el otro.

—¿De qué dementes hablas? ¡Cálmate, Ida! Ida, mírame. Estoy aquí, estoy contigo, no va a pasarte nada. No permitiré que te ocurra nada.

—La única pregunta es cuánto tiempo —murmuró Ida, y volvió a la cama.

—¿Cuánto tiempo qué? ¿Qué quieres decir?

—Ahora vístete. No quiero que llegues tarde.

La noticia de la desfiguración de Christine, que Stasia había ocultado a Kostia durante casi dos años, le llegó a la par que la noticia de que en Europa había estallado la guerra. El mismo día en el que todo Leningrado empezó a hablar de la invasión alemana de Polonia, Kostia supo al fin la verdadera razón de que durante los últimos dos años Stasia le hubiese pedido que no fuera a Tiflis en verano, sino que pasara las vacaciones en Rusia. En su carta, Stasia describía con detalle la tragedia de Christine, naturalmente sin mencionar nombres, porque los funcionarios de Correos podían leerla.

Describía la espantosa acción, los días de Christine en la unidad de vigilancia intensiva, su profunda depresión y, finalmente, su enmudecimiento. Le hablaba del entierro de Ramas, que había tenido lugar de

manera anónima porque se quería evitar un escándalo, de la venta de sus cuadros, y terminaba con la noticia de la muerte de su madrastra; la tragedia de su hija le había producido un colapso.

Kostia llegó entrada la noche a casa de Ida, se tumbó en la cama y lloró sin cesar durante más de tres horas.

Ida no hizo preguntas, le dejó con su pena, porque ella sabía lo que era eso, había sido su más fiel compañera durante muchos años. Ida sabía que el mundo, el suyo y sobre todo el frágil mundo de Kostia y su proximidad olvidada de todo, estaba consagrado a la destrucción, pero se enfrentaba a la destrucción con los ojos abiertos, la esperaba, estoica, recta como una vela, en posición de firmes, como un soldado de plomo.

La guerra le llegó a Kostia mucho antes de la invasión alemana de la Unión Soviética, la inaudita noticia de la desgracia de su tía desencadenó una lucha en él y lo puso ante la casi imposible tarea de compatibilizar sentimiento y deber con su futuro.

Trataba de imaginar el rostro corroído de Christine y veía ante sí la piel olivácea de Ida, el negro de sus ojos. Sentía rabia hacia su madre, que no le había informado, que lo había mantenido lejos de Christine y de su pena, y trataba de llenar por su propia cuenta las lagunas que la verdad de Stasia había dejado abiertas. Porque Stasia no le había escrito quién, aparte de Ramas y de Christine, estaba envuelto en ese drama de celos. Kostia se esforzaba en hacer desfilar ante su mirada interior a todos los comunistas renombrados de su patria que entraban y salían de casa de Christine. Trataba de imaginar quién podía tener tal poder como para que Ramas no se hubiera atrevido a enfrentarse a él. Alguien de quien solo había creído posible proteger a su esposa mediante esa cruel desfiguración.

Las consideraciones de Kostia no le dejaban dudas, pero no se atrevía a pronunciar ni siquiera mentalmente el nombre del Pequeño Gran Hombre, quien desde hacía un año comandaba la NKVD a escala soviética.

Stasia le había ocultado muchas cosas.

Había ocultado a su hijo que su adorada tía percibía, después de los trágicos acontecimientos, una generosa pensión de viudedad, como viuda de un héroe de la Unión Soviética, como Ramas había sido declarado a título póstumo. Tampoco le había escrito nada acerca de las rosas que su amante envió a Christine todas las semanas al hospital y más tarde a casa, durante un año entero, y que ella siempre había hecho tirar. No le había escrito que el

Pequeño Gran Hombre no había visitado ni una vez a la preferida de su harén desde que la habían quemado, por miedo a que su destruida belleza pudiera repugnarle en exceso.

Cuando Kitty llamó a su hermano desde la oficina de Correos de la pequeña ciudad, le llamó la atención que parecía irritado y ausente, desconcentrado y desafiante.

—Guiorgui, mi buen amigo y compañero de habitación, está de permiso y se ha ido a Georgia. Le he dado un paquetito para Christine. En él hay varias cosas que aprecio mucho. Quiero que el paquetito llegue pronto, y él me ha ofrecido dar un pequeño rodeo y hacer trasbordo en vuestra casa. No llegará a Tiflis, pero tú puedes ir mañana a recibirlo y reenviar el paquetito a Tiflis, no te llevará mucho tiempo.

A Kitty le enfadó que no preguntara ni por ella ni por Andro. No parecía sorprenderle que Andro y ella vivieran en el campo desde hacía meses, que los hubieran desterrado a casa del abuelo. Que hubieran tenido que cambiar de colegio y ahora vivieran lejos de Stasia y Christine.

—Siento mucho que Lara muriese tan de repente. ¿Cómo está el abuelo?
—fue lo único que le preguntó.

—Lo intenta —respondió ella a regañadientes, y prometió recoger el paquetito y reenviarlo, mientras deseaba en secreto que hubiera un paquetito también para ella, y no tuviera que vivir constantemente con la sensación de que su hermano mayor la había olvidado.

Esa misma tarde, fue paseando sola hasta la estación. En el pequeño vestíbulo, que estaba casi completamente vacío, esperaba un chico insignificante, con gafas, en uniforme de marinero. Se presentó como Guiorgui Alania, de paso hacia Abjasia para ver a su madre, que no estaba bien de salud, por lo que había pedido un permiso. Había pasado por Vladicáucaso y se había bajado allí para entregarle el paquetito, iba a tomar después el tren nocturno hacia la costa del mar Negro.

—¿Le ha sido muy molesto dar semejante rodeo por culpa de este tonto paquetito? —preguntó Kitty, que seguía enfadada con su áspero y frío hermano.

—Oh, no me importa. Su hermano es muy importante para mí. Haría cualquier cosa por él, créame.

Kitty se sorprendió. ¿Cómo lo habría conseguido su hermano, tan enamorado de sí mismo?

El chico preguntó si quería que tomaran juntos un café o un té, aún le quedaba tiempo hasta que su tren saliera, y se alegraría de tener compañía. Pero Kitty lo rechazó cortésmente, tenía mucho que estudiar.

Él pareció decepcionado por su negativa, pero siguió siendo muy cortés, y le entregó enseguida el paquetito. Ella le deseó lo mejor para el resto de su viaje y se dio la vuelta. Pero fuera, en la calle, se detuvo, aún estaba viendo su rostro defraudado, giró en redondo y regresó al vestíbulo de la estación.

Guiorgui estaba en mitad de la sala vacía, con su maletita, y esperaba algo que tenía que ser más que un mero tren. Le sonrió agradecido cuando la vio venir, y ella le propuso pasear un poco. Quizá sentarse en un parque, porque la cafetería de la estación ya había cerrado y, de todos modos, los alrededores no invitaban mucho a ello. Él aceptó agradecido y la miró radiante, como si le acabara de aceptar una proposición de matrimonio.

Salieron a la calle, y Kitty lo llevó al pequeño parque cercano en el que tantas veces se veía con Andro. Guiorgui no parecía precisamente acostumbrado a la compañía femenina, y daba las gracias una y otra vez por el tiempo que Kitty estaba sacrificando por él.

Intercambiaron unas cuantas banalidades. Cuando él empezó a hablar de Kostia, ella cambió de tema. Hablaron de política, que a Kitty no le interesaba, de la madre y del colegio, que al parecer él había superado con buenas notas, incluso se rieron de esto y de aquello, y más tarde Kitty acompañó al chico hasta el andén y esperó a que subiera a su tren. Le abrazó, y al hacerlo sintió que él temblaba un poco. Es imposible que fuera por el frío. Le hizo señas desde el andén, y él sacó la cabeza por la ventanilla y estuvo saludándola mucho tiempo en la oscuridad, que en ese momento caía sobre ellos, hasta que fue completamente engullido por ella.

En la primera semana de septiembre, el Ejército alemán había avanzado hasta Varsovia. El 17 de septiembre, el Ejército Rojo invadió Polonia con seiscientos veinte mil hombres. El 22 de septiembre, los alemanes y los rusos organizaron juntos un desfile militar en Brest-Litovsk y el 28 Ribbentrop y

Mólotov firmaban otro tratado de «Observancia de amistad y fronteras». En noviembre, la URSS se extendía hacia territorios situados al este de Ucrania y Bielorrusia, que desde 1920 habían sido territorio polaco.

En el Kremlin se sabía que solo con leyes y coacciones no se podría convertir a los nuevos ciudadanos en soviéticos ejemplares, y sin embargo había que llevar a cabo a toda prisa la «reeducación» de los nuevos territorios. También había que agudizar los conflictos étnicos..., al fin y al cabo, esa receta había demostrado su eficacia en muchas otras regiones. La invasión de Polonia se presentó como liberación de la población bielorrusa y ucraniana. La prensa soviética ensalzó la «reunificación» de esos pueblos con la Unión Soviética, el gran amigo y aliado de todas las naciones oprimidas.

Los mecanismos pronto mostraron el efecto deseado: en Nóvgorod y en Lutsk, los campesinos ucranianos atacaron a los oficiales polacos; en Pruzana, campesinos bielorrusos apedrearon a otro oficial, y la NKVD lo contemplaba todo con aprobación. Sin embargo, cuando la resistencia degeneró demasiado, se recurrió a métodos más directos: los comandantes y partisanos que se resistían a las órdenes fueron fusilados sin juicio, por procedimiento rápido.

Ya a finales de septiembre había más de doscientos cincuenta mil soldados polacos en prisión. Se levantaron campos de filtración para ellos, porque una parte de los presos iban a ser enviados a los alemanes. Alrededor de cuarenta y tres mil prisioneros, todos ellos judíos, fueron entregados a los alemanes en noviembre.

Estonia, Letonia y Lituania se vieron forzadas a pedir apoyo militar y a establecer gobiernos aliados en sus territorios. Dado que en ese momento había en el Báltico alrededor de sesenta mil guardias rojos, a esos países no les quedó más remedio que aceptar. En el verano de 1940, el Báltico fue anexionado. Ese mismo año, la URSS se amplió con la república socialista de Moldavia. El noreste de Rumanía fue ocupado, Ucrania ampliada. Los presidentes estonio y letonio fueron detenidos, uno murió en prisión, el otro en un sanatorio psiquiátrico; solo el presidente lituano logró escapar. A toda velocidad se levantaron instalaciones fronterizas entre los territorios alemanes y soviéticos, y se confiscaron todas las radios privadas... En los territorios fronterizos, solamente debía llegar a la población aquella información aprobada por el partido.

En marzo de 1940, el Generalísimo recibió una carta del Pequeño Gran Hombre en la que le proponía fusilar en el acto a los «veinticinco mil setecientos oficiales, funcionarios, terratenientes, policías, espías, gendarmes y funcionarios de prisiones polacos» que se encontraban detenidos. Tal deseo tenía la siguiente fundamentación: todos ellos eran «enemigos mortales del poder soviético», y estaban «llenos de odio contra el orden soviético». Se trataba de catorce mil setecientos funcionarios del Estado que se encontraban en los campos de concentración y once mil «espías y contrarrevolucionarios» que estaban en las cárceles.

Ese mismo día el Generalísimo dio su consentimiento, y obligó a otros tres funcionarios del partido a poner sus firmas al pie del documento. Se encargó a una troika que ejecutara la orden, personas de confianza del Pequeño Gran Hombre. Empezaron el trabajo a principios de abril. Primero, en los campos y prisiones se difundió el rumor de la pronta liberación de los prisioneros, se aumentaron las raciones de víveres, se les vacunó contra el tifus y se les sacó de los campos. Los llevaron en trenes a Kalinin, Járkov y el bosque de Katyn, cerca de Smolensk. Varios hombres de la NKVD habían venido expresamente de la capital para la operación, con pistolas en la maleta. En el sótano de la prisión de Kalinin y en Járkov, dos hombres sujetaban a un prisionero mientras un tercero le disparaba en la cabeza. Había un máximo de dos minutos de tiempo por ejecución. Luego los cadáveres eran sacados en camiones y enterrados en los bosques circundantes.

En la operación estuvieron presentes los directores de prisiones y fiscales de la región, incluyendo a Vasili Blojín, hombre de confianza del Generalísimo para tareas especiales, el comandante de la Lubianka, cuya especial lealtad al Generalísimo ya había sido puesta a prueba en varias ocasiones. Un hombre que llevaba mandil, guantes y gomas de cuero en las ejecuciones, y que a lo largo de su «carrera» había enviado personalmente a la muerte a más de quince mil personas.

(También fue Blojín el que hizo firmar a sus colaboradores y subordinados un documento que decía que había que tomar «medidas educativas» con los condenados a muerte para evitar que antes de su ejecución pronunciasen el nombre del Generalísimo. Eso era equivalente a una ofensa al caudillo. Las «medidas educativas» eran golpes en la cabeza.)

A propuesta del Pequeño Gran Hombre, después de la exitosa operación

los hombres de Blojín recibieron un mes de paga extra.

Roman Rudenko, el vicefiscal general de Ucrania, que había sido enviado a Járkov a observar la marcha de la operación y garantizar que todo discurriera según lo previsto, fue seis años después uno de los fiscales jefe de la Unión Soviética en los Procesos de Núremberg. Durante todo el proceso, responsabilizó a los fascistas de aquella arbitraria orgía de muerte.

El propio Blojín fue cargado de condecoraciones, y más tarde ascendido a general. Durante casi treinta y seis años, sirvió con lealtad y entrega a la maquinaria de la muerte, antes de pasar a la jubilación. Fue enterrado en el cementerio Donskói de Moscú, donde innumerables víctimas suyas habían sido cremadas, y sus cenizas vertidas por cubos en fosas comunes.

*He rezado para que mi hijo estudie bien y llegue a ser un
hombre independiente.*

EKATERINA DZUGASCHVILI, madre del Generalísimo

Andro había terminado el colegio con notas dentro de la media y, mientras el futuro fuera tan impredecible, se le aconsejó aprender algo decente, y se le puso como aprendiz de un ebanista armenio. Sus tallas ya ocupaban todas las estancias de la casa. Poco a poco, el aprendiz de ebanista, que se entregó a su formación con la misma disciplinada indiferencia que antes había mostrado en el colegio, comprendió que su madre no volvería.

Andro no había querido enfrentarse a la verdad por miedo. Pero soñaba sin cesar con su madre. La buscaba en sus sueños, en los que aparecía libre y liberada, pero no le revelaba su secreto. Cuando le preguntaba dónde estaba, ella se limitaba a responderle con una cariñosa sonrisa. Cuando despertaba, se veía abrumado por una excitación histérica, pasaba muchos minutos en el baño, tranquilizándose. Tenía miedo del momento en el que toda esperanza se revelaría absurda. A veces, sin previo aviso, le acometía un ataque de ira, empezaba a romper sus figuras de madera porque algo en su delicadeza e ingenuidad le enfurecía. Con sus herramientas destrozaba cabezas y miembros, les borraba los ojos. Solo Kitty y su absoluta confianza en ella se

mantenían indemnes. Daba igual lo furioso, lo triste, lo desesperado que él pudiera sentirse; sabía que ella le haría reír, jugaría con él, lo abrazaría con sus fuertes brazos hasta dejarlo sin aire. Kitty le hacía confiar en que pronto vendrían tiempos mejores, se irían de allí y empezarían una vida nueva y distinta. Estaba tan llena de vida, tan llena de fuerza, y Andro dependía de que compartiera esa fuerza con él. Y, sobre todo, no tenía miedo. Hacía las cosas que le prohibían. Hacía con mayor convicción aún las cosas por las que la reñían, y esa terquedad le fascinaba. Kitty le daba la fuerza necesaria para engañar a la triste realidad.

Eran juegos absurdos, infantiles, sin pies ni cabeza, pero él participaba en todos: ya se propusiera esconderse de él durante todo el día, hasta que la encontraba, salvar a tres gatitos abandonados de algún foso, echar carreras o ver quién se tomaba antes el pan con mermelada, Andro participaba, porque eran los únicos momentos placenteros y libres en una vida cotidiana que transcurría entre la convalecencia de Christine y la lenta decadencia del fabricante de chocolate. Entre el ardiente verano de Tiflis y el frío invierno de la pequeña ciudad.

La tristeza pesaba sobre ambos, y la caprichosa terquedad de la madurez sexual era ya visible, así que el amor dio paso al enamoramiento. Aun así, siguieron unidos, entre sí y con su propia infancia.

Y, mientras el avance alemán proseguía hacia los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo, mi abuelo terminaba sus estudios en la academia naval con una medalla de oro y Guiorgui Alania se preparaba para sus exámenes de armador, Andro miraba con ojos vacíos hacia su futuro, que tan pocos motivos de alegría presagiaba.

El suave día de junio en el que Italia se alió con Alemania, cuatro días antes de que el 18.º Ejército alemán tomara París, Christine volvió a empezar a hablar, e Ida visitó por primera vez el cuarto de mi abuelo. Fue la primera y última ocasión en que Ida vio a mi abuelo fuera de su pequeña vivienda decorada con plantas.

Dijo que era pariente del camarada Dzhashi, subió al segundo piso de la residencia y llamó a la puerta de Kostia y Guiorgui. Mi abuelo estaba preparándose para el desfile en honor de la Armada soviética, y se quedó de piedra al abrir la puerta y encontrarse a su amada.

—¿Qué haces aquí? —balbuceó Kostia, y la metió deprisa en la habitación.

—Tenía que verte. Tenía que verte una vez a la luz del día. Tu piel, tus ojos, tus labios, sin esa maldita lamparilla de noche, sin la lobreguez, porque así es como quiero guardarte en la memoria: luminoso.

—¿De qué estás hablando?

—Me voy. Y quiero irme delante de ti. No quiero ser abandonada. Déjame esa alegría, déjame abandonarte, Konstantin.

—No te entiendo.

—Tenemos que parar. Pronto irás a la flota, y yo no podré salir adelante sin ti. Dependo demasiado de las horas que encuentras para mí, que cada vez irán siendo más raras, más cortas. No podré soportarlo, Konstantin.

—Bueno, me han dado una distinción especial, y probablemente incluso...

—Kostia se interrumpió, acababa de entenderla.

—Eres demasiado bueno para la guerra.

—Pero nosotros no estamos en guerra y, si llegara el caso, entonces estoy más que preparado, créeme. ¡Podré hundir barcos como si fueran piedrecitas! ¡Pum, pum, pum!

—Eres feliz, porque tu inconsciencia te protege de ti mismo y de lo que te espera, y de la nostalgia de mí, pero ese conocimiento vendrá, suele venir muy a destiempo, Konstantin mío, y no quiero que te desgarre, que te cambie, tienes que prometérmelo, ¿eh? ¿Lo harás?

—Ida, ¿qué estás diciendo? No voy a ninguna parte, estoy aquí, e incluso si voy a la flota, regresaré. Fíjate, mis padres...

—No puedo, perdóname y déjame ese privilegio, por favor.

—¿El privilegio de qué? No vas a ningún sitio. Vuelves a verte atacada por sombríos pensamientos. Deberías distraerte más, salir más de casa.

—Y ahora, quiero que hagas el amor conmigo.

—¿Qué?

—Vamos a la cama.

—Pero no es de noche, y además...

Ida se echó a reír. Reía raras veces, pero cuando lo hacía su cuerpo temblaba de pies a cabeza. Se secó las lágrimas, se dobló por la cintura, se dio sendas palmadas en las rodillas y los muslos. Kostia la observaba y no podía dejar de constatar lo mucho que la admiraba, lo deseable que era. Y sintió una temerosa excitación, fue hacia ella, le puso la mano en la boca, y ella la mordió ligeramente; eso aumentó su excitación, apretó más fuerte, aún

titubeante ante su presencia en este mundo suyo al que ella no pertenecía. La abrazó, la levantó en vilo, ella se defendió, todavía riendo, él la apretó contra la pared, se volvió más brusco, más impaciente, ella tenía que dejar de reír, no se le ocurrió pensar que quizá se reía de él. La miró con los ojos entrecerrados: los de ella eran tan oscuros que supuso que tenía que verlo todo como a través de una lámina negra. Le metió el índice entre los dientes. Ella volvió a morder. De pronto enmudeció, abruptamente, como si la risa hubiera quedado interrumpida para siempre por un pensamiento espantoso, agarró con fuerza su espeso cabello, atrajo su cabeza hacia ella y, por un instante, su respiración fue tranquila y acompasada, como si estuviera absorbiendo su olor. Él la besó.

Era tan fácil olvidar todo lo que ocurría fuera cuando estaba cerca de él. Era tan fácil dejar de pensar en el mundo cuando ella le tocaba. En esos momentos estaba seguro de que no necesitaba en absoluto ese mundo exterior. La flota soviética entera, los desfiles, sus ruidosos compañeros, sus impresionantes notas, sus planes de futuro quedaban desplazados con tan poco esfuerzo por su mera presencia, eran tan fácilmente sustituidos. Como si el mundo en ausencia de Ida fuera un mundo aparente.

Le levantó la larga falda. Se apretó aún más contra su cuerpo cálido y fibroso. Eran casi igual de altos, la miró de frente a los ojos, que le atemorizaron un poco porque parecían tan febriles, más oscuros aún que de costumbre. Con los dientes, trató de abrir los botones de su blusa gris; al no conseguirlo, arrancó dos a mordiscos.

Por el rostro de ella se extendió la familiar sonrisa. Como si conociera sus puntos débiles y sus puntos fuertes, como si se condicionaran mutuamente. Susurró algo, sus labios formaron palabras, pero él ya no las oyó, estaba embriagado por su olor, por su amenazadora proximidad, por la posibilidad de que alguien los sorprendiera. Quizá incluso lo deseaba, quizá quería que alguien los encontrara allí, petrificados en una imagen que no permitiera ninguna otra interpretación posible, petrificados en su amor secreto. Poder al fin respirar y gritar: sí, esta es la mujer que llevo en cada fibra de mi cuerpo, en cada pensamiento, que es tan hermosa que me duele, porque es *imposible de salvar*, porque sé que no puedo salvarla, ni de sí misma ni tampoco del mundo. La mujer que me ha enseñado a olvidar y a sentir, con las manos y los ojos y las corvas y los tobillos y la punta de la nariz y los lóbulos de las orejas. ¡Eso es lo que quiero, eso es exactamente lo que quiero!

Quizá eso era exactamente lo que quería Kostia. Quizá.

Ella le besó en el cuello y sujetó su cabeza, la apretó más y más, él tenía los oídos tapados, no oía nada, ella le estaba aislando de algo, quizá de lo que había de venir, como si fuera su oráculo, su profeta, su Casandra, condenada a conocer el futuro sin que nadie la creyera.

Kostia le hizo encoger la pierna y ella se adaptó a él, se hizo pequeña y redonda, le facilitó amarla, incluso allí, incluso entonces, apretada contra esa fría pared. No podía hacer otra cosa; quizá no podía hacer otra cosa que seguir su destino, que se empeñaba en ser una experiencia fatal, única, irrepetible para él. Pero tal vez sabía exactamente que ese hombre, ese momento, esa proximidad triste, casi furiosa, era la última dicha que le correspondía, y la tomaba con fuerza animal.

No lo sé, Brilka, y nunca lo sabré con certeza. Pero ¿qué importa? La sospecha es lo digno de ser narrado, no la certeza.

Él ocultó, jadeando, su rostro en el cuello de ella. Sintió su mano sujetando su cabeza, sintió algo brutal, terrible, en esa presa; le atemorizó, pero su placer le hizo dominar su miedo, no pensar en él. El corazón le dio un brinco: llamaban a la puerta. Kostia se quedó petrificado, se olvidó incluso de respirar. Ida no le soltó.

—¿Sí? —gritó él, carraspeando cauteloso en el intento de ocultar la excitación de su voz.

—Ey, tenemos que irnos, *krasavchik*, ¡date prisa, los chicos ya están esperando abajo!

—¡Voy! —respondió Kostia con gran esfuerzo.

—¡No, quédate aquí, quédate conmigo! —imploró Ida.

—No puedo, tengo que ir. Es nuestro desfile final, hemos ensayado para él durante semanas. Yo... iré a verte esta noche. Iré en cuanto haya pasado el desfile, y hablaremos de todo.

—¡No me dejes así, por favor, no, no, no pares!

Ida se aferró a sus hombros, apretó la cabeza contra su mandíbula, le acarició con su piel. Pero él se soltó de ella, vacilando embriagado, con el ansia aún sin calmar. Fue tambaleándose hasta su cama y empezó a ponerse la camisa apresuradamente.

Ida se puso la ropa interior con lentitud, se bajó la falda y se volvió de

espaldas a él. Apoyó el rostro en la pared, con la frente apretada contra ella, como si quisiera atravesarla, como si conociera una escapatoria, una salida secreta hacia otro mundo a través de la pared.

—De verdad que tengo que irme. Mi padre también estará, y... Iré esta noche, Ida. Iré y me quedaré todo lo que quieras, ¿eh? Entonces hablaremos de todo lo que te apetezca. Me contarás todo lo que te preocupa.

Ella no se movió durante un rato, él no sabía lo que le pasaba, si lloraba, si maldecía, si deseaba volverse invisible, si se arrepentía. Entonces se dio la vuelta y le miró, sonreía. Tenía los cabellos alborotados, el moño se había deshecho y un par de largos mechones oscuros le caían por el rostro, y una vez más Kostia estuvo a punto de quitarse el uniforme y correr hacia ella, tomarla en sus brazos y echar el cerrojo..., pero su sonrisa le consoló: la cosa no estaba tan mal, pronto iría a verla.

—Está bien, Konstantin, mi hermoso, bellissimo muchacho. Cuídate.

—¡Eh, ya no soy ningún muchacho, toma nota de eso!

Le dio un apresurado beso en los labios y salió corriendo de la habitación.

Durante el desfile, un miedo brutal invadió a Kostia. Vio a su padre de pie en la acera, saludándole, pero de pronto aquella visión ya no significaba nada para él. Desfiló al paso de los otros marineros, gritó una y otra vez los eslóganes aprendidos de memoria y trató de parecer serio cuando dispararon los cañones en la bahía de Finlandia. Pero no sentía más que un miedo en el pecho que parecía oprimir todos sus órganos.

Apenas hubo finalizado el desfile, salió corriendo. Corrió y corrió hasta que no pudo más. Se sentó en mitad de la calle, cogió aire y siguió corriendo, subió volando las escaleras, se detuvo delante de su puerta, jadeó y llamó, pero no abrió nadie.

Volvió a bajar, se quedó parado en la acera, alzó la vista al tercer piso, pero no había ninguna luz. Volvió, llamó y llamó, gritó, llamándola.

Regresó una y otra vez durante tres días y tres noches, hasta que un vecino le dijo al fin que la dama se había marchado, la había visto salir de la casa con dos maletas, aunque no sabía dónde había ido, no era una vecina especialmente comunicativa.

Décadas después, Brilka, supe por un anciano, en un país extranjero, en una casita al borde del mar, que Ida no se había marchado a ninguna parte,

que le había pedido a su vecino que contara esa mentira piadosa a cambio de unos cuantos rublos y había pasado todos aquellos días y noches detrás de su puerta cerrada, apretando los labios para que no revelaran su voz y su nostalgia mientras mi abuelo aporreaba la puerta, la llamaba y ya no entendía nada.

La neutralidad benévola de la URSS había favorecido el inmenso y rápido éxito de los nacionalsocialistas al principio de la Segunda Guerra Mundial: el Generalísimo no solo había apoyado a Hitler con el pacto de no agresión, sino que había permitido importaciones y exportaciones alemanas a través del territorio soviético. Por eso para los nacionalsocialistas fue una sorpresa que los rojos ocupasen el noreste de Rumanía. Para que al Generalísimo no se le ocurriera avanzar más, Hitler también estacionó tropas de la Wehrmacht en Rumanía. En julio de 1940, en la reunión del Estado Mayor en el paradisíaco refugio de Hitler, en Berghof, se produjo cierta inquietud cuando durante la conversación se tocó a la Unión Soviética; según las anotaciones del general Halder, Hitler se pronunció a favor de empezar antes de lo previsto la «operación en el Este». En noviembre Mólotov viajó de nuevo a Berlín, pero en esta ocasión las negociaciones no tuvieron éxito, no hubo acuerdo respecto a nuevos repartos territoriales. A Hitler le parecían desvergonzadas las exigencias del Generalísimo: había reclamado Finlandia, Bulgaria, Turquía y varios territorios del sur del Cáucaso, hasta el golfo Pérsico. El 18 de diciembre de 1940, Hitler firmó la Operación Barbarroja y estableció como fecha del ataque el 15 de mayo de 1941. En la primavera de 1941, solamente quedaban en Europa cinco Estados neutrales: Suecia, Suiza, Portugal, España y Turquía.

La guerra en los Balcanes obligó a Hitler a atrasar Barbarroja unas semanas. El servicio secreto exterior informó al Generalísimo de los planes de Hitler, pero él los consideró una intriga, una invención del servicio secreto británico. Él se rio de aquellas advertencias, dijo que los que lo afirmaban tenían «un cerebro tan pequeño como mi pulgar».

Al Generalísimo, la posibilidad de una guerra contra la Alemania hitleriana le parecía inimaginable. La Unión Soviética estaba cumpliendo el acuerdo comercial y, durante los primeros dos años de guerra, había suministrado a Alemania toneladas de trigo, aceite, acero. En ese momento, el Ejército Rojo

contaba con casi cinco millones de efectivos. Aun así su equipamiento era inferior al del bando alemán, por no hablar de su organización, porque unos años antes el Generalísimo había hecho detener o fusilar a todos los generales y oficiales de renombre del ejército. Pero Hitler y su séquito, malacostumbrados por los éxitos de la guerra relámpago, planeaban un rápido sometimiento de la Unión Soviética. Lo único que Hitler no sabía era que todo el espanto y la miseria que su ejército iba a causar al invadir el país allí formaba parte de la vida cotidiana desde hacía mucho. Que el horror soviético de aquellos años ya había preparado muy bien a la gente para el horror que pensaba llevar el Führer.

El derecho a la pena es un privilegio.

DMITRI SHOSTAKÓVICH

Kostia Dzhashi, ya suboficial de la marina, había pedido un traslado urgente después de quedarse mirando desesperado, por última vez, la puerta cerrada de la casa de Ida. Su solicitud fue aprobada, y en abril fue trasladado a Crimea, a Sebastopol, a un barco de maniobras.

El 22 de junio de 1941, tres grupos de ejércitos de la Wehrmacht cruzaron la frontera soviética: el Grupo de Ejércitos Norte con destino al Báltico y a Leningrado; el Grupo de Ejércitos Centro en dirección a Smolensk y Moscú; y el Grupo de Ejércitos Sur en dirección a Kiev. Había empezado uno de los mayores ataques de la historia de la guerra. Del mar Báltico a los Cárpatos, más de tres millones de soldados alemanes atacaron desde todos los flancos el gigantesco imperio del Generalísimo. Después de la orden, Hitler estaba «descongelado», «todo cansancio había desaparecido de él», anotó Goebbels en su diario tras la invasión de la Unión Soviética. Comenzó el ataque, y todas las conversaciones, leyes y reglas militares mantenidas hasta entonces quedaron sin efecto.

El globo terráqueo empezó a girar más deprisa.

El Generalísimo, que a pesar de todas las advertencias se había atenido a su convicción de que la movilización de las tropas alemanas en las fronteras

era una exageración de los servicios secretos, se había retirado a su casa de campo de Kúntsevo y se dirigió al pueblo, dos semanas después, con una alocución radiofónica dictada en términos catastróficos. Una semana más tarde iba a proclamar la «Gran Guerra Patriótica».

Cuando lo trasladaron, Kostia no podía sospechar que el ataque soviético a la parte occidental de la flota rusa, que estaba estacionada en Sebastopol, sería completamente inesperado e iba a catapultarlo al epicentro de la guerra mucho más deprisa de lo que hubiera querido. Con una velocidad aterradora, la auténtica guerra reemplazó las maniobras de entrenamiento, y Kostia Dzhashi fue a parar a una batalla que duró tres días, en la que todos los barcos anclados en el puerto fueron destruidos y Sebastopol acabaría hincando la rodilla ante los alemanes.

A principios de julio, el Grupo de Ejércitos Norte avanzó hacia el Báltico y la flota de esa zona tuvo que retirarse a Kronstadt. El Grupo de Ejércitos Centro tomó Smolensk el 16 de julio. En las primeras semanas, Minsk también cayó en manos alemanas. Nóvgorod sucumbió el 16 de agosto, el 8 de septiembre los alemanes avanzaron hasta el lago Ladoga y cercaron Leningrado.

El primer teniente rojo fue destinado al frente de Minsk una semana después de empezar la guerra.

Los éxitos del Ejército alemán eran colosales. El Estado Mayor rojo —titubeante, porque estaba atrapado entre el miedo al Kremlin y la necesidad de una actuación rápida— se mantuvo pasivo. La paralización en el Kremlin se extendió a todo el país. Durante los primeros meses de guerra, innumerables personas sacrificaron su vida a ella. En julio de 1941, Goebbels escribía triunfante en su diario: «Ya no puede haber duda de que a la corta o a la larga el Kremlin caerá».

Después de obtener un diploma con excelentes notas en construcción naval, destinaron a Guiorgui Alania a los astilleros de Amur, en el mar del Japón. Alania había dudado, no quería ir al fin del mundo, no quería verse separado de su mejor amigo, esperaba no tener que quedarse allí más de uno o dos años... *A posteriori* el mar del Japón resultó su salvación, porque el traslado a Amur lo libró de la guerra; dado que trabajaba en la industria pesada, se ahorró el frente.

Cuando se produjo la invasión alemana del Báltico y Ucrania, ya nadie creía en el regreso de los bolcheviques, y se celebró la llegada de los

alemanes como libertadores. Cuando los soldados alemanes llegaban a los pueblos ucranianos con tanques y camiones, los campesinos salían a las calles y les ofrecían pan y sal en señal de hospitalidad.

En cambio, la NKVD había completado el trabajo a toda prisa: los prisioneros eran ejecutados en las cárceles, y los ocupantes de los psiquiátricos, asesinados. Tal como más adelante se quemarían pueblos y ciudades... Nada debía caer en manos de los alemanes.

Tomaron por mentiras y propaganda los informes de la prensa soviética sobre los crímenes nacionalsocialistas y los rumores de que ya habían concentrado a muchos judíos para llevarlos a algún sitio de donde nadie había regresado. Por ese motivo, muchos judíos renunciaron a huir. Todos llevaban años escuchando mentiras, realidades inventadas, pero esta que venía de labios de los opresores aún era más falsa que cualquier mentira anterior: en el Cáucaso y Ucrania, el Ejército alemán reclutaba a las minorías étnicas para prestar «servicio voluntario».

Como en los primeros meses de la guerra, en medio del pánico, muchos funcionarios del partido, directores, comisarios, huyeron de sus puestos, los ciudadanos creyeron que los habían dejado en la estacada y se tomaron libertades a las que nunca antes se habrían atrevido: se negaban a trabajar, saqueaban, incluso amenazaban a sus superiores. La invulnerabilidad de los bolcheviques quedaba en entredicho.

En agosto de ese mismo año, el Generalísimo dictó la orden número 270, que consideraba traidor a cualquier soldado que se dejara coger prisionero. Los miembros del Ejército Rojo solo tenían dos posibilidades: dejarse matar por los alemanes o ser fusilados más tarde por su propia gente.

El día en que Kostia Dzhashi cogía las armas por primera vez para disparar sobre personas, su hermana de dieciséis años terminaba la escuela femenina y recibía el abrazo de Andro, que seguía tallando compulsivamente ángeles de madera y se había afeitado los rizos.

Esa misma noche, mi tatarabuelo murió pacíficamente en su cama, después de haber pasado sus recetas secretas a su bloc de notas negro y pensando que estaba en la fábrica de chocolate, que había dejado de existir hacía tres años y se había convertido en una cantina del Estado en la que se servía puré y albóndigas baratas. Murió mientras se creía en su dulce pasado, rodeado de

los aromas más seductores del mundo, lleno de planes para el futuro de su ciudad natal, que había querido convertir en una Niza del Cáucaso, rodeado por sus cuatro hijas, todas encantadoras y llenas de las mayores esperanzas, fuera del alcance de toda la tristeza socialista. Poco a poco se había despedido del presente, hasta que este se había vuelto tenue y translúcido y al final se había roto; viejo, debilitado, frágil, con los riñones débiles, sin prestigio y lejos del oscuro aroma de la sublimidad, una densa pena había formado una costra en torno al fabricante de chocolate, impenetrable, imposible de volver a ablandar. Su decadencia fue difícil de soportar para su familia. Y, a pesar de todos los esfuerzos de Lida y Kitty por mantener lejos del anciano las espantosas noticias del mundo, no lograron liberarlo de esa pena. Preguntaba sin cesar por Christine, que desde su desfiguración no había vuelto a su casa natal. Jamás hablaba del incidente, ni de Ramas, como si Christine nunca se hubiera casado, como si nunca le hubieran hecho lo que le sucedió. Para él seguía siendo la muchacha que tenía toda la vida por delante, y Lida y los demás le siguieron el juego, proclamando presente el pasado y aprendiendo a ocultar su propia pena y sus propias preocupaciones delante de él.

Se encendieron velas de miel que Lida tenía escondidas en su habitación. Lida se sentó junto al lecho de muerte de su padre y rezó durante varias horas. Al amanecer, enviaron a Andro a la oficina de Correos para que mandase un telegrama a Tiflis.

Más tarde se sentaron junto a la ventana, mirando la calle adormilada, y Andro preguntó a Kitty si quería ser su esposa e ir con él a Viena.

A nuestra Viena, añadió.

Christine, con un velo delante del rostro que había trenzado hábilmente al pelo, tomó asiento en el compartimento del tren, vestida de negro de pies a cabeza, junto a su hermana mayor, en la que se apoyaba una y otra vez, y recostó la cabeza en la ventanilla. La estación estaba repleta, la gente iba de un lado para otro como afanosas hormigas. El chico que vendía periódicos gritaba a pleno pulmón:

—¡Guerra! ¡Guerra! ¡Los fascistas han atacado la Unión Soviética! ¡El Generalísimo proclama la Gran Guerra Patriótica!

Christine intentaba no escuchar sus palabras. Pero Stasia, que estaba subiendo la maleta al portaequipajes, se volvió de golpe, sacó la cabeza por la

estrecha rendija de la ventanilla, hizo señas al chico, le dio unos cuantos kopeks y cogió el periódico. Ensimismada en las noticias, jadeó como si tuviera un ataque de asma y se dejó caer sin fuerzas en el asiento.

—¡Kostia! —dijo tan solo Stasia, como si lo hubiera visto delante de ella, y aferró la muñeca de su velada hermana—. Simon se ha llevado a mi único hijo, y no le impedirá ir a la guerra. Incluso estará orgulloso de eso. ¡Oh, Dios mío, Kostia, mi único Kostia!

—No sabemos nada. Mañana temprano nos pondremos en contacto con Simon y Kostia. Trata de calmarte.

Christine miraba por la ventana el verde y ondulado paisaje.

Al amanecer, las hermanas llegaron a su ciudad natal, que se había convertido en todo lo contrario de la Niza del Cáucaso. La noticia de la guerra había llegado hasta allí, la gente vagaba por las calles, los ancianos fumaban sus pipas en las esquinas y se acordaban de los horrores de la última guerra, y las mujeres habían puesto mesitas delante de sus casas, se reunían alrededor de grandes receptores de radio, bebían café y movían sin cesar la cabeza. Tan solo los niños seguían jugando a la pelota, al escondite, echaban carreras y provocaban un ruido ensordecedor.

Lida estaba de pie junto al ataúd de su padre y callaba, una criatura asexuada con un vestido negro de algodón y un pañuelo negro en la cabeza. Kitty y Andro estaban en la escalera, empezaron a llorar a coro al ver el rostro velado de Christine e hicieron como si llorasen por su abuelo, que en los últimos años apenas había ocupado un lugar en su vida, en la vida de nadie, ni siquiera en la suya propia.

Descolgaron los espejos, colocaron todos los iconos disponibles alrededor del ataúd, Lida había llamado incluso a un clérigo, que acudió vestido de paisano, naturalmente. Meri vino desde Kutaisi, con una expresión insatisfecha que parecía integrada en su rostro, como si con ella quisiera hacer personalmente responsables de su desgracia a sus hermanas. Pusieron sillas alrededor del ataúd, las mujeres se sentaron, los hombres se apretujaron en el pasillo y repartieron sus condolencias. Durante tres noches, las luces permanecieron encendidas, se abrieron todas las puertas, se dieron a los pobres los sobrantes del banquete fúnebre, se regalaron las pertenencias del fallecido.

No paraban de mandar a Kitty y a Andro a algún sitio, a traer pan o vino, nadie tenía tiempo de observar los ojos ardientes de Kitty, el temblor en las

rodillas de Andro y los contactos, solo en apariencia casuales, entre ambos.

—Está bien. Casémonos —había respondido Kitty a Andro, el día en que su hermano apuntó por vez primera su fusil hacia un hombre y su abuelo murió. Y mientras velaban el cadáver hablaban sin cesar de su futuro entre susurros, porque su amor, a diferencia del de Kostia, no podía expresarse sin palabras.

La velada Christine los llamaba a su lado una y otra vez, y los acariciaba como a niños pequeños.

—No tengáis miedo, todo se arreglará —repetía sin cesar, cuando era la única que tenía miedo. A la interminable soledad en la que estaba presa, a la oscuridad de la que no hallaba salida, al momento en que Stasia volvería a su vida anterior y tendría que quedarse atrás consigo misma y con sus fantasmas. Miedo a la guerra pero, sobre todo, al hecho de no saber cómo seguir viviendo con media cara y un corazón que pertenecía a un suicida.

El 5 de julio —el día en que Sebastopol cayó en manos alemanas— enterraron al fabricante de chocolate entre su esposa rusa y su esposa georgiana, y se sentaron a la gran mesa de madera para tomar café y conversar sobre el futuro de la familia Dzhashi.

—Tengo que recuperar a Kostia —dijo Stasia de pronto, y encendió un cigarrillo.

—Tranquilízate, Anastasia, Dios cuidará de él, es un chico valiente —susurró Lida.

—¡Cierra el pico! —gritó Christine, y se sirvió una copa de un aguardiente que alguien había dejado encima de la mesa. Y, antes de que Lida pudiera santiguarse y pedir perdón a Dios por la desvergüenza de su hermana, Kitty dijo:

—Vamos a casarnos.

Kitty miró orgullosa a Andro, que estaba sentado en silencio con la cabeza baja, mirando fijamente al suelo.

—¿Cómo? —rio Christine.

—Vamos a casarnos y a marcharnos —repitió Kitty. Lida se santiguó por fin, y Meri resopló despreciativa, como si aquella afirmación la hubiera ofendido personalmente.

—¿Estáis locos? —dijo por fin Stasia, todavía contenida.

—Sé que debería haber hablado contigo, pero nunca era el momento cuando estabas aquí... —empezó lentamente Andro.

—Santa María... —susurró Lida.

—Mi madre ha muerto, ¿no? —preguntó de repente Andro, y no obtuvo respuesta, solamente miradas elusivas. Lida volvió a persignarse.

—Estamos en guerra. Uno no se casa en guerra —dijo Stasia.

—O precisamente es cuando lo hace —respondió Andro.

—No sé qué decir al respecto. Pero es vuestra vida. De un modo u otro, es el peor momento para esas niñerías —dijo Stasia, y salió de la habitación. No regresó hasta la noche siguiente. Lida ya iba a salir a buscarla, pero Christine se lo impidió; intuía que Stasia habría cogido prestado un kabardin y habría ido hasta la ciudad subterránea. Probablemente cabalgando a horcajadas.

Cuando el Ejército alemán cruzó el Don, Lida ingresó en un convento en Racha, donde iba a pasar el resto de la guerra, la casa fue cerrada y Christine, Stasia, Kitty y Andro cogieron juntos el tren de vuelta a la capital.

Llegados a Tiflis, todos se alojaron en la mansión de Christine, que detrás de su pomposa fachada parecía gastada y vacía, porque a lo largo de los últimos años todo lo que de valioso y raro había en ella había desaparecido y había sido vendido en el mercado negro. Enviaron telegramas a Leningrado sin que llegara ninguna respuesta. En Tiflis reinaba el pánico, circulaban rumores de que los fascistas planeaban una operación secreta en el Cáucaso, de que Hitler había declarado el Cáucaso, y sobre todo el petróleo del Caspio, prioridad suprema.

En la ciudad, la vida cotidiana se volvió más silenciosa, más cautelosa, más dubitativa y agobiada..., pero continuó. Las industrias de alimentación y las fábricas trabajaban a pleno rendimiento. Los koljoses tuvieron que duplicar su producción. En septiembre llegaron las primeras noticias del cerco de Leningrado. Poco después, Stasia recibió una carta de su esposo (sí, los matrimonios duraban más que el amor, Brilka) en la que le comunicaba que Kostia estaba bien, se había batido en la batalla de Sebastopol y ahora servía en la flota del Báltico, porque estaba en juego la defensa de Leningrado. No tenía de qué preocuparse, él mantenía correspondencia con su hijo, no le faltaba de nada. Por su parte Simon se hallaba en Moscú, dirigía una división del 36.º batallón de cazadores y esperaba un nuevo traslado.

Mientras Stasia caminaba horrorizada de un lado a otro de su habitación, fumaba cigarrillos, maldecía y trataba de luchar contra las lágrimas de la indignación, Andro paseaba con Kitty por el jardín botánico. Buscaba caminos secretos para recorrerlos juntos, trepaba con ella los empinados riscos. Al oscurecer, se sentaron al lado de la catarata, y cuando Kitty le preguntó si no era hora de irse porque el jardín iba a cerrar pronto, él respondió que podían quedarse a pasar la noche. Se había encargado de todo, había dicho en casa algo acerca de una asamblea plenaria, así que no los esperaban. Extendió una manta, sacó de su zurrón un poco de pan y de queso, puso al lado una botella de vino y le guiñó un ojo.

Sin duda, escucharon la pequeña catarata a la que tanto me gustaba saltar de niña, y sin duda se asombraron del tamaño de la pálida luna de septiembre. Sin duda, estaban embriagados por el regreso a la gran ciudad, pero sobre todo embriagados el uno por el otro y por su atracción física, que por primera vez vivían abiertamente, se permitían el uno al otro. Y, sin duda, a Kitty le dolió la espalda, por el suelo rocoso junto a la catarata, pero seguramente no le importó, porque besó a su Andro como nunca lo había hecho antes, y se dejó desnudar y palpar, saborear y oler, se dejó investigar el cuerpo, olvidó su vergüenza y olvidó la guerra. Olvidó el ejército de ángeles de madera que debía protegerlos a ambos de algo que estaba en marcha. Y sin duda saltaron, abrumados y agotados, bajo la catarata. Yo lo habría hecho así, Brilka, si hubiera pasado allí mi primera noche de amor.

Tres días después, Stasia reunió a los miembros de la familia Dzhashi en el espacioso salón de recepciones que no había vuelto a ser utilizado desde la muerte de Ramas, y en el que en invierno no había calefacción, porque era demasiado grande, y dijo, fumando su cigarrillo:

—No aguanto más. No puedo dejar que una maldita guerra vuelva a arruinarme la vida. Tengo que encontrar a Kostia. Hablaré con Simon para que ponga en juego sus relaciones, y quizá sea posible un traslado. Qué se le ha perdido a un georgiano en el mar Báltico, tienen que devolvérselo, aquí aún hay calma, y la flota del mar Negro no es una flota de guerra. Kostia tiene que salir de allí. Si es preciso, lo ataré y lo traeré de vuelta. No voy a

sacrificar a mi hijo. Basta, y vosotros... —miró a Andro y Kitty, que se sentaban intimidados en un rincón— no vais a casaros. Es una época equivocada para casarse. Andro, trata de hacer algo con tu vida, son tiempos difíciles. Y tú, ¿qué va a ser de ti, Kitty? ¿Siempre cantando y bailando y brincando por ahí? ¿Crees que se puede vivir de eso? Y escuchad a Christine. Ya sois lo bastante mayores. No me apetece trataros como a niños pequeños porque os comportéis como niños pequeños.

Luego, dio a cada uno de ellos un beso cauteloso en la mejilla, cogió la vieja maleta con la que había vuelto de Petrogrado y se fue a la estación. Todos los ruegos de Christine, todas las amenazas, todos los intentos de disuadirla de realizar ese peligroso viaje a través de Rusia fracasaron. No quería saber nada de lo insensato de su proyecto.

Durante días viajó en trenes, vagones de carga, autobuses e incluso —según me contó— un carro tirado por mulas, y por fin, a finales de septiembre, llegó a Moscú. Había llovido con fuerza y la ciudad nadaba en el lodo. Resbalando en el barro, Stasia entró en la ciudad y en la guerra. Exactamente igual que entonces, hacía poco más de veintitrés años, cuando, siguiendo la ruta del ejército con la esperanza de volver a encontrar a su reciente esposo, se halló en medio de una guerra civil. Esta vez no se trataba de una guerra civil, sino de una guerra mundial. Esta vez no buscaba a su marido, sino a su hijo. Esta vez se había propuesto dar con él sin tener que esperar dos años. Esta vez —aunque se hundiera el mundo— su viaje tendría un buen final.

Stasia aún no podía saber, el Sovinformburó no daba esa información, que ya en ese momento había que lamentar más de un millón de muertos en suelo soviético.

Los cohetes soviéticos han sido fabricados para la paz.

CARTEL PROPAGANDÍSTICO

Simon Dzhashi no daba crédito a sus ojos cuando vio a su mujer de pie ante él en el viejo cuartel. Parpadeó, como si tuviera que cerciorarse de que

no se trataba del espíritu de Stasia. Había cambiado. Tenía los hombros hundidos, parecía más bajita que antes, como si la desgracia de su hermana, la lejanía de sus hijos, la inexistente vida conyugal la estuvieran encogiendo. Las antaño férreas pantorrillas eran menos musculosas, la espalda ya no era tan firme y recta como entonces, a los labios les faltaba color y ya no era posible ignorar las arrugas en torno a la boca. Trató de abrazarla con fuerza, pero el abrazo resultó más difícil, más artificial de lo previsto. Había olvidado cómo era sentir.

—¡Esta decisión tuya es una absoluta insensatez! —explicó Simon a su mujer, una vez esta le hubo informado de su proyecto—. Por si todavía no te has enterado, nos encontramos en una guerra mundial, Stasia. Y de ninguna manera voy a conseguirle un certificado falso. Al fin y al cabo somos el Ejército Rojo, no una especie de club de aficionados. Si perdemos, todos nos iremos al cuerno, ¿no lo entiendes? Todos nos convertiremos en esclavos, perderemos todo lo que tenemos, no solo nuestra libertad sino también el futuro, nuestro país, nuestra patria.

—Prefiero ser esclava y saber que mi hijo vive que ser una mujer libre con un hijo muerto —exclamó ella, un tanto teatral.

—¡Stasia, escúchame! Kostia está en la marina. Es un marinero en cuerpo y alma. Él lo ha querido así. Es adulto. Sirve a su patria. Incluso si no fuera así, nadie cede un marinero capaz a una flota carente de importancia estratégica como la del mar Negro. No pasará mucho tiempo antes de que movilicen a todos los jóvenes. También en Georgia llegaremos a eso. No te hagas ilusiones, esto no va a terminar tan rápido. Tenemos que apostar todo para ganar esta guerra.

—Él no es un adulto, no es... —Stasia negaba sin cesar con la cabeza, como si la única frase de su marido que había entendido fuera la de la edad de Kostia.

—Lo conseguiré. Lucharé. No se dejará someter, es un ejemplo de valentía y de lealtad. Tenías que haberle visto cuando, en su desfile de graduación...

—No lo entiendes. *Tú* no entiendes todo esto, no yo, Simon.

Stasia dio una calada a su cigarrillo sin filtro y apartó el humo con la mano.

—Tienes que salir inmediatamente de la ciudad, Stasia. Hacemos lo que podemos, pero quizá haya que evacuar Moscú. Debes regresar a Tiflis mientras aún es posible.

Simon hizo un nuevo intento de rodear la espalda de Stasia con sus brazos. Esta vez le salió un poco mejor. Stasia se preguntó, mientras se dejaba abrazar por su esposo, por qué realmente no se preocupaba por su marido como por su hijo. Se avergonzó de ese pensamiento y se libró del abrazo.

El primer teniente rojo siguió hablándole, trató de hacerle cambiar de opinión, trató de animarla a volver a casa, pero Stasia repetía una y otra vez que al menos tenía que ver a Kostia antes de emprender el viaje a casa. Al menos tenía que intentar hablar con él. Pero en ese momento Kostia ya estaba en el lago Ladoga; como parte de la infantería de marina tenía la misión de garantizar el abastecimiento de la carretera militar número 101; la carretera que iba a entrar en la historia como «la carretera de la vida».

Stasia se quedó en Moscú.

Stasia se quedó en el cuartel, haciendo sopa de patata para los soldados.

La victoriosa campaña de verano de los alemanes parecía casi irreal. El éxito de la Operación Barbarroja confirmó la creencia de Hitler en su pronta victoria sobre el Kremlin. El Grupo de Ejércitos Centro empezó a avanzar hacia Moscú. En otoño de 1941, el Ejército Rojo se reordenó y planeó contraataques. Se formaron setenta divisiones nuevas al mando del general Zhúkov, se ordenó fusilar en el acto a todos los desertores y amotinados. El barro del otoño, que hizo intransitables las carreteras, resultó un servicial amigo para Moscú y para todo el Ejército Rojo. El avance del ejército alemán se retrasó durante semanas; combustible, munición, todo tipo de suministros, pero sobre todo la ropa de invierno para los soldados, se habían quedado por el camino.

En los distritos urbanos aguardaban ya los batallones obreros. Y, mientras Stasia seguía esperando ver a su hijo, Andro Eristavi recibió la carta de movilización para el servicio en filas. La mayoría de los soldados georgianos movilizados en el invierno de 1941 iban a ser enviados a defender el frente occidental, y acabaron en Kerch, en Crimea.

Desde la partida de su hermana, Christine había puesto de manifiesto una disciplina impresionante: como si hubiera estado esperando quedarse sola con dos adolescentes, regresó de su mundo de sombras, lleno de aguardiente de

cerezas y arias de ópera, a la sucia realidad, asediada por las preocupaciones, y elaboraba a diario un plan para los tres miembros de la familia que regulaba las tareas del día; había que hacer el trabajo de la casa, conseguir los cupones de racionamiento, reunir donaciones.

Mientras Andro prestaba servicio como voluntario en una oficina de Correos, Kitty le ayudaba a recoger gasa y vendas para el frente, y juntos plantaron verduras en el jardín, porque las raciones de comida no bastaban. La guerra parecía haber devuelto a Christine el sentido de la vida. Andro y Kitty se encaminaban, estrechamente unidos, como hermanos siameses, a sus ocupaciones, se guiñaban el ojo, se reían entre dientes, se pellizcaban, hacían sin parar sus queridas competiciones: el que primero llegara al próximo cruce, el que primero alcanzara la entrada de la casa, el que más verduras plantara, el que más donativos recogiera.

—¡Para nuestros soldados! ¡Donativos para nuestros soldados! Se necesita ropa caliente para el invierno, calcetines, ropa interior, camisetas. ¡Todo es bienvenido!

Kitty había cogido una gripe, así que Andro estaba solo delante de su gran caja junto a la tetería y pedía a la gente, a gritos y con amistosa sonrisa, que hiciera donativos para el frente. De pronto, un caballero elegante se detuvo ante él y le tendió la mano:

—¡Mis respetos, joven! ¡Qué celo por la causa! A eso llamo yo auténtica lealtad a la patria. Muchas personas de su edad no hacen más que vagar y no tienen en mente otra cosa que la diversión, no saben lo que significa estar en guerra, pero usted, *chapeau!* —e hizo una afectada reverencia, sacó de su maletín un donativo envuelto en papel de periódico y lo puso cuidadosamente en la caja de Andro.

El caballero parecía extranjero, aunque hablaba perfectamente georgiano, llevaba un traje de raya diplomática que le sentaba como un guante y un sombrero de extraño corte con un adorno verde oscuro. Se presentó como David.

—Por el momento debería bastar —dijo.

Se mostró interesado en las tallas que Andro tenía consigo, y pronunció un largo discurso acerca de las modernas orientaciones artísticas. En todo caso hablaba del arte europeo, citó nombres que Andro desconocía, y le impresionó tanto más al hacerlo.

El elegante caballero tuvo que haberle parecido a Andro un ser de otro

planeta.

—Sí, hay muchas cosas interesantes en el mundo, de las que por desgracia aquí nos llega poco, ¿eh, Andro? —concluyó su monólogo el señor, y Andro se sobresaltó, porque él no le había dicho su nombre al elegante caballero.

Antes de que pudiera preguntar cómo lo sabía, el hombre puso una caja de cerillas en la caja de Andro y siguió su camino sin despedirse de él. Andro cogió la caja de cerillas y la examinó. En el reverso había una dirección garabateada con letras diminutas.

A Andro todo aquello le parecía terriblemente misterioso. Durante tres días, anduvo con la caja de cerillas en el bolsillo, sin hablar ni siquiera a Kitty del notable encuentro. Se imaginaba toda clase de aventuras en las que podía estar involucrado el caballero elegante. Se preguntaba qué podía querer de él un hombre tan mundano, y de qué podía conocerlo. Cuando, al cabo de tres días, ya no pudo frenar su curiosidad, acudió a la dirección indicada. Una escalera de caracol llevaba a una pequeña vivienda en el ático. Allí lo recibió el caballero, que ahora llevaba un traje azul oscuro y tenía en la mano una copa de brandy, una bebida que Andro solo conocía por los libros.

—Eres un chico elegante. Reúnes en ti muchas cualidades *útiles*: sensibilidad, curiosidad, tienes buenos modales, aspiras a algo más y eres leal. Pero por desgracia, no vivimos en un tiempo que aprecie tales cualidades. La brutalidad, la codicia y la traición están a la orden del día.

El hombre fue rápidamente al grano, un poco demasiado deprisa para el gusto de Andro. Acababan de sentarse delante de una vieja chimenea recubierta de azulejos y Andro había probado el primer trago de brandy cuando el caballero empezó a tratar de convencerle:

—Las ideas del socialismo han sido traicionadas. Nos han traicionado. Y ahora estamos en medio de una guerra, aunque queríamos la paz. Ahora estamos en medio de la esclavitud que queríamos combatir, estamos en una dictadura, muchacho, aunque anhelábamos la libertad. Nuestros ideales han sido violados.

El caballero asintió con aire significativo, como si con eso quisiera subrayar sus palabras. Andro callaba y miraba al suelo, se sentía insignificante y necio, no quería parecer inexperto e ignorante. Al menos con su silencio podía dar la impresión de que reflexionaba acerca de lo que el caballero le estaba contando.

—Pero sigue habiendo esperanza —continuó el hombre, y esta vez sonaba

como alguien que pronuncia un discurso delante de una multitud. Se levantó y se puso junto a Andro—. Hay una posibilidad de vencer esta violencia y levantar una Georgia libre, en la que, como antes, se pueda viajar sin problemas a París o Viena. Pero para eso necesitamos gente buena. Tú quieres ir a Europa, ¿no? —el brandy volvió a llenar generoso la copa, cálido—. Necesitamos hombres que sepan qué es lo que de verdad importa, y tú pareces ser uno de ellos, muchacho. Si *ganamos* esta guerra, todas nuestras esperanzas quedarán enterradas, todos los ideales estarán muertos, todas las fronteras cerradas. ¿Me entiendes?

Andro, nublado por el alcohol, asintió con aire significativo. Volvió a levantar la vista y respondió a la amplia sonrisa del caballero.

La vivienda estaba decorada de manera espartana, lo que no encajaba con la irradiación mundana de aquel David. Quizá era una especie de camuflaje, se dijo Andro. Se sentía llamado a algo importante y, aunque no sabía exactamente en qué consistía su tarea, en cualquier caso era emocionante. Algo en él decía que no podía decepcionar a ese hombre.

Este hablaba de libertad y valores, fronteras y opresión. Hablaba de Europa, una y otra vez dejaba caer nombres que sonaban como magia pura a los oídos de Andro, tan inalcanzables y tan románticos. Lugares que siempre había querido visitar, lugares de los que tanto había hablado a Kitty, sonaban tan familiares en la boca de ese hombre, no tan lejanos, nada inalcanzables. Como si acabara de regresar de dar un paseo por Montmartre y, en ese mismo instante, ofreciera a Andro acompañarle allí en su próximo viaje.

Con ese hombre resultaba muy fácil imaginar las mesas de juego en Baden-Baden, los locales de baile en París y los cafés de Viena. El elegante caballero continuaba hablándole, alimentaba su fantasía con imágenes espléndidas y prometedoras y le garantizaba Viena, la libertad, le prometía maravillosas expectativas. Él podría emplear su talento y aspirar a una carrera como escultor. Él podría estudiar en Europa.

—Los alemanes aspiran a la libertad de Georgia. Saben muy bien que el Cáucaso es la cuna de nuestra raza y de nuestra civilización —el hombre hablaba ahora en susurros. Se había sentado justo enfrente de Andro y le miraba directamente—. ¿Has oído hablar de la Legión Georgiana, muchacho? —Andro negó con la cabeza—. Son hombres que luchan desde el extranjero, sobre todo desde Berlín, por una Georgia libre. En los últimos años ha habido conversaciones secretas con los alemanes, nos han asegurado que, en cuanto

la Unión Soviética haya sido derrotada, volveremos a ser libres. Que formaremos, como parte del Imperio pangermánico, un Estado autónomo, y recibiremos lo que nos corresponde, si me comprendes.

Andro asintió cauteloso, aunque no sabía muy bien si de verdad entendía lo que el hombre estaba diciendo.

—Tú puedes ayudarnos, Andro. Tú puedes ayudarnos a ganar esta guerra. Tú puedes ayudarnos a dar forma al futuro de nuestro país. Tú puedes ser libre, muchacho. Has sido llamado a filas, ¿verdad?

Andro volvió a sorprenderse de lo bien informado sobre él que estaba el hombre. Esta vez asintió con decisión.

—Van a enviarte a Crimea. Allí, contactarán contigo y te asignarán tareas concretas. Como no tienes experiencia militar, muy probablemente te instruirán en sistemas de radio. Una tarea muy importante, muchacho. Dentro de unos meses te enviaremos a Europa. Desde allí podrás operar con nosotros. Tenemos nuestras células repartidas por todas partes. Por toda Europa Occidental, y pronto por todo el mundo. Y, cuando haya pasado todo esto, podrás ir donde quieras.

Andro, ya achispado y con el rostro enrojecido, se inclinó un poco más hacia delante y apuró el último trago de su brandy.

—Hum, eso es fuerte —dijo con una sonrisa—. ¿Y qué pasa con mi mujer?

—¿Estás casado? —se sorprendió el caballero elegante.

—Sí, lo estaré pronto.

—Oh, entiendo. Nunca debería haber obstáculos para el amor. Puedo asegurarte que, en cuanto hayas llegado a Europa y hayas comenzado tu actividad, enviaremos a tu esposa contigo. Pero todo eso requiere tiempo. Estamos en ello. Hay mucho que hacer, y las manos que ayudan son importantes, Andro. Conseguiremos documentos falsos para ella y, con la máxima protección, se entiende, la sacaremos del país.

—¿Sois algo así como espías? —preguntó Andro, y rio, inseguro. Le dolía la cabeza. Trataba de interpretar las palabras del hombre. Intentaba valorar la oferta. El caballero elegante le dio una palmada en la espalda.

—Nos limitamos a hacer nuestro trabajo, nuestro trabajo por una Georgia libre.

—Pero ¿eso significa que colaboráis con los fascistas? ¿Por qué iban precisamente los fascistas a querer que Georgia fuera un país libre?

—Escúchame, Andro, escúchame con atención —el hombre volvió a

sentarse en el brazo del sillón de Andro, y esta vez habló en un tono un poco más severo—. Quizá hayas oído hablar de Schalwa Maglakelidse. Un demócrata georgiano de la primera hornada, y un general de alto nivel. Antes de la revolución, era el gobernador general de Tiflis. Después de la ocupación de Georgia, abandonó el país y emigró a Berlín. Allí fundó en 1924 una organización de resistencia: el Comité Georgiano de Guiorgui el Blanco. Esta organización sirve a la liberación de Georgia de manos de sus ocupantes. Al principio de la guerra fundó además el Comité Nacional Georgiano en Berlín, y firmó con el Gobierno alemán un acuerdo según el cual Georgia tendrá estatus de libertad dentro del Imperio pangermánico. Maglakelidse ha reunido a su alrededor a los mejores soldados georgianos en el exilio y se ha unido al Ejército alemán. Pronto formarán parte de la Legión Georgiana trece mil soldados, Andro, repartidos en doce batallones distintos. Todos los días se unen a esa legión desertores de los rojos y prisioneros de guerra. Y Maglakelidse ha sido ascendido ya a mayor general.

—Creo que lo mejor es que me vaya...

Andro se levantó y empezó a buscar su sombrero. El caballero se quedó sentado, inmóvil, sin perder de vista a Andro.

—Tu madre está muerta, Andro. Fusilada como una puta barata. Puedo darte los detalles por escrito, si te interesan. Incluso el precio exacto de los cartuchos que emplearon para su muerte. Fusilada porque quería seguir siendo libre, en un país libre.

Andro, ya en la puerta, se volvió lentamente y miró al hombre a la cara. La transformación de la sospecha en certidumbre lo cambió a él y cambió su futuro para siempre.

Entre finales y principios de año, Andro dejaría Tiflis en dirección a Crimea, junto a otros soldados. Járkov estaba en manos alemanas, y se reforzaban los rumores de que solo era cuestión de tiempo que el Ejército alemán alcanzara el Cáucaso.

La noche antes de su partida, Andro se deslizó en el cuarto de Kitty, la despertó y le contó sus planes. Kitty reaccionó de manera histérica, y le dijo que no debía correr ese riesgo, que era demasiado peligroso y él demasiado inexperto, que los rojos podían averiguarlo en cualquier momento y detenerlo. Y entonces ya no habría salvación para él. Kitty no quería en

absoluto que los fascistas ganaran la guerra, no quería un Estado autónomo dentro del Imperio pangermánico. Era ilusorio que la victoria fascista significara la libertad para Georgia. No debía ser tan inocente, tenía que entrar en razón. Se exponía, y exponía a toda la familia, a un gran peligro.

Todo tenía sus motivos, insistió Andro. Al fin y al cabo, al señor elegante también le interesaba que él no levantara el vuelo. Pero cuando Kitty siguió negándose a aceptarlo él le gritó, la agarró por el codo, la sacudió e insistió en que debía creerle, en que debía confiar en él. No tenía ningún futuro en un país en el que habían matado a tiros a su madre como a una vaca enferma, en un sistema como ese. Prefería arriesgar su vida por una esperanza que perecer en aquella ciénaga.

Kitty le miró con los ojos muy abiertos. Nunca lo había visto tan fuera de sí. Acabó apretando la cabeza de él contra su pecho como si fuera un niño pequeño. Sus intentos de consolarlo pasaron a ser besos apasionados y terminaron en su cama.

—En cuanto sea posible, estableceremos contacto contigo y me seguirás —dijo Andro en voz baja, desnudo, encogido, tumbado como un embrión al lado de Kitty—. Vendrás, ¿no? ¿No? ¡Prométemelo!

La miraba expectante.

—Sí. Sí, te seguiré —dijo, y le puso el índice en los labios. Era la primera vez en su vida en que los sueños de Andro la atemorizaban.

El mundo bailaba en corro. Los esqueletos bajo la tierra marcaban el ritmo. Las rosas crecían negras. Todos los caminos parecían puentes colgantes, vacilantes, a punto de desplomarse en cualquier momento. Incluso la nieve tenía una coloración azulada. El cielo estaba lleno de agujeros; también se veían agujeros de bala en el horizonte, y el sol resplandecía cansado, pero ya no podía dar calor.

Los árboles hablaban en susurros y se colgaban cada uno de las ramas del otro. Los pájaros caían del cielo porque, mirando el baile, se habían olvidado de volar, y los niños se hacían adultos de golpe y limpiaban granadas. Las lágrimas se habían vuelto infrecuentes y caras. Tan solo las muecas eran gratis.

El chocolate no era más que un recuerdo de otra época, y sin chocolate se olvidaba la dulzura y sin dulzura se olvidaba la infancia y sin infancia se

olvidaba el principio y sin el principio no se reconocía el fin.

Y la voz de la Unión Soviética, la voz del Sovinformburó, Yuri Borisovich Levitan, resonaba a través del éter, informaba incansable, inconfundible, con su voz omnipresente, sobre horrores que en su boca siempre parecían un poco menos terribles. Su voz —lo creía el propio Generalísimo— daba confianza a la nación. Levitan hablaba y hablaba:

... los alemanes han sido rechazados en Rostov. Éxito en el lago Ladoga, la «carretera de la vida» vuelve a ser transitable. La helada paraliza el frente. Los alemanes atacan desde el sur, cruzan el Volga. Los alemanes se acercan a Stalingrado. Se ha impartido la orden: «Ni un paso atrás». Doscientos cuarenta mil soldados alemanes embolsados...

Y la nieve cayó y se rompió en esquirlas, y los fantasmas paseaban por las colinas y rezaban rosarios por los congelados.

*En Alemania no habrá ninguna revolución, porque para eso
habría que pisar el césped.*
VLADÍMIR ILICH LENIN

A finales de septiembre el primer teniente rojo fue destinado al Volga, a Kamishin, y Stasia envió un telegrama a su hermana, a Tiflis, diciendo que no podía salir de Moscú, las carreteras estaban intransitables y Kostia probablemente se hallaba en Leningrado. Ella se había quedado sola en el cuartel de Moscú, y empezaba a darse cuenta de lo absurdo de su proyecto. Visto en retrospectiva, llegar a Leningrado, hasta Kostia, le parecía un deseo necio. Se preguntaba cómo había podido actuar de manera tan irreflexiva, dejando atrás a su hija y a Andro.

Simon le había prometido, antes de partir, sacarla de la ciudad en cuanto se ofreciera la oportunidad, para que pudiera marcharse a casa. Pero también eso parecía una idea imposible, dada la situación: en ese momento ya nadie podía garantizar una salida segura. Otra vez se encontraba prisionera en medio de un escenario bélico, temiendo por su familia, pasando hambre y frío, y se preguntaba cómo podía haber sido tan tonta. Y por qué cada uno de sus

intentos de mantener unida a su familia desembocaba en una guerra.

Sin embargo, esta vez Stasia estaba mejor preparada, al contrario que en Petrogrado. Sabía a quién había que dirigirse para conseguir productos del mercado negro, sabía cómo tenía que tratar con los soldados que se habían quedado allí, qué superiores eran afectos a su esposo y cuál de ellos estaba en deuda con Simon. De hecho, consiguió disponer de una habitación en el cuartel para ella sola. Se hizo útil en la cocina. Remendaba y cosía abrigos y camisas, uniformes. Pero su principal pensamiento era huir de aquel demonio de la guerra.

Christine no le había contado nada del llamamiento a filas de Andro, pero Stasia intuía que no pasaría mucho tiempo antes de que lo enviaran al frente... y, a diferencia de Kostia, Andro no era ningún combatiente. Y Stasia recordó a Sodio e incluyó a su amiga en sus pensamientos y le pidió perdón por no haberse quedado en Tiflis y no haberse ocupado mejor de Andro.

Cuando cayeron las primeras bombas e hicieron resonar los oídos de Stasia, cuando por primera vez en su vida se encontró en uno de los refugios antiaéreos que habían sido acondicionados en las estaciones del metro, entonces fue consciente de que no solo no había salvado a su hijo ni protegido a su hijo adoptivo, sino que se había puesto a sí misma en peligro de muerte, y sintió un auténtico pánico.

De pronto ya no era una espectadora, hacía mucho tiempo que se había convertido en parte de ese terrible espectáculo, y las dificultades superadas en Petrogrado habían quedado ya muy atrás.

Medio millón de ciudadanos, sobre todo mujeres, levantaban fortificaciones a las puertas de Moscú. Para camuflarlas de los ataques aéreos de los alemanes, las fachadas fueron barnizadas y repintadas detalladamente.

Y Stasia se reía de sí misma, con una risa cínica y brutal, al pensar en lo ingenua que había sido al creer que se podía sacar a alguien de la guerra, cuando era imposible evitar convertirse uno mismo en parte de ella.

Empezó la movilización masiva. Junto a otras mujeres, Stasia arrastró sacos terreros, arrió el hombro cuando se trataba de levantar una nueva barricada o velar las ventanas, porque se había dispuesto la oscuridad total por el riesgo de ataques aéreos. Algunas mujeres de militares se trasladaban con los niños a los cuarteles. Los hombres se habían ido. En aquellas noches sombrías, Stasia se sentaba junto a una olla de col o de patatas en la cocina del cuartel y no podía creer lo real que parecía la idea de que no volvería a

salir de allí jamás, de que no podría volver a ver a sus hijos, a su hermana, a su marido.

La gran lluvia había cesado, el lodo se secaba y los alemanes marchaban hacia Moscú. Cuando comenzó la evacuación de la ciudad, estalló el pánico entre las masas. Gente que, como enloquecida, quemaba expedientes en las calles. Los hombres no aptos para el servicio bélico se dedicaban a minar edificios importantes. Se les veía caminar por las aceras con el explosivo en la mano, cautelosos como equilibristas, como si fueran parte de una coreografía elegíaca y al mismo tiempo macabra (cuando se demolió el hotel Moscú, en el año 2005, se encontró en el sótano del edificio más de una tonelada de explosivos).

Sacaron el cadáver de Lenin de su mausoleo, el Kremlin se pintó de verde. En las carreteras de salida se alzaron globos cautivos para detener a los bombarderos rasantes. En los archivos ardieron los documentos. Todas las fábricas, escuelas, instituciones estaban cerradas, y al final se suspendió también el transporte público.

Las estaciones estaban repletas: los trenes salían hacia Kirguistán, hacia Tartaristán, hacia Kazajistán, lugares de los que hasta entonces nunca se había oído hablar; lejos, muy lejos, viajes en tren que duraban días, viajes en barco que duraban semanas. Se elaboraba la lista de los grupos profesionales y se les asignaban lugares de evacuación. Los miembros del Partido Comunista, la asociación de escritores, la Academia de las Ciencias, médicos, botánicos, ingenieros, químicos, físicos, conductores de locomotoras, incluso bandas de música enteras eran alojados en los trenes. A los privilegiados les tocaba el turno antes, los que tenían poco que ofrecer debían esperar, apretujarse, conseguir una plaza de pie, sin billete de asiento, en los vagones.

Stasia, arrastrada por otras mujeres del cuartel, se sumergía en la multitud, se perdía, volvía a aparecer, alguien la cogía de la mano, la volvía a soltar. Llevaba el certificado de evacuación a Tartaristán en su pasaporte, en el bolsillo interior del abrigo. En la estación de Kazán, la multitud se convirtió en un único cuerpo gigantesco, con dos brazos y dos piernas desproporcionados, un torso informe y una monstruosa cabeza. Stasia se detuvo, se apartó de las otras mujeres que, con niños y maletas, corrían hacia las vías, le llamó la atención un pequeño grupo que se distinguía de todos los demás, y se quedó mirándolo.

Aquellas personas subían a los vagones con una lentitud y una elegancia

casi antinaturales, se ayudaban unos a otros con el equipaje, miraban continuamente a su alrededor, como si les costara trabajo abandonar la ciudad. Stasia preguntó a un hombre a qué grupo profesional pertenecían aquellas personas, y él le respondió irritado que eran bailarines del teatro Bolshói.

Stasia no podía apartar la vista de ellos. Una mujer joven como de filigrana la miró y le hizo una seña. Stasia se acercó.

—¿De qué teatro es usted? —preguntó la joven, y le brindó una cálida sonrisa.

Oír esa pregunta de labios de una bailarina del Bolshói le produjo a Stasia un estremecimiento de alegría infantil, por un instante su pecho se llenó de orgullo. ¡La tomaban por una bailarina! Bajó la cabeza, avergonzada, y murmuró algo sobre una ciudad de provincias.

—Eso da igual. En esta época espantosa los artistas hemos de estar especialmente unidos, ¿verdad? —animó a Stasia la joven bailarina, e hizo un gesto de invitación con los dedos—: ¿Tiene a mano el certificado de evacuación? Seguro que encontramos un sitio para usted, no se preocupe.

Stasia estuvo a punto de aceptar la invitación y subir al tren, para el que no tenía ningún derecho. Por un momento, se había entregado a su ilusión, había enlazado tan fácilmente con su pasado, se había creído que volvía a tener diecisiete años, que París y los Ballets Rusos la esperaban, que, si se esforzaba lo bastante y practicaba las horas suficientes, podría bailar *Scherezade* en el Théâtre du Châtelet.

Su mano fue hasta sus pechos, y allí, en la camiseta interior, tocó algo pesado que siempre llevaba consigo y que le daba una singular tranquilidad: el reloj de oro de Thekla. Retrocedió un paso, vio la mirada confusa de la bailarina, negó con la cabeza, sonriendo con gratitud, y volvió a perderse entre la masa.

La mujer de un oficial del cuartel la había visto y le hacía señas.

—Date prisa, Stasia. El tren ya está lleno, ¡vamos!

Pero de pronto Stasia sentía un vacío espantoso en el pecho. Una indiferencia que lo abarcaba todo. Una y otra vez volvía la vista, trataba de distinguir a los bailarines, aunque había demasiada gente entre ella y ellos.

¿Por qué demonios iba a ir a Tartaristán?

El único destino razonable era su casa. No quería subir a aquel tren, no quería ir tras una vida equivocada. Habría debido llevar una vida que la

hubiera conducido al tren de las bailarinas, no al que iba a Kama, Tartaristán. No allí. No pertenecía allí. Ni tampoco aquí.

La esposa del oficial le hizo señas, la llamó varias veces, pero Stasia le volvió la espalda y se abrió camino entre la multitud hacia el vestíbulo de la estación, salió al aire fresco, al día gris, recorrió como ciega las calles, simplemente siguiendo a sus pies, cada vez más lejos de esa estación con sus trenes repletos. Arrastraba consigo su bolsito como un rey depuesto lleva su cetro. Cuando llegó a una ancha avenida, terriblemente vacía, empezó el ruido de las sirenas, pero ni siquiera eso le hizo sentir nada.

Dobló hacia una calle lateral y se sentó delante de una casa vacía. Sacó un cigarrillo del bolso y lo encendió. Miró al cielo. No se veían bombarderos. Muy bien. Algo es algo.

En otra ciudad, en ese momento, otra mujer se sentaba también y miraba al cielo. Esa ciudad llevaba ya meses aislada del mundo, y la supervivencia era un milagro. La mujer era enjuta, más alta que Stasia, con un cutis oliváceo, huesuda como Stasia, pero parecía mayor, enfermiza, y en su cabello negro como la pez había mechones grises. Llevaba un remendado abrigo de entretiempos, y tenía las manos llenas de tierra. Las mejillas caídas, los labios secos y quebradizos y los dedos desnudos, sin un solo anillo ya en ellos. Acababa de recoger verduras con otras mujeres en uno de los parques públicos, y se había sentado, agotada, en el suelo húmedo. A lo largo del último invierno había perdido más de once kilos, y había vendido lo más valioso que poseía: el piano, que no se empleó para hacer música, sino como leña. Tampoco tenía ya casi ninguno de sus discos, porque desde el bloqueo ya no soportaba la música; la música la hacía vulnerable, y no podía permitírselo. Ya no.

Había sobrevivido a la mortandad masiva. Había sobrevivido al hambre. Había sobrevivido a la reducción de la ración de pan a doscientos gramos. Había sobrevivido a la visión de los cuerpos hambrientos y congelados en las calles. Había visto gente que se comía los zapatos, o a perros y gatos, almidón y grajos. Había sobrevivido a miles de bombas, lanzadas sobre ella desde el asedio de la ciudad. Pero no sobreviviría a la música. La música, creía ella, contraería de forma tan insoportable su corazón, que latía obtuso, que moriría en el acto.

Como no estaba casada, ni tenía hijos, ni estaba impedida y tampoco herida, se hallaba muy abajo en la lista de prioridades de las evacuaciones. Tuvo que prepararse para el invierno con las otras setecientas mil personas que se habían quedado en la ciudad. El horror del invierno anterior se había grabado a fuego hasta tal punto en la memoria de sus habitantes que ahora, de manera mecánica e insensible, todos ellos se disponían a prepararse lo mejor posible para el próximo espanto. Porque nadie dudaba de que el espanto regresaría, en todo su aplastante esplendor. Bajó la vista hacia sus manos enrojecidas, sucias y agrietadas. Vivía en el ahora. En ese momento. Se preguntó, como tantas veces antes, si en realidad sabía por qué trataba, tan dura, tan encarnizada, tan convulsivamente, de mantenerse con vida.

El termómetro marcaba treinta y cuatro bajo cero. El día antes, el Generalísimo había dado la orden de empezar la contraofensiva bajo la dirección de Zhúkov. El 6 de noviembre pronunció un discurso solemne en el metro de Moscú y ensalzó la dureza de la población soviética y la capacidad de resistencia del Ejército Rojo. Al día siguiente incluso hubo un desfile en la Plaza Roja, en conmemoración de la Revolución de Octubre. El Ejército ruso marchó, con o sin ropa de invierno, con o sin casco (después de la guerra, el general Eisenhower se indignaba ante el mariscal Zhúkov por el inflacionista manejo de las vidas humanas de los que habían dirigido la guerra en la Unión Soviética, y Zhúkov se había limitado a sonreír y había respondido: «No pasa nada, las mujeres rusas parirán otros»).

A finales de noviembre, los alemanes estaban a solo veinte kilómetros de Moscú. El 2 de diciembre, un batallón de tanques irrumpió en un suburbio moscovita, podían ver el Kremlin con los prismáticos. La fuerza simbólica de ese acto desencadenó una auténtica euforia entre los soldados alemanes, los peligros del invierno ruso parecían apartados por la alegría ante la inminente toma de Moscú. En Moscú se hablaba de una música de marcha que Hitler había encargado personalmente para que resonara en la capitulación de la ciudad.

Dado que la NKVD había podido comprobar que Japón no planeaba atacar alguno contra la Unión Soviética, se retiraron distintas divisiones del norte y fueron enviadas en dirección a la capital. La infantería marchaba hacia Moscú sobre esquís y raquetas. En la noche del 5 de diciembre, paracaidistas

soviéticos fueron lanzados en Yújnov, las vías férreas y carreteras importantes fueron aseguradas y ocupadas. Al mismo tiempo, empezó la contraofensiva en el Oeste.

El Ejército alemán ya no contaba con un contragolpe de esa magnitud, y reaccionó con descoordinación y retraso. No había tiempo. El 6 de diciembre por la noche, el Grupo de Ejércitos recibió la orden de retroceder.

El 7 de diciembre, el Sovinformburó anunció otra noticia sensacional, esta vez desde el otro lado del mundo: los japoneses habían atacado la base de la Armada de Pearl Harbor, en Honolulu. Acto seguido los Estados Unidos declararon la guerra a Japón, y se convirtieron por tanto en parte oficial del omnipresente apocalipsis. Hitler, por miedo a perder a Japón como aliado, declaró la guerra a los Estados Unidos.

Solamente a mediados de febrero Hitler ordenó la retirada de Moscú, pero en ese momento las tropas habían sufrido ya inmensas pérdidas, no solo causadas por las balas y granadas rusas, sino sobre todo a consecuencia de las gélidas temperaturas de aquel invierno. Durante la retirada, los soldados alemanes tuvieron que abandonar casi todo su material bélico, ya que no disponían ni de caballos ni de maquinaria y combustible para llevar a cabo una retirada ordenada. Los soldados, congelados, desanimados, abandonaron la ciudad cantando en voz baja:

*A las puertas de Moscú había un batallón,
orgullosa resto de la 34.ª división.
Habían visto ya del Kremlin la muralla rosa,
pero tuvieron que poner pies en polvorosa,
como Napoleón.*

El poder soviético no castiga, corrige.

CARTEL PROPAGANDÍSTICO

Kitty subió paseando la pequeña colina hasta la casa de Christine. Salió al jardín abandonado y se tendió en la tierra húmeda. Cerró con fuerza los párpados y contó las lucecitas que se transformaban en estrellas ante sus ojos.

Christine, que acababa de volver del hospital, en el que había aceptado un puesto de jornada completa como enfermera y al que, en los últimos tiempos, junto a los numerosos heridos soviéticos también iban a parar prisioneros de guerra alemanes, se detuvo delante de la puerta de cristal y miró a su sobrina, que se estiraba y retorció y miraba agujeros en el aire con ojos vidriosos. Cogió un pequeño taburete y se sentó al lado de Kitty.

—¿Qué se trae Andro entre manos? Tienes que decírmelo. Me doy cuenta de que no estás contenta con él, de que sufres. Dímelo.

—No es nada, exageras, Christine. De verdad que no es nada. Es solo que le echo tanto de menos, y también me preocupo por *deda*...

—No me mientas.

—De verdad que no sé nada.

—Es importante que me digas lo que sabes. Podríamos tener dificultades, Kitty. Muy grandes. Tienes que hablar conmigo. ¿Dónde está? ¿Cómo es que el comisariado no puede encontrarlo?

—No sé dónde está. ¡También a mí me gustaría saberlo!

Ni un poco de verdad atravesaba las espesas pestañas de Kitty. Christine miró fijamente a su sobrina con el ojo derecho. Kitty se había hecho la ignorante muchas veces. ¿De qué quería proteger a Andro? ¿De qué tenía miedo? Cabía la sospecha de que Andro se hubiera unido a un grupo de partisanos. Pero, mientras no fuera más que una sospecha, Christine no podía proteger a Kitty ni a sí misma. Quizá hacía mucho que había caído, y Kitty tenía miedo de ese final. Pero algo le decía a Christine que ese no era el caso.

De pronto, no pudo evitar acordarse de su sobrino, en el que se había prohibido pensar a lo largo de los últimos meses. Veía sus uñas bien cortadas, sus ojos oscuros, su paso erguido, oía su galante manera de hablar. Le habría gustado tanto abrazarlo, besarlo tiernamente en las mejillas, como siempre había hecho cuando era pequeño y todos vivían en la misma casa. Le alborotaría el pelo, le daría una golosina, y todo sería como antes; Ramas entraría por la puerta, la llamaría...

Christine empezó a soltar de su pelo los imperdibles que sujetaban el velo ante su rostro. Salvo Stasia, nadie podía ver su rostro demediado.

Qué poco sabemos, reflexionó. Nosotros, los postergados, los reducidos al silencio, cuánto miedo tenemos a lo que nos espera al final. Cuánto odiamos ser los postergados, y qué poco podemos hacer para evitarlo. Tocó el hombro de Kitty, que seguía tendida inmóvil, con el rostro vuelto hacia otro lado.

—Vuélvete y mírame.

—Por favor, Christine...

—¡Mírame!

Lenta y pesadamente Kitty se incorporó y obedeció. Sin pensarlo, se puso la mano abierta delante de la boca para no gritar. Sus ojos muy abiertos mostraban su horror. Su cabeza se movía de un lado para otro como la de una muñeca.

—Mírame bien: incluso a *esto* he sobrevivido. Ahora ya no tengo miedo. Lo conseguiremos juntas —dijo Christine, y trató de dar a sus labios la forma de una sonrisa. Kitty seguía tapándose la boca con la mano—. ¿Dónde está Andro?

—Por favor.

—Dime dónde está. Quizá aún no sea demasiado tarde. Stasia no sabe nada de su desaparición. Cree que está en Crimea.

—Seguro que está allí. Allí fue donde lo enviaron.

—Pero no tenía intención de quedarse allí, ¿no? ¿Son los partisanos, los anarquistas, los liberales, a qué locos se ha unido?

—No lo sé.

—¡Dilo!

—Ya no puedo más.

Kitty empezó a sollozar. Lloró sin freno. Lloró y lloró, inconsolable. Christine la miró sin decir palabra, sentada en el taburete, y esperó a que el ataque pasara.

—¿Que no puedes más? —insistió.

De pronto, Kitty se incorporó y se levantó el vestido, dejando al descubierto su vientre abombado, que sobresalía puntiagudo. Christine se levantó del taburete. Por un breve instante, Kitty creyó ver la furia y el asco en los ojos de Christine, se creyó traicionada y esperó las palabras que confirmarían esa sospecha, pero Christine se limitó a asentir sin decir nada y volvió a la casa. Poco después, Kitty la siguió. Cuando llegó a la cocina, Christine dijo:

—Tengo los ingredientes justos para una ración. Los he guardado para lo peor. O quizá lo mejor. Creo que esto son las dos cosas a un tiempo. Y por eso ahora voy a prepararlo para ti. Después del entierro de mi padre, me quedé con su bloc de notas, ¡Stasia no quería revelarme la receta! ¡Y qué insensateces argumentaba! Que era peligrosa, que traía desgracia, que no por

casualidad padre guardaba la receta como la niña de sus ojos. ¡De verdad!

—¿De qué hablas?

—Siéntate.

De ese modo, Christine preparó a Kitty su primer chocolate caliente, sin sospechar que la desgracia que su padre temía emparejada a su chocolate — esa de la que Stasia había podido convencerse tras regresar con dos billetes de tren y mucha esperanza en el bolsillo a la mansión abandonada de Thekla en la Fontanka— tampoco iba a respetar a Kitty.

Esa misma noche, Stasia soñó que Thekla la visitaba y la guiaba por las salas vacías de su mansión de San Petersburgo, en la que no había más muebles que los espejos descolgados. Stasia la siguió, pero siempre que creía estar lo bastante cerca de ella como para poder agarrar la manga de su bata, la otra se escapaba y la llamaba desde otra estancia. Por fin, Thekla se detuvo delante de uno de los grandes espejos de pared descolgados, que Stasia nunca había visto, y quitó con cuidado la sábana que lo cubría. Stasia se vio en el espejo, con el rostro benévolo de Thekla junto al suyo, contempló sus dos imágenes en el espejo pero, cuando se dio la vuelta para mirar directamente a Thekla, ya no estaba allí.

Stasia se quedó en Moscú. Ya no había forma de abandonar la ciudad. Se quedó y esperó una señal de vida de su marido, de su hijo, de su hermana. Pero su hermana ocultó, a ruegos de Kitty, la noticia más importante: que en medio de la muerte había surgido una nueva vida, y se anunciaba un nuevo ciudadano del mundo.

Konstantin Dzhashi salía sobresaltado del sueño todas las mañanas a las 5:14 en punto, con un grito que hacía estremecer a los otros tres marineros con los que compartía las literas. Lo miraban con una sonrisa apaciguadora y le aseguraban que todo estaba bien, le daban a entender que no corría peligro, que todos seguían vivos... Si era por suerte o por desgracia, eso Kostia no podía distinguirlo en sus rostros.

Desde septiembre prestaba servicio en el lago Ladoga, y por tanto, sin saberlo, peligrosamente cerca de su amor. Ida levantaba con otras mujeres y hombres barricadas de metros de altura en la ciudad, dividida en seis

sectores. Participaba activamente en las patrullas callejeras, se dedicaba a la construcción de obstáculos naturales para los tanques alemanes. Tenía que mantenerse ocupada, se aferraba a los últimos jirones de su claro entendimiento. No sabían nada el uno del otro, no sabían que entre ellos no había más que treinta y dos kilómetros. Kostia desconocía que la mujer a la que no había olvidado, cuyo aroma le perseguía como una mala acción, había sobrevivido ya durante el primer año de bloqueo a barreras de fuego graneado que habían durado hasta dieciocho horas, a setenta mil bombas, hambre, enfermedades y frío. E Ida ignoraba que Kostia, como parte de la infantería de marina, estaba asignado al aseguramiento de la «carretera de la vida», que había llevado a Leningrado, en remolcadores y lanchas motoras, más de cuarenta y cuatro mil toneladas de alimentos y sesenta mil toneladas de queroseno. Que había evacuado a más de cincuenta mil personas y también había sobrevivido a barreras de fuego graneado que habían durado hasta dieciocho horas, bombas, hambre, enfermedades y frío. Kostia tampoco sabía que Ida pensaba con la misma frecuencia que él en su silenciosa e imposible hasta lo ridículo, pero tan importante *a posteriori*, proximidad. Ida tampoco sabía que la infantería de marina y los soldados del 54.º Ejército habían reducido voluntariamente sus raciones de comida a favor de la población cercada, para aliviarles el infierno del espantoso invierno. Ida no sabía que comía un trozo del pan de Kostia.

El invierno fue implacable. El mar se congeló. Los suministros llegaban con esfuerzo y con grandes interrupciones. La gente sacaba agua del Neva. Había incendios por toda la ciudad, muebles que ardían, viviendas que ardían. Los dos oían las mismas advertencias en la radio. Los dos tomaron un vaso de aguardiente el último día del año 1941. Treinta y dos kilómetros de la «carretera de la vida» —o de la muerte, según— los separaban.

Ninguno de los dos sabía qué les esperaba al final de aquella carretera. La unidad de Kostia se encontraba en la orilla sur del lago, en el lado de Shlisselburg. Él nunca llegaba hasta la ciudad. Apenas escribía ya cartas. El año anterior aún había recibido las cartas implorantes de su madre. Las postales con un beso de carmín de su hermana y los telegramas de ánimo de su padre. Pero desde hacía mucho tiempo no llegaban aquellas noticias, y él tampoco se molestaba ya en mantener el contacto con su hogar. La guerra le había privado del habla y del sentimiento. Los muertos —ya había visto morir a muchos— le perseguían. Evitaba los recuerdos.

Tan solo había uno del que no se libraba, el de la mujer de los anillos de la isla de Vasilevski. Su aroma le perseguía. Parecía más fuerte que el olor de la muerte. Su recuerdo estaba pegado a él, a sus cabellos, a su piel, era inconfundible, indestructible y amenazador, porque lo debilitaba, lo hacía vulnerable.

En primavera, Hitler dio en persona al Grupo de Ejércitos Sur la orden de avanzar hacia Stalingrado. Debido a su importancia geográfica, estratégica y, sobre todo, simbólica, Stalingrado era en el verano de 1942 la máxima prioridad de Hitler. Por Stalingrado pasaba el Volga, una de las más importantes vías de suministro de material de guerra de los sóviets. El valor simbólico se debía a que, en 1918, el Generalísimo había sido nombrado «apoderado para los fusilamientos masivos de saboteadores y partisanos» en la ciudad que ahora llevaba su nombre. Allí había empezado su ascensión.

Dios mío, no tengo más que un ruego para ti: aniquíleme, destrúyeme de una vez, lánzame al infierno, no me dejes en pie a medio camino, quítame la esperanza y destrúyeme

rápido, en la eternidad.

DANIIL JARMS

En julio, conectada con la Operación Azul, empezó la Operación Edelweiss. En agosto, el ejército alemán ocupó Krasnodar y Kubán. Poco después, la carretera militar georgiana caía en manos alemanas. La bandera del Reich ondeaba en la cima del Elbrús.

El nacimiento del hijo de Kitty se había anunciado para noviembre. Dos semanas antes de la Operación Urano, en medio de la mortandad masiva de Leningrado, durante el incansable esfuerzo de su hermano por impedirla, pocos meses antes del traslado de su amado al frente francés, a la Legión Georgiana. Pero en septiembre, cuando Kitty, que acababa de cumplir los dieciocho, tuvo que abandonar su servicio voluntario en el hospital a causa del volumen de su vientre, una tarde cálida de verano tres guardias rojos fueron a recogerla a la mansión de la ciudad vieja.

Subió al coche sin oponer resistencia; quizá confiaba en que se tratase de una señal secreta de Andro, la noticia que llevaba tanto tiempo esperando. Un brillo de esperanza. Un trozo de futuro. Después de un recorrido de dos horas, bajaron en un pueblo al sur de Tiflis —por desgracia desconozco la ubicación exacta— y entraron al edificio de una escuela abandonada. Durante todo el viaje guardaron silencio, las preguntas de Kitty sobre adónde se dirigían quedaron sin respuesta. Entraron a una habitación pelada, salvo por un gigantesco retrato mal pintado del Generalísimo en la pared, dos bancos de escuela abandonados, una silla rota, una garrafa de agua.

La dejaron sola en esa estancia casi una hora, agotada y con las piernas hinchadas. Kitty se asomaba una y otra vez, gritaba que no quería quedarse tanto tiempo allí, que hablaran de una vez con ella, pero nadie le daba una respuesta. Por fin, una mujer con uniforme del Ejército Rojo entró en la estancia, seguida por un hombre bajito de paisano. Se sentaron enfrente de ella y le ofrecieron un vaso de agua. La mujer sonreía amablemente, el hombre trataba de rehuir la mirada de Kitty.

—Camarada Dzhashi. Lamentamos haberla hecho esperar tanto. Sabemos que en sus circunstancias no es fácil, con este calor. Así que le explicaremos rápido lo que deseamos: como usted sabe, nuestra patria se encuentra en medio de una guerra aniquiladora. El Generalísimo hace lo imposible por

mantener la libertad de nuestro país y la independencia de nuestros pueblos. Los mejores hombres de nuestro país luchan en esta guerra asesina, y usted comprende lo importante que es en estos tiempos la lealtad, la fidelidad a la patria y la fe en el socialismo, ¿verdad? ¿Sabe usted lo grave que es la traición en una época como esta? ¿Está de acuerdo, camarada Dzhashi?

La mujer hablaba en ruso, en dialecto de Moscú. Tenía el rostro fino y los labios pintados de rojo. El carmín se había corrido un poco a causa del calor, y hacía que la boca recordase a la de un payaso. Kitty no podía apartar la mirada de esa boca. El hombre insignificante empezó a caminar de un lado para otro, mientras caía la tarde. No encendieron ninguna luz.

—¿Qué quieren ustedes de mí?

Quizá solo en ese momento Kitty comprendió que aquel viaje no iba a llevarla hasta la ansiada noticia. Pero aún no comprendió adónde iba a ir a parar todo aquello. Porque no tenía nada que ocultar. Y estaba en avanzado estado de gestación. Se mantuvo tranquila. Aún no conocía el precio de sus sueños.

—El padre de su hijo ha traicionado a su patria. Ha sido reclutado por los fascistas y lucha contra nosotros. Contra su patria. Contra sus amigos. Le pregunto sin rodeos, de mujer a mujer, de camarada a camarada: ¿dónde se encuentra exactamente su prometido ahora mismo? Porque están prometidos, ¿verdad? Díganos dónde está ahora, y la llevaremos de vuelta a casa.

Kitty seguía mirando los labios de la mujer. Tenía una voz muy suave, agradable, un timbre aterciopelado. Aunque sus palabras eran claras y casi bruscas, sus formulaciones exigentes, en su voz sonaban como si quisiera hacerle halagos y cumplidos. Las palabras que decía no encajaban con esa voz.

—No he tenido noticias tuyas desde que lo movilizaron. Por desgracia no sé dónde se encuentra, y además dudo mucho que Andro haya traicionado a su patria —gimió Kitty, y se abrazó el vientre—. ¿Puede encender la luz, por favor? Casi no la veo.

—Créame, camarada Dzhashi, nosotros también queremos volver a casa pronto, pero tiene que cooperar con nosotros. De lo contrario, estaremos aquí mucho tiempo.

Kitty solo podía distinguir los contornos de la mujer. Sonaba sinceramente afectada, como si le resultara desagradable hacer esas preguntas. Aquel tono suave hizo esperar a Kitty un pronto regreso a casa. Por alguna razón, le

parecía un consuelo la idea de que se tratara de una interrogadora, de que fuera una mujer.

—De verdad que no sé nada. Pero Andro no es un traidor, puedo asegurárselo, él nunca... —Kitty se sentía desvalida, no sabía qué podía decir.

—No saldremos de aquí mientras guarde silencio —la mujer apoyó el rostro en la mano derecha y se inclinó un poco hacia Kitty.

—Pero es que no sé nada.

Así siguieron durante horas, que a Kitty le parecieron días. El tono tranquilo y empático de la mujer rubia, las respuestas idénticas de Kitty. El hombre silencioso al fondo. La oscuridad. La pálida luz de la luna entrando por las ventanas peladas. Los movimientos nerviosos de Kitty, meciéndose en la silla, el negar con la cabeza, el morderse las uñas. Los suspiros. Los gemidos y el tono pausado y suave de la mujer, que de pronto a Kitty ya no le parecía tranquilizador, sino fantasmagórico. Su voz la engañaba. Le daba falsas esperanzas. Poco a poco fue perdiendo la noción del tiempo, hasta que finalmente desapareció. Cuando el cielo empezó a volverse gris, Kitty lloró. Un llanto que pasó a convertirse en un sollozo histérico. Tenía hambre, tenía miedo, notaba las patadas de su bebé, sentía su miedo.

Rogó e imploró que la dejaran salir, que la llevaran a casa, no sabía nada, no sabía nada, no sabía nada. Cuando la mujer ignoró sus ruegos y se limitó, con toda sencillez, a repetir mecánicamente las preguntas, Kitty empezó a pedir ayuda. Entonces la mujer, que había estado tan quieta todo aquel tiempo, como si fuera de mármol, se puso en pie de un salto y salió fuera. Dos guardias rojos entraron al aula, cogieron a Kitty por los codos y la sacaron al pasillo. La llevaron al sótano del colegio, una sala completamente oscura, y allí la encerraron. Ella sacudió y aporreó la puerta, gritó furibundos insultos, amenazó, maldijo... Finalmente rogó que la dejaran salir, apeló a su conciencia, el bebé tenía hambre, estaba inquieto, pero no hubo respuesta, así que cayó en un profundo agotamiento, se tumbó en el frío suelo y se durmió.

Cuando despertó, yacía en una camilla, atada por el torso y por los muslos con dos cinchas de cuero. Yacía en la misma aula en la que había sido interrogada la noche anterior. Pero habían quitado los bancos y descolgado el retrato del Generalísimo: el cuadro estaba en el suelo, apoyado de cara a la pared. En el sitio en que había estado colgado se veía un rectángulo blanco, maravillosamente simétrico e impresionantemente limpio.

Kitty no tenía fuerzas para gritar. Tampoco hizo intento alguno de liberarse de las correas, sabía que no podría conseguirlo. Se deslizó un poco hacia la izquierda, buscó una posición más cómoda, en la que las correas no se clavaran tanto en su carne. Por encima de ella, una bombilla desnuda colgaba del techo y la deslumbraba con una luz fría, casi blanca. Kitty parpadeó, trató de apartar la cabeza del estridente cono de luz.

En el rincón se sentaba la mujer uniformada. Kitty la miró, y tampoco esta vez pudo apartar la mirada de sus rojos labios. Estaban perfectamente delineados. Tenía unos rasgos bellos, armoniosos. Una nariz tan fina que casi parecía dibujada, un refinado recogido alto que parecía extrañamente fuera de lugar allí, en ese sitio. Como si hubiera venido corriendo desde una fiesta distinguida para realizar aquel trabajo molesto y desagradable y después volver a su fiesta lo antes posible.

¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿De qué mundo? ¿Cómo olía su mundo? ¿La amaban en él? ¿Amaba ella? ¿Estaba triste a veces? ¿Le gustaban los tomates, o prefería los pepinos? ¿Era una persona de montaña, o amaba el mar? ¿Se iba tarde a la cama, tenía hijos? ¿Tenía una madre que le cantaba canciones de cuna? ¿Tenía su piel un olor un tanto dulzón, como se imaginaba Kitty?

Se quedó mirándola un momento, aunque le costaba trabajo girar la cabeza en dirección a ella, porque la correa le cortaba la carne en los muslos. De una manera insana, se alegraba de volver a ver a la mujer. Aún estaba allí. Todavía quería algo de ella. Todavía la miraba contenida y compasiva, así que no iba a dejarla en manos de aquellos hombres toscos y mudos, no les dejaría llegar *hasta el extremo*. Pero ¿qué era exactamente *el extremo*? ¿Un oscuro agujero, negro, infinito y carente de sonido? ¿Sería una celda con tubos que goteaban? ¿Más correas aún? ¿O solo preguntas sobre el paradero de Andro, repitiéndose hasta el infinito? La piel de la rubia brillaba como porcelana a la luz azulada. No encajaba en ese lugar abandonado, disfuncional. No, aquella mujer no iría hasta *el extremo*, Kitty estaba segura de eso. Era demasiado hermosa, demasiado pulcra para *el extremo*. Y además era una mujer. Una mujer, como ella.

Kitty sudaba, tenía un hambre incontrolable y los labios agrietados. La mujer se levantó, fue lentamente hacia ella y le acercó a la boca una botella

de la que Kitty bebió ansiosamente. La mitad del líquido le corrió por el rostro, pero su frescor le hizo bien a su piel.

—Me doy cuenta de que es desagradable que tenga que soportar todo esto, pero tiene que cooperar con nosotros.

La rubia secó el sudor de la frente a Kitty con un fino pañuelo que sacó del bolsillo interior de la guerrera. El pañuelo tenía un olor dulzón, como Kitty había sospechado que olería su piel. Dulzona, seductora, incluso un poco familiar. Esa constatación la alarmó.

—Tengo hambre..., quiero irme a casa. Por favor. Yo no sé nada.

Kitty murmuraba las frases de manera mecánica, ya casi apática, sin gran énfasis. Sus ojos estaban puestos en el rectángulo blanco de la pared. ¿Era por la mañana, por la tarde? ¿La estaba buscando ya Christine? Y, si era así, ¿qué expectativas había de que la encontrara?

—Dígame dónde está, dígame el nombre del reclutador, deme una dirección, una información con la que pueda hacer algo, y la llevaré personalmente a casa. ¡Pero tiene que darme algo, Kitty!

—¿Piensa que le haría *esto* a mi hijo si supiera algo? Llevo mucho tiempo esperando tener noticias tuyas, ni siquiera sé si vive todavía, y él no sabe que esperamos un hijo, que va a llegar dentro de dos meses. Andro no es un traidor, solamente quería ir a Viena...

—A Viena, bien, bien, eso ya es un comienzo. ¿A quién conocía en Viena? ¿Qué quería hacer allí?

—No conocía a nadie, solamente quería ir a Viena porque allí hay hermosos cafés y hacen psicoanálisis y se puede practicar la escultura... Andro quiere ser escultor. Por favor. No sé nada. El niño tiene miedo, lo noto.

—Usted misma es una niña, mi pequeña. Sus padres habrían debido protegerla mejor.

—Mi padre está en el Ejército Rojo, mi hermano sirve en la flota del Báltico. Sirven a la patria, sirven al Generalísimo, ellos...

—Lo sabemos, lo sabemos, y nos parece tanto más lamentable que precisamente usted haya hecho que un traidor sea el padre de su hijo.

La frase se quedó resonando dentro de Kitty. La forma en que la rubia la había dicho tenía algo de nauseabundo.

Volvieron a llevarla al sótano, la sacaron y de nuevo la ataron a la camilla. Pasaron las horas. Ya no sabía qué día, qué hora era. Le dolía el cuerpo, su

bebé tenía miedo. Le dieron dos veces una papilla sin sal. Le pusieron tres veces un orinal debajo del trasero. Tuvo calambres en brazos y piernas. Perdió las fuerzas, empezó a tener alucinaciones, la luz estridente hacía imposible el sueño, tenía los ojos cerrados todo el tiempo. Cuando el bebé dejaba de dar patadas tenía ataques de pánico, empezaba a gritar pidiendo ayuda; solo cuando el niño volvía a dejarse sentir ella recaía en el agotamiento.

De pronto la rubia estaba muy pegada a su camilla. Tenía en la mano una jeringuilla cuyo contenido estudiaba con atención, a la luz blanca de la bombilla.

—Si en los próximos minutos no me das ninguna información útil —el tuteo le pareció a Kitty una amenaza mayor que la jeringuilla en su mano—, provocaremos el parto y tendrás un hijo muerto.

La mujer hablaba de forma meditada, alargando artificialmente cada una de las palabras. Pero su tono seguía siendo suave, casi acariciante, como si le estuviera dando a Kitty una alegre sorpresa en vez de expresar lo impensable.

Kitty empezó a presionar con todo el torso, con todas sus fuerzas, contra las correas, quiso ponerse en pie, se sorprendió al ver que de pronto sacaba fuerzas para tratar de liberarse. Al mismo tiempo, se le escapó un grito que, por un momento, aturdió sus propios oídos; un ruido espantoso, que ya no era humano. La mujer se detuvo inmóvil a su lado y volvió a negar con la cabeza, con aire lastimero. Kitty estiró la mano por debajo de las correas y agarró la punta de su guerrera. La rubia se quedó quieta, no trató de quitar la mano de Kitty, seguía sosteniendo la jeringuilla erguida en la suya.

—No lo dice en serio, ¿verdad? Quiere meterme miedo, lo sé, lo veo en sus ojos. Usted es amable, le caigo bien, le caigo bien, ¿verdad? ¿No es verdad? Usted no quiere hacerme daño, solo quiere meterme miedo y esa jeringuilla está llena de agua, no, no lo dice en serio.

Kitty hablaba deprisa, las palabras salían en tropel, sin aliento. La mujer pareció por un instante presa entre la mano de Kitty en su guerrera y la mirada puesta en la jeringuilla. Entre la decisión de seguir jugando ese mal juego o liberar a Kitty. Al menos, eso le pareció a Kitty. Sí, ella también era una mujer, quizá tenía diez, quince años más que Kitty, seguro que tenía hijos. Seguro que nunca podría hacer eso con lo que la había amenazado, quería demostrar a sus superiores que estaba a la altura de sus colegas masculinos. Pero, en ese mismo instante, la mujer le pidió a alguien que

entrarse.

Una muchacha con una bata blanca entró en la habitación. Era más o menos de la edad de Kitty, y tenía miedo, mucho miedo. Se le notaba, le temblaban las manos, aunque las llevaba metidas en los bolsillos de la bata. No se atrevía a mirar a la cara a la rubia, tampoco miraba directamente a Kitty, tenía los ojos puestos en el suelo, quería que aquel lugar, aquella aula, aquella gente no existieran.

Sin duda, la muchacha venía del campo. Tenía las mejillas coloradas y la piel tostada por el sol. Quizá sus padres o su marido tenían una granja. Cuando se detuvo delante de la rubia, le fue inevitable mirar a Kitty, y la muchacha empezó a rezar en voz baja un padrenuestro, ganándose una mirada despreciativa de la rubia.

—La camarada Dzhashi no quiere ayudarnos, Mariam. La camarada Dzhashi traiciona a su país. La camarada Dzhashi encubre a un traidor e incluso pretende traer a otro traidor al mundo. ¿Le parece a usted correcto? ¿Le parece a usted bien, Mariam?

Al oír esas palabras, Kitty sintió ganas de vomitar. Empezó a tener arcadas, pero no salió nada, porque la papilla había sido digerida hacía mucho y tenía el estómago vacío. Trató de concentrarse en Mariam, la muchacha atemorizada, que se veía en mitad de algo que escapaba a su imaginación, que le aflojaba las rodillas, que le hacía palidecer. Mariam, Mariam, madre de Dios, pensó Kitty, y, de haber podido, se habría reído a carcajadas. Siempre había desconfiado de los santos, a los que se seguía venerando con tanto fervor en su país, incluso en medio del floreciente socialismo. Nunca había entendido cómo se podía torturar y atormentar a nadie en nombre de Dios, de un Dios que con su sufrimiento no los había redimido, no los había salvado. Mariam habría podido pasar por santa, con su bata blanca y sus manos temblorosas, con los inocentes ojos de un cordero, pero tampoco ella podía salvar a Kitty, tampoco ella podía ser salvada.

La rubia puso la jeringuilla en la mano de la santa, con la otra mano le agarró la muñeca y la miró a los ojos. Mariam gimoteó, trató de decir algo, enmudeció, retrocedió, pero la mujer la miraba sin cesar. Los dedos de Mariam se cerraron en torno a la jeringuilla. La mujer retrocedió unos pasos y asintió hacia Mariam. Ella cogió aire, sus labios se abrieron y se cerraron como la boca de un pez fuera del agua.

—¡Vamos! —oyó Kitty que la rubia le decía a Mariam, y sintió que

Mariam le acariciaba el codo.

Cerró los ojos. El corazón le iba a explotar, de eso estaba segura. Trató de hablar mentalmente con su hijo, trató de tranquilizarlo. Quería que no tuviera miedo. Se aferró con los dedos a la camilla. Sintió que algo salado caía sobre su rostro y vio el de Mariam inclinado sobre ella, vio cómo las lágrimas de Mariam caían sobre su cara, pudo por vez primera mirarla directamente a los ojos. A la luz estridente de la bombilla, era como si alrededor de la cabeza de Mariam se hubiera formado un halo de santidad. Kitty se lamió los labios y saboreó las lágrimas saladas de Mariam.

—¡Dios, apiádate de mí, Dios, apiádate de ella, Dios, apiádate de nosotros, ten piedad, Señor! —susurró Mariam, inclinada sobre el rostro de Kitty.

Detrás, la rubia se acercó a Mariam y le dijo algo al oído, el rostro de Mariam se convirtió en una mueca, y luego Kitty sintió la mano de Mariam en torno a su antebrazo, sintió que lo palpaba buscando una vena, sintió que le inyectaba algo frío e irrevocable.

La rubia salió de la estancia y dejó a Mariam sola con Kitty. Mariam soltó las correas. En los brazos y muslos de Kitty se habían formado moratones. Mariam resopló, dejó libre curso a sus lágrimas, ni siquiera intentó secarse el rostro. Rezando sin cesar, ayudó a Kitty a incorporarse. Le dolía todo, cada parte del cuerpo, Kitty gemía con cualquier movimiento, y se acariciaba el abdomen.

—¿Qué había en la jeringuilla? —apenas podía hablar, las piernas le colgaban de la camilla. En vez de responder, Mariam se limitó a mover la cabeza—. ¿Qué había en ella? ¿Qué? —esta vez Kitty gritó, tendió el brazo hacia Mariam, pero antes de poder agarrar su bata y tirar de ella se vio devuelta a la camilla por un dolor inimaginable en el bajo vientre—. ¡Oh, Dios, no, no, no puede ser, no puede ser, oh, Dios! —empezó a gritar Kitty.

Las contracciones empezaron con terrible violencia; desgarraron el cuerpo de Kitty. No creía que fuera a sobrevivir. En los pocos momentos en los que aquellos dolores, que arrebatában el entendimiento, enmudecían, trataba de conformarse con la muerte, trataba de imaginar el rostro de su abuelo muerto, qué aspecto tan pacífico tenía, los labios azulados, quizá también ella consiguiera desaparecer pacíficamente y sin temor, y quizá fuera igual que un sueño profundo y sano. Cualquier cosa era mejor que eso. Cualquier cosa mejor que esos dolores. Cualquier cosa mejor que esa aula y ese rectángulo blanco en la pared.

Mariam le sostenía la mano, animaba a Kitty a empujar. Una y otra vez, le decía a Kitty que respirase. Y, cuando ya no dudaba de que iba a morir al instante siguiente, sintió algo grande, algo redondo resbalando entre sus piernas. Sintió las manos de Mariam tirando del pequeño cuerpo y cayó de espaldas en la camilla. El dolor desapareció de pronto. Cerró los ojos.

—Sigue rezando. Voy a...

Kitty no se atrevía a abrir los ojos. Mariam empezó la oración. Kitty repetía cada palabra.

—Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre —no se oía ningún grito. Ningún grito. Ningún sonido—. Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad —el niño era mudo. Quizá sencillamente era mudo, seguro que era mudo—, así en la tierra como en el cielo —hubo un susurro. Mariam se movió. Quizá el niño se había movido. Quizá había respirado—. Danos hoy —Kitty no aguantó más, abrió los ojos, vio la espalda de Mariam, las salpicaduras de sangre en su bata. Vio a Mariam con su bebé en brazos— el pan de cada día. Y perdónanos... —Kitty se metió un puño debajo del coxis y se apoyó para ver mejor— nuestras deudas, igual que nosotros perdonamos a nuestros...

Mariam se volvió. No terminó la oración. No había nada por lo que rezar a Dios.

—¡Sigue hablando, sigue hablando! —le gritó Kitty, pero Mariam se limitó a mover la cabeza, mientras apretaba el diminuto cuerpo ensangrentado.

—¡Vuelve a atarla! —se oyó decir a la rubia desde la puerta.

Pero Kitty bajó de la camilla y se lanzó hacia la puerta, sin coger en sus brazos a su hijo muerto. Antes de que pudiera abrirla, la abrieron desde fuera y un guardia rojo, uno de los del coche, se detuvo delante de Kitty, la levantó del suelo, la llevó de vuelta a la camilla, la tumbó encima y la amarró.

—Aún falta la placenta, tienen que... —exclamó horrorizada Mariam—. ¡Qué clase de personas son, qué clase de personas!

Su ruso era difícil y pedregoso. Su voz, ronca y tomada.

Kitty no oyó nada más. Por su cabeza se extendió la oscuridad total.

Tampoco vio a Mariam envolver en su bata el cuerpo muerto y llevárselo fuera.

Cuando Mariam regresó y encontró inconsciente a Kitty, empezó a pedir ayuda y la rubia regresó a la estancia.

—No deja de sangrar, va a desangrarse. Tanta sangre, madre de Dios, Jesús, santa Nino, tenemos que parar la hemorragia, o morirá...

La rubia miró un rato con gesto resignado el abdomen cubierto de sangre de Kitty y se volvió a Mariam:

—Detén la hemorragia. Encontrarás todo lo necesario en los armarios metálicos del sótano. Tendrás que operarla. Tienes que sacarle la matriz. De lo contrario morirá, y no quieres que eso suceda. De ese modo no se le ocurrirá traer a otros traidores al mundo. ¿Sabes operar?

—¿Cómo? No, no, no. No puedo hacer eso. Nunca he operado, no soy médico, solo he ayudado en la policlínica, solamente he mirado, sé coser y sé quitar los puntos, pero no puedo hacer eso.

—Pero me han dicho que eres buena. Por eso estás aquí. Así que asegúrate de hacer tu trabajo. Haré que te traigan morfina. Los desinfectantes están abajo, en el sótano. ¡Podrás empezar enseguida!

—No puedo. ¡No puedo!

Mariam se ponía cada vez más histérica.

—Bien..., entonces tendrá que desangrarse.

—Por favor, no, no... No puede hacerme eso. Llame a un médico. ¡Por favor!

—Uno de mis hombres te asistirá. No te preocupes, no va a desmayarse. Y, si se te ocurren ideas equivocadas, ya sabes cuál es la consecuencia.

—Bien, bien, lo haré, lo intentaré.

—Si sobrevive, te la llevarás contigo al pueblo y, cuando pueda volver a caminar, la enviarás a casa. Y luego cerrarás bien la boca, ¿verdad? Y dile que en cuanto él establezca contacto con ella debe ir voluntariamente a la comisaría más próxima, si no quiere que... Bueno, ahora lo entenderá.

Mariam llamó al guardia rojo, hizo que se lavara las manos con alcohol y le dijo que le alcanzara los instrumentos necesarios cuando ella se los pidiera. Durante la operación no dejó de hablar a Kitty.

—No puedes rendirte. Eres fuerte. Lo conseguiremos, pero no debes dejar de luchar. Sé que te cuesta trabajo confiar en mí, te cuesta trabajo porque no soy médico. Pero siempre he querido ser médico. He sido ayudante en la

policlínica, allí tenían un médico muy bueno y, como en el pueblo no hay un verdadero hospital, operaba allí y era bueno. Todos salían adelante. Y, naturalmente, también había partos; ictericia, gota, tuberculosis, lo he tratado todo. Ya hemos tenido un aborto, la mujer vive y está sana. Lo conseguiré. Soy buena. ¿Me crees? Me crees, ¿no?

Mariam solo hablaba con Kitty. Ya no con Dios. Mariam extirpó la matriz a Kitty en un aula que servía a fines de tortura y ahora era sala de operaciones. En un aula de la que se había descolgado el retrato del caudillo para no ofender sus ojos con la indigna visión de un niño nacido muerto y una mujer cubierta de sangre. Mariam mantuvo su palabra. Salvo la vida a Kitty y a sí misma. No pudo salvar al hijo de Kitty.

Cuando la rubia y su séquito hubieron abandonado el pueblo, Mariam llevó a Kitty a un granero apartado y empezó a cuidarla. Había cogido del sótano de la escuela los medicamentos necesarios, conseguido para Kitty un colchón y ropa de cama limpios, leche y pan caliente, y había matado un pollo que había asado en un fuego. Atendió sus inflamadas cicatrices y le acarició la cabeza. Había que bajar la fiebre, alimentar a Kitty, le administró infusiones de hierbas para aliviar sus dolores, se tumbó con ella en el colchón y miró con ella hacia la nada a la que se dirigían los ojos de Kitty. Pasaron días hasta que Kitty le habló por primera vez.

—¿Dónde estoy?

—En el granero de mi hermano; está en el frente, en algún sitio al norte del Cáucaso. No he querido llevarte conmigo a casa, con mis padres. Habría despertado preguntas innecesarias, la gente del pueblo tiene miedo. Los de la NKVD han estado allí un par de veces, y la gente tiene miedo. Utilizan el viejo edificio de la escuela para... En cualquier caso, la gente es desconfiada, nadie quiere problemas. Aquí estamos seguras.

—¿Por qué me has traído contigo?

—¿Qué pregunta es esa? ¿Qué otra cosa hubiera podido hacer? Habrías muerto. Ahora, descansa. Bébetela leche. Tenemos vacas, siempre tenemos leche fresca. Tenías la fiebre muy alta, pero eso es normal.

—Tengo que ir a casa. Tengo que llamar a Christine. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Desde hace exactamente una semana. Todavía no puedes levantarte, ni

caminar.

—¿Qué has hecho?

—Nos habrían fusilado. Se llevaron a una del pueblo vecino, una enfermera, que no regresó nunca, solo porque se había negado a operar. He tenido que hacerlo, de lo contrario me habrían fusilado, nos habrían fusilado a las dos. La semana pasada trajeron a tres hombres, y los fusilaron y enterraron en el bosque.

Mariam se cubrió el rostro con las manos, su cuerpo vibraba. Kitty se incorporó y la miró con expresión indiferente. No hizo ningún intento por consolarla. Finalmente, Mariam abrazó a Kitty, que no se movió.

—Lo sé, no tiene remedio.

Mariam lanzó un gemido y se apretó contra los hombros de Kitty, enterró el rostro en su nuca.

—¿Qué es exactamente lo que quieres decir? —insistió Kitty.

—Tú... no podrás... Yo, yo..., la matriz... —balbuceó Mariam.

Durante las noches siguientes, Mariam se quedó junto a Kitty, tendida en una simple manta junto a su colchón; solo al amanecer caía en un profundo sopor sin sueños. En algún momento Kitty se levantó y, apoyada en Mariam, salió a la cálida luz del sol. Reinaba la calma, se oían los grillos. El granero estaba situado junto a un campo de maíz, al final de un estrecho sendero, bordeado de altos cipreses. Al fondo se extendían verdes y onduladas colinas. Los ojos de Kitty ardían. Tenía la boca seca, la luz del sol le dolía en la piel. Aun así, dejó que calentara sus fríos miembros. Se quedó allí, limitándose a girar levemente la cabeza de un lado a otro, levantó muy despacio los brazos, movió cautelosa cada uno de los dedos. Se movía como si lo hiciera por primera vez, como si tuviera que aprender a caminar, a moverse, a pensar, a vivir.

Al caer la noche, Mariam encendió una pequeña hoguera y las dos se sentaron junto a ella. La noche era despejada, el cielo estaba lleno de estrellas, la luna, blanca como el mármol, resplandecía a la luz verdosa.

—¿Qué es exactamente lo que has hecho? —preguntó con voz casi inaudible Mariam, mientras hurgaba con un palito entre las brasas—. Eres tan joven, ¿qué puedes haber hecho para que te hagan algo así?

—Nada.

—¿Qué hizo tu marido?

—Solamente quería ir a Viena... Era un niño, ¿no? —preguntó de pronto

Kitty, y concentró la mirada en los carbones al rojo.

—Sí.

—¿Cómo era? ¿Era grande, pequeño, tenía unos hermosos puñitos? ¿Tenía pelo?

—Era maravilloso. No sufrió. Ni siquiera sintió nada. Fue deprisa.

—¿Dónde está?

—Ahora está con los ángeles.

—Deja de decir tonterías. ¿Dónde lo has llevado?

—Lo enterré. En el jardín, detrás de la escuela.

—No empieces a llorar otra vez, por favor. Contente.

—Oh, Dios, Kitty... Habría sido mejor que nos fusilaran.

—Deja eso. Basta. No llores. Otra vez no. No tenías elección. Me has salvado la vida.

—No, no lo he hecho. Lo he destruido todo.

Kitty se incorporó y empezó a girar lentamente en círculos. Con la cabeza hacia atrás, la mirada puesta en las estrellas; sus labios se abrieron en algo parecido a una sonrisa.

—Ten cuidado, aún no puedes moverte. ¡Por favor, ten cuidado, las suturas!

—Cuando todo esto haya pasado, da igual cuándo y cómo, la encontraré, sea quien sea, y la mataré.

Kitty lo dijo en tono contenido, después de haber cogido aire y haber respirado hondo. Mariam no contestó nada. Y volvieron al granero.

Una vez que Kitty recuperó sus fuerzas y pudo caminar sin ayuda, fue hasta la escuela abandonada con las ventanas rotas, que tenía un aspecto increíblemente normal, y todo lo contrario de amenazador, y caminó por los fríos pasillos y las estancias vacías. Buscó la sala en la que le habían sacado a su hijo del vientre. El retrato del Generalísimo volvía a colgar de la pared. Se quedó largo tiempo mirando el rostro del hombre bigotudo, mucho tiempo, como si lo viese por primera vez. Otra vez fuera, se sentó en el patio en la seca tierra. Unas cuantas palomas zureaban, mientras buscaban algo comestible en el suelo. La tierra estaba caliente, el sol parecía falto de interés. Oyó pasar un tractor a lo lejos. Su mirada vagó por la finca; allí, en alguna parte, Mariam tenía que haber enterrado a su hijo. Allí, en alguna parte, tenía

que estar su cuerpo. Al pie de una encina, casi al extremo de los terrenos, observó una pequeña elevación; pequeña, tan increíblemente pequeña. Fue hacia ella, se arrodilló y comenzó a escarbar con las manos desnudas. La tierra era áspera y resistente, como si quisiera hacer desistir de su intención a Kitty. Tocó algo. Lo *sintió*. Sintió brotar la náusea. Cerró los ojos, siguió tanteando. Olía a algo definitivo, vomitó, luego gritó de pronto, solo una vez, un grito breve que cortó el aire. Después volvió el silencio, y el silencio parecía sagrado, era un buen día para empezar con la vida, un día en el que delicadas mariquitas y perezosos abejorros surcaban el aire, un día en el que había que tenderse a la sombra y comer higos maduros y tiernos caquis. Un día que pertenecía por entero a la vida.

Lo vio con sus manos: la nariz y el óvalo del rostro, las cejas diminutas, los labios. Contempló su rostro con su mirada interior. Lo reconoció. Iba a recordarlo toda su vida. Su rostro, que no había visto nunca, que no había acariciado ni una sola vez. Que no vería reír ni llorar, ni dormido ni despierto. Lo conservaría para siempre en sus sueños, en un universo paralelo que solo existía detrás de sus párpados cerrados. Viviría con él allí, se dormiría y se despertaría con él. Le dio un nombre. Lo cubrió de tierra otra vez.

Volvió a tener arcadas, pero esta vez no vomitó. Una bandada de pájaros pasó volando por encima de su cabeza. Las cicatrices le pellizcaban. Acarició suavemente el montón de tierra con la palma de la mano:

—Vendrás a visitarme en mis sueños, ¿verdad? Te cantaré canciones, te cantaré todas las canciones del mundo, y esa será nuestra señal, de ese modo sabrás que te llamo. Te llevaré conmigo a donde vaya. Eso bastará, tendrá que bastar para toda una vida.

Se tendió en el suelo, apoyó el rostro en la tierra, sintió su sabor en la lengua. Si se tragaba la amargura, iba a saborear lo verdadero: ese amor quebradizo hacia su hijo, casi ya doloroso, físicamente perceptible, y al mismo tiempo tan suave como la mantequilla, que oscurecía todos los demás sentimientos. Un amor que no habían podido arrancarle de las entrañas. Que la desgarraba por dentro, que tiraba en cada movimiento, mil veces peor que las cicatrices.

Los rotos rayos del sol de septiembre recorrían las colinas, bajaban hacia el valle, hacia el pueblo, hacia el patio de la escuela, acariciaban los tobillos de Kitty. La luz tenía el color de un ladrillo antiguo. En algún sitio se oyó chillar a un grajo. Kitty se forzó a levantarse. Del árbol de al lado cayó un último

higo ya pasado. Las moscas zumbaron a su alrededor.

En ese momento, Kostia iba cargado con un pesado saco de harina y se lo pasaba a un marinero, que lo dejaba en la plataforma del camión. De pronto, fue como si le llegara un denso aroma a la nariz, un aroma seductor, conocido. Se preguntó de qué lo conocía. Era el olor de la chocolatería de su abuelo. Se secó el sudor del rostro y, sin él mismo saber por qué, no pudo evitar pensar en su hermana pequeña, de la que hacía tanto tiempo que no tenía noticias. «¿Es que no echas de menos a tu hermano? ¿O es que tus pensamientos están siempre con Andro? ¿Dónde estará él ahora? ¿Lo habrán enviado al norte del Cáucaso?» Esos pensamientos se le pasaron por la cabeza a Kostia, pero no quiso darles muchas vueltas y cogió el siguiente saco de harina. Por el norte se oían disparos, pero había aprendido a ignorarlos, estaban lejos.

Kitty se preparó para partir. Los trenes salían de forma irregular, se hablaba de bandas de ladrones en las estaciones. Era más seguro pedirle a un campesino que la llevara a la ciudad, propuso Mariam. Hacía mucho que la oficina de Correos del pueblo había cerrado. No se podía enviar un telegrama a Christine. A Kitty le resultó incómodo aceptar de Mariam los rublos necesarios para el viaje, pero no tenía otra elección.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Kitty a modo de despedida a su amiga. Una amiga que no podía serlo.

—Volveré a casa, con mis padres, y veré si puedo ayudar al médico del pueblo de al lado, hace unos cuantos meses que nos cerraron la policlínica.

—Ven a Tiflis.

—¿Estás de broma? ¿Qué se me ha perdido a mí en la ciudad?

—Hacen falta médicos en todas partes. Incluso yo he trabajado en el hospital.

—Pero yo no soy médico, Kitty.

—Eres la mejor médica que conozco.

Kitty apretó a su santa contra sí. Mariam le apartó un mechón de pelo de la frente.

—Por favor, perdóname, si puedes —le susurró al oído al despedirse.

Christine se tapó la boca con la mano cuando abrió la puerta y vio a Kitty por fin delante de ella. A Kitty sin su tripa. El campesino la había dejado en el mercado grande y había ido a pie hasta Vera, subiendo las empinadas calles. La mujer cayó de rodillas y empezó a besar las manos de Kitty, que nunca había visto así a su tía. Christine le acarició el rostro y las manos, los hombros, le acarició el pelo una y otra vez, le besó la frente, las mejillas, el cuello. Había pasado días llamando a las autoridades, visitando todas las comisarías de la ciudad, preguntando a su antiguo círculo de conocidos, todo en vano. Nadie sabía decirle dónde estaba Kitty.

—¿Qué te han hecho, qué te han hecho...? —preguntaba Christine sin cesar.

Kitty se dejaba besar y acariciar, pero su mirada se mantenía vidriosa, y tampoco quería hablar.

—Tengo hambre, tengo tanta hambre, estoy tan cansada, tengo que comer algo y después dormir, solo dormir.

Christine empezó a abrir a toda prisa los armarios de la cocina y poner en la mesa todo lo que encontraba, puso una cacerola en el fogón de gas y la sartén a calentar.

—Me moría de preocupación, no sabía qué hacer, ¿qué ha pasado, Kitty?

Al cortar el pan, Christine se hizo un corte en el dedo índice, y se quedó paralizada al ver la sangre saliendo de él. Miraba fascinada el líquido rojo. Kitty se levantó, llevó a Christine hasta el fregadero y roció con agua la yema de su dedo.

—Está bien, no es grave —dijo, y miró a su tía. El rostro de Christine expresaba horror.

Durante la noche, Christine se sentó junto a Kitty, vuelta hacia ella la parte bella del rostro, y sostuvo su mano. Kitty quería que la dejaran sola, pero Christine parecía tener tanto miedo que no se atrevió a echarla.

—¿Dónde está el bebé?

La habitación se hallaba a oscuras. Kitty veía los contornos, el immaculado perfil de ella, y sintió un deseo inexplicable de tocar el rostro de Christine. Pero no quería tocar la parte inmaculada, sino la de las cicatrices, la parte izquierda desfigurada, que ella le había mostrado en una ocasión, no hacía tanto tiempo, para decirle que juntas lo conseguirían, que resistirían lo que

viniera. Pero no lo habían conseguido.

—¿Qué haces?

Christine apartó un poco el rostro cuando la mano de Kitty recorrió su mejilla, su nariz, para llegar hasta el otro lado, oculto bajo un velo azul.

—Déjame, por favor —pidió Kitty, y tocó la piel arrugada, que tan dura se notaba en contraste con la mitad intacta del rostro.

Como si tocara un animal prehistórico, el último superviviente de una raza extinguida. Kitty estuvo a punto de retirar instintivamente la mano, pero se dominó y tocó. Y empezó a contar muy despacio, le habló con tranquilidad y detalle de las horas transcurridas en el edificio de la escuela, de la rubia, de las correas de cuero que la sujetaban, de la jeringuilla, de Mariam, de las preguntas, esas preguntas que le hacían una y otra vez, y para las que no tenía respuestas. Habló de las contracciones, del hijo nacido muerto, de la operación, de los días en el granero en el que Mariam la había cuidado. Y mientras tanto pasaba incansable la mano por encima de las cicatrices de Christine. Tocaba las irregularidades y cavidades del rostro con la esperanza de, estudiando el mapa de Christine, poder levantar el suyo. Un mapa propio que le enseñara a seguir viviendo. Un mapa de supervivencia. Uno que le ayudara a salir del aula con el rectángulo blanco en la pared, atravesando su propio desierto, en el que no había nada más que sol ardiente y un pequeño montículo al pie de un árbol.

Su mano tocó la cuenca del ojo. Tocó el sitio en el que antes había habido una ceja. Allí donde quizá su marido la había besado cada mañana al despertar, o quizá de niña abría el ojo y su madre le daba un beso exactamente allí. O quizá su padre. Un sitio que había tenido sus historias y que ya no existía, que ya no estaba en condiciones de escribir más historias en ese rostro. Un sitio borrado por el oscuro aleteo de un pájaro venenoso que había pasado sobre Christine y la había rozado por azar.

Pero los lugares quemados de Kitty no eran evidentes. El cuerpo de Kitty no revelaba huellas visibles de la aniquilación. Nadie podría verlas nunca.

—¿Dónde está Andro? —preguntó Christine, una vez que Kitty hubo enmudecido y retirado la mano de su rostro.

—Por favor, no me preguntes eso nunca más. Nunca, nunca, nunca más, ¿me oyes? —Kitty gritó de pronto, se volvió hacia el otro lado de la cama y encogió las piernas—. No sé dónde está, y tampoco quiero saberlo ya.

¡La URSS vela por la paz de todos los pueblos!

CARTEL PROPAGANDÍSTICO

El general Paulus fue nombrado comandante de todo el 6.º Ejército, que disponía de más de un cuarto de millón de soldados y varios batallones acorazados y unidades militares aliadas. El 23 de agosto de 1942, los primeros tanques alemanes llegaron al Volga, al norte de Stalingrado. El mismo día, la fuerza aérea atacó la ciudad, que el Generalísimo no quería evacuar bajo ninguna circunstancia; la ciudad que llevaba su nombre era demasiado importante para él.

A primeros de agosto, bajo el mando del coronel general Zhúkov, que organizaba toda la defensa de Stalingrado, el primer teniente Dzhashi fue nombrado comandante de división del 36.º Ejército. De los casi seiscientos mil habitantes que había en la ciudad en el verano de 1942, cuarenta mil cayeron víctimas de los ataques durante los primeros días de la ofensiva. Ni siquiera esa masiva masacre, el hambre, los bombardeos sufridos durante los ciento sesenta y nueve días de la batalla fueron para el Kremlin un argumento válido para la evacuación. Al contrario: el 25 de agosto, el Generalísimo anunció que iba a «convertir la ciudad en una fortaleza inexpugnable».

Los fantasmas lanzaron risas histéricas desde las copas de los árboles de hoja caduca y las grandes ramas de las encinas.

El 12 de septiembre, parte del 6.º Ejército entró en la ciudad... En un espacio de tres horas, la estación central cambió tres veces de bandera. La ciudad quedó convertida en un paisaje lunar, cuya arquitectura diseñaba la Luftwaffe. El combustible de los coches destruidos y las conducciones defectuosas iba directo al Volga, y daba a aquel infierno un dramatismo morboso y suplementario. Diez días después, los alemanes tenían en su poder la estación, que para entonces había cambiado de manos en quince ocasiones. Empezó una lucha grotesca casa por casa, calle por calle. Cada centímetro contaba. Al cabo de cuarenta días, la ciudad se había convertido en un laberinto mortal del que ya no había escapatoria. Era una «guerra de ratas», se decía, ya que la mayor parte de la población se veía obligada a vivir en las

alcantarillas. Hasta dos mil Stukas de la Luftwaffe actuaron sobre la ciudad. En noviembre, casi toda la ciudad se encontraba en manos alemanas. Llevaban ochenta y un días de batalla cuando empezó la última ofensiva alemana, solo unos pocos puntos de apoyo rusos resistían los ataques en la ciudad. Y, una vez más, el frío implacable vino en ayuda de los rojos. Dado que las malas condiciones climatológicas impedían a la fuerza aérea alemana lanzar nuevos ataques y las vías de abastecimiento habían quedado bloqueadas, el general Zhúkov consiguió tiempo para llevar a cabo una contraofensiva militar que fue denominada Operación Urano. Zhúkov concentró casi un millón de soldados en las líneas norte y sur del frente, y comenzó a cerrar el lazo en torno a la ciudad. Las divisiones Norte y Sur se encontraron el 23 de noviembre, y empezaron a cercar la ciudad y con ella a todo el 6.º Ejército.

Aunque el Estado Mayor alemán envió a Berlín advertencias desesperadas y pidió permiso para la retirada, porque de lo contrario cabía temer la muerte de miles de soldados alemanes, Hitler rugió al teléfono: «¡Me quedo en el Volga!». Y Goering aseguró que la Luftwaffe lograría garantizar el abastecimiento desde el aire. El comandante en jefe Von Manstein debía planear a toda prisa la contraofensiva alemana.

Los alemanes pasaron la Navidad de 1942 en agujeros, muertos de hambre y de frío, teniendo alucinaciones con árboles de Navidad y pastelitos aromáticos. Los fantasmas de la guerra trepaban sobre las barricadas, silbaban «Noche de paz» y se arrastraban hasta los sueños de los soldados. Allí, se convertían en los rostros de sus madres, padres, hermanas, hermanos, esposas y amantes, calentaban sus manos y les susurraban al oído palabras de amor. Los fantasmas no conocían el tiempo, erigían coloridas ilusiones en las cabezas. Los sueños eran exquisitos, y despertar les costaba un trabajo inhumano.

Los heridos y hambrientos se aferraban con desesperación a los aviones que despegaban hacia la patria, con tal de escapar de aquel infierno, y a los pocos segundos se precipitaban congelados hacia la muerte. En Stalingrado, la Muerte bailó su corro más furioso. El mando soviético hacía que por toda la ciudad los altavoces difundieran cantos de muerte expresamente compuestos para la ocasión: «Cada siete segundos muere un soldado alemán. Stalingrado es una fosa común».

El primer teniente rojo, ya encanecido, estaba sentado en un cuartel del

Estado Mayor cerca de la fábrica de proyectiles Barricada y escribía con mano temblorosa a su mujer, sin saber si iba a poder enviar la carta: «Mi querida Anastasia, cuánto echo de menos los tiempos en que...».

El 10 de enero empezó la última y decisiva contraofensiva de los rojos contra el 6.º Ejército, que llevó a la división del ejército y su cerco en dos bolsas distintas. El abastecimiento alemán se desplomó por completo.

Ese día fue el último para él, después desaparece todo rastro del primer teniente blanco-rojo. Se le había visto el 31 de enero en los grandes almacenes Univermag, cuartel general del 6.º Ejército, que su división había tomado por asalto y que fue volado por los aires, dentro de la general locura destructora; con toda probabilidad, Simon Dzhashi se hallaba en el edificio. Pero quizá todo fuera distinto, quizá murió de otra muerte en otro lugar.

Siempre me he imaginado los grandes almacenes destruidos. Tenía delante de los ojos el esqueleto de aquel edificio, sus huesos y articulaciones. Y las sombras enjutas en él, que hace mucho que han dejado de saber lo que se siente al ser una persona. Me imaginaba a Simon Dzhashi gritando algo, me imaginaba soldados pasando delante de él como un rebaño enflaquecido, siguiendo un sordo instinto de supervivencia, sin entendimiento, sin destino. Como el polvo que cae del techo y como el cortante viento que entra por las ventanas rotas, las puertas echas trizas, las fachadas tiroteadas, y que se extiende, lo envuelve todo, lo barre todo, todos los tiempos, hasta ese momento único en el que Simon Dzhashi se queda quieto. Quizá todavía oye gritar a alguien, un joven soldado: «¡Fuera de aquí, rápido, fuera!». Pero es incapaz de moverse. Se queda allí mirando entre los cristales rotos, por un agujero en la pared, hacia ese gran cementerio de la humanidad, ese paisaje apocalíptico, esa espantosa belleza del fin de los tiempos. Ve los jardines de escombros y piedras, la arquitectura de los huesos, los dibujos de sangre, ve las esculturas de hormigón armado y le asombra que nadie más que él perciba esa sinfonía de destrucción consagrada a la muerte. Y Simon Dzhashi se queda quieto y no comprende por qué no puede moverse. Solo pasan segundos, o minutos, pero para Simon es distinto, es como si el tiempo se ralentizara, como si todo se produjera a cámara lenta. Siempre me he imaginado que Simon ha olvidado la guerra y la idea de su futuro enfermo de muerte, los días desesperados, el sentimiento de haber fracasado, las miradas defraudadas de su esposa, a la que no ha podido hacer feliz, los zares, Lenin, la patria y el Generalísimo, incluso su estepa, que habría podido ser el

comienzo de un futuro mejor. Y entonces hay un ruido, un estrépito ensordecedor, de sus oídos empieza a fluir la sangre. Sabe que seguirán otras detonaciones, que ya no tiene tiempo, pero no piensa en eso, ya no puede ni quiere moverse.

¡Muerte a los fascistas!
CARTEL PROPAGANDÍSTICO

Como por una ironía del destino, pocos días después de la última y decisiva batalla por Stalingrado en la que probablemente su padre iba a perder la vida, el hijo de Simon Dzhashi celebraba su mayor victoria: el 18 de enero, los rojos despejaron toda la orilla del lago Ladoga, y se creó un corredor de once metros de anchura y, por tanto, una comunicación con tierra firme. Konstantin se había destacado especialmente en la lucha por la liberación de Leningrado. Una noche, durante la Operación Chispa, en la que la radio dejó por completo de funcionar y el comandante en jefe dejó de poder dar nuevas instrucciones, Konstantin Dzhashi asumió el mando de uno de los barcos en la bahía de Finlandia.

Kostia celebró la victoria con sus camaradas. El aguardiente que no había bebido desde hacía meses le calentó el estómago, se le subió a la cabeza y lo puso tan eufórico que trepó al mástil del barco y gritó que los fascistas estaban acabados.

A menos de cuarenta kilómetros de distancia de él, una mujer enjuta de oscuros cabellos salía a la calle, con las manos amoratadas y los ojos hundidos en profundas cuencas, el cabello ralo, las botas agujereadas, el cuerpo encorvado. Salió de un oscuro portal a un callejón adoquinado, se tambaleó rumbo a la Nevski-Prospect, se detuvo, cogiendo aire una y otra vez. Su destino era la oficina de Correos de la calle Karavanaja, donde se había instalado hacía poco un centro de registro para confeccionar las listas de evacuación.

El último mes le había arrebatado el resto de sus fuerzas. A menudo apenas conseguía salir de la casa, subir las escaleras o resistir las colas eternas para recibir las raciones de comida. Pero la noticia de la rotura del cerco le había puesto una sonrisa en los labios y había decidido ir de nuevo al centro de registro. Su aspecto tenía que bastar para ponerla en lo más alto de la lista.

Hacía mucho que tosía sangre, pero no quería pensar en ello. Tenía que recorrer ese camino, tenía que ir a la oficina de Correos.

Quizá de hecho había perdido el juicio, como aquel barrendero que el mes pasado había salido desnudo a la calle a repetir frases obscenas. No sabía ni en qué día estaba ni qué más sucedía en el mundo. A veces soñaba despierta, tenía alucinaciones de que el resto del mundo ya no existía, de que Leningrado era la última isla de supervivientes. Pero aquel día, Ida se esforzó por ahuyentar todos los pensamientos destructivos y concentrarse en su camino hacia la calle Karavanaja.

El cielo no estaba tan polvoriento, blanquecino y cubierto como la mayoría de los días de aquella estación. Incluso, unos cuantos rayos de sol se abrían paso, y el Neva ya no estaba petrificado bajo el duro hielo. Unos cuantos niños harapientos pasaron corriendo. Una mujer con un cochecito cruzó delante de ella como si fuera un día normal en una ciudad normal. Pero, cuando se acercó, vio que el cochecito estaba lleno de piedras. A lo lejos oyó un automóvil, una buena señal: así que volvía a haber gasolina.

El baratillo de su calle había vuelto a abrir, también eso era una buena señal, pensó. Aunque no hubiera nada que comprar en él.

Realmente, se habría podido pensar que se trataba de un día completamente normal en una ciudad completamente normal. Quizá había que convencerse de eso. Tal vez era la mejor posibilidad de conservar el resto de la cordura, pero el silencio fantasmal que reinaba hacía dudar de esa opción. Se detuvo, respiró hondo, tragó saliva; tenía la boca seca, los ojos le ardían, ya no estaba acostumbrada a la luz del día. En su casa, al principio, había corrido las cortinas a causa de los bombardeos, ahora lo hacía por costumbre, y ya no se podía imaginar otra cosa.

Durante las últimas tres alarmas aéreas ya no había ido al refugio, no había podido reunir ni las fuerzas ni la esperanza necesaria para hacerlo. Ya durante el primer año del bloqueo había ancianos en la ciudad que se quedaban en sus casas durante la alarma. Antes Ida se enfadaba con esas personas, entonces aún tenía el necesario optimismo y los recuerdos, ahora ella misma pertenecía

a esa clase de gente. Ahora también ella era una de esas momias, ante las que la vida pasaba de largo lo mismo que la guerra.

Se detuvo en la Nevski-Prospect. Había visto su imagen reflejada en el escaparate de una vieja tienda, que había cerrado hacía mucho tiempo. Había conocido tan bien esa calle, antes, en su antigua vida, y ahora ya no se acordaba de qué tienda había allí, por Dios que no. Quizá había sido la noble tienda de tejidos, tal vez la librería, pero ¿qué sentido tenía ya reconstruir algo que nunca volvería a existir?

La pregunta fue desplazada por un vago recuerdo: el recuerdo del rostro de él. O de lo que su memoria había hecho del rostro de él. ¿Seguiría teniendo un aspecto tan conmovedoramente joven, con su uniforme azul marino con adornos dorados y blancos en hombros y mangas? ¿Podría seguir riendo con tanto abandono? ¿Todo niño, todo libre, completamente relajado, olvidando su entrenada seriedad? ¿Seguiría queriendo gustar tanto, ser tan reconocido y aceptado por los poderosos? ¿De qué tenía miedo? ¿Se habría convertido para él en el mismo recuerdo imborrable que él era para ella?

En los días más negros, Ida se imaginaba la muerte de Kostia. Lo creía ya muerto. Se acunaba en esa seguridad funesta y cruel. Imaginaba escenarios terribles, a él cayendo al mar, alcanzado por una esquirla de granada, ahogándose o, herido de un disparo, desangrándose en alguna lejana orilla.

En días mejores, se lo imaginaba al lado de una joven de grandes ojos de corzo y trenza hasta los muslos. Suponía cómo le enseñaba a la joven, con la misma entrega, lo que ella le había enseñado a él.

Dobló hacia una calle lateral. Hacía mucho que el cartel había desaparecido. Conocía la calle, pero ya no sabía cómo se llamaba. De pronto tuvo que volver a detenerse, porque había oído algo, un ruido, un sonido, algo familiar. Era música, inequívocamente música de piano. Una melodía conocida, que Ida era tan incapaz de nombrar como esa calle. Pero la siguió, sin pensar en lo que hacía, corrió detrás de las notas. A cada paso la melodía se hacía más sonora y más clara.

¿De qué conocía esa melodía? ¿Qué era eso? Ah, sí, en otra vida —o era un sueño— ella tocaba el piano. Podía sentir las teclas bajo sus dedos desnudos, transparentes, que hacía mucho que ya no llevaban anillos, el marfil, el fresco y maravilloso material del piano de su infancia.

Todo aquello había sido, y muchas cosas más. Ahora no quedaban más que lascas, esquirlas de cristal, hambre y el metrónomo, que anunciaba los

ataques aéreos.

Era Grieg. Sí, ahora se daba cuenta. Grieg. El romántico. El romántico de la decadencia, pensó Ida, y siguió buscando la música. Llegó a un patio interior, una vieja casa con las ventanas rotas había resistido a las bombas, una de las ventanas del primer piso estaba abierta: de aquella casa venía la música de piano.

Ida entró a la oscura escalera y subió los pocos peldaños hasta una puerta de madera entornada. Su cerebro intentaba todo el tiempo reconstruir el título de la obra, pero no lo lograba. Llamó, pero no hubo pasos, la obra para piano no fue interrumpida. Se asomó por la rendija y puso un pie encima del umbral.

Entró a un espacioso pasillo vacío, con manchas grises de humedad en las paredes, siguió a Grieg y llegó a una estancia con el suelo de parqué anaranjado y un colchón desnudo en un rincón; junto a la ventana estaba el piano, intacto, bellísimo, bien afinado. Delante se sentaba una muchacha que tocaba, ensimismada, la «Balada para piano en sol menor», sí, ese era el nombre exacto de la pieza, ahora se acordaba.

La muchacha no se volvió, no se movió. No podía tener más de quince años, a juzgar por su aspecto vista de espaldas.

—Perdona, te he oído tocar y he seguido la música. Tocas maravillosamente bien.

Ida caminó, cautelosa, hacia la pianista. La chica siguió tocando, asintió casi de forma imperceptible con la cabeza.

—Al menos una oyente. Pase, pase tranquila. Por desgracia no tengo ninguna silla, tendrá que quedarse de pie. Quemamos todos los muebles, cuando hizo tanto frío —la chica no se volvió, sus dedos seguían danzando sobre las teclas sin cometer un solo error.

Ida sintió que se le ponía la carne de gallina, y era una sensación extraña, como si su piel ya no supiera cómo era sentir. Con cuidado, se puso junto al piano y, por primera vez miró el rostro de la chica..., se sobresaltó, y contuvo el aliento para no mostrar su horror: la chica no tenía ojos. El lugar de sus ojos lo ocupaban dos cavidades oscuras. Pero la chica sonreía.

Llevaba un vestido de obrera, gris y agujereado, y gruesas botas de fieltro. La abultada trenza de color castaño claro le colgaba entre los hombros.

—Estoy ensayando para mi tercer concurso juvenil, tenía que haber ido a Londres, antes de que... —dijo la chica, y meció levemente el torso al

compás de la música.

—¿Eres una futura pianista? —preguntó Ida, que aún no se había recobrado del espanto.

—Iba a serlo, sí.

La chica dejó de tocar de repente, sus dedos se quedaron quieto sobre las teclas, de pronto rígidos y sin la menor función.

—Lo serás, sin duda. Si ensayas en estas circunstancias.

—Estuve mucho tiempo sin poder ensayar. Mi madre me lo prohibió, después de que...

—¿Después de qué?

—Como entonces estaba ensayando no llegamos a tiempo al refugio, y me alcanzó una esquirla, ve... —la chica volvió el rostro ciego hacia Ida, como si de lo contrario no fuera a notar la falta de los ojos—. Ahora mamá está muerta, y yo puedo volver a tocar.

La chica lo dijo de manera completamente átona, como si se tratara de la muerte de un animal doméstico.

—¿Y tu padre?

—Caído. En Minsk. Mi hermano también está en el frente, pero aún vive. Lo sé. Serguéi vive y volverá. Seguro.

—Claro. Claro —Ida se dio cuenta de que su voz sonaba tierna, casi cariñosa—. Me encanta la música. Antes, también yo pensé que podría llegar a ser pianista...

—¿Y qué se lo impidió, también la guerra?

—No del todo. Pero algo parecido —dijo Ida, y rio. De pronto, la chica se levantó del taburete y se puso delante de ella. Era alta, huesuda, pero no estaba malnutrida, eso era una buena señal, incluso muy buena. La chica alzó la mano.

—¿Puedo?

Ida dijo que sí, y la chica le tocó la cara. Trazó suavemente sus rasgos. Le tocó la boca, la nariz, los ojos, los labios. Ida se estremeció. Cuánto tiempo hacía que nadie la tocaba. Qué gastada y horrible, qué fría, qué rígida tenía que estar. Pero a la chica no parecía importarle.

—Tengo que hacerlo así para poder imaginar su cara, y a veces también puedo adivinar la edad. ¿Quiere que le diga la edad que tiene?

—Sí, dímelo.

—¿Mediados los cuarenta?

—Ni yo misma lo sé, he dejado de contar.

—Yo tengo catorce.

La chica lo dijo con orgullo, como si fuera un gran mérito tener catorce años. Pero quizá lo era. Quizá en esa ciudad fuera un gran mérito haber alcanzado los catorce años.

—¿Vives aquí sola?

—A veces viene mi prima. Pero tiene que ocuparse de mi abuelo, está enfermo, y además trabaja en el colegio, aunque me las apaño. Puedo volver a tocar. Por suerte no emplearon el piano para hacer leña, aunque mi madre quería, pero yo me negué.

—¿Puedes seguir tocando, por favor? Hace tanto tiempo que no oía música.

—Puede tocar conmigo. Algo para cuatro manos.

—No, no, no lo conseguiré, tengo las manos como garras, sería espantoso, y quiero que sea precioso.

—Como usted quiera. Mi maestra me dijo una vez que tengo buena mano para los franceses. ¿Quiere que toque algo de Debussy? Me gusta tanto. ¿Quizá algo de los preludios?

—Lo que tú quieras.

La chica se concentró, se frotó las manos, se echó el aliento en los puños y empezó. Ida estaba apoyada en la pared, y escuchaba hechizada. Seguía la forma de tocar de la chica, que con cada nota le sacaba la guerra de los brazos, del cuerpo, de la cabeza, y la llevaba a otro mundo. Un mundo en el que había cafés iluminados y bulevares radiantes, por el que paseaban personas bien alimentadas. Un lugar con farolillos violeta y portales cuidados, casas amuebladas, un lugar en el que se podía pedir un pastel de manzana junto con el té y en el que olía a perfume francés. En el que la gente llevaba abrigos calientes y guantes de cuero. En el que se podía ir al cine o escuchar conciertos. Un lugar en el que la chica que tocaba el piano tenía una madre y unos ojos verdes y centelleantes. ¿Qué clase de mundo era ese, en el que se privaba a una niña de la vista, en el que no se salvaba su futuro?

—«La danza sagrada.» Así fue como él llamó a la pieza.

La voz de la niña rompió los pensamientos de Ida, los hizo desplomarse de golpe. Miró por la ventana hacia el patio interior. Recordó que tenía que ir a Correos y movió la cabeza, como si quisiera despertarse a sí misma de su sueño.

—¿Cómo es que todavía estás aquí? ¿Cómo es que no te han evacuado?

—Entonces aún no estaba inválida —dijo la chica, con una desarmante sencillez, que al mismo tiempo tenía algo de espantoso.

—Pero...

—Mi madre trabajaba para «la carretera», salíamos adelante.

—Tienes que venir conmigo.

—¿Adónde?

—A la Karavanaja, a la oficina de Correos, allí están redactando las nuevas listas de evacuación. ¿No te has enterado de que se ha roto el cerco?

—Llevo días sin salir, y mi prima no podía venir.

—¿Cuándo comiste por última vez?

—Mi vecina, la camarada Tashkova, me da algo de su comida porque toco para su hijo, es retrasado mental, y le tranquiliza.

—Levántate.

—No tengo abrigo. No puedo salir.

—Yo te daré el mío. Tienes que venir conmigo.

—Pero...

Ida ya había puesto en pie a la chica, y le colocó el abrigo sobre los hombros. Se envolvió en su chal, tejido por ella misma, y salieron. La chica olfateaba como si fuera un perro. Ida la cogió de la mano. Ella la retiró y respondió, orgullosa:

—Puedo ir sola. Soy ciega desde hace doscientos treinta y cuatro días. Aprendo.

La cola se veía ya de lejos. Tuvieron que hacerla, oscurecía ya cuando por fin entraron al edificio.

Detrás de una mesita —más bien un pupitre— se sentaban una mujer entrada en años y un joven guardia rojo. Ida mencionó sus nombres.

—Tengo que buscar.

La mujer empezó a hojear un gigantesco archivador. No importa quemar los pianos, pero los archivos no se tocan, pensó Ida.

—En octubre me aseguraron que estaba en la lista de urgencia —indicó Ida.

Al cabo de unos minutos, de hecho, la mujer encontró su nombre en la lista. Ida tuvo que presentar su pasaporte y su gastado y arrugado certificado sanitario, que contenía lo poco de bueno que un médico desnutrido le había certificado tras un vertiginoso examen. La mujer volvió a hurgar en su

montaña de expedientes.

—Doce de febrero. Jardines Mijailovski. Será un camión. No puede llevar con usted más que una maleta, y no olvide el pasaporte. Y cuide este documento que voy a expedirle como si fuera la niña de sus ojos —la expresión causó en Ida una especie de arcada. La chica estaba inmóvil junto a ella, como si no lo hubiera oído.

—Esta chica tiene que venir conmigo —adujo Ida en tono dubitativo—. Perdió la vista en un ataque aéreo, y su madre ha muerto. No tiene otros parientes, y por tanto es inválida en primer grado.

Ida trató de mantener un tono lo más neutral posible, para que la chica no tuviera la impresión de que se compadecía de ella.

La mujer levantó la cabeza lentamente y miró largo tiempo a la chica:

—Por desgracia no puedo hacer nada, por mucho que lo sienta. Primero tiene que entrar en la lista, como todos los demás. Todos llevan meses esperando, cuando no años.

—Está bien —dijo la chica, sin dejar traslucir su decepción.

—¡No, no está bien! —gritó de pronto Ida, y se sorprendió ante la potencia de su propia voz—. Nada está bien. ¡Mírela! Esta maldita guerra se lo ha quitado todo, y aun así sigue ahí, olvidada de Dios, en una casa fría y vacía, tocando el piano. Podría convertirse en una pianista fabulosa. ¡*Debe* seguir viva, *debe* tener algo de comer, *debe* tocar! ¡Solo tiene catorce años!

La mujer entrada en años miró indiferente a Ida, estaba acostumbrada a esos estallidos, a esos desplomes. Nadie en la cola osaba decir nada, cada uno estaba ocupado tan solo en su propia supervivencia. A la chica todo aquello le resultaba visiblemente incómodo, bajaba avergonzada la cabeza.

—Venga, por favor, vámonos...

—¡No! —volvió a gritar Ida—. ¡Tienes que salir de aquí!

—¡Entonces cédale su sitio, maldita sea, y vuelva a apuntarse en la lista! —gritó detrás de ella un hombre con una sola pierna, a todas luces enfadado por el retraso. Por un momento, en la sala reinó el silencio. Ida calló y miró a la chica.

—¡Por el amor de Dios, no, no lo haga! —se le escapó a la chica, y volvió hacia Ida su rostro sin ojos. Pero Ida ya estaba inclinándose sobre el pupitre para decirle a la mujer:

—Expida el documento a su nombre, por favor. Y apúnteme en la siguiente lista.

La muchacha le cogió de la mano y trató de tirar de Ida.

—No puede hacer eso. Tiene un frío insano en las manos, lo he notado. Usted no está bien. Tiene que irse. Mi prima...

—¡Cállate y haz lo que te dicen!

La dureza acostumbrada había vuelto a la voz de Ida.

—¡El nombre! —dijo la mujer de la mesa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ida, y se dio cuenta de que ni siquiera había preguntado su nombre a la chica.

—Ida —dijo ella.

—Tu nombre, me refiero a tu nombre —insistió Ida.

—Sí, me llamo Ida. Ida Efremova.

—Ah, qué práctico, así solo tengo que cambiar el apellido y la fecha de nacimiento —dijo la mujer del escritorio.

A Ida le flaquearon las rodillas.

Pasaron juntas los días previos a su marcha. En la casa oscurecida de Ida en la Vasilevski y en la casa vacía de Ida Efremova, cuya situación exacta desconozco.

Era la primera vez que Ida había vuelto a oír música desde el principio del bloqueo. La pequeña Ida siempre estaba dispuesta a tocar algo para la Ida mayor. Ella le calentaba previamente las manos, se las metía debajo a las axilas y se quedaban quietas hasta que la pequeña se liberaba y se lanzaba riendo hacia el piano. Entonces tocaba, olvidada de todo, mientras Ida estaba de pie junto a ella con los ojos cerrados y seguía a la música hacia su pasado.

Ida E. hablaba constantemente del futuro. De una casa común en algún sitio en que hiciera calor, de clases de piano, porque Ida E. estaba segura de que la Ida mayor quería volver a tocar cuando el frío y la guerra pasaran. Hablaba de las gallinas que tendrían y que pondrían huevos todas las mañanas, hablaba de concursos en los que iba a participar y se imaginaba viajando por el mundo en compañía de Ida.

Una tarde, mientras estaban en el patio trasero junto a un fuego que había encendido un vecino y se calentaban, Ida E. tocó en el hombro a Ida y le propuso que la adoptase.

—Bueno, tú no tienes hijos, y seguramente te gustaría tenerlos, sería ideal. Además, ya soy casi adulta y no tienes que cambiarme los pañales ni pasar

noches en vela conmigo. Tendrías una niña ya hecha que puede tocar hermosa música para ti. ¿Qué más puedes querer?

Ida no pudo evitar sonreír ante la manera directa, de niña vieja, con la que Ida E. le explicó cómo imaginaba su futuro juntas, y le dio un tierno beso en la mejilla.

Antes de que la niña Ida tomara asiento en el remolque del camión y se aferrara así a la titubeante y temblorosa mano de la vida, preguntó a Ida por alguien al que pudiera hacer llegar un mensaje fuera; un familiar, un amigo.

—Antes de que tú me sigas —añadió.

—No lo sé... Quizá puedas encontrar a un oficial de la marina, su apellido es Dzhashi, Konstantin, también llamado Kostia. Si es que aún vive. Se formó aquí, en Leningrado, en la Academia Militar Frunse, y sirve, hasta donde yo sé, en la flota del Báltico.

—¿Y qué quieres que le diga?

—Si...

—Lo encontraré.

—Que le deseo suerte.

—¿Eso es todo?

—Que no le he olvidado.

—¿Y qué más?

—Que... Inventa tú el resto. Tienes una imaginación floreciente, adórnalo por mí. Dile algo bonito. Dile todas las cosas bonitas que se te pasen por la cabeza.

—Bien. Lo haré —asintió Ida E. con decisión.

Se abrazaron y se quedaron allí, inmóviles, mientras la gente pasaba impaciente delante de ellas y tiraba las maletas al camión.

—Como mucho en mayo nos veremos en algún pueblo kazajo. Y para entonces habré conseguido un piano y encontrado a mi hermano y a tu marinero. Hasta ese momento tú tienes que cuidarte, ¿eh?

La niña apretó la punta de la nariz contra la de Ida y aspiró su olor. Palpó su rostro con las puntas de los dedos, e Ida sintió que en ese momento la muchacha la *veía*, de verdad la veía, reconocía en todo lo que ella era lo que había soñado y los errores que había cometido, lo que había amado y perdido, lo que había buscado y encontrado, aquello a lo que había aspirado y aquello en lo que había fracasado, lo que había deseado y no conseguido, lo que aún esperaba y aquello que temía.

De pronto sintió algo cálido, húmedo, bajar por su mejilla. Ida E. lloraba. No lo habría creído posible, pero los oscuros agujeros despertaban a la vida, y de ellos salían lágrimas.

Ida murió tan solo dos meses después. Una vecina la encontró muerta delante de la puerta de su casa. Delante de la puerta que con tantos titubeos había abierto a Kostia. La que al final él había aporreado con tanta insistencia. Se había desplomado después de subir la escalera. Ya no había conseguido llegar hasta su casa, hasta su cama, en la que antaño había celebrado fiestas de amor con Kostia y en la que todos los obstáculos parecían tan fáciles de superar.

Ida E. llegó a ser una famosa concertista, alcanzó el punto culminante de su carrera a finales de los años cincuenta y sesenta. Después de una gira por Alemania Occidental se quedó allí, y tres años después consiguió para su marido, intérprete de viola al que había conocido durante sus estudios en el conservatorio de Moscú, el permiso de salida de la URSS. Las gafas oscuras y alargadas que llevaba en sus conciertos se convirtieron en su marca de fábrica. Su autobiografía, publicada en Alemania en 1982, me ayudó mucho en mis investigaciones acerca de Ida. El libro estaba dedicado a ella.

Pasarían años antes de que Ida E. encontrase a mi abuelo, pero lo encontró.

¡Más metal, más armas!
CARTEL PROPAGANDÍSTICO

Debido a las elevadas pérdidas de los alemanes en Stalingrado y a las devastadoras consecuencias de la Operación Edelweiss, se dispuso la retirada del Grupo de Ejércitos A de Vladicáucaso, entonces aún Ordzhonikidze, y la carretera militar volvió a quedar transitable hasta el final del año; Stasia pudo emprender el viaje a casa. Llegó a Tiflis en marzo de 1943. La última carta de Simon, sentimental para sus circunstancias, la había atemorizado, pero se prohibió pensar en lo peor. Sabía por Christine que Kostia estaba vivo y

había hecho méritos en el frente de Leningrado. Llegó a la casa señorial de la colina, cuyo jardín estaba asilvestrado, cuyas fuentes estaban secas y cuyos tesoros habían ido a parar al mercado negro hacía mucho. Cayó en brazos de su hija y se esforzó por llorar para sentir algún alivio, pero no lo consiguió. Poco a poco, Kitty y Christine fueron contándole lo que había ocurrido durante su ausencia, la desaparición de Andro, los meses tristes y preocupados, pero sin disparos, pasados en Tiflis. Solo mucho después, Kitty mencionó como de pasada que había tenido un aborto. Sin entrar en detalles, sin profundizar en el tema.

Se sentaban en la cocina, hacían pan de maíz y se miraban con ojos transfigurados.

Christine no dejaba de dar masajes a su hermana en los hombros, le hacía máscaras faciales a base de cáscaras de pepino, le calentaba infusiones de hibisco para que recuperase fuerzas y cubos de agua para que pudiera tomar un baño, le regaló medias y botas nuevas y le cortó el pelo.

Durante las primeras semanas, Stasia se encontraba en una especie de estupor. No podía obligarse a salir a la calle, no lograba concentrarse en sus conversaciones. Se le cerraban los ojos y no hacía otra cosa que bostezar. Kitty y Christine seguían con su vida cotidiana: compraban con cupones de racionamiento, iban al hospital, limpiaban, cocinaban, remendaban chaquetas y abrigos para el frente, recogían leña, hacían la comida y escuchaban cautivadas la vieja radio Blaupunkt.

Algunas noches, Stasia oía gritos en la casa, oía cómo se abría la puerta del dormitorio de Christine y ella corría por el pasillo al antiguo cuarto de los niños, en el que dormía Kitty. Oía a su hija gemir, lamentarse, gritar, y luego las palabras tranquilizadoras de Christine. Oía, erguida en su cama, a Christine hablando con Kitty largo rato, hasta que la calma regresaba y Christine volvía a su dormitorio.

Durante esas noches, Stasia deseaba poder tener las fuerzas para bajar y coger en sus brazos a su hija. Susurrarle al oído esas mismas palabras tranquilizadoras, preguntarle de dónde venía esa desesperación, qué era lo que le daba tanto miedo, pero temía el secreto que Kitty compartía con su tía, temía las pesadillas de Kitty, que podían ser contagiosas.

La primavera sacó a la gente a la calle, a los parques, a los anchos

bulevares y a los estrechos callejones. Se volvió a oír a los vendedores de helado, a las vecinas intercambiando los últimos cotilleos sentadas en los bancos de la calle, se oyeron los dados rodar sobre los tableros de backgammon. La ropa limpia volvía a colgar en los patios interiores, y los transformaba en blancos espacios *sin guerra*.

El anciano que antes tenía el gran puesto de frutas de la esquina vendía ahora sus pocas manzanas y ciruelas en cubos de estaño. La gorda mujer del profesor universitario volvía a llevar plumas en el sombrero, las gitanas volvían a recorrer la calle en bandadas prediciendo el futuro, naturalmente solo cosas felices, alegres, prometedoras. En tiempos de guerra, las malas noticias podían terminar en una tunda.

En esos días soleados, Kitty, Christine y Stasia salían a pasear por las colinas de Vera, comían pipas de girasol, bebían cerveza de malta. Como en mayo aún no había llegado ninguna noticia del primer teniente Dzhashi, Stasia se había dirigido al Comisariado Militar del pueblo y presentado una solicitud, con la esperanza de averiguar el paradero de su esposo. Cuando ya había abandonado esa esperanza, recibió una carta con matasellos de Moscú. La noticia era escueta: con elevada probabilidad, el primer teniente Dzhashi había dejado la vida en la honrosa y victoriosa batalla de Stalingrado. Debía dirigirse con esa carta al comisariado competente en Tiflis. Allí le prestarían ayuda, especialmente en lo que concernía a su pensión de viudedad.

En el comisariado, una joven uniformada le comunicó que su marido no aparecía en ninguna de las listas de bajas, pero, como ella sabía, en Stalingrado había que lamentar elevadas pérdidas.

—¿Significa eso que no hay un cadáver? —preguntó contenida Stasia.

—Hemos establecido contacto con su división. Su marido sigue teniendo estatus de desaparecido. Pero cabe suponer que cayó en los últimos días de la batalla.

Había combatido heroicamente, era candidato póstumo a la medalla al valor. Stasia la interrumpió y constató:

—Mientras no haya cadáver, no puede estar muerto.

Luego se dio la vuelta y salió paseando del edificio.

Christine y Kitty se quedaron sin palabras cuando Stasia, tranquila y contenida, les contó a ambas lo que le habían dicho en el comisariado. Kitty se mordía nerviosa el labio inferior, y los ojos de Christine estaban llenos de lágrimas. La expresión de su rostro revelaba que se conformaban

definitivamente con la noticia. Christine se preguntó si la certeza de que Simon no iba a volver implicaba también la espantosa certeza de que tampoco Andro podría hacerlo nunca.

Y Kitty se preguntaba si Christine lloraba la pérdida de su marido y de su rostro, y si el destino de Simon sería también el de Kostia.

De pronto, también Kitty empezó a sollozar.

—¿Por qué lloráis? —preguntó Stasia—. No está muerto. Solo está desaparecido. Ese hombre ha estado *desaparecido* la mitad de su vida, esta vez no será diferente, aparecerá, no te preocupes por eso.

—¡Está muerto! —respondió sollozando Kitty.

—¡Donde no hay cadáver, donde no hay tumba, tampoco hay muerto!

El tono de Stasia no admitía dudas, tan segura parecía.

—¡Pero claro que hay muertos sin tumbas!

En la voz de Kitty había algo plomizo, algo sordo, que hizo prestar atención a Stasia. Se levantó titubeante y fue hacia su hija. El abismo de Kitty la atemorizaba, no se atrevía a asomarse a él, temía perder el equilibrio. Trató de abrazarla, pero Kitty retrocedió.

Konstantin Dzhashi sobrevivió. En los últimos días de combate, Kostia sufrió una grave herida en una pierna y tuvo que ser operado. Como las clínicas de Leningrado estaban repletas, lo llevaron a un hospital militar de Moscú en un avión de la NKVD. Lejos de los disparos, de las granadas, alimentado y cubierto por una manta cálida, la estancia en el hospital tuvo que parecerle un paraíso. Disfrutó de un permiso de dos semanas, que aceptó con dudas; era como una medalla al honor, porque a los guardias rojos no se les concedían permisos para ir a casa. Alguien tenía que haber hablado en su favor. Kostia se preguntaba quién podía ser, pero no llegaba a ningún resultado en sus reflexiones. Habían pasado años desde la última vez que había estado en su casa. Durante los primeros dos años de guerra, había tenido un activo y extenso contacto epistolar con su padre y Alania. A Tiflis no enviaba más que telegramas. No sabía cómo concretar lo que había vivido en palabras que fueran comprensibles para su tía, su hermana, su madre.

Había preferido seguir en un estado en el que no hacía preguntas, no esperaba respuestas ni sentido. Quería olvidar que fuera de la certeza diaria de la muerte había algo más. Algo como el dolor, la alegría, la decepción, la

esperanza y, sobre todo, la cercanía. La alegría había sido un trago de aguardiente y un trozo de pan negro untado de manteca; la alegría eran los sacos de harina y latas de conservas que habían logrado pasar a Leningrado durante meses; la alegría eran los barcos intactos, la alegría era la pura supervivencia. Y todo lo que había existido más allá de eso ya no importaba ahora. Ya no existía, y la esperanza de que podía volver era algo que Kostia sentía como un obstáculo y, en determinadas circunstancias, hasta como un peligro.

Los recuerdos hacían el corazón blando y transparente, y con un corazón transparente no se puede disparar bien, Brilka, se yerra el tiro y se convierte uno rápidamente en diana.

Pasó una eternidad hasta que Stasia, que le había abierto la puerta, se le lanzó al cuello. Temblaba de arriba abajo, y apretaba tan fuerte su cabeza contra su cuello que él creyó ahogarse.

Stasia llamó a Christine a gritos por toda la casa. Kostia vaciló, pero enseguida recobró el equilibrio, apoyándose en el bastón del que dependería durante tres semanas después de su operación. Christine apareció al final del largo pasillo. Allí había estado también antaño, cuando él era pequeño, y allí había esperado a que él acudiera corriendo después del colegio y se le lanzara al cuello. Kostia se quedó mirando la mitad derecha de su rostro, que no estaba velada. Qué hermosa era, pensó, y al mismo tiempo su belleza demediada le hizo sentir una tristeza infinita, se le encogió el corazón, sintió que las palmas de las manos se le humedecían. No pudo evitar pensar en Ida al verla.

Christine se quedó plantada delante de él, lo miraba como si llevaran toda la vida escribiéndose cartas de amor y ahora se encontraran por vez primera.

—¡Kostia, Konstantin, mi hermoso Konstantin, has vuelto, estás aquí, conmigo!

Stasia retrocedió, dejó que su hermana menor festejara su simbiótica proximidad hacia su sobrino, dejó a su hijo aceptar esa proximidad, adornarse con ella, porque todo en su cuerpo y en su rostro revelaba las más profundas privaciones. Más tarde, cuando Kitty volvió del hospital y escuchó en la cocina la voz de su hermano, se quedó un momento en el pasillo, apoyada contra la pared, respiró hondo, trató de controlar su cuerpo y, antes de entrar

corriendo a la cocina, ensayó unos segundos su antigua risa desenfrenada, trató de recordar cómo sonaba su propia voz cuando era feliz.

Al contrario que Stasia, él hablaba mucho: describía incansablemente, con todo lujo de detalles, su época en Sebastopol y en el *Gorki* y, sobre todo, lo que había ocurrido en el lago Ladoga. Devoraba todo lo que le ponían en la mesa, su hambre parecía insaciable y bebía el amargo *chacha*, que le soltaba tanto más la lengua.

Pero Kitty se daba cuenta de que la forma en que hablaba de todas esas cosas, las batallas, los ataques, las bombas, el hambre, la dura lucha por la supervivencia, sonaba artificial, incluso neutral.

También Christine y Stasia hablaban mucho, aunque de manera menos ordenada, se interrumpían la una a la otra, discutían acerca de detalles que recordaban de forma distinta. Cuando, en algún momento, la conversación fue a parar a Andro, Christine bajó la voz, contó lo que sabía o, mejor dicho, lo que no sabía; que se sospechaba que se había unido a un movimiento de partisanos y luchaba del lado de los alemanes. Kitty se sintió traicionada por las palabras de Christine, aunque lo que Christine ponía sobre la mesa eran hechos; a Kitty también le irritó que, en muy pocas horas, Kostia fuera capaz de atraer por completo la atención de Christine. La historia de Andro hizo que Kostia se lanzara a una catarata de insultos. Se indignó ante aquella traición a la patria, monologó sobre la importancia de la ideología correcta, la lealtad y la fidelidad, sobre las obligaciones de cada ciudadano soviético, y repitió que siempre había sospechado que Andro iba a tomar el camino equivocado, que iba a traer la vergüenza a la familia.

Kitty no se atrevía a intervenir; no quería pelearse con Kostia ya la primera noche, y decepcionar a su madre y su tía. También sabía que sus argumentos a favor de Andro eran demasiado débiles. Aun así, le costaba trabajo dejarlo tan fácilmente a la luz de ser un traidor a la patria. No era la verdad. Era, para los otros, el camino más cómodo para sacrificarle por sus propios errores.

—Padre ha muerto, ¿verdad?

La pregunta de Kostia vino de pronto, sin anuncio, como una tormenta de verano. Acababa en ese momento de contar sus vivencias en Moscú. Christine bajó la cabeza. Stasia carraspeó y se rascó el antebrazo.

—Tienes que saber que está perdido, está sencillamente desaparecido —

Stasia trató de dar la respuesta tan de pasada como si hablara del tiempo.

—¡Deja ya eso! —gritó Kitty.

—¡Está desaparecido, no tenemos pruebas de su muerte! —Stasia parecía indignada, como si le ofendiera que se pusiera su verdad en duda.

—¡Se le vio por última vez delante del cuartel general alemán en los últimos días de Stalingrado, poco antes de que hubiera explosiones allí!

Kitty respiraba con rapidez.

—¡Y no encontraron su cadáver!

Stasia se mantenía obcecada, lo repetía como un conjuro mágico que iba a protegerla de la realidad.

—Díselo, Kostia, tenemos que declararlo muerto, no se puede seguir viviendo así —imploró Kitty a su hermano.

—Mañana iré al comisariado, me darán datos más precisos —respondió él con calma.

Al empezar el calor del verano, toda la familia se fue a la ciudad natal de Stasia y Christine. Vivían en la antigua casa del fabricante de chocolate, en cuya mitad, Lida vivía sola. Fueron a las tumbas de los padres. Se quedaron mirando las lápidas, se sentaron en el césped. Todos dijeron amén después de que Lida pronunciase una oración por los muertos. Ya al día siguiente Kostia encargó una lápida nueva, en la que hizo grabar el nombre de Simon Dzhashi, y mandó colocarla junto a las tumbas de sus abuelos y de la hermana gemela de su madre. Stasia se negó a ir con ellos al cementerio y llorar a su esposo. Anunció que solo reconocería la muerte de su marido cuando debajo de la lápida estuvieran también sus huesos.

En la pequeña ciudad que un día iba a haber sido la Niza del Cáucaso parecía imposible imaginar que en algún sitio, allá afuera, rugía una guerra devastadora. Todo parecía tan pacífico, casi provocadoramente tranquilo.

Kitty y Kostia vieron con sorpresa que su madre tomaba prestado un kabardin y desaparecía en la estepa. También Christine se sorprendió al pasear por las callejas y callejones de la ciudad por la que antaño había paseado con aire inalcanzable. Se detuvo largo tiempo delante de las puertas cerradas y las ventanas claveteadas, allá donde antaño había estado la fábrica de chocolate, allá donde, le parecía que hacía siglos, había conocido a su marido. Kitty evitó, en su paseo por la ciudad, el parque con los bancos

pintados de verde. Evitó, en general, todos los caminos que había recorrido con Andro, los lugares donde se había escondido de él con la esperanza de que la encontrara.

La noche antes de su partida, Kostia y Kitty volvieron a recorrer juntos los intrincados callejones del centro, se detuvieron ante los postigos cerrados, discutieron acerca de lo que antes había en este o aquel edificio. En una esquina, compraron a una anciana algodón de azúcar y royeron la masa pegajosa. Kitty se colgó del brazo de Kostia, que se detenía una y otra vez, porque le dolía la pierna.

—¿No tienes miedo? —preguntó de repente a su hermano.

—¿De qué tendría que tener miedo?

—Cuando estás ahí fuera, de que todo se pueda acabar. Quiero decir de verdad, en cualquier momento.

—Sí. A veces.

—¿Cómo lo aguantas?

—No pienso en eso. Intento tan solo cumplir con mi deber.

—¿Que consiste en matar o que te maten?

—Que consiste en cuidar de que maten a los menos posibles de los nuestros. Y, en lo que al enemigo se refiere: si no los matas, te matan. No hay clemencia. No piensas en eso...

—¿No son personas?

—Son fascistas enfermos.

—¿Y qué somos nosotros? ¿Comunistas enfermos?

—¿Solo tú puedes decir algo así! ¿Es ese el pensamiento *enfermo* de tu amigo?

—Los tres crecimos juntos, Kostia. Era como un hermano para ti.

—No. Un traidor no puede ser mi hermano. No debería haber hecho eso.

—Solamente quería ser libre.

—¿Libre? ¿Con los fascistas? ¿Lo dices en serio? Y *tú* no deberías haberlo aceptado.

—Nos hemos prometido.

—¿Os habéis prometido?

—Sí. Y ahora ni siquiera sé si está vivo.

—Crece, Kitty. Ya es hora. ¡Prometidos!

Kostia sacudió enérgicamente la cabeza.

—Que me niegue a ver el mundo a través de tus ojos no quiere decir que

no lo vea.

—No llores por él, no lo merece. Ha engañado a nuestra familia, que lo había salvado.

—¿Salvado? Mataron a su madre. ¿Qué había hecho ella? ¿Te sorprende que se haya negado a reconocer por bueno este sistema? ¿No te sucedería a ti lo mismo si madre o yo o Christine...?

—Habrán tenido sus motivos.

—¿Cómo puedes decir una cosa así? Sabes que eso no es cierto. Sabes que no está bien.

Kitty se había detenido, y miraba a su hermano sin comprender.

—La guerra no durará siempre, los alemanes están en las últimas. El mundo entero está en su contra. Luego, todo se encarrilará.

—Se espera, tú lo esperas, pero nadie sabe lo que va a venir.

—Incluso Estados Unidos nos apoya. Nos suministra nuevos tanques — prosiguió Kostia, como si no hubiera oído la objeción de su hermana—. Ahora todos luchamos juntos contra los alemanes.

—¿Y tú?

Se habían detenido a la entrada de una calle. El silencio que reinaba en todas ellas tenía algo de fantasmal.

—¿Qué vas a hacer después?

—¿Si sobrevivo, quieres decir? Haré lo que mi deber me exija.

—¿Y cuál es tu deber?

—Seguir trabajando por el bien de mi país. Es así de sencillo, Kitty.

—Pero...

—¿Pero qué? ¿Por qué crees que papá sacrificó su vida? ¿Por qué crees que han dado su vida innumerables héroes?

—Papá vivía para el ejército. Tú no eres él. A él nunca lo tuvimos. Ni tú, ni yo, ni mamá. ¿Quieres vivir también así?

—¿A qué viene eso? ¿Cómo que nunca lo tuvimos? ¿Cómo puedes poner en cuestión su vida?

—Estoy poniendo en cuestión tu vida y la mía.

—Sería mejor que olvidaras lo más deprisa posible todas esas ideas degeneradas que tu amigo te ha metido en la cabeza. ¡Deberías buscarte un *buen* marido!

—¡Tiene nombre, y se llama Andro! ¡No vas a contagiarte si lo mencionas!

Kitty tiró furiosa el palo del algodón y siguió su camino con pasos

acelerados.

¿Cómo serviste tú en el frente?

CARTEL PROPAGANDÍSTICO

Después de prestar servicio en Crimea, Andro Eristavi fue a parar a un batallón de combate de la Legión Georgiana en Polonia, encargado, como radiotelegrafista en Leópolis, de asegurar los servicios ferroviarios. Más tarde ingresó en el batallón que llevaba el patriótico nombre de «Reina Tamara» y fue enviado a Francia. En esa época aprendió alemán y francés. En los Pirineos, se le encargó decodificar los mensajes del enemigo. En el último año de guerra fue enviado a Haarlem, en los Países Bajos, donde volvió a trabajar como radiotelegrafista en la seguridad ferroviaria.

Por desgracia, tengo poca información sobre la situación en la que se encontraba Andro. No sé si ya en Crimea comprendió en qué se había metido y si se arrepintió de su decisión; poco a poco, tuvo que ser consciente de su desesperada situación. Tuvo que entender que Viena estaba cada vez más lejos, y al mismo tiempo se esfumaba la posibilidad de un regreso a su patria. A partir de 1944, varios batallones de la Legión Georgiana empezaron a desertar, y los alemanes disolvieron la unidad. Para ese momento, hacía mucho que el sueño de una Georgia libre había estallado, desde entonces cada uno tenía que ver cómo aseguraba su supervivencia.

Andro no desertó, se quedó en el Reina Tamara. Sencillamente, no veía salida para él, no veía otro camino. Mirando hacia atrás, pienso que fue precisamente esa parálisis la que al final le salvó la vida. El pacifista convencido Andro Eristavi volvía a encontrarse en el último campo de batalla de Europa: se convirtió en uno de los rebeldes de la isla de Texel.

La isla neerlandesa se había convertido, después de que los alemanes la ocuparan en la primavera de 1940, en punto de apoyo militar alemán en el mar del Norte. El batallón Reina Tamara se encargaba, entre otras cosas, de la protección de la línea férrea Haarlem-Ámsterdam. En la primavera de 1945,

Andro recibió la orden de ir a Texel. En la isla existía un campamento en el que había muchos georgianos presos, capturados en el frente oriental, y que ahora los alemanes empleaban como tropas auxiliares. Durante la noche del 6 de abril, en ese campamento se organizó una rebelión, al conocerse una orden de la Wehrmacht para mandarlos de nuevo al frente. Salvo los puntos dominados por la Armada, los georgianos se hicieron con el control de toda la isla. Incluso después de la capitulación alemana en Dinamarca y los Países Bajos, la encarnizada lucha por la isla continuó.

No sé exactamente cuándo tomó Andro la decisión de unirse a la revuelta, pero supongo que vio en ella la única posibilidad de redimir su funesto pasado y asegurarse la supervivencia.

Andro se escondió en los campos durante días. Vio arder las granjas. Oyó gritos y disparos una y otra vez. Oyó las sirenas de los barcos de guerra. Oyó frases en georgiano y en alemán, su cerebro ya no era capaz de distinguir entre los dos idiomas. Ya no había diferencia entre quién caía y quién sobrevivía. Otra vez disparos. ¿De qué lado venían? ¿Hacia dónde tenía que correr? ¿Y en qué dirección disparar? El fusil era tan pesado, requeriría tanta energía apretar el gatillo. No lejos de él vio algo tendido en el campo. Andro fue hacia allí, se agachó, volvieron a sonar disparos, esta vez increíblemente próximos. Siguió arrastrándose. Olía a primavera.

Era un hombre. Un soldado en uniforme alemán. Había perdido el casco en algún sitio. ¿Respiraba aún? No. Su rostro ya había adquirido color. ¿Qué edad podía tener? El fusil alemán reposaba a su lado, como un fiel amigo. Tenía la pierna torcida, yacía en una posición antinatural. Andro se tumbó junto al soldado muerto y miró al cielo. En él se entrelazaban suaves nubes blancas, que un ligero viento separaba una y otra vez.

Disparos.

Uno, dos, tres.

Andro susurró para sus adentros: *Maman*. Pero su madre no respondió. Ni tampoco el cielo, ni el soldado muerto.

Cuatro, cinco, seis.

Oyó disparos, disparos una y otra vez.

Siete, ocho, nueve.

Vio pasar una nube. Sonrió. Contó y esperó una respuesta. O la muerte. Quizá debía envidiar al soldado alemán; él ya no oía disparos, los había dejado atrás. Ya no tenía nada que ver con todo aquello.

Diez. Otro disparo. Luego, volvió a extenderse un profundo silencio, en absoluto tranquilizador.

Dos semanas después del final de la Segunda Guerra Mundial, tropas canadienses pusieron fin al derramamiento de sangre en la isla, que también se conoce como «la última batalla de Europa».

Andro Eristavi sobrevivió, junto a otros doscientos treinta georgianos.

Andro se quedó en la isla hasta el verano. Con otros cinco supervivientes, se instaló en una de las granjas quemadas.

Andro nunca llegó a Viena.

La muerte de un hombre es una tragedia, pero la muerte de millones no es más que una estadística.

EL GENERALÍSIMO

Kostia pasó los últimos meses de la guerra en el mar Báltico, donde aseguró con su división de la flota el transporte de armas en convoyes a través del Atlántico. Perdió a más de la mitad de la tripulación con la que había entrado en servicio y, en el otoño de 1944, solo sobrevivió por milagro a la explosión de una bomba en el golfo de Curlandia.

Stasia oscilaba entre la casa desolada de las colinas de Vera, Christine y su hija, y la casa demediada de su infancia y Lida, con la que cultivaba verduras y conseguía pollos, dado que las raciones de comida en la ciudad escaseaban cada vez más e incluso el mercado negro daba cada vez menos de sí. En mayo de 1944, Kitty Dzhashi se matriculó en el Instituto Estatal de Cine y Teatro de Tiflis, que ese mismo año había vuelto a reanudar las clases, para hacer el examen de ingreso en la disciplina de arte dramático. En septiembre de ese mismo año empezó a formarse como actriz. Ni Stasia ni Christine estaban entusiasmadas con el nuevo deseo profesional de Kitty, pero tampoco objetaron nada a su decisión.

«Los acontecimientos de los doce meses que hemos dejado atrás... me han

obligado a dedicar toda mi atención y fuerza de trabajo a la única tarea para la que vivo desde hace muchos años: la lucha por el destino de mi pueblo... Por eso, en esta hora, como portavoz de la Gran Alemania, quiero hacer ante el Todopoderoso el solemne voto de que también el año que viene cumpliremos fieles e incommovibles con nuestro deber, en la firme convicción de que llegará la hora en que la victoria se inclinará definitivamente del lado de aquel que más digno de ella es: el Reich pangermánico.» Eso dijo Hitler en su alocución de Año Nuevo de 1945, que iba a ser la última. El año no había empezado bien para Hitler, porque el 1 de enero se le había anunciado la retirada de los ejércitos alemanes ante las tropas americanas y británicas en Coblenza. Ahora, el Generalísimo insistía enérgicamente en que se lanzara el asalto sobre Berlín. Como antes Stalingrado para Hitler, Berlín tenía un enorme valor simbólico para Stalin, y además no quería enfrentarse con las manos vacías al nuevo reparto del mundo y a la pérdida de la soberanía estatal de Alemania, sino que creaba hechos. Pero antes, Auschwitz fue liberada por tropas soviéticas; unidades ucranianas encontraron allí seiscientos cuarenta y ocho cadáveres insepultos y alrededor de siete mil seiscientos muertos vivientes, y olieron el ácido olor del gas venenoso Zyklon B. El 3 de febrero, Berlín sufrió el peor bombardeo de las fuerzas aéreas norteamericanas, con la consecuencia de veintidós mil víctimas mortales.

El 13 de febrero, Dresde fue aniquilado; esta vez fue obra conjunta de las fuerzas aéreas británica y norteamericana. A causa de las graves quemaduras, las innumerables víctimas de los bombardeos no pudieron ser identificadas. Hubo dieciocho millones de toneladas de escombros. A finales de febrero, los aliados occidentales avanzaron hasta el Rin.

En la radio alemana seguía sonando «Petición del oyente», un programa dispuesto por Goebbels con éxitos musicales y operetas, interrumpido por partes bélicas.

El 16 de febrero, la cámara alta del Parlamento suizo congeló todos los valores patrimoniales nacionalsocialistas que se encontraban en Suiza. En marzo, los americanos ocuparon Fráncfort. Los ataques aéreos continuaban sobre toda Alemania. El ruido ensordecedor fue la canción de cuna de aquel invierno. Ese mismo mes empezaron en Francia los procesos contra los colaboracionistas; con discutibles procedimientos judiciales se condenó y ejecutó a miles; a otros se les tapó la cabeza y fueron expuestos e insultados

en plazas públicas.

Durante esas semanas, una muchacha que se había vuelto transparente murió de tifus en Bergen-Belsen, donde la habían llevado poco antes desde Auschwitz junto con su hermana, y a la que habían certificado que era una persona «enferma, pero potencialmente recuperable». Murió sin saber que su diario iba a sobrevivirle.

El 16 de abril, el primer frente de Ucrania y el primer frente de Bielorrusia iniciaron, bajo la dirección de Kónev y Zhúkov, el ataque a la capital alemana. El 9.º Ejército alemán fue destruido en el plazo más breve imaginable. El 22 de abril llegaban al centro de la ciudad. Mientras, en el búnker —era la noche del 28 al 29 de abril—, se redactaba el testamento del Führer: el gran almirante Dönitz debía convertirse en presidente, Goebbels en canciller. Luego, tenía lugar la boda más macabra del mundo; por fin, Adolf y Eva eran marido y mujer. Y solo dos días después el *Hamburger Zeitung* anunciaba: «Esta tarde, luchando hasta el último aliento contra el bolchevismo en su puesto de mando de la Cancillería, nuestro Führer Adolf Hitler ha caído por Alemania». En ningún sitio se hablaba de una bala o del cianuro potásico que la pareja de recién casados se había administrado. A solo ochocientos metros de distancia, el 2 de mayo, se izaba la bandera soviética en el Reichstag. Ciento cincuenta mil soldados alemanes fueron a prisión desde Berlín. El 7 de mayo se firmó en la ciudad francesa de Reims la capitulación total de Alemania. Entró en vigor el 8 de mayo a las 23:01 horas.

La guerra había terminado.

Ya no había palabras. Pero se gritaba. Y se bebía aguardiente fuerte.

Los soldados del Ejército Rojo saquearon y se llevaron todo lo que no estaba clavado al suelo... e incluso eso.

Duke Ellington tocaba «I'm Beginning To See The Light». Y las parejas bailaban en Times Square, y se repartían besos con lengua. En Europa el aire olía a cenizas.

Los fantasmas se atragantaban con su propio lamento. Las mariposas se negaban a salir de sus crisálidas. Y Sinatra cantaba su «Dream (When You're Feeling Blue)». Y algunos se desmayaban al oírlo.

La guerra ha terminado. Se oían esas palabras una y otra vez. Sonaba tan sencillo, cuando se anunciaba en todas las emisoras y en todas las pantallas de cine, tan irrealmente sencillo: *La guerra ha terminado.* Y luego, música militar.

En la Plaza Roja se invocó la herencia de Lenin y no sonaron ni Ellington ni Sinatra, pero aun así se repartieron besos con lengua y la gente probablemente también se desmayó. Y el Generalísimo tronaba: «Hace tres años, Alemania tuvo la intención de despedazar la Unión Soviética cortándonos el Cáucaso, Ucrania, Bielorrusia y los Estados bálticos. Pero lo que ocurrió fue muy distinto. Alemania se ve obligada a la capitulación incondicional. ¡Camaradas! ¡La Gran Guerra Patriótica ha terminado con nuestra victoria! ¡Gloria al gran pueblo de la Unión Soviética, al pueblo victorioso, al ejército soviético, a la flota soviética y a los que han sacrificado su vida por la patria!». Sin él sospecharlo, con el final de la guerra empezaba su personal declive: pocos meses antes había sobrevivido a su primer ataque; pronto los médicos le diagnosticaron una tensión sanguínea demasiado alta, arterioesclerosis, debilidad muscular y hepatitis crónica. Pero el Generalísimo estaba satisfecho: la Unión Soviética salía de la guerra convertida en potencia mundial.

Andro fue destinado, a través de un centro de *displaced persons*, al campo de concentración de Plattling, junto a Regensburg. Allí esperaba obtener un permiso de salida.

Pero la Conferencia de Yalta decidió la entrega incondicional de todos los ciudadanos soviéticos a la URSS. Ni la red internacional de refugiados ni la United Nations Relief and Rehabilitation Administration pudieron hacer nada por evitarlo. Los británicos ya habían empezado antes a entregar a miles de prisioneros de guerra soviéticos a la URSS. A los que retornaban los esperaba un destino parecido: una parte de ellos fue fusilada, directamente después de su regreso, en los puertos de Múrmansk y Odesa; otra parte fue transportada a los gulags o enviada al frente poco antes del final de la guerra. La entrega más trágica tuvo lugar en 1946 en Dachau: catorce de ciento cuarenta personas que iban a ser entregadas contra su voluntad a la Unión Soviética se cortaron el cuello con cristales. Los americanos calificaron el hecho de «inhumana orgía de suicidios de los traidores del Ejército Rojo».

También Andro Eristavi fue entregado en agosto de 1945, con otros mil quinientos prisioneros de guerra soviéticos de Plattling, a las autoridades soviéticas, y fue a parar a un gulag siberiano cercano a Nasino (un lugar que era conocido por la «tragedia de Nasino», cuando, en el verano de 1933, en el

curso de las depuraciones, seis mil deportados soviéticos fueron abandonados allí sin un techo sobre su cabeza, sin alimentos y sin ninguna clase de herramientas. Al cabo de dos semanas solo sobrevivían dos mil de ellos, cuatro mil habían muerto de hambre o congelados, pero la mayoría habían sido víctimas del canibalismo).

Y Viena estaba dividida en cuatro y muerta.

Pocos días antes del final oficial de la guerra, el día en que Benito Mussolini fue apresado por los partisanos en su fuga junto con su amante Clara Petacci, el día en que los fusilaron y colgaron sus cadáveres cabeza abajo en el Piazzale Loreto de Milán, la guerra terminó también para Kostia Dzhashi. Porque fue retirado del mar Báltico y enviado en un tren a Moscú.

En el Comisariado de Marina, fue recibido por un hombre elegante, que hablaba en voz baja y vestía un moderno abrigo oscuro con cuello de piel: solo al fijarse más reconoció a su mejor amigo, Guiorgui Alania.

Guiorgui lo llevó a su luminosa y espaciosa vivienda del bulevar Tverskaya y lo trató como a un rey. Las viviendas distinguidas como la suya estaban reservadas exclusivamente a los trabajadores de los ministerios, pero por el momento Kostia no quería ocuparse de esos detalles agotadores, quería disfrutar en paz de la buena comida y del lujo. Como de pasada, Guiorgui contó a su amigo que había ascendido en el Ministerio del Interior, el MVD. Alania no le dijo cómo había llegado hasta allí y qué era lo que hacía exactamente; solo más tarde indicó a Kostia que no estaba autorizado a hablar de su actividad exacta. Pero Kostia estaba más que feliz con que su amigo siguiera siéndolo, lo admirase y, al parecer, leyera en sus labios cada deseo suyo. Guiorgui lo llevaba consigo, lo invitaba a cenas opulentas en restaurantes a los que Kostia no habría tenido acceso ni en sueños y elogiaba incansable su valor y heroísmo. Le confió que pronto iban a ascenderlo a capitán.

Seguía siendo un enigma cómo Guiorgui Alania había llegado al ministerio desde aquel sencillo astillero en el fin del mundo, cómo lo había conseguido; Kostia tuvo que admitir que sin duda había subestimado a su amigo.

Solo algunos días, entre el ruido del champán al descorcharse y las caras visitas a restaurantes distinguidos y las largas conversaciones nocturnas con su amigo, le acometió un pánico a no poder contener los recuerdos. Había

sobrevivido a la guerra, ya no caían bombas. Ya no había disparos. A Kostia le costaba trabajo acostumbrarse. Se sentía, por absurdo que a él mismo le pareciera, desprotegido. No sabía cómo arreglárselas con la cotidianeidad. Pero sabía que los recuerdos vendrían, un terrible ejército. No le perdonarían. Y, en algún sitio, en los más ocultos rincones de su memoria, habitaba una mujer con un anillo en cada dedo que no se dejaba expulsar, por más que lo intentara. La preocupación de que pudiera haber muerto lo empujaba a la locura; se perdió en la búsqueda de una sombra.

Guiorgui Alania invitaba a su casa a hermosas mujeres, envueltas en pieles y cargadas de joyas. Tenían los labios rojos como la sangre y unas pestañas ondulantes, mujeres que halagaban a Kostia, a él, el héroe de guerra, lo ponían en medio de ellas, lo tocaban, lo admiraban y querían que él les sirviera el vino, buscaban su atención, pero cuando una de ellas puso un disco y le invitó a bailar, Kostia salió de la habitación y pidió a su amigo que enviara a su casa a esas mujeres. Alania obedeció, pero tales visitas se repitieron; Alania ya no venía a casa sin compañía femenina. Hasta que, una noche, Alania salió de la cocina y vio a Kostia con una rubia en el sofá, y comprobó que Kostia dejaba que los labios aterciopelados de la rubia curaran sus heridas y ahuyentaran los malos pensamientos. Respiró aliviado, visiblemente contento de que el amor aún estuviera en venta.

—¿Y qué es lo próximo que piensas hacer?

La noche siguiente, Alania estaba sentado en el balcón con Kostia y miraba el trajín de la calle.

—Esperar mi siguiente destino —respondió Kostia, y chasqueó los dedos.

—Te has ganado algo mejor. Yo podría ayudarte.

—¿A qué?

—A que se te trate conforme a tus méritos.

—¿A qué te dedicas exactamente, Guiorgui?

—Estoy en el MVD, ya te lo he dicho.

—¿Y en qué departamento?

—No puedo hablar de eso.

—Vamos, Guiorgui, nos conocemos. Déjate ya de secretitos.

—Se han fundado varias secciones, y...

—¿Secciones? ¿Qué hacen esas secciones?

—Nuestro grupo es responsable de la repatriación de ciudadanos soviéticos en el extranjero. En este momento se nos prepara para intervenciones en el

exterior. Por desgracia no puedo decirte más.

—¿Repatriación? ¿Qué tiene eso de misterioso?

—Me temo que no puedo decirte más, Kostia. Espero que no pienses que es por falta de confianza.

—No, está bien. Pero ¿cómo puedes ayudarme?

—Diciendo algo en tu favor en el ministerio.

—¿Me trajiste tú entonces a Moscú? ¿Y me conseguiste aquel permiso en casa?

Alania no respondió.

—¡Así que fuiste tú! No puedo creer que no se me ocurriera. Pero gracias. ¿Qué más puedo decir? Sabes que no estoy hecho para trabajar en una oficina.

—Sí, lo sé. Se tendrán en cuenta tus preferencias y capacidades, no te preocupes.

Alania se había levantado y se inclinaba sobre la barandilla. Kostia se acercó a su amigo y le pasó el brazo por los hombros.

—Sabes que significas mucho para mí, ¿no? Haría cualquier cosa para que te fuera bien.

—De hecho, hay algo que podrías hacer por mí —murmuró Kostia.

—¿Qué? Dilo, no importa lo que sea.

—Me gustaría saber algo sobre el paradero de una mujer.

En otoño empezaron a ordenar el mundo y ampliar los cementerios de las ciudades. Kostia regresó a Tiflis. Pasó las primeras semanas en casa durmiendo o escuchando la radio Blaupunkt. Durante aquellas semanas, Kitty interpretó su primer papel protagonista en una representación estudiantil; tengo la idea de que era *Antígona*, pero probablemente en aquel momento esa obra estaba prohibida, así que puedes escoger tú misma, Brilka, qué papel interpretó Kitty. Dos días después del estreno recibió una carta, y reconoció enseguida la caligrafía de Andro Eristavi. Corrió al cuarto de baño, no pudo evitar vomitar. Ni ella misma sabía cuánto tiempo pasó sentada en el borde de la bañera antes de tener el valor de abrir la carta. Fue al cuarto de Kostia, lo despertó y se sentó a su lado en la cama.

—Tienes que ayudarme.

—¿Qué pasa? —Kostia se frotó los ojos, adormilado, y se incorporó en la

cama.

—Andro vive. Está en el gulag. Tengo una dirección. Hemos de sacarlo de allí. Tienes que averiguar qué ha hecho y...

—¿Qué ha hecho? ¿Te has vuelto completamente loca? ¡Ha traicionado a su patria! Se pasó al enemigo, es un cobarde. Me sorprende que lo hayan dejado con vida.

Acto seguido, Kitty dio a su hermano la primera bofetada de su vida. Kostia —furioso y aturdido— se levantó de un salto y se vistió apresuradamente.

—Por favor, por favor, perdóname, ¡tienes que ayudarme! Kostia, por favor.

—¡Estás loca! ¡Nos pones en gran peligro a todos!

—Quizá podríamos solicitar un traslado, a algún sitio cercano al que pueda ir a visitarle... Allí va a morir, Kostia.

Kitty se había arrojado a las rodillas de su hermano, y se agarraba al jersey que Kostia acababa de ponerse. Kostia retrocedió, asqueado, y trató de poner en pie a su hermana.

—¡No te humilles! ¡Levántate! —dijo en voz alta, y apartó la mirada de su hermana y de sus ademanes dignos de compasión. La alejó de él y salió como un rayo de la estancia.

Aprender de los sóviets significa aprender a vencer.

CARTEL PROPAGANDÍSTICO

El mundo de la posguerra fue presa de la embriaguez; se quería celebrar la vida y eliminar las ruinas, se quería bailar la danza pagana de la supervivencia, se quería beber, se quería festejar, se quería saciarse de todo lo que había faltado en los últimos años. Se querían banales operetas, canciones frívolas, hermosas películas patrióticas. Se quería olvidar y se quería vivir como si no hubiera mañana... ni ayer. La euforia era contagiosa, peligrosa, estaba cargada de electricidad.

También en nuestra pequeña patria se cantaba y celebraba hasta sentir

vértigo. Y naturalmente se festejaba a la autoridad, la gente organizaba locas orgías de agradecimiento en su honor y cantaba su inteligencia y fortaleza. Se festejaba al Generalísimo, el gran padre del pueblo, que había guiado a su país como vencedor de vuelta desde el apocalipsis hasta la luz socialista. Nuevas leyendas y mitos se formaban a su alrededor, se elogiaban su valentía y sacrificio en nombre de su país. El mito quizá más impresionante era el que se refería a su hijo: en 1941, su hijo mayor, Iakob, había caído prisionero de los alemanes. Cuando los fascistas averiguaron quién era el prisionero, propusieron cambiar al general Paulus, que había caído preso en Stalingrado, por Iakob. Pero el Generalísimo, o eso decía el mito, había respondido lo siguiente: «No cambio mariscales por soldados». Y así Iakob tuvo un final miserable, con un tiro en la nuca procedente de un fusil alemán. Esa leyenda atestiguaba una vez más el carácter desinteresado y la lealtad a la patria del gran padre. La acción no se consideraba inhumana, al contrario, esa historia probaba en qué medida el caudillo sufría con su pueblo y qué fuerza sobrehumana demostraba, para dar ese paso casi bíblico y sacrificar a su hijo. La Unión Soviética resplandecía. El Generalísimo era un vencedor. Y a los vencedores se les perdona todo.

Después de la guerra, Stasia regresó definitivamente a Tiflis y se presentó en el Comisariado del Pueblo, por vez primera, como demandante de empleo. Christine continuó con su trabajo en el hospital, y Kostia parecía no tener prisa por conocer su nuevo destino y gozaba de los cuidados de su madre y su tía, se pasaba los días durmiendo, iba casi a diario a los baños de azufre, como si quisiera quitarse la guerra de la piel con el vapor caliente, y coqueteaba con estudiantes en las teterías. Kitty daba tumbos de una situación anímica a la siguiente, y a veces le ocurría como si en su pecho vivieran dos personas, dos seres totalmente distintos, destinados a combatirse sin remedio. Sin duda, la Kitty alegre y frívola no había vuelto a salir a la luz desde aquel día en que la habían llevado a la escuela del pueblo, pero restos, brasas de esa alegría seguían ardiendo en ella, como ramas carbonizadas en una hoguera extinguida. Esos días disfrutaba de sus estudios, de los distintos papeles, que se probaba como si fueran vestidos nuevos. Disfrutaba de sus compañeros, capaces todos ellos de celebrar con total olvido de sí mismos la supervivencia y el nuevo comienzo.

A Andro le escribía cartas con regularidad, describía su vida cotidiana, le daba confianza, seguía fingiendo alegría, le hablaba de sus nuevas lecturas y de los estrenos teatrales a los que acudía. Pero nunca le contaba lo importante. No mencionaba ni en una sola línea sus preocupaciones. Temía que él no soportara las interminables torturas del gulag, deseaba íntimamente que volviera, pero no sabía cómo. Aunque para ella ya no hubiera Viena posible, aunque las ilusiones y esperanzas hubieran quedado destruidas sin remedio, aunque nunca volvieran a besarse en bancos pintados de verde..., jamás abandonaría la esperanza de su regreso. Las respuestas de él nunca superaban la media página. Por supuesto, alguien leía su correo. Escribía, en su caligrafía pequeña y angulosa, exclusivamente sobre su vida cotidiana en la cantera, la alegría de un día soleado o una sopa algo más jugosa. Solo una vez, en su primera carta, ponía «perdona» al final. Pero ella no había respondido a eso.

Hasta entonces, Kitty había mantenido secretas esas cartas. Interceptaba siempre al cartero, y llevaba sus propias cartas a Correos después de las clases. Había esperado que Kostia la ayudaría, pero se daba cuenta de que eso no iba a ocurrir, y un día se dirigió con su petición a Christine, que seguía teniendo buenos contactos con la Nomenklatura. Fue en una heladería recién inaugurada de la avenida Rustaveli, y Kitty estaba mirando el gran cartel que anunciaba la nueva temporada de ópera.

—¿Desde cuándo tienes noticias tuyas?

Christine removía el azúcar en su taza de té.

—Desde hace unas semanas. Recibí una carta tuya. Pero Kostia...

—¡Debes mantenerlo al margen de esto!

—Deja de protegerlo constantemente.

—¿Qué esperas de Kostia?

—Pensaba que quizá él podía conseguir que trasladaran a Andro, cerca de aquí hay colonias de trabajo más que suficientes.

—Entonces, ¿sigues creyendo que estás obligada a amarle?

—¿Qué quieres decir con eso? Siempre le amaré, es nuestro Andro.

—Lo que tú amas es el recuerdo. Tú ya no eres la misma, y seguramente él tampoco es quien un día fue y al que tú conocías. Puedes querer ayudarlo, pero por él, no por ti.

Christine apuró su té. Kitty enmudeció, se mordió la uña del pulgar y miró hacia la calle, por la que pasaban parejas de enamorados y padres con sus

hijos. Aunque Christine no le prometió nada, durante los días siguientes se preguntó qué podía hacer. Si realmente Andro estaba acusado de traición a la patria, era bastante improbable que aún estuviera vivo. Era posible que en los últimos años de la guerra se hubiera calmado y quizá hubiera sido útil de algún modo a los rojos, y ahora se lo estuvieran agradeciendo dejándolo con vida. Pidió consejo a unos cuantos viejos amigos de Ramas, se informó de si existía una posibilidad de acceder al expediente de Andro, e informó a Stasia de que Andro había establecido contacto con su hija.

Stasia estaba desbordada por la culpa. Se prohibía pensar que Andro iba a correr la misma suerte que su madre. Nunca se lo hubiera perdonado. Había seguido a su hijo a Rusia con la ingenua suposición de poder salvarlo, y había dejado a Andro, crédulo, inexperto, para el que nada estaba más lejos que la lucha, a solas consigo mismo. Si lo pensaba bien, ni siquiera podía reprocharle haber tomado aquel funesto camino y haber contagiado a su hija de su desgracia.

Stasia hizo paquetes de comida y ropa, metió billetes en los bolsillos de los funcionarios de Correos y Aduanas para asegurarse de que los paquetes llegaban a Nasino, y pidió cuentas a Kostia. Debía ponerse en contacto con alguien en la administración central, para saber por qué Andro Eristavi había ido a parar a Siberia.

En algún momento, Kostia ya no pudo soportar la presión general en casa —las expectantes y suplicantes miradas de su hermana, la intervención de Christine y las enérgicas exigencias de Stasia— y llamó a Guiorgui Alania a Moscú. Al contrario de lo que había ocurrido con la búsqueda de Ida, que resultó ser más que complicada, en el caso de Andro, Alania lo encontró con rapidez. En una llamada telefónica, informó a Kostia en detalle del recorrido de Andro. La única razón por la que seguía vivo era su participación en la sublevación de Texel.

Un aroma mágico se difundía por toda la casa. Kostia había salido, y Kitty aún estaba en el ensayo. Christine, que ya estaba en camión y de camino al dormitorio, bajó la escalera y entró en la cocina. Desde su *incidente*, Stasia no había vuelto a hacer chocolate para ella, pero no sabía que Christine hacía mucho que poseía la receta. Christine se sentó a la mesa junto a Stasia.

—Hacía tiempo que no lo preparabas.

—Cierto. Pero ahora he pensado que nos lo merecíamos.

Stasia sirvió el denso líquido en dos tazas de porcelana. Ambas empezaron a tomarlo a cucharadas, con gusto.

—Tienes que establecer contacto con *él* —soltó de pronto Stasia.

—¿Con quién?

—Ya sabes con quién.

—¿Cómo? —la voz de Christine se volvió gélida.

—Tenemos que sacar de allí a Andro, de lo contrario no sobrevivirá.

—¿Cómo te imaginas semejante cosa?

—Somos responsables de ese chico. Sí, quizá se haya equivocado, tal vez haya tomado decisiones erróneas. Pero era tan joven, Christine. Lo que ocurrió con Sodio no debe repetirse. Nunca nos lo perdonaríamos.

—¿Y me perdonaría yo volver a visitarlo *a él* y mirarle a los ojos, después de todo lo que ha pasado?

El tono de Christine se mantenía gélido, y su mirada estaba llena de asco.

—Sería para salvar una vida, Christine. Para salvar a Andro. Lo hemos criado como si fuera nuestro propio hijo; imagina que se tratara de Kostia...

—No puedo, Stasia, simplemente no puedo.

—Me odio por tener que pedirte este favor, pero no me queda otro remedio. Con una biografía así nunca tendrá una oportunidad, a no ser que... Nadie más que tú puede ayudarle.

—Ni siquiera sé si estaría dispuesto a recibirme, a escucharme, y dónde puedo encontrarlo. Pasa la mayor parte del tiempo en Moscú.

—Te escucharé, estoy segura, siempre querrá verte.

—Pero no lo ha hecho. No lo ha hecho en todos estos años.

—Pero yo vi su mirada.

—¿Qué mirada?

—La mirada con la que te miró, entonces.

Durante un rato Christine no dijo nada, recogió con el dedo los últimos restos de chocolate de la taza. Luego alzó la vista de pronto y dijo:

—Bien. Pero entonces...

—¿Qué? Haré lo que me pidas.

—Entonces tienes que aceptar que Simon está muerto.

Stasia tragó saliva. Luego se puso en pie. Volvió a sentarse. Encendió un cigarrillo sin filtro.

—Dilo —repitió severamente Christine, clavando en su hermana una

mirada llena de disfrute ante el mal ajeno.

—No lo sé. De verdad que no lo sé. Cómo quieres que...

—¡Dilo!

—Él..., él...

—Dilo, y sí: iré a verle y le pediré que indulte a Andro.

—Está...

—¡Stasia!

—Muerto.

IV. Kitty

*Got a moon above me
But no one to love me
Lover man, oh, where can you be?*
BILLIE HOLIDAY

Después de una de las representaciones estudiantiles, llamaron a la puerta del camerino de Kitty, y ella abrió con irritación... y se quedó sin habla. Delante de ella estaba su santa y su ángel guardián negro, la muchacha del infierno, Mariam. Con una falda plisada y el cabello recogido en una floja cola de caballo. Aferraba un ramito de violetas. Tras un breve titubeo, Kitty echó los brazos al cuello a su amiga que no podía serlo. Ninguna de las dos sabía qué decir, cómo ordenar sus sentimientos. Kitty ofreció a Mariam su silla frente al tocador y ella se sentó en un taburete a sus pies.

Aunque nunca lo había creído posible, Mariam había conseguido ingresar en la Facultad de Medicina; poder estudiar Medicina en la capital siendo una simple chica de pueblo era algo excepcional, pero es que faltaban médicos. Contó lo feliz y excitada que estaba, lo mucho que se alegraba de poder trasladarse a Tiflis. Había visto el nombre de Kitty en los carteles del Instituto de Teatro y Cinematografía y había asistido a la representación. Había dudado mucho tiempo antes de decidirse a visitarla, no estaba segura de si Kitty querría verla, pero no lo había resistido más, y allí estaba.

—Pero qué estás diciendo. Claro que quiero verte. Me alegro tanto.

Poco después Mariam se trasladó a la capital, y las dos empezaron a verse con mayor frecuencia. Se citaban, salían. Kitty le enseñó la ciudad, se la llevó con amigos, y luego también a casa. Allí la presentó sencillamente como una amiga. Nada más. No dijeron una sola palabra sobre los acontecimientos que

habían vivido juntas, aunque lo indecible siempre estaba entre ellas. Las palabras eran impotentes para evocar lo que habían dejado atrás. Pero la mutua conciencia de la común tragedia estaba omnipresente en sus cabezas.

Al contrario que en las otras amistades, las normales, para ellas dos carecía de importancia tener intereses comunes, compartir el mismo sentido del humor, poder charlar, reírse fácilmente. Como si todo eso fuera irrelevante en comparación con lo que había hecho nacer esa involuntaria amistad. Pero nada las obligaba a estar juntas. Había una empatía mutua, la sensación de las cicatrices visibles e invisibles, que liberaba un amor especial capaz de reprimir durante un tiempo el odio hacia sí mismas y calmar los peores sentimientos de culpa. Y ese amor especial pronto les pareció irrenunciable a ambas, lo necesitaban para superar su vida cotidiana, para no permitir la duda; la duda de si tenían derecho a estar vivas.

Desde que Mariam volvió a su vida, Kitty recuperó, curiosamente, una parte de su viejo yo, que creía perdido: la frivolidad, el juego, la tontería regresaron, y ella floreció, reía y cantaba a voz en grito en las fiestas de los estudiantes. Christine apreciaba a Mariam por su modestia y contención, también a Stasia le sorprendía que su desbordada hija hubiera convertido en su mejor amiga a una chica tímida y sencilla, y lo consideraba una buena señal.

Mariam era casi exageradamente cortés y agradablemente tímida, en absoluto ruidosa, y menos aún coqueta, era curiosa pero no importuna, servicial y todo lo contrario a egoísta, como si el bien de los demás siempre fuera para ella más importante que el suyo propio. Pero con lo que más encandilaba a todos era con su don para mostrar gratitud. Como si jamás esperase que nadie la elogiara por algo, que se le regalase algo, que se ensalzaran sus cualidades, y cuando eso ocurría parecía tan feliz, tan agradecida, que solo la expresión de su rostro invitaba ya a hacerle cumplidos y regalos.

A Kostia, Mariam le pareció totalmente distinta de la ruidosa y descarada Kitty. Aunque él nunca se lo hubiera confesado a sí mismo, yo sospecho, Brilka, que, de una forma a duras penas comprensible, más allá de toda lógica, tenía miedo de su hermana pequeña. Quizá era su imprevisibilidad, o su manera de mantenerlo a distancia desde que Andro había metido una cuña entre ellos; quizá era su carácter, irreflexivo e impulsivo, lo que le superaba y ponía furioso.

No estoy segura de si trató de acceder a su hermana a través de Mariam, pero lo que está claro es que poco después de conocerla empezó a recoger a las dos chicas después de clase y a salir con ellas: las invitaba a comer, iba con ambas al cine y al baile, y de vez en cuando regalaba flores a Mariam. Al principio, Kitty entendió estos gestos de su hermano como una compensación por su negativa a ayudar a Andro. Cuanto más tiempo vivía bajo el mismo techo que Kostia, tanto más le costaba aceptar su rígida visión del mundo, su férrea disciplina, sus excesivas exigencias a los demás, su tono militar e imperativo y su introversión. A su regreso, había hecho una y otra vez inútiles intentos de hablar abiertamente con él. Y, cuando de pronto cambió su conducta, se tomaba molestias por su amiga, le hacía preguntas, se mostraba curioso, incluso vino a la representación estudiantil y elogió el talento de Kitty, esta se propuso no desperdiciar esa posibilidad de aproximación. Pero su carácter importuno y dominante seguía irritándola. Y le molestaba ver cómo Mariam se dejaba impresionar por sus artes de seducción. Empezó a ocultarle a él sus encuentros con Mariam, inventaba excusas y le mentía cuando iba con su amiga al cine o a un concierto. Trató de mantenerlo lejos de ella y de su amiga. Sin embargo, Kostia siempre había ejercido un atractivo increíble sobre el otro sexo, y Mariam no fue una excepción.

Cada vez que estaba a solas con Kitty la conversación volvía a Kostia. Hablaba, soñadora, de lo elegante que era, de la galantería con la que la trataba, hablaba de sus cuidados, de sus excelentes dotes para la conversación, de la atención que le prestaba. Kitty no contestaba nada, trataba de cambiar de tema..., pero ahora era Mariam la que insistía en salir con Kostia, en invitar a Kostia, en ir a bailar con Kostia. E incluso cuando Kitty no tenía tiempo de acompañarlos a ella y a su hermano, Mariam no se dejaba arrebatar la oportunidad de ver a Kostia. Kitty estaba secretamente sorprendida con el interés de su hermano por Mariam. Una mujer tan sencilla como ella no podía gustar en absoluto a Kostia, todas las otras jóvenes que conocía, con las que había coqueteado, eran personajes singulares e inaccesibles, y provenían de las mejores familias. Mariam no era ni experta en el arte del amor ni lo bastante liberal como para permitir que él la iniciara en esas lides. Kostia no iba a conformarse durante mucho tiempo con besos y cogerse de las manos a escondidas, de eso su hermana estaba segura. Así que pronto la dejaría caer, por no hablar de que podía salir del país en dirección al

norte en cualquier momento.

Pero, cuanto más observaba Kitty a su amiga y a su hermano, tanto más claramente veía que el inicial interés de Mariam y el pavoneo de Kostia se habían convertido en un enamoramiento que había que tomar en serio. Un leve coqueteo había liberado una cadena de emociones. Al principio ligero como una pluma, feliz y lánguido, el sentimiento de Mariam se volvió plomizo, pesado y desconfiado. Pasó de su ensoñación por Kostia a hacerse serias preguntas, a las que sometía a su amiga con el pretexto de indagar en el alma de Kostia: quería conocer sus preferencias, penetrar en el curso de sus pensamientos... Cada palabra que le dirigía era pesada en la balanza, cada mirada valorada, a cada contacto se le atribuía un peso. Kitty había contado con todo menos con que su amiga iba, en tan poco tiempo, a perder de tal modo la cabeza, a sucumbir tan definitivamente ante Kostia, a necesitar tanto su atención.

Una suave tarde de abril, cuando Kitty volvía a casa después de los ensayos y Kostia estaba sentado con Christine en el jardín, que las dos hermanas habían replantado y cuidaban, se detuvo en seco, porque algo no encajaba en la estampa. Los observó a ambos, sintiéndose al hacerlo, por algún motivo inexplicable, como una mirona que asistía a algo que no iba destinado a sus ojos, aunque tan solo se trataba de una familiar conversación de una tía con su sobrino. Una imagen habitual, nada extraordinario. Los dos estaban sentados a la vieja mesa del jardín, Kostia un poco inclinado hacia delante, sosteniendo en la suya la mano de Christine. Christine, que volvía la mitad hermosa de su rostro hacia su sobrino, escuchaba cautivada lo que él le contaba. Reía alegremente y echaba la cabeza hacia atrás. Esa conversación íntima, esa risa desinhibida, esa compañía eran tan autosuficientes, tan ensimismadas, que Kitty se apretó contra la pared y miró avergonzada al suelo. Detrás de esa imagen tan acostumbrada había una verdad que probablemente los dos interesados ni siquiera entendían. Son la pareja perfecta de enamorados, pensó Kitty de pronto, y desechó ese absurdo pensamiento tan deprisa como había venido. Pero no podía librarse de esa visión, de esa imagen tan armoniosa.

Kostia quizá no había sucumbido a la belleza física de su tía, se dijo Kitty, pero había algo que se ocultaba detrás de esa belleza; algo vulnerable, algo

triste, algo desdichado. Y quizá él necesitaba esa inaccesibilidad que Christine derrochaba para sumergirse en ella, para perderse, para no tener que enfrentarse a la realidad. Quizá era miedo lo que le dominaba, conjeturó Kitty, miedo a no poder superar este mundo.

Quizá su disciplina, su ansia de poder, no era más que un constante intento de apartar ese miedo. El miedo a los fallos, el miedo a que todo a su alrededor pudiera revelarse absurdo un día. Un día en que perdería algo que no podría retener.

¿O ya había ocurrido? ¿Había perdido algo? Y, si así era, ¿qué?, o quizá tenía que preguntarse: ¿a quién?

Él nunca podría mirar así a Mariam; esa idea atravesó como un rayo a Kitty. Porque Mariam había sobrevivido al más negro de todos los mundos. Mariam había probado su resistencia en el infierno, exactamente igual que ella misma, y ya no podía tener miedo a nada. Mariam nunca despertaría ese deseo en Kostia, y Kostia siempre evitaría a su hermana porque, por paradójica, por increíble que pareciera esa constatación, en ese momento Kitty se convenció de que su hermano estaba tan dominado por ese miedo como Christine.

Kitty subió a su cuarto, cerró la puerta, se tumbó en la cama y pensó en que tenía que amputar su propio pasado para recuperar la vida, a la que tanto tiempo había mirado de reojo. Pensó en lo erróneo que era haber inhalado el sueño de Andro, que lo había enfermado a él, pero supo con la misma exactitud que sus sueños sin realizar podían ser mortalmente peligrosos para ella, al contrario de lo que ocurría con los miembros de su familia. Porque ella tenía que ser ella misma aunque doliera, soportar esa personalidad, vivir con ella.

Cuando pensaba en amputar el pasado, en absoluto pensaba en el aula, en lo que le habían hecho allí. Olvidar eso, reprimirlo, quedaba fuera de su alcance, porque también significaría borrar de su memoria a su hijo perdido. Al contrario que Kostia, que tan bien ocultaba su pérdida —fuera lo que fuera o quienquiera que pudiera ser—, y que desaparecía detrás de una máscara de ignorancia, indiferencia y fuerza, ella iba a acordarse todos los días de lo que había sucedido. Pero todo lo que había antes de ese día, del aula, de las correas de cuero..., todo eso tenía que desaparecer. Tenía que despedirse de todo eso.

En mayo, Kostia y Mariam hicieron público su compromiso. Kitty se abstuvo de hacer cualquier comentario, se guardó para ella sus dudas y felicitó a su feliz y radiante amiga. No preguntó por qué Kostia se había dejado arrastrar a esa decisión, eso ya daba igual. Lo más probable era que Kostia quisiera verse como se veía en los ojos de Mariam: como un hombre honorable, valeroso, ambicioso y cultivado, que mantenía su palabra, jamás violaba el honor de una mujer y tenía por delante un brillante futuro. Si Kitty lo pensaba bien, durante toda su vida su hermano no había querido otra cosa que ser un hombre así. Pero no lo era, y nunca lo sería. Y Kitty tendría que ocultar para siempre ese secreto a su amiga y futura cuñada.

La familia de Mariam, que había venido a Tiflis para el compromiso, competía por estar radiante de orgullo todo el día. Que a su hija la hubieran admitido para estudiar Medicina era ya un milagro, y ahora se prometía con un oficial de la flota. Nada parecía oponerse ya a la felicidad increíble de Mariam.

También Stasia y Christine se habían mostrado confusas al principio, cuando Kostia les dio la noticia. Stasia, con la pasividad que era típica en ella, se había mantenido al margen de los asuntos privados de su hijo, y al enterarse le dio un beso en la mejilla que Kostia interpretó como una aprobación. Y Christine era lo bastante delicada como para no manifestar abiertamente sus dudas. La boda tendría lugar al verano siguiente.

Kostia dejó Tiflis después de la fiesta de compromiso y fue dos meses a Moscú, donde, según dijo, tenía que ocuparse de su futuro. En los últimos tiempos le habían llegado repetidos telegramas sobre los que se había inclinado, pensativo, en el jardín, y rechazaba con irritación las preguntas que le hacían al respecto; eran sus asuntos privados.

Entretanto, Christine recibió la carta que había esperado en secreto llena de temor, y que abrió con manos temblorosas. La carta no llevaba sello oficial alguno. ¿Querría verla? ¿Era ese el precio que exigiría de ella como contraprestación? ¿O seguiría sin tener el valor de ver en su rostro la obra de arte que Ramas había dibujado en ese lienzo vivo por culpa suya? Sacó la sencilla hoja de papel, la olió. ¿Oía el papel a él? ¿Reconocería el olor? Y, si así era, ¿qué sentiría?

Pero no sintió nada. Tan solo un vacío infinito dentro de sí. Ni siquiera ira, el único sentimiento constante de sus años pasados. Le decía que, tras larga consideración, se había decidido a ayudarla, aunque el expediente del chico no ofrecía nada sólido para hallar una solución satisfactoria, y que vería lo que se podía hacer. Y que estaba contento de tener noticias suyas, aunque no le hubieran llegado hasta meses más tarde de su envío. Como ella sabía, estaba muy ocupado, pero siempre tendría tiempo para ella. La carta, que no estaba firmada, terminaba con la confesión de que no la había olvidado.

Naturalmente, no estaba dispuesto a verla. Naturalmente, eso era pedirle demasiado, demasiado para sus ojos, que tan bien ocultaba detrás de los quevedos. Christine se quedó en su cuarto todo el día, con la carta encima de las rodillas, y trató de imaginarse cómo sería si algún día volviera a encontrárselo. ¿Sentiría la misma vergüenza, y a la vez esa amargura dentro de ella? ¿Podría enfrentarse a la pasión de él con la misma indiferencia que hacía años, en otra vida?

Christine se tomó su licor de cerezas y se sentó en el alféizar de la ventana. Había oscurecido, fuera habían encendido las farolas. Pensó en la mujer de él, la angelical Nina, a la que solo había visto en una ocasión, en la ópera. Por aquel entonces Christine aún estaba felizmente casada con Ramas, aún no había miedo ni temblor ante las llamadas por sorpresa, ni el Bugatti en la esquina de la calle que venía a recogerla. Nina llevaba su vestido color albaricoque y tenía la expresión melancólica de un cordero que va a ser sacrificado a dioses en los que no cree, a los que no conoce. Nina había saludado con una ligera, casi imperceptible cabezada, y Christine había pasado sonriente delante de ella, y de las damas curiosas que se rompían la boca hablando de la hermosa mujer del Pequeño Gran Hombre. Qué segura se había sentido, colgada del brazo de Ramas, que se sentía seguro en su palco. Por aquel entonces había sentido compasión por la hermosa Nina, siempre rodeada de guardaespaldas, y le había preguntado por ella a Ramas. Por aquel entonces aún no sabía que era por ella misma por la que pronto habría que sentir compasión. ¿Había sospechado ya esa noche esa mujer tímida y contenida, la más legendaria de todas las mujeres del Kremlin, que un día, en ese mismo sitio, durante otra representación, en el palco en el que se sentaban, él iba a tomar a Christine con desvergonzada y brutal naturalidad, que iba a hacerla suya como a un animal salvaje al que se amansa? ¿Con la misma neutral naturalidad con la que había poseído a

muchas, antes y después de ella?

Durante los primeros años que siguieron a la muerte de Ramas, había tenido ocasión de pensar a menudo en la silenciosa Nina. Sin ella misma saber por qué, durante su estancia en el hospital veía a menudo el rostro de Nina. Se había preguntado una y otra vez por qué la dulce y ensimismada belleza de su esposa era la que él menos parecía necesitar y desear. Al contrario que otras mujeres del Kremlin, Nina llevaba una existencia a la sombra. Nunca se la veía con su marido en una recepción oficial o acompañándole a un desfile militar. Solo muy raras veces, e incluso de eso hacía ya mucho tiempo, había ido con él a estrenos de teatro y ópera.

Cuando su marido amplió su poder y por fin fue llamado a Moscú, ella le siguió, para vivir en su dacha la mayor parte del tiempo, mientras él residía solo en la espléndida mansión de la calle Triumfalnaya. Contaban que trabajaba en un pequeño laboratorio químico, había estudiado Ciencias Agrarias. Pero muy pocos trabajadores la habían visto. Decían que todos los días iba al trabajo en un coche con las ventanillas tintadas, que la recogía a la salida. La paciente Nina. Por qué tenía que pensar en ella incluso ahora, se preguntaba Christine, y no hallaba respuesta. Nina había dado un hijo a su Pequeño Gran Hombre, había soportado ejércitos de mujeres en sus aposentos, nunca le había pedido nada, nunca se había inmiscuido, nunca lo había puesto en una situación desagradable. Cómo será ser alguien así, se preguntaba Christine. ¿Cómo será no querer saber nada, por propia decisión, que pueda quitarle a una el suelo bajo los pies? ¿O pensaba de veras que lo que su marido hacía era correcto? ¿Creía en su grandiosa obra, en su increíble sacrificio por el pueblo soviético?

Y, Brilka, cuando al final de una larga vida, a los ochenta y seis años, Nina concedió su primera y única entrevista y le preguntaron por la desconsiderada infidelidad de su esposo, respondió indignada: «Trabajaba día y noche, ¿cuándo iba a tener tiempo de satisfacer a toda una legión de mujeres?».

¡Estás loco!

¿He de obedecerte?

Solamente obedezco al Señor.

No puedo temblar, con temerosa angustia,

*el hombre es para mí un verdugo;
su casa, una prisión.*
ANNA AJMÁTOVA

Andro Eristavi regresó a Tiflis en el otoño de 1946. Sin más explicaciones, lo liberaron y enviaron a Moscú en un tren de mercancías. En Moscú lo recogieron un par de hombres de la NKVD y lo llevaron a un cuartel de milicias, donde se le dejó inequívocamente claro que no podía esperar conseguir un empleo decente ni ninguna clase de integración social. Era un parásito, y en el futuro se le trataría como tal. Debía hacer el favor de mantener la boca cerrada, vivir sin llamar la atención, pensar sin llamar la atención y conformarse con un empleo en un koljós en algún sitio en las montañas. No tenía ninguna posibilidad de obtener un certificado de empadronamiento en Tiflis. Debía considerarse afortunado por estar vivo, de no haber tenido amigos influyentes lo habrían ahorcado en pocos meses, ni siquiera valía la pena gastar un cartucho en semejante escoria.

Hasta el último momento, Christine no dijo una palabra de la liberación y el regreso de Andro. Fue ella la que lo recogió en la estación de autobuses y lo llevó a un piso pequeño en la parte nueva de la ciudad. El edificio en el que se encontraba el piso aún no estaba terminado, y por consiguiente estaba desierto; pertenecía a un médico amigo, que se lo había dejado a Christine durante algunas semanas.

Andro tenía peor aspecto del que había esperado: parecía un anciano, un hombre enjuto cuyos pómulos sobresalían de tal modo que uno habría podido cortarse con ellos.

Desinfectó su ropa, le trajo otra nueva, lo lavó, le afeitó la cabeza llena de piojos y la barba, le hizo comida ligera y sin grasa. Él hablaba poco, pero daba las gracias por cada pequeñez, lo que enloquecía a Christine. Le preguntó qué quería. Él pidió unos cuantos libros, que ella le trajo de casa, y un poco de aguardiente, que también le llevó. Pasaba el tiempo leyendo o escuchando la pequeña radio que ella le había comprado, esperando que Christine regresara y le llevara algo de comer.

Solo cuando ella le consideró lo bastante estable para el inminente encuentro, recogió a Kitty en la universidad y fue con ella a la ciudad nueva,

donde ahora en cada esquina se construían casas, la mayor parte de las veces empleando a prisioneros de guerra.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Kitty desconfiada cuando se sentaron en el tranvía.

—Tengo una pequeña sorpresa para ti. Pero te ruego que te controles todo lo que puedas —fue la sorprendente respuesta.

Después de haberse abierto paso entre la jungla de bloques idénticos, Christine llamó a una puerta de madera sin pulimentar en una casa a medio terminar. No hubo lágrimas y tampoco gritos, en realidad no hubo *nada*. Hubo dos personas..., una joven de cabellos oscuros, cortados a lo chico, con un impermeable verde y botas altas, y un joven delgado, envejecido demasiado pronto, con la mirada perdida, encorvado y corto de vista, y cuyas manos temblaban como las de un enfermo de Parkinson. Así se enfrentaron. No se tocaron. En algún momento, la voz de Christine los sacó de su estupor y les pidió que se sentaran a la mesa, que acababa de poner.

—He hecho estofado de pollo. Me he tomado la molestia, así que comed algo. Y hay licor de cerezas.

Christine, que se pasó toda la velada intentando animarlos un poco, habló del tiempo, de su trabajo en el hospital y de sus renuentes pacientes, pero ninguno de ellos quiso ni siquiera sonreír ni decir nada. Entrada la tarde, cogió el bolso y los dejó solos.

Kitty se quedó en ese piso las dos semanas siguientes. No sé exactamente lo que hicieron durante esos días. Quizá ella le cuidó, como había hecho antes Christine, cocinó y lavó. Quizá sencillamente bebieron en silencio el licor de cerezas o se leyeron el uno al otro los poemas de Lord Byron que Andro había amado tanto. Quizá Kitty intentó animarle y le contó toda clase de anécdotas, o simplemente se tendió junto a él y sostuvo su mano temblorosa entre las suyas. Le llevó sus viejas cosas, que había guardado: una bolsa llena de herramientas para que pudiera volver a tallar.

Después de esas dos semanas Kitty regresó a casa, sacó su vieja guitarra, que hasta entonces apenas había utilizado y que solo sabía tocar mal. Primero sus intentos no produjeron ningún sonido, ninguna armonía. Siguió intentándolo, hasta que bajo sus dedos se dibujó una melodía sencilla, pero clara. Al día siguiente consiguió unos cuantos cuadernos pautados y empezó

a ensayar a diario.

Desde su primer encuentro con Andro, Kitty había sido consciente, con cortante claridad, de que los tiempos en los que los deseos eran moldeables y flexibles habían terminado para siempre, enterrados en los innumerables campos de batalla del oeste y el este, del sur y el norte.

Veía a Andro y veía una sombra que no era capaz de hablar del horror. Durante los primeros días, había esperado tanto, había deseado tanto que él le hiciera preguntas, que se abriera paso a tientas hasta lo impronunciable, hasta la herida ardiente; pero él no lo hizo, y ella no consiguió expresar lo ahorrado, lo acumulado. Así que fueron engullidos por el silencio exactamente igual que todos los demás miembros de la familia; fueron devorados por el silencio como si se tratara de una gran ballena a cuyo vientre habían ido a parar, uno tras otro.

No tardó en sentirse peor cerca de él que sin él. No soportaba su situación de perdido, su ausencia, el hecho de que ya no tenía nada que comunicar al mundo. Incluso sus ojos parecían haber perdido su irradiación, el azul era mate, acuoso, la ensoñación había desaparecido para siempre de su mirada. La guerra le había sacado los sueños del cuerpo, de la cabeza, a golpes, a tiros, los había borrado.

Ella sentía que él evitaba mirar su cuerpo rotundo y firme, que apartaba la vista en cuanto se le acercaba, que se ponía tenso cuando le tocaba, como si ella llevara dentro de sí una mezcla explosiva y él temiera saltar por los aires al primer contacto.

Solo una vez, en su más profunda desesperación, ella le tocó la frente con la mano y apretó con fuerza los labios contra los suyos, no le dejó posibilidad de escapar..., pero él no respondió a su beso, se mantuvo frío, su cuerpo no reveló signo alguno de deseo. Se levantó avergonzado y fue a la cocina, y Kitty trató de dejarse arrastrar a una sonrisa a través de las lágrimas, para no darle la sensación de que lo consideraba débil e incapaz. Incapaz de amar.

Cuando, por las noches, yacía despierta en el colchón y él en el sofá, a solo unos pasos de ella, a veces sentía un ansia insaciable de ponerse en pie de un salto, echarle agua en el rostro, gritarle que debía despertar, ayudarla, y hablarle del precio que ella había pagado por los sueños de él. Pero sabía que eso le quitaría definitivamente el suelo bajo los pies.

En otoño, una feliz Stasia se encargó del cuidado de Andro, y Kitty suspendió sus visitas. Ni Stasia ni Christine le hicieron preguntas. Solo semanas después, de regreso tras una representación, Kitty se decidió a hacerle una visita espontánea. Llevaba un elegante vestido azul oscuro con un escote atrevido.

En el mismo momento en que entró se arrepintió de su decisión. Andro la saludó de peor humor que de costumbre, le volvió de golpe la espalda cuando ella se quitó el abrigo, murmuró algo entre dientes. Ella le siguió a la angosta cocina, en la que él estaba poniendo agua a calentar.

—Te he traído los caramelos de genista que tanto te gustan.

Lo dijo en un tono de exagerada amabilidad.

—¡Basta! No ves que... —gritó él de pronto, y dio un puñetazo en el borde de la mesa.

—¿Qué he hecho? ¿Por qué me gritas?

—Vienes aquí, me enseñas una vida floreciente, y tus vestidos son cada vez más llamativos y los caramelos más dulces, y esperas de mí que...

—¿Qué espero? No espero nada, solo quiero que estés bien.

—No puedo. Deja de engañarte a ti misma. Eres maravillosa, te miro y podría echarme a llorar. Pero no lo soporto más. Tu presencia hace inequívoca mi ruina, y no lo soporto. No tengo fuerzas, ni siquiera sé cómo soportaré el día siguiente, y no digamos...

—Yo no espero nada de ti.

—Sí, lo haces. Esperas de mí que te dé esperanza. A veces me pregunto si fue una buena idea conseguir mi liberación.

—Eres tan desagradecido, eso es tan injusto, podría pegarte.

—¡Entonces hazlo, quizá los dos nos liberemos!

Kitty se le quedó mirando fijamente, retrocedió tambaleándose, la bolsa de caramelos se le escurrió de entre los dedos, los pequeños objetos rodaron por el suelo. Ambos se quedaron mirando los caramelos envueltos en papel de colores, y esa imagen les hizo sentirse aún peor, nada en ese momento parecía encajar.

—Lo siento —susurró ella.

—Yo también.

—¿Ya no me quieres?

—¿Cómo voy a quererte, cómo voy siquiera a sentir algo, si ya ni siquiera soy un hombre?

—Ha sido difícil para todos. Deberías estar contento de estar vivo.

—Para estar contento primero hay que poder sentir algo.

—Todos quieren que tú...

—Me da igual lo que quieran todos. He perdido todo lo que tenía, ¡entiéndelo!

—¡Yo también, desagradecido! ¡Piensa en eso, yo también lo he perdido todo!

Y, cuando Kitty estaba a punto de gritar lo indecible, Andro salió de la cocina, rozándole los hombros, y dijo:

—Ya no soy lo bastante persona, ya no soy lo bastante hombre para amarte, Kitty. Ya no siento nada.

Kitty se quedó allí, todavía mirando los caramelos envueltos en papel de colores, y no pudo evitar echarse a reír. No sabía por qué, pero tuvo que taparse la boca para no reírse a carcajadas. Qué pareja perfecta hacemos, pensó. Al parecer, él ya no es capaz de engendrar hijos, y yo ya no puedo tenerlos, ¡qué pareja perfecta, perfecta, en un mundo perfecto, perfecto!

Pero le había entendido mal.

Y esa noche, cuando estaba sola en su cama y encendía un cigarrillo que le había sisado a su madre, aquellas palabras le vinieron a la cabeza, seguidas, acompañadas, de una melodía: «Qué pareja perfecta, perfecta, en un mundo perfecto, perfecto, míranos, ¿no somos perfectos?».

Cuando amaneció, Kitty había compuesto su primera canción. Cuando la tarareó en un ensayo de su grupo de teatro, el director le pidió que cantara completa «la cancioncita», como él dijo. Quedó entusiasmado y la insertó en su obra, en una cursi escena de amor en la que Kitty, con su guitarra al cuello, cortejaba con expresión preocupada a su interlocutor y cantaba con todo fervor su canción.

Y de hecho, Brilka, poco después todas las parejas felices y enamoradas de la ciudad cantaban esa canción, y luego también las desdichadas y las abandonadas. Y cuando Kostia regresó a casa, tras meses de ausencia, para casarse con Mariam, oyó la voz de su hermana en la radio.

Kostia se había quedado en Moscú más tiempo de lo previsto, aunque su

familia y sobre todo su prometida lo creyeran en el Báltico, donde supuestamente hacía maniobras. Parecía esperar algo grande, importante, pero se guardó sus esperanzas y preocupaciones. Ni siquiera Christine tenía una idea de lo que cavilaba su sobrino.

En el verano en el que iba a tener lugar la boda reinaba en Georgia una sequía extrema, que causaba una gran presión y miedo por el incumplimiento de los objetivos de producción agrícola; el ambiente entre la población era malo, porque a la sequía le siguió una oleada de dimisiones, y había miedo a las detenciones espontáneas que dichas dimisiones solían llevar consigo. Nadie tenía ganas de celebración, así que aplazaron la boda para el siguiente año.

¿Que por qué cuento este detalle? Ese aplazamiento, Brilka, llevó nada menos que a tu encuentro conmigo. Sí, puedo afirmarlo así. Trajo consigo tantas cosas y tan graves, que sus consecuencias nos incluyen a ti y a mí. Si la boda no se hubiera aplazado, tú no habrías dejado tu alojamiento en Ámsterdam muchas décadas después y no habrías cogido el tren hacia Viena, y mi madre no me habría llamado y yo no me habría puesto a buscarte...

Con su canción, que conquistaba por su sencillez, que se quedaba por eso mismo en la mente, Kitty había conseguido de un día para otro popularidad en todo el país. La gente se dirigía a ella por la calle, uno de los del teatro le ofreció organizar en otoño una velada propia con sus canciones. Kitty estaba abrumada por su sorprendente éxito. Aprovechó las vacaciones para practicar con la guitarra y escribir otras canciones, porque le daba vergüenza admitir en público que «El mundo perfecto, perfecto» era su única canción, nacida de la incapacidad de expresar lo que había querido decir. Pero durante aquel verano encontró las palabras que llevaba buscando tanto tiempo. Primero vinieron a ella a través de la música. Como si el lenguaje de Kitty necesitara unas muletas en las que apoyarse.

Y tengo que volver a pensar en ti, Brilka, que durante nuestro viaje en coche ponías y cantabas esas canciones. ¡Cómo te brillaban los ojos cuando las cantabas para mí! Me costó tanto trabajo no mostrarte mi emoción, la profunda conmoción que esas líneas, cantadas con tu entusiasmo, provocaban en mí. En el curso de nuestro viaje me revelaste muchos otros pequeños milagros, Brilka, tantos que, si empezara, no podría parar de hablar de ellos,

y probablemente nuestra historia no terminaría jamás. Pero tengo que compartirte con todos los demás, Brilka, porque nuestra historia también es la suya, y la suya es la nuestra. Y aún no hemos llegado a ella...

Con el regreso de Kostia, la alegría volvió a casa de Christine. También Mariam, que en los últimos meses más bien había evitado a Kitty, volvía todas las tardes. La familia entera se congregaba en torno a la sabrosa cena en la cocina o el jardín, aunque Kitty no se quedaba sentada a la mesa más de lo necesario. Pero esa relajación no duró mucho. Después del tiempo pasado en Moscú, a Kostia su ciudad natal le parecía demasiado pequeña, demasiado agobiante, demasiado provinciana. Y cuando su madre y Christine le confesaron, en una conversación de madrugada, el regreso de Andro, su mal humor y su incompreensión ante su apoyo a un traidor a la patria salieron a la luz. Se enfadó, reprochó a su madre y a su tía haber pisoteado los valores soviéticos y haber tirado por la borda toda responsabilidad y toda moral. Y, aunque Christine lo negó, naturalmente Kostia sabía que tan inesperada puesta en libertad jamás habría sido posible sin una intervención superior. Gritó a las dos mujeres que les prohibía traer jamás a casa a ese traidor.

Su mal humor se mantuvo, y pronto tampoco Mariam se libró de él. Kostia la dejaba sola en casa una y otra vez. Ya no salía con ella, ya no iba con ella al cine, era rudo e hiriente, reaccionaba con irritación a la exagerada preocupación de ella y a su cariño. Huía en toda regla de su casa, pasaba fuera noches enteras, visitaba a viejos compañeros de colegio, entablaba amistades fugaces, iba a fiestas, buscaba distracción. Como si tratase de arrancar un nuevo sabor a la vida, de inventarse de nuevo, pero siempre fracasaba ante el pasado.

Necesitaba un cuerpo femenino, necesitaba perder el control por las noches para conservarlo durante el día.

Necesitaba ver admiración en los ojos de una mujer, necesitaba el juego, el coqueteo. No ese orden, esa seguridad. Las expectativas firmes que Mariam le ofrecía eran demasiado poco para él. Estaba muy seguro de sí mismo, y eso empezó a aburrirle. Esa seguridad le exigía demasiado poco. Al mismo tiempo, era consciente de que Mariam no sobreviviría a la vergüenza, que cancelar el compromiso para ella sería equivalente al fin del mundo. Su honor quedaría herido, su fe destruida.

En una ocasión en que se preparaba para una de sus salidas nocturnas, una Kitty arreglada y perfumada le cortó el paso.

—¿Qué haces? —preguntó irritado Kostia, que se había quitado el uniforme y llevaba un traje a la moda.

—Voy contigo. Me apetece salir. Hace mucho que no lo hacemos.

—Pensaba que tenías que dedicarte a tu exitosa carrera musical.

—Haré como si no hubiera oído esa observación, totalmente despectiva, y seguiré siendo amable; voy a colgarme de tu brazo y espero que me saques.

—Está bien, pero compórtate y, por favor, guárdate tus opiniones. Vamos a una casa decente, y no quiero que me avergüences.

Kitty, sorprendida de que él hubiera aceptado su deseo tan fácilmente, asintió de buen grado. También le sorprendía que su hermano estuviera en una compañía elegante durante sus desbordantes salidas nocturnas. Había supuesto que se sentaba en una de las tabernas del río, comía pescado ahumado, bebía cerveza y aguardiente y acto seguido desaparecía con alguna dama de grandes pechos en una casa de huéspedes de Avlabari, entre las teterías tártaras y las lavanderías armenias.

Kostia paró un taxi y remontaron la Mtatsminda, la montaña sagrada, recorrieron calles pavimentadas cada vez más empinadas y terminaron doblando hacia un callejón sin salida, a cuyo extremo un gran edificio nuevo coronaba una pequeña colina. Delante de la gran puerta negra había coches aparcados, de la casa salía música ruidosa y la confusión de voces de una gran cantidad de gente que bebía y charlaba. Estaba claro que los habitantes de la casa tenían dinero, así que o estaban en el partido o eran hijos de gente que estaba en el partido. Al entrar, Kitty sintió enseguida su repugnancia, durante un breve instante incluso pensó en dar la vuelta, ya había visto bastante como para saber que Kostia no perdía el control durante sus noches, como todos habían temido, pero entonces apareció un joven bajito, algo rechoncho, y vino sonriendo hacia ellos.

Kitty fue presentada a todos los reunidos, que la saludaron con efusión. Se enteró de que el propietario de la casa y padre del joven rechoncho era el director de la fábrica de seda, que en ese momento estaba de vacaciones en Karlovy Vary. La casa se encontraba al cuidado del hijo y de su hermana. Estaba llena de gente que quería pasar por cultivada y nuevos ricos, niños malcriados e hijos de papá, y pensaba ella que, según entendía el mundo Kostia, él los tenía que despreciar. En vez de eso, se hacía el divertido, el

ingenioso, el encantador, el bailarín, el refinado y, sobre todo, el mujeriego. Kitty se vio rodeada por damas con faldas vaporosas y peinados altos a las que resultaba de lo más emocionante que precisamente ella, Kitty Dzhashi, a la que conocían por la radio, fuera la hermana del soltero más guapo de la ciudad. Entonces fue cuando Kitty entendió de qué se trataba. Saltaba a la vista que en ese círculo Kostia había tenido que distanciarse de Mariam, negar su existencia, para poder seguir su juego. La hermana del anfitrión era la pequeña morena que más alto se reía mientras gesticulaba con las uñas pintadas de rojo, y parecía extremadamente interesada en Kostia.

Unos cuantos tipejos autocomplacientes que atacaban los nervios a Kitty se habían apoderado de ella, todos querían saber qué feliz caballero la había movido a escribir aquella fantástica canción, y si seguía manteniendo alguna relación con él. Ya solo la palabra *relación* le parecía a Kitty de tal modo fuera de lugar que habría preferido salir corriendo. Pensó en Mariam y en lo que diría de todo aquello. En lo que podía seguir amando de Kostia detrás de su fachada de invulnerable. Y se preguntó si el aplazamiento de la boda de veras se había debido a la sequía.

—Ven, voy a enseñarte una cosa —Kostia, visiblemente animado por el espeso vino tinto y exhibiendo su encantadora sonrisa, la sacó del montón de gente y la llevó a la terraza.

Delante de ellos se extendía una vista de ensueño de la ciudad iluminada, las verdes y pletóricas colinas, entre las que corría el río, que tenía el color de un lagarto. La ciudad yacía hundida en la noche, y parecía contenta. Desde allí todo tenía un brillo tan hermoso, y Kostia encajaba de forma tan perfecta en ese brillo: tan ancho de hombros, tan orgulloso como ahora estaba junto a ella, mirando el cielo y respirando el aire fresco.

—¿Por qué estamos aquí, Kostia?

—Pensaba que hoy querías beber conmigo.

—Quiero decir, ¿qué haces tú aquí? ¿En medio de esta gente?

Antes de que pudiera dar una respuesta, volvió a aparecer un cacareante grupo de chicas, encabezado por la anfitriona. Se agruparon en torno a los hermanos.

—¡Por favor, por favor, canta la canción! Te hemos traído una guitarra, por favor, por favor, canta «El mundo perfecto, perfecto».

Imploraban a Kitty, con sus copas de champán en las manos.

Kitty se quedó mirándolas y vio delante de sí a Andro, su pequeña

habitación, su postura encorvada, sus mejillas caídas y su pelada cabeza. Pensó en cuánto echaba de menos sus rizos dorados, que ya nunca volverían a crecer con su antiguo esplendor. «Qué perfecta, perfecta pareja, en un mundo perfecto, perfecto, míranos, ¿no somos perfectos?» Y todas cantaban con ella, todas daban forma a las mismas palabras y todas levantaban la voz cuando ella llegaba a «mundo perfecto», todas la bajaban cuando ella exhalaba: «¿... y cómo es posible que el mundo sea perfecto sin nosotros?».

Mientras aún resonaban los aplausos, Kitty se tomó dos copas seguidas de champán, se disculpó y buscó con los ojos a su hermano, pero él ya no estaba en el grupo. Regresó a la casa, quería decirle que tenía que irse, que ya no soportaba a esa gente. Sin embargo, Kostia no aparecía por ninguna parte. Atravesó la gran sala entre las parejas que bailaban, recorrió el corredor iluminado de un lado para otro, se asomó a diferentes habitaciones, llamó, preguntó por él, pero nadie le había visto, nadie sabía dónde estaba.

Por fin se rindió, temió que se hubiera retirado con la anfitriona a un lugar tranquilo en el que no podría localizarle, y corrió hacia la puerta sin despedirse.

Fuera, respiró hondo, el callejón estaba oscuro, solo las lámparas de la casa arrojaban un poco de luz al pavimento. Caminó unos pasos y se sentó en un saliente a pocos metros de la casa. Se sentía aliviada. De pronto oyó un rumor, al que al principio no prestó atención, pero luego reconoció la voz amortiguada de su hermano, que hablaba con alguien. ¿Es que no habían encontrado en toda la casa un lugar apartado en el que proseguir su coqueteo? Kitty se sentía incómoda al espiar a su hermano de ese modo, pero su curiosidad se impuso, y siguió sus palabras hasta el lado izquierdo de la casa: allí, vio dos sombras debajo de un balcón. Reconoció a su hermano, estaba inclinado sobre alguien, con una mano apoyada en la pared, el rostro de la mujer peligrosamente cerca, como si acabaran de besarse o estuvieran a punto de hacerlo, él le hablaba en tono enérgico. Pero no era la pequeña morena, no era la anfitriona: aquella mujer era alta y rubia. Kitty entrecerró los ojos, estiró la cabeza cuanto pudo. ¿Cuál de aquellas mujeres que piaban, puerilmente maquilladas, era? ¿Sería una de las que habían estado oyéndola cantar arriba? La mujer había apretado el pecho contra Kostia y le miraba con atención a la cara. Luego, pasó cuidadosa la mano por su mejilla y él se volvió para mirar alrededor, al parecer no quería que le viesen con ella.

Cuando los ojos de Kitty se acostumbraron a la oscuridad, centró la mirada

en su perfil: la mujer era elegante y alta, llevaba un artístico peinado alto y una estrecha falda beis que le acentuaba el talle, con una ventajosa abertura en el costado que dejaba al descubierto una pierna larga y musculosa. Pero, sobre todo, era mayor, mayor que Kostia y mayor que todos los presentes en la casa.

—Quiero... Naturalmente, ¿cómo puedes dudarlo? —Kostia susurraba cosas que Kitty apenas podía oír, y la mujer lo atraía hacia ella y apretaba su nariz contra la suya, enseguida iba a tocar sus labios, pensó Kitty, y el cuerpo de Kostia se tensó, se tendió hacia ella, pero ella no cedió, no lo besó.

—Sabes cómo odio que me hagan esperar, Kostia —oyó Kitty a la rubia, en voz alta y clara..., y de pronto sintió que un vértigo se apoderaba de ella, sintió que las rodillas le flaqueaban, resbaló a lo largo de la pared de la casa.

Esa voz. ¡Conocía esa voz! Nunca olvidaría esa voz. Jamás confundiría con ningún otro ese tono suave, acariciante.

Era ella. La mujer del infierno.

Kitty volvió a incorporarse, se agarró a la pared de la casa, retrocedió unos pasos, hasta que ambos desaparecieron de su campo de visión y ella volvió a la parte delantera de la casa. Desde allí corrió de vuelta al edificio, se encerró en el baño más próximo, dejó correr el agua y metió la cabeza bajo el chorro hasta que pudo volver a controlar su respiración. Pero su cuerpo no le obedecía. Le temblaban las rodillas, apenas podía caminar. Se forzó a sentarse en el frío suelo de azulejos y contó hasta cien, hasta que tuvo la sensación de que podía volver a mantenerse en pie.

Luego regresó a la gran sala, cogió una copa de vino y la vació de un trago. Cuando apareció su hermano, ella estaba sola en la terraza y se había tomado tal vez cuatro copas de vino.

—He estado buscándote —dijo Kostia—. ¿Dónde demonios te habías metido? Pareces como... ¿Has bebido demasiado? —estaba alegre, hablaba animadamente—. Te he oído cantar. Pareces arreglártelas muy bien con esa divertida canción, de veras, estoy impresionado.

—¿Quién es ella?

—¿A quién te refieres?

—¿Quién es esa mujer?

—¿Has estado espiándome?

—¿Quién?

Se volvió hacia él y le miró con el rostro desfigurado; sus ojos expresaban

algo entre la náusea y el dolor físico. La expresión del rostro de él, hasta ese momento relajada, se transformó en segundos en agresividad.

—¿Eso? No es nada serio. No deberías preocuparte por Mariam.

—¿Sabe que vas a casarte? ¿Conoce su nombre? ¿Conoce tu verdadero nombre? ¿Hasta qué punto la conoces?

Mientras hacía esas preguntas, de pronto, Kitty fue consciente del oscuro, irrevocable alcance de ese antiguo juego de los dioses en el que ambos se encontraban.

—¿Me estás interrogando? Soy un chico mayor, Kitty, contrólate. No necesito que me vigilen. ¿Precisamente tú vas a hablarme de moral?

—Me importa una mierda dónde metas el rabo. Solo quiero saber cómo se llama.

—No te atrevas...

Kitty estaba segura de que la rubia no iba a entrar a esa casa. Había desaparecido en la noche sin dejar rastro, tal como había aparecido. ¿De dónde había salido? ¿Dónde la había conocido? ¿Solo venía a esa casa para encontrarse con él en secreto? Pero no tenía sentido. A Kitty le dolía la cabeza, tenía la frente surcada de arrugas, apretó los ojos.

—¡Dime quién es, y te dejaré en paz!

Kitty, sorprendida ella misma por el volumen con el que había formulado su exigencia, agarró a su hermano por los hombros y empezó a sacudirlo con todas sus fuerzas. Kostia estaba abrumado por la vehemencia de su reacción, retrocedió tambaleándose, pero no se defendió.

—Kitty, Kitty, tranquilízate, ven, te llevaré a casa, todo está bien, tranquilízate. Te prometo que no haré daño a Mariam, lo que has visto es algo distinto, ven.

—¡Quién...! —rugía ella.

Unos cuantos invitados comenzaron a aparecer en la terraza, y a Kostia la escena empezaba a resultarle visiblemente incómoda. La agarró por las muñecas y la arrastró dentro de la casa, y cuando ella se aferró a la barandilla de la escalera y se negó a avanzar, la levantó en vilo, se la cargó al hombro como si fuera un saco de patatas y la llevó abajo. Solo cuando habían dejado atrás la montaña sagrada, volvió a depositarla en la ancha carretera. Ella se desplomó en la acera, sin voluntad, y se echó a llorar.

Lloraba casi sin ruido, pero era un llanto horrible, un llanto de Christine, el silencioso llanto de las mujeres de la casa del chocolate. Kostia estaba

perplejo junto a ella, y bajó la vista hacia su hermana, incapaz de consolarla e incapaz de dejarla sola. Se sentó junto a ella y trató de pasar el brazo por sus hombros, pero ella le rechazó.

—Espero de ti una explicación, ¡ahora! —dijo él en voz alta, cuando ella se calmó un poco y se secó las lágrimas con la manga.

—Solo quiero su nombre, no quiero nada más de ti. No le diré nada a Mariam, tan solo quiero el nombre.

—Pero ¿por qué, para qué?

—La conozco.

—¿De qué la conoces?

—¿Quién es?

—Es solo una hermosa mujer que conocí en un banquete y que está casada, por eso no sería demasiado aconsejable...

—Solo una hermosa mujer..., solo una hermosa mujer —repetía perpleja Kitty las palabras de su hermano.

«Solo una hermosa mujer, dices. No dolía, no dolía, porque era una hermosa mujer. Esos hermosos labios, pensaba yo, cuando me cantaba la canción de la muerte. Solo una hermosa mujer. Pero mírame, mírame, yo también soy una mujer, no tan hermosa como ella, muerta y resucitada, pero una mujer, como ella.»

Dudo, Brilka, que la gente que continuó cantando esa canción y que sigue cantándola ahora sepa que no se trata de una canción sobre los celos.

Él no cedió. No le reveló su nombre. Kitty no tenía claro a quién quería proteger con eso, pero estaba segura de que ella no se rendiría, de que haría todo lo que estuviera en su poder para averiguar su nombre.

Lo intentó con ternura, utilizando su talento interpretativo y representando el papel de la hermana cariñosa y preocupada, le dio a entender que, si no cedía, se lo contaría a Mariam. Pero, al parecer, para él había en juego mucho más que Mariam. Le hizo la vida difícil, le persiguió, no le dio tregua. Él perdió la paciencia, ya estaba a punto de ceder. Kitty creía que no iba a soportar por mucho tiempo esa persecución, esa restricción de su libertad. Y se pegaría a sus talones para no darle un minuto de respiro. Era dura, tan dura como él no podía imaginarse ni siquiera en sueños.

Cuando, a finales de septiembre, la lluvia golpeaba sin cesar en los tejados

durante días y hacía vibrar los nervios de los habitantes de la casa, y Kitty volvió a hacer una observación malvada acerca de sus escapadas nocturnas, Kostia perdió la paciencia, la agarró por el vestido, la sacó al jardín, que estaba hundido en el barro, y la tiró al suelo. La lluvia caía a cántaros. En cuestión de segundos, los hermanos estaban empapados.

—¡Basta, basta! ¿Me oyes? —rugió él a través de la lluvia.

Miró lleno de odio a su hermana, que se incorporó y empezó a dar vueltas a su alrededor como un gato salvaje.

—¡Dime su nombre!

—¡Estás completamente loca, loca, habría que encerrarte, deberías avergonzarte!

—¡Dime su nombre, y te dejaré en paz!

—¡No te ha hecho nada, déjala tranquila, solamente he tenido un lío con ella, por Dios! Solo un pequeño lío. Su marido tiene mucho poder. Y si algo va mal, si haces algo insensato, tendrás problemas y no podré volver a ayudarte, ¡deja las cosas como están!

—Fóllatela hasta perder el sentido, ¿crees que me interesa? ¡Solo quiero su nombre!

—¡Hablas como una puta barata! Padre se revolvería en su tumba.

—¡Pero no tiene ninguna tumba! ¡No tiene ni siquiera una tumba!

Entonces, Kostia volvió a agarrar a su hermana y le pegó en la cara con todas sus fuerzas. Ella cayó, se revolcó en el barro, cuando alzó la cabeza la sangre le corría por la barbilla, tenía reventado el labio inferior. No lloró, ni siquiera notaba la herida, como si fuera inmune al dolor.

En ese momento Christine salió corriendo y se interpuso entre ellos, gritó a pleno pulmón que pararan. Kostia se detuvo, aturdido, con el pelo empapado y la ropa chorreando, sin entender lo que había hecho. Pero el rostro de Kitty no mostraba ningún arrepentimiento, ningún miedo, le miraba directamente a la cara, arrogante y segura de sí. La sangre en su rostro se mezclaba con el agua de lluvia y producía la ilusión de una pintura de guerra.

También Stasia se reunió con ellos en el jardín, cortó el paso a Kostia y lo agarró por el cuello de la camisa:

—¿Qué has hecho? —increpó a su hijo.

Pero él le miró a la cara y dijo: «¡Os odio!».

Y esa frase nos partió en dos a todos.

A principios de octubre, Kitty llamó a Mariam y le pidió que se vieran en un café. Mariam, a la que la tensa situación entre los hermanos, la irritabilidad y el distanciamiento de su prometido preocupaban mucho, se alegró de la oferta y aceptó aliviada.

Se encontraron en un café de moda, recién abierto, junto a la Universidad Politécnica, y Mariam se tomó grandes molestias para estar a la altura de la clientela. Acudió vestida con un conjunto de color chocolate que en realidad no le sentaba bien, abrazó a Kitty y pidió un café turco, aunque normalmente siempre tomaba té, pero en un local así *había* que tomar café.

—Tengo que decirte lo contenta que estoy de que me hayas llamado. El mes pasado no fue especialmente fácil para ninguno de nosotros, ¿verdad? He esperado tanto todo este tiempo que encontrásemos una oportunidad de hablar de todo. No quiero que estés enfadada conmigo.

Mariam se vertía como una catarata sobre su amiga.

—Tengo que hablar contigo.

—No, escúchame. Por favor. Apenas he podido dormir durante las últimas semanas. No quiero que nada se interponga entre nosotras. Todo se arreglará, estoy segura. Juntas lo conseguiremos. Hemos pasado tantas cosas juntas, solamente tenemos que querer.

Mariam estaba excitada, le ardían las mejillas, cogió la mano de Kitty por encima de la mesa y no la soltó.

—Mariam...

—Lo recuperaremos todo, ¿eh? No podemos perder nuestra amistad, eso no es posible. Te echo de menos, te echo tanto de menos, y no quisiera renunciar a ti. Sí, quiero a tu hermano, pero no por eso eres menos importante para mí.

Los ojos de Mariam se llenaron de lágrimas.

—No quiero ser una cuña entre vosotros, no quiero que os peleéis por mi culpa. Nunca me lo perdonaría. Sois una pareja de hermanos fabulosa. Brillante, llena de talento. Inteligente, hermosa. No, eso no debe ocurrir, Kitty. Nunca me lo perdonaría.

Mariam se había vuelto y miraba fijamente las palomas que paseaban de un lado a otro por la acera.

—Mari, tengo que decirte algo importante.

—Te quiero. Pero también le quiero a él. Sois dos partes de un todo. Puede

sonar extraño, pero he pensado mucho en ello y sé de lo que hablo. Yo...

—Te engaña.

—¡Kitty!

—Tiene un lío. La he visto, pero no conozco su nombre, y estaré encantada de ayudarte si averiguas quién es.

—Kitty.

—Si no quieres creerme, es decisión tuya. No ha habido ninguna discusión por ti, sino por ella. Piensa sencillamente en lo que te he dicho y, si me equivoco, olvídale todo, y si no...

—¿Y si no, qué?

—Entonces, piensa si quieres pasar tu vida con un hombre que nunca te amará.

—¿Por qué quieres destruirlo todo?

Las lágrimas corrían sobre las rojas mejillas de Mariam.

—No puedo destruir lo que lleva mucho tiempo destruido.

Kitty se odió. Pero aún odiaba más a esa mujer.

Por la noche, Kitty convenció a su tía para que hiciera el chocolate caliente para ella. Y cuando Kostia, que volvió tarde a casa, aspiró su olor, corrió a la cocina y pidió la bebida mágica. A regañadientes, Kitty dividió su ración y la compartió con su hermano. Se lanzaron sobre las tazas como perros hambrientos. Despertada por el aroma, Stasia entró tambaleándose en la cocina y vio a sus hijos tomando los últimos restos del chocolate. Le gritó a su hermana que cómo se había atrevido, que de dónde había sacado la receta, y se echó a llorar, derrumbándose derrotada en una silla. Aunque Stasia no estaba segura de qué precio exacto pagarían ellos por tomar el chocolate de su padre, para ella ya no había ninguna duda de que, en cualquier caso, tendría un precio. Había querido proteger a sus hijos de la tentación para que no quisieran más, porque estaba segura de que el peligro, del que su padre había hablado entonces, que escondía el chocolate consistía exactamente en que nadie que lo hubiese probado era capaz de tomarlo tan solo una vez.

Christine, con la cacerola en la que había cocido el chocolate en la mano, le gritó que también era su padre y también ella tenía derecho a la receta. Entonces Stasia le quitó la cazuela de la mano y la tiró al suelo. Por un momento, todos miraron fijamente a la furiosa Stasia y las pocas gotas de

líquido negro que habían caído al suelo desde la cazuela.

De pronto Kostia se agachó, se comportaba como si estuviera hipnotizado, se puso a cuatro patas y empezó a recoger con el dedo los restos del suelo para luego metérselo en la boca con avidez.

Las mujeres lo miraron sin habla. Después de haber recogido los últimos restos, se incorporó y se fue de la cocina con toda tranquilidad.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Christine, y miró perpleja a su hermana.

—Su primer chocolate, supongo —respondió esta en tono de reproche.

También yo estuve allí, bebí hidromiel y cerveza, y me corrió por las barbas, pero ni una gota me entró en la boca.

FÓRMULA RUSA PARA EL FINAL FELIZ DE UN CUENTO

La rubia alta de labios color cereza se llamaba Alla, tenía cuarenta años y era la vecina del fabricante de seda que dejaba a sus hijos celebrar fiestas en su espaciosa casa. En una de esas fiestas conoció a Kostia. Había estudiado Medicina en Moscú, y al parecer era una promesa en el ámbito de la psiquiatría. Luego, fue reclutada por la NKVD e ingresó en la organización. Durante una de sus misiones conoció a su futuro marido, que también trabajaba para la NKVD, en su sección georgiana. Se trasladó con él a Tiflis y prosiguió su actividad en el Cáucaso. Su marido tenía veinte años más que ella, y pronto se hartó de él, porque Alla no solo demostraba un sano apetito rastreando «espías y contrarrevolucionarios, saboteadores y demás chusma», también su cuerpo tenía mucha hambre, y pronto su ocupado esposo dejó de ser capaz de saciarla.

En los doce años que llevaba al servicio de la organización más poderosa del país tuvo nueve abortos, todos ellos hijos de distintos hombres. Intervenciones que probablemente agudizaron su talento para la crueldad, especialmente porque la última salió mal y desde entonces era estéril. La infertilidad fue el castigo que ella misma escogió para las mujeres más duras que caían en sus garras, su pequeña venganza personal..., y dio grandes frutos. Pasaba por ser una de las colaboradoras más leales, pero también más

temidas. Dicen que incluso el Pequeño Gran Hombre le puso en persona una medalla. Pero eso no lo sé con seguridad.

Cuando conoció a mi abuelo, su apetito despertó, y esa misma noche lo arrastró a la casa vecina y le abrió la bragueta. A Kostia, su decisión y rapidez le recordaban a Ida, y se entregó de buen grado a Alla. Desde entonces se veían con regularidad.

No sé cómo ocurrió, pero Mariam la encontró. El desprecio de una mujer despreciada puede hacer milagros. Tuvo que haber espiado a Kostia durante muchas noches, plantada delante de una casa tan espectacular, a la espera. Las risas y la música que salían de ella tienen que haber sido como bofetadas; pero encontró lo que buscaba.

Mariam siguió a la rubia, que había dado un beso de despedida a su prometido detrás de la casa, luego había bajado corriendo por el callejón sin salida y se había detenido en la primera vivienda. En la oscuridad, antes, Mariam solo había podido distinguir la alta silueta y la elegante vestimenta, pero ahora, cuando ella se detuvo bajo la plena luz de la farola para buscar la llave de su puerta, también reconoció a la mujer del infierno.

El cabello rubio y suave, los rojos labios, los lentos movimientos, la flexibilidad de su cuerpo.

Su horror se hizo inconcebible cuando imaginó a la rubia envuelta en los juegos del amor con el hombre con el que ella quería casarse. Y le resultó fácil, estremecedoramente fácil, imaginarla clavando sus cuidadas uñas en la espalda de Kostia. Suponer cómo echaba, coqueta, la cabeza hacia atrás, suspiraba con labios y párpados humedecidos por el placer. Le resultó en extremo sencillo imaginar cómo excitaba a Kostia con las mismas palabras suaves con las que antaño había invitado a Mariam a coger la jeringuilla con el veneno.

Esa misma noche, Mariam lanzó piedrecitas a la ventana de Kitty, que se echó un abrigo sobre los hombros y bajó corriendo a la calle. Cuando estuvieron lo bastante alejadas de casa de Christine, se sentaron en la acera, y para entonces Kitty ya sabía que Mariam había encontrado lo que ella misma había buscado tan encarnizadamente durante tanto tiempo.

—Querías que la viera, ¿no? Sabías de quién se trataba, y no me lo dijiste
—Mariam hablaba en voz baja. Tenía el rostro vacío. Ni tan siquiera

expresaba ira—. ¿Por qué no me lo dijiste enseguida?

—No me habrías creído —murmuró Kitty, sin saber si había obrado bien, si había hecho bien en dejar a Mariam correr hacia esa trampa.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos?

Mariam se había desinflado, como un globo pinchado con una aguja.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Cómo ha podido... Es demasiado ridículo para ser cierto. ¿Por qué me has...?

Mariam se levantó, caminó unos pasos por la calle oscura y desierta, regresó, se sentó. Su cuerpo entero parecía rebelarse contra aquel hecho inaudito. Como si no quisiera reconocer esa verdad.

—Ni siquiera puedo reprochártelo. ¿Qué clase de degenerado se cita en una casa ajena con una mujer que ni siquiera está invitada a la fiesta?

Rio. Su risa sonó aguda, forzada. Kitty se había mordido hasta la sangre la uña del pulgar.

—No sé por qué te hice ir allí. Quizá quería que me confirmaras que no podía tratarse de ella. Pero es ella. ¡Nadie más que ella!

Kitty se preguntaba qué reacción había esperado de su amiga, aunque sin duda no era esa. Quizá ataques de llanto, histeria, pánico, pero no ese vacío en el rostro y esa irrevocable decisión en la voz.

—La buscaré y hablaré con ella. Tú ya no tienes nada que ver con esto — Kitty se levantó de la acera y bajó la vista hacia su amiga. Quería, con esa posición, dar énfasis a sus palabras, pero Mariam volvía a reírse. Se reía en su cara.

—¿Hablar con ella? ¿Te estás haciendo la tonta, Kitty, o cómo debo entender eso? Y no me digas que no tengo nada que ver con esto. Si así fuera, no me habrías lanzado detrás de tu hermano como a un perro de presa. Sé lo bastante honrada como para confesar por lo menos eso.

Kitty no supo qué contestar. Naturalmente que no habría debido enviar a la casa a Mariam, pero era demasiado tarde. Kitty se prohibió ese pensamiento, ahora no podía titubear. Eso no haría más que aumentar la resolución de Mariam, significara lo que significase.

—Sí, quizá tengas razón, pero por favor, déjame llevar esto sola hasta el final.

—¿Llevar hasta el final? ¿Estás pensando en denunciarla?

Volvió a reír, sarcástica.

Kitty estaba perdiendo el control de la situación, Mariam dirigía aquella conversación, toda la escena, hacia un rumbo que inquietaba a Kitty, que no vislumbraba. Le irritaba su precipitación, su impulsividad.

Quizá la rubia había sido un ángel de la muerte para ambas entonces, pero ahora para Mariam era sobre todo la mujer que le disputaba a Kostia, y el aula y el colegio del pueblo no eran más que una inevitable mancha negra en su piel de un blanco immaculado.

Kitty empezó a temblar, se frotó las manos.

—Tú quieres llevarlo hasta el final, pero me has convertido en tu cómplice. Aquí estoy otra vez, y lo acabaremos juntas. Porque tú lo has querido así, y parece que Dios también —dijo Mariam, antes de volver la espalda a su amiga y bajar la calle con pasos apresurados.

Al llegar a casa, Kitty se sentó en el alféizar de la ventana con uno de los cigarrillos de Stasia y se preguntó, por primera vez desde aquella tibia tarde de verano en la montaña sagrada, cuando tuvo que ver con sus propios ojos lo que jamás habría creído posible, qué era lo que quería exactamente. Entre Kitty y su ángel de la muerte había ejércitos enteros, un aparato militar completo, innumerables uniformados y Pequeños Grandes Hombres. Entre ellas había montañas de armas, expedientes y huesos, sobre las que nunca podría trepar. Kitty repasaba sus posibilidades de manera febril. Desde luego, lo más fácil sería informar a su marido, al parecer tan poderoso, y dejarle clara su posición de esposo cornudo. Pero un hombre que estaba casado con una mujer capaz de quitarle brutalmente a otra su hijo del vientre, debería de ser igual que su esposa en cosas por el estilo. Su ira no se dirigiría contra su mujer, sino contra su elegido. Y su venganza no podría ser menos terrible que los actos de su esposa. Kitty no podía exponer a su hermano a ese riesgo.

Cuando se durmió, agotada, había llegado a la conclusión de que la venganza no era menos difícil que renunciar a ella.

Mariam se esfumó. No aparecía por la facultad, no salía de la residencia, no se veía con Kostia y no reaccionaba a las notitas que Kitty le metía por debajo de la puerta. Kostia intentó pedir explicaciones a Kitty, pero ella negó tener nada que ver con el comportamiento de Mariam.

Kitty se dedicaba a sus estudios, el teatro y, sobre todo, a su guitarra. Tan solo por las noches, cuando se quedaba sola, le invadía un miedo gélido, que le hacía brotar el sudor en la frente, y daba vueltas en la cama en busca de una solución. Pero sentía que, después de todas esas semanas de búsqueda obsesiva de la rubia, no podía dejarla ir sin más, no podía limitarse a rendirse sin más.

Se imaginaba toda clase de escenarios de horror pensando cómo podía estar Mariam. Los recuerdos de los días del aula, los días del granero, empezaban a asediarla, y cuando las pesadillas comenzaron a sucederse fue a la residencia de Mariam y se sentó en el pasillo, delante de la puerta. Se propuso esperar a su amiga todo el tiempo que fuera necesario. En algún momento tendría que salir, en algún momento tendría que comer algo.

Los dos primeros días Kitty no tuvo éxito, la puerta se mantuvo cerrada. Llamó una y otra vez, metió innumerables notas por debajo, rogó, imploró a su amiga, ensayó sus artes de convicción, pero no ocurrió nada.

El tercero, cuando la mayoría de los estudiantes se habían ido a las clases y la residencia se había vaciado, Mariam apareció en la puerta. Llevaba un impermeable largo y se había peinado.

—Vamos a dar un paseo —dijo, como si no hubiera pasado nada, como si fuera como antes, cuando eran dos amigas (casi) normales y paseaban charlando por las calles y comían pipas de girasol. Pero Mariam salió decidida y se encaminó a la parada del autobús. Todo en ella parecía ordenado, listo, como siempre. Tan solo las oscuras ojeras revelaban algo del negro laberinto en el que se había extraviado—. Vamos a la ciudad vieja —dijo Mariam, y subió al primer autobús que pasó. Y Kitty tomó asiento junto a su amiga.

La ciudad estaba húmeda y neblinosa. El cielo estaba cubierto. Aún no era de verdad otoño, todavía no helaba. Miraron por la ventanilla del autobús las calles, a los transeúntes, a la gente que huía del día gris. Kitty apoyó la cabeza en el hombro de Mariam y respiró aliviada.

Bajaron en la plaza Lenin y subieron por la calle Kirov. Mariam marcaba el paso y la dirección. En una tienda de ultramarinos desconsoladamente vacía, con media salchicha y dos clases de queso en el mostrador, compraron un poco de cerveza de malta y se la tomaron sobre la marcha. Mariam no se detenía en ningún sitio, seguía su camino segura de sí misma. Un camino que iba cada vez más arriba, hacia las colinas verdes. Kitty no le hizo ninguna

pregunta, tan solo estaba contenta de ir junto a ella, y trataba de seguirle el paso.

Dejaron atrás el gran jardín cubierto del edificio del Comité Central, doblaron a la izquierda, tomaron pequeños atajos, se sentaron por un momento en un banco solitario, superaron la parada del funicular y contemplaron las pequeñas cabinas a las que subía la gente.

De pronto, Mariam se volvió hacia Kitty y le subió la chaqueta y el jersey con un movimiento de la mano. Se quedó mirando la tripa desnuda de Kitty, y con la otra le bajó la falda y las medias y le miró el abdomen.

—¿Qué haces?

Kitty se dejaba examinar, confusa e insegura.

—Quería volver a ver las cicatrices que te dejé. Si han curado bien. No he vuelto a verlas *desde entonces*.

—Tú no me has dejado cicatrices, no digas tonterías.

Mariam se volvió de golpe, le dio la espalda, murmuró una disculpa formularia y prosiguió su camino con rápidos pasos.

Cuando habían dejado atrás la adoquinada calle Chitadze y estaban ya a la vista del cementerio de los artistas, Kitty se dio cuenta de cuál era el destino al que apuntaba Mariam. La casa del fabricante de seda estaba a pocos metros de distancia. Se detuvo, pidió a su amiga que le explicara a qué venía eso, adónde iba. Pero Mariam no se paró, sino que le gritó a Kitty que la siguiera, todo estaba en orden, el marido *de ella* estaba de viaje.

Kitty fue a protestar, pero Mariam ya se había detenido en la esquina de la calle y subía los tres escalones que llevaban hasta una casa de ladrillo rojo. Kitty le gritó que no lo hiciera pero, antes de que llegara a los peldaños, su amiga ya estaba golpeando la puerta con la aldaba de hierro, en forma de cabeza de león.

Kitty acababa de poner el pie en el primer escalón cuando la puerta se abrió y Alla estuvo ante ellas. Con un cigarrillo entre los labios pintados de rojo, con rulos en el pelo, con una combinación de seda blanca.

—¿Sí? —preguntó en ruso, y las miró irritada a ambas.

Kitty quiso coger de la manga a Mariam, llevársela de allí, pero se quedó clavada como una roca, mirando hechizada los rojos labios.

—¿Sí? —repitió la mujer rubia, y su tono se volvió desagradable, como si estuvieran interrumpiendo algo importante.

—Mi amiga se ha hecho una herida, se ha caído y se ha arañado las

rodillas, nos gustaría utilizar un momento su cuarto de baño, si...

La voz de Mariam sonaba terriblemente tranquila. Hizo la pregunta en georgiano. Las piernas de Kitty estaban embutidas en oscuras medias de lana. La mujer, que solo echó un rápido vistazo a la rodilla de Kitty, no podía ver nada. Durante un momento, pareció reflexionar. Algo se tensó en su rostro. Quizá había reconocido a una de ellas, o a las dos. Tuvo que hacerlo, pensó Kitty. Era una locura suponer que semejante maestra en su oficio iba a dejarles entrar así como así a su casa, directamente a la boca del dragón, pero lo hizo. Asintió apenas y, antes de abrir más la puerta y dejarlas pasar a ambas, añadió de forma lapidaria en ruso:

—¡Pero daos prisa, por favor, no tengo mucho tiempo!

Kitty sentía que temblaba de pies a cabeza. Con un pie detrás de otro siguió a Mariam, que a su vez seguía a la rubia, que les indicaba el camino al baño. No podía creerlo, no podía entenderlo. Aquello no podía ser verdad. No así, no ahora. No podía ser tan *fácil*.

Era una casa luminosa, amplia, fresca y sombreada. Olía a café en grano. Por el oscuro pasillo, las llevó a un baño alicatado con un hermoso bidé y un lavabo de porcelana. Kitty cerró la puerta tras y empezó a hiperventilar.

—¿A qué viene esto? —reprimió un grito, susurró.

Mariam sonreía, y eso todavía inquietó más a Kitty, miraba la puerta todo el tiempo y sonreía. Kitty abrió el grifo.

—Es lo que querías, ¿no? Estamos aquí. Por fin estamos aquí.

—Seguro que no vive sola. Además, ¿qué pretendes hacer? Si nos mira con más atención, se acabó. Vámonos de aquí, de prisa —Kitty tartamudeaba de pánico.

—No. Todo ha sido como debía. No nos ha reconocido, ni siquiera nos ha mirado, ni siquiera *a ti*, Kitty. ¡Pero va a acordarse de nosotras, te lo prometo! —y, antes de que Kitty pudiera decir nada, Mariam salió del baño.

Lo que Kitty sentía era espanto, abrumador, paralizador, abismal. Se quedó allí como una estatua, escuchó el agua, trató de controlar su respiración.

De pronto oyó algo caer al suelo, luego hubo gritos, pero no pudo distinguir de quién. Tiró del picaporte, se asomó cautelosa al pasillo, continuaba a oscuras.

Lentamente salió del cuarto de baño, siguió los ruidos que procedían de las profundidades de la casa, llegó al final del pasillo y entró en la cocina. Pesados, oscuros armarios, una amplia mesa, un cesto de fruta con naranjas

sanguinas. Dos platos sucios junto al fregadero. En la pared, un paisaje descolorido. Luego un pequeño retrato del Generalísimo, una foto de ella y un hombre mayor que le rodeaba los hombros con el brazo.

—¿Mariam?

La voz de Kitty pareció desaparecer en algún sitio. En la casa reinaba un silencio tan inquietante como si estuviera completamente sola. De pronto sonó una risa, venía de la derecha, donde la cocina tenía una puerta. Kitty la abrió y salió al salón. En medio de la sala había un sofá de gobelino; delante, una mesa de cristal con revistas de moda. En el sofá estaba sentada ella, con su combinación, con el pecho palpitante y los ojos cristalinos muy abiertos. Se reía en la cara de Mariam, reía de manera tan grotesca que podía pensarse que encontraba mortalmente graciosa la situación. Una risa áspera, casi vulgar, que no parecía encajar con su elegancia.

Mariam estaba frente a ella, y en la mano tenía, Kitty no se dio cuenta hasta ese momento, un gran cuchillo de cocina, debía de haberlo llevado todo el rato en el bolsillo. Su mano no temblaba, lo sostenía con fuerza, como si hubiera ensayado mucho tiempo. Pero su rostro estaba desfigurado, estaba visiblemente desbordada por aquella risa. Cuando se volvió hacia Kitty, tenía los ojos turbios y cenagosos.

—Mariam... ¿Qué haces?

Kitty dio un paso vacilante hacia su amiga.

—Quiero que la mires. ¿Te acuerdas ahora? —Mariam se volvió hacia la mujer rubia. Junto al sofá había un jarrón roto, tenía que haberse caído cuando Mariam la había obligado a sentarse en el sofá—. ¡Deja de reírte, deja de reírte! —gritó Mariam de pronto; Kitty tuvo la sensación de que iba desmayarse.

—¡Mariam, por favor, no cometes ningún error...!

Kitty tendió la mano hacia su amiga.

—¿Qué? ¿No es esto lo que has deseado todos estos años? ¿No es lo que querías? ¿Eh? Aquí lo tienes. ¡Aquí, por favor, disfrútalo!

La rubia se incorporó de pronto y cogió una petaca de tabaco de la mesa de cristal, sacó un cigarrillo de color rosa y lo encendió. Se le habían caído un par de rulos, y unos mechones de pelo denso y ondulado le colgaban sobre la cara. Ni siquiera ahora, ni siquiera en esa lamentable situación, conseguía tener mal aspecto.

—Tesoros, os estáis metiendo en un lío de los gordos. De los gordos de

verdad. Por eso, te aconsejo que dejes enseguida a un lado ese estúpido cuchillo, me digas lo que tengas que decir y te largues de aquí. Aún no estoy furiosa, y eso significa que habéis tenido suerte, pero muy pronto ya no la tendréis.

—No lo entiende, ¡qué pena! Tenemos que explicárselo con más claridad, ¡ven aquí, Kitty, ven aquí!

Mariam hizo señas a Kitty de que se acercara.

Kitty puso, dubitativa, un pie tras otro, como si con el miedo hubiera olvidado cómo se caminaba. Mariam la agarró por la muñeca, la atrajo hacia sí, tiró de su falda y dejó al descubierto sus cicatrices. Kitty, rígida de terror, trató de defenderse, retrocedió, pero Mariam volvió a sujetarla por el borde de la falda y volvió a levantarla. Alla miró encogiéndose de hombros, del todo indiferente, la desnudez de Kitty.

Kitty volvió a sentir que las náuseas le subían por el pecho.

Actuaba, por supuesto que las había reconocido a ambas, no era posible otra cosa, tan solo actuaba, se le pasó por la cabeza a Kitty. Ese cuerpo arrogante expuesto a la vista, esa sonrisa de superioridad en torno a sus labios de un rojo chillón, ese rostro frío, todo era parte de una interpretación que quizá incluso la divertía, que le proporcionaba un extraño placer.

Kitty sintió que una repugnancia desconocida se apoderaba de ella. Fue como una pequeña explosión, en algún sitio entre sus cicatrices. Una aversión que se convirtió en odio. Un odio que mató todas las demás sensaciones, que incluso dispersó su miedo... De pronto, no existía más que esa sensación.

—¿Te acuerdas ahora? ¿Te vas acordando poco a poco? —gritó Mariam, pero la mujer no mostró emoción alguna. La expresión de su rostro se mantuvo inalterable.

—¡Estás confundiéndonos mucho, tesoro! —dijo en ruso, y tiró la ceniza directamente al suelo.

—¡Pero nosotras sí nos acordamos de ti! Incluso muy bien, ¿verdad? Y, si no hubieras tocado también a Kostia con tus manos de puta, quizá no estaríamos aquí.

Mariam rugía.

Ante la mención del nombre de Kostia, las finas cejas dibujadas se elevaron repentinamente. La mujer expulsó un anillo de humo. La sonrisa había desaparecido, parecía reflexionar. Al parecer, el nombre de Kostia no encajaba en su actuación.

Kitty miró a su amiga, roja, sudorosa, que comparada con su ángel de la muerte parecía tan perdida, tan débil, miró las medias bajadas en sus piernas, sus manos temblorosas, sintió el sudor en su frente, su propia impotencia, su propio ridículo, su falta de escapatoria, y supo que había cometido un error: «Y, si no hubieras tocado también a Kostia con tus manos de puta, quizá no estaríamos aquí».

Nunca debía haberle hablado de esa mujer a Mariam. A Mariam, que al parecer seguía creyendo que esa mujer que se sentaba delante de ellas y fumaba le había quitado al hombre que le había prometido la felicidad, que sabía al gran y ancho mundo. No comprendía su error. No entendía que esa mujer no era más que una medalla, una de las muchas que deseaba Kostia. Y ella misma, tal como estaba allí, con sus cicatrices al descubierto, con esa imagen surrealista de amenaza, con ese ridículo intento de obtener justicia, no se había equivocado menos. Porque había sido un funesto error creer que iba a cambiar algo, que el reconocimiento de una culpa indecible podría procurar alguna satisfacción.

Kitty leyó en los azules ojos cristalinos de aquella mujer que jamás obtendría recompensa, que no se reconocería culpable, daba igual con cuántos cuchillos se la amenazara. Creía en su vida, en el hombre al que servía, creía en el Estado al que contribuía a dar forma, y ni Mariam ni Kitty, ni las cicatrices al descubierto ni el cuchillo estaban en condiciones de cambiar nada en eso. Alguien capaz de sentir arrepentimiento, alguien que supiera lo que era la compasión, alguien capaz de poner la verdad de un ser humano por encima de la verdad de un Estado no habría ido a la escuela del pueblo, no habría hecho del aula una sala de operaciones ni de una enfermera una asesina, ni habría convertido a una muchacha en avanzado estado de gestación en una madre huérfana de su hijo.

Kitty comprendió que, daba igual cómo terminara esa tarde, siempre tendría que palpar el cuerpo de su hijo muerto bajo la tierra, siempre, todos los días. Comprendió que sus cicatrices siempre tendrían la huella del infierno cuando pasara la mano sobre ellas. Supo que siempre iba a ser la impotente, la víctima. Así era y así sería siempre, porque los días pasados en la escuela se habían grabado a fuego en ella. Ese conocimiento le causó tal aversión, le resultó tan nauseabundo, tan repugnante, que volvió el rostro hacia un lado, retrocedió y vomitó en un rincón.

—¿Qué significa esto? —se agitó la rubia, y se puso en pie de un salto.

Mariam alargó el cuchillo hacia ella, la punta quedó a un pelo de tocar la fina combinación de seda. La mujer volvió a sentarse.

—Bueno, ¿cómo es? ¿Cómo es con él? Corres detrás de él como una perra en celo, ¿eh? ¿Te divierte?

Mariam seguía persiguiendo su venganza personal.

—¿A qué viene esto? —el rostro de Alla se ensombreció—. No te conozco, no os conozco. Esto está yendo demasiado lejos. Estoy empezando a perder la paciencia, y créeme, tesoro, vas a sentir lo que vendrá después.

—¿Las cicatrices no te dicen nada, el aula no te dice nada, la jeringuilla no te dice nada, la sangre no te dice nada, el bebé muerto no te dice nada...? Mira estas manos, que han sacado la matriz a esta mujer, ¿tampoco eso te dice nada? ¡Pero el rabo de Kostia te dice algo, qué maravilla!

Kitty estaba asombrada con la elección de palabras de Mariam, con su forma de evocar los recuerdos.

—Por favor, Mariam, basta, eso no servirá de nada... Por favor. Vámonos. Me siento mal.

Kitty se limpió la boca con la manga de su jersey.

—¿Te sientes mal, Kitty, ahora? ¿Y cómo te sentías entonces, cuando ella me pidió que matara a tu hijo? ¿No te sentías mal entonces? ¿No tan mal como para querer morir? No iremos a ninguna parte hasta que esta zorra...

—Ya basta. ¡Fuera de mi casa!

Cómo se controla a pesar de todo, pensó Kitty. Qué bien domina su interpretación.

Fuera, caía la tarde. La habitación se perdía en una luz crepuscular. Los rasgos de los rostros se volvían cada vez más difusos. Los recuerdos se posaban lentamente en los hermosos párpados a medio maquillar de esa mujer, como las primeras nieves, se posaban muy blandos y casi transparentes, y a Kitty le hubiera gustado hacer una bola con su odio, le hubiera gustado coger la bola de odio y tirársela a la cara con todas sus fuerzas. El odio la alcanzaría y destrozaría su hermoso rostro, lo desfiguraría para siempre, caería como una granizada sobre sus hombros, la pondría de rodillas, tendría que abrir su pecho, quizá Mariam le echase una mano en eso, un corte limpio y fino, y esa bola pesada y sangrienta desaparecería en él, la sangre de Kitty correría por sus venas, se mezclaría en ellas con su sangre y

se transformaría en veneno, sus rubios cabellos se volverían blancos en cuestión de segundos...

—¡Kitty!

La voz de su amiga la arrancó de sus pensamientos. La mujer se había puesto en pie y se acercaba a Mariam.

—Deja ese maldito cuchillo, no sabes lo que haces ni con quién te las estás viendo, déjalo y luego desapareced de mi casa, ¡os doy una última oportunidad, y se acabó! ¡Abortos débiles, cerebros agrietados!

Seguía moviéndose lentamente hacia Mariam, que retrocedió un poco, pero continuó sujetando con fuerza el cuchillo.

A pesar de que la oscuridad aumentaba con rapidez, Kitty vio las lágrimas en el rostro de su amiga. ¿Es que siempre les tocaría perder, en esa lucha absurda?

—Kitty, haz algo. ¿Por qué no me ayudas, maldita sea?

Mariam empezó a gimotear.

—¡Estáis acabadas, completamente acabadas! ¡No hubiera debido dejaros con vida, hubiera debido liquidaros entonces, abortos ingratos, escoria! —la voz de Alla era clara y resonante.

La frase dejó petrificada a Kitty, y también Mariam aflojó durante una fracción de segundo su presa en el cuchillo. Durante un instante el tiempo pareció detenerse, el globo terráqueo quedó inmóvil, los pensamientos se atropellaron. La mujer del infierno reconocía que ese infierno había existido en realidad. Admitía haber sido la soberana de ese mismo infierno.

Pero, al mismo tiempo, esa brutal confesión hizo a Kitty sentirse más desvalida que nunca.

Ahora Alla tenía la rabia desnuda escrita en el rostro, las miraba a las dos llena de odio. Kitty dio un paso hacia Mariam, que retrocedía de espaldas a ella.

—¿Qué os habéis creído que es esto, abortos? ¿Entráis como si nada en mi casa, me amenazáis con esa cosa ridícula y esperáis de mí que rompa a llorar de emoción? ¿Sabéis siquiera lo que es el castigo? ¿Sabéis siquiera lo que significa el dolor? Parece que no lo suficiente, y parece que es hora de enseñároslo —sus ojos centelleaban enfermizos a la luz mortecina del crepúsculo. Su hermoso rostro se había convertido, por primera vez, en una mueca. Ahora estaba muy cerca de Mariam.

—No te acerques, ¡no te atrevas, quédate ahí! —gritó Mariam, y Kitty

sintió el miedo de su amiga.

Habían ido demasiado lejos, ya no iban a poder salir tan fácilmente de aquella estancia, daba igual cuántas veces tuviera que vomitar, tenían que resistir.

La rubia estaba justo delante de ellas, olían su aroma dulzón, su lápiz de labios.

Ahora era Mariam la observadora, como si hubieran intercambiado los papeles. Mariam dio un paso hacia un costado y encendió una lamparilla, y en ese instante el pecho de Kitty se ensanchó, y de él salió un grito. Vino del centro de su cuerpo, y ella se dejó arrastrar por él, siguió al ruido y se lanzó sobre la rubia. Ella pareció sorprendida, al principio no se defendió, cayó... y de pronto se vio sangre, había caído entre las esquirlas del jarrón y se había cortado, gimió, pero incluso en su dolor mantuvo la contención.

Kitty respiraba con esfuerzo. Alla se incorporó y contempló sus rodillas cortadas, sus muñecas, sus codos.

Durante un momento, reinó el silencio. Luego, se levantó y se lanzó hacia el cuello de Kitty, apretó con sus manos cuidadas, blancas, pero manchadas de sangre.

—Pedazos de mierda, estáis acabadas, estáis...

Kitty se aferró a sus manos y trató de apartarlas de su cuello, no le llegaba el aire.

Mariam se lanzó entre ellas y al hacerlo derribó la lámpara, todo volvió a quedar en sombras. Tiró de los rubios cabellos de Alla, la apartó del cuerpo de Kitty, que retrocedió tosiendo.

—No hubiera debido apiadarme. La gente como vosotras tiene que ser exterminada, no aprendéis nada, sois indignas de nuestra sociedad —chilló la rubia, agarrándose las rodillas, que ahora sangraban con fuerza—. Necesito una venda, tengo..., tengo que ir al baño —añadió, ya casi suplicante.

—Tú no vas a ningún sitio. También ella sangró muchísimo entonces.

El cuchillo destacaba en su mano.

—¿Qué queréis de mí, qué queréis, malditas bastardas? —por primera vez, en su voz sonaba algo parecido a la desesperación.

—Sigue sin entender; ¿tú qué opinas, Kitty, se lo explicamos? ¿Le hacemos ese favor? No vamos a ocultarle la sorpresa, ¿no? —al parecer, Mariam volvía a sentirse segura, volvía a ser dueña de la situación—. Ella es su hermana, es la hermana de Kostia, ¿lo has entendido ahora? A la que

hiciste arrancar su hijo y su matriz. ¡La hermana del hombre tras el que ahora corres como una perra en celo, para el que te pones esos rulos, el que quieres que te folle!

—¡Basta, basta, basta, por favor, por favor, basta! —imploró Kitty, tapándose los oídos. El rostro de la rubia se iba convirtiendo en una mueca; en la oscuridad, resultaba difícil distinguir si era de asco o de miedo.

En el mismo instante en que Alla empezaba a entender lentamente cómo encajaban las piezas de aquel terrible espectáculo, Stasia se sentaba en una vieja mecedora, abandonada en un rincón, en el jardín de su hermana, y encendía un cigarrillo sin filtro. Pero lo que vio delante de ella le hizo abrir la boca pasmada de asombro, de tal modo que el cigarrillo se le cayó y ella se apretó con todas sus fuerzas contra el respaldo hasta cayó de espaldas.

Porque, a la mesita de madera en la que tanto les gustaba sentarse a Christine y Kostia, en la que había tomado tantas veces licor de cerezas con su hermana cuando terminaba el día, se sentaban ahora Thekla y Sopio, y jugaban a las cartas. Thekla, envuelta en una mañanita rosa adornada con una boa de plumas, y Sopio de esmoquin. Estaban allí sentadas, absolutamente reales, absolutamente *vivas*, ¡y jugaban a las cartas! Stasia parpadeó un par de veces, con la esperanza de estar soñando despierta como una idiota, pero ninguna de las dos desapareció, siguieron sentadas a la mesa y siguieron jugando con toda tranquilidad y muy concentradas. A Stasia se le cerró la garganta.

Alla había perdido el control. Ahora su miedo era claramente visible. Con un movimiento de la mano, agarró la manga de Mariam y le pegó en la cara. La estancia estaba tan oscura como la boca de un lobo, Kitty escuchó ruidos, un mueble que caía, gritos. No podía distinguir con claridad quién pegaba a quién, pero ahora la rubia tenía sujeta a Mariam. Kitty se lanzó sobre ella, abrazó su cuerpo, lo apretó contra la mesa de cristal. Cerró el puño y le golpeó en la espalda con todas sus fuerzas.

Kitty vio que el cuchillo resbalaba de las manos de Mariam, vio brillar la hoja y lo oyó caer al suelo.

Alla se volvió con la rapidez del rayo, soltó a Mariam, los rulos volaron

por los aires y el rubio esplendor de su cabello golpeó en el rostro a Kitty, y luego sintió sus largas uñas en la cara, sintió cómo surcaba con sus garras su rostro, el olor dulzón de su piel entró en la nariz de Kitty y le hizo sentir vértigo. La rubia volvió el torso hacia ella y le golpeó con el puño en la boca del estómago. Justo allá donde entonces su hijo había luchado contra su miedo, como si ya supiera que nacer siempre significa al mismo tiempo tener que morir.

Kitty sintió que le faltaba el aire, se agarró al respaldo del sofá para no caer. De nuevo le propinó un fuerte golpe, ahora un poco más arriba, en el diafragma, esta vez la había alcanzado con la pierna. Kitty jadeó.

Mariam saltó sobre ella desde atrás y se la agarró y por un momento la escena pareció un juego infantil desbocado en el que una niña da vueltas a otra por la sala, un improvisado carrusel. Y por fin la niña cayó de rodillas, porque la otra le ponía un cuchillo en el cuello. Y la tercera niña vio cómo la afilada hoja se apretaba cada vez más contra la delicada garganta. Pero entonces, Alla giró la cabeza con fuerza, alargó el brazo como una acróbata, resultó muy antinatural la flexión del brazo, y metió los dedos índice y medio en los ojos de Mariam, y la sangre salpicó, como una lluvia de verano, olía a hierro, salpicó tibia y densa el rostro de Kitty, su cuello, su pecho.

Y entonces Alla cayó de espaldas entre estertores, como a cámara lenta, y el cuchillo ensangrentado se escapó de la mano de Mariam y golpeó el suelo con un sonoro clac metálico. Le siguió un grito de horror, sin que Kitty supiera exactamente si provenía de Mariam o del ángel de la muerte. Luego, reinó el silencio. Nada se movía. Kitty notó el sabor metálico en la lengua, volvió a reprimir una arcada. Y, de pronto, oyó a Mariam decir en voz baja...

—*Arteria carotis communis...* Lo aprendimos en clase hace poco.

Pero la voz de Mariam parecía venir de un lejano planeta.

*Al final, soy un animal preso en la red.
A lo lejos hay gente, libertad, luz.
Detrás de mí el ruido del acoso,
y no puedo salir.*

BORÍS PASTERNAK

El momento de la muerte de Alla fue establecido más tarde en las horas comprendidas entre las diez de la noche y la medianoche del 2 de noviembre de 1947. Se determinó como causa de la muerte la disección de la carótida, la *Arteria carotis communis*. Pero en el certificado de defunción no se indicaba que su muerte había tenido lugar a manos de una doncella educada en la fe ortodoxa. Una que pronto iba a casarse con un oficial de marina, terminar sus estudios de Medicina y trabajar en una policlínica o, si todo iba bien, en un hospital de una ciudad; que quería tener niños, educarlos, amarlos, malcriarlos y brindar con su esposo con champán de Crimea.

Desde el principio, Mariam se había negado a salir de la casa, a lavarse la sangre de las manos, se había negado a huir en el acto, se había negado a tomar en consideración la posibilidad de que quizá había sido un accidente, como mucho defensa propia, y que quizá no habría empleado el cuchillo si Alla no le hubiera clavado los dedos en los ojos. Kitty, manchada de sangre, medio desvanecida, fue al dormitorio de la muerta, buscó ropa limpia, metió sus cosas en el bolso y salió de la casa.

—Irás a ver a Kostia, le dirás lo que ha ocurrido, le contarás todo lo que tiene que saber, tu historia y la mía; yo me quedo aquí. Luego, que vaya a buscar a la milicia. Yo me quedaré aquí y esperaré —le había dicho Mariam.

Kostia no miraba a su hermana, repetía como en bucle las mismas preguntas. Al amanecer, con los primeros rayos del sol, todavía adormilado, sentado en su cama. Una y otra vez, como un poema sin rima, aprendido de memoria, Kitty repetía las palabras: la casa en la montaña sagrada. La mujer, Mariam. La aldaba en forma de cabeza de león. Los gritos. La lucha. El cuchillo. Mariam. Sangre.

—Tienes que informar a la milicia, Kostia. Mariam sigue allí. Daré testimonio, diré todo lo que quieran saber. Ahora solamente quiero dormir.

Kitty ya no se tenía en pie, resbaló al suelo, su cabeza chocó con el borde de la cama y se le rasgó la piel de la frente. No se movió, dejó la cabeza colgando, se agarraba al colchón con una mano.

—Voy a hacer todo lo necesario para que te arrepientas de estar viva — dijo él de pronto, y obligó a su hermana a ponerse de pie. Volvió a desplomarse, pero él la sostuvo y la miró a la cara—. ¡Ahora vas a hacer lo que te diga! Con toda exactitud. ¿Me has entendido?

Kostia empezó a dar puñetazos en las paredes, a caminar de un lado para otro por la estancia, hablando solo, buscando una salida. Estaba desesperado, tenía miedo. Kitty, con el rostro enterrado en la manta, empezó a hablar: sin sentir nada, con los miembros como de goma y los ojos ciegos, habló de un bebé en su vientre, de un aula de paredes desnudas, habló de interminables interrogatorios, de sus miedos, de las frías palabras y dulces miradas de una hermosa mujer rubia, habló de las correas y de la tortura, de Mariam y sus suaves manos, de la jeringuilla y el nacimiento muerto, de su matriz, que Mariam le había quitado, de los días medio muerta en el granero, el zumbido de las moscas, de cómo palpó el pequeño cadáver infantil bajo la tierra. Todo eso le contó, y sin embargo eran solo palabras, que parecían tan espantosas que uno no se atrevía a imaginar nada debajo de ellas.

Kostia estaba rígido, con los ojos muy abiertos, apoyado en la pared, se notaba que no podía ni quería tratar con aquello, que no sabía cómo iba a vivir desde ese momento. Y si Kitty no se lo hubiera contado, seguramente no habría tomado la decisión que tomó entonces, y, como tan a menudo en nuestra historia, Brilka, todo hubiera sido totalmente distinto, y tú no habrías tomado el tren de Viena (¡sí, sí, todo conduce de vuelta a ese día y a tu marcha, Brilka!).

—No estaba allí. No estaba allí. Mariam misma lo ha dicho, su testimonio lo confirmará.

—Pero...

—Vais a dejarme hacer. Nadie va a citaros. No permitiré que os hagan más daño aún, no permitiré que nos veamos arrastrados a esta desgracia solo porque ella haya querido a ese traidor, voy a matarlo.

—Pero ¿qué culpa tiene Andro de esto?

—¿Que qué culpa tiene, *deda*? Cerrad la boca. Estad tranquilas. Las dos. No quiero oír una palabra más.

—Pero ella no para de decir que va a testificar. Cuando le llevé el té esta mañana...

—Me da igual lo que quiera. Se callará, y vosotras os ocuparéis de ello. Se acabó. Mariam lo llevó consigo, y era el cuchillo de la cantina de su facultad.

—Pero Kostia... Hay pruebas de que Kitty estuvo en la casa, hay pruebas de que Mariam no estuvo sola en el... lugar del crimen.

—No las habrá, ya no las hay. No permitiré que todos vayamos a la ruina por ella. No hay pruebas. Punto. Se acabó.

Kitty no entendía el sentido de las cosas que Kostia imbuía a su madre y a su tía, a gritos, irritado, a veces incluso entre amenazas. Hablaban de ella, pero ella no podía establecer la relación, no se sentía como ella misma, no tenía la sensación de que todas esas cosas tuvieran algo que ver con ella. Solo a veces, cuando Christine o Stasia entraban en su cuarto y le llevaban algo de comer, trataba de preguntar cuándo iban a llevársela para interrogarla. Pero no recibía ninguna respuesta. Le decían que debía tranquilizarse, que tenía que dormir, que no debía hacer más preguntas.

Kitty estaba segura de que le esperaba un castigo, pronto, muy pronto. Quizá Kostia había logrado aplazarlo para su hermana, pero Kitty no dudaba de que vendría. Llamarían a su puerta, daba igual lo que Mariam dijera y afirmara, y confiaba en eso, lo esperaba. Oía cómo Kostia salía y volvía a la casa varias veces al día, cómo Stasia y Christine salían a su encuentro y hablaban con él en susurros. Pero nadie más vino. Ningún desconocido, nadie de la milicia. Todas las mañanas Kitty pensaba: ahora, es el momento, hoy, seguro, y todas las veces se equivocaba.

—He estado hoy con ella. Me han dejado verla. La tratan bien. Pero tendrán que trasladarla, no pueden tenerla eternamente en la ciudad esperando la sentencia, podría alargarse. Me ha dicho que está de acuerdo. Dice que es justo lo que quiere. Y nos atendremos a ese relato, si se produce una citación.

Kitty oyó a su hermano en la cocina. Por primera vez desde su confesión ante él a primera hora de la mañana, se levantó, puso los pies en el suelo y salió tambaleándose de la habitación. Bajó por la escalera. El pasillo parecía interminable, pero logró llegar a la cocina, donde toda la familia estaba reunida en torno a la mesa. Todos volvieron la mirada hacia ella al mismo tiempo, sobresaltados, como si hubieran visto a un fantasma.

—¡Vuelve arriba! —ordenó Kostia.

—¿Necesitas algo? —preguntó Christine. Stasia callaba, tenía los ojos hinchados.

—No tienes derecho a hacer eso. Yo estaba allí. Soy igual de culpable. Sé lo que le estás pidiendo a Mariam, y es inhumano. Yo también quiero que me pidan cuentas. Y deja de llamar todo el tiempo a Moscú, deja de protegerme. Tienen pruebas de que estaba allí. Todos saben que Mariam no pudo hacerlo sola.

Kitty había hablado en voz baja, pero con determinación, haciendo acopio de todas sus fuerzas.

—Te he dicho que te limites a cerrar el pico y dejarme hacer a mí. No quiero volver a oír esos necios argumentos. No se trata de tu futuro, se trata de toda la familia. Tú nos has metido a todos en esta catástrofe. Ahora, tienes que vivir con las consecuencias.

Kostia la miraba con desprecio.

—Pero son unas consecuencias erróneas. De eso estoy hablando. Las quiero, no quiero otra cosa.

—Bueno, uno no siempre obtiene lo que esperaba, ¿verdad?

—Deja de ser un monstruo. Ten compasión. Iba a ser tu mujer. ¿Cómo puedes entregarla con tan poca conciencia? Todo esto es mentira. ¿Qué sacas de que yo escape impune? ¿Y por qué vosotras no decís nada, por qué os quedáis ahí mudas y no decís lo que pensáis?

Kitty trató de mirar a los ojos a su madre y su tía, pero ellas evitaron su mirada.

—Kitty, vuelve arriba. Se me ha acabado la paciencia. Hago lo que puedo. Intento salvar los restos del honor de nuestra familia.

—¿Y para eso envías a la cárcel a la mujer que te ama?

—Las mujeres que me aman no son *asesinas*. No he forzado a Mariam. Desde el principio ha dicho que había cometido sola el delito, y por qué.

—Lo dice porque cree que con eso te hace un favor. Lo hace por amor a ti, monstruo...

La voz le falló a Kitty, y se apoyó en la pared de la cocina, apretando el rostro contra los fríos azulejos.

—Ella la mató. Es lo que cuenta. Y tú se lo dijiste. Tú la enviaste allí. ¡Ahora tienes que vivir con eso, hermana, te guste o no!

—Kostia, por favor.

Christine trató de pasarle el brazo por los hombros, pero él retrocedió.

—¡Déjame, déjame a mí vivir con eso! Quiero ir allí. Madre, di algo, no es justo, no podemos hacer eso. No puedo estar aquí sentada mientras Mariam... Madre, por favor.

Sollozó. Su cuerpo entero temblaba. Arañó los azulejos.

—¡Tú nos has arrastrado a todo esto, y créeme, es suficiente castigo tener que vivir con eso! —rugió Kostia, dando una palmada sobre la mesa.

—Que te detuvieran no cambiaría nada. Ya no cambiaría nada. Solamente sería peor, para todos nosotros —murmuró Stasia.

—¡No tienes ni idea! No sabes cómo fue y cómo es. ¡Tenías que irte a salvar a tu maravilloso hijo! —Kitty gritó, y se secó las lágrimas del rostro—. ¿Cómo puedes condenarme a vivir con eso? —preguntó a su hermano, antes de salir de la cocina.

—Entonces hazlo, ve al puesto más cercano de la milicia y haz tu confesión. ¡Confiesa lo que has hecho! ¡Confiesa cuántas vidas humanas has destruido! ¡Confiesa, vamos! —le gritó él mientras se iba, y salió también.

Christine apoyó la cabeza en la mesa y resopló. Stasia estaba en medio de la estancia, con las palmas de las manos hacia el techo, como si esperase que se abriera y apareciera un ángel; un ángel de la venganza o un redentor.

—Le han ofrecido algún puesto importante, Stasia. He visto las cartas encima de la cómoda de su cuarto. Todas llevan el sello del MVD. La última vez que recibió una carta dio saltos de alegría, por eso parte de la base de que él...

Christine hablaba sin levantar la cabeza del borde de la mesa.

—¿De que él qué?

—Piensa.

—¿Adónde quieres ir a parar? No entiendo...

Stasia salió de su estupor y se sentó a la mesa con su hermana.

—¿Qué organización tendría poder para dejar impunemente libre a una culpable, alguien que hubiera participado en el asesinato de una colaboradora de la NKVD?

Christine alzó la cabeza con lentitud y miró a su hermana directamente a los ojos. Las cejas de Stasia se fruncieron, como si una tormenta fuera a estallar encima de su rostro.

—Eso no puede ser. Kostia está en la marina. Es un hombre de la flota, ama el mar. Él no va a...

—Se puede trabajar para *ellos* en distintas funciones.

—Eso no puede ser, no, eso no puede ser.

—De no ser así, hace mucho que Kitty estaría donde está Mariam. Visto así, quizá sea una suerte dentro de la desgracia.

—¿Una suerte dentro de la desgracia?

A Stasia le hubiera gustado darle una bofetada a su hermana.

—Sí. Eso es justo lo que digo. ¿Qué prefieres, que tu hija se pase la vida en prisión o la envíen a un campo de trabajo en algún lugar al fin del mundo, o que tu hijo trabaje para la NKVD?

Exactamente tres semanas antes de la muerte de Alla, y gracias a la activa intercesión de Guiorgui Alania, Kostia Dzhashi había ingresado en el todopoderoso Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, la NKVD. La muerte de Alla y el escándalo que conllevó, que entró en la historia judicial y de los salones de Tiflis como un «espantoso drama de celos», dominó los ánimos durante meses y dio mucho material en la ciudad para conversación y especulaciones. Todos los expedientes que hubieran podido atestiguar la participación de Kitty Dzhashi fueron destruidos durante los primeros días de las investigaciones. Se cuchicheó y cotilleó en abundancia, pero su nombre no se relacionó públicamente con el proceso.

¿De veras habría cambiado algo si Kitty hubiera prestado testimonio y confesado su participación en el crimen? ¿A quién habría podido salvar con eso? ¿A quién iban a creer? ¿A ella, o a los poderosos amigos de su hermano? En última instancia, se le hizo creer que su verdad podía ser de hecho una verdad distinta de la de Mariam. Se le hizo creer que no había empleado el cuchillo, no había salido de la casa, no habría tenido la fuerza necesaria... Se le hizo creer que no era una asesina.

A finales de noviembre, Mariam fue deportada a Sverdlovsk, a un campo de mujeres.

Convocaron a Kostia a Baltisk, junto a Kaliningrado, donde pocos años después iba a estar el puerto principal de la flota soviética del Báltico, responsable del transporte de mercancías, principalmente de uso militar. Allí tenían su base la mayoría de los buques de guerra de la Unión Soviética, como también la mayoría de los cargueros destinados a la exportación.

Kostia, ascendido a capitán, debía tutelar y apoyar la ampliación de la red de submarinos del mar del Norte. Se trataba de crear una flota de submarinos de propulsión nuclear.

Dado que la costa del Báltico se hallaba principalmente bajo el control de la recién formada UEO, y por tanto la Unión Soviética tenía cerrado el paso al Atlántico, se concentraron en el mar del Norte.

Al tomar posesión de su cargo, Kostia Dzhashi firmó con el corazón palpitante el documento que le comprometía a mantener en secreto su ámbito de actividad y todos los resultados de la investigación relacionados con él. Cuando fue a casa en Año Nuevo parecía cambiado, feliz, relajado, inclinado a las bromas. Volvía a pasar mucho tiempo en casa, dejaba que cocinaran para él y conversaba mucho con Christine. El cuerpo de acero, el pecho adelantado, los hombros rectos, el paso erguido, todo en él revelaba una profunda satisfacción, aparejada a su resucitado orgullo y conciencia de sí mismo.

Tanto más miserable y oprimida parecía Kitty al lado de su hermano. En las comisuras de sus labios surgían profundas arrugas cuando reía, como si reír le costase mucho esfuerzo. Había vuelto a sus estudios, pero tenía la mirada apagada y había dejado la guitarra en un rincón. Su voz era tenue e insegura. Su paso antaño ágil, sus movimientos carentes de esfuerzo, habían dado paso a una pesadez imprecisa, una lentitud que no acababa de encajar con su edad.

Los hermanos apenas hablaban. Durante el desayuno y durante la cena se comían lo que hubiera en su plato, no conversaban, no se miraban, ni siquiera se pedían que el otro les alcanzara algo. Parecían haber prestado un juramento al que mantenían una lealtad ciega.

Solamente la noche antes de su partida, Kostia se dirigió a su hermana y le pidió que fuera a su habitación después de la cena. Cuando llegó a su dormitorio, se lo encontró planchando su uniforme, que no confiaba ni a Stasia ni a Christine. Acarició nerviosa los visillos, como si hablar le resultara imposible y esa actividad fuera la única razón de su estancia allí.

—Me han hecho llegar que es peligroso que sigas en Georgia —empezó Kostia, mientras pasaba, concentrado, la plancha por sus pantalones.

—¿Cómo debo entender eso?

—Sabes, la gente no permanece en sus puestos para siempre. Unos se van, vienen otros nuevos, y en cualquier momento podría ocurrir que un joven y

empresario sacara de pronto el expediente de Mariam y, para dar un empujón a su carrera..., bueno, llegara a una conclusión completamente distinta. Y el proceso podría reabrirse en cualquier instante.

—¿Qué quieres decirme?

—Que no puedo cubrirte eternamente. Que me pongo en peligro a mí mismo si sigo haciéndolo, y no solo a mí. Ahora ocupo un puesto de gran responsabilidad.

—Sí, todas nos hemos enterado. ¡Enhorabuena!

—Ahórrame tu sarcasmo. Trato de ayudarte.

—Gracias, ya me has ayudado.

—Al menos antes no eras desagradecida.

—Bueno, los tiempos cambian, y la gente también. He escrito varias veces a Mariam, pero no he recibido ni una sola respuesta. Parece que han dispuesto una prohibición de correspondencia.

—No te he llamado para hablar de Mariam. Estamos hablando de ti y de tu futuro, Kitty.

—¿Todavía tengo uno? No lo sabía.

—Esto es serio, maldita sea.

Por primera vez, levantó la vista de sus pantalones y volvió la cabeza hacia Kitty.

—Te miro y ya no sé a quién estoy viendo. No te conozco. No sé quién eres —dijo Kitty sumida en sus pensamientos, como si no hubiera oído su llamada al orden.

—No cambies de tema. Es importante que encontremos una solución juntos.

—¿Juntos? ¿Desde cuándo hacemos algo juntos?

—Eres imposible, como siempre.

—¿Sí? ¿Y qué debo hacer, en tu opinión? ¿Largarme? ¿Esconderme? ¿En el bosque?

—Bueno, eso es lo que pasa cuando uno se mezcla con desertores y traidores.

—Te desprecio.

—Bien, tendré que vivir con eso. Escucha, voy a ayudarte una vez más, una última vez, y luego quiero que salgas de mi vida.

—Lo haré con mucho gusto, incluso sin tu ayuda, Kostia.

Él dejó con cuidado la plancha a un lado, alisó las perneras del pantalón y

dio un paso hacia su hermana. Bajó la voz:

—Hasta donde recuerdo, tenías una oferta para un recital. Sin duda, volverán a hacértela, y la aceptarás. Más tarde, habrá una invitación para una gira, quizá por toda la Unión Soviética, tal vez incluso a uno de los Estados hermanos. Digamos Europa del Este. Digamos Praga. Te quedarás allí. Te darán los papeles. Se ocuparán de ti. Allí recibirás nuevas instrucciones, y en cuanto sea posible dejarás Praga hacia el oeste. Aún no conozco el destino exacto. No mantendrás ningún contacto con nosotros. Yo te localizaré si es necesario. Pero un amigo mío se ocupará de ti.

Kitty se deslizó del alféizar de la ventana y fue hacia su hermano. Olió el áspero olor de su colonia, lo respiró, tendió la mano para tocar su rostro.

—¿Qué estás diciendo? —susurró.

—No hay otro camino. Créeme.

—¿Y qué pasa si digo que no?

—No querrás poner en peligro a tu amigo Andro, ¿verdad?

—¿Qué tiene que ver él con esto? ¿Cómo que Andro?

—Ha sido indultado, pero sigue siendo un traidor a la patria.

—¡Kostia...!

—No tienes elección. Querías tu castigo, aquí lo tienes.

Durante un momento, guardaron silencio. Titubeante, ella le puso la mano en la mejilla. Quería sentirla, quería saber cómo era tocarla. A él le resultó visiblemente incómodo, pero no se movió, no se resistió a su contacto.

—Pero, Kostia, ¿adónde voy a ir? ¿Qué voy a hacer allí? —preguntó con profunda desesperación en la voz.

—¿No soñabais entonces continuamente con el oeste, con Viena y con París?

—Pero ya no hay «nosotros».

—Pero estás tú.

—No te creo, no creo que lo digas en serio.

Retiró la mano, asustada, como si en su rostro hubiera tocado lo más íntimo de él.

—Tú llevaste a mi prometida a cometer un crimen, tú. No yo, Kitty.

—La prometida a la que tú engañaste con una infanticida.

—La infidelidad quizá sea un delito menor que un crimen, ¿no crees?

Kitty le miró y le miró, con la esperanza de encontrar algo familiar en él, le miró hasta que ya no vio nada.

La pena de muerte fue abolida en la Unión Soviética en el año 1947. En 1950 volvió a implantarse, como si los poderosos se hubieran asustado de su propia y apresurada decisión y la anularan con rapidez. Mariam fue una de las primeras víctimas de la reimplantada ley. Como era habitual en los fusilamientos de traidores, desertores y criminales graves, la familia recibió la factura del cartucho que se había necesitado para darle un tiro en la nuca.

La ilusión quedó destruida, y el pueblo descompuesto en átomos.

ANDRÉI SÁJAROV

Andro Eristavi trabajaba en la siderúrgica de Rustavi, la ciudad industrial cercana. Dado que no tenía derecho a empadronarse, cambiaba mes tras mes a distintos barracones y habitaciones, y finalmente volvió a ir a parar a casa de Christine. Aunque se había propuesto no regresar allí, no le quedaba otro remedio.

Salía de la casa por la mañana temprano y estaba de vuelta entrada la tarde. Y, cuando los domingos se quedaba el día entero en su cuarto del desván, no llamaba la atención de nadie. Su presencia no causaba ni olor ni ruido. Comía poco, pero daba cortésmente las gracias por cada plato que le ponían en la mesa, como un niño bien educado. Tan solo bebía en grandes cantidades los licores de Christine y los aguardientes de elaboración casera que compraba a sus compañeros de la fábrica. Jamás participaba en una conversación de familia, y si estaba con Christine o Stasia en el jardín, tallaba figuritas de madera; pero ya no eran ángeles, sino extrañas criaturas con cabezas y vientres desproporcionadamente grandes, que ya nadie quería poner en la repisa de la chimenea o en una estantería.

Al principio, Kitty se había pronunciado con vehemencia en contra de su presencia en la casa, y al final había tenido que ceder, bajando las comisuras de los labios, cuando le había quedado claro que él no tenía otra posibilidad

que la de ocupar la habitación del desván de Christine. Su silenciosa pasividad era una provocación para ella, la incitaba a hacer punzantes y cínicas observaciones. Algo se contraía en su interior y le causaba tormentos casi físicos cuando observaba a escondidas a ese hombre similar a una sombra.

Una tarde, lo descubrió sentado a solas en el jardín. Christine y Stasia habían salido, y en realidad él no debería haber vuelto aún de la fábrica. Y sin embargo, estaba allí, con una botella de aguardiente en la mesa, y se estaba poniendo una venda en torno a la muñeca. Tenía algodón ensangrentado encima de las rodillas, al parecer se había herido mientras tallaba.

—Hola, Andro —dijo ella, y se sentó frente a él—. ¿Quieres que te ayude?

—No lo sé... Sí, quizá.

Trajo de la casa algodón fresco y un poco de gasa, humedeció el algodón con aguardiente y lo aplicó con cuidado a su herida. Su rostro siguió inmóvil; si dolía, no lo dejó traslucir.

—¿Qué ha pasado?

—Me he cortado.

—¿Cómo?

—A veces me tiemblan las manos.

—Enseguida se curará, voy a apretar la venda un poco más. ¿Cómo es que ya estás en casa?

—Hoy me han comunicado que no puedo seguir trabajando allí. Ha llegado una notificación del comisariado. Me envían a las montañas. A algún koljós.

—No es posible. Esos bastardos.

—Me da igual. No puede ser peor. Al menos allí arriba tendré cuatro paredes propias. Y las montañas...

—Nunca fuiste un gran amigo de la naturaleza.

—¿Tomas algo conmigo?

—Sí, por qué no. Voy a por una copa.

—No, quédate sentada. Yo la traeré.

No tardó en volver, y le sirvió un poco del líquido claro. A Kitty le horrorizaba el sabor amargo del aguardiente, pero no quería decepcionarlo rechazando una de sus raras ofertas. Percibía su olor, el olor del cansancio y la embriaguez, mezclado con el olor incisivo de la sangre; ese olor no tenía nada en común con el aroma que había respirado en su piel durante la noche

en el jardín botánico, y que había recordado durante todos los años de la guerra.

—No estás bien —constató él, y alzó su copa.

—Nunca me has preguntado.

—¿De qué iba a servir? No puedo cambiar nada. Soy como un inválido. No puedo hacer nada, no se me permite nada. Tal como me miran a veces en la fábrica, a sus ojos no soy más que escoria.

—Ya vuelves a compadecerte de ti mismo.

—Y qué si lo hago... ¿Es que no tengo derecho a hacerlo? ¡Salud!

—Oh, Andro...

—Deja ya esas interjecciones cargadas de significado. ¿Tiene algo que ver con Mariam?

—No puedo decírtelo. Te... Olvídalo.

Apuró de un trago la amarga bebida. Le ardía la garganta, pero no dejó que se le notara.

—Ojalá te hubieras quedado conmigo —dijo ella, y le tendió la copa para que se la rellenara.

Dos palomas se posaron en la higuera. Quería tocar a Andro, aturdir su dolor con la proximidad de él, pero no lo logró, no se movió. Otra vez volvían a sentarse así, uno al lado del otro, expuestos en silencio a la propia impotencia, como entonces, después de su regreso a la casa a medio terminar en la ciudad nueva.

—¿Sabes por qué represento una amenaza a sus ojos? —empezó Andro—. ¿Por qué nos destierran, nos prohíben el contacto con otras personas, quieren librarse de nosotros? ¡Porque hemos comprendido, porque lo hemos visto todo con nuestros propios ojos! Nosotros, los que hemos sobrevivido, hemos vuelto, y *ellos* son conscientes de que ya no podríamos vivir en la mentira, y no saben qué hacer con nosotros. Quieren que lo olvidemos todo, que ya no nos acordemos de todas las cosas que hemos visto, pero saben que no será posible. Todo aquello de lo que nos han privado, todos estos años, y nos van a seguir privando. Cosas hermosas. Nosotros, los que hemos cruzado las fronteras, hemos comprendido de qué agujero de mierda venimos, cómo nos han mentido y cómo han abusado de nosotros. Ahora muchos de esos hombres han regresado a este vacío, a esta oscuridad, y tienen que volver a entonar himnos de alabanza a nuestro Estado. ¿Y cómo se soporta eso? ¿Cómo se vive con eso? Y lo peor no es que esta maldita guerra nos haya

convertido en inválidos, nos haya arrebatado a nuestros amigos, haya destruido nuestra vida, sino que esta guerra, encima, ha legitimado todo esto. Ahora dicen: mirad, nuestro gran caudillo nos ha conducido a la victoria, lo hemos conseguido, hemos vencido a los fascistas, hemos sobrevivido. Todo el camino que nos ha llevado hasta aquí era correcto. Dicen que era necesario, el sacrificio que tuvimos que hacer era necesario, sí. Y es tan espantosamente necio, tan injusto.

Por primera vez, Andro habló de la guerra, de las imágenes que lo apresaban. Habló de su época en Crimea, de sus esperanzas, de la Legión Georgiana, habló de las cartas que le escribía y después destruía, habló de Texel.

Kitty le escuchaba cautivada, era demasiado tarde para llorar, ya no había nada de lo que reír. Escuchaba con respeto, agradecida de que él la dejara participar de sus recuerdos, y luchaba consigo misma, reprimía el deseo de abrir su propio almacén de recuerdos y liberar sus pesadillas.

—¿Qué hiciste exactamente? —le preguntó él de pronto, y la miró a los ojos. Por lo general, él no soportaba los ojos de ella, su demandante mirada, pero esta vez la miró.

—He intentado compensar algo.

—¿Es algo con lo que vas a poder vivir, Kitty?

—Creo que su muerte es menos terrible que la muerte que ella me causó a mí, quizá pueda contártelo alguna vez. Quizá. Pero no ahora. Ahora aún no.

La noche siguiente, Kitty se deslizó en la habitación de Andro y se tendió a su lado. Él salió del sueño, sobresaltado, y trató de incorporarse, pero ella se aferró a su cuerpo con todas sus fuerzas, lo apretó contra ella, lo sujetó, esperó a que sus músculos se relajaran, hasta que el miedo desapareció de la piel de él, hasta que ya no tuvo fuerzas para rechazarla. Entonces, apoyó la cabeza en su pecho, recorrió su cuerpo con las manos, palpó las asperezas desconocidas, las cicatrices, lo que había de extraño en él.

Se le notaba tan duro, tan impenetrable, pero esta vez ella no iba a abandonar tan pronto. Quería volver a encontrar lo familiar dentro de lo ajeno. Quería seguir las huellas de Andro, de su amado, del padre de su hijo. Porque aún tenía que existir; esa tarde, en el jardín, escuchando sus sinceras palabras, había creído en eso, había reconocido en esos ojos turbios y obtusos el claro azul de otros tiempos. Acarició con cuidado su piel, le dio con cautela un beso en los labios. Dubitativa, pasó la mano por su cráneo pelado, fue lo

que más le costó, porque estaba llena de nostalgia de sus rizos, del que había sido antaño.

El cuerpo de Andro se mantuvo tenso, pero no la rechazó, no la miró con desprecio, no se rio de sus esperanzas, la dejó buscar el ayer. Una vez que ella hubo acariciado su cuerpo, él puso inseguro la mano sobre su vientre. Sus dedos recorrieron sus cicatrices. Era la segunda persona, después de Mariam, que las tocaba.

—Una operación de apendicitis —dijo ella de pasada, y le besó.

Le regaló con su cuerpo el olvido, y a sí misma el recuerdo. Pero no llegarían a ninguna parte. Tan solo iban a sentirse, pero jamás superarían los límites, no iban a encontrar alivio, lo sabían. Y no lo esperaban el uno del otro. Era suficiente para poder entregarse a una ilusión que duró una noche.

—Quizá tenga que irme pronto —murmuró Kitty en la oscuridad.

—¿Adónde? ¿Qué quieres decir con irte?

—Quizá tenga que hacerlo.

—No lo entiendo.

—Kostia lo quiere así.

—Cuéntamelo. Cuéntamelo todo.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque tu corazón está agujereado, y tus manos tiemblan.

Dos semanas después, Andro Eristavi abandonó Tiflis. Se le envió a Racha, a un pueblo en la montaña, en el que fue asignado al koljós local.

Kitty Dzhashi terminó sus estudios y, como había predicho su hermano, viajó por distintas ciudades caucásicas, se presentó en clubes juveniles y casas de cultura con canciones que ella misma había compuesto. La idea de tener que abandonar su patria alguna vez seguía pareciéndole irreal. Se consolaba creyendo que solo se había tratado de una amenaza vana de Kostia, esperaba haber eludido la anunciada expulsión, confiaba en que hubieran encontrado otra forma de seguir manteniendo su expediente bajo siete llaves. Pronto tendría un contrato fijo en uno de los teatros de provincias, y representaría todas las Desdémona, Julia y Masha que de él se derivasen, hasta haber desaparecido por completo detrás de todos esos personajes.

Pero las cosas fueron de otro modo. En la primavera del año 1950, recibió

un telegrama de Kostia en el que le informaba de la muerte de Mariam. Aquella noticia sumió a Kitty en tal histeria que Stasia tuvo que abofetearla varias veces para poner fin a su griterío ininterrumpido y ensordecedor. Kitty repetía una y otra vez la misma pregunta: ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible?...

Después de eso, Kitty supo que no iba a poder quedarse.

Ese mismo día —al menos me imagino que fue el mismo día en el que había enviado su telegrama a Kitty— su hermano abrió una carta de Guiorgui Alania. Sabía que su mejor amigo dejaría el país en las próximas semanas para comenzar por fin su misión en Londres, para la que había sido preparado durante años. Esperaba una carta de despedida, sentimental y, sin embargo, alegre. Pero la que tenía en sus manos era una carta distinta. A la fría luz de la habitación, entre los retratos de Marx y Engels, entre los bustos de Lenin y el Generalísimo, le quedó claro que nunca más se permitiría leer líneas como esas, que nunca más se pondría en la situación de tener que soportar semejante dolor.

Ida estaba muerta. Eso, nada más y nada menos, le comunicaba esa breve carta. La había perdido, a ella, por la que habría vuelto a soportar el hambre, el frío, los disparos, las bombas, si hubiera habido una esperanza para ella. No tendría que haberse enterado de que la mujer, cuya pérdida mataba en él algo mucho más definitivo de lo que la muerte habría podido aniquilar nunca, no había subido a ninguno de los camiones que él había enviado a la ciudad con tanto esfuerzo, con tanto sudor, con tanto miedo. No, estaba muerta y la había perdido. Por un desfile. Había ido al desfile, y no había tomado su presagio en serio. No la había querido hasta el final. Su ingenuo deseo de ser un héroe. Un héroe en cuya imagen no encajaba una judía de cuarenta años, con muchos anillos en los dedos y con la tristeza en la mirada.

No debería haber visitado a Mariam en aquella celda y jamás debería haberle mentado, nunca debería haberle dicho que Alla no había sido más que una relación insignificante, que no había sido nada para él. Pero se lo había dicho, solo para que cubriera a su hermana, a esa mujer que miraba el mundo con una desoladora indiferencia. Porque él la enviaba a la muerte y le prometía alcanzar, con el sacrificio de su propia vida, el poder divino, y salvar una vida humana. Pero ese poder no existía. Ese poder no lo tenían ni

él ni Mariam. No había sabido quién era Alla y lo que había hecho. Ignoraba qué camino habían recorrido Kitty y Mariam. Pero habría podido saberlo. Habría podido saber muchas cosas más.

Con Ida murió también Mariam. Y con Mariam murió también su hermana. Por lo menos, para él. También murió Alla, con sus labios rojos como la sangre, y murió la posibilidad de una compensación. Inclinado sobre las líneas de su amigo, Kostia Dzhashi entendió lo que significa perder. Había perdido. Estaba herido de muerte. Y esa agonía iba a durar toda su vida.

Porque esa guerra no era una guerra contra enemigos, era una guerra que había librado contra las personas a las que amaba.

Kostia salió corriendo. El mar reflejaba los barcos anclados a lo lejos. El cielo estaba cubierto, azufrado. Hacía frío, el aire era cortante, gélido. Bajó al muelle, recorrió la larga pasarela. Había salido sin su abrigo, pero ya no sentía el frío. Aún llevaba la carta en la mano, le ardía en la piel. En algún sitio se oyó la sirena de un barco mercante.

Caminó a lo largo del mar. El mar, que llevaba en sí el invierno, que en alguna parte, allá, a lo lejos, tenía una puerta, una puerta que llevaba al cielo. Quizá pudiera nadar hasta esa puerta, quizá lograra llegar hasta allí. Quizá allí existiera una posibilidad de volver a ese piso sombreado en la isla de Vasilevski y encontrar allí a Ida.

Se quitó toda la ropa, y en segundos estaba en la playa, en calzoncillos, y se lanzaba al agua, como si tuviera que ayudar a alguien que se ahogaba, cuando el que se ahogaba era él mismo.

Ni siquiera el espeso mar pudo reanimarlo. Ni siquiera el frío. Sumergirse y no volver a salir, qué paz, pensó quizá. ¿Cómo era posible querer tanto a alguien, necesitar tanto a alguien, amar tanto a alguien, sin que la muerte lo tuviera en cuenta?

¡Ida!, gritó mi abuelo contra el frío y las olas, y se adentró en el mar.

En la orilla se había formado un grupo de personas, una de ellas gritaba su nombre, a él le daba igual. No quería regresar. En la playa estaban sus pantalones, y en el bolsillo aquella carta y lo definitivo. No podía regresar allí. Lo único que podía hacer ahora era nadar, nadar, nadar hasta que no pudiera más, hasta encontrar la puerta. Si se hubiera quedado con ella, si ella

hubiera sobrevivido, él nunca habría viajado a Tiflis, nunca habría conocido a Mariam, nunca habría visto en alguna fiesta, entre brindis falsarios, a una rubia y hermosa mujer que mataba bebés y al mismo tiempo buscaba el amor, nunca habría permitido que en el cuarto de baño le abriera los pantalones, y su lujuria acumulada y sin freno nunca se habría vertido sobre él. Entonces Mariam aún viviría. Y su hermana nunca habría conocido a la asesina de su hijo.

Si Ida no estuviera muerta, él aún viviría.

El infinito se hizo borroso ante sus ojos, y también en las profundidades seguía siendo imposible encontrar a Ida. Exactamente igual que en la puerta del cielo.

Kostia tragó agua, sus fuerzas se agotaban.

Entonces oyó gritos, y vio venir un bote neumático. A la mañana siguiente, informó de que había saltado al agua porque había creído ver a alguien ahogándose.

Durante las tres semanas siguientes, que Kostia tuvo que pasar en una clínica debido a una pulmonía grave, apartó de sí todo lo que podía volver a ponerlo nunca en una situación semejante, y anestesió su conciencia.

Allí volvió a leer la carta, antes de quemarla en la llama de una vela:

«Mi querido amigo, me odio ya porque sé que con estas líneas voy a hacerte un gran daño, pero te lo he prometido y, por desgracia, no está en mi poder ahorrarte este dolor. Así que te escribo lo que querías saber, lo que has esperado durante mucho tiempo y creo que suponías: ella está muerta.

»Permaneció en Leningrado durante todo el bloqueo. No abandonó la ciudad. El último año del bloqueo obtuvo un certificado de evacuación, pero, por algún motivo inexplicable, lo intercambié con otra persona, cuyo rastro hemos perdido. Murió en su domicilio de la Vasilevski. Por desgracia su tumba no está identificada.

»Cuando recibas esta carta ya no estaré en Moscú. Volveré a escribirte cuando me sea posible y esperaré tus cartas con alegría, ya sabes lo mucho que significan para mí, Kostia. Lo siento mucho, mucho, amigo mío. Sé que no la has olvidado, sé que la amabas, que aún lo haces. Me ocuparé de la otra *persona que te preocupa*. Sé fuerte. Te abraza con todo el sentimiento, Guiorgui.»

Guiorgui Alania ocupó oficialmente el puesto de agregado cultural en la embajada soviética en Londres. De manera oficiosa, su trabajo era localizar y repatriar a ciudadanos soviéticos renegados, como se les llamaba. Con mentiras, con falsas promesas y, si era necesario, por la fuerza.

En verano, Kitty recibió la esperada noticia de su hermano. Todo fue como él se lo había profetizado, como si todas sus palabras se hicieran realidad: le hicieron una oferta para viajar a dar un recital en Praga, que aceptó, porque ya había entendido que no tenía alternativa. Viajó acompañada de un agente de seguridad, que debía velar por ella. Después de su intervención en Praga, le dio documentos falsos, la llevó a una vivienda alquilada a las afueras de la ciudad y le ordenó esperar noticias allí. En Moscú, Kitty Dzhashi fue declarada traidora a la patria, cabía suponer que había sido espía occidental y ahora había escapado al oeste.

Stasia sabía por qué se había marchado Kitty y quién la había ayudado. Sabía que soportaría esa carga con la misma silenciosa grandeza que todos los anteriores *imponderables* de su vida. Aquella mañana en la que hombres de la NKVD fueron a visitarla y se la llevaron para interrogarla por la desaparición de su hija, comprendió que los fantasmas habían regresado, que el camino estaba nuevamente libre, el camino entre las épocas, entre todos los mundos posibles e imaginables.

¡Guerra al cosmopolitismo sin raíces!

Kostia se convirtió en lo que nunca habría sido al lado de Ida: se convirtió en mi abuelo y en tu bisabuelo, Brilka.

Aquel verano viajó a su patria, y desde allí se fue de vacaciones, pagadas y prescritas por el Estado, a Abjasia, en el mar Negro. Allí conoció a mi abuela Nana. La razonable, suave, luminosa Nana. Nana, cuyos abuelos —ambos lingüistas en la Universidad de Tiflis— habían caído víctimas, de las depuraciones. Su padre, arqueólogo, estuvo encerrado en la cárcel de Ortachala, al ser hijo de supuestos espías y contrarrevolucionarios, y allí murió a los cuarenta y dos años de una pulmonía no tratada. Nana fue educada y malcriada por su madre y dos hermanas solteras de su padre. Las mujeres intentaron compensar la desgracia que había caído sobre su familia con amor y un cuidado excesivo hacia la pequeña Nana.

Nana, rectilínea, sincera, en absoluto misteriosa, ni siquiera elegante, nunca hubiera debido gustar a Kostia. Nana era sana. Lo era en todos los sentidos de la palabra. Demasiado sana para Kostia. De ella no se le iba a contagiar nada, por su culpa no iba a sucumbir. Y exactamente ese fue el motivo de su repentino interés en ella. Como si con sus ojos indiferentes, sin esperanza, hubiera visto a la mujer más sana de toda la costa del mar Negro y la hubiera cogido de la mano con el deseo de que ella lo sanara.

Pero quizá lo que esperaba era romper con los viejos patrones, salir de la sombra de los muertos y poder empezar de manera completamente nueva, totalmente distinta.

Cuando miro a Nana en las antiguas fotos de familia, me parece alguien que nunca ha dudado de sí misma ni del mundo. Alguien que no conoce el fracaso. Una mujer alta, joven, demasiado juvenil y frívola para su edad, pero tan clara y segura, como si supiera con toda exactitud cómo iba a ser la vida que aún tenía por delante. Rubia y fuerte, con una gruesa trenza sujeta alrededor de la cabeza y un vestido atildado pero contenido que le sentaba bien. Sin ser insignificante, tampoco resultaba llamativa, como si todo en ella aspirase a una sólida normalidad, a estructuras claras. El modo de gesticular con las manos o de hacer un mohín, la forma en que se le surcaba la frente de arrugas cuando cavilaba, o la manera en la que cruzaba ostentosamente las

piernas cuando estaba irritada tenían algo de excitante, pero nunca vulgar. Era conservadora, creía en sistemas de valores claros y soñaba, en el momento en que llegó Kostia, con cosas con las que fantaseaban la mayoría de las chicas de su época: reconocimiento social, un devenir adecuado a él — en su caso, una prestigiosa carrera universitaria—, una familia, hijos, y todo lo más romántico posible pero no muy dramático; un tanto emocionante, pero no demasiado tempestuoso. Nana había terminado ese año sus estudios de Lengua y Literatura georgianas en la universidad, y se entusiasmaba, siguiendo los pasos de sus abuelos, con la investigación lingüística. Quería escribir una tesis doctoral y cavilaba acerca del tema durante aquel verano en el mar Negro, donde fue de vacaciones con unas amigas para celebrar su graduación.

Hasta entonces, nunca se había enamorado en serio. Siempre ponía fin a las pocas semanas los escasos coqueteos que había tenido con sus compañeros. Se concentraba en sus estudios, se divertía con sus amigas, cocinaba con su madre y sus tías y forjaba planes de futuro. Jamás le había faltado de nada, y tampoco había carecido realmente de amor, tan cantado por los poetas. No era ninguna soñadora, y si un libro que estaba leyendo le resultaba demasiado dramático o lo consideraba demasiado apasionado, lo abandonaba sin reparos. No quería soñar con algo que, tal como estaba descrito, nunca viviría y no quería vivir.

Por supuesto, fue el azar el que reunió a dos personas tan radicalmente distintas como Nana y Kostia. En la cafetería del hotel-balneario en el que ambos se alojaban, Nana desayunaba con sus amigas en la mesa que tenía las mejores vistas cuando Kostia les pidió con una cortés sonrisa que le dejaran sentarse con ellas, porque no había encontrado ninguna mesa libre. Pronto entabló conversación con las amigas de Nana, y ellas se mostraron enseguida impresionadas por su encanto y su arte narrativo. Nana se contuvo, participó poco en esa conversación y se dedicó a su desayuno. Tanto más sorprendida quedó cuando, al salir de la cafetería, él se despidió de sus amigas besándoles las manos, pero precisamente a ella le preguntó si podía invitarla a cenar.

Había aceptado más por curiosidad que por interés.

Esa misma noche, fueron a un restaurante de pescado en el paseo marítimo, que Nana jamás habría podido permitirse. Allí se servía vino blanco fresco y se tomaba un fino besugo. Kostia le dio una larga conferencia sobre el mar en general y sobre los pescados en particular, y al final hubo

coñac armenio. Nana, que no quería quedar detrás de Kostia en nada, demostró sus saberes en el ámbito de las culturas regionales y sus costumbres. Se jactaron de sus conocimientos y, en esa primera cita, se acercaron bien poco, en realidad. Ni siquiera se conocieron de veras. Pero, al final de la velada, los dos querían recuperar el tiempo perdido en un segundo encuentro.

En los días que siguieron, Kostia acompañó a las chicas a la playa, jugó a las cartas con ellas, las entretuvo con toda clase de anécdotas, las invitó a café y a helado y no se apartó de su lado. Tres días más tarde, fue solo con Nana a un local de baile en el que demostró ser una buena pareja. Después de varios bailes y unas cuantas copas de champán de Crimea bien frío, Nana se mostró dispuesta a creer en algo tan irracional como un enamoramiento. En el camino de vuelta al hotel, le dio a entender que no se opondría a que siguiera cortejándola.

En Tiflis volvieron a encontrarse. Él la invitó a comer, la llevó a locales de baile, fue con ella al cine y paseó por los parques. Nada extraordinario, nada exigente. Galante y paciente, Kostia la sedujo tal como él creía que ella quería ser seducida. No se tocaban, no hacían planes y no hablaban del futuro. Pocos días antes de que terminaran las vacaciones de verano de Kostia y tuviera que irse a Baltisk, preguntó a la rubia y suave Nana si quería ser su mujer. Acababan de salir del cine, donde —o al menos así me lo imagino— habían visto una película costumbrista llena de optimismo, y paseaban por la adoquinada colina de Varazi. Como si hubiera sido una pregunta sin importancia después de la película que habían visto, el rostro de Nana no se alteró, prosiguió sin decir una palabra el lento paseo.

—No te pido nada. Si quieres quedarte en Tiflis, por mí estaría bien —añadió Kostia a su propuesta.

—Apenas te conozco.

—Me conoces lo suficiente.

—Ni siquiera nos hemos besado aún.

—¿Quieres que lo hagamos?

Kostia le tomó el rostro entre las manos y le dio un titubeante beso en los labios.

—Ahora nos hemos besado —constató satisfecho, y volvió a besarla, esta

vez un beso más audaz y decididamente más húmedo.

Pero aquel beso no sabía a Petersburgo, no sabía a noches blancas, ni a las horas de olvido de allí, ni a una mujer con anillos en los diez dedos; no sabía a muerte.

—Simplemente di *sí* —insistió Kostia, que seguía sosteniendo su barbilla, y Nana, que se sentía incómoda dejándose besar por un hombre en mitad de la calle y quería poner fin lo antes posible a esa precaria situación, dijo que sí.

Kostia escribió a Baltisk y pidió dos semanas de permiso suplementario para poder preparar su boda, y se las concedieron. Celebraron una modesta fiesta de esponsales en casa de Christine. Hubo espinacas con semillas de granada, cochinillo adobado en madera, cordero a la menta y vino joven de Kajetia. Stasia hizo una gran tarta nupcial con crema de leche condensada, y montañas de uvas, peras, caquis, higos, melones y granadas adornaban la larga mesa. Los recién casados pasaron la noche de bodas, a la que por supuesto Nana llegó virgen, en el domicilio de la madre de Nana, que ella había cedido generosamente a la pareja.

Después de la partida de Kostia, Nana se mudó a la gran casa en la colina de Vera. Estaba acostumbrada desde siempre a la compañía de mujeres mayores. Se había pronunciado claramente en contra de una mudanza al frío norte, junto a su marido, y le había recordado su oferta de quedarse en Tiflis. Quería pedir una plaza en la universidad y ocuparse de su tesis doctoral.

Kitty ocupaba una habitación de exactamente nueve metros cuadrados a las afueras de Praga. No recibía cartas ni instrucciones. Solo tenía una maleta y su guitarra. Y un pasaporte nuevo con otro nombre. Al principio de cada semana le metían un sobre por debajo de la puerta; hasta entonces, todo intento de descubrir al remitente había fracasado. En el sobre había unos cuantos billetes, siempre la misma suma. El dinero bastaba para comprarse algo de comer. Nunca iba al centro de la ciudad, nunca salía del barrio, no hablaba con nadie. Saludaba con una inclinación de cabeza a la anciana que era su vecina, puerta con puerta.

Su nuevo pasaporte la identificaba como una luxemburguesa llamada Adrienne Hinrichs.

Se sentía amputada de sí misma.

Tres veces había considerado la posibilidad de plantarse. De ir a la estación

o al aeropuerto y dirigirse al primer funcionario de seguridad o puesto de Aduanas que encontrase. El aislamiento en el que vivía la hacía dudar a veces de su cordura. En la vieja radio que había hallado en la habitación, oía en tono muy bajo *Voice of America* y las emisoras en inglés. No entendía el idioma, pero su melodía tenía en ella un efecto tranquilizador y extraño, tranquilizador y poco peligroso. Solo al cabo de tres meses recibió con su sobre semanal una nota sin firma. Se le invitaba a ir al día siguiente a la oficina de Correos de su barrio y hacer allí, a las tres en punto, una llamada de larga distancia.

La voz de un hombre desconocido contestó al otro lado de la línea. Kitty se había embutido en una estrecha y sofocante cabina telefónica.

—Voy a sacarla de la ciudad. Hasta ahora se ha comportado usted muy bien, sin llamar la atención. Muy bien. Comprendo su situación, pero debe confiar en mí y tener un poco más de paciencia. En cuanto sea posible la sacaremos de la ciudad. En cuanto haya pasado el peligro. Se lo prometo.

El hombre tenía una voz suave, que inspiraba confianza.

—¿Quién es usted?

—Soy su amigo. Su mejor amigo.

—Pero...

—Por el momento, no puedo decirle más.

—¿Cómo voy a confiar en usted? ¿Cómo sé que...?

—No tiene alternativa. Sencillamente ha de hacerlo. Desde ahora, llamaré a este número todas las semanas a la misma hora. Desde hoy mantendremos un contacto regular. ¿Se las arregla con el dinero?

—Sí, no necesito mucho, pero...

—Limítese a confiar en mí.

Mantuvo su promesa: la llamó todas las semanas. Le aseguró que pronto dejaría la ciudad hacia el oeste. Que todo iba bien, que estaba a salvo, que nadie le haría nada, que él velaba por ella, que pensaba en ella, que era su amigo. Dado que no tenía otra elección, lo aceptó como amigo. Su único amigo. Pero, en cuanto quería saber su nombre, dónde estaba, él enmudecía y repetía una y otra vez que no podía decírselo. Ella maldecía a su hermano, su vida, su país, el pasado, el presente, el futuro, pero su interlocutor no se alteraba. La escuchaba y seguía hablándole en su tono apaciguador.

Le hablaba de Georgia. Noticias banales, sin importancia, pero que Kitty absorbía con la mayor atención. Le contó también que su madre y su tía

habían superado con coraje los interrogatorios de la policía secreta, que su hermano se había casado felizmente.

Pero Kitty había perdido la noción del tiempo, y tampoco sabía qué hacía allí.

—No conozco una sola persona aquí. No hablo el idioma. No salgo nunca. Me muero —le dijo, relajada, al cabo de seis meses.

—Es usted fuerte. Lo logrará. Lo conseguiremos juntos. La necesito. No lo digo tan solo para consolarla. La necesito de veras. Pronto abandonará la ciudad. Podrá llevar una vida libre. Se lo prometo. Pero también usted tiene que creer en eso. Yo solo no podré. Tiene que ayudarme. He prometido a su hermano que no le pasará nada. Y mantengo mi promesa. Creo que lo superará porque es usted fuerte, porque ha superado ya *cosas peores*.

—¿Qué sabe usted de mí?

—Lo suficiente.

—Diga mi nombre.

—¿Cómo?

—Nunca dice mi nombre. Nunca se dirige a mí. Somos dos innominados. No tenemos rostro. ¡Dígalo!

Siguió una breve pausa, y ella creyó que él iba a rechazar su petición, pero le dijo lo que quería oír:

—Sí, Kitty. Se lo digo. Kitty. Kitty. Kitty.

Aquel nombre sonaba ajeno, como si lo oyera por primera vez, como si hubiera dejado atrás todas las historias que tenían que ver con aquel nombre. Pero se aferró a esas cinco letras, quería volver a recordar, quería recuperar su pasado, daba igual cuánto lo odiara, solo a través de él tenía derecho a un verdadero nombre. Y quería recobrarlo. Más que cualquier otra cosa, quería recobrarlo.

Él siguió hablando, y su voz tranquila y aterciopelada la acunó, la tranquilizó. Se secó las lágrimas con las mangas y apretó el rostro contra la pared, sujetando el auricular con todas sus fuerzas.

Su aislamiento aún iba a durar muchos meses. Kitty estuvo en Praga casi dos años. Pero, desde esa tarde en que él la llamó por su nombre, pudo arreglárselas mejor. Aprendió unas cuantas palabras en checo y a veces charlaba con los hijos de los vecinos o la anciana de al lado. Como ellos

apenas hablaban ruso, no podían hacerle preguntas embarazosas.

Acostumbraba a cocinar, salía tres veces a la semana a pasear por el cercano parque Malešický, oía la radio, consiguió un diccionario de inglés para poder seguir mejor las emisiones de *Voice of America*, y practicaba con la guitarra: aunque no tenía ganas de componer, trataba de perfeccionarse en la técnica. Ya no pensaba en imágenes de casa, ni en aquellas personas a las que estaba tan unida: pero, sobre todo, trataba de ahuyentar cualquier pensamiento sobre la mujer rubia de labios rojos, sobre los ojos ardientes de Mariam, sobre su muerte.

Sentía auténtica euforia cuando se aproximaba el martes y corría a la oficina de Correos. Se alegraba, como una niña pequeña, de oír su voz.

A veces miraba su pasaporte y se imaginaba cómo sería Luxemburgo, qué habría hecho allí, a quién podría haber amado. Se imaginaba otra vida, otra biografía. Al principio aún reaccionaba con sobresalto cuando alguien llamaba a su puerta o se dirigía a ella por la calle, cuando le preguntaban la hora; pero se acostumbró, y daba la información deseada en su torpe checo. Dio calabazas a un estudiante polaco al que conoció en el parque y que quería invitarla a una cerveza: estaba casada, y a su marido no iba a gustarle.

Se atenía a sus reglas. Evitaba los lugares abarrotados, rehuía los tranvías y autobuses. Vivía con la mayor discreción posible. Algunos días, su vida le parecía normal. Como si nunca hubiera tenido otra, como si siempre hubiera sido así, e incluso el hecho de guardar silencio durante meses, de no hablar con casi nadie, ya no le parecía tan espantoso.

Los sobres seguían llegando con regularidad. Al parecer, su único amigo tenía los suficientes cómplices en aquella ciudad, y tomaba las medidas necesarias para que nadie de la administración del inmueble o de la oficina de extranjería llamara a su puerta.

Fue una época de abstinencia social, emocional y artística, una especie de justo castigo por lo que había dejado atrás. Pero cuando le dijo eso por teléfono a su anónimo amigo, él se rebeló: era más bien una trágica inevitabilidad, no un castigo.

El exilio empezaba a mezclarse con su piel. Y la lucha continua contra el recuerdo se convirtió en un rasgo del carácter de Kitty. El miedo a los sueños, en los que Mariam podía visitarla, se convirtió en su constante compañía.

De todos modos, Kitty se ahorró la paranoia de los últimos años de vida del Generalísimo, que atacó todo el país con insospechada furia. No tuvo que

ver cómo hombres del partido abjuraban de sus mujeres porque su sonrisa había despertado la desconfianza del Generalísimo. No tuvo que presenciar cómo el recuerdo de los sangrientos años treinta resurgía en la conciencia colectiva, cómo el número de ministros de la Seguridad del Estado se elevaba de cuatro a siete, y se escenificaban campañas de acoso. Cómo el Generalísimo degradaba a su equipo a la condición de payasos, a los que ponía en la picota y hacía mostrar arrepentimiento como a perros sarnosos. No se enteró de que el hombre del tiempo, el responsable del programa meteorológico de la radio, fue convocado al Kremlin, donde se le amonestó porque el Generalísimo se había quejado de una determinada predicción y su equipo temía pagar por ella con su propia vida. No supo que el caudillo gobernaba el imperio desde su dacha y allí hacía bailar y beber a sus hombres hasta que perdían el sentido. No supo lo que Jrushchov había dicho acerca de aquellas borracheras: «Si el caudillo dice “baila”, un hombre inteligente baila».

Una mañana, al recibir el habitual sobre blanco con los billetes, descubrió dentro una carta escrita a máquina, otra vez sin firma:

Lea muy atentamente lo que figura a continuación, memorícelo bien. ¡Destruya después la nota que está leyendo!

Va a viajar a Londres. En Londres estará a salvo. El martes próximo, exactamente a la hora acordada, irá a la cabina telefónica, y allí encontrará un sobre con los documentos y autorizaciones necesarias. Cuide bien de su pasaporte. El miércoles siguiente subirá en la estación central al tren de las 14:20 a Dresde. Allí la recogerá un hombre, en el mismo andén, le tenderá un ramo de rosas y le dará un beso, y usted tendrá que responder al beso, oficialmente es su prometido, se llama Jan y trabaja como ingeniero en la imprenta Dresdner Schnellpressenfabrik. Se entenderá con usted por señas, de vez en cuando responda que sí o que no. Si quiere improvisar —y tiene que poder hacerlo—, invente también una conversación por señas. Él le informará con todo detalle del resto de los pasos en cuanto ambos estén en un lugar seguro. La acompañará hasta el otro lado de la frontera. Irá a Hamburgo en un vehículo militar británico y de allí tomará un vuelo a Londres. Cuando llegue a Londres, será usted Adrienne Hinrichs, una luxemburguesa muda...

Kitty había imaginado a menudo una historia de amor y una vida para su otro yo, para su Adrienne, pero no había contado con que pudiera ser sordomuda, por fácil que fuera suponerlo. Leyó la carta una y otra vez, mientras oía en su cabeza la voz suave y llena de confianza de su amigo sin rostro.

Londres. Llegada de Kitty. Dejaremos al margen la obligatoria lluvia, ¿eh, Brilka?

Trafalgar Square y los brazos color albaricoque de Kitty tendidos hacia el aire británico, un aire que aquí era diferente, olía diferente, sabía diferente.

Piccadilly y el repentino pensar en el cuchillo, la sangre que sale de la arteria seccionada. Hyde Park y el aula. El Tower Bridge y la semipenumbra de la habitación en la montaña sagrada. Los bancos pintados de verde de la pequeña ciudad, que un día fueron promesa de futuro. Downing Street y palpar las cicatrices en el abdomen. Pasar por delante del County Hall y las imágenes del jardín botánico, y Andro, Andro una y otra vez.

El Támesis. Kitty se había detenido, bajó la vista hacia el impresionante río. ¿Sabía así la libertad? ¿Olía así? ¿Habría tenido que ser feliz en ese instante? ¿Había sobrevivido? ¿Y qué pasaba ahora con todos los días, semanas y años que tenía por delante? Había querido ir a Viena para acompañar a Andro, para que no se perdiera, con su mirada vuelta hacia el interior, para que pudiera seguir tallando ángeles de madera, para que pudiera explicarle, emocionado, el mundo que hacía mucho que ella había visto. Pero entonces, cuando *su* Viena, la que iba a vivir junto a Andro, fue decapitada, había decidido no buscar nuevos mundos, nuevos continentes, nuevas ciudades de ensueño, porque los castillos de arena se derrumban cuando sube la marea.

Después de su entrada en el país, había quemado su pasaporte con una cerilla, y lo había reducido a cenizas. Adrienne Hinrichs había desaparecido, quemada, disuelta, ahora el camino estaba despejado para Kitty Dzhashi. Pero Kitty Dzhashi no podía reencontrarse consigo misma en ningún sitio de su paseo por el centro de Londres. Ahora tenía la sensación de haber convertido, junto con Adrienne, los últimos restos de su yo en cenizas. En el palacio de Buckingham empezaron a correr las lágrimas. Sin ruido,

exactamente igual que el llanto de las mujeres del palacio sin lágrimas de la colina de Vera. Como si no se llorase para librarse de la pena, como si más bien se llorase la pérdida de la pena. La pena, el estado normal de las herederas del fabricante de chocolate.

A la altura del palacio de St. James sintió por primera vez algo parecido al alivio. Como la idea del final de algo espantoso. Bajó la vista hacia su remendado abrigo de otoño, hacia los zapatos sucios y gastados, la informe falda plisada. Se pasó la mano por los cabellos enmarañados, que necesitaban un corte desde hacía mucho. Sintió su propia fealdad, tanto más dolorosa a la vista de tanta belleza a su alrededor. Quiso esconderse, echó de menos por un momento Praga, sus nueve metros cuadrados. Luego, desechó rápidamente sus dudas y continuó su exploración.

Era libre.

*La sangre fluye sobre los tablones, en arroyos.
Peste a cebolla y vodka, los señores caciques de la mesa de
siempre se dejan ir.*

EVGUENI EVTUSHENKO

Fue en metro al East End, buscó la dirección que su prometido de Dresde le había dado por el camino. Era un centro de acogida de la red internacional de refugiados. Después de rellenar los formularios e inscribirse como apátrida, le asignaron una habitación. En ella había un catre, un lavabo, un perchero y una radio. Se duchó largo tiempo en el baño común, se tiró en la cama y cayó en un sueño comatoso, que duró más de doce horas.

La despertó el hambre; salió, compró *fish and chips* en el primer sitio que encontró y se lo comió como si fuera un banquete real, se sentó en la acera y observó a los transeúntes, trató de averiguar lo que sentía. Él no la había engañado. Había mantenido su palabra, y Kitty sabía que, fuera quien fuese, siempre estaría en su vida, que no estaba dispuesta a desprenderse de él, que siempre iba a querer que él la llamara por su nombre. Y un día, quizá, lo encontraría. Le vería, tendría un rostro que añadir a su voz, y le daría las

gracias.

Le proporcionaron documentos provisionales. La enviaron a la Cruz Roja y le dieron ropa de abrigo. La apuntaron a un curso de inglés. No le hicieron preguntas, a las que no habría podido dar respuestas. Las amables señoras del servicio social la enviaron a un albergue de caridad, donde le daban regularmente de comer. Dos semanas después de inscribirse, la trabajadora jamaicana del centro detuvo a Kitty en la escalera y le explicó que un primo suyo dirigía un *pub* en el East End y buscaba una ayudante. No era muy exigente con los papeles, debía ir a verle, de ese modo podría ganar algo de dinero mientras todo lo demás se arreglaba. Kitty, abrumada por tanta amabilidad y dudando de si podía confiar en aquella mujer de colorido turbante y ojos bondadosos, se había detenido en la escalera, insegura, mordiéndose la uña del pulgar. Para la mujer, aquella reacción no era nada nuevo, le pasó un brazo por los hombros y se ofreció a acompañarla.

Al día siguiente tenía el empleo en el *pub*.

Tenía miedo a las palabras. También a la amable sonrisa que debía poner en los labios. Durante los años transcurridos, se había acostumbrado a estar sola. Las multitudes le daban pánico. En los primeros días de trabajo tuvo que ir varias veces al baño a respirar, secarse el sudor de la frente y decirse delante del espejo que debía mantener la calma. Pero la mayoría de los clientes que entraban al *pub* no se fijaban en ella, no querían palabras, querían alcohol. La gente que se extraviaba por allí apenas sonreía. Albañiles, taxistas, traficantes de droga, cocineros, peluqueros, prostitutas..., todos en busca de un momento de distracción, de evasión, contentos de haber escapado de su vida cotidiana durante unas horas. Muchos de ellos también eran inmigrantes. Venían de la India, de Pakistán, de Marruecos, de Ghana, de Jamaica, de Cuba.

Kitty no tardó en sentirse bien entre ellos. Le gustaban sus voces ásperas, sus chistes, sus lenguas y distintos acentos, hasta su vulgaridad. Porque no la miraban con compasión, eran tan desconsiderados, toscos e indiferentes con ella como con sus amigos, acompañantes y consigo mismos. Aun así, las mejores horas para Kitty eran siempre aquellas en las que se quedaba sola en el *pub*, poniendo las sillas encima de las mesas y fregando el suelo, lavando las copas y ordenando las cajas. Cuando los clientes se habían marchado, el

pub ya había cerrado y hacía mucho que el propietario había vuelto junto a su familia, se sentía bien, se sentía segura, metía una moneda en la pianola y escuchaba la música a todo volumen, y su cuerpo se movía por sí solo al compás de los distintos ritmos.

El duro trabajo la agotaba, pero estaba agradecida, porque luego dormiría sin sueños, y con la cabeza demasiado cansada para pensar. Cuando tenía tiempo libre, se quedaba en su cuarto y tocaba la guitarra. Sin gran impulso, sin gran pasión ni perspectiva, pero la tocaba. Junto a su trabajo físico, su guitarra era la mejor forma de pensar en otra cosa.

«Thus far I've come. Searching for the ghosts you've promised... they'd wait for us. But they're gone, just like you, gone so far away. So I'm walking through the city of ghosts, just walking ahead, asking my self: should I go on, should I start, should I wish or should I die, 'cause you've not come as far as I...»[\[4\]](#)

Si no me engaño, esta canción es la primera que Kitty compuso en Londres. Primero la escribió en su lengua materna, solo más adelante fue traducida y la cantó en inglés, con su acento fuerte, extraño, difícil de clasificar con precisión. Recuerdo, Brilka, cómo oímos juntas esa canción en el coche, cuando me dijiste que marcaba un punto y aparte en la música de Kitty. Adoro esa canción, pero la adoro sobre todo por ti, Brilka, porque tú me la cantaste, tan apasionadamente, tan olvidada de ti misma. Y la adoro porque no me pone triste, como la mayoría de las canciones de Kitty, porque entonces recorría contigo a mi lado las carreteras polvorientas e interminables junto al mar y en ese momento era feliz, aunque entonces no sabía que lo que sentía era felicidad.

La ciudad llevaba su traje navideño ya desde hacía semanas. En Nochebuena, los clientes se fueron antes. Incluso los más pobres de ellos parecían prepararse para la fiesta, parecían disfrutar del tiempo con sus familias. Incluso los que tenían otros dioses, otras costumbres, respetaban esa tradición y se contenían a la hora de beber. También el propietario dejó el *pub* antes que de costumbre, porque apenas había clientes, le pidió que se tomara un par de copas a su salud y dejó unas cuantas monedas extra en la barra. Se las había ganado. Luego le deseó felices fiestas y la dejó sola. Kitty no se dio prisa. Navidad, eso se celebraba en su patria antes de que ella

naciera. Luego esas fiestas se acabaron, Dios fue sustituido por el Generalísimo y se celebraba el Día de la Revolución o el cumpleaños del caudillo. Solo su muy devota tía Lida encendía velas ese día, en muda devoción, y se retiraba para rezar.

Los clientes se fueron uno tras otro, rápidamente terminó de recoger, pero aún no quería regresar al albergue. No se sentía lo bastante cansada, y la ciudad estaba tan terriblemente tranquila que sus recuerdos volverían y la tomarían como rehén. Se sentó a la barra y, tras un titubeo inicial, se sirvió su primer whisky. Nunca había tomado whisky antes, y la fuerte bebida calentaba con un agradable fuego. Se permitió otro más. El alcohol, que hasta ese momento se había prohibido en su exilio, mostró aprisa sus efectos. En Praga no había podido permitirse ningún sentimentalismo. Habría podido tener consecuencias desagradables. Aquí todo eso ya no importaba, aquí podía dejarse caer, sobre todo cuando estaba sola. No le importaba a nadie.

Se sentía relajada, y no le asaltó la temida melancolía. Al contrario, se sentía alegre, hubiera podido bailar toda la noche. Empezó a tararear una de sus canciones, y su voz se hizo más audaz, más sonora: cantó a pleno pulmón. Se dejó arrastrar por su propia voz, agarró la botella de whisky y se la llevó a la boca como si fuera un micrófono. Dio vueltas por el *pub*, mostrando su talento para el espectáculo; luego cerró los ojos, hizo una reverencia ante el imaginario público.

De pronto, oyó un aplauso en la calle. Una mujer alta, recia, con un llamativo abrigo rojo a la moda, estaba delante de uno de los ventanales y la aplaudía con entusiasmo. Kitty salió de golpe de su estupor, dejó avergonzada la botella en la barra y retrocedió tambaleándose. Esperaba que la mujer desapareciera, pero se quedó allí y siguió aplaudiendo, y luego dio con los nudillos en el ventanal. Kitty se vio obligada a ir a la puerta.

—Hemos cerrado —dijo, abriendo solo una rendija.

—Canta usted de maravilla. ¡De ma-ra-vi-lla! ¡Increíble! ¿Qué idioma era ese?

—Hablo muy poco inglés.

—¿Qué idioma era ese en el que acaba usted de cantar?

—Era georgiano.

—Oh, eso está en algún sitio de Rusia, ¿no?

—No, está en Georgia.

La mujer se echó a reír, e indicó a Kitty que quería pasar.

—Pero es que hemos cerrado, y yo ya...

—Soy una cliente sin exigencias.

Kitty volvió a encender la luz de la barra y puso a la mujer un vaso y un posavasos. La mujer también quería un whisky. Tenía el pelo rubio y suave, sujeto a un lado con una horquilla, y unos rasgos amables y claros, simétricos y armoniosos. Todo en ella invitaba, pero, a pesar de la confianza que le inspiraba, Kitty no se sentía a gusto, se avergonzaba de no poder hablar y estaba irritada consigo misma por haberse dejado llevar de ese modo. Al principio la conversación fue difícil, pero la mujer aguantó, testaruda. Se presentó como Amy, simplemente Amy. Nada de Miss, ni Mrs. La interrogó, le preguntó por su procedencia y sus canciones. ¿Dónde había aprendido a cantar así de bien? ¿Qué clase de canciones eran? ¿Qué hacía en Londres? Aunque su estilo moderno y sus cuidados modales —raras veces se veían damas así en aquel barrio— no parecían indicarlo, bebía por lo menos tanto como el público habitual del *pub*. Le pidió que volviera a servirle una y otra vez. La tensión de Kitty había cedido, y también ella siguió bebiendo. Cuando la mujer le pidió por tercera vez que le cantara algo, cedió y empezó, primero en voz baja, titubeante, luego más segura de sí misma y más alto, a cantar sus canciones. Las canciones que llevaba dos años sin cantar. Las canciones que estaban en su cabeza, que la acompañaban a todas partes, que seguían escribiéndose en su mente, que querían ser cantadas.

La mujer la miraba sin cesar, la expresión de su rostro era tensa y atenta, pero a la vez feliz y satisfecha. De vez en cuando subía las cejas y cerraba los ojos, cuando quería concentrarse mucho.

—Quizá yo no sepa gran cosa, pero sé lo que es buena música. Porque la música es mi gran pasión, y puedo decirle que su música es buena, incluso muy buena. Debería hacer algo con ella.

Antes de irse, dio a Kitty una abundante propina y le escribió su dirección y su número de teléfono en un posavasos.

—Si quiere hacer algo con su música, llámeme. Me alegraría poder ayudarla —dijo, y tendió la mano a Kitty.

—Tengo una pregunta —dijo ella—. ¿Cómo es que no celebra la Navidad? ¿Cómo es que está aquí a esta hora? —no podía contener su curiosidad.

—Soy una atea convencida, querida.

Era la desconfianza la que impulsaba a Kitty, la desconfianza que se le adhirió a la piel en los últimos años, una profunda, fundamental desconfianza ante otras personas. Como si solo quisiera cerciorarse de que los otros nunca tenían buenas intenciones hacia ella, de que no mantenían sus promesas. Y con esa desconfianza llamó a primeros de enero al número de Amy, y su desconfianza creció aún más cuando Amy se mostró entusiasmada ante su llamada y le ofreció de golpe que fuera a visitarla.

Kitty cogió el metro y fue a Kings Cross, un barrio en el que nunca había estado. Amy vivía en una casa de ladrillo, sencilla pero sólida, oculta detrás de una verja de hierro. La calle era tranquila y apacible.

Kitty se detuvo delante de la puerta. Por un momento, dudó si no sería mejor dar la vuelta. Se había acostumbrado al East End. Allí vivían muchos como ella. Allí pasaba desapercibida. Aquí, con su falta de recursos, incluso la sombra que arrojaba en la calle parecía llamar la atención, demasiado grande, demasiado tosca, demasiado proletaria para ese suelo, para esas paredes, para esas ventanas. Pero hizo acopio de fuerzas y llamó al timbre. La puerta lacada en negro con el pomo dorado se abrió y Amy salió, radiante, al encuentro de su invitada, con un vestido azul marino y sonriendo de oreja a oreja. Su sensación de estar en el lugar equivocado se incrementó al cruzar el umbral. Había esperado que Amy tuviera un apartamento allí, no que fuera la dueña de aquella casa de tres plantas. La guio hasta el salón, le ofreció Earl Grey y pastel de manzana. Sentada en el sofá con estampado de flores, se sentía como un pájaro siberiano que se hubiera extraviado en los trópicos. Avergonzada por su vestido de las trabajadoras de la Cruz Roja, al principio mantuvo los brazos cruzados delante del pecho, como si pudieran ocultar la fealdad de la ropa. Y más tarde, cuando una chica de servicio perfectamente uniformada entró en la sala y preguntó a la señora qué más podía traerle, Kitty sintió un impulso de fuga.

Pero la señora de la casa no se comportaba del todo como correspondería a la distinguida atmósfera. Su risa era demasiado alta y grosera, enseñaba los grandes dientes blancos y las rosadas encías, gesticulaba sin control y la forma en que sus cejas se alzaban cuando algo la sorprendía, la manera en que contraía los labios para poner morritos cuando se mostraba especialmente entusiasmada con algo, o en que dejaba la boca abierta cuando quería remarcar una de sus frases, todo aquello no tenía nada ver con una dama de mundo, con una chica de servicio y un sofá de flores. A pesar de la ropa cara

y el olor a pachuli que la envolvía, era sencillamente demasiado poco refinada para aquel ambiente, demasiado descontrolada.

También esta vez la conversación fue bastante difícil, pero, una vez reprimida la incomodidad, Kitty se mostró más locuaz que en su primer encuentro en el *pub*. Cuando no podía seguir, sacaba del bolso su desflecado diccionario de inglés de Praga, el único recuerdo de su destierro, y ponía el índice en la palabra que buscaba. Entonces Amy asentía comprensiva y entusiasmada, como si fuera un milagro que la misma palabra pudiera encontrarse en las dos lenguas.

Amy había nacido en la India, donde había vivido hasta los quince años. Era la benjamina y la única niña de un agregado militar, heredera de una adinerada familia de empresarios. Su padre había servido casi toda la vida en el Ejército británico, dos décadas como agregado en Calcuta. Amy y sus tres hermanos mayores, a los que idolatraba, no conocieron otra patria durante mucho tiempo. Allí Amy podía trepar y correr, jugar al críquet y revolcarse en el barro, podía saltar a la comba y echar carreras, contar chistes guarros y sacarle la lengua a alguien mientras estaba con sus hermanos, siempre que lo guardaran en secreto. Porque solo con ellos podía escapar de todas esas espantosas crisálidas y aburridas veladas poéticas, de esas blancas chicas inglesas que no paraban de sufrir bajo el clima de los trópicos, con sus brazos anémicos, y de las clases de violín y de canto que su madre tenía previstas para ella. Pero luego, sus tres hermanos ingresaron en el ejército, uno tras otro y con gran desesperación por tener que dejar atrás la vida de la India, sus frívolos juegos y aventuras. A los quince años, embarcaron a Amy en un vapor y la enviaron a un internado inglés. Fue a parar a Devonshire, a una escuela de señoritas, y todo cambió. Su infancia siguió siendo su jardín secreto, que le deparaba lo bastante de bueno y maravilloso como para alimentar con su recuerdo toda una vida desdichada. Dos de sus hermanos murieron en la guerra; con su estallido, ella misma escapó a un matrimonio concertado, y de esa manera, cuando terminó la contienda, volvió a encontrarse sola en Londres, pero con independencia económica, gracias a la gran herencia de sus padres.

Su hermano John y ella siempre habían compartido la misma pasión: la música. La música era su secreta lengua de signos, que solo ellos dominaban en su familia. Desde siempre habían amado a Chopin y a Schubert, pero también habían escuchado ese jazz de tan mala reputación, habían bailado

bebop, que entonces era como algo secreto, olvidados de sí mismos, habían competido para ver quién conocía más músicos, quién se sabía más piezas, quién tenía mejor oído, quién conocía mejor la historia de la música. Pero ambos eran lo bastante realistas como para saber que los dos llegarían a ser tan solo músicos mediocres, y por eso se habían propuesto convertirse en los mejores oyentes del mundo. En un Londres dañado por los bombardeos, pero ansioso de resurrección, Amy salía a bailar, iba al East End y buscaba los locales más de moda, en los que actuaban los músicos más emocionantes, más salvajes y más llamativos. Desarrolló un olfato infalible para la buena música. Trabajó amistad con propietarios de clubes dudosos, frecuentó tabernas y bodegas vigiladas por la policía de las costumbres, no temía ir a los más apartados rincones y a las más sórdidas casas flotantes del puerto cuando creía que podía rastrear un talento desconocido en ellos.

Durante esa época pasó su primera noche con una mujer. Su hermano John, el único con el que hablaba abiertamente de su inclinación, le puso en contacto con un amigo suyo, Magnus. Magnus le recordaba a Amy al segundo de sus hermanos, en su contención y en su sensibilidad. Magnus era el único heredero masculino de su padre, que había amasado su fortuna —y era mucha— con el comercio de diamantes, y al que importaba mucho que su hijo homosexual viviera conforme a su nivel social, al menos en apariencia. Organizaron la boda en un visto y no visto, y Magnus y Amy fueron por fin libres para hacer cuanto quisieran. Amy compró la casa de ladrillo rojo en Kings Cross, y la amuebló conforme al gusto de sus padres para mantener la apariencia de un matrimonio convencional. Cuando estaban en Gran Bretaña, Magnus pasaba la mayor parte del tiempo en su casa de campo de Gales, que le servía como refugio y nido amoroso y que Amy jamás visitaba, para respetar su esfera privada. Amy se quedó en Londres. Magnus la trataba con igual discreción, y nunca venía por sorpresa a la ciudad. Era demasiado delicado como para querer poner a su esposa en una situación embarazosa. Se daban el uno al otro, sin tener que hacer nada, con su sola existencia, con ese necio estatus de esposo y esposa, lo que más necesitaban para ser felices: libertad.

En uno de los locales de cabecera de Magnus en el Soho, entre cines eróticos ocultos y casas de alterne, Amy conoció a la bruja pelirroja Fred.

Una pintora austríaca de raíces judías, poco conocida, cuyo nombre oficial era Friederike Liebligh, y cuya falta de éxito en el terreno artístico competía con una legendaria vida amorosa. El rumor decía que el número de sus conquistas habría hecho palidecer de envidia a Safo.

Durante el día, inestable y fría como una roca, descarada e insultante, egocéntrica, anticonvencional hasta lo ofensivo, por las noches era tanto más desinhibida y liberal, enfermizamente apasionada, una erotómana en toda regla. Se decía que si se era una mujer de prestigio, no importaba la orientación sexual, era mejor mantenerse alejada de ella, porque las cazaba a todas. Pero no traía más que dificultades, no tenía dinero ni residencia fija, entraba como un viento de noviembre, fustigaba, se llevaba todo lo que uno poseía y desaparecía tan deprisa como había aparecido. Había que tener miedo de la bruja, decían.

Pero todos esos rumores poco halagüeños sobre la pelirroja eran puros cumplidos y mágicas promesas a los oídos de Amy. Y, cuando vio por primera vez a aquella enjuta desconocida sentada en el bar, y a los otros clientes cuchicheando acerca de ella, se las arregló para que la pelirroja se dirigiera a ella e hizo que le sirvieran el whisky más caro que había en el bar.

Fred no se hizo rogar y se sentó a la mesa de Amy. Tenía un horroroso acento alemán, estrechos ojos de gata, llevaba una camisa blanca de hombre y un pantalón de obrero con las perneras remangadas. Sus rojos cabellos brillaban como el fuego a la luz crepuscular del bar, y no prometían nada bueno.

Aunque la primera noche Amy abandonó el local sin haber respondido a los avances de Fred, y no se dejó ver en él durante semanas, su curiosidad se había despertado. Quería saber si la bruja era realmente una hechicera así. Porque, a pesar de diversas experiencias que había recopilado a lo largo del tiempo en bares, barcos vivienda, clubes y fiestas privadas, Amy seguía sintiéndose torpe. Se avergonzaba de su deseo, se avergonzaba de sus ventajas y nunca sabía hasta dónde debía llegar. Así que Amy volvió al Soho y, después de tres días de espera, en los que cada noche pasó un par de horas junto a la barra, bebió algunos *gin-tonics* y trató de parecer lo más indiferente posible, Fred apareció al fin. Esta vez no tuvo que invitarla a ningún whisky, Fred fue derecha hacia Amy y le tendió la mano. Le contó que había vendido un cuadro y tenía dinero. Ahora le tocaba a ella invitarla y enseñarle un par de sitios más interesantes que aquel bareto.

Recorrieron la zona, festejaron, bebieron, se besaron desinhibidas en plena calle y terminaron en casa de Amy. La bruja se quedó allí varios días, fue atendida por la chica de servicio y la cocinera de Amy, cortejada por su anfitriona y contemplada con ojos ensanchados por el deseo y el entusiasmo. Luego, la pelirroja volvió a desaparecer durante semanas. Aunque Amy sabía que no tenía ningún derecho a esperar otra cosa de Fred que no fuese ser la que era, se sintió engañada. Anduvo por ahí, preguntando a los habitantes de la noche por su amante, sobornando a los camareros para que le dieran información sobre Fred, pero sin éxito.

Fred estaba ilocalizable. Solo la encontraban cuando ella quería, fue la lección que Amy aprendió esos días. Y cuando volvió a aparecer, como si no hubiera pasado nada, y llamó a su puerta, Amy le montó una escena, de la que se avergonzó después. Pero no podía evitar admitir que nunca había deseado tanto a otra persona en este planeta como a esa mujer bajita, casi insignificante, que, si acaso, solamente llamaba la atención por el color de su pelo y no tenía modales, por no decir buen gusto o algo parecido a la consideración.

Naturalmente, como todas las mujeres que hubo antes y después de ella, Amy pretendió ser la primera gran excepción en la vida amorosa de Fred. Con paciencia y mucha indulgencia, con muchas ofertas atractivas, con su incondicionalidad, con su carácter suave y transigente, con su ánimo jovial — porque la austríaca tendía claramente a la melancolía—, con su impresionante audacia en el juego amoroso, amansaría a la bruja y le daría continuidad. Además, Amy tenía algo que la bruja no tenía y de lo que dependía, como todo el mundo: dinero.

Aunque su bienestar no representara para la propia Amy tanto como parecía, sabía muy bien el poder que se podía desplegar cuando se alcanzaba la posición de un mecenas.

Durante las semanas siguientes, alquiló para su amada un viejo almacén del Soho que hizo convertir en un estudio, llamó a algunos amigos de Magnus entusiasmados por el arte, hizo con nombre falso encargos de cuadros a Fred Lieblich y consiguió para Fred todo lo que en el pasado tan dolorosamente le había faltado. Pero en aquel momento, Amy aún conocía demasiado poco a su amante, no podía saber que, desde su juventud, Fred no había sufrido más que privaciones, y que la renuncia y la carencia eran para ella la norma.

Lo que le faltaba lo cogía recorriendo el Soho y el East End y abandonando a la mañana siguiente habitaciones de pensión baratas, pisos de alquiler y sótanos, en todos los cuales dejaba durmiendo a una mujer desnuda. Luego, durante un corto periodo de tiempo, tenía la sensación de tenerlo todo, de ser la dueña del mundo, hasta que la nostalgia volvía a empujarla a la calle. Cuando se quedaba sin pintura, dibujaba con lápiz en una servilleta. Cuando carecía de abrigo, cogía una manta y se envolvía en ella. Cuando no tenía con qué pagarse las bebidas en el bar, miraba fijamente a una de las clientas hasta que ella le preguntaba si pasaba algo. A partir de ese instante, era un juego de niños que la invitara.

A Amy no le quedó más remedio que conformarse con Fred tal cual era..., entre ataques de rabia, desgarradoras declaraciones de amor y maldiciones. Pero solo podía conformarse porque seguía esperando poder llamar suya un día a Fred Lieblich. Al fin y al cabo llevaba la India en la sangre, estaba igual de familiarizada con la renuncia y las privaciones y siempre conseguía lo que quería, y quería a Fred, de eso estaba completamente segura. Aunque Magnus, John y sus amigos trataran incansablemente de convencerla de lo contrario: aprendería a hacerse imprescindible para su amada. Algún día, Fred necesitaría algo más que todas las demás cosas, más que esas aventuras inconscientes y fugaces, más que la vida misma, y Amy podría dárselo. Fuera lo que fuese.

Quizá Amy, desgarrada, cansada de vivir, no se habría lanzado de tal modo a la aventura de Kitty si su encuentro no hubiera venido precedido de dos acontecimientos: la nueva desaparición de Fred y el regreso de John a la India. Con su partida parecía romperse la conexión con su infancia, Amy tuvo miedo a la soledad. Magnus estaba de viaje, en Gales, o en algún otro lugar. Vivía su vida. Pero, algunos días, Amy ya no sabía cuál era su sitio. ¿Quién o qué iba a recordarle su origen, que ella parecía necesitar tanto para cerciorarse de que seguía siendo fiel a ese origen, a esa infancia, a su vida? ¿Debía irse? ¿Seguir a su hermano? Así que la aparición de Kitty fue el clavo ardiendo al que se agarró Amy. La necesitaban.

Una fugitiva de la Unión Soviética, una fugitiva con talento, además, que cantaba maravillosamente bien. Una pequeña sensación. Huida de las negras garras del comunismo, catapultada a la utopía capitalista. Y, antes de que su

nuevo trofeo comprobase que este país y esta ciudad no eran sitio para utopías, no eran un lugar en el que los sueños de los recién llegados se hicieran realidad, Amy tenía que actuar, tenía que insuflar su personalísima utopía a aquel ser melancólico y desconfiado. Tenía que conseguir encerrarla en una cerca tejida de sueños, para que se quedara, para que no derrochara su talento, para que no echara de menos su patria, para que siguiera cantando. Exactamente igual que el que había levantado antaño con sus hermanos, un jardín de barro y felicidad, madera y arena y promesas hechas los unos a los otros.

Ya en ese mismo segundo encuentro, Amy ofreció a Kitty Dzhashi mudarse con ella a un apartamento en su desván. Su marido nunca estaba allí, la mayoría del tiempo estaba sola. Tenía suficiente dinero. Le gustaba ayudar, repetía una y otra vez, y cuando se dio cuenta de que Kitty era demasiado orgullosa para aceptar limosnas le propuso otra forma de pago en sustitución del alquiler: su música.

—Me gustaría presentarte a unos cuantos amigos míos que trabajan en el negocio de la música. Uno es dueño de un club de jazz, puedo llevarte allí. Solo quiero que te oigan, quizá de ahí salga un empleo para ti. Entonces, y solo entonces, me tendrás que pagar el alquiler.

Hizo falta algún tiempo, y todo el poder de convicción de Amy, para que Kitty aceptara el plan, pero cuando llegó, con su única maleta y su guitarra, a la casa de Kings Cross, sintió una profunda emoción al ver la pequeña vivienda del desván.

La cama nueva, las estanterías vacías, con olor a pintura fresca, los cubiertos nuevos en el estrecho hueco de la cocina, las toallas sin usar..., todo eso le daba una sensación de bienvenida. Amy no había escatimado esfuerzos a la hora de amueblar el apartamento. Kitty se sentó al borde de la cama y se quedó allí más de una hora, inmóvil y pensativa, con una sensación que oscilaba entre el agradecido asombro ante aquella generosidad y una cierta incomodidad, que le acometía ante la idea de mudarse a vivir con esa mujer desconocida.

La casa de Amy empezó a llenarse. Los amigos venían a admirar la obra de arte soviética. Todos querían saber cómo había conseguido escapar, por qué había venido a Londres y qué había hecho en su vida anterior. Sacaron

mapamundis y buscaron Georgia y el mar Negro. Incluso Magnus viajó expresamente de Gales a Londres para valorar el nuevo descubrimiento de su esposa. Todo el mundo admiraba a Amy por haber sacado a Kitty del centro de refugiados y por introducirla en la *free community* londinense. Era una rareza, eso lo constataban todos los visitantes y sobre todo la propia Amy, que había que promover y admirar. Kitty, que seguía trabajando en el East End y esperaba la llamada de su amigo sin rostro, aceptaba las alabanzas de Amy y el interés por su música de sus amigos con una indiferente naturalidad. Su talento interpretativo la ayudó. Inventaba historias sobre su huida, mezclaba mentiras y hechos y proporcionaba a los visitantes, que la miraban como si fuera una pieza de museo, lo que querían ver y oír.

Y exactamente en el momento en que Kitty había alcanzado un cierto grado de popularidad en los círculos de Amy, reapareció Fred.

Wunderbar, wunderbar!
What a perfect night for love,
here am I, here you are,
why it's truly wunderbar!
COLE PORTER / ZARAH LEANDER

Como salida de la nada, Fred reapareció en Kings Cross una neblinosa tarde de enero, se sentó a la mesa del salón y preguntó si había algo de comer. Amy, por una parte abrumada de alegría de que su amada hubiera vuelto, y por otra indignada con su desfachatez de entrar sin más y pedir un plato caliente, corrió ella misma a la cocina —la cocinera y la chica tenían el día libre— y preparó a Fred una espléndida cena. Luego, se sentó al otro extremo de la mesa y la miró comer, como si se tratara de una niña carente de apetito que al fin había anunciado que tenía hambre.

De arriba llegaban hasta ellas acordes de guitarra, y Fred miró al techo con la boca llena.

—Apuesto a que aún no sabes nada de mi nueva amiga —empezó cautelosa Amy. Eligió muy conscientemente la palabra *amiga*. Fred negó con

la cabeza y cogió refuerzos del plato.

Amy habló entusiasmada de Kitty, prestando mucha atención a las reacciones de su amada. Esperaba celos, pero no halló más que curiosidad. Pero se rindió en el acto cuando la pelirroja Fred fue hacia ella y empezó a acariciarla, cuando le susurró determinadas palabras que daban testimonio de su nostalgia y de la pasión vinculada a ella.

No tardaron mucho en terminar en el dormitorio de Amy. Kitty había tenido la noche anterior una melodía en el oído, y llevaba todo el día dando vueltas a su nueva canción, que no quería salir con tan poco esfuerzo como las otras veces. Nerviosa, había dejado a un lado la guitarra y bajado a ver a Amy para pedirle consejo. Porque de hecho, Amy tenía un olfato fenomenal para las melodías adecuadas, y aunque Kitty no esperaba ni por un momento que Amy pudiera ayudarla a seguir de verdad una carrera en la música — como Amy afirmaba sin cesar—, sí la había convencido de que creía en su música.

Pero en el salón no había nadie, solamente unos restos de comida daban testimonio de otra presencia. A Kitty le resultaba incómodo estar allí sin Amy, y acababa de volver a retirarse a su escondite cuando oyó unos gritos terribles en la planta baja. Y una voz femenina desconocida. Luego oyó maldecir a Amy, y la puerta de la calle se abrió.

—Haz lo que quieras, y a ver cómo sobrevives, no soy tu maldita cocinera, no es mi misión en la vida, ¡no, gracias!

Luego, Kitty oyó un portazo.

Volvió a abrir con sigilo la puerta de su apartamento y se asomó, bajó un par de peldaños y vio una figura andando por el salón, pero la figura se detuvo en cuanto vio a Kitty, y empezó a caminar hacia ella para —al llegar a su altura— tenderle la mano. Kitty no podía moverse, no sabía adónde mirar, porque la desconocida estaba completamente desnuda.

—Sigo teniendo hambre. ¿Quieres acompañarme? —preguntó la pelirroja mientras seguía su camino hacia el salón, donde se lanzó sobre los restos de la comida—. Soy Fred —añadió.

Kitty no quería parecer descortés. En su patria, dejar comer sola a una invitada habría sido inaudito. Pero ya no estaba en su patria, y además en su patria los invitados no iban desnudos. Con la cabeza baja como un fiel servidor, la había seguido al salón, se había puesto junto a la ventana y había observado el pequeño patio delantero para escapar a la desnudez de la

desconocida.

Fred chasqueó ruidosamente la lengua, se limpió los labios, cogió, con exacto conocimiento de dónde estaba, un whisky del mueble bar y le tendió un vaso.

—Vamos, ¿qué te pasa? ¿Nunca habías visto a una mujer desnuda? Con las prisas no he podido encontrar mi ropa. Si me prestas tu rebeca, no tendrás que seguir soportando la visión de mi cuerpo divino, *darling*.

Kitty se quitó la rebeca enseguida y se la tendió sin volverse.

—Gracias, *darling* —la pelirroja rio y le dejó el vaso de whisky en el alféizar—. *Cheers!*

Solo entonces Kitty se atrevió a darse la vuelta y mirar a la invitada. La mujer estaba cerca de ella, demasiado cerca. Olió a Amy en ella, olió la furia de Amy en ella. La pelirroja sonreía. Pero su sonrisa era distinta de lo que ella conocía como la amable sonrisa de Occidente. Era alegre, pero alegre a pesar de, no porque. Los ojos verdes tenían un brillo insano. Los finos labios estaban bañados en un rojo artificial, aunque la mujer no iba pintada. Parecía alguien que quiere demasiado y recibe demasiado poco.

Aquellos labios rojos le recordaron tanto a Kitty la oscura vivienda de la montaña sagrada, la sangre que salía de la garganta cortada, que apuró de un trago la ardiente bebida y apretó los ojos, porque no quería perder el equilibrio delante de aquel extraño personaje.

Esa proximidad, ese olor, esa mano con la que se apoyaba en el alféizar, la otra con el vaso de whisky, todo era demasiado cercano, demasiado perturbador. Quizá ni siquiera había sido su desnudez lo que había causado tanta inseguridad en Kitty, quizá era esa aterradora familiaridad. Aquel momento la desbordaba, era peligroso, porque Kitty tenía delante una persona que, por primera vez desde que había dejado su país, su vida, la miraba de igual a igual. Le exigía dejar de mirar de abajo arriba. No era una mirada que quisiera cambiarla.

Los labios rojos y el niño muerto. El nacimiento que habría debido celebrar una vida, al fiel servicio de la muerte. Los rulos en el suelo y la sensación de asfixia. Mariam, Mariam, Mariam, Mariam.

Kitty quería que aquella mujer desapareciera en el acto. La odiaba por su mirada penetrante. Odiaba su desnudez. Odiaba su presencia en aquella pacífica casa, que era igual que una declaración de guerra. Odiaba el papel de pieza de museo que ella se veía obligada a representar allí, porque aquella

mujer lo sabía. Guardaron silencio, y el rostro de la pelirroja cambió. Se puso seria, las comisuras de la boca bajaron, sus ojos de gata se estrecharon hasta convertirse en ranuras.

Kitty deseaba que se fuera, y a la vez quería que se quedara. Deseaba reclamar para sí aquella sinceridad. Quería que le mostrara el espejo, el espejo en el que podría verse a la luz de la inmisericordia. Sin falsas esperanzas. Sin falsas aspiraciones y expectativas.

La vida la había engañado, o ella había engañado a la vida, daba igual. Kitty se preguntó si aún era una persona, metida por las mañanas en su habitación del desván, oyendo despertar a la ciudad. Si aún tenía sentido sobrevivir. Y si todas aquellas canciones no eran más que fallidos y míseros intentos de justificar su existencia.

Ahora incluso pensaba que aquellos meses, aquellas gentes, aquellas calles, aquellos lugares y esperanzas no eran más que sueños. Quizá ya no existía, quizá era solo su cuerpo el que todos los días se obligaba a ir hasta la estación de metro, y todo lo que era, lo que había sido, lo que había representado, había muerto en el aula, en la camilla, en la oscura vivienda de la montaña sagrada o en el momento en el que recibió la noticia de la muerte de Mariam.

Lo más trágico del exilio, tanto físico como mental, era quizá el hecho de que se empezaba a ver claro todo y no se podía embellecer nada, que había que aceptarlo todo como era. Ni lo que se había sido en el pasado ni la idea de lo que se podía ser en el futuro contaban.

Fred se había sentado en el alféizar, mecía en el aire las piernas desnudas y tal como estaba, allí sentada mirando a Kitty, tenía algo profundamente infantil. Cogió la botella y volvió a servir a Kitty. A ella le resultaba incómoda la proximidad física, pero no se atrevía a romperla. Porque podía sencillamente respirar, beber, callar y mirar hacia el día neblinoso. No tenía que hacer nada más. La mujer irradiaba una alegre indiferencia. Eso tranquilizó a Kitty. Habría podido quedarse allí sentada aunque hubiera habido un terremoto y la casa se hubiera derrumbado. Cuando ya había abierto los labios para decir algo, se oyó abrirse la puerta y los pasos de Amy en el corredor.

Kitty se volvió de golpe y salió avergonzada del salón, como si no quisiera que la sorprendieran haciendo algo prohibido. Antes de que se fuera, la pelirroja le tiró su rebeca, como si hubiera adivinado los pensamientos de

Kitty y jugara a su juego.

Fred se quedó en la casa las semanas siguientes. Comían juntas y escuchaban música. Fred y Amy salían por las noches y no regresaban hasta la madrugada. Amy parecía feliz, se esforzaba por estar más guapa que de costumbre. Parecía rejuvenecida, juguetona, inclinada a bromear y dispuesta a atender cualquier deseo de su amada antes incluso de que lo expresara.

Al principio, Kitty apenas podía superar la vergüenza cuando la invitaban a compartir la mesa con ellas. Primero, porque consideraba escandalosa la pasión, vivida abiertamente, entre dos mujeres, y segundo, porque no podía olvidar ese primer encuentro sin palabras junto a la ventana. Fred se mostraba como una amante encantadora, galante, solícita. Cuando Kitty entraba al salón a pedir prestado uno de los muchos discos de Amy, veía a Amy sentada en el regazo de Fred, sumida en una profunda y cálida embriaguez, pasándole la mano por el pelo o besándole la punta de la nariz. Entonces Kitty bajaba la cabeza, se disculpaba varias veces, iba hasta el gran armario en el que Amy guardaba su colección de discos y se largaba tan rápido como podía. A Amy no parecía molestarle, le pedía que se quedara, que jugara con ellas a las cartas o fueran juntas al cine. En todos los casos, Kitty lo rechazaba dando las gracias, después del trabajo prefería vagar en la oscuridad por las calles del East End a regresar a casa, solo para no cruzarse en el camino de la extraña pareja.

Era el día libre de Kitty. Había decidido quedarse en la cama y repasar el vocabulario para su primer examen de inglés. Estaba nerviosa, porque sabía que al día siguiente su amigo sin nombre iba a llamarla. Era la primera vez que iba a llamarla a su número privado. Amy había instalado a su protegida una línea de teléfono propia. Desde ahora ya no tendría que correr a la cabina: se tumbaría en su cama, con el auricular pegado a la oreja, y formaría palabras en su lengua materna. Hablaría en voz baja, íntima, no tendría que volverse varias veces para asegurarse de que nadie la observaba, de que sus palabras estaban a salvo.

En la casa reinaba el silencio. Seguro que se habían ido a tomar un desayuno tardío en algún local de moda. Kitty se sentó y cogió su guitarra,

empezó a tocar, de manera confusa, pasando de una canción a otra, sin interrupción, cantaba, enmudecía, empezaba de nuevo.

De pronto, oyó que llamaban a la puerta. Amy nunca subía. Si quería algo de ella, tocaba el timbre abajo, últimamente incluso la telefoneaba. Así que era la pelirroja la que estaba delante de la puerta. Echó una mirada cautelosa al espejo, se apartó los cabellos del rostro y se puso una bata sobre el camión.

—¿Puedo pasar? Nunca he estado aquí arriba.

Sin esperar la respuesta de Kitty, entró. Llevaba unos pantalones de lino blanco y una camiseta interior blanca. El blanco le sentaba bien. Los cabellos rojos, que colgaban en mechones ondulados sobre su frente, hacían un contraste maravilloso con el blanco de su vestimenta.

Dejó vagar la mirada, contemplando los muebles y los objetos personales. El perchero con unos pocos vestidos —Kitty se negaba a aceptar que Amy le regalara ropa—, los dos pares de zapatos, limpios y alineados. La funda de la guitarra. Los platos fregados puestos a secar sobre un paño de cocina.

—No tienes por qué parar. Llevo todo el rato escuchándote desde el descansillo. Cantas realmente bien.

Kitty no dijo nada, dudó un momento. Luego volvió a la cama, se sentó en la posición del loto, cogió la guitarra y empezó a tocar. Aunque nunca se lo había negado a Amy, porque era el precio de su alquiler, nunca lo hacía con la entrega con la que iba a tocar ahora.

Abstraída, con los ojos cerrados, cantó en georgiano. Llevaba mucho tiempo sin cantar con tanto placer, era completamente una con su música. Cuando abrió los ojos, Fred estaba arrodillada delante de ella. Su rostro estaba serio y concentrado, como si hubiera estado todo el tiempo estudiando los rasgos del rostro de Kitty. Nunca había visto esa expresión cuando Amy estaba presente.

Kitty dejó la guitarra a un lado, estiró las piernas y volvió la cabeza. No quería que la miraran de forma tan penetrante.

—¿Todo bien? —balbuceó, cuando la tensión se hizo demasiado grande, y empezó a levantarse.

De pronto, la pelirroja la agarró por la muñeca y la obligó a seguir sentada. Luego apretó la nariz contra la de Kitty, y se quedó así. El olor de aquella mujer era completamente neutro, como si toda su vida fuera un camino a través de la arena. Kitty no se atrevía a mover la cabeza. Aquella proximidad

no era ningún alivio, era, como la mirada en su primer encuentro, un vínculo. Era una cercanía que surgía de un conocimiento y no de un placer. Y era seria. De pura proximidad, se borraba el foco. Los contornos de la persona que había enfrente se desdibujaban. No sabía qué decir, y sobre todo cómo. Y si hubiera podido decirlo en su lengua materna, le habría pasado exactamente lo mismo. Por primera vez desde su llegada a Londres, la lengua extranjera no le parecía una barrera determinante.

Pero, antes de que pudiera formular una frase, Fred puso los labios sobre los suyos. Ella no se movió, su lengua siguió dentro de su boca, el beso fue seco y cauteloso. Como si fueran dos chicas practicando un beso para sus novios. Kitty extendió el brazo y apartó a Fred, luego se deslizó por la cama hacia la pared.

—No creo que...

Kitty se interrumpió. ¿Qué era lo que no creía? ¿Que no era correcto que Fred la besara, porque estaba con la mujer que le daba un techo, o porque ella era una mujer y ese hecho era una barrera infranqueable? ¿O simplemente porque pensaba que esa mujer no iba a hacerle bien, no porque fuera tan desvergonzada y desinhibida, tan egocéntrica y desconsiderada, sino porque, con sus esquiras y arañazos, con sus heridas y su condición de persona desesperadamente perdida, se parecía demasiado a ella? Kitty no sabía nada del camino que esa mujer había dejado atrás, y dudaba de querer saberlo, pero estaba claro que había habido un terremoto en su vida, que le había quitado el suelo bajo los pies y le había enseñado a volar. Estaba convencida de eso.

—Estás cerca de mí, y eso me asusta. Me pregunto por qué ocurre eso. Llevo todo el tiempo preguntándomelo, y no encuentro ninguna respuesta — de pronto, Fred hablaba en alemán. Aquella lengua sorprendió a Kitty. Le resultaba familiar, más familiar que el inglés. Lo había estudiado en el colegio, había querido aprenderlo con Andro. Para Viena. No supo qué decir —. Me has entendido, ¿no? ¿Entiendes alemán?

—No.

—Sí. Sabes exactamente lo que he dicho.

—No.

Kitty encogió las piernas y se las abrazó. Quería que esa mujer se fuera. Quería que esa mujer se quedara. Quizá exactamente ahí, en esa grieta, en ese estado intermedio, podría escapar a sí misma. No pensar en la casa de la

montaña sagrada. No cantar a la muerte. No echar de menos la cabeza rizada de Andro. No arrepentirse de nada. No odiar a su hermano. No odiarse a sí misma por haber sacrificado a Mariam. Por sobrevivir, por aquella supervivencia, por aquella existencia miserable. No pensar en su madre, en su tía, no tener que preocuparse por ellas, por las que habían quedado atrás. No tener solamente un amigo sin nombre ni rostro. No estar aquí. No estar allí. No ser ella misma.

Fred se sentó con ella en la cama. Ya no la miraba. Extendió la mano y cogió la suya. Kitty lo permitió, no la retiró. La mano de Fred recorrió su brazo, subió hasta la clavícula, luego a la cara, al espeso cabello, bajó al cuello. Ahora estaba sentada junto a ella, pero no la miraba. Era mejor así.

Los contactos hicieron sentir nostalgia a Kitty. Sus contactos eran más fáciles de soportar que sus miradas. Le acariciaba sin cesar el busto, el rostro, como si invocara dioses paganos, como si le sacara el miedo del cuerpo. Era como si los pensamientos se hubieran esfumado. Kitty sentía un liviano vacío en su interior. Un vacío que estaba totalmente en calma. Tan solo su cuerpo sentía los cautelosos contactos, sin que la cabeza lograra clasificarlos, valorarlos.

Lo que sucedió fue rápido, y terriblemente fácil. La pelirroja parecía desvergonzadamente experta en lo que hacía. Sentir esas manos en todas las partes de su cuerpo tenía algo de curativo. Se preguntaba cómo era posible. Por qué su cuerpo no se indignaba al ser tocado de ese modo por una mujer. Por qué nada se rebelaba en ella. Por qué se entregaba sin una palabra y sin la menor resistencia. Quizá su cuerpo creía que se trataba de un ritual curativo ejecutado por aquella mujer.

Cuando la mano de Fred llegó a su regazo apretó las piernas, como si tuviera que guardar un secreto, y volvió la cabeza. Algo desconocido iba a ser celebrado, pero hacía mucho que Kitty ya no celebraba fiestas. Y menos aún con extraños.

—Está bien —dijo Fred, y se inclinó sobre Kitty. Hacía bochorno aquella mañana, y el aire era sofocante en la habitación. Fuera se oían pasar coches y peatones—. Mi padre era vienés. Mi madre de Estocolmo. Se conocieron en Viena. Por aquel entonces, él aún era estudiante de Medicina. Más tarde se hizo psiquiatra. Ella estaba interesada en el psicoanálisis, por eso había ido a Viena, pero entonces se enamoró, se casó y quedó embarazada. Yo nací y crecí en Viena —hablaba en voz baja, en alemán, con una mano apoyada

junto a la cabeza de Kitty, mientras con la otra recorría sin descanso sus cicatrices—. Tenía un hermano pequeño. Un hermano tardío, ocho años menor que yo. Creo que mis padres eran felices. A su manera, lo eran. No eran creyentes. Quiero decir, sí que celebrábamos el Janucá y Pésaj, eso sí, y mi hermano fue circuncidado, pero nada más. Lo único acerca de lo que discutían era Viena. Ella odiaba la ciudad, él la amaba. Yo también la quería, pero solo porque no conocía otra cosa, y Estocolmo, donde íbamos a veces a visitar a mis abuelos, me atemorizaba con su inaccesibilidad nórdica.

La respiración de Kitty se acompasó. Cerró los ojos y trató de imaginar Viena, no su Viena y la de Andro, sino la ciudad de aquella mujer que estaba a punto de abrazar su cuerpo. Kitty no entendía todas las palabras, pero podía seguir el hilo, podía rastrear, palpar las palabras que no conocía, saborearlas en la boca y arrancarles de ese modo su sentido. Como si la lengua desconocida no fuera ningún obstáculo entre ella y aquella mujer. Como si no pudiera ser ningún obstáculo.

—Los dos habrán sido igual de infelices a su manera, pero en general eran más felices que infelices, al menos eso creo yo. Quizá porque quiero creerlo. Y eran buenos padres para nosotros, nos querían, tal como creían que nosotros los queríamos. Y quizá incluso era cierto, esa clase de amor equilibrado, contenido, riguroso y a la vez suave. Quizá era lo mejor para nosotros.

La mano de Fred tentaba el talle de Kitty, descendía cada vez más. Kitty sentía cómo le acariciaba las cicatrices. No quería que Fred dejara de hablar, de sentir su piel endurecida allá donde antes habían estado las costuras. Las costuras de Mariam. Mariam, grabada para siempre a fuego en el cuerpo de Kitty. La mano se detuvo.

—Me acuerdo muy bien de cómo empezó. Cómo empezó con esa enfermiza estrella de los judíos. Con la prohibición de trabajar impuesta a mi padre. Con los ataques de pánico de mi madre. Quería irse a Estocolmo, quería irse todo el tiempo, pero él le decía que no había ninguna escapatoria. Si ellos llegaban a Viena, llegarían también a Estocolmo. No se hacía ilusiones acerca de lo que nos esperaba, pero tampoco hizo ningún intento de abandonar el país, de huir. Muchos de sus amigos se habían ido ya. Si no hubiera esperado tanto tiempo, quizá también nosotros... Pero seguramente no creía en la huida. Mi madre no podía comprenderlo. Me acuerdo muy bien de cómo fue cuando vinieron. Toda esa vestimenta negra. La exhibición de

las armas. El tono cortante. Como si utilizaran una lengua distinta de mi lengua materna. Aquellos papeles, aquel sello, ese viaje en tren. Primero fue el gueto de Theresienstadt. Luego nos separaron..., los hombres por un lado, las mujeres por otro.

»Mi madre gritaba sin parar. Mi hermano se hizo pis cuando mi padre lo cogió de la mano y lo apartó de mi madre entre la multitud. Mi madre imploró tanto a ese hombre de las SS, se abrazó a sus rodillas y trató de besarle la mano, todavía recuerdo cuánto me avergoncé de ella, sí, incluso en aquellas circunstancias, sabía que se trataba del bien de mi hermano, y me avergonzaba que se humillara. Le imploró, repetía: es tan pequeño, tan pequeño, señor, decía, tan pequeño, necesita a su madre.

»Yo no comprendía nada. Yo no entendía nada. Ya no era tan pequeña, habría tenido que comprenderlo, pero no podía. No podía imaginar qué significaba un campo de trabajo. Un campo de concentración. Campo, campo, campo. Solo a través del hambre me aproximé a aquellos conceptos. El hambre era una vía hacia la comprensión. Sí, creo que sin el hambre permanente me habría negado a entender lo que estaba pasando.

Se detuvo un momento, dirigió la mirada hacia la ventana, como si quisiera tomar aire y prepararse para lo que aún tenía que decir.

—Es tan paradójico que mi padre y mi hermano se quedaran en Theresienstadt y mi madre y yo fuéramos enviadas de vuelta a Austria. Ella nunca quiso volver allí. Fuimos a parar a Mauthausen. ¿Conoces ese lugar? No, no lo conoces, mejor así. Mauthausen tenía varios campos secundarios. Las fábricas de materiales de construcción, las canteras de granito, trabajo para la industria pesada. Y había varios burdeles. El campo tenía la categoría III, exterminio mediante el trabajo. El único campo de esa categoría en territorio alemán, por cierto. A la gente clasificada como asocial, es decir, los presos preventivos, criminales e indomables, la concentraban allí y se la hacía trabajar hasta morir. No sé explicarte por qué mi madre y yo formábamos, a sus ojos, parte de los asociales. Mi madre fue asignada al trabajo en la cantera. Yo tuve al principio que ocuparme del mantenimiento y desinfección de los barracones de los burdeles, porque mi peso no permitía un trabajo pesado. Esos eran los únicos barracones que no estaban llenos de piojos y plagas. En realidad, los burdeles debían estimular a los presos a rendir más, pero, aunque no les estaba permitido, una y otra vez entraban allí rabos alemanes de raza pura. Lo he visto todo. Por delante y por detrás. Por arriba y

por abajo. La mayoría de las mujeres que *trabajaban* allí venían de Ravensbrück, y a las pocas semanas en Mauthausen la mayoría deseaba volver allí. Al menos allí podían esperar la muerte sin tener que vender sus cuerpos.

»Ni siquiera me echaban cuando se arrojaban sobre las mujeres. Les daba igual que yo estuviera allí, que estuviera mirándolos. A algunos incluso les gustaba, y yo esperaba cada día, contaba con ello, que me llamaran, que me dijeran: Tumbate, levántate la blusa, abre las piernas, chúpame el rabo. Pero creo que fueron las miradas de las mujeres las que me protegieron. Suena tonto, lo sé, pero lo creo. Estoy segura, absolutamente segura. Mientras las montaban volvían la cabeza hacia mí, me miraban, como si quisieran decirme: Hago esto para que tú no tengas que hacerlo.

»Pero entonces llegó Martin. El ario Martin era un hombre popular en el burdel, porque no quería cosas raras, no quería que se pusieran cabeza abajo y abrieran las piernas o que fueran a cuatro patas por el barracón, no quería que se separasen las nalgas o que gruñeran como cerdos. No quería esas cosas. Quería tumbarse, acostarse con ellas, levantarse e irse. A veces incluso abrazaba a alguna cuando le apetecía y se dejaba ir. En una ocasión, hasta vi una lágrima deslizarse por sus mejillas cuando se corrió. Sí, el bueno de Martin tenía una vena sentimental. Y Martin me miraba. Todo el tiempo. Desde el momento en que me vio por primera vez, me miraba. Al principio aún titubeante, cuando creía que yo no lo veía, pero luego de manera cada vez más ofensiva. Hasta que solo me miraba a mí mientras montaba a las otras mujeres. Yo tenía miedo. No sabía lo que eso significaba. Porque aún no había aprendido a interpretar su mirada. Los otros lo hacían para reafirmarse. Para ver en mis ojos de qué lujuria única o de qué perversidad eran capaces. Querían una confirmación. Y yo aprendí a dársela. Aprendí a mirarlos de forma que creyeran que estaba impresionada. Aprendí a reprimir mi compasión por las mujeres y a hermanarme con ellos. Con los asesinos, violadores, sádicos, masoquistas, con los enfermos y los impotentes. Los observaba y les daba a entender que los admiraba por su lascivia enferma y desenfrenada. Aprendí. Con el paso del tiempo me resultaba cada vez más fácil. Pero Martin era distinto. Sus miradas eran distintas. Yo no sabía lo que prometían.

»A veces me miraba temeroso, como si tuviera miedo de mí y de mi presencia, a veces me miraba con la misma codicia que los otros, con la

misma mirada turbia y enloquecida, a veces incluso creía distinguir gritos de ayuda en sus ojos, como si deseara que fuera hacia él, le quitara el fusil y lo librara de sí mismo.

»Llevábamos en el campo cuatro meses y doce días cuando me habló por primera vez. Vino al amanecer, cuando yo empezaba mi trabajo y estaba sola, salió de repente como de la nada y me preguntó si era virgen. Yo asentí. No sabía si era mi sentencia de muerte o mi pasaporte a la libertad. Entonces me sonrió y me preguntó si estaba dispuesta a irme con él. Le pregunté adónde, y él sonrió de oreja a oreja y me mostró el cuello. En la chapa de la guerrera lucía una calavera de las SS. Yo nunca había pensado que aquel Martin tan normal fuera uno de ellos. Me dijo que lo habían asignado a la vigilancia del campo de trabajo de las SS de Wiener-Neustadt. Allí trabajaban, en las fábricas Rax, para la industria armamentística, creo que ya estaban trabajando en los misiles V2. Me dijo que podía llevarme con él, que allí no tendría que trabajar tanto. Que sería su protegida. Tendría una habitación propia y comida suficiente. Y por las noches vendría a visitarme. Pero solo él. No tendría que ver a nadie más... Un compañero había cogido una grave enfermedad venérea, él no podía permitirselo, la higiene en el campo era una catástrofe, deseaba una vida amorosa “normal”. Sí, eso dijo, una vida amorosa normal, y yo era tan bonita, y mi pelo rojo, y...

Entonces Kitty agarró con las manos el cuello de Fred, tiró de su cabeza y la besó. Se enroscó con las piernas al torso de Fred, se pegó a ella como un monito. Pero Fred ya no podía parar, siguió contando como si las palabras salieran de su boca por voluntad propia:

—Dije que sí. Pero dije que no podía ir sola. Veía morir a mi madre, cada día veía desaparecer un trozo de ella, cómo estaba sucumbiendo, sabía que no iría mucho más lejos. Por un momento se enfureció, y pensé que estaba perdida. Primero me insultó, me llamó puta ingrata, cerda judía, pero luego se tranquilizó y, como si no hubiera pasado nada, dijo que vería qué se podía hacer. Y antes de irse volvió a preguntarme si estaba segura de que era virgen. De si realmente no había dejado que nadie me penetrara. Se lo juré.

»Mantuvo su promesa. Nos alojaron en un barracón externo. A mi madre y a mí. Ella sabía exactamente qué precio tendría que pagar yo, pero no hablamos de eso. Tan solo, en las noches en que mi hombre de las SS estaba fuera, venía a verme, me acariciaba las manos y me besaba las sienes.

»Cada noche que estaba sobre mí (así era como quería, así era como más le

gustaba) me aseguraba que me quería. Y en una ocasión incluso lloró. Me decía que teníamos que permanecer juntos, ocurriera lo que ocurriera. Que no podía dejarme ir. Que tenía que quedarse conmigo.

»Cuando empezaron los bombardeos, nos metió en su coche al amanecer, de forma repentina y a hurtadillas. Fuimos a Viena, todavía recuerdo cómo mi madre no pudo evitar vomitar cuando llegamos al distrito VI, en el que estaba nuestra casa, en el que habíamos vivido. Mi padre, mi hermano, ella y yo. Y Martin la insultó y la cubrió de improperios. Ahora pienso que siempre tuvo un poco de miedo de ella, quizá a veces se imaginaba que un día iba a clavarle un cuchillo en la espalda cuando yaciera encima de mí.

»Tuvimos que quedarnos sentadas en el coche. Nos había conseguido ropa de civil para el viaje. Vestidos normales. Completamente *normales*. Sí, habríamos podido pasar por una familia completamente normal. Mi rubia madre, su pelirroja hija y el rubio Martin. Todos habríamos podido pasar por una familia perfecta. A algunas personas incluso podríamos haberles parecido dos cariñosos hermanos de viaje con su madre.

»Mi madre y yo pasamos dos días en un escondite en el edificio de una compañía de seguros que había sido evacuada. Luego nos llevó a Mödling, a un pueblucho próximo a Viena, a una granja abandonada. No teníamos nada de comer, pero de pronto volvíamos a tener esperanza.

»Él regresó a Viena. La ciudad estaba siendo atacada con bombardeos en alfombra, y necesitaban todas sus fuerzas para asegurar los depósitos de combustible. Incluso cuando se decía que los rojos habían tomado Neustadt, que solo era cuestión de tiempo que Viena cayera en manos de los aliados, venía a verme y se acostaba sobre mí. Seguía hablando de un futuro común en Alemania. De que me quería. En lo más hondo, yo seguía teniendo miedo de que pudiera matarnos a tiros como a dos bestias, para borrar sus huellas.

»Y entonces se lo dije. Le dije que le quería y que me alegraba nuestro futuro en Alemania. Sí, se lo dije. Se lo dije en presencia de mi madre. Todavía recuerdo cómo se quedó rígida, pero yo tenía miedo de que no superásemos con vida esos últimos días. Me besó antes de irse y prometió volver una semana después y llevarnos a Alemania. Yo había ganado unos cuantos días para preparar nuestra fuga y correr hacia los rojos o los aliados. No sé si volvió a la granja. Me fui.

»Mi padre y mi hermano no volvieron. Los dos murieron el primer año del campo de concentración. Mi padre de tifus y mi hermano de hambre.

»Mi madre...

Fred calló de golpe, como si se hubiera quedado sin palabras. Enterró el rostro en el cuello de Kitty y se quitó los pantalones. Kitty quería que siguiera hablando, se lo pidió, se lo imploró, pero Fred no dijo una palabra más.

El amor era un veneno lento e insidioso, el amor era pérfido y embustero, el amor era un velo arrojado sobre la miseria del mundo, el amor era pegajoso e indigesto, era un espejo en el que se podía ser lo que no se era, era un fantasma que difundía esperanza donde hacía mucho que no la había, era un escondite en el que se creía encontrar refugio y al final una sola se encontraba a sí misma, era un vago recuerdo de otro amor, era la posibilidad de un rescate que al final era igual que un golpe de gracia, era una guerra sin ganadores, era una valiosa joya en medio de las esquivas con las que una se cortaba, sí, Brilka, en aquellos tiempos el amor era eso.

Kitty sintió que, con sus palabras, Fred la despertaba de su tóxico sueño, que alguien la sostenía, con lágrimas negras y párpados temblorosos, alguien con la urgencia de un *superviviente*.

La luz gris del último día de febrero entraba en el cuarto por los diáfanos visillos. Fred se había levantado y se desperezaba, estiraba las piernas y los brazos. Su piel era de un blanco translúcido. Aquí y allá se le transparentaban las venas azuladas. El triángulo entre sus piernas brillaba con un rojo provocador. Tenía los ojos cerrados con satisfacción y se estiraba a la luz.

De pronto su cuerpo parecía tan frágil, en su expuesta desnudez. Kitty se fijó en él, pero no parecía revelarle nada, contarle nada, como si aquel cuerpo se guardara para sí todo lo importante, como si quisiera ser simplemente un cuerpo, aislado, sin historia reconocible, tan solo un cuerpo blanco de mujer. Nada en él parecía vulgar, ni siquiera seductor, tan agotado como estaba por el amor matinal. A Kitty le parecía inimaginable haber deseado ese cuerpo pocos minutos antes. Enterró el rostro en los cojines.

En el Comisariado de Marina soviético de Moscú tuvo lugar una conferencia secreta dedicada a la construcción del primer submarino nuclear, que llevaba el heroico nombre de *Leninski Komsomol*. Acto seguido, el capitán de marina Konstantin Dzhashi fue elegido vicedirector del proyecto.

Lleno de orgullo, suscribió el documento, se comprometió a mantener el secreto y asistió acto seguido a una selecta cena con científicos y otros representantes de la Armada.

Al mismo tiempo, el Generalísimo se sentaba con su séquito en la grandilocuente sala de cine del Kremlin y obligaba a sus hombres a ver, como de costumbre, uno de sus queridos wésterns o una comedia.

Durante los últimos años, su paranoia había alcanzado cotas insospechadas. La arbitrariedad con la que se revolvía, como un dragón que ya no sabe controlar su fuego, era espantosa, y recordaba la de los años treinta. Como si aquella arbitrariedad solo hubiera sido brevemente interrumpida por la guerra para resucitar ahora con la crueldad de antaño. Cambiaba sus decisiones de un día para otro, de un día para otro sus generales caían en desgracia. En su dacha de Kúntsevo, un pueblo a las afueras de Moscú, al oeste, humillaba a sus ministros, hacía bailar y cantar a sus hombres, los hacía comer hasta que no podían más y beber hasta vomitar. El ambiente en todo el Kremlin, y por tanto en todo el país, tan solo dependía de la manera en que fumaba su pipa: si la fumaba fríamente, eso significaba detenciones y fusilamientos; si se limitaba a tenerla en la mano y no fumaba, se avecinaba uno de sus temidos ataques de ira, y alguien de su corte iba a perder la cabeza; si se rascaba el bigote con la pipa, entonces, y solo entonces, iba a ser un buen día. Haberse perdido una orgía en la dacha del caudillo, o no haber recibido la invitación a ella, prometía deportación, detención o fusilamiento.

Hacía mucho tiempo que ni siquiera el Pequeño Gran Hombre tenía la certeza de que él no caería en desgracia. El jefe del partido en Georgia había sido depuesto poco antes, sus seguidores habían sido detenidos, el Generalísimo había ordenado incluso que el Pequeño Gran Hombre abriera una investigación contra sí mismo; según todos los indicios, tenía la intención de debilitar su inexpugnable posición de fuerza en su patria común.

Después de la película, el caudillo hizo que lo llevaran a Kúntsevo, junto con el Pequeño Gran Hombre y otros tres funcionarios del partido. En su dacha ya estaba servido el exuberante bufé georgiano, y había vino de la región en cantidades ingentes. Durante la cena, se habló del supuesto «complot de los médicos». El Generalísimo había hecho detener poco antes a los más importantes médicos del país y, a la vez, a los médicos del Kremlin. La mayoría de ellos eran judíos, a los que acusaba de ser agentes americanos

que planeaban su derrocamiento.

Despidió a su séquito hacia las cuatro de la mañana. Incluso se permitió dormir un poco. Cuando, a mediodía, el Generalísimo seguía sin aparecer, los guardias se inquietaron. Pero nadie se atrevía a despertarle, porque se podía pagar la molestia con la vida. Solo al atardecer, el teniente de la guardia entró en la habitación en la que el caudillo solía dormir en un sofá rosa. Respiró aliviado: el Generalísimo se encontraba en un estado psíquico normal, porque le asignó tareas y le ordenó recoger el correo del Kremlin. Pero cuando el teniente le llevó el correo, hacia las diez de la noche, encontró al Generalísimo en pijama, tendido en el suelo, consciente pero incapaz de hablar. Se había orinado encima.

La guardia personal lo llevó al gran comedor, con la esperanza de que allí pudiera respirar mejor. Se hicieron llamadas telefónicas. Nadie sabía quién era competente, el Generalísimo no había dejado medidas específicas para esto. Se informó a los tres ilustres: el Pequeño Gran Hombre, Jrushchov y Malenkov. Pero al principio el Pequeño Gran Hombre estaba ilocalizable, no se sabía en casa de qué dama. Cuando por fin llamó a Kúntsevo por teléfono, ordenó a la guardia que no informase a nadie, que no hiciera más llamadas telefónicas. A medianoche, Jrushchov, Bulganin y Malenkov llegaron a Kúntsevo. Sin haber visto al caudillo, dijeron al personal de la casa que el caudillo estaba sencillamente borracho y que no había que molestarlo en ese precario estado. Acto seguido, salieron de la dacha.

Solo mucho después, por la mañana temprano, apareció también el Pequeño Gran Hombre, y cubrió de improperios al personal de la dacha. Era una vergüenza que propagaran el pánico. El caudillo estaba roncando, todo estaba en orden. Pero el personal doméstico no se tranquilizó. Le imploraron que llamase a un médico. Afirmaron que el estado de su señor no era normal.

Empezaron a pensar a qué médico llamar. Los principales estaban detenidos, de ninguna manera se podía llamar a un médico judío, pero tenía que ser por lo menos un catedrático universitario. Por fin, a las siete de la mañana llegó el equipo médico. Dicen que les temblaban tanto las manos durante la revisión que ni siquiera eran capaces de tomarle tranquilamente el pulso. Ninguno de ellos sabía si saldría vivo de esa habitación. Esa misma mañana, el equipo médico anunció su diagnóstico ante el Politburó: derrame cerebral en el hemisferio izquierdo. La situación era extremadamente grave.

¿Fue alivio, miedo o perplejidad lo que se extendió entre los allí reunidos?

Hacía demasiado tiempo que habían depuesto su propia voluntad, su opinión propia, hasta sus propios sentimientos, y ahora estaban allí como marionetas abandonadas por su titiritero.

El Pequeño Gran Hombre se asignó el papel de dar las órdenes. Desde ese momento, se trataba de ganar tiempo para la futura lucha por el poder, aunque en público tuviera que rogar a los médicos que hicieran todo lo que estuviera en sus manos para salvar al caudillo. Dos hombres de su escolta personal montarían guardia junto al lecho, de ese modo, pensó el Pequeño Gran Hombre, podría controlar mejor la situación. Todos los demás vieron con claridad que al fin, después de años de torturas, miedos, amenazas, humillaciones del Generalísimo, creía que le tocaba asumir el cetro.

Al quinto día de agonía, el asesino de millones de personas murió rodeado de su séquito, que lloraba, y del triunfante Pequeño Gran Hombre.

Al Generalísimo le habría gustado su entierro. Incluso muerto, tenía el poder de matar gente: durante el funeral en la Plaza Roja, el 9 de marzo de 1953, cientos de personas fueron pisoteadas o asfixiadas por la multitud.

Incluso los ocupantes de los campos, a los que el muerto había destrozado la vida, robado el futuro, declarado esclavos e infrahumanos, cuyas familias había disuelto, se daban con la cabeza contra las rejas y los alambres de espino, presa de la más profunda desesperación, al recibir la noticia de la muerte del caudillo.

Mientras, Kitty reía a carcajadas en algún lugar entre Camden High Street y Arlington Road. Poco antes, había estado hablando por teléfono con su amigo sin nombre. Había discutido con él los futuros pasos que Amy pensaba dar con ella.

—Si hubiera interés público, puede contar a la prensa lo que quiera, pero en absoluto nada de cómo llegó al país o en qué ciudad estuvo antes, eso es evidente —había respondido escuetamente el sin nombre.

—Así lo haré —prometió Kitty—. No quiero causarle dificultades, por eso quería estar segura... Ha hecho usted tanto por mí.

—Usted no me puede exponer a ningún peligro. Pero tenga cuidado, y si alguien de su patria establece contacto con usted...

—No aceptaré, sí, sí, lo he entendido.

—Por lo demás, parece muy contenta, en un día tan terrible.

—¿Qué día tan terrible?

—¿No se ha enterado? Durante todo el día, en Londres, la radio y los periódicos no hablan de otra cosa.

—¿Qué ha pasado?

—Bueno, nuestra patria está sumida en la consternación y el luto.

—¡Suéltelo de una vez!

—El Generalísimo ha muerto.

Kitty guardó silencio. Su boca repitió, en silencio, la frase. Dejó que las palabras se le fundieran en la lengua: *¡El Generalísimo ha muerto!*

—Tiene usted que ser mi ángel de la guarda —dijo de pronto, y sintió una ligera confusión al otro extremo de la línea. La voz carraspeó, pareció como si la persona a la que aquella voz pertenecía sonriera o hiciera un mohín—. ¡Siempre tiene noticias fantásticas para mí! —su última frase sonó como un grito.

—No debo escuchar algo así, voy a colgar. ¿Hablamos dentro de dos semanas, a la misma hora?

—Sí, sí, estupendo, lo hacemos, ¡gracias!

Luego corrió a la calle y empezó a cantar a voz en grito, dando saltos por la acera, bailando, haciendo piruetas, sonriendo a la gente y aplaudiendo.

Comenzó a enumerar los nombres de las víctimas que se le ocurrían a bote pronto. Primero las víctimas prominentes del arte y la ciencia, de la *intelligentsia*. Luego se acordó de los padres de sus compañeros de clase, de los que se prohibía hablar a sus hijos, los abuelos de sus compañeros, se acordó de médicos que de repente no aparecían por el trabajo, se acordó de profesores y maestros que de repente habían desaparecido, se acordó de amigos de su madre y su tía a los que les faltaba un marido, un hijo, una esposa, una madre, un padre. La lista de nombres era interminable. Todo Arlington Road no bastó para ella, tuvo que emplear calles laterales para pronunciar por lo menos una vez todos los nombres que se le vinieron a la cabeza.

Solo cuando hubo llegado a la estación, dijo: Ramas, Sopio, Andro. Luego, hizo una larga pausa y susurró, para sus adentros: Mariam. Mi hijo.

Ese mismo día, Kitty Dzhashi fue a una entrevista en la radio, acompañada de su mecenas y ahora también intérprete, Amy. Allí tuvo ocasión de cantar una de sus últimas canciones, en cualquier caso en su lengua materna, y hablar del duro destino de una artista y exiliada soviética. Poco después

recibió una oferta para actuar dos veces a la semana en un club de jazz del Soho, y la aceptó con alegría.

Después de que emitieran la entrevista y la Lubianka se encargase de transcribirla, el servicio secreto ruso convocó a Kostia Dzhashi y, tras un largo interrogatorio, tuvo que confirmar por escrito que no tenía intención de establecer contacto alguno con su hermana y que se distanciaba públicamente de ella, más aún: que la calificaba de delatora, tal como eso se entendía en su Estado de origen.

No.
*Ya no despertarás
allá en la nieve,
nunca más.*
Veinte bayonetazos.
Cinco disparos de fusil.
ANNA AJMÁTOVA

El ambiente de luto, opresivo y atemorizado, que reinaba en todo el país, también había contagiado a Nana. Subía con pasos titubeantes la colina hacia la casa de Christine, porque por fin había decidido comunicar al mundo su embarazo, que había mantenido en secreto durante largo tiempo; tampoco podía seguir ocultándolo ya. Y, cuanto más crecía su vientre, también crecía en ella un miedo indefinible a la inminente maternidad. La noticia de su embarazo, que le habían comunicado poco después de la marcha de Kostia, la había trastornado por completo; porque precisamente acababa de conseguir plaza de doctoranda en la Facultad de Lenguas y se preparaba para abordar esa nueva etapa de su vida.

Después de la partida de Kostia, todos a su alrededor parecían más entusiasmados que ella con su estatus de esposa. Ella no sentía nada, y le hubiera gustado estar un poco más eufórica, excitada, quizá incluso más irracional. Pero no constataba en sí misma cambios de importancia. Seguía siendo la misma, solo que en otra casa. Todo el mundo se ocupaba de ella,

todo el mundo tenía a mano consejos acerca de cómo convertirse en la mejor esposa del planeta. Pero ella miraba a su alrededor con sus grandes ojos azules y, sencillamente, no entendía qué había de tan especial en el matrimonio. El poco tiempo que había podido pasar con Kostia no había bastado para estar segura de sí misma, para saber si de verdad le amaba.

La noticia de su embarazo no había hecho más que acrecentar sus dudas acerca de todo aquello del matrimonio y el amor. No había hablado de ello ni a sus amigas ni a su familia, y tampoco a Kostia. En la antigua habitación de Kitty, inclinada sobre su bibliografía especializada, se preguntaba con frecuencia si conocía lo bastante bien a su marido, si sabía siquiera adónde iba. Si algún día podría acompañarlo en su camino. Stasia le abrió la puerta.

—¿Has olvidado la llave? —preguntó sorprendida Stasia, y la siguió a la casa.

—No, pero tengo que decir algo. ¿Ha vuelto ya Christine?

Fueron a la cocina, donde Christine estaba preparando la cena. Y Nana, que a pesar de aquellas semanas de convivencia no se había convertido realmente en parte de la familia, adelantó el vientre y dijo:

—Bueno, ¿os llama algo la atención?

—No creerás en serio que acabamos de darnos cuenta, ¿no? —respondió taimada Christine, y movió incrédula la cabeza.

Nana, un poco decepcionada con la fallida sorpresa, rio con coquetería.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabéis?

—Creo que supimos que esperabas un hijo incluso antes que tú. Debes estar por lo menos en el quinto mes, ¿no?

—¿Por qué no me habéis dicho nada? Mi madre me habría ametrallado a preguntas si lo hubiera sospechado.

—Ella también lo sabe. Quiero decir, todas somos mujeres, querida. Una cosa así es difícil de ocultar.

—¿Puedo decirte algo? —dijo Stasia, y observó los lentos y medidos movimientos de Christine, la forma cuidadosa con la que cortaba el pan, la mantequilla que extendía sobre él suavemente—. ¿De qué tienes miedo?

—Yo..., miedo, ¿cómo se te ocurre?

—Tienes miedo, y me gustaría saber de qué. ¿Por qué te escondes del mundo? Y a tu hijo contigo.

—Yo no me escondo...

Nana no terminó la frase.

Esa misma noche, cuando Stasia se fue a la cama, Christine preparó a la esposa de su sobrino su primer chocolate caliente y la consoló. El chocolate le quitaría el miedo, pensó. Stasia había intentado muchas veces convencer a su hermana de que el chocolate exigía un alto precio a quienes lo probaban, pero Christine se había reído de ella, la había acusado de superstición e ingenuidad.

Así que aquella noche Nana probó su primer chocolate caliente conforme a la receta secreta de mi tatarabuelo, y tuvo una sensación de dicha estupefaciente, abrumadora, única; pura y viva alegría de ser una con el mundo. Un mundo en el que, en algún sitio junto al frío mar, la esperaba un hombre enamorado, y en el que sería posible ofrecer al hijo de ambos una vida hermosa, protegida, feliz.

Al día siguiente, llamaron a Kostia y le informaron de su pronta paternidad. La irritación por la prolongada ocultación de la noticia por parte de su esposa pronto dio paso a la gran alegría por el próximo alumbramiento. Después de que se hiciera público, ejércitos de mujeres se arremolinaron en torno a Nana y no la perdieron de vista hasta el nacimiento de mi madre, el 26 de junio de 1953. Hasta entonces, iban a dificultar la vida de Nana con manzanas recién cogidas y papilla de maíz, sopa de yogur y caldo de pollo, ciruelas maduras y muchos, muchos consejos.

Una mañana, Christine estaba sentada en el jardín, con el periódico en la mano, y se sobresaltó al ver de pronto *su* rostro ocupando una página entera. Bajó el periódico, y sin embargo se quedó mirando el retrato, como si el tiempo se hubiera dado la vuelta de pronto. Como si fuera uno de esos días en los que el Bugatti negro subía la colina de Vera y la recogía en la esquina de la calle, y ella vivía en el miedo constante a que Ramas volviera a casa sin avisar.

Trató de quitarse de encima los recuerdos indeseables, apuró su café y respiró el aroma de las lilas que envuelve la ciudad durante esa estación. Gozó la plenitud de la naturaleza, que Tiflis solía desplegar esplendorosa en mayo, pero ya no tenía la voluntad de enfrentarse a un día así. Volvió a coger el periódico y leyó el texto al pie del retrato: hablaba de la fiesta que el Pequeño Gran Hombre iba a ofrecer el domingo siguiente en su villa real de la calle Matschabeli.

Se celebraba su regreso, se rendía homenaje a su futuro. Se le creía en camino hacia la cumbre suprema del poder. Y de hecho todas las señales, todas las estrellas apuntaban en aquel momento a que pronto sería nombrado próximo rey rojo de aquel imperio. Viceprimer ministro, luego ministro soviético del Interior, el hombre que había conseguido en el plazo más breve la fusión del Ministerio del Interior y el servicio secreto, que incluso llevaba el título de mariscal, el hombre que estaba detrás de la bomba atómica soviética, admitido por fin en el ilustre círculo del Comité Central. Sí, todo hablaba en favor de que el gran georgiano había dejado por fin libre el camino al pequeño georgiano, y le había legado su gigantesco terreno.

Christine volvió a escrutar la fotografía. Los rasgos de su rostro, sus ojos, su expresión, su mirada..., todo le resultaba tan espantosamente familiar. Se preguntó a cuántas como ella habría degustado, masticado y vuelto a escupir. Trató de imaginarse a las nuevas mujeres, más jóvenes, más bellas, a su lado. Se acordó de su última carta, en la que le daba esperanzas relativas a la salvación de Andro. Se acordó de su miedo a esa carta sin firma, del tiempo que había necesitado para abrirla. Se acordó de las rosas que le había enviado todos los días durante un año, cuando pasó meses dolorosos atada a la cama, incapaz de mirarse al espejo, cuando su hermana preparó para ella el chocolate... ¡El chocolate caliente! Y, de pronto, una sonrisa burlona se extendió por su rostro.

Levantó el periódico y apretó contra el pecho la página con su rostro. Como una niña pequeña en el momento de máxima indecisión, que tiene una muñeca nueva en la mano y no sabe si aceptarla o estamparla contra la pared.

Como alcanzada por el rayo, dejó caer el periódico y se precipitó al interior de la casa. Bajó a la bodega, donde antes se encontraba la rara y valiosa colección de vinos de Ramas, y donde ahora pasaban sus días en cajas las cosas que habían dejado de tener función, los vestidos viejos y los recuerdos desterrados. Empezó a abrir las cajas, a hurgar en ellas, a abrirse paso entre la montaña polvorienta de trastos... y al final lo encontró.

Había superado su cenit, y se encaminaba a los cuarenta y seis años, pero aún sabía muy bien cómo maquillar el tiempo y presentar su belleza demediada bajo la mejor luz posible. Con el vestido de seda turquesa en la mano, subió a su habitación, sostuvo la fina tela contra la luz, buscó y encontró los defectos y puso manos a la obra. Los diminutos agujeros de polilla se podían llenar con hermosos bordados, el color resplandeciente se

podía restablecer con el lavado adecuado y un poco de tinte. Lo único importante era que su cuerpo entrara en el vestido.

Se desvistió y se puso el vestido. Después del entierro de Ramas había querido rasgarlo, pero no había sido capaz de sacrificar a su tragedia ese valioso material, con su artístico corte y su elegancia, que dejaba sin aliento. Aun así, para no tener que verlo todos los días, lo había desterrado al sótano. Y, hasta ese día, jamás había pensado siquiera en volver a sacarlo.

Entonces, cuando se lo puso, cuando notó su agradable tacto en las caderas, en las piernas, en el pecho, se sintió por un instante devuelta a la sublimidad real. La sensación que había tenido sin cesar al lado de Ramas. Esa sensación que en su antigua vida le había parecido tan imprescindible. Y que, desde la muerte de Ramas, tan decididamente la había abandonado.

En aquella ocasión llevaba un collar de perlas negras. Entonces, el último día del año 1927. El collar de perlas lo había vendido hacía mucho. Ahora tendría que bastar con un simple cordón de plata.

El vestido le sentaba como un guante. Un sueño de seda turquesa. El vestido con el vertiginoso escote trasero que dejaba al descubierto los hoyuelos encima de las nalgas. El vestido al que su marido había dado su consentimiento con un impresionado, sorprendido, levemente recriminatorio movimiento de la cabeza. El que por un momento le había dejado sin palabras al ver a su mujer. El que había desbordado de tal modo su imaginación que había presumido de ella ante su superior, su *amigo*. Su más valiosa obra de arte. Su diosa.

Si aún hubiera tenido la máscara veneciana y hubiera vuelto a ponérsela, habría cerrado los ojos y oído los sonidos a su alrededor, las risas, el tintineo de las copas de champán, habría olido los más exquisitos platos. Habría podido ver las lentejuelas, habría visto a Stasia con su disfraz de cisne, a Sopo Eristavi disfrazada de hombre, a Ramas con su caro esmoquin. Y, al menos en su imaginación, habría vedado la entrada al ilustre huésped, que se anunciaba con tanto alboroto. No le habría enseñado la casa, no habría conversado con él y habría impedido que su esposo la expusiera ante su huésped como una joya exquisita y única, sabiendo cuánto codiciaba y arrebatada tales joyas su invitado.

Christine trabajó toda la noche en su transformación. Volvió a sumergir el vestido en tinte, lo lavó y lo planchó. La noche siguiente, cuando se miró en el espejo, casi habría podido ser la Christine de entonces, la Christine del

baile de Nochevieja..., si no hubiera llevado una pequeña máscara negra de encaje sobre la mitad izquierda del rostro. Pero estaba satisfecha.

Luego fue a la cocina, metió en el bolso los ingredientes necesarios, que ocultaba de Stasia en un escondite, y se marchó a la cama con el corazón arrebatado.

Guardias vestidos de negro le pidieron su invitación una y otra vez. Pero ella se mantuvo terca, e insistió en que debían llamar a su anfitrión. Sentía sus miradas desconcertadas en su espalda, en sus caderas, sabía que iba a entrar. Sabía que conseguiría hacer retroceder el tiempo. Hubo deliberaciones, enviaron a uno de ellos a la iluminada mansión. Hubo carraspeos, saltaba a la vista que para ellos no era un plato de buen gusto tener que rechazar a esa belleza solo porque no se encontraba en la lista de invitados.

Delante de la mansión paraban limusinas de las que descendían damas con vestidos elegantes y caballeros de traje oscuro. Y en medio ella, que no estaba invitada y aun así atraía todas las miradas. De pie delante de aquellas altas puertas, con ese vestido, era tan fácil ser la antigua Christine, la mujer que todos se volvían a mirar, que todos admiraban, que era amada y amaba, sin saberlo ella misma, de manera tan dolorosamente perfecta. Su alto, triste y desilusionado marido. Le parecía tan fácil creer que aún vivía...

Entonces lo vio avanzar por la ancha avenida de palmeras, por el hermoso jardín que a lo largo del tiempo había hecho construir en torno a su casa como una muralla defensiva. Con sus elegantes cipreses y su exuberante vegetación. Sus plantas exóticas y sus pequeños senderos adoquinados. Un verdadero Shangri-La, de no haber sabido quién habitaba aquella mansión, quién era el dueño de aquel jardín hechizado.

Saludó a algunos de los huéspedes que salían a su encuentro, estrechó manos, sonreía. De pronto se detuvo, con la mirada clavada en ella. La expresión de su rostro cambió, pero desde lejos ella no pudo distinguir, no pudo interpretar, lo que él sentía. Por un momento, creyó que iba a volver a la casa y a dejarla plantada en la entrada, pero entonces dio un paso hacia ella, ignoró a los demás invitados que llegaban y, como un emperador que camina entre su pueblo, que le abre paso por admiración, por miedo, llegó hasta ella. Los guardias se apartaron todos a un tiempo, le concedieron una

resplandeciente entrada en escena, como si se tratara de una estudiada coreografía. Ella compuso la sonrisa más encantadora de la que fue capaz y le tendió la mano. Él la agarró con sus dedos húmedos y calientes, y su rostro adoptó una expresión de la más profunda humildad.

—Pensaba que no ibas a aceptar mi invitación, no quería ponerte en una situación desagradable.

—Ahora soy yo la que te ha puesto en una situación desagradable —lo dijo en voz baja, moviendo apenas los labios. No lo dijo en tono de disculpa, sino con orgullo, con un tono de leve reproche.

—No, no, por favor. ¡Quiero que seas mi más deseada invitada! —le respondió él, y le ofreció su brazo.

Así de fácil fue, así de rápido alcanzó el papel de emperatriz. Y aceptó la oferta, esa noche iba a representar ese papel con la mayor alegría. Y esta vez no necesitaría ensayos. Llevaba preparándose para ese papel desde la noche que le había costado la mitad de su rostro.

Embriagadoramente hermosa y mostrando esa belleza de manera provocativa. Segura de sí misma, inalcanzable, cruzó el gran portón. A su lado, guiada por su brazo. Entre las miradas ardientes y envidiosas de la sociedad ilustre. Entró a la sala repleta, con el más fino suelo de mármol, adornos dorados en el estuco artesanal de los techos interminablemente altos. La orquesta de cámara ya tocaba, las botellas de champán detonaban al ser descorchadas, corría el alcohol.

Solo los más poderosos y bellos se encontraban allí. Los más poderosos y las más bellas. Hombres que durante años pensaron que eran dioses, y mujeres que no conocían otra cosa que el dejarse ir, la embriaguez perpetua, el constante olvido de sí mismas. Los mejores cantantes de la ópera del Estado interpretaban sus arias. Porque el anfitrión amaba lo grande y opulento, lo monumental, amaba la belleza.

Durante toda la noche, Christine no perdió de vista a su anfitrión. El Pequeño Gran Hombre, en medio de su palacio de mármol, bebía champán, se embarcaba en animadas conversaciones con sus huéspedes, escuchaba extasiado a los cantantes y a la orquesta de cámara, que por miedo a cometer errores se elevaba a la forma suprema. Lo vio repartir cumplidos, rozar al descuido cuando pasaba los innumerables hombros desnudos, brazos, caderas

y pechos envueltos en telas ligeras y vaporosas, dejar caer frases ingeniosas y brillar en medio de aquel espectáculo de horror.

Décadas después, Brilka, la organización de derechos humanos que iba a ocupar aquel edificio —¡llamémoslo ironía del destino!— descubriría, al cavar el jardín, restos humanos, y aquel hallazgo habría de conducir a un largo debate social acerca de qué hacer con el edificio. Algunos reclamaban a la administración municipal que derribara la casa, que aplanara el terreno, que borrara de la memoria colectiva todo el horror que podía haber tenido lugar entre aquellos muros. Algunos estaban a favor de mantener aquella maravilla arquitectónica, y otros limitaban a encogerse de hombros y no sabían qué decir. Nadie preguntó por los muertos, nadie siguió sus huellas.

*Oh, hermosa, no cantes
las nostálgicas canciones de Georgia
que despiertan en mí, como en un sueño,
la nostalgia de mi país y de una vida lejana.*
ALEKSANDR PUSHKIN

Christine se alineó entre las damas elegantes que escuchaban con expresión conmovida a la orquesta, y que se pellizcaban unas a otras en cuanto vieron que se unía a ellas.

El Pequeño Gran Hombre irguió la pelada cabeza, se apretó más las redondas gafas contra los ojos de topo y siguió en esa postura cuando una dama pálida acompañada de un hombre bajito y panzudo que vestía un traje verde acometieron «O soave fanciulla», de *La Bohème*. Sus miradas se encontraban una y otra vez a través de la distancia y por encima de los muchos hombros, cuellos, cabezas, brazos, bocas y ojos. Fue hacia ella cuando la cantante, «*Ah tu sol comandi, amor!*», respondió a la invocación de amor del cantante, y se puso a su lado, y entonces ella supo que iba a ganar. Esta noche iba a ganar. Le sobrepasaba en casi una cabeza, con su cuerpo expuesto a la vista, que no había sido desfigurado, que el ácido había respetado. Como por azar, él le tocó el hombro con el suyo.

Las voces de los cantantes se unieron de manera armoniosa, con una suavidad de mantequilla, y él le susurró al oído, en su dialecto georgiano occidental, pegajoso, suave:

—Quédate, quédate hasta que todos se vayan. Eres tan embriagadoramente hermosa —y ella asintió, apartando apenas la cabeza de él.

La embriaguez era grande y atractiva, todo el mundo gustaba de perderse en ella. Y Christine ascendió al trono como reina absoluta e intrépida de ese distinguido baile. Ella ya lo había perdido todo, ya no tenía nada que perder. No debía doblegarse, no tenía que ocultar nada, como los otros huéspedes; no tenía que ser amada y aceptada por ellos. Triunfaba sobre sus envidias, su dependencia desfigurada por el miedo, su ardiente deseo de poder contarse entre los vasallos del anfitrión.

Y, una y otra vez, metía la mano en el bolso y tocaba las oscuras tabletas de chocolate, los frasquitos de especias.

Nunca había creído a su hermana, no creía en dioses ni maldiciones, ya no, hacía mucho que todos los dioses habían sido sustituidos por la estrella roja, pero esa única noche había querido volver a creer en ellos. Esperaba su apoyo. Esa única noche tomaría prestada la fe de su hermana. Creería que el negro sortilegio de su padre tenía el poder que Stasia le atribuía. Que de aquellos ingredientes en su bolso podía surgir la más dulce venganza. Hoy, creería en eso.

Mucho después de medianoche la sala empezó a vaciarse, y él pidió a los agotados músicos que tocaran un vals solo para ella y para él. Pidió a Christine con toda formalidad que le concediera ese baile. Bailó con ella, lentamente, sin ritmo alguno, demasiado agotado por tanto champán dorado, pero bailó con toda su entrega. Ella pensó que nunca había bailado con él antes. Pero cuán a menudo había bailado con Ramas. Y quizá esta vez consiguiera cerrar los ojos e imaginar a su marido guiándola por aquella sala, tan orgulloso de tenerla en sus brazos. Tan feliz.

Abrazó sus estrechos hombros. Asumió el hecho de ser por una noche la soberana de aquel reino terrible. De ser una de esas innumerables mujeres que tanto gustaban de dejarse deslumbrar y embriagar, entregadas al resplandor de la ignorancia, de la represión, del olvido, rechazando toda responsabilidad respecto a un mañana, puesto que habían venido al mundo para el placer y el éxtasis, para embriagar los ánimos masculinos, para amar y ser amadas.

Siempre he imaginado cómo subieron luego, por las anchas escaleras de mármol, hasta sus aposentos privados, cómo entraron al dormitorio gigantesco al que Christine tantas veces había tenido que entrar en su antigua vida. He imaginado que fue ella la que se detuvo delante de él y empezó a desnudarse. He imaginado cómo soltó con un movimiento de la mano el botón del cuello y cómo la suave tela cayó al suelo, cómo lo subyugó.

Sintió satisfacción en ese momento, la satisfacción de haber abolido durante unas horas el tiempo que mediaba entre ahora y entonces. De haberlo sacado completamente de su carril, de confundirlo. No por volver a ser joven y hermosa, con un rostro completo y no con medio, sino porque durante una fracción de segundo fue como si Ramas aún estuviera vivo. Si se acostaba con él, si tenía que acostarse con él cuando estaba allí, en aquella estancia, en aquel lecho, podía imaginar que después se iría a casa y su marido estaría esperándola. Su marido, que hacía mucho que lo sabía todo, que lo había visto todo, incluso el futuro.

Siempre he imaginado, Brilka, que estuvo dispuesta a volver a abrazar a ese hombre una y otra vez para entregarse a esa mentira. Todo era mejor que su muerte. Quizá conseguiría no pensar esa noche en el cadáver enterrado de su esposo, al que no había podido llorar porque le había faltado un rostro para hacerlo.

Él se inclinó y la besó en el cuello. En la mitad intacta de su cuello. Y ella sintió una curiosa, estremecedora desinhibición, como si se hubiera quitado un corsé después de muchos, muchos años. Un corsé hecho de pesadillas. Se tumbó en la cama. Con el cuerpo desnudo y la mitad del rostro cubierto. Él se inclinó sobre ella, se quitó los quevedos, la miró a los ojos y ella apretó los labios contra los de él. Con fuerza, como si fuera a dárselo todo, todo, para poder despertar a la vida una sola vez en sus pensamientos a Ramas, para volver a tener por una vez un rostro completo, y no un monstruoso paisaje volcánico. Junto a la cama había una foto enmarcada de la suave y silenciosa Nina, su mujer. Christine ahuyentó la pregunta de cuánto odio a sí mismo podía digerir un ser humano, y se aferró a la espalda de él.

He imaginado con qué poco esfuerzo fingió la pasión para recuperar su pasado. Cómo se acordó de Ramas, cómo volvió a creer —sí, es así de macabro, Brilka— que estaba cerca de su marido a través de su asesino.

Cómo ella determinó y guio aquel juego que él dominaba con tanta perfección. He imaginado cómo él contempló aquella belleza partida en dos, cómo volvió a embriagarse de ella una y otra vez. He imaginado que el alambre de espino que rodeaba su corazón fue desprendiéndose lentamente, y ella creyó que había atravesado la realidad y entrado en el mundo de los fantasmas.

Y entonces vi cómo ella se erguía sobre él, como una diosa antigua, aparecida para apiadarse de él o condenarlo. La vi, con mi mirada interior, eufórica ante lo que le esperaba, y cómo lo dejaba en plena incertidumbre acerca de qué había de seguir a su mirada. La vi incorporarse y, con movimientos lentos, meditados, controlados, muy precisos, quitarse la máscara del rostro. Desvelar su rostro. Su belleza de ensueño y su insoportable fealdad. Quizá sintiendo placer al poder revelar su daño al causante de este, que había huido de él durante tantos años.

Él había querido verla aquella vez, en aquella Nochevieja, no había podido soportar su máscara. Ahora no tenía otra elección, ahora la destrucción se había encarnado en su rostro, ahora ya no podía quitarse aquella mueca tosca y maltratada, y por primera vez en su vida sintió una cruel gratitud porque su rostro hubiera quedado presa de aquella pesadilla.

Se dejó mirar.

—Tengo una petición —dijo acto seguido.

—Lo que tú quieras —dijo él, y apartó la mirada de ella.

—Te he traído una cosa. Solo he de prepararla. Quiero darte las gracias. Por Andro. Voy a bajar a la cocina y a traerte mi sorpresa. Y quiero que la pruebes. También yo la tomaré —añadió, para no despertar su desconfianza.

Él asintió, aliviado de que se fuera, de no verse obligado a seguir soportando sus abrasiones.

Bajó, desnuda como estaba, como Dios y el Pequeño Gran Hombre la habían creado, y preparó el chocolate caliente.

En una bandeja de plata, le sirvió aquel pecado negro de mágico aroma. Se sentó junto a él en la cama, volviéndole el lado derecho del rostro para no arruinarle el apetito, y metió los dedos en la densa masa. Luego, se los chupó. Fascinado por esa visión, él abrió la boca y esperó a que ella lo alimentara con los dedos. Paciente y satisfecha, lo inició en el secreto de su padre. Él devoró el chocolate a toda prisa.

Durante la reunión del Comité Central del 26 de junio de 1953, el día en que mi madre vio la luz del mundo, el Pequeño Gran Hombre fue detenido, a consecuencia de una conspiración de los otros nueve miembros del Politburó, encabezada por Nikita Jrushchov.

El Pequeño Gran Hombre volvía de las maniobras de verano en Smolensk, adonde lo habían enviado para ganar tiempo y planificar minuciosamente su destitución. Ese día se abrió la sesión en presencia del Pequeño Gran Hombre, en la sala de reuniones. Una hora después, cinco hombres armados de una división especial entraban en la sala. En la antecámara había diecisiete hombres de la NKVD, los vasallos del Pequeño Gran Hombre, que no tenían ni la menor idea de lo que estaba ocurriendo detrás de las puertas cerradas.

—Debe ser detenido en nombre de la ley —anunció Malenkov, y las armas fueron desenfundadas.

El mismo Malenkov que, como el Pequeño Gran Hombre, era uno de los hombres de máxima confianza del Generalísimo, y que en los años treinta había hecho matar aproximadamente a ciento cincuenta mil personas en Armenia y Bielorrusia, viceprimer ministro, que a causa de sus anchas caderas y su voz de pito llevaba el sobrenombre de «Malania», y del que el Pequeño Gran Hombre había dicho en una ocasión: «Si el caudillo ordena matar a uno, Malenkov mata a mil».

¡Ese Malania, esa caricatura de dirigente, estaba ahora con Jrushchov delante de él, el hombre más temido de toda la Unión Soviética, al que el caudillo mismo había llamado «Nuestro Himmler», y hacía que le apuntaran con las armas! En su bolsillo interior se encontraba una hoja arrugada de papel en la que había escrito varias veces la palabra *alarma*. Se supone que antes de la reunión había intuido algo, pero no había tenido oportunidad de hacer llegar la hoja de papel a sus guardias.

Durante la noche del 26 al 27 de junio, el Pequeño Gran Hombre fue sacado en secreto del Kremlin en el asiento trasero de un SIS-110 y llevado a un centro de interrogatorios. Los interrogatorios duraron medio año, hubo pocas confesiones, pero sí varios escritos de petición de clemencia y de acusación contra diversos miembros del Comité Central, de modo que al final al Pequeño Gran Hombre, en su prisión, se le impuso la prohibición de escribir y recibir correspondencia.

Y, por primera vez, su tan elegíaca esposa Nina se activó, se dirigió a un

colega de su marido y escribió una carta a Malania. Estaba segura, escribía, de que se trataba de un malentendido, creía que su marido era un verdadero comunista, que siempre había actuado en beneficio de la patria, el legado de Lenin y el gran Generalísimo, y pedía que, si acaso él había infringido alguna norma sin ser consciente de ello, también a ella se le exigiera plena responsabilidad. Semejante lealtad impresionó a los miembros del Comité Central, en particular a aquellos que, por orden del caudillo, habían negado y hecho detener a sus propias esposas, hermanos, padres y amigos. En un proceso secreto, en diciembre de 1953, se dictó pena de muerte, que supuestamente fue ejecutada ese mismo día. Fue fusilado. Su cadáver, quemado. El deseo de Nina no se tuvo en cuenta, se la dejó con vida. Todavía le quedaban muchos años, durante los cuales tuvo ocasión de custodiar la memoria de su esposo y guardarle una ciega lealtad.

Las actas del proceso ocupan cuarenta volúmenes. En el escrito de la fiscalía hay acusaciones que van desde las persecuciones, detenciones y torturas ilegales hasta los fusilamientos, pasando por violaciones, abuso de poder y envenenamientos. Sin embargo, hasta el día en que se ejecutó la sentencia, el Pequeño Gran Hombre abogó por su inocencia.

Una vez ganada la lucha por el poder y quitado de en medio también a Malania, el gran imperio del Generalísimo fue a parar a las manos de un muchacho campesino de Kalínovka llamado Jrushchov, que había ido al colegio dos años completos, hasta que su padre le había dicho que tenía bastante con poder contar hasta treinta, porque nunca ganaría más de treinta rublos, y que para entonces había dejado atrás una envidiable carrera en el socialismo. Ya en 1937 había escrito al Generalísimo que había identificado personalmente a ocho mil quinientos enemigos del sistema que, a sus ojos, merecían la muerte, por lo que «nuestra mano no debe temblar, tenemos que marchar sobre los cadáveres de nuestros enemigos por el bien del pueblo». Había sido recompensado por eso. Muy generosamente. Y ahora estaba allí, donde su padre nunca hubiera soñado que pudiera llegar. El chico campesino de Kalínovka, que poco antes del final de su vida habría de admitir: «Tengo los brazos sumergidos en sangre hasta los codos».

*Ha dejado muchos herederos en la tierra.
Me parece como si en su tumba hubiera un teléfono, y
volviera a dar órdenes a alguien...
No, no ha muerto.
Considera la muerte rectificable.*
EVGUENI EVTUSHENKO

Kitty estaba sentada en la cocina de Amy, inclinada sobre el *Evening Standard*, cuya portada estaba adornada por una foto del Pequeño Gran Hombre, y la sacudían violentos espasmos de llanto. Llevaba tres años sin saber nada de su familia, y la preocupación y la nostalgia habían alcanzado ya dimensiones bestiales. Pero también fue el día en el que se confesó que amaba a una mujer. Después de una disputa matinal con Amy, Fred Lieblich se había ido una vez más de su casa y se había retirado a su estudio, con el pretexto de estar en una fase productiva.

Kitty había evitado a Fred desde aquella funesta mañana. Llena de remordimientos y de horror por haberse dejado seducir por una mujer, sus estancias en el club de jazz se prolongaron. Después de sus actuaciones, se quedaba más tiempo que de costumbre sentada a las mesas y bebiendo whisky. Dejaba que los clientes la envolvieran en sus conversaciones y representaba con el mayor celo posible el papel de ser la sensación soviética. Correspondía a los miedos y proyecciones ajenas, y los subrayaba con nuevos detalles de terror. Poco a poco, aquella ocupación empezaba incluso a hacerle gracia. Su imaginación escupía imágenes cada vez más violentas y coloridas de su pasado comunista. Los escenarios se iban haciendo cada vez más emocionantes y amenazadores.

Pero, aunque se dejaba invitar a copas por algunos caballeros, o al cine, aceptaba regalos, incluso permitía algunos besos a la puerta de la casa de Amy, no sirvió de nada. Tampoco ser capaz de hablar inglés cambió en nada el hecho de que las personas con las que se encontraba no tenían nada que contarle, y ella no tenía nada que decirles a ellas. La única persona cuyas palabras anhelaba era su amigo anónimo. La única mujer a la que quería dirigir sus palabras era a Fred.

Y, cada vez que no podía evitarlo y oía a las dos mujeres lanzarse pullas y reír entre dientes en el comedor, le acometían unos celos punzantes, quería bajar corriendo y llevarse a Fred, quería arrastrarla a su habitación y contarle todo lo que se le pasaba por la cabeza. Pero se avergonzaba demasiado de ese deseo y enterraba el rostro en los almohadones, lo bastante hondo como para que sus voces y risas no llegaran hasta ella.

Un día, reunió todo su valor y salió a la calle. Cogió el metro al Soho y buscó la dirección que había tomado en secreto de la agenda de Amy. En el fondo, esperaba que no estuviera, que no le abriera la puerta, que tuviera visita. Pero estaba, abrió después del primer timbrazo y enseguida pidió a Kitty que pasara. Estaba sola. Aun así Kitty se quedó de pie en la entrada, como si tuviera miedo de no volver a encontrar la manera de salir.

Fred permaneció plantada en el umbral y miró, con la cabeza inclinada, a su inesperada huésped. Luego, una sonrisa se extendió por sus labios:

—Por favor, deja de hacer eso.

—¿El qué?

—Me miras siempre tan... tan... Sobre todo cuando Amy está delante.

—¿Y cuando no está?

A Fred parecía divertirse su confusión, encendió un cigarrillo y se apoyó contra la pared.

—Entonces, ¿no vas a entrar? ¿O a quitarte la chaqueta? ¿O a tomar un té conmigo? ¿O a ver mis cuadros?

Kitty negó con la cabeza. Una y otra vez, como si se asegurase ella misma en su deseo. Fred extendió la mano. Sin un solo anillo, con las uñas cortadas, muy limpias para tratarse de una pintora. Se quedó así. Esperó. Pero, en realidad, estaba segura de que Kitty iba a seguirla. Como Kitty continuaba titubeando, dejó caer la mano y se fue a paso rápido, como si alguien la persiguiera, desapareció en el gran estudio, al que Kitty no se atrevió a asomarse. Sonó música. Luego, la anfitriona apareció con dos copas de vino en las manos. Seguro que provenían del mueble bar de Amy.

—Es muy bonito, ¿qué es? —preguntó Kitty, y no pudo evitar sonreír al ver a Fred acomodarse en el suelo del vestíbulo. Dio una palmada en el suelo con la mano, invitando a Kitty a sentarse a su lado.

—¿No conoces a Billie Holiday? Bueno, si no quieres entrar, saldré yo. No podía imaginar que no conocieras a Billie Holiday. Precisamente *tú* tenías que conocerla.

Titubeando, Kitty se sentó en el suelo. Hechizada por aquella voz de infinita tristeza.

—¡Necesitas aire, mujer hermosa! Más luz, más libertad, tienes que volver a ser tú misma —dijo de pronto Fred, y su tono fue serio, pensativo, la malicia había desaparecido de su voz.

—Qué quieres de mí —preguntó contenida Kitty, y se llevó la copa a los labios.

—A ti —respondió Fred, riendo de nuevo—. Tan solo a ti.

—Eres una mujer.

—Cierto. ¿Mi sexo no te resulta conocido?

—¿Y Amy?

—Amy no me necesita.

—¡Claro que te necesita!

—Tú y yo formamos un buen equipo, créeme.

Antes de que Kitty pudiera responder, Fred ya se inclinaba hacia ella y se acercaba a su boca. Su beso ya no fue cauteloso. Fue lo que fue: un beso que iba a traer otros besos consigo.

—¿Qué te has creído? —preguntó Kitty, apartando la cabeza—. No sabes nada de mí.

—Sé todo lo que tengo que saber. Te veo.

—No puedo volver a traicionar a una persona. No puedo.

—Limítate a cerrar los ojos. No va a pasarte nada. Yo cuidaré de ti.

Tres meses después del nacimiento de mi madre, una mujer dio a luz en un pueblo del Cáucaso a un niño al que dieron el nombre de Mijaíl. Su apellido era Eristavi.

Aquella noche, Stasia soñó con su fallecida amiga Sopio. Se le apareció luminosa y delicada, con una sonrisa conciliadora en los labios; estaba sentada en un sillón, en una estancia desconocida, y miraba por la ventana hacia un jardín soleado. Stasia, abrumada por la belleza de su amiga, que no parecía haber envejecido un solo día aunque habían pasado veinte años, se quedó en la entrada mirando a Sopio, que se desperezaba al sol.

—Ven aquí, que se está más caliente, Taso —dijo Sopio, haciéndole señas—. No tengas miedo.

Stasia fue hacia su amiga muerta y se sentó con cuidado en el brazo del

sillón. La luz del sol que entraba por la ventana la deslumbró y calentó sus mejillas.

—Te he echado de menos —susurró Stasia entre los cálidos rayos, y acarició con cuidado el hombro de Sopio.

—Sí, ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?

—Sí, mucho. ¿Me guardas rencor?

—No habrías podido cambiar nada. Se está tan calentito, tan calentito aquí, ¿verdad?

—Sopio. Te echo de menos. ¡Mi Sopio!

De pronto, Sopio agarró la mano de Stasia. Su mano era aterciopelada, delicada, joven y llena de fuerza. Stasia se quedó sin habla. Quería decir muchas cosas, explicar muchas cosas, confesarlas, pero no lo lograba, como si de repente se hubiera quedado sin palabras.

—Háblale a mi hijo de un mundo mejor, hazlo... ¡Hazlo!

Apenas había pronunciado esas palabras, y acariciado una vez más la cabeza de Stasia, esta despertó de golpe.

El padre del niño que vino al mundo una calurosa tarde de septiembre era un silencioso trabajador del koljós, que tallaba a escondidas figuras de madera en su habitación iluminada con una lámpara de petróleo (la electricidad era un bien escaso en las montañas) y las escondía debajo de la cama, porque habrían podido considerarse inmorales o destructivas.

Se había casado con una devota campesina que entonces compartía con él los turnos en la fábrica de cereales y a veces le llevaba tomates y ciruelas en conserva, era una de las pocas que le preguntaba qué tal estaba y no lo seguía con miradas severas y desconfiadas, como la mayoría de las gentes del pueblo, para las que aquel forastero barbudo y calvo era una espina clavada. Porque no sabía hacer aguardiente, porque no brindaba en voz alta, porque no se quedaba mirando a las chicas, porque no participaba ni en las fiestas paganas ni en las cristianas ni en las del Estado, porque se negaba a sacrificar corderos por una buena cosecha y porque de vez en cuando iba a la capital de la provincia, acudía a la biblioteca y regresaba con libros bajo el brazo.

Y sin embargo, sentía una profunda humildad ante los ritos de aquellas gentes que vivían tan libres de dudas, tan lejos de toda modernidad, como si tuvieran su propio cómputo del tiempo, pero a la vez aquella falta de interés

apegada a la tradición, aquella superstición, su falta de voluntad de ponerse por encima de las leyes de sus antepasados le causaban una profunda aversión.

Todos los días volvía a esforzarse por no mirar atrás. Y todos los días desaparecía un trozo más de la imagen de Kitty, la mujer de ojos almendrados a la que había querido regalar su visión del mundo. Paso a paso aprendía que la vida no consistía más que en respirar, comer, hacer la digestión, el duro trabajo físico, beber aguardiente y dormir, y que no tenía ningún derecho a esperar otra cosa.

Con el nacimiento de su hijo volvió a él una calidez humana que creía perdida, que se apoderó completamente de su pecho y ensanchó su corazón. De hecho, por primera vez desde hacía años, le conmovió aquel bultito que sostenía en sus brazos. Creía que a través del niño volvería a aprender a amar.

Una tarde, cuando ya había regresado el frío, salió a la calle con el bebé, que dormía pacíficamente, envuelto en un chal de lana tejido a mano; cruzó el patio, recorrió el camino de piedras que llevaba al valle, pasó por delante de las casas de los vecinos, la fábrica, las tiendas, la escuela, se encontró a los pastores que traían sus rebaños de vuelta de las praderas, saludó a las viudas de guerra vestidas de negro que, como todas las tardes, se sentaban juntas en torno a la fuente del pueblo, vio a los más ancianos en la plaza de la iglesia, pasó por delante de la biblioteca local, que no tenía nada que hubiera sido escrito durante los últimos cuarenta años, ante niños que jugaban corriendo ladera abajo perseguidos por un perro pastor, y al caer la tarde llegó hasta la cantera, en la parte sur del bosque que circundaba el valle. Allí, se sentó en una gran piedra, no lejos de una catarata que se precipitaba con inconmensurable furia, desconsiderada, autocrática, y miró a su alrededor. Misha, así acortarían su nombre en el futuro, seguía durmiendo tranquilamente en sus brazos, y ni siquiera el fuerte sonido del agua parecía importarle. Y Andro cerró los ojos, apretó con fuerza contra sí mismo a su hijo, respiró hondo y sonrió. Porque había ido hasta allí para poder volver a sonreír. Y cuando sonrió vio el rostro de ella, el de Kitty, la joven Kitty, con la que había intercambiado los primeros besos en el banco verde de la pequeña ciudad adormilada, y a la que había dedicado todas sus ideas. Y se acordó de la guerra. Se acordó del gulag. Se acordó de la deshumanización que había vivido y que, al parecer, era tan fácil de aceptar, como si la verdadera naturaleza del ser humano fuera lo inhumano.

Brilka, a veces tengo la sensación de que al narrar me falta el aire, de que tengo que detenerme, ir hasta la ventana y respirar hondo. No es porque no encuentre las palabras correctas, ni por la mirada punitiva de los dioses, jueces y coros omnipresentes. Tampoco por las historias, que quieren todas ellas ser contadas; es más bien por los huecos en blanco.

Las historias se solapan, se entrelazan, crecen juntas... Trato de desenredar ese ovillo, porque hay que contar las cosas unas detrás de otras, porque la simultaneidad del mundo no se puede expresar con palabras.

Antes, cuando tenía más o menos tu edad, Brilka, me preguntaba a menudo qué pasaría si la memoria colectiva del mundo conservara unas cosas y perdiera otras. Si todas las guerras y todos esos innumerables reyes, gobernantes, caudillos y mercenarios fueran olvidados, y en los libros no quedarán más que las gentes que habían construido una casa con sus propias manos, plantado un jardín, descubierto una jirafa, descrito una nube y cantado junto a la nuca de una mujer; me preguntaba cómo sabemos que aquellos cuyo nombre ha perdurado son mejores, más inteligentes o más interesantes, solo porque han resistido al tiempo... ¿Dónde quedan los olvidados?

Nosotros decidimos de qué queremos acordarnos y de qué no. El tiempo no tiene nada que ver con eso. Al tiempo le da igual. Pero lo injusto de nuestra historia, Brilka, es que no nos ha dado ni a ti ni a mí la posibilidad de acordarnos de todo, también de todo lo olvidado, que también yo tengo que seleccionar —para ti—, decidir qué es digno de mención y qué no; a veces creo que es una tarea imposible. Lucho contra mi memoria, absolutamente subjetiva. Desde que escribo para ti nuestra historia, con el dónde, el cómo y el porqué, estoy sola. Pero de eso ya te hablaré más adelante, cuando le toque el turno a mi vida, cuando nazca por fin, cuando viva en este reino de las palabras.

Con ese objetivo he postergado todas mis necesidades, si es que tenía alguna, incluso me he prohibido mi dosis diaria de melancolía y me he volcado de lleno en mi tarea. Después de haberme extraviado y perdido tanto en los últimos años de mi vida, ese ascetismo y disciplina férreos, casi monacales, me han hecho y me hacen bien. Es mi viaje. Es una especie de purificación en la que cambio..., y ni siquiera sé qué forma definitiva tendré

después.

Hoy es viernes y el calor de la noche ha atraído aún a más gente; ya intuía que tendría que volver a detenerme. El ruido, el tintineo de las copas y botellas, la música..., todo eso se mezclaba debajo de mis ventanas, en esa seductora sinfonía estival a la que no es posible sustraerse, y me hacía imposible concentrarme en mi tarea. El presente es demasiado presente, demasiado insistente, no puedo escuchar el pasado.

Así que me levanté, me acerqué a la ventana, la abrí, dejé que el aire cálido, veraniego, polvoriento, entrara en mi cuarto y miré las cabezas de las gentes que pasaban. Y entonces ocurrió algo extraño: a lo lejos, allá donde está el cruce de calles, donde el sin techo me saluda todos los días y trata de venderme sus periódicos, vi a Stasia. Stasia, que llegó a alcanzar justo un año menos de un siglo. No, no me he vuelto loca, aparte de que no creo en la locura, pero aun así...

Entonces supe que los fantasmas habían venido a mí, y supe también que era de verdad correcto escribir sus historias para ti. Las nuestras. La tuya. La mía y la de todas las demás personas que se han escrito con su vida en las nuestras. Supe de pronto por qué lo hago, y que está bien hacerlo. Supe que cumplo una función para ti, la función de un hacha que atraviesa las épocas. De pronto, todas mis dudas habían desaparecido.

Comprendí que volverían en algún momento, todos los fantasmas que aún no lo habían contado todo, y que se inclinarían sobre mis palabras. Y reí. Sí, reí. Pensé en ti. Te eché de menos con insoportable nostalgia, pero sentí alivio, sí, lo hice.

He llegado al fin a esta época sin tiempo, más allá de todas las regularidades, y aunque cada día pierdo más el contacto con esta realidad dicha, aunque cada vez sé menos lo que mueve a las gentes allá afuera y lo que me espera después de todo esto, sí sé qué pregunta te haré al final de este viaje, de esta historia. Aunque aún estés lejos, no aquí, aunque aún no intuyas nada de todo esto, aunque sientas una justificada rabia contra mí... Volveré. A ti. Y te haré mi pregunta, y me darás tu respuesta.

¿Cómo podemos actuar como si no supiéramo nada de lo que ha ocurrido?

Dicen que se reía todo el tiempo, cuando era un bebé, y también de niña. Mi madre, Elene Dzhashi, la nieta de Stasia, la sobrina nieta de Christine, la sobrina de Kitty y la hija de Kostia y Nana. Mi madre y la de Daria. La mujer que no se parecía a nadie, ni siquiera a sí misma. La mujer que, por algún motivo inextricable, iba a decidir que sus hijas pagaran sus mayores errores.

Dicen que era muy rápida de niña, muy rápida pensando, exigiendo, queriendo, así que la llamaban «la niña del reactor».

Vino al mundo en el año de la perplejidad, en el año de las nuevas esperanzas, en ese imperio gigantesco que hoy ya no existe. Su padre tomó un permiso de su misión estrictamente secreta y pasó unas semanas, en estado de éxtasis y entusiasmo, al lado de su agotada esposa y su riñe hija. La naturalidad y calma con la que Christine y Stasia acompañaron el nacimiento de Elene le parecieron a Nana mucho más sanas y deseables que la enfermiza preocupación de los miembros de su propia familia; se retiraba a su cuarto en penumbra cuando las visitas de su tía y su madre la desbordaban con sus recomendaciones y métodos educativos. Allí se sentía liberada y, en contra de todos los consejos de sus parientes y amigas, Nana decidió que por el momento no iba a partir detrás de Kostia.

Cuando Christine se enteró de la muerte del Pequeño Gran Hombre, bajó su viejo gramófono del desván e hizo sonar *Norma* por toda la casa. Estaba de pie junto a la ventana, mirando al jardín, y escuchaba la música. Su rostro se mantenía hermético, no revelaba nada, ni dolor ni espanto, ante el hecho de que la maldición del chocolate se hubiera convertido en realidad. ¡Su hermana estaba en lo cierto!

Desde ese día, empezó a comprar obsesivamente grabaciones de ópera, como si se hubiera propuesto hacer una rara y exquisita colección de discos. Ninguna suma le parecía demasiado elevada para su colección. Y al cabo de apenas un año, en la época en que mi madre se negaba a empezar a andar, Christine disponía de una impresionante colección que iba desde Purcell hasta Puccini. En las horas del atardecer, la casa entera se sumía en las voces

de soprano y de bajo que salían del gramófono; cuanto más calor hacía fuera, tanto más deprisa devoraban las voces también el entorno, el jardín asilvestrado, llegaban a las calles estrechas y pavimentadas del barrio y tocaban las puntas de las torres de las viejas iglesias vacías.

Christine escuchaba hechizada y se negaba a bajar la música, hasta que finalmente todas las personas que vivían con ella se vieron obligadas a soportar sus óperas como un subrayado constante de su cotidianidad.

El asilvestramiento empezó con la entrada de la libertad en la casa familiar de Tiflis. Con el nacimiento de Elene. Con sus primeros llantos.

Las plantas lo sintieron y brotaron como enloquecidas en el jardín. Poco a poco, penetraron también en la casa. Incluso los muebles comenzaron a emitir extraños sonidos, y toda clase de pájaros celebraban sus asambleas en el tejado. Mariposas y saltamontes asediaban la casa, gatos vagabundos paseaban a su alrededor, incluso fueron descubiertas ardillas y martas.

La casa respiraba. Estallaba por todas las costuras, librándose del estricto corsé que la había envuelto durante años, empezaba a vivir. Ruidosa, desbordante y ostensiblemente notoria.

Aquel asilvestramiento no pareció molestar a sus habitantes de mayor edad, muy al contrario: las arañas y las mariposas fueron bien recibidas, el revoco que de vez en cuando se desprendía del techo se quedó en el suelo, las plantas dejaron de ser podadas, hasta se dio tregua a las ranas que se habían instalado en la fuente. El polvo que se acumulaba por todas partes no fue limpiado. Stasia incluso se compró un papagayo gris en un criadero y lo bautizó con el nombre de Goya. Tampoco se preocupaba nadie de los cacharros y tulipas que caían víctimas de los vientos de Goya.

Tan solo Nana se enfadó con el rápido avance del abandono, y acometió contra él con todos los medios a su alcance. Corría detrás del ruidoso pájaro, limpiaba y fregaba todos los días, escondía los discos que andaban por ahí para escapar al constante estrépito de Christine. Todo su esfuerzo iba dirigido a que la casa diera una impresión cuidada, perseguía a los insectos, ahuyentaba a los gatos y echaba veneno en la fuente a las ranas. Se quejaba por teléfono a Kostia de los disparates de su madre y de la provocadora pasividad de Christine. Tenía que hablar con ellas, no eran un buen ejemplo para la niña. Elene iba a crecer en medio del caos, nada bueno podía salir de

eso. En vista del abandono de la casa y de la negligencia de las dos hermanas, Nana decidió no volver a la universidad, congelar su tesis durante un tiempo y dedicarse por completo a su papel de madre.

Mi abuelo veía de lejos aquellos acontecimientos en los que no podía influir, una carga contra la que Nana iba a luchar durante toda su vida. Aunque, como respuesta a las quejas de Nana, Kostia se apresuraba siempre a enviar dinero para enmoquetar las habitaciones, reparar las cañerías y poder comprar un balancín de jardín, y a pesar de que Nana contrató incluso a un jardinero para que, una vez por semana, pusiera coto al salvaje crecimiento de las plantas, la casa logró convertirse poco a poco en una casa de elfos, como si solo entonces hubiera descubierto su auténtico destino y estuviera dispuesta a disfrutarlo a pleno pulmón.

Esto permitió a mi madre una infancia en un país mágico. En cuanto su madre la dejaba al cuidado de la abuela y la tía —aunque lo hiciera con enormes reparos, porque no se podía confiar en sus medidas educativas—, el mundo de Elene se transformaba en un mundo sin limitaciones, en el que podía jugar con el papagayo, revolcarse en la suciedad, romper platos, correr y trepar, comer dulces, tirar a Christine del pelo y jugar a hacer muecas con Stasia. En ese lugar, pronto encantado, junto a las dos ancianas todo parecía posible, todo era imaginable, todo era factible. Allí ya no había obstáculos, y eso a nadie podía hacer más feliz que a una niña que lo tenía todo a su alcance.

En el XX Congreso del partido del año 1956, en un discurso secreto que sin embargo se hizo famoso, el nuevo primer secretario del Comité Central, Nikita Jrushchov, sometió al Generalísimo a una dura crítica y pronunció abiertamente, en relación con las brutales depuraciones de su predecesor, la palabra *crimen*. Habló de «aniquilaciones masivas» y «ejecuciones extrajudiciales», habló también de su propia responsabilidad y terminó preguntando: «¿Cómo podemos actuar como si no supiéramos nada de lo que ha ocurrido?». Dicen que, a continuación, se hizo un silencio fantasmagórico; casi todos los presentes, el primer secretario incluido, habían participado con impresionante entrega en aquellas detenciones y ejecuciones. Pero la mera mención de los hechos era a tal punto inaudita que en ese momento ponía en cuestión todas las leyes, estructuras y acuerdos internos vigentes hasta la

fecha. Hasta entonces, en la URSS, el silencio y la conversión en tabú de ciertas prácticas políticas habían significado estabilidad para el país. Ahora, nadie sabía qué iba a seguir a esas palabras.

Cuando el discurso llegó a la opinión pública, los estudiantes empezaron a manifestarse en las calles de Tiflis. La gente estaba en estado de *shock*, se sentía ofendida. La identidad nacional estaba en entredicho, el gran compatriota que había dado paz a lo largo de décadas al interminable Imperio ruso había sido declarado criminal. Ni siquiera aquellos cuyos padres y abuelos habían caído víctimas de su compatriota soportaban la verdad; aunque hacía mucho que tenían que saberla. Lo que aquel patán ucraniano decía era inaudito. La gente se precipitó a los bulevares y a las calles, rodearon la universidad, bloquearon cruces, hubo una rebelión contra la verdad. Porque hacía mucho que las víctimas se habían convertido en verdugos, y los verdugos en víctimas.

El sistema seguía exigiendo su tributo, había miedo a los recuerdos, a los conocimientos, porque habrían podido arrastrar hacia el abismo, desfigurar hasta lo irreconocible la propia vida, todo aquello podía incrementar hasta lo inconmensurable el odio a uno mismo. ¿Cómo iban a seguir viviendo con aquella maldita verdad?

Cuando los guardias de seguridad se enfrentaron a los estudiantes, los mismos guardias de seguridad que hacía pocos años combatían aquella verdad, quedó claro que la verdad iba a ser hueca, que no tendría auténticas consecuencias. Quizá dejara al descubierto cierta relajación y unos cuantos agujeros de bala, por los que se habría podido ver la propia vida desde otra perspectiva, pero ¿quién quería hacer tal cosa? ¿Qué iban a hacer con lo que vieran, más que someterse a esa verdad hasta que fueran enterrados por ella?

Lo indescriptible siempre levanta un muro defensivo en torno a lo descriptible, Brilka.

El Comité Central había empezado a hacer público un audaz giro, que entraría en la historia como «el periodo del deshielo». Creo que ese instante fue un momento único e irrepetible en la historia de la Unión Soviética... y, de manera igualmente única, no fue aprovechado. Se optó por lo que los años habían acreditado. Habría que haber reforzado el ego de Jrushchov, haberle dejado desempeñar más tiempo el papel de héroe y libertador, habría que haber esperado más arrepentimiento y penitencia por parte de la autoridad, y quizá eso habría traído consigo reformas verdaderamente útiles. Reformas

que hubieran echado raíces, y no las ridículas prohibiciones enmascaradas bajo el nombre de reformas.

Se relajó la censura a los medios, se permitió imprimir libros que hasta entonces estaban prohibidos, se limitó el poder de los funcionarios de seguridad, se prohibió la tortura, se permitió una música que hasta entonces no se podía oír en ningún sitio, se concedió la palabra a personas que antes habían estado mudas. Se cerraron gulags, se liberó a los presos políticos, cientos de miles de personas fueron absueltas. Se construyeron nuevos barrios de viviendas, muchos salieron de los miserables *kommunalkas*, los apartamentos compartidos: les dieron baños propios, retretes, cocinas; un lujo impensable hasta la fecha. Se consiguió un fragmento de esfera privada. Y la gente mostró gratitud por esos bocados de libertad que les echaban para que los devorasen.

Pero los pasos hacia la libertad estaban medidos con precisión. Porque el poder es siempre más dulce que el arrepentimiento. Y, cuanto más se adentraba el XX Congreso del partido en las nieblas del pasado, tanto más dulce era la tentación de volver a demostrar poder, de volver a dejar vislumbrar su brillo.

Cuando la ola de sublevaciones alcanzó la Europa del Este y los estudiantes húngaros salieron a la calle para indignarse juntos y hacer su rabia pública, se regresó a los viejos métodos, y la sangre empezó a correr de nuevo.

Dentro del partido había miedo a perder el control, había que volver a sujetar las riendas: se pronunciaron amenazas, se llamó al ejército y todos los que habían creído en las reformas y salido a las calles fueron rápidamente reducidos. Y la «paz» regresó al gigantesco imperio.

Nana fue con Elene al «mar frío», en el norte, así habría de llamar siempre a todos los mares que no fueran el Negro. Nunca había estado allí, era la primera vez que visitaba el mundo de Kostia. Entró a la hermosa vivienda de su marido, en un edificio antiguo, que estaba decorada con austeridad pero con gusto, según pudo constatar. Disfrutó dando largos paseos por el muelle, gozó de la vista vespertina del puerto. Admiró los arbustos de mora y de grosella que orlaban los caminos en el campo, cuando salían de la ciudad con el Volga de Kostia para pasar el fin de semana en una de las dachas de sus

amigos o sentir el calor del *banya*, la sauna rusa. Disfrutó de los conciertos de música clásica en Kislovodsk, donde se sometió a una cura termal y pasó un largo fin de semana.

Gozó de las posibilidades y del respeto que el alto rango de su esposo traía consigo, de la ilimitada atención de su marido, de sus regalos, las tardes tranquilas y escasas, pero mucho más valiosas, con su esposo en la casa, los desayunos y cenas comunes. Disfrutó al ver cómo atendía a Elene, con qué entusiasmo, porque Kostia resultó ser un padre lleno de orgullo por su vivaracha hija de redondas mejillas, y lleno de amorosos sentimientos hacia ella. Nana se preguntaba una y otra vez si aquellas tardes juntos, aquellos largos paseos junto al mar, representaban la felicidad, y si eso era sentir amor.

Se tomaba muchas molestias para ser una buena esposa y contener su secreto rencor hacia la forma en que Stasia y Christine vivían fuera del mundo. Lo hacía por respeto a su marido, y quería ser una buena madre para Elene, una madre que estableciera límites y reglas claras y nítidas, que le dedicara la suficiente atención. Intentó incluso interesarse por el trabajo de su marido, aunque le costaba.

Pero algo la había atacado desde el nacimiento de Elene, algo melancólico, plúmbeo, que no parecía encajar con su forma de ser. Desde que vivía junto a su extravagante suegra y la hermana de esta, desde que se había convertido en miembro de aquella familia, la había atacado un extraño peso; y le disgustaba, casi no se reconocía.

Sin duda, Kostia era un buen marido, o al menos eso afirmaban todos a su alrededor. No la agobiaba, incluso había subordinado su voluntad a la de ella, la había dejado quedarse en su patria, no la había llevado consigo a aquel sitio extranjero, aunque habría estado en su derecho. Le hacía posible llevar una buena vida, era atento, galante, un padre fabuloso... y aun así, algunos días, cuando Kostia estaba trabajando en la administración del puerto u ocupado en uno de los cargueros, se sentía como paralizada, extrañamente carente de fuerzas, como si aquella familia la hubiera dejado sin resistencias, como si entre las dos extrañas hermanas ajenas al mundo hubiera renunciado de forma voluntaria a su responsabilidad por su propia vida. Sus esfuerzos le parecían a veces absurdos, su aspiración al orden, a la claridad, su nostalgia de unas estructuras claras.

—Nunca habláis del pasado, Kostia. ¿Por qué? Ni tu madre ni tu tía ni tú. Sé tan poco acerca de vosotros. No hace mucho encontré en el desván una

caja con fotos antiguas. Ni siquiera tenéis un verdadero álbum. Es grotesco.

Paseaban por la playa, una tarde tranquila. Kostia sonreía mirando a Elene, que dibujaba figuras en la arena húmeda y no oía nada de la conversación, estaba concentrada completamente en su tarea.

—Me parece guapísima, un compañero que nos encontramos ayer en la comida no paraba de decirlo. ¿No te parece también a ti que Elene es una niña llamativamente guapa? —preguntó él, en vez de responder a su pregunta.

—¿Lo ves?, siempre cambias de tema, todos lo hacéis, como si esa fuera vuestra tradición familiar.

—¿Qué quieres saber? Pregunta y punto.

Kostia estaba irritado.

—¿Eres feliz? Por ejemplo, ni siquiera sé si eres feliz. Conmigo.

—Esas cosas no se preguntan, Nana. Esas cosas se sienten.

—Pero tú siempre eres tan, hum, contenido.

—¿Acaso tú no lo eres?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No.

—Eso suena un poco ingenuo. Lo sabes, ¿no?

—Entonces será ingenuo, por Dios, no lo sé. No sé lo que es.

—¿Lo ves? El problema que achacas a otros lo tienes tú misma. Tú eres la insatisfecha. Yo no te impido nada, no te agobio, ¿no? ¿No?

—No.

—Entonces pregúntate qué pasa. Tenemos una hija encantadora, tenemos una buena vida, tenemos...

—Sí, lo sé. Tienes razón. Lo siento.

En ese mismo momento, Elene había dibujado una cara redonda, con dos puntos en vez de ojos, una ancha boca y espesos rizos, y exclamaba entusiasmada:

—¡Kitty!

Tanto Kostia como Nana enmudecieron de golpe y fueron hacia su hija, que señalaba su obra de arte completamente eufórica y orgullosa, alzaba la vista hacia sus padres y esperaba su aprobación.

—¿De dónde ha sacado eso? —Kostia miró a su esposa, que negó confusa con la cabeza—. Tiene que haberlo sacado de alguna parte. ¿Habéis hablado

de ella, en casa, quiero decir? Sabes que no es bueno, y mi madre es la que mejor debería saberlo. Os he pedido muchas veces que ese tema...

—Yo nunca he hablado con ella de tu hermana.

—No puede habérselo inventado, ¿no?

—Elene, cariño —Nana se inclinó hacia su hija—. Dile a mamá quién es. ¿A quién has dibujado?

Y Elene repitió contenta el mismo nombre: Kitty. Kitty. Kitty.

Esa noche, la pareja yacía en su pesada cama de roble y guardaba silencio. Kostia se había vuelto hacia la pared y Nana tenía los ojos cerrados, con la esperanza de poder sacudirse todas sus preguntas y confusiones. Por fin no aguantó más, se sentó en la cama y encendió una de las lamparillas.

—¿Dónde está? Tú sabes dónde está.

—No lo sé.

—Sí que lo sabes. Tú la sacaste del país. Dímelo.

—No lo sé, y haz el favor de dejar ese tema, no quiero que hables de eso delante de mi hija. ¿Has entendido? —en su tono había aparecido algo gélido que Nana no conocía en él, y que no toleraba resistencia.

—¿Qué ha hecho? ¿Qué te ha hecho?

—¡He dicho que basta!

Gritó tan fuerte que Nana se estremeció y se tapó los oídos con las manos. Su marido nunca le había gritado así. Nana tuvo miedo. Tuvo miedo del hombre con el que compartía su lecho, que con ella había engendrado un hijo en una noche sin luz y que en ninguna de las noches de amor que siguieron había emitido un solo ruido. Tuvo miedo del silencio que la rodeaba, y de su propia impotencia, que se extendía cada vez más por su interior.

—¿Qué te pasa? —preguntó Nana en voz baja poco después, se levantó, fue hacia su lado de la cama y se sentó en el borde.

—No me gusta mirar hacia atrás.

—Pero Kostia, así no se puede vivir.

—Hay que hacerlo. Todo lo demás no sirve para nada.

Nana, irritada y desbordada, se lanzó al cuello de su esposo con la esperanza de poder ablandarlo con su ternura, él cedió, se dejó besar y abrazar y terminó tendiéndose sobre su tierna esposa, que desde el nacimiento de su hija se había vuelto algo más rellenita, más redondeada,

más flexible, que olía a pasas y a pan fresco y cuyos cabellos le llegaban hasta la cintura. Su esposa, que seguía siendo joven, radiante, que estaba en la flor de la vida y que ahora yacía debajo de él, repleta de preguntas. Le levantó el camisón, y con la otra mano apagó la lamparilla, como siempre que iba a amarla.

—Deja la luz encendida —susurró Nana, y recibió un «no» muy claro y sonoro como respuesta.

No le llevó la contraria. Él subió por su cuerpo, palpando su vientre, su pecho, su cuello; como siempre que hacían el amor, parecía un poco distante, un poco áspero, un poco ausente. Antes, ella había asumido esa forma de intimidad como algo normal, evidente; había creído que así eran las cosas. Al fin y al cabo no tenía con qué compararlo, pero Nana era lo bastante intuitiva como para darse cuenta, con el paso del tiempo, de que el juego amoroso debía consistir en algo más que en los rápidos movimientos invasivos de su esposo, algo más que en un acto que siempre transcurría igual, en algo más que el silencio.

Se escurrió de debajo de él, se le subió encima, apartó con ternura sus manos de su espalda y empezó a besar su cuerpo tenso y fuerte. Avanzó a tientas, investigó cada palmo de su piel, cada rincón, por diminuto que fuera, cada suave abombamiento, cada pequeña impureza, cada lunar y cada cavidad. Esperaba que el placer le arrancara sus secretos, que ese sentimiento que de repente la acometía con tanta fuerza lo ablandaría también a él; deseaba tanto esas respuestas suyas, deseaba tanto conocerlo de veras aquella noche, verlo de veras, poder mirar cada vez más hondo en su interior. Deseaba tanto que por fin olvidara su férrea disciplina, su autodomínio y su autocontrol, y que se lanzara junto con ella a buscar algo desconocido, a abrir nuevos caminos. ¡Tenía que poder desprenderse por una vez de sí mismo, revelar lo que ocultaba! ¡Tenía que poder entregarse al olvido al menos una vez en sus brazos! Se abrió paso, buscó los lugares que le hicieran más accesible a ella. Y, durante un rato, pareció encontrar el camino, porque él no se resistió. Se dejó investigar, respiró pesadamente, cerró los ojos, tendió hacia ella las manos sin contención alguna. Ella superó su vergüenza, una vergüenza no verbalizada y que sin embargo imponía unos límites tan firmes, y se irguió sobre su cuerpo. Algo le decía que él estaba familiarizado con esa clase de pasión, con esa forma de desenfreno. Y al mismo tiempo ese conocimiento le daba miedo, porque sentía lo poco que esa desinhibición

tenía que ver con ella. Y mientras Kostia, con los ojos apretados, ponía de manifiesto un placer que ella tenía que aceptar en nombre de otra, Nana deseó no haber tomado nunca ese camino, porque ahora no había vuelta atrás, ya no había escondite ante la revelación de aquella noche. Esa revelación que tan cruel e infaliblemente se había mostrado ante Nana, y que decía que el amor de su esposo no le pertenecía.

Aquella noche, comprendió que en lo más profundo de su interior él no era capaz de olvidar, que se aferraba de manera enfermiza a cada uno de los recuerdos de su pasado y que, precisamente por eso, exigía el olvido a los demás. Aún pasaría algún tiempo hasta que se enterase de que era incansable, incansable en la búsqueda de un punto entre el mar y el horizonte en el que fuera posible el encuentro entre el pasado y el presente, y que la imposibilidad de alcanzar ese sitio lo empujaba a los brazos de innumerables damas tiernas, hermosas y perfumadas.

Después de aquella noche en la ciudad portuaria ya no iba a importarle tanto.

Percibiría un sentimiento de lamento, una plana punzada, pero ya no iba a estar en condiciones de lamentarlo seriamente o hacer algo por combatirlo. En ese momento, ya había aceptado la indiferencia ante determinadas cosas como parte integrante de su vida. Y pronto construiría una coraza a su alrededor, en el sentido literal del término. Porque, después de su regreso del «mar frío» a la patria, Nana empezó a engordar, paso a paso, casi imperceptiblemente, hasta que su volumen estuvo en condiciones de ser una muralla para sus sentimientos.

Gracias a los influyentes amigos de Amy, Kitty logró más rápido de lo que pensaba un permiso de residencia, y con él un permiso de trabajo. El número de sus oyentes en el club de jazz aumentaba día tras día, y Amy no se cansaba de impulsar una auténtica campaña de propaganda en favor de su protegida. Otros clubes demandaban a la nueva estrella socialista. Kitty pronto ganó suficiente dinero como para pagar a Amy un alquiler que estaba por debajo del precio que Amy hubiera podido pedir por el apartamento, pero fue como un bálsamo para el bataneado orgullo de Kitty. A los años de sequía de Praga les siguieron años de florecimiento musical. Kitty componía y cantaba, dejaba que Amy tradujera sus textos y acabó firmando incluso un contrato

con su benefactora; desde ese momento, Amy sería la agente de Kitty. Y quería encargarse de que pronto tuviera un contrato con una discográfica. Amy no se cansaba de convencer a sus compatriotas de lo bueno que era ayudar a una fugitiva del campo enemigo, con talento y amante de la libertad, y ofrecerle las adecuadas posibilidades. Desplegó su talento organizativo y planeó del modo más minucioso la carrera de Kitty.

La propia Kitty se limitaba a disfrutar de la posibilidad de verse rodeada de gente con buenas intenciones, poder hacer música e incluso ganar dinero con ella, no esperaba más de su futuro y contemplaba con escepticismo los ambiciosos intentos de Amy de convertirla en una estrella. Pero constataba, con dolor, que echaba de menos a *la voz*, porque sus llamadas telefónicas se habían vuelto menos frecuentes; ya no dependía de su ayuda. Tan solo hablaba de lo estrictamente necesario, le aseguraba que su familia estaba bien, comentaba la situación política en su patria y —como de costumbre— no decía nada de sí mismo.

Amy se había acostumbrado a esas llamadas telefónicas, no hacía preguntas cuando Kitty se retiraba a mantener una conversación en su lengua materna. Al principio se había molestado, también porque Kitty no había querido darle ninguna explicación sobre aquellas llamadas. Pero aceptaba aquellas conversaciones como parte integrante del pasado de Kitty, al que de todos modos le negaba el acceso; porque Amy, que a menudo se había dado cuenta de que Kitty contaba anécdotas cambiantes y contradictorias, había comprendido que se protegía. Jamás hablaba de los verdaderos motivos de su fuga, y solo esporádicamente de su familia, si es que lo hacía. Además, después de aquellas llamadas Kitty solía estar de buen humor y empezaba enseguida a componer, lo que al final también beneficiaba a Amy.

Como de costumbre, aquella tarde Kitty se había sentado junto al teléfono llena de expectativas. Él nunca faltaba a la cita, y ella adoraba esa fiabilidad. Se había preparado un *gin- tonic* y esperaba la voz suave, tranquilizadora, tan familiar. Algunos días se imaginaba un rostro, se imaginaba a un hombre alto, seguro de sí mismo, de finos rasgos, de cabello denso y ondulado. Esa voz merecía un cuerpo a su medida.

—¡Me alegra que llame! —le hubiera gustado cambiar ese formal usted por un simple y sencillo tú—. A las siete en punto de la tarde. Adoro su puntualidad.

—También yo me alegro de oírla.

Sintió un leve embarazo al otro extremo de la línea.

—¿Seguirá llamándome?

—¿No lo estoy haciendo?

—¿Incluso si deja de tener que hacerlo?

—Si usted quiere.

—Sí que quiero. Me da miedo que deje de hacerlo.

—La llamaré siempre que me necesite.

—No es solo eso.

—¿Qué es, entonces?

—No lo sé. Usted es... importante para mí.

—Muchas gracias. He pensado que debo darle un par de consejos para su nuevo permiso de trabajo...

—No quiero hablar de eso ahora. ¿Puedo preguntarle algo?

—Claro.

—¿Está usted aquí? ¿En la misma ciudad?

—¿Cómo se le ocurre tal cosa?

—Está usted aquí.

—Sabe que por desgracia no puedo...

—Está bien. ¿Le gustan las castañas? Hoy he visto algunas. Las adoro. Me recuerdan a mi casa, a mi infancia. Andro y yo... De niños siempre las recogíamos.

—Sí, me gustan.

—¿Y qué más le gusta?

—Me gusta la música. También me gusta su música.

—Usted no conoce mi música.

—Sí. La conozco.

Kitty reflexionó un instante. Naturalmente que estaba allí, en Londres. Compartían el mismo cielo, las mismas calles, las mismas estaciones y rostros. Compartían la misma lluvia y el mismo sol. Aquel pensamiento era consolador. Quizá se sentaba entre sus oyentes en el club, aunque no podía imaginar a ese hombre distinguido en aquel ambiente.

—Me gustaría tanto saber por qué hace todo esto. Y cómo se llama.

—Llámeme como quiera, ya se lo dije una vez. Aceptaré con gusto el nombre que me dé.

—No lo consigo, ningún nombre parece adecuado..., lo bastante bueno.

Le oyó reír, reía raras veces.

—¿Está usted bien, Kitty? —preguntó, y su voz volvió a sonar controlada.

—No lo sé. Estoy confusa.

—¿Qué le hace estar confusa?

—También adoro eso en usted. Esa forma de expresarse, lo que acaba de decir: «Qué le hace estar confusa». Es encantador. Creo que es usted una de esas personas que sueñan despiertas, y siempre he sentido gran afinidad hacia ellas.

—Eso me honra.

—Creo que estoy enamorada.

—Eso es maravilloso.

En su voz no sonaba ninguna alegría. Sonaba muy seria.

—No lo es. Me siento tan necia, tan estúpida. Y no puedo permitirlo.

—¿Por qué no? ¿Hay circunstancias desfavorables?

Sin duda, ahora está sonriendo, pensó Kitty. No quería seguir profundizando en el tema, aunque sentía un gran deseo de poder hablar con él de eso.

—Daría tanto por poder ver su rostro —dijo Kitty.

Otra vez un silencio confuso al otro extremo de la línea.

—Haga lo que considere oportuno, y no piense más en las circunstancias desfavorables. Casi todas las circunstancias que consideramos adversas nos parecen ridículas más tarde, ¿no cree?

Aquella tarde sonámbula, con Billie Holiday de fondo, Kitty había dejado el estudio de Fred con un claro «no». Topaba con sus propios límites en cuanto empezaba a pensar en la pelirroja. Estaba presa dentro de sí misma. Había salido corriendo, aquella tarde, porque no quería traspasar más límites. Con el cruce de las fronteras entre los países, Kitty había capitulado ante todas las demás fronteras. Temía las consecuencias de su «no» y más aún las de un imaginable «sí». Temía salir del mundo que le había sido explicado como el único correcto, y que estaba dividido en hombres y mujeres. Temía perder el favor de Amy.

Aquella tarde, Kitty había decidido llegar y no seguir viajando, consciente de que aquella a la que acababa de volver la espalda no era alguien que esperase llegar a ningún sitio. Consciente de que tenía que vérselas con una persona sin frenos, con una prestidigitadora, con una funambulista.

Había vuelto al refugio de su mecenas de cuento de hadas, el sentido de cuya vida era su carrera, la de Kitty. Y Kitty no estaba dispuesta a que dejara de serlo.

Dos semanas después de su visita al estudio de Fred, vio a su mecenas en su amplio y recargado salón, inclinada con el pecho palpitante sobre el respaldo del sofá, sollozando dramáticamente, y cuando preguntó con cautela cuál era el motivo de sus lágrimas Amy le explicó que Fred se iba a América; no sabía cuándo regresaría. Fred había aceptado la invitación de un fabricante de tejidos de Boston para que le ayudase en sus compras de arte y en la configuración de una nueva galería, en la que Fred también podría exponer sus cuadros. Había liquidado su estudio y dejado a Amy una servilleta en la que le había escrito que pronto volvería a tener noticias suyas; quizá gracias a su nueva fuente de ingresos estuviera en condiciones de invitarla a pasar un fin de semana en Los Hamptons. Como posdata, había añadido saludos a «tu pequeña y temerosa protegida, que por desgracia se tiene en tan poca estima». Al decir eso, Amy tiró la servilleta a los pies de Kitty, con un ademán de exagerado patetismo.

La ausencia de Fred habría de durar dos años, y a pesar de la pena que les causó —abiertamente expresada en Amy y soportada en secreto por Kitty— iba a hacer que las dos que quedaban atrás alcanzaran su punto culminante. Como si Fred Lieblich lo hubiera intuido o incluso querido, como si hubiera dejado el campo libre a las dos damas de su corazón.

Kitty tenía a la espalda su fracaso oriental, ahora iba a empezar la compensación occidental. Eso anunció Amy, y le hizo grabar su primer álbum en lengua inglesa, *You and I*. Su acento, afirmaba Amy, era su marca de fábrica, no debía abandonarlo en ningún caso. La canción resonó en el éter inglés. E invitaron a Kitty a entrevistas en la radio, siempre acompañada por su agente, Amy. Kitty recibió ofertas de clubes claramente más distinguidos que su club de jazz. Amy empezó a pensar en el primer concierto público. Kitty hablaba a los periodistas de su triste pasado, dando una versión que Amy había compuesto para ella; cuanto más triste era la historia, decía Amy, tanto mejores eran las expectativas de una pronta nacionalización.

La era del rockabilly estaba en su apogeo, la llegada de Elvis, y el fogoso rock and roll..., y Kitty, que jamás perteneció a un grupo, a una orientación,

fue convirtiéndose gracias a la ayuda de Amy, con su *pureness* del Este, su polifonía nacional, su música que recordaba constantemente la fuerza de la melodía, en un rostro conocido.

Kitty, tras cuyas huellas has ido, Brilka, en busca de ti misma, y negándote a la vez a ser tú, por miedo a no poder sacudirte todos los fantasmas que nos persiguen en busca de un nuevo comienzo para tu historia, que a la vez va a ser parte de la mía.

V. Elene

*Vertiendo lágrimas de ciegos ojos blancos,
me lanzaré hacia el cielo cual corriente de agua.*

JOSEPH BRODSKY

Desde el comienzo de la Guerra Fría, Jrushchov había triplicado los recursos destinados a la ampliación del armamento nuclear y de la flota de submarinos soviéticos.

La carrera entre los Estados Unidos y la Unión Soviética por la conquista del espacio estaba en pleno curso, y la certeza de tener en sus manos una bomba atómica daba una sensación de omnipotencia a los dos grandes. Ya en 1949 la Unión Soviética había detonado su primera bomba atómica, una reproducción exacta de la bomba americana que había devastado Nagasaki. El Generalísimo había ordenado copiarla a los científicos, no se necesitaban *experimentos*, dicen que había añadido.

Ahora, por orden de Jrushchov, los científicos trabajaban a pleno rendimiento para no quedar por detrás de la competencia americana en ese terreno. El número de ensayos atómicos aumentó de manera amenazadora desde la toma de posesión de Jrushchov, pronto habría de alcanzar las ochenta detonaciones al año; entre 1952 y 1996, se llevaron a cabo setecientos quince ensayos nucleares confirmados solo en la Unión Soviética. Al partido no le interesaban las consecuencias, especialmente la radiación. Bajo el mandato de Jrushchov, los fondos empezaron a afluir a la industria armamentística, cuarenta mil hombres trabajaban en los astilleros en los que se construyeron los primeros submarinos Titán. Mientras el resto del mundo, los Estados Unidos incluidos, disponía en la época de la Guerra Fría de ciento cincuenta y nueve submarinos de propulsión nuclear, la flota soviética contaba con doscientos veintiocho.

Kostia Dzhashi viajó a Nizhni Nóvgorod para dar, lleno de orgullo, el visto bueno al primer ejemplar de submarino de propulsión nuclear.

Mientras el papagayo Goya, Elene, la extravagante abuela y su no menos excéntrica hermana se convertían en un equipo imbatible, Nana retomó su tesis doctoral.

Se esforzaba por ser una contrapartida fuerte a las hermanas. Mientras ellas obedecían tan solo a sus propias normas, Nana exigía a su hija más disciplina, lo que no siempre conseguía, porque Elene había desarrollado una poderosa voluntad propia, de la que Nana hacía responsable a su suegra y a la hermana de esta.

El jardín asilvestrado, el papagayo chillón, las arias de ópera a todo volumen, los viejos collares y lazos del cuarto de Christine reforzaban el espíritu libre de Elene. Se resistía cuanto podía a su madre, y se negaba a aceptar sus medidas educativas. En la lucha por el favor de Elene, las dos viejas damas se sacaban de la manga sin esfuerzo, casi de pasada, un triunfo tras otro. Sus propuestas, sus ofertas, sus mundos eran más emocionantes, más mágicos para Elene que el aburrido régimen de Nana.

Durante las semanas de verano, cuando Kostia venía a su patria y pasaba con su esposa y con su hija un par de semanas junto al mar Negro, entre palmeras o en los balnearios y sanatorios de Borjomi y Sairme, a duras penas se mantenía en pie la imagen de una familia intacta y unida. A Kostia no se le escapaba la expresión malhumorada en los ojos de su hija, y también Nana distinguía la interrogación en la mirada de la niña cuando veía juntos a sus padres, algo que raras veces tenía ocasión de presenciar. Pero precisamente durante esas semanas era cuando Nana hacía el mayor esfuerzo, no quería decepcionar bajo ningún concepto a Elene, quería hacerlo todo aún mejor en ese tiempo sin Stasia y Christine en el que tenía para ella a su hija, quería demostrarse a sí misma y a su marido que sus métodos educativos tenían el mejor de los efectos. Kostia parecía un poco irritado ante su papel de severa madre georgiana, no quería dedicar el poco tiempo que podía pasar con su hija a adoptar medidas pedagógicas, sino a disfrutar de la presencia de la niña, atender cada uno de sus deseos, malcriarla, no quería verse forzado a racionar su afecto. Así que las semanas de verano se convertían en una continua prueba de resistencia para la paciente y, normalmente, tan pacífica

Nana. Maldecía para sí el ingrato papel que le tocaba en suerte. Se sentía desbordada, expuesta, incomprendida, sin apoyos.

Una calurosa tarde de agosto, después de que la pareja tomara en Borjomi las aguas curativas, ricas en yodo, y cenara con otros visitantes acomodados del sanatorio, Kostia se detuvo camino del baño, con una cuchilla de afeitar en la mano, delante de la cama de su mujer, y le comunicó:

—Cuando llegue el momento, Elene debe ir a un colegio adecuado, y eso no será en este país. Quiero que mi hija reciba la mejor educación posible, y gracias a mi puesto tengo posibilidades que sería más que necio por nuestra parte no utilizar.

—¿No pensarás que voy a dejar a mi hija de seis años en una ciudad desconocida, a miles de kilómetros de distancia de mí?

—No quiero discutir contigo, Nana. Tan solo te lo digo con tiempo para que...

—Olvídalo, Kostia. ¡Jamás!

—Dios mío, Nana, ¿cuándo vas a despertar de una vez de tu sueño de bella durmiente patriótica?

—Y tú, ¿cuándo vas a ocuparte alguna vez de alguien que no seas tú mismo?

Con eso terminó la discusión, porque Kostia no respondió a su esposa y se fue al baño a afeitarse en paz. Aquella noche, el matrimonio durmió en camas separadas.

Cuando llegó el momento de escolarizar a Elene, hacía mucho que Nana había perdido la batalla por la influencia sobre su hija que libraba contra el mundo de cuento de Stasia y Christine; entre dos males, optó por el que en su opinión era el menor y decidió que era mejor tener una hija rusófila, pero disciplinada, segura de sí misma e instruida, a una salvaje, alejada del mundo y, en el peor de los casos, loca.

Stasia y Christine se alarmaron al conocer los planes moscovitas para Elene. Protestaron, argumentaron, amenazaron, pero Nana se mantuvo firme y dijo que era el deseo de su esposo. Elene lloró, se escondió, utilizó palabras obscenas y sacó la lengua a su madre; pero, naturalmente, todo eso sirvió de poco. Nana se mantuvo férrea: su hija no iba a crecer en esa casa, rodeada por dos enajenadas. Por fin iba a adquirir una formación sólida, aprendería a

comportarse como una niña, en vez de chillar como un animal furioso; se vestiría de manera decente, comería de manera decente, hablaría de manera decente.

La penúltima noche anterior a que Nana acompañara a su hija al aeropuerto con el corazón en un puño y un destino claro, Stasia decidió emplear la magia de su padre para hacer cambiar de opinión a Nana. Por primera vez desde hacía muchos años, preparó el chocolate caliente. El olor atrajo a Nana a la cocina, como Stasia había esperado y, tan ignorante como desvalida, se sentó a la mesa y miró a su suegra con ojos de gratitud. Y mientras se tomaba, en éxtasis, el espeso chocolate, Stasia le habló y trató de convencerla de que no se llevara a Elene, y por un pelo no hizo cambiar de opinión a su nuera, ablandada y sometida por el mágico alimento. Pero en ese preciso instante una adormilada Elene entró en la cocina con su pijama amarillo, despertada por el aroma más hechicero del mundo, y antes de que Stasia pudiera impedirlo ya había hundido los dedos en la taza de su madre y se los había metido en la boca. Stasia se quedó petrificada, cerró los ojos y esperó un milagro. Un milagro que hiciera retroceder ese momento. Pero no hay milagros como ese, Brilka.

Aquella noche, Stasia yació insomne en su cama e imploró a todos los dioses que había y que no había que librasen a esa niña maravillosa, a la que tanto quería, de la maldición del chocolate.

La noche siguiente, cuando Elene —acompañada por los lamentos de Stasia— estaba metiendo medias y braguitas en la maleta, llamaron a la puerta. Stasia, todavía impresionada por el incidente de la noche anterior, fue a abrir y se quedó petrificada: delante de ella estaba, calvo y barbudo, Andro Eristavi. Llevaba de la mano una copia joven de sí mismo; los mismos rizos, solo que oscuros, los mismos ojos, solo que más coloridos, la misma estatura, solo que más recio. Tan solo la nariz del chico era un poco más grande, y los labios un poco más gruesos.

Una visita igual que un mal presagio. La conciencia de Stasia libró por un momento una auténtica guerra contra su razón, ante su mirada interior apareció la madre de Andro, que le pedía que enseñara a su hijo un mundo bueno. Se lanzó al cuello de Andro y le besó como si fuera de la edad del niño que llevaba de la mano. Elene, feliz de verse liberada por la sorpresiva

visita de su triste deber de hacer la maleta, se lanzó hacia Misha y lo examinó a su manera áspera e inquisitiva.

Rápidamente pusieron la mesa, y Andro y Misha tomaron asiento entre Stasia y Christine. Se quedaron sentados en silencio, con las cabezas gachas, como si aquel sitio no les correspondiera. El chico —muy al contrario que Elene, que durante toda la comida no fue capaz de cerrar la boca, y dijo todo lo que se le pasaba por la mente— comía como un adulto sus hamburguesas, cortadas en trocitos muy pequeños, y daba las gracias cada vez que le acercaban algo.

Después de la comida, Elene se puso en pie de un salto y apartó a Misha de la mesa tirándole de la manga, quería llevárselo al jardín y enseñarle a Goya. Al llegar el momento del café turco Nana también se disculpó, aún tenía que preparar cosas para el viaje. A solas con Christine y Stasia, Andro pudo al fin expresar el motivo de su visita.

—Quiero enviarlo al colegio en la ciudad. Hay un programa para niños del koljós con especiales dotes, y Misha es listo. Sabéis que no me van a dar permiso para empadronarme, pero si pudierais...

Hubo una larga pausa. Luego, Stasia cubrió la mano de Andro con la suya y asintió comprensiva.

—Claro —dijo, siempre con el rostro de Sopo ante los ojos. Ahora veía su oportunidad de cumplir su deber para con ella y reparar con Misha lo que había dejado de hacer con Andro.

Christine carraspeó, parecía sorprendida ante la rápida decisión de su hermana de aceptar en la casa sin más a un niño ajeno. Porque ya antes habían fracasado lamentablemente en ese empeño. Andro abrazó a Stasia dubitativo, y le dio un beso en el hombro. Fue un gesto triste, prueba al mismo tiempo de una profunda humillación. Stasia sintió alivio en el pecho. Pero de pronto él se levantó como si fuera a irse, volvió a sentarse, tironeó nervioso del mantel.

—¿Qué tal está Kitty? ¿Dónde está?

Stasia y Christine se sobresaltaron. Fueron a objetar algo, a decir que era mejor no tocar ese tema, que tampoco ellas sabían nada, que sufrían bajo el peso de aquella ignorancia, que harían cualquier cosa para no volverse locas de preocupación por ella, porque Kostia se negaba a darles información, lo único que sabían era que estaba en Inglaterra y a salvo. Pero entonces a Stasia se le saltaron las lágrimas, lloró sin ruido, las lágrimas corrieron por sus

hundidas mejillas. Y ni Andro ni Christine hicieron intento alguno por consolarla, porque no había consuelo para una madre que había perdido a su hija. En el jardín, oyeron la alegre risa de Elene y el jadeo de Misha.

A la mañana siguiente, Nana se fue a Moscú con Elene. Ljuba, la vieja ama de llaves de su marido, había preparado la casa de su esposo en el bulevar Nikitsky para recibir a la pequeña princesa. Desde allí, el 1 de septiembre, Elene sería enviada a una de las refinadas escuelas en las que compartían pupitre los hijos de los funcionarios del partido, directores y miembros de los mandos superiores del ejército. Y ese mismo 1 de septiembre, Misha saldría de la casa en la colina de Vera y entraría en primer curso en una sencilla escuela de Tiflis.

Elene odió Moscú desde el principio, pero sobre todo odió el colegio. Odiaba su uniforme de pesada lana parda, el rasposo delantal blanco almidonado, las cintas blancas para el pelo, odiaba a los severos profesores y a sus compañeros, ninguno de los cuales era como ella. Odiaba a sus padres por haberla llevado allí, y odiaba el clima frío y gris de aquella gigantesca ciudad grisácea.

Odiaba los sombríos pasillos de suelos de mármol del alto edificio del colegio, no lejos de lo que hoy es el parque Gorki. Odiaba al chófer de su padre que la llevaba allí todos los días y regresaba luego a recogerla. Odiaba los desfiles en honor del socialismo y el partido al final de cada mes. Odiaba hasta los domingos, cuando su padre se tomaba el día libre para ella y trataba de hablarle como a un adulto, como si se le pudiera exigir que fuera lo bastante mayor e inteligente para eso. No quería tener que jugar a ser adulta, mayor y lo bastante inteligente para su padre. Aunque le tenía cariño a Ljuba, que se ocupaba de ella, que le preparaba sus queridos blinis, también odiaba el hecho de tenerle cariño.

Pero, sobre todo, odiaba la voz del chico de su misma edad que el día de su partida se había trasladado a su casa, sin que nadie se lo pidiera y sin que ella fuese capaz de entenderlo, y había ocupado su lugar; odiaba su voz satisfecha, que oía al fondo cuando hablaba por teléfono con su madre, su abuela o su tía. Ella debía estar en el lugar en el que él estaba, ella debía ser él, debía llevar la vida que él llevaba.

En cambio, Misha amaba todo lo que le ofrecía la vida en Tiflis. El

colegio, la ciudad, las extrañas hermanas, la contenida Nana, fiel a sus principios; amaba la atención culpable que se le brindaba; amaba el derecho a poder ser por fin un niño, porque en la casa no tenía que hacer ningún trabajo, no tenía que mantener limpio el patio, no tenía que oír constantemente que debía portarse como un hombre y no como un gallina, ni tampoco tenía que participar de los intimidantes rituales paganos de su pueblo natal.

Nana se vio obligada a reconocer que Misha era muy diferente a Elene, un auténtico regalo en lo que a atención, buenos modales, contención y cortesía se refería. Era moldeable como arcilla fresca, agradecido por cada ademán, indulgente, tímido y nada inclinado a las tonterías. No se entregaba a inconveniencias. No era especialmente popular en el colegio pero, en cambio, sacaba unas notas bastante buenas, y nunca había que recordarle que debía hacer los deberes. Su presencia en la casa era casi imperceptible. Jamás interrumpía las conversaciones de los adultos, no hacía ruidos al comer en la mesa, se lavaba, pasaba de puntillas por delante de los dormitorios de las señoras y no daba a ninguna de las habitantes de la casa el menor motivo de queja o de reproche. Nana se preguntaba de dónde había sacado ese chico campesino semejantes modales, y a veces se cuestionaba, se preguntaba si era una buena madre, si había hecho las cosas mal con su hija, si había sido un error exponer a la niña a la influencia de aquellas mujeres ajenas al mundo, si no habría sido mejor irse con Elene y su marido a Moscú cuando su oferta de llevar, como él había dicho, «la vida de una familia normal» aún estaba en pie. Le resultaba casi embarazoso tener que admitir que miraría el futuro con mucha menor preocupación si su hija tuviera las cualidades que tenía Misha.

Misha sucumbió desde el primer día al hechizo de Christine. Por más que Stasia lo envolvía y le daba a diario la sensación de ser parte de la familia, el afecto de Christine era más importante para él. Tratava de adivinar sus deseos y sus caprichos. Si estaba oyendo *Norma*, sabía que estaba de buen humor y podía sentarse en la misma habitación que ella y escuchar a todo volumen esa música que al principio le había confundido y que con el tiempo le parecía cada vez más hermosa e impresionante. Si estaba oyendo *Tosca*, entonces estaba melancólica, y él cogía flores en el jardín para ella; si no quería escuchar ningún disco, o estaba cansada o tenía dolor de cabeza, y él se apresuraba a poner a hervir agua para hacerle un té.

Los días en que ella iba a recogerlo al colegio, apenas podía contener el orgullo de poder pasear junto a una belleza tan distinguida. Aunque al

principio a ella le divertía la atención de él, le enredaba el pelo, se reía de él, movía la cabeza, y le ofendía al hacerlo, cada vez fue volviéndose más tierna; sin duda, no correspondía al tembloroso y ensimismado amor de él de la misma manera con la que antaño había querido a su sobrino, pero le correspondía al fin y al cabo, convirtiéndolo a él en su aliado, lo que hacía que Misha fuera presa de una auténtica euforia y se sintiera como un elegido en el reino secreto de Christine.

Al principio, el chico fue para Christine una distracción bienvenida en su vida cotidiana, que después de la partida de Elene se había vuelto más triste y sentimental, también ella apreciaba su buena educación, gozaba de su afecto. La manera perpleja con la que se quedaba mirándola a veces le recordaba a Kostia, a entonces, a la época de esplendor de su vida. Buscaba cada vez más la cercanía del chico, como si él le diera algo que había echado de menos durante mucho tiempo o que no había estado en condiciones de aceptar de nadie: le daba una sensación de *integridad*, como si él no viera su velo, su máscara, como si la viera completa.

A la casa volvió una paz sonámbula, fingida. Durante un tiempo, a Nana le pareció incluso como si la casa fuera más amplia, más habitable. Como si el asilvestramiento y la selvatización se hubieran detenido. Por fin logró también terminar su tesis. Le había costado dos años de su vida y otros seis kilos en las costillas.

Aquella paz tan solo se veía interrumpida por las llamadas vespertinas desde Moscú. Entonces las tres mujeres se apiñaban en torno al teléfono y escuchaban la voz un tanto distraída de Elene, oían a Kostia explicarles cómo estaba la niña, lo que tomaba para desayunar, si se había resfriado, si la vestía con ropa lo bastante caliente, si estaba a gusto en el colegio, si ya tenía amigos, etcétera.

En esas horas, Misha solía quedarse en el antiguo despacho de Ramas, en el que se encontraba la biblioteca de la casa, con un libro en la mano; trataba de concentrarse en él, y sin embargo no podía evitar escuchar. Percibía el orgullo en la voz de Stasia cuando hablaba con su nieta, la preocupación en la voz de Nana, la contenida emoción de Christine. Y en esos momentos le acometía una sensación extraña.

Pensaba en las montañas, en su casa natal, en la piel bronceada por el sol

de su madre, en las manos agrietadas y el aliento a alcohol de su entristecido padre, en los hijos de los vecinos, que lo miraban como si no fuera humano, y tenía miedo. Porque no quería irse, quería quedarse allí, quería seguir disfrutando de las ilimitadas atenciones que gozaba en aquella casa. Pero estaba esa niña, allá, a lo lejos, la niña de espesos cabellos y rodillas arañadas, y bastaba su voz para apartar de él a las tres mujeres y que durante horas toda su atención fuera para ella, para ella, que estaba a cientos, miles de kilómetros de allí, mientras él se sentaba olvidado en la habitación, tan solo unos pocos escalones más arriba.

Desde que Elene vivía en Moscú, al cuidado de Ljuba y de su padre, se mostraba mucho más fácil de cuidar que en el reino de las mujeres. Tomaba sus comidas sin poner peros, hacía sus deberes, acompañaba a su padre a distintas actividades, iba con él al cine, al teatro, a museos, se mostraba más adulta, más como una dama. A su padre le daba la sensación de que estaba en lo cierto cuando le decía a Nana que Elene no era en absoluto una niña difícil, al contrario, era la niña más mansa del mundo, tan solo había que saber ganarse su corazón.

Ella veía la chispa en los ojos de Kostia cuando le leía un poema o traía una buena nota a casa. Le gustaba ver cómo le prestaba atención. Aunque a veces lo maldecía interiormente por haberla trasplantado a ese lugar frío y desconocido, él era su único apoyo, el único sustituto de todas las personas que echaba de menos. Era el gran hombre al que la gente saludaba por la calle con la cabeza baja, que tomaba importantes decisiones y, entrada la noche, aún continuaba inclinado sobre planos que a Elene le parecían escritos en un lenguaje encriptado.

Ljuba atendía cada uno de sus deseos, en esa casa nunca se alzaba la voz, y sin embargo Elene echaba de menos los estallidos de histeria de Nana, sus exhortaciones, su constante insistencia, deseaba regresar a los negligentes métodos educativos de Stasia y Christine. Allí, en esas habitaciones de techo alto y muebles oscuros y pesados, en esas anchas casas con escaleras de mármol, no había lugar para tonterías, allí todo discurría según el plan previsto. El plan de Kostia.

Bajo su mando, ella tenía que ser su mejor soldado. Y ese papel no le gustaba. Al mismo tiempo, tenía miedo a defraudarle. Para ella, estaba en un

pedestal tan alto, era tan inexpugnable, y su opinión le había parecido siempre tan decisiva, que no se atrevía a dudar de él.

Quería correr, echar carreras, investigar, buscar, llegar, pero en vez de eso caminaba con pasos medidos de la mano de Ljuba, se sentaba como una dama elegante en el gran coche de su padre, respondía cortésmente las preguntas que le hacían los adultos, cuidaba sus juguetes como le ordenaban, y dejaba que su padre le leyera en voz alta —la mayor parte de las veces, libros que él escogía por ella— para, entrada la noche, enterrar la cabeza en la almohada y llorar hasta que se dormía, agotada. Tan solo la esperanza de las vacaciones de verano y de invierno le permitía soportarlo todo. La espera del día en que su padre y ella iban al aeropuerto, ocupaban su asiento en el avión y emprendían viaje a Tiflis.

Al llegar allí, se lanzaba sin control al cuello de todas, repartía húmedos besos, corría, saltaba, brincaba, cantaba. Porque allí se sentía en casa. No tenía miedo, ni siquiera a la ira de su padre, porque en Tiflis sus reglas no tenían cabida. Allí había una madre, allí estaban Stasia, Christine, Goya, y la protegerían. Se mostraba deliberadamente terca, para poner a prueba el amor de su madre y de su abuela. Aceptaba con alegría el arresto en su habitación por sus travesuras porque todo era mejor que tener que fingirse adulta en Moscú.

Durante sus vacaciones, Misha no estaba en casa; su padre iba a recogerlo y se lo llevaba a las montañas. Pero, aun así, seguía omnipresente: sus juguetes y sus ropas, sus libros, apilados con esmero en el viejo escritorio, se lo recordaban. Y, si una de las mujeres la comparaba con Misha —Misha es tan educado y a Misha le gustan tanto los dulces—, Elene hervía, se volvía aún más obstinada e incontrolable. La aversión de Kostia hacia «el hijo del parásito», como solía denominar a Misha, era imposible de ignorar, y protegía a su hija de él.

—¡Basta ya de hablar del niño idiota! —se indignó Elene una vez en la cocina, después de la cena. Había saltado de la mesa y había salido corriendo, porque Stasia y Christine discutían acerca de cómo hacer el puré de patatas para Misha, con mantequilla o sin ella.

—Educar aquí a ese bastardo y responder de él es cosa vuestra, pero no quiero que mi hija sufra daños por eso.

—¿Qué estás diciendo? —el ojo derecho de Christine, de color verde abeto, se agrandó.

—¿Qué estoy diciendo? Lo habéis acogido aquí a mis espaldas, y dicho sea de paso a mi costa, y ni siquiera mi querida esposa considera necesario ponerlo en mi conocimiento.

—¡Kostia, por favor! —le reconvino Stasia.

—Sí, ¿qué pasa? Yo no he luchado a favor de los fascistas, no he metido a mi hermana en la cabeza la estupidez de la libertad capitalista, no he traído un niño al mundo para que otros tengan que ocuparse de él.

El tono de Kostia era frío, despectivo.

—¡Andro es como un hijo para mí, y era como un hermano para ti!

Stasia había dejado de comer, y miró a su hijo a la cara, llena de espanto. No apartaba la vista del suelo, como si allí hubiera una puerta secreta que pudiera sacarla de aquella situación desagradable.

—¿Cómo puedes decir una cosa así? —la voz de Stasia temblaba—. Todas nosotras, sí, todas nos esforzamos por darte gusto constantemente, yo he aceptado lo peor, lo peor que se le puede hacer a una madre, y lo mismo le exiges a tu mujer.

Christine miró asombrada a su hermana.

—¿A qué viene eso? ¿Qué es exactamente lo que le estoy haciendo a mi mujer? —dijo Kostia con voz atropellada.

—Le has quitado a Elene, solo porque la niña tenía que ir a una distinguida escuela rusa. Naturalmente, la niña tiene que vivir en Moscú, esto no es más que una provincia, ¿verdad? Le quitas a su hija, como me quitaste a la mía.

Stasia se había levantado de la mesa y estaba sacando un cigarrillo, le temblaba el mentón de la excitación.

—¿Yo te he quitado a tu hija? ¿Yo? ¡Estás loca, Stasia! —ya hacía mucho que no la llamaba *deda*—. Yo avalé su supervivencia y lo puse todo en juego, arriesgué mi vida, maldita sea, ¡pero al parecer nada de eso es suficiente para ti, es más sencillo querer a un traidor y a una asesina!

El silencio cayó sobre la estancia. Christine se levantó de la mesa con lentitud y vagó insegura unos instantes, como si no supiera si irse o quedarse. Stasia se quedó rígida junto al fregadero, con su cigarrillo sin filtro en la mano. Nana miraba fijamente, atemorizada, a Stasia y Kostia.

—¡No te atrevas a volver a llamarla así! Te juro por lo más sagrado que...

—¡No sabía que hubiera algo sagrado para ti! —dijo fríamente Kostia, y se levantó de la mesa.

—¡Quédate aquí, maldita sea, quédate aquí! Quiero saber de una vez dónde

está, quiero hablar con mi hija. ¡No puedo seguir viviendo así!

Kostia, que ya estaba en la puerta, se volvió y miró a su madre.

—La he salvado de la muerte. Y no tengo ninguna información acerca de su paradero, ¿me habéis entendido? Ninguna. Ni vosotras, ni yo. No sabemos nada.

Stasia gimió. Kostia se precipitó fuera de la estancia, y Christine le siguió. Nana se levantó con lentitud y empezó a recoger la mesa. Stasia no se movió, se quedó largo tiempo de pie en silencio. Cuando volvió a levantar la vista, la pequeña Elene estaba en la puerta, con un codo rasguñado.

—Me he hecho daño. Por ese tonto de Goya.

Elene miraba a su abuela en busca de ayuda.

—Todo está bien, ven aquí, te lavaré la herida y luego la curaremos, ¿vale?

Y Elene corrió hacia Stasia con el codo tendido, como si llevara un trofeo en la mano.

*El momento vuela,
el ayer gime,
un torbellino corre por el campo,
como un animal.*

KONSTANTIN BALMONT

—Dicen que se muere la más grande cantante del mundo, Billie Holiday, quizá te ceda su sitio. ¡Tienes buen aspecto!

Con esas palabras saludó Fred a Kitty después de dos años de ausencia. Había llamado a la puerta de la casa de Kitty en Old Compton Street ataviada con una camisa blanca y una chaqueta de cuero que parecía cara. Kitty se había mudado a la casa hacía pocas semanas. Ahora que ganaba su propio dinero, había terminado comprando una casa propia, con el consentimiento de Amy, porque, según Amy, pronto iba a ganar aún más, ahora que tenía la ciudadanía británica. Era un día ventoso y húmedo del recién empezado 1959, habían pasado casi nueve años desde que Kitty había dejado su patria y, salvo las escasas informaciones de su anónimo amigo, no había sabido

nada de su familia.

Sin que nadie la invitara, Fred Lieblich entró en la luminosa vivienda, pasando por delante de la estupefacta Kitty.

—Es el fin de una era. Esos cerdos no quieren aceptarla en el hospital porque es negra. No quiero vivir en un país así.

Kitty, que estaba preparándose para su primera aparición en un programa de televisión, se quedó totalmente arrollada en el pasillo, mirando a Fred, que se iba derecha a la cocina.

—¿Cómo has sabido dónde vivo?

—Oh, no seas tonta, necesito un trago, vengo directamente del aeropuerto, solo he parado a dejar mis cosas en casa de unos amigos.

Fred encendió un cigarrillo.

—Amy va a pasar a buscarme, tengo una actuación hoy.

—Maravilloso, así podré ver a la buena de Amy. No la creía capaz de jugarse tanto por ti, y tu inglés es impecable. ¡Fantástico! Tu canción, por desgracia ya no recuerdo el título, me gustaba mucho. Esta noche lo vamos a pasar bien las tres, diría yo.

—¿Y cómo voy a explicar que hayas aparecido en mi casa?

—No le debo ninguna explicación a nadie. Quería verte, y aquí estoy.

—Pero yo sí. Porque, a diferencia de ti, hay unos cuantos principios en los que creo, y que no estoy dispuesta a tirar por la borda solo porque vuelvas a aparecer de pronto después de dos años y creas que puedes ponerlo todo patas arriba.

Fred había encontrado lo que buscaba, y mezcló dos *gin-tonics* con extrema pericia.

—No puedo beber nada. ¡Tengo una actuación en directo!

—¡Qué bonito tienes todo esto! *Cheers!*

Fred tomó complacida un buen trago del líquido burbujeante y se sentó a la mesa de la cocina.

Fuera había empezado a nevar. Los ruidos de la calle enmudecieron, y se produjo un silencio casi audible. Un leve olor, un tanto cansado, penetró en la nariz de Kitty, era su olor, el olor de aquella funambulista. Echó mano al vaso, tenía que superar aquello, enseguida habría pasado, no cedería, sería fuerte.

Había trabajado sin cesar durante dos años, había pulido junto a Amy su nueva vida, aún se apoyaba en bases tambaleantes, tenía que persistir, luchar

sin descanso, estaba en el mejor de los caminos. Esa mujer que tenía enfrente, esa persona descarada y egoísta, era un obstáculo, era una amenaza, una catástrofe. Tenía que hacer algo.

—Ahora, por favor, vete.

—*Madame* ha cambiado, ¿eh?

¡Ese acento, ese acento suave e insolente, qué familiar sonaba a los oídos de Kitty!

—¡Por favor!

Se levantó y señaló con la mano la salida a Fred. Fred se puso en pie, dejó la bebida a medias en la mesa. Kitty se sentía miserable. Pero lo que había sido olvidado no debía ser recordado, no, en ningún caso. Lo principal era no mirar, enseguida habría pasado.

En el pasillo, Kitty volvió a sentir que su aroma apenas aprehensible le subía por la nariz. Tiró del picaporte. Seguía manteniendo el rostro vuelto, no mirar, no. De pronto, sintió una mano fría en su mejilla, Fred le acariciaba el rostro. Kitty se volvió y le dio una bofetada. Tan fuerte, que Fred se tambaleó y chocó contra la pared. La palma de la mano de Kitty ardía.

No se podía olvidar nada.

No miró el rostro de Fred, que se lo tapaba con una mano como si quisiera hacer enmudecer el dolor. Entonces, Fred cogió la muñeca de Kitty, la aferró con tanta fuerza que dolió, Kitty lanzó un grito, trató de liberarse de la presa. De dónde sacaba tanta fuerza esa persona tan frágil, aquella mujer era mucho más bajita que ella, antes nunca se había dado cuenta. La otra mano de Fred se metió debajo de la falda de Kitty, el ligero se soltó, una media de nailon cayó al suelo, Kitty sintió vergüenza, vio cómo su ropa resbalaba hasta el suelo.

La pelirroja la apretó tan fuerte contra la pared que tuvo que coger aire, seguía retorciéndole la muñeca, que dolía. Esta vez no estaba aturdida, esta vez registraba cada emoción, cada movimiento de aquella mujer. Era una sensación que fluctuaba entre la repugnancia y el placer.

De pronto, sintió el sol ardiente del aula vacía que le daba en el rostro. Volvió a ver la casa de la montaña sagrada. Las fotos cuidadosamente enmarcadas en las paredes. El matrimonio modelo. El tictac del reloj, ¿existió realmente aquel reloj, o era imaginación suya? Y el cuchillo, ¿cómo era el cuchillo, cómo de grande? Ya no lo sabía. Y Mariam, ¿había gritado al final, o era su propia voz? ¿Y los rulos del pelo de la rubia se habían caído todos?

¿Había sonreído al final, cuando el cuchillo le cortó la garganta? ¿Murió enseguida, o aún tenía estertores? ¿Y cómo había podido dejar a Mariam con la muerta en la casa vacía, con tanta tranquilidad? ¿Cómo se había ido a casa vestida con ropas ajenas, con *sus* ropas? ¿Cómo había podido hacerlo?

¿Cuál habría sido el último pensamiento de Mariam?

Cuando la cálida, fuerte, abrumadora sensación tomó posesión de ella y olvidó el mundo a su alrededor, su casa y la nieve que caía fuera, las plantas, su pequeña habitación de Tiflis con la vieja y estrecha cama que tanto había querido, los ojos de Andro cuando volvió a verlo por primera vez después de la guerra, las verdes colinas de su ciudad natal, las venitas azules de los brazos de su madre, el uniforme de su hermano, cuando olvidó el aula, las heridas cosidas en aquel caluroso verano, cuando olvidó a Amy y la voz al teléfono a la que seguía sin poder dar nombre, gritó tan fuerte que creyó que se le iban a reventar los tímpanos.

Fred le apartó el pelo de la cara. Kitty sudaba. Su cuerpo temblaba. Se desplomó en el suelo. Fred se sentó junto a ella y le bajó la falda, tan inocente, tan vergonzosa, como si no le hubiera bajado la ropa a Kitty pocos minutos antes.

—¿Por qué me haces esto? —susurró Kitty, tendida en el duro y frío suelo.

—¿Puedo preguntar una cosa? —repuso Fred.

—¿Qué quieres saber?

—¿De qué es esta cicatriz?

Fred fue a poner la mano en el vientre de Kitty, pero Kitty se apartó de ella.

—De una operación.

—¿De qué te operaron?

—Me sacaron la matriz.

Kitty no supo por qué no mintió.

—¿Por qué?

Por primera vez, Kitty oía algo parecido al miedo en la voz de Fred.

—Antes me habían hecho abortar a un niño.

Kitty oía su voz como venir de lejos, muy lejos. Sonaba extraño, después de tantos años, decir sencillamente la verdad en voz alta.

—¿Qué ocurrió?

La voz de Fred seguía siendo baja, dubitativa, pero sin sombra de compasión. Eso hacía que todo fuera más soportable. Y le habló, en un tono

casi neutro, con frases concisas, de su antigua vida, que la había llevado hasta el aula y la rubia y Mariam.

—¿Dónde está tu madre ahora? —preguntó Kitty, una vez terminada su confesión.

—En el cementerio judío de Viena. Al menos allí hay una lápida con su nombre, me atrevo a dudar de que sus restos reposen debajo. En medio de aquel caos y dado el número de cadáveres judíos, nadie prestaba mucha atención a dónde iba a parar cada uno...

—¿Cómo ocurrió? Habíais...

—Se ahorcó la noche en que íbamos a huir de Mödling. Con el cinturón de Martin. Un cinturón de cuero bueno y sólido, la calidad alemana cumple lo que promete.

Las noches siguientes fueron pegajosas, y se quedaban en la piel también durante el día. No era posible lavarlas, no era posible librarse de su olor mate, salado. Eran mudas y dulces, luego otra vez agitadas, llenas de palabras que no tenían fin.

Y una capa de mentiras debía cubrir las durante el día, Kitty debía tener excusas listas para sustraerse a las vigilantes miradas de Amy. Hasta que Amy le comunicó un día que su amante había regresado y ya no pensaba apartarse de ella, y Kitty sintió una rabia biliosa contra Amy, unos celos ásperos, y fue dolorosamente consciente de su propia y miserable situación. Felicitó a su agente y se retiró, y durante los días y semanas siguientes se abstuvo de todo comentario cuando estaba en casa de Amy en Kings Cross, o en uno de los muchos cafés del Soho, repasando con ella los planes de trabajo.

Pero entonces Fred empezó a aparecer por su casa por las noches, tiraba una piedrecita a su ventana como si de ese modo quisiera enfatizar su papel de concubina secreta y subía a oscuras las escaleras. Raras veces se encontraban las tres mujeres, en la fiesta de bienvenida que Amy dio para su amiga retornada o en un pícnic común en Hyde Park. En esos casos, entre Kitty y Fred había miradas a escondidas, mensajes secretos, roces de hombro casuales y contactos apenas perceptibles, palabras secretas susurradas al pasar.

Kitty se sorprendió de lo fácil que le resultaba mentir. De lo rápido que se

había convertido en una parte del mundo de Fred, a pesar de su constante resistencia, de su orgullo por no permitirlo. Con qué falta de respeto engañaba a su amiga y benefactora, con qué poco esfuerzo olvidaba a Amy en cuanto Fred aparecía al pie de su ventana. ¿Dónde habían quedado sus propósitos y principios? ¿Por qué arriesgaba su relación con Amy?

Sabía que los meses siguientes estarían llenos de escombros, por los que tendría que aprender a caminar para que no quedaran cicatrices. En secreto, anhelaba el momento en el que ese andamiaje de mentiras, esas falsas promesas, ese mudo acuerdo embustero, se derrumbara y destruyera a sí mismo. Porque Fred nunca hablaba de Amy, no tenía esa necesidad, como si esa vida partida en dos fuera la norma, como si aquella espantosa situación fuera una consecuencia lógica de su carácter, de su falta de respeto, de esa ceguera egocéntrica que a veces ponía furiosa a Kitty. Hablaban mucho, y las conversaciones con Fred se convirtieron en una necesidad para ella, las necesitaba como el aire que respiraba, las necesitaba incluso más que las ensimismadas transgresiones que experimentaba junto a esa persona. Después de tantos años de silencio, por fin volver a hablar. Sin falsa compasión, sin falsas esperanzas. Podía respirar, podía romper por unas horas el mundo de sombras que había en su cabeza y volver a la vida, llegar al presente. Total y completamente.

Que las clases dominantes tiemblen ante una revolución comunista. Los proletarios no tienen nada que perder más que sus cadenas. Y tienen un mundo por ganar.

KARL MARX

Elene y su padre estaban en la parte oriental del mundo, delante de su televisor Rekord, y Kitty y Amy estaban en la parte occidental, delante de su televisor Sony, y todos miraban cautivados a un hombre amable, con el impresionante equipo de un cosmonauta, que subía a una nave espacial en Tiuratam y saludaba con la mano mientras exclamaba: «¡Vamos! Adiós, hasta pronto, queridos amigos». La nave espacial se llamaba *Vostok I*, y el

hombre amable y tranquilo, Yuri Gagarin. Cuando, poco después de las nueve de aquella mañana de abril, se encendieron los motores y poco a poco se fueron soltando las agarraderas, los americanos suspiraron y los rusos festejaron. Pero al principio de la primera circunvalación al globo terráqueo de la historia todos contuvieron juntos el aliento, y oyeron a Gagarin exclamar: «¡Veo la Tierra! ¡Qué preciosidad!».

Su época en Moscú había sacudido los más profundos principios y convicciones de Elene. Aprendió a dudar, y a través de la duda comprendió algo fundamental, algo que le llegó a la médula y que la cambió. Comprendió que el mundo no era un sitio protector, que la gente no siempre mantenía sus promesas, que el amor era intercambiable, que la cercanía era un hilo de seda listo para romperse en cualquier momento, que los sentimientos cambiaban a diario y el afecto podía convertirse en desprecio. Comprendió que habían cometido una injusticia con ella. Esa idea la liberó, se sintió más segura después de formularla y escribirla al dorso de su cuaderno de matemáticas. Porque significaba que no era ella la que había fracasado, sino los otros, que ella no se había merecido crecer lejos de casa y verse reemplazada por un chico de pelo rizado, que no había sido la causante de esa rigurosa vida moscovita, esa fría lejanía, esa soledad. Y significaba también que algún día podrían compensarla por aquella injusticia. Ese pensamiento era dulce como la miel, le daba fuerza y le hacía aflorar una sonrisa a los labios. Aquella niña tan contenida, esforzadamente cortés, casi sumisa, que había llegado a Moscú, pronto volvió a convertirse en una chica descarada, hambrienta de vida, ruidosa y dominante. Animada por la idea de un después, regresó a sus orígenes.

Si antes no había querido ir a los campamentos, ni en verano ni en invierno, ahora estaba en primera fila de los desfiles y lograba encabezar el grupo de las chicas. Era la primera de la clase y, cuando uno de los chicos la miraba mal, le hacía alguna faena, le tomaba el pelo o se reía de ella, recibía tal respuesta que se le quitaban las ganas de repetirlo. Elene también se volvió más áspera con su padre..., aunque sin superar ciertos límites. Kostia se mostró sorprendido y satisfecho ante el repentino cambio de su hija, porque pensaba que así iba a defenderse mejor en la vida. Pero pasaba por alto la profunda rabia de Elene.

Nana, en cambio, que solo veía a Elene durante el otoño moscovita, cuando se liberaba de la universidad, o en las vacaciones de verano, que Elene pasaba con ella, no podía reprimir una sensación de incomodidad. La jovialidad que Elene manifestaba constantemente y su energía febril tenían un punto de exageración. Sentía una extraña artificialidad en la conducta de su hija, intuía que su ligereza llevaba adherida algo forzado. Nana, que tenía que luchar con su sentimiento de culpa por haber dejado que se llevaran a la niña a Moscú, sabía que en esa lucha por Elene nunca se había tratado del bien de su hija, sino de Kostia y de ella misma, aunque Kostia no se cansara de repetir lo bien que le sentaba a su hija la disciplina rusa.

Detrás de la sonrisa de Elene, Nana notaba un negro ovillo de pensamientos, entretejido de reproches y heridas silenciadas. Solo que no podía poner en palabras ese conocimiento, cómo iba a explicárselo a su marido, si su matrimonio ya no era más que un constante conflicto de intereses en torno a su hija; él nunca creería que a la niña le pasaba algo, que no era feliz, que incubaba algo oscuro.

Y, durante uno de los veranos, una tarde en que estaba observando a su hija en el jardín, sentada sola perdida en sus pensamientos y mirando al vacío con mirada gélida, sin ver siquiera la lluvia que caía sobre ella, Nana supo que tenía que hacer algo si no quería perder por completo a Elene.

Repasó todas las opciones, mantuvo en su cabeza conversaciones con su marido, trató de oponer réplicas a sus argumentos. Necesitaba una estrategia para poder formular su plan en el lenguaje de Kostia, tenía que mostrarse inflexible, tenía que ser testaruda, por lo menos tan férrea como el propio Kostia. A primeros de septiembre, voló a Moscú para ver a su marido.

Como era de esperar, las preocupaciones de Nana no encontraron mucha comprensión por parte de Kostia. Él se rio de sus temores calificándolos de miedos desnortados de una madre egoísta que anteponía sus propios deseos al futuro de su hija. Pero Nana insistió en que se trataba tanto de ella como de su hija, y que esa niña ya había vivido el tiempo suficiente lejos de ella y contra su voluntad. Elene necesitaba a su madre, y si entonces él no había admitido réplica, ahora le tocaba el turno a ella. Al fin y al cabo Tiflis no era ningún pueblo, también allí era posible recibir una buena formación, sobre todo Elene debía volver a hablar su lengua materna y estar en compañía de mujeres. Ljuba no podía sustituir por sí sola los modelos femeninos.

Nana se mantuvo inflexible, aunque le costó trabajo y, agotada por las

largas discusiones y desbordantes insultos de su marido, le asaltaban las dudas acerca de si estaba actuando correctamente al volver a llevar a Elene a Georgia. Pero entonces se acordaba de la negra mirada de su hija y desechaba las dudas.

Una noche, cuando aún estaba despierta, sentada a la mesa de la cocina, alimentando su insatisfacción con los blinis que había preparado para el desayuno de Elene, esta apareció en la puerta, vestida con un pijama de franela, y sonrió sorprendida a su madre. Cogió un plato y se sirvió también un blini.

—¿Todo bien, *deda*? —preguntó preocupada. Su georgiano había adoptado hacía mucho una tonalidad rusa que sacaba a Nana de sus casillas.

—No puedo dormir, tesoro.

—¿Habéis vuelto a pelearos papá y tú?

—Nosotros no nos peleamos, tan solo hemos tenido un par de discusiones, Eleniko.

—¿Sobre qué?

—Sobre unas cosas y otras. La mayoría de las veces, acerca de lo terriblemente que te echo de menos.

—¿Y qué dice papá?

—Que también él te echaría terriblemente de menos si vinieras conmigo a casa.

Elene pareció reflexionar. Sus pies colgaban de la gran silla, enrolló el blini con habilidad y lo sumergió en el cuenquito de mermelada rojo oscuro. En ese momento parecía tan feliz y pacífica que a Nana se le encogió el corazón. Con sus densos cabellos sin peinar, sus largas pestañas y el pijama un poco demasiado grande. Nana la hubiera envuelto en un abrigo y habría salido corriendo con ella hacia el aeropuerto.

—Quieres que vaya contigo a Tiflis, ¿verdad? ¿Para siempre?

—Solo quiero que estés bien, gorrioncito.

—Pero yo estoy bien.

—¿De veras? ¿Te sientes bien aquí?

—Claro.

—Quiero decir, ¿no nos echas de menos? ¿A mí, a Stasia, a Christine, a Goya?

—A veces. Sí.

—No quiero que te falte de nada.

—¿Y por qué no venís todas aquí? Hay sitio de sobra. Para todas, menos...

—¿Menos? ¿Qué quieres decir, Eleniko?

—Bueno, ese chico, Misha, no podría vivir aquí. No habla muy bien el ruso, ¿no? No puede ir al colegio, y papá dice que su papá es un hombre malo, y en nuestro cole no aceptan a niños así.

—¿Eso te ha dicho papá?

—Sí.

—Pero eso no es cierto. El papá de Misha solo es pobre, cariño. Misha no tiene tantas oportunidades como nosotros, por eso nos ocupamos de él. Va al colegio en Tiflis para tener una educación mejor que en su pueblo. Casi no le conoces, Elene.

—En cambio vosotras lo conocéis todas.

Nana se quedó petrificada. Ese tono ofendido. Le hubiera gustado apuntar aquella frase para repetírsela a Kostia. ¡Esa profunda rabia en la voz de Elene!

—De todos modos, me gustaría quedarme aquí, con papá. ¿Por qué no venís Stasia, Christine, Goya y tú?... ¿Por qué no venís todas aquí?

Elene se comió el resto del blini y dejó el plato en el fregadero como una buena niña. Dio a su madre un beso cauteloso en la mejilla, le deseó buenas noches y se fue a la cama. Nana se quedó un rato sentada a la mesa, pensativa. Qué terriblemente meditados y conscientes parecían cada palabra, cada gesto de Elene. Se sentía desvalida, impotente. ¿Había pensado alguna vez que Elene podía rechazar su propuesta de volver? Y, si insistía, ¿aumentaría el rencor de Elene? ¿Se pasaría al bando de Kostia, a modo de protesta contra ella? Las cosas no podían llegar tan lejos, aquella división en dos bandos, puesta de manifiesto, no haría sino volverlo todo más insoportable para Elene.

Para evitar las preguntas curiosas de Elene y las miradas de Ljuba, el matrimonio había decidido volver a compartir el lecho en Moscú. Pocas veces a Nana algo le había costado más que tumbarse esa noche en la cama en la que Kostia dormía a pierna suelta. Una semana después se marchó a casa, humillada y agotada. Elene se quedó en Moscú.

Cuando le pregunté, en los últimos años de su vida, cuando hacía mucho que aquella historia había vuelto a alcanzarle, mi abuelo admitió que estaba

en Severodvinsk a finales de 1958, cuando el K-19 fue puesto en grada por primera vez, pero que el responsable era un tal comandante Satejev; él jamás tuvo nada que ver con ese modelo.

El submarino K-19, que debido a un accidente nuclear recibió el poco halagüeño sobrenombre de *Hiroshima*, y que por los defectos de su construcción costó la vida a muchos marineros, tenía una importancia estratégica en la Guerra Fría, porque llevaba a bordo armas atómicas que era capaz de transportar a lo largo de grandes recorridos, hasta las costas de América. El K-19 era el primer submarino de propulsión nuclear y, por consiguiente, necesitaba pruebas especiales de seguridad que, debido a la creciente presión del Kremlin en su competición con la Armada americana, no siempre fueron llevadas a cabo.

En 1960, el mando de la Armada dijo que el K-19 había superado todas las pruebas de seguridad y, en julio de 1961, a Kostia Dzhashi se le encargó levantar acta de las primeras maniobras, así que mi abuelo subió a bordo. Las maniobras debían tener lugar en el mar de Groenlandia. Poco antes de llegar a la isla de Jan Mayen, el comandante comunicó que había una incidencia en el reactor. El sistema de refrigeración se detuvo, y hubo que desconectar el reactor, porque amenazaba con fundirse. Las maniobras se habían mantenido en secreto en la Unión Soviética, y la tripulación de los submarinos estaba sujeta a la norma estricta de no enviar mensajes internacionales de SOS ni aun en caso de incidencias con peligro de muerte aunque, de todos modos, aquel día la antena de la radio también estaba defectuosa y era imposible enviar señales a larga distancia, de manera que ni siquiera fue posible pedir ayuda a la marina soviética.

Para salvar el buque, no quedó otro remedio que enviar a una parte de la tripulación a la sala del reactor a instalar un sistema de refrigeración de emergencia; hasta que ese sistema provisional estuvo instalado, y dado que la temperatura en el interior del reactor había subido hasta la amenazadora cifra de ochocientos grados, los técnicos regaron el reactor con simples mangueras. Al llevar a cabo ese pobre intento, cuando el reactor entró en contacto con el agua fría de las mangueras se produjo una reacción violenta; el agua se evaporó al instante, liberando una dosis de radiación inmensa.

Kostia jamás habló de aquella catástrofe. Jamás se acordó de ella. Jamás dedicó una palabra a aquel viaje al infierno. Pero sus recuerdos de aquel día se habían quedado grabados en sus ojos, en los que yo había aprendido a leer

durante los años de mi infancia. Me he preguntado cuán cerca estuvo Kostia de la sala del reactor. Me he preguntado a qué podía oler allí..., ¿a carne quemada, a algo neutro precedido de algo espantoso, quizá tan solo a productos químicos? He imaginado los rostros destruidos de los hombres dentro de la sala del reactor, su sudor de pánico, las manos temblorosas, los pasos cautelosos, las voces amortiguadas, la proximidad de la muerte, el silencio de la radio, la gélida calma del océano Ártico y el encanto de los glaciares entre los que emergió el submarino rescatado del íntimo abrazo de las profundidades. Creo que aquel día —porque era de día— las estrellas relucían a pesar del sol, y hacían brillar los glaciares como si fueran árboles de Navidad. Que las islas de montañas puntiagudas de la parte noruega del mar eran tan pacíficas y perfectas como un decorado de cine.

He creído distinguir esas imágenes en los ojos de Kostia, las he buscado en ellos, las he perseguido, tarde, muy tarde en su vida, quizá incluso demasiado tarde; entonces entendí, aunque no hubiera nada que perdonar porque era demasiado tarde, tanto para él como para mí, pero comprendí mucho. De esa experiencia, de esa antesala del infierno en la que estuvo esperando la muerte. De algo distinto, definitivamente distinto de lo vivido en el lago Ladoga; expuesto de otro modo y consciente de ello de otro modo, mucho más claro.

Quizá también tenía en su pensamiento a Ida, no de manera tan evidente y personificada como los muertos se le aparecían a su madre, pero lo bastante clara. Interiormente. Reteniendo la imagen para sí. Aferrándose a ella. A una muerta que le prometía la vida, hasta que oyó jaleo a los hombres, vítores porque el reactor se había enfriado al fin y lo peor ya había pasado, porque habían sobrevivido. Sí, eso pensaron en aquel momento, con la alegría inmediata de haber escapado por un pelo a la muerte, sin sospechar que la muerte, una vez que se había fijado en ellos, una vez que se había acercado tanto a ellos, no iba a soltarlos de sus garras con tanta facilidad, y que *lo peor* acababa de empezar. Creo también que en aquel momento la ruina no fue evitada, tan solo aplazada. Quizá solo porque Ida quiso dar a su amante una nueva oportunidad de perder su corazón.

No lo sé. Quizá fue así, quizá no, solo puedo decir con certeza, Brilka, que el espanto que aquel día quedó grabado en la mirada de Kostia se quedó allí hasta el fin de sus días, tan solo había que mirar lo bastante hondo. Muy hondo.

Por fin, un submarino próximo captó la señal de emergencia y la

tripulación fue evacuada después de veinticuatro horas.

A su llegada a Moscú, la tripulación tuvo que firmar una declaración que, desde ese momento, les impedía verbalizar en forma alguna las experiencias vividas. Los ocho hombres que habían refrigerado el reactor murieron a lo largo de las seis semanas que siguieron a su rescate.

Mi abuelo, Kostia Dzhashi, tuvo suerte. Lo trasladaron a Viena con otros supervivientes y recibió tratamiento en una clínica privada especializada. Perdió todo el pelo de la cabeza y del cuerpo. Antes de llegar a ese momento, y de que las consecuencias de su enfermedad se hicieran visibles para la pequeña Elene, llamó a su mujer y le dijo que lo habían destinado a unas maniobras en el mar Báltico que durarían seis meses, y que ella tenía que ir a Moscú y ocuparse de su hija. Como más le gustaban los blinis a Elene era con mermelada de frambuesa, añadió.

*La indestructible unión de repúblicas libres que ha unido
para siempre al gran pueblo ruso.
¡Viva, unida por la voluntad de los pueblos, la única,
poderosa Unión Soviética!*
HIMNO NACIONAL SOVIÉTICO

Mientras la República Democrática Alemana seguía diciendo que no sabía nada de que se estuviera construyendo un muro tras el que iban a festejarse la felicidad socialista y la fraternidad marxista, mientras los Estados Unidos emplazaban en Italia y Turquía sus misiles nucleares de medio alcance orientados hacia la Unión Soviética, el Kremlin ponía en marcha la Operación Anádyr. Se embarcaron hacia Cuba más de doscientas mil toneladas de equipamiento militar. La operación exigió emplear la mitad de toda la marina soviética. El carguero *Omsk*, que llevaba a bordo misiles de alcance intermedio, atracó en La Habana el 8 de septiembre de 1962. Aviones espías norteamericanos tomaron fotografías aéreas de las instalaciones soviéticas en Cuba que permitían deducir la existencia de rampas de misiles: más de veinte, que habrían podido alcanzar desde Cuba todas las grandes

ciudades industriales de América. El 21 de octubre, Estados Unidos decretó el bloqueo naval de Cuba.

Al día siguiente, Kennedy se pronunció en público y puso al ejército estadounidense en DEFCON 3. Amenazó con un contraataque nuclear si Jrushchov no retiraba los misiles a la mayor brevedad posible. El mundo contuvo el aliento. Thekla y Sopia seguían haciendo solitarios en el jardín de Stasia y Christine. Y Stasia veía aquellos fantasmas que jugaban a las cartas en silencio y no sabía si había perdido el juicio o si al final la realidad no era más flexible de lo que había supuesto hasta entonces.

Fumó uno de sus cigarrillos sin filtro y palpó el reloj de oro que siempre llevaba consigo: ningún misil en el mundo iba a impedirle visitar a su hija, daba igual dónde y cómo, pensó, y trató de mirar los naipes de los fantasmas. Para la CIA, todos los indicios apuntaban a un acuerdo entre Castro y Jrushchov para atacar la base norteamericana de Guantánamo (sí, exactamente la misma que décadas después iba a causar tales daños de imagen a los Estados Unidos).

Christine había recogido a Misha en el colegio, y paseaban por las estrechas calles de Sololaki. Él se estaba comiendo su helado preferido, y le hablaba excitado de su jornada la escuela. Bajaron por la ancha calle Kirov y siguieron por la avenida Rustaveli. Cuando llegaron al hotel Tiflis, Christine se detuvo a mirar el impresionante edificio.

—¿Qué pasa? —preguntó Misha.

—Antes, mi marido solía cenar aquí. En aquella época el hotel se llamaba Majestic, y en él solo se alojaban los hermosos y adinerados del mundo entero. Era un bonito lugar.

—¿Le echas mucho de menos? —preguntó Misha, cogiendo la mano de Christine.

—Sigamos, no nos entretengamos en cosas tristes, ¿eh? —dijo ella, sin responder a su pregunta.

Kostia se volvió sobre el costado izquierdo, en la cama de una clínica privada de Viena, sin dejar de pensar en el rostro radiante de su hija. Quería regresar a Moscú, no quería que ella creciera sin padre, no se lo merecía, quería vivir, quería sobrevivir, para ella, para Elene. No podía morir sin volver a verla.

Mientras, pequeños grandes hombres jugaban con el globo terráqueo, y reían complacidos. El mundo escapó por un pelo a una guerra atómica cuando un submarino norteamericano lanzó granadas contra un submarino nuclear soviético. Los segundos siguientes fueron una prueba de resistencia para el mundo entero. Hubo una reunión secreta en Washington. Bobby Kennedy aceptó las exigencias de Jrushchov, y esa misma noche Jrushchov ordenó retirar los misiles de Cuba.

Elene soñaba con su padre y le llamaba. Nana se acostaba en el cuarto de su hija para ahuyentar sus miedos, pero de nada servía. La voz de Kostia sonaba confiada cuando Guiorgui Alania se puso al teléfono; las llamadas entre ellos se habían vuelto cada vez más escasas:

—He sobrevivido. Por el momento estoy fuera de peligro. Voy a volver a casa. Con Elene. He sobrevivido, no tengo leucemia, eso es lo que me dicen ahora los médicos.

Alania no entendía de qué se trataba, pero algo le decía que era grave, y el hecho de que la llamada viniera de una clínica de Viena confirmaba sus sospechas. Pero no eran asuntos que pudieran discutirse por teléfono.

—Tenía que decírselo a alguien. Simplemente tenía que decírselo a alguien —repetía eufórico Kostia.

Alania no pudo evitar pensar sin querer en la hermana de Kostia, en la mujer cuya voz se había convertido en el punto de apoyo más seguro de sus últimos años, ya cantante reconocida, que acababa de sacar su segundo álbum con el título *Summer of Broken Tears* (su *single* de verano competía con otra canción que llevaba el título, algo más profano, de «Love Me Do», de esa nueva banda, ya sabes, Brilka, cuyos miembros llevaban absurdos peinados).

Alania se estiró junto al escritorio de su despacho en la embajada. Kostia tenía su número privado. En aquella ocasión le había dicho: solo en caso de emergencia. Ahora deseaba no habérselo dicho, y que su amigo le hubiera llamado más a menudo. Después de que Kitty se fuera, hablaban por teléfono con mayor regularidad, aunque la mayoría de las veces había sido él quien había llamado a su amigo, siempre desde distintas cabinas telefónicas. Los dos conocían las reglas demasiado bien, se atenían a las normas y a los acuerdos. Aunque a veces les costara trabajo conjugar esas normas con sus propias necesidades.

—¿Sigues ahí?

La voz de Kostia lo arrancó a sus pensamientos.

—Sí, perdona, estaba pensando en lo que me decías. Sea cual sea la razón de tu estancia allí, me alegro de que lo hayas conseguido. Eras y sigues siendo un luchador.

Kitty estaba sentada, desnuda, en el pequeño sillón de mimbre de su dormitorio. Desde el baño llegaba el sonido del agua cayendo en la bañera, iba a meterse en ella y ahuyentar los pensamientos, las dudas que la perseguían. Fred llevaba cuatro noches sin aparecer, probablemente dormía en el lecho con aroma a lavanda de Amy. O se emborrachaba con dudosos personajes en su nuevo estudio de Hackney, financiado por Amy. Se estaba preguntando si proponer a Fred que fuese con ella a Viena. Tenía miedo de sus ojos cuando le lanzase un frío «no» a la cara. Después de la fuga de Mödling jamás había regresado a Austria, desde la noche en que su madre había cogido el cinturón. Pero Kitty esperaba que Fred se liberase al fin de la maldición de esa ciudad. Porque quizá entonces la ciudad dejaría de ser su sueño no vivido con Andro.

Se arrastró hasta el baño, con pasos pesados. Trató de acordarse del rostro de su madre. Trató de imaginar lo que el tiempo habría hecho con ella. El tiempo que había entre ellas. ¿Cómo era ese tiempo? ¿Plúmbeo, gélido, metálico?

Se metió en el agua espumosa, estaba demasiado caliente, pero quería sentir ese calor. Cuando Fred no estaba o su innominado amigo pasaba mucho tiempo sin llamarla, nada le recordaba a la vida. Ni siquiera sus actuaciones, ni la euforia de Amy, y menos aún el pequeño y laborioso éxito que tenían sus canciones. Siempre que cerraba los ojos, regresaba al Este. Qué pronto la abandonaba Occidente a una en cuanto no se concentraba en él, pensaba Kitty, y soportaba en silencio el contacto del agua caliente sobre su piel. Exactamente igual que Fred no se quitaba de encima Mödling, Kitty no se libraba del Este. Las huellas que había dejado en ella eran imborrables. Miró sus cicatrices. Allí también estaba Mariam. Allí se quedaría para siempre. Mariam y su hijo. Sí, cuando el Este la abrazaba y la sujetaba a una, cuando una se atragantaba con el Este, se quedaba con él.

Y, siempre irreflexivo pronuncio con labios indignados tu nombre, rogando en silencio que el amor resucite.

SOFIA PARNOK

Solo una semana después de que Kostia regresase a casa, mientras él hablaba con algunos de sus colegas uniformados tras las puertas cerradas de su despacho, Nana escuchó una y otra vez las palabras átomo, muertos, sanatorio y *medalla al valor*.

Elene aún no había vuelto del colegio. Nana regresó a la cocina y se tragó su fría ira con un gran vaso de agua. Nana, cuya hija había festejado el regreso del padre con chillidos y gritos de alegría, y había despertado a toda la casa. Nana, que se moría de nostalgia de Tiflis, de su universidad, de sus amigos, incluso de Stasia y Christine, se confesó a sí misma su derrota.

Al contrario que el reencuentro entre padre e hija, el saludo entre marido y mujer había sido casi formal. Un cauteloso beso en la boca, un corto abrazo, por supuesto nada de preguntas directas. Pero, obviamente, ella intuía, mejor dicho, sabía que no había estado en el mar Báltico y que no le había dejado a su querida hija durante seis meses por unas maniobras.

Nana oyó a Elene abrir la puerta de la casa, dejar caer la cartera al suelo, ponerse las zapatillas y entrar corriendo a la cocina (normalmente habría corrido primero al despacho de su padre, pero las voces extrañas la habían disuadido).

Era alta para su edad, sus ojos color cacao se parecían mucho a los de su tía, etiquetada como traidora a la patria. Todos tenían prohibido preguntar por ella. Las piernas de Elene, enfundadas en medias blancas, eran largas y fuertes, su postura erguida, su mirada pensativa y desconfiada. Los cabellos cortados a lo paje envolvían su cabeza redondeada como una gorra a medida. Se lavó las manos y miró en los cacharros a ver qué había preparado Ljuba en aquella ocasión. Satisfecha, encendió el fogón, sin preguntar a su madre si pensaba comer con ella.

Nana observó a su independiente hija, y no pudo evitar que su comportamiento más bien le repeliera. Por más que se había esforzado en los últimos meses, no había podido romper la férrea muralla que Elene había levantado a su alrededor, la forma en que encarnaba a la hija perfecta de su

padre.

Desde que Kostia había vuelto, Nana estaba de más; esa fue la razón de su capitulación definitiva, la espinosa verdad de que esos largos meses que había pasado a solas con Elene no habían servido de nada; su hija no la había perdonado. No había vuelto a aceptarla en su corazón. No dejaría el país rumbo al sur con su madre, ahora, al final de su estancia en Moscú.

Miró a su hija y entendió que a Elene no le había sido fácil tener que decidirse por una parte, por uno de sus padres; y que por desgracia la elección de Elene había sido Kostia. Pero —y a Nana le costó un inconmensurable esfuerzo aceptarlo—, ¿acaso la niña no se asemejaba más a su marido que a ella misma? Quizá por eso a Elene le parecía más deseable tomar como modelo a su padre que a las extrañas mujeres de su familia.

Y, a pesar de las dubitativas conjeturas que Nana hacía acerca de sus años de matrimonio, de la encarnizada guerra por el amor y el favor de su hija, a pesar de las intuiciones relativas a los secretos de Kostia, a pesar de la hiriente verdad a la que se había enfrentado durante los seis meses que había pasado a solas con su hija en el reino de su poderoso marido, el hecho de tener que regresar sola le resultó sorprendentemente doloroso. Si Kostia hubiera vuelto dos semanas antes, quizá se habría ahorrado la conciencia de la miserable situación en la que se encontraba su matrimonio. Ahora, sentada en la cocina, inactiva y desvalida, luchando con las lágrimas, seguía intentando convencerse de que no era culpa de Elene, de que no se trataba de una venganza contra ella, de que el dolor que le había infligido era culpa de su edad, de su ingenuidad, de su inocencia.

Dos semanas antes, Elene había vuelto a hablar sin parar de Kostia. Nana sintió rabia, se sintió injustamente tratada, manipulada por su propia hija. Quiso gritarle a la cara que dejara de castigarla por algo que no era culpa suya, que mejor le mostrara a su madre el debido amor y respeto, y que no lo hiciera solo con gestos fingidos. Quería que le enseñara su verdadero, terco, iracundo y, sin embargo, mucho más vivo y auténtico rostro. Debía volver a ser obstinada, ruidosa y furibunda, terca y necesitada de amor. Debía, debía, debía. Nana calló y se metió un bombón tras otro en la boca, y miró fijamente la luz azulada del televisor, en el que en ese momento ponían el «Vamos a la cama», que Elene contemplaba todas las noches con enorme placer.

—No comas tantos dulces —dijo Elene de pronto, sin apartar la vista de la pantalla. Nana, que acababa de meterse un bombón en la boca, se quedó petrificada, sin atreverse a masticarlo. Se sintió avergonzada y humillada por su hija. Por si no bastase, Elene añadió—: A papá le gustan las mujeres delgadas que llevan carmín y perfume.

Por la pantalla pasaba en ese instante un perro de dibujos animados, de orejas enormes, que cantaba una alegre canción.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Nana en tono gélido.

—Porque lo sé.

—¿Y cómo?

La voz de Nana subió de tono. Por fin se había tragado el bombón.

—A veces tiene visita —dijo la niña con tranquilidad, como si le estuviera contando su jornada en el colegio, y se quedó mirando al perro, que en ese momento agitaba las orejas mientras emitía un «guau, guau» melodioso y satisfecho.

—¿Aquí? ¿Tiene visita aquí?

—Sí, dónde si no. Es su casa.

Elene tendió la mano de nuevo hacia la fuente de los bombones, en la estrecha mesita de las revistas.

—¿Y qué clase de mujeres delgadas con carmín son esas? —Nana intentaba controlar su tono. Estaba a punto de estallar.

—Bueno, mujeres delgadas de labios rojos, con abrigos esponjosos. Huelen tan bien. Y a veces me traen regalos.

—Ajá, así que te traen regalos.

—Sí.

Elene quitó el envoltorio al bombón y se lo metió, codiciosa, a la boca. Entonces, un pato se unió al perro de largas orejas y se sumó a la canción. Al «guau, guau» se unió, por su parte, un «cuac, cuac».

—¿Qué clase de regalos?

—Mamá, estoy viendo la tele.

—¿Qué clase de regalos? —Nana luchaba con su voz.

—Juguetes. O un fular. También me han regalado guantes.

—¿Y cuánto tiempo se quedan aquí?

—Ni idea. No mucho. Algunas vuelven, otras no. Mira, ese es Gaston, el pato, es el que más me gusta.

Elene chillaba de entusiasmo, con la boca llena de chocolate.

La distinguida visita había terminado al fin. Kostia los había despedido a todos con un apretón de manos. Aquellos caballeros parecían muy serios e importantes. Exactamente como a Kostia le gustaba verse a sí mismo. Como de costumbre, Nana acostó a Elene. Ljuba tenía libre aquel día. Kostia se había retirado a su despacho.

Había cambiado. Parecía más delgado y más débil. Ella apenas podía mirarle, porque desde su regreso solo tenía en la cabeza las frases de Elene: «A papá le gustan las mujeres delgadas que llevan carmín y perfume».

Entró al baño. Se miró largo tiempo en el espejo. Su rostro no revelaba preocupación alguna. Los muchos kilos ganados en los últimos años no habían podido alterar su expresión abierta y amable. Los pómulos seguían siendo altos y puntiagudos, la frente lisa, los ojos claros. No parecía una mujer profundamente desdichada. Durante su matrimonio, su rostro había aprendido a mentir.

Sacó el estuche de maquillaje del armario, extrajo de él un carmín que apenas empleaba y se pintó la boca de rojo. Se peinó el espeso cabello rubio oscuro y se lo recogió en un moño alto. Luego fue al dormitorio y escogió el mejor vestido, tenía un audaz escote y era azul marino, lo que sentaba bien a sus ojos. Le quedaba un poco estrecho en las caderas, pero por hoy bastaría. Se puso los únicos zapatos de tacón que tenía, y que pasaban su existencia intactos en el armario, dentro de una caja de cartón. Los había comprado con Kostia en aquella ocasión junto al «mar frío», cuando había constatado por primera vez que su marido no la deseaba.

Luego, recogió sus vestidos y los metió en una maleta.

Llamó a su puerta y entró sin esperar respuesta. Estaba sentado a la mesa, inclinado sobre sus expedientes, a la débil luz de una lamparilla. En el escritorio había un busto del Generalísimo, y a su lado unas fotos enmarcadas de Elene.

Él se sobresaltó al verla así. Hacía ya mucho que no se arreglaba para él. Por norma le habría dicho que tenía trabajo, y la hubiera echado de esa forma indirecta, pero algo en su aspecto tuvo que dejarle claro que esta vez no iba a poder librarse de ella tan fácilmente. Le ofreció una silla. En la pequeña cómoda junto a su mesa aún había tres copas y una botella de vodka medio vacía. Al parecer, había brindado por algo con sus colegas.

Sin preguntarle, ella cogió la botella y llenó hasta el borde una de las copas utilizadas. Él abrió la boca, fue a replicar algo, pero volvió a cerrarla cuando ella se llevó la copa a los labios y apuró de un trago el contenido.

—Al parecer, no soy la mujer que necesitas. Lástima que me haya equivocado tanto contigo, Kostia. Ni siquiera es culpa tuya. Tenías razón, no quería despertar. Pero ahora, como ves, estoy despierta. Estoy tan despierta, tan terriblemente despierta, que a veces tengo miedo de no poder volver a dormir jamás. Si quieres, podemos divorciarnos. A mí me da igual. Pero si quieres seguir casado conmigo, tenemos que aclarar determinadas cosas, y te va a tocar tener en cuenta mi opinión.

Nana había vuelto a llenar la copa y, como su marido no decía nada, prosiguió:

—En primer lugar, quiero que a partir de ahora nunca vuelvas a desautorizarme delante de Elene, que dejes de despreciarme y de reírte de mis «tonterías con la universidad», que dejes de criticar mis métodos educativos. Que dejes de hacerle ver que no soy lo bastante buena para *vosotros*. Sí, para vosotros, porque formáis un verdadero equipo, mientras yo estoy sentada en el banquillo y solo se me permite mirar. ¡Esto tiene que acabar! Enseguida.

»En segundo lugar, te exijo que no vuelvas a traer a la casa en la que mi hija vive a ninguna ramera, disculpa la brusquedad. Puedes hacer lo que quieras, pero cuida de que Elene no se entere. Te revelaré un pequeño secreto, Kostia, como amiga y no como tu esposa: todas esas mujeres que te parecen tan deseables, todos esos ángeles rubios y morenos ante los que te presentas como un donjuán, no son más que actrices, que interpretan su papel de manera magistral. Porque no han aprendido otra cosa que a darte exactamente esa sensación que crees necesitar. Han aprendido a hacerte creer que son mágicas, que están ahí solo para hechizarte, y si gimen en la cama, perdona que sea tan directa, pero ya no tengo por qué complacerte, lo hacen porque creen que tú quieres oírlo, y tienen razón: quieres verlo y oírlo. Exactamente eso. Y, cuanto más lo pienso, menos te entiendo, Kostia, menos entiendo que tú, que has crecido rodeado de tantas mujeres, sepas tan poco de ellas. Y es triste que, da igual cuántos actos heroicos puedas hacer aún por tu país y las condecoraciones que puedan otorgarte, vayas a seguir siendo tan débil, débil ante las mujeres, porque, al parecer, no has aprendido a convertirlas en aliadas.

»Sí, deberías haber comprendido que al apartarme de Elene no te hacías

ningún favor, porque yo habría podido protegerte. ¿Y sabes por qué? Porque yo veía en ti a un amigo. Y porque te amaba. Sí, lo hacía, aunque durante mucho tiempo ni yo misma supiera ni entendiera qué era ese maldito amor. Y esperaba que pudiéramos ser amigos, al menos eso, si ya no podíamos ser una pareja. Pero me engañaste, lo único que te importaba era quebrar mi voluntad, volverme pequeña y dócil, porque no conocías otra cosa, porque no querías otra cosa, porque así son a simple vista tus guapas y huecas muñecas, sin voluntad, dóciles y carentes de complicaciones, ¿verdad? Creadas tan solo para alegrarte el ánimo. Y cuando empecé a oponerte resistencia, cuando no me sometí, comenzaste a quitarme lo más valioso, me declaraste una guerra silenciosa. ¡Por ella, por nuestra hija! No entendías que con eso te tendías a ti mismo la mayor trampa de tu vida. Y a pesar de que he fracasado lamentablemente durante mi estancia aquí, a pesar de que incluso en tu ausencia siempre estaba a tu sombra, sé que un día ella se volverá contra ti, ¿quieres saber por qué? Porque será una mujer, una mujer auténtica de carne y hueso y no una muñeca hueca como tú le has enseñado a ser en todos los años que lleva viviendo a tu lado. Un día no podrá soportarlo más, saldrá de esa crisálida y empezará a castigarte por la carga que le has impuesto siendo tan pequeña. Me dan ganas de vomitar cuando oigo ese maldito acento ruso en su lengua materna...

—¿Qué tiene que ver eso ahora? —balbuceó Kostia, que durante todo el monólogo había estado mirando incrédulo a su esposa.

—En tercer lugar: ¡No me interrumpas! ¡Simplemente no vuelvas a hacerlo! Y en cuarto lugar: cuando termine noveno curso, voy a llevarme a Elene a Tiflis. Y no, no quiero discutir acerca de eso. Te lo digo tan solo para que puedas prepararte con tiempo.

Kostia se incorporó de pronto y agarró él mismo la botella de vodka.

—No voy a autorizar ningún divorcio.

—Bien, me lo imaginaba. Si estás de acuerdo con mis exigencias, te prometeré a cambio seguir siendo tu fiel esposa y no hacer nada que pueda poner en riesgo tu reputación o tu posición. Y tampoco tienes que preocuparte por la gran admiración de tu hija, no voy a interponerme entre vosotros. Y sí, me iré a casa mañana mismo. No creo que mi presencia aquí siga siendo necesaria.

Si tan solo pudiera ponerme en la cola de otro destino...

ALLA PUGACHOVA

—¡Estás echando a perder al chico! —decía Stasia esa tibia tarde de octubre a su hermana, porque Misha había vuelto a negarse a jugar al fútbol con los críos de los vecinos y se había refugiado en la cama de Christine, con un supuesto dolor de garganta.

Christine estaba en la cocina y tejía un mantel. Stasia estaba de pie junto al marco de la puerta, con unas botas de jardín sucias y unos viejos pantalones arremangados que le quedaban al menos dos tallas grandes, y miraba enfurruñada a su hermana. Después de cumplir los sesenta, Stasia había empezado a encoger, sus miembros parecían cada vez más finos y ella más delicada, más pequeña, hasta que al alcanzar su octogésimo aniversario tendría la figura de una niña.

—¿Qué pasa ahora?

Christine estaba irritada, no apartó la vista de su tarea.

—¿No ves en qué lo estás convirtiendo? El chico se comporta como un anciano. Nunca juega con otros niños, siempre está tan serio, siempre contigo. Esto no es sano. Hasta su padre se ha quejado de que...

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Quiero decir con esto que ya no eres una niña, y que el chico necesita rodearse de otros de su edad.

—No tengo intención de dejarme tratar como una momia solo porque ya no tenga veinte años.

—¡Es un niño, por Dios, Christine!

—Intento darle todo lo que necesita. Es feliz. Eso es lo más importante para mí.

—Le das lo que crees que necesita. Pero él necesita otras cosas. No es un juguete. Además, *no es una niña*, y el modo en que le tratas no es bueno para él.

—Tienes envidia, simplemente tienes envidia, porque por fin puedo educar a un niño, y es feliz, mientras tú...

Christine había subido la voz. Soltó el mantel y miró, furiosa, a su

hermana.

—¡Sigues siendo una niña malcriada! ¡Una tonta ciega y malcriada, Christine! —Stasia respondió a la mirada furiosa de su hermana menor—. ¡Te haces vieja, asúmelo! ¡Y búscate otro pasatiempo! —y salió dando zancadas al jardín, dejando tierra húmeda en el suelo de la cocina.

Christine se irritó, ¿por qué su hermana tenía siempre tan poco sentido del humor, tal falta de encanto, por qué tenía que estar tan seria y amargada? Sí, era verdad que Misha se estaba convirtiendo en un soñador, y quizá haber malcriado demasiado a ese pobre niño asustado, que se sentía tan solo cuando llegó a su casa, no había sido una buena estrategia de supervivencia para el futuro.

Sin duda, sus rasgos eran más toscos que los de su padre, pero permitían advertir en ellos que un día iba a convertirse en un hombre muy atractivo, al menos para esa parte de la población femenina que prefería la fuerza bruta. Irradiaba fortaleza física y la sana sensación de tener los pies en el suelo. Tan solo los grandes ojos celestes revelaban su vulnerabilidad infantil. Su aspecto no dejaba traslucir su exagerada timidez, su temor a los desconocidos, su predilección por la literatura y su aversión al contacto físico. Y era cierto que la forma en que podía pasarse horas sentado en el jardín, con un escarabajo en la palma de la mano y escuchando a los pájaros, no lo hacía realmente popular entre los chicos de su edad. Pero lograba evitar los conflictos, su aspecto exterior inspiraba respeto.

Qué feliz era, pensaba Christine, siempre que podía volver con ella de las vacaciones de verano. Qué aliviado se sentía por no tener que seguir haciéndose el fuerte delante de su poco comprensiva madre y el alcohólico de su padre. Qué extasiado estaba al poder escuchar el viejo gramófono con ella y cuando le contaba algo del aria que estaban oyendo, o cuando le dejaba en la almohada una de sus novelas favoritas, cuando salía con ella a tomar helado o le contaba una historia sobre cada calle y cada rincón.

¿Qué había de malo en eso? ¿Por qué no iba a hacer todas esas cosas? A Christine tampoco se le escapaban las miradas de reproche de Nana cuando los veía a Misha y a ella en el jardín, inclinados sobre un libro o una planta. Desde que había vuelto de Moscú, aquella mujer solo miraba el mundo con un pragmatismo que daba miedo. Al principio, Christine había atribuido el abatimiento de Nana a la nostalgia por su hija, pero estaba enfadada con ella. ¡Hubiera debido seguir a su marido a Rusia, entonces su relación con Kostia

no sería tan fría y distante! ¡Entonces no habría tenido que compartir a su esposo con Rusia y el mar frío, con secretos de Estado y, sobre todo, con otras mujeres! Pero ella y Kostia no encajaban. Conocía demasiado bien a su sobrino como para no estar segura de ello. Desde el principio Nana había mantenido cierta distancia hacia ella y sobre todo hacia el chico, como si tuviera miedo de encerrarlo demasiado en su corazón.

Durante los últimos dos años, pensar en Kitty se había convertido para Stasia en una idea fija, en una cárcel de la que no encontraba la salida. Que la volvía más malhumorada, irritable y ausente de lo que ya era, que le quitaba el sueño y la hacía distraerse durante su trabajo en la biblioteca.

Tenía que verla. De lo contrario, de eso estaba segura, un día ya no se levantaría, y esperaría a que Sopio o Thekla vinieran a tenderle la mano y ayudarla a cruzar el Jordán. Si es que existía. Lo sentía, para ella no había ninguna duda de que, si no lograba abrazar a su hija al menos una vez, moriría en breve.

Esa idea la llevó a empezar a mantener conversaciones con su hija. Sus labios formaban sin ruido palabras que iban dirigidas a ella. Que si cuidaba su alimentación, que si soportaba el extranjero; o le preguntaba por el país en que vivía, le hablaba de su vida cotidiana en la biblioteca, se quejaba de la infantil terquedad de Christine, contaba que Elene crecía lejos de su madre.

Por la noche, tumbada en su cama, con la mirada vidriosa fija en el techo, se imaginaba cómo podría hacer para volver a ver a Kitty. Pero en ninguno de esos escenarios el camino pasaba de largo ante Kostia. Él era el contacto. El ángel negro que regía el destino de su madre y su hermana. Sabía que podía ponerle en peligro con su petición, pero ¿cómo si no iba a encontrar a Kitty? ¿Dónde iba a buscarla en el Oeste, en Inglaterra —si es que era cierto que vivía allí—, y cómo iba a llegar hasta allí? Jamás permitirían que la madre de una traidora a la patria cruzase la frontera. ¡Jamás!

Christine no le ofrecía ningún apoyo, aprobaba —¡típico de ella!— la conducta de Kostia. Tenía un puesto de responsabilidad, los protegía a todos, no podía correr un riesgo semejante. Solo tenía que acordarse de los interrogatorios a los que las habían sometido a ambas tras la desaparición de Kitty; y, si Kostia no llega a tener aquel puesto, habrían acabado mal, las habrían privado a las dos del derecho a trabajar en instituciones públicas

como el hospital y la biblioteca... o algo peor.

Entonces —hacía años, en otra vida, en otro mundo, le parecía— había viajado cientos de kilómetros a través de paisajes marcados por la guerra en busca de su marido, y también de su hijo, había tenido el coraje de hacer frente a los mencheviques y bolcheviques y aun a los fascistas, no había sentido miedo, porque estaba segura de estar haciendo lo correcto. ¿Y cómo no iba a hacer lo mismo por su hija? Ciertamente que ninguno de los dos viajes a Rusia había tenido el resultado deseado, pero había recorrido el camino, lo había intentado, había —aunque fuera a su manera retorcida y difícil de entender, no necesariamente lógica— actuado. Quizá entonces tenía menos que perder, sí, quizá, quizá su conducta había sido egoísta, pero ¿qué importaba eso? ¿Es que aquella espantosa inactividad no era igualmente peligrosa?

Ni siquiera los juegos de cartas de las dos muertas en su jardín, que nadie más veía salvo ella, lograban distraer a Stasia de sus agobiantes pensamientos. Siempre que aparecían los fantasmas, les volvía la espalda y se sumía en la lectura de un libro o un periódico. ¿De qué le servían si no la ayudaban, si no le señalaban un camino y no se interesaban más que por sus naipes?

Pero cuando Kostia volvió con Elene a Tiflis para las vacaciones de invierno y comenzó los preparativos de una gran fiesta de Nochevieja, ella pronunció lo impronunciable. Superó el miedo a su ira y empezó a convencerle, le imploró que le dijera dónde estaba su hija, tenía que posibilitar alguna clase de contacto con ella, un encuentro, daba igual dónde, daba igual cómo.

—¡Eso es absolutamente imposible!

El espanto de Kostia era obvio, y tan pronto como lo dijo se llevó la mano a la boca, como si tuviera miedo de su propia voz.

En ese momento estaban solos en la cocina, ella estaba ayudando a su hijo a sacar de las bolsas las abundantes compras que había hecho en el mercado y a guardarlas.

—De lo contrario, me volveré loca. Sueño constantemente con ella, cuando logro siquiera dormir, y en el trabajo ya me han advertido varias veces porque...

Kostia se llevó el índice a los labios y miró asustado a su alrededor. Inspiraba un poco de compasión la forma en que le habló, dándole acceso a

sus miedos y angustias, algo que jamás hacía. Quería contradecirla, quería poner fin al asunto lo antes posible, pero no podía evitar sentir una profunda emoción. Stasia parecía una niña pequeña, frágil y encogida, sin sexo, totalmente perdida, gesticulando para dar énfasis a sus palabras.

Como ella no dejaba de intentar convencerle, y él sabía que no iba a poder librarse del asunto así como así, la cogió de la mano y la llevó hasta la mesa, de pronto se sentía como un gigante junto a su madre, que tenía los hombros tan caídos y el rostro tan pálido. Las arrugas en torno a la boca, profundas y agobiantes. Pese a los cabellos grises —ella, a diferencia de su hermana, no se teñía— no parecía vieja. Parecía alguien que, de forma extraña y testaruda, se resistía al tiempo, le sacaba la lengua.

Stasia hablaba de manera confusa, saltaba de un punto a otro. De un recuerdo a otro. Estiraba la cabeza hacia él, buscaba desesperadamente un punto de apoyo, una brizna de esperanza en sus ojos. Le tocó las manos..., llevaba mucho sin hacerlo. Dejó a un lado los reproches. Lo halagó. Lo llamó «mi niño», imploró en toda regla. Él se sentía desbordado. Por suerte, estaban solos. El pequeño y desnudo cochinito yacía sobre la encimera extensible de la cocina y los miraba con sus ojos tristes y sin vida. Montañas de naranjas y mandarinas, de caquis y frutos secos, yacían sobre la mesa y en la nevera en distintos cuencos. En el suelo, en varios soportes, había botellas de champán.

Kostia adoraba la Nochevieja. Las comidas abundantes, el exceso, la entrada del nuevo año, las pomposas alocuciones televisivas de Año Nuevo, la cuenta atrás, los fuegos artificiales; amaba los regalos que hacía a los miembros de su familia, y pensaba acerca del hecho de que ella, su madre, que estaba sentada delante de él y pronto prepararía las exquisiteces que él amaba, no sabía que no hacía mucho él mismo había tenido que resignarse a la idea de no poder celebrar nunca más tales fiestas, de que había mirado a los ojos a la muerte durante semanas desde la cama de un hospital de Occidente.

Aquella idea era difícil de soportar. Cuando aún no podía saber si podría volver a ponerse en pie alguna vez, a él le hubiera gustado decirle que, pese a todo, le estaba agradecido por haberle parido. A pesar de todo aquello de lo que no había podido protegerlo, a pesar de todo aquello de lo que le había privado, de lo que no le había dado, de lo que ella le había sustraído. Entonces había estado a punto de escribirle una carta, en la que habría querido volver a llamarla *deda*, no por su nombre, como hacía normalmente para mantener la distancia entre madre e hijo.

La miró y tuvo la sensación de que se hubieran intercambiado los papeles. Como si él fuera el padre y ella la niña. Como si fuera imposible que de aquella persona infantil, sin edad, hubiera podido surgir otra. Él. Y su hermana, a la que ella lloraba ahora sin pensar en sí misma.

Sin embargo, en el mismo instante sintió crecer en él la furia, furia contra esa persona tan delicada, con esos moños tan toscos y esos ojos que brillaban incoloros. Con cuánta frecuencia habían estado perplejos y desorientados, de niños, no solo él, también ella, su querida hija, su rayo de sol, con cuánta frecuencia habían fracasado los dos ante ella, ante su carácter ajeno al mundo, ante su retirada a un mundo interior cuyo acceso les estaba vedado. Con cuánta frecuencia habían deseado una madre normal, que no dijera ni hiciera cosas tan extrañas, sino que actuara conforme a la regla y fuera fácil de entender, una mujer sencilla con deseos sencillos e instintos maternos. ¿Habrían sido distintos los caminos de su vida, se preguntaba Kostia mientras un fuego desconocido en los ojos de Stasia le hacía retroceder, si hubiera sido una madre mejor para ellos? ¿Si no hubieran tenido que competir por su amor, por su atención, y no se hubieran desgastado el uno al otro en esa lucha? ¿Había siquiera respuestas a esas preguntas? ¿O quizá era fácil creer que solo existía una respuesta a esa pregunta, que excluía todas las demás? ¿No ocurría más bien que tras cada respuesta se escondía otra, y detrás otra, y otra, hasta volverse loco?

Stasia le hablaba de su viaje a Rusia, siguiendo sus huellas... ¿Por qué me cuenta eso ahora?, se preguntaba Kostia, y no sabía si tenía que alegrarse o enfadarse.

¿Lo sentía? ¿Tenía remordimientos? ¿Se preguntaba qué había ocurrido? ¿Derrochaba siquiera un pensamiento en preguntarse cómo le iba a Kitty? Creo que no; se prohibía esas preguntas. Porque tampoco en ese caso creía que hubiera respuestas. La única respuesta definitiva que podía haber era la vida que se vivía.

Su madre, esa sombra atrapada en su propio mundo, no un hada, como Christine había sido un día, lloraba delante de él mientras lo agarraba por la muñeca. Sus lágrimas lo desbordaban. No quería tener ningún poder sobre ella; por primera vez quizá desde que su aspiración al poder se había impuesto, Kostia la sentía como una carga, no quería estar en la posición de poder decidir sobre sus lágrimas. No quería tener nada que ver con su sufrimiento. Pero era imposible: lo quisieran o no, todos estaban demasiado

unidos; mientras siguieran vivos nunca podrían separarse unos de otros, en su historia jamás habría un final definitivo. Siempre había otras salidas, giros y posibilidades que se abrían después de cada supuesto final.

Bajó la cabeza, se llevó la mano de ella a los labios, sintió su piel fresca y suave, sentaba bien sentir la posibilidad del perdón, la posibilidad de considerar una alternativa, para él y para su historia común. Aunque ya no fueran a delimitarla, aunque fuera imposible mantener esa paz, creer en un nuevo comienzo, pero la ilusión era tranquilizadora, apaciguadora, conciliadora.

Y, cuando ella llegó en su discurso a su nacimiento y a los tormentos que le había costado, él se maldijo por haberse dejado arrastrar a esa emoción, a esa indulgencia emotiva, por no haber ahogado en su germen esa marea verbal y no haber seguido en la ocupación profana de preparar las viandas; pero era demasiado tarde, había sido débil por un momento, por un momento se había dejado llevar por sus emociones, y ahora tenía que cargar con las consecuencias, escuchar todo ese amasijo sentimental maternofilial.

—Sí, nueve horas, nueve horas enteras duraron los dolores. Eras grande ya entonces, pesaste más de cuatro kilos, yo no tenía tanta fuerza para empujar...

—Stasia, por favor.

No quería seguir oyendo, no quería tener que escuchar aquellos sangrientos detalles.

—Y la comadrona gritaba...

—¡Stasia!

—Empuja, empuja, y yo pensaba: ¡voy a desmayarme!

—Está bien, ya basta. Pensaré en ello. No puedo prometerte nada, pero pensaré en ello.

Cuando sonó el teléfono, Kitty estaba enlazada con Fred en medio de su salón, y por un momento tuvo la sensación de haber superado todo lo que la separaba de la felicidad. Había bailado con Fred y se había divertido con aquella extraña y ensoñadora pelirroja, que flotaba sobre el parqué oscuro y hacía absurdas posturas mientras su propia voz salía de los grandes altavoces.

La noche anterior habían discutido. Quizá por primera vez con la misma fuerza con la que Amy se peleaba con su común amante. Kitty no había

querido tener aquel tono, aquel desprecio en la voz, que en realidad no era más que una confesión de su propia dependencia e impotencia. Se había avergonzado de perder el control, de los absurdos reproches, que apuntaban a las ideas de Fred acerca de la vida y la moral. Kitty se había sentido mísera en su desesperación. Aquellos interrogatorios a los que había sometido a su amante, aquellos insultos y amenazas baratas, repugnantes, casi vulgares. Al contrario que Amy, ella nunca había esperado cambiar a Fred. Quizá nunca lo había querido, pero tampoco deseaba que su felicidad, su satisfacción dependieran de aquella mujer. De las migajas de amor secreto que le tiraba a los pies. Y, como si ella misma no se tomara del todo en serio el papel de cruel rompecorazones y desconsiderada ególatra, Fred había esperado que la ira de Kitty se calmara para volver a adularla y hechizarla, para ablandarla, para dejarle claro, una vez más, que precisamente aquella falta de compromiso y de fiabilidad, precisamente esa libertad, era la mayor fidelidad de la que era capaz.

Kitty odiaba eso, y al parecer nunca iba a acostumbrarse a que Fred no tuviera el menor rastro de romanticismo, y lo redujese todo a sexo. Pero quizá era más fácil calificar la suya como una relación sin compromiso, quizá era más fácil persuadirse de que no compartían más que la cama y las sacudidas de su pasado.

Una vez que, al amanecer, agotada y ronca, Kitty se rindió, Fred la había convencido para que dieran un largo paseo, había comprado pescado fresco en el mercado y le había preparado un plato exquisito. Kitty jamás hubiera creído que las manos de Fred fueran capaces de hacer algo así si no hubiera estado presente y visto con sus propios ojos cómo una excitada Fred, que se reía como una niña, lo preparaba en su cocina; con tanta paciencia, con tanto amor al detalle, con el tiempo que se tomaba para cocinar y con tantas especias que pesaba y probaba como si se tratara de un brebaje curativo.

Después de comer, Fred había puesto *Summer of Broken Tears* y le había largado una conferencia sobre cada canción del álbum. Y, después de haber vaciado una botella de vino y de que Fred se hubiera liado un canuto, estaban lo bastante desinhibidas como para bailar «Star Collector», y giraron por la estancia cantando sin cesar «*Let's pretend we are lovers and start to collect the stars*».

Cuántas personas diferentes hay dentro de ella, pensó Kitty. No dejaba de asombrarle lo mudable y engañoso que era el cuerpo de Fred. Lo

transparente, desvalido, como hecho de un soplo, débil y carente de todo erotismo, y lo posesivo, determinante. Habría podido bailar una eternidad y un día con esa mujer.

El sonido del teléfono sacó a Kitty de su ensimismamiento. Volvió tambaleándose al sofá, se dejó caer en él y agarró el auricular. Antes de que él hubiera dicho hola, lo reconoció por su respiración acompasada. Nunca había llamado fuera de la hora acordada. ¿Qué había ocurrido? Su cuerpo se puso en tensión. No, por favor, no, una mala noticia no, no ahora, pensó.

—Tengo una oferta que hacerle.

Lo dijo en un tono particularmente neutro.

Kitty respiró e hizo a Fred una seña para que bajara la música.

—Ya pensaba que había sucedido algo horrible.

—No, no. Es una buena oferta, en mi opinión.

—Me alegra oír su voz.

Fred la miró con curiosidad. Era la primera vez que oía a Kitty hablar en su lengua materna. La miraba fascinada, como si estuviera llevando a cabo una obra de arte. Hubo un crujido al otro extremo de la línea.

—El club Komsomol de Praga está interesado en una actuación suya.

—¿Praga? ¿Lo he entendido bien?

—Sí, exacto.

—Pero eso no puede ser, eso es...

—Sí, sí. Dentro de unos días, su agente recibirá una propuesta formal. Y, si yo estuviera en su lugar, aceptaría, porque allí podrá...

Enmudeció. El corazón de Kitty estaba desbocado. Praga. La ciudad estaba llena de cicatrices, el recuerdo de aquella ciudad estaba lleno de magulladuras. Sintió que el valor la abandonaba. Le hubiera gustado pedirle que la acompañara. Solo entonces se dio cuenta de que no había terminado la frase.

—Allí podré... ¿qué?

—Allí podrá ver a alguien, alguien que...

Kitty se tapó la boca con la mano para no gritar. ¿Se trataba de Kostia, de su madre, de Christine? ¿De Andro, quizá? No, eso no podía ser, jamás les darían el permiso para salir. Y menos a su hermano. Daba igual quién fuera, lo principal es que era alguien de su familia, alguien de casa, alguien de su antigua vida.

—¿Quién? —exclamó, abrumada por la alegría que se estaba expandiendo

por su pecho.

—Conoce las reglas.

—Sí, sí, conozco las reglas. Sí, acepto la oferta, naturalmente que lo hago.

—Eso me imaginaba.

—¿Sabe usted de verdad lo que le quiero?

Kitty ya no podía reprimir la risa.

—Eso me alegra mucho. Porque el sentimiento es recíproco.

Después de colgar, abrió de golpe las dos ventanas de su cuarto y dejó que el aire frío entrara en sus pulmones. Fred se había ido a la cocina, y estaba regresando con un vaso de whisky en la mano. Normalmente Kitty se habría indignado, le habría dicho que bebía demasiado, que siempre necesitaba estimulantes como muletas para la vida, pero en esta ocasión todo le daba igual, quería celebrar esa increíble noticia. Se volvió y se lanzó al cuello de Fred.

Hay que trabajar, todo lo demás... que se vaya al diablo.

ANTÓN CHÉJOV

Kostia sabía que no habría podido convertir a Elene en su cómplice porque, en primer lugar, aún era demasiado pequeña como para interpretar correctamente los sutiles signos de un matrimonio roto, y en segundo lugar era una mujer. No habría podido iniciarla en sus secretos. Él mismo se echaba la culpa por tener que dejarla marchar ahora, sobre los tristes añicos de su matrimonio. Aunque para su disciplinada y circunspecta hija no carecía de peligros regresar al régimen de las mujeres, emocionalmente desequilibrado, caótico, desestructurado, gobernado por caprichos y estados de ánimo, Kostia no sospechaba que la ira de Elene pronto iba a convertirse en una bellísima flor venenosa.

Prometió a Elene llamarla con frecuencia, le prometió darle la misma paga que en Moscú, le prometió aprovechar cualquier periodo de vacaciones y cualquier oportunidad para seguir pasando el tiempo con «su mejor amiga», como a veces la llamaba. Le prometió incluso prepararle sus queridos blinis

conforme a la receta de Ljuba. Y, aunque Elene no protestó, no montó un número, ni siquiera lloró en su presencia, sabía que tenía el corazón roto, que no la había protegido contra aquella sensación de ser superflua y no ser querida.

No tuvo derecho a opinar en la decisión de si Elene debía ir al décimo curso de un instituto rusófono o georgiano. Ya estaba harta de ese acento fingidamente distinguido del lenguaje de Elene, le explicó Nana por teléfono, aquellos modales elitistas tenían que acabar de una vez por todas, iría a una escuela georgiana normal y corriente en el barrio de Vera, a la que se pudiera ir a pie, el servicio de chófer era una exageración para una niña que aún no tenía ni quince años.

Elene se mostró mansa y cortés, dio un alegre beso a cada miembro femenino de su familia, aceptó por amor a su madre el descenso de una escuela de élite a una normal, aunque al principio le parecía imposible cambiar su formación lingüística, y se juró que en cuanto cumpliera los dieciocho nunca volvería a hacer nada que los adultos esperasen de ella.

Se volvió a pintar a toda prisa la antigua habitación de su desconocida tía, se puso en ella un escritorio nuevo, se buscaron perchas suplementarias para los muchos vestidos de Elene y los peluches que había traído de Moscú se repartieron por la cama recién hecha.

Durante las primeras semanas que siguieron a su regreso, todos los habitantes de la casa parecían competir por su favor. Solo se preparaba aquello que a ella le gustaba, se ponía el programa de televisión que le interesaba a ella, se atendía cuidadosamente a que las arias de Christine no la molestaran mientras hacía los deberes, y Misha fue advertido para que no la apartara más de lo necesario de sus tareas y ocupaciones. Elene notaba todo aquello, y lo aceptaba con una cínica naturalidad. Aquel comportamiento no hacía más que ratificarla, demostraba la mala conciencia de su familia por haber sustituido a su hija y nieta por un campesino impresionable.

Misha sufrió las penas del infierno desde su regreso. Cosas que antes eran normales para él quedaron prohibidas, nadie le dio unas instrucciones de uso para Elene. Pasaba de puntillas delante de su cuarto, del que a menudo salía música occidental, y se ruborizaba cuando ella se sentaba a su lado en la mesa.

Parecía tan segura de sí misma, tan mundana y elegante, con sus uñas lacadas en madreperla y sus cabellos largos hasta los hombros, con un corte

absolutamente simétrico, con sus constantes exclamaciones: «Claro que sé lo que es. ¿Cómo? ¿Vosotros aún no lo conocéis? Nosotros, en Moscú...». Se sentía pequeño y necio en su presencia, como si fuera indigno de estar allí. Él, que no era lo que se dice el alumno más popular de su clase, envidiaba cómo poco después de su llegada ella había hecho amigos en cuestión de segundos. Todos en su colegio parecían perseguir a esa chica mundana y sabihonda, desde el más listo de la clase hasta el cabecilla, desde el payaso de la clase hasta el más deseado, todos buscaban su cercanía. Irradiaba un aura de sublimidad y autocomplacencia, venía directamente de Moscú, había visto mundo, su padre era un hombre importante, tenía los discos menos conocidos, sabía de música pop, tenía una lengua afilada, no se dejaba acoquinar y, sobre todo, conocía el efecto que causaba.

Poco a poco, la vida cotidiana en la casa de la colina de Vera se fue normalizando. Stasia y Christine atendían sus trabajos, Nana había conseguido al fin, después de un año, el puesto largamente anhelado de profesora de Lingüística a tiempo completo, y se sumergió en su cotidianeidad universitaria. El regreso de Elene parecía un éxito: se integró bien en la vida escolar de Tiflis, superó, gracias a clases de apoyo pagadas por Kostia, la barrera lingüística, y al parecer no tenía nostalgia de Moscú ni de su padre, como Nana había temido al principio.

Elene y Misha se habían puesto de acuerdo en unas cuantas reglas no escritas para evitarse en todo lo posible. Aunque el camino al colegio era el mismo, nunca iban juntos. En el desayuno y en la cena, donde toda la familia se congregaba en torno a la mesa, se sentaban lo más separados posible, y de ese modo evitaban la tentación de charlar o tener que pedir al otro que le pasara algo. Cuando hacía buen tiempo Elene se adueñaba del jardín, mientras que apenas pisaba el primer piso de la casa, donde se encontraban el dormitorio de Misha y el despacho de Ramas con la biblioteca, en la que tanto le gustaba estar a él. Cuando Andro fue a recoger a su hijo aquel invierno, como de costumbre, al principio de las vacaciones escolares, tuvo la sensación de que, por primera vez desde que vivía en Tiflis, Misha se alegraba de poder dejar atrás la ciudad y la casa.

Sin embargo, la situación cambió después de las vacaciones de invierno, que cumpliendo su promesa Kostia pasó con su hija, en las que incluso la

llevó a esquiar a Bakuriani durante una semana. Convocaron a Nana en el colegio, y allí tuvo que oír de labios de la tutora que su hija incitaba a otras chicas a saltarse las clases y a «frivolidades»; le mostraron palabras soeces que, según información de la tutora, Elene había escrito con carboncillo en las paredes del baño de chicas. Nana defendió a su hija: Elene era una alumna modelo, popular y trabajadora, muy disciplinada; esa conducta no encajaba con su hija.

Pero cuando la semana siguiente descubrió colillas en el alféizar de la ventana de Elene, tuvo la sospecha de que quizá su rebelión había empezado, y trató de tener una conversación sincera con su hija. Elene lo negó todo, se mostró extremadamente irritable y cerró la puerta en las narices a su madre.

La castigaron sin salir de casa. Nana volvía del trabajo con puntualidad extrema y prestaba la mayor atención a que Elene hiciera sus deberes. Durante las semanas siguientes, se retiraron del menú las comidas favoritas de su hija, y también Stasia y Christine recibieron instrucciones para que dejaran de mimar a Elene. Nana se creía en el camino adecuado, Elene iba por la casa con cara ofendida, pero se sometió a las indicaciones.

Hasta que, un día, Elene no volvió a casa después del colegio. Llamaron a las amigas, nadie sabía dónde estaba, se dio la voz de alarma. Nana cogió a Misha y recorrió con él las calles durante toda la tarde, pero Elene seguía ilocalizable. Una de las compañeras de clase mencionó que Elene se entendía bien con los de undécimo curso, y quizá estaba de fiesta con uno «de los chicos». Y de hecho, pasada la medianoche, una achispada Elene entró vacilante en la cocina, como si no hubiera pasado nada, y empezó a prepararse un huevo frito con toda tranquilidad; tenía hambre, dijo.

Nana estalló, llamó a Kostia a Moscú y, después de una conversación telefónica de una hora con su hija, Elene murmuró una media disculpa a su madre. Y, aunque Nana amenazó con dejarla un mes sin salir de casa si no ponía fin a esa conducta inaceptable enseguida, Elene se limitó a escaparse por la ventana al jardín y pasó toda la noche fuera. Hubo una nueva y larga conversación telefónica con Moscú, que terminó en una pelea entre Nana y su marido, que le reprochó haber arruinado el futuro de su hija.

Era imposible frenar a Elene: las escapadas nocturnas se convirtieron en costumbre. Se pasaba las noches de fiesta con los más gamberros de su colegio, en el campo, al pie de la torre de la televisión, donde bebían vino o cerveza, tocaban la guitarra, cantaban, bailaban y —cuando se atrevían— se

besaban.

Nana hizo poner una reja en su ventana, pero la noche siguiente Elene se escapó por el manzano que llegaba hasta la ventana del cuarto de baño del primer piso, donde estaban los dormitorios de Christine, Stasia y Misha. Tenía práctica y estaba en forma gracias a los entrenamientos en Moscú, así que trepó por el árbol y se quedó sentada en una gruesa rama, conteniendo el aliento.

En el dormitorio de Christine, entrada la noche, aún estaba encendida la lámpara, y reconoció dos siluetas en su cama. Vio a Christine con su velo blanco, que cubría la mitad izquierda del rostro, y un camisón blanco que le dejaba los hombros al aire. Y distinguió junto a su tía abuela los anchos hombros y los recios rasgos de Misha. Estaba sentado en el borde de la cama de Christine, con un pijama ridículo, y escuchaba mientras ella le contaba algo. De vez en cuando ella se detenía, y se miraban como si no hubiera nadie más en el mundo. Más tarde, Christine le dejó peinar sus largos cabellos. Elene sintió al verlo una extraña mezcla de repugnancia y atracción, que la abrumó tanto que, de pronto, se le saltaron las lágrimas.

Al día siguiente, durante el desayuno —que Elene se pasó mirando el suelo como si tuviera algo que ocultar—, Stasia anunció, radiante de alegría, aun faltándole tan poco para jubilarse, había tenido la increíble suerte de que la invitaran a un congreso de bibliotecas en Praga.

Cuando Stasia salió de la casa, Christine desplegó sus alas y se preparó el chocolate caliente. Desde la muerte del Pequeño Gran Hombre, no había vuelto a atreverse a preparar la peligrosa bebida. Por grande que fuera la tentación de tomar por lo menos de vez en cuando la refinada receta, desde entonces se había vuelto mucho más cautelosa. Pero sus dudas no eran lo bastante fuertes porque, después de haber tomado con placer su ración, dejó los restos del chocolate en la jarrita de estaño en la que lo había preparado. Y de ese modo Elene, que entró a la cocina de madrugada a buscar algo de beber, pudo ir sin que nadie se lo impidiera hasta el fogón y abalanzarse sobre el chocolate. No sé si el olor le resultó familiar, si se acordó de la escena en la que, siendo una niña, antes de mudarse a Moscú, se había precipitado codiciosa sobre el chocolate que estaba destinado a su madre, pero eso ya daba igual, porque Elene lo probó, y no solo Elene, ya que antes de que ella vaciara la jarra también Misha entró en la cocina. Sin pensar en el peligro de exponerse a la superioridad de Elene, la atracción fue demasiado

grande, el olor le hizo ir, hipnotizado, hasta el fogón, incluso acercarse a Elene; y Elene, que sacaba ensimismada la masa, negra como la noche, de la jarrita, no protestó, y cerró complacida los ojos mientras Misha probaba el chocolate, al lado de ella.

En realidad, había sido un buen día para Elene. Había salido de casa sin discutir con su madre, y luego, lo que era mucho más importante, había logrado al fin, a cambio de un rápido beso a escondidas detrás del edificio del colegio, obtener el primer disco de su tía huida. Siempre se había interesado por la ausente hermana de su padre, convertida en tabú, pero nunca había conseguido verdadera información, y había empezado a investigar por su cuenta. Recopiló todo lo que pudo caer en sus manos sobre Kitty Dzhashi. Robó en secreto fotos de los viejos álbumes de familia, los difamatorios textos publicados sobre ella en la prensa soviética después de su huida a Occidente y, más tarde, los recortes de revistas musicales extranjeras en los que se hablaba de su música. Ya estos eran raros, valían su peso en oro. Pero nada era comparable con un auténtico disco, ¡no, no una copia barata hecha en una radiografía, sino el original extranjero, con la carátula auténtica!

Nada parecía interponerse en el camino de su felicidad cuando, al volver a casa, encontró una nota de su madre encima de la mesa de la cocina. La habían invitado a la fiesta de cumpleaños de una compañera, y no regresaría antes de medianoche, Christine tenía guardia y la comida estaba en la nevera, solo había que calentarla; Elene debía comportarse como una adulta, no hacer tonterías y, sobre todo, quedarse en casa.

Elene no tuvo problemas con eso, se retiró enseguida a su habitación y, con total reverencia, puso el disco en el tocadiscos y empezó a escuchar con devoción aquella lengua desconocida llena de melodías familiares. Mientras, fumó dos cigarrillos junto a la ventana. Cuando terminó el disco, lo volvió a poner, subió el volumen y trató de adivinar al menos unas cuantas palabras inglesas. Su inglés era lamentable, pero se propuso firmemente trabajar en él en honor de ese disco, de su tía disidente, de su venerada antiheroína. Se sentó en la cama ensimismada por completo, con los ojos cerrados, y estaba formando con los labios aquellas palabras desconocidas, que sonaban tan hermosas, cuando llamaron a su puerta. Había olvidado completamente que Misha estaba en la casa, y abrió la puerta desconcertada.

Estaba delante de ella, atemorizado, con esa mirada de perro apaleado que tanto irritaba a Elene, y le preguntó qué música era esa —la había puesto muy alta—, la había oído y le parecía muy hermosa. Por un momento, ella consideró la posibilidad de tomarle el pelo y contarle que se trataba de The Doors o Jimi Hendrix, al fin y al cabo él no tenía ni idea de música moderna, no oía más que las ampulosas arias de Christine. Pero desechó aquella idea; allí, en el marco de la puerta, le pareció digno de compasión, y le invitó, cosa que nunca había hecho antes, a entrar en su cuarto.

—La que canta es mi tía. En Occidente es una estrella. Sale en las mejores revistas, y todo el mundo la conoce.

—Sé quién es —dijo Misha, con su voz inusualmente profunda, y escuchó los acordes de guitarra de Kitty.

—¿Y de qué la conoces? —preguntó ella, con gesto de hastío.

—Estuvo con mi padre.

Elene perdió el control. Saltó abruptamente del alféizar en el que se había sentado a fumar.

—¿A qué viene esa tontería?

—Él no habla de eso. Pero conservó una foto de ella. Y también todas las cartas que le escribió a Siberia.

Elene se quedó petrificada durante unos segundos. Trataba de ordenar el caos en su cabeza. ¿Cómo era posible que ella no supiera nada de eso? En su radical necesidad de ser distinta, en su ardiente deseo de protesta y atención, en su búsqueda de puntos de apoyo, de pronto se sentía tan estúpida. Creía saber algo que había descubierto por sí misma, por sus propios medios, y una vez más había resultado una verdad a medias, una medalla de la que solo parecía conocer una cara. ¡Era para desesperarse!

Aquel solitario primitivo reclamaba para sí un conocimiento mejor y más íntimo de su ídolo; ¡y no solo eso, incluso afirmaba que su padre y ella habían tenido una relación estrecha, que habían sido pareja!

¿Qué más le ocultaban? ¿Por eso la familia de Misha estaba tan atada a la suya, como para sentirse responsables de aquel chico ridículo? Estaba tan abrumada que cayó en la cama junto a él y, para seguir demostrando su superioridad, se extendió en ella, encogió las piernas, se estiró como una gata al sol. Y como, para su decepción, él no le prestaba atención alguna, sino que escuchaba concentrado la música, lo agarró por el codo, por pura indignación ante la forma en que la ignoraba. Él se sobresaltó, la miró confundido. Eran

desconocidos, y en aquel momento de repentina proximidad física eso le quedaba aún más claro.

—Me haces daño —protestó él.

—No seas gallina.

Ella rio y aumentó la presión sobre su brazo.

—Eh, Elene, ¿qué haces?

De pronto él había levantado la voz y eso la divirtió. ¿Estaba por fin saliendo de su fortaleza de poesía y melancolía, y se rebajaba a descender a su poco romántico terreno?

—¿Es que me tienes miedo?

—¡Elene!

En ese preciso instante ella saltó, como un mono que ha descubierto que sabe trepar por vez primera, y lo tumbó de espaldas en la cama. Antes de que él pudiera decir o hacer nada, se encaramó sobre él y se sentó sobre sus caderas. Empezó a hacerle cosquillas y le pellizcó la tripa. Él sentía una mezcla de excitación y dolor, trató de liberarse de sus brazos y salir de debajo de ella, pero eso parecía procurarle un placer mayor de lo que estaba dispuesta a admitir.

Se agarró a él con todas sus fuerzas, e incluso le mordió el cuello. Él habría podido derribarla con una mano y tirarla de la cama, pero algo le impedía hacerlo. Trató de comprender lo que le estaba pasando, pero todo ocurría tan deprisa que sus pensamientos no podían seguirlo.

¿No quería interrumpir aquel juego porque, a pesar de su exhibición de vulgaridad y desenfreno, ella seguía siendo una chica de finos tobillos y pómulos afilados, pequeñas orejas y delicadas muñecas? ¿O no quería porque sentía algo parecido a la satisfacción?

—¡Basta, por favor! —repetía Misha, y no daba crédito a su propia voz. Ella seguía gritando de placer, chillaba divertida. Tenía la frente perlada de sudor, las mejillas enrojecidas, y la saliva se le acumulaba en las comisuras de la boca.

Aquella chica que daba la impresión de haber nacido bajo una buena estrella, que podía tener todo aquello hacia lo que su coqueta manita se tendiera, no parecía querer separarse de él. Una idea que lo espantaba y a la vez fascinaba. Le era ajena y era ingrata, malcriada, descarada, egocéntrica y caprichosa, y era la legítima descendiente de aquella familia. Ella, no él.

—No te gustan las chicas, ¿no? Solo las viejas...

Elene lo desafiaba. Él se quedó de piedra, no se defendió, ella prosiguió impávida:

—Te crees superior, ¿eh? Con tu francés y tus secretitos y tus poemas.

—¡Elene, vale ya!

Estaba furioso. ¿Y si le hiciera bien llevar aquella lucha hasta el final, enfrentarse abiertamente a ella en vez de esconderse para que lo tolerasen como a un cachorro enfermo? ¿Y si le dijera de una vez a la cara lo que pensaba de ella, y si lo que tenía que hacer era lanzarle su ira al rostro? ¿O era mejor esperar hasta que ella cometiera un error, hasta que mostrara su punto débil, y entonces dejarla en evidencia? ¿Qué hacer para ponerse fuera de peligro, para no tener que renunciar a su sitio en aquella familia?

Pero su cuerpo se negaba, no quería seguir el curso de sus pensamientos. Su cuerpo estaba prisionero en su miedo. Él le pellizcó el muslo y le hizo gritar de dolor, y luego la agarró por los hombros y la tiró hacia el otro lado de la cama, hacia la pared, con cuidado de que no se diera en la cabeza. Ella se defendió, le atrapó las caderas de costado con sus finas piernas, embutidas en medias blancas hasta la rodilla. Se le había subido el uniforme marrón del colegio, dejando al descubierto unas braguitas blancas de algodón.

—Vale ya... ¡Elene, vale ya, por favor!

Imploraba. De pronto su tono volvía a ser tan sumiso que el deseo de provocación de ella se exacerbó. Empezó a incorporarse, se agachó hacia él, con intimidatoria proximidad, lo miró a los ojos, él la olió, olió su leve sudor, el olor a jabón de lavanda de su piel; el cabello le colgaba sobre la cara, le hacía cosquillas, trató de apartar la mirada. De pronto, parecía tan adulta y decidida. ¿Por qué lo hacía? ¿Qué perseguía con eso? ¿Qué sentía? ¿Por qué siempre parecía ir dos pasos por delante de él?

¿Cuándo terminaría aquello..., aquel sentimiento de inferioridad ante sus carcajadas a pleno pulmón, su popularidad ostentosa, su risa entre dientes cuando pasaba por delante de él en el patio?, ¿cuándo terminaría aquella provocación, que era una denuncia?

—¡Vas a estropearlo todo! ¡Idiota!

En ese momento, había agresividad en la euforia de ella. Su voz temblaba, y él vio lágrimas brillar en sus ojos. Era una lucha que estaba librando consigo misma. Se avergonzó de ser testigo de ella, y comprendió que nunca le perdonaría haberla visto en aquel momento de debilidad. Pero tampoco quería que le perdonara. Seguro que el recuerdo tendría un sabor dulce. Ella

siempre tendría un as en la manga. ¿Y si lo más adecuado era aguantar, esperar a que ella misma cayera en desgracia, en desgracia con su familia? ¿Y si no se trataba de ganar, sino de *dejar ganar*? ¿Y si, para sobrevivir, era más importante saber perder en el momento adecuado?

—Solo estamos jugando un poquito, es divertido, ¿no?

Ahora estaba gritando como una loca. Su voz no permitía adivinar si iba a romper a reír a carcajadas o a estallar en lágrimas.

Y cuando, sudada y agotada, se incorporó sobre él en la cama con los cabellos enmarañados y empezó a subirse lentamente el vestido, él supo que había perdido. Pero no supo si era la derrota *correcta*.

Ella se quitó el vestido por la cabeza y se quedó sentada allí como una niña de una guardería, con una camiseta interior con un estampado de patitos amarillos y unas braguitas blancas de algodón. A Misha lo abrumó una avalancha de sentimientos que cambiaban en cuestión de segundos.

Nunca había estado tan cerca de una chica. Pero no era de esa manera como lo habría querido, nunca lo había soñado así. No esa arbitrariedad, esa animalidad, que le repugnaba.

Nada en los movimientos ni en la expresión del rostro de ella era tierno, delicado. Nada era *feliz*. No tenía nada que ver con él. Y, sin embargo, no pudo impedir que una misteriosa excitación se apoderase de él.

Ella también se había quitado la camiseta, y estaba sentada sobre él con un sujetador de pequeños lunares que encerraba sus pequeños pechos. Empezó a bajarle la cremallera del pantalón del uniforme, y él se preguntó de dónde sacaba esa seguridad en sí misma, cómo podía manejar aquella situación con tanta claridad y decisión; él temblaba de pies a cabeza, incapaz de moverse, de decidir nada. Si de esa manera se vengía de mí, pensó Misha, ¿por qué lo hace hiriéndose a sí misma? ¿Por qué se humilla?

De un golpe, ella le bajó los pantalones y se quedó mirando fijamente sus abultados calzoncillos.

—¡Quítate los! —le ordenó, sin apartar la mirada de sus ingles. Como no se movía, ella levantó la goma del calzoncillo y metió la mano debajo. Le tocó, insegura, con una mezcla de asco y de deseo.

Se tumbó sobre él, torpe, dubitativa, con sus bragas como única barrera entre sus sexos. Él se sorprendió contando hasta diez: uno, dos, tres... Ella le agarró el pene con la mano derecha, lo sujetó como si fuera el asta de un algodón de azúcar, como algo leñoso e inanimado. Él trató de deslizarse de

costado, de escapar de ella, pero se sentía incapaz de quitársela de encima. Se despreciaba. Y aún la despreciaba más a ella.

Y de pronto, imperceptiblemente de pronto, se le oscureció la vista, se irguió, la tumbó de espaldas, la enterró bajo su peso, bajo su ancho pecho, le bajó las bragas con un movimiento de la mano como si fuera lo más natural del mundo, como si lo hubiera hecho mil veces, y le abrió las piernas.

Sintió que un calor estimulante se expandía por su cuerpo, se sumergió en alguna parte.

Creyó que había perdido el conocimiento. Tan solo oyó a lo lejos su ligero grito, como si ella no estuviera cerca, tan cerca que podía oler su aliento, saborear su piel, enterrar la cabeza en su pelo.

El rostro de ella se contrajo dolorosamente, le mordió los hombros. Él le hacía daño, pero qué maravillosa sensación era. Qué deprisa había perdido él el miedo. Qué agradable era no tener que pensar si lo querían o no, si era *lo bastante bueno* para esa familia o no. ¡Qué liberador! ¡Y qué maravilloso era no ser *lo bastante bueno*, no tener que ser bueno!

Después de que él se derramase en ella, como presa de un ataque epiléptico, ella gimió apenas y lo miró a los ojos, y él distinguió algo parecido al temor en su mirada. Y eso le procuró satisfacción. Por un momento pensó en tranquilizarla, quizá incluso abrazarla con cautela, pero ella se irguió, se apoyó de espaldas contra la pared y se quedó mirando fijamente el hilo de sangre que le corría por los muslos.

Algo le pasaba a Fred. Pero no tenía tiempo de pensar en eso ahora. No podía pensar al mismo tiempo en Praga y en Fred. Esos dos mundos eran incompatibles. Tenía que hacer la maleta, coger la guitarra, no, en realidad lo primero que tenía que hacer era hablar por teléfono con el agregado cultural de la embajada checoslovaca..., o no, tenía que dejar claro a Amy que de ninguna manera quería que nadie la acompañase a Praga, o...

Una vez más, Fred no se había presentado la noche anterior. De forma totalmente inoportuna, se pasó por la casa a mediodía y desde entonces llevaba más de tres horas tumbada en el sofá con la mirada perdida y una expresión estúpida en el rostro, vestida solo con unas bragas. Había bebido demasiado, había fumado demasiado, había... Tenía que haberse metido algo infernal, esa mirada medio muerta tenía algo de repugnante. A Kitty le daba

miedo. Ya había visto antes aquella mirada. Pocas veces, pero las suficientes, había descubierto en ella los restos de aquella letargia, cuando Fred montaba su campamento en casa de Kitty después de varias noches de fiesta. Cuando llegó de América tenía esa mirada, ¿cuándo había sido eso exactamente? Kitty tenía que pensar, no, no, ahora no había tiempo para eso, tendría que hablar con Fred a la vuelta de Praga, no ahora, de ninguna manera podía subir al avión sin haber dormido.

Y, cuando llamaron a la puerta, Kitty estaba tan sumida en sus pensamientos, tan ocupada con los muchos trámites que aún había que hacer antes del viaje, que ni siquiera preguntó por el interfono, sino que se limitó a abrir. Amy tenía una bolsa de papel con fruta fresca en una mano y una hermosa amarilis de largo tallo en la otra. Sus rubios cabellos estaban húmedos a causa de la llovizna veraniega, fue directamente a la cocina y dejó allí sus compras. Luego, empezó a buscar un jarrón. Kitty se quedó sin respiración. ¿Cuántas veces había temido ese momento? De pronto se sentía miserable, en vista de la tormenta que iba a caer sobre ella.

—¿Qué pasa, no vas a saludarme? Necesito un jarrón. Uno bonito. Tengo buenas noticias para ti, para cuando vuelvas, porque ya conoces mi opinión acerca de esa necedad socialista que cometes con tu viaje; y *madame* tampoco quiere que la acompañe, aunque a mí no me importaría echar un vistazo al otro lado del telón de acero, quiero decir, cuándo tiene una una ocasión así, pero bueno, dejemos eso... Lo que iba a decir es que, cuando vuelvas, podría ser que incluso crucemos las fronteras británicas y hagamos una gira...

Se interrumpió en mitad de la frase. Estaba en el salón, de pie, con sus flores, y había descubierto a Fred dormitando semidesnuda en el sofá.

Kitty, apoyada en la fresca pared de la cocina, oía los latidos de su propio corazón. Y oyó caer algo al suelo. Sin duda, las hermosas amarilis. Luego, otra vez pasos. Fred tenía que estar tan dormida que ni siquiera había advertido la presencia de Amy.

Amy pasó delante de ella, fue al fregadero y llenó un vaso de agua del grifo. Sin mirar a Kitty, preguntó:

—¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo dura esto?

Cualquier cosa habría sido mejor que aquel tono contenido, aquel autodomínio, ese frío estruendoso.

—Ya no lo sé.

Amy se volvió y la miró. Kitty bajó la mirada. De pronto, Amy estalló en una aguda carcajada. Lo último que Kitty habría esperado. Amy rio y rio, sin que Kitty supiera si aquella risa histérica era una reacción defensiva o desesperada.

—Espero que te haga lo mismo que a mí. Para que sepas lo que me haces con esto. Pero no, sabes, quizá incluso me hayas hecho un favor, quizá me hayas liberado de esta plaga, quizá me hayas enseñado al fin la clase de escoria por la que me he esforzado todos estos años. Pero de ti, sinceramente, de ti no me hubiera esperado *esto*, de ti no, Kitty. ¿Por qué callas? ¿No se te ocurre nada, o quieres convertir también esto en una de tus canciones? ¿Nos convertirás a todas en una alegre cancioncilla?

Sacudió la cabeza sin entender, como si quisiera despertarse a sí misma para comprender lo incomprensible.

—Esto es el colmo —añadió.

—Yo no quería. He intentado durante tanto tiempo...

—Claro, naturalmente que no querías. Pero, hasta donde yo sé, un ser humano tiene un cerebro, además de los órganos sexuales, ¡al menos eso pensaba yo de ti! Pero me he equivocado de cabo a rabo.

—Déjame explicártelo. Yo...

—Bueno, dudo que quiera saberlo con tanto detalle. Tengo que reflexionar, y a esa mierda cobarde y embustera puedes decirle que para mí ha muerto, y ay de ella si vuelve a atreverse a pedirme dinero, o cualquier otra cosa.

—Hay algo en ella que no va bien, Amy, algo no va bien en los últimos tiempos...

—Bueno, desde ahora ese es tu problema, *darling*. He despilfarrado mis mejores años en esa arrastrada. Y, según veo, también mi trabajo contigo ha sido una pérdida de tiempo.

—Tiene un problema, sospecho que...

—¡Menudo descubrimiento! Eso tenías que haberlo pensado antes de subirte a su barco.

—Amy, por favor... ¡Me refiero a otra clase de problema!

—No estás precisamente en condiciones de poder pedirme algo, y no digamos ella.

Los comunistas tienen que ser un modelo también en el aprendizaje: deben ser, en todo momento, tanto los maestros de las masas como sus discípulos.

MAO ZEDONG

Se avecinaban tiempos revueltos, Brilka. El Este envidiaba al Oeste los vaqueros, y las chicas del Oeste se desmayaban en los conciertos de los Beatles. En el Oeste había manifestaciones contra la guerra de Vietnam, que adoptaba dimensiones cada vez más absurdas y sangrientas y mientras, junto al Muro de Berlín, se había convertido en piedra de toque de la medición de fuerzas de la Guerra Fría.

En París, los estudiantes habían ocupado la Sorbona y levantado barricadas. Los padres ya no entendían a sus hijos. No comprendían que ellos, a los que nunca había faltado nada, se pusieran de pronto de parte de los sindicalistas y los obreros. Que no tomaran en serio su propia identidad nacional y arrastraran sus valores por el fango, que salieran a las calles por los derechos de las mujeres y contra el ejército. ¡Seguramente no creían en serio que con unas cuantas flores sujetas al pelo y un canuto, o llevando estúpidos paños estampados en batik, iban a traer la paz al mundo!

En nuestro glorioso y poderoso país aún estaban muy lejos de tan desvergonzadas exigencias, pero de todos modos hubo un cambio de dirección en el Partido Comunista soviético. El hijo de campesinos ucranianos fue reemplazado por un hombre más galante y hedonista, que llevaba el pecho cubierto de medallas y distinciones heroicas y tenía las cejas más pobladas del mundo.

También en el Partido Comunista de Checoslovaquia había habido un cambio y, animado por ese cambio, el pueblo reclamó la liberalización del sistema. Se habían abierto paso algunas reformas inaplazables, y los ciudadanos —llamados por vez primera a contribuir a organizar su país— exigían nuevas libertades, como la abolición de la censura de prensa y la democratización del Partido Comunista. Hubo un congreso sobre Kafka con el objetivo de rehabilitar al escritor, al que habrían de seguir otras rehabilitaciones.

El movimiento de protesta del Oeste parecía haber llegado definitivamente

al Este.

Pronto el Kremlin no pudo seguir ignorando la situación. Los funcionarios del partido se inquietaron. El camarada Brézhnev exigió con énfasis la retirada de las reformas ya aprobadas, pero su orden no pudo detener la ola que recorría el país, existía el temor de que la cuestión checoslovaca, como se la llamaba, pudiera encontrar imitadores en otros Estados hermanos.

En agosto de 1968, la situación llegó al extremo: la gente se lanzó a las calles, exigiendo el restablecimiento de la dignidad humana, la liberación de todos los presos políticos, la abolición del régimen totalitario. El jefe del Partido Comunista checoslovaco, Dubček, que poco después sería destituido por Moscú, dijo en una entrevista posterior que en agosto de 1968 no creía que su pueblo quisiera abolir el sistema comunista, sino que solo había pedido la «relajación del sistema».

Stasia llegó a Praga el 20 de agosto; unos trabajadores de Intourist la recogieron en el aeropuerto y la llevaron a un hotel junto con otros viajeros soviéticos. Kitty había llegado un día antes y, tras un largo y agotador procedimiento en el aeropuerto, dos colaboradores del club Komsomol y un representante del Ministerio de Cultura le habían dado la bienvenida. También a ella la llevaron a un hotel; a uno claramente mejor que el de su madre. Allí, le hicieron llegar un telegrama según el cual, dentro de media hora, iba a recibir una llamada en el teléfono de la recepción. De golpe, se sintió trasladada a otro tiempo y, como dirigida por control remoto, buscó atropelladamente la cabina telefónica descrita.

—Hay que cancelar el concierto del miércoles.

Hablaba en voz más baja, más atenuada que de costumbre, parecía nervioso.

—¿Qué ha pasado? Acabo de llegar.

—Lo sé. Las circunstancias: todo se ha ido un poco de las manos.

—¿Usted está bien?

—Sí, sí, yo estoy bien. Pero tengo que sacarla de la ciudad lo antes posible.

—¿Qué ha pasado?

—Acaba de haber una reunión de crisis en Bratislava para resolver la cuestión checoslovaca. Los presidentes de los partidos comunistas de las repúblicas hermanas han llegado a la conclusión de que hay que detener por

la fuerza lo que está sucediendo en Praga. Eso significa que el camarada Brézhnev va a ordenar la invasión por tropas soviéticas. Van a enviarse cientos de miles de soldados a Praga.

—¿Detener por la fuerza?

—Esa es la situación.

—¿A quién tenía que ver aquí? Dígame, ¿quién iba a venir?

—No debe preocuparse por *ella*. Tiene un pasaporte soviético, cosa que usted no tiene. Y en situaciones de crisis como esta no gusta tener observadores del Oeste en la ciudad, si usted me comprende.

—¿Ella?

Las rodillas de Kitty se habían vuelto de mantequilla. Su madre, su madre estaba allí.

—No escuche a los trabajadores del Komsomol, espere nuevas instrucciones mías. ¿Me ha comprendido?

Kitty colgó. No iba a dar un paso fuera de esa ciudad antes de haber vuelto a ver a su madre.

Esa misma tarde, también Kostia recibió una llamada de su amigo. Le describió la situación y le pidió que estableciera contacto con su madre y la preparase para el hecho de que tendría que coger un avión a Moscú dentro de los próximos tres días. Kostia, que había pasado la noche anterior en los brazos de una rubia de veintisiete años y había bebido más champán de Crimea de la cuenta, se despejó al instante y prometió ocuparse del asunto.

—No deberíamos haber corrido este riesgo —suspiró Alania antes de colgar.

Kitty logró despistar a la insistente colaboradora del Ministerio de Cultura y salir del hotel. Caminó por las calles de la ciudad que había sido su puente a su nueva vida, y recordó los meses solitarios que había pasado allí. ¿Cuánto tiempo hacía de eso? ¿Cuántos años hacía que no veía a su madre? ¿Cuántas palabras, canciones, cenas, besos, recuerdos, cuántas decepciones, cuántas personas, cuántos lugares, pensamientos, encuentros, fronteras, noches y días separaban a la Kitty de ahora de la de entonces?

Caminó por las calles adoquinadas de la ciudad vieja, sin mirar a derecha ni a izquierda, sintiendo una opresión en el pecho, evitando las miradas de la gente que, después de Londres, le parecían serias y agobiadas, ensimismadas; no tenía destino alguno, ni ella misma sabía hacia dónde la llevaban sus pasos. Simplemente caminaba en línea recta, constataba que no conocía la

ciudad, que en aquella ocasión había logrado ser invisible en aquel lugar. Los pensamientos se mezclaban y arrojaban un multicolor mosaico en su cabeza. La ciudad estaba inquieta. Su amigo sin nombre, como siempre, tenía razón. Decenas de miles de soldados marchaban contra el deseo de una vida distinta. Decenas de miles contra un país. Un ejército entero contra el reencuentro con su madre.

No pudo evitar pensar en Fred. En los ojos de Fred. Ojos vidriosos. Ojos que coqueteaban con la muerte. Sí, eso era exactamente: la forma en que se había quedado mirándola, aquella ausencia espiritual. ¿Habría superado Mödling alguna vez? ¿Qué tomaba? ¿Qué clase de droga?

A las siete, la delegación se reunió en la recepción. Kitty hizo como si acabara de bajar de su cuarto. Los llevaron a un local de ambiente pseudofolclórico y música de fondo aceptable para el Estado. Hubo comida en abundancia y mucha cerveza, agotadoras conversaciones de los curiosos y excitados trabajadores del Komsomol y de la enervante mujer del ministerio acerca de nada. Kitty hizo lo que pudo para no traslucir el pánico. El pánico a tener que dejar la ciudad sin haber vuelto a ver el rostro de su madre. Sonreía, ausente, y no hacía preguntas. Daba de buen grado información sobre sus canciones, se hablaba en ruso. A la pregunta de si era la primera vez que estaba en la ciudad, contestó con un amable «sí».

De cuando en cuando iba al cuarto de baño y se echaba agua fría a la cara. Tenía que mantener ese rostro, no debía escapársele de las manos. Probablemente a su regreso al hotel encontrara un mensaje de su ángel de la guarda personal. Y, por esta vez, iba a resistírsele. Para ella no habría regreso sin previo encuentro con Stasia.

Mientras cortaba los *knedliks* en trocitos y los mojaba en la salsa de hongos, oía en su cabeza la aguda risa de Amy, la manera espantosamente artificial con la que se había reído, para no perder la última brizna de dignidad, al descubrir a Fred semidesnuda en el salón de Kitty.

La llamada llegó pasada la medianoche.

—Tiene que fingir una gripe. Tiene que salir de la ciudad lo antes posible. Cancele su aparición antes de que vengan a buscarla. Tiene que hacerlo, porque en esta situación no puedo garantizar nada.

Kitty se mostró comprensiva y aceptó. Sí, cancelaría su intervención, fingiría una gripe y volvería a Londres pasado mañana. Pero ya no cabía pensar en dormir. No podía irse. Su madre estaba allí, toda su antigua vida

estaba allí. Como en un arca del tesoro que no necesitaba más que abrir. No podía irse sin más. Tenía que abrir esa arca. Tenía que encontrar a Stasia. Cien mil soldados más o menos.

La invasión empezó durante la noche. Medio millón de soldados ocupó la ciudad. Los acontecimientos tomaron el control por Kitty. Hacia las nueve de la mañana llamaron a la puerta de su habitación, y el joven miembro del Komsomol que la noche anterior la miraba con hostil admiración gesticulaba ahora y hacía muecas, y, bajando cada vez más la cabeza, decía algo de política, de checoslovacos y rusos, de la sombra que ahora caía sobre aquella gran amistad entre los pueblos, de la seguridad que el club Komsomol ya no podía garantizarle en aquellas circunstancias, de su actuación, que por desgracia había que cancelar. Todos los altos funcionarios del partido, incluido Dubček, habían sido detenidos y llevados a Moscú, todas las reformas iban a ser abolidas.

Lo miró por la rendija de la puerta, con ojos agotados por el sueño. Le habían encargado llevarla enseguida al aeropuerto. El próximo avión salía esa misma noche, a las nueve en punto.

—¿Eso quiere decir que ya están aquí? ¿Aquí, aquí abajo, en las calles?

Kitty se despejó de golpe, abrió un poco más la puerta e invitó a su interlocutor a entrar, para darle la posibilidad de que le transmitiera, en vez de aquella cosa aprendida de memoria, su propia valoración de la situación.

—Bueno, camarada Dzhashi —prosiguió él en su deficiente ruso, y entró al cuarto con expresión reverente.

Probablemente aquella habitación era la más lujosa en la que nunca había puesto un pie. Aquella cama blanda y acogedora, la gruesa alfombra y el espejo con marco dorado en la pared. Ella vio brillar en sus ojos su personal Oeste. Así era como él se imaginaba Occidente: esas camas, esas alfombras y espejos... para todos.

—Las calles están llenas de gente. El presidente de la República ha llamado a la población a mostrar calma y obediencia. Pero...

Estaba claro que titubeaba, no sabía con cuánta libertad podía hablar con ella.

—¡Cuenta, siga contando tranquilamente!

Kitty le ofreció una silla.

—Los estudiantes han instalado emisoras piratas. Casi todos los de la universidad y las facultades están en la calle. He tenido que abrirme paso entre ellos para llegar hasta aquí. La gente desfila entre los soldados con pancartas caseras. Han girado los indicadores de tráfico para que los... — volvió a atascarse. ¿Qué palabra debía emplear? ¿Los rusos, los enemigos, los invasores?

—¿Los ocupantes? —le ayudó ella. Pareció aliviado.

—Sí, para que no pudieran orientarse tan fácilmente por la ciudad. Mi hermano me ha dicho que se están produciendo detenciones a intervalos de minutos. Y la agencia soviética de noticias afirma que la República Checoslovaca se ha dirigido a la Unión Soviética con una urgente petición de ayuda. ¡Eso es mentira! Afirman que les hemos pedido que nos presten *ayuda mediante fuerzas armadas*. ¿Puede imaginárselo?

Había olvidado antes de lo esperado el juramento del Komsomol, y deshojaba delante de ella su punto de vista, furioso y decepcionado. Al final, incluso admitió que deseaba ardientemente poder ayudar a sus amigos y compañeros, pero había prometido a su padre mantenerse lejos de las calles, ya tenían bastante con un saboteador en la familia, su hermano era muy activo en el movimiento de protesta y parecía que lo iban a echar de la universidad, además él tenía que llevarla a salvo al aeropuerto, porque esperaba poder asistir a un concierto suyo algún día, era tan fan de ella, tan fan.

Kitty sacó de la maleta uno de los diez discos de *Summer of Broken Tears* —no había podido meter más en el país—, se lo firmó y prometió estar en la recepción a las siete en punto.

El chico iba a callarse, daba igual cómo acabara la situación. No la denunciaría. Solo diría la parte de la verdad que se esperaba de él: yo estaba allí, ella no apareció, la busqué, no la encontré, he cumplido con mi deber, no podía hacer más. No diría: parecía excitada, curiosa, me interrogó, hizo que le informara sobre la situación, me dio la sensación de que tenía una postura antisoviética. Etcétera.

Sí, ella lo había convertido en su cómplice, y la cama, la alfombra, el espejo y el disco le habían sido de mucha ayuda.

En la memoria colectiva de Occidente, Brilka, la Primavera de Praga se celebra como una de las mayores y más valerosas revueltas contra la tiranía soviética. Para el Este fue un canto fúnebre, un momento triste, porque el

telón, en el que acababa de abrirse una rendijita, volvió a cerrarse aún con más fuerza.

Se ha hablado y escrito mucho de la legendaria historia de cómo en la plaza Wenceslao, rodeada de tanques, en medio de la masa que gritaba, Kitty sacó la guitarra y empezó a cantar una vieja canción popular de su patria. Algunos afirman que fue un romance ruso, y no una canción popular georgiana. Sí, hay muchas conjeturas y discusiones acerca de cuál pudo ser la canción.

Naturalmente, más tarde en Occidente creyeron poder convertir su acción en un gran estandarte de propaganda de la paz y la libertad. Estaba claro que Occidente, con su mirada prejuiciosa, repetía una y otra vez el error de juzgar mal a Oriente, y veía en esto la intencionada protesta de una artista valiente y desprendida, que sentía con el pueblo y trataba de ablandar el corazón de los brutales mercenarios. Pero, en realidad, aquel acto, cuando fue a la plaza y empezó a cantar, no fue más que un paso desesperado, absolutamente egoísta y en absoluto intelectual o político. No tenía que ver ni con el valor ni con una postura política, ni tampoco estaba pensado como signo de una paz que Kitty había querido alcanzar.

Fue allí como una mujer desarraigada, furiosa, que iba impulsada por la ciega nostalgia, por el desnudo horror de que su camino hasta allí, hasta aquella ciudad, aquel camino de vuelta a su pasado, pudiera revelarse absurdo. De verse obligada a abandonar esa ciudad sin haber tenido la posibilidad de acercarse a esa parte de sí misma que había dejado atrás. Fue el tremendo dolor de tener que marcharse sin haber visto a su madre y sin haberle preguntado por qué no había luchado entonces por ella como lo había hecho antes por su hijo.

Después de que el chico del Komsomol saliera de su cuarto, recogió a toda prisa sus cosas, pero dejó de hacerlo poco después, porque no sabía adónde iba a poder ir con la maleta, así que cogió solo la guitarra, se la colgó a la espalda y corrió a la calle. Vagó sin rumbo durante horas, hasta que llegó lo bastante cerca del epicentro de los acontecimientos y la arrastró la masa. Naturalmente que tenía miedo, naturalmente que los fusiles, los tanques, los uniformes despertaban a los fantasmas, naturalmente que hubiera preferido huir, regresar a un Londres seguro, se maldijo unos instantes por haber ido allí..., y naturalmente que Occidente fue sordo más tarde ante sus verdaderos motivos.

Pero así es, Brilka, hacemos cosas porque perseguimos una determinada finalidad con ellas, y a veces conseguimos algo bien distinto, exactamente

igual que cuando subiste al tren hacia Viena nunca hubieras podido soñar que tendrías que viajar *hacia atrás*, de vuelta a mí y, por tanto, a la historia que con tanto gusto habrías dejado a tus espaldas.

Tampoco Kitty Dzhashi hubiera podido imaginar, cuando fue arrastrada por la gente, agotada, rendida, al centro de la plaza Wenceslao, sacó la guitarra de su estuche y empezó a cantar contra su impotencia, que en las proximidades se encontraría un fotógrafo de la agencia Magnum, que le haría una foto y la convertiría, a ella, que pocas veces se había sentido tan desanimada, asustada y perdida, en un mascarón de proa de la resistencia.

Pero Stasia no fue a la plaza Wenceslao. Stasia no vio cantar a su hija. Stasia había recibido la noche anterior una llamada de su hijo que la instaba a mantener la calma, quedarse en su hotel y emprender el viaje de vuelta con los agentes de Intourist en cuanto le fuera posible. Stasia tuvo miedo por su hija y por su hijo.

Tres mujeres de Leningrado que habían ido al congreso estaban indignadas en recepción y se preocupaban por el viaje a casa. Los hombres de Járkov discutían con su «acompañante de viaje» —en realidad, un hombre del KGB— las posibilidades de ir en tren a Ucrania.

Por la tarde, cuando la situación emprendió una fea escalada, el acompañante de viaje consiguió un autobús para llevar a los congresistas al aeropuerto, y les invitó a recoger de prisa sus maletas y subir al autobús.

Stasia estaba en recepción, con las manos temblorosas y los labios apretados, la pequeña bolsa de viaje a sus pies, y fue la primera en distinguir al uniformado que entró en el hotel y se dirigió al acompañante; le mostró un documento que el acompañante estudió larga y minuciosamente para, después, asentir impresionado y tender la mano al de uniforme. Luego extendió el dedo señalando a Stasia, y le lanzó una mirada malhumorada. Stasia miró sorprendida al acompañante, apenas podía creer que nadie pudiera querer nada de ella, y se volvió de forma instintiva cuando el uniformado caminó hacia ella, como si esperase que detrás de ella estuviera la persona a la que señalaba el índice del acompañante. Pero entonces le acometió un ataque de puro pánico, se quedó como petrificada. Si daba un paso a la derecha —en dirección al centro de la ciudad— ponía en peligro a su hijo; si lo daba a la izquierda —en dirección al aeropuerto— abandonaba a su hija.

Hacía horas que era presa del miedo, incapaz de hacer nada, incapaz de

tomar una decisión. ¿Dónde iba a buscar a Kitty? ¿A quién podía preguntar? ¿Habrían sacado ya de la ciudad a su hija? ¿Había albergado esperanzas en vano? ¿Y quién había desencadenado ese brutal, macabro escenario? ¡No podía ser que cada vez que salía de viaje, su periplo terminara en una guerra! ¿Era esa su maldición?

—Tengo que pedirle que me acompañe, camarada.

El ruso del uniforme tenía acento caucásico. Adornaba su pecho un mapa entero de medallas.

—¿Qué ha pasado?

—Tenemos algunas preguntas que hacerle sobre sus documentos, y por desgracia debe acompañarnos al comisariado. Nada grave, estoy seguro, podemos resolver los problemas con rapidez y, como es natural, la llevaremos al aeropuerto.

—Pero ¿qué clase de problemas?

—Sígame, camarada, y todo lo demás se lo explicaremos por el camino.

Curiosamente, el pánico de Stasia se calmó. No sentía ningún miedo de ese hombre. Algo en la manera en que se dirigía a ella, en que se inclinaba delante de ella, algo en su actitud física, que a pesar de todas las condecoraciones tenía algo de juvenil y relajado, despertó la confianza de Stasia.

Cogió su bolsa y fue hacia la salida, le siguió, acompañada de las miradas depreciativas de los otros congresistas. Típicos ciudadanos soviéticos: siempre sospechan que todos sus congéneres pueden ser espías y enemigos y pueden, en fracciones de segundo, pasar de ser amables bibliotecarios a denunciadores. Ya estaba oyéndoles hablar en el bus: algo en ella no era normal, lo tuvo claro desde el principio, tan callada y cerrada en sí misma, y no quiso ir a los grandes almacenes y nos miró de un modo tan raro a Martha y a mí cuando preguntamos por bragas y sujetadores. A propósito, me habría gustado tanto comprar esas braguitas, no vamos a encontrar unas como esas en diez años, y si las encuentras te las venden bajo cuerda, con un sobreprecio terrible, los conozco a todos... Etcétera, etcétera. Bueno, qué se va a esperar de la población de un país en el que no se puede comprar ropa interior en condiciones, pensó Stasia, y subió al asiento trasero del coche.

El coche empezó a serpentear entre la multitud. Gente que gritaba, que corría, gente agresiva, desesperada, esperanzada. Qué terrible es, pensó Stasia, que este escenario me resulte tan familiar. ¿Cuánto debo envejecer

para que esas imágenes desaparezcan de mi cabeza?

El uniformado conducía el coche en persona, aunque a un hombre así le hubiera pegado tener un chófer. De pronto, ella sintió el alivio subir por su pecho. Sus miembros se relajaron, la nuca dejó de doler, las manos entraron en calor. Apoyó la cabeza en la ventanilla. Como si los congresistas y las ratas de Intourist y ese acompañante avariento hubieran sido la verdadera amenaza, y no ese hombre que la llevaba hacia un lugar incierto a causa de supuestos desajustes.

La foto estaba hecha, y el carrete —fue un milagro— escapó a los registros de los soldados que detuvieron al fotógrafo junto con otros cientos de personas en la plaza Wenceslao. Kitty escapó: una masa de estudiantes la había arrastrado hacia una calle lateral antes de que pudieran ponerle las esposas, allí la atrapó la siguiente oleada de gente y se vio zarandeada sin voluntad alguna de una calle a otra, de un peligro a otro, hasta que un pelotón de estudiantes la lanzó hacia un puente y aterrizó en los brazos de un soldado kirguís, que le exigió que le enseñara sus papeles. Cuando sacó su pasaporte británico, agotada, hambrienta, con una indiferencia entumecedora en el rostro, el kirguís pidió ayuda a sus compañeros, discutieron y decidieron llevarla hasta el puesto de policía más próximo, para que un funcionario de mayor rango se ocupara de ella.

En el coche de los militares, explicó a los soldados en un ruso carente de acento, pero que le pesaba plúmbeo sobre la lengua y no quería salir burbujeando de su boca, por qué razón estaba en la ciudad, se mostró ignorante en lo que a los acontecimientos en las calles se refería y afirmó que había ido a parar a ese caos por pura curiosidad, repitió una y otra vez que tenía que estar de vuelta en el hotel a tiempo, porque los chicos del Komsomol iban a llevarla al aeropuerto.

Ese diálogo tuvo lugar a las 17:45. A las 17:55, el kirguís dio por radio a la milicia local la noticia de la detención de una extranjera. A las 18:15, sacaron a Stasia de su hotel. Más o menos al mismo tiempo, Kitty llegó al cuartel de la milicia no lejos del Puente de Carlos, donde Stasia llegó un poco después.

El hecho de que los soldados kirguises se sintieran abrumados por haber detenido en el tumulto a una ciudadana británica —aunque claramente procedente del espacio soviético— había hecho posible que el sueño de Kitty

se hiciera realidad.

Guiorgui Alania se había pasado el día entero llamando por teléfono, había asumido el riesgo de emplear la cabina telefónica que había justo enfrente de su casa de Londres para llamar a sus hombres en Praga. Ya durante la noche, cuando había colgado, había tenido la intuición de que Kitty no iba a respetar su acuerdo, de que la atracción era demasiado grande para ella, de que, con su pasaporte, se sentía demasiado segura como para no ceder a su esperanza de encontrar a su madre en ese mar de gente; naturalmente, una frivolidad temeraria, una frivolidad lindante con la ingenuidad. La conocía lo bastante bien como para saber que no podría resistirse a esa tentación. Debería haber rechazado la petición de Kostia. Era más que una empresa temeraria, se había dejado convencer para realizar algo demasiado arriesgado, y lo había hecho porque, por primera vez desde que el MVD lo había reclutado, sus propios sentimientos le habían nublado el juicio. La había puesto a ella, a su mejor amigo y, sobre todo, a sí mismo, en el mayor de los peligros.

Por teléfono, desde Londres, puso en estado de alarma a sus cómplices. Nadie sabía decirle dónde estaba. Pero el destino se mostró clemente, tuvo una oportunidad de reparar el único error que había cometido durante esos largos años con el expediente de Kitty Dzhashi. Porque jamás se equivocaba al elegir a sus colaboradores: recibió una llamada del oficial de milicias al que durante años, con plena confianza, había hecho llegar pequeños sobres con billetes (y además con auténticas libras británicas), que le comunicó la detención de Kitty Dzhashi. Y, aunque sabía que obraba con ligereza y corría por tanto un riesgo más, hizo que su hombre de confianza llevara a Stasia hasta su hija.

He preguntado muchas veces a Stasia por ese instante. Pero las palabras que empleó en relación con aquel encuentro me resultaron entonces decepcionantes, pequeñas, casi ofensivas. No eran adecuadas para ese momento, que habría podido salir de una tragedia griega, solo que no eran los dioses los que decidían el destino de los hombres, sino el KGB. Cuando era una adolescente que metía las narices en los secretos de mi familia, yo quería experimentar algo verdaderamente dramático, algo que pudiera levantarse sobre el pedestal de la fatalidad, pero en vez de eso Stasia me habló de una sala de interrogatorios, pequeña, sucia y maloliente, a la que la llevó su

protector caucásico y en la que, poco tiempo después, entró su hija (en ese punto ella siempre recalca que al principio había creído que se trataba de una alucinación). Contó que el hombre uniformado cubierto de condecoraciones les había dicho en voz baja que disponían exactamente de una hora, que luego Stasia tenía que ir al aeropuerto y a Kitty, que ya no iba a alcanzar su vuelo, la esperaban en el hotel.

Describió el reencuentro con las mismas palabras carentes de sentimentalismo, casi banales, que a Stasia le eran tan propias, y que parecían tanto más sencillas y cotidianas cuanto mayor o más doloroso era el acontecimiento que describía.

No hubo lágrimas («¡No, no, no lloramos! ¿Qué nos habrían proporcionado las lágrimas en aquel momento? ¿Alivio? Las lágrimas solo sirven para llenar lagunas, son representantes. Pero si se tiene delante a la persona por la que se quiere llorar no se llora, se aprovecha el tiempo del que se dispone, las lágrimas pueden esperar, es posible llorarlas en cualquier otro instante»).

Me lo imagino así: la sobria luz eléctrica de la sala vacía. Primero silencio. Dudoso acercamiento. Unos pasos por ambos lados, el eco de esos pasos. Kitty, que se pega a Stasia y le toca la cara como un ciego. Como si quisiera reconocer las huellas del tiempo que había entre ellas, distinguir las nuevas arrugas, los cabellos grises de su madre.

—Nunca he hecho un viaje que no haya terminado en una guerra.

Stasia fue la primera en hablar.

—Oh, eso no es cierto, *deda* —las dos tenían que volver a acostumbrarse a la palabra, a Kitty casi se le cerró la garganta—. Es que tienes buena mano para el mal *timing*.

—¿Qué es *timing*?

—Bah, olvídale.

—Tienes acento.

—No tengo muchas oportunidades de hablar georgiano.

—Has crecido.

—Los adultos no crecen.

—Sí, eres más alta. ¿De verdad vives en Gran Bretaña y... compones música?

—Sí. Canto. Y escribo *songs*. Quiero decir, canciones. *Deda*, oh, Dios, *deda*...

Kitty se cubrió el rostro con las manos, y Stasia acogió a su hija entre sus brazos. Su cuerpo tiene que haberle parecido a Kitty tan ligero como un pájaro, tan sutil, después de todos aquellos años, como si estuviera hecho de arena y corriera entre sus manos (al menos así lo sentí yo siempre que abracé a Stasia, cuando era niña).

Stasia habló de Tiflis y Kitty de Londres. Luego Stasia habló de Christine y de Elene y de Nana y de Misha y también de Andro. Solo contó lo bueno, lo que animaba, solo lo más fiable de todo. Y Kitty habló de Amy y ocultó a Fred. Stasia le habló de Kostia, de la biblioteca y de su próxima jubilación, y Kitty le habló de su música.

Hablaron de muchas cosas..., aunque no de sus miedos y su odio y su impotencia, y tampoco de los fantasmas. Pero, aun así, Kitty hizo una pregunta, la pregunta que llevaba latiendo bajo su piel todos aquellos años desde su huida, como un corte profundo, la pregunta que se había grabado a fuego en su retina y a través de la cual veía todo en el mundo:

—¿Por qué no se lo impediste? Sabías que no estaba bien poner las cosas bajo una luz errónea, limitarse a desplazarme, condenarme a tirar mi vida a la basura, empujar a una persona a la muerte. ¿Por qué?

Ahora, Kitty se aferraba a su madre como una niña pequeña, no la soltaba, rodeaba sus hombros, escondía la cabeza en su cuello, aspiraba su olor, porque la impresión debería persistir en su memoria, sabe Dios por cuánto tiempo.

—Soy tu madre. Yo te parí. No está en mi poder decidir acerca de tu muerte. Soy responsable de tu vida. Sí, estoy a favor de que vivas. Respondo de eso con mi vida. Nadie puede exigir a una madre que, sean cuales sean los motivos, se haga responsable de la muerte de su hija. Sería inhumano por tu parte esperar algo así de mí. Te recibí con vida, no había elección para mí.

Como si hubiera estado esperando delante de la puerta con un reloj de arena, el uniformado regresó; el plazo había acabado. Y Kitty no quería dejar ir a Stasia, maldijo y gritó, imploró que les dieran un poco más de tiempo. Pero Stasia le acarició la cara una y otra vez, y le susurró al oído:

—No moriré sin haber vuelto a verte. Da igual cuánto tiempo se necesite, no moriré antes de que vuelvas a casa; y ahora contente, Kitty, hazlo por mí, vete, vete, porque volverás a mí, los tiempos cambian, me lo dice Thekla, me lo dice Sopio, me lo dicen, sí, cambian, y volverás a casa y viviré hasta entonces. Hasta que tú vengas.

Los ejércitos del Pacto de Varsovia solo necesitaron tres días para poner fin a la Primavera de Praga. Los reformistas checoslovacos, entre otros también el detenido Dubček, fueron llamados a Moscú y allí enviados al rincón, como niños que se han saltado una clase. A su regreso a Praga, el humillado Dubček comunicó a su pueblo que Moscú había abolido todas las reformas. Decenas de miles de personas huyeron del país en el curso de la Primavera de Praga. El Partido Comunista checo fue reestructurado por orden de Moscú, y muchos de sus miembros fueron expulsados. Dos estudiantes se inmolaron en la plaza Wenceslao, en protesta contra la capitulación del Estado, no lejos del lugar en el que Kitty había cantado su canción.

*Bebo decadencia y dolor —ese vino rojo oscuro.
Lo sabía todo..., he despilfarrado lo que supe un día.*

ANDRÉI BELY

¡No, las cosas no podían seguir así ni un día más! Durante días, o quizá eran semanas, el mismo disco sonaba en un continuo bucle... ¿Quién era la que cantaba? Durante días la misma negativa a ir al colegio, durante días ningún desayuno y ninguna cena juntos, durante días yacía en su cama todo el tiempo e increpaba a cualquiera que entrase a su cuarto a llevarle algo de comer. No, aquello no podía seguir así. O su hija estaba enamorada o sufría otros problemas que, sin duda, tenían que ver con sus compañeros de undécimo curso y sus malas notas, porque Elene no tenía fiebre, no parecía enferma e incluso tenía apetito.

Nana se preguntaba cómo hacer hablar a su hija. Al fin y al cabo, aquel día había conseguido enviarla al colegio, a pesar de sus lacrimosas protestas. Ojalá de verdad hubiera ido. Nana no podía mentir eternamente a sus profesores, decirles que Elene tenía una gripe muy seria. Ya le dolía la cabeza de tanto pensar y forjar planes, y lo que no iba a hacer en absoluto era volver a llamar a Kostia y ceder a su estado de desbordamiento. La lucha de poder

entre ambos ya tensaba bastante los nervios de Nana, como también el hecho de que Elene le contara a su padre por teléfono todos sus secretos y enmudeciera con gesto irritado en cuanto Nana entraba en la habitación. Esta vez no se podía pedir consejo a Kostia bajo ningún concepto.

No se podía contar con Stasia, que desde su regreso de Praga asomaba la cabeza por el vestido como un corzo asustado, y estaba ocupada en difusos pensamientos que, naturalmente, no le contaba a nadie. Así que Nana pidió ayuda a Christine, apostó por su neutralidad..., quizá ella lograra arrancar a Elene la causa de su disgusto.

Christine aceptó, y pidió a Elene, que acababa de volver del colegio, que se sentara con ella a la mesa del jardín. Era un radiante día de finales de verano, de tan brillante y abigarrado esplendor como si estuviera participando en un carnaval. Christine, embriagada por la visión de su jardín salvaje, con un vestido negro bordado con claveles rojos que le daba el aspecto de un ángel entrado en años que ocultara sus alas con cautela, cortó en pequeños trozos para su sobrina nieta una sandía madura que Elene empezó a meterse en la boca con avaricia.

—Tu madre dice que tienes problemas.

Elene negó con la cabeza y se lanzó sobre otro trozo de sandía.

—¿Te preocupa algo? —insistió Christine, inclinando la cabeza hacia el rostro de Elene.

—¡Misha es un cerdo! —profirió ella de pronto, mientras se tragaba la fruta roja y carnosa.

—¿Cómo?

—Misha es un cerdo.

—¿Qué significa eso? —Christine gimió levemente y apartó a un lado el plato con la sandía—. Haz el favor de mirarme. Puedes seguir comiendo luego. ¿Habéis discutido?

—No. Ha hecho cosas malas conmigo, y quiero que se vaya.

—¿Cosas malas?

Christine no se creía la fingida ingenuidad de su sobrina.

—Sí.

—¿Por ejemplo?

—Pregúntale a él. Tenéis muy buena relación.

Algo en la forma en que dijo «buena relación» disgustó a Christine. Pero no puso ninguna objeción, se concentró en las palabras de Elene.

—Estoy segura de que tampoco tú le has dejado en paz, con lo lista que eres.

Christine lo dijo en tono incisivo, y se sorprendió ante su propia ofensa. Las palabras de Elene estaban llenas de maldad, eran de una hostilidad inadecuada para su edad.

—Ahora quiero seguir comiendo.

Elene volvió a acercarse al plato con gesto terco.

—Elene —empezó Christine, esta vez esforzándose por mantener un tono didáctico—, ya no sois niños. Aunque pueda ser muy diferente a ti, tienes que respetarlo, forma parte de nuestra familia.

—Los miembros de una familia no hacen *esas cosas*.

—¿Cómo?

Christine sintió un escalofrío. ¿Cómo podía esa niña pequeña, a la que había visto crecer, esa niña vivaz y cordial, mirar de pronto con tanta maldad, hablar con tanta maldad y, sobre todo, adónde quería ir a parar?

—¡Sí, pregúntale, pregúntale!

Elene gritó de pronto, el rojo zumo de la sandía salpicó de sus labios, sus ojos ardían como si les hubieran prendido fuego, estaba totalmente fuera de sí. Christine retrocedió sobresaltada.

—No debió hacerlo, se lo prohibí, le pedí que parase, pero él no me escuchó, me hizo daño.

Había vuelto a aquel lenguaje infantil, que no terminaba de encajar con la furia que manifestaba. Christine no podía dar crédito a sus oídos. Hubiera podido acusar a Misha de cualquier cosa, pero de hacer daño a alguien, ser violento con alguien... Christine ni siquiera podía expresarlo con el pensamiento, ¡eso era mentira! ¡Era imposible! ¡Jamás!

—¿De qué estás hablando, Elene?

La voz de Christine era suave, cautelosa, como si aún estuviera buscando el tono adecuado.

—¿Es que no me crees? Claro, piensas que soy culpable, que yo...

¡Oh, Dios! Qué bien interpretaba su papel, pensó Christine, en verdad, Elene era una buena actriz, la indignación y la ofensa eran lo que mejor se le daba.

—¡Para inmediatamente!

Christine ya no podía dominarse.

—¿Que pare? ¿Yo? Yo no he hecho nada. Él me ha hecho daño, él...

Elene se echó a llorar, lágrimas de cocodrilo, pensó Christine con desprecio, con las que lloraba su falta de amor y afirmaba que eran lágrimas causadas por la injusticia, la violencia que supuestamente había sufrido. Christine estaba sin habla ante el valor de Elene de ir tan lejos.

Se levantó temblorosa de la silla y subió a toda prisa las escaleras hacia la habitación de Misha. Toda su concentración había estado puesta en su hermana, que había vivido en Praga algo de lo que no quería hablar y que provocaba una enfermiza curiosidad en Christine, así que no se había roto la cabeza preguntándose por qué últimamente Misha pasaba tanto tiempo en el cuarto de Ramas, por qué volvía tan tarde del colegio, por qué ya no venía a su habitación a preguntarle si la peinaba. Pero todo eso quizá tuviera ahora un sentido.

Él abrió la puerta tan solo un resquicio. Ella vio su pálido rostro, las oscuras ojeras. Naturalmente, sus drásticas oscilaciones anímicas, su mirada vacía, no podían atribuirse únicamente a su pubertad, tenía que haber ocurrido algo, porque tenía la humillación escrita en el rostro.

—¿Damos un paseo? Creo que un paseo no puede hacernos ningún daño.

—Tengo que irme a la cama, Christine.

—Vamos, como antes, antes paseábamos mucho; podemos caminar a lo largo del río. Vamos, no seas aguafiestas, Kotik.

Antes, Christine solía burlarse de él con ese diminutivo cariñoso ruso, «gatito». La miró, dubitativo.

—¡Vístete y ven conmigo, Misha! —le exigió ella con más energía. Por un momento, pareció que él iba a darle con las puertas en las narices, pero luego asintió, cerró y empezó a vestirse apresuradamente. Antes la habría hecho esperar dentro de su cuarto y no fuera, pero antes ya no era ahora, algo grave había cambiado, ella lo notaba, algo había ocurrido allí, en su casa, delante de sus narices, y aun así se le había escapado.

Poco después caminaban por la calle Barnov, en dirección a la ópera, para sentarse en el parquecito que había detrás. Él adoraba ese lugar, de niño siempre le había pedido que se sentaran allí, en un banco a tomar un helado. También en esta ocasión se sentaron en un banco. Pero sin helado. Christine no pudo evitar constatar, con una agobiante melancolía, que el tiempo del helado en los bancos vacíos había terminado definitivamente, y por tanto también la infancia de Misha.

—Creo que sabes de qué quiero hablar contigo. Me gustaría saber qué ha

sucedido entre tú y Elene, y sabes que si me mientes me daré cuenta. Por mi parte, si me dices la verdad, te prometo que no juzgaré a ninguno de los dos y, en la medida de mis posibilidades, buscaré una solución a vuestro problema.

Christine sacó un abanico del bolso y empezó a abanicarse con él. El aire estaba cargado, hacía bochorno y las nubes cubrían el cielo. Probablemente pronto descargarían sobre la ciudad y ahuyentarían el calor con una tardía lluvia de verano.

Sin mirar a Misha, sintió que su cuerpo se relajaba junto a ella, que aflojaba las piernas, que sacaba las manos de los bolsillos y empezaba a negar con la cabeza, como si no quisiera aceptar algo. Christine puso la mano sobre la de él, pero él la retiró avergonzado.

—Me odia —murmuró, y comenzó a levantar el polvo rojizo con la punta del zapato.

Y de pronto empezó a hablar a borbotones, sin tomar aire, gesticulando, negando sin cesar con la cabeza. En sus ojos, bajo las pobladas cejas, brillaban lágrimas de indignación. Le habló de los celos de Elene, que siempre había sentido, le habló de sus pullas y hostilidades, de cómo lo ignoraba en el colegio, le habló de la manera condescendiente en que se dirigía a él, y cuanto más intentaba describir a Elene como mala y perversa tanto más dibujaban sus palabras la imagen de una chica profundamente insegura, solitaria y necesitada de amor, que había perdido el rumbo y se abría paso a tientas en la oscuridad, dando golpes a izquierda y derecha sin darse cuenta de lo que hacía. Le habló de aquella tarde en la que, atraído por la música, llamó a su puerta; le habló, avergonzado y a la vez agitado, con la cara roja y las manos sudorosas, frotándoselas todo el tiempo en la pernera de los pantalones, y no encontró palabras adecuadas para describir lo que ocurrió entonces.

—Ya no sé lo que hice. Hice simplemente lo que ella quería de mí. Me olvidé de mí mismo, Christine, simplemente dejé de saber lo que estaba haciendo, pero ¿qué habría debido hacer?

—Esto no es bueno, no es bueno en absoluto, Misha —dijo Christine, cuando él dejó de hablar de golpe. Él se aferró con dramatismo a sus rodillas y escondió la cabeza en su regazo. Pero Christine le hizo incorporarse y le exhortó—: Contrólate y siéntate bien. No muestres tanta debilidad delante de nadie, nunca. ¿Me has entendido?

—No me crees —empezó a sollozar—. No me crees, ¿verdad?

—Te creo, sí, te creo. Pero aun así tenemos un gran problema, tú y yo, Misha, y lo más importante es solucionar ese problema. ¡No puedes dejarte arrastrar así, tienes que defenderte, Misha! ¿Por qué no te defendiste?

Christine sonaba casi ofendida. Como si su conducta fuera atribuible a un fracaso suyo.

—No lo sé.

Parecía reflexionar, parecía preguntárselo, parecía sorprenderse a sí mismo, pero no encontraba ninguna respuesta.

Christine no podía imaginar con exactitud las consecuencias, Elene le resultaba demasiado imprevisible para eso, pero sabía que las habría, fueran cuales fueran. Elene había ido demasiado lejos dentro de su rabia destructora, pero aun así Kostia seguía siendo la cabeza de aquella familia... y, si llegaba a enterarse de aquel *incidente* está claro que protegería a su hija, no sería importante para él saber la otra parte de la verdad, al contrario, aprovecharía por fin la ocasión de proceder contra los Eristavi. Después de haber tenido que reprimir durante años su odio hacia Andro, no dejaría escapar esta oportunidad, descargaría su ira sobre su hijo.

—¿Me vais a echar? ¿Tendré que volver al pueblo?

Misha se secó las lágrimas con el pañuelo planchado y plegado que ella le metía cada dos días en el bolsillo de la pechera. Como si hubiera adivinado sus pensamientos.

—Tenemos que hacer todo lo posible por que eso no ocurra.

—¿Me crees, Christine? ¿De verdad me crees?

—Sí, te creo, Misha. Te conozco.

Ya de camino a casa, se decidió a proteger a Misha, a salir en su defensa, porque, a diferencia de Elene, él no tenía a nadie que pudiera hacerlo, y él mismo no era capaz. Aún no, quizá. Pero tal vez nunca.

Sabía que aquel loco y necio incidente iba a dividir a su familia. Aunque fuera inconcebible para ella enfrentarse a su sobrino, al niño con el que también había tomado helados en los parques y jardines de la ciudad, y que la había mirado con los mismos ojos de admiración y entrega con los que Misha la miraba ahora. Tuvo que tomar conciencia de que hacía mucho que ese chico que tomaba helado ya no existía dentro de Kostia, que había desaparecido para siempre, que el tiempo, la guerra, había matado para siempre a ese niño que había dentro de él, mientras que Misha aún tenía la

oportunidad de proteger y salvaguardar al niño que había en su interior y, por tanto, a su infancia.

Esa misma noche, Christine fue al cuarto de Elene y la sacó de la cama. La adormilada Elene no acababa de entender lo que pasaba cuando Christine empezó a disparar palabras contra ella como un Kaláshnikov:

—¡No te hemos educado para que te conviertas en este monstruo! Quiero saber de dónde has sacado ese odio. No te reconozco, mi propia carne y mi propia sangre, la niña que he llevado en mis brazos, la niña que ha cavado conmigo el jardín... No sé quién eres, cómo hemos podido llegar *a esto*. Y me avergüenzo de ti.

Elene no dijo una palabra, pero cerró los puños, furiosa, apretó los labios y apartó la mirada de Christine. En su cabeza gritaba tan solo un pensamiento: ¡es injusto, injusto y mil veces injusto! No podía ser que volviera a perder frente a ese intruso indiferente y pasivo. No podía ser que se le diera todo a él, que se le regalara todo lo que Elene había deseado tan ardientemente durante aquellas solitarias horas de Moscú. No podía ser que su verdad contara más que la de ella.

Y, al mismo tiempo, otro pensamiento gritaba en su cabeza pidiendo arrepentimiento, una confesión bañada en lágrimas, que hiciera posible que Christine volviera a acogerla entre sus brazos y a prometerle que todo iría bien, quererla para siempre por lo que era y no por lo que hacía.

Durante un instante, esos dos pensamientos parecieron explotar dentro de su cabeza, estuvo a punto de gritar, abrazarse a Christine y mantenerla sujeta hasta haberse desahogado, hasta haberse liberado de sus celos y de su miedo. Pero ¿qué palabras bastarían para eso? ¿Qué frases harían visibles sus tormentos? ¿Cuánto llevaría esa empresa? ¿Horas, días, semanas? No, no podía hacerlo. Quizá hubiera podido explicar su mal humor, enumerar sus decepciones. Pero había algo más, todo el tiempo desde aquella tarde había algo más en su cabeza, en su cuerpo, en su voz, una sensación que no podía aprehender, describir, un sentimiento que era peor que todo el supuesto odio hacia Misha. Una sensación que la atemorizaba, que la paralizaba. Pero no podía admitir, no podía aceptar que, mucho más que el hecho de que él hubiera ocupado su reino y se hubiera sentado en su trono, le dolía el recuerdo de que la había rechazado, de que la había apartado. Y, si hubiera

dispuesto de algunos segundos más, quizá habría hecho un intento de reparación..., pero el bofetón de Christine se atravesó, le golpeó con fuerza en el rostro y se lo impidió, y volvió irreversibles los acontecimientos.

La huesuda mano de Christine había alcanzado a Elene en la mejilla derecha, y ella, aturdida y acalorada por el golpe, resbaló de la cama al suelo y vomitó en la pequeña alfombra.

Christine miraba con fijeza a la doblada Elene, que le devolvía la mirada con el rostro desfigurado y sucio, y movía constantemente la cabeza, como si a través de los restos de comida que Elene había regurgitado estuviera viendo su futuro.

—¿Qué quieres de mí? —Elene resoplaba con esfuerzo—. ¿Qué queréis todos de mí? Vete con él, vete con él y compadécele.

—¿Has tenido ya la regla?

La mirada de Christine seguía fija en los restos de comida.

—Sí, claro que la tengo, desde los trece. ¿A qué viene eso?

—Quiero decir cuándo la has tenido por última vez, por Dios.

—Ni idea. En algún momento. ¡Déjame en paz!

—Por favor, no. No, por favor, no.

Christine ayudó a Elene a levantarse, la llevó al baño y le dio una toalla. Luego fue a la cocina y se hizo un chocolate caliente, lo necesitaba, antes de decidir cómo proceder. La situación ya era lo bastante *maldita*.

A la mañana siguiente, después de que Misha y Elene se fueran al colegio, Christine le dijo a Nana que, con toda probabilidad, su hija estaba embarazada. Y la sospecha iba a confirmarse, y Elene iba a mantenerse en su versión del embarazo e iba a seguir acusando a Misha de haberla forzado. En vista de su propia confusión, no contaron a Stasia los trágicos acontecimientos.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Christine a Nana.

—Dios mío, Christine, solo tiene quince años, ¿qué vamos a hacer? Mi pobre niña, ¿cómo ha podido hacerle eso, cómo? Y, si Kostia se entera, jamás volveré a ver a mi hija. No, no, esto no puede ser, esto no puede ocurrir.

Los nervios de Nana estaban al rojo. No había podido salir de casa durante días.

—Él no lo ha hecho. Él no la ha forzado, ¿por qué no me escuchas?

—Porque lo que tienes que decir es una vergüenza, y nunca admitiré que creas capaz a mi hija de... ¡No!

—Sea como sea, él tiene que saberlo.

—¡Estás loca! ¡Todas en esta casa vivís en una realidad paralela! ¿Él, saberlo? ¿Él? Él, que ha traído esta vergüenza a mi hija, ni siquiera me quiero imaginar lo que le ha hecho —Nana empezó otra vez a sollozar—. No quiero volver a verle, no soporto verle. No respondo, soy capaz de hacerlo pedazos. Él tiene que saberlo, sí, sí —la imitó, burlona—. ¡Christine, perdona que no me ría!

—No creo que Kostia o tú tengáis que tomar esa decisión. Una decisión así tienen que tomarla ellos. Elene y Misha. Solo ellos, y nadie más.

Christine hablaba en un tono monocorde, como si ya no intentara convencer a Nana de una verdad distinta, como si ya estuviera dispuesta a que nadie le diera crédito.

—Ese bastardo va a salir de esta casa, y enseguida, y dile que es mejor que no se cruce en mi camino, o... —Nana se balanceó de un lado a otro como fuera de sí, como una plañidera de una tragedia clásica—. No permitiré que ese pequeño miserable arruine el futuro de mi hija.

—Pero Nana...

—Hablaré con mi médica. Es una ginecóloga fantástica. Lo hará sin levantar acta de ello.

—No puedes hacer eso, no puedes obligarla. Solo puede tener consecuencias funestas.

La voz de Christine se había hecho más baja, más desvalida, como si ya no creyera que sus palabras fueran a cambiar nada.

—¿Funestas consecuencias? Eso ya lo tenemos. Sin duda, graves, funestas consecuencias. ¡Y vamos a eliminarlas antes de que sea demasiado tarde!

Ahora Nana parecía más contenida, se secó las lágrimas con la punta del mantel.

Christine se levantó, quería salir, quería alejarse de esa imposibilidad de reparación, no quería ver cómo se sacrificaba a un chivo expiatorio, no quería llorar por lo que no había que llorar, no quería seguir tomando parte en aquel triste juego de poder en el que se había convertido el matrimonio de Nana y Kostia, y cuya consecuencia directa estaba ahora en el vientre de Elene. Pero se detuvo, algo la frenó, sentía que sus piernas eran de plomo.

La imagen de aquella Kitty enmudecida apareció en su cabeza. El joven

rostro de Kitty, del que había escapado toda la vida, cuando llamó a su puerta después de aquellos días de incertidumbre. Sin su vientre. Sin su hijo. Se frotó los ojos. ¡Misha! Eso era lo que importaba, tenía que salvarle, de todo, de las decisiones equivocadas, tenía que hacer algo. No podía quedarse mirando y esperar. Tenía que actuar.

Una semana después se practicó el aborto. A Nana le hizo falta una semana para convencer a su hija de que la interrupción del embarazo era la única posibilidad de continuar su vida carente de preocupaciones y no convertirse en una apestada de la sociedad, terminar el colegio y mantener la expectativa de un futuro despejado. Una semana para dejar claro a su hija que no debía dedicar una sola palabra a este *incidente* delante de su padre. El primer secreto que Nana podía por fin compartir solo con su hija. Solo ellas. Completamente madre e hija, como siempre había deseado, sin que su marido se le adelantara.

Christine llamó a Andro a Tiflis. En la estación de autobuses, se le colgó del brazo y no fue como de costumbre en dirección a la colina de Vera, sino que se sentó con él en el bar más cercano y le describió la situación. Andro la escuchó atentamente, mientras fumaba sus cigarrillos Kosmos y se rascaba sin cesar la cabeza. Su consumo de alcohol se había hecho visible en sus rasgos: parecía hinchado, y en sus mejillas se distinguían manchas rojas.

Hacía dos años que había sobornado al médico del koljós para que le hiciera un certificado, y desde entonces estaba considerado inútil para el odiado trabajo en el koljós y trabajaba en una cantera que hacía bustos de Marx, Engels y Lenin.

—No sé qué decir —dijo, se rascó la barba y dio una calada a su cigarrillo.

—Entonces, esfuérzate un poco y ayúdame a aclarar esta situación por el bien de todos.

—¿Por el bien de todos? ¿Estás bromeando, Christine?

—Solo les queda un año de colegio, tiene que ser posible. Pero...

—Se enterará, de un modo u otro. Es como una maldición.

—¿Kostia? No lo hará. Nadie quiere tal cosa. Y menos que nadie Nana, así que hará todo lo necesario para que no se entere.

—Esas cosas no se pueden ocultar.

—Él pronto será mayor de edad. Solamente tenemos que pasar ese tiempo.

Luego podrá independizarse, irse a una residencia o... Podrá cuidar de sí mismo, quedarse aquí, estudiar, yo me ocuparé de él. Pero ahora, en esta situación, es demasiado peligroso que vivan bajo el mismo techo.

—Todos mis amigos y parientes están muertos, Christine. Me lo llevaré. No queda otra posibilidad. Tendrá que volver a la escuela del pueblo.

—No puedo dejarle ir sin más, es solo un año, tenemos que aguantar un año...

—No tengo nada, no puedo nada. Tengo que estar agradecido por recibir estos encargos y ganarme unos cuantos rublos extra cuando el maestro está demasiado borracho y puedo hacer algún Marx o algún Engels. Con los que más se gana es con los Lenin. Los bustos de Lenin son los más caros. ¿Te das cuenta de cómo es mi vida?

Mi madre consiguió acabar el colegio con gran esfuerzo. Por puro miedo a despertar la ira de Kostia, Nana le hizo creer que las notas de Elene eran magníficas. Él se mostró muy satisfecho de la supuesta ambición e inteligencia de su hija. Y anunció a la familia la alegre noticia de que, en agradecimiento a sus servicios, había recibido una gran finca del Estado. Como cualquier ciudadano soviético que se preciara, ahora también él podía construirse una dacha.

La finca estaba a una hora escasa de la ciudad por carretera, al noroeste, en un pueblo pintoresco, no lejos de una cuadra de cría de caballos y un monasterio abandonado. En la finca se hallaban las ruinas de una antigua casa de campo tradicional del siglo anterior, y a las que ahora Kostia quería dar nueva vida conforme a su gusto.

—¡Por fin mi propio hogar! Creo que deberíamos mudarnos todos allí. No está lejos de la ciudad, se puede ir al trabajo en coche, pero está lo bastante alejada como para estar tranquilos. Pienso hacer de esa casa algo más que una dacha.

Encargó a su madre la organización de las obras y la adquisición de los materiales; Stasia, que había pasado a la odiada jubilación, aceptó la oferta con alegría, porque creía que en un lugar tan maravilloso quizá fuera posible lograr la curación y un nuevo comienzo.

Así empezó la construcción de la Casa Verde, como íbamos más tarde a bautizarla tu madre y yo porque, cuando empezamos nuestra vida allí, ya

estaba casi completamente cubierta de hiedra, el mismo año en el que, sin el conocimiento de Kostia y de Misha, se impidió una vida en aquel eterno reino de mujeres. La casa en la que Daria y yo crecimos.

¿Para qué tenemos escuelas, si no es para adoctrinar a nuestros hijos en contra del comunismo?

RICHARD NIXON

El día en que cumplía dieciséis años, Kostia sorprendió a su hija con una breve visita y un auténtico perfume francés, que debía ponerle de manifiesto que podía considerarse definitivamente adulta. Pero, en la noche que precedió a la gran fiesta que Kostia iba a dar en honor de su hija, Elene desapareció sin dejar rastro. Por fin, encontraron una nota que decía, en su hermosa caligrafía adolescente:

«Me he marchado y no quiero que me busquéis. Me he permitido —y me disculpo por ello— coger dos collares del joyero de mamá y un poco de dinero del bolso de Stasia. Voy a buscar a Dios. Así que no os preocupéis y no me busquéis. Vuestra Elene.»

Tardaron casi una semana en encontrarla, para lo que Kostia puso en juego a todos sus contactos y su influencia. Elene estaba en un convento en la región de Kazbegi. Sacarla de allí tuvo que ser bastante de película. Kostia se la echó al hombro como si fuera una alfombra enrollada, me contó después Nana, y ella gritó como una loca mientras daba patadas y manotazos. Durante el viaje en coche, no hizo más que rezar y amenazar a sus padres con el diablo y el infierno si no la devolvían al convento y la dejaban en paz.

Kostia se mostró suave e indulgente, no le hizo reproche alguno y se tomó la mayor de las molestias para entender el drástico cambio de su hija de supuesta niña modelo a joven en busca de Dios y sin interés por la sociedad humana. Finalmente, pidió un permiso, reservó dos habitaciones en un elegante balneario de aguas termales ricas en sodio en Sochi y voló hasta allí con Elene. Comió con ella en locales distinguidos e incluso le permitió beber champán de Crimea; por las mañanas, antes de que las playas se llenaran, iba

a nadar con ella al mar de color violeta, la acompañaba en sus recorridos vespertinos por los blancos paseos marítimos e intentaba adivinar detrás de su silencio los motivos de su rebelión. Pasarían días hasta que el mar, las preguntas que no se habían planteado y los reproches que no se habían hecho, la completa atención de su padre, el silencio, la seguridad que sentía a su lado arrancaran por fin una sonrisa a Elene. La expresión petrificada de su rostro se relajó, incluso manifestó deseos acerca de qué quería ver o hacer este o aquel día, y —aunque raras veces—, cuando parecía haber olvidado sus preocupaciones durante unos segundos, volvía a parecerse a la antigua Elene de Moscú, la enérgica y de naturaleza alegre, la disciplinada y ambiciosa hija de Kostia. En esos momentos, Kostia creía estar rescatando, con su paciencia y dedicación, aquello que su mujer había estropeado.

Aquel final de verano, Vasili, al que todos los huéspedes caucasianos llamaban, a la manera georgiana, Vaso, trabajaba como bañero en la parte más distinguida de la playa de Sochi. Acababa de cumplir veinte años y soñaba con colarse algún día en la zona de carga de uno de los barcos que pasaban y escapar de una vez por todas a su origen y a su destino soviéticos hacia un futuro occidental, a ser posible americano. Había crecido sin padre, tenía una madre que había trabajado toda su vida como doncella en los balnearios y un hermano mayor, un pequeño delincuente que había sido condenado por robar un coche a cinco años de cárcel, de la que con toda probabilidad, a juzgar por sus cartas, saldría convertido en un gran criminal.

Vaso, que además de su lengua materna rusa hablaba georgiano, armenio, abjasio e incluso un poco de alemán y turco, soñaba con algo distinto, con algo grande.

Desde que era un niño, había visto entrar y salir del balneario a clientes que tenían una vida mejor que la suya y la de su familia, que podían permitirse que otros como él les sirvieran. Siempre había soñado con poder cambiar un día su lugar por el de sus clientes. Se veía ya con uno de aquellos esponjosos albornoces, dando sorbitos al champán, con la melancólica mirada puesta, feliz, en el horizonte, arreglándose todas las noches para los diferentes bailes, acompañado de una hermosa dama de cuyas orejas colgaran piedras relucientes.

Pero todo lo que le permitían su condición, sus posibilidades y el estatus

(«desconocido») con el que su padre figuraba en su pasaporte era o aceptar un puesto mal pagado de camarero en uno de los hoteles del lugar, o enrolarse en uno de los sucios cargueros que recorrían arriba y abajo el mar Negro y transportar naranjas y limones, en barcos que ni siquiera se acercaban al Atlántico. En el mejor de los casos, podía llegar a alcanzar el puesto fijo de recepcionista, planchado y engominado, de un balneario. Nada de todo aquello atraía especialmente a Vaso. Ninguna de esas expectativas dejaba espacio para sus sueños.

Así que se había decidido a dar el paso, inusual pero no desagradable, de acercarse a sus sueños y disfrutar de las ventajas de una vida que no era la prevista por su destino. Tenía muy buen aspecto, y lo sabía desde que a los cinco años iba en el carro de limpieza de su madre por los pasillos del balneario y oía exclamaciones como «¡Qué niño tan guapo! ¡Qué ojos! ¡Qué boca, qué pelo!», de labios sobre todo de clientas femeninas del hotel, hasta que en algún momento, cuando alcanzó una determinada edad, aquellas exclamaciones enmudecieron y en cambio veía mejillas ruborizadas, miradas equívocas y cuchicheos eufóricos cuando, equipado de podadera y guantes, trabajaba en los setos del balneario. Rápidamente se desprendió de su timidez inicial y de la natural obediencia a los clientes que su madre le había imbuido con esfuerzo. Y, en cuanto se dio cuenta de que no era en absoluto peor ni más tonto que los muchos clientes que jugaban al bádminton u holgazaneaban, cobró valor, se permitió intercambiar unas cuantas palabras con las clientas, se volvió cada vez más seguro de sí mismo... y ya solo hizo falta un pequeño paso para ganarse a las damas. Había comprendido con rapidez que iba a obtener menos beneficio de las chicas jóvenes, bien formadas, de aromas afrutados, que de las mujeres entradas en años, menos tersas, pero que estaban mucho más aburridas y eran audaces. Las chicas no tenían mucho más que ofrecer que sus hermosos cuerpos. Dependían por completo de sus padres y madres, prometidos y esposos. Tenían unos deseos tan grandes como los de él, también se sentían encerradas en jaulas, aunque las suyas pudieran ser doradas. Muy al contrario que las damas de más de cuarenta. Ellas habían dejado atrás sus sueños —satisfechos o no—, se habían casado, trabajado, tenido hijos, cumplido con sus obligaciones y sufrido decepciones, y ahora, en el punto culminante de sus vidas, se sentían exprimidas y sin amor. Era asombroso ver cuántas mujeres veraneaban solas, porque sus maridos estaban demasiado ocupados o pasaban el rato con otras

más jóvenes y bellas.

Pero, sobre todo, estas eran las más generosas. Tenían algo que dar a cambio de lo que él les ofrecía. Y, desde que a los catorce años una rica viuda de Odesa le sedujo y lo inició en la ciencia del amor, Vaso había podido acumular algo de dinero y otros bienes. Porque se había propuesto comprarse un día una plaza en uno de aquellos cargueros internacionales. Entonces, Vaso estaba convencido de eso, ya nada se opondría a su sueño americano. Pero el dinero nunca era suficiente. Daba igual cuánto tiempo y con cuánta dureza *trabajara* y a cuántas damas satisficiera, siempre había algo que se interponía. O era su madre, cuya salud había sufrido mucho con los años, o su hermano, que necesitaba dinero para acortar mediante sobornos su estancia en prisión, o él mismo, que tenía que invertir en su carrera y necesitaba ropa nueva. Tal como lo ganaba, lo perdía: una y otra vez, se veía obligado a empezar de nuevo; pero su sueño americano era más fuerte que cualquier decepción y cualquier barrera que hubiera que superar.

Con ese sueño en el fondo de su mente, nunca se cansaba de elogiar la belleza real o supuesta de todas aquellas mujeres solitarias, de acompañarlas a bahías recónditas y playas apartadas, de cantarles canciones obscenas de marineros y, por las noches, satisfacerlas en sus camas de balneario y de hotel. Tostado por el sol, con un cuerpo atlético, los rubios cabellos siempre untados de gomina, perfumado, quizá demasiado, muy llamativo en su desesperado deseo de gustar, pero lo bastante guapo como para salvarlas durante sus vacaciones de sus agobiantes matrimonios, de su aburrimiento y de su miedo a envejecer.

Vaso se había adaptado de manera tan fabulosa a las damas entradas en años y a sus deseos y nostalgias, que la atención de una joven y bronceada muchacha aquel final de verano tuvo que sorprenderle y desbordarle un poco.

Pero mi madre se había fijado en él el primer día de playa, en el que había estado encargado de alquilar las sillas-cambiador de mimbre y las tumbonas, y ya no lo había perdido de vista; había aprovechado todas las oportunidades en que Kostia hacía llamadas telefónicas de trabajo desde su habitación para ir sola a la playa y alquilar una silla. Y él la había llevado, servicial, un poco más forzado de lo necesario, al lugar escogido por ella, e incluso le había conseguido cubitos de hielo para la bebida.

Tampoco a Kostia se le escapaba que la sonrisa de Elene, para decepción suya, tenía menos que ver con él y con sus atenciones que con ese efebo de la

playa que la miraba más de lo necesario y sonreía de oreja a oreja cuando ella pasaba. Al principio pensó en proponer a Elene un cambio de playa, pero decidió aprovechar la oportunidad y servirse del enamoramiento del muchacho para sus objetivos. Porque, al contrario que su esposa, Kostia estaba seguro de tenerlo todo bajo control. Empezó a dejar sola de vez en cuando a la radiante parejita, a ir cada vez más a la cafetería o a quedarse en su cuarto. Y una noche, cuando la situación no podía ser más clara, esperó a Vaso al final de su turno y le pidió que llevara a su hija a un restaurante distinguido. Él se haría cargo de la cuenta, para que las exigencias culinarias de su hija no le causaran dificultades. El plan de Kostia era que aquel muchachito jugara una función nada irrelevante en la estabilización de su relación paternofilial. Haría el papel de padre comprensivo, cariñoso, abierto, y recuperaría de ese modo el favor de Elene, la convencería de que se merecían otra oportunidad juntos y de que todas las facultades de Moscú estaban a su alcance si consideraba la posibilidad de volver con él.

Pero Elene no era en absoluto la chica soñadora, romántica y desbordada que su padre creía ver en ella. En su interior se había roto algo, como el asa de una jarra, estaba presa entre su odio hacia sí misma y el desprecio que sentía por su familia y su entorno, y buscaba nuevas posibilidades de destruir totalmente la jarra, hasta que estuviera pulverizada y no hubiera forma de reconstruirla.

Elene había hecho algo espantoso, no tenía duda alguna de eso, pero no había sufrido castigo por ello. Muy al contrario, se había castigado a la persona equivocada. Había querido buscar a Dios, porque, si su familia o el Estado no consideraban necesaria sanción alguna, al menos Dios tendría que hacerlo. Pero Dios no se le había aparecido. El ayuno, la oración..., nada había servido. Dios estaba tan mudo como ilocalizable. Para que se impusiera la justicia, tenía que imponerse a sí misma un castigo adecuado. Lo buscaría hasta que sintiera que el castigo era *apropiado*.

Siempre he sospechado que a sabiendas o no, detrás de su decisión inusualmente rápida y segura de convertir a Vaso en su amante, Elene quería dar una oportunidad a su matriz (¡sé que en este punto sonríes ante la palabra elegida, te veo sonreír, Brilka!).

Si se le hubiera preguntado sin rodeos, por supuesto lo habría negado, porque durante toda nuestra infancia trató de inculcarnos a mi hermana y a mí que éramos apasionados frutos del amor. Pero hoy creo que aquel amor de

verano era exclusivamente una prueba, que quería darse a sí misma, de que su matriz, igual que todo su cuerpo, era capaz de engendrar «un hijo del amor», no solo «una terrible consecuencia o un fruto de «aquel acto horrible».

Ya en la segunda cita, de nuevo financiada por Kostia, ella le dio a entender a Vaso que estaba interesada en más cosas que en las insípidas conversaciones que el buen tono y las formas de trato público, adecuadas y aprobadas por el Estado, permitían. Vaso se mostró cauteloso. Hacía mucho que se había enterado de quién era hija Elene Dzhashi, y no quería permitirse ningún error que pudiera costarle la cabeza.

Nunca lo conocí, Brilka, así que no puedo afirmar con certeza que se enamorase de tu abuela. Por supuesto, resulta más sencillo suponer que veía en Elene otra posibilidad de llenar su hucha. Sea como fuere, se hizo el ignorante y el ingenuo, y después de cada cita la dejaba puntualmente en el balneario a la hora acordada con Kostia, la devolvía al amparo de su poderoso padre, que, en señal de gratitud, le tendía la mano con una sonrisa satisfecha y le deseaba un buen regreso a casa.

Pero la voluntad de una mujer joven y atractiva y, sobre todo, de una Elene Dzhashi, puede hacer olvidar sus principios con rapidez a un hombre también joven y atractivo. Antes de su tercera visita a un restaurante, Elene convenció a Vaso para que no la llevara a aquel aburrido local, sino que le enseñara los más bellos y recónditos parajes de Sochi.

Primero fueron a pasear por el muelle, contemplaron los lejanos barcos, tiraron algunas piedrecitas al mar, rieron y bromearon, fueron a un apartado bar de marineros y probaron, arrugando la nariz, un par de fuertes aguardientes, se besaron inclinados sobre la pegajosa barra y, por fin, salieron del bar cogidos de la mano, para recorrer el paseo a lomos de la traqueteante motocicleta de Vaso. Cuando él tomó el camino de su hotel, Elene empezó a acosarle, le imploró que no la llevara aún a casa, no tenía por qué temer a su padre, ella misma le explicaría el pequeño retraso, y además aún quería pedirle algo. A Vaso no le quedó otro remedio que llevarla al otro lado de la ciudad y acostarse con ella en una fresca y pedregosa bahía.

Elene tuvo que sentirlo como una gran victoria, y él se propuso conseguir lo que necesitaba. Dulce y cariñosamente, preocupado por darle placer, que no sé si ella logró sentir (al menos espero que sí, por mi madre y por mi hermana).

El tiempo apremiaba. Después del juego amoroso, y de que Elene

sumergiera su cuerpo en las aguas oscuras y salobres para borrar las pruebas, se vistieron a toda prisa, felices, saciados y riendo, y regresaron al balneario.

Tu madre siempre percibió su concepción como algo humillante, Brilka. Yo intenté explicarle que la suya tuvo que ser bastante más romántica que la mía. Siempre competimos por cuál había sido más indigna, como si fuera un trofeo que mereciera la pena alcanzar.

La despedida fue más sentimental de lo que habían imaginado, incluso se supone que las lágrimas brillaron en los ojos de Vaso cuando se abrazaron por última vez. Kostia, conmovido por la sinceridad de los sentimientos del joven, prometió a su hija invitarlo a Tiflis si su enamoramiento superaba la separación y se mantenía en forma epistolar, como ambos se prometieron el uno al otro.

Enamorado o no, Vasili sí que estaba impresionado: a pesar de sus numerosas aventuras, a lo largo de sus conquistas aún no había dado con ninguna mujer —joven o vieja— que se las arreglara por completo sin juramentos ni promesas, sin falsas esperanzas ni ilusorios planes de futuro, que no le exigiera nada parecido. Que buscara el placer con tanto olvido como si quisiera superar algo costara lo que costara, haciendo uso de todo su cuerpo. Pero, aunque mantuvo hasta el último momento su desconfianza respecto a la liberalidad de Elene, al despedirse le susurró, por seguridad, unas cuantas promesas de amor.

El muchacho había cumplido su obligación de manera ejemplar; Kostia estaba triunfante. Elene aceptó sin resistencia su propuesta de volver a pensar en su futuro, tomarse tiempo y echar un vistazo a un par de facultades de Moscú, así que le acompañó allí. Al llegar a Moscú, Elene dejó que Ljuba cocinara para ella, se comió sus queridos blinis con miel, fue al cine y escribió —más por aburrimiento que por ganas— largas y nostálgicas cartas a Vasili. La idea de estar enamorada la divertía, y hacía vacilar un poco su despectiva indiferencia hacia el mundo y hacia sí misma. Tampoco Vasili tardó mucho: Elene recibió una respuesta al cabo de dos semanas. Quizá todavía fuera a nacer el amor de la frívola relación de verano, debió pensar mi madre, y respondió de manera aún más apasionada y revuelta que en su primera carta. Pero todo seguía siendo un juego y, puesto que quería escapar a los planes de futuro de su padre en Moscú, siguió jugándolo, más por

curiosidad que por convicción.

Vaso le había revelado su sueño americano cuando estaban sentados en el muelle; había extendido el índice hacia las lejanas luces de los barcos y había dicho con un suspiro que algún día estaría allí, de camino hacia otros países y continentes. Así que esperaba que se mantuviera lo bastante fiel a sí mismo como para no desviarse de su rumbo, ni siquiera cuando tuviera noticia de su embarazo.

Cuando empezaba el invierno moscovita, Elene llamó a la puerta del despacho de Kostia, entró, se cercioró de que dejaba a un lado sus documentos de trabajo y la miraba por encima de las estrechas gafas de lectura, y le dijo que estaba embarazada. Según sus cálculos, el niño vendría al mundo en verano.

Hubo gritos, los papeles volaron del escritorio, hubo amenazas, abiertos insultos y groserías, pero no lágrimas. Al final, silencio deprimido y una especie de resignación. Más tarde vinieron las preguntas retóricas: cómo ha podido ocurrir, en qué se ha convertido mi maravillosa niña, etcétera. A finales de año, a Kostia no le quedó más remedio que llamar al ignorante padre e informarle de su inminente fortuna y traerlo a Moscú.

Los dos caballeros se retiraron al despacho de Kostia. Después de un par de golosinas y un litro de buen vino de Kindzmarauli, a Vasili el futuro esbozado por Kostia ya no le parecía tan terrible. Era una buena, y sobre todo sólida alternativa a su personal *American dream*, no exento de riesgos y hasta entonces carente de financiación. Fue capaz incluso de fingir ante Kostia cierta alegría por su papel de padre.

Le dijeron que podría estudiar —«La ingeniería estaría bien para tu inteligencia y tus hábiles manos, muchacho, además, el país siempre necesita buenos ingenieros»—, tendría una casa propia con Elene en Moscú, el mayor apoyo posible, y lo pasaría bien con la chica más liberal y más generosa que había conocido... Naturalmente, no mencionó una palabra de esto último a su futuro suegro. Sí, todo sonaba razonable; quizá un poco menos emocionante que el viaje a América en el carguero, pero a cambio mucho más accesible, mucho más real. Vasili soñó con un futuro dulce y sin preocupaciones, con un bienestar del que respondía aquel hombre serio y decidido que le estaba hablando. Y de un modo que no dejaba dudas a Vasili de que aquel hombre

no iba a tolerar réplica alguna.

El compromiso se cerró a toda prisa. Nana y la madre de Vasili volaron a Moscú, y se celebró una fiesta pequeña, pero *apropiada*. Los invitados sonrieron, brindaron y felicitaron a la joven pareja. Vasili recibió una generosa asignación para poder atender las necesidades de su esposa embarazada. Su nueva vida no tardó en gustarle. Y Elene acogió todo aquello con la impenetrable indiferencia que se había vuelto tan propia de ella y dirigió toda su atención hacia su vientre, cada vez más redondo y puntiagudo. Iba a tener un hijo, iba a ser madre, la mejor del mundo, haría cualquier cosa por su hijo, se imaginaba cómo iba a sacrificarse por su nuevo retoño para compensar al otro hijo muerto, indeseado, no nacido.

Una tarde en que la pareja salía del Museo Pushkin, cogidos de la mano, charlando animadamente sobre arte, Vasili se detuvo en mitad de la calle, se sentó en la acera y se echó a llorar. Elene, desbordada por la inusual estampa y la repentina congoja de su prometido, se sentó junto a él y apoyó con cuidado la cabeza en su hombro. No preguntó la razón de su repentino cambio de humor, esperó a que se tranquilizara. Casi sin aliento, jadeando, él se forzó a hablarle de lo mucho que odiaba el país en el que vivían, le habló abiertamente de su infancia, de las eternas humillaciones, incluso de sus líos. Habló de su madre, de su hermano, se desnudó delante de ella como si llevara toda la vida esperando hacer una confesión como esa. No se protegió, no defendió sus sentimientos, incluso le mostró sus más ínfimos deseos de venganza, sus más secretos anhelos. Encontraron un banco en una calle apartada y se sentaron en él. Había hablado presa de la furia, la saliva brillaba en las comisuras de sus labios, parecía vacío y agotado. Ella le pasó un brazo por los hombros y reflexionó acerca de sus palabras.

—¿No estás sorprendida? —preguntó él cuando no pudo seguir soportando su silencio—. ¿Ni decepcionada?

—No estoy decepcionada, Vaso. Incluso te entiendo. Te entiendo bien, o al menos eso espero. A veces tengo mala conciencia, yo no he deseado que esto fuera así, y créeme, no quería que de pronto estuvieras aquí conmigo, ese no era mi plan. No debes renunciar, por mí o por el niño, a algo tan importante para ti.

—Pero yo quiero estar contigo, no se trata de ti, Elene.

—Pero más que conmigo quieres estar lejos, ¿no?

—No lo sé.

—Bah. Lo que yo no quiero es que te conviertas en uno de esos fanfarrones impertinentes que engañan todo el tiempo a sus propias mujeres y creen que lo tienen todo bajo control. No tienes más que mirar a mi padre. Me repugna toda esa impostación. Yo también pienso cosas. Así no vale. No me gusta hablar de eso.

—Me reharé, te prometo que seré fuerte, por nosotros, por ti. Mejoraré. Es solo que... Bueno, es difícil. Y todo ha venido tan de repente, tan de improviso.

—Te comprendo. Sabes, antes yo también quería irme. Tengo una tía en el extranjero. Es una cantante famosa allí.

—¿En serio?

—Sí, pero no me permiten hablar de ella.

—Pero juntos podríamos...

—No seas niño. No quiero. No tengo tus sueños, Vaso. ¿Qué se me ha perdido a mí en el extranjero? ¿Adónde voy a ir? Mi sitio está aquí, con mi familia, da igual cuánto los odie a todos, soy parte de ellos. Quizá debería haberte conocido el verano de hace dos años. Entonces yo era... distinta. ¿Tienes a alguien que pueda ayudarte?

—Si tuviera dinero suficiente... sí. Conozco a unos cuantos marineros que cuelan a gente en los barcos, y...

—Bien, muy bien. Escucha. Papá quiere que nos casemos antes de que nazca el bebé. Es decir, a más tardar en primavera, últimamente está hablando de marzo. Nos dará dinero. Para la boda, para nuestra nueva vida y toda esa cháchara, ya sabes. Quiere que nos quedemos en Moscú, no quiere que vayamos a Tiflis con mi madre. Piensa que todo esto es culpa suya. Antes, también yo lo creía. No es cierto, pero ahora da igual. Bueno, cogeremos el dinero y haremos como si estuviéramos planeando nuestra boda. Buscaremos un salón de bodas, lo haremos todo muy chic y muy caro. Eso es lo que él quiere, para poder invitar a sus colegas. Al final, le parece bien que seas ruso. Y tenemos que fijar una fecha en el registro civil, y lo haremos, porque él va a comprobarlo todo, pero solo adelantaremos un poco de dinero, y diremos que el resto lo pagaremos después de la fiesta. Y tú te quedarás con ese resto. Irás a Sochi, y arreglarás todo lo que tengas que arreglar. Y justo antes de la boda, te largarás. Para cuando se enteren, tienes

que haberte ido. *Tienes* que haberte ido, Vaso, de lo contrario irán a por ti. Y no te perdonarán. Mi padre menos que nadie. No puede salir mal, o jamás en tu vida volverás a ver una ventana que no tenga rejas. ¿Me comprendes?

Vaso miró a su prometida con los ojos muy abiertos, en su mirada se mezclaba un gran respeto con una fascinación imbuida de consideración.

—Si una vez en Sochi compruebas que no puede ser, volverás y tendremos que casarnos. Por mí, podemos volver a separarnos dentro de unos años. Si te queda tan solo una duda de poder conseguirlo... da la vuelta.

—Hablas como una profesional.

—¿Una profesional?

—Sí, como si tuvieras experiencia en estas cosas.

—Lo he imaginado a veces, eso es todo. Y el resto lo sé por mi padre. Todos piensan que no me entero de nada, pero me doy cuenta de todo, incluso de cosas de las que ni ellos mismos se enteran. También sé que mi padre cubrió a su hermana cuando se fue. Pero ahora eso da igual.

—No sé qué decir...

—No te preocupes, al bebé no le faltará de nada. Lo sabes. Mi padre hará todo lo que haga falta por nosotros. Y yo haré todo lo que haga falta por el bebé. Creo que va a ser una niña.

—¿Por qué lo crees?

—No lo sé. Encontraré un hermoso nombre para ella. Pero aún no lo he decidido.

—Cuando yo era pequeño, había una mujer en nuestro barrio de la que algunos afirmaban que era bruja. Creo que solamente le tenían envidia. Porque era distinta, y tan especial. Curaba a la gente con hierbas, pero nadie confiaba en ella. Era gitana. Algunos decían que era prostituta, pero nunca se la vio con ningún hombre. Otros decían que habían matado a su familia, deportado y esas cosas, pero nadie sabía nada con certeza. Había aparecido en nuestro barrio, sencillamente, de un día para otro.

»De niño, solía ir a su jardín a jugar con ella. Vivía en una cochera ampliada. En medio del campo. Era algo tan romántico, a mí me parecía tan romántico. Era tan... distinta de todos los demás que yo conocía. Tampoco yo sabía nada de ella, salvo que le gustaba cantar, cocinar y amar. Y cómo. Siempre estaba dispuesta para mí. Para mí y para muchos otros niños que andaban por ahí sin saber qué hacer. Jugaba con nosotros, era una niña como nosotros, y siempre nos contaba historias.

»Cuando me hice mayor, empecé a desearla. En una ocasión, hice acopio de todo mi valor y fui a verla. Siempre habían dicho que lo hacía con cualquiera por dinero, así que robé el bolso de mi madre y fui a verla. Y, cuando le dije lo que deseaba, se echó a llorar. Eso me desconcertó tanto que salí corriendo. Estaba allí plantada delante de mí, y le corrían las lágrimas por las mejillas. Ni siquiera me hubiera podido imaginar que ella llorase nunca. Vi cuánto la había decepcionado. Y me avergoncé tanto.

»Poco después se fue. De un día para otro..., exactamente igual que había venido. Nunca volví a verla. Jamás regresó. Ni siquiera sé si aún vive. Creo que es la única mujer a la que de verdad he amado. Y la única que no quiso acostarse conmigo. Qué paradoja, ¿no?

—¿Cómo se llamaba?

—Daria.

Y así fue como mi hermana recibió su nombre de una bruja gitana a la que algunos creían puta, y que para su desconocido padre era la única santa que había conocido en su joven vida.

*¡Escuchamos la orden! ¡En estos tiempos audaces, el pueblo
debe quemar el pasado!
¡Con la orgullosa bandera, saludamos a nuestro pueblo
eterno, Georgia!*

IASCHWILI

Daria, la niña afortunada, vino al mundo en la espesa y bochornosa noche del 4 de agosto de 1970, en una habitación pintada en colores pastel de un hospital que estaba exclusivamente a disposición de los trabajadores de la Lubianka. El edificio de la Lubianka era conocido en Moscú como «El Mundo de los Adultos», porque en el año 1957 se habían erigido justo enfrente los grandes almacenes El Mundo de los Niños.

El propio Kostia había llevado a su hija al hospital cuando habían empezado las contracciones. Había rechazado de plano la propuesta de su esposa de acudir a Moscú a asistir a su hija. Había pasado toda la noche

caminando de un lado para otro en la sala de espera y, después de la comadrona y Elene, había sido el primero en ver el rostro angelical de Daria. También fue él quien hizo inscribir su propio apellido en la certificación de nacimiento de Daria. Naturalmente, no entraba en consideración dar a su nieta el nombre de un desertor.

Vino al mundo dos años después de la legendaria muerte de Gagarin, uno después del alunizaje de Neil Armstrong, durante el primer mandato de Richard Nixon, un año antes del intento de fuga de Bernd Sievert, que resultó gravemente herido de cuarenta y siete disparos de guardias germano-orientales al intentar saltar el Muro de Berlín. El mismo año en el que los Beatles anunciaron su separación, y desencadenaron con esa noticia una marea de lágrimas en todo el mundo. Poco antes de que la ola *Easy Rider* llegara también al hemisferio oriental e hiciera rezar a todos los veinteañeros por que algún ser enviado por Dios pudiera pasar de contrabando Harleys a través de todas las fronteras. Poco antes de la toma de poder de un tal Idi Amin en Uganda, durante las protestas del disidente Sájarov contra el internamiento de opositores en manicomios soviéticos, y no sé cuántos meses antes o después de la concesión del Premio Nobel a un tal señor Beckett desconocido en el Este y, naturalmente, prohibido a pesar de o precisamente por eso. El año de las protestas mundiales contra la entrada de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia, dos años después de la revolución que había empezado en París y de la que aún no se sabía del todo si iba a entrar en la historia como fracasada o exitosa, y si era posible calificarla como revolución. Poco después de la publicación de un artículo en la revista *Life* sobre la masacre de My Lai, en Vietnam, en la que la «Task Force Barker» americana había violado, asesinado y borrado del mapa a un pueblo entero. Y exactamente un mes después de terminar las obras de la Casa Verde.

La Casa Verde sigue siendo una de las casas más hermosas que he visto nunca. Lindante por el norte con un espeso pinar, rodeada por el oeste por un barranco vertiginoso —ante el que Stasia hizo construir una cerca de tres metros de altura—, por el este un estrecho sendero sin asfaltar conducía hasta el pueblo más próximo, y por el sur miraba a los cobertizos de la yeguada.

La casa había sido concluida en un tiempo utópico para tratarse de obreros georgianos. Stasia había demostrado verdadero talento para la planificación. Había espoleado a sus obreros como un experto pastor a su rebaño, había cocinado de manera principesca para ellos todas las noches, siempre se había

encargado de que hubiera botellas de aguardiente llenas y aun así había logrado que el trabajo empezase a las siete en punto de la mañana. Y eso a pesar de que los obreros soviéticos formaban un grupo humano propio, extremadamente necesitado de alcohol, comida y descanso para poder poner siquiera un ladrillo encima de otro.

A sus setenta años, no solo había hecho lo que parecía casi imposible, sino que además había demostrado gusto arquitectónico: hizo restaurar los viejos balcones de madera, reconstruir los sinuosos adornos y las antiguas barandillas. Hizo pintar en rojo oscuro las vigas de madera típicas de la región, instalar suelo de piedra en la espaciosa cocina y todos los cuartos de baño, así como en el sótano, e incluso consiguió devolver la vida a la chimenea del cuarto de invitados, que estaba completamente derruida.

Había ocho habitaciones distribuidas en dos plantas, y en la parte delantera una terraza gigantesca que —salvo en los meses de invierno— sería el principal lugar de estancia de toda la familia. Y luego estaba la magnífica finca en la que se encontraba la casa que, siguiendo los planes de Stasia, Christine y ella iban a convertir en un jardín de ensueño.

En la ancha pendiente que llevaba hasta el bosque, hizo levantar un cobertizo que —Dios sabe por qué— mandó pintar en color verde lechuga. Lo reclamó para sí misma, y en vista de la espléndida casa que ahora se alzaba en la cima, y en la que todo el mundo tenía espacio propio, a nadie se le ocurrió preguntarle qué pensaba hacer en él. Probablemente pensaron que iba a guardar allí los aperos de jardín.

La Casa Verde era un sitio ideal, prometía un mundo como tenía que ser. Y toda la familia estaba ansiosa por mudarse a ella. Todos esperaban ese nuevo comienzo y a un nuevo miembro de la familia. Todos, menos Christine.

La pérdida de Misha le dolía, estaba como cambiada. Se quedaba raras veces en casa, nadie sabía por dónde andaba después del trabajo, raras veces se oían sus arias de ópera, su antigua pasión por pasarse horas en el jardín sembrando, arrancando hierbajos, recortando setos, regando las flores, se había extinguido. A su reticencia a aceptar que estaba envejeciendo y a su eterna resistencia a jubilarse se sumaba la decepción de haber perdido a Misha, al que había criado con un loco amor. La consecuencia era que a las otras mujeres Christine les hacía sentir que habían roto algo, que tenían la culpa de todo, porque solo hablaba con ellas en tono condescendiente.

Todas las conversaciones acerca de Misha, Christine las ahogaba con fría

vehemencia. Pero ¿qué otra cosa podían haber hecho, en vista del problema causado por Misha? Stasia, recién retornada de Praga entonces, no había sido capaz de pensar más que en su hija. Y, al fin y al cabo, habían debido poner a Misha a salvo de la ira de Kostia; incluso Andro había tenido que aceptarlo. Stasia no admitía ningún reproche en ese sentido. Sopio le había susurrado en sueños que debía mostrar al chico un mundo bueno, y ella lo había hecho a conciencia. Ahora el chico estaba en camino de convertirse en adulto, y tenía que aprender a arreglárselas por sí mismo. Stasia era demasiado vieja como para ponerle a alguien unas gafas de color de rosa. Era demasiado vieja como para contar cuentos. Además, el chico, como correspondía a su naturaleza, había cometido un terrible error, con cuyas consecuencias tenía que cargar, lo mismo que su nieta carnal. ¡Y basta, se acabó! Había cumplido con su deber, estaba en su derecho de pasar a una bien merecida y, sobre todo, pacífica jubilación, y aprovechar la oportunidad que la Casa Verde les ofrecía a todos.

Pero, cuanto más a menudo subía Christine a la casa con su hermana para ayudarla durante las obras, tanto más se afirmaba en ella el rechazo a ese proyecto, para ella no era un nuevo comienzo, no allí, no en esas circunstancias. Había permitido que enviaran a su querido niño de vuelta, como un paquete con la dirección equivocada. Ni su oportunista hermana ni su débil nuera habían investigado la verdad, tan solo habían reforzado los delirios autodestructivos de la chiquilla y humillado al muchacho con su indefensión. Y, aunque Christine mostraba respeto al gran trabajo que había hecho su hermana y reconocía el rigor y la meticulosidad con los que había trabajado, en ella crecía la convicción de que aquel paradisíaco trocito de terreno no podía ser sitio para ella, allí no podía estar Misha, allí la verdad no tenía cabida y ella no encontraría la paz, no sin aquel muchacho.

Y, cuando el siguiente escándalo que envolvió a Elene se puso en marcha y a Tiflis llegó la noticia de que el bastardo ruso Vasili había dejado plantada a su mujer encinta y había desaparecido, de manera traidora y deshonrosa, con el dinero de la boda, Christine ya no pudo contenerse. Observó, triunfal, que era lógico que se hubiera largado a tiempo, porque al fin y al cabo los hombres razonables no se casan con mujeres que pueden *forzarlos* a hacer algo. Nana reaccionó con estremecedora furia a esa incomprensible alegría por el mal ajeno, y Stasia con perplejidad.

Un mes antes de la prevista mudanza a la Casa Verde, Christine anunció a su hermana, mientras fregaban en la cocina, que no tenía intención de ir con

ellos.

—¿Qué significa eso? —dijo Stasia, sorprendida, y dejó el plato sucio en el fregadero.

—Lo que te acabo de decir. Me quedo aquí. Esta es mi casa.

—¿No te das cuenta de que te comportas como una niña? Claro que esta es tu casa. No tienes que trasladarte con armas y bagajes. Por mí, puedes pasar allí los fines de semana mientras aún trabajas en el hospital...

—Me quedo aquí. No tengo nada más que decir. Además, Misha va a pedir plaza para estudiar en Tiflis, y quiero que viva conmigo en *mi* casa.

—¿Así que durante todo este tiempo no me había enterado de que esta casa es *tuya* y no *nuestra*? Elene viene dentro de dos semanas. La ayudaremos con la niña, y nosotras...

—Nana y tú lo haréis muy bien sin mí.

—Dejó embarazada a mi nieta, por Dios, y nosotras fuimos consideradas y no le dijimos nada a Kostia.

—Nosotras criamos a Andro y, cuando llegó el momento, se nos escapó algo. Le dejamos cometer aquel terrible error, ¿y por qué? Porque entonces nuestros *propios* hijos y sus preocupaciones nos parecían más importantes, ¿verdad? No repetiré ese error con Misha.

Stasia se había apartado a un lado y encendía uno de sus cigarrillos sin filtro con las manos húmedas.

—Ahora escúchame bien: ya he pagado lo bastante caro lo que él hizo, es una maldad culparme, como si no tuviera bastante con...

Goya entró revoloteando en la cocina. Arriba, se oyó a Nana empujar muebles, inmersa en una verdadera fiebre de mudanza.

—Él no lo hizo. Tú lo sabes. Él cedió, simplemente cedió ante tu nieta. Ese fue todo su delito, no poder contenerse a sus quince años delante de una chica medio desnuda.

—¿Quién ha tenido que pagar un precio más alto? ¿Mi pobre niña, a la que hicieron un raspado a los quince años, o Misha, que tuvo su momento de placer y luego regresó con sus padres? —ahora Stasia gritaba, sus ojos se habían convertido en dos ranuras—. Es un milagro que haya vuelto a quedarse embarazada. ¿Tampoco eso cuenta, Christine?

—Yo intenté impedirlo.

—¿Pero no lo impediste! ¿Y sabes por qué? ¡Porque no somos omnipotentes, y no podemos salvar a *nadie*! ¿Cuándo vas a entenderlo de una

vez?

*No lograrás abandonarme:
La puerta está abierta... ¡y vacía tu casa!*
MARINA TSVIETÁIEVA

Impulsado por el movimiento feminista, cada vez más fuerte, la movilización de la izquierda y sus sonoras exigencias de una nueva política, de nuevas formas de vida; espoleado por los sesentayochistas, que solo más tarde se convirtieron en un concepto; por Woodstock y la nueva generación de músicos; por el deseo público, manifestado cada vez con más fuerza, al menos en el Oeste, de desmilitarización; acicateado por la enorme indignación que causó el asesinato de Martin Luther King, el mundo empezó a buscar nuevas estructuras ideológicas.

Ahí estaban, por supuesto, los Hendrix y las Joplin, ese nuevo cuño de anarquistas geniales, pero también hacía falta alguien capaz de acusar al mundo sin recurrir a la heroína y a la marihuana. Hasta que casualmente toparon con mi tía abuela Kitty, que había escrito algunos *hits*, incluso había conseguido entrar en una ocasión en las listas británicas, pero seguía viviendo en su casa de tres habitaciones en el Soho, pagaba sus impuestos y tenía a sus espaldas un extraordinario pasado político. ¡Y qué pasado! Pero todo esto solo salió a la luz una vez que la foto fue publicada. La foto de la plaza Wenceslao. La foto de Magnum. Se publicó en la prensa y fue como una bomba.

Año y medio después de los acontecimientos de Praga, *The Guardian* publicó un artículo sobre el lamentable fracaso del socialismo. Naturalmente, el hilo conductor era la Primavera de Praga, así que buscaron material gráfico interesante y aún no publicado. Y encontraron la foto de Kitty Dzhashi.

Como era de esperar, Amy se había apartado de Kitty y abandonado Londres sin especificar a nadie su destino. Se decía que se había ido a Gales

con su marido, más tarde dijeron que se había trasladado a Italia. Solo al cabo de tres meses reapareció sin anunciarse y reanudó —más reservada y objetiva, pero lo hizo— el trabajo con su protegida. No preguntó. Naturalmente el tema Fred era tabú, ya no la invitaba a su casa de Kings Cross, no la llevaba consigo a fiestas privadas, pero seguía organizando intervenciones de Kitty en la radio y la televisión, planificaba conciertos, la asesoraba en el trato con la prensa y se empleaba a fondo para aumentar — con toda clase de estrategias publicitarias y de *marketing*— las ventas de discos. Kitty no podía esperar mucho más de ella, lo principal era que mantenía a Amy en su vida, que ella seguía creyendo en su música y que ponía su talento organizativo a su disposición.

Su llamada la sorprendió. Era tarde, y hacía mucho tiempo que Amy no la llamaba a esas horas, una llamada vespertina podía parecer demasiado privada. Advirtió en su voz que su mánager, que ya no quería ser su amiga, estaba excitada, y que su entrenada objetividad se iba desprendiendo capa a capa de sus cuerdas vocales a lo largo del torrente de palabras que vertió sobre Kitty.

—Un momento, espera, ¿de qué periódico hablas? No he entendido nada. Estoy en casa, y si quieres... No, estoy sola.

Amy accedió de hecho a pasar por su casa media hora después.

—Solo vamos a hablar de negocios —había añadido, como si quisiera legitimar su visita de antemano y que no pudiera surgir en absoluto ningún ambiente de reconciliación.

Llevaba un impermeable de un verde exagerado, una cinta de goma en torno al cabello desmelenado, que le caía sobre la frente, y dejó con estrépito sobre la mesa la última edición de *The Guardian*.

—¡Y no me cuentas *una cosa así!*

La gran fotografía de Kitty en blanco y negro campaba en la portada. Kitty nunca había visto esa foto antes. Al principio, no podía creer que la chica con la guitarra que salía en la foto fuese ella. ¿O era un *collage* y alguien se había permitido una broma a su costa?

—¿Qué es esto, maldita sea?

Amy se dejó caer en el sofá.

—¡No tengo ni idea de quién hizo esta foto y de cómo ha venido a parar *aquí!* Ni siquiera estoy segura de que realmente se trate de mí.

—¿Estás borracha? ¿Quién crees que es? ¿El Papa?

—No tengo ni idea, Amy. De verdad que no.

—La pregunta tendría que ser: ¿cómo es que estás en esa foto? ¿Cómo es que no abandonaste en el acto aquella ciudad ensangrentada cuando ese ejército asesino la invadió? En el nombre de Dios, ¿a quién se le ocurre plantarse ahí y cantar? Estás un poquito mayor para revoluciones. En realidad, debo darte las gracias porque me hayas quitado a esa loca, ¡pero que arriesgues la fuente de ingresos por la que me he estado partiendo el culo durante años es un poco demasiado para mí!

—¡Siento no haber pensado entonces en tu dinero! —respondió Kitty con ironía. En su interior se sentía triunfante, porque Amy parecía más que impresionada, y además había abordado el tema; creyó que era una buena señal.

—Dios mío, esa banda de terroristas habría podido detenerte y meterte en algún gulag —se indignaba Amy, que en realidad solo se interesaba por la política porque estaba de moda, y cuya idea de la Unión Soviética se resumía de la siguiente forma: «Oscuro. Gris. Nada de trapos. Todos con las mismas botas de goma. Frío. Barro. Más frío. Muchos viejos. Mala música. Caras desdichadas y nada de sexo» (bueno, en ese último punto ni siquiera se equivocaba mucho, si tenemos en cuenta que, en el país en el que nací, la famosa frase «En la Unión Soviética no tenemos sexo» no era algo que el Estado hubiese dicho en broma).

—Escucha, voy a preparar algo de comer, pareces hambrienta, y luego discutimos de todo, ¿okay? —interrumpió Kitty el indignado monólogo de Amy, y se fue a la cocina.

Durante la comida, le contó con detalle su estancia en Praga, describió con vivos colores y grandes palabras las escenas callejeras en las que se había visto envuelta, lo que no hizo sino aumentar el respeto de Amy; respondió una y otra vez a sus preguntas, pero no dijo nada del encuentro con su madre.

—Todo esto me parece una locura. Y ahora que me has quitado mis preocupaciones, creo que quizá lo que has organizado no sea ninguna tontería, *honey*, quizá no sea en absoluto una tontería.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Bueno, lee lo que pone ahí. Te elogian como a una pequeña heroína, en valerosa lucha contra el malvado comunismo. Cito: «La señorita Dzhashi ha alzado su voz contra la opresión y el totalitarismo». Bla, bla, bla. Piensa dónde quiero ir a parar.

—Pero...

—Podemos contar con que a partir de mañana recibiremos peticiones de entrevistas. A partir de la próxima semana, estarás sentada en un estudio de la BBC. Te lo garantizo. Luego vendrán los americanos. Y todos querrán que les cuentes lo mal que lo pasaste, lo mucho que temiste por tu vida y lo oprimidos que están todos allí. Entonces hablarás de tu terrible pasado, y podemos dar por hecho que habrá una gira por Europa y quizá incluso por América, y luego incluso un disco de oro. Es decir, ponte a preparar un nuevo álbum. Esta es la mejor promoción que podíamos haber imaginado. Vas a tener un público realmente fervoroso, *honey*.

—Necesito tiempo. No he escrito una sola canción desde...

—¿Desde? No, no quiero oír tal cosa. Voy a darte tan solo un pequeño consejo: la persona en la que piensas no es precisamente la que va aumentar tu productividad, así que, en tu lugar, yo tendría cuidado.

Amy parecía de vuelta a la vida. A una nueva vida llena de prodigios, promesas cumplidas y dulces recompensas. Sacó su agenda rosa y escribió algo en ella. Kitty se cubrió el rostro con las manos y lanzó un profundo suspiro.

—Vale, si es imprescindible que me lo digas... ¿Qué pasa? Oh, oh, oh, la pobre Kitty... No me cabe en la cabeza, quiero decir, eres tan condenadamente hetero, no lo entiendo, no acaba de entrarme en la cabeza. Pero, si lo pienso, ella conseguiría meter en su cama incluso a mi marido.

—No está bien —la interrumpió Kitty con voz suave, y empezó a retorcerse los dedos—. La semana pasada la ingresé en una clínica. Una cura de privación en una clínica de Richmond. Un tratamiento nuevo.

—¿Una cura? ¿Tanto ha vuelto a beber?

—No. Peor.

—¿Cómo que peor?

—Heroína.

—Oh, Dios mío.

Amy se llevó un dedo a los labios, se puso en pie de un salto, se volvió a sentar, quiso decir algo, objetar, responder, pero finalmente se quedó sin palabras, mirando temerosa a Kitty.

—Sí, tampoco yo quería darme cuenta, pero se ha convertido en algo grave, muy grave. Ha estado al borde de la muerte. No me atreví a pedirte ayuda.

—¿Cuánto tiempo lleva?

—No lo sé exactamente. Creo que desde América. Cuando volví de Praga me la encontré medio inconsciente, con todos esos utensilios en el baño. Casi me vuelvo loca. Hace una eternidad que no pinta nada, y no digamos vende. Era increíble la cantidad de deudas que había acumulado. Quiso llamarte para pedirte dinero, pero se lo prohibí. Pensé...

—Deberías haberme llamado.

—Pero no podía y no quería, Amy. No así. No por eso.

—Asumiré los gastos de la clínica.

—No tienes por qué hacerlo. Saldré adelante.

—Insisto. ¿Está mejor?

—No lo sé. Por teléfono dice que sí. Los médicos han desaconsejado con insistencia que reciba visitas las primeras semanas. La llamo dos veces por semana. Suena mejor, pero eso no tiene por qué significar nada. Es una actriz fabulosa, como sabes.

—Lo sé, sí. Vaya si lo sé.

Cuando Kitty pagó al taxista, cogió la maletita de Fred y se dirigió a Hyde Park para sentarse en un prado en un rincón apartado, ya sabía en lo que se metía. Acababa de recoger a Fred en la estación. Estaba un poco más delgada que de costumbre, se había cortado el pelo —para espanto de Kitty— casi al cero, también su piel parecía más blanca de lo habitual. Con sus Ray-Ban verdes en la cabeza, parecía un adolescente.

Kitty sospechaba que la lucha en absoluto estaba ganada, sino que acababa de empezar. Trató de que no se le notara el *shock* ante su descuidado aspecto. Daba igual cuánto hubiera bebido Fred, siempre había dado importancia a tener una imagen cuidada, un corte de pelo perfecto, a que la ropa le sentara bien. Ahora llevaba unos pantalones rotos en las rodillas, olía a sudor y su pelo parecía haber caído víctima de los piojos u otros animales no más atractivos.

Fred se tendió junto a ella en la pradera húmeda. A lo lejos se veía una profesora de parvulario con un grupo de niños.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —empezó Kitty, forzándose a contenerse.

—No voy a justificarme —respondió Fred con desinterés.

—¿Así que ni siquiera merezco una explicación? Tienes un aspecto

horrible.

—Lo siento, no tuve oportunidad de ir a la masajista. Como sabes, he tenido que salir muy deprisa.

—¿Y quién tiene la culpa de eso? Una enfermera histérica me llama y me cuenta que te expulsan de la clínica por consumo de drogas y conducta inmoral. Quiero decir, Fred..., *¡conducta inmoral!*

—Casi me muero, solo le...

—Al parecer, sedujiste a esa enfermera en el baño de señoras para que te diera droga.

—Solo era un poco de morfina, nada más. Tenía dolores.

—Bueno, voy a hacerte una oferta. Lo diré solo una vez: te llevaré conmigo, te cuidaré, cancelaré mis compromisos, me tomaré tiempo y no me apartaré de tu lado durante tres meses, te velaré día y noche para que puedas escapar de ese infierno, y entonces... estarás limpia. Si no lo estás, si intentas engañarme o tomarme el pelo, nunca volveremos a vernos. Pero te doy esa oportunidad.

—Ey, me hablas como si fuera una niña.

—Tu nivel intelectual no es muy alto ahora mismo, Fred. Estoy apostando por ti, es lo más importante, debería ser lo más importante para ti.

—Me gusta cuando te enfadas. Te pones realmente sexi.

—No cambies de tema. Espero una respuesta.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? ¿Te acuerdas de la primera vez que nos vimos? ¿Te acuerdas de cómo viniste a mí y me dijiste...?

—No estoy demente.

—Eso está bien. Entonces, sabes a lo que me refiero.

—Tú nunca has apostado por mí. Eso me gustaba. Siempre tenía que correr detrás de ti. También eso me gustaba. ¿Ahora vamos a ser como todos?

—Eres una cabrona desagradecida.

—Sí, suéltalo. Que se acabe por fin ese asqueroso papel de buena persona. Suelta de una vez todo lo que llevas dentro. Te hará bien.

—Cierra la boca. Cierra la puta boca. Ya has destruido bastantes cosas. No voy a ser como todas las demás. Voy a hacer algo que nadie ha hecho por ti: darte la oportunidad de quedarte y no seguir huyendo.

—¿Por qué? No merezco la pena, *sweetie*. No soy más que una mierda. Enfádate tranquilamente conmigo.

Fred calló. Hacía dibujos en el suelo con una piedra. Se removía de un lado a otro sobre el trasero. Hurgaba en el roto de sus pantalones. Se rascó la cabeza, se rascó los antebrazos. Luego dijo en voz baja, apenas audible:

—Está bien.

—¿Qué está bien?

—Lo intentaré.

Acto seguido, Kitty Dzhashi llevó a su amiga a su casa y se quedó allí con ella. A pesar de todas las amenazas y los ruegos de Amy para que empezara por fin a trabajar en su nuevo álbum y respondiera a las peticiones de entrevistas —porque, naturalmente, Amy había acertado, y el nuevo interés por Kitty superaba todas las expectativas—, pero Kitty se atuvo a su promesa de salvar a Fred de sí misma. Cuando su ángel guardián, su amigo sin nombre, la llamó una mañana de agosto y le comunicó que había sido tía abuela de una niña sanísima, Kitty estaba sosteniendo delante de la boca de Fred una palangana en la que vomitaba entre maldiciones.

Inventar imágenes hostiles desencadena una fuerza destructiva. Porque no es el enemigo el que crea la desconfianza, sino la desconfianza al enemigo.

MERAB MAMARDASHVILI

Cuando Daria preguntó a Stasia por qué tenía los ojos de dos colores, Stasia le dio la siguiente respuesta:

—Mi vida, eso se debe a que dentro de ti habitan dos animales: un husky, ese perro de penetrantes ojos azules que tira de los trineos, del que procede tu ojo azul, y un erizo, pequeño, tímido y espinoso, del que viene tu ojo marrón. Tu husky es la parte valerosa de ti, que siempre busca el campo abierto y sigue impertérrita su camino, cada vez más lejos, y no se detiene ante ninguna aventura, y el erizo es la parte que necesita calma y refugio, seguridad y mucho amor, que tiene miedo al ancho mundo del husky y persigue por eso retirarse.

Daria se atuvo a esa historia durante toda su vida, y la contaba cuando

alguien hablaba de sus ojos, con sorpresa y admiración.

Cuando imagino a Daria de niña, siempre la veo con su correcta vestimenta, de la que mi abuelo era el principal responsable. Parecía una niña salida de la revista *Burda*, con zapatitos de charol, rubios cabellos ondulados y recogidos y medias blancas; la veo fruncir los labios en un mohín y mandar sobre todo y sobre todos. Una princesa a la que nuestra familia había dado refugio temporal, y que por eso podía hacer todo lo que estuviera a su alcance, todo lo que quisiera.

Daria tenía de hecho los ojos más sorprendentes y bellos que he visto nunca. Y todo en ella era hermoso y bien formado, casi perfecto, tan solo su voz grave era la de un muchacho airado, y no acababa de encajar en su imagen angelical. Aún sigo escuchando los murmullos cuando pienso en la época en que paseábamos de la mano de mi madre, gente que susurraba algo, gente que se quedaba mirándola, que revoloteaba en torno a ella como avispas alrededor de un tarro de miel. Naturalmente, mentiría si afirmara que por aquel entonces para mí no era un martirio. Mentiría si afirmara que algunas noches no le deseaba la peste y el cólera. Pero esos tormentos no eran tanto culpa de Daria o de su belleza como de la idolatría que nuestro abuelo mostraba hacia ella. A sus ojos, ella tenía las mejores condiciones para una vida espléndida, todo aquello que él valoraba en el sexo femenino: una belleza única, una capacidad innata para imponer su voluntad sin esfuerzo y entre sonrisas, la ensoñadora seguridad en sí misma que acompaña a una belleza como la suya y la obediencia de un caballo de circo amaestrado.

Ya he mencionado antes, Brilka, que a pesar de todas las peleas que libramos durante nuestra infancia, ella siempre siguió siendo para mí la hermana mayor, en la que me miraba, a la que quería parecerme, con la seguridad de que no iba a conseguirlo nunca.

Parecía haber una ley no escrita que hacía brillar todo lo que entraba en contacto con ella, así que no supuso ninguna sorpresa que más tarde también demostrara el poder de derribarlo todo, cuando pasó la página y el erizo que había dentro de ella desapareció para siempre. Pero yo aún no he llegado al mundo, aún no he entrado en nuestra historia. Así que no puedo recurrir a mis propios recuerdos, tengo que conformarme con otros ajenos que se cruzan con mi propia visión.

Antes de sacar para siempre de nuestra historia a su progenitor, al que nuestra madre había ayudado a huir, quizá deba mencionar que, de hecho, llegó a los Estados Unidos. Elene nunca hablaba de él pero, un día, cuando hacía mucho que el país del que todos procedíamos había desaparecido del mapa del mundo, me dijo, mientras estaba cascando una nuez, que siempre había creído que Vaso lo conseguiría. Y de hecho, su hermano el criminal, que se había convertido en un *businessman*, había establecido contacto con ella y le había contado que su hermano había muerto en Davenport, Iowa, que en el momento de su muerte era empleado de gasolinera y que se había casado por tercera vez. Una obstrucción intestinal no tratada: no podía permitirse tener un seguro, y por eso, a pesar de las molestias, no había ido al médico.

Aunque su vida había sido todo lo contrario de un modelo del sueño americano, Elene dijo entonces —un tanto amargada y decepcionada porque su plan hubiera conseguido tan poco y Vaso ni siquiera hubiera ido a parar a Nueva York o Los Ángeles, sino que hubiera aterrizado en provincias convertido en un gasolinero de tres al cuarto— que no descartaba que hubiera podido arrancar algo más de felicidad a su realidad occidental. Hasta donde yo sé, sus tres matrimonios americanos terminaron sin hijos. Murió sin haber visto ni hablado una sola vez a su única hija.

Daria estaba destinada a crecer sin padre. Ese hecho movió a mi abuelo a despedirse del escenario militar de Moscú y pedir un traslado a su patria, aunque ese traslado tenía que equivaler a una degradación para Kostia Dzhashi, porque la flota del mar Negro no tenía ninguna importancia militar y solo se ocupaba del tráfico mercante. Sin embargo, una vida sin mar solo habría sido para él media vida. Así que hizo algunas preguntas en el Ministerio del Interior, y encargó a algunos conocidos de Georgia que le buscaran un puesto adecuado, porque sabía que allí le bastaba con quererlo para que se le abrieran todas las puertas. Al fin y al cabo había conseguido salir adelante en Rusia, así que era más que bueno para Georgia. Podía apuntarse éxitos triunfales en el consejo secreto de la flota de submarinos. Bajo la dirección del almirante Gorshkov, su comité había logrado construir los mejores submarinos del mundo en el plazo más breve. No solo eran superiores en número a los americanos, sino que habían batido todos los

récords: de velocidad, de profundidad de inmersión, de tamaño.

Kostia podía volver la vista con orgullo hacia su carrera. Seguramente ese rápido ascenso había exigido múltiples sacrificios, seguramente había requerido sufrir pérdidas, pero ¿qué gran *obra* se hace sin un coste?

Sí, le había resultado duro redactar el acta del caso del K-129, que se había hundido en el Pacífico; tampoco la del K-8 había sido una bonita experiencia, en aquella ocasión en el golfo de Vizcaya y, bueno, el K-19... Kostia prefería no acordarse de eso.

El mar, sí, se había casado con el mar, y ahora pensaba cambiar a su compañero de tantos años por una niña pequeña y dulce que tenía los ojos de dos colores.

No quería ir a Batumi o Poti a vigilar convoyes mercantes, pero la flota del mar Negro no le ofrecía otra alternativa. ¿Había llegado la hora de bajar a tierra? ¿Definitivamente? ¿De ocuparse de su familia, de reparar con Daria lo que no había hecho con Elene? ¿Conseguirían de una vez convertirse en una familia *normal*?

Kostia sentía su edad sobre los hombros como una pesada armadura medieval, con todo su plúmbeo carácter. Se miraba constantemente al espejo, contaba las nuevas arrugas y maldecía cada molesto pelo que le salía en la nariz o los pequeños pliegues de grasa en la cintura. Aunque hacía gimnasia todas las mañanas y daba mucha importancia a tener un aspecto elegante, aunque se tomaba las mayores molestias para seguir el paso a la moda, sabía que pronto dejaría de resultarle tan fácil convertir a esas jóvenes rubias, olorosas a miel y a lavanda, en sus acompañantes. Sabía que había llegado la hora en que tendría que conformarse con las segundas y terceras más jóvenes, con las cuartas y quintas más guapas. Y tenía miedo.

Entonces se le acercó un amigo de Tiflis, para decirle que quizá fuera bueno para él presentarse como candidato a uno de los treinta y dos escaños del Consejo Nacional. Iban a besarle las manos, a él, el hombre prestigioso y meritorio. Y, aunque le costara trabajo cambiar el mar por el obtuso escritorio, se dio cuenta de que en esa situación aquel puesto era la mejor alternativa posible para él. Ni desde el punto de vista económico ni desde el del prestigio, un diputado era menos que un capitán de la Armada. Seguiría bajo el mando del MVD..., un terreno conocido para Kostia. Como miembro

del Consejo Nacional, podría reclamar para sí la inspección portuaria. No le negarían ese favor.

Contactó con las personas oportunas y manifestó sus deseos que, como era de esperar, fueron recibidos con la mayor benevolencia. Sí, debía volver a casa, decidió Kostia, aunque hacía mucho que Tiflis había dejado de ser su casa. Sí, tenía que ponerse al mando de aquel barco consagrado a la ruina que era su familia y guiarlo hasta un puerto seguro.

A su regreso ya se hablaba de «deshielo». Desde que Brézhnev tomara el poder, había empezado la era de las eminencias grises. Por suerte, nadie sabía que aún permanecería en el cargo otros once años —más de la mitad de ellos, gravemente enfermo— y que iba a llevar al país al estancamiento. El mayor «mérito» de Brézhnev —junto al aplastamiento de la Primavera de Praga— fue la reimplantación del deber de silencio, la crítica pública al Generalísimo quedó estrictamente prohibida, y el mantenimiento de la calma en el gran imperio, que se extendía a lo largo de más de once husos horarios, quedó asegurado con tal precisión que el país cayó imperceptiblemente en un estado comatoso.

Brézhnev se adornaba el pecho con un número absurdo de medallas y condecoraciones, fue nombrado mariscal y anunció satisfecho: «El país está estable, en paz y en buen estado. Me alegra que entre nosotros todo transcurra con normalidad».

Sí, todo era *normal*. Porque bajo su Gobierno no había alcohólicos, no había sádicos, no había delatores y no había criaturas devoradas por la desconfianza. Al fin y al cabo había leche condensada, leche en polvo, incluso caviar, si uno se movía en los círculos correctos, y dachas gratis para los que ocupaban los puestos superiores, y naturalmente también viviendas comunales infestadas de cucarachas, había una *idea correcta* a la que servir, mujeres dispuestas a procrear, cigarrillos baratos y confortables Volgas, mucho vodka y en caso necesario samogón, que no fallaba nunca y después de algunos tragos llevaba a las tinieblas espirituales, había cárceles para las *malas* personas, es decir, aquellas que no sabían apreciar aquel grandioso sistema. Existían métodos *correctos*, reconocidos por el Estado, para tratar a semejante chusma, y había aún más métodos para reprimirla.

El Estado decía a su pueblo en qué balneario tenía que descansar, le daba

un oficio, una casa y un sentido a su vida. Sí, todo transcurría *con normalidad*.

Kostia metió la valiosa porcelana en cajas de mudanza, regaló la mayor parte de sus muebles, envió los caros gobelinos y alfombras a Tiflis e hizo que lo transportaran todo, junto a su amado GAZ 13 beis, llamado «la Gaviota», a su ciudad natal.

En Tiflis lo recibieron como correspondía, se le invitó a interminables banquetes, se le mostró la exagerada y nerviosa hospitalidad de la soleada Georgia. *El Comunista* publicó incluso un reportaje sobre él. Un gran héroe había regresado a la patria. Le dieron un despacho en el Ministerio del Interior, en la calle Chitadze, y le asignaron un nuevo chófer.

Y, cuando se le ofreció el control de la aduana portuaria del mar Negro de la República Socialista Soviética de Georgia, aceptó sin reparos. En el futuro viajaría entre Tiflis, Poti, Sujumi y Batumi, y los viajes le vendrían muy bien, le darían la oportunidad de proseguir sin ser molestado con su «vida privada». Porque, a pesar de los miedos asociados a su edad, mi abuelo no pensaba en ese momento en renunciar por completo a su antiguo estilo de vida.

Hacía mucho que la corrupción se había impuesto en todos los ámbitos de la Administración y el Gobierno, pero Kostia esperaba arreglárselas bien con ella. Los años pasados en las instituciones más duras de la Unión Soviética le daban la necesaria seguridad en sí mismo. Había nadado más que suficiente en las extensiones inconmensurables de los mares rusos como para que aquellos estanques georgianos lo intimidaran. Pero no se dio cuenta de que había vivido demasiado alejado de la realidad caucásica, y no estaba en condiciones de mostrar comprensión hacia la mentalidad *fluida* de sus compatriotas. Conocía las estrictas reglas del juego de la élite soviética, la corrupción oculta de las autoridades, que desde la toma del poder de Brézhnev estaba disparada, pero no se daba cuenta de que la corrupción georgiana, la codicia georgiana, superaba con mucho aquello ante lo que podía cerrar los ojos. No sabía con qué flexibilidad la élite georgiana —y eso incluía a la *intelligentsia*— se había instalado en aquel rincón paradisíaco durante las décadas de poder bolchevique. Cómo había perfeccionado el arte de la ocultación. Lo bien que le iba, dentro de su trauma ruso. Lo bien que se

podía vivir jurando siempre a escondidas odio a la opresión nórdica. Porque en Rusia creían en el poder de la autoridad, no habían aprendido otra cosa más que vivir siempre con miedo a ella. En cambio, en Georgia, ese miedo tan solo se fingía; en este país se partía de la base de que los poderosos eran embusteros y corruptos. Así que se pensaba ya de antemano en cómo engañarlos, tomarles el pelo o sobornarlos. No se creía ni en un sistema ni en ninguna ideología, salvo quizá la ideología del propio hedonismo.

Después de una inicial agitación, se había tomado nota de que los vecinos del norte no les habían asignado en absoluto la peor posición. No explotar esa posición podía ser un error. En esas condiciones se podía vivir: se estaba interesado en la cultura, se era creativo, musical, amigo de la bebida, un poco anárquico, sí, eso también, pero solo un poco, hermoso y locuaz, vago y temperamental. ¿Qué podía tener eso de malo? Al fin y al cabo, eran las cualidades que se incluían con gran orgullo dentro de la identidad nacional. ¿O quizá solo eran los sueños rusos, que se habían interiorizado tanto que se creía que eran los propios? ¿Y si así era? ¿Qué tenía eso de malo? Sí, habría podido ser mucho peor. ¡Todo aquel imperio gigantesco miraba con envidia a ese pequeño y soleado rincón del paraíso! ¡Cuántas repúblicas soviéticas, cuántas regiones autónomas, cuántas naciones hermanas habrían querido cambiarse por nosotros, por no hablar de todas esas minorías machacadas y trasterradas! Porque mientras la sombra del gran compatriota, el Generalísimo, velase sobre todos los georgianos nada podía ocurrirnos. Porque nadie pasaba de largo ante ella. Ni Rusia, ni el mundo.

Con impresionante inteligencia, Brilka, la madre Rusia había decidido reforzar siempre a su pequeño, levantisco y quizá demasiado travieso hijo Georgia en todas sus debilidades, y proclamarlas como fortalezas hasta que el hijo empezara a cogerle gusto a su papel y creyera haber engañado a su madre, haberla privado de su poder, sin darse cuenta de hasta qué punto —esforzándose en ser querido y ensalzado por el padre— se prostituía por su amor.

*¡Qué mariposas quería atrapar mi alma!
Ahora debía, en alguna parte, hallar la calma...*

Había mariquitas, con esos puntos tan bonitos en la espalda, y había olores de los distintos miembros de la familia que había que percibir y distinguir, había sol y había luna, y había sueño y sueños, de los que Daria no solía acordarse al despertar, había perros y gatos vagabundos y había lagartijas de divertidos dibujos, había miles de plantas distintas y había lo insondable de los diferentes matices de la luz y de la tierra, de la condición del agua, de la elección de blusas de su madre, y estaba Goya, que acababa de hacerse una nueva casa.

Sí, había mucho que olfatear y que tocar, mucho que oler y degustar, y tenía que aprenderlo: por ejemplo, a andar a gatas, o la palabra *deda*. Y luego estaba el divertido cosquilleo del bigote de su abuelo, que la tomaba en sus brazos con una entrega extraordinaria. El maravilloso paisaje a su alrededor, el relinchar de los caballos de la yeguada y la lejanía del resto del mundo la protegían de toda preocupación.

Lo único que podía oscurecer el perfecto horizonte de Daria era la tristeza de su madre y su desinterés por ella. Porque Elene no había alcanzado la curación que esperaba de su hija. Los llantos nocturnos, la observancia de las horas de lactancia, las oscilaciones hormonales de la fase posnatal eran demasiado agotadores, demasiado grande la melancolía, demasiado agobiante la presión de *tener* que entregarse por entero a la felicidad maternal. Y así, después de los tres primeros meses de sufrimiento, Elene fue alejándose cada vez más de su responsabilidad, dejó cada vez más a su hija en manos de su madre y de su abuela, que no parecían tener problemas con el bebe, y, muy al contrario, hacían con mucha facilidad y sin gran esfuerzo todas las tareas y las encontraban emocionantes y encantadoras.

Al principio, Elene se sentía tan entusiasmada como el resto de la familia con la Casa Verde. Pero no tardó mucho en comprobar que allí, alejada de todo, estaba demasiado sola. Que ni su hija ni sus padres podían llenar su vacío interior. Tenía demasiado tiempo para pensar. Demasiado tiempo para pensar de más. Se imaginaba cómo habría sido que Vasili se hubiera quedado con ella, que ella no le hubiera ayudado a abandonarla. O que ahora tuviera una plaza en la universidad y viviera en Tiflis, en una residencia con chicos

de su edad, donde hubiera encontrado nuevos amigos, compañeros que compartiesen sus ideas y sus batallas. ¡Pero se sentía tan continuamente culpable, sucia, desorientada y llena de furia! ¡Era tan agotador tener que ser Elene, Elene Dzhashi, tener que llevar consigo esa herencia, tener que hacer siempre algo especial!

Vagaba de un lado para otro, dormía mal, estaba de mal humor, se aburría. Le costaba trabajo concentrarse más de una hora en algo, nada parecía capaz de despertar su interés, su curiosidad. En ocasiones se sentía vieja, pesada, y tan sola que se preguntaba si alguna vez podría volver a vivir conforme a su edad. No sabía qué hacer con su vida. Por las noches se escurría fuera de su cuarto, deambulaba por el jardín, fumaba a escondidas uno de los cigarrillos de Stasia, se mordía las uñas, escudriñaba la noche con sus ojos carentes de descanso y buscaba un camino para ser alguien distinto, cualquiera menos ella: ¿en qué punto se había fallado a sí misma, dónde había tomado la bifurcación equivocada? ¿Cuándo se había apartado de su camino, y cuál era ese camino propio?

Sus solitarios paseos la llevaban cada vez más lejos de la Casa Verde, lejos de Stasia y de la niña, lejos de su padre y de su madre, a los que el chófer de Kostia recogía por la mañana y devolvía a su casa por las tardes.

Cuando pensaba en sus compañeras de clase de Moscú y Tiflis, en sus viejas amigas, sentía rabia contra Daria. Ellas no tenían los pechos hinchados y dolorosos, ni estrías, no tenían que levantarse tres veces cada noche y podían salir, beber, festejar, estudiar, viajar, enamorarse y desenamorarse y vivir como su edad y sus deseos les indicaban.

Sus recorridos se hicieron cada vez más largos. Conoció los pueblos y colonias vecinas. Visitó la yeguada. Miraba pastar a los flexibles animales de pura raza. Observaba a los árabes, los javajeti y los kabardin. Se imaginaba cómo sería montar en uno de ellos y cabalgar hacia lo desconocido.

En uno de esos paseos encontró a Mijaíl. Creo que fue su nombre el que marcó la diferencia. Si se hubiera llamado David, Seraphim o Guiorgui, quizá no habría manifestado tanta ambición y tanta disponibilidad al sacrificio. Era un hombre de mediana edad, con barba y extraña vestimenta. Llevaba al pecho una sencilla cruz de madera. Trabajaba en la yeguada durante el verano.

Una vez superada su inicial desconfianza, ella se volvió más habladora, aquel hombre enorme parecía amable, abierto e interesado en sus

preocupaciones. Además, su forma de hablar evocaba la gran ciudad: venía de Tiflis.

Sus paseos se convirtieron en la principal ocupación de Elene. Hacia las tres, Mijaíl hacía una pausa y ella ya le esperaba delante del establo. Llevaba consigo una pequeña cesta de pícnic, en la que había exquisiteces preparadas por Stasia envueltas en papel de aluminio, un poco de fruta y verdura, y, cuando se ofrecía la ocasión, birlaba una botella de vino de las reservas de Kostia. Le gustaba su tranquilidad, su autocontrol y, sobre todo, la sensación de que no parecía interesarle ni lo más mínimo como mujer. Al principio eso casi le había ofendido, había atribuido su falta de interés a la pérdida de atractivo que había sufrido desde el nacimiento de Daria, pero pronto le pareció algo liberador. Era mejor y más fácil así, tenía que admitirlo.

Él no hacía preguntas estúpidas, no le sorprendía ni lo más mínimo que no hubiera mencionado ni una vez al padre de su hija, no le interesaba saber por qué una mujer tan joven vivía en esa soledad y no tenía ninguna ocupación, como correspondía a los valores socialistas, según los cuales en la Unión Soviética no había nadie que no tuviera trabajo. En una ocasión le preguntó si creía en Dios. Por alguna razón, a Elene no le sorprendió la pregunta, era como si hubiera estado esperándola. No lo sabía, respondió, le gustaría. Hacía dos años incluso había ingresado en un convento. Pero no había llegado muy lejos. Entonces, Mijaíl empezó a procurarle escritos cristianos a Elene. Más tarde le contó que había crecido con parientes y en orfanatos, porque sus padres habían sido víctimas de la represión. Que su hermana se había quitado la vida al saber que su propio marido la espiaba. Que a los diecinueve años había ido a parar al penal de Navtluchi, y después siete años al de Rostov. Había ido por el mal camino, como él lo expresaba. En la cárcel había encontrado a Dios, y ahora propagaba su propia religión: una abigarrada mezcla de ideas greco-ortodoxas y de *Confesión y Cuál es mi fe*, de Tolstói.

Después de Rostov había empezado a vagar por el país, le habían detenido varias veces por negarse a trabajar. Despreciaba toda clase de propiedad y vivía de trabajos ocasionales en verano en el campo, porque en Tiflis alguien como él pronto llamaba mucho la atención, y tampoco iba a encontrar adeptos para sus ideas. De hecho, durante sus años errantes se asentó su fama como curandero milagroso (el suelo del Cáucaso siempre ha sido especialmente fértil para eso), y en los alrededores de los koljoses y las plantaciones de té siempre había tenido suficientes oyentes para sus doctrinas

de confección doméstica. No pasó mucho tiempo antes de que Elene se convirtiera en una de sus adeptos.

Predicaba una vida sin propiedades, un sistema sin Estado, citaba la Biblia y a Tolstói y la abastecía constantemente de libros *correctos*.

Todo lo que decía sonaba tan sencillo y tan inteligente. Como si solo hubiera que seguir sus mandatos para que la vida no fuera más que una interminable orgía de alegría. Pero parecía imposible trasladar sus mandatos a la práctica. Por más que Elene se esforzaba en perdonar a sus padres, en no irritarse con Daria, en no acalorarse con los nerviosos miembros de su familia, en mostrarse amable e indulgente, siempre topaba con sus propios límites, corría a ver a Mijaíl y le confesaba sus «pecados», y se enervaba hablando de la forzada armonía cotidiana en la Casa Verde:

—¡No puedo soportarlo más! Y cuando me siento en la terraza por las tardes oigo que mi padre le dice a mi madre: Por qué anda dando vueltas por ahí, por qué no hace nada con su vida, no se cuida lo más mínimo, no se interesa por nada, esto no es normal, y esa estúpida música, todo el tiempo esa música, esto no es sano, qué ha hecho con su pelo, por qué no trata con gente de su edad, por qué no va con nosotros a Tiflis, qué se le ha perdido en el pueblo, adónde va. Etcétera. Y mi madre intenta tranquilizarlo, le miente, pero está igual de decepcionada conmigo. Bueno, claro que para ella sería estupendo que fuera una de sus estudiantes, entonces podría presumir, podría decir: Mirad, esta es mi hija, es cierto que un desertor la dejó plantada pero se ha recuperado, ha recobrado sus fuerzas, y ahora estudia y pronto encontrará a un georgiano fuerte que no la abandonará y cuidará de ella como es debido. Será una buena esposa para él y una chica sociable que pase bailando por la vida, que disfrute de hermosas vacaciones de verano en Borjomi y vaya a esquiar en invierno a Bakuriani... De verdad, me dan ganas de vomitar. ¿Qué debo hacer, Mijaíl? Por las noches, cuando todos duermen y no hay que dar de comer a Daria, me escapo al desván. Es el único sitio de la casa en el que estoy tranquila, en el que nadie me encuentra. No está terminado —¡y nunca iba a estarlo, Brilka!—. Y allí hay un balcón sin barandilla. Me siento, leo, fumo, pienso, y no llego a ninguna conclusión. A ninguna solución. ¿No es espantoso?

Pero no se atrevía a expresar en voz alta lo que más le hubiera gustado confesar a Mijaíl. Cuánto habría querido revelarle aquella tarde espantosa, desde la que todos sus actos, recuerdos y pensamientos terminaban en esa

sensación imprecisa de error, de fracaso y desesperación. Le habría gustado tanto contarle los crujidos de aquella cama, hablarle de la expresión confusa y asustada del rostro de Misha y de aquel profundo y gran terror, de aquella furia destructora que había sentido entonces, que la había desbordado y le había insuflado tanto temor, y que a veces hoy aún sentía. De que, a pesar del arrepentimiento, al mismo tiempo le había procurado cierta satisfacción, algo profundamente grato, porque había conseguido expulsarlo y recuperar su sitio, el trono largamente anhelado, solo que ese trono había resultado no ser tan cómodo y deseable como ella se había imaginado.

Habría deseado preguntar a Mijaíl qué era esa bola de sentimientos que el tiempo no había podido disolver, que seguía vagando por sus venas, por sus vasos sanguíneos. Le habría gustado tanto saber si más allá de su furia de entonces, de sus celos de Misha, había habido otra cosa, algo tan punzante y tan profundo, algo que había podido liberar en ella semejante furia, una sensación que dejaba todo lo demás al margen. Por qué hasta la fecha la enfurecía pensar que él no se había defendido, que él no la había frenado.

Tu madre, Brilka, aprendió a gatear y después a correr. John Lennon publicó «Imagine», Stasia renunció por completo a sus viajes a la ciudad y a su intento de superar la distancia y el desprecio entre ella y su hermana; Kitty Dzhashi publicó el que hasta entonces sería su mejor álbum y el más popular, con el título *Replacement*. La cubierta del álbum mostraba la foto de Praga, que ya se había vuelto famosa; Elene, aburrída del Nuevo Testamento, leía *Madame Bovary*, *Por el camino de Swann*, *Rojo y negro*, *Alberto Savarus* y *El amante de Lady Chatterley* (este último, por supuesto, a escondidas), y algún periodista occidental hizo una estadística según la cual un ciudadano soviético medio pasaba quinientas cincuenta y dos horas al año haciendo cola para conseguir comida. Además, afirmaba que un tercio de los productos fabricados en la Unión Soviética solamente existían sobre el papel.

La abstinencia duró exactamente treinta y cuatro días. Kitty solo salía de casa para comprar lo más necesario. Después de la fiebre y las alucinaciones, de los ataques de agresividad, los violentos insultos, las lamentables imploraciones y gimoteos, vinieron dos episodios de inconsciencia en los que

Kitty tuvo que llamar a una ambulancia y un ataque de histeria en el que Kitty tuvo que atar a la cama el cuerpo consumido y adelgazado de Fred; después de muchas, muchas noches sin sueño, y sobre todo cinco nuevas canciones compuestas por Kitty, Fred Lieblich se levantó de la cama a las tres de la mañana, se duchó, se puso una camisa limpia, fue al despacho de Kitty y miró sonriente a su amiga, como si no hubiera pasado nada.

Cuando vio a Fred delante de ella, oliendo a fresco y con el pelo mojado, sin el brillo febril de los últimos días en sus ojos de gata, Kitty dejó resbalar la guitarra al suelo, se cubrió la boca con las manos y empezó a llorar sin ruido. Fred estaba de pie y le sonreía, ninguna de las dos se atrevía a ir hacia la otra, como si hubiera un muro invisible entre ellas. Era imposible pasar sin transición del papel de enfermera y de paciente al de amantes.

—Sigue tocando. No pares.

Fred se sentó a los pies de Kitty, que cogió la guitarra, tocó, empezó a acompañar los acordes con la voz.

Al amanecer, mientras Fred paseaba el dedo índice por los muslos de Kitty, esta le hizo una propuesta:

—Quiero ir contigo a Viena. Quiero que vuelvas allí, quiero que nos construyamos una casa. Antes quise ir con otra persona. Nunca llegamos a hacerlo, y él jamás lo conseguirá. Pero nosotras podríamos lograrlo. Y a mí me gustaría mucho. También me gustaría regresar, pero no puedo. Tú puedes, y debes intentarlo. Todo esto de aquí, toda esta gente, no te sienta bien. No te ven, no te conocen, no te entienden. Vamos a intentarlo.

*Si el ser humano causa tanto dolor, ¿qué derecho tiene a
quejarse cuando sufre?*

ROMAIN ROLLAND

Christine, envuelta en un abrigo de lana color espinaca, el rostro velado de tul negro, caminaba por la avenida Rustaveli. Había bajado del tranvía delante de la ópera, y avanzaba con paso seguro hacia el norte.

La gente iba y venía por el bulevar. Christine reflexionaba acerca de lo

sorprendente que era no saber nada de las historias de la mayoría de esas personas. Si alguna vez habían denunciado a otras para conseguir una casa más grande, si sus abuelos o abuelas habían encontrado la muerte en uno de los muchos campos de trabajo de la fría y blanca lejanía o en las embarradas cunetas al borde de la ciudad, si habían estafado, engañado y creído en monstruos, si se habían enamorado de la persona equivocada, si habían dejado a alguien en la estacada o iban a hacerlo.

Se detuvo delante del edificio de ladrillo ocre y miró a los estudiantes que salían apelotonados. Observó a esos jóvenes ruidosos que reían, se daban empujones o discutían algo con agitación. Pero buscaba a un estudiante determinado que, como de costumbre, se tomó su tiempo.

Se sentó en un banco, en diagonal a la salida, sacó su labor de ganchillo y empezó a tejer. Podía tardar un rato hasta que apareciera el que esperaba. Se le pasaban muchas cosas por la cabeza. ¿Cuánto tiempo podría conservar su casa? ¿Haría Kostia, ofendido por su abandono, que la convirtieran en un edificio de apartamentos? Al fin y al cabo, vivía sola en aquella mansión impresionante. Quizá hoy lo lograría. Quizá haría acopio de todo su valor y le hablaría, quizá hoy él la vería, la observaría. Pero quizá, como tantas veces antes, tuviera que esperar a que él saliera solo, con la cabeza baja, con una cartera raída debajo del brazo, y pasara delante de ella sin intuir siquiera su presencia. Eso era lo más probable.

Esperó, oyendo el pulso de aquella ciudad en la que había pasado casi toda su vida, toda su frágil vida. Allí la había llevado Ramas —en ese momento, una sonrisa apenas perceptible le iluminó el rostro— y le había hablado durante horas de Cézanne y Renoir. La había llevado al parque de Mushtaidi para ver con ella, en el primer cine al aire libre de la ciudad, el pase de *El maquinista de La General*, de Buster Keaton. ¿Su belleza la había destruido el ácido o más bien la bala que él se había metido en la cabeza en el bosque de Kojori? Un trozo de cielo se había desplomado hacía ya mucho, le parecía mucho tiempo, una gruesa capa de nubes se había desprendido, y llovían fragmentos de sueños. Quizá Stasia tenía razón, y los fantasmas saldrían algún día de sus escondrijos. El pasado erróneo había dejado atrás a sus zombis, que aún no habían dicho su última palabra. No podían quejarse más que a los vivos.

Un copo de nieve cayó sobre su abrigo. Unas cuantas estudiantes empezaron a chillar y tendieron las palmas de las manos hacia los primeros

copos. ¿Por qué él nunca reía con esas chicas, por qué no salía corriendo como ellas del edificio? Del edificio del Instituto Público de Teatro y Cinematografía, en el que Misha había aprobado el examen de ingreso el año anterior. Siempre estaba solo, tan pensativo, tan malhumorado.

Lo vio bajar las escaleras. Pasar por delante del viejo celador, ensimismado en su lectura del *Pravda*, pasar por delante de la cafetería y de las hordas de chicos y chicas que no se fijaban en él. Ella se levantó, él pasó por delante de ella sin verla, sin mirar a su alrededor, sin levantar la vista del suelo, como si en él estuviera trazado un camino secreto que seguía impertérrito. Ella retrocedió un paso. ¿Debía volver a sentarse, o seguirle? Y entonces, ¿qué? ¿Qué le diría? No había respondido a ninguna de sus cartas, ninguna en año y medio, hasta que ella había dejado de escribirle. Guardó a toda prisa la labor de ganchillo en el bolso y dio otro paso. Él bajó la calle en dirección a la plaza Lenin. Un paso más, otro. Fue tras él, manteniendo unos metros de distancia. Pero, a la altura de la Galería Nacional, no pudo soportarlo más y gritó su nombre. Misha, sorprendido de que alguien le llamara, de que alguien siquiera le conociese, se volvió sobresaltado.

—¿Puedo invitarte a un café? ¿O a un té? Ni siquiera sé si te gusta el café.

Ensayó una sonrisa. Él parecía serio, demasiado serio para su edad, un poco desvalido, pero terriblemente conmovedor en su intento de disimular ese desvalimiento.

—No lo sé.

—¿No tienes tiempo? ¿Tienes que ir a algún sitio?

—No me gustan los cafés.

—Como quieras. ¿Tal vez un pequeño paseo? ¿O algo de comer? Podría tomar algo, ya oigo cómo me ruge el estómago. Dicen que en el barrio de los baños han abierto un nuevo restaurante.

—No sé.

—¿Eso es que sí?

Caminaron lentamente por el bulevar. Con paso titubeante, hasta que Christine se colgó de él y adaptó el paso al suyo. Primero pensó que él iba a retirar el brazo, pero lo dejó, y siguió caminando más deprisa.

—Mi madre murió hace tres meses —dijo de pronto, bajando la voz, y apretó más el brazo de Christine contra su cuerpo. Ella no supo qué decir, por primera vez se daba cuenta de que no sabía gran cosa de su madre. Siempre se había negado a acompañar a Andro cuando venía a recoger a Misha—.

Tenía un defecto en el corazón. Deberían haberla jubilado. No podía hacer un trabajo tan duro.

—Oh, Dios, lo siento tanto, Misha...

Durante un rato, siguieron su camino en silencio. Poco a poco, él empezó a responder a sus preguntas. Le contó que sus estudios le gustaban mucho, que había tenido mucha suerte porque el jefe de grupo había apostado por él, de lo contrario habría tenido pocas posibilidades, era un colegio de renombre, para hijos de renombre de familias de renombre, pero es que él tenía suerte. Christine no le interrumpió, y tampoco le explicó que esa «suerte» se basaba en mucho trabajo de convicción por su parte y unos cuantos rublos extra que había destinado al presidente del tribunal de exámenes. Vivía en la residencia que había arriba, en el barrio de Bagebi, le dijo. No hacía gran cosa con sus compañeros. Uno era el hijo de un famoso actor de los estudios Mosfilm, otro era sobrino de un cirujano conocido en la ciudad, esa chica era la novia del hijo de tal y cual, etcétera, etcétera.

No veía a menudo a su padre, a veces llamaba a la oficina de Correos del pueblo o a los vecinos y hablaba por teléfono con él, pero desde la muerte de su madre no se encontraba bien.

Entraron a uno de los locales de cocina georgiana de la orilla. Parecía tan hambriento, claro que tenía hambre, ella se había dado cuenta nada más verlo. A pesar de sus ruidosas protestas, fue ella quien pidió, feliz por la posibilidad de mantenerlo cerca de ella durante la comida, al menos una hora. Primero trajeron el pan recién hecho y la salsa de ciruelas, la salsa de tomate, la salsa de granadas. Luego vino la sopa de judías como entrante, con pan de maíz caliente y mucho cilantro, como a él le gustaba. Luego hizo que el camarero les sirviera pastel de espinaca y berenjena con doble ración de ajo. Él se lanzó ansioso sobre la comida. Le brillaron los ojos cuando, más tarde, sirvieron salsa *baje*. Mojó el pan en las distintas salsas mientras le lanzaba miradas de gratitud.

—Perdóname, Misha.

Ella le miró de frente. Le cogió la mano. Seguía siendo alguien tan familiar y necesitado de protección. Él miró a su alrededor, como si le resultara visiblemente incómodo que le tocara de ese modo. Pero ella no le soltó, incluso acercó un poco más su silla, él olió su inconfundible aroma, y algo que nunca habría podido formular en palabras. Giró su rostro hacia el de ella.

—¿Qué es exactamente lo que tengo que perdonarte?

—Te he dejado solo.

Se puso tenso. Sumergió la mirada en su plato. Dos mujeres los miraron desde la mesa vecina, algo intrigadas.

—Acudo al instituto desde septiembre con la esperanza de poder hablar contigo. Me he decidido por ti. Te acogí en mi casa, me juré responder por ti, y es imperdonable que no fuera capaz de demostrarlo. Te dejé solo. Dame una posibilidad de repararlo.

De pronto, él se inclinó hacia ella y estampó sus labios sobre los suyos. Ella apartó el rostro de golpe: sabían a estragón y a infancia rota.

—No me refería a eso, Misha —balbuceó.

—Pero yo sí.

—Sé que tú me ves de otra manera, pero soy vieja, soy realmente vieja, Misha. Demasiado vieja.

—Eres tan hermosa.

—Puedes vivir conmigo, mudarte a mi casa, la casa está vacía, estaré contigo y cuidaré de ti.

—¿Me harías un favor?

—No tienes más que pedirlo.

—Enséñame tu rostro. Enséñame todo tu rostro. Por favor.

Ella pidió la cuenta.

La vieja casa en el barrio de Vera, en cuyo jardín los muertos gustaban de jugar al solitario, saludó a los retornados con una familiaridad que llenó a ambos por igual de sentimentalismo, y los hizo por tanto más propicios a la reconciliación. Christine preparó café, se sentaron en la cocina con la luz apagada, hasta que la oscuridad tomó posesión de toda la casa.

Luego, ella empezó a quitarse las horquillas del pelo, las que sujetaban su escudo protector, se soltó el pelo largo y teñido, alineó las horquillas en la mesa como un delgado ejército, se quitó el velo, lo dejó con cuidado sobre la mesa y volvió, en la penumbra, el rostro hacia él. Se negó a encender la luz.

Esa noche —así me lo imagino siempre, Brilka—, la edad se apartó de su cuerpo, se la quitó de la piel como si de espuma de baño se tratase, con la misma facilidad y con un solo gesto de la mano. Quizá fue la última noche que el tiempo le dio para poder recuperar su indiscutido trono de reina de la belleza. Antes de que la edad comenzara definitivamente a reclamar su

precio, que el tiempo fija todavía más alto para las más bellas. Él tanteó su rostro, cauteloso, lleno de miedo a que pudiera ser de cristal y, en cualquier momento, hacerse pedazos entre sus dedos.

Subieron de la mano la vieja y crujiente escalera de madera, y fueron por el estrecho pasillo hasta el dormitorio de Christine, que antaño a Misha le parecía la puerta hacia su única verdadera casa. Ella se tumbó, dejando libre para él el lado izquierdo de la cama, como entonces, cuando era un niño que subía a su cuarto cuando había tormenta y se acostaba a su lado. El niño al que siempre había querido proteger, y al que había fallado. Se tumbó junto a ella, sus ojos intentaron distinguir sus rasgos a pesar de la oscuridad. Ella le acarició la cabeza, le prestó sus ojos, sus imágenes del pasado, para que pudiera verla como había sido alguna vez, cuando tenía diecinueve años y su belleza y dicha eran ultraterrenas... Sí, había sido feliz, había podido arrancar tanta felicidad a la vida, y sin embargo, cuánto quería que él comprendiera que en la vida hay que luchar por cualquier felicidad, con todas las fuerzas, por todos los medios. Lo sostuvo en sus brazos y sintió que los años se desprendían de ella, que rejuvenecía junto a él. Lo tocó en la oscuridad. Él se quedó quieto tumbado a su lado, y ella al suyo, como dos buenos chicos, jóvenes y protegidos, rodeados de un envoltorio intemporal, de un mundo ilimitado en el que todo parecía posible. Tan solo la mano de él no se cansaba de recorrer su piel. Ella sonrió en la oscuridad, y esperó ser capaz de quitarle el miedo a Misha. De que lograra escapar de las garras del día en el que lo habían traicionado. Le habló en voz baja. La noche era turbia y áspera; el cielo, como si alguien hubiera vertido leche sobre las nubes.

Los vencedores pueden y tienen que ser condenados.

EL GENERALÍSIMO

Christine se quitó la mano del rostro, se incorporó apresurada y escuchó.

—Creo que he oído algo.

—¿Qué pasa? —preguntó él adormilado, mirándola con ojos agrandados por la sorpresa.

—Creo que hay alguien en la casa.

—¿Quién iba a estar aquí a estas horas? ¿Quién más tiene la llave de tu casa?

—No lo sé. Quizá... Él no me la devolvió. Aunque no ha aparecido por aquí ni una vez desde la mudanza.

—¿Quién?

—Kostia.

Y, cuando pronunció su nombre, oía ya los pasos en el corredor. Se levantó y corrió hacia la puerta, echándose una rebeca por los hombros. Hizo una señal a Misha de que se quedara en la cama. Se asomó, salió al pasillo, cerró con cuidado la puerta a sus espaldas... y lo vio subir corriendo la escalera. Iba tanteando las paredes, al parecer no había encontrado el interruptor de la luz. Había ocurrido algo. Parecía agitado. Cuando se acercó más a él, olió el alcohol en su aliento.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, severa, tratando de mantener las riendas.

—¿Cómo pudiste? —gritó él a pleno pulmón.

Tenía los ojos hinchados, las mejillas rojas, la frente perlada de sudor—. ¿Cómo puedes cubrir a ese monstruo? —retrocedió, bajó un par de peldaños cuando Christine avanzó hacia él. Tenía que llevarlo abajo, a la cocina, lejos del dormitorio.

—Kostia, no entiendo lo que dices —murmuró ella, aunque había entendido hacía mucho que, al parecer, el castillo de naipes se había venido abajo.

—Ese bastardo, ese bastardo... ¿Qué le habéis hecho a mi niña? Sois unos monstruos, unas sucias..., todas vosotras... —saltaba a la vista que estaba borracho.

Christine consiguió llevarlo hasta la cocina. Se tambaleaba, y se dejó caer en un taburete.

—Sois unas mentirosas, unas hipócritas, unas putas, ¡sí, no sois más que unas putas baratas!

De pronto, se cubrió el rostro con las manos y empezó a sollozar. Christine se quedó petrificada, con el corazón encogido, sin saber qué decir. En segundos, él volvía a ser su Kostia, su niño pequeño, su preferido. ¿Cuándo lo había visto llorar por última vez? ¿Lo había visto llorar alguna vez? Ni siquiera por Kitty, ni siquiera por Mariam... No, entonces no había llorado. ¿Qué había ocurrido exactamente? ¿Qué sabía, y quién se lo había dicho?

—Os confié a mi niña, mi única hija. No la reconozco, es como si le hubieran bombardeado el alma. Y yo lo he dado todo, he intentado... ¿Qué clase de mujeres sois? ¿Qué clase de personas permiten algo así? Escoria, nada más. Mi madre loca y mi mujer sin principios, que creen que se han comido la sabiduría a cucharadas, pero ¿tú? ¿Tú, Christine? ¿Cómo pudiste encubrirle? —ahora lloraba como un niño pequeño—. ¡Os confié a mi única hija, y ahora esto!

—¿Qué te ha contado Elene? ¡Dímelo, Kostia!

—Está apagada, encogida, sin energías, lenta. No la reconozco, y eso que pensaba que esta mudanza, cuando volviera... ¡Pero no, no sabía la sorpresa que me esperaba, todo por culpa de ese bastardo, de ese parásito! Toda desgracia viene de su familia. Hemos pagado un precio inhumano por esos malditos Eristavi, pero no, nada es suficiente para la loca de mi madre, sigue pensando que les debemos algo. Pero te lo juro, Christine: lo encontraré y lo mataré, y pondré fin a esta espantosa pesadilla de una vez por todas. ¡Te lo juro!

—Él no lo hizo. No como quizás te haya contado Elene. Se trató de un terrible malentendido, Kostia. Tienes que escucharme...

—¿Un malentendido? ¿Un malentendido? ¿Ahora tú también? ¡Violó a mi niña!

—Fue ella la que hizo que ocurriera. Estaba celosa, se sentía desplazada. Estaba rabiosa contra nosotras. Creía que lo preferíamos a él. No sabía lo que hacía. Lo sedujo...

Por la tarde, Kostia había regresado a la Casa Verde en torno a las siete, como era habitual. Como de costumbre, se habían dispuesto a cenar, pero Elene no apareció a la hora acordada, aún no había vuelto de su paseo diario hasta la yeguada. Kostia se inquietó y, por frustración o por preocupación, comenzó a beber después de la cena, que todos habían tomado en silencio, perdidos en sus pensamientos. Como a las once Elene todavía no había regresado, Kostia fue con su coche a los pueblos vecinos, a la yeguada, llamó a las puertas de los lugareños, pero nadie sabía dónde estaba su hija. Daria, contagiada por la agitación general, empezó a llorar a voz en grito y a llamar a mamá. Algo que hacía en rarísimas ocasiones. Las lágrimas de Daria incrementaron la furia de Kostia y, cuando Elene llegó a la Casa Verde

bastante contenta, pasada la medianoche, la explosión ya estaba programada.

Elene dijo que había salido con unos amigos y no se había fijado en qué hora era. Además, como adulta tenía derecho a entrar y salir cuando quisiera. Vivía allí apartada del mundo exterior, era para volverse loca, tenía que alegrarse de haber podido encontrar un motivo de diversión en medio de aquel páramo.

—¡Ni siquiera tu hija te interesa! ¡No he educado a la mía para convertirse en una mujer así! —rugió Kostia, y pudo oírsele en toda la casa.

—¡Oh, sí, precisamente me habéis educado para ser la que soy! —respondió Elene llena de desprecio.

Desbordado por tanta desfachatez, a Kostia no se le ocurrió mejor respuesta para tal desmesura que dar a su hija el primer bofetón de su vida. Elene retrocedió tambaleándose, con sangre en la nariz. Nana gritó y corrió hacia su hija, que la rechazó de un empujón.

—¡Esto no va a seguir así! —Kostia se sentó gimiendo a la mesa, para vaciar de un trago el siguiente vaso de vino tinto—. Y ahora no os hagáis las santurronas, vosotras la habéis echado a perder, vosotras le habéis quitado toda clase de disciplina, la habéis malcriado, le habéis arrebatado toda autonomía...

—Y ahora vienes aquí y quieres darnos órdenes. Puede que en tu flota seas alguien, pero aquí eres uno más.

Ahora era Stasia la que rugía.

—Vosotras le habéis insuflado esa falta de horizonte. ¡Vosotras sois sus modelos! Tiene que empezar de una vez a hacer algo con su vida, tiene que...

—Si te hubieran violado, me gustaría ver cómo te...

La frase de Stasia fue como una bofetada en su propia cara, e hizo enmudecer la disputa en el acto. Stasia cerró los ojos, con la esperanza de que su hijo no la hubiera escuchado, pero, naturalmente, era demasiado tarde.

Kostia se levantó de la mesa, y se dirigió con andar pesado hacia su madre. Ella intentó evitarlo, lo apartó con la mano, quiso salir de la habitación, pero Kostia ya estaba delante de ella, una cabeza más alto que su madre, y la miraba, inquisitivo.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó con calma, con alerta militar.

—Olvídalo, Kostia, no debería haber dicho eso —Stasia bajó la cabeza y esperó que Kostia la dejara en paz.

—¡Nana! ¡Elene! Haced el favor de venir aquí —gritó él, cortando el paso

a su madre.

Nana entró en el cuarto con pasos apresurados.

—¿Qué significa esto? Vas a despertar a la niña con tus gritos. Estáis chillando como si estuviéramos en... —siseó. Aún iba a decir algo más, pero se detuvo. La expresión en el rostro de Stasia no presagiaba nada bueno.

—¿Quién? —siseó Kostia entre dientes.

—¿Quién qué?

Nana miró confusa a su alrededor, esperando alguna explicación de Stasia.

—¡Elene! —rugió de nuevo Kostia, y su voz produjo un eco temeroso. Por fin, ella apareció en el marco de la puerta. Tenía los ojos enrojecidos, y sujetaba un pañuelo con cubitos de hielo debajo de la nariz.

—¿Qué quieres ahora?

—¿Quién te lo hizo? ¿Quién?

Por el rostro de Elene se extendió un gesto de puro pánico. Supo enseguida qué le estaba preguntando su padre.

—¿Qué le habéis dicho?

Buscaba una respuesta en las otras, sus ojos se llenaron de un miedo negro y pegajoso.

—¡Dilo de una vez! ¡Dilo!

Kostia miraba en torno suyo, incrédulo, furioso y buscando ayuda a un tiempo. Stasia bajó la cabeza, Nana carraspeó, el silencio se hizo espeso, se hizo insostenible.

Elene sabía que tenía la opción de no traicionarlo, de protegerlo, de borrar para siempre su mentira de la faz de la Tierra, pero no lo hizo. Se lo diría. Sí, pronunciaría su nombre porque, en cuanto cerraba los ojos, veía los suyos. Sus ojos sobre ella. Y, cuanto más tiempo había pasado, cuanto más aprendía a vivir con su odio hacia sí misma, cuantos más reproches se hacía, más claro veía que él la había *sacrificado*. Era culpable de que aquella tarde hubiera terminado con un hilo de sangre sobre sus muslos.

No sabía a quién la había sacrificado o por qué, no, eso aún no había podido entenderlo. Si era la injusticia la que tenía inevitablemente que personificarse en sus ojos, o si se había aprovechado de aquella situación. Él la había aceptado, la había asumido, la había soportado y no se había resistido, no porque no pudiera, sino porque esperaba algo mejor de ella. Algo que ahora lo situaba en condiciones de pagar por todo lo que iba a venir.

Sí, Elene quería saber la verdad. Cuánto lo quería. Pero, cada vez que creía haberla distinguido, resultaba ser una mentira. Cada vez que creía haber encontrado una respuesta a su *porqué*, resultaba ser una pregunta nueva.

—Misha.

Y, en el mismo instante en el que pronunció aquel terrible nombre, aquella maldición, le acometió un miedo aterrador. Había destruido algo. Acababa de aplastar su esperanza con sus propias manos. Ahora estaba definitivamente perdida, y... era agradable, era liberador.

No responder a más expectativas. No merecer amor. No tener la ilusión de salvarse. Ahora sucumbiría junto con él. Con él. Sí. Si él no quería sus ofrendas, tendría que aceptar la desgracia de ambos. Sí. Amén. Aleluya.

Durante una fracción de segundo, tuvo quizá la oportunidad de abrazar a su padre y poder aclarárselo todo, retenerlo, derramar lágrimas ante él, explicarse y librarse por fin de esa espantosa carga. Pero ese momento pasó sin que lo aprovechara. ¿Qué palabras habrían bastado para contarle su vida

entera, la suma de todo lo esencial de ella hasta esa tarde? ¿Y qué palabras habrían bastado para cruzar las mentiras de Misha con las suyas y llegar hasta una verdad común?

—Estás confundido, voy a hacerte un té caliente. Mañana seguiremos hablando. Primero tienes que tranquilizarte y dormir. Te prepararé la cama.

Christine, que pensaba de manera febril en cómo meter a Kostia en la cama y sacar a Misha de la casa, encendió una cerilla para prender el horno de gas.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la voz titubeante de Misha. Le llamaba, en la creencia o en la esperanza de que Kostia se hubiera ido.

—¿Quién demonios...?

Kostia se había puesto en pie al instante, y escuchaba. Miró incrédulo a su tía. Misha volvió a gritar su nombre. Antes de que ella pudiera responder, Kostia salía corriendo de la cocina. Corrió detrás de él, pero para entonces él ya había atrapado a Misha, adormilado al pie de la escalera, y lo había derribado a puñetazos. Primero le asestó un puñetazo en la boca del estómago y, cuando él cayó al suelo gimiendo y retorciéndose, le asestó una patada. Cuando pretendió retroceder a rastras, lo agarró por la nuca, como se levanta por la piel del morrillo a un perro que muerde, y lo puso en pie. Le golpeó en el rostro. Los labios reventaron, la sangre corrió por su mandíbula y le manchó la camiseta. Christine, que se había interpuesto, oía como desde muy lejos su propia voz gritando sin parar, como si no le perteneciera, pero Kostia la apartó de un empujón. Tuvo que agarrarse a la barandilla de la escalera para no perder el equilibrio. Misha resbaló a lo largo de la pared, quiso escapar, correr a la cocina o salir de la casa, lejos, lejos de aquel castigo al que nunca escaparía.

¿Un castigo por qué? ¿Por qué cada vez que intentaba acercarse a la esencia de aquel incidente todo se fundía en un negro impenetrable? ¿Quién había traicionado a quién, quién había herido a quién? Lo alcanzó otro golpe, esta vez en el pecho. Se desplomó. Hacía un daño brutal. La sangre le manchaba el pecho, notaba en la lengua su sabor. El dolor desdibujaba los contornos de Kostia. Quería contraatacar, poner todas sus fuerzas en el puño y aplastar el rostro de Kostia, pero no podía, Christine le miraba. A él, por

quien se había decidido. Tenía que hacer justicia a sus expectativas. A las de ella, la única, la irremplazable.

Le daba igual lo vieja que fuera, y quería que ella le necesitara tanto como él a ella. No retrocedería. Tenía que demostrarle que había tomado la decisión correcta al renunciar a su familia por él. ¡A su familia y, sobre todo, a su sobrino! ¡Ese sádico ciego de furia! Sí, tenía que verlo, ver el verdadero rostro de Kostia, porque nunca se había tratado de él y de Elene; Elene no había sido más que el pretexto, siempre había sido algo entre él y ese hombre que ahora le golpeaba sin freno.

Si ahora mataba a Kostia, Christine dudaría de él. Nunca podría amar a un asesino. Las cicatrices de su rostro no lo permitirían. Para él, haber optado por Christine significaba tener que seguir siendo víctima.

Los gritos de Christine ya solo llegaban amortiguados hasta sus oídos. ¿Quizá fuera mejor tumbarse, allí, en aquel frío suelo de madera, y no levantarse más? ¿Sería una visión desgarradora para ella? Otro golpe entre las costillas. Le faltó el aire. Abrió la boca, trató de coger oxígeno, no podía perder el conocimiento, tenía que controlarse, no podía plantar cara, no podía devolver los golpes.

Solo cuando su rostro golpeó las tablas del suelo, Kostia se apartó agotado de él, retrocedió y lo miró con gesto de repugnancia. Pero Misha ya no sentía nada, todo le daba igual. Porque sabía que había ganado. Christine se arrodilló junto a él, ahora iba a aliviar su dolor, a poner la cabeza en su regazo, a limpiar su sangre. El sol salía. La gris y fría luz de diciembre entró en el pasillo, e hizo que todo pareciera aún más desesperado de lo que era. Ella sintió la mirada de su sobrino en la nuca. Se volvió.

—¿Ya tienes lo que querías? Entonces puedes irte. Tengo que llevarlo al hospital.

La mirada de Kostia era vidriosa. Ella quería compadecerse, quería poder perdonarle, pero solo sentía un vacío en su interior; volvió de nuevo la vista hacia Misha y le sostuvo la cabeza con la mano.

—Si vuelvo a ver aquí a ese bastardo, si vuelvo a sorprenderlo cerca de ti o de Elene, me encargaré personalmente de que lo encierren por el resto de su vida —y regresó a la cocina.

Christine ayudó a Misha a tumbarse de espaldas. Tenía los ojos cerrados, pero ella sabía que estaba allí, con ella. Y eso era lo más importante.

—No te muevas. Tengo que llamar a un médico —le susurró al oído.

—¿Te quedarás conmigo?

—Sí. Estoy aquí. Me quedo aquí. Vuelvo enseguida.

Oyó correr agua en la cocina. Se levantó, dejando con cuidado en el suelo la cabeza de él, y siguió el ruido del agua. Debía llamar a una ambulancia. Kostia tenía la cara bajo el chorro del agua, en el fregadero.

—¡Ahora vas a escucharme *tú*, Kostia! Tampoco yo quiero que vuelvas a acercarte nunca a ese muchacho. ¿Has entendido? No voy a dejarle ir. No, no volveré a hacerlo. Él no ha hecho nada. Pregunta a tu hija, pregúntale hasta que te diga qué es lo que pasó. No he criado a ningún violador. Pero tú has criado a una embustera. Esa es la verdad por la que le has roto la nariz y las costillas. Y ahora, deja la llave de mi casa en la mesa y desaparece.

Fue hacia el teléfono y marcó el número de emergencias.

Kostia estaba apoyado en la pared, agotado, ofendido, rechazado. No era un ganador, tan solo un hombre viejo, triste y terriblemente solo.

—¿De qué estás hablando? Eres mi tía, eres Christine, mi Christine... — balbuceó mientras ella pedía una ambulancia—. Tienes que entrar en razón. Nunca debí dejar que te quedaras aquí sola.

Empezó a caminar hacia Christine.

—No te acerques... Quédate donde estás.

—¿O?

Él se acercó. Ella no retrocedió. Aguantó. Aguantó perderlo. Amaba a su sobrino, y ese amor siempre la había desafiado, desbordado, ese amor era de esos que siempre hay que llevar a cuestas. Pero tenía que conseguir pensar en aquel niño, el niño con un helado en la mano que ahora yacía inconsciente en el suelo, y al que debía proteger.

—No va a quedarse aquí, Christine. Nunca. No en mi casa.

—Esta sigue siendo *mi* casa, si me permites que te lo recuerde. ¡La casa de mi marido!

—Solamente has podido conservarla porque yo...

—¡Ahora vete! ¡Desaparece!

Nunca lo había despreciado tanto como en ese instante, ni siquiera cuando envió al patíbulo a su prometida, ni siquiera cuando golpeó a su hermana. Siempre había podido comprenderle, siempre, hasta ahora.

—¡No permitas que esto suceda, Christine!

Ella solo tenía que extender la mano hacia su sobrino, al que había llevado consigo todos esos años como si se tratara de un valioso amuleto, y que en

algún momento había cortado, imperceptiblemente, el cordón del que ese amuleto colgaba. Pero insistió:

—¡Vete!

Cuando la ambulancia llegó y pidió que le permitieran ir al hospital con él, le preguntaron si eran parientes.

Dijo que sí y subió al vehículo, sosteniendo la débil mano de Misha entre las suyas. Durante el camino al hospital, se preguntaba sin cesar por qué él no había intentado defenderse ni una sola vez.

*Vida, tengo tus riendas en las manos.
Desde tu infierno forjo el paraíso.*

GALAKTIONI

A la ofensiva de los bombarderos americanos en Vietnam del Norte le siguió la ofensiva con sacos de comida, con el rótulo «Donated by the people of the United States», que la Air Force dejó caer sobre el país destruido. Y Christine recibió una carta del Comisariado de Vivienda y Construcción. Se le citaba y se le comunicaba que era un abuso capitalista pretender ocupar, viviendo sola, tanto espacio habitable como el que tenía. Christine, que ya estaba preparada para la guerra inminente con Kostia y no se hacía ilusiones de poder ganarla, no hizo el menor intento de rogar al Comisariado de Vivienda que no la echara de su propia casa. Podía elegir entre ceder una parte de la vivienda a terceros o reclamar ella misma una vivienda estatal. Optó por esto último.

Por suerte, aquellos cerdos de funcionarios no se atrevieron a trasladarla a las afueras, y le ofrecieron una vivienda de dos dormitorios en Vaké. Como fiel colaboradora durante muchos años del sistema estatal de salud, tenía derecho a vivir en el centro de la ciudad.

Era una dura quiebra, una pérdida casi inconmensurable, porque había pasado casi toda su vida en esa casa, allí se había escrito su historia, allí había empezado todo. Pero, ahora que Kostia le había declarado la guerra, sentía que su miedo había desaparecido. Lo sentía como un golpe liberador, como si

aquella propiedad la hubiera mantenido apartada de algo especial durante todos esos años. Podía salir y llevarse solo lo que fuera realmente importante. Y no eran los viejos vestidos y cuadros, los muebles y todos los cachivaches acumulados a lo largo de décadas... Eran más bien las imágenes que llevaba dentro, sus recuerdos, que había almacenado en el álbum de fotos de su memoria. Eso era lo que importaba. Nadie podía quitárselos. Ninguna oficina. Ningún comisariado. Ni tampoco ningún Kostia. Se los llevaría todos a su piso de cincuenta y dos metros cuadrados. A su nueva vida. Sobre la que, en adelante, decidiría sola.

Después de que las dos costillas rotas y el labio reventado de Misha estuvieran curados, la ayudó a embalar, vendieron los cubiertos de plata y otros objetos de la casa, y la asesoró con entusiasmo en la decoración de su nueva vivienda. Aunque ninguno de los dos lo dijo, daban por supuesto que irían juntos allí. Ella mandó poner un sofá plegable para él, y le enseñó orgullosa el cuarto, escasamente amueblado, que iba a ocupar en adelante.

Cocinaba para él, le lavaba la ropa, discutían hasta entrada la noche, hablaban de todo lo que le preocupaba. Ella lo malcriaba con pequeños regalos, como por ejemplo unos vaqueros que había comprado a un comerciante ilegal de Didube por una cantidad exorbitante, y que arrancaron gritos de júbilo a Misha.

Sin embargo, había un punto en el que no se dejaba ablandar: aunque él se pegaba a ella, reclamaba toda su atención, manifestaba celos y ansias posesivas, ella no lo dejaba ir más allá. Decidía la vida cotidiana, le daba lo necesario, le ofrecía refugio y lo apartaba paso a paso de su inseguridad, lo animaba a asumir riesgos... pero ya no se dejaba arrastrar a la antigua ternura, le negaba una intimidad que él reclamaba para sí con vehemencia.

En cambio, le convencía para que buscara amigos entre sus compañeros, que entablara relaciones con gente de su edad, y, aunque le rompía el corazón comprobar lo mucho que le costaba, lo ajeno que se sentía entre sus compañeros, le obligó a encontrarse consigo mismo.

Porque, desde aquel encuentro de pesadilla con Kostia aquella mañana, le preocupaba la terrible constatación de que Misha nunca había aprendido a defenderse; y se culpaba de ello. Stasia estaba en lo cierto al reprocharle, entonces, que lo alimentaba con demasiados sueños y lo acercaba demasiado

poco a los mordiscos de la dura realidad.

Empezó a hablarle de su vida. Lo guio sin reparos por el laberinto de sus pensamientos y sentimientos, abrió las puertas de sus miedos y sus predilecciones. Quería dejarle claro que su cuerpo se había encogido, su piel estaba blanda y arrugada y su paso se había ralentizado. Que todos los recuerdos e historias que le contaba habían reclamado su precio, que no habían pasado por ella sin dejar rastro. Quería despertarlo, quería que se indignara con ella, pero cuanto más le contaba, cuantas más palabras sacaba de su memoria, cuanto más intentaba devolverlo a la realidad, tanto más se aferraba él al sueño que tenía de ella.

Solo bajo presión aceptaba las invitaciones de cumpleaños o se quedaba después de clase con sus compañeros en la cafetería o tomaba con ellos una cerveza los fines de semana en el parque Mushtaidi. Más bien para impresionarla, empezó a llevarse a casa a algunos de sus nuevos conocidos. Jóvenes delgados, de aspecto desastrado, que se mordían las uñas y tenían el pelo grasiento. Más tarde al grupo también se unió una chica con cercos oscuros en los ojos y unas gafas que le tapaban casi media cara. Se sentaban en su habitación, discutían acerca de la nueva generación de la cinematografía soviética y tomaban vino barato en tazas de té. La mayoría de las veces la chica se limitaba a escuchar, se sentaba en el sofá de manera casi exageradamente informal y comía cacahuetes o pipas de girasol. A veces se dejaba arrastrar y hacía un comentario irónico, pero al menos gracioso, y provocaba una carcajada general. Christine tenía que admitir que al principio había subestimado a la muchacha, había pensado que era más bien un adorno para aquellos chicos. Pero ocurría justo lo contrario: era elocuente, aguda, rápida e impresionantemente leída. Lana, así se llamaba la chica de piel canela y gafas indecibles, ni siquiera estudiaba cine o teatro con los chicos, sino que estaba matriculada en la Escuela Politécnica de Ingeniería. Como era una gran cinéfila, en algún momento había oído hablar de esa carrera y había hecho contactos.

—¿Por qué no te apuntas en la especialidad de dirección, Lana? Parece que tienes unos magníficos conocimientos de cine, hasta donde puedo valorar —

le preguntó un día Christine en su cocina sin ventanas, en la que Lana solo estaba esperando el té que Christine preparaba para volver a desaparecer en el cuarto de Misha.

—Mi padre era zapatero. Murió de un infarto a los cincuenta y tres años. Mi madre trabaja de secretaria en una empresa de radiadores desde hace veintitrés años. Somos armenios. No puedo permitirme esa osadía, se reirían de mí en cuanto me presentara ante esos idiotas del tribunal examinador. ¡Una pobre y fea chica armenia quiere ser directora, quiere rodar películas, oh, qué mona! La verdad es que no tengo por qué escuchar eso, Christine — contestó, con su habitual aire respondón.

—No puedes abordar así ese asunto, Lana. Tienes talento. Quizá yo no conozca el mundo del cine, pero veo cómo te miran los chicos, y eso significa algo, querida.

—Pero, Christine, ¿sabe cómo nos llaman a los armenios? ¿Eh? Y por favor, no empiece a hablarme de la antiquísima amistad que reina entre nuestras naciones, y también me gustaría ahorrarme lo de la igualdad socialista. Sí, los armenios somos muy bienvenidos en este país, tenemos un barrio y unos baños propios, incluso un teatro, pero en cuanto sentimos el deseo de ser algo distinto que zapateros, orfebres o administradores de fincas, rápidamente se ríen de nosotros. Además, llevamos más collares de oro que otros. Eso puede malinterpretarse a la primera de cambio, ¿no le parece? ¿Cómo llaman aquí a los armenios?

—Lana, creo que exageras un poco con tu clasificación racista.

—Los judíos del Cáucaso, Christine. Así nos llaman. ¿Más preguntas?

Quizá fue el orgullo herido de Lana, la estigmatización causada por su origen, lo que despertó su interés inicial por Misha. Quizá sencillamente se alegraba de haber encontrado a alguien que sabía apreciar su talento y no tenía derecho a mirarla de arriba abajo, porque él mismo, hijo de un traidor a la patria, de un pobre hombre proscrito y alcoholizado, podía considerarse afortunado de que le permitieran estudiar en una facultad tan elitista. Quizá también pensaba que, a través de Misha, ella misma tendría la oportunidad de dar forma a algo que le estaba vedado. Sin embargo, susceptible y ambiciosa como era, ese interés tuvo que haberse transformado bastante deprisa en un encarnizamiento que, si se miraba con más atención, Christine había

provocado.

Christine había descubierto las atentas miradas de Lana hacia Misha, su fingida indiferencia; siempre que decía algo, ella le animaba, y no ocultaba su esperanza de que él la llevara al cine o al teatro. Christine pensó al principio que la intrepidez de Lana su talento para salir adelante por sí misma harían bien a Misha. Pero luego se dio cuenta de lo manipulable que Misha era, y de lo bien que Lana dominaba el arte de la manipulación, y desde ese momento se contuvo. Dejó a Misha la decisión de hasta dónde iba a ir con aquella aguda muchacha. Le parecía demasiado adulta para su edad, demasiado racional, demasiado impenetrable y amargada. Demasiado poco indulgente con las dudas y miedos de Misha. Christine se daba cuenta de cómo dirigía todas las discusiones en la dirección que ella deseaba, de cuánto le gustaba tener razón. Oculta detrás de sus enormes gafas, tras las que sus ojos parecían dos puntitos negros, había una notable dosis de escepticismo y decepción. ¿Necesitaba Misha una compañera así a su lado? ¿Así de impertérrita, de desafiante? Ella le enseñaría a defenderse. Christine se limitaba a su nuevo papel de anfitriona, disfrutaba de las discusiones cada vez más animadas que se producían en su casa, en las que raras veces participaba, pero que podía seguir a través del delgado tabique. Amaba la alegría de vivir que había entrado en su casa con esos chicos. Le gustaba la sonrisa satisfecha de Misha cuando ponía la mesa para sus amigos y les invitaba a comer.

Hasta que, una tarde, oyó a Misha hablar a Lana de Soppio Eristavi. Apagó la radio y aguzó los oídos.

—Es increíble. ¿Esa es tu historia? Tenemos que contarla, tú tienes que hacerlo.

Christine oyó a Lana interpellarle con energía.

—Ese es un tema de verdad, y no el tinglado habitual de nuestras películas. ¿Sabes qué guion puede hacerse con eso? Se podría trabajar con sus poemas. Has dicho que tu padre los conserva. ¡Tienes que hacerlo!

—Nadie me dará los fondos para una película como esa. Y menos en la facultad. Un guion así no pasará la comisión.

—Pero claro que sí, Misha, tonto, tenemos que engañarlos. No podemos dejar que se trasluzca ninguna referencia a una persona real. Además, nadie va a conocer su historia. Hay que hacerles pensar que no es más que una

película estudiantil sobre el difícil destino de un artista, todas esas tonterías. Lo considerarán demasiado ambicioso y te sonreirán, lo cual es maravilloso, no puede pasarte nada mejor que ser subestimado. Pero tenemos que ser cuidadosos. Escribiremos dos guiones. Uno lo presentaremos a la comisión, y el otro a los actores. Así de sencillo. Y cuando la película haya salido ya pueden protestar todo lo que quieran, dará igual, porque va a levantar una ola, y todos los que tengan la más mínima chispa de honor te seguirán. Podemos sacar el material de contrabando al extranjero. Mi tío trabaja como técnico en los estudios, tiene contactos, puede poner la sala de montaje a nuestra disposición, por la noche, cuando no haya nadie, podremos trabajar sin que nos molesten.

Christine esperaba que Misha considerase irrealizable aquella idea e hiciera callar a Lana. Pero las conversaciones se repitieron. Los chicos venían cada vez menos, Misha y Lana se retiraban a su cuarto cada vez más a menudo, y con más frecuencia se oía su nombre: Sopio Eristavi. Christine hizo acopio de todo su valor y le habló del asunto. En esa ocasión se mostró hermético, como si se tratara de guardar un secreto, y se libró de ella con excusas. No eran más que ideas sueltas, qué tenía de malo ocuparse de la historia de sus antepasados, al fin y al cabo ella le había animado a buscar *personas que pensarán como él* y hacer las cosas que quisiera.

—Solo quiero estar segura de que eres tú el que quiere hacer esas cosas, y no otro —observó ella con agudeza, antes de volver a sentarse delante del televisor.

Dos meses después, sin ni siquiera haber hablado a Christine de ello, Misha se fue con Lana a las montañas, a ver a su padre. Y cuando regresó, al recoger su cuarto, Christine descubrió el viejo y quebradizo librito con los poemas de Sopio, que habían sido prohibidos antes de tener siquiera la posibilidad de encontrar lectores. Se sentó al borde del sofá y comenzó a hojearlo, perdida en sus pensamientos. Se ensimismó en cada uno de los poemas, y trató de resucitar la época que allí se cantaba, y a la que se acusaba.

Por la noche, le abrió la puerta con una gélida expresión en el rostro, y más tarde, cuando él estaba empezando a tomarse la sopa, puso el libro encima de la mesa. Él se quedó un rato mirando el fino volumen, como si lo viera por

primera vez, y se encogió de hombros.

—Sí, lo he traído yo.

—No me gustan los secretos, y lo sabes. ¿Qué estáis preparando vosotros dos?

—Vamos a rodar una película sobre mi abuela. Ya hemos empezado a escribir un guion. Lana tiene ideas geniales.

—Lana tiene esto, Lana tiene lo otro. ¿Qué es lo que *tú* quieres?

Christine se asombró a sí misma por el tono ofendido en el que había planteado su pregunta.

—*Tú* querías que buscara gente *de mi edad*. Ahora he encontrado a una.

Intentó apartarle de su proyecto durante semanas. Era demasiado peligroso. Los recuerdos de los antecedentes de su padre aún seguían demasiado frescos. No debía tensar la cuerda. Lo que a otros se les toleraba no se le iba a perdonar a él, al fin y al cabo sabían quién era su padre, y en ese caso ella no podría protegerlo. No, ya no tenía a nadie a quien pedir ayuda. Debía dejarlo, debía buscar otro tema, los había a montones. Era demasiado joven para ocuparse de la historia de Sopio, entendía muy poco acerca de las cosas que quería contar. Pero Misha se mantuvo en sus trece, la escuchó con expresión indiferente e insistió en que lo había pensado y planeado todo.

Una mañana, Christine encontró a Lana en la cocina, inclinada sobre un gran montón de notas y hojas sueltas. La noche anterior habían estado escribiendo y discutiendo en el cuarto de Misha, que al parecer aún dormía.

—¿Habéis estado aquí toda la noche? ¿Por qué no te has acostado? —preguntó Christine.

—No quería incomodarla, al fin y al cabo el sofá es muy estrecho —murmuró Lana, sin levantar la vista del montón de papeles.

—A mí eso no me importa. Ni siquiera sabía que vosotros estabais...

—No lo estamos. Aún no. Él desea mi inteligencia, no mi cuerpo. Ni siquiera se lo puedo reprochar. Sé *quién* le ha inculcado el sentido de la estética.

Christine se quedó con la cafetera en la mano. No sabía si indignarse o ignorar la observación.

—Pero me necesita —explicó Lana—. Y él lo sabe, y con el tiempo aprenderá a rebajar sus exigencias.

—Estoy segura de que lo conseguirás —dijo entre dientes Christine.

*Here am I floating
Round my tin can
Far above the Moon
Planet Earth is blue
And there's nothing I can do.*
DAVID BOWIE

Mientras en el mundo ocurrían cosas fantásticas, y la crisis del petróleo, el escándalo Watergate y la toma del poder de Pinochet en Chile causaban conmoción, aquellos acontecimientos estaban tan alejados de nosotros como si ocurrieran en otro planeta. Al fin y al cabo, hacía mucho que en la Unión Soviética habían entendido que no valía la pena pensar en los problemas del mundo, porque esos problemas no tenían nada que ver con uno mismo. El jefe del Estado soviético, el hombre de las cejas pobladas, ya había dejado atrás varios infartos y síncope, y probablemente solo con esfuerzo y angustia estaba en condiciones de actuar como cabeza de una mitad del mundo. Pero tampoco eso era motivo para entusiasmarse. Qué iba a cambiar el entusiasmo.

Sobre todo los abuelos competían por la atención de Daria, e incluso en esa disciplina Nana no tardó en advertir la ventaja de su esposo en la lucha. Porque nadie era capaz de hacer que Daria estuviera radiante como lo hacía su abuelo. Nadie sabía divertirla tanto, hacerle cosquillas tanto tiempo, jugar con ella con tanta entrega. En los ojos de Kostia se reflejaba ya la imagen de su nieta caminando un día por los sonoros pasillos de un internado de élite; veía a Daria estudiando Medicina, y más tarde con un esposo modélico a su lado, uno que había pasado por la dura escuela de los campamentos de verano y de deporte y se había endurecido en ella, un miembro de las juventudes del Komsomol, con carné del partido. En sus ojos se reflejaban todas las expectativas que Elene se negaba a cumplir.

Pero ¿cómo proceder con Elene? Había conseguido bien poco con presión y amenazas. No parecía avanzar con el desinterés. Desde que creía que ese malnacido de Misha Eristavi era responsable de todas las desgracias de aquella niña, de un modo macabro, le resultaba más fácil lidiar con ello. Era la única explicación plausible para el fallido devenir de Elene, una explicación que le evitaba tener que hacerse reproches. Siempre que Nana acompañaba a su marido a bodas y fiestas de cumpleaños de sus colegas y subordinados, veía la melancolía en su rostro. Cuánto envidiaba a esos hombres sus pequeñas doncellas, esas hijas y hermanas, las novias y prometidas, que se movían con tanto sigilo y ligereza por los salones adornados, a lo largo de las mesas servidas como para un rey, siempre con la mirada baja, siempre un poco intimidadas en la compañía masculina de sus padres, hermanos, esposos y prometidos. Ellas nunca se hubieran atrevido a salir de casa una vez caía la noche, y no digamos a pasar el rato con chicos de la misma edad, consumir alcohol y leer novelas deprimentes.

Cuando sus pensamientos entraban en un callejón sin salida, deliberaba con su mujer. La preocupación por Elene era el punto de unión más constante entre los cónyuges. Nana se mostraba igual de decepcionada, igual de agobiada, lo que le permitía confiar en que quizá su esposa no había perdido del todo la razón, como antes su madre o, peor aún, su tía. Nana le propuso obligar a Elene a estudiar. Y, si no tomaba en consideración ninguna carrera universitaria, que pidiera una plaza en una escuela politécnica. Necesitaba una ocupación, necesitaba tener una tarea. Pero a Kostia le parecía vergonzoso que su hija se dedicara a bagatelas, como la agricultura o el comercio al por menor, e insistió en esperar aún un tiempo. Entraría en razón cuando el dolor por el fallido matrimonio se hubiera calmado.

Después del doloroso bofetón, Kostia había hecho un valioso regalo a su hija, había querido enderezar las cosas, apaciguar su mala conciencia. Le había regalado un Vaz 2103 nuevecito, recién llegado al mercado. Él mismo la había enseñado a conducir, para recuperar su confianza. Y al principio todos habían creído que las posibilidades que el coche ofrecía a Elene significaban la libertad de decidir por sí misma cuándo quería ir a Tiflis. Que Kostia podía con ese gesto arreglar algunas cosas. Elene estaba feliz con el coche. Pero ni hacía excursiones por la naturaleza que los rodeaba, como

había propuesto su madre, ni quería ir a la universidad a echar un vistazo, sino tan solo a recoger a Mijaíl y acompañarlo a casa de sus amigos en Tiflis, adonde él ya la había llevado consigo algunas veces. Se trataba de una pequeña *kommunalka*, una vivienda comunal, en la calle Plejanov. Allí se concentraban los disidentes y rebeldes, que era como Mijaíl los presentaba, oían música, bebían y charlaban de Dios o de política. Su rebelión solía consistir en fumar kif y mantener largos debates a voz en grito en la cocina. Aun así, a Elene le parecían valerosos y *distintos*. Desde el primer día en que participó en aquella asamblea humeante, había querido contar con esos hombres entre sus amigos.

Lo que más perpleja dejó a Elene fue la constatación de que todos aquellos muchachos se calificaban de creyentes y entendían la religión ortodoxa como una rebelión contra el Estado. Elene nunca se había interesado realmente ni en la política ni en el Estado. Por supuesto, era consciente de ser una niña privilegiada, de que ciertas cosas eran posibles para ella porque su padre se llamaba Kostia Dzhashi, pero nunca se había roto la cabeza pensando en las diferencias de clase o en la doctrina marxista. La política la hacían los hombres, su padre hacía política, y eso era motivo suficiente para no querer tener nada que ver con ella.

Hasta entonces, ser rebelde significaba para ella más que nada tomarse todas las molestias posibles para no responder a las expectativas de sus padres, escuchar los discos de su tía, mirar el cielo con melancolía desde la terraza inacabada del desván y quizá leer al marqués de Sade, una edición llena de garabatos y que había pasado por infinitas manos, una rareza prohibida, que había descubierto en una de las viejas cajas de cartón del sótano de Christine. Aunque aquellos rebeldes entendían su rebelión de una forma un poco distinta, y se consideraban personas políticamente pensantes y temerosas de Dios, Elene no tardó en comprender, a partir de sus conversaciones, que tanto en su propia rebelión como en la de ellos se trataba única y exclusivamente de soñar con un mundo en el que la música rock no estuviera prohibida, en el que se llevaran vaqueros, en el que fuera posible manifestarse con pancartas caseras, en el que los libros y las películas —ni siquiera las más fuertes— no estuvieran censuradas; en última instancia, el mundo en el que vivía su desaparecida tía, convertida en tabú. Un mundo del

que, una vez que se huía a él, ya no se regresaba. Sí, un *mundo perfecto, perfecto*. Muy pronto, Elene se sintió bien en esa sociedad al margen de la sociedad, que libraba sus mayores batallas en una cocina de catorce metros cuadrados. Tenía que ser fantástico, pensaba ella al principio, sentada en la esquina, escuchando a aquellos chicos con chaquetas de cuero, tener tantos motivos de peso para estar en contra de algo. Naturalmente, le sorprendían algunas contradicciones en su visión del mundo, le costaba hacer comulgar la religiosidad y el hedonismo, y también encontraba extraña la índole chovinista y estrictamente reglamentada de su sistema de valores. Por ejemplo, le costaba trabajo entender por qué a ellos, y sobre todo a Mijaíl, su guía espiritual, no les parecía contradictorio que la mayoría de ellos ya hubieran robado, golpeado o amenazado con un cuchillo a alguien, aunque se consideraban cristianos creyentes. Se legitimaban diciendo que la violencia política contra *la gente equivocada* estaba permitida y que, como izquierda soviética, había que *expresarse* de forma más brutal y manifestar con más violencia la disconformidad que, por ejemplo, en Occidente.

Por entonces aún era demasiado ingenua, claro está, le faltaba la distancia necesaria, y el conocimiento y reconocimiento de que aquella forma de revuelta, profundamente georgiana, se limitaba, a diferencia del trasfondo ruso, a las conversaciones de cocina, el consumo excesivo de alcohol y la autoglorificación y, al rechazar a la gran potencia opresora eslavo-imperialista, idealizaba todo lo presoviético. Y por tanto, todo lo burgués. Y que no era del todo hostil a retorcer los hechos históricos y presentar las cosas del modo que mejor encajara en la propia ideología.

Todos aquellos chicos despertaron a Elene, uno tras otro, de su largo sueño de bella durmiente. Ella dejó bailar sobre su rostro los cálidos rayos del sol. ¿Dónde estaba, quién era, adónde iba? ¿Cómo se relacionaba todo aquello, y qué papel jugaba Dios? ¿Se interesaba acaso por los afanes terrenales? Con pensamientos heridos y nostalgias dolorosamente despiertas, caminó paso a paso hacia la vida.

Se cortó de nuevo los espesos cabellos castaños en una media melena. Se pintó las uñas. Utilizó el carmín de su madre. Se hizo confeccionar coloridos vestidos de verano. Se compró en el barrio judío unas sandalias blancas de tacones altos, y empleó el perfume francés que su padre le había regalado. Estampó dos besos ruidosos en las rollizas y rosadas mejillas de Daria, pisó el acelerador y levantó una polvareda en las carreteras sin asfaltar. Puso la

música. Rio para sus adentros. Sí, con titubeos, pero se sumó a las acaloradas discusiones en la cocina. Bebió cerveza de malta y a veces el amargo aguardiente casero que hacían. Disfrutó del sabor de la col y los pepinillos en vinagre. Por regla general no faltaba compañía femenina, pero la mayoría de las veces eran chicas del vecindario o amigas que no querían más que fumar un poco de hachís, coquetear con los chicos y oír el único disco de Pink Floyd o de los Stones que había en un radio de varios kilómetros.

Al contrario de esas chicas, Elene mostraba interés en los debates, argumentaba y discutía con ellos. Ganaba respeto a sus ojos. Mascaba chicle y hacía globos desproporcionadamente grandes. Bailó la música de The Who con uno de los chicos en la angosta cocina de la vivienda comunal. Dio varias caladas a un canuto y gozó de que el tiempo se ralentizara a su alrededor.

En uno de esos bailes, en una de esas cámaras lentas, se dejó besar por Beka. Beka tenía la chaqueta de cuero más bonita, era el que más alto discutía, parecía no dormir jamás y tenía el mejor gusto musical de todos. Sabía que tenía veinticuatro años y que había pasado dos de ellos en una colonia juvenil por robar en la dacha de un funcionario. Aunque no se lo confesaba a sí misma, eso le impresionaba. También sabía que había dejado atrás unos estudios de arquitectura interrumpidos y que llevaba —¡inaudito! — los vaqueros rasgados en las rodillas (motivo suficiente para que la milicia te detuviera en la calle y te acusara de vestimenta antisocial).

Y además era fantástico besando, pensó Elene, y se pegó aún más a él.

Dos días después, él le preguntó si quería que fueran juntos a la Casa del Cine, a un preestreno privado de una película de terror titulada *El exorcista*. Conocía a alguien que podía conseguir entradas, y no tenía por qué tener miedo, él estaba allí (la última frase fue la que más impresionó a Elene).

Empezaron a salir juntos. La primavera los llevó a cogerse de la mano y a perfeccionar el arte del beso. Iban al cine una y otra vez, porque Beka conseguía entradas para los pases especiales (¡alguien tenía que poder hacer eso!).

Vieron a Bruce Lee. Y él le regaló un disco pirata de Deep Purple, y escucharon juntos *Made in Japan*. Incluso el hecho de que otras chicas estuvieran detrás de Beka le parecía a Elene un plus. Sus encuentros eran fáciles, sencillos, naturales. Sin desgarradoras declaraciones de amor ni toda esa molesta parafernalia. Él le cogió la mano entre las suyas, y estuvo hecho.

No hablaban de sus padres ni de su casa. Hablaban de Deep Purple y de las

películas que veían. Se sentían ingrátidos, como dos cosmonautas en medio del universo. No seguían reglas. No hablaban de un compromiso, de una boda, de hijos, de un futuro común. Se besaban en plena calle, en el coche, en los parques. Y, cuando su deseo ya no se calmaba con besos y ternuras, una noche fueron hasta el lago de Tiflis, esperaron a que el café cerrara y la playa se hubiera vaciado, buscaron unos matorrales espesos y extendieron una manta tras ellos. Ambos se sentían lo bastante mayores en su juventud.

Las noches junto al lago eran tibias, y las estrellas estaban próximas. No se amaron. Tan solo hicieron el amor. Y me hicieron señas para que viniera al mundo.

*¡Éramos los primeros de la fila!
¡Y los que llegaron detrás de nosotros ya están comiendo!*
VLADÍMIR VYSOTSKI

También Lana había conseguido, con su tenaz paciencia y su carácter imperturbable, traducir la pasión espiritual, etérea, lánguida de Misha al lenguaje del cuerpo. Sin el menor reproche, ella había aceptado lo que él podía darle, y esperaba que hubiera más, mucho más bajo el manto de su triste mutismo, de su mudo fatalismo. Después de meses de espera y de una sistemática preparación, Lana consiguió su victoria decisiva, cayó la última muralla. Y, aunque las manos de él no sabían qué hacer con su cuerpo, aunque quedó ligeramente decepcionada con su falta de pasión, Lana estaba feliz. Sabía muy bien por qué estaba *recompensándola*: gracias a su astucia y a las medias verdades bien envueltas, la comisión había aprobado el segundo guion. ¡Misha podía rodar su película!

También sabía que ese *acto de amor* era un signo de gratitud por su parte. Pero no significaba nada, pronto aquella gratitud se transformaría en inevitabilidad, luego en necesidad, y encontraría su cuerpo tan irrenunciable como sus estrategias de supervivencia, como su inteligencia y como su apoyo.

Era uno de esos somnolientos restaurantes callejeros, que parecían improvisados, en Mtsjeta, con bungalós de madera y reservados, con músicos cansados y achispados, siempre con el mismo runrún, que sin embargo, contra todo pronóstico, sirven las mejores comidas georgianas. En él, Mijaíl y sus amigos de la calle Plejanov habían comido como reyes, con Beka y Elene, y se sentaban al aire libre, un poco borrachos, pronunciando brindis sentimentales, abrazándose sin parar y, excepcionalmente, sin política alguna en la cabeza.

En ese mismo restaurante, el sexto semestre de la promoción de dirección cinematográfica del Instituto Público de Teatro y Cinematografía celebraba una fiesta. Naturalmente, también Lana se sentaba a esa mesa. Y, si algunos estudiantes no hubieran empezado a cantar, con mucha probabilidad aquellas dos celebraciones habrían pasado sin tener noticia la una de la otra, y la noche hubiera terminado sin incidentes.

Pero el canto atrajo la atención de los chicos de Mijaíl, que mandaron al camarero que llevara una botella de champán y una bandeja de fruta a la «mesa de los cantantes». Acto seguido, un achispado estudiante se acercó a ellos, dio las gracias e invitó al grupo a unirse a ellos. Juntaron las mesas y empezaron a sentarse. Solo al llegar al otro extremo de la terraza, Elene vio a Misha. Intentó componer una sonrisa amable, no dejó traslucir su excitación y se atrevió incluso a estamparle un cauteloso beso de saludo en la mejilla. Hubo presentaciones mutuas, apretones de manos, palmadas eufóricas en los hombros y en las espaldas. Se pidieron nuevas jarras de vino y se pronunciaron heroicos discursos.

Lana, a la que no se habían escapado ni la tensión en el cuerpo de Misha ni las frecuentes miradas de Elene en su dirección, insistió en saber de quién se trataba. De la sobrina nieta de Christine, informó él forzosamente, se disculpó, se levantó de la mesa y fue al baño de caballeros. Elene le siguió segundos más tarde. La puerta estaba entreabierta, y ella se asomó. Misha estaba delante del espejo, lavándose las manos.

—Me alegro de verte, aunque sea extraño... Oh, Dios, ni yo misma sé lo que estoy diciendo. ¿Cómo estás? ¿Estudias?

—Sí.

—¿Y te gusta?

—Sí, ya lo creo. ¿Qué haces tú? Se enjabonó de nuevo las manos, aunque

acababa de aclarárselas, como si tuviera miedo de darse la vuelta, de tener que mirar a Elene. Ella miró fijamente su imagen en el espejo.

—Fue tan desagradable lo de mi padre, yo no quería...

—Olvídalo, ¿vale?

—No puedo.

—Vámonos. Estarán esperándonos.

—¿Por qué no me lo impediste? ¿Por qué?

Se acercó a él. Él dejó que el agua corriera y goteara de sus manos. Sacudió las muñecas como un epiléptico. Luego se volvió lentamente, evitando su mirada, esperando quizá pasar de largo ante ella. Pero ella le cortó el paso, hizo acopio de todo su valor y se acercó a él hasta que se vio obligado a mirarla. Y ella se estremeció. Sus ojos estaban llenos de un veneno fosforescente. Jamás había visto tanto odio corrosivo, aniquilador, en una mirada. Se sintió tan desarmada. Tan indigna y carente de valor.

—¿Qué quieres de mí, eh? —la increpó—. Desaparece de una vez de mi vida. ¡Mantente lejos! ¿Me has entendido?

Sus ojos se habían encogido hasta convertirse en dos puntitos oscuros, su boca se había deformado en una línea fea y despectiva, las venas le brotaban en el cuello con oscura y roja satisfacción.

—¿Por qué te acostaste conmigo?

Elene tenía un nudo de hierro en la garganta. Un segundo más e iba a echarse a llorar, a gritos. Nunca podría dejar de llorar, se quedaría allí, en esos servicios apestosos a orina, un lugar adecuado para toda su miserable existencia.

—¿Acostarme? ¡Yo no me acosté contigo! ¡Te follé, te jodí, te di!

Le escupió las palabras a la cara. Ardían. Eran pequeñas hojas que cortaban su piel.

—¿Cómo puedes decir una cosa así?

—Tú eras la que estabas caliente. ¡Totalmente dominada por tu instinto reproductor! ¡Te picaba entre las piernas! ¿No es así? ¡Eras la pequeña puta que ha descubierto su verdadera vocación!

¿De dónde salían esas palabras? Salían de su boca como si fueran de una lengua extranjera. Nunca había levantado la voz, nunca había llevado la contraria a nadie. ¿De dónde sacaba ahora tanto odio, tanta ciega voluntad de destrucción? ¿Lo había convertido ella en ese hombre que ahora la miraba con esos ojos llenos de alegría ante el mal ajeno? ¿Sabía él qué precio estaba

pagando ella? ¿Se le notaba?

—¿Qué quieres de mí? ¿Quieres que caiga de rodillas? ¿No ves que no puedo perdonarme a mí misma? ¿Es eso lo que necesitas? ¿Se trata de eso, Misha?

Se cubrió la boca con la mano para no ponerse a aullar como un lobo.

—Sí, eso es lo que quiero. ¡Exactamente eso! —replicó él.

Y dio un paso hacia un lado. Iba a irse, iba a emprender la fuga justo en ese momento y a dejarla hundida en su miseria. Sí, eso iba a ocurrir. No, eso no debía ocurrir. Lo agarró por la muñeca, él bajó la vista como si no entendiera que ella se atreviera a tocarlo, pero no se soltó, aún no. Sus ojos eran insondables. La atemorizaron. No sabía si en sus ojos se concentraba dolor o arrepentimiento, rabia o asco. Tampoco entonces había sabido interpretar su mirada.

Se acercó a él y le aferró el torso con las dos manos, trató de atrapar su respiración, quizá su olor lo haría otra vez familiar para ella.

—Disfrutaste. Sé que disfrutaste, lo vi en tus ojos, entonces, te estuve mirando todo el tiempo, te alegró verme debajo de ti. Te alegró verme sufrir. Por favor, dímelo, dilo en voz alta, y caeré de rodillas delante de ti y haré todo lo que me pidas. Por favor, tan solo admítelo. Me echaré toda la culpa, me arrodillaré delante de mi padre, te pediré perdón, ¡pero hazlo, por favor!

—¿Quieres que te haga un favor? ¿Por qué? ¿Para que te sientas menos sucia, para que te sientas mejor? ¡No sabías mantener las piernas juntas!

—¿Por qué no lo admites? ¿Por qué no podemos ser sinceros el uno con el otro? ¿Crees que simplemente lo olvidé y puse punto final, y seguí adelante sin más? ¡Por favor!

—Elene, las cosas no son así. No puedes esperar que te libere de tu carga para que puedas seguir jugando a ser la chica feliz. ¡Me obligaste y, da igual cómo quieras retorcer los hechos, siempre será así!

—¿Por qué no lo dices sin más? ¿Por qué no dices que me odias?

—*Odio* es una palabra demasiado grande. Ese sentimiento hay que ganárselo. Me eres indiferente, y la forma en que te liberes de tu remordimiento es cosa tuya. Tenías que haberlo pensado antes de quitarte el vestido.

—Lo hiciste porque pensabas que con eso podías denunciarme ante Christine, desenmascaramme. Aunque quizá hasta esa noche no lo supieras, en ese momento lo entendiste. Te acostaste conmigo para quedarte tú solo con

ella. Esperabas que todo se volviera con eso a tu favor, lo apostaste todo a esa carta. ¿No es así? ¿Te sorprende lo que sé?

Él no respondió; en vez de eso, intentó soltarse. Incapaz de decir nada, presa de su miedo a que él pudiera escapársele, volver a dejarla abandonada a sí misma, a ese vacío que tenía tan sujeto entre sus brazos, se puso de puntillas y estampó los labios sobre los de él.

Él iba a cogerla por los hombros y empujarla, pero alguien se le adelantó y agarró *sus* hombros, lo lanzó al suelo húmedo del baño, y acto seguido sintió que algo le golpeaba en el coxis. Beka había ido a buscar a su novia y la había encontrado en el baño de caballeros, besando a un desconocido. Un honor georgiano herido, decía el código masculino, no permitía otra alternativa que abatir al rival.

A los gritos de Elene, todos habían corrido de la mesa al baño, y los chicos de Plejanov y los estudiantes de cine se entregaron a una brutal pelea. En cuestión de segundos se había formado un gran montón de cuerpos masculinos. Sujetaban la cabeza del adversario bajo la axila, la apretaban contra los fríos azulejos o golpeaban con los puños en ingles y rodillas, en bocas del estómago y en rostros.

Elene estaba a un lado, muda, como paralizada, vio que Lana se arrojaba entre los hombres, intentaba proteger a Misha, encajaba ella misma los golpes. Quizá fue su instinto el que la protegió de unirse a esa orgía de brazos y piernas que golpeaban a su alrededor, porque, sin saberlo, en ese momento mi madre ya estaba embarazada de mí, y quizá yo no estaría aquí hoy si hubiera intervenido en la pelea.

El camarero, otros tres clientes y el propietario del restaurante, grueso como un toro, habían separado al fin a los hombres y zanjado la pelea. Elene estaba sentada en la acera, llorando, con el rostro cubierto por las manos, sollozaba como su hija de dos años cuando se despertaba sobresaltada por las noches y llamaba a su madre. Como surgida de la nada, Lana apareció junto a ella, con la nariz arañada y un sangriento rasguño en la mejilla, y la miró con desprecio.

—Déjale en paz.

—No ha sido culpa mía. Esta vez no ha sido culpa mía, yo no quería que...

—Mantente alejada de él, ¿vale?

Elene estaba sorprendida por la voz aterciopelada de aquella mujer que, hacía tan pocos segundos, había defendido a Misha con total olvido de sí

misma. A pesar de las ásperas palabras que le dirigía, sonaba como si tomara caramelos todos los días, y fueran ellos los que daban a esa voz aquel timbre suave y elástico.

—Ha vuelto a no defenderse —murmuró ausente Elene.

—¿De qué estás hablando?

—¡No se ha defendido! —gritó Elene.

Dos semanas después, mi madre tuvo noticia de mí, y aceptó la novedad con tranquilidad, con naturalidad, como si fuera un hecho inevitable que tuviera que quedarse embarazada, como si solo estuviera allí para ofrecer su cuerpo como portal a todos los niños no nacidos que sentían el deseo insaciable de nacer.

Beka, su amigo rebelde, se tomó la noticia con menos tranquilidad. La miró confundido, se rascó detrás de la oreja, se frotó el cuello, carraspeó y se esforzó por sonreír. Luego, empezó a hablarle en tono dulzón. El momento era muy difícil, no tenía trabajo ni expectativas de tenerlo, vivía con sus padres, a los que no quería recurrir en modo alguno. Y los padres de ella, no, eso no entraba en consideración, por no hablar de que el padre de Elene jamás iba a aceptarlo como nuevo yerno, además, como ella sabía, él estaba en contra de la institución del matrimonio en sí, se alegraba de que llevara en su vientre el fruto de su común amor, pero era el momento equivocado para pensar en una familia. Sí, hum, eh, quizá esta vez, esta única vez, eh, hum, bueno, se pudiera «esquivar» ese problema.

En ese instante mi madre se puso en pie sin hacer comentarios, se colocó el bolso debajo del brazo y abandonó a Beka.

Cuando Kostia se enteró de su inminente regreso al papel de abuelo, lanzó contra la pared la hermosa taza en la que estaba bebiendo su té negro de la tarde, junto con el ardiente contenido. Una adquisición de su mujer, que tenía muchas cosas de valor en el ajuar y siempre pedía a cualquiera que tuviera permiso para viajar que le trajera un servicio de té checo, alemán o inglés, y poseía ya una notable colección. Gritó, sobresaltada por su furia y por la pérdida de la hermosa taza, porque, ¿para qué valía un servicio de té incompleto?

—¿Sabes lo que eres? ¿Lo sabes? Una puta, una puta barata y sin valor, nada más —le gritaba él a Elene.

Aquella vulgar palabra salida de su boca se le clavó en el pecho como un cuchillo. Porque no había nada que Kostia odiara más que los gritos de verdulera y la vulgaridad de cualquier tipo. Sus armas eran los argumentos, el desprecio, el frío, el rechazo, pero no esas palabras.

Elene se desplomó en una silla.

—¿Quién te ha dado permiso para sentarte? ¿Eh? ¿Quién? Esa es mi silla. Y te sentarás en ella si te lo permito. Porque todo lo que hay en esta casa lo he construido con mi trabajo, todo lo que puedes tocar y ver. La gente que vive aquí ha trabajado. ¿Pero tú? Tú eres una inútil, un parásito, y una sanguijuela además. No sabes hacer otra cosa que pisotear nuestros nervios y nuestro apellido. ¡Esa es tu única vocación!

—Kostia, por favor —terció Nana, con los trozos de su taza de té checa, alemana o inglesa en la mano.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Acaso me equivoco? ¡Entonces, explícamelo! Habría podido tenerlo todo, se lo habríamos servido todo en bandeja de plata, y en vez de eso lo pisotea todo con sus piernas de ramera. Nos escupe en la cara y se ríe de nosotros, a nuestras espaldas, con sus amigos delincuentes. Porque eso es lo que son, querida. Ese cura, perdona que no me ría. ¿Él me va a enseñar el camino hacia Dios? ¿En serio? ¿Conoces su trayectoria? ¿Te ha contado algo de su estancia en prisión? ¿O te lo ha ocultado, tu san Juan Bautista?

—Él no tiene nada que ver con esto —murmuró Elene.

—Ah, o sea que ha sido una concepción inmaculada, ¿no?

—Él no es el padre.

—Tanto mejor. ¿Cómo es que no nos dices quién es el padre de tu hijo? ¿Por qué no nos presentas a tu respetable esposo? No te bastó liarle con un gigoló, un traidor, un desertor, no, aún faltaba algo, tenías que superarte a ti misma, así que espero con emoción saber quién es esta vez. Nunca podré borrar esta vergüenza. Tú has optado por ese camino. Así que vas a hacer lo que te diga. Porque no tienes a nadie más que pueda ayudarte, si no me equivoco. Ni siquiera pareces capaz de retener a tu amigo el delincuente. Mañana iremos a un médico y te practicaré un aborto. ¿Entendido?

Nana apartó la mirada de su hija, hacia los trozos que tenía en la mano. La mandíbula de Elene empezó a temblar; Kostia miraba tercamente por la

ventana hacia el paisaje soleado, inundado de luz, hacia el día claro y despejado. Y, antes de que pudiera decirse otra palabra, Stasia entró en la habitación, llevando de una mano a la pequeña Daria y en la otra un cigarrillo liado por ella misma.

Daria rio y corrió hacia su madre.

—¿Pasa algo? —preguntó Stasia, y se sentó a la mesa. Daria trepó al regazo de Elene, que hacía grandes esfuerzos por controlar el temblor de su mandíbula.

—Deja a mamá en paz, Dariko. No puedes evitar que sea una puta, ángel mío. Ven conmigo —dijo tranquilamente Kostia, y tendió la mano a Daria.

—¡Te odio! —gritó Elene, se puso en pie de un salto y dejó a Daria en el suelo.

—Tendré que vivir con eso. Solo quiero saber una cosa: ¿estamos de acuerdo?

—Voy a tener al niño —dijo Elene.

—¿Estás embarazada? —preguntó Stasia, y de pronto se echó a reír, con su risa desgarrada. Nana y Kostia le lanzaron miradas rabiosas.

—¡Putas! ¡Putas! —gritó de pronto Daria con alegría, visiblemente satisfecha con la ampliación de su vocabulario.

Seguramente habría sido una niña deseada, y concebida con amor, si Thekla hubiera soportado un tiempo que ya no era el suyo, si Stasia hubiera podido seguir a Peter Vasiliev, si Ramas Iosebidse hubiera impedido que su esposa se quitara la máscara en aquel baile de Nochevieja, si Ida hubiera mantenido la esperanza, si mi abuelo hubiera encontrado la puerta entre el mar y el horizonte y la hubiera abierto, si no hubiera habido mesas de operaciones metidas en aulas, si Andro Eristavi hubiera sabido que a causa de su extravío habían arrancado a un niño de las entrañas de Kitty, si Kitty hubiera detenido a la muerte, si se hubiera quedado, si el mundo hubiera castrado a los Pequeños Grandes Hombres antes de que pudieran seguir esparciendo su semilla, si se hubiera dejado a los fantasmas terminar su canción y si el hambre no hubiera sido más fuerte que el amor. Sí, en ese caso todo habría sido mejor, como se desea cuando se viene al mundo: unos padres cariñosos, un país libre sin Brézhnev... y Lou Reed para todos.

*¡Viva por siempre el sol
viva por siempre el cielo,
viva por siempre mamá
y yo también!*

CANCIÓN DE LOS BOY SCOUTS SOVIÉTICOS

Porque, cuando yo vine al mundo, Lou Reed estaba prohibido, y Brézhnev —al menos oficialmente— seguía estable. Por no hablar de unos padres cariñosos. Como si con ese acto hubiera querido escapar a su responsabilidad, mi padre consiguió que lo condenaran a cinco años de cárcel por el robo de un coche dos meses antes de mi nacimiento. Quedaron demostradas además otras «intrigas criminales».

Y mi madre pagó un alto precio por mantenerme con vida contra la voluntad de Kostia: durante todo el embarazo tuvo que soportar una existencia carcelaria, comer lo que le ponían en la mesa, jugar con su hija cuando su padre se lo exigía, ver los programas de televisión que su padre le permitía, levantarse cuando la despertaban y apagar la luz cuando había que apagar la luz. Toda clase de lectura religiosa era tabú, igual que las novelas de amor «lascivas», que tenía que leer con una linterna debajo de la manta. Era su castigo, que aceptaba en silencio, asentía sonriente, estaba agradecida y aplaudía porque la tolerasen.

Mientras —sin previo aviso, sin ninguna señal—, la milicia detuvo a Mijaíl y lo encerró por «parasitismo» y «agitación religiosa». Para Elene, aquello tenía que ver con la historia de la calle Plejanov. También se dio cuenta de que había puesto en peligro a los chicos, de que su padre estaba detrás de la repentina detención de Mijaíl. No podía echar a sus amigos a los pies de su padre para que los devorase. Todos tenían motivos para que los metieran fácilmente entre rejas, y si no los había, los encontrarían si Kostia quería.

Durante semanas, Nana y Stasia lucharon del lado de Elene para convencer a Kostia de que no se podía abortar al niño que su hija llevaba en su vientre, no importaba en qué circunstancias o por quién hubiera sido engendrado. Pero, apenas fue demasiado tarde para un aborto y el embrión estuvo a salvo,

se pusieron de nuevo de parte de Kostia y dieron a entender a Elene que también había traicionado sus esperanzas y pisoteado sus expectativas. Fue una época llena de sufrimiento, pero Elene decidió aceptar sin rechistar su papel de mártir. Para que yo viviera, decidió que Dios era más poderoso que la suerte, y el reino celestial, mucho más esperanzador que la existencia terrena. La diaria disputa con su padre, el gélido ambiente de la casa, la eterna sensación de impotencia y, sobre todo, la conciencia de su propio fracaso convirtieron a Elene en una mujer triste, de mirada sombría, casi siempre vestida de cualquier manera y, sobre todo, muy solitaria (no se puede olvidar lo joven que era. Aunque cueste creerlo, mi madre solo tenía veinte años cuando vine al mundo).

Cuanto más evidente era el fracaso de Kostia en el campo de batalla doméstico, tanto más poderoso parecía ser en su cargo. E, imperceptiblemente, como suele ocurrir, aturdido por el bucólico entorno al que se había retirado, por el buen vino caro, reforzado por el océano de posibilidades burocráticas, la libertad de la Nomenklatura y el estancamiento político de aquellos años, ni él mismo se dio cuenta de cómo dejaba de cuestionar las cosas que le preocupaban en Rusia, y de las que habría sacado severas consecuencias.

Todo el mundo robaba, todo el mundo metía la mano.

El carnicero se quedaba con la mejor carne y la vendía bajo cuerda al triple de su precio. El koljós ocultaba una parte de la cosecha y la malvendía en otra parte. La enfermera se llevaba las gasas y las vendas. El director de la bodega sobornaba al subdirector para sacar el vino por cajas de su propia bodega y sobornar a su vez con él a otros situados en puestos más altos. El largo latrocinio, hasta entonces practicado en secreto, estaba ahora a la orden del día y, como todos lo hacían, no había que castigar a nadie por eso.

La milicia dictaba absoluciones para los robos en tiendas y las infracciones de tráfico, los pequeños delitos se arreglaban bajo mano. El fiscal vendía absoluciones para casos de violación y asesinato. El maestro o el profesor universitario daban buenas notas a cambio de tartas de nata, perfumes franceses y pralinés especiales. El constructor se llevaba los materiales de las obras. El médico se esforzaba el doble en los tratamientos en cuanto le habían metido un poco de dinero en metálico en el bolsillo de la bata. Los artistas se

robaban los unos a los otros. Y los políticos no necesitaban robar, porque el efecto final era que hacía mucho que se llevaban la mayor parte de todos los demás robos.

Se robaba escayola, televisores en color de la marca Rubin, patrones de *Burda*, cemento, analgésicos, termos de China con estampado de flores rojas, lana, leche condensada, gafas, cuadernos escolares de tres kopeks, talco, calcetines de poliéster beis, pieles, trajes para la nieve (incluso en regiones en las que no nevaba), objetivos para cámaras fotográficas, fuentes de plástico verde, vasos de usar y tirar, discos (daba igual de quién), cigarrillos de la marca Cosmos o Astra o loción para después del afeitado de la marca Hygiene.

Y mi abuelo participaba de la represión general de una conciencia de injusticia. Y para eso hacían falta distintas estancias en balnearios, viajes de trabajo, todo naturalmente en compañía femenina, solemnes recepciones, buenos saperavis y el eterno favor de sus súbditos.

*That long black cloud is comin' down,
I feel like I'm knockin' on heaven's door.*

BOB DYLAN

Llegué al mundo un día lluvioso, después de exactamente ocho horas de parto, el 8 de noviembre de 1973, en un hospital de pueblo. Las contracciones empezaron en medio de una discusión entre mi madre y su padre. Y mi hermana sufrió aquel día, ya lo he contado, una conmoción cerebral al caerse de un poni en la yeguada.

Aparte de mi nacimiento y de la caída de mi hermana, aquel día no pasó gran cosa digna de mención. Al menos en el hemisferio oriental todo transcurrió *con normalidad*. Porque, al fin y al cabo, todos estábamos felices, aunque fuera con la fingida felicidad de un sanatorio para enfermos de pulmón consagrado a la muerte, donde se juega al backgammon, se bebe champán barato y se habla de las bellas artes, con el desesperado intento de olvidar toda enfermedad y todo sufrimiento.

«¡Eres una puta!», había gritado mi abuelo durante aquella pelea, y mi madre había contestado llorando: «¡Si acaso, una hija de puta! Y esto no puede seguir así... Cuando llegue el bebé me iré, si es preciso debajo de un puente, con tal de escapar a esta tortura». «Haz algo con tu vida, empieza a vivir decentemente, y no tendrás ni que someterte a esta tortura ni que vivir debajo de un puente», respondió gélido mi abuelo.

En la disputa estuvieron involucrados: mi autoritario abuelo, mi infantil abuela y mi madre, que cada vez perdía más el control sobre su vida. Stasia estaba en alguna parte de la terraza y fumaba uno de sus cigarrillos liados. Hacía mucho que se había acostumbrado a aquel griterío, pero aquel día algo tuvo que colmar el vaso de su paciencia. Entró al salón e increpó a su hijo:

—Dime, ¿has perdido completamente el juicio? ¿Eres un sádico, o qué? Está embarazada de nueve meses, ¿vas a dejarla parir en paz?

Durante un momento, un silencio inusual volvió a la estancia.

—¡Mantente al margen, Stasia! —fue el único comentario de Kostia.

—¿Que me mantenga al margen? ¡Estás loco!

Siempre nos asombraba cómo aquel ser de filigrana, sin sexo y sin edad, podía convertirse en una furia en cuestión de segundos. Nana tuvo que sonreír por dentro, pero su rostro no reveló nada, se mantuvo como siempre consternado, preocupado.

—¡Lo que faltaba! —gritó Kostia, refiriéndose probablemente tanto a la elección de las palabras de su madre como a toda la situación, y salió de la estancia.

Llevando de la mano a la niña de sus ojos, Daria, paseó colina abajo hasta la yeguada y admiró con ella los ponis daguestaníes. Y entonces la montó en uno de ellos, sujetándola por la cintura, y de pronto el poni se encabritó y tiró a la niña, todo fue tan rápido que mi abuelo no pudo agarrar a Daria.

Mientras él se lanzaba entre maldiciones hacia la niña, amenazando con cerrar «todo el chiringuito», mi madre empezó a gemir y fue, acompañada de su corpulenta madre, al hospital del pueblo, y mi hermana Daria —a la que solían llamar Daro, Dari o Dariko— fue llevada por el camino más rápido a un hospital, solo que al mejor de Tiflis, y no a una improvisada clínica rural. En Tiflis, a Daria le certificaron una ligera conmoción cerebral y a mí, unas horas después y algunos kilómetros al norte de la ciudad, que había venido al mundo.

—Esta niña es un producto de la desvergüenza de Elene, de su

depravación, y sella mi definitiva derrota en la lucha por su honor, así que no tengo ningún motivo para alegrarme o celebrar nada. La niña, aunque no tenga la culpa, es la encarnación de todo el mal que su madre ha traído a esta casa —esa fue la única reacción de Kostia a la alegre noticia de que por segunda vez había sido abuelo.

Y cuando por fin me llevaron a la Casa Verde, la casa que no me dio la bienvenida, mi bisabuela salió de su estado comatoso, vio a su bisnieta y dijo:

—Es una niña distinta, una niña especial. Necesita mucha protección y mucho margen.

Y todos se dieron una palmada en la frente y gimieron. La anciana demente había despertado a la vida, y no se sabía del todo si eso era algo por lo que alegrarse o que acabarían lamentando.

Ese mismo día, Stasia reveló por fin a los miembros de su familia el verdadero objeto de su cobertizo: iba a ser su nueva sala de ensayos. Planeaba volver a empezar con el ballet. Todos movieron la cabeza, incrédulos y un poco avergonzados, y pensaron: ¡Esto no puede ser verdad!

Y yo pensé *what a wonderful world*, y me reí en sueños. Quizá los veía a todos, veía sus cabezas inclinadas sobre mi cuna: Ida con sus anillos, abanicándose las mejillas; Thekla con su olor a flores marchitas y polvos; mi tatarabuelo, que olía a chocolate y movía pensativo la cabeza al pensar que volvían a ponerme el apellido Dzhashi. Y luego vino mi hermana Daria, que se había librado sin esfuerzo ni dolor de su conmoción cerebral, y me mordió en el brazo, tan fuerte que mis gritos espantaron a los caballos de la yeguada. Hasta que mi madre entró corriendo, apartó de mí a Daria y le gritó desesperada:

—¿Qué haces? ¡Es tu hermana, es tu hermana pequeña! ¡Tienes que quererla!

Una mañana de mayo, al romper el día, llegó la llamada. Kostia aún no había regresado de uno de sus viajes de trabajo a Batumi. Elene caminaba insomne una vez más por el desván inacabado. Nana dormía profundamente, y roncaba. Así que Stasia se obligó a salir de la cama, buscó sus zapatillas y fue tambaleándose hasta el teléfono.

—Sí, maldita sea —resopló en el auricular.

—¿Stasia?

—¿Christine?
—¿Estás bien?
—Sí, voy tirando, ¿qué tal estás tú?
—Necesito tu ayuda.
—¿Qué ha pasado?
—Tienes que ayudarme.
—¡Habla de una vez!
—Misha. Misha.
—¿Qué pasa ahora?
—Lo interrogaron ayer.
—¿Lo interrogaron?
—Sí, la milicia ha estado aquí.
—Esos cabrones. ¿Qué ha hecho?
—Ha rodado una película.
—Una película. ¿Sobre qué?
—Sobre... Sopio.
—¿Qué?

Siguió una densa pausa, una pausa cuyas vísceras amenazaban con reventar.

—Sí, iba a ser su trabajo de licenciatura. Lleva ya más de un año trabajando en él. Al principio, todo parecía ir bien...

—¿Tan grave es?
—Creo que sí.
—¿Qué quieres que haga?

—Hablar con él. Con Kostia. Me odio por tener que pedírtelo, pero es lo único que puedo hacer por Misha.

En la garganta de Stasia se hizo un nudo, algo peludo, nauseabundo, las palabras se le disolvían en la boca antes de poder pronunciarlas. Habría tenido tanto que decirle a su hermana pequeña, pero, ¿dónde estaban esas palabras, o al menos las lágrimas?, ¿por qué esas malditas lágrimas la dejaban tan a menudo en la estacada?

—¿Stasia? ¿Sigues ahí?
—Me alegra oír tu voz, Christine.
—Tienes que ayudarme.
—Hablaré con él cuando regrese.

Stasia salió al fresco y húmedo amanecer, violeta y verde pantanoso. No

había nada que perdurase, no había nada que tuviera más fuerza que el eco, no había nada que no se escurriera entre los dedos, que no se marchitara. Ella había metido sus sueños debajo de la almohada, noche tras noche, esperando un milagro, y ese milagro nunca se había producido.

Y ahora había lágrimas inútiles. Ahora había hijas sin padre e hijos sin madre, ahora había insignias del partido en el pecho, ahora había muchachas desorientadas y chicos entre rejas, había tierra quemada, seguía habiendo *bayaderas* y *petrushkas*, en las que no había un papel para ella.

Stasia se hundía bajo el peso de su neutralidad. Qué difícil era mantenerse alejado del mundo.

Estaba allí, con un camisón viejo, con las piernas desnudas, calzada con unas sucias botas de goma, mirando la mañana que rompía sobre el paisaje. La mañana era infinitamente bella, dolorosamente bella. Pero las gentes que habrían podido embriagarse con aquella belleza estaban heridas, incapaces de conjugarse con aquella visión, y además condenadas a ser para siempre observadores.

La neutralidad era una ilusión.

Un nuevo día rompía sobre Stasia.

La historia lo justifica todo en este mundo.

ANTÓN CHÉJOV

La película se titulaba *Historia de un sueño descuidado*. De acuerdo que era un título algo pretencioso, cosa disculpable tratándose de un joven artista. Había trabajado como un poseso en ella durante meses. Había reconstruido la vida de su abuela con la máxima entrega. Y, cuando le había faltado dinero, había recurrido a la fantasía y a la luz, se había concentrado en los rostros de sus actores, empleando los trucos de los cineastas del surrealismo.

Con ayuda de la suave, acaramelada y seductora voz de Lana, de su oscura mirada de persona frustrada, de sus puños de oprimida, había logrado convencer a unos cuantos compañeros y, sobre todo, a una joven y prometedora actriz para que interpretara el papel protagonista. Había

conseguido convencerlos a todos de la necesidad y la importancia de su película.

Había hablado sin parar, como un loco, de su película: cada imagen, cada toma, era importante para él, había dado un millón de instrucciones a sus cámaras, dibujado exactamente cada escena con Lana. Una y otra vez, recalca que no podían permitirse ningún error, que había que quitar de en medio de antemano todos los eventuales riesgos.

Christine, reuniendo con esfuerzo las energías de su edad, se había opuesto. Se había aferrado al autoasignado papel de Cassandra, hablando siempre de un futuro terrible sin que nadie le prestara oídos, sin cansarse jamás de advertir del peligro que emanaba de aquella película. Cada minuto libre que pasaba a solas con Misha lo invertía en tratar de convencerlo de que abandonara su proyecto, hasta que él empezó a apartarse de ella, hasta que volvió a casa cada vez más tarde, hasta que la excluyó de sus secretos.

Su mundo en común, por el que tan alto precio había pagado Christine, se desmoronaba. Ella misma se sentía en el mundo de Misha como el aroma que las cosas y las ropas de alguien que se marcha dejan atrás, un aroma que va atenuándose día tras día hasta que desaparece por completo.

Cuando ya habían empezado el montaje de la película, Lana constató que estaba embarazada.

Sabía que la película era sagrada para Misha, y que cualquier retraso, cualquier riesgo, cualquier distracción podía conducir a una crisis nerviosa. Durante los últimos meses, estaba tan tenso, tan nervioso que, había desarrollado incluso una desconfianza casi enfermiza hacia su equipo, veía por todas partes espías y denunciadores que podían conducirlo hasta el patíbulo. Se protegía. No daba ninguna información sobre el estado del proyecto. Estaba inestable, lleno de dudas y miedos. Lana tenía que apoyarle, tenía que recorrer con él ese camino hasta el final. Tenía que contenerse y ocultar la emocionante noticia, tenía que concentrarse en él. Era su mano izquierda y su mano derecha, y esas manos no podían temblar precisamente ahora que él andaba tan inseguro, tan devorado por los temores.

No dejaba de estar orgullosa de lo bien que lo había dirigido todo, de cuánta consciencia y seguridad había coordinado y organizado el rodaje durante meses. Y sí, siempre había temido el momento en que la película

estuviera terminada, en que hubiera de ser enviada al mundo, en que él ya no la necesitara para encauzar sus ideas y superar sus dudas. Pero ahora ya no tenía nada que temer: se quedaría con ella, llevaba a su hijo bajo el corazón, y eso era mucho más fuerte, mucho más *definitivo* que todo lo que hasta entonces los había unido.

Así que decidió guardarse para sí la noticia hasta que la película estuviera lista.

Pero entonces los acontecimientos empezaron a precipitarse. Un descuido siguió al otro. El tío de Lana, que ya había puesto a su disposición la sala de montaje del estudio de grabación para unas cuantas noches, tuvo miedo y, como no quería poner en peligro su puesto de trabajo, pidió a la pareja que se buscaran otra sala de montaje para lo que quedaba. Ahora dependían de la escuela de cine. Nadie del equipo podía contar nada del proyecto, y aun así los locales del instituto demostraron ser bastante poco herméticos. Entraban y salían demasiados estudiantes, y pronto se difundieron rumores, como el que decía que Misha Eristavi estaba preparando una pequeña sublevación cinematográfica en la sala de montaje. Los rumores subieron de una planta a otra, hasta que alcanzaron la dirección del instituto. ¿Un desafío? La comisión abrió una investigación, se citó a los implicados, se les interrogó, se les acosó, se les exigió información.

Lana tuvo que actuar deprisa. Una y otra vez, con toda su arrolladora fuerza de convicción, convenció al equipo de lo importante que era mantener el secreto hasta la publicación del montaje definitivo de la película, no dejar que se filtrase absolutamente nada. Les pintó en los más vivos colores el glorioso futuro de la película: habló de invitaciones a festivales extranjeros, de premios, incluso dejó caer la honrosa expresión *combatientes de la resistencia*.

No he conocido en toda mi vida a otra mujer que empleara tanta energía vital en ser una ideóloga como Lana. A vida o muerte. Era una ideóloga pura de la oposición. Siempre contra algo. Contra alguien. Sin descansar nunca. Sin llegar nunca a su destino. Sin olvidar jamás. Su fanatismo, me parece, era el mayor soporte de su yo. Ni siquiera su embarazo le impidió lanzarse a ese mar de intrigas, mentiras y manipulaciones, solo para proteger el Santo Grial de Misha.

Pero no todo el mundo estaba dispuesto a arriesgar tanto. No todo el mundo se veía tan a gusto en el papel del combatiente de la resistencia, y

aquella película no era tan sagrada para todos como para asumir el riesgo de ser expulsado del instituto, peor aún: de recibir amenazas, castigos y la prohibición de ejercer la profesión.

El ayudante de cámara resultó ser un hombre de ánimo vacilante, y la segunda vez que tuvo que acudir a la comisión para ratificar su primer testimonio (que se trataba de una cinta inofensiva), los nervios le fallaron y admitió avergonzado que no estaba tan seguro de si la película entraba dentro de las normas del instituto, como todos los del equipo afirmaban. Al día siguiente citaron a todo el grupo y lo sometieron a un minucioso interrogatorio. La dirección exigió a Misha que entregara enseguida el material de la película a la comisión examinadora.

Cundió el pánico: las actrices se echaron a llorar, los actores empezaron a maldecir, el cámara insultó al sistema, el ingeniero de sonido se rascó la cabeza, el iluminador intentó sembrar la esperanza..., pero todos estaban de acuerdo en que Misha tenía que entregar el material a la comisión. ¿Qué podía pasar? En el peor de los casos, les impondrían una prohibición y destruirían el material, y tendrían que rodar otra película de fin de estudios, más «adecuada», pero, con un poco de arrepentimiento, todos estarían fuera de peligro. No quería poner en peligro el futuro de sus compañeros, ¿verdad?

Cuando a Misha le faltaron las palabras, Lana volvió a intervenir y los llamó a todos cobardes y funcionarios sin valor, incapaces de luchar por una idea, incapaces de asumir riesgos, riesgos que acompañaban inevitablemente el camino de un artista. Los despachó incluso llamándolos malas caricaturas de artistas. Y, antes de que alguien pudiera replicar o exponer argumentos en contra, sacó a Misha como a un escolar de la casa del cámara, en la que se habían reunido para encontrar una salida a la inminente crisis.

Misha estaba indignado y, cuando salieron a la calle, se quejó a voz en grito de que le había puesto en ridículo delante de los otros, como si él no tuviera su propia voz.

—Tú estabas callado, perdona, pero si les doy un segundo más, te habrían convencido para entregar el material mañana y encima disculparte. ¿No es así, Misha? Te conozco. Leo tus pensamientos y tus dudas antes incluso de que tú te des cuenta de que las tienes.

—¡Odio que me digan lo que tengo que hacer!

—Bah —lo dejó plantado y siguió su camino con decisión.

—¡Lana, te estoy hablando!

—No hay nada de lo que hablar. Eres un artista... y ellos no.

—¿Qué estás diciendo?

Corrió tras ella.

—Lo has puesto todo en esta película. *Nosotros* lo hemos puesto todo, y no permitiré que ahora esos cobardes nos lo echen a perder. Sabías que no iban a aplaudirte, te dije que habría obstáculos.

—¿Obstáculos? Esto no son obstáculos. Podríamos terminar todos con una prohibición de ejercer la profesión, y yo...

—¿Qué diferencia hay entre que no puedas rodar las películas que quieres rodar o que no puedas rodar películas, quieres explicármelo?

—No puedo exponerlos así sin más. Esa gente ha confiado en mí y ha hecho lo que ha podido. Ahora me corresponde a mí protegerlos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué pasa conmigo y con tu hijo?

—¿Un hijo?

—Bueno, pensaba decírtelo más tarde para que hicieras el montaje con calma...

—¿Estás embarazada?

—Sí, estoy embarazada, Misha. Vamos a tener un hijo. Según mis cálculos...

—¿Y no me lo has dicho porque piensas que tengo que montar la película con calma? ¿Te he entendido bien? Espera, quédate aquí, no paras de correr.

—No quiero detenerme. No quiero. Quiero pasar contigo por todo lo que suceda mañana, y luego irme a casa. Estoy cansada. Me repugna estar continuamente rodeada de personas que no saben aprovechar su oportunidad. Que lo tienen todo y ni siquiera lo aprecian. Lamento tener que tratar todo el tiempo con esos idiotas. ¿Es demasiado pedir un mínimo de profesionalidad?

—Eh, Lana, Lana... ¡Espera! ¿Qué te pasa? Ven, déjame por lo menos que te mire.

—El bus llegará enseguida, vamos, Misha.

Él la alcanzó y trató de sujetarla por el codo, pero ella se le escapó y siguió su camino.

—Lana, no puedes decirme como si tal cosa que estás embarazada y luego ni siquiera pararte a hablar conmigo, Dios mío, ¿qué te pasa?

De pronto ella se volvió, con el rostro desfigurado en una mueca de asco, desprecio y dolor, y le increpó:

—¡No quiero a un idiota por marido! ¡Y mi hijo no merece tener por padre a un cobarde! ¡No he puesto mi vida patas arriba durante todos estos meses, ignorando mis propios intereses y necesidades, no me he lanzado de cabeza a esta locura y cortejado todo el tiempo a esa gente sin talento y sin cerebro para que ahora tú tires la toalla! ¿Me entiendes, Misha?

Lanzaba espumarajos de ira. Él nunca la había visto en ese estado. Ella, Lana, modelo de contención y autodisciplina, imbatible cuando se trataba de autocontrol, la previsor, la paciente, la segura y solvente. No entendía de dónde salía de pronto esa fea agresividad, esa ciega ira, que obviamente enturbiaba su agudeza, la volvía incapaz de entender la gravedad de la situación.

—Mañana irás allí brincando como un perrito, sonreirás con amabilidad, pondrás buena cara al mal tiempo, te mostrarás comprensivo ante la histeria causada por tu película de fin de grado y luego dirás, encogiéndote de hombros, que el material ha desaparecido. Así de sencillo. Para empezar, he entregado los rollos a mi tío para que los guarde durante unas semanas, hasta que haya pasado todo esto, y luego ya veremos lo que hacemos. Eso es lo que vas a hacer, eso es lo que vamos a hacer, Misha.

Volvía a controlarse. Al pronunciar la última frase, sus labios se abrieron incluso en una sonrisa satisfecha.

—Vamos, no van a encerrarte por una película que nadie ha visto. Misha, no me mires así. Hasta ahora lo hemos conseguido, y el resto también lo conseguiremos. Y a los otros no va a pasarles nada, *nosotros* asumimos toda la responsabilidad.

—*Nosotros* no, Lana. *Yo*.

—En eso te equivocas de parte a parte.

De pronto, parecía como si toda su decisión, todas sus fuerzas la hubieran abandonado, bajó la cabeza y metió las manos en los bolsillos de la cazadora, como buscando protección.

—¿No te alegras ni un poquito? —murmuró a media voz.

—¿A qué te refieres exactamente con eso?

Por debajo de los bolsillos, hizo un movimiento con las manos que dibujó un bulto en su vientre.

—¿Qué esperas de mí?

—Nada. No espero nada. Tan solo deseo que digas que sí.

—¿Sí a qué? ¿A ti? ¿Al niño? ¿A tu plan?

Entonces, ella le miró. La inseguridad había desaparecido de golpe de su cuerpo, y su expresión volvía a ser la acostumbrada, impenetrable. Se avergonzó, le habría gustado haberle dado una respuesta mejor, pero seguía desbordado por su tono, sus exigencias, que no admitían réplica, por los salvajes insultos que había lanzado sobre su colectivo. Pero Lana volvía a ser la de siempre, inmovible, igual que una fortaleza, una mujer sin fantasmas, una mujer sin misterios. Que se tragó sin esfuerzo la amargura que las palabras de él tenían que haberle provocado y se puso en camino hacia la parada del autobús.

—Ahora tendremos que casarnos, ¿no? —le preguntó él en el autobús, cogiéndole la mano entre las suyas, y apretó pensativo la frente contra la polvorienta ventanilla.

—Lo único que tienes que hacer es salvar tu película. Ya he superado cosas peores que el que un hombre me deje plantada con un bombo —respondió ella con el sarcasmo habitual, y retiró la mano.

Regresaba de madrugada de un banquete oficial, cansado, pero satisfecho. Apestaba a vino y a huellas invisibles de las atenciones femeninas de que había sido objeto durante la fiesta. Ni siquiera la habría visto, cuando pasó por delante de ella en la terraza, si ella no le hubiera saludado.

Se detuvo, sorprendido.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

—Siéntate, por favor, te haré un café.

—¿No puede esperar? Me muero de cansancio.

—No.

Cedió con un gemido y se sentó en el balancín con el tapizado de girasoles, que a mi hermana y a mí nos llevaría años destruir. Stasia sirvió a su hijo el café prometido y tomó asiento junto a él.

—Misha ha rodado una película. Una película de fin de estudios. Sobre su abuela. Y ahora está siendo interrogado. Tienes que aclarar este asunto.

No se trataba de un ruego. Kostia dio un sorbo a la taza caliente y se tomó tiempo antes de responder.

—¿Aclarar? ¿Yo? —preguntó, como si quisiera estar seguro de que había entendido bien.

—Sí. Tienes que hacerlo.

Él se echó a reír a carcajadas, como si su madre acabara de contarle un mal chiste.

—Seguramente pensáis que soy omnipotente, ¿no? ¿Creéis que cualquiera que haga algo en cien kilómetros a la redonda puede venir corriendo a que le salve?

—Él no es *cualquiera*.

—Exacto. ¡Respuesta correcta! Es el responsable de la desgracia de mi hija. ¡Y puede darse por satisfecho con que lo haya dejado con vida! Creo que ya he sido lo bastante generoso —se levantó de golpe y se encaminó hacia la casa—. Ah, y dile a Christine, porque sé que es ella la que te lo ha pedido, que tomó su decisión, igual que yo la mía.

—Kostia, espera...

Él hizo un gesto de desdén con la mano y abrió la puerta de la casa. Y fue al baño, y se puso delante del espejo. Vio en la mejilla el rastro de unos labios pintados de carmín, bien formados, sin arrugas. Empezó a afeitarse. Vio en el espejo su despejado rostro. Con cuidado, esparció los polvos de afeitar en la mano, los mezcló con agua, repartió la espuma por las mejillas y aplicó la cuchilla. Una pequeña punzada. El líquido granate corrió por la mejilla izquierda.

Oyó la cháchara de Daria. Debía haberse despertado en ese momento. Esa constatación le arrancó una sonrisa, sus labios se abrieron entre la espuma blanca y la sangre oscura.

En algún sitio ladró un perro. Una ligera brisa atravesaba los pasillos y el cuarto. Había un olor embriagador, a primavera. Alguien encendió el televisor. Estaban poniendo *Vremja*. Las noticias salían al mundo. A cada cual las suyas. Era sábado. Nana no tenía que ir a trabajar. Enseguida se pondría a planchar sus camisas, los vestidos de Daria, los buzos del bebé sin padre de su hija, los pantalones de Elene (¡siempre esos pantalones raídos!).

Elene saldría enseguida de la cama con el bebé en brazos, con el gesto insatisfecho que parecía formar parte de su rostro, rumbo a la mesa del desayuno. Luego vagaría como una imbécil por la finca, mirando con nostalgia la yeguada, en la que echaba de menos a su Juan Bautista. Andaría por ahí, inquieta, agitada, con los bolsillos de los pantalones llenos de años, sus mejores años desperdiciados.

La pequeña herida latía en su rostro. Cogió agua en el cuenco de la mano y echó unas gotas en el punto sangrante.

Los pasos de Stasia entrando a la cocina. ¿Estaba haciendo mermelada, a esa hora tempranísima? De la cocina salía un aroma a albaricoques. ¿Ya había albaricoques? ¿O eran ciruelas? Iba a pasarse el día entero mirándolo con gesto de reproche, lo sabía. Le negaría la palabra.

El bebé no callaba, gritaba. Kostia se negaba a pronunciar mi nombre. Mi nombre le parecía —como le había pasado con el de Daria en su momento— idiota. ¿Cómo se le puede ocurrir un nombre así a alguien? ¿Por qué Elene tenía que ser diferente de todo el mundo, incluso a la hora de poner nombre a sus hijas? Y además recalcarlo. ¿Por qué no podían ser nombres *normales*? Había más que suficientes nombres hermosos de niñas. Pero no, ella siempre tenía que marcar la diferencia, ella, su hija, que tan ajena se le había vuelto.

Empapó el corte con la punta de una toalla. La tela absorbió su sangre. Un pequeño arañazo en la cara. Uno más.

¿Cuándo habían perdido todas esa capacidad? La capacidad de ser felices, se preguntó, mirando fijamente la ensangrentada punta de la toalla.

La niña, o sea yo, gritaba. ¿Por qué nadie se ocupaba de ella? Le dolía la cabeza. Había bebido demasiado la noche anterior. Había sido una alegre comida, con los colaboradores moscovitas del MVD.

No, ya estaba bien. Ya no quería enderezar nada. Cada cual era responsable de su propia vida. Sin saber cómo, de pronto pensó en Guiorgui Alania. ¿Qué estaría haciendo? Su único amigo, ante el que no necesitaba ser quien no era. Una amistad sin esfuerzo. La única *relación* en su vida que no había terminado en la cama. Qué alivio.

Qué envidiable carrera había hecho Alania. Qué valor había demostrado. Qué ayuda le había prestado. ¿Se la había merecido él, Kostia? Estaba tan cansado. Le hubiera gustado tumbarse en la bañera vacía y quedarse dormido. Pero los pensamientos le perseguían. La inquietud. Sin duda era culpa de Elene. La inquietud de ella se le contagiaba. Al parecer, seguía siendo receptivo a sus señales.

Los rostros de los desnutridos, cuando el Grupo de Ejércitos Norte rompió el frente, en aquellos sombríos días de enero. Otra vez no. Leningrado no. Esas ideas no. Había que contenerse un poquito, todo volvería a la normalidad. Se tambaleó un instante, se sentó en el borde de la bañera.

—¿Todo bien?

Era Nana, que llamaba a la puerta. Su mujer. ¿Cuándo la había tocado por última vez? ¿Por qué seguían juntos?

—¿Es que ya no puede uno afeitarse en paz?

—No sabía, perdona.

Aquel tono sumiso, aquel reproche subyacente en cada palabra que le dirigía. ¿Por qué había decidido quedarse con él? ¿Era más fácil así?

Elene pasó de largo ante el cuarto de baño. Reconoció sus pasos apresurados, siempre tenía prisa, iba a alguna parte sin saber ella misma adónde. Cuántas posibilidades, cuántas expectativas había despreciado con sus propias manos, todo para nada una y otra vez. Todos aquellos esfuerzos, todos aquellos años de Moscú, todas las peleas con Nana. ¿Y para qué? Para esta vergüenza.

No, no podía ablandarse. ¿Por qué, de pronto, lloraba? ¿Qué sentido tenía eso ahora? Claramente era el cansancio. El trabajo, esos últimos meses demoledores, el nacimiento de esa niña sin padre. Se dobló como si le doliera el estómago, cruzó los brazos delante del vientre, inclinó la cabeza.

¿Cómo iba a enderezar todo aquello? ¿Cómo iba a *compensar* a todas esas personas, y por qué? ¿Por las cosas que habían perdido o pagado *por su culpa*? ¿Era así? No, no era culpa suya. Ya estaba bien. Ya era hora de que cada uno empezara a dar forma a su propio destino. Se secó el rostro con la toalla.

Solo ese asunto, ese último asunto, y luego trataría de olvidarlo todo, se reclinaría y dejaría que todo siguiera su curso. Sí, aún tenía que poner ese punto. Tenía que proteger a su familia. Tenía que protegerla de sí misma. ¡Quizá esa era su oportunidad! Pondría fin al sufrimiento de Elene. Tenía que hacerlo por Daria, por su pequeña joya. Por su futuro, para que pudiera crecer en paz en una familia pacífica, sin tener que soportar esa continua inquietud en los ojos de su madre.

Abrió la puerta, fue a su despacho, se encerró en él, revolvió en su agenda y marcó un número de teléfono.

—Hola, soy Kostia. Sí, sí, espléndido, ¿y tú? Oye, quiero pedirte un pequeño favor. Espero que puedas echarme una mano. Se trata de un estudiante del Instituto de Teatro y Cinematografía. Sí, sí, de aquí. Un tipo bastante lamentable. Padre desertor, que en su día se pasó a los fascistas. Y él mismo, bueno, parece que sigue los pasos de papá. No, no es un criminal. Es más bien un tipo insignificante pero, como se suele decir, el agua mansa... Sí, exacto. Parece que ha rodado no sé qué película, creo que se trata de una película de fin de estudios. Y, hasta donde yo sé, parece ser que se ha metido

en líos. Y me gustaría que no saliera de ellos demasiado pronto, ya me entiendes. Exactamente qué... Oye, ¿eres tú el que está en la milicia, o yo? Claro que podéis pasaros a echar un vistazo. Deberíais, incluso. Sí, sí, claro. No, esto no es cosa del sistema educativo. Esto es cosa vuestra, amigo mío. No, nadie te va a pedir cuentas por esto. Ya tendrías que saber que yo mantengo mi palabra. Y también tendrías que saber que tu, hum, ayuda a la causa correcta será generosamente recompensada. Fantástico. Me alegra oír eso, amigo mío. Y sí, por favor, mantenme al corriente.

*En la victoria de la idea inmortal del comunismo
vemos el futuro de nuestro país,
y siempre seremos ilimitadamente fieles
a la bandera roja de la patria gloriosa.*

HIMNO SOVIÉTICO

A la mañana siguiente, dos funcionarios de la milicia estaban en el decanato de la facultad, y querían saber cómo era posible que un estudiante insignificante se tomara la libertad, la indecible desfachatez, de atreverse a *algo así*.

—Pero, camaradas, ¿qué película? No hay ninguna película —el dirigente de la facultad trató de ser conciliador—. Ayer citamos al estudiante Eristavi, y nos aseguró que el material ya no existe...

—¿Y usted le cree, señor mío? —le interrumpió el rechoncho funcionario de la milicia, el más brusco de los dos.

—No, naturalmente que no. Pero está claro que jamás terminará de montar la película, y no podrá pasarla en ningún sitio, porque hemos impuesto la correspondiente prohibición hasta haber visto el material en bruto. El estudiante Eristavi no es ningún reaccionario, es más bien de los sensibles, yo no me preocuparía por él.

El decano se esforzó por quitarse de encima a la milicia para poder aclarar de puertas adentro la situación lo antes posible, sin una imprevisible injerencia ajena.

—Al camarada Eristavi no se le va a ocurrir ninguna tontería. Les aseguro que este asunto no merece su tiempo, seguro que tienen cosas más importantes que hacer que dedicarse a este incidente sin importancia.

—Déjenos a nosotros decidir si el asunto merece nuestra atención o no, *señor*. Y sus estudiantes no nos parecen tan inofensivos; hemos estado preguntando, la facultad entera habla de esa película.

—Pero no existe. Nadie la ha visto nunca, ¡esto es ridículo, señores!

—¿Ridículo? ¿Ridículo? ¿Llama a esto ridículo? ¿A esos anarquistas, para los que no existe nada más sagrado que pisotear nuestros valores, que se ríen en nuestra cara, que nos escupen, los llama ridículos? ¿Es esa la gente que usted educa para el futuro artístico de nuestro Estado?

—Mientras no haya ninguna película, no se puede acusar a esos chicos de nada. Es armar mucho ruido por un asunto insignificante. A los jóvenes hoy en día les gusta exagerar. Todos se ven en ese papel de rebeldes, ya saben, señores, todos hemos tenido veinte años y...

—Entonces, le ruego que diga a su *inofensivo* estudiante que esperamos tener el material antes del miércoles. Si para entonces sigue afirmando que el material ha desaparecido, tendremos que buscarlo nosotros.

—Te están intimidando, ¿no te das cuenta? ¡Te están intimidando, Misha! Se trata solo de conservar los nervios. Mantente en tu versión. No sabes dónde está el material, y hasta cierto punto eso es incluso cierto. Realmente no sabes dónde *he* llevado los rollos. Así que no tienes por qué tener miedo. Yo te acompañaré. Estaré contigo.

Se diría que Lana estaba entrando en un auténtico éxtasis ante las complicaciones, cada vez más graves y amenazadoras, que creaba aquella película inexistente.

—Te festejarán como a un héroe, te lo juro. Los rumores hierven en el instituto, puedo asegurártelo. Te envidiarán, te ensalzarán: sí, así es como tiene que ser un director, así es como tendríamos que ser nosotros, pero no somos más que unos pequeños y cobardes idiotas, hijos de papá y niñitos de mamá, pensarán. Sí, Misha, por fin te reconocerán como realmente eres. Imagínate cómo será cuando le contemos estas historias a nuestro pequeño, estoy segura de que va a ser un niño, un niño igualito a ti, Misha. Imagínate lo orgulloso que estará de nosotros. Cuando vea *nuestra* película y le

contemos toda esta historia. Te mirará como a su valiente papá.

—¡Basta! —Misha dio un puñetazo en la mesa—. ¡No quieres mirar los hechos de frente! ¿Es que no te das cuenta de lo atrapados que estamos? Ahora la milicia ya va detrás de mi película, me expulsarán, incluso aunque supere el interrogatorio de mañana.

—Misha, Misha, mi pequeño, ven aquí... ¡Piensas demasiado!

Se levantó y fue hacia él, se pegó a él, se le subió al regazo, abrazó su cabeza.

—Haz lo que te digo y no te pasará nada. ¿Te he dejado en la estacada alguna vez? ¿Te he dado un solo motivo para que dudes de mis palabras? Misha, por favor. Iremos juntos. Aclaremos esto. Por favor, mantén a los otros al margen. Y sobre todo a Christine. Si ella se entera, montará un número para que cedas y consientas en entregar el material. Ven, dame la mano. Mira qué hinchados están mis pechos, revientan por todas las costuras.

Y se puso la mano de él en el pecho, y le estampó un beso en los labios.

El interrogatorio de la milicia no duró mucho. En cuestión de segundos tacharon de ridículos los intentos de Misha de atenerse a la versión de que le habían robado el material de la película; se le amplió el plazo una semana para entregar el material. Si no, el caso pasaría a la fiscalía, se le comunicó con una sonrisa de taimada provocación.

Salió a la calle sudoroso, jadeante. Todo el miedo que había pasado en aquella habitación desnuda de la milicia se descargó en una reacción eruptiva. En sus ojos brillaban lágrimas de humillación y de vergüenza. En plena calle, cuando Lana y él estuvieron lo bastante lejos de la comisaría, comenzó a gritar entre espumarajos, a manotear como un loco, a dar patadas en el suelo, iniciaba una frase, la interrumpía, la empezaba de nuevo, hasta que se detuvo agotado y, como no sabía adónde ir, se puso en cuclillas.

Ella se arrodilló junto a él, le pasó un brazo por los hombros y le habló dulcemente, y con su calma y seguridad en sí misma lo sacó de aquella perplejidad, repitió una y otra vez lo orgulloso que su hijo estaría ahora de él, el gran artista que era a sus ojos, con qué valentía se estaba batiendo; no tenía nada que temer, porque no tenían nada contra él.

—Nadie conoce esa película. Nadie puede acusarte por nada, por un rumor, Misha. Por algo que no existe. Nadie puede obligarte por eso a nada.

Te meten miedo, solamente quieren intimidarte.

Trató de no mirarla, con sus ojos aceitosos detrás de los gruesos cristales de las gafas. Trató de no inhalar su imperturbable decisión, porque hoy, en aquella fría y neutra sala de interrogatorios, había comprendido por primera vez que aquel juego se había vuelto mortalmente serio. Y que Lana, que lo había llevado hasta allí, tal vez tuviera otros intereses muy diferentes a los suyos. No quiso mirarla para no verse forzado a gritarle a la cara que ella tenía la culpa, que él y no ella estaba expuesto a todo ese vergonzoso procedimiento, que los había llevado, no solo a él, sino a todos los implicados, la gente que había confiado en él, a aquel miserable peligro, absolutamente injustificado.

Al principio del interrogatorio, cuando se dio cuenta de que aquellos funcionarios se tomaban todo aquello muy en serio, estuvo a punto de admitir que había tensado demasiado la cuerda, y de asegurarles que les entregaría los rollos de película al día siguiente. Pero entonces se le había ocurrido otra idea, del todo irracional, increíble y sin embargo casi lógica: ¿y si era Kostia Dzhashi el que estaba detrás? ¿Y si había reemprendido la lucha? Y, apenas se le había pasado por la cabeza esa idea, apenas la había formulado para sí, de pronto todo le había parecido claro, consecuente, y había tenido suficiente valor como para seguir defendiendo su versión de la verdad. Porque, si Kostia Dzhashi estaba dispuesto a ir tan lejos, él no iba a quedarse atrás. No fracasaría como su padre ante Kostia Dzhashi.

Y ¿qué pasaba?, ¿qué estaba tan prohibido en aquella película? ¿Era realmente tan peligrosa, tan rompedora, tan valerosa como Lana quería contarle? No era más que un trabajo de fin de grado. Una visión un tanto provocadora, audaz, desafiante, de una biografía. Captada en celuloide con medios modestos y con técnicas narrativas tomadas de otras películas.

Lana había contribuido a que se convirtiera ya en un mito, aunque solo fuese dentro de la facultad. Quizá en eso hubiera otra oportunidad más para él: porque una película que nadie había visto y tras de la que andaba incluso la fiscalía podría mantener su promesa de genialidad mientras nadie la encontrara y nadie la viera. Quizá en realidad no había otra escapatoria que mantenerla oculta. Tal vez ya no le dieran su diploma, pero sí, aplicando la estrategia correcta, una reputación indestructible. Una reputación que, en el futuro, le permitiría rodar las películas que quisiera, sin la ayuda de Lana y sin su pesado apoyo.

Así que seguiría el plan de Lana, confiaría en ella, enviaría la película a un destierro donde nadie la encontrase y se crearía de ese modo un futuro. Posiblemente, a través de rodeos y extraviadas ramificaciones que tendría que asumir, pero con una expectativa única. Naturalmente, sería mucho más soportable, mucho más *grande*, creer que seguía luchando por sus ideales, por Christine, por aquello que el mundo le negaba y que aun así él iba a arrancarle de las manos, superando sin miedo todas las convenciones, todos los obstáculos. Una lucha en la que los papeles de bueno y malo, acertado y equivocado, estaban ya repartidos: Misha Eristavi, el vengador de su pasado, el eterno enamorado, por una parte, y Kostia Dzhashi por la otra.

Sí, recorrería ese camino, el camino que Lana le proponía. Y la dejaría creer que perseguían objetivos comunes. Pero no lo hacían. También eso le había quedado claro aquel día.

Más adelante se preguntaría si el desdichado giro en la historia de Christine y la suya lo había conducido hasta allí. ¿Era la edad de Christine la verdadera razón que lo había empujado a los brazos de aquella mujer? ¿Habría sido todo diferente si, la noche en que se quitó el velo delante de él, hubiera encendido la luz? ¿Se habría entonces curado definitivamente de ella? Pero ahora volvía a estar en mitad de la calle, delante de una mujer desconocida que, por casualidad, llevaba un hijo suyo en su vientre. Y entonces dijo, y al decirlo tomó la decisión más grave de su vida:

—De acuerdo, saca los rollos de la ciudad, escóndelos. Llévalos al pueblo. Llévaselos a mi padre. Pero asegúrate de que no esté, él no permitiría que... Te diré dónde tienes que esconderlos. Lo haré, yo solo. Voy a ir hasta el final.

—Sabía que no me había equivocado contigo.

Y, llena de alegría, Lana le revolvió el pelo.

—Se niega, Stasia. Dice que no tiene la película. Hoy he ido a ver a una abogada. Supone que la verdadera razón de esta abstrusa historia es otra. No entiendo por qué arman este escándalo por un asunto tan ridículo. La abogada sospecha, así me lo dijo, que hay *alguien* detrás de estos interrogatorios. Sabes, no quiero ni pensar que...

—¡Christine, por favor! ¿Qué quieres decir con eso?

A Stasia le dolía la espalda, llevaba todo el día dirigiendo a los obreros que tenían que poner los espejos en su cobertizo. Unos días más y su sala de baile

estaría lista, y ella, dispuesta para transmitir la herencia de Peter Vasiliev. Ya encontraría en el pueblo algunas chicas con las que poder practicar sus queridas piruetas y *pas de chat*, *pas de basque* y *pas de deux*. Se apoyó en la pared de la cocina y se estiró.

—Puede que Kostia esté detrás de todo este circo...

—¿Cómo se te ocurren esas sospechas tan terribles, Christine? Es el chico el que tiene la culpa, no sé por qué no se limita a entregarles la película, eso pondría fin a todo. ¿Kostia? ¡No puedes decirlo en serio!

—Han citado a Misha para otro interrogatorio, Stasia, y eso no es normal: te lo imploro, averígualo.

—No digas tonterías, y convéncele de que entregue la película.

—Considera por lo menos por un momento la posibilidad de que...

—Sigue siendo tu sobrino. Te idolatra, tú lo has criado, es como tu sangre y tu carne. Está bien, volveré a hablar con él. No pueden hacerle nada al chico, no ha matado a nadie. Estos son otros tiempos... y él no es Andro.

—Su amiga está embarazada. Pronto va a ser padre. Van a tener un niño, Stasia.

Hizo acopio de todo su valor, se sentó en su Zhiguli y —por primera vez desde mi nacimiento— fue a la ciudad. Nunca había visitado la pequeña vivienda de Christine, había temido ese encuentro todo el tiempo. Pero ahora tenía que superarse. Si se quedaba inactiva, un día reventaría, se derrumbaría bajo el peso de su propia impotencia.

Había algo en marcha. Lo había percibido enseguida. Esas llamadas a escondidas, y el tono susurrante de Stasia cuando hablaba por teléfono con Christine. La exagerada actividad de Kostia. La inquietud en sus rasgos. Se trataba de Misha. De eso estaba segura. Había aguzado las orejas y, con los fragmentos de información que había podido oír a su abuela y a su padre, pronto se había hecho un cuadro bastante correcto.

Tenía que intervenir.

Christine abrió la puerta sin preguntar quién era. Al parecer, esperaba a otra persona. Se quedó paralizada delante de ella, se alisó un vestido negro que, como siempre, le quedaba perfecto, y examinó a Elene de pies a cabeza.

—¿Qué haces tú aquí?

Por supuesto que no la había perdonado. Claro que no. Esperar tal cosa

habría sido demasiado ingenuo.

—Me he enterado de lo de Misha... y quiero ayudar. He pensado que, si pudieras contarme exactamente lo que está pasando, podría hablar con papá y hacerle cambiar de opinión. Stasia no lo consigue sola.

—¿Ayudar tú? Ya has *ayudado* bastante. Está bien, entra a mi modesta vivienda. Sé que estás acostumbrada a otras cosas, pero podré ofrecerte un té.

Christine le describió toda la situación, más aún, expresó su sospecha de que Kostia andaba detrás de la exagerada atención de las instancias oficiales. Elene estaba sentada con el rostro apoyado en un puño, la mirada incrédula hundida en el té negro, cavilaba con desesperación, pero, antes de que pudiera decir nada, se oyó abrirse la puerta, y Misha entró al salón con su paso largo y pesado. Ver a Elene le hizo detenerse un momento en el umbral, miró inquisitivo a Christine, como si considerase la posibilidad de emprender rápidamente la retirada, respondiendo a su gesto se sentó a la mesa junto a ellas, pero no hizo el menor amago de saludarla con un beso.

—¿Has llamado a los Dzhashi? —gritó a Christine, que había ido a la cocina a calentar la comida.

—No, he venido por mi cuenta —dijo Elene.

—Ajá, has pensado: el pobre Misha, tengo que cerciorarme con mis propios ojos de hasta qué punto está hundido en la mierda, ¿no?

—Tienes que devolver la película —dijo ella, sin atender sus pullas.

—Ah, ¿y quién te ha preguntado tu opinión?

—¡Misha! —sonó, amenazadora, desde la cocina.

—¿Qué pasa? ¿Por qué habría de seguir precisamente *su* consejo?

—¡Porque no es su consejo, sino el de todas nosotras!

Por qué Elene no podía decir sencillamente: «Es probable que Kostia haya hecho que detengan a mis mejores amigos. Va a vengarse de ti, y solo porque he sido demasiado cobarde para apartarme de mi falsa verdad. Una verdad, maldita sea, Misha, que no existe, o una verdad que no conozco». ¿Por qué había ido allí? Sí..., ¡por eso! Para advertirle contra su padre. ¿Quizá todo el tiempo se había tratado de eso? Mientras escuchaba y espiaba, creía a su padre capaz de lo peor y esperaba de él lo más extremo. Y sabía que era ella la que le había dado permiso para hacerlo. Que ella había movido a Kostia a poner fuera de combate a Mijaíl, Beka y, sí, sobre todo a Misha, esa eterna

espinas clavadas en el ojo, en la creencia de que así la alejaba a ella del peligro.

Elene había querido separarse de él, cortar con los dientes el cordón umbilical, un cordón umbilical que no la había unido con su madre, sino con él, o que aún seguía haciéndolo.

Por qué no podía levantarse y gritar lo que estaba pensando, para que todo el mundo pudiera oírlo: «Sí, yo soy la pólvora en el fusil de Kostia. Yo soy su mano derecha. Yo soy el pelotón de fusilamiento. Yo soy su superior. Yo, yo, yo soy la guerra que libra constantemente, ignorando al enemigo. Yo soy. Sí, recibiré mi castigo, durante mucho tiempo he creído que podría librarme de él, pero seré castigada, dura, adecuadamente, sí, en verdad adecuadamente. Porque todo lo que hago se convierte en una bala, una bala con la que él puede cargar su fusil. Kostia te llevará al *límite*. No porque me *hayas* hecho algo, sino porque yo quería que me hicieras algo. Siempre he creído que tenía que castigar a toda mi familia por permitir que tú llevaras la vida que yo hubiera debido llevar a su lado, pero no es cierto, no es cierto en absoluto, lo he comprendido, Misha, ya lo sé. Que jamás se ha tratado de eso. He querido castigarte porque me has expulsado. Porque no me necesitabas como yo a ti.

»Porque no olfateabas mi rastro como un perro de caza cuando volvías a casa de las vacaciones, a la casa que yo, a tu llegada, tenía que abandonar. Porque no me necesitabas. ¡Cómo he odiado tu autocomplacencia vanidosa, melancólica, plagada de poesía! ¡Cómo odiaba tus melancólicas ensoñaciones, que no tenían nada que ver conmigo, que nunca me incluían!

»No, no, no fueron celos de los adultos, a los que nos disputábamos, fueron celos de los adultos porque te tenían... y yo no. Porque estaban cerca de ti y yo no. Porque tú estabas aquí y yo allí.

»No te conozco, ni siquiera sé qué clase de persona eres. No sé por qué has permitido que pudieran aniquilar de un soplo tu fe en el mundo. No sé si te gusta la mermelada de frambuesa o la de fresa, Misha, aunque he querido saber eso y muchas otras cosas. Pero tú siempre me has dado a entender que no era digna de tus sueños y de tus deseos, que no merecía tu afecto. Pero yo lo acepté todo, te lo dejé todo, te dejé mi mundo entero y me fui. ¿Por qué no te bastó?

»¿Por qué esa maldita tarde no pudiste al menos fingir que me querías un poquito, solo un poquito? ¿Por qué tuviste que manifestar todo tu desprecio, toda tu aversión con tal brutalidad? ¿Por qué tuviste que poner tan claramente de manifiesto que ni siquiera valgo para que tú me aceptes como una ofrenda

envuelta en papel de regalo?

»Dímelo, confiésamelo de una vez, brama cuánto me has odiado siempre. ¡Cómo me has deseado la ruina, la total y absoluta aniquilación! Cuánto has intentado reprimir ese odio durante toda tu vida. ¡Mostrarte como el chico modelo, manso y bueno, la víctima! Pero, hazme ese favor, libérame, dímelo a la cara, hazlo, Misha...».

—¡Quiero que mi hijo pueda estar orgulloso de mí algún día!

Misha estaba discutiendo con Christine. Elene, hasta hacía un momento perdida en sus pensamientos, se despejó de golpe.

—¿Tu hijo?

—¡Sí, mi hijo! —replicó desafiante Misha.

—No sabía..., perdona —murmuró.

—¿Por qué ibas a saberlo?

—¿Es la mujer de Mtsjeta?

¿Por qué se sentía tan desvalida, tan necia, dónde habían ido a parar todos sus principios?

—¿La mujer de Mtsjeta? Sí, esa misma. ¡Tiene un nombre, se llama Lana!

—Misha, tranquilízate, por favor. ¡Te prohíbo que emplees ese tono!

Christine se había plantado ante él. La expresión de su rostro cambió de golpe. De pronto volvía a ser el chico obediente de antes, el manso y melancólico Misha de los días de la infancia. Christine le pasó un brazo por los hombros, como si quisiera recordarle quién era, de qué se trataba. De qué... Sí, exactamente de eso se trataba. En esa mesa de madera redonda, a la que acababa de volver a sentarse porque ella así lo quería, delante de sus galletas de mantequilla, del té negro, ni demasiado caliente ni demasiado frío, con una rajita de limón. De esa vida con ella, de esa vida aislada con esa mujer vieja y velada que, con su vestido ajustado, se resistía tan tercamente a su edad. Sí, a eso había ido a parar, pero algo no había funcionado.

Y Elene volvió a ver esa total armonía entre ellos, la que le había hecho llorar entonces, en la antigua casa de Christine en las colinas de Vera, cuando, sentada en la rama de un árbol, espiaba la habitación de ella sin ser capaz de entender lo que veía. Cómo él la peinaba, con qué languidez la miraba. ¿Acaso ella no era demasiado vieja para recibir tales miradas? Aquella imagen le había parecido entonces tan inaudita, tan provocadora. Y precisamente esa intimidad, esa seguridad en sí mismos en cada movimiento, la forma en que ella le pasaba el brazo por los hombros, ese conocimiento de

algo que no se podía, que no se debía nombrar, habían hecho que se le saltaran las lágrimas.

—Me alegro por vosotros.

Elene lo dijo en un tono de voz apenas perceptible. De pronto, quería irse, huir, quería dejar de estar expuesta a esos sentimientos que se le juntaban como una bola en la garganta. Ya no quería saber nada, ya no quería buscar respuestas. Todo sería mucho más fácil si pudiera aceptar lo que era y, simplemente, seguir adelante.

Y sí, habría tenido que decirle: «Huye, déjalo todo plantado y desaparece, mantente lejos de mí, mantente lejos de Christine, mantente lejos de todo lo que te recuerde a mi familia, empieza de nuevo, empieza tu propia historia, vamos, vete, olvida la película y el pasado y aquella tarde, sí, y piensa en tu hijo..., un hijo de otra mujer, que te ha defendido de los golpes de los que yo era responsable... ¡No mires atrás!». Pero ¿sería capaz de decírselo?

No, lo perseguiría hasta el abismo, lo dejaría caer. Porque siempre se sentía tan bien al verlo luchar consigo mismo, con su incapacidad para ser lo que quería ser. ¡Sí, amigo mío, juntos, recorreremos el camino juntos hasta el final, Misha mío! Y todo solo por lo agradable que resultaba ver que tampoco él había llegado donde había intentado llegar, cuando ignoró su dolor y aturdió sus deseos y presionó su cuerpo bajo el suyo, dándole a entender en cada segundo que no valía la pena amarla.

No hay otro medio para ayudar a los que vacilan que dejar uno mismo de vacilar.

VLADÍMIR ILICH LENIN

En julio de 1974 —fue el memorable año del campeonato mundial de fútbol de Alemania, de la triunfal victoria de Muhammad Ali sobre Foreman en el actual Congo, apenas un año después del armisticio en la guerra de Yom Kippur, el año en el que Abba convirtió «Waterloo» en éxito mundial—, Misha fue detenido. Tres días antes, vestido con un traje marrón oscuro, demasiado cálido para el calor de julio en Tiflis, acompañado de Lana, que

iba ataviada con un elegante dos piezas de color crema y llevaba una rosa blanca en el pelo, y de dos compañeros de estudios que se atrevieron a actuar como testigos, acudió al registro civil de Tiflis y se casó con la madre de su hijo.

La acusación presentada contra él rezaba «sustracción de propiedad estatal», al mismo tiempo se le acusaba de «agitación y propaganda antisoviéticas». Primero fue llevado a Ortachala en prisión preventiva. El proceso quedó fijado para finales de otoño, y se creó una comisión específica para encontrar el material fílmico. Tanto la vivienda de Christine como la de Andro fueron registradas. Dado que el material seguía como si se lo hubiera tragado la tierra, la abogada no dio ni a Christine ni a Lana esperanzas de una rápida liberación de Misha. Porque, mientras los rollos no eran más que un peligroso rumor, la fiscalía podía aceptar que la película contenía realmente algo insólito, y además suponer en el acusado falta de cooperación, lo que empeoraba su situación.

En la entrega de uno de los *perdachas*, como se llamaba a los paquetitos que los allegados hacían llegar mediante sobornos a los detenidos, al mediador encargado por Christine le llamó la atención el estado de Misha. El chico tenía un aspecto espantoso, seguramente no se adaptaba al día a día en la cárcel. Los otros presos, en su mayoría criminales de la peor especie, lo trataban con dureza, sufría las indecibles condiciones de la prisión; en pocas palabras: el chico no era hombre para la cárcel, había que sacarlo de allí lo antes posible o le amenazaba un colapso tanto físico como nervioso.

—Creo que he cometido un error —Lana no se atrevía a alzar la vista, a mirarle de frente. El guardia estaba apoyado en la pared, resoplando, y trataba de parecer lo más ausente posible mientras ella se inclinaba hacia él sobre la arañada mesa de la sala de visitas.

—¿Qué quieres decirme con eso?

Incluso su voz había cambiado. Como si hubiera perdido todo interés por el mundo exterior.

—¡Tienes que salir de aquí! Es urgente, Misha. Christine tiene razón. No eres una persona que pueda estar en un sitio *así*.

Pero, antes de que sus labios pudieran formar una nueva frase, Misha se incorporó en su silla, se acercó más a ella y susurró:

—De ninguna manera. Da igual lo que venga, no harás *nada*. ¿Me has entendido? Vamos a ir hasta el final.

—¿Hasta el final? ¡Pronto vamos a tener un hijo!

—¡Eso ya lo sabías entonces!

—No quiero cargar con esa culpa.

—Haz lo que te digo. Es todo lo que quiero de ti. Prefiero que me cuentes lo que piensan de mí. ¿Has hablado con los otros? ¿Qué dicen los profesores?

Su mirada se iluminó por un momento. Como si fuera de eso de lo que se trataba. Como si no importara su estado, su miseria, su miedo, sino la opinión que los otros tuvieran de él.

—Ellos... te consideran un héroe. Incluso han empezado una campaña de recogida de firmas. La facultad entera está revuelta. Han colgado fotos tuyas por todas partes. Quieren dirigirse a la fiscalía con una carta abierta. Incluso algunos profesores se han puesto de parte de los estudiantes, dicen que es absurdo que se te retenga por una película que nadie ha visto.

Ni ella misma sabía por qué le decía eso. Quizá porque él quería escucharlo, porque le daba fuerzas para soportar todo aquello. Porque exageraba: no había fotos de él, la campaña de firmas había embarrancado, y los pocos profesores que al principio se habían pronunciado en su favor tenían la boca cerrada desde que se hallaba en prisión. Debía mantener esa esperanza para él pero, cuanto más se abombaba su vientre bajo los vestidos, tanto más dudaba, tanto más insensato le parecía todo el proyecto. Tanto menos se entendía a sí misma.

Intentó contactar con el colectivo cinematográfico para conseguir algún respaldo, pero nadie quería hablar con ella. Guardaban las distancias, colgaban si llamaba más de una vez. ¿Cómo había podido creer nunca que le sería más fácil soportar su ausencia que su falta de valor, que su renuncia? ¿Prefería tener a su lado a un director de cine o a un padre para su hijo?

Stasia ya había puesto la mesa y esperaba a sus huéspedes con gran excitación.

—Le he convencido. Va a sentarse a nuestra mesa. Va a escucharos — susurró a su hermana y Andro mientras pasaban.

¡*Va a escucharos!* Al oír esa frase, Christine tuvo que hacer acopio de toda su energía para no soltar un comentario mordaz. ¡*Va a escucharos!* Como si

él fuera su señor feudal, y ellos sus siervos.

La mesa a la que se sentaron estaba servida con solemnidad. Nana había ido con las niñas al parque de Vaké y Elene andaba por el pueblo.

Al cabo de media hora apareció Kostia, en albornoz, con una gruesa bufanda al cuello. Los saludó, ausente, con una cabezada. Ni apretón de manos ni abrazos. Mejor así, pensó Christine, y acarició la mano de Andro por debajo de la mesa. Andro había venido desde el pueblo expresamente para esa cita, por orden de Christine. Su aspecto había espantado a Christine: estaba calvo, tan solo su espléndida barba resplandecía, blanca, y las manchas hepáticas de sus mejillas eran imposibles de pasar por alto; la dura piel de sus manos estaba llena de furúnculos, el precio por su leal entrega, por las muchas cabezas talladas de Marx, Engels y Lenin.

—Me disculpo por mi aspecto. Tengo una molesta gripe de la que no consigo librarme.

Tomó asiento a la mesa. Como si su vestimenta fuera lo más importante de aquel encuentro.

El silencio pesaba sobre la mesa. Los esfuerzos de Stasia por mantener una anodina conversación familiar cayeron en el vacío. Andro revolvía en su plato, también Christine se mostraba retraída, carente de apetito, mientras Stasia decía algo de las cuatro chicas del pueblo a las que daba clase de ballet desde hacía poco. Kostia estaba sentado, rígido, a la cabecera de la mesa, reclinado en su silla, como un observador de aquella escena que tuviera prohibido intervenir o participar de los acontecimientos. Fue Christine la que al fin tomó la palabra y empezó a manifestar sus pensamientos y conjeturas sobre lo que había sucedido con Misha.

La fina costra del comportamiento civilizado no tardó en romperse, las energías volcánicas quedaron liberadas, el gusto por la destrucción y por la autoaniquilación fue insospechado. Hubo palabras como puñetazos, frases como disparos, revelaciones que abrieron heridas. Y pronto fue imposible eludir el nombre prohibido, así que se conjuró el espíritu de Kitty, se prendió un fuego de campamento con los recuerdos acerca de ella. Se compitió por su amor, se metieron todos los recuerdos comunes en la chistera de un mago y se revolvieron en su interior. Y aquella larga fiesta de recuerdos terribles aún habría podido durar mucho si Kostia no hubiera abandonado la senda de las conjeturas y clamado con voz amenazadora un hecho que lo aplastó todo, y que convirtió la preocupación de Andro por su hijo en una tragedia en torno a

dos hijos.

—¡Hablas de ella como si solo fuera una consecuencia lógica que mi hermana tuviera que irse, que su vida no fuera posible aquí! ¡Como si hubiera sido libre su decisión de dejarnos a nosotros y a su país! ¿Te has preguntado alguna vez cómo habría transcurrido su vida si tú no hubieras traicionado a tu patria y si ella no hubiera llevado en su vientre a tu retoño?

Andro no comprendía. Hacía mucho que había llegado a su límite físico, porque en la mesa no había bebidas alcohólicas; balanceaba la cabeza como un tentetieso, se rascó la barba, lanzó una mirada suplicante a Stasia. Buscó las palabras, balbuceó. Era terrible tener que presenciar su ignorancia. Kostia, que había empezado a toser, miraba igual de sorprendido a su alrededor. Christine se preguntó si realmente no sabía que, después de todos esos años, Andro seguía tanteando en la oscuridad de la ignorancia, o si se trataba de una jugada por su parte. ¿Tiraría del freno de emergencia y detendría ese tren que corría hacia el abismo? Pero, en segundos, Kostia descartó su confusión y prosiguió, impertérrito:

—Andro, tú le habrás dado vueltas a eso, ¿no?

Al parecer, estaba haciendo gala de un enorme autocontrol, porque ni una vez durante la velada se pronunciaron palabras como *parásito*, *traidor*, *bastardo* o *desertor*. Había optado por un arma más cruel: los hechos indiscutibles.

—Porque tuviste la ingenuidad de creer que los nazis eran nuestro futuro, por eso se llevaron a tu adorada y le quitaron el niño.

—¡Kostia, por favor!

La voz de Christine sonó dubitativa, como si no supiera si detener a su sobrino o dejarle seguir hablando. Pero, mientras Christine seguía luchando con su indecisión, hacía mucho que Kostia se había decidido. Quería quebrar definitivamente a su débil pero resistente enemigo:

—Le arrebataron al niño que habías puesto en su vientre sin pensar en qué significa ser un hombre y asumir la responsabilidad de una mujer y un hijo, protegerlos, si es necesario, incluso de sí mismos. ¡En cambio, asumiste de manera conmovedora el papel de víctima ofendida, y a los demás no les quedó más remedio que cargar tu peso sobre sus espaldas!

Qué dominio ponía Kostia en cada énfasis, en cada pausa. Como si llevara toda la vida ensayando aquella conversación. Un silencio fantasmal llenó la estancia, roto tan solo por el tictac del reloj; se hubiera podido oír la

respiración de la hierba fuera.

Andro había seguido a Christine hasta la Casa Verde con la esperanza de que Kostia sacaría a su hijo del sitio al que lo había enviado. Seguramente su vida habría continuado con la misma indiferencia que todos los años anteriores, exactamente igual de tranquila y cavilosa, exactamente igual de imperceptible, con huellas que él borraba con cuidado detrás de sí, en la certeza de que en su vida no había nada que mereciera la pena conservar.

Quizá no habría conseguido evitarlo, no habría podido proteger nada con la piel encostrada de sus manos, tal vez ni siquiera hubiera logrado convencer a su hijo de que al menos merecía conservar *su* vida, pero lo habría intentado, lo habría intentado con las fuerzas que le quedaban... si aquel horror enterrado hacía mucho en el patio de una escuela no le hubiera arrebatado el último resto de empatía y de capacidad de librar un combate diario de boxeo por la pura existencia.

Pero el suelo se abrió imperceptiblemente. El tiempo fue peinado a contrapelo, la sucesión de las cosas se alteró, la desgracia fue como el aleteo de un pájaro negro que los rozó un momento a todos en su vuelo en picado.

Christine le rogó, le imploró, agarrándole las manos, pero él no quiso quedarse, ya no quería salvar ni preservar nada. Se fue, de regreso junto a su aguardiente y sus bustos de Lenin. Hacía tanto bien poder sustituir el presente por el pasado.

¿Por qué no le había dicho nada? ¿Por qué no le había escrito ninguna carta? ¿Por qué no había sabido nada de su embarazo?

Bebía, y abría agujeros en las paredes con los puños doloridos.

Las noches dibujaban en su pecho sangrientas imágenes.

No podía respirar.

Agarró un martillo. Golpeó la gran cabeza de Lenin que hacía tres años habían rechazado en un edificio de la administración, con el argumento de que la nariz de Lenin no era lo bastante fina.

Siguió bebiendo.

Los vecinos vinieron corriendo, golpearon la puerta, le llamaron. Él corrió los cerrojos. Se atrincheró y dejó la vida atrás.

La paz a la que aspiramos y los días tranquilos...

Lloras pero yo no merezco tus lágrimas.

ANNA AJMÁTOVA

En otro mundo, en otro país, en otra vida, una mujer despertó de un sueño intranquilo y se sentó en su lecho. Ya no era capaz de dormir, así que salió descalza al salón, sacó del mueble bar la botella de whisky más cara que pudo encontrar y se sirvió un trago. No encendió la luz. Estaba sola. Se quedó allí plantada, mirando fijamente la oscuridad, rota por las farolas de la calle.

Sentía en el pecho una opresión como si alguien le hubiera agarrado el corazón y lo apretara. Veía su piel pálida y desnuda bajo el juego de luces y sombras de los pocos coches que pasaban por la calle, cuyos faros rozaban las ventanas.

De pronto se sentía tan cansada. Y de repente se acordó de su sueño, el que la había hecho despertar. Había soñado con un chico de rizos rubios. Vio el rostro de Andro, un Andro aún sin marcar por la guerra, que tallaba maravillosos ángeles de madera. Andro, que había pesado las palmas de sus manos y contado sus pestañas, que le apartaba el pelo del rostro y le había prometido no cambiar nunca.

Se bebió el líquido pardo y oleoso de un solo trago. Desde hacía exactamente siete noches, su cabeza solo podía pensar en una sola cosa: *Quiero irme a casa*. Era el único deseo que sentía. El único que le quedaba. *Quiero irme a casa*, latía en su interior, como un corte en la piel. *Quiero irme a casa*, gritaba una voz dentro de ella, la arañaba por dentro, quería ser chillado, quería cumplirse.

Había tenido tanta suerte. Después de que la desgracia la hubiera partido en mil trocitos, había disfrutado de una suerte tan enorme y tan desvergonzada. ¿Había vuelto a recomponerse? ¿Volvía a tener un rostro cuando se miraba en el espejo?

Toda esa alegría y ese aplauso y todas esas canciones, todas esas personas que habían creído en ella y la habían apoyado. Sentía tanta gratitud... e incredulidad, incluso ahora, después de todos esos años de reconocimiento. Incredulidad por haber tenido esa oportunidad, cuando el mundo parecía un agujero negro y sin expectativas.

¿Era su vida la que vivía? ¿Eran realmente sus canciones? ¿O había dejado

atrás su verdadera vida, la había abandonado con su viaje a ese nuevo mundo? Se había deslizado como una ladrona a una vida ajena..., la luxemburguesa, sí, la luxemburguesa quizá. *¡Quiero irme a casa!*

¿O había otro pensamiento? ¿Existía algo más? Sí, estaban esas cuatro letras que se escondían detrás de cada latente *Quiero irme a casa. Fred.*

Fred, a quien ella había devuelto a una nueva vida, que había besado sus ingles, hecho vibrar sus caderas, que la había rodeado con sus brazos. Fred, que le había prometido buscar la vieja Viena («Creo que es absolutamente absurdo volver a ese bastión nazi, pero bien, si tú quieres, lo haremos»).

Qué hermoso fue planearlo todo para un nuevo comienzo, con la supuesta certeza de haber superado el infierno con Fred.

Cómo habían hojeado folletos de inmobiliarias. Una casa nueva y hermosa, con un amplio estudio para su amiga. Cómo le había explicado a Fred cuáles eran los distritos más bellos de Viena y cómo se había enamorado Kitty de ella. Qué bien sonaba entonces aquella idea de un regreso al pasado.

¡Y luego su gira por América! ¡Oh, Dios, aquello había sido increíble! Kitty sonrió, se sirvió más whisky. Con qué silencioso encanto había vuelto Amy a su vida. ¡La recepción en Nueva York! Qué embriagados estaban todos después de su primer concierto americano, en aquel *loft* de moda en una fábrica de Brooklyn. ¿Era Brooklyn? ¿Representaba eso algún papel ahora?

Cómo había bailado con Amy en el camerino. Cómo —algo ofendida— Amy había aceptado que Fred se uniera a su *tournee*. El reencuentro en el JFK y la risa de Fred. Qué encantadora parecía entonces su animadora entre aquel mar de gente del aeropuerto, esa loca, esa egocéntrica ignorante. Qué buena sabía la cerveza que tomaron después en Greenwich Village, y luego los paseos por Central Park, los rascacielos.

Sus conciertos tuvieron muy buena acogida, siempre con esas masas de gente, en la oscuridad rota por la abigarrada luz de los focos, que coreaba sus canciones de manera fervorosa, suave y melancólica, luego cantando alto y llena de ira contra todo aquello para lo que no había canciones en su vida. Amy vendía los derechos de sus canciones, las emisoras de radio y televisión hacían cola para escuchar su triste historia soviética: el icono de la izquierda, la mujer de la resistencia de la plaza Wenceslao, había proclamado siempre Amy, y se ponía a reír echando la cabeza hacia atrás, con una tonta flor de plástico en el pelo.

Y, mientras Kitty apuraba su segundo vaso, se acordó de las habitaciones de hotel a las que regresaban tambaleándose, agotadas, después de los conciertos: Boston, Baltimore, Detroit, Miami, San Francisco, Las Vegas — sí, incluso allí, en un pequeño club que no terminaba de encajar con aquella ciudad inundada de luz y de locura—, Atlanta, Míchigan. Fueron a ciudades cuyo nombre ya no recordaba (demasiado occidentales para sus oídos, habituados a la cadencia del Este), y Nueva York, siempre Nueva York.

Había querido ir a su Viena y había ido a América. Su personal felicidad occidental. ¿También le habían robado esa felicidad? Oh, sí, las habitaciones de hotel. Kitty movía la cabeza. Las imágenes de las innumerables camas de hotel, y ella y su funambulista pelirroja en aquellas camas. Sin duda, ambas habían provocado al mundo con su fortuna, se habían reído demasiado en su cara. ¿Cómo podía seguir teniendo tan claro el recuerdo de su cuerpo, entre aquellas grandes almohadas y aquellos techos altos? Como si hubiera sido ayer. Ese cuerpo hecho de aire y maldiciones, los diminutos pelillos rojos de sus axilas, sus afiladas rodillas, sus magistrales manos. El recuerdo del deseo era, sin duda, el más espantoso. El cuerpo parecía haber olvidado con una gran cruel facilidad todos los contactos, mientras el cerebro se aferraba desesperadamente a ellos.

Fuera amanecía, un rayo de sol atravesó el cielo como un puñal.

¿Cómo podía algo tan prohibido sentar tan bien, y después transformarse de golpe en un dolor tan insoportable? Y, ahora que todo había pasado, ahora que el único pensamiento que se le pasaba por la cabeza era *Quiero irme a casa*, ¿cómo podía acordarse con tanta claridad de aquella dicha? Sin la mujer que, con una incommovible confianza, parecía decirles a todos: lo he conseguido. He vencido a la muerte. Sí, he llegado.

La presión en su pecho se había esfumado. Miró su balcón, repleto de plantas. Con cuánta frecuencia le había dicho Amy que tenía que buscarse un apartamento mejor, permitirse incluso una casa, pero a ella con ese lugar le sobraba. Cuanto más espacio hubiera tenido, cuantas más estancias, más se habría sentido una invitada, como una ladrona que se hubiera colado en una vida ajena.

Tenía un poco de frío, pero levantarse a por una manta suponía demasiado esfuerzo. Quería respirar. Tan solo respirar. Fred nunca había sido fiel,

solamente leal a su manera, ella lo sabía, siempre lo había sabido. ¿Por qué no había podido digerirlo cuando la puso ante la realidad? Fred era inconsistente, era frívola, nunca pisaba suelo firme, se sustraía a toda justificación, no quería ser ni curada ni salvada, necesitaba la embriaguez, que era su medicina.

¿Y por qué aquellas innumerables postales de felicidad, tan fina y limpiamente encuadradas en su mente, no eran capaces de espantar la imagen de aquella vivienda de nueva construcción en Camden? Aquella vivienda que ella había pasado más de cuatro horas buscando porque le faltaba la dirección exacta, una semana antes de cerrar el contrato de compraventa de una casa justo en la Mariahilfer Strasse de Viena. Sí, sin duda el deseo no le ardía en las células del cuerpo, en cambio las de su cerebro se acordaban de cada uno de aquellos segundos, uno de aquellos dos o tres minutos, quizá, que había pasado en esa vivienda ajena.

Una vivienda sin amueblar, al parecer aún desocupada, en la que se estaba celebrando una fiesta y hasta la que la habían llevado varias llamadas telefónicas en busca de Fred. Se acordaba con exactitud de cada verso de «Hide Your Love», de los Stones, que sonaba de fondo. De la gente sentada en el suelo, el olor a pintura fresca y al mismo tiempo a humo y a otra cosa, que le había resultado familiar y a la vez tan ajena. Gente sonriente con ropas de *hippy*, congeladas en el tiempo, una banda de esos inútiles a los que Fred atraía como por arte de magia, esos parásitos.

Sí, sus neuronas lo habían almacenado exactamente así: cómo ella había recorrido las salas repletas de personas en busca de su amiga infiel, inconstante y amenazada, cómo había preguntado una y otra vez a esa gente embriagada por Fred Lieblich, y la había encontrado, su personal Marlene Dietrich de *El ángel azul*, y en su regazo había visto a una de esas chicas que buscan su sitio en el regazo de otras, con adornos indios y el cabello sin peinar largo hasta la cintura, con unos vaqueros raídos, los pequeños pechos bailando delante de la cara de Fred.

Cómo retrocedió, se abrió paso entre la multitud, a través de la música alta, que era una tortura, y reconoció en todos los rostros que la rodeaban algo mucho peor que la presencia de la muchacha desconocida, peor aún que el brazo de Fred en torno a su cintura, su mirada vidriosa. Sus movimientos ralentizados. Solo había necesitado unos segundos para constatar que, tanto por las venas de su ángel como por las de aquella novia *hippy* india, corría el

líquido pardo amarillento contra el que acababa, tan despiadadamente, de perder la batalla.

Al día siguiente, con la ayuda de Amy, había embalado las cosas de Fred, alquilado para ella una habitación cerca de Lea Bridge, le había metido la llave en un sobre y se la había dejado al portero de la finca. Acto seguido, había mandado cambiar la cerradura de su casa.

Dejó de responder a las llamadas de Fred. Tiró a la basura las servilletas con la caligrafía ilegible de Fred que encontró en el buzón sin echarles siquiera un vistazo y, en una ocasión en que Fred la esperó y la siguió calle abajo, paró un taxi y la esquivó.

De eso hacía medio año. Desde entonces, Fred había desaparecido de su vida, y tampoco Amy, normalmente tan bien informada, sabía nada de ella.

Evidentemente, el contrato de compraventa de la casa en Viena fue anulado. Varios conciertos y actuaciones en radio fueron cancelados; desde entonces no había compuesto ni una sola canción.

Por consejo de Amy, Kitty se compró una casita entre Eastbourne y los mágicos acantilados de Seven Sisters, y todos los días se proponía retirarse allí. Pero nunca se decidió a hacerlo. Un solo pensamiento la obsesionaba: *Quiero irme a casa.*

Visita la Unión Soviética, antes de que ella te visite a ti.

PROVERBIO SOVIÉTICO

Christine fue testigo de cómo, de visita en visita, Misha iba volviéndose más parco en palabras, más ausente, como si su propio destino le fuera indiferente. Y cuando en octubre, cuando yo ya sabía decir siete palabras, Mirian Eristavi, al que desde el principio solo llamaron Miro, vio la luz del mundo con un peso de tres kilos novecientos y sano como una manzana, con los ojos de varios colores, como si no pudieran decidirse por uno, Christine descubrió en Misha los primeros signos de violencia física: un moretón imposible de ignorar bajo el ojo derecho, y una pierna que parecía llevar a rastras. Una pequeña y tonta pelea con uno de los compañeros de celda, nada

más, no tenía nada que temer, le dijo. Y, con fingida jovialidad, preguntó por su hijo y quiso saber dónde iba a vivir Lana con el bebé.

—En casa de la madre de Lana hace mucha corriente y en el baño hay hongos, así que, naturalmente de forma temporal, se quedarán conmigo hasta que salgas. Ella tiene que hacer este año su trabajo de fin de grado, te lo habrá contado. Su madre y yo la ayudaremos. Su madre es diabética, ¿lo sabías?

Christine parloteaba, perdida en sus pensamientos, para que no se produjera un silencio. Misha asentía, pero parecía tener la cabeza en otra parte.

—¡Ay, el niño es tan precioso, pronto podrás verlo! Se te parece, pero te advierto que eso puede variar, con los niños pequeños nunca se sabe, cambian de hora en hora. Por desgracia, el pobre tiene cólicos por la noche y llora mucho, pero yo...

—No me hubiera gustado tener hijos contigo —dijo él de pronto, echando una mirada al vigilante, sumido en la lectura de un periódico. Desde que Christine le había dado unos cuantos billetes, ya no era tan estricto con los tiempos de la conversación. Christine tragó saliva, respiró hondo, empezó a masajearse la nuca, nerviosa.

—Estás diciendo tonterías, te prohíbo que digas esas cosas.

—Me he equivocado, Christine. Me he equivocado con todo. Pero te prometo que voy a salir —era imposible ignorar la preocupación en su voz, que había evitado con tanta habilidad durante todo ese tiempo.

—¡Dime dónde tengo que buscar! ¡Dímelo, y te sacaremos de aquí! —susurró ella—. ¡Te lo ruego!

Pero él se limitó a negar con la cabeza.

Dos semanas después, le comunicaron que el preso ya no se encontraba en la galería; había sido trasladado temporalmente a un hospital penitenciario próximo debido a un «trastorno renal».

—Vais a ir y traerlo aquí. No responde a mis cartas, no se pone al teléfono, no sale de casa y no abre la puerta a nadie. Ya tengo bastantes preocupaciones con Misha, tengo que conseguir que lo trasladen, tengo que hablar con la abogada. Lo tendrán encerrado con criminales, ¡no debería estar ahí, lo saben, y descargan su rabia con él! Id allí y traedlo a Tiflis, antes de que pierda la cabeza a fuerza de beber. Yo no puedo ocuparme de todo.

Lana miraba la pared, descontenta, y Elene hurgaba en el parqué con la punta del zapato.

—Christine, puedo ir sola... —intentó objetar Lana.

—Elene tiene coche, y sola no lograrás sacarlo de allí —el tono de Christine subió y descarriló—. Yo me ocuparé de Miro.

Elene no tenía ningún deseo de pasar seis horas callada en un coche con esa mujer, pero no se atrevió a rebelarse contra la voluntad de Christine, así que al día siguiente, al salir el sol, se plantó con su coche delante de la casa y abrió la puerta a Lana, que se sentó en el asiento del copiloto con gesto pétreo.

El otoño ya había caído sobre las colinas que rodean Tiflis, y dejaron atrás la ciudad en medio de una espesa niebla. Elene puso una emisora de radio cualquiera, y Lana buscó algo más adecuado. Elene empezó a quejarse de la música, hasta que Lana se vio obligada a hacer un comentario sobre sus propios gustos. De sus grupos preferidos pasaron a sus películas favoritas, de las películas favoritas a las enfermedades infantiles y a las vacunas, de las vacunas a sus hijos y a los desafíos que representaba una maternidad joven. Al llegar a Racha se había roto el hielo, y cuando hicieron una parada y se permitieron tomar algo en una cantina destartalada, por lo menos Elene ya no se sentía amenazada.

Las carreteras, ventosas, empinadas, en parte sin asfaltar, seguían subiendo. Al caer la tarde llegaron al pueblo en las montañas. A Elene aquel lugar le resultaba ajeno, pero Lana parecía saber adónde iba. Rápidamente se dirigieron a la pequeña casa de piedra, la dote de la fallecida madre de Misha, una sencilla casa de una sola planta con una puerta que crujía. Gritaron el nombre de Andro, llamaron a la puerta, pero no hubo ninguna respuesta. Como la puerta estaba cerrada, decidieron ir al local ante el que habían pasado y esperar allí.

Cuando regresaron a la casa, reinaba ya una tiniebla impenetrable. Tan solo las cumbres blancas de las montañas brillaban en la oscuridad, camufladas como estrellas. Tampoco esta vez respondió nadie. En la casa vecina se asomó una anciana, preguntó qué querían. Elene presentó a Lana como la nuera de Andro.

Lo mejor era que entrasen en la casa por la puerta de la cocina, recomendó la anciana, probablemente el dueño estaba durmiendo la mona.

Un olor penetrante a cacharros sucios, restos de comida enmohecidos y

alcohol les salió al encuentro cuando cruzaron el umbral de la cocina. Durante un rato anduvieron a tientas en la oscuridad, hasta que descubrieron un interruptor que funcionaba. Porquería por todas partes, hacía mucho que nadie sacaba la basura, botellas vacías en todos los rincones, polvo como una capa sagrada. En el pasillo se almacenaban bloques de piedra, narices y orejas rotas andaban esparcidas por el suelo, se podía distinguir la inconfundible barba de Marx y la boca de Lenin.

Montañas de ropa, más botellas vacías, todas sin etiqueta, pilas de libros, sacos de escayola y metal. De pronto, Elene se detuvo; sostenía una foto enmarcada en la mano.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lana. Elene seguía mirando hechizada la foto. En el marco había un recorte de periódico, una toma en blanco y negro.

—¿Quién es?

Lana se puso junto a Elene.

—Es mi tía.

—¿Tu tía? No sabía que tenías una tía.

—Sí. Vive en Occidente. Es una cantante famosa.

Él yacía en una habitación que al parecer en su día había sido un dormitorio, y roncaba.

—Primero tiene que dormir la mona, Elene, bueno, no parece que tenga precisamente un sueño ligero, y mañana temprano lo meteremos en el coche. ¡Ven, ayúdame! ¡Vamos a recoger todo esto!

Lana se puso manos a la obra con decisión: cerró la puerta del dormitorio a sus espaldas, empujó a Elene a la cocina, encendió todas las luces y encontró una escoba, unos trapos, un cubo y un poco de jabón. En el patio no tardó en formarse un montón con todo lo superfluo y sucio.

Luego se quedaron las dos en el patio, y Lana, abrazándose a sí misma, alzó la vista al cielo: de pronto, en él habían surgido millones de estrellas, parecían tan próximas como si quisieran formar una diadema sobre sus cabezas. Como si la noche se inclinara un poco más sobre la Tierra y escuchara.

—No están aquí —dijo Lana con voz átona.

—¿Qué no está aquí? —preguntó Elene.

—He puesto toda la casa patas arriba. Oh, Dios, tengo que encontrarlos. ¡Tenemos que encontrarlos!

Elene la miró incrédula, y entonces comprendió:

—¡No me digas que los rollos de película han estado aquí todo el tiempo!
¡No me digas que todo este tiempo has sabido dónde están!

—Estaban —corrigió Lana—, en una caja negra rotulada «Juguetes de Misha». ¡Una caja de madera negra! ¡Búscala!

Gatearon por el suelo, miraron debajo de los muebles, apartaron las estanterías, inspeccionaron los cajones. Solo pasada la medianoche, Elene oyó un grito en el cuarto de al lado y acudió corriendo. Lana estaba en medio de la estancia, de espaldas a ella, y tenía agarrada con ambas manos una pequeña caja negra. Temblaba de pies a cabeza. En un primer momento, Elene no pudo distinguir si de alegría o desesperación. Cuando Lana se volvió hacia ella, vio que tenía el rostro cubierto de lágrimas.

Y Elene no pudo evitar que aquella mujer, hacia la que siempre había sentido una cierta aversión, le resultara de pronto muy cercana. Entendió cada una de sus dudas, su culpa, su odio y también su rechazo. De repente, sintió comprensión hacia esa mujer áspera que, casualmente, se había quedado embarazada del mismo hombre que ella. Verla así, en medio de la estancia en penumbra, con la caja con la película en las manos, temblando, llorando, le procuró un alivio insospechado. Había sido testigo de una peligrosa revelación, y cualquier otra persona con dos dedos de frente quizá se lo habría reprochado a Lana, le habría dicho que había actuado de manera egoísta, que no había pensado en la salvación de su marido, que había arruinado su futuro, pero Elene fue incapaz de dirigir ni una sola de esas frases a Lana.

Lana, consciente de su vergonzosa situación delante de Elene, volvió en sí y dejó la caja en el suelo, y las dos se sentaron junto a ella.

—Ya no vas a poder cambiar nada. Esto solo empeorará las cosas. No vas a hacerle ningún favor. Y, si averiguan que sabías dónde estaba la película, te tratarán como a una traidora. No sé con certeza qué motivos tenías para mantener esta caja aquí, pero sí sé que devolver la película ahora no cambiará ni en lo más mínimo toda esta situación —Elene habló lenta y reflexivamente, sopesando cada una de sus palabras.

—¿De qué estás hablando? Le pegan. Le maltratan. Sufre. Él... Al principio solo era la película, esta maldita película, esta absurda creencia en que él iba a poder cambiar algo. Luego fue el niño, pensé que nuestro hijo necesitaba unos padres excepcionales. Luego fue él mismo el que me dijo que tenía que aguantar. Se había enamorado de esta absurda idea. Y yo he sido

tan tonta, tan imperdonablemente tonta.

Lana cogió impulso y se abofeteó. Pero aquella bofetada no justificaba nada, aquella bofetada ya no podía hacer retroceder nada.

—No tienes ni idea... —sollozó Lana, y volvió a golpearse en el rostro.

Elene no intentó impedirselo. No quería quitarle al menos la sensación de alivio a su compañera de fatigas.

Había incontables variantes de la verdad, y se deformaban en cuanto uno las tomaba en los labios, se desmigajaban como pan duro y dejaban tan solo un gusto insípido en la lengua. Al final, Elene optó por la verdad quizá más inexpugnable cuando le dijo a Lana:

—Él no te quiere. Y no lo hará, da igual lo que tú hagas.

Al día siguiente, obligaron a un Andro aún aturdido a montar en el coche y regresaron a la ciudad. La caja negra también iba en el coche. Pero Elene no estaba segura de cuáles eran, después de aquella noche, los planes de Lana.

Sin embargo, no había tiempo para resolver ese enigma. En casa de Christine hallaron una nota dirigida a Elene: Misha había vuelto a ingresar en el hospital penitenciario, tenía que ser trasladado a toda prisa a una sección más segura de la prisión. Elene debía ir enseguida a casa y hablar con su padre. Era cuestión de vida o muerte.

Unión Soviética: ¡Vertiginosos éxitos!

PRAVDA

—Oye, soy yo. Creo que te has pasado un poco. ¿Qué significa que el asunto ya no está bajo tu control? Estás en la milicia, por supuesto que tienes el control. ¿Qué significa *inconsciente*? Tenías que haber tenido cuidado de con quién lo encerrabas. ¿Que yo quería eso? ¿Te he pedido yo que le pegaran como a una bestia? Me decepcionas, amigo mío. Tendré que ocuparme de esto *en persona*. No, gracias. No, ya la has liado bastante. ¿Por qué tengo siempre que pensar por todos? ¿Qué clase de banda es esta que no sabe ni sumar dos y dos? ¡Claro que no puede defenderse, no viene de una colonia juvenil! Tienes delante su expediente. Bien, entonces di a tus

compañeros que no quiero que esto *siga*. Que se olviden de todo. No quiero que reviente allí. ¿Para cuándo está fijado el juicio? Bien, entonces esperaremos esas tres semanas, y luego... Lo dejarán ir.

Elene escuchó retazos de aquella llamada pero, apoyada en la puerta del despacho de su padre, ni siquiera fue capaz de llorar, aunque las lágrimas la ahogaban.

Fue hacia los guardias, mostró su pase y entró al gris edificio del hospital, enrejado por entero. El vigilante alto se quedó mirando al vacío con indiferencia, otros jugaban a las cartas, fumaban cigarrillos baratos de la marca Astra. Cuando Kostia volvió a salir, la oscuridad camuflaba su rostro, no había mucho que ver en él. Se detuvo delante de Christine.

—Está en coma —dijo sin rodeos—. Ha habido una pelea.

—¿Lo han apaleado hasta dejarlo en coma?

Su entendimiento se rebelaba contra los hechos.

—Ha habido... un intento de estrangulamiento.

Ella se cubrió el rostro con las manos.

—Dicen que no saben cuánto tiempo pasó privado de oxígeno.

—Quiero verle.

—No creo que...

—Vas a conseguir que pase ahora mismo.

—Eso llevará un tiempo. Tengo que hacer un par de llamadas. Sigue siendo un preso.

—¡Un preso que fue estrangulado sin que ningún funcionario acudiera en su ayuda!

Misha pasó cinco días en coma, antes de que le retiraran la respiración asistida. Parecía dormir. Los moratones y las contusiones habían palidecido. Andro se desplomó en el pasillo del hospital. Stasia lo acunó, como cuando aún era un niño, como había hecho su madre cuando aún vivía. Christine permanecía inclinada inmóvil sobre el cuerpo sin vida, el personal de la clínica la exhortó varias veces a retirarse, pero nadie se atrevió a apartarla por la fuerza del cadáver de Misha.

Tan solo Lana gritaba y se golpeaba todo el tiempo los muslos.

Y, cuando Stasia alzó la vista, a la luz azulada del corredor, vio en medio del pasillo a Sodio Eristavi. Estaba allí como si hubiera pasado a saludar, sin una razón particular. Una breve visita sin importancia. Con pasos vacilantes, Stasia avanzó hacia su amiga, eternamente joven.

«Ahora no hagas como si no me estuvieras esperando», dijo Sodio.

«Lo he echado todo a perder. Desde que no estás conmigo, todo va corriente abajo... —los labios de Stasia se movían sin ruido—. Solo tenía veintiún años, Dios mío, solo veintiún años. No he podido detener nada, todo se ha escapado entre los dedos, desaparecido, como a través de un filtro demasiado grande».

«Ay, Tasiko, incorregible fatalista.»

«¿Qué tendría que haber hecho? ¿Qué?»

«Bailar, Taso, tendrías que haber bailado.»

—¿Con quién estás hablando, *deda*?

La voz de Kostia resonó en el pasillo y quebró el fantasmal diálogo. Stasia se volvió. El pasillo estaba vacío. Pero su hijo había vuelto a llamarla *madre*.

*Hearts of fire creates love desire,
high and higher
to your place on the throne.
EARTH, WIND AND FIRE*

Kitty contuvo la respiración. Ni ella misma podía creerlo. Lo había conseguido. La voz de él iba a tener por fin un rostro. Ya oía los pasos. No, aún no estaba preparada para darse la vuelta. Respira, respira tranquila, no mires, se ordenó. Los pasos se acercaron cada vez más al banco en Hyde Park en el que habían acordado su primera cita... ¡Sí, era increíble, su primera cita después de todos esos años!

No había podido respirar tranquila en toda la mañana. Desde que lo había localizado no había podido pensar en otra cosa. La imposibilidad de poner un rostro a su voz le había robado el sueño, revolucionado sus pensamientos, le había quitado incluso la capacidad de respirar tranquila, simplemente

tranquila.

Cuando él se sentó junto a ella en el banco, puntual como siempre, ella estaba mirando al frente, pero de reojo le sorprendió su pequeña estatura. Siempre se lo había imaginado alto, por lo menos más que ella. Un traje gris de mil rayas —sí, su estilo de vestir lo suponía así—, sus gafas —¿se lo había imaginado con gafas?—, su cabeza pelada... —no se le había ocurrido que pudiera estar calvo.

—¿Kitty?

Sí, era su voz. Solo que ahora estaba justo junto a ella. Sintió que la frente se le cubría de un sudor frío. Tenía que dominarse. Lenta, cautelosamente, volver el rostro hacia él. Nada llamativo, apresurado, ruidoso.

—Hola, Guiorgui.

Su propia voz la dejó en la estacada. Se volvió hacia él, haciendo los mayores esfuerzos para ocultar su emoción tras una sonrisa. Su rostro, su rostro redondo e insulso, le resultó familiar. ¿Cómo podía ser? ¿Se trasladaba su voz a su presencia física? ¿Esa voz hecha cuerpo? ¡Imposible! Estaba claro que lo veía por primera vez.

—¿Y ahora, qué?

Él le brindó una dulce y protectora sonrisa. Una sonrisa que encajaba con las innumerables llamadas telefónicas que habían mantenido a lo largo de tantos años. Aquella voz aterciopelada de barítono, esa profundidad que acunaba, ni un araño, ni una cicatriz. Y tan familiar que un escalofrío le recorrió la espalda.

Olía a loción para después del afeitado, a cítricos. Necesitaría tiempo para sustituir sus imágenes mentales por su rostro real. Ahora, tenía que memorizarlo bien. Cada rasgo de su rostro.

Como ella no le respondía, él preguntó de nuevo, esta vez más en serio:

—¿Cómo me ha encontrado?

—Contraté a un detective privado. Sí, así de fácil, como en esas películas de cine negro. Un tipo así. Solo le faltaba la gabardina, pero llevaba sombrero. Y me aseguró que podía encontrar a cualquier persona, salvo que no existiera o ya estuviera muerta. Y yo le aseguré que usted existía. Que incluso vivía en la misma ciudad que yo. Sí, eso lo tenía claro, Guiorgui. Eso lo he sabido desde el principio. Pero él ha necesitado mucho tiempo. Dijo que usted era un *profesional*.

Solo entonces ella pudo echarse a reír, y la presión, esa horrible opresión

en el pecho, cedió.

—Y la última vez, se acuerda, Guiorgui, oh, Dios, tengo que habituarme a ese nombre. Nunca se me hubiera ocurrido ese nombre. Tengo que acostumbrarme a tantas cosas. Bueno, le pedí que me escribiera una carta, como en los viejos tiempos. Siempre llama desde una cabina distinta, me dijo. Así que tuve que pedirle esa carta. Y usted no me negó ese favor. Por suerte. Y entonces mi personaje de película, de alguna manera, rastreó la carta. Y le encontró a usted. No quise saber más detalles. Lo único que me importaba era su nombre. Hace dos días llegó su llamada: «Tengo a su hombre». Eso fue lo que dijo: «Su hombre». Al principio pensé que se equivocaba. Pero entonces continuó: se llama Guiorgui Alania. Trabaja en la embajada soviética en Londres, sección de Cultura. Y, de pronto, todo tuvo sentido. El viaje a Praga, y... Entonces supe que era usted. Y el resto ya lo conoce, simplemente llamé a la embajada. Lo hice, por otra parte, desde una cabina telefónica, no me atreví a marcar su número desde mi casa. Y, de hecho, había un Alania en la sección de Cultura. Y antes de que usted contestara: «¿Dígame?», yo sabía que le había encontrado. Le he encontrado.

—Lo que ha hecho es extremadamente peligroso, Kitty.

—¡Tiene que comprenderme! Mi vida... Tenía que encontrarle. Y tengo que ir a casa.

Solo entonces ella se dio cuenta de que las manos de él temblaban. También evitaba mirarla de frente. Se limitaba a una fugaz, casual mirada. Llevaba unas gafas de concha con un marco especial, con ornamentos de color marfil en las patillas. Aquellos ojos tristes detrás de las gafas. Quiso tocarle. Esa mandíbula huidiza. Esa piel pálida. Durante una fracción de segundo, parecía no controlar nada la situación, algo que nunca le había pasado a lo largo de los años, como si él necesitara protección, y también anhelara un contacto, algo que lo desbordara, que lo arrancara de su mundo.

—Nadie debe enterarse de que nos hemos visto. Pondría en peligro a otras personas. Incluyendo a algunas que son importantes para usted.

Algo en la manera en que trataba de mantener su imagen de protector la entristeció.

—Venga a visitarme. Venga a mi casa. Quiero verle. ¡Quiero conocerle!

Sin aliento, se puso en pie de un salto, incapaz de soportar su presencia física, esa voz hecha cuerpo, se dio la vuelta y se fue. A lo largo de los años había acumulado tantas palabras para él, y ahora era incapaz de pronunciar ni

una de ellas. Pero estaba segura de que ahora que por fin se había atrevido a salir de su escondite ya no volvería tan fácilmente a desaparecer en el oscuro anonimato, sino que acudiría a ella. ¡Tenía que hacerlo!

Le pediría una sola vez, una última vez, un favor, o más bien su ayuda. Le convencería. Como fuera. Con todos los medios a su alcance. (Aún no sabía exactamente cuáles eran.) No podría negarle ese único deseo.

Y cinco días después, tarde, cuando fuera ya había oscurecido, llamaron a la puerta de su casa y supo que era él. Llevaba sin pisar la calle desde su encuentro en Hyde Park. Su desvalimiento cuando ella se levantó del banco, su incapacidad para retenerla fueron para ella indicios suficientes de que ya no podría volver atrás, regresar por donde había venido. Solo con aceptar aquel encuentro, él ya había roto todas sus reglas. Ahora era el momento de crear otras nuevas.

Le recogió el abrigo. Él se limpió, nervioso, las gafas con una gamuza. Ella se perdió en actividades triviales, puso la mesita baja en el salón, acercó el carrito de las bebidas, olvidó algo, fue a la cocina, volvió, se sentó, volvió a levantarse. Él estaba mirando las fotos de los conciertos que Amy había enmarcado y colgado por las paredes, a pesar de las protestas de Kitty. Tamborileaba contra el cristal con las puntas de los dedos, se alisaba los pantalones.

Rechazó el buen whisky y pidió una bebida sin alcohol. Ella le trajo un refresco de saúco, que pareció complacerlo.

—No sé ni por dónde empezar —dijo ella, y terminó sentándose frente a él en un puf forrado de peluche.

—Yo tampoco —respondió él, e intentó sonreír. La familiaridad de su voz era tranquilizadora y a la vez la intimidaba, porque Kitty era consciente de que frente a ella se sentaba un desconocido. Tocó con los labios el vaso de whisky y clavó la mirada en Guiorgui Alania.

En este punto, Brilka, como ya anuncié, tengo que volver al pasado, al año 1942, cuando el Ejército alemán invadió la Unión Soviética y Guiorgui Alania, graduado de la Academia Militar Frunse, especialista en ingeniería y construcción naval, fue enviado a los astilleros de Amur, en el extremo oriental de Rusia, junto al mar del Japón. Así, Alania tuvo la suerte de evitar la guerra; se quedó en aquella inhóspita ciudad industrial, con temperaturas

bajo cero, rodeado de obreros demacrados y silenciosos, de rostros arrugados, que al acabar la jornada no sabían hacer otra cosa que ir a sus barracones a tomarse sus copas de destilación propia.

Mantuvo la distancia con sus compañeros. O eran mucho mayores o tenían ánimos, deseos y senderos vitales totalmente opuestos a los del joven Alania, que en su tiempo libre escrutaba las noticias que llegaban de la guerra, daba largos paseos por las tempestuosas orillas y —por lo menos los primeros años— escribía largas y emotivas cartas a su mejor amigo, Kostia Dzhashi, y leía a Julio Verne o a Mayne-Reid en su barracón, a la luz de las velas.

El trabajo no le resultaba difícil. Su cabeza operaba de manera rápida y eficiente. Siempre tenía una solución para cada problema. Lo que, con el paso del tiempo, le procuró una cierta reputación. No se le tenía en especial estima, pero se le mostraba cierto respeto. Aunque, además de su día a día laboral, siempre andaba ocupado con nuevos desafíos técnicos, actividades físicas, con la lectura y la cocina, allí, en el fin del mundo, se sentía apartado y ajeno a todo. Ya había conocido demasiado bien esos sentimientos cuando era niño, pero al lado de Kostia, durante los años de Leningrado, habían caído temporalmente en el olvido: ahora tenía que volver a acostumbrarse a esa triste condición y todo en él se rebelaba contra ella.

Siempre había sido una persona introvertida, pero los años que había pasado en el astillero —la comunicación reducida al mínimo con el mundo exterior, la falta de iguales— lo habían convertido en un ser extremadamente irritable y desconfiado. Sufría una insidiosa regresión, porque en Leningrado había sido tan distinto, sin todas esas dudas y complejos que creía superados. En Leningrado había tenido la sensación de que la energía y seguridad de Kostia, su ligereza, también se le habían contagiado a él, y le habían animado a tener más audacia, alegría y confianza. Añoraba mucho aquella amistad, quizá la única en su vida anterior que no había buscado.

En cambio, en Amur, las dudas de Alania crecieron hasta lo inconmensurable: la sensación de que no era digno de ser amado lo obsesionaba. Y esa suposición lo llevó a un fracaso catastrófico con el sexo femenino.

Parecía invisible para las mujeres. Tenía los mejores modales, era capaz de los cumplidos más finos, los regalos más bellos..., pero no servía de nada. Como mucho lo recompensaban con una sonrisa, le daban las gracias con coquetería y seguían su camino. Una única cita con una maestra de escuela, a

la que él se dirigió en el paseo del puerto y a la que llevó a la sala de cine del único teatro Pionier, terminó de manera desdichada. Cuando, en el punto culminante de la película, le puso la mano en el hombro, ella lo rechazó de forma tan abrupta, con tal repulsión, que no pudo evitar sentir asco de sí mismo.

Después de ese rechazo, no volvió a hacer ningún intento de ganarse el corazón de una mujer. Pero también le estaba vedado satisfacerse con prostitutas. Llamó a su casa a una dama rubia bien conocida en la ciudad, de mediana edad, dientes cariados, un fuerte acento siberiano y medias remendadas, y descorchó uno de los mejores espumosos que tenía guardados para Nochevieja. La mujer se embriagó y se desnudó sin previo aviso, y lo acogió entre sus piernas con un gesto tan ausente e indiferente que a él le dolió, y se vio obligado a pedirle que se fuera.

Desde entonces, solo sentía una honda humillación cuando los trabajadores del astillero se jactaban de sus aventuras amorosas. Y, con el tiempo, comprobó que le era imposible desear sin tener por lo menos la ilusión de ser él mismo deseado y necesitado. Que su nostalgia no era la del cuerpo de una mujer, sino el deseo de que ese cuerpo necesitara el suyo. Como hijo sin padre de una madre soltera, en su pueblo se habían burlado de él hasta la humillación. En las fiestas familiares advertía las miradas de desprecio de sus abuelos; no importaba lo que fuera capaz de alcanzar, no se libraba de ese eterno regusto a imperfecto, carente de valor, como si de un mal aliento se tratara. Y sabía que ese mal tenía su origen en su deshonrosa concepción.

Aquella idea le perseguía de manera obsesiva.

¿Y si era realmente un ser inferior, y si no debía su vida más que a un desgraciado *accidente*, y si su madre realmente había actuado de manera indigna? Porque, de lo contrario, ¿por qué guardaba tan terco silencio sobre su progenitor? ¿Por qué le había negado ese conocimiento, el más natural del mundo?

Le escribió una carta, en la que formulaba su pregunta sin rodeos. Tenía derecho a saberlo, no podía ocultárselo. Ya era lo bastante mayor como para saber la verdad de su concepción. No quería seguir viviendo con el estigma de *Padre desconocido*. No quería seguir llevando esa marca en el rostro, visible para todos.

Meses después le llegó la respuesta: la próxima vez que se vieran, prometía la madre, se lo diría todo cara a cara, pero no por escrito, no podía hacer eso.

Como suele ocurrir en estas historias, Brilka, también en la nuestra —o, más exactamente, en el caso de Alania— todo ocurrió de forma muy distinta. Poco antes de la toma de Berlín, Alania recibió la visita de un caballero bien vestido, que fumaba en pipa y llevaba una insignia dorada con la hoz y el martillo en el forro de su chaqueta negra. Había llegado al edificio de los astilleros con un automóvil llamativamente grande —una rareza en ese lugar— y había preguntado por Guiorgui Alania. Se sentaron en sillones enfrentados en el despacho del director de los astilleros. El elegante caballero se presentó como colaborador del Ministerio del Interior, abreviado MVD. Estuvo un rato hablando de la importancia de la cooperación política interior en estos tiempos difíciles, del agravamiento de la lucha en los frentes contrarrevolucionarios, del peligro que ahora emanaba del campo capitalista, y de lo importante —más importante que nunca— que era continuar la lucha socialista. De lo alerta que había que estar en todas partes; y, al decir esto, miró sin parpadear a Alania.

Le hizo preguntas: el caballero quería saberlo todo, desde cosas puramente personales hasta su posición respecto a las obligaciones con la patria.

—Tiene usted unas espléndidas recomendaciones de la Academia Frunse y del camarada director del astillero. Además, si estoy bien informado, en su juventud participó activamente en el Komsomol de Sujumi. Modélico, realmente modélico, camarada Alania.

El fumador asentía con la cabeza, recia como la de un toro.

—Disculpe, pero no acabo de entenderle. ¿Cómo puedo servirle, si me permite la pregunta?

Alania se sentía inseguro.

—Bueno, al partido, naturalmente, camarada, al partido. Precisamente ahora, el país necesita hombres buenos y leales a la patria, ahora que la guerra está ganada empieza el trabajo. Pensar que con la guerra ya ha pasado todo sería un error fatal. Aunque usted no está en el sindicato, cosa que podría disgustar a algunos, quizá aun así se pueda hablar en su favor.

Guiorgui estaba perplejo. ¿Cómo era posible que lo buscaran precisamente a él? Estaba confuso. Se había dejado llevar, había confiado los últimos cuatro años de su vida a su destino. Se había prohibido forjar ninguna clase de planes. Lo único que quería entender, mientras echaban el mundo a los

perros, era quién era. No tenía tiempo para el mundo, él era un enigma suficiente para sí mismo. ¿Por qué lo buscaban precisamente a él?

No tenía amigos influyentes. Su anterior obligación con la patria había sido el trabajo en el astillero. Quizá era capaz de aprender, y más rápido que algún que otro compañero, pero era el último en el que se pensaría para aventuras audaces y arriesgadas operaciones secretas. Sin embargo, ese hombre no iba a revelarle nada, si es que sabía algo. Era mucho más probable suponer que sencillamente ejecutaba una orden y lo valoraba y clasificaba para alguien.

A lo largo de la media hora que pasó con aquel misterioso caballero en el despacho del director, Alania pensó unas cuantas cosas. ¿Le daba esa visita una oportunidad de salir de aquella ciénaga? Daba igual lo que le esperase, daba igual cómo terminara aquella visita, una cosa era segura: quería salir de allí, regresar al Guiorgui que él había querido ser cuando, en el desfile final, saludaba en posición de firmes junto a Kostia.

—Estoy a sus órdenes —dijo Alania, inseguro, pero visiblemente aliviado, y pidió al colaborador del MVD que le explicara su petición con un poco más de detalle.

En mayo de 1945, Alania fue convocado a Moscú y asignado, en una reunión secreta del Ministerio del Interior, al recién formado grupo de «repatriación». En ese momento había poco más de cinco millones de ciudadanos soviéticos en todo el territorio europeo, sobre todo en el occidental. Se trataba de devolverlos a la patria y protegerlos de la propaganda enemiga. Eran sobre todo prisioneros de guerra y trabajadores forzados, el Generalísimo en persona había dispuesto que su regreso era urgente. Británicos y americanos abrieron los campos y entregaron al finalizar la guerra a unos sesenta mil ciudadanos soviéticos. Pero aún quedaron en suelo occidental los suficientes para rastrearlos, atraerlos con falsas promesas y traerlos de vuelta a la Unión Soviética, en caso necesario, por la fuerza.

En varias reuniones secretas del Ministerio del Interior, así como en la Lubianka, se discutió el peligro en el que se encontraban los exiliados soviéticos, que estaban en Europa y eran cortejados por los capitalistas o los mencheviques, pero cuyas «campañas de democratización» pagaban los norteamericanos. Se satanizaba sin tregua a la influyente organización Unión

Nacional de Solidaristas Rusos (NTS), financiada por los americanos, que colaboraba con los mencheviques en el exilio de la era postrevolucionaria.

La lucha contra esos «parásitos», así como la repatriación de los ciudadanos soviéticos «amenazados», que sucumbían a la propaganda occidental, tuvo la máxima prioridad en los años de posguerra.

A esas tareas habría de dedicarse Guiorgui Alania. Junto a sus —por quien fuera— ensalzadas cualidades y condiciones, necesitaba una formación específica para su misión, que iba a durar exactamente tres años y tendría lugar en Moscú.

Lo enviaron a la capital del socialismo, se le asignó uno de los pisos reservados a la Nomenklatura, directamente junto a la Tverskaya, y empezó su especialización secreta que, junto a los métodos que había que aprender para atraer o arrastrar a la fuerza a quien correspondiera al ensalzado Imperio soviético —métodos que, por suerte o por desgracia, desconozco—, incluía también el aprendizaje de la lengua inglesa.

En Moscú, todo cambió para Alania. Siguió sin ser un camarada especialmente querido entre los trabajadores, pero servía a una tarea superior, era un elegido, se le respetaba y se le apreciaba, a él y, sobre todo, a su impresionante capacidad de aprendizaje; vivía en una metrópoli, aunque aún no se hubiera recuperado de aquella guerra apocalíptica, y era posible encontrar determinadas damas que, previo pago o a cambio de otras contraprestaciones, estaban dispuestas a fingir para él la pasión deseada y el anhelado deseo.

Alania ya no tenía tiempo para sus sombríos pensamientos. Se trataba de ser el mejor entre los mejores. Debido a su creciente poder, con el que hasta entonces no se hubiera atrevido a soñar ni siquiera en sus fantasías más audaces y que se le había atribuido de forma tan sorprendente, tan repentina, también pudo hacer cosas buenas. Pudo rastrear el paradero de su mejor amigo, que por suerte había sobrevivido, y llamarlo a su lado, curar sus heridas y ayudarle a ser aquel en el que, de no haber mediado aquella terrible guerra, sin duda, se habría convertido.

En 1946, antes de que Alania pudiera emprender el viaje a casa repetidamente pospuesto, para el que su extensa formación no le dejaba tiempo, su madre murió de un ataque cardíaco. Aquella noticia dejó a Alania

en un estado de *shock* que duró largo tiempo. Había perdido la oportunidad de que su madre cumpliera su promesa. La punzante curiosidad acerca de su origen volvió a apoderarse de él, con insospechada vehemencia. Pidió un permiso y volvió a la provincia abjasia-megrelia.

Después del entierro, empezó a hacer indagaciones. Preguntó a los vecinos, a los parientes menos odiados, a los compañeros de su madre, de manera abierta y casi provocadora, porque su madre ya no tenía nada que perder, y él no pensaba regresar allí jamás.

Ya fuera por miedo o por ignorancia, la gente no tenía nada que contar a Alania. Algunos le juraron por lo más sagrado que su madre había guardado silencio sobre la concepción de su hijo ilegítimo hasta el día de su muerte. Pero Alania era paciente, era minucioso, y su conocimiento de los seres humanos era igual de bueno que su memoria. Con su carné del MVD, consiguió acceder al archivo de la universidad, encontró entre las innumerables fichas la que llevaba el nombre de aquella mujer que habría podido acceder a un futuro muy distinto, porque había sido la primera y, durante mucho tiempo, la única mujer en esa facultad, una pequeña sensación; pero la única aventura de su vida, en Kutaisi, había puesto fin a esa perspectiva antes de que pudiera empezar de veras.

Según sus cálculos, él tenía que haber sido concebido en aquella ciudad, así que no cedió, volvió a repasarlo mentalmente todo una vez más. Y, de pronto, su concepción en aquella ciudad dejó de resultarle lógica. Encajaba muy poco con Gulo, su querida Gulo, su «corazoncito» —a la que habían arrancado el corazón y condenado a vivir como una leprosa—, quedarse embarazada justo en los primeros días de su largamente anhelada carrera. Tenía muy poco sentido que, por una parte, optara por un futuro en la matemática avanzada y, al mismo tiempo, quisiera traerlo al mundo. Durante toda su vida no había mostrado más que desprecio hacia el otro sexo y, si lo pensaba bien, solo le excluía a él, su querido hijo.

Una fea sospecha se abrió camino en su interior, con unos contornos de repente claros y nítidos en su cabeza, absolutamente razonable, casi ineludible, algo que había estado todo el tiempo al alcance de la mano y precisamente por eso no lo había visto: no era *culpa* de Gulo, como todo el pueblo afirmaba, no había sido su ligereza y su supuesta ideología de mujerzuela capitalista la que le había destrozado la vida y había hecho de él un bastardo, no era un descuido, ni siquiera un placer, un desliz, no, tenía que

haber sido, lisa y llanamente, algo que le habían *hecho*.

¡Tenía que haber sido una violación! Aquella idea trajo por primera vez a Alania una especie de alivio, antes de que su ira se concentrase. Y ese *acto* nauseabundo cuya consecuencia era él debía haber tenido lugar poco antes de su mudanza a esa ciudad. Ella quería estudiar en Kutaisi, quería empezar una nueva vida, y nunca se habría trasladado allí, no habría luchado por una plaza con uñas y dientes de haber sabido que sus circunstancias eran otras. Porque Gulo había sido ante todo una mujer pragmática, habría sabido que con un hijo ilegítimo nunca habría tenido la más mínima oportunidad. Tuvo que haber llegado ya embarazada a la ciudad y haberse enterado de ello una vez allí. Pero, si le habían hecho algo tan espantoso, ¿por qué había guardado un silencio tan obstinado? ¿Por qué no había salvado su honor? En ese caso, él no habría pasado por ser el error cometido por una chica estúpida y ligera de cascos.

Fue a su pueblo natal, al antiguo colegio de su madre. Impresionó al director con su carné y obtuvo al fin una información útil. Porque él le remitió a su antigua maestra, que aún vivía, en un pueblo vecino. Alania pagó unos cuantos rublos a un trabajador del koljós para que lo llevara al pueblo vecino en su carromato. Allí encontró a la antigua maestra, ya casi ciega, pero al parecer aún con la cabeza bastante lúcida. No necesitó mucho tiempo para explicarle de quién era hijo. Se acordó enseguida, y vivamente, de Gulo. Qué niña, qué capacidades. Había tenido que mudarse a la ciudad, en el campo no había podido encontrar la felicidad, lástima, lástima, lástima. Pero él necesitaba hechos.

—¿Hechos? ¿Qué clase de hechos, muchacho?

La anciana pronunció aquella palabra como si le hubieran metido algo venenoso en la boca. Pero pareció mucho más despejada de golpe, y empezó a removerse en su asiento.

—Con quién tenía amistad poco antes de irse, por ejemplo, con quién tenía intimidad...

—Oye, yo daba clase a mis alumnos y no tenía amistad con ellos, no sabía esas cosas, hijo mío.

Pero la forma y el ritmo con el que la vieja dama pronunció esa frase hacían pensar en lo contrario. El trabajo para la NKVD había enseñado mucho a Alania y había dotado a su entendimiento con una especie de antena que lo captaba todo, incluso lo no dicho. Mostró su carné a la anciana, que lo

miró con los ojos entornados, al parecer incapaz de descifrar la escritura.

—¿Qué es esto, hijo mío?

—Sabe perfectamente lo que es.

—¿Y qué quieres de mí?

Esta vez dejó a un lado el «hijo mío». El miedo se infiltraba en su tenue voz.

—Usted sabe algo que yo *tengo* que saber. Usted se acuerda de algo que significa mucho para mí, y no quiere decírmelo, y a mí me resultaría muy desagradable, pero no me deja otra salida que...

—Sí, sí, sí... Está bien. No quiero problemas, mi hijo es un buen socialista, trabaja en la plantación de té...

—No la he amenazado. Tan solo necesito unos cuantos hechos.

—Está bien. Ya entonces su madre no era una chica típica. No chismorreaba, no se quedaba mirando las musarañas, sabía lo que quería y era muy ambiciosa, me di cuenta muy pronto, créame. Pero, curiosamente, se entendía muy bien con esa chica de los Lejava. Y eso que era una muñeca rubia, la antítesis de Gulo. Vestidos bonitos, escotes profundos; volvía locos a los chicos del pueblo cuando salía a pasear. Pero era la hija del camarada Lejava, el comisario de la milicia. Se entendían bien, la chica recitaba bien poemas y en el viaje a Bakú se hicieron amigas.

—¿Bakú? ¿Mi madre estuvo en Bakú?

—Fue una excursión de las juventudes del Komsomol, la recuerdo muy bien, fue una hermosa excursión, tan solo las mejores podían ir, y la chica de los Lejava vino porque, bueno... Estuvimos allí cuatro días, quizá cinco. Y...

—la mujer se detuvo, al parecer buscando las palabras, tratando de ordenar los recuerdos, de hacer retroceder el tiempo.

—¿Cuándo, cuándo fue exactamente eso? ¿Cuándo tuvo lugar esa excursión?

—Después de terminar las clases, en verano. Aquellos viajes especiales estaban reservados tan solo a los que terminaban con medalla de oro los estudios, así que tiene que haber sido después de finalizar las clases.

—¿Qué pasó en Bakú?

—No lo sé, Dios mío, soy una anciana, no estuve todo el tiempo con las chicas...

El rostro de la mujer parecía de pronto desfigurado, como si se resistiera a un recuerdo desagradable. Guiorgui sentía que se estaba acercando a la

verdad.

—Conocimos a mucha gente, nos prepararon una gran recepción.

En su rostro brillaba algo parecido al orgullo.

—¿Quién les preparó la recepción?

—Los altos comisarios, hombres del partido, muy importantes, una recepción de amistad.

—¿Los azerbaiyanos?

—Sí, y también había georgianos entre ellos.

—¿Y se bebió?

—Yo no lo permití.

—¿Y luego?

—¿Luego? Qué sé yo. Pero allí no sucedió nada, ¿adónde quiere ir a parar? Yo quería y protegía a mis chicas, y además eran hombres honorables, auténticos comunistas, ¡hombres del partido, ya se lo he dicho!

Su respiración era fatigosa, se quejó de que tenía la tensión alta. Llamó a su hijo para que le trajera su medicina. Alania se levantó. Por supuesto que ella sabía más, estaba claro que podía obligarla a decir lo que sabía, pero de pronto se sentía agobiado, quería salir al aire libre, fuera de esa estancia húmeda que apestaba a medicamentos.

—No voy a molestarla más, pero ¿sabe usted qué fue de la muchacha de los Lejava? ¿Recuerda su nombre de pila?

—Cómo se llamaba, hum, no, no me acuerdo, pregunte en el pueblo, su familia se fue hace mucho pero se la recuerda, sobre todo los hombres se acuerdan de ella, puedo asegurárselo. Hasta donde yo sé, se trasladó a Batumi.

Guiorgui Alania se quedó un rato en medio de la polvorienta carretera; como tantas veces le sucedía cuando estaba nervioso, tenía las palmas de las manos húmedas y le dolía la cabeza. Sentía el carné en el bolsillo del pecho como si fuera un chaleco antibalas, se encontraba bien, le daba la sensación de no tener que pedirle ya nada a nadie.

Alania fue a Batumi, acudió al comisariado local, presentó su carné sin más comentarios y esperó a que le dieran información sobre la camarada Lejava. A lo largo de los últimos días, había tenido a menudo oportunidad de convencerse de que el efecto que su carné producía en la gente le ahorraba

mucho tiempo y mucho esfuerzo.

—¿Nuestra Nelly?

—¿Nuestra Nelly? —preguntó confundido Guiorgui.

El caballero compuso una sonrisa un tanto torcida y alzó las cejas con aire significativo, como si quisiera indicar a Alania que la persona de la que le iba a hablar era en extremo encantadora.

—Es parte del colorido local, se podría decir. Una dama, ejem, conocida. Vive en la gran casa blanca que hay justo pasada la primera salida, detrás del Museo Arqueológico. Y es capaz de ver el futuro, tenga cuidado, guárdese de...

El funcionario sonreía, sarcástico.

—¿Ver el futuro?

—Sí, sí, en los posos del café. ¡Y cómo!

Alania interrumpió la desagradable conversación que amenazaba con extenderse, dio las gracias y fue en autobús a la colina verde, a lo largo del mar oscuro y oleoso, que de pronto le puso sentimental, despertó los recuerdos de su infancia y le hizo echar de menos a su madre con una emotividad abrumadoramente física.

Era imposible no ver la casa. La época de su construcción todavía recordaba la fase esperanzadora en la que los Rothschild y los Nobel coqueteaban con el Cáucaso, cuando se estaban planificando los Grand Hotel y los barcos blancos procedentes de Europa podían anclar en el puerto local sin grandes impedimentos ni aranceles. La antigua opulencia de la casa había sobrevivido al gusto bolchevique, pero el tiempo había sido duro con ella. Árboles de bambú de finas ramas la protegían de las miradas ajenas. Alania cruzó con cuidado la alta y oxidada puerta del jardín. Unos niños pequeños corrían detrás de una pelota. Detuvo al mayor de ellos y le preguntó por la camarada Lejava. El chico, molesto porque interrumpían el juego, se limitó a señalar hacia arriba con el dedo.

Alania entró por la puerta de madera, abierta, llegó a una escalera alicatada en mármol y subió los peldaños. La escalera no estaba saneada, del techo goteaba agua de lluvia y formaba charcos grisáceos en varias esquinas. Al llegar arriba del todo encontró una puerta de madera con pintura verde descascarillada, y se detuvo. ¿Debía dar la vuelta? ¿Levantar la mano y llamar? ¿Sabía la verdad sobre él? ¿Qué pasaba si esa mujer no tenía nada nuevo que contarle? Llamó.

Pasó un rato hasta que oyó una voz profunda de mujer:

—¿Qué diablos ocurre ahora? ¡No tengo harina! No cocino, tampoco tengo cebollas, y además yo no vivo aquí, ¿cuándo vais a entenderlo de una vez?

Llamó de nuevo, oyó pasos apresurados detrás de la puerta, que por fin se abrió, acompañada de una larga letanía de maldiciones.

Delante de él estaba una, bueno, aparición. Una mujer alta, robusta, con un impresionante torso, unos hermosos y espesos cabellos rubios recogidos en un moño perfecto. Llevaba una combinación de color ensalada y los pies desnudos.

Su rostro permitía intuir una vida intensa, sus labios estaban pintados de púrpura, disimulaba con polvos las profundas ojeras, lo que le daba un curioso aspecto similar al de una muñeca.

Pareció sorprendida, lo que menos esperaba era a un joven desconocido.

Y, por primera vez en la vida de Alania, sucedió un milagro: la expresión ofendida e irritada de aquella mujer dio paso a una sonrisa irresistible. Se tiró del escote, se alisó la combinación en las caderas y soltó un prolongado y felino:

—¿Qué puedo hacer por usted?

—He oído decir que lee los posos del café... —murmuró Guiorgui Alania, completamente desbordado por la situación, y que ya empezaba a sudar.

La mujer abrió la puerta un poco más, se asomó a la escalera y lo metió en el piso tirando de la manga de su chaqueta.

Como todo el edificio, también esa vivienda recordaba tiempos mejores: restos de papel pintado colgaban más que cubrían las paredes; un grifo instalado de forma absolutamente inadecuada en mitad del salón goteaba sin cesar; y en cambio el techo estaba decorado por una gigantesca araña que hubiera encajado mejor en una sala de teatro que en aquella oscura y húmeda vivienda, con incontables *souvenirs* polvorientos y sombrereras apiladas en todos los rincones.

—¿Quién te ha enviado? —preguntó ella, y le señaló un sitio junto a una mesa sin mantel, redonda y repleta de cosas.

—Una conocida.

—Una conocida. Vaya. Normalmente te habría echado a la calle por darme una respuesta tan necia. Pero no pareces uno de *ellos*. Sé en quién puedo confiar y en quién no. Sé leer en los rostros como en los posos del café. Pero espero que tengas claro que los dos podríamos meternos en un aprieto si

cuentas algo acerca de mis dones. Estoy sometida a una especie de arresto domiciliario, me vigilan, sencillamente no me dejan en paz. ¿Qué les he hecho? ¿A quién molesto?

Su cuerpo entero, sus ojos, su boca coqueteaban con él, se inclinaban hacia él, no retrocedían ante su evidente inseguridad, su miedo, no, y todo aquello incluso le atraía, le animaba a mirarla, a adorarla. Una desconocida satisfacción se abrió paso en su vientre. Toda su vida anterior le parecía inconcebible sin esa inclinación, sin ese mágico favor, esa sensación.

Ella fue hacia una cocina empotrada, protegida por un biombo, y empezó a hacer café. El exquisito olor se extendió por toda la vivienda, como si quisiera enfatizar aún más la dicha de Alania. Cuando volvió con el café, llevaba unas zapatillas con un bordado de flores que, por algún motivo inexplicable, lo sumieron en un estado de éxtasis (¡porque se las había puesto por él, había velado para él sus pies descalzos!).

—¿Qué quieres saber? —preguntó, metiendo un cigarrillo sin filtro en una boquilla.

«¡Quién violó y dejó embarazada a mi madre!» En su confusión, casi estuvo a punto de escapársele, pero se contuvo a tiempo y murmuró:

—Se trata de mi carrera profesional, y...

—Veamos. ¿Cómo te llamas?

—Guiorgui.

—Bien, Guiorgui, *genacvale*.^[5] Acábate el café, pon la taza boca abajo en el plato y déjala ahí, y luego pasa el dedo por el borde en el sentido contrario a las agujas del reloj y haz tu pregunta, pero no la formules, tan solo concéntrate en lo que quieras saber. Aunque no podré hacer nada si tienes la mente bloqueada.

—Bien, claro, entiendo.

Alania asintió como un niño de primero al que le dictan los deberes.

Trató de concentrarse, pero lo único en que podía pensar era en la atención que le dedicaba, su aroma dulzón, algo cansado, que le llegaba a la nariz. Rozó los posos del café con los dedos, puso la taza en el platito.

—¿A qué se refería con arresto domiciliario? —preguntó, para romper de alguna manera el incómodo silencio que se había producido mientras los posos se secaban.

—Bueno, ¿qué significa eso? Que he sido una niña mala y unos cuantos señores están enfadados conmigo. He caído en desgracia, se habría dicho en

mi juventud. ¿De dónde vienes, Guiorgui? —preguntó ella, y dio por fin la vuelta a la taza.

—De Kutaisi —mintió.

—¿Y dónde te has dejado tu acento?

Alania sintió su desconfianza.

—Vivo en Rusia. Hice mi formación en Leningrado y ahora trabajo en Moscú.

—Ah, eso está bien. Así que un señor importante. ¿Qué te ha llevado a tu antigua patria?

—La muerte de mi madre —se le escapó.

—Qué horror. Mi más sincero pésame. Siempre es difícil que la propia madre... Aunque la mía estuvo enfadada conmigo hasta el último día de su vida.

Se quedó mirando la taza sucia como si leyera una carta en ella, una carta encriptada.

—¡Aquí está! Veo mucho elogio y reconocimiento. Estás en el mejor de los caminos, Guiorgui, *genacvale*, sí, sí, continuarás escalando hasta la cima de la escalera, pero algo te pesa en el corazón, ¿eh? Vacío y triste. ¿Por qué, Guiorgui? ¿Por qué? Tan joven, tendrías que celebrar la vida. El tiempo no regresa, las oportunidades desperdiciadas no vuelven a ofrecerse. En vez de eso, tú estás preocupado. Veo un largo camino. Seguramente un viaje. Un largo pero fructífero viaje. Llegarás, sí, allá donde tú quieras. Pero tienes que llenar tu corazón, Guiorgui, de lo contrario nunca será suficiente. Da igual lo que venga, lo que se te diga, da igual qué medalla te prendan al pecho, tu corazón está terriblemente vacío.

—¿Y mi madre...?

—No, la pena por tu madre, que en paz descansa, no es la única culpable de tu vacío, ¿no es verdad, Guiorgui?

Cómo pronunciaba su nombre, como si hubieran mezclado miel con su voz, quería que siguiera hablando así para siempre, que le hablara de forma interminable. Y ella le contó muchas de las cosas que supuestamente le preocupaban, lo que echaba de menos y lo que anhelaba, se mantuvo ambigua, se perdió en alusiones, y sin embargo él tenía la sensación de que le conocía e incluso veía en su interior como nadie antes. Ya no pudo contenerse, algo le sobrevino, algo que era más grande que él mismo, más grande aún que su eterna pregunta, su hilo conductor, y se echó a llorar, a la

vez que se avergonzaba de esas lágrimas que brotaron de golpe, sin previo aviso. Ella le puso la mano en el hombro, le acarició la cabeza y repitió con su voz sanadora palabras de calma.

—Está bien, pobre, pobre Guiorgui, oh, Dios, ese corazón tan vacío, tenemos que cambiar eso a toda prisa, tienes que cambiarlo, tan solo, tan perdido, tenemos que cambiar eso, Guiorgui, *genacvale*.

¡Nosotros! Aquella sencilla palabra parecía un encantamiento. Por fin la miró, algo en la manera en que le consolaba le animó, y se atrevió a besar la mano que reposaba sobre su hombro, ella le acarició la cabeza, él se levantó, era un poco más bajito que ella, pero tampoco eso pareció molestarla. ¿Retrocedería ella, debía él avanzar? ¿Superar todos sus límites y darle directamente un beso en los labios rojísimos? Ella le tocó, él había llevado su mano hasta sus labios, no podía hacer otra cosa que celebrar aquella fiesta hasta el final. Apoyó la cabeza en su clavícula y ella no retrocedió, abrazó su blando talle, ella le sonrió, no se avergonzaba de él. La besó, y ella respondió a su beso.

Poco después yacían en la ancha cama, que descansaba sobre pilas de pesados libros, con el colchón lleno de agujeros. Él le levantó la combinación con una mano, como si fuera la cosa más natural del mundo, como si lo hubiera hecho ya mil veces. Ninguna lucha, ningún vergonzoso tormento en el intento de desnudar un cuerpo femenino, de aproximarse a él. Y así, aquella tarde, Guiorgui Alania iba a acariciar, con lentos y meditados movimientos, desprovisto por completo de vergüenza, seguro de sí mismo, la felicidad que le daba la novedosa sensación de ser realmente deseado. Deseado y anhelado. Quizá, aunque pareciera imposible —él mismo lo sabía en aquel momento—, incluso lo había esperado. Se dejó acoger con tanto placer. Se sentía libre, como si flotara, como si ni siquiera las leyes de la gravedad pudieran nada contra él, como si fuese capaz de volar.

Cuando entraba la tarde se levantó de aquella cama, era un hombre nuevo, como renacido, seguro de sí mismo y resplandeciente, una cabeza más alto. Nelly volvía a sentarse a la mesa redonda, de nuevo con su combinación, y repartía las cartas. Él se vistió con cuidado, sin perder de vista a su nueva amada, todavía perplejo ante su felicidad.

—Debo decirte que estoy bajo una vigilancia bastante rigurosa. He tenido que ceder a esas ratas todo el piso, salvo esta habitación. Si me descubren recibiendo visita masculina, me echarán también de este agujero. Por eso,

creo que ahora lo mejor es que te vayas, Guiorgui, *genacvale*.

Lo dijo sin levantar la vista de sus naipes.

—Sí, claro. Pero me gustaría volver a verla.

—Seguramente se pueda hacer. Pero he de tener un poco de cuidado, ya me entiendes.

—Sí, entiendo. Pero si puedo dejar caer unas palabras a su favor en el comisariado...

—¿Lo harías?

—Lo haría si me permite volver.

—Les contarás lo bien que hago mi trabajo, ¿eh?

En su voz resonaba de pronto un punto de amargura. La dulzura de miel había desaparecido por completo.

Él ni siquiera volvió a acercarse a ella, no quería molestarla, aunque le hubiera gustado darle un beso. Se detuvo indeciso, totalmente vestido, junto a la puerta, esperando que ella le acompañara fuera.

—¿Cuándo podré volver?

—La semana que viene, quizá —se encogió de hombros—. Pero Guiorgui, escucha, no quiero ser descortés, pero lo de los posos del café... Tengo que vivir de algo, sabes. Me gustas y no te diría esto si fueran otros tiempos, pero...

De repente, el notó cómo un frío gélido invadió su cuerpo. Le habría dado todo, lo habría puesto todo en movimiento, se la habría llevado a Moscú, incluso había pensado en eso mientras yacía en sus brazos, ¡pero esto! No podía pedirle dinero.

—Sí, claro, claro, me olvidaba.

Y dejó todo el dinero que llevaba encima de la pequeña cómoda junto a la salida.

Si Alania hubiera sabido que Nelly, esa mujer que en otro tiempo soñaba con hacer carrera en el teatro, ya había concedido aquella dicha a muchos hombres, que su juventud y su antaño orgullosa belleza habían sido el precio por no tener que trabajar nunca en una oficina pública, que en el pasado había tenido hermosas joyas, sombreros y vestidos, un palco en el teatro y un automóvil y, como contraprestación, siempre esperaba hasta que los hombres decidían dejar a su familia durante una o dos horas para visitarla; si hubiera

sabido que había renunciado a su propia familia, que había escogido la soledad como su más fiel compañera y se había dejado tirar como basura en cuanto se cansaban de ella, que había tenido que soportar indecibles insultos, parrafadas de odio y miradas de desprecio; si hubiera sabido que durante los últimos cinco años, después de fallecer su más duradero e influyente padrino, el señor fiscal, había salido a flote leyendo los posos del café, bordando y pidiendo préstamos ilegales; si hubiera sabido cuánto le hubiera gustado cambiar todo aquello por otros recuerdos. Sí, si hubiera sabido que la borrachera de Nelly, su desliz y su caída aquella noche habían provocado que él fuera engendrado contra la voluntad de su madre. Si hubiera sabido todo eso, a pesar de sus atenciones, de su pasión, de su fingido consuelo, ¿se habría quedado, con la embriagadora esperanza de ser quizá querido? Probablemente nunca tendré la respuesta a esa pregunta, Brilka.

El derecho a una vida fracasada es intocable.

EL GENERALÍSIMO

Amanecía, fuera empezaba a lloviznar. El cielo estaba cubierto de nubes con formas animales. Kitty había hablado mucho y con detalle de sí misma, de su sensación de haberse convertido en un personaje sin cordón umbilical, sin vínculos, sin deseos, flotando en el aire como un globo solitario escapado de las manos de algún niño en un cumpleaños.

Antes, él también había hablado mucho, asombrosamente mucho. Le parecía que hacía siglos que no hablaba tanto. Se sentía ingrátido. Libre de miedos.

Quería que el tiempo se detuviera, exactamente igual que entonces, en aquella pequeña vivienda abuhardillada de Nelly, que tal vez habría podido proporcionarle un conocimiento liberador y, en vez de eso, le había dado una decepción incurable para que le acompañara en su vida.

Le hacía tanto bien poder verse un rato a través de los ojos de Kitty. Y quizá incluso su visión de él fuera cierta. En parte al menos. Tal vez durante todos aquellos años en los que habían mantenido largas conversaciones

telefónicas, él había aprendido a ser mejor de lo que en realidad era. Para ella. Para su voz. Para su libertad, para su paz espiritual. Porque ella lo merecía. Nunca había dudado de eso. Ella no lo había decepcionado.

Sí, claro que quería quedarse con ella, detener el tiempo. Aún le sorprendía que ella le hubiera localizado, sin tener muy claras las consecuencias de aquel encuentro. Inseguro acerca de hasta dónde podía dejarla entrar en su vida. Y sin embargo, cuánto odiaba, cuánto había odiado durante todos aquellos años, que ella pensara que no lo hacía por miedo a perder su posición. Cuánto le hubiera gustado explicarle que no se trataba de él, sino de ella, de su seguridad.

Y cómo le gustaba mirarla. Durante todo el tiempo, una vez superado el miedo acumulado durante años a su cuerpo, ese cuerpo al que su voz pertenecía. La veía en carne y hueso, como entonces, la única vez, hacía mucho, de la que ella ya no se acordaba. Sin duda, su memoria había borrado aquella imagen, aquel recuerdo. El recuerdo de aquel encuentro casual en la pequeña y adormilada ciudad, no lejos de la estepa, en aquella estación vacía, cuando él le había entregado el paquetito de su hermano, desdichadamente enamorado, y le había pedido que se quedara con él hasta que llegara su tren para seguir su viaje a casa. Pero quizá era mejor así. Mejor para ella. Él siempre había tenido una memoria fenomenal, precisamente esa memoria lo había convertido en un miembro insustituible del servicio secreto. Y esa memoria había prendido, retenido para siempre la imagen de la escolar que ella había sido en otra vida, en otra era, en otro mundo. Se había acordado de aquella imagen, se la había imaginado mientras oía su voz, hasta que sus fotos aparecieron en la prensa, hasta que incluso pudo verla una vez, entre el anonimato de la masa, durante uno de sus conciertos.

Le gustaba su manera de gesticular, las arruguitas de su boca al reírse, su mímica, su leve olor a crema para bebés y ese algo de desorientada, de desplazada, que emanaba, incluso entre las cuatro paredes de su propia casa parecía una invitada, como si no hubiera aprendido a aceptar como propio ese lugar, ese idioma, esos objetos, incluso aquellas ropas.

Él había hablado de su trabajo, aunque se había propuesto no hacerlo. De todas las sombras que le perseguían, de todos los rostros que se habían grabado en su piel como tatuajes invisibles. Ella había callado y bebido whisky, mientras él seguía dando sorbitos a su vaso de limonada.

Más tarde había hablado de Leningrado, de la academia y de Kostia. Su

voz vibraba siempre cuando rememoraba aquel tiempo feliz. Todavía, después de tantos años, lo que había sucedido desde entonces no había hecho palidecer aquella dicha.

Alania nunca se había casado, aunque había tenido oportunidad de hacerlo. Algunas mujeres se habían mostrado impresionadas por sus posibilidades, por sus conocimientos, por su poder, por su rapidez, por su sutil, fina, casi cortés brutalidad. Habría podido engañarse, habría podido interpretar esas aspiraciones como amor y ponérselo fácil. Pero había jurado fidelidad a una mujer, y siempre mantuvo su promesa. Esa mujer estaba sentada ahora frente a él. Los burdeles de Londres habían sustituido lo que la voz de Kitty no había podido darle. Siempre le había parecido lo más fácil. Compraba ilusiones, cercanía durante algunas horas, y con el tiempo había aprendido a confiar en esas ilusiones. Buscaba prostitutas cultivadas. Las llevaba a cenar, a veces salía con ellas, a veces les hacía regalos. Ellas le querían y él las quería a ellas, porque sabían mentir. Mejor que la mayoría de las damas honorables.

Las mentiras tenían un papel importante en su vida. A lo largo de sus años londinenses, Guiorgui Alania había encontrado y repatriado con sus propias manos a multitud de personas, que le seguían de manera voluntaria o forzada, a las que atraía con falsas promesas. Mientras, gozaba de gran reputación en la central de Moscú y era, hasta cierto punto, intocable.

Sí, había mantenido su promesa, siempre las cumplía. Pero en este caso lo había hecho con especial celo, con especial convicción. Lo había puesto todo en juego. A menudo había temido que todo saltara por los aires, que no lograra protegerla; esa promesa había exigido mucho de su parte, y sin embargo, con qué gusto la había mantenido. Por ella. Por lo único sagrado en su vida.

Al principio lo había hecho por Kostia, por lealtad a él, pero luego había tenido que admitir que Kostia ya no representaba un papel decisivo en el deseo de seguir estando ahí para aquella mujer incorpórea, para aquella voz. Había vivido durante años como una sombra, pero ahora estaban sentados el uno frente al otro, se contaban su vida, expresaban los más íntimos pensamientos y deseos, se confesaban cosas personales como si fueran dos viejos amigos que celebrasen juntos cumpleaños y bodas, que llorasen juntos a personas, que hubiesen recorrido una vida en común.

Se acordó del día en que comprendió que ella ya no necesitaba su

protección y era libre, el día en que oyó su primera canción por la radio. Lo había conseguido, la había vuelto *intocable*.

Y ahora, por ella, había tirado por la borda todas las reglas, despreciado las medidas de seguridad, lo había arriesgado todo para proteger lo que durante tantos años le había parecido de una importancia inconmensurable. Había admitido que ella diera con él, y para ella había sido un juego de niños derribar su castillo de naipes... y poner en peligro su vida. Pero incluso eso le daba igual ante su cercanía física. Que le sorprendieran, que desenmascarasen su doble vida, no tenía la más mínima importancia si podía poner rostro a esa voz.

La noche se acercaba peligrosamente al día. Y el día sería distinto a todos los anteriores de su vida. ¿Quién sería cuando saliera de esa casa?

Kitty respiró hondo y se estiró como una gata satisfecha en el sofá.

En otro mundo, un cuerpo pesado e hinchado se volvía de costado. Un hombre barbudo, envenenado por el alcohol y los errores, despedazado por una pérdida indecible, escarnecido por su propia impotencia, incapaz de hablar, emitía un sonido animal.

En ese mismo mundo, incluso en la misma ciudad, una mujer delgada y pelirroja se incorporaba en el colchón, junto a ella yacía una joven desconocida de cuyo nombre ya no se acordaba. El veneno había perdido su efecto, le dolía la cabeza, y el cuerpo, pero la inteligencia estaba despierta y se quejaba, furiosa, le daba a entender que había fracasado, que había perdido a alguien y no estaba a la altura de aquella pérdida.

—Tiene que ayudarme. Si no viajo a Tiflis perderé el juicio. Ese sentimiento me paraliza, me vuelve loca. Ya no puedo pensar en nada más. Tengo que volver. No sé lo que me pasa, durante años he podido mantener a raya todos esos sentimientos y recuerdos, pero no puedo, ya no. Voy a ir. Tengo pasaporte británico, pero... Ayúdeme.

Kitty lo dijo en voz baja, monótona, como una oración que se repite una y otra vez.

—¿Qué espera conseguir con eso?

—No lo sé, solo sé que tengo que hacerlo. Es lo último que voy a pedirle.

Se lo prometo, Guiorgui. Oh, Dios, me resulta tan raro decir su nombre.

—No sé si quiero que nunca vuelva a pedirme algo. Pero su deseo supera mis competencias.

La noche se fundía en una bola que se quedaba atascada en la garganta. Eran como dos acróbatas caídos de su cuerda, gente de circo que había tendido su carpa a todos los vientos.

El estómago de él se contrajo, como en una montaña rusa, de emoción y de miedo. A todo lo que podía venir. Le hormigueaban las piernas. Conocía la respuesta a la pregunta que ella no se atrevía a hacerle, la había llevado en la punta de la lengua todos aquellos años, sin ser él mismo consciente de ella. La respuesta a la pregunta de por qué durante todo ese tiempo se había encargado de que siguiera con vida, de que estuviera allí. Pero aún no podía decirle que ella era la relación más constante de su vida, sin duda incorpórea, pero aun así la más duradera.

Por un momento se estremeció: si ella ya no le necesitaba, si ya no dependía de su amistad, ¿qué sería de su vida? ¿Cómo podría escapar a la definitiva glaciación? No, quería que ella le pidiera ayuda, que le pidiera aún muchos favores.

—Yo tenía diecinueve años. Quizá todavía dieciocho. Como fuera, aún estaba en primer curso de la Academia Frunse. Iba en tren hacia la costa del mar Negro. Kostia me había dado un paquetito para que se lo hiciera llegar a su madre o su tía, y acepté dar un rodeo porque me dijo que su hermana...

Kitty alzó la cabeza, repentinamente atenta, y le miró incrédula, como si despertara de una larga hibernación.

—... estaba en casa de su abuelo, y quizá pudiera darle a ella el paquetito para que lo reenviara a Tiflis. Por alguna razón, aquel paquetito era muy urgente. Todavía me acuerdo: lo preparó con tanto cuidado. Bueno, acepté con gusto dar aquel rodeo, porque sentía tanta curiosidad por la familia de Kostia, por su hermana...

Kitty le miró perpleja. Su frente se llenó de arrugas. Su memoria buscaba las piezas que faltaban en el puzle.

—Era el día de su cumpleaños cuando me reuní con usted en la estación. Incluso recuerdo que la felicité. Le envié un telegrama.

—Oh, Dios, era usted —susurró Kitty.

—Lo recuerdo como si fuera hoy. El vestíbulo de aquella estación. No sé por qué, pero estaba nervioso. Iba a conocer a la hermana de Kostia, iba a

tener otro punto de vista sobre él, a saber más de él, no sé lo que esperaba. De verdad que no lo sé. Y entonces la vi a usted. Llevaba aquel indecible uniforme escolar, pero sin mandil. Y el cabello revuelto. Le caía por el rostro. Parecía agitada cuando llegó, y tan distraída, y yo quería hablar a toda costa con usted. Sentía tanta curiosidad. Quería saber tantas cosas, saber cómo se llega a ser como Kostia, por qué, qué clase de familia tenía que ser aquella de la que venía... Y la encontré a usted. Usted dijo que aún tenía mucho que estudiar, y estaba impaciente, yo casi no podía contener la decepción, pensé, no puede ser verdad, he dado un rodeo como este, por qué, solo para estos minutos en este estúpido vestíbulo, para conocer a esta estudiante que ni siquiera me mira, y entonces... Me enfadé. No sabía qué decir, y entonces usted me cogió el paquetito y se fue. Estaba abatido, y pensé: esto es así, siempre es así, la gente, sobre todo las mujeres, miran a través de mí, por qué iba a ser diferente esta vez. Pero entonces usted regresó al vestíbulo y me sonrió, radiante. Sí, sí, no exagero. No me mire así. Estaba usted tan llena de vida. Recuerdo con cuánta frecuencia Kostia se enfadaba al hablar de usted, contando lo rebelde que era. Y, de pronto, me pareció maravilloso que lo fuera.

»Más tarde me acompañó usted al tren, y me despidió con la mano. Sí, me despidió con la mano. Ya había oscurecido, y yo bajé la ventanilla, me asomé, casi saqué medio cuerpo fuera, y usted estaba allí, todo el tiempo, se quedó allí esperando, y por un breve instante me creí un chico que está despidiéndose de su novia. Un chico enamorado al que una chica enamorada hace señas de despedida. Eso bastó. Para mucho, mucho tiempo.

Kitty guardó silencio, pensativa, miró fijamente su vaso vacío, luego otra vez al suelo, no se atrevía a mirarle de frente. Luego se volvió hacia él y lo agarró por los hombros, apoyó la frente contra la suya y se quedó así.

Sí, desde ese momento las cosas iban a cambiar, Alania lo sabía, después de haber dicho todo eso. Gravemente. No sabía si para bien o para mal, pero lo admitiría, lo admitiría, porque enfrente de él se encontraba la única mujer que le quería.

*Hoy tengo que hacer muchas cosas:
Tengo que borrar por entero los recuerdos.*

Tengo que convertir mi alma en piedra.

Tengo que aprender a vivir.

¡Tengo que aprender de nuevo!

ANNA AJMÁTOVA

El avión tomó tierra una mañana insulsa y sombría. Parecía como si en las nubes se hubieran concentrado todos los espíritus que se alegraban con el mal ajeno y sintieran una salvaje alegría al sacar la lengua a todos los que llegaban.

Le había prometido que iría a recogerla. Le cubriría las espaldas si desfallecía, tendería para ella una red de plumas y la haría aterrizar con suavidad en ellas o, sencillamente, desplegaría las alas y la sacaría volando de allí si sentía que era una trampa, y, si se ahogaba, iría a darle aire.

Le había prometido todo eso durante los largos meses de verano en Londres y en su casa de Seven Sisters, que finalmente Kitty había visitado en medio del bochornoso calor de julio... en su compañía.

Habían sido días llenos de palabras reencontradas. Ella había tenido la sensación de estar a salvo, no en un sentido físico, sino en uno mucho más profundo, como si la realidad anterior a aquel encuentro hubiera sido tan solo un telón quebradizo, como si ella siempre hubiera desconfiado de ese telón y ahora hubiera aprendido por fin a verlo a sus espaldas. Una realidad detrás de la realidad. Palabras tras las que había ejércitos enteros de palabras. Frases que arrastraban consigo innumerables más, y no se perdían en el vacío y la insignificancia.

Desde aquella noche interminable, que aún duraba, desde mucho después de que saliera el sol, su primera noche sin teléfono y sin limitación de tiempo, nunca hablaba de su trabajo. Lo que tenía que ocultar no era hermoso, aquello de lo que no quería hablar, lo que le atemorizaba, y tampoco ella quería poner en peligro el frágil edificio que de pronto ambos estaban dispuestos a construir. Tan solo quería que él se quedara. En su vida. En su cercanía. A veces se preguntaba si estaba dispuesta a aceptar todos sus secretos, como premio a sus años de lealtad. Pero tenía miedo, no quería saber qué precio había pagado para protegerla. Paradójicamente, lo que más la asustaba era su decisión de quedarse con ella. ¿Por qué dejaba a un lado todas sus medidas de

precaución, sus principios, sus normas de seguridad estrictamente reglamentadas, los acuerdos conforme a los cuales funcionaba su realidad, y contraía un riesgo inconcebible? ¿Cómo es que no temía que su doble vida corriera el riesgo de terminar en una mazmorra? ¿Que su cuidada puesta en escena pudiera revelarse un vodevil?

No le preguntaba. Simplemente, lo aceptaba. Siempre que él viniera a verla, siempre que decidiera que había llegado el momento de acudir a su lado y quedarse. Tan solo se mantuvieron las medidas de seguridad formales, obligatorias: la noche se convirtió en su día. Nunca salían juntos de la casa. Nunca se veían en público. Iban en trenes distintos de la ciudad a su *cottage*. A veces, cuando lo veía preparando una tortilla o revolviendo en su colección de discos, el miedo la inmovilizaba. La idea de que pudiera volver a desaparecer la paralizaba. Y también la idea de hasta qué punto era imposible una normalidad en común. Y a veces, cuando él se apartaba de ella, cuando insistía en ir a pasear solo, o eludía hábilmente una pregunta, como una anguila, pensaba que para ella sería insoportable vivir, imposible, si llegaba el momento en que lo despreciara. Por las cosas que él había hecho, por lo que él encarnaba, por lo que le ocultaba.

Pero entonces se consolaba con los más espantosos pensamientos, esos que llevaban persiguiéndola toda su vida y que antes tanto había intentado ahuyentar: el recuerdo del crimen, Mariam y la vivienda oscura de la montaña de Mtatsminda. En esos momentos aceptaba sin resistencia que era una asesina, y se decía a sí misma que ella, una asesina, una traidora, no tenía derecho a despreciar a alguien, daba igual lo que ese alguien pudiera haber practicado o hecho.

Nunca se tocaban. Él no parecía acostumbrado a la proximidad física, lo desbordaba.

Para ella estaba bien así. Ella también tenía que reaprender la intimidad, si es que algún día volvía a admitirla. En Seven Sisters había días llenos del rumor del mar y largos y húmedos paseos. Días repletos de frases que saboreaban como caramelos. Allí volvió a asaltarla, después de mucho tiempo, la necesidad de coger su guitarra y crear algo nuevo. Y, cuando él se iba a Londres y la dejaba sola, ella desenchufaba el teléfono y se sentaba en el alféizar de una ventana, y sacaba nuevas melodías de su interior. Siempre tenía lista la limonada de saúco para él en la nevera. Durante aquella época aprendió a controlar los recuerdos de la mujer pelirroja, a no dejar que le

arruinaran el ánimo. Porque las cosas estaban bien como estaban.

Entonces, una tarde, él vino de Londres, se plantó en la cocina como un niño pequeño que se ha superado en osadía y la miró radiante.

—Creo que he encontrado una solución. Al menos eso espero.

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella irritada.

—Creo haber encontrado un camino para poder llevarla a Tiflis —sonrió, con esa manera desesperada que, por alguna razón, siempre la entristecía—. He hablado con su mánager. Le he explicado que en Tiflis estarían interesados en un concierto suyo, pero que la petición tiene que partir de usted. Al principio pareció sorprendida, pero reaccionó bien y dijo que seguramente usted se alegraría de poder volver a viajar a su patria. Acto seguido, le expliqué con todo detalle a quién tenía que llamar y qué tenía que decir para que no hubiera ninguna sospecha, y luego ella llamó a nuestra embajada y solicitó dar un concierto en Tiflis. Como una especie de señal de paz por ambas partes. Eso fue hace cinco días, y después me reuní con la sección de Cultura hasta medianoche. Hablé con el embajador, y él llamó a Moscú. Tiene usted que saber que es conocida en la Unión Soviética. Sobre todos los jóvenes oyen sus canciones. Desde *Replacement* y la foto de Praga es usted muy popular allí. Así que han estado pensando y han llegado a la conclusión de que no sería ninguna tontería aprovechar esta vez la oportunidad en beneficio propio. Hacer en esta ocasión una hermosa foto de usted en su ciudad natal, como un gesto conciliador, por así decirlo, un signo de que usted no tiene nada en contra de la Unión Soviética, de que lo de Praga fue más bien un tonto malentendido. Ellos necesitan esos gestos de reconciliación, precisamente de cara a la juventud necesitan pruebas de que no somos monstruos.

Ella le miraba incrédula todo el tiempo, incapaz de digerir a esa velocidad la información que le estaba dando, incapaz de creer que su deseo de volver iba a convertirse en realidad pronto.

—¿Y qué pasa con usted? —preguntó ella más tarde, durante la comida.

—¿Qué tendría que pasar conmigo?

—¿Vendrá?

—Mi plan es el siguiente: a Amy no le darán permiso de entrada, es demasiado británica, demasiado capitalista para eso, y no sabe mantener la boca cerrada. Si nada se interpone, usted me transferirá *in situ* las funciones de Amy. Si lo autorizan, seré su asistente oficial durante las dos semanas que

pase allí.

—Si supieran que ya lo es desde hace veinte años...

El pasado se acercaba, intimidatorio, a la misma velocidad que el avión de Aeroflot lo hacía al presente.

Tenía las piernas hinchadas. Los puños apretados. Bajo las axilas se le formaban manchas de sudor en la blusa blanca. Cerró con fuerza los ojos y trató de controlar su respiración. Curiosamente, justo ahora no pudo evitar pensar en Fred. Ahora que estaba más lejos de ella, y a cada kilómetro se alejaba más. Pero no podía evitar imaginar cómo vería, sentiría, viviría Fred el país que también a ella se le había vuelto ajeno, después de más de dos décadas de ausencia. ¿Dónde estaría en ese momento? ¿Qué haría? ¿La protegería alguien, o ya habría agotado a todos sus ángeles guardianes? Apretó la frente contra el asiento que tenía delante. Había hecho escala en Moscú y había tenido que soportar varios controles, aunque aún tenía por delante la mayor prueba.

Pero él estaba ahí. Había volado a su patria diez días antes que ella, para organizarlo todo *in situ*. Él había ido a recogerla, y podría volver a respirar. Él le evitaría quedar enterrada bajo el peso de los recuerdos. Seguro que lo haría.

La multitud empezó a chillar en cuanto la puerta del avión se abrió y la escalera se acercó. Como si se tratara de una estudiada coreografía, todos agitaban ramos de flores al mismo tiempo, con moderación, sincronizados, nadie se salía de la fila, nadie gritaba más de la cuenta, nadie era demasiado poco entusiasta.

Incluso los periodistas que se separaron un poco del grupo y corrieron hacia ella, alargando sus mejores micrófonos, protegidos contra el viento, eran corteses y le sonreían benevolentes.

Se dejó fotografiar, respondió con cortesía a las preguntas inanes, bendecidas por las redacciones, mientras la multitud enmudecía devota. Aceptó las flores, dio las gracias y se dejó llevar al segundo piso del edificio del aeropuerto, donde, en torno a una larga mesa de reuniones, se habían congregado delegados de Cultura, algunos redactores, colaboradores del

KGB, personal de seguridad y los llamados directores de programación, todos ellos en traje de dos piezas. Se pronunciaron discursos solemnes, se habló de la importancia de su concierto, se enfatizó el interés de la patria por su persona, el peligro que emanaba de la propaganda y manipulación occidentales, y se le explicó el programa que tendría que atender durante las dos semanas siguientes. Solo al tercer discurso, él entró en la sala. Ella lo reconoció enseguida por sus pasos, antes incluso de que entrara. Se dirigió directamente a ella y le tendió la mano con formalidad. Su mirada era tranquila, como si quisiera comunicarle que todo iba a ir bien.

Una vez terminada la parte oficial de la recepción, la delegación se dirigió en varios coches a una sala de fiestas de moda, en algún lugar de Krtanisi. Allí había un abundante bufé georgiano y mucho saperavi. Los discursos oficiales continuaron, de manera un poco más relajada. A ella le costaba trabajo tragar incluso. Tan solo la rodilla de Alania, que la rozaba una y otra vez por debajo del mantel, largo hasta el suelo, le daba sustento. Sí, él la reanimaría si caía inconsciente. Antes de que le tocara el turno de responder al discurso del ministro, Kostia apareció en el umbral de la puerta.

Seguía siendo alto, de presencia intimidante, con bigote, uniforme repleto de condecoraciones; fue así como entró en la sala. Ella no se atrevió a levantarse, a abalanzarse sobre él (¿lo querría él? ¿Podría ella?). No sabía lo que se esperaba de ella en aquella situación. Pero de pronto, la gente a su alrededor empezó a aplaudir y, con todo ese alboroto artificial y enfático en torno, la hermana traidora que hacía tanto, tanto tiempo se había perdido en el malvado mundo imperialista, y que ahora ponía en escena el regreso casi bíblico de la hija pródiga, abrazó a su hermano. Solo falta la música de marcha, pensó, y apretó a Kostia contra su pecho.

Sentada entre Alania y su hermano, Kitty comió unas exquisitas truchas de río frescas en salsa de granada y trató de no desmayarse mientras le hablaban, con visible orgullo, de que se habían agotado las entradas de la sala filarmónica en la que ambos conciertos iban a tener lugar, de las citas de prensa que tendría que atender y del banquete oficial en el que iba a participar junto con otros cuantos músicos soviéticos. Al cabo de tres horas, cuando por fin le permitieron abandonar la sala junto a su hermano y subir con él a su Chaika —después de lanzar aún a Alania una mirada de gratitud y a la vez de

auxilio—, se apretó con fuerza contra el respaldo del asiento delantero y cerró los ojos.

—Has tenido mucha suerte, *él* lo ha hecho maravillosamente bien, un hombre de verdad inteligente —dijo Kostia al cabo de un rato de viajar en silencio. Pero ella fue incapaz de contestar nada.

Cuando ya habían cruzado la ciudad y tomado la estrecha carretera de interminables sinuosidades que llevaba al norte, *él* le dijo que también había un par de malas noticias.

—¿Le pasa algo a Stasia? —murmuró ella. Tenía la boca seca y agrietada. Cada palabra dolía.

—Oh, no, nos a va a enterrar a todos. Se trata de Eristavi.

—¿Andro?

—Está en el hospital. A su hígado le ha llegado la hora, lo que no es extraño, dado su apasionado amor a todo lo que contenga alcohol. Bueno, después de la muerte de...

—¿De?

—Su hijo.

—No sabía que...

—¿Bebe? Beber es decir poco.

Stasia había llorado y había tenido que sentarse. De pura emoción, Nana había dejado caer al suelo una de las tazas más caras de su precioso servicio de té checo. Daria le había sonreído y bailado algo. Yo..., no sé lo que hice yo, probablemente nada extraordinario, salvo gorgotear, balbucir algo. Pero lo más inusual fue la reacción de Elene a la llegada de Kitty: al ver el coche de su padre en la rampa de entrada, había subido corriendo la ladera y se había escondido.

Solamente entrada la tarde, cuando las lágrimas ya habían dejado de correr por las mejillas de Stasia, Elene volvió a casa. Se coló avergonzada en la terraza, donde estaba servida la larga mesa. El parecido llamó la atención enseguida a todos los miembros de la familia, de hecho era asombroso: los mismos espesos cabellos, los mismos ojos, los mismos pómulos altos, incluso los labios igual de carnosos, solo que el cuerpo de Elene parecía un poco más pesado y más blando que el de Kitty.

Kitty se incorporó y fue lentamente hacia su sobrina.

—Todo está bien, Elene —lo dijo en inglés. Confiaba en que a la muchacha, visiblemente atemorizada, le resultase más fácil acercarse a través de la lengua extranjera, porque Kostia le había contado que ella había aprendido inglés con sus discos—. ¿Dónde estabas? Todos estábamos esperándote.

Elene levantó al fin la cabeza, parecía aliviada. La chica que tenía dos hijos sin padre parecía tan perdida, tan lejos de cualquier idea que Kitty hubiera tenido de una hija de Kostia.

—Tenía miedo —dijo Elene, también en inglés. La lengua extranjera le permitía la sinceridad. Nadie más en la mesa iba a entenderla.

—¿De qué? —preguntó Kitty, y protegió con su cuerpo el rostro de Elene de las miradas curiosas de los miembros de su familia.

—No lo sé. De que quizá no fueras como yo me había imaginado.

—¿Y cómo me habías imaginado?

—Distinta a todos.

—¿Y estás decepcionada?

—No.

—¿Qué estáis cuchicheando como dos colegialas? ¡Elene, deja que Kitty vuelva junto a nosotros y siéntate de una vez a la mesa, lo que estás haciendo es una descortesía! —gritó Kostia, irritado e inseguro a un tiempo.

—Andro tenía en su casa una foto tuya —prosiguió Elene, como si no hubiera oído a su padre—. Una foto de uno de tus conciertos. Pero ahora está en el hospital. Desde el entierro de Misha no ha hecho más que beber, cada vez más.

Elene hablaba con los ojos muy abiertos, sin apartar la vista de Kitty. Como si las dos estuvieran completamente solas, como si la familia no estuviera sentada unos metros más allá, esperando celebrar una alegre fiesta. Los ojos de Kitty se agrandaron. Misha. Misha. Así se había llamado el hijo de Andro. Ahora sus dos hijos estaban muertos: tanto el nacido como el no nacido.

—¡El inglés de Elene es excelente! —gritó Kitty a los reunidos, sin volverse, sin apartar su mirada horrorizada de Elene.

—Quería decírtelo antes de que ellos te cuenten todas sus mentiras, y sé que mi padre probablemente no me dejará estar a solas contigo. Quería que lo supieras. Quería que supieras que todos somos culpables de que Misha ya no esté con nosotros. Sobre todo yo. No te conozco, pero sé mucho de ti. Nunca

me han contado nada, pero he averiguado todo lo que he podido. Tienes que ir a visitar a Andro. Te seguirán a cada paso pero, si tú quieres, podemos intentar despistarlos. Yo voy todos los días al hospital.

—¡Gracias!

Kitty carraspeó. Luego, compuso la más frívola y despreocupada de sus sonrisas y se volvió hacia los otros.

Christine no había sido capaz de ir a la Casa Verde para saludar a Kitty. Desde la muerte de Misha, había ido al cementerio todos los días. Y se había ocupado de Andro, pero ya no había intentado nada para apartarlo de la bebida. Con demasiada frecuencia, se emborrachaba de tal modo que Christine tenía que llamar a una ambulancia. O iba a parar a una celda por trastorno del orden público y alboroto. Dos semanas antes del regreso de Kitty, Andro había ingresado al fin en el sanatorio municipal, con cirrosis hepática avanzada. En su agonía, Andro, hinchado e incapacitado, parecía feliz, pensó Christine junto a su lecho. Mucho más feliz que antes, cuando, en lugar de con la muerte, luchaba con la vida. Lana y el pequeño Miro iban de un lado a otro desde la casa de Christine al patio trasero de la madre de Lana. El niño era enfermizo, hipersensible, malhumorado, y Lana estaba más que desbordada. Durante las últimas semanas, Elene les había prestado una ayuda casi fanática. Había ido todos los días a la ciudad y había hecho la compra para Lana y Christine, había acostado en la cuna al niño de Lana, lo había sacado de ella y, sobre todo, había estado a la cabecera de Andro, sosteniéndole la mano, leyéndole y contándole los últimos chismorreos, aunque realmente no daba la impresión de oírla o entender lo que decía.

En aquellas semanas, la principal tarea de Elene fue proteger a Lana. Mientras Lana se aferrase encarnizada, desesperadamente a su dolor —por miedo a que detrás del dolor apareciera el hecho imperdonable de que habría podido salvar la vida de Misha de haber devuelto a tiempo el material de la película—, Elene podía estar segura de que no habría de enfrentarse al odio hacia sí misma de Lana, que no cedía en nada al suyo propio. Porque eso, de eso estaba segura, le habría quitado el suelo, de por sí tambaleante, bajo los pies.

Dejó a Lana el papel de viuda doliente. Dejó espacio a su dolor. También eso era una oportunidad para no tener que ocuparse de sí misma, con todo lo

que tenía por delante y por detrás. Se hermanó con Lana en el falso mito al que con tanta fuerza se aferraba, el mito del idealista impávido que salía a luchar contra el sistema podrido y corrupto para sacar a la luz del día sus porquerías, y que tenía que pagar con su vida por aquel gran destino. Lana quería seguir siendo en su memoria la brava luchadora que había estado a su lado, la guardiana de su secreto, la madre de su hijo, la mujer a la que él había confiado su corazón y lo más valioso que había poseído nunca: su película, su confesión. Naturalmente, las dos sabían que se mentían la una a la otra, cada una a su manera. Pero se podía vivir con esa mentira, mientras que la verdad era insegura, y no proporcionaba respuestas claras, sino tan solo odio y desprecio a sí mismas. No, la verdad paralizaba, mientras que la mentira liberaba.

El regreso de Kitty tuvo que haber sido para Elene como una señal del cielo. La reunión de dos amantes como última oportunidad de una mínima reparación. Ella no podía resucitar a los muertos, pero quizá sí llevar a cabo una pequeña y buena acción, una pequeña y triste buena acción. El lecho de Andro y la fotografía, convertida en realidad, de Kitty.

Sí, quizá aquella combatiente occidental de la resistencia, aquella anarquista, aquella diosa de la música, encontrara la paz en lugar de Elene, allí, junto a la cabecera de su amor de juventud. Y ella podría verla y enseñarle cómo se aceptan las cosas que no han llegado a nada, que, sencillamente, se han disuelto en el aire. Cosas, sentimientos, esperanzas..., personas.

«Él no te ama.» Eso le había dicho a Lana entonces..., y pensaba en sí misma. Y no había puesto la vida de Misha por encima de la incapacidad de poder vivir con ese hecho. Y él estaba muerto. Elene estaba allí. Tan impía como antes. Igual de sola. Igual de confundida.

¡Paz, libertad, tierra y pan!

CARTEL PROPAGANDÍSTICO

Kitty había reconocido a Christine en el pasillo ya desde lejos. Tenía un

aspecto tan viejo y a la vez tan infantil. Su singular belleza de antes había dado paso a un aspecto mísero, extravagante, introvertido. Kitty había abrazado largo tiempo a su tía. Había respirado su aroma y se había acordado de cómo entonces, al regresar del infierno de aquel pueblo, sin tripa, con las cicatrices ardiendo en el abdomen, ella había palpado sus heridas para confeccionar su propio mapa de supervivencia.

Desde la ventana del hospital se veían los esbeltos cipreses, verdes como abetos, cuyas puntas parecían clavarse en el cielo. Elene había llevado a Kitty hasta la habitación y le había explicado que él solo volvía en sí de vez en cuando, que incluso tomaba algo de alimento, pero que, desde que estaba allí, no había vuelto a hablar, y Kitty no debía esperar demasiado. Luego le había ofrecido una silla, como si fuera la anfitriona de una ocasión festiva.

Otro paciente yacía en el rincón opuesto de la estancia, estaba consciente y leía el *Pravda*.

Kitty se aproximó con cautela a la cama de Andro. Yacía un poco de costado, con la cabeza vuelta hacia la soleada ventana, con un brazo encima de la colcha. Ella necesitó tiempo para reconocer los antiguos rasgos en su rostro desfigurado hasta lo irreconocible por la vida y los años. No era fácil volver a encontrar al rubio Andro que tallaba ángeles en aquel hombre de barba enmarañada.

¿Cómo había vivido desde que ella se había marchado? ¿Quién era la mujer que le había dado un hijo? ¿Y cómo había sido su hijo? ¿Se parecía al hijo al que no habían dejado nacer?

Según los médicos no le quedaban más de unas semanas, había dicho Elene. Kitty le tendió la mano. Estaba temblando, aunque fuera hacía calor. Elene se había acercado a la ventana y miraba el jardín del hospital, con sus altos cipreses y sus bancos blancos.

Ninguna de las dos vio a aquella mujer vestida de hombre que tenía los mismos ojos de Andro, de pie allí abajo, entre los cipreses más altos, y que alzaba la vista hacia ellos, sonriendo paciente.

Unas venas oscuras se veían a través de la piel. La piel áspera, marcada por el duro e inadecuado trabajo. Por los bustos de Lenin y el Generalísimo.

Kitty buscó las palabras.

—Andro, ¿puedes oírme? —susurró, y acercó los labios a su oído—. Soy yo, Kitty. He vuelto. Aquí tienes mi mano, ¿la sientes? He venido. Contigo, Andro.

Solo entonces, Kitty se sentó en la silla que le había acercado Elene. Luego le hizo una seña para que se aproximara; Elene acudió a toda prisa y se sentó en el borde de la silla que Kitty había despejado para ella.

—Háblame de él. Y de su hijo —dijo en voz baja, sin apartar la mirada del rígido rostro de Andro.

Elene, como si llevara siglos esperando aquel ruego, empezó a contar. Las palabras y las frases brotaban de ella, tan alegres y atropelladas que incluso el paciente que leía el *Pravda* dejó a un lado el periódico por un momento y las miró de reojo. Habló en confusa mezcolanza. De su infancia. De su época en Moscú. De Vasili y la costa del mar Negro. Luego, de la película de Misha, que nadie había visto. Luego, otra vez, de la noche en que Lana y ella habían ido hasta el pueblo a buscar a Andro. Pero la mayor parte del tiempo habló de Misha. Intentó decir la verdad. No embellecer en nada su propio fracaso. Pero no lo consiguió: daba igual lo que dijera, daba igual cuánto tiempo siguiera hablando, sus frases no arrojaban una imagen coherente, no dejaban nada claro. Su narración carecía de lógica, nada tenía sentido, faltaba la línea clara que hubiera podido conducir a la muerte de Misha.

Una y otra vez, Elene miraba esperanzada a Kitty, pero no encontraba en sus rasgos ningún consuelo, ninguna comprensión, ni siquiera un reproche, como si su rostro fuera un espejo en el que tan solo se veía a sí misma.

De pronto, Kitty se levantó y salió de la habitación. Elene se quedó mirándola, trastornada, incapaz de conjugar con su relato el hecho de que se hubiera puesto en pie. Pasando por delante de Christine, Kitty fue a los servicios del hospital, alicatados en color naranja, apestosos a orina, y se apoyó en la puerta en cuanto hubo echado el pestillo. Allí se quedó inmóvil unos minutos, tratando de recuperar el control de la respiración. Luego fue hasta el lavabo amarillento, abrió el grifo, del que primero salió un fluido pardo, recordó las instrucciones de su madre («Primero hay que dejarla correr, luego sale agua limpia») y esperó. De hecho, el color pardo desapareció, y el agua se aclaró. Ella puso las manos debajo. Se miró en el espejo lleno de arañazos. Y gritó.

Se desplomó en el suelo húmedo, cayó de rodillas, agarrándose con una mano al lavabo. Su cuerpo le fallaba. Le fallaba el aliento. También la gente, todos le habían fallado.

Andro iba a morir. Y ella tendría que llorarlo. También él se iría.

Cuánto habría tenido que decirle aún. Debería poder contarle la mitad de

su vida. No, su vida entera. Solo que distinta, solo que nueva. Como él no la conocía. No la entendía. Le habría gustado tanto vomitar su silencio, su incapacidad, allí, en aquel mísero lavabo. Vomitar todo lo que tenía y su miedo, el miedo a lo que todavía le esperaba. Sí, todo lo que aún podía venir había dejado de interesarle. Con la mirada hacia atrás, ¿quién podía vivir así?

Durante el banquete oficial, volvió a verlo. Habían pasado cuatro días desde su llegada. Cuatro días en la Casa Verde, donde se había invocado y festejado una inexistente felicidad. Allí estaba él, a la entrada de aquel restaurante de moda por encima de la ciudad, en la torre de la televisión. Entre mesas con manteles blancos, en medio de una iluminación dolorosamente brillante, rodeado de camareros apresurados y gentes vestidas de traje que, a los ojos de Kitty, se fundían en una masa gris.

Al principio, Kostia iba a acompañarla a aquella recepción, en la que tendría que estrechar innumerables manos, responder preguntas ensayadas y comer con gente que la miraba con desconfianza y, a la vez, llena de envidia. En la que iba a conocer a los músicos, pintores y escritores de renombre y aprobados por el Estado y a hablar con ellos de las ventajas del socialismo. Allí donde cada uno de sus gestos y cada palabra suya se pondrían en la balanza y se examinaría y evaluaría su grado de degeneración capitalista. Pero Kostia había pillado una gripe y se había quedado en casa.

Kitty se había llevado consigo a su entusiasmada sobrina, ataviada con un vestido amarillo chillón, que según intuía tenía que vivir con algo que no podía soportar y buscaba en ella otra vida que, de eso estaba totalmente segura, ella no podría darle. Aquello terminaría en una decepción para Elene. La chica se le parecía tanto y, a la vez, tan poco, en su pasividad, aturdimiento, en su incapacidad de vivir una vida propia mientras la anhelaba continuamente.

Él la saludó, representó de forma magistral el papel de acompañante oficial. Bueno, no necesitaba ensayar para eso. Ni tampoco ella. Le estrechó la mano. Ni demasiado fuerte, ni demasiado flojo.

Mientras soportaba los obligados y artificiosos discursos sobre la amistad entre los pueblos, el arte, la patria, el socialismo y el Partido Comunista georgiano y su impecable dirección, se volvía una y otra vez hacia él, sentado entre un pianista y Elene. Y, siempre que miraba a Alania, veía los párpados

cerrados de Andro. Sus labios agrietados, su mano débil y fría, sus uñas descuidadas, su barba enmarañada. Y, cuando pensaba en ella, pensaba en el aula y en Mariam, veía a la rubia delante de ella, llevando a su hermano a un rincón oscuro detrás de una casa. Y entonces veía la sangre en el cuchillo, en la habitación de la montaña sagrada, y se preguntaba si había salido alguna vez de aquella habitación, y cuando se lo preguntaba le acometía, inevitable, la siguiente pregunta: cómo después de todo aquello era posible unirse a una persona, depositar su fe en una persona, una persona pelirroja que, a diferencia de ella, era lo bastante inteligente como para saber que no se sale nunca de los barracones de los campos de concentración y las habitaciones con cadáveres.

Al día siguiente empezaron los ensayos en la Filarmónica. Bajo la mirada de Alania y otros dos caballeros del MVD georgiano, se probó la acústica y se realizaron las pruebas de sonido con los correspondientes ingenieros. Hacía ya años que no actuaba, sobre todo no ante un público tan numeroso. Después de su gira por América y la subsiguiente ruptura con Fred, no había vuelto a dar un concierto de esa envergadura.

En cuatro de las canciones del álbum *Replacement* iba a acompañarla un cuarteto de cuerda, en las otras tres, una pianista. Ensayaron juntas y, en cuanto empezaron a tocar, fue capaz de olvidar el rostro de Andro, pronto la rápida armonía entre ellas expulsó de su mente la lucha entre capitalismo y socialismo.

Después de los ensayos, Kitty paseó por las calles de Tiflis en compañía de tres caballeros silenciosos. No pudo evitar ver la ciudad a través de los ojos de dos personas; a través de los ojos de la pelirroja y drogadicta Fred y a través de los ojos del moribundo Andro.

El día del concierto fue el único en el que Kitty no acudió al hospital. A pesar de las protestas de Alania y de las advertencias de los hombres de seguridad, a los que no había forma de quitarse de encima, había ido todos los días a la habitación de Andro, había acariciado sus manos y visto cómo se le mantenía artificialmente vivo; en una ocasión, cuando no había podido evitarlo, se había tumbado encima de él y le había besado la cara. En ese momento Elene estaba fuera y el paciente del *Pravda* dormía.

Ahora estaba sentada en su camerino de la Filarmónica y pensaba en una

determinada habitación de hotel en Baltimore. Tenía unas pesadas cortinas doradas, probablemente de tiempos del imperio. Fred había quitado una y se había envuelto en ella, se la había puesto como si fuera un vestido victoriano, se había pintado con el carmín de Kitty y fingido cantar un aria de ópera. Kitty había cogido la cámara nueva de Fred y hecho una foto. Una foto que nunca había llegado a revelar, porque la cámara había desaparecido junto con el coche y su propietaria.

Kitty se cubrió por un momento el rostro con las manos, respiró hondo, se levantó y subió al escenario con su guitarra. Iba a cantar a su vida escindida. Allí, en el escenario, podía por fin ser quien era, y después, sin duda, iba a costarle aún más trabajo volver al mal espectáculo en el que no podía ser la que quería ser y en el que no podía decir lo que pensaba, en el que no podía guardar luto por aquellos por los que quería hacerlo. Tenía miedo de olvidar las frases aprendidas de memoria, de perder el control sobre su rostro, de que su voz descarrilara. Pero el aplauso que estalló en cuanto los focos la localizaron en el escenario se apoderó de ella, y el miedo desapareció de golpe cuando tocó el primer acorde en su guitarra.

Who included me among the ranks of the human race?

JOSEPH BRODSKY

—Tengo exactamente veinte minutos. Luego he de ir a un acto espantoso, algo relacionado con bailes nacionales infantiles. Quería tenerte para mí un momento, no estuviste ayer en el concierto, y pensé...

Kitty se sentía agotada; estaba sentada a la mesa redonda del comedor de Christine con ojeras causadas por la falta de sueño.

Christine la abrazó y se quedó un rato así. En la pared se oía el tictac del viejo reloj de cuco. Kitty cerró los ojos. Apoyó todo el cuerpo contra el pecho de Christine. Se sentía tan ingravida como un pájaro que es posible coger con una mano.

—No sé lo que ha pasado entre vosotras, pero el hecho de que madre y tú apenas os veáis me parece increíble —dijo, cansada, Kitty.

Christine se apartó para ir a por una botella de aguardiente de cerezas y dos vasitos. Luego, se sentó enfrente de su sobrina. Su mirada estaba llena de calor y consuelo, como si quisiera echar una manta caliente por los hombros de Kitty.

—Hay tres hombres en mi escalera, delante de mi puerta, supongo que están aquí por ti.

Christine sirvió el líquido rojo en los vasitos.

—Sí, me siguen a cada paso. Están ahí cada segundo, cada minuto. Solo nos dejan en paz cuando estoy con Kostia. Se ve que les parece lo bastante digno de confianza. Pero yo quería verte a ti, quería veros a todos. No este teatro, Christine. No te veo, madre y Kostia tratan de convertir mi vida en una continua fiesta. Andro ni siquiera está consciente, y el resto, bueno, el resto es... insoportable.

Christine se inclinó sobre la mesa y estampó un beso en la frente de Kitty. Ella hubiera querido tumbarse sobre aquella mesa y pedir a su tía que velara su sueño, que le acariciara la cabeza, como entonces, en la peor época de su vida, hasta que volviera a tener fuerzas y estuviera sana, llena de energía y de nuevas canciones; pero enseguida llamarían a la puerta, le recordarían que la mascarada en la que ella, quisiera o no, representaba el papel principal tenía que continuar. Saldría a su encuentro, sonreiría con amabilidad. Volverían a exhortarla a no visitar en el hospital al desertor y traidor mortalmente enfermo.

Se levantó y fue al cuarto de baño. Desde que volvía a estar en su patria, se refugiaba demasiado a menudo en servicios y baños de edificios públicos y privados. Parecían ser los únicos lugares a los que no la perseguirían. Tenía la sensación de que alguien le apretaba las sienes con unas tenazas.

Llamaron a la puerta de la vivienda. Kitty oyó que Christine abría. Era Alania. Lo reconoció por su forma de andar. Le oyó decir algo, Christine lo invitó a pasar a la casa. No, todavía no podía salir. Dejó correr el agua.

—Disculpe la molestia, pero nos esperan, tengo que robarle a la camarada Dzhashi.

Alania estaba confuso, se sentía feo y cohibido delante de Christine, tan hermosa antaño, quería salir del piso lo antes posible. Pensó en lo mucho que Kostia había adorado a aquella mujer. Para aquella mujer había sido aquel

paquetito, desvalido consuelo para su tragedia. Y a aquel paquetito debía el encuentro con Kitty Dzhashi, por Christine había dado aquel rodeo. Aquel rodeo que había durado toda su vida.

Ella le había abierto la puerta; luego se echó hacia atrás sobresaltada, sus labios se abrieron como si fuera a exclamar algo, volvió a cerrarlos y retrocedió unos cuantos pasos. Tanteó la pared con una mano, buscando algo, encontró el interruptor y encendió la luz del techo. Se quedó mirándolo como si hubiera visto algo que le diera miedo.

—¿Está todo en orden?

Alania alzó la cabeza y la miró de frente. Aunque le causaba un malestar impreciso, quería verla bien, quería imbuirse de sus rasgos. Buscar la belleza detrás del tiempo.

Christine se había teñido el pelo de negro y lo llevaba recogido en un moño riguroso y simétrico. Llevaba un vestido negro hasta las rodillas y medias de nailon. La mitad del rostro estaba cubierta por un velo de encaje azul oscuro que llevaba sujeto a los cabellos. ¿Cuántos rumores habían circulado sobre ella, su marido el suicida, sobre su amante? ¿Cuánta energía le habría costado entonces sacrificar su rostro por su honor, salvar su dignidad, no llenar su alma de desprecio?

Se acercó un poco más a ella. Lentamente, alzó la mano derecha, como si fuera a tocarla. Luego la dejó caer, y se quedó petrificado en esa postura antinatural. Dio un paso hacia ella, tenía miedo de que pudiera caerse, pero enseguida ella cruzó los brazos delante del pecho, como si quisiera protegerse de él.

—¿Quién demonios es usted, qué hace en mi casa? —preguntó en voz baja, casi en un susurro.

—Guiorgui Alania. Tiene que conocer mi nombre, soy un viejo amigo de su sobrino. Estudié con Kostia en la Academia Frunse de Leningrado, ¿se acuerda?

Se esforzó en mantener un tono lo más amable y tranquilo posible.

—Guiorgui Alania. Alania —repitió Christine su apellido, en tono de interrogación, como si fuera muy inusual, como si estuviera ensayando su pronunciación correcta. De pronto movió la cabeza, como si quisiera ahuyentar una idea abstrusa, irritada, al parecer, con su propia conducta irracional—. Lo siento, qué estúpido por mi parte. Por un momento me ha recordado a alguien que conocí hace mucho tiempo... Qué necio por mi

parte, no es posible, perdone.

Acto seguido, le pidió que pasara al comedor.

—Kitty está en el baño. Supongo que saldrá enseguida.

Tomaron asiento a la mesa, y Christine, todavía visiblemente nerviosa, agarró el vasito de licor, que vació de un trago, empezó a mirarlo de nuevo, estudió su rostro. Como si se encontrara en un diálogo interior consigo misma, no hacía más que negar con la cabeza, incrédula. Luego se echó a reír y se dio una palmada en la frente.

—¿Hay algo en mi cara que no le convence?

—No, no. Es solo que... —dijo, como si despertase de un sueño—. Es solo que... No sé cómo decirlo.

—Dígame lo que le preocupa. Estaría más que satisfecho de serle de ayuda.

—Realmente me resulta usted muy familiar.

Algo en la forma en que dijo la frase hizo que Alania aguzara el oído.

—Me parece muy improbable que nos hayamos visto antes. Nunca habría olvidado su rostro, jamás.

—¿Es usted de Georgia? ¿Quiénes son sus padres? —preguntó ella con desarmante naturalidad, mientras seguía abismándose en sus rasgos.

¿Cómo era que Kitty se tomaba tanto tiempo? De pronto, Alania tenía la agobiante necesidad de huir, de no tener que seguir manteniendo aquella extraña conversación.

—Sí, pero seguro que usted no conoce el pueblo en el que mi madre vivió toda su vida. De eso estoy seguro.

Alania seguía esforzándose por mantener un tono amable y afectuoso.

—¿Y su padre?

No soltaba la presa. Una pregunta como una sentencia. Alania carraspeó. Bajó la cabeza. ¿Debía mentir? ¿Inventarse un padre? ¿Un trabajador campesino de un koljós, un paciente maestro, un atareado geólogo, quizás?

—No hay ningún padre.

Dio la respuesta sincera. De pronto Christine se puso en pie, fue directamente hacia él, se detuvo, tan cerca que él podía ya oler su aliento a alcohol, ligeramente dulzón, se inclinó hacia él y le tocó el rostro. Él sintió que la piel de los brazos se le erizaba.

—Todo el mundo tiene un padre —dijo ella, con voz apenas audible.

—Nunca pude conocerlo. Mi madre murió sin explicarme las

circunstancias exactas de mi, hum, concepción. Ni siquiera sé su nombre, por consiguiente no tengo padre.

—Realmente notable, es usted idéntico a él. La misma piel. Su voz es un poco más profunda, pero tiene el mismo timbre.

—¿De quién habla usted?

A Alania la situación le resultaba cada vez más incómoda. Estaba claro que le confundía con alguien, trató de convencerse a sí mismo. Pero algo en ella le decía lo contrario, y no estaba preparado para eso. Esperaba que Kitty llegara y le liberase.

—Se moría por las mujeres hermosas. Prefería a las rubias, de piel clara, ojos verdes o azules, altas. ¿Su madre era rubia?

Había enumerado las características como si hablase de una mercancía difícil de encontrar en el ultramarinos. La inquietud de su rostro se había visto reemplazada por una triunfante certeza.

—Sí, lo era, y también alta, pero...

—Quizá también esté muy equivocada.

Quiso volver a su silla, pero entonces él la agarró de la mano como por un reflejo, y le pidió que siguiera de pie.

—¿De quién habla, por favor, puede decírmelo?

Le temblaba la voz, y la miraba en busca de ayuda.

Y, entonces, ella pronunció el nombre del Pequeño Gran Hombre. Y, por inverosímil que le pareció aquel nombre en relación con su existencia, al mismo tiempo era una clave hacia el eterno enigma de su origen. Todo encajaba con tanta lógica si, en esas condiciones, remontaba el hilo conductor de su vida. Como si ningún otro hubiera podido ser su padre. Como si fuera evidente que el Pequeño Gran Hombre lo había engendrado.

Le había soltado la muñeca, pero ella seguía mirándole. Le temblaban las manos. Le faltaba la constatación definitiva de aquel horror, pero el conocimiento se filtraba ya como un veneno en su inconsciente, y paralizaba su cuerpo.

Por supuesto que *aquello* había ocurrido en Bakú. Allí había estudiado el Pequeño Gran Hombre, allí había vivido, allí había empezado su fulgurante carrera. Y Gulo, la pequeña e ingenua Gulo..., ¿qué hubiera podido hacer contra él? Fue como si se le cayera una venda de los ojos: por supuesto que

su madre había tenido que callar. ¿Cómo si no habría podido proteger a su cría de su propio progenitor?

De pronto, lo abrumó una paralizante conclusión: en algún momento, *él* tenía que haber tenido noticia de su existencia. ¡Naturalmente que debía su ingreso en la Academia de Marina, al alcance tan solo de las mejores familias del país, a la recomendación de su anónimo Gran Padre, el destino en el mar del Japón, el reclutamiento y el traslado a Moscú! La frente de Guiorgui Alania se perló de sudor. Tuvo la sensación de que iba a caerse de la silla. ¡Los astilleros de Amur y la visita de aquel preboste, poco antes del fin de la guerra! Claro. ¡Su vida entera había transcurrido conforme al plan de su invencible padre!

Sí, aquella mujer tenía razón: todo el mundo tenía un padre.

Perdió el control, y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Christine no se movió. Tampoco le miraba ya. Había descubierto lo que había buscado. Ahora era paciente. Esperaba. Tenía todo el tiempo del mundo. Ella era la mensajera. El ángel negro.

Habían invitado a la mesa de Kostia incluso a los guardias de seguridad. No faltaba nadie: los locos y los hipócritas, los parásitos y los oportunistas, los compañeros de viaje, los criados y los señores, las mujeres y las amantes. Todos estaban allí, y celebraban aquella fiesta en honor de Kitty. El único que no había acudido era Alania. Se había disculpado justo al principio de la fiesta y había desaparecido. Kitty le había esperado en vano, había confiado en que volvería y rozaría su rodilla con la suya por debajo de la mesa, asegurándole que todo iba bien. Pero nada iba bien. Ella lo sabía, exactamente igual que él.

Lo encontró en la ladera, de pie en la oscuridad. El barranco, con su terrorífica profundidad, se perdía en una negrura infinita. Se oía a los grillos intercambiar secretos. La lejana jovialidad de los reunidos y los ruidosos y prolongados brindis llegaban como ecos hasta ellos, al extremo de la finca, al borde en el que se encontraban.

—¿Qué ha ocurrido? Por qué se ha ido usted... —vio que tenía los ojos enrojecidos, hinchados. Temblaba como presa de la fiebre. Sin saber ella misma por qué, se arrodilló ante él—. Guiorgui, ¿qué le ha ocurrido?

—Todo esto no puede ser verdad, no así, no ahora... —repetía él sin cesar.

Ella veía por primera vez un miedo espantoso en su rostro. Ahora le tocaba a ella el turno de recogerlo, de darle refugio, de extender sus alas sobre él. Él la abrazó tan fuerte que ella apenas pudo mantener el equilibrio. Ella le cogió la mano y la llevó hasta su cuello. Pegó la cabeza a la mano de él, hizo que la acariciase. Le besó.

Él se pasó el índice, incrédulo, por los labios, como si comprobase si ella había dejado su sabor allí.

A veces las alas eran labios, a veces solo palabras, y a veces unas fotos conservadas.

Andro murió tres días después de la partida de Kitty. No volvió a recobrar el conocimiento, pero mi madre contaba que, la última vez que Kitty estuvo con él, le había cogido la mano. No sé si fue el puro reflejo de un moribundo o si ese ademán no podía interpretarse como un gesto conciliador..., tal como mi madre lo interpretó.

VI. Daria

*No hemos inventado este mundo, no he inventado este mundo.
El mundo, creado así para que podamos hacerlo todo sin
cambiar nada.*
ALLA PUGACHOVA

Para Daria y para mí, la Unión Soviética significaba constantes marchas fúnebres y desfiles funerarios, cuando llevaban a la tumba a los ancianos dirigentes del partido. Claveles por todas partes, imágenes macabras retransmitidas por todos los canales de televisión. Para nosotras, la Unión Soviética representaba los eternos campamentos de verano, los pañuelos al cuello de los *boy scouts*. Las plantaciones de té, los panales y koljoses. Las medias blancas de China, los gobelinos con escenas de caza en las paredes, los bombones Misha en el Norte, la limonada de estragón en Lagidze. El GAZ 13 de nuestro abuelo, las tabletas de plastilina de colores con una ranita impresa, el champú para niños amarillo Krja-Krja, la crema de afeitarse Start del abuelo, los polvos con una cabeza de gato que estaban en el armario del cuarto de baño y nosotras no podíamos utilizar. La loción corporal Hygiene, el perfume Moscú Rojo de Stasia, que olía a persona mayor y daba dolor de cabeza. El jabón para la ropa, de color marrón e inodoro, que además se llamaba realmente Jabón.

Estaban los uniformes escolares pardos venidos de Moscú, que representaban el bienestar, y los uniformes idénticos, pero de factura más tosca, que se hacían en Tiflis y que llevaban todos los que no eran hijos de directores, profesores y comisarios. Estaban las mujeres gordas con delantales blancos en las cantinas, tiendas de ultramarinos, cafés y pasillos de hotel, y delante de los barriles de cerveza. El Cao Sao Vang Golden Star Aromatic Balm, también llamado Bálsamo de Vietnam, bálsamo de tigre, que

tenía un olor brutal, y que había que untarse cuando estabas cogiendo un resfriado.

Estaban los envases de kékfir triangulares, blancos y azules, la leche en botella de cristal, que podían comprarse ambas cosas en los *Gastronom*s de la ciudad, que por otra parte tenían una oferta bastante limitada. La Unión Soviética significaba la golosa leche condensada que saboreábamos a escondidas y horribles conservas de pescado. El calendario que colgaba en toda buena cocina socialista, con recetas diarias para amas de casa socialistas, con todas las fiestas y biografías socialistas importantes, con consejos útiles, aunque no tan socialistas, para la vida cotidiana: «El aloe vera reduce las inflamaciones cuando...».

Estaban los carnés rojos de trabajo, de jubilación y del Komsomol, con la efigie de Lenin; los juegos, que llevaban nombres como El Pensador o El Joven Relojero, el codiciado juego de El Joven Químico, por el que Daria y yo nos peleábamos constantemente. Estaban el hombre y la mujer que sostenían cada uno una hoz y un martillo, el signo identificador casi de cualquier película socialista (como el león rugiente de la MGM).

Estaban Cheburashka y Winnie the Pooh, que nosotros pronunciábamos «Winy Puch», personajes de los dibujos animados socialistas, estaban los insufribles trajes de nieve en los que nuestra madre nos empaquetaba en invierno, y que había que quitarse por completo para hacer pis, y estaban las medias de lana que picaban. Estaba el osito Misha con el cinturón de aros, la mascota de los Juegos Olímpicos de Verano de 1980 en Moscú. (Aquel oso siguió viviendo mucho tiempo después de las olimpiadas en casi todas las casas socialistas, con la forma de todos los juguetes imaginables, banderines, platos y tazas.)

Estaban los Zhiguli amarillos, los Volga negros y los Lada blancos. Las estrellas rojas de plástico, pegatinas que una se podía poner en el pecho con la foto de Lenin de bebé o de niño. (De edad realmente indefinible.) Estaban los discos de Melodie y los casetes de Maxim, que eran muy caros. Los caramelos Gulliver y los chicles con sabor a café, que, como es sabido, ningún niño en el mundo tomaba, porque a los niños no les gusta el café amargo. Estaban los peluches de lana pesada y rasposa, preferentemente perros u osos (¡sí, los osos, siempre los osos!), que solo con gran benevolencia podían pasar por peluches. Estaba el queso para fundir La Amistad y el tentetioso Wanka-Stanka, que era como una *matrioshka* de

plástico, fallida y hueca. Estaba el exquisito helado Leningrado, envuelto en papel dorado en trozos cuadrangulares. Estaba el hombre de Navidad ruso, con su nariz roja (sin la panza cervecera del Santa Claus de la publicidad de Coca-Cola). Estaban las pesadas jarras de té de lata y las ansiadas cámaras de 8 mm. La ropa interior de colores con estampados de deportistas felices o con los días de la semana. Estaban los folletos baratos con títulos como «La verdad sobre los diplomáticos americanos». Las cabinas telefónicas grises, la mayoría de ellas rotas. Las redcillas para la compra de la abuela. (¡Pero esas las tienen todas las abuelas del mundo, sabe Dios de dónde salen!)

Había trigo sarraceno y hamburguesas. Mermelada de pétalos de rosa. Café en polvo indio. Vaqueros de imitación de Mawin o Lae. Carteras azules y beis para el colegio, dentífrico en polvo, estilográficas de plástico, jarrones con motivos del Kremlin, finos cuadernos escolares verdes rotulados «Cuaderno escolar», fichas para el metro con una «M» grabada, tenis y bádminton en verano, peinados feos, la casete Elektronika 302.

Cigarrillos de la marca Astra, que fumaba Stasia, y de la georgiana Kosmos (la primera calada que dimos Daria y yo en el baño del colegio fue a un Kosmos), relojes electrónicos cuando se quería presumir, el ábaco en las tiendas y en el mercado, en el colegio, en el trabajo, dominós en estrechas y preciosas cajitas con incrustaciones de madreperla.

Estaban los 36,50 rublos de un billete de avión a Moscú. (Nosotras no los utilizábamos.) Estaba el programa Illusion, los sábados en la primera cadena georgiana, en el que ponían películas extranjeras, a veces censuradas y con escenas recortadas. Por ejemplo, clásicos como *Vacaciones en Roma*, con la que a Stasia siempre se le humedecían los ojos, y *Con faldas y a lo loco*, con la que Kostia se reía sin parar, pero también *Profesión: el especialista*, con Peter O'Toole y Barbara Hershey, que era nuestra favorita. Estaban los cinebuses, autobuses que recorrían los distintos barrios de la ciudad, hacían un ruido como de carrito de helados, y por poco dinero reunían a adolescentes y les ponían películas de amor. En lo más alto del Top Ten del cinebús estaba, por supuesto, la serie de Angélique, de los sesenta. Daria y yo discutíamos todo el tiempo si la mejor era *La indomable Angélique* o *Angélique y el sultán*. La siguiente en la lista era *El conde de Montecristo* y todas las cintas de Bollywood.

Estaban los cines, como el Apolo y el Kazbeg. Estaba la revista *Ogonjok*, estaban las fotos de actores extranjeros, conseguidas ilegalmente, que se

podían comprar a los gitanos en los pasos subterráneos y a la entrada del metro. Estaban los divertidos musicales y las películas patrióticas, amorosas y de trabajadores, que ofendían cualquier inteligencia. Los chándales de poliéster y los exquisitos batidos, llamados Glace; mi favorito era el de fresa; el de Daria, el de vainilla.

Más tarde fueron el café Franzia y el restaurante Budapest, y el salón de té que había enfrente de la universidad. Fue escuchar a escondidas *Voice of America*. Fueron las máquinas expendedoras de bebidas, que parecían frigoríficos, en las que ponía «Gaseosa» y que no funcionaban prácticamente nunca. Fueron las revistas *Burda* venidas de Alemania, que había que comprar en el mercado negro y contenían los ansiados patrones. Fueron los trolebuses, los desagradables miembros de la Milicia y los manuscritos de disidentes y traidores, impresos y difundidos de forma clandestina.

Leíamos a los clásicos rusos y georgianos, Alexandre Dumas por supuesto, los románticos franceses, Romain Rolland, que había simpatizado con el comunismo y visitado la Unión Soviética, y era muy codiciado. Nunca estábamos de acuerdo en cómo clasificar a Joyce y Faulkner, pero no estaban prohibidos. Los existencialistas eran difíciles de conseguir. Había Gorki en masa, y también las fábulas de Krilov. Tolstói, Henry James, Thackeray, Twain eran evidentes. Lermontov y Pushkin estaban a la cabeza de todos. Y por supuesto *El caballero de la piel de tigre*, la gran epopeya nacional de Georgia, de Rustaveli, ocupaba el puesto más alto.

Se leía sobre todo a los poetas muertos. Pero, gracias a *Literaturnaya Gazeta*, de vez en cuando se tenía suerte y se sabía también algo de los vivos.

Más tarde aún, la Unión Soviética fue para nosotras ahorrar dinero para comprar discos, libros y vídeos raros. Compramos a los Stones, Pink Floyd, Led Zeppelin; más tarde se les añadió Queen. En los ochenta fueron las bandas de rock rusas, Kino y DDT, a las que parecía importar una mierda si los hombres del Estado aprobaban o no llevar el pelo largo.

Fueron las veladas líricas subversivas en los patios traseros, desvanes, sótanos. Había que ser ya lo bastante «anti» para tener acceso a esos ilustres círculos. Lo mejor era tener problemas con la milicia. En aquellas cocinas, desvanes, sótanos, había rubias oxigenadas con ojeras que escribían a menudo cosas en sus finos blocs de notas, adornados con flores secas, e invertían todas sus energías en parecer pensativas y ajenas al mundo. Chicos entusiastas que recitaban poesía subversiva con saliva en las comisuras de los

labios, aunque nadie sabía muy bien qué grado de subversión había que alcanzar para convertirse en rey de todos aquellos patios, desvanes, sótanos. Hombres barbudos de más de cuarenta años, que también frecuentaban aquellos patios, desvanes, sótanos, en ocasiones acompañados por mujeres también de más de cuarenta años, que la mayor parte de las veces no se teñían el pelo, gustaban de hablar de espiritualidad y creían en las profecías de Nostradamus, habían conseguido en su juventud hacer autostop por el norte del Cáucaso y hoy todavía se iban de acampada a Svanetia.

Estaban las gitanas que traían paquetes rojos de Marlboro en una cesta de mimbre, siempre que antes metieras en la cesta suficiente dinero. Estaban las circunstancias en las que se podía conseguir un billete para un pase privado en la Casa del Cine.

Para mí, la Unión Soviética era la infancia que compartí con mi hermana.

Era el poder de nuestro abuelo. Eran los innumerables cumplidos de que Daria era objeto, como una estrella de cine que acepta los gritos entregados de la multitud. Era la falta de padre. Eran las risas por la noche debajo de la manta, en la Casa Verde. Eran las clases de ballet de Stasia en el cobertizo, en las que, por alguna extraña razón, solo yo participaba, a las que no se obligaba a ir a Daria. Era la fascinación ante el velo de Christine y las constantes peleas entre Elene y su padre, entre Daria y yo. Era el ir y venir entre la vivienda de nueva construcción, de habitación y media, que ocupaba mi madre, y la Casa Verde. Era el amor de Kostia por Daria, a la que todo se le perdonaba, y el amor gruñón pero incondicional de Stasia por mí. Era probar, sin ser vistas, los licores de Stasia en la despensa. Esconderse en el bosque. Las broncas y el quedarse castigada en casa, ambas cosas fieles compañeras de mis tías. Los disfraces de carnaval para las fiestas de la guardería, orejas de conejo, colas de lobo, delantales de caperucita, hélices como las de la serie *Karlsson*, las garras de la bruja e incluso una casaca hecha con hojas de palma (para hacer de Viernes, el de Robinson Crusoe) para las fiestas escolares. Las constantes peleas en el patio del colegio, en las que Daria no participaba.

La Unión Soviética era *Vremja* todas las tardes y el locutor con gafas de gruesos cristales, que daba todas las noticias como si el mundo fuera a hundirse al día siguiente. La Unión Soviética era la estrella roja en la punta del abeto que se ponía en Nochevieja. La Unión Soviética era el lugar de la amistad entre los pueblos y las danzas folclóricas, todas eran bienvenidas

salvo las «extranjeras». Porque esas eran capitalistas (y, en todo el mundo, había gente que se moría de hambre porque la otra parte de la humanidad solo estaba interesada en el dinero y aceptaba la pobreza de otros con tal de hacerse rica).

El extranjero en sí, no importaba cuál, era Sodoma y Gomorra. Todos allí tomaban drogas, y los Estados no se interesaban por sus ciudadanos y los dejaban morir. Allí todos lo hacían con todos y engendraban hijos por los que nadie se preocupaba y para los que tampoco había plazas en las guarderías. El extranjero era un lugar perverso, de donde ni un solo ciudadano soviético había vuelto nunca. Los extranjeros eran miserables espías y traficantes de personas. Allí seguía habiendo esclavos, y no se conocían palabras como amistad entre los pueblos y fraternidad. Allí solo reinaban las lisas y llanas leyes del dinero, o la ilusión de una existencia pacífica proporcionada por una religión embustera que, como se sabe, era el opio del pueblo.

Había que estar alerta y ayudar a los países que querían escapar de las garras del malvado capitalismo. Y los países que se habían liberado de él eran nuestros hermanos, nuestros amigos; a ellos también podíamos viajar. Podíamos recorrer la Unión Soviética (en la que, en principio, ya estábamos), podíamos ir a Mongolia, podíamos ir a Yugoslavia, Albania, Bulgaria, Polonia, Rumanía, a la República Democrática Alemana, a Checoslovaquia y a Hungría; podíamos ir a Corea del Norte, China, a Cuba, a Guinea, a Yemen del Sur, a Somalia, al Congo, a Madagascar, Camboya, Laos, Etiopía, Angola, Mozambique, Benin, Granada, Nicaragua, Zimbaue. Y para cuando me escolarizaron, también podíamos ir a Vietnam. Y pronto, incluso, a Afganistán.

Así que teníamos amigos más que suficientes... y no queríamos viajar a los países del malvado capitalismo. ¿Qué se nos había perdido a nosotros en la decadente y malcriada Europa Occidental, condenada a la ruina, por no hablar de América, madre de todos los males? ¿Qué se nos había perdido a nosotros en Francia, donde comían caracoles, o en Italia, que hervía de mafiosos y donde veneraban a un anciano vestido de blanco? ¿Qué se nos había perdido a nosotros en América Latina (con la excepción de Cuba), donde había insectos y selvas vírgenes? ¿Qué se nos había perdido a nosotros en Japón, donde a las mujeres les ponían zapatos de una talla inferior para que los pies se les quedaran pequeños? ¿Qué se nos había perdido en Escandinavia, donde ni siquiera se podía beber en condiciones? ¿Y en la

peligrosa América, donde las drogas estaban tiradas por la calle, todos los que no eran ricos caían en la depresión y saltaban en fila por las ventanas, porque no tenían un padrecito Estado que se ocupara de ellos? ¿Que hervía de negros y de judíos?

Sí, sin duda en el extranjero capitalista había también algunas cosas buenas, buena música y películas, no había que casarse para tener sexo o conseguir una vivienda común, y estaba claro que allí tenían las mejores ropas. Y, para conseguir un visado, no hacía falta acampar durante semanas ante una oficina de Intourist y apuntarse en una lista de espera. Pero ¿para qué servía eso? Al fin y al cabo, la libertad era una cuestión de definiciones. Ellos ya no podían ir a Vietnam, y pronto tampoco a Afganistán. Nosotros sí.

Para Daria y para mí, la Unión Soviética era antes que nada la familia. Nuestra familia y una tía famosa en el extranjero, a quien, como nosotras creíamos hacía mucho, los malvados capitalistas habían arrastrado a Occidente, si no ¿por qué iba a huir de su patria? La Unión Soviética eran nuestros amigos. Nuestras calles. Nuestros patios. Nuestros parques. Nuestros juegos. Nuestro pasado. Y, naturalmente, el futuro. (¿Qué otra alternativa había?)

La Unión Soviética fue para nosotras un privilegio del que las dos, Daria y yo, disfrutábamos porque llevábamos el apellido de nuestro abuelo.

Poco después de que Kitty se fuera, Elene se matriculó en el curso preparatorio de Lengua y Literatura Inglesas en el Instituto de Lenguas Extranjeras, y empezó a preparar su examen de ingreso. Nana, loca de alegría porque —ojalá— su hija había optado por una carrera en la educación, la asesoró, la acompañó y la animó. También Kostia, aunque la lengua inglesa le resultaba sospechosa, se mostró feliz de que su hija hubiera entrado al fin en razón y quisiera hacer algo con su vida. Elene aprobó el examen de ingreso y emprendió sus estudios. Como los viajes entre la Casa Verde y Tiflis le consumían demasiado tiempo, se alojó temporalmente en casa de una amiga en Sololaki. Sin embargo, pasaba la mayor parte del tiempo con Lana, que después de aprobar con éxito su trabajo de grado había encontrado un empleo en el Centro de Planificación de la Ingeniería y la Industria, que construía grandes fábricas en todo el territorio soviético. Evitaba ir a casa de Christine, que dedicaba todo su tiempo y atención al pequeño Miro.

Como a Elene pronto le aburrieron sus compañeros, en su mayoría mujeres conformes con el sistema, buscó amigos que estudiaban en la Academia de Artes o en el Instituto de Teatro y Cinematografía, a los que Lana le había facilitado el acceso. Elene se mantuvo fiel a su antiguo modelo y a sus intereses, o a su desinterés por el mundo, y solía escoger como acompañantes a chicos que escuchaban música rock, fumaban hachís, acudían a aquellas veladas poéticas subversivas y hablaban mucho de espiritualidad. Sin duda, no eran lo bastante valientes como para enfrentarse a la ley, como sí lo habían sido Mijaíl, Beka y sus compañeros, pero comparados con las niñas buenas del Instituto de Lenguas eran verdaderos Che Guevaras.

Al comienzo de sus estudios, Elene hizo algunos intentos por emanciparse de su familia y, sobre todo, de su padre, muy en la línea de sus amigos, que rechazaban que alguien se aprovechara de los privilegios de su propia familia —aunque ellos sí lo hacían, a escondidas—, pero, como nadie quería contratar como limpiadora o celadora a una criatura privilegiada como Elene Dzhashi, tuvo que seguir aceptando el dinero paterno.

Durante la semana se quedaba en la ciudad. Los fines de semana los pasaba con nosotras. Daria, la reina en el reino de Kostia, iba a una guardería de Tiflis, mientras que yo quedaba abandonada a mí misma y a Stasia. Podía dar clases de ballet con unas cuantas niñas del pueblo, vestida con medias blancas, y practicar torpes saltos, mientras el chófer de Kostia llevaba todas las mañanas a la ciudad a Daria y la traía de vuelta por las tardes junto con los abuelos.

Por las mañanas había mucho trajín (esos son mis primeros recuerdos de infancia) cuando Kostia y Nana se preparaban para el trabajo, el apresurado desayuno común, la elección de la ropa de Daria, y luego reinaba el silencio, cuando todos habían subido al coche y Stasia y yo nos quedábamos solas. Un silencio mágico, maravilloso, que ocultaba tantos secretos. Solo había que estar lo bastante atento y saber escucharlos con paciencia. Los grillos en verano, las palomas en otoño, el bosque en invierno, la brisa que bailaba en primavera entre los acantilados. Todos esos sonidos tocaban su dulce melodía como una orquesta perfectamente afinada, tocaban solo para nosotras, para Stasia y para mí.

Lo primero que Stasia y yo hacíamos era el trabajo en el jardín. Armadas con unas sucias botas de goma y herramientas, marchábamos en medio de la lluvia, del sol, del viento, y nos ocupábamos de las flores, las frutas y las

verduras. De vez en cuando oía a Stasia hablar con sus flores, pero no me parecía nada extraño, era más bien un ritual cariñoso y familiar, que me hacía sentir segura y protegida.

Más tarde, recogíamos los restos de comida del día anterior y los metíamos en un cubo de lata que llevábamos al pozo, en el interior del pueblo, donde entregábamos su contenido a los perros callejeros. Ver comer a aquellos animales llenos de pulgas era una de mis ocupaciones favoritas aquellos días. Luego Stasia encendía el televisor, y veíamos juntas el programa *Manos hábiles*, con consejos domésticos y trucos de abuelas, por ejemplo cómo bajar la fiebre con unos calcetines empapados en vinagre o curar los dolores de cabeza con flores de tilo.

Después de comer, nos echábamos la siesta en el cuarto de Stasia, sobre el duro catre que ella prefería, y que a mí me parecía el sitio más acogedor del mundo.

Cuando yo despertaba, Stasia ya se había ido a la cocina a preparar la cena, y la oía manipular ollas y sartenes. Los olores de las especias que tanto amaba me atraían a la cocina. Corría descalza allí y quería ayudarla enseguida. Siempre tenía la radio puesta mientras cocinaba, le encantaba escuchar viejas canciones mientras preparaba las comidas, y seguía el ritmo en determinadas melodías.

Mientras la comida hervía en la olla o borbotaba en la sartén, salíamos a la terraza y jugábamos al veo-veo, y siempre pensé que se hacía la tonta, porque yo siempre ganaba. Algunos días en que estaba especialmente pensativa no quería jugar conmigo, y me pedía que escuchara el silencio. En una ocasión me había dicho que solo los niños tontos son incapaces de escucharlo y, como yo no quería ser una niña tonta, me sentaba a su lado con el gesto más serio posible y hacía como si comprendiera los secretos del mundo.

Todos los martes y jueves, a primera hora de la tarde, empezaba mi actividad preferida: la clase de ballet. Las chicas campesinas se reunían, puntuales, delante del cobertizo. Stasia rejuvenecía. También yo tenía que hacerlo lo mejor que podía. Delante de los improvisados espejos, agarrada a una barra demasiado alta, tenía que hacer como si el mayor de mis sueños fuera convertirme en la segunda Maya Plisetskaya, la *prima ballerina* del teatro Bolshói, a la que tanto admiraba Stasia.

Cómo florecía, cómo le brillaban los ojos cuando corregía nuestra postura,

cuando practicaba incansable con nosotras los estiramientos, con qué fervor escuchaba la música con la que ensayaba con nosotras pequeñas, tontas coreografías. Después de una buena clase, cuando yo me esforzaba especialmente, me recompensaba en abundancia: me daba granadas peladas, higos azucarados y caquis cortados en trozos diminutos. Pero la mayor recompensa para mí eran sus historias. Satisfecha, complacida con mi rendimiento, empezaba a contarme historias del pasado. Aquella Stasia normalmente tan parca en palabras se convertía en Sherezade, y me llevaba, con los más increíbles colores, a un mundo escondido. Con un lenguaje florido, con dramáticos puntos culminantes y emocionantes giros, modulando la voz para interpretar distintos papeles, convertía el pasado en presente.

Levantó ante mis ojos su casa natal. Me describió a su padre, el omnipresente aroma a chocolate que envolvía la casa y atraía a los visitantes. Me habló de los indomables kabardin y de la estepa. Me describió los pasadizos secretos del monasterio excavado en la roca. Casi podía sentir el tacto de los vestidos de su hermana pequeña (Stasia siempre hablaba de la pequeña Christine en un tono especial, en voz baja, casi devota, con los ojos brillantes), podía tocar el uniforme de Simon, podía ver relucir las joyas de su madrastra.

Me habló de los Ballets Rusos y de la gracia de Anna Pavlova. Me habló de las cúpulas doradas de las catedrales de San Petersburgo. Me habló del Palacio de Verano y de la bodega de Thekla. Me recitó poemas de Sapiro que, al parecer, se sabía de memoria, describió los rizos trigueños de su hijo.

Sus frases eran para mí como fórmulas mágicas con las que me sumergía en otro mundo, un mundo que no conocía, que estaba en algún sitio muy, muy remoto y del que solo Stasia tenía la llave.

Cuánto odiaba los días en que se negaba a contarme nada. Qué duro era el castigo cuando estaba descontenta con mis habilidades como bailarina. Qué profunda mi desesperación cuando decidía que esos días no me merecía ninguna historia. Hubiera preferido que me sangraran los pies o hacer centenares de *spagats*, con tal de que volviera a resucitar ante mis ojos aquellos tiempos encantados. Amaba sus historias, y en cambio todos esos *arabesques* y *retirés* me eran indiferentes. Mi imaginación se volvía febril cuando empezaba una narración, y no cuando sonaba Chaikovski. Quería escuchar, quería completar ese otro mundo en mi cabeza, había sucumbido a ese mundo, y bailaba solo para que siguieran contándomelo.

Si tenía suerte, y ella continuaba su relato hasta que los otros volvían de la ciudad, durante toda la tarde ya no podía pensar en otra cosa, incluso renunciaba al cuento que Nana nos leía a Daria y a mí antes de irnos a la cama. Porque estaba repleta de los recuerdos de Stasia y no tenía más sitio en mi interior. Las historias de Stasia se apoderaban de mí, me llenaban. Sin yo misma entenderlo, soñaba con escribirlas, con transformarlas en mis propias palabras. Quería convertirlas en mi propia historia.

Pasé toda mi infancia en la Casa Verde, antes de que empezase a hacer preguntas, antes de que pudiera acumular en mí la ira y la pena, antes de que el hermoso puzzle que se me presentaba como nuestra historia familiar se rompiera en pedazos, antes de que empezara a espiar detrás de las cortinas que se echaban delante de nuestras narices, con aquellas historias, que eran los recuerdos de Stasia. Así que para mí mi vida empieza exactamente ahí, exactamente en el año 1900, cuando Stasia vino al mundo en uno de los inviernos más fríos que se recuerdan. Entonces nació también yo, exactamente igual que tú, Brilka. Mi infancia no comenzó en 1973, no, sino mucho antes, llega mucho más hondo. Mi infancia, el tiempo en el que me creía libre y feliz, porque estaba segura del amor de Stasia y tenía la sensación de que no iba a necesitar nunca nada más, son esas historias. Allá donde comienzan, empiezo yo. Todos esos pueblos, ciudades, casas, personas..., todas ellas son parte de mi infancia. Tanto la revolución como la guerra, tanto los muertos como los vivos. Todas esas personas, todos esos senderos vitales y esos lugares se quedaron tan grabados a fuego en mi cerebro, se hicieron tan presentes en él, que nació con esas personas y esos acontecimientos. Todavía necesitaba a Stasia para recorrer las épocas, para atravesarlas, para sumergirme en ellas, pero pronto, esperaba, sería capaz de contarlas por mí misma, de volver a contarlas, de completarlas.

Para Nana, Daria y yo éramos niñas a las que había que castigar y educar. A las que había que poner claramente de manifiesto lo que era bueno y lo que era malo. Para Elene seguíamos siendo bebés, a los que no creía capaces de entender otra cosa que sus propias necesidades y su propio placer, amantes de las golosinas y que querían ir al zoo, al circo o a ver las marionetas los domingos, y que lloraban cuando se caían o se quemaban los dedos.

Para Kostia, Daria era un ángel y yo una bastarda. Todo lo que hacía Daria

era encantador, embriagador, emocionante. Cuando se caía, cuando le colgaban los mocos o se hacía pis encima; era algo desarmante, o por lo menos desgarrador.

Yo seguía siendo un cuerpo extraño en ese pequeño paraíso que Kostia había preparado para su princesa. Me evitaba. No se sentía bien cuando estaba sola con él en la casa —cosa que ocurría pocas veces—, cuando no había cerca una Nana, una Stasia, una Elene que pudieran protegerle de mí.

Naturalmente, a mí también me hacía un regalo cuando le hacía uno a Daria, me daba un beso cuando le daba uno a Daria, por falta de alternativas también a mí me llevaba de paseo o al parque de atracciones, cuando iba con Daria. Pero ciertas cosas no se expresan, no se dicen con palabras. Daria era el escudo que interponía entre él y yo. Tuve que aprender a querer lo que Daria quería, decir lo que Daria decía, aprobar lo que Daria aprobaba, rechazar lo que Daria rechazaba.

Las noches, cuando los adultos y Daria volvían a habitar la Casa Verde, fueron los momentos más odiados de mi infancia. Entonces, todo giraba en torno a Kostia y Daria. Eran los soles de nuestra galaxia. Y nosotras, estrellas moribundas, brillábamos cada tarde por última vez, antes de extinguirnos en el universo y aniquilarnos a nosotras mismas, para renacer a la mañana siguiente, en cuanto ellos salían de la casa.

Cuando los fines de semana creía tener por fin a Elene para mí, porque Daria pasaba con Kostia la mayor parte del tiempo, ineludiblemente Daria tenía varicela o una gripe, se caía y se hacía una herida en la rodilla o simplemente estaba de mal humor y no se apartaba un segundo del costado de Elene, de manera que yo, de rabia y desesperación, corría hacia Stasia, me enroscaba en su regazo y lloraba hasta que, en algún momento, mi madre se liberaba de los brazos de Daria, corría hacia mí y me contaba toda clase de tonterías para que tuviera que echarme a reír.

Pero, por alguna misteriosa razón, en el fondo yo concedía a Daria todos esos derechos y privilegios. Como si fuera una ley natural, algo evidente, que tenía derecho a ellos. Pero también ocurría a veces que la rabia ciega me abrumaba y algo incontrolable e irracional me poseía; entonces corría hacia Daria, le daba un rodillazo o la tiraba al suelo, le daba un doloroso pellizco en la tripa o le pinchaba en el culo con un lápiz, lo que me deparaba un extraño placer. Más tarde, ya en edad escolar, aquel placer solo lo superaba una cosa: poner a prueba la paciencia de nuestro abuelo. Nada me gustaba más en el

mundo que sacudir su autocontrol, ver su férreo gesto convertido en una máscara de rabia, hacer temblar su voz. Sabía que, si las cosas se torcían, siempre podía correr hacia Stasia, y ella movería la cabeza, me miraría compasiva y preguntaría: «Y bien, ¿qué has hecho esta vez?».

A su manera, caótica e inestable, Elene nos quería. Le costaba trabajo ver crecer sin padre a sus hijas, sacar adelante sus estudios y tragarse sin que se le notara su ración doble de odio hacia sí misma, aunque fuera una mujer capaz de hacerlo todo con mano izquierda. Su desgarró se reflejaba en nuestro comportamiento. A veces llorábamos por las noches, con el rostro hundido en la almohada, de nostalgia por nuestra madre, a veces ni siquiera queríamos verla y la evitábamos, nos mostrábamos ariscas y distantes cuando venía a la Casa Verde el viernes por la tarde.

Kostia siempre ponía su autoridad en entredicho, acogía con sonrisas irónicas sus métodos educativos, ignoraba sus deseos, hasta tal punto que también nosotras —de manera inconsciente, por supuesto— nos pusimos en algún momento del lado de nuestro abuelo y nos negábamos a escucharla cuando él estaba cerca.

Lo que más me entristecía eran esos momentos en los que Elene vagaba inquieta por la casa como un animal acosado y subía al desván. Yo la espiaba, seguía sus pasos, descubría sus escondites y la observaba a hurtadillas cuando, con una lámpara, una manta, una copa de vino o de licor y un libro, se retiraba a un mundo al que nos estaba vedado el acceso.

Para mí, la única satisfacción de aquellos días era la constatación de que Elene mostraba hacia Daria la misma distraída indiferencia que hacia mí. Una igualdad que nos unía a ambas en la lucha por llamar su atención. La igualdad de nuestros esfuerzos. Porque en esos momentos de nada servían ni los ataques de llanto ni la varicela; durante esos días Elene se mostraba tan distante e inalcanzable para Daria como para mí.

El poder brota del cañón de un fusil.

MAO ZEDONG

Dos entierros, el hijo y el padre, tan seguidos, la absoluta desaparición de Christine de su vida, la sorprendente visita de su hermana y la emoción que había llevado consigo habían impresionado a Kostia más de lo que él hubiera creído posible.

Al contrario que su madre y su tía, que a su avanzada edad gozaban de una salud de hierro, más allá de un poco de reuma y tensión baja (Stasia), artritis, varices y dolores articulatorios (Christine), Kostia, mediada la cincuentena, empezaba a notar su edad. Quizá solo se debía a que le daba más vueltas a su estado que su madre o su tía. Le costaba trabajo confesar que algunas de sus acompañantes sencillamente ya no eran para él. Pero lo que más le alteró en esa época fue la noticia del retorno de Alania.

Su viejo amigo le había llamado para decirle que, después de veinte años en el servicio exterior, le habían ordenado volver a la central, y regresaba a Moscú. A pesar del tono despreocupado que Alania tanto se había cuidado de mantener por teléfono, a mi abuelo en absoluto se le escapó la tensión y el miedo que vibraban en su voz. Algo había ido mal. ¿Tenía que ver con Kitty? ¿Había salido a la luz algo que debía permanecer oculto? Naturalmente, por teléfono no podía permitirse esas cuestiones, pero sentía que ahora no podía dejar solo a su amigo, no le iba a abandonar. Le prometió ir a Moscú en cuanto su traslado se llevara a cabo.

Guiorgui Alania no había superado la verdad de su origen. Lo que había esperado durante toda su vida no se había producido. La parálisis era perdurable. No podía hablar de eso con nadie, y menos con Kitty. Se prohibió contárselo a Kitty.

A su regreso a Londres se retiró, dejó de llamarla, dejó de visitarla, tejió un capullo de acero a su alrededor. Los intentos de Kitty por ayudar a su amigo y compartir con él sus preocupaciones fracasaron. Se sentía postergada, inútil, rechazada. Él atribuyó su distanciamiento a la negligencia que había demostrado hacia ella en los últimos meses, y la advirtió en contra de sus colegas, que podían poner un abrupto fin a su amistad, cada vez más abierta. Su conducta había sido necia e ingenua, dado que todo estaba en juego.

—Pero ahora que hemos viajado juntos a Tiflis, que nos conocemos, por

así decirlo, oficialmente, ya no tenemos que escondernos de tu gente, podemos vernos sin tapujos.

Kitty no podía entenderle.

—No me corresponde tratar con una cantante occidental. Por mucho que pudiéramos haber simpatizado durante esas dos semanas, eso no cambia en nada la situación. No olvide por qué me destinaron a este país.

Destruyó sus esperanzas; por primera vez desde que había entrado en su vida, ella se sentía en la estacada. Andaba a tientas en la oscuridad, no entendía qué había causado su fría retirada y su inesperado alejamiento. Casi le indignaba que, precisamente ahora que ella experimentaba unos sentimientos tan abrumadores y contradictorios hacia él, la dejara sola.

No entendía que él se avergonzara de sí mismo, que se considerara indigno de ella, que tuviera miedo de sí. De su herencia, de su propia sangre. Él, que lo había aceptado todo, que había repatriado a todas aquellas personas con astucia, amenazas, incluso por la fuerza. ¿Y si todo aquello no era cierto? ¿Y si los cientos de fotos que él había estado mirando con lupa en la Biblioteca Nacional, los viejos recortes de periódico con el retrato de un hombre bajito, calvo, con quevedos, que con tan poco esfuerzo había enseñado al mundo a tener miedo, no tenían nada que ver con él? ¿Qué pasaba si la triste viuda de Ramas Iosebidse simplemente se había equivocado del todo?

Kitty era un hilo de seda que se podía cortar con un movimiento de la mano. Kitty era la única con la que había merecido la pena soñar, mientras él se permitía esos sueños como sueños. Kitty era lo único luminoso, lo único frágil, lo único quebradizo por lo que merecía la pena recoger los fragmentos. ¿Qué le quedaría si ella uniera su futuro al suyo? Él no tenía ninguno. No allí donde estaba, y si hubiera uno —por inverosímil que fuera— no correría el peligro de ser desdeñado, rechazado o incluso despreciado por ella.

Nunca debería haber salido de las sombras. Nunca debería haberse acercado tanto a la vida de ella. Nunca debería haber forjado planes con ella, ni regresado con ella al pasado.

Primero, faltó a una cita. Simplemente no fue. Luego dejó de llamar. Kitty comprendió que algo había llegado a su fin, que algo definitivo había pasado, y que ella sería incapaz de impedirlo. Esperó y esperó. En vano. Entonces llamó a Amy:

—¡Por fin! ¡Ya pensaba que no iba a saber más de ti! ¡Pensaba que te habías casado en tu patria y te dedicabas a cuidar ovejas en el Cáucaso! — exclamó Amy indignada y ofendida, escupiendo el humo de un cigarrillo en el auricular.

—Tengo doce canciones nuevas. Podemos vernos en el estudio a partir de la semana que viene, cuando quieras. Estoy lista. Pero quiero marcharme de Londres. Tan lejos como pueda.

—¡Aleluya! ¡Lo arreglo todo y te llamo el lunes!

Amy, que había recuperado enseguida su tono de mánager, colgó.

El día en que Alania escribió su petición de traslado, Kitty fue al estudio y grabó la primera canción de su nuevo álbum, que llevaba el sencillo título de *Home*.

Recuerdo con total exactitud, Brilka, que cuando las dos cruzamos Grecia en coche estuvimos hablando de la primera canción de ese álbum, que le da título, y recuerdo que dijiste que esa canción no hablaba de un lugar o un país, sino de un estado de ánimo. Dijiste que era una canción sobre la infancia, y me preguntaste dónde se guardaba la infancia, y todavía recuerdo que te contesté que estaba escondida entre las propias costillas, en las pequeñas manchas hepáticas y lunares, en la raíz del pelo, por encima del corazón, en las orejas o en la risa.

Home se lanzó en 1976, cinco años después de *Replacement*, el año en que todo Vietnam se convirtió en una república socialista después de que Saigón dejase de existir y Ciudad Ho Chi Minh empezara a vivir; el año en que murió Mao Zedong y China fue asediada por un terremoto devastador, como si la tierra se burlara de la muerte del gran dictador; el mismo año en que Honecker fue elegido presidente del Consejo de Estado de la RDA y el aborto fue legalizado en la RFA, en el que encontraron a Ulrike Meinhof ahorcada en su celda, en el que Fritz Lang murió en Los Ángeles y Agatha Christie en Winterbrook, el año de la gran sublevación contra el apartheid en Soweto, en el que *Hotel California* fue un éxito... y en el que Fred Lieblich hizo su tercera y última cura de abstinencia.

—¡Ven! —susurró Elene.

Yo me froté los ojos. Tan solo distinguía su silueta a la luz de la luna. Daria ya estaba sentada en su cama, con un pijama blanco con un estampado

de caballitos de madera.

—¡Vamos, Niza, despierta! ¡Tenemos grandes planes!

Elene había bebido, Daria y yo podíamos olerlo, y nos preparamos para uno de esos estados de ánimo tontos, juguetones e imprevisibles de nuestra madre.

Fue en mitad de la noche, un sábado. El día anterior no había venido como de costumbre a la Casa Verde, y su ausencia había causado un agotador estallido de furia de Kostia. Se pasó horas maldiciendo a su fracasada hija y a su lamentable madre. Exigió a su esposa que trajera a Elene de vuelta a la Casa Verde para educar a sus hijas. Que hiciera el favor, como hacían los demás, como él, Nana y Daria, de ir todas las mañanas en su coche a la ciudad. En caso contrario, le negaría su apoyo económico. Kostia exigió además que Nana se lo dijera a Elene de inmediato. Así que a Nana no le quedó otro remedio que llamar por teléfono a la amiga en cuya casa vivía oficialmente Elene, y preguntar por su hija. La amiga le comunicó que hacía semanas que Elene no vivía con ella, tenía un nuevo amigo y vivía con él. Era imposible localizarla. Luego, Elene se había colado en la casa como una ladrona, cuando sus padres llevaban dos días buscándola sin cesar, y quiso secuestrarnos, a nosotras, que estábamos muertas de sueño. Metió ropa nuestra al azar en un bolso de tela y nos exhortó a no hacer ruido. Yo salté de la cama y alcé los brazos para que pudiera ponerme un jersey. Daria refunfuñó, no quería levantarse, y no le apetecía la anunciada aventura.

—¡No seas aguafiestas! —advirtió Elene a su hija mayor, y la obligó a vestirse.

Poco después, salimos a escondidas de la casa dormida y subimos a un coche. Había un hombre al volante. Nos metieron en la parte de atrás, y el hombre pisó el acelerador.

—Este es mi novio, Aleko. Por fin os conocéis —Elene, que se había sentado en el asiento delantero, se volvió hacia nosotras—. ¿Sabéis lo que hace? Escribe cosas preciosas. Historias y poemas y cuentos, sabe contar cosas que os van a encantar. Y le fascina el algodón de azúcar, igual que a vosotras. Me ha propuesto que mañana mismo vayamos al parque Mushtaidi y tomemos todo el algodón de azúcar que queramos, ¿eh, qué os parece eso?

—A mí no me gusta el algodón de azúcar, le gusta a Niza. El abuelo dice que el algodón de azúcar da dolor de muelas. Prefiero el helado — interrumpió Daria a nuestra madre, pero al parecer ella estaba firmemente

decidida a creer en la feliz convivencia de todos nosotros, y no permitió que aquello le arruinara la fiesta.

También el hombre nos sonreía desde el espejo. Parecía muy alto, casi tocaba el techo con la cabeza. Habría podido ser —así lo veía yo entonces— el padre de Elene, no un «novio», parecía mucho mayor que ella, con sus profundas ojeras, además llevaba barba.

Cuando llegamos, mi madre cogió a Daria en brazos y el hombre alto y barbudo a mí, y subió las escaleras de una casa llena de porquería. Empezaba ya a amanecer, y yo tenía frío. Elene abrió una puerta y entramos a un estrecho pasillo. El pasillo llevaba directamente a una habitación sin alfombras, con las paredes cubiertas de pósteres; una habitación con dos pufs, un carrito de servir que se usaba como mesa y dos altavoces enormes coronados por polvorientas pilas de discos. Desde la habitación, una puerta acristalada, que en lugar de cristales tenía periódicos pegados, llevaba a otra habitación, al parecer más pequeña, probablemente el dormitorio. Allí había un colchón en el suelo, y por todas partes había ropa tirada por sillas y cómodas, a falta de armario. En el colchón había un gran oso de peluche al que le faltaba una oreja. Elene lo señaló, era el pequeño gesto de bienvenida de su novio.

Nos desnudó y nos acostó en el colchón. Yo nunca había dormido con Daria en la misma cama. Por suerte, mi hermana estaba demasiado cansada como para armar alboroto por eso.

Pero a la mañana siguiente estalló:

—¡Esto no es una cama! Tengo hambre. ¿Dónde está mamá?

Empezó a llorar enseguida. Yo me escurrí fuera de la habitación, busqué a Elene.

Entre los pufs había una cama plegable, demasiado pequeña, en la que dormían ellos, estrechamente abrazados. Todo tenía un aspecto pacífico. Junto al colchón había una botella de vodka medio vacía y un cenicero lleno. Me acerqué a la pareja durmiente y toqué apenas el hombro desnudo de mi madre. Era marzo, la primavera se hacía esperar ese año, y en la casa reinaba un frío gélido. Elene despertó en el acto y se sentó en la cama, asustada.

—Niza, cielo mío, ¿cuánto tiempo llevas despierta?

—Daro tiene hambre —dije con decisión.

Más tarde, fuimos realmente al parque Mushtaidi. Subimos a todos los tiopivos imaginables y comimos algodón de azúcar hasta sentirnos mal. (También Daria tomó, porque no había helado.)

Aleko, el nuevo novio de mi madre, trotaba detrás de nosotras, nos tocaba un hombro de vez en cuando o nos brindaba una sonrisa dubitativa, un tanto forzada. Elene nos sonreía radiante sin cesar. La imagen de una familia perfecta parecía hacerla feliz.

Más tarde Aleko cocinó para nosotras, y pudimos elegir la comida. Poco a poco, Daria venció incluso su inicial temor y habló despreocupadamente de la yeguada, y se jactó de lo bien que montaba. Después de aquel día agotador, dormimos exhaustas y ahítas, pegadas la una a la otra en nuestro colchón. Esta vez Daria ya no se enfadó porque tuviéramos que dormir allí.

También los días siguientes continuaron con esa pauta. Nos levantábamos cuando nos apetecía. Aleko nos preparaba creps. Podíamos ver toda la televisión que quisiéramos, comer lo que quisiéramos, holgazanear y armar ruido. Solo al cuarto día Daria preguntó cuándo íbamos a volver a casa, con el abuelo. Elene empezó a explicarle que no era normal que una madre y sus hijas vivieran separadas, que nos echaba muchísimo de menos, que quería estar con nosotras, con nosotras y con Aleko, que todos íbamos a quedarnos allí y que nos iría bien. Pero Daria no se quedó conforme con esa idea.

—¿Por qué el abuelo no puede estar con nosotros? ¿Puedes llamarle y que venga! —insistió.

—Pero Dariko, cariño, aquí no tenemos espacio suficiente, no puede ser. ¿No estás bien con mamá? ¿No has echado de menos a mamá?

Elene luchaba visiblemente por contenerse.

—Sí, claro, ¡pero aquí ni siquiera hay camas de verdad!

Daria resopló con desprecio, y vi el rostro de Elene enrojecer de decepción. Hacía mucho que su padre había ganado la batalla por el favor de Daria. Vi el cuerpo de Elene encorvarse, encogerse.

—¡Quiero irme a casa! —Daria empezaba a levantar la voz con determinación, mirando a su madre con sus ojos de distinto color.

—¡Esta es tu casa!

Elene había alzado la voz. Ya iba a alejarse y dejarnos a solas con nuestras preocupaciones, cuando Daria gritó a pleno pulmón:

—¡Quiero ir con el abuelo! ¡Quiero ir con el abuelo!

Gritaba sin parar. Una y otra vez repetía aquella frase, hasta que el barbudo

y siempre susceptible Aleko entró en la habitación y se plantó entre Daria y Elene.

—¡Daria, basta ya! —advirtió Elene, y vi cómo mi madre volvía a convertirse en la mujer que por las noches iba de un lado a otro como un animal enjaulado y sin hallar descanso, la mujer que miraba a través de ti, que amaba las canciones en inglés y que no podía olvidar una determinada tarde de amor forzado.

Daria exigía sus derechos, no paraba, no cedía, quería lo que era suyo, quería la seguridad, el bienestar, los privilegios, no aquel chamizo, no a aquel hombre desaliñado y desconocido, ni tampoco —quizá ya lo intuía— aquella vida caótica sin la menor perspectiva. Entonces Elene alzó la mano y le dio a su hija mayor una ardiente bofetada, de las que dejan los dedos marcados.

La oscuridad de la noche cae sobre las colinas de Georgia...

ALEKSANDR PUSHKIN

—¡Has perdido completamente el juicio!

Lana estaba excitada, se había quitado las gafas y se las limpiaba nerviosa con el borde del vestido, parpadeando sin parar para poder ver mejor a su interlocutora. Mi madre estaba de pie junto al fogón y nos hacía una sopa. Daria dormía, yo estaba en un rincón clasificando frutos secos.

—Nana fue ayer a visitar a Christine. Y Christine realmente no sabe nada. Nana piensa que Christine te encubre. Están preocupados por el paradero de las niñas. ¡No puedes ser así de inocente! ¡No puedes secuestrar a las niñas sin más!

—¿Les has dicho algo? —preguntó mi madre, removiendo la cacerola con toda tranquilidad.

—Les he dicho que te encontraré y te devolveré con tus padres. Creo que tu padre ya está patrullando delante de tu facultad.

—Hablaré con ellos.

—Pero Elene, mira a tu alrededor. ¡En esta casa! Dios mío. Ni siquiera tenéis muebles de verdad.

—¿Qué os pasa a todos con los muebles? ¡Como si el sentido de la vida fuera tener todos los muebles posibles!

—Solo trato de hacerte un favor, ¿vale? Tus hijas llevan dos semanas aquí. No has vuelto a aparecer por la facultad. Has pescado a un tipo que podría ser tu padre, y...

—No es un *tipo*, ¡y solo tiene treinta y siete años, por Dios!

—Francamente, tu conducta me parece absurda. Y egoísta. Has empezado a estudiar. Recibes un apoyo con el que otras madres solo podrían soñar, y ¿qué haces? Metes a tus hijas en un agujero, les das de comer sopa de verduras y haces como si fuerais una familia perfecta. Mueve el culo y aclara todo esto con tu padre. Como quizá hayas observado, no soy precisamente gran amiga de Kostia Dzhashi, pero en tu lugar...

—Y yo que pensaba que eras mi amiga —la interrumpió ofendida Elene.

—¿Crees que las amigas están para aplaudirte por la tontería que estás haciendo? ¿En qué estás pensando? ¿En que tu padre te llame y te felicite por tu nueva felicidad conyugal?

—¿Por qué eres así de odiosa? Pensaba que al menos me entenderías. Volveré a ir a clase a partir del lunes. Necesitaba tiempo para las niñas. Tienen que acostumbrarse a vivir aquí. ¡Aleko y yo iremos el mes que viene al registro civil, y mi padre ya no podrá salirse con la suya!

—¿Estás loca? ¿Has olvidado que tu padre puede hacer cualquier cosa? A estas alturas tendrías que conocerlo bien. Por favor, vuelve a conectar el cerebro.

Lana se puso de nuevo las gafas y dejó de parpadear.

—Vuelvo a ser feliz, por vez primera desde hace una eternidad. Aleko y yo lo conseguiremos, esta vez lo lograré. Y, maldita sea, yo soy la madre de estas niñas.

—Una madre que no puede cuidar de ellas. Que ha pescado a un supuesto escritor, que vivirá en este chamizo durante el resto de su vida y...

—Tú no lo conoces. ¡Deja de rebajarlo de ese modo!

Elene alzó la voz.

—Perdona, pero hasta ahora no has demostrado tener mucha vista a la hora de elegir a los hombres. Mi consejo es: vete a casa, sobre todo vuelve a llevar a las niñas. No voy a cubrirte eternamente.

Tres días después, hubo revuelo en la Casa Verde. Se cruzaron palabras, se rompió una puerta de cristales, Aleko estaba en un rincón, como un abeto abandonado. Kostia estaba fuera de sí. Elene gritaba. Las niñas llorábamos. Nana y Stasia trataban de mediar donde era imposible mediar.

Elene le había dicho a su padre que iba a casarse con su nuevo amigo. Aquel técnico de sonido de treinta y siete años (¡un técnico de sonido que trabajaba en la televisión pública como asistente en la sección de sonido, con casi cuarenta años!) y futuro escritor (que estaba a años de luz de una carrera como escritor, que ni había sido leído en la Asociación de Escritores ni estaba autorizado ni admitido en ella). Hasta entonces Aleko había publicado, en una editorial privada semiclandestina, un volumen de relatos cortos que había repartido entre amigos y conocidos. Además, ese hombre ya tenía dos hijos de una exmujer, y no podía pagar su pensión alimenticia con su insignificante sueldo porque, en vez de invertir sus energías en el odiado trabajo, se pasaba las noches discutiendo sobre «el sistema» con sus amigos y viendo en pases privados copias piratas de películas incluidas en el *índice*, fumando hierba y bebiendo cerveza con vodka.

Kostia maldijo, insultó a Aleko llamándolo calzonazos, perdedor, mendigo y gigoló, y le acusó de querer casarse con su hija únicamente porque esperaba obtener de su padre unos ingresos seguros y una vida acomodada. ¡Pero se equivocaba en eso! Kostia gritó por toda la casa. Eso nunca iba a ocurrir, si la «mujerzuela» de su hija se atrevía a dar ese indigno paso y, pasando por encima de él, se casaba con ese «parásito», tendría que atenerse a las consecuencias, una de las cuales era con toda seguridad que se le negaría incluso el derecho a visitar una vez por semana a sus hijas.

Y, en aquel mes de agosto, Elene se casó con Aleko, y la voluntad de Kostia se hizo: Daria y yo nos quedamos en la Casa Verde. Elene reanudó sus estudios y podía subir a vernos al menos todos los sábados. Pero desde entonces no se le permitió pasar la noche en la Casa Verde. Cuando me acuerdo de aquella época, pienso en las innumerables mermeladas, cestos de frutas, botellas de licor y galletas y bizcochos envueltos en papel de aluminio que Nana y Stasia llevaban a escondidas al coche de Elene cuando regresaba a Tiflis por las tardes.

Aprendí a leer a los cuatro años, y a escribir a los cinco. Aprendí tanto el alfabeto cirílico como el georgiano, y cuando se lo enseñé a Kostia, escribiendo su nombre en las dos lenguas, me dijo que la caligrafía de Daria era más bonita. Cuando dibujé a una redonda Nana, una encorvada Stasia, una amarilla Daria, un gran Kostia, una roja Elene, un negro Aleko y un diminuto yo, titulé el dibujo «Mi familia» y lo puse en la puerta de la nevera, a Kostia le disgustó tanto que lo arrancó y lo tiró al cubo de la basura.

Yo seguía bailando para apropiarme de los recuerdos de Stasia, Daria montaba los hermosos ponis de color bronce de la yeguada. A mí me gustaba el helado de fresa, a Daria el de vainilla. Me gustaban los perros vagabundos del pueblo; Daria les tenía miedo. Yo llevaba unos pantalones recortados y Daria, faldas de colores. Yo el pelo corto y Daria largo hasta la cintura. A mí no me gustaban los cuentos, porque, a pesar de todos los sustos, siempre terminaban bien (y ya de niña desconfiaba de los finales felices), y Daria los adoraba.

Nuestra ignorancia nos protegía a ambas. No solo en lo que a nuestra familia se refería: porque ninguna de las dos sospechábamos que, el año en que me escolarizaron, en Afganistán hubo un golpe militar. No sospechábamos que nuestro abuelo se veía asediado por pesadillas que tenían lugar en un submarino con un fuego infernal, una mujer alta con las manos repletas de anillos, un hombre que tallaba ángeles de madera y su hijo de pelo rizado, que seducía a su hija por la fuerza.

No sospechábamos que Stasia miraba fascinada cómo Thekla y Sopio hacían solitarios en nuestro jardín. No sospechábamos que, en el lejano Moscú, Guiorgui Alania se entregaba a una profunda depresión. No sospechábamos que Elvis Aaron Presley moría en Graceland, hinchado y apartado del mundo. Que nuestra madre sufría dos abortos, antes de renunciar definitivamente a su deseo de fundar una *verdadera* familia y realizar a cambio su tesis de licenciatura (precisamente sobre Lady Macbeth). Que Christine iba a hacer todo lo que estuviera a su alcance para que el hijo de Misha gozara de toda la felicidad que a su padre le había sido vedada. No nos enteramos de cómo la segunda hermana de Stasia, Meri, moría en Kutaisi, y poco después también Lida en su ciudad natal; Lida probablemente sin miedo, feliz de poder por fin entrar en el reino de los cielos como esposa de Cristo.

Pero quizá ya intuíamos que el mundo era como un ovillo impenetrable, y que ese hecho, de una forma inexplicable, difícil de entender, era de una importancia capital.

—¿Sabes que tenemos papás distintos? —dijo Daria de pronto, sin levantar la mirada concentrada de la obra de arte que estaba pintando en ese momento.

El verano estaba empezando, olía a algo saturado, vivo, como si la vida hubiera comenzando a sudar. La larga cola de caballo de Daria brillaba dorada a la luz del mediodía. Tenía entonces ocho años, iba al primer Instituto Clásico, la escuela más elitista de Tiflis, directamente en la avenida Rustaveli, y sus asignaturas favoritas eran Ruso y Cultura Física, como en aquella época se llamaba al deporte, tal como le decía con cierta arrogancia a cualquier huésped, para aceptar acto seguido como una evidencia el obligado elogio del adulto. Luego me comunicó, tan de pasada como indiferente, que era mucho más lo que nos separaba que lo que nos unía.

No, yo no lo sabía. Ni siquiera lo sospechaba. Nadie me lo había dicho. La palabra *padre* estaba tan ausente del vocabulario de Daria como del mío. Me aparté de ella y empecé a negar con la cabeza. En el colegio nadie nos hablaba de eso, al parecer los padres, sabiendo quién era nuestro poderoso abuelo, habían instruido bien a sus hijos y les habían imbuido la idea de que ese tema no era agradable para los Dzhashi. Lo mismo pasaba en la Casa Verde: el tema «padre» no existía. *Padre* era para nosotras alguien que estaba muy, muy lejos, pero que nos quería y echaba de menos y pensaba mucho en nosotras. Seguro.

—Sí. Tu papá está en la cárcel. Y mi padre está muerto. Era un héroe, y se ahogó cuando quiso cruzar el gran mar.

Daria lo dijo como si me estuviera indicando la hora, con el mismo tono de aburrimiento y, al mismo tiempo, una expresión de gran concentración en el rostro, que se debía al trabajo en su dibujo.

—¿Y por qué mi papá está en la cárcel?

Sentía una abismal decepción abriéndose paso dentro de mí. Porque, naturalmente, también mi padre tenía que ser un héroe que hubiera querido dominar el mar.

—Porque es un criminal —respondió relajada Daria.

—¿Y cómo es que tu papá quería cruzar el mar si sabe que no se puede, era

tonto o qué?

—Tú sí que eres tonta. La mayoría de la gente no puede, pero los héroes sí. Para eso son héroes —me explicó, con desarmante seguridad en sí misma.

No se me ocurrió ningún argumento para responder a sus palabras, y tuve que confesarme que el hecho de que alguien hubiera partido para cruzar el gran mar era algo bastante impresionante.

—Al menos tenemos la misma madre —me consolé.

De pronto me sentí pequeña, fea, tonta e impotente, y ya quería salir de la habitación e ir a buscar a Stasia para que me explicara cómo podía ser que yo tuviera un padre criminal y Daria uno que era un héroe, pero entonces sentí que algo se concentraba en mi interior, una rabia increíble que no podía formular con palabras, que no podía articular... y me lancé sobre mi hermana, la arrollé por detrás, agarré su interminable cola de caballo, tan agradable al tacto entre mis dedos, la tiré al suelo, ignoré sus gritos y le chillé a la cara:

—Al menos *mi* padre volverá algún día, pero el tuyo nunca. ¡Nunca!

Aquel día, *Literaturnaya Gazeta* había vuelto a rechazar un relato de Aleko. Elene había entregado su trabajo final justo una semana antes, y no estaba segura de aprobar. En él se hablaba demasiado del poder. En la botella de vodka quedaba el último resto de la noche anterior, en la que Aleko había estado hablando con unos amigos, hasta quedarse ronco, de *Rocco y sus hermanos*, de Visconti. Vertió lo que quedaba en una taza de té y se tragó el líquido ardiente. Elene se sentía cansada, vacía. El dinero escaseaba. Las perspectivas no eran muy halagüeñas. La nostalgia de sus hijas la corroía, le hacía rascarse los brazos, apretarse las sienes, parpadear, le secaba la boca.

El mes anterior, Beka había salido de prisión y, aunque aquel hecho no le había causado especial alegría (al fin y al cabo, durante todos esos años él no había escrito ni una carta ni a ella ni a su hija), sí esperaba al menos que quisiera conocerme. Lo que significaba que iba a tener que explicarme, con mucho tiento y lo antes posible, las poco románticas circunstancias de mi concepción.

I guess you've found a better place.

—Te traerán las camisas perfectamente planchadas. Puedes relajarte.

Amy iba de un lado para otro presa del nerviosismo, llenando la *suite* del hotel de humo de cigarrillos. Kitty estaba tumbada en la cama *king-size*, envuelta en las suaves sábanas, y miraba fijamente el estuco de los elevados techos.

—Agotadas las entradas, todo completo, ¿has oído, Kitty? Tenemos que empezar las pruebas de sonido a las ocho en punto de la mañana. Luego puedes volver a meterte en la cama si quieres. Pero, para que tengamos tiempo para todo, ah, olvídale... Solo nos falta el Carnegie Hall para estar en lo más alto.

Caminaba arriba y abajo por la habitación, con una chillona flor de plástico en el pelo y unos pantalones de pana a rayas, dando dramáticas caladas a su cigarrillo.

En efecto, se diría que la gira de *Home* había superado todas las expectativas. Kitty nunca había tenido tanto dinero en la cuenta, nunca había recibido un aplauso tan unánime, nunca había contado entre su público con tanta gente joven y nunca se había sentido tan vacía.

Cuando estaba fuera, mantenerse en pie le suponía el mayor de los esfuerzos; se encerraba durante horas en *suites* tan lujosas como decadentes y en camerinos, paseaba a escondidas por las distintas ciudades europeas que visitaba, trataba de llenar su vacío con esa distracción mundana, trataba de encontrar algo que al menos pudiera depararle la ilusión de una alegría. Pero, en cada ocasión, tenía que admitir que no había encontrado nada capaz de llenar su interior. No le quedaba otro remedio que perfeccionar el juego al que jugaba con su público. Sonreír cuando no tenía ganas de sonreír, parecer interesada cuando se le preguntaba algo, ignorar sus impulsos de fuga cuando los sentía. E incluso ante Amy, entusiasmada con su éxito, completamente enloquecida, dar la sensación de que todo iba a las mil maravillas.

—¿Qué músico pop puede decir que ha cantado en el Concertgebouw? Esta tarde he estado hablando con la chelista, me contó que tienes una increíble cantidad de fans en los Países Bajos, y que tus viejos discos están experimentando una especie de *revival* aquí.

Amy fue hacia la puerta, al parecer le habían traído las camisas. Cuando regresó, radiante, las lanzó envueltas en sus fundas de plástico directamente al pecho de Kitty.

—¿Puedes hacer el favor de poner fin a tus meditaciones y volver a la vida terrena? —gritó junto a la oreja de Kitty.

—¡No me dejas en paz ni diez minutos, estoy cansada!

Kitty se tapó la cabeza con la manta.

—¿Has dicho algo? No te oigo, no, no, no te oigo.

Luego, otra vez los pasos apresurados de Amy, que se alejaban de su lecho rumbo a alguna parte.

Su concierto en solitario programado para la mañana siguiente en el Concertgebouw de Ámsterdam era el punto culminante de la gira porque, salvo escasas excepciones, el Concertgebouw —una de las mejores salas de conciertos de Europa— solo acogía recitales de música clásica. Kitty llevaba una semana ensayando para ese concierto con un cuarteto de cuerda. Un productor de treinta y tres años, que Amy había sacado de Dios sabía dónde y del que afirmaba que era el futuro de la música británica, quería grabar el concierto como producción en vivo y editarlo en forma de álbum. En su última negociación con él, había dejado entrever que a las canciones de Kitty les faltaba el auténtico *beat* y que la época del purismo, que Kitty representaba, había terminado para siempre. A pesar de toda la emoción de las semanas pasadas, de los ensayos, que siempre le daban alas, de haber conocido a maravillosos instrumentistas, que daban a sus canciones una nota y unos componentes marcados y propios, a Kitty le faltaba algo esencial: de repente, no parecía saber para quién cantaba, a quién iban dirigidas y destinadas sus canciones. (¿Recuerdas, Brilka, que entonces, en Berlín, creo, contaste que Kitty había dicho en una entrevista que sus canciones eran cartas que siempre escribía a personas determinadas, que sin destinatario no había para ella posibilidad de cantar?)

Aquel giro era como su personal Gólgota. Nunca se había sentido tan consumida y vieja. Tan *privada de finalidad*. Como si su cuerpo hubiera sido privado de todo alimento espiritual, como si hubiera quedado reducido a las funciones biológicas.

—En diciembre iremos a Nueva York —la voz de Amy sonaba triunfante

en la habitación de al lado—. Está claro que vamos a aceptar ese contrato. Vas a componer para esa gente. Tú misma dijiste entonces que en esas circunstancias componer te gustaba más, porque tendrías más tranquilidad, así que no quiero objeciones. Además, no voy a dejar que se me escape tanto dinero porque tú tengas uno de tus ataques de melancolía. Escribirás para ellos las canciones que quieren, y punto.

—¿Has sabido algo de *ella*?

Kitty estaba en el umbral de la puerta, con la almohada en la mano.

—Lo último que he sabido es que estaba en Gales, ingresada. Pregunté a Magnus, él se informó, dicen que la clínica es una de las mejores.

—¿Has pagado tú el tratamiento?

—Sí. Lo he hecho.

Kitty le agradeció que no se molestara en mentir.

—Que la hayas enviado allí no significa necesariamente que siga allí.

—He hecho lo que he podido. La última vez que la vi casi no le quedaba un diente sano. Me dio la sensación de que tiene la clara conciencia de que es su última oportunidad.

—No me la quito de la cabeza, Amy, sobre todo cuando tengo que salir a escena. Entonces empieza, es como una enfermedad, como una infección que me ataca.

—Mejor echa un vistazo a las camisas y dime cuál te quieres poner mañana. El portero dijo que podían traerte a la habitación la más fina que exista. ¿Quieres tal vez probarte otros diseños?

—Ahórrame todo eso, por favor. No son más que camisas blancas. Todas parecen iguales.

—¡Qué error! —de pronto, Amy detuvo su movimiento y se quedó mirando, inquisitiva, a Kitty—. Has escrito canciones verdaderamente maravillosas. Este álbum es tu obra más madura hasta la fecha, deberías disfrutarlo y estar orgullosa de ti misma. Me parece imperdonable que no disfrutes de este éxito. Si eso te tranquiliza llamaré a Londres, preguntaré por ella. Aunque creo que aquí y ahora, de forma excepcional, se trata de nosotras, de ti y de mí y de lo que hemos creado juntas, entiendes: de nosotras, y no de ella.

—Ella forma parte de ese *nosotras* exactamente igual que nosotras dos, Amy, y lo sabes de sobra.

Kitty dejó caer al suelo la ancha y blanda almohada. Durante un rato, las

dos se quedaron mirando el bulto arrojado sin sentido, tirado sin sentido, como si fuera un representante de alguien, o de otra cosa. Amy puso los brazos en los hombros de Kitty:

—Quizá no me resulte del todo fácil decírtelo pero, cuando me miraba, sobre todo en los últimos meses, y cuando volvía a plantarse delante de mi puerta porque no sabía adónde ir, cuando necesitaba dinero o, sencillamente, buscaba un sitio en el que dormir, sabía que no me estaba mirando a mí, sino a ti, que pensaba en ti. Sí, se ha quedado en mi vida por ti, por absurdo que pueda sonar, Kitty.

La luz de los focos le daba en los ojos. El silencio tenía algo de misterioso. La respiración contenida antes de que empezaran los aplausos, ese silencio que enseguida iba a descargarse en algo grandioso. La camisa blanca se pegaba a su cuerpo agotado. Aún no había dejado a un lado la guitarra, estaba en la rampa, mirando el oscuro espacio en el que habían encontrado asiento unas dos mil personas. Seguía aferrando con fuerza el micro. Los miembros del cuarteto de cuerda se levantaron de sus asientos y dieron un paso hacia el borde del escenario. Pronto iba a ser evaluada, en el mejor de los casos recompensada por aquellas dos horas y media en las que se había entregado hasta el límite. El calor mantenía su cuerpo amarrado, se secó la frente con un pañuelo de tela que siempre llevaba consigo en el bolsillo delantero de la camisa. La música seguía resonando en su cabeza. Los dedos le dolían de cada pulsación, se acordaban de cada nota que habían producido aquella noche.

Ya en la primera canción se había dado cuenta de que la música amenazaba con escapársele, de que estaba desconcentrada, dispersa, de que cantaba mecánicamente y se esforzaba por pensar en su rostro: en sus cabellos rojos, en las fotos que habían hecho juntas en América, en las palabras que se habían dicho y se habían callado, y la entrega, la nostalgia y, sobre todo, el profundo rencor, volvieron a su voz. Con los ojos cerrados, dedicó sus canciones a Fred, deseando con fervor que pudiera encontrar su camino. No hacia ella, ni hacia Amy, sino hacia sí misma. Y logró mantener los fantasmas lejos del escenario aquella noche. Fred Lieblich había logrado que regresara lo incondicionado. Fred Lieblich vivía, y, aquella noche, ella quería creer que iba a seguir haciéndolo.

Entonces, de golpe, estalló un estruendoso aplauso; Kitty sonrió a la oscuridad entre el mar de luces del escenario, se inclinó ante su público, se volvió, indicó a sus compañeros que se adelantaran y volvió a inclinarse. El aplauso era ensordecedor.

*¡Haced sonar el grito de los cuernos,
que redoble el tambor con alegría!
¡Entonemos la canción de la amistad,
que la juventud salude al nuevo y dorado día!*

CANCIÓN DE CAMPAMENTO JUVENIL

El sol del otoño me acariciaba los tobillos, y yo corría ladera abajo. Corría tan deprisa como podía, levantando la falda marrón de mi uniforme escolar, y mis piernas volaban haciéndole la competencia a la débil brisa que perseguía desde el bosque.

Amaba los lugares de los que me había apropiado: el bosque, el claro, la curvada ladera. Cuántas veces había subido allí después del colegio y me había tumbado en la hierba. Ni la lluvia ni el viento, ni siquiera la nieve, podían apartarme de mi camino. A menudo me tumbaba en el suelo y miraba al cielo. Aquella mirada me ayudaba a olvidar la parte más horrible del día, las horas del colegio. El aburrimiento que allí me asaltaba, los odiosos niños, las peleas, el acoso, los insultos y, sobre todo, la frialdad de Daria, que —dos clases por encima de mí— no me veía, ni siquiera hacía nada, en el patio, por defenderme cuando alguien me lanzaba una manzana mordida, me llamaba pelota o me tiraba al suelo.

Pero aquel día yo no quería ni tumbarme ni quedarme de pie. Quería correr. Deseaba que el viento se llevara todo lo que había pasado por la mañana.

«¡Niza está loca, Niza está loca!» Todos gritaban a coro, y entonces uno de tercero, muy fuerte, me había dado un empujón y me había bajado el mandil. La consecuencia había sido una carcajada general. Lo que había animado a un chico de cuarto, largo como una cigüeña, a levantarme el vestido hasta la

cabeza mientras todos se partían de risa.

«¡Niza tiene las bragas azules, Niza tiene las bragas azules!» ¡Qué rugido! No podía soltarme, quería huir del patio, y entonces la hermosa Ana, de mi clase, me cortó el paso. Me agarré la falda, porque el cigüeña volvía a intentar tirar de ella desde atrás, la sujeté entre las piernas y me quedé allí como una niña pequeña que se ha hecho pis encima.

Los otros se agruparon a mi alrededor, se agarraron de las manos y levantaron un muro de cuerpos ante mí. Hice acopio de todo mi valor y traté de romper la barrera, no lo logré, caí al suelo de bruces. Volvieron a reírse. Cuando giré la cabeza, vi que un poco más lejos, al extremo del patio, estaba Daria, que miraba sin hacer nada. Estaba sencillamente allí, con sus amigas, todas guapísimas, con sus inmaculadas medias blancas y sus zapatos planos de charol, y no hacía nada, ni siquiera decía nada. Miraba como hechizada en mi dirección, como si ella misma no pudiera creer que era yo el motivo de risa, empujada, humillada e insultada. Tenía el poder de poner fin a mi tortura. Pero no se inmutó.

No se movió. Su ojo pardo parecía triste, avergonzado, mientras que su ojo azul me miraba casi con alegría ante el mal ajeno. Mis labios se abrieron, quería decir algo, quería gritar su nombre, pero no me salía ningún ruido. Me avergonzaba por ella, me avergonzaba en su lugar, porque ella no podía admitir su vergüenza de tenerme por hermana. Ella era una vencedora, una ganadora, y una ganadora no puede tener por hermana a una perdedora. Una con el cabello enmarañado, las rodillas rasguñadas y las medias caídas.

No pude contenerme y me eché a llorar. Estaba próxima a la histeria. Grité a voz en cuello hasta que los profesores salieron corriendo del edificio y ahuyentaron a los niños que me rodeaban, me cogieron en brazos y me llevaron al edificio para llamar desde allí a mi madre.

Ahora quería olvidar todo eso. Quería borrar de mi mente aquellas terribles imágenes, aquellas voces. No quería pensar en mí misma en la enfermería del colegio, mientras mi madre hablaba con el maestro. Como si yo hubiera roto algo, como si tuviera que disculparse por mí. Quería librarme de la desagradable sensación de ser una carga para mi madre. Aquella sensación llevaba mucho tiempo sin abandonarme.

Atardecía ya. Hacía una eternidad que Elene no se quedaba tanto en la Casa Verde. Enseguida vendrían Kostia y Nana. Al parecer, ella estaba esperando a sus padres. A su padre. Quizá tenía la intención de contarle mi

vergüenza de hoy. Aceleré el ritmo, me estaba quedando sin aliento, pero no quería detenerme. Recé para que ella volviera a su casa, para que no viera a Kostia, para que no le contara cómo me odiaban y se reían de mí. Corrí compitiendo con el viento. Si era más rápida que él abajo, en el jardín, todo habría pasado. Todo aquel horror en el colegio, las torturas diarias, los reproches de Kostia. Si el viento ganaba, todo se quedaría como estaba.

Llegué a la entrada de nuestro jardín y me desplomé, jadeante. ¿Había ganado? Ya no sentía el viento. Abrí las palmas de las manos y esperé. Había engañado al viento. Seguro que había ganado. ¿O no?

En la casa ya habían encendido las luces. Y llegó hasta mí una confusión de voces. Me escurrí en la terraza y me senté en el crujiente columpio. Kostia y Nana ya estaban allí —por supuesto—, y el coche de Elene seguía a la entrada. Mis oraciones no habían sido escuchadas, estaba hablando de mí con él.

Daria salió. Me miró, desconfiada. Luego, tomó asiento a mi lado.

—Me han dicho que salga. Están hablando de ti.

Yo me aparté un poco, manteniendo la distancia de seguridad. Llevaba en las rodillas unos esparadrapos marrones que me habían puesto en la enfermería del colegio. La vista de los esparadrapos me hizo acordarme otra vez de la mañana, y me sentí asaltada por una fría y ciega aversión. No quería seguir sentada al lado de mi hermana. Me levanté, fui hacia la entrada de la casa y me senté en el felpudo, delante de la puerta.

Dentro se oía la voz temblorosa de Kostia. Enseguida oí el estallido de Elene:

—¡Es superdotada, maldita sea! ¿Cuándo vas a entenderlo de una vez? El maestro me lo ha vuelto a decir hoy, con todas las letras. Exactamente: *superdotada*, esa es la palabra que ha empleado. Esto no son aspiraciones, no es ninguna ilusión. *Deda*, di algo —al parecer, Elene se volvía hacia Nana—. ¡Vosotros también lo notáis, vosotros también lo veis! ¿Y ahora vas y me dices que no se esfuerza lo suficiente? Muy bonito. ¡No conozco a nadie más que tú capaz de reaccionar con semejantes palabras a una buena noticia como esa! Cualquiera otro abuelo se echaría a reír de felicidad, pero no, tú no, claro que no. ¡Cómo he podido olvidar que es *mi pequeña bastarda*, superdotada o no!

—Entonces búscate a otro abuelo para tus hijas —respondió, gélido, Kostia—. O mejor aún, búscate a otro padre. Ya eres lo bastante mayor.

Búscate a alguien que se encargue de esas niñas, de su educación, de su ropa, de su comida, de su futuro. ¡Que les posibilite tener una buena vida!

—Es que no se trata de mí, ni de ti, ni de toda esa mierda, se trata de Niza.

Oí en la voz de Elene que estaba próxima a las lágrimas.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué esperas de mí? Ya va al mejor colegio de la ciudad.

—No se trata del mejor colegio. Se trata del trato que necesita, de determinados métodos y, sobre todo, del entorno adecuado. Solo este mes ha habido ya tres incidentes como este, y ella ni siquiera nos los ha contado. Creo que ejercen violencia tanto psicológica como física sobre ella, solo porque es más inteligente que los demás.

—¿Y ese maestro está lo bastante cualificado como para certificar algo así sobre la niña?

—Se aburre en el colegio porque ya sabe hacer todo lo que le enseñan, ¿es que no lo entiendes? ¡Si incluso le hace los deberes a Daria! Y solo está en segundo. ¡Por favor!

—Daria hace por sí sola sus deberes —replicó Kostia.

—¡Oh, no empieces con eso!

Nana intervino de pronto.

—Necesita otra clase de estímulo. No sé, el profesor piensa que deberíamos informarnos de qué posibilidades hay. Quizá una escuela especial, o...

—La niña se quedará donde está. Es el mejor colegio de la ciudad. Y un trato especial puede ser un obstáculo para su desarrollo. Tiene que aprender a adaptarse. Al fin y al cabo, esta vida no está hecha para los niños prodigio. Tiene que aprender a tratar con eso, y tiene que fortalecerse para eso.

—¿Fortalecerse? ¿Fortalecerse para qué? ¿Para los golpes y los insultos?

—Seguramente no la empujan por ser demasiado inteligente, ¿no? Será descarada, o... ¡Yo la conozco!

—¿Empujan? ¡Estás loco! ¡Deda, di algo, explícale qué clase de monstruosidades está diciendo!

Elene gimió. Yo esperaba con fervor que lograra poner fin a la disputa sin llorar. No sabía por qué, pero no quería que llorase delante de Kostia.

Daria frunció los labios como si fuera a silbar, lo hacía cuando estaba confusa o quería pasar por alto algo. Dio impulso al columpio y se elevó en el aire. Me levanté del felpudo y fui hacia ella.

—¿Quieres que te columpie?

Asintió como una terrateniente que permite a sus siervos besarle la mano. Probablemente pensaba que yo iba a hacerle una oferta de paz. De vez en cuando la ayudaba con los deberes, y al parecer ahora también quería reclamar mi ayuda, y para eso necesitaba una previa reconciliación.

Hice subir el columpio con todas mis fuerzas, ella gritó, pero yo insistí, la hice subir más y más alto, hasta que se resbaló de la tabla y chocó contra el duro suelo. Su rostro estaba deformado por el dolor, pero me gustó. Me brindó un breve consuelo. Duró un momento, y luego su voz cambió a un llanto leve, sinuoso, dolorido. En ese instante yo fui la ganadora. Y fue una buena sensación.

En mitad de la noche, Stasia me despertó y me pidió que la siguiera. Descalza, salí lentamente detrás de ella al exterior. Daria dormía, con el tobillo envuelto en muchas compresas de hielo, agotada de llorar, en la cama de Kostia. Salimos al jardín. Era una noche suave, que aún guardaba el calor del día. Stasia extendió una manta detrás de los lilos y nos tendimos juntas en ella, mirando el cielo estrellado. Me acurruqué contra su viejo y gastado albornoz de felpa. Estuvimos un rato calladas.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —dijo ella de pronto, en mitad del silencio, y apretó mi cabeza contra su pecho.

—¡Síííí! —susurré, emocionada. Amaba sus secretos tanto como sus historias.

—¿Ves ese cerezo de ahí? En ocasiones, pasa por aquí una amiga mía. Se pone debajo del cerezo y me sonríe. A veces viene también otra amiga, y juegan a las cartas. Pero, en realidad, no deberían venir, porque hace mucho tiempo que están muertas.

Agucé los oídos. Me preparé para escuchar una historia de miedo, aunque el cielo estrellado no encajaba del todo como telón de fondo.

—Pero eso no es posible, *bebo*.

Me esforzaba por poner una cierta lógica en el asunto.

—Ahí es donde yo quería ir a parar.

Stasia metió la mano derecha en el albornoz, estuvo escarbando en el pijama y se detuvo.

—A veces hay cosas que las personas no podemos explicarnos, cosas que

no entendemos, pero eso no quiere decir que no existan solo porque la mayoría de la gente no las vea y no crea en ellas.

—¿Y qué es lo que no ve la mayoría de la gente?

—No ve ni a mis amigas debajo del cerezo ni lo especial que eres.

—¿Y por qué soy especial?

—Porque sabes hacer cosas que otros no saben.

—¿Como qué?

—Aprendes más deprisa que los demás. Entiendes las cosas de manera distinta a los otros. Tienes olfato para la gente.

—¿Quieres decir que me doy cuenta de que han llorado aunque ya se hayan lavado la cara?

—Por ejemplo. Sí.

Sacó algo del albornoz y lo mantuvo apretado en la mano.

—Pero ¿por qué los otros no ven a tus amigas? ¿Está alguna de ellas ahora aquí? ¿Puedo verlas?

—No, ahora mismo no hay ninguna. Deben de estar durmiendo. No sé si las verías. La mayoría no las ven porque no las conocieron y no las querían lo suficiente.

—¿Cómo se llamaban tus amigas?

—Una de ellas, Sopia.

—¿Y por qué está muerta?

—Porque el mundo es una mierda y la mayoría de la gente es una caca de vaca.

—¿Y yo? —pregunté riendo, las palabras de Stasia me gustaban.

—Tú eres un diamante en bruto, y tienes que aprender a ignorar toda esa porquería. El colegio no va a resultarte fácil, pero tienes que aprender a valerte por ti misma. Tienes que aprender a arreglártelas sin los otros, si es preciso incluso sin tu hermana.

—Yo no quería tirarla del columpio.

No sé por qué mentí.

—Está bien quererlo, pero está mal hacerlo. Ella te ha dejado en la estacada, pero nunca hagas daño a alguien porque te haya hecho daño a ti, porque eso se vuelve contra una como un bumerán. Eso no aliviará tu dolor. Tienes que entender que no te hacen daño porque seas tonta o fea, te hacen daño porque te tienen envidia.

—Eso no es verdad.

No quería hablar de lo ocurrido aquella mañana.

—Sí. Lo es. Dame la mano, extiende la muñeca, no veo bien, sí, así está bien.

Abrió el puño y me ató algo. Se notaba frío y pesado.

—¿Qué es esto?

—Es un reloj. Me lo regaló una persona importante. Este reloj es más antiguo que tú, que tu madre, que tu abuelo, e incluso más que yo. Vamos a esconder este reloj en tu mesilla, será nuestro pequeño secreto, ¿vale? Allí te esperará hasta que tu muñeca sea lo bastante grande y fuerte para él. Siempre te protegerá. Siempre lo ha hecho conmigo.

—Es muy bonito.

—Sí que lo es. Este reloj es mágico. Eh, eh, ¿por qué resoplas, crees que te estoy contando cuentos?

—Muchas veces me cuentas cuentos. ¿Cómo puede venir aquí tu amiga si está muerta? Y sobre todo, ¿por qué?

La idea no acababa de entrarme en la cabeza. Al fin y al cabo, yo era una niña socialista, y cuando se es una niña socialista se aprende desde pequeña a ser desconfiada.

—No lo sé, cielo mío. No lo sé. Quizá dejó algo sin terminar, algo que no acabó de contar.

Asentí pensativa y traté de imaginar el espíritu de la fallecida amiga de Stasia. Se me acumulaban las preguntas.

El país está gastado como una moneda vieja.

La desdicha sustituye a la vida.

No te asombres si en días como estos doy las gracias a pocos.

GALAKTIONI

Mientras se celebraba en todo el país el sexagésimo aniversario de la revolución, el gigantesco Imperio soviético ya solo existía sobre el papel. La economía que alimentaba a ministerios como el de Maquinaria y el de Centrales Eléctricas ya no existía. En cambio el alcoholismo, el robo y la

negativa a trabajar estaban a la orden del día. Para la élite, sin embargo, aquellos años de decadencia más o menos insidiosa de la antigua potencia fueron una edad dorada, porque todo el mundo podía servirse sin miedo y llevarse lo que estuviera disponible. El secretario general y jefe del Estado, gran amigo de los automóviles, disponía de un notable parque móvil, en el que había un Rolls-Royce y una limusina blindada ZIL. Dado que era un apasionado cazador, ascendió a general al mayoral que le levantaba los jabalíes.

Diplomáticos, generales, ministros, directores, todos esos «héroes del trabajo» celebraban una interminable fiesta. Y nadie en el país parecía tener nada en contra. Bajo el mandato de Brézhnev hubo una sola manifestación masiva, durante los Juegos Olímpicos de Verano de Moscú, cuando Vysotski murió y los actores del teatro Taganka salieron a la calle arrastrando consigo a decenas de miles de personas. Naturalmente, aquella manifestación fue aplastada. Lo que menos necesitaba el jefe del partido, que sufría arterioesclerosis cerebral desde hacía más de una década, eran disturbios en casa. Solo un año antes había dado comienzo a la invasión de Afganistán, «en cumplimiento de las obligaciones socialistas internacionales». Cuando, en noviembre de 1982, el jefe del partido fue relevado definitivamente de sus agotadoras tareas, su heredero fue el jefe del KGB, de sesenta y ocho años, un tal señor Andrópov, que tenía la impecable visión del mundo de un miembro del servicio secreto. Gravemente enfermo también él, el nuevo jefe del partido pasó la mitad de su mandato en hospitales, antes de que le fallaran los riñones y su carrera terminase al cabo de menos de dos años. Su único mérito en ese intervalo fue el incremento de los gastos soviéticos en armamento en un ochenta por ciento. Pudo ignorar sin problemas el hecho de que Afganistán le costara a su imperio millones que no tenía y de que cada vez hubiera que repatriar más cadáveres de soldados soviéticos. La herencia de Andrópov recayó en Chernienko, de setenta y dos años, un insignificante burócrata del partido que ya sufría una grave enfermedad pulmonar en el momento de asumir el cargo. Chernienko logró incluso superar a su predecesor, y solo fue secretario general del Partido Comunista un año, antes de morir.

Aunque seguí sin tener amigos en el colegio, ya fuera gracias a mi dureza o al reloj de Stasia, escondido en mi mesilla y que, inesperadamente, me daba en realidad cierta seguridad, mantuve alejados de mí la violencia y las orgías

de escarnio. De ese modo, empecé a desarrollar especiales estrategias que me ayudarían a superar lo más indemne posible los años de colegio que me quedaban. Tenía que mostrarme lo más normal y lo menos problemática que fuera capaz y, sobre todo, que los otros no vieran que las clases no me interesaban lo más mínimo.

Lo único que Kostia me permitió fue saltarme un curso. En mi nueva clase, aprendí a hacer como si fuera como los otros, lo que me aseguró una coexistencia lo más pacífica posible con mis condiscípulos. Me reía con sus chistes, pedía ayuda aunque no la necesitara. Algunos días, incluso me forzaba a no llevar al colegio una novela para leer a escondidas por debajo del pupitre.

Sabía que todo aquello pasaría. Sabía que pronto iba a volver a casa, a estar con Stasia, a escuchar sus historias, a pasear por el bosque, a correr por el jardín, a trabajar en él y, sobre todo, avanzada la tarde, sabía que subiría al desván y me quedaría sola allí con mis libros. Todo pasaría y podría ser de nuevo yo misma. Pasaría si ejercitaba la paciencia lo suficiente.

A veces me llevaba libros o discos de Aleko a la Casa Verde, y entonces Daria siempre tenía ataques de celos. Quería saber cómo había pasado el fin de semana, qué había hecho exactamente y qué nuevos descubrimientos había llevado a cabo. No quería sentirse excluida, y un día, acababa de cumplir once años, anunció su deseo de poder pasar también los fines de semana con Elene y su marido.

También fue Aleko el que me hizo uno de los más hermosos regalos de mi infancia: David, que iba a convertirse en mi Peter Vasiliev. David, un antiguo compañero de colegio de Aleko, era una de las mentes más brillantes de su generación y un físico prometedor, pero lo habían expulsado de su instituto de investigación debido a su inclinación por los escritos políticos y filosóficos prohibidos, y daba clases de Física y Matemáticas en un colegio a las afueras de la ciudad. Después de divorciarse de su mujer ocupaba un pequeño estudio en el ensanche, y allí ya no solo investigaba los átomos, sino la vida. Como durante todo mi periodo escolar Aleko reprochaba a mi madre que no me estimulaba lo suficiente, un día me llevó a su casa y le pidió *que me echara un vistazo*.

Él tenía entonces cuarenta y dos años, y parecía al menos diez años mayor.

La proscripción social, y por tanto también científica, la separación de su mujer, que lo consideraba un perdedor, y la nostalgia de sus dos hijos, a los que apenas veía, le habían pasado factura. No era especialmente alto, caminaba encorvado como Stasia, y tenía los miembros delgados, los rasgos finos, unos hermosos y profundos ojos verdes y un bigote anticuado. Hacía té en el samovar, llevaba zapatillas de algodón a cuadros, camisas beis o grises, siempre tenía las manos frías y hablaba despacio, como si su voz necesitara una eternidad para llegar hasta nosotros.

Pidió a Aleko que nos dejara solos y me puso delante una bandejita con caramelos. Luego se sentó frente a mí en un sillón, me miró con sus ojos verdes y dijo:

—Me han dicho que te aburres en el colegio.

Yo asentí, intimidada.

—¿Qué te interesa?

—¿Se puede realmente ver a los muertos?

Aquella pregunta me ocupaba desde la conversación nocturna con Stasia. Aunque ella no había vuelto a hablar de eso, siempre que la veía sentarse en su pequeño taburete en el jardín y mirar al cerezo yo trataba de distinguir los espíritus de sus amigas, y no lo conseguía.

—No lo sé —dijo él.

Aquella respuesta me gustó. Porque parecía ser una de las pocas personas que, cuando yo les hacía preguntas, no empezaban a fingir ser más inteligentes de lo que eran.

—Creo que si alguien cree que ve a un muerto quizá pueda hacerlo.

—Pero, cuando se está muerto, se está muerto y ya no se está aquí —insistí yo.

—Por desgracia hacemos como si supiéramos mucho, pero no sabemos casi nada —confirmó mi sospecha—. ¿Tú sabes lo grande que es nuestro universo?

Negué con la cabeza. Y entonces, él sacó papel y lápiz y empezó a dibujar para mí todo el universo en un cuaderno escolar de páginas cuadrículadas.

Podía preguntar a David a qué sabía el amor. Podía preguntarle por qué los bebés tienen una parte blanda en la nuca que no se puede apretar, por qué las lágrimas son saladas y las ballenas tienen un surtidor en la cabeza; podía

preguntarle qué es la belleza y por qué los abuelos quieren a algunos niños y a otros no. Podía preguntarle lo que significaba el suicidio, podía preguntarle por qué las mariposas viven tan poco y los grajos tanto, podía preguntarle por qué no nos caemos cuando la Tierra gira, y si Led Zeppelin era peor que Pink Floyd. Podía preguntarle si una niña sin padre necesita a toda costa un padre. Cuando le pregunté si creía en Dios, dijo que estaba buscándolo y que, si lo encontraba, me lo diría y le pediría una audiencia para mí. Pude darme por satisfecha con esa promesa.

Amaba de él que ni me acariciaba el pelo ni se reía conmovido de mí, ni negaba con la cabeza ni se mostraba estupefacto. Incluso cuando quise saber si era cierto que una mujer y un hombre se desnudaban y se tumbaban uno encima del otro para hacer los bebés, sacó un libro de medicina y me explicó la forma en que la biología humana lleva a cabo una concepción, lo que me pareció mucho más plausible que los tontos intentos de explicación de mi madre o de Stasia con las cigüeñas o las abejas.

Dibujó para mí el mundo. Un mundo que me interesaba de manera enfermiza. Y no era el limitado mundo del colegio, ni el mundo claramente estructurado de Kostia, ni el mundo asediado por las preocupaciones cotidianas de mi madre y de Aleko, ni el de color de rosa de Daria, ni el brutal y etéreo de Stasia. Era un mundo en el que me encontraba en casa. Era un mundo grande, insondable, en el que no había una respuesta para cada pregunta. Y, sobre todo, un mundo en el que nada era *normal*.

Podía ir a visitarle después del colegio dos veces por semana. Los dos días más felices de la semana. Siempre salía del estudio de David como si me hubieran crecido alas. Subía al trolebús como bailando. Miraba riendo a mi alrededor. Subía corriendo las escaleras de casa de mi madre.

Gracias a David, aprendí a vivir con las fracturas que me rodeaban. Aprendí a mirarme al espejo: mi rostro serio, mis miembros delgados e informes, mi diminuta estatura, mis ojos oscuros, tan oscuros que no se distinguía el iris, el pelo ensortijado e indomable que no aceptaba peinado alguno, la nariz abultada y el pico de pato que semejaban mis labios, y aprendí a no comparar todo eso con Daria. Porque tenía a David, así que ¿qué importaba que Daria tuviera a Kostia? Que se lo quedara, pensaba yo entonces.

Aunque yo tenía un padre vivo y Daria uno muerto, el mío no tenía una prisa especial por conocerme. Lo había visto brevemente en una ocasión, cuando tenía nueve o diez años, antes de que fuera a parar a la cárcel durante otros cuatro (robo con escalo en el decanato de una facultad). Así que me preguntaba cuál de las dos había tenido más suerte: Daria o yo. En el café de las limonadas dulces, en el que tomé limonada de estragón y en el que nos encontramos Elene, Beka y yo, se sentaba un hombre frágil, de rasgos toscos, que fumaba sin parar, miraba nervioso a su alrededor y parecía saber aún menos que todos los demás qué hacer conmigo.

Me resultaba incomprensible que mi madre pudiera haber querido nunca a ese hombre. Pero, en algún momento, él le preguntó si quizá no debía darme su apellido.

—No quiero que la insulten llamándola bastarda —añadió, y me miró visiblemente insatisfecho. Al parecer no era ni lo bastante hermosa ni lo bastante encantadora como para quererme a primera vista, pero condescendía en darme su apellido, lo único que podía darme.

Elene se limitó a responder que yo ya tenía un apellido, que no necesitaba uno nuevo. Aunque parecía necesitar un padre que se interesara por mí, al parecer tendríamos que seguir buscando, ¿verdad? Elene me rodeó los hombros con un brazo, y poco después nos fuimos del café. Naturalmente, entonces yo no podía saber lo que significaba pasar cinco años en una cárcel soviética. Pero no sé si hubiera disculpado su conducta, su desinterés, su incapacidad de entablar una conversación conmigo. Cuando Elene y yo salimos a la avenida Rustaveli, vi que las lágrimas le corrían por el rostro. Me agarró con fuerza la mano y me arrastró tras ella. Yo no estaba tan triste. No tenía padre ni esperaba tenerlo, pero Elene sí.

Quería consolarla, pero iba tan deprisa que me costaba trabajo seguirle el paso.

Caminamos y caminamos. Hasta que nos detuvimos delante de una vieja y oscura escalera, en medio del barrio de Vaké. Nunca había estado allí antes.

—¿Dónde estamos? —pregunté a mi madre cuando empezamos a subir la deteriorada escalera de la casa.

—En casa de tu tía bisabuela —respondió ella, y tiró de mí.

Cuando pienso en ese primer encuentro con mi padre, no puedo evitar pensar en la limonada de estragón, y luego en Miro. No en mi progenitor. No pienso en la avenida Rustaveli, el café en el que estuvimos, sino en la angosta

y agradable vivienda de Christine. Porque, el día en que conocí a mi padre y estuve sentada frente a un desconocido, conocí a Miro. Elene había entrado en casa de Christine totalmente desecha, arrastrándome tras ella. Las cuentas no habían salido, el padre no había vuelto a nuestra vida. El primer padre, el de su hijo no nacido, estaba muerto, había muerto miserablemente en un hospital penitenciario. Ella misma había ayudado al segundo a escapar a otro continente. El tercero había pasado de aprendiz de revolucionario a criminal, y con el cuarto, que la amaba, al que amaba, pero que no llegaba a nada y también ahogaba en alcohol sus relatos no narrados, no podía tener hijos.

Las manos de Christine estaban llenas de harina. Abrió la puerta sin preguntar quién era. Quizá esperaba a otro. Llevaba un velo que le cubría la mitad de la cara. De no haber sido por la harina en las manos, se habría podido pensar que se trataba de un personaje de una película, había algo irreal que la rodeaba.

—Ya sé —se me escapó, antes de que las dos adultas pudieran hablar—. Tú eres Christine, la hermana de Stasia. ¡He visto fotos tuyas!

—Y tú eres Niza, ¿verdad?

Y la mitad visible de su boca se contrajo en un apunte de suave sonrisa. Christine hizo un gesto de invitación, y entramos.

Nos sentamos a la mesa redonda, decorada con un mantel de ganchillo, similar al que Stasia había puesto encima de la mesa de nuestro salón, y nos tomamos la sopa de Christine. En la cocina había un viejo reloj de cuco, que me atraía de manera mágica, porque no podía esperar a que por fin diera la hora y saliera el pajarito.

Una y otra vez, mi mirada se dirigía a aquella misteriosa dama, que a duras penas lograba asociar con mi queridísima Stasia, de quien se suponía era hermana. Las botas de goma de Stasia, su descaro, el lenguaje un poco vulgar que utilizaba a veces..., me parecía imposible combinar todo aquello con esa persona refinada y singular. Todo en ella era tan meditado, tan grácil, su lenguaje tenía algo de afectado, y aquel extraño velo sobre su rostro me hacía pensar, inevitablemente, en un baile de disfraces. Tampoco se me escapó la tensión de Elene, lo titubeante de sus movimientos. Ya entonces tuve que sentir que entre aquellas dos mujeres se había levantado una especie de muro que mi madre trataba de sacudir.

—¿Qué pasa? —preguntó Christine a su sobrina nieta, cuando por fin se sentó entre nosotras a la pequeña mesita.

—¡Todo es tan condenadamente difícil! —estalló mi madre, como si hubiera estado todo el tiempo esperando esa pregunta.

—Está bien, dilo ya —le exigió Christine.

Mi madre había venido en busca de consuelo, pensé en ese momento, pero a aquella mujer le costaba trabajo consolar a mi madre. Algo la frenaba cuando, por ejemplo, levantaba el brazo como si quisiera tocar el hombro de Elene, pero antes de hacerlo se lo pensaba mejor. Las dos hacían como si yo fuera invisible. Eso me confundía, porque no sabía muy bien cómo comportarme. Pero decidí quedarme callada y tomarme la sopa en silencio. Lo que estaba ocurriendo era algo entre aquellas dos personas, yo no tenía nada que ver con eso.

—Es todo tan insoportable.

De pronto, Elene empezó a sollozar. Odiaba cuando le ocurría eso. Cuando empezaba a llorar sin freno. Entonces sabía que las cosas estaban mal, que ya no era capaz de *contenerse*, una de las tareas principales de su vida cotidiana.

—Pienso en él a diario. Veo su rostro todos los días. No sé cómo olvidarle. Y todo va cuesta abajo desde que... desde que él...

El rostro de Christine se ensombreció. Aquella mirada me recordaba la de Stasia cuando se detenía en el jardín y miraba al cerezo. ¿También esa mujer veía a las muertas? ¿Era ese el único vínculo entre las dos hermanas, la capacidad de ver a los fantasmas?

Mi madre sollozaba y se quejaba, lloraba por su vida y por su fracaso consigo misma, con su padre, con su marido. Se quejaba de la triste desesperanza de su existencia y de que sus hijas no tuvieran padre. De la imposibilidad de poder ofrecer a sus hijas una buena vida. Y una y otra vez salía aquel nombre: Misha. Que yo jamás había oído antes. En algún momento, empezó a hablar de mi «don». (Ella siempre empleaba esa palabra, pero la pronunciaba como si fuera alguna clase de enfermedad, un terrible destino que me había tocado en suerte.) ¡Cómo odiaba aquella palabra!

Probablemente habría seguido así durante horas, y Christine le habría dejado hacerlo, pero entonces llamaron a la puerta y Christine se incorporó, despacio, a regañadientes, con la mirada siempre puesta en Elene, y fue a abrir.

En el rostro de Lana no era posible adivinar si se alegraba de ver a mi

madre o si su visita no anunciada le resultaba incómoda. Pero Miro expresó claramente su alegría. Me miró de arriba abajo, dio tres vueltas corriendo a la mesa, me tiró del pelo, rio a carcajadas, fue repetidamente advertido para que se comportase y, sin embargo, no dejó de ejecutar su alegre danza. Más tarde lo sentaron a mi lado, y empezó a tomarse con apetito la sopa. Hacía muecas sin parar, incluso cuando su madre levantaba la voz no lograba con eso el efecto deseado, al contrario, él empezaba a reírse a carcajadas. Aun así, había conseguido algo increíble: Elene volvía a sonreír.

Miro era despierto y alegre. Según parecía, había asumido pronto el papel de payaso y lo representaba con la mayor pasión posible. Por aquel entonces no era mucho más alto que yo (eso iba a cambiar espectacularmente), tenía unos rizos enmarañados que le caían sobre la frente y unos ojos negros con pestañas de ternero. Pero ese día, lo recuerdo muy bien, lo que me impresionó sobre todo fue su ritmo: la velocidad de su pensamiento, de su lenguaje, de sus movimientos. Como si todo el tiempo tuviera miedo de perderse algo e intentara siempre hacer por lo menos tres cosas a la vez. Cuando comía, no podía quedarse sentado, cuando hablaba no lograba quedarse quieto, cuando se movía no podía tener la boca cerrada. También me gustó desde el principio el hueco que tenía entre los paletos. Siempre que sonreía —y lo hacía a menudo, y de oreja a oreja— enseñaba ese hueco entre los dientes frontales, que tenía algo gracioso, como si también el hueco quisiera hacerle sonreír a uno.

Después de comer me preguntó que si salíamos a jugar al patio. Acepté, insegura. Me sorprendía esa amabilidad, no estaba acostumbrada a recibirla, y menos de un chico. El patio resultó ser un laberinto de infinidad de pasadizos y callejones, por los que me llevó hasta el lugar en que quería jugar, que, para mi gran alegría, estaba desierto.

Hizo el tonto, enseñándome todo lo que sabía hacer: lo alto que sabía trepar, la fuerza con que era capaz de columpiarse y lo rápido que corría, y consiguió que divertirme fuera la tarea prioritaria de aquella tarde. Me encantó.

A su lado, por primera vez en mucho tiempo, tuve la sensación de ser de nuevo una niña. Una niña como todas las demás.

Si el proceso literario escapa a nuestro control, parecerá como si en los setenta años de poder soviético no hubiera habido un solo día claro.

VÍKTOR CHEBRIKOV

Siempre íbamos al circo. Ya fuera con el colegio, como provisional cumplimiento de un deber cultural, o con la familia, por diversión. Aunque a Kostia no le interesaban demasiado los acróbatas ni los animales amaestrados, por alguna razón inexplicable le parecía importante iniciarnos a las niñas en el mundo del circo.

Yo no era una apasionada de aquel mundo de apariencias. Quizá me impresionaba alguno de los trapeceistas o alguna de las señoras con plumas que cabalgaban con tanta destreza. Pero los payasos me agobiaban, exactamente igual que los tigres que tenían que saltar por un aro en llamas. Aquellos números me parecían antinaturales. No entendía por qué unos adultos maquillados y con narices rojas tenían que hacerse pasar por más tontos de lo que eran, ni qué tenía de estupendo que animales salvajes ataviados con lacitos y falditas humillantes hicieran números que no correspondían a su naturaleza. Sobre todo me deprimían los enanos, con su exagerada comicidad. Tal vez fuese porque yo misma era pequeña de estatura y no quería en absoluto ser expuesta y juzgada de ese modo.

Daria adoraba el circo más que ninguna otra cosa en el mundo. Subía corriendo las interminables escaleras que llevaban al circo estatal, por las que teníamos que trepar cada vez que íbamos a ver una representación, siempre mirando hacia atrás para estar segura de que la seguíamos. Siempre pedía un pirulí o uno de esos juguetes confeccionados por las gitanas que andaban por los terrenos del circo con sus periquitos al hombro, ofreciendo sus productos baratos. Para Daria era parte del ritual, que para ella era sagrado.

Pero aquel domingo, debió de ser en el año 1985, ocurrió algo excepcional, algo que yo nunca habría previsto.

Era la actuación especial, largamente esperada, del circo más famoso de Moscú. Daria llevaba días sin hablar de otra cosa. Yo me había acorazado para la larga velada, llevaba conmigo un libro... forrado en papel blanco, porque oficialmente yo no podía leer *libros de adultos*, que eran los que más

me gustaban, en la mayoría de los casos para ahorrarme unas cuantas horas de tortura en el colegio. Gracias a sus años de trabajo en la biblioteca, Stasia tenía mucha información útil acerca del trato con la literatura ilegal, conocía todas las técnicas de contrabando y camuflaje. La idea del forro neutro fue suya, la mayor parte de las veces eran sencillos forros blancos que yo, como me correspondía por ser una niña, llenaba de dibujitos: los de alegres muñequitos y mariposas de colores eran los que menos sospechas despertaban.

Mientras los otros se reían con los payasos rusos y aplaudían las proezas de los animales, yo pasaba las páginas de mi libro. La sala estaba a oscuras, no había pensado en eso. (La última vez que nuestra clase había ido a ver *Caperucita roja* en el teatro infantil había más luz.) Pero ya solo palpar las páginas me tranquilizaba. Hasta que, de pronto, aquella chica de mallas azules y medias blancas salió a la pista. Daria suspiró decepcionada, la chica parecía demasiado normal, como de un club de gimnasia local. La izaron con una cuerda a una altura vertiginosa, el público enmudeció.

Devolví el libro a mi bolsa y empecé a mirar hechizada a la acróbata. Porque era capaz de volar. Como si tuviera unas alas invisibles que la elevaran a infinitas alturas. Trazaba remolinos y volteretas, caía y se agarraba, bailaba sobre el alambre como una criatura ingrátida. Nunca había visto en una persona semejante elegancia, gracilidad y perfección formal. Su larga trenza, que volaba con ella, parecía como un tercer brazo con el que agarrarse.

Cuando miré a Daria, tenía la boca abierta y los ojos le brillaban como dos luciérnagas en la oscuridad. Ella tampoco entendía lo que estaba viendo. ¿Cómo podía una persona dejar sin aliento a todos los presentes? ¿Cómo podía no tener miedo? ¿Cómo se podía aprender a volar?

La mano de Daria abandonó el brazo de la silla y se abrió paso hasta mi muñeca. La aferró y la apretó. Luego, inclinó el torso hacia mí y se me pegó. ¿Por qué yo? ¿Por qué no compartía su fascinación con su idolatrado abuelo? Estiré la cabeza, miré a Kostia y comprendí: se había echado hacia atrás, y su cuerpo no revelaba nada del entusiasmo que se había apoderado de Daria y de mí. La percepción de Kostia se distinguía de la de Daria. Por primera vez. Y aquella constatación la había asustado y le había hecho buscar mi mano.

—¿No es increíble? —me susurró al oído mi hermosa hermana, y me agarró con más fuerza la mano.

Yo asentí con vehemencia, en un punto intermedio entre la confusión y la gratitud.

—Yo también quiero —decidió en el mismo momento, con firme convicción.

—Pero para eso tienes que entrenar mucho.

Pensé que mi objeción iba a decepcionarla, pero preguntó, entusiasmada, dónde había que hacerlo.

—No lo sé, aunque creo que tiene que haber cursos de acrobacia en el Palacio de los Deportes. No tengo ni idea.

—¿Puedes averiguarlo por mí, por favor?

Me imploraba. ¡Ella, Daria, me imploraba *a mí!* Yo no podía creerlo.

Daria no tenía paciencia para llegar realmente hasta el fondo de algo. Si las cosas no se ponían a su alcance a la velocidad del rayo, perdía el interés. Por esa impaciencia había abandonado la equitación, que de pequeña tanto había amado: le faltaba tenacidad para esos caballos de cría difíciles de domar, y prefería dedicar su atención a sus amigas. Tanto más me sorprendió que de pronto se entusiasmara con una actividad tan sudorosa.

Todos los intentos de Kostia por unirla a largo plazo a uno de los habituales grupos educativos habían fracasado. Ya se tratara de danza popular georgiana, clases de piano o cursos de manualidades, Daria iba a clase durante unas semanas, y luego regresaba llorando a casa, decía que los otros niños eran tontos, que el maestro o la maestra no la había tratado bien y que —¡oh, dolor!— no le prestaba atención. Al día siguiente Kostia la acompañaba y, después de una queja formal a la dirección, sacaba a Daria del curso y ella volvía a casa satisfecha y sonriendo de oreja a oreja. El febril interés de aquella tarde era algo completamente inesperado, nuevo.

—Daría cualquier cosa por saber hacer eso.

Daria no se cansaba. Entonces, Kostia se inclinó hacia nosotras y preguntó de qué estábamos hablando tan nerviosas. La escueta respuesta de Daria no me sorprendió menos que su decisión.

—De nada —dijo.

Aquel *nada* fue el primer secreto que mi hermana decidió compartir solamente conmigo.

Y, solo dos semanas después de la visita al circo, Elene apuntó a su hija mayor a un curso de gimnasia en el instituto de deportes. David me había hablado de aquel instituto, y yo le había pasado el consejo a Elene. Como si

ya intuyera que el abuelo no iba necesariamente a aprobar aquella pasión recién descubierta, mantuvo la noticia en secreto ante él y, el día en que Elene la llevó por primera vez al curso, solo le dijo a Kostia que estaría dos o tres días en casa de su madre y que quería quedarse en la ciudad.

El mar en Seven Sisters estaba agitado. Las crestas de las olas rompían con impresionante furia contra las rocas, como si llevaran años librando un combate. El cielo estaba gris, cubierto por un velo amarillento. La playa húmeda, fría y vacía. Ella observó sus huellas en la arena mojada, olió la sal, mantuvo los ojos cerrados y se arrebujó en el enorme chal de lana. Siempre le sorprendía la sincronía con la que el mar podía componer con el aire su singular música.

Kitty había necesitado mucho tiempo para acostumbrarse al nombre del lugar, «Seven Sisters». Siempre relacionaba las «siete hermanas» con los rascacielos de estilo «pastel de boda» que el Generalísimo había mandado construir antaño y que, en Moscú, superaban en altura a todos los demás edificios.

Disfrutaba de su soledad después de la gira. El silencio. El teléfono desconectado. El correo sin abrir. El anonimato del que gozaba en aquel lugar. Solo hacía unos días que la siempre ocupada Amy se había marchado, dejándola a solas con sus pensamientos. Cuánto esfuerzo se tomaba Amy para no rendirse a su edad. Todas las cremas que había extendido por el baño, todos los abigarrados vestidos que, con sus colores chillones, debían disimular los defectos de su cuerpo. Qué conmovedor ese intento de oponerse a lo inevitable: esas cintas en el pelo, esos turbantes, esas dietas, la negativa a llevar gafas de lectura.

Su mirada fue hasta la línea del horizonte, donde el mar se juntaba con el cielo. Respiró hondo.

—¡Mira, mira, el mar!

Grité y salté del coche. Habíamos dejado atrás la carretera llena de curvas, rodeado las puntiagudas colinas, y ahora se extendía ante nosotras el infinito azul. El propio Kostia conducía, una imagen extraña, Daria y yo íbamos en el asiento trasero de su coche oficial. Solo había parado por nosotras, para que

pudiéramos manifestar libremente nuestro entusiasmo ante el mar, y brincamos alegremente por el campo al borde de la carretera, chillando de emoción. Mi alegría no se debía tanto al mar como a la dicha de que, en esta ocasión, Kostia me hubiera llevado consigo al viaje, y que no solo Daria participase.

Nos dirigíamos a Gagra, en Abjasia, donde pasaríamos una semana. Una hermosa y larga semana de marzo, en la que incluso nos saltaríamos el cole. La noche antes, Kostia había llegado de muy buen humor a la Casa Verde y había dicho a Nana que hiciera nuestras maletas, que al día siguiente se marchaba a Abjasia y se iba a llevar a las niñas. No dijo a Daria, ni a Daro, sino a *las niñas*.

Me pasé media noche despierta, mirando a Daria cada dos horas, por miedo a que todo se tratase de una broma y él y Daria se hubieran marchado sin mí, pero Daria yacía en su cama y dormía apaciblemente.

Sabía que la oferta de Kostia de acompañarlo en su viaje era en principio una oferta de paz dirigida a Daria. Porque la había descubierto en su secreto, y sus sueños de acrobacia habían causado la primera disputa seria entre abuelo y nieta favorita. Sin embargo, al ver que ella hablaba completamente en serio, había tratado de utilizar la situación a su favor y se había informado con rapidez acerca del curso y de las posibilidades ulteriores a las que Daria podría recurrir en su camino hacia la primera división de las acróbatas.

Paramos en Batumi. Estaba invitado a comer en casa de un buen amigo y colega, quería unir el trabajo con el placer. Nos dijo que seguiríamos el viaje a la mañana siguiente.

Era una casa pequeña y limpia en el paseo de la Reina Tamara. Recién restaurada y olorosa a pintura fresca. Con un espacioso jardín y esbeltos manzanos. En el jardín nos esperaba una mesa de madera ya puesta, y muchos rostros desconocidos volvieron curiosos la mirada hacia nosotros cuando cruzamos el portón negro. El anfitrión, un hombre bajito y bien alimentado, casi calvo, que yo ya había visto en una de las muchas celebraciones en la Casa Verde, fue hacia Kostia y lo saludó con un fuerte apretón de manos y palmadas en la espalda. Daria y yo recibimos húmedos besos en ambas mejillas, y nos pidieron que nos sentáramos a la mesa.

La eficaz anfitriona, que corría sin parar entre la cocina y el jardín, nos cogió en brazos y llenó nuestros platos de toda clase de exquisiteces. En cuestión de segundos, Kostia se había convertido en el centro de la reunión, y

entretenía a los congregados con las anécdotas más variadas de su trabajo, llenas de detalles y de afectación, y que siempre iban seguidas de sonoras carcajadas.

Más tarde el anfitrión, que al mismo tiempo era el *tamada*, es decir, el que dirigía los brindis, se alternó con Kostia en los discursos, y empezaron a pronunciar, con las mejillas cada vez más rojas y la voz cada vez más ronca, brindis cada vez más picantes, que en su conjunto me aburrían y la mayoría de los cuales ya me sabía de memoria.

Cuando ya había abandonado toda esperanza de escapar a aquella sobremesa desenfadada, una mujer delicada y joven salió como de la nada, como si una brisa imperceptible la hubiera llevado hasta el jardín, y tomó asiento junto al anfitrión. Apoyó un momento la cabeza en su pecho, solo podía tratarse de su hija. Los otros huéspedes la saludaban con afecto, ella repartió amables saludos y abrazos, y también Kostia le dirigió una coqueta inclinación de cabeza.

Llevaba un hermoso vestido de verano a rayas, tal vez demasiado fresco para la estación, que le dejaba los hombros al aire, y una espesa cola de caballo, muy alta, que se balanceaba sobre su espalda. Al parecer, estudiaba Derecho en Tiflis, según oí decir. Su padre le pidió que hiciera un brindis, y ella obedeció, aunque de manera ligeramente forzada y exagerada. La amabilidad mostrada no ocultó por completo un tembloroso nerviosismo. Se retorció los dedos, jugueteaba con los anillos y removía el trasero en el asiento. Después de haber vaciado su copa de vino se levantó de pronto, se disculpó y desapareció tan rápido como había aparecido.

Buscando el baño, me extravié en el patio trasero y vi allí a la joven, sentada a una mesita de jardín y bebiendo vino. De manera monótona, lanzaba unos dados sobre un tablero de backgammon, como si el ruido la tranquilizara. La mesa estaba a oscuras, tan solo una velita que luchaba con una corriente de aire daba un poco de luz.

—¡Perdón! —murmuré—. Estoy buscando el baño.

Se incorporó enseguida, me sonrió con su sonrisa forzada y me llevó hasta el baño. Cuando salí, estaba apoyada en la pared, como si hubiera estado esperándome.

—Tú eres la pequeña, ¿no? Así que tienes que ser Niza.

Yo asentí, sorprendida de que supiera mi nombre. Nunca la había visto antes.

—Yo me llamo Rusa, también vivo en Tiflis —dijo, mirando al cielo. Tenía una voz dulce y suave, como bañada en caramelo—. ¿Quieres un vaso de mosto? —me preguntó.

Sin esperar mi respuesta, regresó a la mesita y vertió el zumo rojo de una botella en un vaso. Yo tomé asiento en un taburete bajo y, sin pensarlo, coloqué las fichas de backgammon en sus posiciones de salida.

—¿Juegas al backgammon? No es un juego de niños, ¿no?

Pero, como si hubiera despertado de una larga ausencia, de pronto me miraba con entusiasmo.

—¿Jugamos?

Se frotaba las manos, expectante.

—¿Te ha enseñado tu abuelo a jugar?

Se esforzó por que la pregunta sonara lo más casual posible.

—No, mi padrastro —respondí yo, en el mismo tono.

Empezamos a jugar. Jugaba con gran apasionamiento, y eso me gustó. Estaba muy concentrada y —también me di cuenta de eso enseguida— no fingía ser peor de lo que era. Arrojamus los dados una y otra vez.

—¿Por qué está usted aquí, por qué no va con los otros? —preguté al fin, porque la curiosidad no me dejaba en paz. Se encogió de hombros.

—No son mis amigos. Son los amigos de papá. Solo llevo una semana aquí, tenía que preparar mi examen final, luego me licenciaré, pero estoy distraída esta noche, no puedo concentrarme.

Suspiró.

—Nosotros vamos a estar de viaje solo una semana. Mañana seguimos hacia Gagra.

—Lo sé —dijo ella, y asintió con cansancio, y volví a preguntarme cómo lo sabía.

Pero me resultaba cada vez más simpática. Su tierna apariencia engañaba, detrás de la máscara azucarada se ocultaban una gran fuerza y energía que, por alguna razón incomprensible para mí, ella se esforzaba en dominar. Además tenía una lengua rápida e ingeniosa, y durante el juego me hizo reír una y otra vez. Imitó a algunos de los huéspedes y colegas de Kostia, a la mayoría de los cuales yo también conocía de la Casa Verde, y acertó en la diana la mayoría de las veces. Parecía juzgar muy bien a las personas, y tenía un talento impresionante para imitarlas.

—¡Habéis vuelto a meter la pata, no hacéis las cosas bien *ni una sola vez*,

os irías al cuerno *sin mí*, os lo aseguro! —yo me había unido a su juego, e imitaba la voz de Kostia—. ¿Quién soy? —exclamé extasiada.

De repente, el rostro de Rusa se ensombreció, y encerró los dados en el puño, perdida en sus pensamientos.

—Lo imitas muy bien —dijo al fin, más triste que divertida, y lanzó con estrépito los dados al tablero. En ese momento oímos pasos, y mi abuelo apareció detrás de mí. Estaba visiblemente animado por la fresca brisa marina y por el vino.

—¿Así que estás aquí? ¡No puedes desaparecer así, Niza, es descortés!

—La he convencido para que jugara conmigo. Es culpa mía —acudió Rusa en mi ayuda.

Kostia se vio obligado a dar su aprobación con una cabezada.

—Sí, le gusta muchísimo jugar. Ya empiezo a temer que un día nos dé algún disgusto con tanto juego.

Me enfadó que dijera algo así. Aunque no tenía semejante intención, en ese momento decidí convertirme en jugadora profesional y darle auténticos disgustos.

—La verdad es que juega de fábula —protestó Rusa.

La mayoría de los amigos y colegas de Kostia no me gustaban. Todos eran ruidosos, fanfarrones, siempre tenían muchísimo que hacer, les gustaba beber, y sus esposas brillaban con sus joyas como árboles de Navidad y hablaban con los niños como si nos hubieran amputado el cerebro o nos hubiéramos quedado en los dos años para siempre. Pero Rusa era distinta. Era joven, fresca, llena de humor, curiosa. No me hacía preguntas estúpidas como si quería más a mamá o a papá, o cuál era mi asignatura favorita, y tampoco me pedía que hiciera cosas humillantes como recitar un poema o ejecutar un *spagat*. Y, por alguna razón para mí incomprensible, deseé que me quisiera.

Kostia cambió de pronto de lado de la mesa, se acercó a Rusa y le pasó un brazo por los hombros desnudos. El cuerpo de ella se tensó a ojos vistas, se irguió un poco y bajó la mirada.

—Bueno, entonces tendréis una ocupación común para la semana próxima —dijo, y volvió a desaparecer en la oscuridad. Continuamos nuestro juego en silencio. Yo no paraba de pensar en la última frase de Kostia.

—¿Tú también vienes a Gagra? —me atreví por fin a preguntar. Ella asintió, esquivando mi mirada—. ¡Entonces podremos jugar mañana en el coche! —saqué, entusiasmada, mi conclusión.

—Me temo que no podremos, yo voy a ir en tren. Y además es un pequeño secreto, y no se lo podemos contar a los otros, ¿vale? —me explicó en un susurro.

Gané la partida. Pero no me alegró ni un poquito.

Kitty se estiró, hacía tiempo que luchaba contra el dolor de espalda. Se inclinó hacia delante, columpió los brazos, volvió a levantarlos y se detuvo, rígida. Retrocedió un paso de manera instintiva, buscó la llave en el bolsillo de su chaqueta. Estaba frente al portón de su *cottage*, y veía una figura caminar de un lado para otro delante de la entrada.

La luz del farol era demasiado débil, no podía identificar al visitante. Solo que se trataba de un hombre. Quizá era uno de los vecinos del pueblo, pero ¿por qué estaba esperando delante de su puerta, y qué era lo que tenía a los pies, era una maleta?

¿Un fan testarudo que la había encontrado? ¿Un loco peligroso? Consideró por un instante la idea de volver a esfumarse en la oscuridad, ir al único pub del pueblo o llamar enseguida a la policía. Avanzó otro paso. Su vista ya no estaba en su mejor momento, y tampoco las gafas de lectura podían ayudarla mucho. Y de pronto sintió que las rodillas le flojeaban, sintió un escalofrío recorrer su espalda, el sudor en las palmas de las manos. Sí, tal vez la cabeza le estaba jugando una mala pasada y veía fantasmas. Quizá era hora de regresar a Londres, quizá había estado demasiado tiempo sola consigo misma y con sus recuerdos.

Pero la figura seguía allí, estaba viva, era *real* y, cuanto más la miraba, tanto más se abría camino en ella la alegre expectativa contra la perplejidad, y aceleró el paso.

—¡Guiorgui!

Gritó su nombre, y él se volvió. Enseguida sintió sus brazos en torno a su cuerpo. Lo familiar estaba allí, incluso sin su voz, porque aún no había dicho ni una palabra, las fuerzas no parecían alcanzarle ni para decir su nombre. Ella le tomó de la mano, sin haberlo mirado aún bien, y lo arrastró tras ella al interior de la casa. No quería perder ni un segundo. Quería dejarse guiar por su alegría.

—Perdóname, por favor, perdóname, Kitty, perdóname... —murmuraba él

una y otra vez, pero ella no quería preguntas ni respuestas, quería quedarse en el aquí y en el ahora, no quería adelantarse ni mirar hacia atrás. Le ayudó a quitarse el abrigo y volvió a apretarlo contra ella, le besó las mejillas, la frente, la boca.

Fuera, un hombre pasó por delante de la valla. Un hombre de pelo rizado que se detuvo un momento a tomar aire y les lanzó una mirada sombría antes de seguir su camino hacia el mar, su camino hacia el borde del mar. Hacia el límite y más allá. En busca de Viena. Pero Kitty y Alania estaban allí, donde él ya no podía verlos, en la oscuridad del frío pasillo, como dos orantes. No se soltaban. Kitty apoyó la frente contra la de él y se quedó así.

—No soy digno de ti. Lo he destruido todo. He huido. He huido de mí mismo. Eres la única buena acción de mi vida, Kitty. Por mis venas corre sangre de verdugos...

Lo decía como si llevara mucho tiempo ensayando esas frases. Hablaba de manera confusa. Kitty no le entendía, le daba igual. Nunca se habría atrevido a aceptar que la repentina aparición de aquel personaje cansado y triste liberaría en ella tal ansia de vivir. No, no quería ser una anciana que pasea solitaria junto a la playa, quería vivir, aunque fuera al precio de abrir las puertas a todos sus fantasmas y dejarlos entrar.

—No te vayas, te quiero —dijo, y se asombró de que aquellas palabras salieran de su boca tan aparentemente sin esfuerzo.

Él se liberó de sus brazos, la sujetó por los codos y la miró a través de la oscuridad, como si buscara en su rostro la confirmación de aquellas palabras. Como si nunca en su vida las hubiera oído. La besó. Kitty volvía a estar en el parquecito con los bancos pintados de verde, en una ciudad del sur que debería haberse convertido en la Niza del Cáucaso.

Se asombró de la fuerza que él tenía en los brazos, esos brazos flacos que ella había mirado con tanta frecuencia para impregnarse de cada parte de su cuerpo, después de años de incorpóreas conversaciones telefónicas.

Fue tras él. Él se atropellaba a sí mismo. Se dejaba atrás. Ella quería seguirle allí. Allí, donde ella también podría ser otra persona. Pero, al tocarse, regresaron todas las noches de hotel americanas. Y la figura como un torbellino de Fred Lieblich. Él no es ella, pensaba Kitty, mientras le ayudaba a quitarse la ropa. ¿Qué edad podía tener? ¿Algo menos de sesenta? ¿Más de sesenta? ¿Oh, Dios, de verdad eran ya tan mayores? ¿Había realmente tantos años entre ella y el parque, entre ella y Andro, entre ella y el aula? No, no, no,

otra vez no, se advirtió a sí misma, y se aferró a su cuello, enterró el rostro entre sus clavículas.

El suelo estaba frío, pero le gustaron su juvenil imprevisión, el olvido de sí misma, la renuncia a toda razón. Quería quedarse en el pasillo, en aquel angosto y oscuro pasillo, en el suelo frío. Le habría gustado cantar a pleno pulmón. Habría querido cocinarle al mundo un pastel de bienvenida. Él amaba como un joven hambriento, y también ella quería amarle como una chica hambrienta. Y con cada contacto quería engañar al tiempo, abolir un año, dos, tres, diez y más, ser la Kitty que era antes de que los fantasmas empezasen a aporrear su puerta. Volver al tiempo en el que aún no había que retrasar el tiempo, porque *todo* estaba delante de ella. Incluyendo las posibilidades que surgieron en aquel breve encuentro en el desolado, vacío vestíbulo de una estación.

Olvidó los dolores de espalda, olvidó sus problemas de vista, olvidó la eterna soledad.

La idea de estar con ese hombre, no con el chico de rizos rubios de los ángeles de madera, no en Viena, sino quizá en Londres o en Moscú, era seductora, y a la vez imposible. Si todo hubiera sido un poquito posible, un poquito distinto, ¿seguiría Andro con vida, y su matriz en su interior? ¿Sería Mariam la esposa de su hermano? ¿Y tendría hijos? ¿Un hijo, dos, incluso tres? Entonces habría cantado en voz baja en la ducha, y no habría habido miles de personas que coreasen todas sus canciones, pero... ¿acaso habría sido tan espantoso? ¿Tan inimaginable? ¿Si nunca hubiera visto todas esas ciudades, compuesto todas aquellas canciones, si nunca hubiera... conocido a Fred?

Cerró los ojos. Vio el rostro de Andro inclinado sobre ella. Cerró los ojos. Vio a Fred sonriéndole. Cerró los ojos. Vio a Mariam sosteniéndole la cabeza, en el soleado granero. Cerró los ojos. Vio a la rubia iluminada por una bombilla pelada. Cerró los ojos. No, nunca cesaba. Vio a Guiorgui Alania repartir besos por su cuerpo. Y se aferró con todas sus fuerzas a él. Quería desaparecer. Empequeñecerse, disolverse, convertirse en aire.

... un hombre, un pueblo, sin un ideal, ha nacido ciego.

Estaban sentados en la cama, vestidos por completo. Ella gemía ligeramente y clavaba en la espalda de él las uñas pintadas de rojo; él tenía el rostro oculto en su cuello, yo no podía ver lo que sentía. No sabía si le estaba susurrando algo al oído o si era su mano, desaparecida bajo el vestido de ella, la que la hacía gemir. Ella abrió la boca, abrió de par en par los ojos, levantó la mano derecha como si fuera a impedir que la tocara, pero enseguida cambió de idea y atrajo su cabeza contra ella. Yo me pegué a la pared, no podía apartarme de aquella estampa. Contuve la respiración.

Daria dormía en la habitación de al lado. Nos habían alojado en la espaciosa casa de uno de los colaboradores de Kostia, que se la había dejado toda la semana por amistad. Habitábamos el segundo piso con vistas al mar. El susurro me había despertado. Me había levantado para echar una mirada al mar, para asegurarme de que seguía allí.

Incluso había pensado por un instante en despertar a Daria, pero estaba demasiado agotada después de haber estado jugando con las piedras de la playa. El agua aún estaba demasiado fría, no podíamos bañarnos, aunque habíamos estado chapoteando con los pies, habíamos recogido piedras y conchas y habíamos brincado hasta caer rendidas en la cama.

También Kostia había estado alegre ese día, incluso me había dado un beso en la frente.

Yo había sido tan feliz, habría querido quedarme para siempre en esa playa. Con mi hermana y mi abuelo, que podía ser tan ligero y tan compasivo. Y con esa ingeniosa y encantadora Rusa, que vivía en nuestra misma casa, cocinaba para nosotros y nos divertía, que cuidaba de nosotras cuando Kostia salía a sus asuntos, y con la que yo jugaba al backgammon con tanta pasión.

Aunque Daria la miraba con desconfianza y, al parecer, no le gustaba tener que competir por el favor de Kostia con una mujer adulta, yo estaba entusiasmada con ella y quería que fuera mi amiga.

Ella ocupaba el cuarto de invitados del desván. Kostia, la habitación que había junto a la nuestra. Y yo iba a salir al balcón, a ver el mar, cuando un leve gemido me hizo detenerme. La hermosa y atractiva voz de Rusa. Volví a

tientas por el pasillo hasta el cuarto de Kostia, porque de allí salía claramente su voz. La puerta estaba entornada y una lamparilla brillaba en la cómoda junto a la cama.

La imagen me dejó petrificada.

Me avergoncé. Era culpa del mar. Porque lo que veía no estaba destinado a mis ojos. Aquella imagen tenía algo tan claramente prohibido, incluso aunque yo nunca hubiera visto antes una escena así. Y sin embargo era extraña, ilógica: Kostia era demasiado viejo para una mujer tan joven. ¿No era, en general, demasiado viejo para *una cosa así*? Y Rusa era, por supuesto, demasiado joven, ¿o me equivocaba? Y ahora yo estaba allí, rígida, fascinada por aquella visión prohibida, y temía por ella. El poder que él parecía ejercer sobre ella me atemorizaba. La forma en que ella se rendía a él tenía algo de amenazador para mí. Cuando se dejó caer en la cama, me desprendí de la pared y volví corriendo a nuestro cuarto.

Kostia se fue con el coche a Sujumi por la mañana temprano, y Daria, Rusa y yo fuimos a la playa y metimos los pies en el agua.

Por la mañana, ella nos hizo tortillas y nos untó tostadas con mermelada. Fuimos en un bote de goma hasta un dique apartado y cogimos mejillones de los que estaban pegados en las paredes del dique. A mediodía ella los cocinó en salsa de tomate y yo no me cansaba de comerlos, aunque Daria arrugaba la nariz con repugnancia. Pintamos paisajes juntas, con tizas de colores, en el asfalto delante de la casa. Rusa nos preparó unos divertidos sombreritos con las hojas del *Komsomolskaya Pravda*. Comimos bombones rellenos hasta que nos sentaron mal. Tenía los tobillos finos y las caderas suaves. Me dejó hacerle una trenza. Yo me quería a través de sus ojos, por la manera en que me miraba mientras le peinaba el pelo. Tan benévola, tan cariñosa. Hablamos de libros, y yo le conté mi secreto de los forros falsos. Ella se echó a reír, y aplaudió entusiasmada. Tomábamos el sol, y por las tardes íbamos con Kostia a cenar truchas. Por el camino, me dejaba subirme a sus hombros. La felicidad me abrumaba. Él se reía mucho cuando ella le contaba algo. No sabía que él fuera capaz de reír tanto.

Quería que el tiempo se detuviera. Me daba miedo el viaje de vuelta. Me amargaba tener que regresar al colegio. Sufría con la idea de que Rusa se iría, y con ella también el buen humor de Kostia y su indulgencia conmigo.

Trataba de aferrarme a cada instante, y pensaba en su rostro, desgarrado por el sentimiento de temor y dolor de que pronto tendría que dejarle ir.

La noche siguiente él no vino a las siete, como habíamos quedado. Íbamos a cenar juntos. Rusa había hecho hamburguesas porque Daria se lo había pedido. Se había tomado muchas molestias, incluso se había puesto un delantal que había colgado en la cocina. Había descorchado una botella de vino. Había puesto la mesa con mucho amor y detalle y comprado flores, que había colocado en distintos jarrones. Se había maquillado y se había prendido una flor en el pelo.

Pero él no vino. Cenamos las tres. Cenamos deprisa. Luego Daria se encontró mal, porque la comida no le había sentado bien, y Rusa tuvo que ocuparse de ella. Le dio valeriana y la acostó. Cuando, sobre las diez, Daria se quedó dormida antes de que Kostia llegara, Rusa se quitó el maquillaje y la decepción se extendió por su rostro. Se sentó conmigo en el balcón. Le ofrecí jugar una partida, pero no quiso. Trajo el vino y bebió directamente de la botella.

—Seguro que tiene cosas que hacer. Siempre tiene mucho que hacer. Vendrá pronto —dije, y me alegré de que, en contra de lo que yo esperaba y a pesar de la decepción que acumulaba, ella no llorase. Me hizo una seña para que me acercara y me abrazó.

—Eres una niña tan estupenda, Niza. Tu mamá tiene que estar increíblemente orgullosa de ti —me dijo, y me dio un beso en la raya del pelo.

—Yo también creo que eres una chica estupenda, y no debes estar triste por Kostia —le dije yo, y me senté en el brazo de su sillón.

—Nunca cambiará —murmuró ella.

—¿Quieres estar con él?

—Oh, Niza.

—Pero es demasiado viejo —dije, con la sincera esperanza de que ella se lo replanteara. En lo más hondo de mi corazón, la encontraba demasiado maravillosa para él.

—Me hubiera gustado que todo fuera distinto. Créeme, si alguien me hubiera dicho hace tres años que esto iba a pasar, me habría reído. Mis padres...

—¿Qué pasa con ellos?

—Me matarían si supieran que...

—Pero no van a enterarse de nada. Yo no se lo voy a contar a nadie.

Trató de sonreír, pero no le acababa de salir del todo. Bebía y bebía, como si el vino fuera zumo, y me hablaba de su vida. En aquel momento yo me sentía más adulta que ella, y le traje agua, como siempre hacía Nana cuando Kostia bebía demasiado.

Rusa me habló de la fiesta de cumpleaños de su padre en la que había visto por primera vez a Kostia. De lo encantador que era, lo distinto de todos los amigos de su padre, de lo empático y profundo que había sido. Y de cómo después se encontraron por azar delante de la universidad. De que estuvo a punto de pasar de largo, pero entonces se detuvo y se dejó invitar a un café, y de que él la había llevado con su chófer a casa de su tía, donde vivía durante sus estudios en Tiflis. Se había quedado en el patio mucho tiempo. Sabía que quería volver a verle, aunque sentía que era una idea terriblemente estúpida.

Lo había telefoneado a su despacho, después de haberse pasado semanas tratando de quitárselo de la cabeza. De eso hacía ya un año. Lo que peor soportaba eran los secretitos, como ella los llamaba. Aquel juego del escondite. Aquel indigno escurrirse. Aquellos lugares secretos en los que se encontraban. Aquellas mentiras. Y, sobre todo, el mal presentimiento de que ella no era la única a la que veía a escondidas.

Su lengua se iba volviendo cada vez más espesa, hacía pausas cada vez más largas, pero al final aún dijo, en un tono estremecedoramente cínico y despiadado, que quería ser jueza, juzgar las injusticias, mientras se infligía a sí misma una injusticia así de monstruosa.

Yo cavilaba con desesperación, buscando una salida para Rusa. Incluso se me ocurrió ponerla en contacto con David, que de todos modos era un hombre mucho más interesante para ella —al menos eso me parecía entonces—, y de esa forma habría podido tenerlos a los dos cerca de mí, y todos seríamos felices...

Hacía mucho que había pasado la medianoche, y Kostia no había vuelto. La acompañé a su habitación, porque ya se tambaleaba. La ayudé a desnudarse. Cayó en la cama, en ropa interior, y ya no se movió. Salí. Decidí hacer acopio de todo mi valor, esperar a Kostia y explicarle lo mucho que ella le quería y lo importante que era que no volviera a dejarla plantada. Pero poco después oí el susurro del agua en el baño. Me acordé de que mi madre

siempre llamaba a la puerta del baño cuando Aleko entraba borracho en él, y decidí hacer lo mismo. Me sentía responsable de ella, al menos hasta que Kostia regresara. Llamé con cuidado, titubeante, pero no hubo ninguna respuesta, y entonces empujé con el cuerpo la puerta y esta se abrió, no estaba cerrada.

Estaba sentada en el suelo, tenía en el regazo un cubo lleno de agua y los dos brazos dentro, el agua estaba llena de sangre. No había bañera, así que había tenido que improvisar. Tenía los ojos cerrados. Yo no sabía qué había que hacer cuando alguien se cortaba las venas, no sabía si era peor que los cortes fueran horizontales o si habrían sido mejor verticales, pero me precipité sobre ella y volqué el cubo. El agua ensangrentada tiñó de rojo el suelo. La sacudí, le imploré que me mirase, respiraba con dificultad. No sabía a qué número había que llamar, ni siquiera si había un teléfono en aquella casa. La tumbé en el suelo, gemía imperceptiblemente. Traté de concentrarme. Clase de biología, las conversaciones con David. El conocimiento útil. Se me ocurrió que en caso de cortes profundos había que detener la hemorragia a toda costa. Cogí unas toallas y una alfombrilla de baño y le até los brazos con un nudo muy fuerte. Pensé en despertar a Daria, en gritar con todas mis fuerzas hasta que despertara, pero decidí no hacerlo. Daria tenía pánico a la sangre. Corrí escaleras abajo, buscando un teléfono..., y en ese momento vi los faros que iluminaban el jardín.

Salí corriendo al exterior, como alcanzada por el rayo.

—¡Kostia, Kostia! —grité con todas mis fuerzas, y corrí hacia él. Quise pegarle cuando le vi fruncir el ceño, como si fuera a reñirme por estar despierta tan tarde, pero no le dejé hablar y lo agarré del brazo, lo arrastré escaleras arriba.

Él le dio un par de bofetadas, y luego la cogió en brazos y la levantó del suelo. Temblaba. Me dijo que no debía despertar a Daria, me dijo que debía esperarle allí, me dijo que todo iría bien, pero yo gritaba y repetía sin parar que quería ir con ella, que no quería dejarla sola. Él no tenía tiempo ni energías para discutir conmigo, y aceptó que subiera detrás en el coche, que le sostuviera la cabeza mientras él conducía, temblando, entre maldiciones.

En el hospital, varias personas salieron corriendo a nuestro encuentro. La tendieron en una camilla y se la llevaron. Kostia y yo nos quedamos en una

sala de espera vacía, con una fría iluminación. Él se cubrió el rostro con las manos y se hundió en el silencio. Yo caminaba de un lado para otro, intentando tragarme las lágrimas. Terminé sentándome junto a él, agotada.

—Has sido muy valiente, Niza —dijo, sin mirarme—. Muy valiente. Ha perdido mucha sangre, pero los médicos podrán ayudarla. Es imperdonable que te haya dejado sola. No deberías haber visto una cosa así.

Seguía sin mirarme. Tenía el rostro enterrado en las manos.

—Quiere que estés con ella —dije.

Él se sorprendió, se volvió hacia mí.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Sí.

—Es demasiado joven, a esa edad se es muy... emocional.

—Eso no está bien.

—¿Qué no está bien?

—Que la hayas hecho esperar. ¿Es verdad que tienes otras amigas además de ella?

—¿Te ha dicho también eso?

—Sí.

—Yo... No, solo estaba..., tenía trabajo.

—¿Hasta ahora?

Estaba desbordado. Quería consolarme, quería ocupar su papel de abuelo y no que una colegiala le pidiera cuentas. No estaba preparado para eso (Kostia Dzhashi no le rinde cuentas a nadie, así había construido su vida, quizá desde el día en que se lanzó al agua para llorar a la mujer cuya muerte se había llevado su conciencia).

—Haces daño a menudo a los demás.

No sé por qué lo dije. No pensé. Siempre pensaba antes de dirigirle la palabra a Kostia. Sollocé. Me sentía agotada. Quería que ella viviera, que hiciera su examen y pudiera convertirse en jueza. Quería que siguiera jugando conmigo al backgammon. Él me abrazó. Estaba demasiado tensa como para no resistirme. Tenía tantas preguntas que hacerle. Y tantos miedos. Sabía que la cercanía de aquellos días no tenía buenos cimientos.

—¿Eso piensas? —preguntó cauteloso.

—Sí. También haces daño a mamá. Llora muchas veces por tu culpa. A Stasia también, aunque no diga nada. Y... a mí también.

Me miró, y no supe si estaba horrorizado o simplemente sorprendido. Me

daba igual que no volviera a quererme nunca. Tan solo quería que ella viviera.

—Quiero a tu madre —dijo de pronto él, y se reclinó en el asiento.

En la sala de espera, unos cuantos celadores y enfermeras se tambaleaban delante de un pequeño televisor, estaba pasando algo emocionante. Parecían nerviosos. Una de las enfermeras preparaba café en un simple hornillo eléctrico mientras miraba cautivada la pantalla.

—Algunas cosas salen de distinta manera a como uno quiere —dijo él.

Yo esperaba que él siguiera hablando, pero se levantó y fue hacia el mostrador de recepción a ver qué ocurría, y se quedó petrificado.

¡Cómo podía ponerse a ver la televisión ahora! Incluso si el mundo se hundía, cómo podía haberse alejado de mí sin haberme dado una respuesta. La respuesta que yo necesitaba. La sinceridad que yo necesitaba para que Rusa siguiera viviendo.

Me hizo una seña. Titubeé. Fui con pasos lentos hacia el televisor. El jefe del Estado, Chernienko, había muerto. No me interesaba, me dejó fría. Me daba igual que un tal señor Chernienko estuviera vivo o muerto, solamente quería que Rusa viviera.

Bajé la vista y me quedé mirando las sandalias y el sucio suelo de losetas. Aquel lugar era tan desolador. Una persona tan hermosa e inteligente como Rusa no podía morir en un sitio así.

Chernienko había muerto. Rusa sobrevivió, pero algo en ella también murió.

Kostia y yo nos fuimos a casa al alba. Y callamos. Él ya no dijo nada. Seguimos el litoral. Amanecía. Menos de una década más tarde, aquella ciudad iba a ser destruida por tanques, bombas, miles de disparos y fuego, pero por suerte entonces yo aún no lo sabía.

Cuando llegamos, Daria seguía durmiendo, no se había enterado de nada.

Aquella noche, aprendí que los jefes de Estado siempre son más importantes que todas las demás personas.

Aprendí que los fantasmas no están necesariamente muertos.

Aprendí que el mar no acoge nada que no haya crecido ya en él.

Aprendí que el amor, por luminoso y esperanzador que sea, puede terminar, inesperadamente deprisa, en un triste hospital.

Después de siete décadas, la Unión Soviética había cumplido su misión, estaba devorada desde dentro, había consumido todas sus energías y recursos; se había atragantado consigo misma, pero aún no lograba vomitarse. Para eso fue necesario un nuevo jefe del partido que, con sus inauditos cincuenta y cuatro años, era uno de los jóvenes de la organización, y que —contra todo pronóstico— llegó al poder en 1985. El camarada Gorbachov iba a heredar el mundo de la «paz socialista», que abarcaba al treinta y cuatro por ciento de la población mundial. Para ampliar esa paz, al comienzo de su mandato le regalaron guerras en Angola, Mozambique, Etiopía, Nicaragua, El Salvador y Afganistán.

Yo me hice adulta de golpe en el año 1985, la noche en la que Chernienko murió y Rusa sobrevivió.

*Era un castillo: rosa como la aurora invernal, grande como
el mundo, antiguo como el viento.*

Éramos hijas casi de un zar, casi zarinas...

MARINA TSVIETÁIEVA

Guiorgui Alania disponía exactamente de dos días con Kitty Dzhashi antes de tener dificultades.

A lo largo de los últimos años, había trabajado para el ministerio como «acompañante» en los intercambios internacionales en materia de cultura y deporte, por lo que cada pocos meses tenía la oportunidad de acompañar y observar en sus viajes al extranjero a coros de cosacos, grupos de ballet o jóvenes ajedrecistas. Su puesto dependía directamente de la Lubianka.

Un viaje como ese lo había llevado a Londres; un grupo gimnástico del Palacio de los Deportes de Moscú, al que había acompañado a una competición internacional de gimnasia juvenil. Ni en sueños hubiera podido contar con que, tras su petición de traslado, pudieran volver a enviarlo a Londres. Y con eso era con lo que había estado soñando durante los últimos años, de manera maníaca, ininterrumpida, maldiciéndose a sí mismo, porque no podía entender cómo había abandonado tan miserablemente a la única

amiga, la única mujer a la que no había pagado por un beso.

Había tomado su decisión obedeciendo a un impulso, a un capricho cruel; en última instancia había sido la consecuencia de su encuentro con Christine. Había huido a ciegas, creyendo que de esa manera protegía a Kitty pero, pasados los primeros meses de servicio en Moscú, había empezado a reflexionar, había dudado y había llegado a la conclusión de que había cometido un espantoso error y había destruido el único punto de luz de su vida.

A esto se añadía que Alania ya no estaba acostumbrado a la vida en el socialismo. La severa vigilancia, la sospecha constante, el descontento entre los colegas, la tristeza cotidiana, todo eso le golpeó rápidamente el ánimo. Regresaron sus característicos accesos de cólera, esos que Kitty Dzhashi con tanta facilidad hacía caer en el olvido. Se volvió impopular entre los trabajadores. Estaba irritable, descontento, huraño. Rechazaba con vehemencia toda posibilidad de una relación personal, de una aproximación a sus colaboradores. Si antes siempre había sido un marginal, ahora lo mostraba abiertamente, lo enfatizaba con cada palabra, con cada gesto.

La nostalgia era lo peor. El deseo espontáneo, que tantas veces y tan de repente lo asaltaba, de salir corriendo a visitar a Kitty, como si sus deseos se negaran a aceptar su realidad. Aquella alegría de la que gozaba en Londres al saber que iba a verla esa misma noche, que ahora volvía a apoderarse de él en Moscú hasta que comprendía dolorosamente que no iba a ocurrir tal cosa. Los sueños que giraban a su alrededor y que por las noches lo despertaban tan a menudo. Para escapar a eso, Alania empezó a hacer algo que no había hecho desde su juventud: volvió a beber. Primero vino, en pequeñas cantidades, para relajarse por las noches, más tarde también bebidas más fuertes, para olvidar. En ocasiones ocurría que a la mañana siguiente ya no se acordaba de cómo se había quedado dormido; porque a veces se despertaba en los sitios más inverosímiles de su casa: en el baño, en la alfombra, incluso en el balconcito que normalmente solo utilizaba para tender la ropa.

Y quizá en realidad habría logrado hundirse en una inconsciencia en la que ya no habría recuerdos de Kitty y de Londres, ni padre ni esperanzas que frustrar, si el azar no le hubiera puesto en las manos la posibilidad de viajar a Inglaterra.

Kitty y su emotividad desbordante, la cariñosa acogida, los contactos y la

cercanía, esa inimaginable cercanía que se le brindaba cuando tras haberla encontrado. No podía entenderlo, le costaba trabajo aceptar sus palabras, su alegría al verlo.

Aunque durante las horas que les quedaban ya no habían caído el uno en brazos del otro, ya no se habían entregado con tal olvido de sí mismos, aunque ya no hubo más besos ni caricias apasionadas, aquel recuerdo podría bastarle para toda una vida, y él jamás se quejaría, jamás esperaría nada más, pero por fin podía tener esperanza. Ella le había perdonado antes incluso de que él pudiera pedirle perdón, y esa dicha era más de lo que se había atrevido a esperar: ella no quería oír explicaciones ni justificaciones suyas.

Cuando, a la mañana siguiente, en la cocina, él quiso contarle sus historias, ella le interrumpió y le pidió que lo dejara todo como estaba. Le conocía, confiaba en él y suponía que habría tenido razones de peso para dar ese paso, pero ya no quería saberlas, ahora eran irrelevantes. Quería disfrutar del presente, del breve tiempo que tuvieran para estar juntos, y no quería ni correr hacia el futuro ni mirar hacia atrás.

Tampoco su segundo intento de mantener esa conversación, durante un extenso paseo junto al mar, tuvo éxito. Ella no quería saber nada. No quería hablar. En cambio, le cogió de la mano y lo llevó con ella por la arena húmeda.

La noche antes de su regreso a Londres, le dijo que le debía la mayor y más sincera felicidad de su vida. Que tenía miedo a su vida en Moscú. Que ella había sido el suelo bajo sus pies durante todos aquellos años, le parecía que durante toda su vida, desde el momento en que la vio por primera vez en el desierto vestíbulo de aquella estación. Pero ella tampoco aceptó esa confesión. Le sirvió un poco de whisky sin dejar traslucir nada, sin mostrar si sus palabras la alegraban o la entristecían. Le miró como si le estuviera describiendo un acontecimiento totalmente banal, como si hablara de algo cotidiano.

Y él no comprendía cómo era posible que durante una noche lo abrumara con su amor y al día siguiente no quisiera saber ni oír nada de ese amor. Como si su propio comportamiento la hubiera asustado, como si la hubiera frenado. Pero ¿qué podía esperar él, no era eso ya mucho más de lo que había deseado al venir?

Mirando hacia atrás, su vida entera parecía encaminada a este punto, a tener que venir hasta aquí para decirle todo lo que tenía que decirle y olvidar

el resto, para reencontrarla por fin en sus días maduros, bajo la denominación o el nombre que fuera, para que ambos expulsaran mutuamente sus demonios y bebieran té fresco y pasearan juntos. ¿O era desmesurado creer que podía haber un nuevo comienzo para él?

Antes de irse a la cama —él deseaba que ella lo invitara a su dormitorio, pero no lo hizo—, cuando Kitty le dio un cauteloso beso en los labios, él hizo acopio de todo su valor, la sujetó por las muñecas y la obligó a mirarle. Entonces dijo que buscaría la forma de no volver a apartarse de su lado. Ella sonrió, pero su sonrisa carecía de fuerza, la subrayó de manera más bien forzada con una suave caricia en la mejilla.

—Ahora vete a dormir, Guiorgui —dijo.

—¿Qué te pasa? —preguntó él—. Dime lo que te pasa. No quiero dormir. No quiero derrochar ni un minuto más. Quédate conmigo, habla conmigo. Quiero oírte todo el tiempo que sea necesario. Si no quieres oírme, al menos déjame escucharte. Por favor.

Le imploraba.

—Ya no necesitamos palabras, Guiorgui, y está bien así. Simplemente, ya no hay nada más que decir.

—Pero claro que hay mucho que decir, tanto que a veces me mareo cuando lo pienso. Me da igual si me detienen o me despiden, ya no tengo nada de qué preocuparme. Nunca he estado tan seguro de mí mismo.

—¿De qué tenemos que hablar exactamente? Sí, antes me aferraba a la ilusión de que las palabras podían cambiar algo, de que cuando todo estuviera dicho, todo explicado, sería más fácil, pero era un error. Si te has vuelto tan indispensable para mí no es porque me hayas mantenido con vida, sino porque lo sabías todo sobre mí y aun así te quedaste conmigo. Porque con cada llamada telefónica, con cada palabra, con cada gesto de ayuda, me has *perdonado* un poco. Y eso me ha permitido vivir todo lo que vino luego, el camino que recorrí, las canciones, los encuentros, los viajes, la dicha, sí, también eso. Incluso la dicha con otras personas.

»Pero una asesina es una asesina, Guiorgui, y da igual cuánto y cuán a menudo cante contra eso, da igual cuántas palabras diga, da igual cuánta dicha disfrute, no podré olvidarlo. No, al contrario, cada año el recuerdo se hace más claro. Dudas, desprecio..., van a seguir creciendo, y lo voy entendiendo poco a poco, lo acepto, y me siento mejor, sí, asombrosamente, así es. Ya no tengo miedo, me siento segura. Porque de ese modo puedo al

menos conservar lo bueno... y han existido tantas cosas buenas, tantas cosas buenas e imprevisibles, tantas cosas maravillosas en mi camino. De ese modo, al menos, no tengo que mezclar todo lo maravilloso que me ha pasado con todo el horror. Así, no tengo que reprocharme no haber merecido esa felicidad, a esas personas, esas posibilidades. Puedo aceptarlas también.

Aquellas palabras le sorprendieron tanto que necesitó unos cuantos minutos para poder articular una respuesta. Sus pensamientos cruzaban su cabeza sin rumbo ni orientación. Tenía la sensación de que el mundo se ponía patas arriba.

—Kitty, Kitty, espera, espera, ¿qué estás diciendo? No debes pensar así. Tú no eres ninguna... —la palabra no acudía a sus labios, no en relación con ella—. Tú no has matado a nadie. No podía hablar contigo, tuve que huir, porque soy yo el que...

Pero ella volvió a interrumpirle:

—Sé quién eres. Sé lo que puedes haber hecho. Sé que ese era el precio por mantenerme con vida. No estoy ciega, Guiorgui. Y también soy consciente de que solo un asesino está en condiciones de perdonar a una asesina. O un homicida. Nadie más. Lo sé, Guiorgui.

¿De dónde venían esos pensamientos? ¿De dónde ese carácter definitivo, fatal, monstruoso, de su autoanálisis? ¿Cómo podía pensar una cosa así? ¿Ella, la más luminosa y bondadosa, ella, la ensalzada y deseada por miles de personas, ella, la más humilde y la más empática? ¡Ella, a la que él había venerado durante toda su vida! Un escalofrío le recorrió la espalda. Quería aferrarla con la misma fuerza con la que la había encerrado en sus brazos durante los primeros segundos de su reencuentro, retenerla, expulsar de ella toda esa oscuridad y todo ese horror, pero estaba paralizado. Seguía sujetándola por el codo, pero su presa se aflojó, sus fuerzas desaparecieron. Se había quedado rígido ante sus palabras, su intimidante contención, su calma.

Le soltó el codo y la encerró en sus brazos. Ella no intentó liberarse. Apoyó la cabeza en su hombro. Se quedaron inmóviles así.

—Volveré. Y será para siempre —dijo él en voz baja.

—No puedes.

—Sabes que soy bueno haciendo posible lo imposible —dijo él, esforzándose en bromear.

—Sí que lo eres.

—No debes pensar así.

Sus palabras le resultaban a él mismo ridículas, impotentes, pero no sabía cómo formularlas de otro modo.

—No tengas miedo. Ya te he dicho que estoy bien, Guiorgui. Estoy realmente bien.

—Hazme un favor, Kitty —le dijo al amanecer, antes de partir para la estación.

—Haría cualquier cosa por ti, y lo sabes.

Parecía inusualmente alegre aquella mañana.

—No olvides las palabras que me has dicho. No hagas nada que pueda ir contra ellas. Consérvalas para mí. Porque me aferraré a ellas. Tú amas a muchas gente, mucha gente te ama a ti, pero yo... solo te tengo a ti.

Le asombró lo fácil que le resultaba decir esas palabras, formular su ruego, que le resultaba tan evidente, tan consecuente.

Ella sonrió y asintió.

Curiosamente, toda esa mañana Kitty había tenido un presentimiento. Como si tuviera algo que esperar de aquel día. Algo nuevo, confuso y perturbador a un tiempo. Había bajado al quiosco a comprar el periódico, y había vuelto a subir. La agitada vida londinense le resultaba inusual. Echaba de menos la calma de Seven Sisters, su recogimiento. Disfrutaba de la soledad, y pidió a Amy que le dejara unos días libres antes de volver a tener que pensar en estudios y productores.

Había leído en el periódico que el camarada Gorbachov había sido nombrado secretario general del PC soviético. La noticia, que había sorprendido a todos, la había dejado fría. Se había acostumbrado a que fueran y vinieran sin que nada cambiara. Volvió a cerrar el periódico y se sentó en el balcón junto a sus plantas.

Amy le había aconsejado a menudo que se comprara un piso más grande o una casa, tenía dinero para eso. Pero para qué, se había preguntado ella. Para qué cambiar una casa con hermosos recuerdos por una nueva y vacía, que aún había que llenar de vida.

Y, cuando tocaron al timbre, supo que su inquietud matinal no estaba

injustificada.

—Vuelvo a tener un estudio. Vuelvo a trabajar. Incluso estoy impartiendo un curso de dibujo, ¿puedes imaginártelo? —dijo ella, todavía de pie en la puerta.

Tenía una dentadura nueva, eso era evidente, pero aunque estaba tan flaca como siempre, su rostro había ganado algo de color, y el cabello rojo salpicado de hebras blancas volvía a tener brillo.

Kitty no la invitó a pasar. Y tampoco Fred parecía esperarlo.

—Pronto haré una exposición, y quiero que vengas a la inauguración —añadió. Y luego, en voz baja—: Quizá puedas cantar para mí una o dos canciones.

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó Kitty escéptica.

—Estoy limpia —respondió ella, como si las canciones de Kitty fueran una recompensa lógica para una terapia de éxito.

—Soy demasiado vieja para nuevos comienzos —dijo Kitty, sin saber ella misma por qué lo había dicho.

—No creo en nuevos comienzos, ¿lo has olvidado? Pero creo en ti. Y en tu voz.

Sonreía. Sus ojos de gata brillaban. Sí, vivía. Había sobrevivido, y ahora estaba delante de ella y quería que cantara para ella. Para celebrar esa supervivencia. Sí, quizá debía hacerlo, tal vez debía cantar a la vida. La vida tal como era. La vida llena de asesinos, de aulas, de engañados y abandonados por el camino, llena de palabras que ya no tenían sentido, llena de milagros y de azares, llena de besos y de aversión. Bah, al diablo, pensó Kitty. Quizá Fred había tenido razón todo el tiempo cuando afirmaba que el corazón no era una sala que pudiera cerrarse por dentro.

—Lo pensaré —dijo, y una sonrisa iluminó su rostro, antes de volver a cerrar la puerta.

Tres días después, Kitty Dzhashi vio a Andro Eristavi. Iba a una entrevista en el centro y, cuando miró por la ventanilla del coche, lo vio al otro lado de la calle, con impresionante claridad y *vitalidad*. Le gritó al taxista que parara enseguida. Saltó del coche y corrió sin mirar a derecha ni a izquierda. Pero ya había desaparecido, y sabía que no tenía sentido buscarlo. Volvería cuando llegara el momento, de eso estaba segura.

—Discúlpeme, por favor, no quiero molestarlas, solo quiero...

Un hombre mayor, con pantalones de pana y una camisa de flores, nos había detenido a Daria y a mí en la calle. Salíamos del colegio, Daria tenía que coger enseguida el trolebús para ir a su clase de acrobacias, yo el metro hasta el estudio de David. Así que lo que menos necesitábamos era a hombres mayores con pantalones de pana que quisieran admirar el distinto color de los ojos de mi hermana.

—Perdone, tenemos bastante prisa —le interrumpí.

—Dos minutos tan solo, se lo ruego. Soy guionista. Trabajo para Kote Lazabidze. Está preparando una nueva película, y busca una actriz que..., por favor, venga mañana al estudio para la prueba.

Escribió a toda prisa una dirección en una hoja de su bloc de notas y se la puso a mi hermana en la mano.

—¡Usted es justo lo que busca! —se despidió, y desapareció.

Nos quedamos plantadas en la calle mirando la nota. Kote Lazabidze era famoso, su nombre se oía con frecuencia en casa de Aleko y sus amigos. Se le consideraba una promesa del cine, había rodado dos cortos y una película, y esta última había provocado debates, porque de alguna manera había conseguido rehuir la censura y había alcanzado mucho reconocimiento en el extranjero. Hasta aquel día yo no había visto ninguna de sus películas.

El rostro de Daria se iluminó de curiosidad, mientras yo no acababa de creerme todo aquello. ¿Cómo podían acercarse a la primera que veían por la calle? ¿Es que no había suficientes buenas actrices en el país? Daria guardó la nota en la cartera, encogiéndose de hombros, no era posible adivinar si la oferta la alegraba o la dejaba indiferente. Al llegar a la parada volví a hablarle del tema, pero se limitó a encogerse de hombros una vez más, así que desistí.

A la mañana siguiente, cuando el chófer de Kostia vino a recogernos y no hubo manera de encontrar a Daria, me acordé de todo: ¿habría ido a la prueba por su cuenta?

Naturalmente, no dije nada y, en lugar de eso, les conté una excusa: había ido al piso de una amiga para preparar los exámenes.

Más tarde llamó y dijo que era tarde y que iba a quedarse con Elene y Aleko, que iría al colegio desde allí al día siguiente. El mal humor de Kostia se extendió por toda la casa. Desde que Daria tenía la regla y unos pechos pequeños despuntaban debajo de sus camisetas, la vigilancia de Kostia se había reforzado. Al fin y al cabo, sabíamos que casi la mitad de sus

compañeros estaban enamorados de ella. Después de la llamada telefónica, me quedó claro que había ido a la prueba. A la mañana siguiente, me la llevé a los servicios del colegio y le pedí que me lo contara.

—Te he cubierto, así que me lo debes, ¡dime qué está pasando! —siseé.

—Es verdad, he ido. Imagínate, han vuelto a citarme para esta tarde. Lazabidze también estaba allí, y me ha sonreído todo el tiempo. Pero esta vez quieren que lleve a uno de mis padres.

Me miraba expectante. Tampoco ahora yo estaba en condiciones de distinguir si el asunto de veras la estimulaba o lo hacía más bien por curiosidad, para ver hasta dónde podía llegar. Hasta entonces no había mostrado ninguna clase de ambiciones artísticas. Bueno, mi hermana era una caja de sorpresas.

—¿Y qué has tenido que hacer, exactamente? —pregunté.

—Leer textos. Mirar a la cámara e imaginarme algo.

—¿Como qué?

—Que detenían a mi amigo.

—¿De qué va la película? —insistí.

—De alguien que quiere rodar una película pero no le dejan, una cosa política.

—Ajá. ¿Y qué dice mamá?

—Todo esto le escama un poco, quiere ir primero, sin mí, quiere ver por sí misma qué pasa. Pero ese tipo es un genio, todos lo dicen, y Aleko también ha dicho que es una oportunidad única.

—¿Y Kostia?

—¿Qué pasa con Kostia?

El timbre sonó en el patio, y ella corrió hacia la puerta.

—No te hagas la tonta. ¿Qué pasa con Kostia? —la imité.

—Por Dios, no seas aguafiestas, ya lo arreglaré con él. Voy a llevar vestidos bonitos, me van a maquillar, a preparar una hermosa iluminación para mí, tendré mi propio camerino y quizá tenga incluso que besar a un chico —rio entre dientes, imaginando ya las caras pálidas de envidia de sus amigas, antes de salir corriendo de los servicios.

Después del colegio fui a ver a mi madre y encontré a una excitada Elene y a un no menos alterado Aleko. A ella no le hacía ni pizca de gracia tener que

discutir una vez más con su padre, y él trataba de convencerla de que diera al menos una oportunidad al asunto.

Finalmente, fueron juntos al estudio. También yo me vi asaltada por una extraña agitación, y esperé impaciente su regreso.

Lazabidze explicó a nuestra madre que se trataba de una película que ocurría en el instituto cinematográfico local, que contenía una cierta crítica al sistema pero que, aun así, estaba lo bastante «armada» como para que no la prohibieran. Se había inspirado en un antiguo estudiante de cine que había rodado una película desaparecida, y que había muerto en la cárcel por sus ideales. Aquel estudiante era un gran modelo para su generación. Su guion se alejaba bastante de la historia real, y aun así los iniciados encontrarían indicios suficientes para entender de qué se trataba. Oficialmente, la película era una historia sobre un cineasta que se hallaba en una crisis artística. En eso su familia y sus amigos ocupaban un lugar destacado. Y su musa. Y para ese papel había pensado en Daria.

Elene se dejó caer en un asiento.

—¿Se refiere al estudiante Misha Eristavi?

Lazabidze asintió.

—Sí, Misha Eristavi, ¿conoce usted el caso? Toda Tiflis supo de aquella historia entonces, y todos callaron, en vez de salir a las calles. Así somos, los comunistas y conformistas.

—¿Y por qué mi hija? ¿Por qué no una actriz? Daria es demasiado joven y absolutamente inexperta —preguntó a Lazabidze, intentando recuperar el control.

—Créame, he visto a muchas actrices, hemos viajado por distintas ciudades y hemos buscado talentos en ellas. Por supuesto, todos los papeles principales los interpretarán actores profesionales —enumeró unos cuantos nombres—, pero para el papel de Anna necesito a alguien muy especial. Una joven que a uno le parezca salida de un sueño. A mi colega le llamó la atención su hija, dijo que su belleza me iba a dejar sin palabras y yo pensé, ya veremos, pero cuando entró, todos, de verdad, todos los que estábamos en la sala quedamos convencidos de que era a ella a quien buscábamos. Y después de haber trabajado dos horas con ella le diré que no solo es muy bella, sino que está extraordinariamente dotada. Es increíblemente fotogénica.

Y siguió hablando a Elene, le aseguró que el rodaje solo reclamaría a Daria durante las vacaciones de invierno y que, por supuesto, estaba previsto que

una persona la acompañara.

—Prepararemos bien a su hija, yo ensayaré el texto con ella, usted no tendrá que tomarse muchas molestias; sabe, yo también tengo una hija, y sé cómo son las chicas de la edad de Daria, necesitan mucha atención.

Elene se había quedado muda, le fallaban las rodillas, Aleko tuvo que sostenerla cuando salieron del estudio. Buscaron un banco en la calle. Aleko la miraba confuso, trató de consolarla, preguntó qué había pasado, por qué había reaccionado de esa manera tan extraña. Pero ella se limitó a mover incrédula la cabeza y se cubrió la boca con las manos, como si quisiera evitar un grito. Pidió a Aleko que la dejara sola un momento, iría más tarde a casa. Cogió el bus en la ciudad nueva. Se bajó en el Instituto de Ingeniería y Planificación, entró al gran edificio y tomó el ascensor hasta la décima planta.

Lana estaba inclinada con otras tres mujeres sobre un gran plano de obra, y mordisqueaba un lápiz. Sus grandes gafas colgaban de una cadena sobre su pecho y su rostro estaba rojo de emoción. Pasaron unos segundos antes de que advirtiera a Elene.

—Eh, qué sorpresa. ¿A qué debo el honor? —se volvió hacia ella, con la ironía acostumbrada, y concedió diez minutos de descanso a sus colegas. Se puso las gafas, se arregló el pelo, abrió la ventana y empezó a hacer café—. ¿Qué hay de nuevo? Pareces un poco... pálida —constató.

—Tengo que hablar contigo.

—Soy toda oídos.

Y Elene le contó lo que acababa de ocurrirle, habló —todavía nerviosa— de Lazabidze, de su película y de Daria, de cómo ella y Aleko habían ido hasta allí sin tener la menor idea y solo entonces habían sabido de qué trataba la película. De Misha, de su cinta, del escándalo. ¡Y ahora el absurdo azar de que su hija adolescente fuera a asumir el papel de musa en aquella película!

Lana no mostró reacción alguna. No la interrumpió, no la contradijo, no asintió, continuó preparando el café con toda tranquilidad.

—Recuerdo que Lazabidze se puso en contacto conmigo hace unos meses, quería hacerme una entrevista del tipo «recuerdos personales de Misha», así fue como lo expresó. Pero entonces pensé que aquello no iba a terminar en nada. Según parece, el tipo se ha abierto paso. ¡Quién lo habría dicho!

Empezó a servir el café en dos tacitas.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Sí, ¿qué pensabas? ¿Que me opondría? ¿Iba eso a cambiar algo? Si

quieren acordarse de mi marido, que lo hagan. Ojalá no terminen también entre rejas por hacerlo. Me da igual. ¿Crees que todo se acabó solo porque lo enterré? Tú no eras su esposa, Elene. Tú no tienes un hijo suyo. Y él se ganó que se hable de él, que se le recuerde...

Elene empezó a arrepentirse de haber ido allí. ¿Qué había esperado? ¿Qué quería decir con «Tú no eras su esposa»? ¿Qué quería exactamente? ¿Venganza? ¿Algún tipo de reparación? ¿Una justicia restablecida? En ocasiones lograba pasarse semanas sin pensar en él, en las numerosas escenas de su infancia que a menudo aparecían de forma repentina, en la pelea en Mtsjeta, en su entierro. En el viaje con Lana a las montañas, en el miserable final. Pero a veces volvían los recuerdos, desfilaban por su cabeza como ejércitos interminables, marcando el paso, acompañados por un amenazador zumbido que casi siempre desembocaba en dolor de cabeza.

—Mi madre está muy enferma. Tengo que ir al hospital —dijo Lana, y la arrancó de sus pensamientos.

—Disculpa, no lo sabía, por qué no me has... Puedo ocuparme de Miro si tú...

—Christine me ayuda. Pasa la mayor parte del tiempo con ella. La idolatra. Y tú come más fruta, estás realmente muy pálida, necesitas más vitaminas y más sol —gritó Lana a su espalda cuando Elene salió de su oficina.

Daria mendigó, Daria lloró, Daria abrazó a Elene, le imploró, Daria prometió esforzarse más en el colegio, Daria quería hacer esa película a toda costa. Aleko la apoyó, habló con Elene. Lazabidze era un buen tipo, él conocía a mucha gente en mundo del cine, cuidarían de Daria. A pesar de todo, era un proyecto importante, que ella tenía que apoyar, y no tenía nada que ver con la persona de Eristavi: era arte, no un documental. Estuvieron dos días así. Aleko le prometió, si era necesario, hablar con Kostia para que su ira no se abatiera solo sobre Elene. Mientras todo aquello ocurría, yo estaba sentada en un rincón comiendo arroz con leche, que odiaba, y admirando las artes de persuasión de Daria.

Nadie había oído nunca cantar así a Kitty Dzhashi. Como si su propia sangre le acariciara las venas, como si se deleitase en su naufragio, como si se

alegrara del hecho de no tener que aceptar ya fronteras.

Se había presentado en la galería con un vestido negro, había pasado largo tiempo muda delante de los cuadros de Fred y, luego, se había encaramado al pequeño escenario que habían construido para ella y había empuñado el micro. Para los entendidos, el hecho de haber renunciado a la obligatoria camisa blanca con pantalón negro era la profecía de una nueva interpretación de sus canciones.

Felicitó a la pintora, habló de la fuerza que emanaba de los cuadros y empezó a cantar canciones del álbum *Home*.

Kitty tenía en sus apariciones —y tú lo sabes mejor que yo, Brilka— una manera de cantar más bien reservada, lo que a menudo le había acarreado críticas, precisamente entre la joven generación de músicos. Era demasiado controlada en el escenario, jamás entraba en éxtasis, nunca se olvidaba de sí misma, su voz era demasiado contenida, dejaba a sus textos y melodías prioridad ante la persona, se ocultaba detrás de las canciones.

Pero aquella velada ocurrió algo completamente inesperado. (Donde mejor se describe es en la entrevista que Amy concedió a *Rolling Stone* en 1988, el número que llevaba a Kitty Dzhashi en la portada, con un reportaje de siete páginas sobre ella en el interior.) Según Amy, fue como un «*striptease* del alma» para el público presente. Los visitantes, al principio contenidos, luego sorprendidos, habían empezado a los pocos minutos a moverse como en un corro salvaje, moviendo las cabezas y los miembros; otros, no pocos, habían cantado a coro mientras lloraban. Kitty estaba ante ellos como desnuda, y ellos también querían desnudarse, quedarse sin cáscara ni protección y absorber las canciones tan puras como fuera posible. Todo el mundo en la sala sabía que estaba siendo testigo de algo único.

Los fotógrafos, que habían acudido más por *miss* Dzhashi que por la tan prometedor pero ya olvidada austriaca, sacaron sus cámaras, y Kitty gritó a la tempestad de *flashes*, siguió celebrando sin freno su festividad pagana, como si las cámaras la provocaran para ser todavía más imprevisible.

Cuando enmudeció, dicen que en la sala reinó el silencio durante más de un minuto, antes de que el aplauso rompiera sobre ella.

Bañada en sudor, había descendido tambaleándose del pequeño escenario y salido entre un pasillo de oyentes que aplaudían y jaleaban. Fuera la había recogido Amy, y ella se había limitado a sonreírle y le había dicho que lo había visto *a él*, que había vuelto para ella y esa noche había cantado para

Fred y para él. Naturalmente, Amy no tenía ni idea de qué estaba hablando, pero lo dejó correr e hizo que descorcharan las botellas de champán.

Daria nunca había sabido mentir bien, y menos a Kostia, así que después de la firma del contrato decidió quedarse unos días con mi madre, aunque le repugnaba ese piso tan pequeño y le costaba trabajo renunciar al habitual confort de casa. Le dijo a Kostia que le esperaba una semana de entrenamiento especialmente dura en el curso de acrobacias y quería ahorrarse los viajes a casa, que llevaban tiempo, para poder prepararse mejor.

Yo no estaba acostumbrada a ser la única niña en la Casa Verde. Durante una semana, fue como si Daria y yo hubiéramos intercambiado nuestros papeles. Por lo general era yo la que se quedaba en Tiflis, y no al revés. Pero, una vez superada la incomodidad inicial, empezó a gustarme. Ahora podía quedarme por la noche viendo la televisión con Kostia, incluso elegir los programas, y los huevos para el desayuno hervían exactamente durante tres minutos, y no cinco, como le gustaban a Daria.

Kostia, que hacía mucho tiempo que sospechaba algo, comenzó a someterme a interrogatorios. Empezaba a hablar como al azar de la vida cotidiana de mamá y Aleko, luego pasaba a la situación en el colegio, hasta que preguntaba por las amigas de Daria. Desde el incidente nocturno de Gagra, desde la mañana en la que recogió a Rusa y la llevó con los brazos vendados al hospital, yo no había vuelto a estar a solas con él. Nuestras conversaciones nunca habían ido más allá de banalidades y, aunque yo entendía demasiado bien por qué hasta entonces él no había buscado una nueva aproximación, ahora me gustaba. Me gustaba la atención que me concedía, el trato adulto, casi de igual a igual, la imprecisa sensación de que dependía de mí, de mí y de lo que yo sabía.

Por la mañana se había sentido mal, estaba resfriado y se había quedado en casa. Solo después de haberle dicho a su chófer que no tenía que venir se dio cuenta de que yo tenía que ir al colegio, pero antes de que pudiera pensar en la forma de que yo fuera a Tiflis le ofrecí faltar un día a clase y quedarme con él, podía cuidarle. Porque Nana ya se había ido al trabajo y Stasia había desaparecido en su granero.

Contra todo pronóstico, aceptó mi oferta y se volvió a la cama, después de haberme enumerado con precisión todo lo que tenía que llevarle. Busqué los limones e hice té caliente, saqué el termómetro del botiquín y me senté a su lado en la cama. Tampoco pareció tener nada que objetar a eso.

Vimos en la televisión El Mundo de los Animales. Tomamos un té fuerte, él envuelto en una manta de lana y yo con mi pijama. Dado que el programa trataba de mamíferos marinos, se puso a hablarme del mar y de los delfines que había visto en sus viajes. De los delfines pasó a los barcos y de ahí, en algún momento, a hablar de Leningrado y de su época de estudiante. Yo le escuchaba cautivada, habría podido escuchar sus relatos durante horas y dejarme llevar a mundos desconocidos, si el teléfono no hubiera sonado sin parar. Tuve que levantarme y llevárselo. Como no me hizo ninguna seña para que saliera de la habitación, me quedé en la cama y seguí contemplando a los animales del mar.

No dijo mucho, tan solo preguntó algo un par de veces, repitió «Hum, hum» una y otra vez y «Sí, entiendo», y por fin colgó. La expresión de su rostro revelaba inquietud. Se quedó tumbado un instante, luego se levantó de golpe y se echó un albornoz sobre los hombros.

—¿Todo bien? —pregunté.

—Falto un día al trabajo y no saben qué hacer.

—¿Tienes que irte? —sentía ya cómo la decepción se abría paso dentro de mí.

—No, pero voy a tener visita. No han querido decirme de quién. ¡Se limitan a enviármelo, como si esto fuera un burdel! —se indignó y, entre toses, empezó a buscar un atuendo adecuado en su armario.

—Ponte algo apropiado. Es una visita oficial. Y díselo a tu bisabuela, que se quite esas espantosas botas de goma y ese mandil.

A regañadientes, hice lo que me pedía y me puse el uniforme del colegio, lo más oficial que pude encontrar, pero sin los puños y el cuello de puntillas que Stasia lavaba todos los días, y sin el tonto delantalito blanco.

Ni media hora después, un Volga negro paró delante de nuestra casa. Kostia, con un traje de mil rayas que no le había visto nunca y que le sentaba como un guante, bajó las escaleras y se detuvo delante de la entrada, en el jardín. Yo estaba en la terraza, y miraba curiosa. Primero se bajaron dos funcionarios de la milicia, luego un hombre con un impermeable largo al que había visto de vez en cuando con él en la Casa Verde, y que estuvo un rato

charlando con él, mientras mi abuelo se limitaba a asentir con la cabeza, aunque yo no tenía la sensación de que estuviera entendiendo del todo lo que esperaban de él. Por fin, visiblemente irritado porque vinieran a molestarlo con cosas de trabajo durante su día de baja, apartó al hombre del impermeable, fue hacia el Volga, y abrió la puerta del asiento del copiloto.

Lo primero que vi fue un bastón de metal, luego una mano femenina que aferró la muñeca de Kostia; le siguieron unos zapatos de tacón que tantearon el suelo. Solo entonces se bajó la dama, con un distinguido vestido de bouclé azul marino y un pañuelo blanco en la cabeza. Parecía una actriz de una de esas películas de cine negro que vuelan con un Cabrio por la costa de Montecarlo, perseguidas por un tipo de aspecto sombrío. Cuando se volvió titubeando hacia Kostia y vi las gafas negras, comprendí que la visitante era ciega.

A causa de las gafas no era fácil decir qué edad tenía. Podía tener la de Kostia, pero también ser un poco más joven. Kostia estaba tan sorprendido como yo. Daba la impresión de que era la primera vez que se veían, porque se estrecharon con formalidad las manos y, una vez que Kostia cruzó unas palabras con el hombre del impermeable, la guio hasta la casa, y ella empleó con destreza su bastón y no aceptó el brazo que él le ofrecía.

Cuando llegaron a la terraza, en la que estaba yo, insegura acerca de si debía hacerme notar o no, ella preguntó quién más estaba allí aparte de ellos. Kostia me presentó, confuso. Ella vino hacia mí y me tendió la mano, inclinando un poco la cabeza hacia mí y sonriendo con cautela.

—Así que te llamas Niza; hola, yo soy Ida.

La mujer hablaba en un ruso que sonaba extranjero. Su nombre hizo que Kostia se estremeciera de nerviosismo. Pero no dijo nada, le indicó con sus pasos la dirección de la puerta de entrada y después la guio hasta su despacho. Me encargaron llevarle un vaso de agua, había rechazado un café o un té.

Algo en ella me fascinaba. No estaba segura de si era su carencia u otra cosa. Parecía tan clara y segura de sí misma como si, de una singular manera, *viera* a través de nosotros. Impulsada por la curiosidad, me deslicé hasta la puerta entornada del despacho con la esperanza de pescar algún retazo de conversación.

—El camarada Ivania me ha dicho que está usted en Georgia en visita privada y quería verme —se dirigió Kostia a la dama, que al parecer no tenía

prisa por revelar el motivo de su visita.

—Sí, acabo de llegar de Leningrado. Después de tantos años, he podido dar por fin un concierto en mi patria —explicó ella en su extraño ruso.

Traté de adivinar de dónde venía, pero no había conocido en mi corta vida a tantos extranjeros, así que abandoné la idea.

—Tiene usted que saber que no me habían anunciado su visita, de lo contrario me habría esforzado por recibirla de forma un poco más apropiada. La cultura no suele entrar dentro de mi ámbito de trabajo...

—Como le he dicho, estoy aquí en visita privada —le interrumpió la dama—. He venido por usted. He pedido cierto anonimato a sus colaboradores del ministerio, le pido disculpas si le estoy apartando de alguna otra tarea. Se trata de un asunto puramente personal. No sabía que usted, bueno, tenía un cargo tan importante. Me había imaginado que esto sería un poco menos complicado.

¿De qué clase de «asunto puramente personal» podía tratarse? Si le conocía bien, a sus colaboradores iba a caerles una buena bronca por haber llevado a su casa a una desconocida.

—No, no, se lo ruego, tan solo es que me siento, bueno, cómo le diría, un poco avergonzado por recibirla de forma tan improvisada.

Kostia seguía tanteando. Pero ella puso fin a las fórmulas al anunciar, en un tono mucho más abrupto:

—Llevo cuarenta años esperando esta oportunidad. Llevo cuarenta años buscándolo a usted.

Hubo una pausa agobiante. Kostia estaba totalmente perplejo, no sabía si responder algo o esperar.

—Vivo en la RFA desde 1955. No, me corrijo, pude encontrar su dirección hace ya muchos años, en Moscú. Pero en ese momento no fue posible establecer contacto directo con usted, y la vía oficial me repugnaba. Lo que tengo que decirle solo podía hacerlo en persona. Así que tenía que esperar.

Oí la pesada respiración de Kostia, pero no hizo preguntas.

—Como ya he dicho, provengo de Leningrado. Usted conoce la ciudad, sé que fue a la academia allí, sé que... vivió allí.

Parecía buscar las palabras. ¿Era lo que tenía que decir tan grave o tan trascendente que aquellos cuarenta años no habían bastado para encontrar las palabras adecuadas?

—Sé también que usted trabajó en «la carretera» y estuvo allí durante todo

el bloqueo. Yo también estaba allí. Viví el bloqueo. Perdí a la mayor parte de mi familia y... mis ojos. El que hoy esté aquí, delante de usted, haber sobrevivido, haber podido vivir mi pasión, que es tocar el piano, fundar una familia, tener una vida, se lo debo a una sola persona, y esa persona es la razón por la que le he buscado a usted. ¿Supongo que sabe de quién hablo?

Otra vez el silencio agobiante. Kostia murmuró algo, pero no pude entender las palabras.

—Ella le quiso mucho —dijo de pronto.

Por alguna razón, aquella frase fue la que más me sorprendió. Como si hubiera contado con algún terrible acontecimiento, un hecho espantoso, pero no con el amor. Me resultaba tan difícil poner aquella frase en armonía con Kostia. Era inimaginable que lo hubieran buscado y encontrado cuarenta años después para que supiera que había sido amado, pensé en ese momento.

—Ella no sabía si usted seguía vivo, pero creo que la esperanza de que lo estuviera le hizo soportar los años del bloqueo. Usted era su más bello recuerdo, que la ayudaba a soportar el horror, la única persona en la que quería pensar. Sé que para ella era muy importante que usted lo supiera. Por eso le he buscado y por eso estoy aquí. Porque le debo *todo*, todo lo que tengo y lo que soy.

Ida E. había llegado a la Casa Verde de mi abuelo con décadas de retraso, y le traía recuerdos de *su* Ida.

Naturalmente, en aquel instante no entendí nada. Ni sabía lo que era un bloqueo ni de qué mujer estaban hablando, pero por el lenguaje corporal de Kostia, que salió transformado de la habitación, comprendí que se trataba de algo grave. Y, sin ser consciente entonces de lo que me pasaba mientras escuchaba esas historias por la puerta entreabierta, me di cuenta de que aquel momento también tendría consecuencias para mí. Quizá ese día entendí exactamente que en mi corta y banal historia habían entrado ya muchas historias ajenas, que habían ocupado su lugar junto a mis propios pensamientos y recuerdos, historias que recopilaba y con las que crecía. Y que las historias que tanto me gustaba arrancarle a Stasia no eran cuentos que me llevaban a otra época, sino que formaban la tierra firme sobre la que yo pisaba. Encogida delante del despacho de Kostia, conteniendo la respiración, con los puños apretados por la concentración, me di cuenta de que, más que ninguna otra cosa en el mundo, quería hacer exactamente lo que aquella mujer ciega y sin embargo tan visionaria estaba haciendo en ese momento:

reunir lo que estaba separado. Reunir los recuerdos ajenos, que solo tendrían sentido cuando de las muchas partes sueltas surgiera un conjunto. Todos nosotros, de manera consciente o inconsciente, bailamos nuestro propio baile dentro de ese cuadro, siguiendo una misteriosa coreografía. (Sí, Brilka, tenías razón: ¡todos bailamos!)

Ida E. estuvo más de una hora en el despacho de mi abuelo, contando historias. Durante esa hora, Kostia apenas dijo nada. Al parecer, tampoco la mujer esperaba que lo hiciera. Antes de oír cómo echaba la silla hacia atrás y se dirigía hacia la puerta, la oí dejar algo en la mesa y decir:

—Esta es mi autobiografía. Fue publicada en Alemania hace algunos años, y ha sido traducida a distintos idiomas. Por desgracia, no al ruso. Pero he encargado una traducción para uso privado, es decir: para usted. Creo que usted merece saberlo todo con exactitud. El libro está dedicado a Ida.

Oí a mi abuelo murmurar un triste y abatido «gracias», antes de abrirle la puerta y despedirla con un «Se lo agradezco de todo corazón. Se lo agradezco». Jamás había oído la expresión «de todo corazón» en labios de Kostia.

Se quedó allí, observando cómo el coche salía de nuestro patio, se quedó largo rato mirando el vacío que el coche había dejado. De pronto, se dio la vuelta de golpe y me gritó que subiera del sótano una botella de vino.

Cuando regresé, estaba tumbado en su cama con las piernas encogidas y sollozaba como un niño pequeño. Al verlo tan desesperado, iba a darme la vuelta para marcharme, porque estaba segura de que en ese momento de debilidad no me toleraría dentro de su cuarto, pero él me hizo una seña de que me quedara y le alcanzara la botella. Le temblaban las manos hasta tal punto que no lograba descorcharla. Yo era incapaz de moverme, le miraba perpleja, la compasión me encogía el corazón. Nunca hubiera podido soñar que un día compadecería a mi poderoso y despótico abuelo, que me hacía la vida imposible. Pero su aspecto me entristecía tanto que estuve a punto de echarme a llorar, y corrí con la botella a la cocina, la descorché después de varios intentos, y en ese mismo momento vi en el fregadero una botella de leche que tenía la boca más ancha y que Stasia, como tantas otras mujeres soviéticas, conservaba por alguna razón inexplicable. Vertí el vino en la botella de leche, volví al dormitorio y se la acerqué a la boca pegada por las lágrimas, como se hace con los corzos o terneros huérfanos. Agradecido, empezó a tragar, y terminó engullendo el rojo líquido con ansiedad.

Lo tapé. Luego me tumbé a su lado y esperé a que se secaran sus lágrimas. Cuánto habría dado, antes, por ver a mi abuelo tan débil y necesitado, tan frágil y vulnerable, y ahora que lo estaba no podía soportarlo.

Me quité los zapatos, que cayeron al suelo con estrépito. Me escurrí con cuidado junto a él. Titubeando, deslicé una mano hacia su lado y, casi imperceptiblemente, le toqué la muñeca.

En ese momento estuve tan cerca de él como nadie en el mundo. Ni mi madre ni Nana ni Daria, ni siquiera mis propias lágrimas, me habían hecho nunca un efecto así. Ni tampoco la visión de las venas cortadas de Rusa; nada había podido alterarme tanto. Poco a poco, dejé también libre curso a mis lágrimas. Lloré por la cercanía que podía haber habido entre nosotros.

Se quedó un tiempo rígido en la cama, mirando al techo, luego se sentó, resoplando, y dio un gran trago a la botella. Esta vez sin mi ayuda.

—¿Era amiga tuya? —susurré agotada. Incluso hablar me costaba trabajo.

—Estaba ahí, estaba cerca de ella, la hubiera... —murmuró, yo no sabía a qué se refería.

—¿Sigues queriéndola?

—Está muerta. Hace mucho que está muerta.

—Stasia dice que hay fantasmas.

—Stasia no dice más que tonterías. No debes creer todo lo que dice.

Miró sorprendido la botella que tenía en la mano, me preguntó cómo había ido ese buen vino a parar a una botella de leche.

—El cuello de la botella de vino era demasiado estrecho. Lo habrías derramado.

—Gracias... No sabía que se había quedado en Leningrado, tenían que haberla evacuado hacía mucho. Yo...

La última frase se la dijo a sí mismo. Volvía a seguir el hilo interior de sus pensamientos.

—Seguro que entonces eras más amable —dije, después de llevar un rato intentando imaginarme a mi abuelo de joven. Bajó la vista hacia mí. No pudo por menos de sonreír.

—¿Así que crees que no soy amable?

—La mayoría de las veces, no.

—¿Por qué te importa tanto que sea amable?

—Porque tú también quieres que los demás sean amables contigo.

Parecía sorprendido ante mi franqueza. Al parecer, estaba buscando una

respuesta adecuada, pero se limitó a mover sonriente la cabeza, estiró el brazo y me pellizcó la mejilla, lo que produjo un grito de protesta por mi parte.

Estábamos tumbados en la penumbra de la habitación, y él me escuchaba, no me interrumpía, no me sermoneaba, no me reprendía, no me corregía, me dejaba hablar. Dije muchas cosas en confusión. Sin cronología, todo lo que se me pasó por la cabeza. Hablé con él como pocas veces había hablado con alguien, con la excepción de David, y mientras lo hacía no era la niña testaruda, la niña ensimismada, introvertida, de curiosidad enfermiza, por la que siempre había que preocuparse; era sencillamente yo. Y era un alivio tan grande no tener que esforzarme, y él se limitaba a estar allí sentado, dando sorbos a su botella de leche y escuchándome y sonreía de vez en cuando o movía la cabeza como si asintiera, fruncía el ceño, chasqueaba los labios y era, Brilka, el mejor y más atento oyente del mundo.

Estaba ahí, conmigo, para mí. Y di las gracias a Ida por aquella velada con el hombre por el que más deseaba ser querida en el mundo desde que había llegado a él. Y en aquel momento de debilidad, rompí las reglas que con tanta dureza había aprendido en el trato con él, y me volví dulce, me volví locuaz, me quité la coraza, le conté mis secretos y le hablé de las preocupaciones económicas de mi madre, de los problemas de Aleko, le hablé de David, le hablé de Daria, le hablé de la audición.

Pasé toda la tarde en su cuarto, en su cama, y, en mi ingenuidad, creí que las palabras podían reemplazar al amor, y el recuerdo podía curar el pasado.

Me equivocaba. Naturalmente que me equivocaba.

Creo que los peligros solo esperan a aquellos que no reaccionan ante la vida.

MIJAÍL GORBACHOV

La reacción vino con retraso, pero fue tanto más terrible. Y por primera vez alcanzó a Daria, de la forma para mí tan familiar y para ella tan desconocida, furibunda, desnuda, sin compromisos, que era propia de la ira de Kostia.

Después de la visita de Ida E., Kostia se quedó en casa una semana entera. Él y yo seguíamos viendo la televisión juntos en su dormitorio, desayunábamos los creps de Nana y conversábamos sobre esto y aquello, pero esa cháchara cotidiana no tenía nada en común con la desnuda intensidad de aquella tarde.

Justo una semana después de la visita, llamó a su chófer y fue al ministerio, después de dejarme en el colegio. Más tarde iría a recogerme a mí y a Daria, me dijo. Sabía que con eso terminaba mi efímero reinado en solitario en la Casa Verde.

Al llegar al colegio busqué a Daria, pero no pude encontrarla en el patio ni siquiera durante el recreo largo. Por fin la descubrí, con los ojos hinchados y la punta de la nariz enrojecida, sentada en un banco en la parte trasera. Estaba sola..., una estampa inusual. Me senté junto a ella. Cuando hice el intento de abrazarla, me rechazó de malas maneras y fui a parar al suelo.

—¡Lo has estropeado todo! ¡Cómo te odio! —me gritó, y salió corriendo.

Desde una cabina, conseguí al fin llamar a Elene. En la voz amortiguada de Aleko advertí la desgracia que había causado. Kostia había llamado la noche anterior, había amenazado a su hija y al marido de esta con no volver a dejarles acercarse a Daria y volar por los aires el estudio de cine entero si no ponían fin de inmediato a aquella necedad, si no cancelaban el contrato enseguida y no devolvían a Daria en el acto a su tutela. Elene estaba acostada y destrozada, me dijo Aleko, y a pesar de su carácter tranquilo pude oír claramente el reproche en su voz.

¡Yo era una traidora! Había traicionado a mi madre, a Aleko y sobre todo a mi hermana por un poquito de proximidad a Kostia, por una pizca de afecto. Ahora todo se iba por el desagüe, y la culpa era mía.

La guerra entre Elene y Kostia, en los últimos años más bien un armisticio no declarado, se inflamó de nuevo con inaudita fuerza destructiva, y esta vez todos iban a verse arrastrados por ella, en esta ocasión la victoria y la derrota serían definitivas.

El humor de Kostia se encontraba en su punto más bajo también por otra razón: Gorbachov había asumido la dirección del Partido Comunista y anunciado reformas para el XXVII Congreso del partido. Kostia movía la cabeza cuando veía su foto en el periódico, y gritaba que ese «cobarde oportunista» iba a arruinar el país. Porque Gorbachov había manifestado críticas a la autoridad y a la corrupción que no necesariamente habían

producido entusiasmo entre las masas, sino confusión.

Traté de arreglar algo, sin saber exactamente qué y, sobre todo, por dónde empezar.

La vigilancia de Kostia había crecido hasta el absurdo: Daria no podía ni salir a pasear con sus amigas después del colegio o ir a la heladería, ni hablar por teléfono durante más de dos minutos. Con absoluta puntualidad, la llevaban al colegio y al gimnasio y volvían a recogerla allí. No le dejaba ni un segundo de tiempo libre, ni un segundo de libertad. Tenía que rechazar las invitaciones a los cumpleaños e inventar ridículas excusas. Pero lo que más me rompió el corazón fue su forma de aceptarlo todo sin rechistar, como si no mereciera nada mejor, como si el castigo fuera inevitable, como si la atormentara la mala conciencia de haber engañado a Kostia y haberlo decepcionado. Pero fui consciente del culmen de mi derrota cuando, semanas después, David llamó a Aleko y, después de rodeos eternos en el teléfono, le dijo a su viejo amigo que quería tratar un «asunto delicado» con él y le rogó que fuera a visitarlo al día siguiente.

Aleko regresó abatido, esperó a que Elene se marchara a dar una de sus clases particulares y me pidió que fuera a la cocina. Tuvo que fumarse dos cigarrillos antes de estar en condiciones de describir la dimensión de la catástrofe que yo había causado con mi franqueza, y a la que había arrastrado también a David. Después de mencionar el nombre de David, antes de haber dicho siquiera el problema, supe que había roto algo irrevocablemente, y luché con todas mis fuerzas contra las lágrimas.

—No quiere volver a verme, ¿verdad? —se me escapó, y las lágrimas empezaron a correr.

—No es que no quiera, es que no puede ni debe hacerlo.

—¿Por Kostia? —gimoteé. Y él se limitó a asentir en silencio con la cabeza—. ¿Ha... ha ido a verle? Pero... ¿es que le ha dicho algo malo de mí? —sollocé.

—De ti no, Niza, pero Kostia ha echado un vistazo a sus expedientes y ha sacado a la luz unos cuantos secretos que David prefería que estuvieran ocultos.

—Pero... ¿qué clase de... secretos?

Sencillamente, no podía imaginar que mi sensible mentor tuviera algo que ocultar.

—Eso no lo sé, Niza. No quiso decírmelo, y está en su derecho, por eso es

un secreto, porque no quiere hablar de él. Pero dijo que Kostia le había amenazado con hacer público ese secreto si seguía *enseñándote*.

—Pero él no me enseña. Nosotros... ¡solo hablamos!

—Lo sé, Niziko, pero sí enseña a otros. Con eso se gana la vida, y si tu abuelo tiene algo contra él que pueda dañar su reputación ya no podrá salir adelante, y eso es devastador, ¿me comprendes?

—David no ha hecho nada, él no, David no... Quiero ir con él, quiero verle, por favor, por favor, Aleko, llévame con él, tengo que...

—Eh, pequeña, ahora no es posible. Me ha dicho que puedes llamarle siempre que quieras, pero lo de las visitas... Por el momento no es una buena idea. Lo siento mucho, Niza, no sé lo que Kostia ha averiguado, qué ha podido moverle a alejarte de David. Sé lo que significa para ti.

Esa noche me di contra las paredes, me golpeé la cabeza contra el armario y desgarré mi uniforme escolar, y al amanecer decidí declararle la guerra a Kostia. Ya no tenía nada que perder. Había aplastado todo lo que era sagrado para mí. Había empleado sin reparos todo lo que habría podido romperme el corazón. Todo en mí gritaba clamando venganza.

Pero antes tenía que averiguar qué tenía contra David. La tarde siguiente, me encaminé al despacho de Kostia y le pedí explicaciones. Él, enfadado porque no había llamado a la puerta, se levantó de su asiento, se puso las gafas de leer en la frente y me miró admonitorio.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que las puertas no pueden abrirse sin más cuando están cerradas?

—Me has mentado, me has utilizado, lo has destruido todo. Eres un hombre malvado, ¡te odio! —le grité a la cara. Totalmente sorprendido por el volumen de mi voz, retrocedió un paso y volvió a dejarse caer en su sillón giratorio.

—¡Tenga cuidado con lo que dice, jovencita! —siempre empleaba ese tono profesoral un tanto arrogante cuando no sabía qué decir.

—¿Qué le has dicho? Cómo has podido...

Me esforcé cuanto pude por no romper a llorar delante de él, aunque las lágrimas empezaban a ahogarme. Me temblaba la voz, y tuve que agarrarme con una mano al borde de su escritorio para poder mantenerme en pie. El miedo se mezclaba con la desesperación y me volvía vulnerable, impulsiva, incontrolable, y yo sabía que ese estado podía convertirse rápidamente en una trampa para mí.

—Ah, ahora comprendo. Te refieres a tu *pedagogo*, ¿no?

—Le quiero, y él no ha hecho nada y me ayuda, y... ¡Quiero volver a tenerlo! —grité.

—Que tu padrastro tenga como amigos a esos desgraciados ya no me sorprende, pero que a tu madre no se le pase por la cabeza comprobar con quién envía a su propia hija todas las semanas es imperdonable incluso para ella. ¡Y eso que ella misma da clases a niños!

—¿Qué le has dicho? Quiero que le llames ahora mismo y te disculpes, no le conoces, no sabes cómo...

—Niza, haz el favor de tranquilizarte y escúchame, no admito que me hables en ese tono. Solo he hecho lo que cualquier persona responsable y con dos dedos de frente, y sobre todo abuelo, habría hecho por su nieta.

—No quiero tranquilizarme, quiero que le llames y...

De pronto dio un puñetazo en la mesa, y la mesa entera tembló. Retrocedí instintivamente, pero no solté el borde del escritorio.

—¡Ahora vas a escucharme, no me interrumpas! Solo he querido averiguar a qué clase de *profesor* te envían. Todavía eres joven, eres influenciable, y para mí, como responsable de tu educación, es importante, Niza, saber qué clase de personas forman e inculcan cosas a mis niñas. No he pretendido en modo alguno perjudicar a tu profesor. Tan solo he recogido alguna información acerca de él, y mira por dónde descubro que mi nieta visita a un perverso y deja que él le explique el mundo.

—No está enfermo, ¿qué es lo que estás diciendo? —no sabía qué decir. Ya no entendía nada—. Es un magnífico físico y filósofo, y sabe matemática avanzada, y ha aprendido cuatro idiomas, y...

—Sí, seguro que sabe todo eso. Pero me pregunto cómo es que el inútil de tu padrastro no se ha tomado la molestia de averiguar por qué ese genio no ejerce su profesión, y en vez de eso lava el cerebro a niños pequeños en su propia casa.

—Tiene opiniones distintas...

—Opiniones. Exacto, Niza, opiniones distintas —me interrumpió con una sonrisa Kostia, y se reclinó en su asiento—. Te he protegido de algo que habría podido hacerte. He hecho lo que tenía que hacer, lo que cualquier padre normal...

—¡Tú no eres mi padre!

Volví a alzar la voz, lo que le disgustó tanto que se levantó de un golpe,

vino hacia mí, se plantó a mi lado, bajó la cabeza y me siseó en la cara:

—Atiende: tu profesor es un hombre enfermo, es un peligro para la sociedad y sobre todo para los niños, y por eso no volverás a ir a su casa, ¿me has entendido? Esa explicación debería bastarte por el momento, y ahora quiero que salgas de mi despacho y que no vuelvas a entrar nunca sin llamar.

Tenerlo tan cerca de mi rostro, oler su respiración, la seguridad en sí mismo que había en sus ojos, me intimidó. Hubiera querido salir corriendo, pero la voluntad de volver a ver a David era más grande que mi impulso de fuga. Le miré directamente y dije, en voz baja, pero con determinación:

—Él no está enfermo. Tú estás enfermo. ¡Tú, no él!

Vi que su rostro se desencajaba, que la ira se apoderaba de él —el único punto en común que había en ese momento entre nosotros—, pero yo había decidido no ceder, costara lo que costase.

—Es un *pederasta*, tu maravilloso maestro es un cerdo enfermo, ¿te basta de una vez como motivo?

—¿Un qué?

—Uno que ama a los niños pequeños y...

—¡Pero yo no soy un niño! —fue lo mejor que se me ocurrió.

—Y uno que hace con ellos cosas que un adulto no debería hacer con niños.

—¿Cosas, por ejemplo, como las que tú hacías con Rusa?

La bofetada de mi abuelo fue tan fuerte que perdí el equilibrio, estuve a punto de caer al suelo, me repuse y por unos instantes tuve la sensación de haberme quedado sorda del oído izquierdo. Él se miró la mano, asustado, como si en ella hubiera un motivo plausible para su conducta.

—No deberías haberme llevado tan lejos... —murmuró.

Pasé toda la noche despierta, tratando de imaginar algo bajo la frase «cosas que un adulto no debería hacer con niños», pero no lo logré. David solo había hecho conmigo cosas que me hacían feliz. ¿Qué podía tener de enfermizo darme alegría, protegerme? Al mismo tiempo la voz de mi abuelo, que había sonado tan amenazadora al pronunciar aquella extraña palabra, con repugnancia y alegría ante el mal ajeno, y el impresionante recuerdo de la ardiente bofetada me impidieron marcar el número de David.

Imaginar que desde entonces iba a tener que renunciar a él me sumió en un

estado de pavor. No tener ya ningún lugar al que dirigir mis preguntas, en el que poder descargar la furia y la frustración de mi alma. Cómo iba a renunciar a su biblioteca y, sobre todo, a su comprensión. Como no podía hacerme a la idea, decidí acudir al único que no me reprochaba constantemente mi traición y pedirle de nuevo ayuda. Describí con detalle a Aleko mi discusión con Kostia, le expliqué mis preguntas y reparos respecto al concepto *pederasta* y le pedí que le dijera a David que haría todo lo posible para poder volver a visitarle. Pero no había esperado la reacción que mi relato provocó en Aleko. Antes de que me mostrara su furia, yo ya sabía que había vuelto a meter la pata.

Por primera vez, se puso de parte de Kostia e insultó a David con los peores calificativos, lo llamó «hipócrita» y «pervertido». Yo me quedé asustada en un rincón y soporté el torrente de insultos. ¿Qué había desencadenado? ¿Por qué esa mujer ciega había tenido que venir a nuestra casa y volverme mansa y dócil con su triste historia? ¿Qué monstruo se había apoderado de mí para desatar toda esa reacción en cadena que ahora, una vez puesta en marcha, ya no podía parar?

—Ahora veo por qué su mujer no le deja ver a sus hijos y sus antiguos colegas hablan tan mal de él. Y yo que pensaba que era mi amigo. Ese embustero, ese malnacido, yo le enseñaré... ¡Deberías estar agradecida a tu abuelo, Niza!

Los ojos de Aleko estaban inyectados en sangre, la saliva le escurría de la boca, mis intentos de apaciguamiento no sirvieron de nada.

Cuando Elene regresó, él pasó de largo delante de ella, dijo que tenía algo que hacer y salió de la casa. Yo intuía ya la siguiente desgracia. Pero ¿debía contársela a Elene? Me pareció demasiado arriesgado. Estaba ya enfadada conmigo, y me miraba sin cesar con su gesto de ofensa y reproche; y además, yo seguía sin saber lo que era un *pederasta*.

La semana pasó y llegó el viernes sin que la expectativa de ver a David se hubiera acercado. No aguanté más, me salté las dos últimas clases del colegio y cogí el trolebús hacia su casa.

Tuve que llamar varias veces hasta que me abrió. Tenía manchas oscuras debajo de los ojos y una venda en torno a la cabeza. Retrocedió un paso, sobresaltado, me dejó entrar al pasillo después de cerciorarse de que estaba sola, pero se quedó allí y no me invitó a pasar a su estudio. Nos quedamos de pie en la penumbra, uno frente al otro. Esta vez no me esforcé en reprimir las

lágrimas. Tampoco él hizo ningún intento de consolarme.

—Yo no quería... —me lamenté.

—Lo sé, lo sé, Niza.

Su tono era frío y distante.

—Quién ha sido... —balbuceé, señalando sus vendas.

—Eso ahora no importa. Por desgracia, no podemos volver a vernos.

—Pero yo quiero quedarme contigo.

Una sonrisa cautelosa voló sobre su rostro.

—Lo sé, pero no siempre podemos hacer lo que queremos.

—Pero tú..., tú dijiste que siempre debíamos luchar por las cosas que eran importantes para nosotros. Tú eres importante para mí.

—A veces hay situaciones en las que conformarse es mejor que luchar.

Era la primera frase de David con la que no estaba de acuerdo. Volví a sollozar sin control, sin aliento.

—Dentro de unos años, Niza, serás lo bastante mayor para decidir por ti misma de quién quieres ser amiga y de quién no.

—Pero ya soy lo bastante mayor. ¿De verdad eres un pederasta?

Me limpié la nariz con la manga del abrigo.

—No, no lo soy.

—¿Qué significa *pederasta*, David?

—Son hombres de una cierta edad que se sienten atraídos por niños o por chicos más jóvenes.

—¿Y qué eres entonces?

—Soy homosexual.

—¿Y qué significa eso?

—Me siento atraído por los hombres adultos.

—¿Y también te sientes atraído por mí?

Volvió a sonreír, algo más relajado esta vez.

—Sí, Niza, me siento atraído por ti, pero no de la manera a la que me refería antes. *Atraído* conlleva en este caso un componente sexual. Por fortuna, ese componente no existe entre nosotros.

—Pero ¿por qué dicen los otros que eres un pederasta si no lo eres?

—Porque la mayoría de la gente de aquí emplea mal ese concepto, y califica de *pederasta* a cualquier hombre homosexual porque es un insulto y porque se considera personas enfermas no solo a los pederastas, sino también a los homosexuales.

—Pero, entonces, ¿si no eres un pederasta no podríamos seguir viéndonos? Solo tenemos que explicarles que te gustan los hombres adultos y no los niños, y además yo no soy un hombre, eso lo entenderán.

—No, por desgracia no lo harán, y no podemos hacerlo, y espero que algún día entiendas por qué en estas circunstancias no puedo ignorar esta prohibición, y que no depende de mí. Siempre serás mi amiga. Pero ahora tienes que irte, Niza. Por desgracia, tienes que hacerlo.

Al día siguiente, era una tarde gris de noviembre, fui después del colegio directamente a los Estudios Cinematográficos del Estado y pregunté por Kote Lazabidze. No estaba, pero le llamaron porque me empañé y dije a la secretaria que era cuestión de vida o muerte.

Llegó dos horas después, un hombre calvo con pantalones de chándal y chaqueta militar. Me recordó más a un delincuente que a un artista, pero luego pensé en los amigos de Aleko, que tenían ese mismo aspecto, y decidí no prestar atención a semejante circunstancia. Me presenté y le describí con detalle la situación. Preguntó dos veces si de verdad se trataba de *ese* Kostia Dzhashi.

Por último, le expliqué mi plan con todo detalle. Mientras hablaba, él abría la boca una y otra vez, como si fuera a contestar algo, pero volvía a cerrarla y sonreía de vez en cuando, aunque yo no estaba segura de si lo hacía porque mi plan le divertía o si sentía alivio por haberse acercado un paso más a la actriz de sus sueños.

—La hermana pequeña de Daria, no está mal, la hermana pequeña de Daria... —murmuró, como si no pudiera relacionarme con Daria en modo alguno—. Y ¿no crees que tu abuelo se enterará y nos meteremos en un buen lío? Tu abuelo es un hombre poderoso, pequeña, podría poner en peligro todo el proyecto. Y además no puedo rodar con ella sin la autorización de un tutor, tu hermana es menor de edad.

—¿Por qué? ¿No tenéis el consentimiento de mi madre? Solo se trata de ganar tiempo. Solo se trata de mantener a Kostia alejado del rodaje.

Me miró incrédulo, y no pudo evitar echarse a reír a carcajadas. Me irritó, me contrarió profundamente, que le costara tanto trabajo tomarme en serio.

De pronto, una idea espantosa me hizo estremecer:

—Hace mucho que tiene a otra, ¿no?

Contra todo pronóstico, negó con la cabeza.

—Hay unas cuantas candidatas, pero aún no he podido decidirme por ninguna. Tu hermana sigue siendo mi primera elección.

—¡Por favor! —le imploré—. No le decepcionará. Daria desea tanto hacer ese papel. Venga, por favor. Lo conseguiremos. Es un buen plan. Créame.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó, levantándose de la silla.

—Doce —dije, deseando que aquella cifra me hiciera parecer más seria y madura a sus ojos, y sin saber si lo lograba.

Salió unos minutos de la estancia. Cuando regresó, llevaba un cigarrillo en la boca y caminaba inquieto de un lado para otro. De pronto, se detuvo en medio de la habitación, como alcanzado por un rayo, y me guiñó un ojo.

—Bien, pequeña, bien, vamos a hacerlo. No está mal lo que has ideado, en realidad. Haré que mi secretaria busque el contrato y esperaré tu llamada. ¿Trato hecho?

Sonreía con aire de pillo. Yo salté entusiasmada y le estreché la mano, salí corriendo del despacho, dejé atrás las grandes naves del estudio y pisé la calle aliviada y feliz.

—Despierta, tengo que hablar contigo.

Yo estaba sentada en su cama y la sacudía. Me gruñó, se volvió hacia la pared y se tapó la cabeza con la manta.

—Es importante. Vamos, Daria, tienes que escucharme. Vas a poder hacer tu película. He estado con Lazabidze hoy.

La manta se aflojó, asomó la nariz, luego se la bajó hasta la barbilla y se puso boca arriba.

—Eso no es posible, hace mucho que habrán encontrado a otra.

—No, no hay otra. Te quiere a ti.

La frase tuvo efecto. Se sentó de un golpe.

—¿Puedes hablar como una persona normal y decirme de qué estás hablando? —me increpó.

—Muy bien, pero con una condición: esto tiene que quedar entre nosotras. Solo tú y yo. Ni mamá ni Kostia, ni siquiera Stasia debe saber nada, y no digamos tus amigas.

—¡Suéltalo ya!

—En el tablón de nuestro colegio hay un anuncio. Las juventudes del

Komsomol ofrecen un curso de esquí de tres semanas en Bakuriani. Los estudiantes de la Facultad de Pedagogía se encargan de todo. Tres semanas sin padres, solo con estudiantes como vigilantes, piénsalo. Lazabidze dice que seguro que puede rodar todas tus escenas en esas tres semanas.

—Quieres decir...

—Sí, ayer nos apunté en el curso.

—Pero eso es una locura. ¡En cuanto no aparezca, llamarán a casa!

—Sí, y tengo un plan para eso: durante semanas, le diremos a Kostia lo felices que seríamos si pudiéramos aprender a esquiar con las otras niñas. Luego subiremos al autobús que nos recogerá delante del colegio. Saldremos y diremos adiós por la ventanilla, y cuando estemos fuera de la ciudad empezará a gimotear. Bua, bua, bueno, se supone que eres actriz, así que podrás simular una apendicitis, me han dicho que es algo muy grave y que hay que operar con rapidez. Así que pararán el autobús e intentarán contactar con nuestros padres. Ahí es donde yo entro en juego. Diré: Ah, ¿saben?, en vez de llamar a mamá o el abuelo, el papá de Daria puede venir a recogerla, trabaja cerca de aquí; y les daré el número de Lazabidze.

»Son estudiantes, no tienen nada que ver con nuestro colegio, no nos conocen, no saben quién es nuestro padre y quién nuestra madre, y no digamos nuestro abuelo. Se hará pasar por tu papá. Y vendrá con su coche hasta el autobús. Y, en cuanto lo veas, te lanzarás a su cuello, qué sé yo, y asunto arreglado.

»Irás al rodaje con él. De vez en cuando, llamarás a casa y le dirás a Kostia lo bien que lo estás pasando en Bakuriani. Si se le pasa por la cabeza llamar al campamento, ya se me ocurrirá algo. Que estás esquiando, o durmiendo, o algo así. Y, cuando volvamos, le diremos a Kostia una hora de llegada falsa. Así Lazabidze podrá volver a llevarte, y luego llamaremos a Kostia o a mamá y le diremos: vaya, hemos llegado un poco antes de lo previsto.

Daria me había escuchado con la máxima atención. Su cuerpo entero parecía vibrar con la expectativa. No habíamos encendido ninguna luz, tan solo la de la luna entraba en el cuarto por los visillos abiertos, y bañaba nuestros rostros en una luz azulada. Poco a poco, mis palabras fueron surtiendo efecto en ella. Parecía estar viendo las imágenes de mi plan en la mente. De pronto su rostro se iluminó, las cejas volvieron a su lugar acostumbrado, los labios se entreabrieron y rio para sus adentros.

—Estás como una cabra, ¿sabes? ¿Por qué de pronto quieres ayudarme, si

eres la que lo ha echado todo a perder?

—Solo quiero que me creas. No vi venir todo esto, yo no quería.

—¿De veras crees que lo conseguiremos?

—Si sigues el plan y, sobre todo, no le dices a nadie una sola palabra, sí.

—Bien, bien, ya me he enterado. Oh, Dios, ¿de verdad no tiene a nadie? ¿No le ha dado el papel a otra?

—Nooo, ya te lo he dicho.

—No me lo creo. Pero tú odias el deporte. ¿Cómo vas a aguantar tres semanas ahí arriba?

—Bueno, yo lo he estropeado, así que yo tengo que arreglarlo. Ojalá después estés bien conmigo, si sobrevivo a las tres semanas en Bakuriani y a los ejercicios.

—Es el plan más loco que he oído nunca, pero podría funcionar.

Y el plan funcionó. Kostia estuvo de acuerdo: aire fresco, deporte, juventudes del Komsomol..., todo eso le sonaba bien. Poco después de las festividades de Año Nuevo fuimos en autobús a Bakuriani. Los vigilantes eran, como suponíamos, un grupo de alegres estudiantes amigos de la fiesta y la bebida, y no sospecharon nada cuando un director de cine que actuaba fatal y se hacía pasar por nuestro padre fue a recoger a Daria al autobús.

En cambio, para mí empezó una etapa difícil: me resultó casi insoportable compartir habitación con otras cuatro chicas parlanchinas en las espartanas y ruinosas instalaciones de la Casa de la Juventud y el Deporte, desayunar un pan insípido y cenar hamburguesas requemadas, y tener que salir a la fría intemperie todo el tiempo bajo la batuta de unos ambiciosos estudiantes de deporte; sobre todo porque no encontraba la menor diversión en ir a toda velocidad por la nieve sobre unos esquíes muy viejos y demasiado largos y hubiera preferido pasar el tiempo con *Cumbres borrascosas*, que estaba leyendo en ese momento. Pero me armé de paciencia y me sacrifiqué a sabiendas. En dos ocasiones tuve que salvar la situación, porque Kostia pidió espontáneamente que Daria se pusiera al teléfono y quiso enviarme a su cuarto —desde la sucia recepción del pabellón— a buscarla. En ambas ocasiones se me ocurrieron excusas convincentes, que él aceptó. Las dos veces localicé a Daria en el número privado de Lazabidze, que me había dado para esos casos de emergencia, y ella devolvió, aunque fuera con un poco de

retraso, la llamada a Kostia. No sospechó nada.

Al final de la segunda semana, quedé liberada del círculo de chicos chillones, latentemente histéricos, vulgares y llenos de granos, que no paraban de contar chistes obscenos. Porque, en la pista, me encontré inesperadamente a Miro; también él había venido a Bakuriani con un grupo deportivo, era desde su infancia un esquiador entusiasta, que entrenaba para no sé qué torneo juvenil inminente. Primero no me reconoció, iba acompañado por otros chicos vulgares y llenos de granos que no paraban de contar chistes obscenos. Cuando por fin se acordó de quién era, por su rostro oscuro se extendió una sonrisa tan luminosa como la nieve que nos rodeaba.

—¿Qué haces *tú* aquí?

—Lo mismo que tú, supongo —respondí, y los chicos que le rodeaban se echaron a reír.

Miro les lanzó una mirada admonitoria, y enmudecieron de golpe. Al parecer, tenía autoridad entre ellos. Estaban alojados en otro pabellón, donde las chicas no teníamos acceso, pero él y unos cuantos de sus compañeros conseguían de todos modos colarse en nuestro pabellón todas las tardes. Reinaba un auténtico ambiente de campamento de verano. Aunque sus amigos no me parecían nada divertidos, me uní al grupo, participé en las juergas nocturnas y fiestas de pijamas, me comporté con la misma ligereza, libertad y, en la medida de lo posible, audacia.

En una ocasión, nos escapamos del resto del grupo durante el entrenamiento y nos deslizamos con nuestros esquís por la nieve resplandeciente. A su lado —mientras él hacía una mueca tras otra, y me contaba toda clase de anécdotas tontas— me sentía ligera y protegida. Poco tiempo después, nuestros dos campamentos hicieron una cena común en una de las cabañas y él me pilló leyendo a Emily Brontë. Cogió para ambos un cuenco de compota de albaricoque que alguien había dejado, se sentó junto a mí y me preguntó qué leía.

—Yo apenas aguanto leyendo, siempre leo primero el final de un libro —dijo, intimidado, mientras yo dejaba el libro a un lado—. Lo que me gusta es que me lea alguien. Entonces sé escuchar. Christine me lee a menudo, pero siempre elige cosas tan aburridas.

—¿Qué clase de libros te gustan?

—Bueno, *Los tres mosqueteros* me pareció genial.

Asentí.

—¿Quieres que te lea algo?

—Sí, oh, sí.

No había esperado ningún entusiasmo, pensaba que iba a darme la razón más bien por cortesía. Nos citamos para esa misma noche. Yo dejaría abierta la ventana del piso de abajo y él treparía por ella.

Vino a la hora acordada, y nos colamos al salón de televisión, que estaba desierto, porque hacía mucho que el televisor no funcionaba; nos sentamos, a la fría e incómoda luz de aquella estancia, en un desgastado sofá y empecé a leerle la novela. Me escuchaba con atención, su cuerpo se tensaba en las escenas especialmente emotivas, apretaba los puños, y en una ocasión incluso me agarró el brazo porque no aguantaba la emoción. Cuando, al amanecer, salió por la ventana, di interiormente gracias a mi hermana por haber querido hacer la película a toda costa.

Me la encontré tres días antes de irnos. Estaba junto a uno de los telesillas, con un traje rojo de esquiar, rodeada por dos mujeres jóvenes, también ellas con monos de nieve y con esquís y bastones bajo el brazo. Me detuve y me concentré en el rojo de su traje. Sentí que mi corazón empezaba a latir con más fuerza. Tenía la sensación de que diez caballos me galopaban por las venas. Me había imaginado tantas veces cómo sería encontrármela. Tenía tantas cosas que decirle, había ideado en secreto las frases que le diría. Pero fui incapaz de moverme. La observé de lejos, luego di unos pasos en dirección a ella. Me vio.

¡Rusa!, quise gritar, pero mi voz me dejó en la estacada. Ella dio un paso hacia mí y se detuvo. Las dos estábamos aterrorizadas. Cuando al fin logré acercarme a ella sentí que se estremecía, como si temiera que le diera un abrazo. Tenía los ojos tristes. Quería decir algo pero, al parecer, no sabía qué ni cómo. A mí me habría gustado tanto saber lo que hacía, cómo estaba. Y ahora estaba delante de ella, en silencio, avergonzada, como si tuviera alguna razón para avergonzarme delante de ella. Su rostro había cambiado. Su sonrisa ya no era tan ligera y tan estoica, resistente al mundo y a todos sus obstáculos, como si le costara trabajo sonreír.

—¿Estás aquí con tu abuelo? —fue lo primero que me preguntó.

—No, con el Komsomol. ¿Estás bien? —pregunté, insegura.

Se encogió de hombros.

—Tengo que estarlo, ¿no? Tengo que ver cómo recupero las riendas de mi vida, Niza. Pero no te he olvidado.

Cuando lo dijo, no sentí nada. Tan solo quería irme cuanto antes. Me limité a asentir cortésmente y me di la vuelta. Cuando ya había dado unos pasos la oí gritar mi nombre, pero ya no me volví, y fui hacia Miro, ruborizado y sonriente, que corría a mi encuentro.

También la última parte del plan funcionó. Lazabidze me recogió en el autobús, saludando y alzándome en sus brazos, haciendo el papel de mi padre. Yo le dejé hacerlo. Luego llamamos a mi madre y le dijimos que habíamos confundido la hora de llegada y ya estábamos en la ciudad.

En casa, mi hermana me dijo que ya no quería hacer otra cosa en la vida que rodar películas. Las acrobacias eran historia, pero el cine acababa de empezar. Habló del gran talento que Lazabidze y todo su equipo habían visto en ella, de los elogios de los colegas profesionales, del fantástico ambiente del set, de aquella gente tan interesante, de su rostro fotogénico, del que todos hablaban sin parar, de que dentro de dos años, en cuanto hubiera terminado el colegio, estudiaría interpretación. Al final, añadió un breve «gracias». Yo me recliné en mi asiento, sonriendo satisfecha.

*Nuestras revistas compiten para ver cuál escupe mejor sobre
el poder soviético.*

VÍKTOR CHEBRIKOV

Participó en galas recaudatorias y en conciertos benéficos con otras estrellas del rock y del pop. Atendió un sinnúmero de apariciones televisivas y entrevistas de radio. Aceptó las ofertas para distintas intervenciones junto a famosos colegas. El *Herald Tribune* la llamó la Patti Smith británica.

Kitty cambió, dejó a un lado su edad. Concedió entrevistas, habló de su pasado, criticó a la Unión Soviética, criticó a su país natal, criticó a los Estados Unidos, criticó la política, se convirtió ella misma en blanco de las

críticas. Las ventas de los discos eran fabulosas, Amy estaba feliz. La juventud redescubría sus viejos álbumes. Pero, por mucho que no quisiera tener en cuenta su edad, su cuerpo mostraba cada vez más señales de ella; el cansancio, el agotamiento y la indiferencia habían anidado en él. Se les podía engañar rodeándolos de fiestas, música ruidosa, mucha gente y alcohol. Todo lo que antes le repelía lo aceptaba con satisfecha gratitud. Lo que durante todos aquellos años había sido tan ajeno a su carácter lo toleraba ahora con ligereza. Podía estar jovial, eufórica, podía salir de sí misma, dejarse ir, engañarse, hacerse trampa. Siempre un poco más. Siempre un poco más lejos de sí misma.

Cual ave fénix, cada noche podía surgir de sus cenizas y transformarse bajo la luz ardiente de los focos. Podía ser lo que no era. Durante una, dos o tres, a veces incluso siete horas o toda la noche, podía fingir que era alguien que tenía el mundo a sus pies y sabía cómo manejarlo. Pero ya no componía. No había escrito ni una canción. Ni quería ni tenía nada más que decir.

Y, cuando por las noches se quedaba sola, cuando estaba de vuelta en su cama, trataba de no pensar en qué estaría haciendo el hombre que le había trazado un mapa de supervivencia, y tampoco en la mujer que quiso borrar ese mapa con todas sus fuerzas. Deseaba que al hombre le fuera bien, aunque viviera en un mundo que se le había vuelto ajeno. Deseaba que la mujer sobreviviera y entrara y saliera de las galerías.

Pero Andro acudía cada vez más a menudo, lo reconocía entre el público. Cuando bajaba la vista desde el escenario hacia la masa oscura lo veía de pie en primera fila, con sus relucientes rizos. Lo veía al mirar hacia la calle, al pie de su ventana, alzando la vista. Lo veía al cruzar la calle, corriendo hacia Amy, cuando iba con ella al estudio o a una entrevista. O en uno de los clubes, ruidosos y llenos de humo, a los que iba con amigos y conocidos y oía una vez más lo *great, cool* o *epoch-making* que era. Lo veía sonriéndole desde el espejo cuando se retiraba a los servicios de esos clubes y metía la cara bajo el chorro del agua. Se quedaba. Estaba allí. Ya no iba a marcharse. La esperaba. De eso estaba segura. No la apremiaba, tenía todo el tiempo del mundo.

En una ocasión, durante una fiesta en la lujosa mansión de un mecenas del arte en Waterlow Park, salió al jardín con una copa de champán en la mano a respirar aire fresco y estar sola un segundo, y lo vio en pie bajo un arce. Se quedó petrificada, pensó que iba a desaparecer enseguida, pero, como no

daba señales de hacerlo, caminó decidida hacia él y se puso a su lado, hombro con hombro, sin intentar tocarle.

—Solamente quería vivir, sobrevivir, ¿es eso tan terrible? ¿Es esa la razón por la que estás aquí? ¿Porque todo empieza otra vez desde el principio, como un carrusel, una y otra vez, Andro? Quizá sea tan solo el curso de las cosas. Pero, cuando te veo ahí callado, pienso que quieres decirme algo, tal vez que tenía que haber hecho las cosas de otro modo. Ahora él ya sería un hombre adulto. Pienso en él todos los días. Le prometí que lo mantendría aquí, aquí, en cada parte de mí.

»Pero estoy diciendo tonterías. Sé que no puedo creer que te esté preguntando de veras todo esto. Solo quiero cantar, regar mis hortensias y, de vez en cuando, tomarme un buen whisky. ¿Es demasiado pedir? ¡Por favor, haz algo, ayúdame, Andro!

De pronto Kitty se desplomó, la copa cayó al suelo mojado; se apoyó en la dura corteza del árbol, se arañó la mano, se ensució los pantalones negros, se arrodilló en la húmeda tierra del jardín, se sentó con las piernas encogidas, apoyó la espalda contra el árbol. Andro había desaparecido. Allí no había nadie. Tan solo las luces lejanas de la casa y una abigarrada confusión de voces llegaban hasta ella, pero ya no tenían nada que decirle, como ella a ellos.

Se incorporó. Se sacudió la tierra de los pantalones, se apoyó contra el árbol. La vida se desprendía de ella, y lo que quedaba era ella misma. Hasta entonces nunca había conseguido vivir con eso, desde que se había fugado. Es decir, desde hacía exactamente treinta y cinco años.

El 25 de febrero de 1986, el XXVII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética aprobó, bajo la presidencia de su nuevo secretario general, reformas radicales para cambiar el rumbo de la economía, se acordó una amplia libertad de expresión y de prensa, empezaba la *glásnost*.

Luego, Gorbachov hizo regresar del destierro al físico nuclear Sájarov, para muchos un primer paso hacia una revolución pendiente. Reclamó la «aceleración del desarrollo socioeconómico», aunque los planes amenazaban con estrellarse contra la realidad. Después de su toma de posesión y en el plazo de tan solo medio año, el setenta por ciento de los miembros del Politburó fueron relevados.

Sin embargo, la economía llevaba mucho tiempo estancada, el clientelismo y la corrupción habían alcanzado cotas inéditas. La ola de privatización de las industrias y, por tanto, su sustracción al control estatal, topó con una gran resistencia. A esa resistencia se unió también mi abuelo Konstantin Dzhashi, porque pensaba que el país no necesitaba una nueva revolución, sino una mano más firme a las riendas, porque todo estaba abocado a la ruina y amenazaba con derrumbarse.

En la soleada Georgia, la gente oscilaba entre la euforia ante las inminentes reformas y la indecisión del reformador. La libertad de publicación y de prensa sacó a la luz muchos manuscritos, traducciones, ensayos y artículos prohibidos hasta ese momento. En las universidades y edificios escolares había asambleas frecuentes, se debatía, de forma todavía muy titubeante, acerca del futuro. Entre las líneas de los poemas y las canciones brillaba cada vez más la crítica.

—Alguien que quiere cambios no debería hacerlos depender de que todos los pidan —criticaba Kostia, cuando veía las noticias vespertinas delante del televisor—. De lo contrario, estarán condenados de antemano al fracaso. Pero este reformador quiere que todos lo quieran. Los comunistas y los capitalistas. Eso le va a costar la cabeza.

En aquel instante, no presté atención a sus palabras y preocupaciones. Tampoco me interesaban los números de *Vremja*. Después de nuestra gran ruptura, había perdido todo interés por mi abuelo, o al menos eso era lo que esperaba. Ya no quería tener nada más que ver con sus problemas.

En vez de eso, gozaba de los dulces frutos de mi pequeño plan de venganza: la ilimitada atención y la ciega confianza de Daria. Ya no me evitaba en el patio del colegio, muy al contrario: me invitó a formar parte de su grupo, me presentó a todos sus amigos, y eso me llenó de orgullo. No solo había engañado a Kostia con mi plan, también había podido demostrar a mi hermana que mi amor por ella era más indiscutible que el de su admirado abuelo. Le había demostrado que valía la pena confiar en mí. Era una enorme satisfacción.

Incluso Lazabidze me estrechó la mano cuando acompañé a Daria al estudio el último día de trabajo, para rodar una escena *a posteriori*, y me dio las gracias por mi ayuda. La película iba a titularse *El camino*, y se estrenaría el año próximo. Para compartir ese triunfo con alguien, una tarde cogí el trolebús en dirección a Vaké y llamé a la puerta de Christine. La seguí a la

sombreada estancia en la que olía a mermelada. No preguntó para qué había ido a su casa y, en vez de eso, me sirvió una sabrosa sopa de fideos. Después de comer me preguntó si había ido por Miro.

—Sí, bueno —dije.

—Me ha hablado de vuestra bonita estancia en Bakuriani —me miró con benevolencia—. Stasia dice que eres una chica muy lista.

Se sirvió un poco de licor de una botella. Yo ya había llegado al pastel, e intentaba comerlo sin que se desmigajara.

—Tú vivías antes con nosotros, ¿no?

Una vez más me costaba reprimir mi curiosidad.

—No, no era así exactamente. Antes todos vivían en mi casa. Entonces yo tenía una gran casa, una hermosa casa. Tu abuelo y tu tía abuela crecieron en ella. Teníamos un precioso jardín con una fuente y... Bueno, los tiempos han cambiado.

Luego me dijo que Miro había ido con unos amigos a montar en karts en el parque Mziuri. Pero le diría que había ido a buscarle.

—Vuelve siempre que quieras —dijo mientras me acompañaba hasta la puerta. Me alegró ese permiso.

En casa de Elene hacía tiempo que reinaba un ambiente fúnebre. Mi madre no paraba de quejarse de dolores de cabeza, y por eso Aleko se llevaba a su grupo de amigos bebedores fuera de casa, lo que daba motivo a nuevas disputas cuando volvía achispado entrada la noche. Así que decidí ir al parque de Mziuri, que no estaba lejos de casa de Christine, y buscar a Miro.

Abajo, en el extremo inferior del parque, donde lindaba con el zoo de Tiflis, descubrí una pequeña pista y a muchos adolescentes con chaquetas de cuero y camisetas de leñador que rondaban por ahí, fumaban cigarrillos y animaban a los corredores. Sentí sus miradas inquisitivas cuando avancé entre ellos y pregunté por Miro. Terminé descubriéndolo sentado en una silla de tijera, clasificando algún tipo de papeles con otro chico. Cuando estuve ante él, se puso de pie de un salto, sobresaltado y sorprendido.

—¿Qué haces aquí? —gritó.

—He estado en casa de Christine, y me dijo que podía encontrarte aquí. He pensado en pasarme.

—Sí, estupendo, me parece muy bien. Pero no se lo puedes contar a nadie, ¿vale? Solo se puede participar a partir de dieciséis años, conmigo hacen una excepción —sonrió de oreja a oreja.

—¿Tú corres?

—Claro. Pero ahora estoy preparando las apuestas.

—¿Apuestas?

Me llevó a un lado, me pasó un brazo por los hombros con aire de importancia y me susurró al oído que se trataba de una actividad en principio ilegal, que con eso los chicos se ganaban algunas monedas, nada importante. Por motivos de seguridad, añadió, no debía decírselo a nadie.

—Pero, si yo te he pillado con esos papeles, ¿crees que a la milicia le va a costar trabajo seguimos la pista, a vosotros y a vuestras apuestas? —insistí.

Se rascó la oreja, pensando. Al parecer no había calculado mucho eso.

—Tenéis que hacerlo mejor, con más cabeza, quiero decir —le expliqué.

—¿Ah, sí, eso crees? ¿Y cómo?

Se inclinó hacia mí, uno de sus rizos le colgaba sobre la frente y me hacía cosquillas en la cara.

—Bueno, yo podría hacerlo para vosotros.

No tenía ni idea de carreras de karts, y todos esos chicos me intimidaban. Pero la idea se me ocurrió al pensar en lo bonito que sería ver más a menudo a Miro.

—¿Tú? Pero si no sabes nada de esto.

—Tengo mucho tiempo después del colegio. Mi madre no me controla demasiado, y aprendo rápido.

Lo pensó un momento, fue hacia los otros y deliberó con ellos. Acto seguido, volvió hacia mí con una expresión de entusiasmo en el rostro:

—Dicen que es una idea muy astuta. Te diremos cómo se hace, y como eres una chica nadie sospechará de ti. Tienes que estar aquí mañana a las dos, también vendrá Tiburón, que es el jefe.

—¿Tiburón?

—Sí, Tiburón, nuestro jefe, tiene diecinueve años —dijo con respeto, como si fuera un gran mérito tener diecinueve años.

Tendría que saltarme la última clase, la de Geografía, para llegar a tiempo al parque, pero podía hacerlo.

Era fácil: poco después de la puesta de sol, cuando el parque se había vaciado, los adolescentes y su líder tomaban el control de la pequeña pista de karts. Los vigilantes estaban untados, y miraban para otro lado. Oficialmente

eran unidades de entrenamiento; de manera oficiosa, un pasatiempo para chicos guays y una posibilidad de ganarse un dinero rápido. Las carreras tenían lugar en la oscuridad. Antes se podía, como en una tómbola, meter en un cubo una nota en la que se había escrito el nombre del favorito. Se le daba el dinero a Tiburón —eran tasas distintas según la carrera—, y al final de la carrera se repartía entre los ganadores. Desde ese momento, yo iba a administrar las finanzas.

A pesar del escepticismo inicial de Tiburón —un tipo flaco, que no paraba de fumar, de piel granujienta y cabellos grasientos, vestido con un Levis auténtico que parecía parte de su cuerpo—, le convencí. Calculaba deprisa, no entraba en discusiones y me guardaba el dinero en los pantis..., un escondite bastante seguro. El único problema para mí fue convencer a mi madre de que estaba participando en un curso de «lecturas literarias» en el Palacio de la Juventud e iba a llegar tarde a casa tres tardes por semana. Pero pronto me dejó libertad, y hasta a veces conseguía evitarme después del colegio el pesado camino hasta casa y me iba a la de Christine, para comer allí y marcharme luego con Miro a las carreras. Christine lo había arreglado con Elene, para ella no había diferencia entre cocinar para dos o para tres, y la mayor parte de las veces Lana no estaba, o estaba todo el tiempo trabajando o se encontraba en congresos en distintas ciudades soviéticas.

Pese a mi temor inicial, pronto dejó de resultarme difícil reunirme con los chicos de los karts, incluso me sentía mejor con ellos que en el círculo de mis compañeras. No tenía que ser guapa, no tenía que cuidar de mi vestimenta, tan solo debía dar de vez en cuando un trago a una botella de cerveza y eructar después, o una calada a un cigarrillo... Eso bastó para que me aceptaran como parte de su comunidad.

Durante las carreras, que me interesaban poco, yo seguía leyendo mis libros. Aunque a veces hacían chistes idiotas acerca de mis *novelas de amor*. Yo contraatacaba respondiendo que era bueno que al menos hubiera en su grupo alguien que supiera leer y escribir. Frases como esa me iban procurando poco a poco respeto. El temor inicial de Tiburón a que yo fuera una chica no quedó confirmado. Aprendí deprisa a reírme de los chistes frívolos y a no considerar las frases obscenas como signo de subdesarrollo mental; aprendí a escupir lejos y a correr más deprisa cuando se oía que los «cerdos» estaban cerca.

Miro se movía entonces en el punto intermedio entre *Cumbres borrascosas*

y «que te folle un pez», y aún no estaba claro a qué lado caería su elección final. Su necesidad de gustar y contentar a todos me atacaba los nervios a menudo, pero siempre lograba calmar mi enfado añadiendo otra broma, yendo siempre un paso más allá, hasta que me veía obligada a reírme. Pero, en los momentos en que ya no le urgía hacer el payaso y se sentaba junto a mí para que le leyera, me sentía necesitada y me encontraba bien en aquel sitio, con ese chico que no paraba de sonreír a mi lado.

Sabía que iba a hacerse tarde. Ya estaba pensando en las excusas que le contaría a Elene. Había habido pelea entre Tiburón y los otros chicos por el resultado de una carrera y no habían llegado a ninguna conclusión, así que había tenido que quedarme con el dinero. Estaba cansada, eran ya más de las diez y probablemente me tocaría esperar el trolebús una eternidad, así que fui con Miro a pie a casa de Christine, y Christine llamó a mi madre. Luego me pasó el teléfono.

—Perdóname, *deda*. Se me ha pasado la hora charlando con Miro.

—No puedo ir a buscarte ahora, Aleko se ha llevado el coche. Así que te quedarás a dormir en casa de Christine. Y mañana, después del colegio, vendrás directamente a casa. Kostia irá a recogeros después de la clase de gimnasia de Daria, ¿está claro?

Jugamos a las cartas y nos reímos hablando del día anterior. Miro imitaba a los chicos de la pista. Lana se había ido a un congreso a Rostov durante una semana, y teníamos su cuarto para nosotros solos. Yo dormía en una cama plegable junto a la suya. Cuando apagamos la luz, él encendió una linterna, saltó a mi cama y me puso un libro en la mano.

—¿Qué es? —susurré.

—*El hombre anfibio*, de Beliáyev, ya voy por la página ciento diecinueve. Sigue leyendo, por favor.

Me abstuve de hacer ningún comentario y empecé a leerle aquella novela de ciencia ficción.

—¿Tú también lo hueles? —le pregunté al cabo de un rato.

El reloj digital, que su madre le había traído de Dresde y del que Miro estaba muy orgulloso, marcaba las 02:45 horas. El olor era tan intenso que pronto me resultó extraño. Miro se incorporó y olfateó también, como un animal hambriento.

—¿Qué es eso? —pregunté, nunca en mi vida había olido nada tan apetecible.

—Huele a chocolate. Seguro que Christine está haciendo un pastel de chocolate, ¿no?

—Sí, vamos a echar un vistazo...

Nos pusimos en pie como de un salto sincronizado, me calcé sus zapatillas, que eran por lo menos cuatro tallas más grandes que mis pies, y corrimos al cuarto de al lado.

Christine estaba delante del televisor, en el que no se veía ninguna imagen, solo las franjas de colores que indicaban el final de la programación, y tomaba con una cucharilla un líquido negro de una taza de té. Al principio no nos vio, y siguió comiendo como a cámara lenta.

Miramos confusos del televisor a ella y de ella al televisor. Miro se le acercó y la abrazó por detrás. Se sobresaltó como si la hubieran sacado de un sueño, luego le dio un beso en la frente.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué no estáis durmiendo?

—¿Qué es eso que estás comiendo?

Miraba fijamente la taza. Ella la cubrió con la mano.

—Nada. Por lo menos, nada para niños.

—Nosotros ya no somos niños —respondió Miro con desfachatez.

—Ya lo creo que sí. Largo. Mañana hay colegio, ¿te has olvidado?

—Pero Christy —así la llamaba cariñosamente—, nosotros también queremos probarlo. Huele tan bien, ¿qué es?

—¡No!

Casi gritó, y se puso en pie de un salto. Durante un segundo, nos quedamos mirándonos como gatos salvajes que protegen su territorio. Luego, Miro corrió a la cocina y volvió con una jarrita de metal en la mano, parecía una taza de café. Metió el índice en ella y se lo chupó. Cerró los ojos con expresión de goce e hizo un extraño movimiento con la cabeza.

—¡No! —oí que gritaba de nuevo Christine, y vi que volvía a dejarse caer en el sillón, delante del televisor.

Pero Miro ya me estaba metiendo en la boca el índice lleno de chocolate espeso y duro. Sentí que se me ponía la carne de gallina, algo se estremeció en mi interior. Era un trozo de cielo en la tierra. Era el sabor más maravilloso que había probado nunca. Arañamos lo poco que quedaba. Nos metimos los dedos en la boca una y otra vez. Christine estaba rígida en su asiento, nos

miraba y ya no hacía el menor intento de impedírnoslo.

—¡Oh, Dios, Christy! —Miro se dejó caer en el brazo del sillón, le pasó el brazo por los hombros—. ¿Por qué no nos lo has hecho antes? Está riquísimo.

—Mi hermana tenía razón. Siempre tuvo razón —susurró.

Todavía con el sabor celestial en la lengua, sentí que aquel chocolate dejaba un regusto triste. Algo en ese sabor me había dado miedo. De pronto, ese sabor había dejado sobre mi lengua muchas preguntas.

A la mañana siguiente nos enteramos en el colegio de que en una central nuclear de Ucrania llamada Chernóbil había habido una explosión, y que probablemente todos íbamos a sufrir mutaciones y después a morir de manera espantosa.

—Pero Ucrania está muy lejos —contradijo en el patio uno de los chicos de octavo.

—Pero no lo bastante. Además, da igual lo lejos que estés. No podremos volver a comer ni beber nada, todo está contaminado y vamos a sufrir hidrocefalia —le respondió un bachiller especialmente inteligente.

—¿Van a volverse rosas los árboles y azul la tierra? He leído que eso pasó en Hiroshima.

—Esto es mucho peor que lo de Hiroshima. El mundo entero va a contaminarse. Incluso América —insistió el bachiller, adepto al parecer a las teorías conspirativas.

—¿Lo habrán provocado los americanos? Aposta, para que...

—Seguro. Los nuestros no iban a permitir una cosa así, tienen cuidado —dijo una muchacha asustada que llevaba unas gafas como las de John Lennon.

—Vamos a convertirnos todos en zombis —chilló otra chica, y yo me apresuré a salir del patio.

Por la noche, con Daria, de camino a casa en el coche de Kostia, le pregunté qué podía significar aquello. Kostia pidió al chófer que parase en el arcén, se pasó al asiento trasero y nos abrazó a mí y a Daria. Yo me estremecí, desde aquella tarde en su cama no había vuelto a tocarle.

—Todo irá bien. No va a pasaros nada. A vosotras no.

Kostia apenas salía de su dormitorio. Cuando se sentaba, en albornoz y sin

afeitar, delante del televisor, no hacía más que insultar a esos «calzonazos», «ladrones» y «enemigos del Estado», e insistía en que este país necesitaba una mano de hierro para volver a ponerse en pie. Algunos días, empezaba a beber en el desayuno.

De vez en cuando, unos señores de mirada sombría venían del ministerio a la Casa Verde en sus Volga, Kostia se retiraba con ellos a su despacho y oíamos sus exclamaciones indignadas a través de los muros. No pocas veces, los caballeros salían asustados de casa. A finales de mayo regresó por fin al trabajo. Cuando volvió esa misma tarde, lo primero que hizo fue estampar contra la pared todo el servicio de té checo de Nana. Gritó, furioso, que él iba a enseñarles a esos cerdos, él era el responsable de que hubieran alcanzado sus puestos, de que tuvieran siquiera trabajo, él iba a enseñarles con quién se las estaban jugando.

—¿Estás loco? —gritó Nana, Kostia había destrozado uno de sus servicios de té de edición limitada.

Daria y yo nos sentábamos, petrificadas, en el balancín, que amenazaba con deshacerse. Daria se había encontrado con Lazabidze hacía unos días, el montaje de la película estaba listo, solo habían aplazado el estreno a causa de Chernóbil. Primero habría un pase privado en la Casa del Cine, al que la había invitado. Y Daria me había preguntado, excitada y ruborizada, si quería acompañarla. Desde entonces, solamente pensaba en qué iba a ponerse. A mí me resultaba un poco incómodo que en los últimos tiempos no dejara de mencionar un nombre, y que cuando lo hacía siempre se le pusieran esos ojos de tonta ensoñación.

—¿Quién es ese Lasha del que hablas todo el tiempo? —le pregunté.

—Nuestro cámara.

—¿Y qué pasa con él?

—¿Qué tiene que pasar?

—Hablas de él sin parar.

—Ha venido a buscarme dos veces a la salida del colegio.

De la casa seguía saliendo la voz elevada y distorsionada de Kostia.

—¿Cómo que a buscarte? ¿Es que sales con él?

—Me ha invitado a ir al cine el viernes.

—¿Qué clase de persona es? —indagué.

—Es maravilloso. Y tan guapo. Siempre se pone cosas tan bonitas, y ha estado ya en América, ha visto Nueva York e incluso ha conocido a unas

cuantas estrellas.

—¿Y cuántos años tiene?

—Treinta y tres.

—Es bastante viejo.

—Tonterías. De todos modos, me gustan los hombres maduros.

Yo estaba asombrada, porque hasta entonces a Daria no le habían importado los hombres, o no tenía tiempo de pensar en ellos porque estaba demasiado ocupada consigo misma. Pero ahora parecía haber salido de la hibernación.

—A la mierda tu viejo servicio de té, pretenden echarme del ministerio. Quieren que acepte un puesto de mierda en el MVD. Incluso han tenido la desfachatez de decirme a la cara que había irregularidades en la contabilidad... ¡bajo mi mando! ¡Idiotas descerebrados!

Como música de fondo de los gritos de Kostia, en el granero sonaba *La flauta mágica* de Mozart, Stasia llevaba todo el día encerrada allí.

¿Quieren echar al abuelo? Daria prestó atención. Yo también agucé el oído.

—Esos hijos de puta, yo les enseñaré. Voy a despedirlos a todos, a echarlos a todos. Ya no se puede confiar en nadie, en nadie, ¿me oyes? Son tiempos en los que nadie guarda en sí una chispa de humanidad, por no hablar de decencia y de moral. ¡Que presenten ellos sus libros, y veremos quién tiene las manos limpias!

—Pero Kostia... Eso no es cierto, ¿no? ¿De verdad hay irregularidades en tus libros? —preguntó temerosa Nana.

—¿Irregularidades? ¿Irregularidades? El país entero es una completa irregularidad. ¿De qué crees que vives, eh? Las curas de verano y tus sesioncitas de té con tus amigas. ¿Cómo crees que he pagado la operación de tu mejor amiga con el mejor médico del país? ¿A través de qué o de quién crees que tenemos todo esto? ¿De tu salario y del mío? ¿Te crees eso?

El labio inferior de Daria empezó a temblar. Me cogió de la mano.

—Todos roban y sisan, todos quieren que los unten sin que ninguno tenga que levantar el culo. Eso es este podrido país. Pero tú querías que viniera. Que volviera, a este nido de ratas. Esto nunca habría pasado en la marina. Allí ser un hombre significa algo. ¿Con qué chusma te crees que he tenido que vérmelas todos estos años? ¿Crees que me ha hecho gracia? Yo no he inventado el sistema. Solo he ido a parar a este nido de ratas. Por ti y tu hija,

ah, tan inteligente. Que ahora se conforma con un alcohólico. La contabilidad, déjame que me ría. La contabilidad. ¡Que alguien de cualquier institución pública me presente su contabilidad!

—¡Kostia...! —la voz de Nana sonaba asustada, insegura—. Te estoy preguntando: ¿hay irregularidades en tu contabilidad?

—No hay ninguna contabilidad, sigues sin entenderlo, ¿no? No hay nada sagrado para la gente de aquí, ¿quieres saber por qué? Porque han dejado que llegue al poder ese calzonazos, ese revolucionario de salón, que tiene miedo de comparecer ante su pueblo. ¿Y cuánto tiempo seguirá esto así? ¿Y contigo? ¿Qué pasa en tu sacrosanta universidad? ¿Cuánto tendría que pagar para que me dejaran estudiar Derecho? ¿Cuánto para poder ser médico? ¿Cómo son las cosas entre vosotros? ¿O es que la sintaxis es tan emocionante que no te deja tiempo para el resto del mundo? Vosotros anhelabais vivir así. Todos queríais vivir así.

—Kostia, maldita sea, ¿de qué estás hablando?

—Tú querías los balnearios, y el chófer, y el Crêpe de Chine venido de Italia y el Opium de Francia, tú deseabas que tus amigas te envidiaran, enseñarles lo bien que habías elegido, cómo habías dado en la diana. Yo he tenido que seguir el juego, Nana, de lo contrario hace mucho que me habría largado —gritó, y enmudeció de golpe.

Daria se había levantado y me miraba con los ojos muy abiertos. Yo no sabía qué decir, no me atrevía a moverme. También Mozart enmudeció de golpe.

¡Cómo se ha burlado esta ciudad de nosotros!

ANATOLI RIBAKOV

Llovía en Moscú. En el aeropuerto de Sheremétievo, Kostia paró un taxi. Le habría gustado informar a su amigo para que viniera a recogerlo, pero no había dado con él. Llevaba una semana intentando contactar con Alania, pero estaba ilocalizable. No había dejado que aquello le desanimase. Aún tenía bastantes amigos en la Lubianka, ya lo encontraría.

Había cogido una habitación en el hotel Mir, y de camino hacia allí sintió que toda la presión de las pasadas semanas, el mal humor, la rabia, desaparecían. Siempre que se acercaba a aquella ciudad se sentía seguro. La ciudad parecía darle la bienvenida. Y, a diferencia de Leningrado, no había pesadillas que le unieran a Moscú. Allí había alcanzado el punto culminante de su carrera. Había conseguido fama y respeto. Eran otros tiempos, tiempos mejores, que le gustaba recordar.

Después de haber llevado su equipaje a la habitación, hizo que un taxi lo condujera directamente al restaurante Sovietski, el legendario lugar en el que era necesario reservar.

Pidió champán de Crimea, blinis de caviar, pescado en remolacha. Dejó atrás por un tiempo todas sus preocupaciones. Allí era por completo el antiguo Kostia, el poderoso, generoso, que lo tenía todo bajo control. Para terminar, se permitió tomar un vodka de abedul y siguió su camino hacia la Kutuzov Prospect, la última dirección de Alania que tenía.

Hablaría con él, Alania, el viejo y buen amigo, que se pondría de su parte, lo enderezaría todo. Iba a enseñarles a esos babosos con quién tenían que vérselas. En caso necesario presentaría una petición de traslado, hablaría con las personas adecuadas. Si no había otra manera de manejar el caso, volvería a Moscú. Se llevaría consigo a Daria. Pronto tendría el bachillerato en el bolsillo, y aquí tendría un sitio decente en el que estudiar. Buscaría un piso bonito en las cercanías de Sadovaja, siempre le había gustado especialmente esa zona.

Se sentía fuerte y lleno de acción. La ciudad le daba esa buena sensación. Empezaría de nuevo. Dejaría atrás a toda esa chusma georgiana y trataría al fin con profesionales y hombres honorables.

Y le seguían quedando unos cuantos números en la agenda de teléfonos. Naturalmente, podía ser que ya algunas de sus antiguas acompañantes fueran madres y esposas, pero otras aún se alegrarían de poder revivir los buenos y viejos tiempos.

Si su compatriota Shevardnadze había conseguido llegar a primer secretario de la República Socialista Soviética de Georgia y luego a ministro de Asuntos Exteriores soviético, él, Kostia Dzhashi, también podía conseguirlo. Solo tenía que dirigirse a las personas adecuadas.

Desde el asiento trasero del taxi, contempló las calles y plazas familiares, los bulevares y edificios. Sí, allí había sido feliz, allí aún encajaba todo. Allí

había tenido consigo a Elene, y su amor le había pertenecido únicamente a él. Se reclinó en su asiento. La lluvia había amainado. El cielo se aclaraba. La iluminación de las calles aumentaba poco a poco.

Descendió delante de un rascacielos. Una nueva construcción que él no conocía. ¿Por qué habría vuelto su amigo? Pronto encontró el letrero con su nombre. Una anciana salía de la casa en ese momento, y él se coló de prisa por la entrada y cogió el ascensor al primer piso. Llamó. Nadie le abrió. Entonces empezó a aporrear con los puños. Por alguna razón, sabía que Alania estaba allí. Llamó y gritó:

—Soy yo, Guiorgui, soy Kostia, ¿estás ahí? Creo que estás ahí. Vamos, soy yo. He venido a Moscú, tengo que verte.

De pronto oyó pasos detrás de la puerta, y el picaporte se movió con lentitud. Una cabeza calva salió a su encuentro. Alania había envejecido años. Tenía las mejillas caídas, saltaba a la vista que había perdido peso y eso le hacía parecer aún más lánguido y frágil que antes. Tenía los labios secos y quebradizos. Estaba descuidado, a pesar del valor que Alania había dado siempre a su aspecto.

El piso estaba en desorden. Hace mucho que no limpian, pensó Kostia. Había montones de cacharros sucios por la cocina. Olía a alcohol y a aire viciado. Alania miró fijamente a Kostia con sus ojillos y se esforzó por sonreír. Luego abrió sus finos bracitos y abrazó a su viejo amigo.

—Llevo una semana intentando localizarte. En el MVD no supieron darme información alguna. No sabía de qué otra forma buscarte. He venido para hablar contigo. Estaba seguro de que te encontraría. ¡Ven, deja que te abrace otra vez, viejo amigo!

Alania sacó una botella de vodka y, sin preguntar, sirvió a ambos un poco del claro líquido.

—¿Vodka, tú?

Kostia trató de parecer jovial e ignorar el desorden.

—Tres días más y me habré ido. Para siempre —dijo Alania sonriente, y brindó con Kostia.

—¿Qué significa eso? ¿Cómo que «ido»? ¿Adónde?

—Un campeonato de ajedrez en Holanda. Y entonces desapareceré. Londres.

—¿De qué estás hablando? ¿Quieres irte?

—Se ha acabado todo, Kostia. Todo. Vuelvo a Londres, todo lo demás ya

no significa nada.

Volvió a servirse.

—Eh, Alania, todo esto no me gusta, ¿qué tonterías estás diciendo?

—Si me cogen, que me cojan, estará bien.

—Eh, mírame, ¿qué te ha pasado? Claro que sé que por ahora las cosas no van bien para nosotros, quiero decir que no hay de qué sorprenderse, fíjate en qué chusma se sienta en el Comité Central, pero esa no es razón para...

—Se acabó, ¿no te das cuenta? Se acabó.

—Entonces jubílate aquí, viejo amigo, pero no digas esas tonterías.

—Hemos fracasado, Kostia. Todos nosotros. Todo ha sido en vano.

—Eh, Guio, eso no suena bien. ¿Y por qué ahora te ha dado por beber? ¡Tú no has bebido nunca!

—He devuelto a gente, he metido a la fuerza a centenares en barcos y en aviones, les he engañado y hecho falsas promesas. Algunos de ellos iban a morir, lo sabía, y aun así lo hice. El servicio es el servicio. Algunos fueron directamente a un campo de concentración. La mayoría fueron a un campo de concentración. Yo lo hice. He enviado a personas a la muerte, ¿entiendes?

—¡Escucha! Eran desertores, enemigos del Estado y traidores de la peor calaña, ¿qué otra cosa podías hacer, más que cumplir con tu deber? ¡Servías a tu país, Guiorgui, no has hecho nada malo! ¡Has actuado con lealtad a tu patria! ¡Y ahora estás metido en esta pocilga y te compadeces!

—¿Te acuerdas de Leningrado? Qué hermoso fue. Creíamos en lo que hacíamos. Teníamos tantos planes —de pronto Alania se dobló sobre sí mismo, dejó el vaso y miró hacia la noche por la pegajosa ventana—. Todo eran espejismos, ilusiones. Y para eso hemos dado nuestra vida, ¿no lo comprendes, Kostia?

El teléfono empezó a sonar. Alania no se movió, como si no lo oyera.

—Guio, deberías cogerlo.

—Y una mierda —de pronto su voz sonaba furiosa. Negó con la cabeza y volvió a echar mano a la botella de vodka—. Todo ese teatro, para mí es un enigma que no estés harto y no quieras acabar de una vez.

Volvió a servirse.

—No deberías beber tanto.

—¿Beber? ¿No beber tanto? Debería beber hasta matarme. Pensaba que hacía algo razonable cuando servía a mi país, que yo... No merezco siquiera que me escupan. Y tú, mírate. Tú...

—¡Cálmate!

—No quiero calmarme. Me voy. Me voy con ella.

—¿Con ella?

—Con tu hermana.

—No puedes estar hablando en serio, no me digas que a tu edad... Oh, Dios, ¡Kitty no, por favor!

—Es la única persona que...

—No vas a ir a ninguna parte. Vas a rechazar ese viaje. Dirás que estás enfermo. No permitiré que hagas el ridículo. Tú, uno de nuestros mejores colaboradores, pescado en cualquier sitio de Occidente intentando fugarse. ¡No lo permitiré!

—¡Kostia, compréndelo! Se acabó, punto. No habrá en ningún caso clemencia para nosotros. ¡Y pronto todo esto ya no existirá! ¡Mira a tu alrededor!

—Alania, eres un sentimental. Tienes que contenerte y volver a coger las riendas de tu vida. Lo conseguiremos juntos, hemos pasado ya por cosas peores.

—¿Y por qué estás tú aquí? ¿Para devolverme al camino recto? —le increpó de repente Alania—. ¿Quieres hablar de algo en la Lubianka? En casa te está apretando el traje, ¿eh? ¿Ya tiembla el suelo en nuestra patria? Te agarras a la rama equivocada, querido amigo.

—¿Ha habido algo todos estos años, entre Kitty y tú?

Kostia vació su vaso de un trago. Algo tenía que ocurrir, lo que estaba pasando era inaudito. ¡Alania, Guiorgui Alania, esa carrera modélica, su héroe personal!

—¿Qué ha habido? ¿Qué tenía que haber, en tu opinión? Ese maldito juego del escondite, eso es lo que había. Y yo estaba lo bastante ciego como para no entender que ella era mi único sustento. Voy a agarrar mi última oportunidad, y tú también deberías hacerlo.

Sin duda, Kitty y él habían tenido alguna clase de relación; después de tantos años cubriéndola, era de esperar. Tenía que habersele ocurrido. Seguramente, su liberal y occidental hermana le había calentado la cabeza. De pronto, tuvo una idea: no debía quedarse allí, sino llevarse a Alania a Tiflis. Al contrario que para él, Moscú nunca había sido ciudad para Alania. Era demasiado discreto, demasiado sigiloso para esa ciudad, le pedía demasiado poco. Encajaba mejor en el sur, con su acento georgiano y su

emotividad. Sí, se lo llevaría y lo salvaría de sí mismo.

—Vas a tomarte una o dos semanas libres, y vamos a ir a Tiflis. Me ocuparé de eso mañana mismo. Este ambiente no te conviene. ¿No puedes permitirte una casa mejor? No me sorprende que te deprimas.

—Kostia, Kostia, impertérrito e incorregible, ¿eh?

Alania le miraba, pero su mirada no revelaba cosa alguna. Los ojos estaban velados. Los años de entrenamiento y ejercicio en la seguridad del Estado le habían enseñado a no traslucir nada.

—Habrás oído hablar de Afganistán: una completa catástrofe. No quieras saber el número de muertos, no me refiero a la cifra oficial, sino a la real. Retirarán las tropas a lo largo de los próximos dos años, porque no son capaces de hacer nada. La industria armamentística va a ser reducida al mínimo. Tus maravillosos submarinos nucleares serán desguazados. No han entendido que, con sus supuestas «acciones de buena voluntad», no hacen más que empeorarlo todo. No se dan cuenta de que, con la crítica que de pronto permiten, van a hacer que el castillo de naipes se derrumbe —Alania hablaba en tono reflexivo, siempre con el rostro vuelto hacia la ventana—. Aún quieren ganar puntos ante la población con sus reformas, pero se sobreestiman. Cuando uno se sienta sobre un montón de estiércol no debe permitir que nadie hurgue en él. No habrá una solución pacífica. En cuanto aflojen las riendas, todo el mundo gritará pidiendo su trozo del pastel, y tenderá la mano, pero, por desgracia, ya no queda tanto pastel, Kostia. Y si no te apresuras a abrir los ojos, cuando este castillo de naipes se desplome, te atrapará debajo. Occidente aplaudirá, porque el «Imperio del Mal» no es finalmente tan malo y se muestra dispuesto a cooperar. Gritarán «hurra», porque ellos no van a sacar los tanques a la calle. Pero los habrá, esos tanques de mierda, solo que ya no en nombre del Partido Comunista, y eso es lo único que a Occidente le importa. La sensación de haber tenido razón, de haber sido lo bastante duros y pacientes como para esperar hasta que nuestra gloriosa patria se encaminara a la ruina por iniciativa propia. ¡Así que mira a tu alrededor, abre los ojos, amigo mío! Acepta este buen consejo de un amigo. Además, Kostia, la gente como tú es la que peor lidia con el fracaso.

Alania volvía a hablar en tono tranquilo, contenido. Kostia bajó la cabeza y trató de concentrarse en su objetivo de no dar gran importancia a sus palabras. Tenía que retenerlo, tenía que salvarlo, como Alania lo había salvado a él un día. Iba a persistir en su verdad y sería su ruina. No podía

permitirlo.

Cuando, hacia las siete de la mañana, Alania se quedó por fin dormido, borracho, Kostia salió de la casa y fue a la Lubianka. Lo dejaron entrar con su pase pero lo enviaron a la sala de espera, le dijeron que se sentara allí hasta que llegara un superior. Kostia intentó que no se le notara lo ofendido que estaba. Antes, nadie se habría atrevido a hacerle esperar. Bueno, en algo su amigo sí tenía razón: el antes ya no era el ahora. Eran otros tiempos.

Solo hacia las nueve apareció el superior de Alania, y le pidió que pasara a su despacho. Kostia se presentó y le contó que Alania estaba enfermo y necesitaba urgentemente una cura de reposo, por esa razón no podía acompañar al equipo de ajedrez. Aquel hombre joven y bien alimentado, de mejillas sonrosadas, anotó algo en su bloc y asintió. Kostia mencionó que había echado de menos Moscú, y esperó a que el hombre le preguntase de dónde venía. Y lo hizo, pero cuando Kostia había tomado carrerilla e iba a hablarle de su carrera y de su trayectoria, aquel hombre varios años más joven le interrumpió y se disculpó, diciéndole que tenía cosas que hacer.

Agotado, se dejó caer en la cama de su hotel. Sí, definitivamente los tiempos habían cambiado. Y no para bien, no para bien, pensó, antes de hundirse en un profundo sueño.

—¿Cómo has podido hacerlo? —la voz de Alania sonaba desesperada—. Eras mi mejor y único amigo.

El timbre había sacado de su sueño a Kostia, que se había arrastrado hasta el teléfono. Cómo lo habría encontrado Alania, se preguntó, no había dejado ninguna dirección. Bueno, al fin y al cabo era un buen *colaborador*.

—Estabas a punto de arruinar tu vida, deberías darme las gracias por haberte salvado el cuello.

—¡No has hecho tal cosa, lo has destruido todo! Este año no volveré a tener ningún servicio en el extranjero. Ella... nunca me lo perdonará.

La habitación estaba oscura. ¿Qué hora era? ¿Cuánto tiempo llevaba durmiendo? Este alboroto de Alania empezaba a hartarle. Encendió la lamparilla.

—Escucha, Guiorgui, ¡cierra el pico y escúchame! Te comportas como un

quinceaño. ¡Despierta! Estabas a punto de echarlo todo a perder, y yo te lo he impedido. ¡Más adelante me lo agradecerás! Necesitas descanso y gente que te cuide. Necesitas buena comida y aire fresco. Pasado mañana iremos juntos a Tiflis, y te quedarás allí todo el tiempo que necesites para volver a ser tú mismo.

Alania no apareció en el aeropuerto. Kostia también perdió su vuelo, porque fue a su casa, pero la puerta se mantuvo cerrada, sus interminables timbrazos, golpes, gritos, quedaron sin respuesta.

Al día siguiente, Kostia subió solo al avión hacia Tiflis. Amargado, decepcionado, pensativo.

Llevaba dos semanas sin salir de casa. Hacía incluso que le llevaran la comida. No cogía el teléfono, Kitty ni siquiera le abrió la puerta cuando Amy provocó una revuelta al pie de su ventana y casi se pegó con los *paparazzi* que la acechaban.

Esa noche tenía una actuación en un club privado de Notting Hill, destinada a recaudar fondos para afectados por el VIH. Tenía que salir. Tenía que forzarse a ir. Estaba delante de su armario y, desde hacía media hora, no lograba sacar los vestidos que necesitaba y ponérselos. Pronto un chófer acudiría a recogerla en una limusina negra de cristales tintados para llevarla al club. Estaba bien así, seguro que en el coche podría tomar un traguito de whisky.

Había leído los periódicos y había pensado que el mundo estaba a punto de dar un vuelco. Esa noche enviaría a casa a sus teloneros y saldría al escenario sola, únicamente con su guitarra. Quería estar sola.

Durante las dos semanas anteriores había hablado mucho con Andro. Estaba siempre allí. Aunque no lo viera, podía sentirlo. Pero desde ayer ya no había vuelto a aparecer. Ni al pie de su ventana ni en su cabeza.

Encontró un *blazer* negro y se lo puso directamente sobre la piel desnuda. Trató de aplicarse un poco de carmín, pero le temblaba la mano, y no logró trazar una línea recta. Solo un poquito más, luego podría sentarse en el coche y permitirse un trago. Una, dos horas, y la velada habría quedado atrás. Solo tenía que cantar tres canciones. Tres canciones que quería cantar sola.

Pasaron por delante de Ladbroke Gardens, ella ofreció el rostro a la brisa, sacó la cabeza por la ventanilla, sintió el sabor amargo y cálido del whisky en

la lengua. Se reclinó. Sabía que estaba perdiendo la razón. Durante los últimos días, incluso oía a Mariam susurrarle cosas al oído. Oía a su madre llamarla. Y, la noche anterior, un aroma embriagador la había sacado de su sueño. El aroma del chocolate caliente de su abuelo.

—Maldita sea, he estado a punto de morir de preocupación. Ni siquiera sabía si ibas a venir. ¿Qué demonios te pasa? ¿Estabas enferma? ¿Por qué no me abres la puerta y no me coges el teléfono? Esos fotógrafos de mierda se pasan las veinticuatro horas alrededor de tu casa. Casi pierdo los papeles. Oh, Dios, qué alivio que hayas aparecido.

Amy, con un impermeable brillante y excesivamente maquillada, había corrido a su encuentro, le había pasado un brazo por los hombros y la había guiado entre los bastidores. Kitty hubiera querido cantarle un himno de gratitud. Le habría besado las manos y habría llorado de emoción al ver el escenario perfectamente preparado para ella y los caramelos para la garganta que había puesto en un cuenco detrás del telón. Pero le faltaron las fuerzas. Podría estar contenta si le alcanzaban para tres canciones.

Al menos esta noche no había cámaras. Era un acto privado. ¿Cuánto habrían recaudado ya? Para un buen fin. ¿Quién sabía lo que era un buen fin?

Se aferró a su guitarra. El sustento más fuerte de su vida. Bajaron la intensidad de las luces. El público, rico y exigente, la miró curioso cuando entró en el cono de luz del escenario. Dijo unas palabras de saludo al micro que Amy le había colocado. ¡Donad, por favor, donad! Luego cerró los ojos. La sintió. Estaba allí. Fred Lieblich había venido. Estaba ahí abajo, en alguna parte, y la miraba con sus ojos de gata. La retornada a la vida, aunque la vida iba demasiado deprisa, no las había esperado, a ninguna de las dos.

Cantó, y al llegar a la última canción elevó la voz, más y más, hasta que se interrumpió y un profundo y maravilloso silencio se apoderó de ella. Tuvo la sensación de que iba a caerse. Era tan fácil desaparecer cuando tantos ojos la miraban a una. Durante el tiempo de una canción, fue posible el olvido. Llevada por los aplausos, bajó del escenario, se hundió en un sillón giratorio en el camerino y apoyó la cabeza en el tocador. Amy zumbaba a su alrededor. Reía, estaba entusiasmada. Kitty no la escuchaba. Se miraba en el espejo. A la luz despiadada del espejo del tocador. Las arrugas, el cansancio, la lucha contra el tiempo. La perplejidad en su mirada. Por suerte, Amy salió del camerino para «cultivar contactos», como ella lo llamaba, y la dejó sola.

—No estás bien. Vámonos de aquí.

Fred estaba en la puerta. Qué persona tan hermosa, pensó Kitty, mirándola en el espejo, y qué despilfarro.

—Estoy bien.

Kitty se incorporó.

—Mientes. He venido en coche y estoy sobria. Larguémonos.

—¿Adónde?

—A donde tú quieras.

—No hay ningún sitio al que quiera ir.

—Siempre queda el mar.

—Está demasiado lejos.

—No importa. Vamos, no te voy a comer. Necesitas ideas frescas. ¡Ven!

Se escurrieron por la puerta trasera. Fred había aparcado un viejo furgón no lejos de la entrada de artistas. Amy tenía que haberle conseguido una entrada de personal, de lo contrario no habría tenido acceso al club. En el coche, de pronto, Kitty se vio asaltada por un cansancio increíble, y cerró los ojos. No se había llevado más que la guitarra y el bolso de mano. Se había dejado incluso la chaqueta.

—Tienes que ir hacia Eastbourne. Luego ya te diré dónde girar —le dijo a Fred, antes de quedarse dormida.

No se enteró de nada durante las casi dos horas de viaje. Hacía mucho que no dormía tan bien y tan profundamente, sin que las pesadillas la despertaran.

—¿Así que en este nido de pijos es donde *madame* Dzhashi ha construido su casa para la jubilación?

Kitty abrió lentamente los ojos y oyó reír a Fred.

—Aquí, a la izquierda, y luego el segundo acceso a la derecha.

Encendió la luz. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había estado allí por última vez? Cuando su triste amigo había surgido de la nada y le había prometido regresar.

La casa parecía sumida en un sueño de bella durmiente. La noche era clara y cálida. Se oía el rumor del mar. Kitty se sintió mejor de pronto. Fred encendió un cigarrillo y se plantó delante de la puerta.

—Bajemos hasta el mar. Tengo linternas y mantas. Incluso albaricoques secos y un buen escocés.

Fred asintió entusiasmada.

Con las linternas, se abrieron paso hasta el mar. Necesitaron un rato para recorrer el estrecho sendero que bordeaba el acantilado hacia la playa, tendieron allí las mantas en la arena húmeda y se tumbaron. A su alrededor reinaban una calma y una paz que intimidaban. La afilada guadaña de la luna bañaba el agua de una luz amarillenta.

Fred la tocó, recorrió con la mano la columna vertebral de Kitty. Luego, la tomó en sus brazos. La besó. Le besó el rostro. Acarició su piel. Kitty la dejó hacer. Se sentía bien. Era como volver a casa. Las estrellas adornaban el cielo como pequeños lunares. Se tumbaron juntas. Se apartaron el pelo de la frente la una a la otra. Kitty cogió el rostro de Fred entre sus manos y lo contempló, se empapó de él.

—Ahora me toca a mí —dijo Fred Lieblich.

En los acantilados, a pocos metros de distancia, Kitty vio a Andro y se frotó los ojos, trató de seguir concentrándose en el rostro de Fred, pero él seguía allí. Había vuelto. Sentía su presencia con cada fibra de su cuerpo.

—¿Qué pasa? —preguntó Fred, y le agarró la muñeca—. ¿Tienes frío?

—No, está bien.

—Quiero saber qué pasa. Quiero estar ahí para ti. Por favor, permítemelo.

—Limitémonos a estar aquí, tú y yo, eso es todo.

—Sí.

—¿Sí qué?

—Podemos ir a Viena.

—Viena.

—¿Sí? Podría enseñarte un par de hermosos lugares, si es que aún existen, y allí podríamos tomar el mejor chocolate caliente del mundo.

—Eso lo dudo.

Fred apoyó la cabeza en su regazo y siguió soñando con la Viena de su infancia. La de antes de saber cuál es el ruido que hace un cuerpo cuando se baja de una soga. Trago a trago bebieron el buen escocés que Kitty había llevado. Más tarde, no sería capaz de recordar exactamente en qué momento se había quedado dormida.

Kitty se desvistió. Quería estar desnuda. Libre. Plegó su ropa. Ordenadamente, como le había enseñado su madre cuando era una niña. Andro estaba detrás de ella y la miraba. Luego, avanzó con cuidado hacia el agua fría. Las olas rompieron contra su piel, le hicieron tragarse los gritos que iba a dar, se sumergió. El agua la llevó hacia dentro. A lo lejos veía la linterna encendida. La manta, la mujer tendida en ella, hasta que todo se fundió en un diminuto punto de luz.

Andro nadaba detrás de ella. Kitty tragó agua. Las olas eran altas, la llevaban de un lado para otro, la lanzaban hacia delante y hacia atrás. Tuvo miedo, pero solo un momento, hasta que el rostro de Andro volvió a aparecer junto a ella. La oscuridad se tendía sobre el agua, ya no veía nada delante de ella, había perdido la orientación. También la luz desapareció a lo lejos. De

pronto, algo brilló debajo de sus pies. Pequeños peces, una bandada de pececillos la rodeaba. No pudo evitar echarse a reír.

Esto es la felicidad, pensó Kitty, la felicidad. Como el sudor de la tarde sobre nuestra piel después de habernos amado, entonces, la primera vez. La última canción de esta tarde, y los ojos agradecidos de Amy. La soledad de Guiorgui Alania, a la que puse fin durante un segundo de su vida cuando lo retuve. Los viajes en autobús por América. Estos peces bajo mis pies, esta luna por encima de mí, estos acantilados, estas olas, y el miedo, que desaparece.

Braceó hacia la nada. Ya no había orilla. Ni tierra. Tan solo la nada y los pececillos que la acompañaban, y el agua infinita.

La risa de Kostia, en una ocasión en que le hizo reír. Los suaves besos de Andro en sus labios. Las cerezas, que siempre le daban dolor de estómago. Las arrugas de preocupación en la frente de su madre, justo en el centro. Las canciones. El concierto de Ámsterdam, aquel entusiasmo increíble que le salió al encuentro. ¿Había merecido esa felicidad? Si todo el mundo hubiera sabido lo que había hecho, ¿seguirían comprando sus discos y cantando sus canciones?

Se sumergió, sintió que las fuerzas se le iban.

«¿Mariam? —extendió la mano—. ¿Te dolió? ¿Cómo fue? ¿Duele?».

«Me pusieron contra la pared. Entonces vino el primer disparo. Y luego otro. Creo que fueron tres, lo hacen para asegurarse. Fue rápido. No sentí gran cosa, no te preocupes.»

La voz de Mariam resonaba en su cabeza.

«No quiero que me odies, Mariam.»

«¿Cómo podría odiarte, Kitty? ¿Es que ya no recuerdas lo bien que lo pasamos juntas?»

«No lo pasamos bien. Fue el infierno en la Tierra.»

«No digas tonterías. Acuérdate. Vivimos, Kitty. Estábamos ahí.»

Pero Kitty no pudo responder nada. Sus pulmones se llenaban ya de agua. Los peces nadaban a su alrededor y relucían con un verde fantástico.

Rescataron su cuerpo del agua tres horas después de que Fred Lieblich avisara a la guardia costera. No había llegado muy lejos. Nunca había sido una buena nadadora, no necesitó mucho tiempo para quedarse sin fuerzas y

sin aire.

¡Cambio el Gobierno por un kilo de macarrones!

PANCARTA EN UNA MANIFESTACIÓN

La película llegó a los cines y causó el revuelo que cabía esperar. Ante todo tengo que decirte, Brilka, que quedé realmente entusiasmada con mi hermana y la forma en que interpretó su papel. Estuve en el pase privado de la Casa del Cine y vi a Daria transformarse en otra persona. No podía creer que pudiera encarnar su papel de forma tan creíble, que tuviera tal capacidad de transformación y aportara tanta empatía al personaje. La película era buena, y me conmovió. Los actores no sobreactuaban, y el guion era consistente.

Al final la sala entera se puso en pie y, entre un largo y sostenido aplauso, pidieron a los actores, entre ellos mi hermana, magnífica con un vestido de tirantes, que subieran al escenario. El maravilloso Lasha, el cámara, estaba junto a ella y le pasaba el brazo por los hombros.

Tenía algo de narcisista. Iba bien vestido y sus rasgos eran finos, pero sus ojos parecían fríos, como si solo pudieran ver el mundo a través del visor de su cámara, el mundo y a los seres humanos. Los seres humanos, a excepción de mi hermana. Porque a ella la devoraba con los ojos. Pero a mí me parecía demasiado viejo para ella, y además ya tenía una mujer, que aquella tarde le había acompañado al pase y se colgaba ostensiblemente de su brazo. Una persona igual de bien vestida, pero con aspecto superficial.

Qué podía ver Daria en ese hombre, me preguntaba sin cesar durante la fiesta que siguió, en un restaurante a la orilla del río.

Como a partir de entonces, Daria asistiría como invitada a todas las recepciones oficiales, en algún momento teníamos que hacer público nuestro secreto. La película saltaría a los cines dentro de tan solo cuatro semanas, si la censura no intervenía antes. Pero, como la película se había mantenido en un plano bastante simbólico, contenía referencias más bien generales que directas y sus autores se sentían reforzados por el nuevo viento que soplaba

de Moscú, se partía de la base de que todo iría según lo previsto.

Esa misma noche, convencí a Daria para que se lo confesara todo a Elene y Aleko. De Kostia nos ocuparíamos después, le dije para tranquilizarla.

—Dentro de dos semanas, Daria será algo así como una estrella en ascenso en el firmamento de los actores. Solo quiero que lo sepáis a tiempo y nos apoyéis, quiero decir a Daria.

Estábamos en la cocina, mi madre fregaba los cacharros y Aleko estaba leyendo el periódico. Daria se había encerrado en el cuarto de baño, por miedo a la tempestad que iba a caer sobre ella.

—¿Qué dices? —me preguntó de pasada Elene, todavía ocupada con los platos sucios.

Una cosa tras otra, tranquila y reflexiva, expliqué nuestro plan: el viaje a Bakuriani sin Daria, el apoyo de Lazabidze..., hasta llegar al pase privado de la noche anterior.

—No estuvimos en una fiesta de cumpleaños. Estuvimos en el preestreno de la película, ¡y la verdad es que Daria está fantástica!

Me miraron sin entender. Aleko no lograba cerrar la boca. Pensaba que iba a elogiarme, que iba a darme palmadas en la espalda, siempre me había alabado por mi forma de ser, como decía mi madre, a veces «enervantemente sabihonda». Pero esta vez parecía haberle sacado de sus casillas, y no hubo apoyo alguno.

—¿Cómo habéis podido hacer algo así? ¿Sabéis lo que habéis armado? ¡Después de todo lo que he tenido que pasar con vuestro abuelo! —me gritó Elene. Su rostro estaba dolorosamente deformado—. ¿Y sabes qué consecuencias puede tener? ¡Me has engañado! ¡Nos has tomado el pelo a todos! ¡Mi propia hija, mi hija!

Yo estaba sorprendida, no estaba preparada para que fuera a dirigir su ira contra mí.

—Pero *deda*, es una película estupenda, y todos estaban entusiasmados, y...

—¡Bravo, Niza! ¿Qué edad tienes? ¿De verdad lo sabes? ¿Te consideras una adulta?

—Yo lo quería así. Y Niza solo quiso arreglar lo que había estropeado.

Por fin Daria había salido del baño, y me defendía.

Elene guardó silencio durante un instante. Luego se sentó y se cubrió el rostro con las manos. Durante un rato todos nos quedamos callados,

esperando hasta que volviera a mirarnos.

—¿Arreglarlo, eh? Arreglarlo. No se puede arreglar nada, eso es una mentira podrida, acordaos de eso —dijo, de pronto en voz baja.

—Elene, por favor —intentó calmar la situación Aleko.

—¿«Elene, por favor» qué? Nos ha puesto a todos en una situación jodida. Ya que se cree tan lista, debería idear un plan igual para ver cómo arreglamos *esto*, cómo puedo impedir que mi padre me prohíba entrar en la casa en la que viven mis dos hijas. Porque otra vez seré yo quien pague por todo esto.

—Bueno, tendrías que reconocer que para su edad... Bueno, podrías ser la futura secretaria del Partido Comunista si sigues así, pequeña.

Pero Elene le miró con desprecio, sin dejar de mover la cabeza.

—Miente. Miente sin parar. Me pregunto cuándo empezó esto. Qué se nos ha escapado. Se fuga del colegio, se cuela no sé dónde, se engancha de ese vago del hijo de Lana, al parecer incluso es mala en los estudios. Y eso que no le costaría ningún esfuerzo ser la mejor de la clase. Pero seguramente eso es demasiado para *madame*. Tiene cosas mejores que hacer.

—No es un vago —defendí a media voz a Miro.

El nuevo secretario general publicó un artículo en el *Pravda* en el que se hablaba de «intereses de clase» y «valores humanos generales», que los conservadores interpretaron como el definitivo abandono de la herencia de Lenin. La retirada de las tropas soviéticas de Afganistán, la cumbre con Reagan en Reikiavik, en la que iba a firmarse un nuevo tratado sobre armas atómicas, eran otros signos del acercamiento de la Unión Soviética a Occidente.

También en la Lubianka reinaba la inquietud. Quizá fue casualidad que Alania volviera a su puesto de trabajo aquel día, después de su larga ausencia. Y solo fue esa mañana al departamento de prensa porque buscaba a un compañero que podía prestarle ayuda para conseguir que lo enviaran a uno de los próximos viajes culturales al extranjero europeo. Tenía que volver a poner pie con rapidez en el ministerio para poder solicitar un nuevo viaje lo antes posible. Un caballero y una dama con un jersey de mohair estaban inclinados sobre sendos periódicos y valoraban las noticias extranjeras. Hacían su trabajo con ostensible aburrimiento, el antiguo fervor ante aquella tarea antaño tan codiciada —se disponía de todos los periódicos extranjeros

importantes, un privilegio increíble— parecía haberse esfumado. Alania tenía incluso la sospecha de que el material filtrado ni siquiera iba ya a parar a las gruesas carpetas que había sobre las mesas de sus superiores, porque ya a nadie le interesaba lo que se escribía en el extranjero. La amenaza se había desplazado: ya no estaba fuera de las fronteras de la Unión Soviética, venía del interior.

Al pasar, la mirada de Alania se quedó fija en la edición de *The Guardian* que había encima de una mesa. Durante su época de Londres había leído con regularidad ese periódico, y ahora un cierto sentimentalismo le impulsó a cogerlo.

—¿Camarada Alania? ¿Podemos ayudarle? —le preguntó la mujer, mientras sacaba un bocadillo de un envoltorio de papel aluminio.

—Estoy buscando al camarada...

Alania enmudeció. Como por control remoto, llevó el periódico hasta la punta de su nariz.

—Disculpe, pero...

La mujer se levantó de su asiento, pero Alania la rechazó con un gesto muy decidido de la mano.

—¿De cuándo es el periódico? —preguntó en tono imperativo.

—De algún momento del mes pasado. Hace tres semanas. Mire la... Ah, falta la portada. ¿Qué ocurre, camarada Alania? ¿Algo no va bien?

Sin responder, Guiorgui Alania salió de la estancia con el periódico en la mano, en dirección a la calle. «La música internacional llora a la cantante británica Kitty Dzhashi. Miss Dzhashi, que en los sesenta alcanzó enorme popularidad gracias a sus pegadizas y emotivas canciones y su compromiso político...»

Alania se sentó en la acera. Le temblaban las piernas. Intentó establecer una conexión entre aquella brutal noticia y la mujer que le mantenía con vida, a la que había prometido volver. Su cabeza empezó a calcular de manera enfermiza, a comparar fechas y días con un único y ardiente pensamiento en la cabeza: si hubiera vuelto a tiempo junto a ella, si Kostia Dzhashi no se lo hubiera impedido, en ese caso ¿aún seguiría con vida?

La llamada sonó en el momento exacto en que Elene había hecho al fin de tripas corazón y había ido con Daria y conmigo, a paso lento, a la Casa

Verde.

Un día antes, le había dicho a su padre por teléfono que tenía algo que discutir con él, y ahora estaban los cuatro sentados en el salón, oían a Stasia canturrear en el jardín y a Nana preparar la cena en la cocina. Elene le había explicado, con la tranquilidad que le había sido posible, que pronto vería a su querida nieta en carteles de cine y sobre todo en varias pantallas, y que por desgracia se trataba de un hecho que no tenía vuelta atrás.

Kostia tomaba en silencio su fuerte té negro, y nada en su actitud, en su aspecto, revelaba que hubiera escuchado lo que Elene acababa de decirle. Se oía el tictac del reloj de pared, Daria se removía inquieta en su silla y miraba una y otra vez a su abuelo. Yo me mordía las uñas y esperaba el rayo que llegaría enseguida con su correspondiente trueno. Era un asunto entre Kostia y yo, lo sabía antes de que se pusiera en pie y, alzando una mano amenazadora, viniera hacia mí:

—¿Así que eres tú la que ha ideado todo esto, pequeño monstruo?

Elene se levantó de su asiento, por puro instinto maternal. Entonces, Daria se lanzó hacia él:

—¡Yo lo quise así, yo lo quise así, abuelo!

En medio del griterío, Nana entró en la habitación. Tenía el rostro petrificado. Sus rellenas mejillas estaban enrojecidas. Tenía en la mano la tapa de una cacerola y la boca entreabierta.

—¡El teléfono! —balbuceó, pero Kostia no se volvió, siguió mirándome fijamente.

—¡Ahora no! —gritó.

—¡Sí, ahora! —la voz de Nana temblaba.

—¡He dicho que ahora no!

—¡Ve al teléfono, maldita sea! —gritó, y cayó sin fuerzas en la silla en la que antes había estado sentado su marido. Kostia se movió lentamente hacia la puerta, como con desconfianza.

—¿Quién es? —preguntó, para asegurarse.

—Alania, él te lo dirá —susurró Nana, y dejó caer al suelo la tapa.

—¿Mamá? ¿Todo en orden?

—Es que...

—¡Salid! —Elene se volvió hacia Daria y hacia mí.

Antes de que hubiéramos dejado la habitación, oí a la abuela decir el nombre de Kitty.

Gritan que he robado la luna, que les pertenecía.

VLADÍMIR VYSOTSKI

Se decidió ocultar la noticia a Stasia. Incluso Daria y yo tuvimos que prometer que no le diríamos nada.

Dos semanas después del suceso, cuando estaba abonando el jardín con Stasia, se detuvo de pronto, me hizo traerle el taburete que utilizaba para sus pausas, se sentó en él y se quedó mirando fijamente la nada. Luego bajó la cabeza, y vi que las lágrimas rodaban por sus mejillas. Me acerqué a ella y la abracé por la espalda, incapaz de mirarla a la cara. Porque, si me preguntaba si su hija estaba muerta, no sería capaz de mentirle.

En algún momento, se levantó y siguió con su trabajo. No dijimos una sola palabra. Unos pájaros cantaban. Un coche pasaba a lo lejos.

—¿Otra vez los fantasmas? —rompí el silencio.

Me miró y me brindó una sonrisa sabia:

—Sí, corazón mío, otra vez los fantasmas.

—¿Están junto al cerezo, puedes verlos?

Era una idea terrible que, a menos de cincuenta metros de distancia, dos mujeres muertas jugaran a las cartas sin que yo pudiera verlas.

—Sí, los veo.

—¿Y las dos vuelven a jugar a las cartas?

—Las tres. Las tres juegan —dijo, y yo no me atreví a preguntar quién era la tercera persona.

Kitty Dzhashi fue enterrada en Londres. La policía se vio obligada a poner barreras para contener el alud de dolientes y mirones. Amy y Fred caminaban detrás del ataúd. Desde la noche en que había llamado a la guardia costera, Fred casi no había vuelto a decir palabra.

Dos meses después del entierro, Alania llamó a Fred Lieblich. Se encontraron en un pub de Leicester Square. Él se sentía fatal. Tenía un

enfriamiento, escalofríos, la cara cubierta de pústulas rojas. Ella lo observaba con una mirada inquietante y dura, sin la menor compasión, mientras daba caladas a su cigarrillo. Lo miraba como si él fuera un objeto, algo inanimado. Si me cayera muerto probablemente la dejaría fría, pensó él. Pero le contó la historia más increíble que ella había oído en su vida. Le contó, en su suave y aristocrático inglés, la historia de Kitty Dzhashi y Guiorgui Alania. Desde el día en que la había visto por primera vez, en el andén de una pequeña ciudad georgiana, hasta su huida de Tiflis. Le habló de Mariam y de Kostia, de su hijo y de Andro. Ella no conocía todos los hechos, Kitty solo le había mencionado a alguno de los personajes, algunos nombres. Pero aquel hombre que parecía enfermo le reveló todo el panorama de la vida de Kitty, con la que la suya estaba tan indisolublemente entrelazada.

Lo contó de manera clara y lineal y, sin embargo, a ella le parecía que necesitaba otras cuatro orejas, un segundo o un tercer cerebro, para poder entenderlo, absorberlo, clasificarlo todo. Su relato tenía algo de mantra, y aunque la mayor parte de lo que contó era tan funesto, tan definitivo, ella sintió consuelo. Algo parecido a la clemencia, un sentido en medio del absoluto absurdo de su vida.

Le habló de la huida de Kitty de Praga, de los años de Londres, de su temor diario por su seguridad. Le contó cómo ella se había ido convirtiendo, cada vez más, en parte de su vida, la más importante quizá, le habló de sus llamadas telefónicas; y ella se acordó de cuando, en su casa, Kitty se retiraba para hablar por teléfono a puerta cerrada. Y entonces sus palabras la llevaron lejos, extendieron delante de ella un tapiz, un tapiz en el que todo parecía lógico, de una forma terrible.

Y cuando él le habló de su último encuentro con ella en Seven Sisters, de la noche y de su amor desesperado en el frío suelo del pasillo, cuando le confesó incluso los detalles, a ella le pareció casi armonioso, esa noche, ese fin de su historia y de la de ella, y a pesar de un relumbro de celos pasajeros, pueriles, entendió el punto de partida de su último viaje, y no supo qué decir. Sus palabras le parecieron inútiles frente a las de él. Y, aunque él se lo pidió, no pudo hablarle de sus últimas horas con Kitty. No estaba en condiciones de hacerlo. Sería el primero al que se lo contara, un día, iría a visitarle.

Él la miró abatido durante un rato. Luego asintió, cortés, comprensivo, y se sonó en un pañuelo de tela que a ella le pareció una reliquia de otra época.

Le preguntó cómo había llegado a Londres y qué pensaba hacer.

—He huido. Aún no sé lo que haré, pero desde luego no retroceder. No puedo volver.

—Pero supongo que no puede quedarse aquí sin más —preguntó ella, y encendió otro cigarrillo.

—No —dijo Alania, y se esforzó por componer una sonrisa para quitar a ese «no» el peligro que emanaba de él.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Ya se me ocurrirá algo.

—¿Por qué ella nunca me habló de usted?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que quería mantenerla alejada de su pasado.

—Ella era mi corazón. Mi corazón negro.

Se preguntaba por qué lo había dicho, pero sonaba sincero.

—Amy se ocupará de su herencia. Sorprendentemente, había un testamento: Kitty quería crear una fundación para jóvenes músicos. Y la casa de Seven Sisters va a ser para mí. Seguramente la venderé. No soporto esta ciudad, este país. Tengo que irme —dijo, y agregó de pronto—: Cásese conmigo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Exactamente lo que he dicho. Cásese conmigo y podrá quedarse. Yo me iré. Podrá quedarse en la casa o donde quiera, en cualquier caso le darán un permiso de residencia en este país. Y será un hombre libre.

Él bajó la cabeza. No sabía si la oferta lo abrumaba o lo intimidaba.

—Pero no espere de mí que sea su mejor amiga y vaya con usted a visitar su tumba. Es solo que, me alegraría poder ayudarle de alguna manera.

Él se quedó mirando fijamente sus manos, al parecer seguía sin saber cómo reaccionar a eso.

—Puede pensarlo. Tiene mi número. Pero no debería tomarse más de una semana. En primer lugar, soy un trasto viejo y, en segundo lugar, no quiero esperar mucho para mudarme.

Se levantó y pagó la cuenta. Antes de que saliera del pub, él le preguntó adónde pensaba ir.

—A Viena.

Entonces él dijo que aceptaba su oferta con agradecimiento.

Kostia se recluyó en la Casa Verde; se pasaba horas sentado en su despacho, bebía vino, miraba el televisor con ojos de pescado y blasfemaba al oír las noticias vespertinas de *Vremja*. La jubilación forzosa lo había aislado repentinamente del mundo exterior. Como si le hubieran cortado las alas, de la noche a la mañana había perdido toda voluntad de vivir.

Al principio aún tenía visita de forma regular. De colegas y subordinados, que seguían en activo en el MVD o en la aduana, pero las visitas fueron haciéndose cada vez más infrecuentes y las mesas que Nana y Stasia servían para ellas cada vez más pequeñas.

A Daria, en cambio, todo el mundo la aclamaba. Su escenario ya no eran el colegio y el patio del colegio, ahora se la admiraba en toda la ciudad, y pronto quizá en todo el país. Imposible, decían, no querer a «esa chica bellísima» de la película. La reconocían por la calle, le pedían autógrafos, los directores la llamaban. Incluso los maestros hicieron la vista gorda —esta vez sin la intervención de Kostia— ante sus notas, de manera que no salió tan mal parada en los exámenes finales, aunque apenas podía estudiar de tantas citas públicas a las que tenía que asistir.

Daria seguía participando de la vida de la Casa Verde, pero ya nada era como antes, y tanto ella como Kostia lo sabían, lo sentían y sufrían por igual. Kostia no había podido retenerla. Se le había escapado, el éxito de Daria no emanaba de él. Ese reconocimiento hacía temblar el suelo bajo sus pies. Ese reconocimiento hacía que su ánimo, de por sí abatido, recorriera los campos más sombríos y más negros y vagara sin descanso.

Pero, en la medida en que la relación de Daria con Kostia se enfriaba, tanto más crecía la nuestra. Hablábamos todos los días. Me inició en sus secretos, me abrazaba y hacía cariños, me llevaba con ella, se me admiraba por ser su hermana, se me permitía participar de su fama.

La vida en la Casa Verde se me hacía cada vez más cuesta arriba. No podía soportar el desprecio de Kostia. Tenía que contar todos los días con que podía perder el control, insultarme y humillarme. Dormía mal, andaba de puntillas por mi propia casa. Y hacía mucho que tampoco podía contar con Stasia, mi único apoyo y cobertura durante todos aquellos años. Era demasiado vieja, demasiado frágil, y desde que sus dos visitantes muertas se habían convertido de pronto en tres sabía que lo irreal, que para ella siempre había coexistido con la realidad, predominaba ahora. Después de la muerte de Kitty, que nunca le fue comunicada, ya no sonaban en el granero ni Chaikovski ni

Mozart. Tampoco había ya estudiantes. Su cuerpo parecía haberse quedado sin fuerzas en poco tiempo. Se quejaba constantemente de sus dolencias, y a menudo se pasaba todo el día en la cama. También el jardín empezó a asilvestrarse. Porque, sin importar lo mucho que yo me esforzara por mantener el orden en su mundo vegetal, aquel trocito de tierra parecía de repente desolado y se negaba de pronto a someterse.

Pocos días después de cumplir dieciocho años, Daria recibió de un director ucraniano la oferta de un papel en su película, el rodaje tendría lugar en Kiev. Al principio dudó, insegura acerca de si soportaría sola seis semanas en el extranjero, pero cuando supo que el «maravilloso Lasha» sería el director de cámara aceptó enseguida.

A mí no me había gustado desde el principio. Con sus botas de vaquero, que solo llevaba para demostrar que era lo bastante elitista como para viajar a América y poder comprarse esas rarezas. Con su sonrisa de autocomplacencia, que dejaba claro a los otros que era consciente de su superioridad, de su buena apariencia. Pero daba igual con cuánta frecuencia se lo dijera a Daria, mis argumentos no la convencían y yo me sentía impotente ante el hecho de que lo idolatraba. Sin duda, su admiración aún era infantil, ingenua y soñadora, lejos de toda valoración objetiva, pero pronto, intuía, iba a exigir más.

Y, cuando Daria me dijo que Lasha y ella eran almas gemelas, que daría cualquier cosa por poder verle al menos una hora al día, supe que todo estaba perdido. Yo no era hábil en cuestiones amorosas. No lo fui nunca, y sigo sin serlo, Brilka.

No quería volver a cometer el mismo error y contar a Elene o a cualquier otra persona el secreto de Daria, pero tenía que detenerla, protegerla de algo que me daba mala espina, muy mala espina.

Una tarde, en los karts, me llevé a Miro a un lado y le dije que necesitaba su consejo. Hablé de «una amiga» y le describí la situación de Daria. Porque me daba la impresión de que definitivamente Miro estaba más puesto que yo en esas cosas.

La pista de karts del parque Mziuri tenía su propio público fijo. Hacía mucho que ya no solo participaban chulitos y estudiantes. Hombres adultos, locos del volante y aspirantes a pilotos rondaban la pista, hacían carreras o apostaban al ganador.

Me habían puesto un apodo, me llamaban «Einstein», y el mote se había

difundido con tanta rapidez que a veces yo misma olvidaba que en otros lugares atendía por otro nombre. Naturalmente, me habría gustado tener un mote distinto. «Bardot», por ejemplo, como llamaban a una rubia espectadora habitual, de grandes pechos; o «Claudia», la amiga morena de Tiburón, que se suponía que se parecía a Claudia Cardinale; o «Alla», como llamaban a otra por su divertido peinado alborotado, al estilo del de la cantante nacional rusa Alla Pugachova. Si me llamaban «Einstein», se debía a que era más que nada inteligente y, aunque me halagara, significaba sobre todo que nadie pondría sus labios sobre los míos mientras bailábamos pegados «Take My Breath Away».

—Creo que ese tipo es un hijo de puta, y o se separa de su mujer o tu amiga no debería verse más con él. Así de sencillo —me anunció Miro, a su manera decidida, después de haber escuchado mis preocupaciones.

Se rascó detrás de la oreja y miró atentamente la pista para ver si todo seguía el curso habitual. En realidad, lo que acababa de decirme era una verdad simple e irrefutable. Pero yo dudaba que esa frase, que pensaba repetir a mi hermana con la misma entonación, tuviera sobre ella el mismo efecto esclarecedor que conmigo, dudaba que devolviera las aguas a su cauce.

—¿Y tú? —me preguntó de pronto.

—¿Y yo, qué?

—¿También tienes a alguien?

—¿Flipas?

Esa fue la única respuesta que se me ocurrió. Él no dijo nada, pero creí ver brillar una pequeña sonrisa en las comisuras de sus labios. Luego se me acercó, me pasó el brazo por la cintura y me apretó contra él, como hacía a menudo. Pero en esta ocasión ese movimiento me resultó inusual, inesperado, me tensé. Siempre había tenido dificultades con la proximidad física. Y Miro era muy físico. Casi te molestaba constantemente con sus besitos, suaves o ruidosos, sus abrazos o sus empujones, como si necesitara ese contacto físico constante para estar seguro de sí mismo.

—¿Y tú? —susurré yo, en voz baja, con la esperanza de que pasara por alto mi pregunta.

—Sí. Hay alguien.

Claro. ¡Qué tonta había sido! Me sentí de repente miserablemente mal.

—¿Quién?

—Tú.

Enmudeció y volvió a mirar al suelo. Yo no podía creerlo. Repetí la pregunta, y él volvió a repetir aquel simple «Tú». Le miré y contemplé a ese chico al que solo veía cuando nos quedábamos solos, ese al que se le humedecían los ojos cuando le leía novelas de amor, que tanto le gustaban, pero que nunca lo admitiría delante de sus amigos, ese al que, por lo visto, no le parecía importante que yo fuera una cabeza más bajita que él, demasiado flaca, demasiado plana, que tuviera las rodillas afiladas y la nariz larga, que mis ojeras parecieran azuladas, que jamás pudiera peinarme con un hermoso recogido o una trenza simétrica, que mis ojos fueran tan negros que no se me vieran las pupilas. Un chico que me prefería a todas las Bardot y las Claudia de la pista.

—Tú y yo encajamos bien, ¿no crees? —lo dijo muy deprisa, como si tuviera una patata caliente en la boca o quisiera dejar todo aquello rápidamente atrás—. Yo te querré para siempre.

Sonó como una frase de uno de los muchos libros y películas que yo había leído o visto. Pero una frase así no suele aparecer en los buenos libros y en las buenas películas. En los buenos libros y en las buenas películas se dan muchas vueltas, se sufre, se cometen errores y se lamentan. Solo en los malos libros y películas se decía una cosa así, y yo no quería de ninguna manera que fuéramos dos personajes de un mal libro o una mala película.

Me quedé allí plantada, agarrotada, incapaz de decir o responder nada. Entonces, él me tomó la cara entre sus manos temblorosas, me miró y me dio un beso en los labios. Yo no sabía cómo se besaba, no sabía cómo se era guapa, no sabía cómo se deseaba. Solo sabía cómo lo hacían otros, pero aún no tenía un lenguaje propio en el que poder contar mis sentimientos. Pero al parecer eso no pareció molestarle, porque volvió a poner sus labios sobre los míos un par de veces más, hasta que una llamada de Tiburón nos interrumpió, y Miro se alejó, dubitativo y, a la vez, orgulloso y satisfecho.

Durante mi último año de colegio me trasladé de manera definitiva a casa de Elene, en la ciudad. Me resultó inesperadamente difícil dar la espalda para siempre a la Casa Verde, ver a Stasia tan solo los fines de semana, renunciar a los creps de Nana y a los programas de televisión de Illusion y El Mundo Animal, al jardín, la libertad, los bosques y el eterno piafar de los caballos — la música más constante de mi infancia—, pero sabía que de lo contrario aquel ambiente fúnebre iba a precipitarme a un profundo agujero negro.

En ese mismo año en que acabé el colegio, apenas cumplidos los quince años, en Checoslovaquia se reavivaron las protestas, con motivo del vigésimo primer aniversario de la invasión soviética. También en Georgia se notaba una cierta inquietud, se planteaban nuevas aspiraciones nacionales y se fundaron varios círculos de debate.

De pronto, los estudiantes georgianos se atrevieron a enviar cartas de protesta a distintos periódicos georgianos. Se fundaron nuevas asociaciones informales, y se aceptó como miembros a antiguos disidentes. Fue el año en que la gente habló del «despertar», el año en el que la película de Lazabidze, *El camino*, alcanzó el estatus de película de culto, después de su estreno tardío en Cannes, donde fue galardonada con un premio especial, sin que al equipo se le diera permiso para viajar allí. Fue el año en que Madonna cantó «Like a Prayer». El año en que Fred Lieblich se trasladó a Viena. El año en que por primera vez conceptos como «intereses nacionales» e «integridad territorial» dieron la vuelta al mundo. El año en que de pronto las asociaciones se convirtieron en partidos. Fue el año en que Hungría abrió su frontera con Austria y una incontrolable corriente de refugiados de la RDA inundó el Oeste. El año de las manifestaciones masivas a ambos lados del Muro de Berlín. El año en el que, en la Europa Oriental, seis dictaduras comunistas fueron pulverizadas y Ceausescu fue ejecutado junto con su Elena.

El año en el que en mi patria empezó a discutirse la «ocupación soviética». El año en el que cayó el Muro de Berlín.

El año de las primeras elecciones libres en Georgia desde 1921. El año del 9 de abril.

El encuentro que no tuvo lugar sigue sollozando en un rincón.

ANNA AJMÁTOVA

Hubo una huelga de hambre ante el edificio del Comité Central, la

principal reivindicación del pueblo parecía ser una reforma constitucional, según la cual las repúblicas socialistas soviéticas pudieran exigir la salida de la URSS. Se habían plantado tiendas de campaña en plena avenida Rustaveli, algo hasta entonces inaudito, jamás ocurrido.

Debido a los fuertes enfrentamientos entre el Partido Comunista y el nacionalista y a los constantes disturbios en la ciudad, los exámenes finales se adelantaron a marzo.

La escuela había terminado al fin. El día de mi baile de graduación yo estaba sentada en la escalera del salón de actos, fumaba un cigarrillo y esperaba a Miro, que iba a venir a recogerme. Llevaba un bonito vestido por primera vez en mi vida (creo que era el primer vestido que me ponía), un vestido de Daria que mi madre me había estrechado, y me sentía como un espantapájaros.

Tenía la intención de matricularme en la Facultad de Historia pero, en realidad, no tenía la menor idea de lo que quería hacer con mi futuro. Me interesaba por tantas cosas que sufría tormentos infernales por verme obligada a optar por una determinada dirección; habría preferido seguir sencillamente como estaba, con Miro y los otros chicos del parque Mziuri, hacer nuestras apuestas, andar por ahí, vivir sin rumbo, celebrando el presente.

Tampoco Miro sabía lo que quería. Su madre le insistía en que estudiara Arquitectura, porque dibujaba bien, pero él respondía con fría indiferencia a sus propuestas. Lana lo había intentado todo con tal de apartarlo de sus carreras de karts, pero había fracasado.

—¿Y ahora? —Miro había venido con una raída chaqueta vaquera y unos pantalones anchos, y se había sentado conmigo en los escalones. De la sala salía música ruidosa, todos bailaban. Me pegué a él—. ¿No quieres entrar?

—No.

—¿De verdad no hay nadie ahí dentro a quien quieras ver, Einstein?

—No. Y ahora deberíamos largarnos de aquí.

—Tienes un aspecto interesante con ese vestido.

—Deja de mentirme, tengo un aspecto espantoso. Pero está bien, ya lo he dejado atrás.

—¿Y adónde quieres ir?

—Demos un paseo.

Me colgué de su brazo y bajamos los escalones de tres en tres, lo más

rápido posible, para dejar atrás la antigua vida y pasar a la nueva.

A la orilla del río vimos las farolas reflejadas en el agua, pasamos por delante de casas de colores, a lo largo de la colina, por delante de los baños de azufre, siguiendo las calles adoquinadas del barrio armenio y del barrio judío que, según decían, estaban cada vez más vacías, porque la gente emigraba. Dimos un paseo hasta la plaza Lenin y sentimos allí el extraño silencio, la vaga agitación, la inusual oscuridad que nos rodeaba. Aunque era fin de semana y todavía no era demasiado tarde, apenas había gente por la calle. Casi todos los restaurantes del paseo fluvial habían cerrado. La mayoría de las ventanas estaban cerradas. Me apreté más a él. Apenas nos cruzábamos con nadie. No pasaban coches. Oscuridad, débil luz de las farolas y un silencio amenazador.

Naturalmente, aquella noche éramos demasiado jóvenes para la realidad. Naturalmente, los sueños sabían mejor que la historia y el futuro. Naturalmente, la esperanza era más hermosa que el presente. Naturalmente, estábamos enamorados el uno del otro y de nuestra idea del amor, que podíamos festejar. Naturalmente, éramos los primeros y los últimos enamorados de este planeta. Naturalmente, la amenaza que pesaba en el aire era una bagatela en comparación con la emoción que sentíamos en nuestro interior. Naturalmente, aquella noche éramos más inteligentes y más sabios que la vida misma.

Los abjasios empezaron a exigir también cambios constitucionales para la República Socialista Soviética de Abjasia. Entre otros, el restablecimiento de la Constitución de 1921, según la cual Abjasia tenía que ser una república de la Unión, y no parte de una. La élite abjasia se había acalorado ante el tono nacionalista que predominaba en aquellos días en los medios georgianos.

Cuando caminaba por la ciudad, oía cada vez con más frecuencia gritar a alguien: «¡Abajo el Imperio ruso!».

Pasé los días que siguieron al baile de graduación como en un sueño, dejé de ir a la pista de karts, pedí a Miro que se encargara de la «caja». Fui a la Casa Verde y me encerré en la habitación que había sido de Daria y mía.

De la pared colgaba un cartel de Queen que Daria había arrancado de una revista pop extranjera. Nuestras camas estaban perfectamente hechas, Nana seguía cuidando del orden en la casa. El sonido del televisor llegaba desde el

salón, Kostia estaba sentado delante del aparato, sin afeitarse, con un albornoz manchado, y ni siquiera se tomó la molestia de saludarme cuando pasé ante él. Stasia tenía problemas de tensión y pasaba mucho tiempo en la cama.

Era un día lluvioso, húmedo y frío. Tenía ganas de llorar. La habitación parecía tan abandonada sin Daria, sin nuestro pasado común. Me tumbé en la cama y miré al techo. Nana había doblado y amontonado en una silla los vestidos que Daria no se había llevado consigo. Todo estaba tan limpio y tan ordenado, y por eso mismo tan muerto y muy triste. Como si la habitación, la casa entera, se hubiera quedado sin vida.

Sentía el cerebro herido. No lograba avanzar. No sabía qué hacer conmigo misma y con mi vida. Palpaba fracturas y grietas a mi alrededor, sentía que el suelo que pisaba era de cristal, quería hacer algo pero no sabía por dónde empezar. Buscaba un lugar al que pertenecer, y aquella casa ya no era un lugar así. En casa de Elene y Aleko me sentía extraña. Miro y yo no teníamos un sitio al que retirarnos que no estuviera vigilado por Lana o Christine, y el parque Mziuri, con los chicos a los que consideraba mis amigos, me aburría cada vez más. Tenía la sensación de estar hecha de una acumulación casual de trozos de vida. Mi cabeza parecía un receptáculo de inutilidad y dispersión.

—Van a derramar sangre, esos cerdos. ¡Esos nazis! ¡Van a pisotear al pueblo! ¡Y ese necio oportunista que tenemos al frente del partido va a permitir que nos masacren!

Kostia volvía a rugir en el salón, y pasé por delante de él con sigilo, paso a paso, esperando que me dijera algo, pero, como si yo fuera uno de esos fantasmas de Stasia a través de los que se podía mirar, no lo hizo. Vi en la pantalla a gente indignada que hablaba, gruñía, escupía a la cámara.

—¿Qué ha pasado? —me atreví por fin a preguntarle.

—Nuestro Comité Central ha enviado telegramas de ayuda a Moscú porque no pueden con los manifestantes. Tienen pánico a los nacionalistas, y dejan ver que están desvalidos y desbordados por la situación. Por supuesto, Moscú acudirá, por fin tendrá un pretexto formal para invadirnos y darnos en los dientes. Y el Partido Comunista georgiano todavía saldrá bien librado, porque no será él quien se manche las manos e instigue a los rusos contra su propia gente.

—¿Qué significa eso?

—Piensa, para eso tienes un cerebro privilegiado, ¿no? Podrás utilizarlo

alguna vez, ¿no?

—Habrá...

—Sí, si el Gobierno no toma las medidas oportunas se derramará sangre. Dirán: fijaos en los polacos o en los checoslovacos, fijaos en los bálticos, pero son demasiado estúpidos para entender que no somos polacos ni bálticos. Ellos están casi en Occidente, tienen a la RFA y a Finlandia a la vuelta de la esquina, pero nosotros estamos aquí, a los pies del gigante, muy lejos de todo, y durante todos estos años hemos disfrutado mucho siendo el hijo predilecto del gigante. Ahora esos idiotas dicen que quieren caminar solos. Pero nunca han caminado solos. Hace doscientos años que no lo hacen. Esa banda de disidentes, excluidos y escupidos, que ahora quieren emplear a su favor el signo de los tiempos, menuda chusma: nacionalistas radicales, la inteligencia roja, los fanáticos esotéricos, los místicos fatalistas, criminales y usureros. Una mezcla bien abigarrada. Todos quieren acercarse al caldero de oro. Pero ha estado bien, ha estado bien, que el gigante los haya tenido en un puño.

—Pero todo el mundo...

—¡Todo el mundo, todo el mundo! La mayoría de ellos son sanguijuelas, son como garrapatas. No quieren hacer nada y aun así pretenden saciarse. No quieren trabajar y aun así aspiran a ser ricos. La mayoría quieren tener un techo sobre su cabeza, un salchichón en la nevera, el culo caliente de una mujer a la que poder pegarse en la cama e hijos que no sean mejores que ellos.

—¿Y qué quieres tú? ¿Qué querías para Elene? ¿Qué quieres para Daria?

Entonces me miró, otra vez, con esa mirada que estaba destinada única y exclusivamente a mí. Como si me despreciara y a la vez me compadeciera.

—No puedes soltar la presa, ¿eh? ¿Te has propuesto como objetivo complicarme la vida?

—Solo querría entenderte.

—Ajá, ¿tú, quieres entenderme? Si me hubieras entendido no habrías empujado a tu hermana a esa vergüenza, no la habrías enviado con tus propias manos a ese mundo degenerado, te habrías esforzado en el colegio y habrías conseguido unas buenas notas —¿cómo sabía que mis notas no eran buenas?—. Si me hubieras entendido no habrías empezado a salir con ese bastardo de Eristavi y... —¿cómo sabía acerca de mí y de Miro?—. Y... bah, dejémoslo.

—Para ti todos son bastardos. Todos son débiles y todos son estúpidos. Todos los que no viven como tú.

—Cállate, quédate a ver la televisión si quieres y dame las gracias por que aún te tolere aquí.

—Toda esa gente de ahí fuera quiere una vida distinta, más digna de ser vivida. Todos esos estudiantes que se manifiestan y hacen huelgas de hambre ya no quieren darse por satisfechos con un salchichón en la nevera y un culo caliente en la cama y tener que cerrar la boca a cambio. Quieren decidir por sí mismos lo que tienen en la nevera, qué culo se acuesta junto a ellos y lo que piensan y dicen.

—Sí, vete allí, siéntate y haz huelga de hambre con ellos. Pronto serás estudiante universitaria, haz como ellos y, cuando te apunten con un Kaláshnikov, no digas que no te lo advertí.

—Todo eso ya ha ocurrido en muchas repúblicas de la Unión, y hasta ahora...

—¡Ninguna de esas malditas repúblicas es Georgia!

Lo dijo casi con desesperación.

Yo no sabía qué responderle, y salí ofendida de la habitación.

De hecho Rusia vino, primero en la figura del general Koschetov, entonces lugarteniente del ministro de Defensa soviético, que antes había servido en el Cáucaso. Aún en el aeropuerto, preguntó a los representantes del Partido Comunista georgiano qué pensaba hacer el Gobierno para normalizar la situación. Pero el llamado Gobierno estaba ya tan fragmentado, tan dividido, tan en desacuerdo acerca de lo que quería, que se mostraron perplejos y respondieron de manera confusa. El 5 de abril, Daria volvió del rodaje. Radiante, hermosísima, con los ojos chispeantes. Nos trajo regalos y *souvenirs* a todos. Llevaba un abrigo de cuero marrón que le hacía parecer una verdadera estrella de cine, y que, definitivamente, no procedía de una tienda moscovita. Elene, Aleko y yo fuimos a recogerla. A la salida, varias personas la pararon para pedirle un autógrafo. Manejó el espectáculo con impresionante facilidad.

En el aeropuerto se encontraba también la esposa del maravilloso Lasha. Corrió hacia él y lo cubrió de besos. Vi que Daria apartaba la vista de ese encuentro, levantando las cejas, y componía para nosotros su hechizante sonrisa.

Íbamos a ir juntos desde el aeropuerto a la Casa Verde para dar una

sorpresa a Kostia, Nana y Stasia. Compramos en el mercado fruta y verdura fresca y carne para hacer *shashlik* y subimos.

El labio inferior de Kostia empezó a temblar cuando vio a Daria y, aunque intentó mantener el férreo gesto del imperturbable, la abrazó con todas sus fuerzas. Me di cuenta de que algo había cambiado en ella, de que algo sucedía en su interior. Hablaba sin parar del emocionante rodaje, del fantástico guion, de la buena disposición de los compañeros y, a pesar de todos sus esfuerzos, no consiguió no mencionar a Lasha. Su nombre aparecía en una de cada dos frases.

—Daria, por favor, dime que no es cierto. ¡Por favor, dime que no has empezado nada con ese imbécil vanidoso! —le susurré cuando fuimos a la cocina a cortar tomates para la ensalada.

—¡Sííí! —se le escapó, casi con alivio—. Estamos juntos. Me quiere, y va a separarse de su mujer.

El 8 de abril volví a la ciudad para ver a Miro. Íbamos a ver *Posesión infernal*, Tiburón había conseguido la película en VHS y decía que era realmente impactante. Cuando me reuní con Miro en la parada del autobús, vi ya desde lejos la preocupación en su rostro. Los rusos estaban de camino a la ciudad, me dijo en un susurro, había que restablecer el orden y quizá el derecho de reunión y manifestación quedara abolido en las próximas semanas.

Tiburón estaba enfermo, y no hubo velada de vídeo. Paseamos sin rumbo por las calles. Miro propuso ir al parque y dar una vuelta con los karts. Yo no tenía ganas, así que nos buscamos un sitio tranquilo y nos tumbamos en la hierba fresca. Puso su chaqueta vaquera en el suelo para que me sentara. Yo llevaba conmigo *Moby Dick*, y le leí un rato, pero él parecía disperso, no escuchaba con atención. También a mí me costaba trabajo concentrarme. Se me pasaban muchas cosas por la cabeza.

Le pasé la mano por el pelo. Me acarició el vientre. Sabía que quería encontrar algo en mi cuerpo que apuntara al futuro, pero le negué ese deseo. Sabía que se equivocaba, por lo menos por hoy se equivocaba. Quizá mañana fuera diferente. Lo que yo habría querido era quedarme tumbada para siempre con él en esa penumbra y sobre la hierba húmeda, en medio de ese silencio. Pero, al mismo tiempo, no podía seguir reprimiendo la inquietud que había en

mí. Acaricié la vieja edición de Melville y cerré los ojos.

—Yo también voy a escribir. Voy a escribir libros —le dije, y esperé que él me hiciera alguna pregunta, o al menos expresara su asombro, pero no lo hizo, se limitó a asentir, como si hubiera estado todo el tiempo esperando oír esa frase, y me dio un beso.

—Sí, debes hacerlo, escribir libros, quiero decir —dijo luego, después de haberme acompañado hasta casa de Elene—. Te recojo mañana —prometió, y se despidió.

Pero cuando el 9 de abril llamé a casa de Christine, no respondió nadie. Christine siempre solía estar en casa. Miro no apareció. Aleko no estaba. Mi madre dijo que se iba a dar su clase particular, y que volvería en torno a las siete. Me pidió que me quedara en casa, que se esperaban disturbios.

Pero salí, fui en dirección a la avenida Rustaveli y vi a innumerables personas en las calles, advertí cómo pasaban coches de la milicia. En ese momento, aún no sabía que varias divisiones habían entrado ya en Tiflis, desde Moscú y el norte del Cáucaso. No sabía que había tanques de camino a la ciudad, no sabía que la 345.^a división —la misma que se emplearía en «misión de paz» en las guerras civiles venideras en el Cáucaso— se dirigía a Georgia.

También ignoraba que los nacionalistas, pese a estar informados de la llegada del ejército, no pedían a la gente que se fuera a casa. Al contrario: minuto a minuto llegaban cada vez más personas, bullían en las calles como hormigas, la ciudad entera parecía en pie.

Logré llegar a Vaké en un trolebús abarrotado, pero no encontré a nadie. Llamé al timbre y con los nudillos durante varios minutos. Regresé a pie, porque ya no había trolebuses. Llamé desde una cabina a la Casa Verde. Stasia cogió el teléfono.

—Cariño, ¿dónde estás? ¿Estás bien? Kostia dice que va a producirse una escalada si no logran mandar a la gente a casa. Daria ha ido a la ciudad, le pedimos que se quedara, pero quería ir a toda costa a manifestarse con sus amigos. Espero que estés en casa con mamá.

«Amigos» equivalía en este caso al maravilloso Lasha. Yo no lo hubiera considerado un patriota.

—Si Daria no ha llegado a casa a las diez, Kostia va a ir a buscarla a la ciudad —me explicó.

Oí cómo sus labios secos tocaban la punta del cigarrillo.

—Yo la encontraré, esta noche iremos a casa. Cogemos un taxi. Dile a Kostia que tenga dinero suelto a mano, yo no llevo mucho encima. Y dile a mamá que Daria y yo vamos a subir con vosotros, para que no se preocupe.

—Niza, espera, escucha, dónde estás...

Colgué.

Si Daria ya estaba allí, podía suponer que hacía mucho que Miro estaba en la manifestación. Empecé a correr. Corrí junto a personas que enarbolaban banderas georgianas y gritaban eslóganes. No presté atención a sus palabras. Ya había oscurecido, las farolas se encendieron. Sudando, dejé atrás la estación de metro de Rustaveli, pasé ante la Asociación de Cineastas, seguí en dirección a la ópera y a la Escuela Estatal de Cine y Televisión, llegué hasta la iglesia de Kashveti, bajé al subterráneo, vi la fachada de mi colegio y me sumergí en la marea humana.

El secretario del Partido Comunista georgiano apareció ante la multitud, en apoyo del patriarca de la Iglesia ortodoxa georgiana. El patriarca era quien tenía que pedir a la gente que regresara a casa, porque el secretario sabía que nadie iba a dar ningún valor a sus palabras. Los nacionalistas pidieron a la gente que mantuviera la calma, significara eso lo que significase. Yo busqué y busqué. Grité el nombre de Daria, grité el nombre de Miro. Me encontré a un par de compañeros, me sorprendió mucho que hubiera tantos jóvenes allí.

—Han venido a verme y me han dicho que el peligro es inminente. Nos quedan pocos minutos para evitarlo... Vayamos a la iglesia de Kashveti y recemos —dijo el patriarca.

¿Por qué no le pedía a la gente que se fuera a su casa si la situación era realmente tan grave? ¿Cómo iba una iglesia a ofrecer protección a tantos?

El comandante ruso ya estaba con sus hombres de camino al palacio de Gobierno. Y yo seguía buscando a los míos. Me vi empujada, la gente se apretujaba contra mí, necesité una eternidad para abrirme paso entre la muchedumbre. De pronto oí un rumor entre la multitud. Salté, era demasiado bajita, no tenía visión de conjunto, todas esas cabezas, espaldas y cuellos me tapaban la vista, pero poco después escuché un ruido extrañamente sordo, pesado, y después varios motores. Mis oídos estaban bien adiestrados cuando se trataba de motores, y ya no tuve que esforzarme para saber que por las dos calles paralelas al palacio de Gobierno un ejército entero de vehículos militares venía hacia nosotros, seguido por tanques de color verde ciénaga. Yo nunca había visto un tanque en mi vida, y la imagen —la multitud había

empezado a dispersarse— me dejó fascinada.

El pánico que entonces se produjo me pareció como un virus incontrolable que se propagaba por el aire y contagiaba a todo el mundo, solo que con distintos síntomas en cada caso. A mí me paralizó. Tan solo sentí que me quedaba helada y a mi frente afloraban frías gotas de sudor. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Qué se me había perdido? ¿A favor o en contra de qué me manifestaba? ¿En qué clase de país quería vivir? Hasta entonces, no me había hecho realmente esas preguntas. Una parte de los manifestantes subió corriendo los escalones del palacio de Gobierno, otros retrocedieron hacia mi antiguo colegio, pero la columna ya estaba allí, nadie podía escapar de ella.

Trepé a un pedestal que habían levantado para las intervenciones, de allí seguí subiendo a una gran columna de la fachada, y de pronto la vi. Estaba en la entrada del edificio del colegio, sola, como si de un segundo a otro todas las personas de este planeta la hubieran abandonado y mirara confusa y desvalida a su alrededor.

«¡Christine!», grité con todas mis fuerzas. Pero ¿cómo iba a oírme? Miles de personas gritaban y se chillaban unas a otras. Algunos empleaban un megáfono. Por suerte podía verla bien. Estaba como en éxtasis, mirando algo o a alguien. Al principio pensé que había ido por Miro, y eso me hizo concebir la esperanza de que estaría cerca y lo encontraría, pero cuando miré con más atención me di cuenta de que su postura, la tensión en su cuerpo, tenía algo muy decidido, como si siguiera sus propios objetivos, que la habían guiado hasta allí y que perseguía imperturbable.

Llevaba un vestido estrecho, hasta las rodillas, que a la luz azulada de las farolas parecía incoloro, y zapatos de tacón. De lejos se hubiera podido pensar que tenía treinta años, no se veía el velo que le tapaba el rostro, tan solo los cabellos negros como el carbón en marcado contraste con el blanco de su rostro. Su postura era impecable, los hombros rectos, los finos tobillos embutidos en medias negras transparentes. Llevaba en la cabeza un sombrerito adornado con una pluma. Me apresuré a volver a bajar. Aparté gente, me abrí paso entre la multitud presa del pánico. Serpenteé entre centenares de cuerpos, a la vez que me ocultaba detrás de ellos. Traté de no perder de vista a Christine, no podía escapárseme, tenía que llegar hasta ella. Bajé los escalones y me deslicé por un pasillo humano para salir de allí. Ahora podía correr. En cuestión de segundos estaba en la explanada delantera del colegio, que estaba relativamente vacía. Como la explanada, con su

amplia superficie, ofrecía poca protección, poca gente había buscado refugio en ella. Christine se hallaba en medio de la plaza y miraba fijamente algo. Cuando llegué allí, el ejército ya había cortado el bulevar por todos sus costados. Ya no había escapatoria. Aquí y allá algunos funcionarios de la milicia georgiana se mezclaban con la multitud, pero estaban desbordados y, en vez de mantener el orden, no hacían sino acosar aún más a la gente con gritos aterradores.

Alguien cayó delante de mí, pero no me detuve, corrí hacia aquella mujer que parecía salida de otra realidad, y hui hacia esa realidad, porque la que me rodeaba era espantosa y me daba miedo.

En el preciso instante en el que ella se dio la vuelta de pronto y fue a echar a correr en dirección al palacio de Gobierno, le toqué el hombro. Ella se sobresaltó y retrocedió un poco pero, al reconocirme, emitió un sonido de alivio. En ese momento yo me tambaleé: porque no llevaba ningún velo, y desde el lado izquierdo de su rostro me miraba una mueca terrible. No supe cómo soportarlo sin mostrar mi horror, así que miré al suelo. Ella dio un paso hacia delante, quería volver a irse, cuando grité:

—¡Soy yo, Christine, Niza! ¿Qué haces aquí? ¡Tenemos que irnos, tenemos que irnos deprisa!

Grité de manera histérica. Ya no me atrevía a mirar hacia la calle. Tan solo percibía un rumor atenuado y al tiempo muy nítido, y no quería darme la vuelta, no quería prepararme para lo que pudiera venir después o ya había empezado. Y entonces ella sonrió. Aquella sonrisa no me dio menos miedo que la presencia masiva de los militares. Traté de concentrarme en la mitad derecha de su rostro para no chillar. Entonces Christine se volvió hacia mí y dijo, decidida:

—Tenemos que detenerlos. Los bolcheviques no pueden volver a invadirnos. Tenemos que parar al Ejército Rojo. De lo contrario todo volverá a empezar, y *él* volverá. Volverá a tomar el poder, y Ramas...

—¿Quién? ¿De qué estás hablando? Este no es el Ejército Rojo, Christine.

Me miró confundida, luego hizo un movimiento con la mano delante de mi cara, como si quisiera ahuyentar mis dudas, y sacudió la cabeza:

—No comprendes, pequeña...

—Estamos en 1989, Christine.

—Pero tenemos que detenerlos. O *él* regresará. Y Ramas no podrá soportarlo. Tienes que decir a tus amigos que volverán, y lo que significaría

que todo volviera a empezar desde el principio. Pero me ayudarás, ¿no? ¡Eres una chica inteligente! Tienes que detenerlos. Yo nunca lo he intentado. Ahora tengo que hacerlo, ¿entiendes?

—Christine, estás confundida, tenemos que llevarte a casa. ¿Dónde está Miro?

En ese momento, el rugido de la gente a mi espalda era ensordecedor. Sentí que me temblaban las rodillas. Oí gritar a alguien que llevaban palas en las manos. No entendí qué quería decir. ¿Qué palas? Tenía que sacar de allí a aquella mujer perturbada, por no hablar de mí misma. La cogí por el codo y la arrastré conmigo. Sin volverme, sin mirar el bulevar, eché a correr hacia el edificio del colegio.

Claro, cómo no se me había ocurrido antes. ¡El colegio! Mi viejo colegio, ni en sueños me habría podido imaginar tan contenta de verlo. Tan solo tenía que entrar al edificio de algún modo, y de allí al patio trasero, y desde ahí se podía llegar a la Mtatsminda, la montaña sagrada, y escapar. Las puertas del colegio estaban cerradas. La única posibilidad era romper una de las ventanas de la planta baja, entrar por allí y abrir por dentro una de las puertas para Christine. Vi a un grupito de personas correr hacia la explanada. Aceleré mis pasos, pero Christine, empeñada en quedarse, gritó algo, trató de detenerme. Tiré de su brazo con todas mis fuerzas, pero sus tobillos no hacían más que torcerse, su calzado no estaba hecho precisamente para huir de una fuerza armada.

Se me escapaba una y otra vez, tenía que frenarme, alcanzarla, empujarla. La multitud delante de la escuela era cada vez mayor, retrocedía, corría hacia el edificio buscando vías de escape. También había soldados en la explanada. Corrían y gritaban algo, sostenían los fusiles como si fueran escudos. A pocos metros de mí, oí de pronto un golpe sordo y algo me salpicó la mejilla. Me volví, asqueada. Vi caer un cuerpo al suelo. Un soldado estaba golpeando con una pala a un joven que se retorció de dolor.

Habría podido vomitar, pero el miedo me impulsaba a avanzar, hice acopio de todas mis fuerzas, agarré a Christine y tiré de ella. Conseguimos escapar de la multitud que venía hacia nosotros como una ola incontenible. El ala izquierda del colegio estaba desierta. Al oscuro callejón aún no habían llegado ni gente ni soldados. Me agaché y obligué a Christine a quitarme el zapato, y rompí un cristal con el tacón.

—Espera aquí, voy a venir a buscarte, ¿vale?

Se lo grité varias veces al oído y me puse manos a la obra, quitando esquirlas de cristal. Pero Christine insistía en regresar a la manifestación.

—Christine, este no es el Ejército Rojo —repetía yo de manera monótona.

—¡Claro que lo es, pequeña! ¿Qué, si no? ¡Desde luego que son los bolcheviques!

Yo ya no podía perder más tiempo en absurdas explicaciones, quité un gran trozo de cristal del marco de la ventana y me hice un corte en el pulgar. Grité. La sangre me corrió por la mano. Christine miró fascinada mi herida, para volver a empezar enseguida desde el principio:

—Tenemos que hacer algo. Ya le he dicho a Misha que tenemos que levantar barricadas. Está en alguna parte, le conozco, no podrá quedarse de brazos cruzados mientras yo esté aquí.

Me agarré al picaporte de la ventana y metí una pierna por la abertura. Lo conseguiría. El hueco era quizá lo bastante grande para mí, pero nunca lograría meter en el colegio por él a aquella anciana confusa. ¿Cómo podía buscar una puerta y al mismo tiempo asegurarme de que se quedaba allí y me esperaba?

Cuando estuve dentro, le tendí la mano, y de repente la cogió de buen grado. Así nos quedamos, cogidas de las manos, yo dentro y ella fuera, y nos miramos. La miré a la cara. Intenté imaginarla sin aquellas horribles corrosiones. Reconocerla como había sido. Antes de que los rojos llegaran. Le expliqué con insistencia que tenía que quedarse allí sin dar un solo paso hacia la entrada principal, y de pronto su rostro se iluminó, como si se le hubiera ocurrido algo increíblemente gracioso, y se echó a reír. Con la despreocupada risa de un niño. Yo en cambio tenía ganas de llorar. Le pedí, le insistí en que se tranquilizara, en que no se moviera allí, en que dejara de reír, pero cuanto más le insistía más le divertía, y más ruidosa y desenfrenada se hacía su risa. Hasta que, de golpe, se calmó y alzó la cabeza hacia mí.

Y entonces me contó el chiste más macabro que he oído nunca, macabro no por su contenido, sino sobre todo por las circunstancias. Yo estaba paralizada, impotente, fascinada por su locura, y me quedé pegada a la ventana y la escuché. Te contaré ese chiste a lo largo de nuestra historia, Brilka, pero aún no. Ahora aún no puedo. El fantasma aún no ha pasado. Aún estoy allí, en aquel pasillo oscuro del colegio, y no sé qué hacer para salvar mi vida y preservar también la suya.

Porque ella ya había vencido al fantasma, engañado al tiempo, se había

despedido de las reglas del mundo, pero yo no. Yo aún tengo que atenerme a los hechos. A mis recuerdos, que no paran de jugarme malas pasadas. A las imágenes que invaden mi cabeza. Todavía no puedo reproducirlo para ti, pero pronto, pronto lo haré. Te lo prometo. Una vez que haya llegado hasta ti, cuando haya dejado atrás todo lo que me ha impedido llegar hasta ti, lo haré.

Cuando contó su chiste y se aseguró de que lo había entendido, me soltó la mano, se volvió de golpe y, antes de que pudiera agarrarla por el brazo o por el vestido, salió corriendo.

Intenté volver a salir por la ventana, grité su nombre sin parar pero, cuando ya estaba medio fuera, no la vi, y supe que no tenía sentido seguir buscándola. Se había disuelto entre la multitud cada vez mayor, se había vuelto parte de ella, se había sumido en ella, había buscado y encontrado refugio en el epicentro de los acontecimientos.

Un sonido animal, completamente ajeno a mí, salió de mi garganta. Durante unos momentos, me quedé como petrificada en el oscuro pasillo, sin saber qué hacer. Mientras me sentaba en el suelo frío de mi colegio, temblando de pies a cabeza, oía chillar fuera a la gente, cuerpos caer al suelo, gritos de auxilio y, una y otra vez, los sonidos sordos de las palas que golpeaban un cuerpo, una cabeza, una vida.

Esperaba oír disparos en cualquier instante, pero no los hubo. Eso lo hacía todo aún más insoportable, porque el hecho de que no hubiera disparos permitía esperar salir con vida, huir de aquella campana de cristal. Entonces oí la extraña palabra: «¡Gas!». No pude descifrarla hasta que comprendí que estaban empleando gas lacrimógeno. Me rehíce y caminé a paso lento por el oscuro pasillo, me deslicé por el edificio, fantasmagóricamente oscuro y vacío, que tanto había odiado durante muchos años de mi vida, y que ahora me ahorraba ver cosas que no podía soportar. Subí las escaleras. Mis zapatos provocaban unos extraños ruidos crujientes en la madera. Desde las paredes me miraban distintos poetas y pensadores, entre ellos seguía guiñándome un ojo el tío Lenin.

De pronto eché a correr; por supuesto, en la sala de profesores había un teléfono, debía llamar a mi madre o pedir ayuda a Kostia para que me sacaran de allí. Pero, al mismo tiempo, sabía que eso era imposible. Daba igual qué persona de mi familia acudiese, se convertiría inevitablemente en parte de aquel escenario inhumano. Se vería amenazada por las palas y los Kaláshnikov, los tanques y el gas. No, esa idea era impensable. Esa

posibilidad ya no existía.

Subí a mi antigua aula, cuya puerta estaba abierta, y me senté en el banco que durante años había tenido que soportar mi odio hacia el colegio y hacia mis condiscípulos. En el que había garabateado varias frases y dibujos. Gritos de ayuda, amenazas. A pesar de la oscuridad, pude descifrarlos y, por alguna razón, me alegraron. Me parecían algo así como un asidero, un signo de que el mundo, tal como lo conocía, había existido alguna vez y no era solo imaginación mía. Me aferré a «Lenin + Marx = Caca de la vaca»; a «Guja el profesor de matemáticas es idiota», pero también a «124 días más y me habré largado». Evoqué los días y momentos en que había rayado aquellas frases en la estable madera del pupitre. Todavía podía recordar algunas cosas, el resto había desaparecido de mi mente. Me tumbé encima del banco, me abracé a él con ambas manos, escuché si fuera se oían disparos, si alguien ya pronunciaba la definitiva palabra *muerto*, pero no oí nada. Aún podía tener esperanza.

Había perdido toda noción del tiempo. Me concentré en los latidos de mi corazón. Ya no puedo recordar cuánto tiempo estuve allí tumbada, esperando que me rescataran o me matasen. En algún momento, cuando el ruido exterior dejó de ser ensordecedor, me levanté y volví a bajar los peldaños. Me asombraba que a nadie se le hubiera ocurrido la idea de refugiarse en el colegio, y al mismo tiempo tenía mala conciencia por no haber abierto de par en par las puertas y haber hecho señas a la gente.

Fui a la salida trasera y sacudí la puerta. Estaba cerrada por dentro. Fui a los servicios y vi en el de caballeros una ventana que se podía abrir. Me asomé: la parte trasera del colegio estaba desierta. Solo de una calle lateral seguían viniendo gritos. Hasta que no volví a estar de pie sobre el asfalto del exterior, no me di cuenta de que había llevado todo el tiempo algo en la mano sana, y que mis dedos estaban agarrotados de sujetarlo. Bajé la vista, era el sencillo zapato negro de Christine. Algo en aquella imagen me sume todavía hoy en un rigor de pánico. Apreté el zapato contra mi pecho y empecé a sollozar sin control, mientras corría. Trepé por encima de una valla, logré pasar delante de dos vehículos militares y escapé finalmente por las calles altas y ventosas de la montaña sagrada.

Solo cuando llegué a los ocultos patios traseros de Vera me detuve para tomar aliento. Había corrido hasta allí sin parar. Me había caído, me había levantado, había seguido corriendo. El ruido y los gritos habían desaparecido.

En aquella zona vieja y adormilada todo parecía tan pacífico como si a pocos kilómetros de allí unos hombres no se hubieran lanzado sobre otros esgrimiendo palas. Las casas yacían en un profundo sueño. Sin aliento, me senté en la acera. Mi ciudad natal nunca me había parecido tan grande y solitaria. Y tan dividida.

Totalmente exhausta, aporreé la puerta de Christine. Ya no recuerdo cómo llegué hasta allí, solo sé que evité las calles principales y seguí corriendo, cada vez más despacio, pero sin detenerme, hasta que llegué a su casa. Fue el primer sitio que se me ocurrió al que podía ir. Dudo que pueda haber tenido otros motivos más altruistas, y que, en mi estado, pudiera preocuparme por el bienestar de Christine o de Miro. Sencillamente, ya no tenía fuerzas para seguir.

Miro me abrió la puerta. Había estado buscándome, todos estaban fuera de sí de preocupación, y Christine había desaparecido sin dejar rastro. Elene y Aleko habían estado allí. Todos estaban muertos de miedo. Cuando vio que había sangre en mi rostro y en mi ropa se sobresaltó, pero le hice una seña de que no era nada grave, las fuerzas no me daban para más. Por suerte, no tuve que pedirle que llamara a casa para decirles que se tranquilizaran, que estaba viva. «¿Y Daria?», pregunté. Me tranquilizó, había estado en Rustaveli con el maravilloso Lasha a primera hora de la tarde pero, cuando el ambiente se puso demasiado tenso para ella, se había retirado a la Casa Verde y había podido escapar a tiempo de la escalada violenta. Sin lavarme ni desnudarme, caí en la cama de Miro y me dormí en cuestión de segundos.

Era ya por la mañana temprano cuando me despertó la mano de Miro en mi mejilla. Me había untado unas tostadas y me había preparado un té, que me puso delante de la nariz. Me senté y me lancé sobre la comida, ni siquiera sospechaba que tenía tanta hambre.

Lana estaba en Bakú, en alguna conferencia de planificación de obras, y llamaba con regularidad. Elene vendría a recogerme por la tarde, me dijo cauteloso Miro. Se había impuesto el estado de excepción en la ciudad, y había toque de queda.

Christine seguía desaparecida, y le conté nuestro encuentro de la tarde anterior. De todos modos le oculté su estado psíquico, porque no sabía cómo iba a reaccionar. Tenía que atenerme a los hechos, a los hechos sólidos como

rocas, a las cosas *normales*, a las cosas familiares. La hora. El rostro de Miro. El olor de sus sábanas. Las manchas de mi vestido. El eucalipto en el alféizar de Miro. El póster con el coche de carreras en la pared. Eran cosas que podía comprender, que conocía, que no me desbordaban. Todo lo demás era demasiado, muy grande, me exigía mucha energía.

Miro me miraba con la boca abierta, murmurando en voz baja, algo intimidado, que qué estaba haciendo. Pero no me dejé apartar de mi plan y deposité cuidadosamente mi ropa en el suelo. Plegué mi camisa, mis pantalones. No llevaba sujetador, con mi talla de pecho no habría sido más que un despilfarro. Por último, me quité también las bragas y fui, como Dios me trajo al mundo, hacia la diminuta ducha del cuarto de baño, que estaba justo al lado de la puerta de entrada.

Pocos minutos después, él entró al baño y se quedó delante de la cortina de la ducha.

La abrí. Quería que me viera. Quería que lo viera todo. Todo lo que se había grabado en mi cuerpo durante la última noche, y para lo que no encontraba palabras.

Tendí la mano hacia él; el agua caliente, curativa, caía sobre mí. Me cogió la mano y se quedó un momento delante de mí sin decir nada, con la mirada clavada en el suelo, como si se preguntara qué era lo siguiente que debía hacer. Luego, metió la cabeza en la ducha y me dio un beso. Yo le abracé y tiré de él hacia mí.

Más tarde me llevó a su habitación, envuelta en una toalla, terciada sobre el hombro como si fuera una alfombra enrollada, me dejó caer en la cama deshecha y se tumbó a mi lado. Habíamos dejado sus ropas mojadas en la cabina de la ducha.

Por primera vez, estábamos desnudos. Por primera vez, me daba igual si le parecía deseable o lo bastante hermosa. Por primera vez, quería que leyera mi cuerpo como una historia. Lo atraje. Lo encerré en mis brazos, las yemas de sus dedos estaban temblorosas, sus labios fríos, su piel era áspera y tenía los músculos tensos, le brillaban los ojos. Sentí su perplejidad por estar así conmigo justo ahora, tan inesperadamente. Ahora, mientras su mundo y el mío se hundían.

Allí, en su cama de niño, en el piso desolado de Christine.

Me aferré a él, con el corazón desbocado. Mientras mis manos palpaban su vientre, tocaban su torso, acariciaban su nuez de Adán, veía al soldado agitar

la pala, veía el cuerpo de ese hombre joven caer al suelo. Veía las heridas de Christine mientras Miro olía mi piel y besaba mi pecho, mientras me levantaba en vilo y me ponía sobre él, sin dejar de mirarme, y me apartaba del rostro el pelo indomable y mojado. Y creí estar en el oscuro y vacío pasillo de mi colegio y oír fuera los gritos incesantes de la gente que se atropellaba y pedía ayuda. Me agarré a él como si su cuerpo pudiera lograr que aquellas imágenes, aquellos sonidos no hubieran ocurrido. Si lo apretaba lo bastante fuerte, si lo amaba con la fuerza suficiente, si clavaba las rodillas en el colchón y apoyaba las manos en su pecho, si lo recibía dentro de mí, ¿podría darle un refugio, aunque no hubiera logrado acoger en mi escondite a Christine y a tantas otras personas?

Volví la cabeza a un lado, no quería que se viera contagiado por mis imágenes, porque estaba tan cerca de mí, tan cerca como nunca antes.

En el suelo yacía la sucia chaqueta vaquera que yo había llevado el día anterior, y de su bolsillo sobresalía la punta del zapato negro de Christine.

Setenta y dos años... ¡de viaje hacia ninguna parte!

PANCARTA EN UNA MANIFESTACIÓN

El ejército había puesto bajo su control todo el centro de Tiflis.

La búsqueda de Christine duró mucho, solo al final del día siguiente pudo identificarse su cadáver en uno de los hospitales de la ciudad. La causa oficial de la muerte era parada cardíaca. Arrollada por la multitud y caída al suelo. Ya no se había levantado de allí. Oficiosamente, sin embargo, había sido el regreso del pasado y la incapacidad para soportarlo.

La intervención militar contra los manifestantes, que a mí me había parecido una eternidad, había durado al parecer solo treinta minutos, que habían costado la vida a veintiuna personas, entre ellas mi tía abuela Christine. Treinta minutos, veintiún muertos y cientos de heridos. Mi familia suponía que Christine había perdido el velo de su rostro en el tumulto general, yo les dejé creerlo.

Estábamos en el frío pasillo del sótano del hospital, delante de anatomía

patológica. La sala de espera estaba llena. Había gente sentada, algunos lloraban, otros reían aliviados porque el fallecido no era el que buscaban. Stasia fue la primera en entrar sola. No quiso que ninguno de nosotros estuviera presente. Kostia estaba sentado solo al otro extremo de la sala. Cuando Stasia volvió y asintió, como signo de que era realmente Christine, él se limitó a mover la cabeza. El rostro de Stasia no revelaba nada, ni espanto, ni dolor, tan solo un agobiante vacío. Se sostenía el talle con una mano, al parecer tenía dolores.

Por desgracia, Kostia había tenido razón: pocas cosas cambiaron tras el 9 de abril. Reinaba una confusión general, la percepción de la propia impotencia dividió a la población. Una mitad se movió hacia una radicalidad mayor por el brutal ataque del ejército, la otra se resignó. Las protestas que esperábamos de Occidente contra la sanguinaria política de Gorbachov se revelaron una falsa esperanza, porque pronto nos quedó claro a todos que Occidente quería seguir considerando a Gorbachov un reformador y un libertador. Incluso *Le Monde* calificó los acontecimientos del 9 de abril como «un golpe y provocación georgianos».

El primer secretario del Partido Comunista georgiano fue destituido a toda prisa y se puso a la cabeza a Shevardnadze, el candidato de Moscú, que, a la pregunta de un equipo de noticias moscovita de si en Georgia reinaba un clima antirruso, respondió: «No tenemos pruebas que apunten a esa conclusión». Shevardnadze, el ministro de Asuntos Exteriores soviético, en ese momento el georgiano más poderoso que había en el Kremlin, voló a Tiflis y habló de una herida que había que curar lo antes posible. La inteligencia roja intentó dejar de hacer bromas con Moscú, y criticó abiertamente a los nacionalistas tachándolos de fanáticos.

Kostia iba a inmiscuirse por última vez en la vida de su querida nieta. Paró en la calle al maravilloso Lasha y le planteó un ultimátum: o se separaba inmediatamente de su mujer y, si es que no podía dejarla en paz, se casaba con Daria, o en las próximas cuarenta y ocho horas desaparecía no solo de su vida, sino de la ciudad. Solo entendí el proceder de Kostia cuando me enteré de que el maravilloso Lasha provenía de una prestigiosa familia de médicos de Tiflis y su abuelo había sido un activo funcionario del partido. De lo contrario, él jamás habría visto esa unión con benevolencia.

Y, de hecho, ocurrió lo inesperado: el maravilloso Lasha obtuvo el divorcio en el curso de la siguiente semana. El matrimonio civil con Daria se puso en marcha por procedimiento de urgencia.

Como ya nada se oponía a los esponsales con su elegido, la felicidad de Daria parecía completa. Hablaba ya del reto que suponía compatibilizar los estudios con la vida conyugal, mientras Miro y yo vagábamos sin rumbo durante aquellos meses, buscábamos puntos de apoyo, leíamos los escritos de Maquiavelo, que en aquel tiempo volvían a disfrutar de gran popularidad; mientras nos aturdíamos a base de sexo y besos y bebíamos aguardiente barato, asumíamos el conflicto permanente con Lana y Elene, que ya se habían hermanado en la convicción de que no nos hacíamos bien el uno al otro; mientras, rondábamos la pista de karts, casi abandonada, y tratábamos de mantener la triste realidad alejada de nosotros.

Miro soñaba de pronto con una carrera como cineasta (quería terminar lo que su padre había empezado..., desde que le conocía nunca había utilizado la palabra *padre*).

—Tú escribes, yo ruedo. ¿No es una fantástica idea?

—Pero si yo no escribo.

—Pero lo harás.

—No lo sé, Miro. Creo que no soy lo bastante buena.

—No digas tonterías. No tienes más que ponerte a hacerlo. Empieza de una vez.

Cuando estaba sentada a su lado, reía o hablaba con él, no tenía miedo de las voces agresivas que se oían en la radio o la televisión. Tenía la confianza, la ilusión, de que éramos invulnerables siempre que siguiéramos juntos. Siempre podríamos consolarnos si nos amábamos. Perfeccionamos la forma de ahuyentar las imágenes de nuestras mentes, aferrándonos el uno al otro como dos criaturas salvajes. Queríamos embriagarnos de nosotros mismos, apartar el mañana y engañar al presente. Nos amábamos en oscuras escaleras, por las noches, o detrás de la pista de karts, en los asientos traseros y en el capó de distintos coches, en su cama de niño cuando Lana no estaba, incluso, en una ocasión, en el desván de la Casa Verde. Cuando me acostaba con él no pensaba en nada, era libre. Libre de mí misma y de las exigencias que me planteaba, que me paralizaban, libre de mi insuficiencia.

Pero, cuando mayo tocaba a su fin y Miro aún no había presentado ninguna clase de solicitud en el Instituto de Cinematografía, le apremié a decirme los motivos que tenía para no hacerlo. Porque, por mi parte, había empezado al fin a tomar unas cuantas notas y hacer unos cuantos bocetos, me había propuesto ser un modelo para él y, viniera lo que viniera, comenzar mi primera novela. Me contestó, irritado, que ese año no había podido reunir los documentos necesarios y que por eso, siguiendo por el momento el deseo de su madre, se había matriculado en el Instituto Politécnico para hacer el examen de ingreso en Ingeniería.

Lo que vino después fue nuestra primera pelea, en la que me quedó claro que Miro era un tipo de soñador para el que los sueños eran más importantes que su realización, y yo en cambio una persona para la que los sueños terminaban exactamente en el momento en que se conservaban como sueños y se les remitía a un incierto y lejano futuro o al impredecible destino. De manera inesperada, ese conocimiento me dio fuerza suficiente para dejar a un lado mis propias dudas y escribir. Superé mis inhibiciones, regresé a la Casa Verde y escribí como una posesa durante una semana. Quería contar mi historia, nuestra historia. Pero aún no tenía ni un principio ni un final. Me dejé llevar por frases desordenadas y personajes a medio hacer. Traté de afinar mis recuerdos, de resucitar escenas y rostros. Quería demostrarme a mí misma, pero sobre todo a Miro, que podíamos ser lo que queríamos llegar a ser, lentamente, paso a paso.

Me sentaba en el desván y escribía hasta que mis dedos se negaban a seguir. Utilizaba un grueso cuaderno de notas encuadernado en cuero que David me había regalado una vez, y que había guardado para una ocasión especial.

Por fin, Kostia tuvo la boda que habría deseado para su hija. Por fin todo era como él quería, solo que su país no le acompañaba.

Innumerables invitados acudieron a la sala de fiestas de Ortachala. Daria estaba deslumbrante con su vestido blanco. El director de la factoría vitivinícola, el médico jefe de cirugía cardíaca, la cantante (condecorada con la Medalla Lenin), los antiguos trabajadores del ministerio, los presidentes de los sindicatos, la dirección del Komsomol, pero también directores, actores y cantantes daban brillo a la fiesta. Todos aquellos a los que Kostia quería

enseñar la clase de reina ascendente al firmamento de la belleza, la clase de perla que había cultivado allí. Y, aunque su perla había escogido para su desempeño un sector muy dudoso, y el novio era unos años mayor que ella, debían ser la pareja modelo.

En ese ambiente festivo, no costaba nada olvidar lo que estaba pasando en las calles, sobre qué inestables cimientos se asentaba este país al que la mayoría de los presentes había servido con imperturbable lealtad durante toda su vida. Se podía olvidar, con unas cuantas copas del mejor vino de Kajetia, el miedo que tenían metido en el cuerpo. El miedo al día en el que el sistema los masticara y volviese a escupir. En una noche así, se podían olvidar muchas cosas.

Tengo tan presentes las imágenes de la boda de Daria, todavía hoy, Brilka, como si en mi cabeza hubiera un álbum que puedo ojear siempre que quiera. El rostro feliz de mi hermana, sus ojos radiantes, ese ramito de rosas blancas en su mano, el beso titubeante de los cónyuges, su euforia, esa conciencia de su invulnerabilidad, su belleza, y esa arrogancia innata a esa belleza.

A menudo también pienso, cuando veo ante mí esas imágenes, en el momento en que me encontré a Daria en el baño, sacó el lápiz de labios y se miró en el espejo. En cómo se volvió hacia mí y me estrechó en sus brazos. En cómo me susurró al oído que me quería («Te quiero tanto, monstruito») y en cómo me estampó un rojo beso en la mejilla sudada de bailar con Miro. Y en cómo luego voló como el viento y me dejó allí, confusa y desbordada, en cómo traté de retener con la mano su beso en mi mejilla, con la esperanza de que su rastro se quedara en ella para siempre.

El reloj viejo indica la hora correcta.

JOSEPH BRODSKY

Emprendí mis estudios en la Facultad de Historia de la universidad y discutía sin cesar con mis compañeros y profesores, los largos debates me agotaban. Había constantes discusiones, continuamente había que rehacer trabajos finales con el argumento de que en ellos había demasiada

«propaganda soviética» y muy poco «nacionalismo».

Fuera rodaban los tanques, había toque de queda, continuas manifestaciones. Los jóvenes empezaron de pronto a llevar armas en público. Era estremecedora la rapidez con la que uno se acostumbraba a esa imagen marcial, como si fuera lo más normal del mundo andar a plena luz del día por la ciudad con un fusil al hombro.

Las estatuas de nuestros padres socialistas fueron derribadas una tras otra. La última fue la del más grande, Lenin, en la plaza Lenin, bajo una lluvia de huevos y tomates.

Yo tenía que emprender continuamente interminables marchas a pie, porque las asambleas y manifestaciones bloqueaban las calles y dificultaban la circulación de los medios de transporte públicos.

La pista de karts cerró porque nuestro Tiburón y otros chicos de su grupo habían ingresado en el recién fundado «Mjedrioni», un ejército privado, y de todos modos ya no había tiempo para andar dando vueltas como idiotas, ¡todo el mundo quería escribir el futuro del país! Ahora, con armas al hombro, se sentían importantes, se consideraban intocables, se reunían para conspirar en el antiguo Palacio del Ajedrez, para discutir sobre los «nuevos valores nacionales» y beber sin freno.

Daria se mudó con el maravilloso Lasha a las cercanías del parque de Vaké, a un piso que sus padres habían comprado ex profeso para el segundo matrimonio de su hijo. Daria llamaba la atención por su aspecto moderno y por la actividad que manifestó después de casarse. Desde el día de su boda estaba como cambiada. Parecía increíblemente activa, y quería parecer más adulta y segura de sí misma de lo que era. Aceptó la oferta de rodar una serie histórica de tres capítulos para la televisión, esta vez en Leningrado. Lasha no participaba en la producción, pero la acompañó al rodaje; estuvieron fuera todo el verano.

Y en la Casa Verde ocurrió algo increíble: un sábado por la mañana me despertó un ruido y descubrí a unos obreros con mono en mitad del salón, empaquetando nuestro tresillo según las instrucciones de Nana. Cuando pregunté qué estaban haciendo con nuestros hermosos muebles, cuando dije que aquel era el sofá favorito de Kostia, Nana respondió que, por desgracia, ya no podíamos permitirnos tener muebles favoritos. Esa misma noche fui a la cocina y le puse a Nana en la mesa doscientos treinta rublos, todo el dinero que había ganado en la pista de karts y con el que pensaba comprarme unos

Levis auténticos y distintos libros prohibidos. Me miró perpleja y se negó a coger el dinero. Tampoco estamos tan mal como para que nuestra nieta tenga que mantenernos, dijo («Mejor dáselo a tu madre»).

Mi madre no paraba de quejarse de que la gente ya no tenía dinero para dar clases de apoyo a sus hijos, y le gritaba a Aleko que ya no sabía de dónde sacarlo, y Aleko la cogía en sus brazos y le prometía que todo iría bien. Yo renuncié al sueño de mi Levis auténtico y le metí el dinero ahorrado a mi madre en el bolso. En vez de agradecerme, me echó una bronca y tuve que rendir cuentas acerca de cómo lo había ganado, y aceptar el reproche de que perdía el tiempo con las personas equivocadas. Una vez más, cerré la puerta y salí corriendo de la casa.

Mi nostalgia de David no había disminuido ni un poquito durante ese tiempo, más bien al contrario: se había convertido en una cicatriz ardiente en mi pecho, que todos los días me lo recordaba y me daba a entender que ardería mientras no lo sustituyera, y David solo podía tener un sustituto: él mismo. Había ido unas cuantas veces a su estudio y había dado vueltas por allí con la esperanza de que pudiera aparecer en la esquina de la calle. Día tras día me acercaba más a la entrada de la casa, pero seguía sin atreverme a tocar el timbre.

Sin embargo, una tarde, después de una acalorada e inútil discusión con uno de mis profesores, ya no aguanté más y llamé a su puerta. Pasó un rato hasta que oí sus pasos. Cuando abrió, tenía en la mano una regla, parecía más bajito que en mi memoria, pero sus ojos hundidos estaban igual de despiertos que entonces, cuando tenía la suerte de disfrutar de su proximidad varias veces por semana. Durante un rato me miró, sin estar seguro de a quién tenía delante, luego su rostro empezó a iluminarse.

«¡Niza!», murmuró, y advertí que sus ojos verde pantanoso se llenaban de lágrimas. Di un paso titubeante hacia él, tendí los brazos y me aferré a su cuerpo con todas mis fuerzas. Él se dejó abrazar, rígido al principio, pero luego se relajó en mis brazos y cedió. En ese momento me di cuenta de que nunca nos habíamos tocado antes. Nuestra cercanía siempre habían sido las ideas y las palabras, una cercanía que no necesitaba el contacto como prueba.

—Esperaba que un día volvieras —dijo él, y empezó a calentar su samovar, como hacía siempre, como si no hubieran pasado años desde nuestro último encuentro. Lo familiar de la sala me quitó todo el miedo y la inseguridad.

Hablé mucho, y de forma confusa. No podía parar. Como si tuviera que vomitarlo todo. Como de costumbre, él no me interrumpió, me escuchó con una expresión concentrada, sirviendo té una y otra vez.

—Me siento como si me ahogase, quiero hacer tantas cosas, y estoy bloqueada. No paro de decepcionar a la gente. Intento hacerlo todo bien, y ni siquiera sé lo que es bueno. No sé por qué estudio lo que estudio. Lo único que sé es que quiero escribir y estar con Miro. Pero no basta. No basta. Nada ayuda a Miro a hacer por fin lo que quiere hacer.

Todo lo que había contenido durante tanto tiempo salía de mí como a borbotones. David estuvo largo tiempo pensativo, mirándome con ojos inquisitivos.

—No puedes vivir por nadie, Niza, y nadie puede hacerlo por ti. Y sería espantoso si así fuera; conviértete en lo que *tú* quieres ser, y deja en paz a los otros.

—¡Pero no sé lo que quiero ser, David, ese es el problema!

—Haz lo que mejor sabes. No puedo darte ninguna respuesta. Nunca he respondido a una pregunta tuya. Tan solo te he escuchado y te he dejado tiempo, hasta que tú misma has encontrado tu respuesta.

—Puedo... ¿Puedo venir a visitarte?

—¿Puedo suponer que nadie me amenazará con meterme entre rejas?

—Me avergüenzo tanto. Odio a mi familia. Le odio a *él*.

—Está bien. No era nada nuevo para mí. Tan solo dolía dejarte ir. Al principio de mi carrera me enamoré de un hombre, seis años más joven que yo y que era mi ayudante de investigación. Yo estaba casado entonces, y mi mujer estaba embarazada de nuestro segundo hijo. Hubo rumores, un colega me denunció ante el director del instituto. Pero ahora eso ya no importa.

—No debería haber ocurrido algo así por mi culpa. No deberían haberte puesto en una situación así por mi culpa.

—Ahora eres lo bastante mayor, ven a visitarme siempre que quieras. ¡Además, no puedo contagiarte, a ti ya te gustan los hombres!

Los dos nos reímos. Quizá fuera una risa forzada, pero hizo desaparecer todo lo que había ocurrido.

—Y, si no sabes quién eres, escoge el más imposible de entre todos tus yo'es posibles y conviértete en él —dijo, antes de abrazarme y despedirse.

Me fui despacio a casa, pasando por delante de los escaparates de los ultramarinos, cada vez más vacíos, por delante de las nuevas casas de

empeño de la ciudad.

Daria ponía la mesa. Por suerte, su marido estaba en la habitación de al lado, viendo un partido del Dinamo. En los últimos tiempos había visitado a mi hermana muy pocas veces, el maravilloso Lasha no se apartaba de ella y la vigilaba como un perro guardián. No podía recordar una sola conversación entre nosotras desde la boda en la que él no hubiera estado presente.

Daria estaba ensayando en esos momentos el papel de Catalina en *La fierecilla domada* en el teatro Marjanishvili, para gran disgusto de sus compañeros, porque era casi imposible conseguir un papel protagonista en un teatro tan importante siendo estudiante.

Sonó el teléfono. Desapareció por un momento de la cocina. Cuando volvió, la seguía Lasha, al que ya no podía llamar «el maravilloso Lasha» porque Daria se enfadaba.

—¿Quién era?

—El asistente. Por el ensayo de mañana. Por favor, no empieces otra vez —susurró ella, y le volvió la espalda. Pero, para mi gran decepción, él se sentó con nosotras a la mesa.

—Quiero saber qué quería de ti.

—¿Qué va a querer de mí? Ya te lo he dicho: quería discutir los horarios del ensayo.

—¿Qué hay que discutir?

—Por favor, Lasha, Niza y yo queríamos un momento para nosotras...

—¿Quizá quería discutir la profundidad de tu escote contigo?

—¡De verdad, estás paranoico!

—Así que estoy paranoico, ¿eh?

—Lasha, ¿qué pasa? —intervine yo.

—¿Qué pasa? Eso es exactamente lo que yo le pregunto a tu hermana, pero no obtengo ninguna respuesta. ¡Dejé por ella a mi mujer, que me idolatraba! ¡Idolatraba! ¿Y dónde está su gratitud? Coquetea con todos esos inútiles, no para de mover el culo y me toma por tonto.

De pronto oí romperse algo. Daria había hecho pedazos un plato en el fregadero. Se volvió de golpe, tenía el rostro bañado en lágrimas.

—¿Por qué me haces esto? Es mi hermana pequeña. ¿Por qué me haces esto ahora? No puedo más. No puedo seguir así. No entiendo lo que te pasa.

¿Por qué me haces esto? Antes no eras así, no eras así, lo sé.

—¿Así que te hago esto? No te hago nada, solo quiero a mi lado a una mujer decente. Solo eres quien eres porque te puse bajo el ángulo adecuado. Y ahora te haces la gran estrella y ya no soy lo bastante bueno para ti, ¿no? ¿Crees que ahora eres mejor porque tienes ofertas y yo ando por ahí sin trabajo? ¡Sabes todo lo que he hecho, con quién he trabajado, zorra desagradecida!

Aquello fue demasiado para mí. Me puse en pie de un salto y le grité que cerrara su sucia boca.

Daria trató de intervenir, visiblemente avergonzada, él resopló con desprecio, me gritó algo ofensivo a la cara y salió de la cocina.

Tres días más tarde, fui a recoger a Daria después del ensayo y la obligué a dar un paseo conmigo.

—¿Qué está sucediendo?

—No empieces tú también ahora, Niza. Me las arreglaré. Solamente es un poco celoso —murmuró, contenida, y empezó a buscar algo en su bolso.

—¿Un poco celoso? Te llamó zorra desagradecida, lo siento pero...

—Es un hombre, para él es difícil manejar toda esta situación. Además, apenas tiene ofertas de trabajo. A las emisoras solo les importa la política, la promoción del cine ha quedado eliminada. Estamos pensando en marcharnos a Rusia. Tiene buenos contactos allí. Le amo, amo a Lasha, no quiero que se sienta así por mí.

—¿Estás loca? ¿Ahora la culpa de que se porte como un hijo de puta es tuya?

—No, no quiero decir eso, pero está pasando por un mal momento. Me preocupa.

—¿No sería mejor que te preocuparas de ti misma?

—Lo hago. Pero este es un asunto entre él y yo, Niza, no espero que lo entiendas pero, por favor, sé indulgente, ¿vale? Y no quiero que mamá o Kostia se enteren de esto. Simplemente ha perdido los nervios y...

—Perdido los nervios. Al parecer, pierde los nervios a menudo.

—Yo no soy tan exigente como tú, Niza.

—¿Exigente? ¿De qué estás hablando? Es algo absolutamente normal que no la llamen zorra a una, sobre todo cuando se adora al tipo que te lo llama.

—Precisamente tú vas a saber lo que es normal.

—No empieces con eso. No así. Lo hemos dejado atrás.

—Mírate a ti misma, antes de leerme la cartilla. ¿Qué clase de vida llevas? ¿Qué haces con todas tus capacidades? Vas todo el tiempo con ese fracasado, no tienes ni una amiga, eso no es normal. Una chica necesita amigas.

—Pensaba que tú eras mi amiga.

Al parecer no había esperado esa respuesta, la expresión de su rostro cambió de golpe, dio un paso hacia mí, y en su ojo marrón brilló algo parecido a la mala conciencia.

—Pero yo soy tu hermana, Niza —dijo en voz baja.

—Sí, parece que *solo* eres mi hermana —respondí, me di la vuelta y salí corriendo. De un momento para otro, había empezado a llover a cántaros.

*Words like violence
break the silence.*

DEPECHE MODE

—¡Oh, Dios, lo que está pasando aquí es una psicosis nacional!

Miro se dio una palmada en la frente. Ninguno de los dos podíamos apartar la vista de la pantalla. El hipnotizador y curandero ruso Kashpirovski, que desde hacía mucho tiempo realizaba hipnosis masivas en la televisión, y que había llevado a ese masivo público al deslumbramiento y la estupidez, había llegado a nuestra ciudad. También en Tiflis miles de personas habían peregrinado hasta la Filarmónica, donde daba su espectáculo, para curarse. Delante de la Filarmónica, una escuadrilla de gentes íntegras mantenía una insignificante manifestación, sus pancartas advertían en contra del «satanismo», la gente debía salvar su alma y abandonar a toda prisa aquel «espectáculo herético». Pero aquello no parecía molestar a esos «adoradores del diablo» que acudían en masa a la representación. Muchos de ellos se desmayaban, presa del éxtasis, o rompían a llorar, jadeando y luchando por encontrar las palabras.

Lana había vuelto a irse de viaje, y Miro y yo nos atrincherábamos en su

cuarto durante horas.

—Así que estamos al borde de la quiebra económica, dentro de uno o dos meses cien partidos van a pelearse por el poder, el Movimiento Nacional está peleado casi con todos y empieza a destrozarse a sí mismo, los comunistas tratan de salvar el culo, el ejército Mjedrioni maltrata a la población, los abjasios y osetios claman pidiendo autonomía, nos advierten de una inflación inminente y ¿qué hacemos nosotros? Invitamos a un hipnotizador de Rusia y hacemos «sanar» a nuestro pueblo.

Yo me partía de risa, salté de la cama y corrí por su habitación, riendo histéricamente mientras me desnudaba, mientras al fondo Kashpirovski expulsaba los demonios del pueblo georgiano, hasta que Miro por fin me atrapó y me tiró a la cama para dejarse caer a mi lado con todo su peso. El mundo, junto con todos sus curanderos, reformadores, nacionalistas y fanáticos, podía pasar sin nosotros en esos momentos.

En marzo de 1990 se aprobó la Ley de Soberanía Estatal. Otras repúblicas de la Unión siguieron el ejemplo de Georgia, aunque eso aún no quería decir que hubieran salido de la URSS, pero todos sabían que a la corta o a la larga eso era lo que ocurriría. Después de la caída del Muro de Berlín, la situación política había cambiado en todo el mundo. Gorbachov —por amable que se mostrara frente a Occidente— reaccionó con severas medidas e impuso sanciones económicas a todas las repúblicas de la Unión que habían reclamado la soberanía, pero estaba impotente ante todas, incluyendo a aquellas que lo seguirían. No podía proceder en todos los frentes con la misma mano de hierro, también para Rusia sería demasiado peligroso, así que aquella evolución se aceptó como un efecto secundario, desagradable pero inevitable, de sus grandes reformas.

En Georgia, un partido político distinto del Partido Comunista ganó las elecciones por primera vez desde 1921: la unión nacionalista Mesa Redonda / Georgia Libre, bajo la dirección del antiguo disidente Gamsajurdia, hijo de un escritor.

Cuando le pregunté a Aleko qué clase de hombre era y por qué hablaba siempre como un loco, como si estuviera constantemente perseguido o temiera no poder terminar de formular sus ideas, se limitó a responder:

—Bueno, quizá de verdad tema que le quiten la palabra. Fue detenido por

actividades anticomunistas cuando aún era estudiante. Más tarde tuvo que pasar dos años en el destierro como cofundador del grupo Iniciativa para la Defensa de los Derechos Humanos. Pero solo ahora ha encontrado verdadera audiencia, así que tiene que rugir como un león para librarse de todo lo que no ha podido decir durante todos esos años. Pero dicen que tiene un ramalazo místico, una inclinación por esa, cómo se llama, es una especie de nueva religión, que está muy de moda, antro... algo. En cualquier caso, lo esotérico y lo político son una pésima combinación. Y te voy a decir una cosa: los que se han quedado sin entrar en el partido de Gamsajurdia, los nacionalistas y sus compañeros de viaje, a los que no ha elegido como amigos, a los que ha dejado atrás, a los que no ha ofrecido altos cargos, se unirán, aunque todos se odien entre sí, y le declararán la guerra —resumió resignado Aleko, y empezó a hojear su periódico, en cuya portada estaba, como todos los días, la foto de una manifestación. Yo sentí demasiada pereza como para preguntar contra qué era esta vez.

A Miro siempre le había resultado fácil distraerse. En cambio a mí me asediaban las dudas en cuanto me quedaba sola: ¿cómo íbamos a salir de aquel caos? ¿Adónde íbamos a ir a parar? ¿Y por dónde empezábamos? ¿Y qué clase de vida iba a ser esa? ¿O debía lograr de algún modo no poner ninguna expectativa en Miro, como David me había aconsejado, empezar por mí misma? Pero ¿cómo? ¿Cómo podía no esperar *nada* de él? Cuando se quería a una persona... ¿no *había* que esperar algo de ella?

Por desgracia, yo no era un libro que pudiera leer y comprender. Tan solo podía entenderme a mí misma *experimentándome*, viviendo, y esa vida me parecía ir siempre un paso por delante, como si nunca pudiera alcanzarla. Esa contradicción se trasladó en algún momento a Miro y a mi relación. Cada vez más a menudo parecía irritado, me hacía esperar, aparecía en algún sitio con sus chicos sin habérmelo dicho antes, era impaciente, difícil de satisfacer y me reprochaba que le controlaba. Yo me sentía fatal, porque estaba segura de que muchos de los frágiles sentimientos que me desconcertaban no tenían tanto que ver con él, que eran culpa de mi propia insuficiencia. Estaba celosa de los nuevos amigos que había hecho en su carrera. Odiaba con fervor lo que antes tanto había amado en él. No podía soportar que hiciera el payaso delante de sus nuevos amigos y que fuera el animador de todas las fiestas y

reuniones.

También me extrañaba que de pronto no le parecieran tan mal sus estudios. Primero me había dicho que él no estaba hecho para eso y ahora se mostraba satisfecho con las nimias posibilidades de su instituto. Tenía miedo de verme obligada a despreciarle, y luego también a mí misma, por parecer de pronto tan conformista, tan cómodo y tan conciliador. Porque de pronto desdeñaba el arte diciendo que era el lujo de nuestro tiempo. Me acusaba de ser melancólica, deprimente, malhumorada, incluso camorrista.

Cuanto más fracasaban nuestras palabras, cuantos más malentendidos causaban, tanto mejor hablaban entre sí nuestros cuerpos por las noches. Como si se alegraran de que nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nos jugaran una mala pasada. Pero durante el día empezamos a discutir, primero un poco, luego con más insistencia. Yo le decía que la vida de la que siempre hablaba no caería del cielo sin más. Él se defendía diciendo que no estaba dispuesto a hacer lo que mi «complicada cabecita» ideara. Yo reclamaba una vida que tuviera un sentido. Él objetaba que nosotros dos y nuestra relación, tenían suficiente sentido para él. Él sacaba a colación cosas que estaban fuera de esa vida celestial que todo lo curaría.

Había días en los que anhelaba más que ninguna otra cosa ser normal, querer las cosas con las que soñaba la mayoría de la gente de nuestra edad. Días en los que deseaba despertar en mí un «sí» incondicional, gritarlo, correr junto a Miro, decirle que fuéramos al registro civil y obtuviéramos la legitimación oficial de nuestro amor y una cama oficial. Días en los que quería demostrar a todos a mi alrededor que no era tan complicada como parecía, sino igual que los demás. Una pequeña vivienda de alquiler con un viejo fogón de gas, hacer una tarta de manzana en el horno, colgar una cuerda a lo largo del salón para tender a secar la ropa de Miro. No, inevitablemente iba a empezar a odiarle, a castigarle por no haberse atrevido a nada conmigo, por no haber superado nuestros miedos y limitaciones, por haber seguido prisioneros de nosotros mismos. A reprocharle haberme impedido ser aquella que quizá habría debido ser.

Ya cuando ella me abrió la puerta supe que iba a vengarme de él. Y, de una manera extraña, me alegré de saberlo.

Habían llamado de su instituto. Llevaba una semana sin pasar por allí y no

era posible localizarla por teléfono. Elene me había pedido que me pasara por casa de Daria, sospechaba que su hija estaba en cama con gripe. Yo intuía algo totalmente distinto, pero no quería inquietar a mi madre.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté sin rodeos.

—Me he resfriado, y...

—¿Ni siquiera puedo pasar, tenemos que quedarnos aquí de pie?

—Mira, es que no quiero contagiarte, *él* está durmiendo ahora mismo y...

—Ajá, el pachá duerme. Naturalmente, no se debe perturbar su descanso. Perdón, me había olvidado.

—Niza, no empieces otra vez.

Metí el pie en el hueco y me abrí paso hacia su casa. Cuando retrocedió, vi el moratón debajo de su ojo izquierdo y el labio inferior hinchado. Ni siquiera sabía si sentir compasión o asco.

—¡Daria! No me puedo creer que...

Quiso retenerme, pero corrí al dormitorio donde, tumbado de espaldas y completamente vestido, Lasha roncaba. Me lancé sobre él y me senté encima y, antes de que pudiera despertarse y defenderse, le golpeé en la boca del estómago; gritó de dolor, me agarró y me tiró de la cama.

Daria chilló, pero todo fue tan deprisa y estaba tan furiosa que agarré la primera silla que encontré y empecé a agitarla de un lado para otro, mientras mi cuñado se rehacía y venía vociferando hacia mí: cogí impulso con la silla y le asesté un golpe en la rodilla antes de que pudiera esquivarlo. Los gritos se convirtieron en un lamentable gimoteo.

Antes de que pudiera decir nada, Daria me agarró por la espalda y me sacó al pasillo junto con la silla, que no quería soltar por nada del mundo.

—¿Has perdido completamente el juicio? —me gritó.

—Ahora vas a decirme que te quiere y que se le ha ido la mano por celos. ¿Cómo piensas actuar con esa cara?

—No le va bien.

—¿Y a ti? ¿A ti te va bien?

—¡Te he dicho que no te metas en esto! ¡Mantente al margen!

Dejé caer la silla y me tambaleé un poco.

—Daria, Daro... ¿Qué te está pasando?

Me señaló la salida con la cabeza, y cuando salí, despacio y a regañadientes, a la escalera, me cerró la puerta en las narices.

Los tres días siguientes la llamé por teléfono por lo menos cien veces, pero nadie descolgó. Entonces, decidí ir a ver a Tiburón. Fui directamente al Palacio del Ajedrez, donde seguía teniendo su Estado Mayor, y pregunté por él. Los soldados del Mjedrioni uniformados y armados que había a la entrada me dedicaron unas cuantas miradas despectivas, rieron entre dientes como colegialas, pero al menos no me echaron. Uno entró lentamente al edificio caminando de espaldas, sin perderme de vista, mientras el otro me estallaba en la cara un globo de chicle. A los pocos minutos, el otro volvió, esta vez con pasos rápidos; también la sonrisa necia había desaparecido, y me pidió que le acompañara al interior del edificio.

En un cuarto trasero lleno de humo y apestoso a alcohol, Tiburón estaba con otros dos soldados de uniforme y se dedicaba a limpiar el fusil. Yo nunca había visto un fusil de cerca, y me quedé fascinada, con la mirada pegada a él. Tiburón se puso en pie de un salto y me aferró con sus zarpas, me levantó en alto riendo:

—¡Nuestra Einstein está aquí! ¡Eh, idiotas, esta chica vale más que todos vosotros juntos! ¡Venid a conocerla! ¡Tiene huevos, os lo digo yo! Siempre que venga tenéis que tratarla como a una auténtica dama, ¿está claro? —gritó.

Los presentes me lanzaron miradas respetuosas y ligeramente impresionadas.

—Bueno, ¿qué tal, chiqui, cómo está nuestro amiguito Miro?

—Está bien. He venido por otra cosa. Necesito tu ayuda.

Miré insegura a los dos soldados.

—No te preocupes, Einstein, puedes hablar, son mis hermanos. ¿Qué imbécil se ha atrevido a meterse contigo? —se rio Tiburón, señalándome una silla.

—No se trata de mí, sino de mi hermana.

—Oh, Dios, qué tía. Una tía caliente, la he visto hace poco en la televisión, y... Eh, ¿sabéis quién es su hermana? ¡No os lo vais a creer! Daria Dzhashi, sorprendidos, ¿eh? Bueno, ¿qué pasa, Einstein?

Le describí el problema en pocas palabras.

—Hay que ser idiota para pasarse con ese ángel. Hay que ser imbécil para no llevar a una mujer así en palmitas.

Los otros dos asintieron.

—¿Me ayudarás?

—Claro, es como si fueras mi hermana pequeña. Hemos pasado unas cuantas cosas juntos, ¿no?

Dos días después, Tiburón y sus amigos cogieron a Lasha a la puerta de su casa y tuvieron «una conversación» con él. Ingresó en el hospital de sus padres con dos costillas rotas y conmoción cerebral. Daria me pidió cuentas. Alguien de la vecindad había reconocido a Tiburón y ella había atado cabos. Mostró poca comprensión hacia mi fraternal ayuda. Me gritó histérica y me tiró a la cara, no sin cierta alegría en el rostro, que le quería más que a nada en el mundo y que yo no estaba en condiciones de cambiar lo más mínimo en eso. Por esta vez mantendría la boca cerrada, porque se avergonzaba de mí, de que su hermana pequeña fuera capaz de algo tan horrible, pero si a mí o a uno de mis amigos delincuentes se le volvía a ocurrir la idea de hacerle algo a su marido, tendría consecuencias funestas para mí, amenazó, y añadió que estaba contenta de ir a marcharse pronto de este «maldito país de criminales y paletos», en cuanto Lasha saliera del hospital.

—¿Y adónde? —murmuré, evitando su mirada.

—Nos vamos a Moscú, dentro de un mes habremos salido de este páramo. El mejor amigo de Lasha está construyendo su propio *business* y...

—¿Qué está construyendo?

—¡Es mejor que aprendas inglés! —me chilló—. Van a montar un negocio propio y ganar mucho dinero, Lasha podrá decidir qué películas quiere rodar y cuáles no, y nos iremos de este país de mierda. ¡A uno en el que no te den una paliza delante de tu casa a plena luz del día!

—¿Y qué pasa con tu formación?

—Terminaré mis estudios en Moscú, y actuaré allí. ¡Aquí todo está atrasado! Aquí no saben ni lo que significa la palabra *profesional*.

—¡Te ha pegado, y volverá a hacerlo!

—No eres Dios, Niza. ¿Cuándo vas a entenderlo?

—¿Qué tiene que ver Dios con esto?

—Siempre quieres decidirlo todo, pero las cosas no funcionan así. Es mi vida, y la viviré cómo y con quien quiera.

En junio de 1991 tuvieron lugar las primeras elecciones presidenciales

libres en la historia de Rusia. Daria se fue a Moscú con su maravilloso Lasha, y Kostia estuvo asombrosamente de acuerdo, porque seguía creyendo que allí aún no todo estaba perdido, mientras nuestro país llevaba mucho tiempo rodando hacia el abismo.

Los padres de Lasha le habían dado el capital inicial para que pudiera incorporarse al *business* de su amigo (algo relacionado con bancos y préstamos o créditos o algo por el estilo, según lo describió vagamente Daria antes de irse; pero en aquella cena nos ocultó que también había aportado varias de sus joyas).

Georgia declaró su independencia y reimplantó la antigua Constitución de 1918. La bandera georgiana ondeaba en el palacio de Gobierno (que ahora se llamaba Casa del Parlamento), y nos dimos un nuevo himno propio. Así que ahora éramos libres, aunque nadie parecía saber muy bien qué significaba «ser libre». La calma solo duró un semestre: varias manifestaciones, disturbios, enconamientos políticos y acalorados debates parlamentarios llevaron finalmente a un golpe contra Gamsajurdia, encabezado por la Guardia Nacional y el ejército Mjedrioni. Los asaltos a oficinas de los partidos, los tiros en plena calle, robos, palizas, heridos, detenidos, gritos en el Parlamento, gritos en todas partes, violentos insultos, agresiones y, finalmente, bancarrotas, estaban a la orden del día.

Durante esa época desapareció de la Casa Verde todo lo que tenía algún valor: los hermosos muebles, los jarrones de porcelana y los cofrecillos de madreperla, así como toda la cubertería de plata, las joyas de Nana e incluso su colección de servicios de té. Todos aquellos servicios alemanes, checos, chinos, reunidos con tanto amor y esfuerzo, fueron a parar desde el armario empotrado del salón al mercado negro del Puente Seco.

*Todas las etnias no georgianas se multiplican entre nosotros
a un ritmo catastrófico.*

ZVIAD GAMSAJURDIA

«Todo está adoptando una forma que me recuerda mucho a una dictadura... Deseo que mi dimisión sea vista como una protesta contra esa dictadura.» Así habló el ministro soviético de Asuntos Exteriores, nuestro compatriota Shevardnadze, y abandonó su puesto. Gorbachov apoyó la protesta de los separatistas osetios y abjasios, que se quejaban de la estricta política nacionalista de Gamsajurdia y se presentaban como víctimas de esa política, y atizó de esa forma el clima antigeorgiano que de todos modos predominaba en esos meses en los medios rusos.

Mientras la gente pitaba a Gorbachov en el desfile de mayo ante el Kremlin, Kostia miraba la pantalla del televisor con ojos vidriosos, con su obligatorio albornoz y su raído pijama, y movía la cabeza como un tentetieso.

—Con sus reformas se ha convertido de manera oficial en el mayor hazmerreír de la historia soviética. ¡Mis más cordiales felicitaciones!

Cuando removió el té, me llamó la atención que en los últimos tiempos le temblaban las manos.

—¿Y este pretende ser un *humanista*? ¿Él? ¡Un payaso es lo que es! ¿Él, que ha permitido esa carnicería en Tiflis y en Bakú? Pero de qué me quejo, nosotros tenemos aquí a Gamsajurdia, nuestro propio pequeño fascista — refunfuñó.

Había vuelto a alojarme en la Casa Verde durante algunas semanas, cada vez teníamos menos clases. Me había propuesto tomarme más tiempo para escribir. Hablar con Stasia, comprobar unos cuantos detalles de sus historias. Había sacado de la biblioteca de la universidad un montón de libros sobre la época de la revolución y me proponía trabajar con ellos. Era dolorosamente llamativo que faltaba de todo, que carecíamos de muchas cosas. No solo eran los muebles y los jarrones, era algo distinto, algo más grande, que nos habían quitado a todos y que entonces no podía concretar en palabras.

Cuando constaté que Kostia había vendido incluso su mayor tesoro, el GAZ 13, me quedó definitivamente clara la dimensión de nuestra situación. Ya no podíamos hacer como si las cosas siguieran como siempre. El hecho de que Kostia y Nana aceptaran el poco dinero que Daria les enviaba desde Moscú cada pocas semanas me entristeció. Al mismo tiempo, supe que todo iría aún peor si admitíamos que estábamos al borde de la bancarrota definitiva, como el noventa por ciento de la población de Georgia. Así que teníamos que mantener la ilusión de que todo era como antes y atender a

nuestras ocupaciones cotidianas, para que el suelo no se abriera de lado a lado bajo nuestros pies. Porque hacía mucho que conocíamos la inestabilidad de ese suelo. Las pensiones llegaban con retraso o no llegaban, y no alcanzaban para nada. A Elene le pagaban la nómina de manera irregular. La fruta y la verdura de nuestro jardín eran una bendición para nosotros, en el campo la emergencia alimentaria y otras limitaciones del día a día no se notaban tanto como en la ciudad.

Cuando Elene cobraba me metía en el bolsillo un par de billetes, para evitar las largas discusiones conmigo y no herir mi orgullo. Me alcanzaban un tiempo para los billetes de autobús o de metro.

La empresa constructora de Lana fue víctima de los recortes y fue liquidada. Miro se vio obligado a buscar un empleo, lo que en aquellos tiempos no era una tarea en absoluto fácil. Como entendía de coches, empezó a trabajar como ayudante en el taller del padre de un compañero que trucaba motores. La mayoría de los clientes de ese taller eran mjedrionistas, los únicos que podían permitirse tales lujos en aquella época. En el cuarto trasero del taller había tipos uniformados y hombres con fusiles que esperaban a que sus vehículos alcanzaran las correspondientes revoluciones y pasaban el rato jugando a las cartas.

Como iba a menudo a visitar a Miro, los vi jugar en numerosas ocasiones. El juego me fascinaba, poco a poco entendí cuáles eran sus tácticas y cuándo era mejor retirarse. Estaba fascinada, sobre todo, por las sumas de dinero que sus propietarios intercambiaban. Un día, uno de los uniformados me preguntó si jugaba al póker, porque les faltaba un jugador. Conocía las reglas por Aleko y sus amigos, pero tenía poca experiencia. Cuando vi el montón de billetes que había sobre la caja de madera que les servía de mesa de juegos, aseguré que el póker se me daba bien. Gané la primera mano (aunque sigo creyendo que se lo debo solo a la buena fortuna, y no a mis capacidades). Lo cierto es que salí de aquel garaje con un par de billetes en el bolsillo.

De vuelta en casa, obligué a Aleko a sentarse conmigo toda la noche y enseñarme los trucos y sutilezas del juego. Como se trataba de *draw poker*, también conocido como póker tapado, y Aleko y sus amigos solían jugar *easy poker*, tuvo que informarse y llamar a un amigo, que le contó los detalles por teléfono. Sentado junto al aparato como un escolar, lo apuntaba todo con un lápiz y un viejo cuaderno.

—¿Por qué quieres saber todo esto? —me preguntó; le escamaba mi

repentino entusiasmo por aquel juego de azar—. Espero que no te hayas metido en nada prohibido.

—Juego con unos chicos de la universidad por un par de kopeks.

—Conozco tu pasión por el juego, y te aconsejo cautela. Sé muy bien lo contagioso que puede ser eso, así que ten cuidado de que no te supere. ¡Y no le digas ni una palabra a tu madre!

—¡Ni una, prometido!

Y le di un ruidoso beso en la rasposa mejilla.

Durante las semanas siguientes, tuve ocasión de demostrar lo que había aprendido. Iba al taller, me retiraba con los mjedronistas al cuarto trasero y jugaba lo que podía. Mi necesidad y mi incondicional voluntad de ganar me impulsaban a una insospechada audacia, me tiraba faroles y me lo jugaba todo. Les había mentido y les había dicho que mi padre había sido jugador profesional (y que por eso había estado a menudo entre rejas, lo que incluso respondía a la verdad). Y, después de haberse convencido de mi lealtad, me invitaron a su cuartel general, donde jugaban más relajados y con más pasión, con bebidas que ellos mismos destilaban.

De ese modo fui a los más diversos lugares, antiguas fábricas, escuelas vacías e imprentas abandonadas, en las que mjedronistas aburridos, achispados en su mayoría, jugaban al póker como si no hubiera un mañana (como todos se consideraban nacionalistas, en aquellas timbas se bebía *chacha* y no vodka, para excluir de antemano cualquier simpatía por Rusia). Yo me mantenía tranquila y contenida, no dejaba, en sentido literal, que me vieran las cartas, y pronto disfruté de cierta fama. Y, como sabía la fragilidad de la suerte en el juego, trataba de agotarla cuando el destino me era propicio. Acicateada por la codicia, siempre entraba a todas las apuestas, y a menudo me levanté de la mesa con los bolsillos repletos, imaginando por el camino a quién iba a entregarle el dinero en casa, qué compras iba a hacer con él y a quién iba a poder darle una pequeña alegría.

Miro, que se enteró muy pronto de mi ocupación, estrictamente prohibida por las autoridades, me montó una escena: era peligroso andar con aquellos matones. Pero yo insistí en mi punto de vista de que no había nada de peligroso en ello, que más bien tenía una increíble racha que quería apurar hasta el final. Durante unos días dejamos de hablarnos a causa de esa pelea,

pero estaba segura de que pronto también él reconocería las ventajas de mi nuevo «trabajo».

Me toleraban porque era una jugadora a su altura, y sobre todo porque era una mujer y creían que no representaba ningún peligro. Sin embargo, en algún momento, después de haberme apuntado algunas victorias, en la vieja imprenta apareció uno al que nunca había visto antes y sacó de una bolsa de plástico tres botellas de *chacha* que puso encima de la mesa de juego. Saludó a cada uno de los presentes con un marcial apretón de manos y aceptó la entusiasta bienvenida. Solo al final del todo vino hacia mí, me tendió la mano y dijo, con una expresión bastante pícara en el rostro:

—Así que tú eres la legendaria Einstein de la que todos me hablan. Vamos a ver de qué eres capaz.

Me hubiera gustado meterme en un rincón, porque una cosa estaba clara: mis compañeros de juego lo habían traído. Aquel tipo era bajito, poco más alto que yo, flaco, el uniforme le colgaba, pero llevaba en el cuello un gran tatuaje (un tigre enroscado en torno a la garganta), el cráneo pelado, lo que le daba un toque de brutalidad, y tenía unos brazos bastante musculosos bajo su camisa de camuflaje. Sin embargo, lo más destacado en él era una cicatriz que le partía la ceja derecha en dos. Me resultó desagradable desde el primer momento. A diferencia de la mayoría de los otros jugadores, que habían ido a parar al Mjedrioni por un exceso de energía y falta de perspectivas de futuro, él desprendía algo claramente fanático, como si su vida entera respondiese al dictado de una pétrea convicción.

Era nervioso, se chascaba los dedos, se rascaba el cráneo pelado o mordisqueaba una cerilla. Tenía el Makarov (yo ya sabía distinguir entre marcas de armas) siempre a su lado, la pistola en su cinto me hacía sentir incómoda.

Así que tenía que jugar con él: lo llamaban Cello. Era realmente bueno. Era fantástico manejando las cartas, y eso hizo que me sintiera aún peor. Parecía uno de esos que no saben perder, lo que podía convertirse en un problema para mí, pero era demasiado tarde para retirarse. Ganó la primera mano, en la segunda yo tuve una suerte fabulosa y gané en una sola jugada, en la tercera un *split pot* terminó decidiendo a mi favor. Me felicitó con un exagerado apretón de manos y dijo en voz alta:

—Bueno, chicos, no me habíais engañado, es una jugadora a mi altura.

Recibimos un aplauso entusiasta.

Durante un tiempo, volví a encontrar cierta estabilidad. Mi escritura me proporcionaba unas estructuras claras, también la mala conciencia de ser una carga para mi familia se compensaba con mis ganancias en el juego (aunque desde aquella tarde espaciaba mis visitas), sentía incluso algo parecido a la satisfacción conmigo misma. Dado que la inflación llevaba tiempo por las nubes, los cupones georgianos, la moneda de transición, no valían nada. Los mjedrionistas se habían pasado al dólar, que sacaban Dios sabe de dónde. Poco a poco reuní la increíble suma de doscientos cincuenta dólares, que se podían invertir en un coche usado para que Kostia, confinado en su Casa Verde, recuperase la movilidad. Miro me ayudó a comprar el coche, y me convertí en la orgullosa propietaria de un Zhiguli negro con el que llegué, sonriendo de oreja a oreja, a la Casa Verde, saqué con el claxon a Kostia de su letargo y lo atraje a la entrada.

—¿Qué significa esto? —me increpó.

—¡*Voilà*, es un regalo para ti! —anuncié señalando el coche.

—No tienes carné de conducir, no sabes conducir. ¿Cómo has llegado aquí? —parecía seguir sin entenderlo.

—Sí que sé conducir, Aleko me ha enseñado. Pero esa no es la cuestión. Esto es un regalo para ti. No es un bonito Gaviota, pero basta para ir a la ciudad.

—Siempre has sido buena para las sorpresas, eso he de reconocerlo. ¿Qué pensabas hacer si la milicia te detenía?

—La milicia se llama últimamente policía, y basta con darles un cupón de cien mil.

—¿Cuántos rublos es eso?

—Si consideramos la inflación actual, unos tres rublos.

—¿Eso es lo que cuesta un delito de tráfico?

—Esto no es un delito de tráfico, Kostia.

—¿Qué es entonces ir por la carretera sin carné, poniéndose en peligro uno mismo y a otros? En Moscú esto nunca...

—Pregúntale a Daria cuando hables con ella por teléfono, en Moscú los policías miran para otro lado ante cosas mucho peores si se les enseñan unos cuantos billetes. ¿Es que ni siquiera vas a mirar mi regalo?

—¿De dónde has sacado el dinero?

—Lo he ahorrado. Me han dado una beca —mentí.

Siguió manteniéndose a distancia, mirando el coche con una mezcla de inseguridad y curiosidad que trataba de ocultar bajo el manto del rigor.

—Vamos a ver si de verdad sabes conducir.

—¿Y cómo quieres que te lo demuestre?

—Vas a llevarme a la ciudad.

—¿Quieres que yo te lleve a la ciudad?

—Sí.

Esperé diez minutos a que se cambiara, fuimos en el Zhiguli a la ciudad y oímos en la radio que también Osetia del Sur había proclamado la autonomía. Kostia miraba sin cesar por la ventanilla, como si viera la carretera por primera vez.

—¿Adónde quieres que vayamos?

—Al cementerio de Vera.

No hice preguntas. Cuando llegamos, supe que quería visitar la tumba de Christine. Al llegar allí, Kostia se arremangó y empezó a arrancar las malas hierbas que cubrían ya la lápida. La limpió como si hubiera enloquecido. Yo intenté ayudarle, pero no podía seguirle el ritmo. Luego, como si hubiera despertado de un sueño, se sentó en el suelo junto a la tumba, agotado. Por el camino había comprado un ramo de rosas blancas, que colocó encima. Hacía viento y estaba desapacible. Me senté junto a él.

—Aquí yace enterrado casi un siglo entero, ¿no es extraño? —la forma en que lo dijo me hizo estremecer—. No puedo visitar la tumba de mi hermana. He vivido una vida entera para el Estado, lo he servido como he podido, ¡y ahora esto! Eso es lo que ocurre cuando...

No terminó la frase, y yo no me atreví a preguntar. Quería coger su mano entre las mías, pero tampoco me atrevía.

Más tarde me dijo que me agradecía la idea del coche, pero no lo necesitaba, ya no. Ya no tenía motivos para ir a ninguna parte. Podía ser su chófer si quería ir a la ciudad, le había demostrado mis habilidades como conductora. Aun así debía sacarme el carné, dijo, antes de volver a bajar del coche en la Casa Verde.

Aquellos días conocí a Severin. Estaba paseando por el Puente Seco en busca de viejos libros que me ayudaran a escribir las historias de Stasia (y que no fueran libros de propaganda, como la mayoría de los de la biblioteca). Severin estaba arrodillado delante de una vieja manta, en el suelo, en la que había viejos libros apilados, y hojeaba uno de ellos perdido en sus pensamientos. Por su peinado y su ropa me di cuenta de que no era de aquí.

Era joven, debíamos de tener más o menos la misma edad, alto, bien alimentado, parecía llamativamente sano e irradiaba algo que los hombres georgianos raras veces irradian: relajación. Decidí hablarle. Me costaba trabajo refrenar mi curiosidad por los extranjeros. En un ruso con acento germano, me dijo que venía de Alemania Occidental, que vivía en Berlín desde hacía unos años y que estaba viajando por los antiguos países soviéticos, y por los todavía soviéticos, con la intención de buscar rarezas para el anticuario de su padre y llevarlas a Alemania. En estos tiempos se podían hacer buenos negocios en el Este, la gente vendía cosas casi legendarias por unos céntimos y, aunque aquella tarea le repugnaba, no tenía más remedio que llevarla a cabo.

Sonriendo, me contó también que su verdadera pasión era la historia (con especial énfasis en Europa del Este), que amaba la lengua rusa, que la había aprendido desde niño, había estudiado restauración por su padre y ahora estaba entregándose a su pasión. ¡Poder estar aquí en una época así, en estas circunstancias! En el epicentro de los acontecimientos, dijo. Hace dos años no se habría atrevido a soñar una cosa así. Todo era distinto, de un día para

otro: el Muro había caído, la RDA había desaparecido y pronto lo haría la Unión Soviética. Había viajado por muchas ciudades de Rusia y siempre había querido ir a la dorada Cólquida.

—¡Y ahora estoy aquí!

—Bueno, como ves, no queda mucho de la dorada Cólquida. Ni siquiera de la Edad de Bronce.

Volvió a sonreír con picardía.

—¿Y has encontrado algo? ¿Has podido descubrir alguna rareza?

—Bueno, no me entiendas mal. Hago esto por el negocio de mi padre. A mí me resulta desagradable ver que la gente, sobre todo ancianos, tiene que ofrecer sus bienes más valiosos por poco dinero.

—¿Así que tienes mala conciencia?

—Sorry.

—*Sorry*. Suena tan fácil. Eres la primera persona a la que oigo decir esa palabra. Sin contar las películas.

Sonrió, esta vez algo más triste. Sin duda, también era la única persona que sonreía en esta región, pensé. Me parecía un cambio muy agradable.

—¿Y qué es todo eso que estás leyendo?

—Me interesan las estructuras de poder en la política. Me informo acerca de la historia soviética.

—En los libros rusos no vas a encontrar mucho acerca de estructuras de poder. En ellos se habla más de igualdad y fraternidad.

Teníamos intereses comunes. Le pregunté por su vida en Occidente, él quería saberlo todo sobre mi vida en Oriente. Paseamos por las calles desiertas y ventosas y ni nos dimos cuenta de que atardecía. Propuse ir a uno de los pocos cafés que aún estaban abiertos en la ciudad vieja, y Severin me siguió hasta la calle Leselidze. Tomamos una cerveza barata y tibia (el bar no tenía luz eléctrica) y conversamos a la luz de las velas durante horas. Se alojaba con una familia georgiana que se mantenía a flote alquilando habitaciones de su propia casa. Llevaba dos semanas aquí, y quería quedarse todo lo posible. Yo le hablé incluso de mis intentos de escribir y me lamenté de la falta de buena literatura secundaria. Me ofreció conseguirme los libros adecuados, pero la mayoría de los que tenía estaban en alemán. Al advertir mi decepción, dijo que podíamos hacer un trato: yo le enseñaría georgiano y, a cambio, él me enseñaría alemán.

Entablamos amistad con rapidez. Nos resultó fácil caernos bien. Teníamos

gustos literarios similares, aunque tuve que constatar mi gran laguna en literatura contemporánea, a la que en Georgia no teníamos acceso. También estaba mucho más versado que yo en lo referente al arte moderno. A los dos nos interesaba el cine, a los dos nos gustaba dar paseos sin rumbo por la orilla del río. Era un incansable, un buscador, y eso rápidamente me lo hizo familiar. Lo único en él que me sumió en una confusión casi penosa fue el hecho de que coqueteaba con el socialismo y citaba sin parar a Marx. Sencillamente, no podía entender que alguien que venía del Oeste y podía permitirse ir a París, Roma, Nueva York o Tokio viajara por las ruinas de la Unión Soviética, se entregara a la exótica aventura del Este en busca de rarezas para el mercado capitalista, y al mismo tiempo hablara de las ventajas de un sistema largamente consagrado a la ruina.

Empezamos a vernos con regularidad. En el piso donde se alojaba, practicábamos vocabulario mientras tomábamos un té o una cerveza. Me habló de Berlín Occidental, de Europa, de un mundo que yo solo conocía de pasada a través de libros y películas. Yo hacía pregunta tras pregunta. Había cierta desorientación en su frivolidad. Como si quisiera ser sorprendido todo el tiempo, arrancado de sí mismo, de todo lo que le parecía familiar y seguro. Como si lo desconocido fuera lo único que importaba. Cuando le pregunté por qué no estudiaba Historia y Filosofía si estaba tan obsesionado con ellas, volvió a sonreír, a su manera extraña y equívoca, y me dijo que los años de lucha con su padre lo habían dejado agotado. Que ya se había ido de casa varias veces y había vuelto a la tutela de la familia porque todo había salido mal.

—Mi padre es un hombre de negocios nato, eso hay que concedérselo. Se mudó con nosotros a Berlín porque olía ya que pronto se iba a reescribir la historia, y no se equivocaba. Ha hecho una fortuna con viejas lámparas y alfombras de la RDA. Los occidentales están dispuestos a pagar sumas ingentes por simples cacharros de fábrica y cortinas de la Unión Soviética.

El inglés sabía a brisa marina y atardecer otoñal en una costa nórdica, un poco olorosa a pescadería, un poco a lluvia. El francés, que yo nunca había aprendido, tenía que deshacerse en la lengua como la gelatina de albaricoque y saber a vino blanco y seco. El ruso sabía a extensiones interminables, a campos de trigo, a soledad e ilusiones. En cambio el georgiano sabía polvoriento, lleno, repleto casi, y a veces también a un juego del escondite en el bosque. En cambio, el alemán que Severin me enseñó sabía al principio

gélido y amargo, luego su sabor cambió y se convirtió en el de las algas, sabía a musgo verde oscuro, luego su sabor volvió a hacerse fuerte, pero más agradable, y después, mucho después, el alemán me empezó a saber a castañas maduras y altura, sí, a una altura vertiginosa.

Él aprendió las treinta y tres letras del alfabeto georgiano. Yo aprendí expresiones como «país de mierda», «saqueador», «genocidio» y «Guerra Fría». Frases del estilo de «¿Cómo estás?» y «¿Vienes del Este o del Oeste?». Luego aprendí palabras como «la casa», «el niño», «la chica». Y además su infantil y eterno «okay».

—¿Cómo es que «la chica» es neutro y no femenino? No lo entiendo —me irritaba yo.

—Porque los alemanes son terriblemente sensibles, ¿sabes? No quieren ofender a nadie.

—¿Y quién iba a sentirse ofendido? Me parece estúpido que yo sea un *ello* mientras tú eres claramente un *él*.

Reímos hasta que se le saltaron las lágrimas y se puso rojo, algo que no encajaba con una persona como Severin, que iba por el mundo como si llevara un letrero en la frente: «No hay nada que pueda conmoverme y hacerme perder el equilibrio».

—Bueno, la gente que no es ni una cosa ni otra podría sentirse ofendida. Yo, por ejemplo.

—Tú eres un *él*. ¿Qué hay en un *él* que te ofenda, me lo puedes decir?

—Me gustan los chicos, ¿sabes?

—Oh, entiendo. ¿Entonces eres un doble *él*?

Y volvía a partirse de risa.

—Esa es una lógica que quizá podría ayudarme a hacer plausible para mis padres mi orientación sexual.

—En la Unión Soviética irías a prisión —añadí pensativa, me rondaba la cabeza la historia de David.

—Gracias por el aviso. Me consuela muchísimo. En Alemania te castran. Una hermosa vida, ¿verdad?

—¿De veras?

—Sí, y le graban a uno la palabra *maricón* en el pecho con un hierro al rojo.

—Oh, Dios, entonces quizá sea de veras mejor que te quedes aquí.

Volvió a reír, dándose palmadas en los muslos.

—¡No, no es tan grave! Estamos bien. Pero, si por mi padre fuera, sería definitivamente así.

—De todos modos quiero que me enseñes alemán todo el tiempo que puedas y poder quedarme tus libros un poco más —dije, y encendí un cigarrillo.

—Claro, okay.

Desde entonces lo acompañé en sus largas marchas entre alfombras, sillones, cuberterías de plata, vajillas y toda clase de pantallas de lámparas. Fuimos invitados a distintas viviendas y casas a las que Severin tenía que ir a ver algo. Yo actuaba como intérprete, pero cuando vi a un veterano de guerra vender sus medallas le dije que todo aquello me entristecía tanto que era mejor que hiciera él solo el trabajo de su padre.

El 19 de agosto de 1991, mientras Gorbachov estaba de vacaciones en Crimea, el Partido Comunista de la Unión Soviética hizo un último intento de parar la perestroika, junto con otras fuerzas reaccionarias y conservadoras. Proclamaron el estado de excepción, llamaron a movilizarse contra el Tratado de la Unión y difundieron la idea de que toda relajación del sistema comunista significaba el final de ese mismo sistema, y pidieron apoyo al KGB (su director era una de las figuras centrales del golpe). El golpe fracasó, tres funcionarios del partido se suicidaron, pero desde entonces también los días de Gorbachov iniciaron la cuenta atrás. De nada sirvió que aprobara la abolición o —como después se supo— la reorganización del KGB, ni tampoco que, como última demostración de poder por su parte, hiciera encarcelar a los golpistas. Borís Yeltsin aprovechó el momento y proclamó la prohibición del Partido Comunista en todo el país, e hizo confiscar sus propiedades. Aunque Gorbachov seguía siendo sobre el papel presidente de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, ya el 24 de agosto ondeaba en la sede del Gobierno en Moscú la bandera tricolor rusa.

La URSS, la Unión Soviética, el país en el que yo había nacido y crecido, había dejado de existir.

Cuando empezó la segunda guerra del Golfo, yo estaba en la cama con Miro y me preguntaba cómo iba a superar ese invierno sin perder la razón.

Había apagones cada vez más a menudo, y había que echar mano de viejas lámparas de petróleo. La calefacción central tampoco funcionaba ya, así que había que prepararse de otro modo para el invierno. Se recogía leña para chimenea y se instalaron apestosas estufas de petróleo, que pudieran dar un poco de calor. Había preocupaciones muy distintas que seguir el curso de la historia.

Solo los dioses no temen las ofrendas.

Trate de encontrar un dios.

MARINA TSVIETÁIEVA

Dijeron que en Tiflis había estallado una guerra civil. La ciudad estaba a oscuras. Todos estaban contra todos: la oposición —nadie sabía ya quién pertenecía a ella— contra Gamsajurdia, el Partido Comunista por su cuenta, el ejército privado por lograr más poder, los partisanos por la anarquía, los criminales por la justicia, la *intelligentsia* por Shevardnadze y el resto de la gente... en algún lugar en medio de todos. Se oían cada vez más disparos, se impuso el toque de queda. Se levantaron barricadas en todos los lugares imaginables, las voces que salían del megáfono formaban parte del telón de fondo de los ruidos cotidianos.

Aun así, Severin no quiso irse. A mí me irritaba su entusiasta interés por aquella trágica evolución. Le decía que el potencial destructivo que había en todas las actividades actuales solo podía parecerle bueno porque venía de un mundo sano. Se suspendieron las clases. Las manifestaciones, no. Día y noche se oía hablar de gente que había sido atacada o asaltada y saqueada.

Yo escribía y me congelaba. Las partidas de póker estaban suspendidas por el momento, los chicos tenían cosas más importantes que hacer. En todas partes apestaba a petróleo. En todas partes hacía frío. En todas partes la gente miraba a su alrededor y se sobresaltaba en cuanto algo caía al suelo.

Queríamos pasar todos juntos en la Casa Verde la Nochevieja de 1991, porque en Tiflis se oían disparos una y otra vez, y habían tiroteado las ventanas de nuestros vecinos. Daria llamaba preocupada todas las semanas,

pero ya no enviaba dinero a Kostia y Nana. Yo sospechaba que algo no le iba bien, pero reprimía la idea, ya tenía bastantes preocupaciones propias.

Con la guerra civil, al país había llegado otra cosa: la heroína. Había cada vez más jeringuillas usadas en las escaleras de las casas. Cada vez se veían más ojos vidriosos en el metro, cada vez más gestos ausentes.

Vendíamos y vendíamos. Mi madre empeñó incluso su alianza. Cuando no quedó nada que vender y también el dinero que yo había ganado jugando al póker se hubo acabado, Stasia anunció que solo había una solución, si queríamos sobrevivir. Esa misma noche, un exquisito aroma recorrió la casa. Fuimos a la cocina, somnolientos, en camisón y en pijama, y descubrimos a nuestra Stasia, de noventa y un años, junto a la mesa de la cocina... Delante de ella había una tarta de chocolate.

—¿Qué es esto? —exclamé, y ya iba a meter el índice en la exquisita tarta, pero Nana me lo impidió a tiempo, y Stasia explicó que esa tarta estaba hecha conforme a la vieja receta de su padre. Debíamos llevarla a la ciudad y venderla en uno de los pequeños puestos recién abiertos que vendían creps y pasteles.

Primero a todos nos pareció una locura, pero entonces Elene exclamó entusiasmada que conocía a alguien que vendía dulces en su tienda, y que mañana mismo intentaría convencerle.

Al día siguiente la llevé a la ciudad, y juntas ofrecimos la tarta a la tiendecita de la que Elene había hablado. Aquel hombre grueso y peludo aceptó la tarta a regañadientes, naturalmente por mucho menos dinero del que habíamos pedido al principio, y dijo que ya veríamos cómo se vendía. Las porciones sueltas irían mejor, hoy en día nadie salvo un mjedrionista podría permitirse una tarta entera.

Pero al día siguiente la tarta se había vendido, y encargó otras tres a Elene. En dos semanas, vendimos un total de diez tartas. Stasia se negó a aceptar la ayuda de otros miembros de la familia, e insistió en mantener el secreto de la receta. Según ella, yo era la única que podía ayudarla en la difícil tarea.

—Solo Niza. Nadie más. ¡Es la única en esta casa que puede resistir la maldición!

Mi madre y Nana cruzaron miradas significativas. Al principio, no me mostré nada entusiasmada con el honor de ayudarla. Odiaba toda clase de trabajo en la cocina y, sobre todo, la bollería no es que hubiera sido hasta entonces uno de mis puntos fuertes. Pero Stasia se mantuvo firme y no aceptó

argumentos. Me tranquilicé pensando que, al fin y al cabo, era una buena oportunidad para estar más tiempo cerca de una Stasia cada vez más frágil, y completar mi colección de historias.

La primera noche que la vi cocinar el chocolate me acordé del exquisito aroma del piso de Christine que nos había sacado de la cama a Miro y a mí. Y, mientras removía la oscura masa, oí por primera vez la historia del chocolate caliente del fabricante de chocolate y de la maldición que, según Stasia, acarrea.

—Nunca hubieras debido probarlo, pero lo hiciste; mi hermana, Dios la tenga en su gloria, nunca me creyó. Incluso después de haber enterrado con él al Pequeño Gran Hombre seguía dudando. Pero ahora tú tienes que prometerme una cosa, por lo más sagrado: dos cucharadas de la mezcla bastan para una tarta, pero jamás debes prepararlo en su forma pura para alguien a quien quieras, tienes que jurármelo.

Yo me derretía con el aroma del chocolate, contemplaba sus manos ancianas y aun así ágiles mientras mezclaban los ingredientes, dubitativa, cautelosa, probándolo y sopesándolo todo varias veces como si fuera un medicamento, un veneno, y no ese chocolate celestial. Y, naturalmente, no me creí una sola palabra. El chocolate era para comerlo, y hubiera querido zambullirme en aquella masa oscura y devorarla. Pero ella me vigilaba, controlaba rigurosamente que ni uno de mis dedos fuera a parar a la cazuela; solo estaba permitido probarlo para cocinarlo. Las tartas de Stasia nos ayudaron a superar el invierno y también la primavera, y cuando Borís Yeltsin fue elegido, en junio de 1991, primer presidente de Rusia, nuestro negocio de tartas experimentó una explosión. Nuestro mundo se hundía, y la gente quería comer tarta hasta enfermar.

—Cuanto peor es la época, mejor para el negocio de la pastelería, decía siempre mi padre.

Stasia repetía esa frase como un mantra, una y otra vez, mientras yo estaba de pie junto a ella en la cocina y removía la masa negra a la luz de las velas.

Había perdido peso, sus mejillas estaban caídas y sus ojos brillaban, el vestido ya no ceñía flexible sus caderas, sino que bailaba en torno a su cuerpo. Llevaba el pelo recogido en una enmarañada cola de caballo y el maquillaje puesto de cualquier manera. Aun así la reconocieron en el

aeropuerto, y aunque la gente no le pidió autógrafos —tampoco habría sido posible en la penumbra del apagón total en el aeropuerto—, se quedaban mirándola y cuchicheaban.

Nos dimos un largo abrazo.

—¿Dónde está tu marido? —pregunté a mi hermana.

—Se ha quedado en Moscú.

—Mejor para nosotros, podremos disfrutarte más. La Casa Verde te espera. Hemos hecho tus platos favoritos.

—Estoy tan contenta de volver a estar en casa —dijo Daria, y se durmió en el asiento trasero del coche.

Por una vez Kostia se había vestido como Dios manda, con motivo de la visita de Daria, y llevaba una camisa blanca y unos pantalones de traje planchados. Tomamos una cena tardía, y Daria nos habló de Moscú, del caos que allí reinaba, de la extrema carencia de alimentos. Al menos había podido conseguir un papel en el teatro, y tenía trabajo. Cuando Elene preguntó por los negocios de Lasha, ella eludió contestar y cambió de tema. Tres días después fue a su casa vacía, tenía que «hacer unas cosas allí», y estuvo días desaparecida. El teléfono estaba desconectado, así que fui y llamé a la puerta. Ya en la escalera oí música y voces que salían de su casa. Me sorprendió que tuviera visita y no me lo dijera. La casa entera estaba llena de desconocidos. Solo pude reconocer a un par de antiguos compañeros. La gente andaba por la casa, bebía vodka a la luz de unas lámparas de petróleo que desprendían un olor nauseabundo, tocaba la guitarra, cantaba. La casa estaba desordenada, como si desde su regreso no hubiera hecho el menor intento de limpiarla. Cuando alguien me puso en la mano un vaso de vodka, me bebí de un trago aquel líquido amargo y escuché confundida la cháchara achispada de aquella gente, pero sin perder de vista a mi hermana. Nunca la había visto así: estaba desatada, ruidosa, precipitada, casi vulgar, se le había subido la falda y se le había corrido el maquillaje. Bailaba, contaba chistes rusos, se lanzaba constantemente al cuello de sus amigos y terminó sentada en el regazo de un desconocido que, borracho, empezó a manosearla, pero ni siquiera eso pareció molestarla.

Cuando fue al baño, la seguí y cerré la puerta.

—¿Qué te pasa?

—Ahórrame tu moralina. He estado mucho tiempo fuera y los he echado de menos a todos, creo que puedo estar con mis amigos...

—¿Tus amigos? Estoy segura de que es la primera vez que ves a la mayoría de ellos. Está pasando algo. Por favor, Daria, no quiero prohibirte nada, solo quiero que estés bien, y hace mucho que no te veo, te he echado tanto de menos, y pensaba...

De pronto, se me lanzó al cuello y se echó a llorar.

—Todo va cuesta abajo. No sé qué hacer. Él, él... Lasha tiene grandes problemas.

Me contó apresuradamente que sus negocios se habían torcido desde el principio, que dependía de la ayuda de sus padres pero quería mantener su nivel de vida, y estaba perdiéndose cada vez más en el torbellino de Moscú. Que se pinchaba heroína desde hacía mucho, y que a veces desaparecía y estaba días ilocalizable. Pero recalca una y otra vez cuánto le amaba ella, como si temiera que le propusiera abandonarlo. Antes de que pudiera decir nada se secó el rostro, compuso una sonrisa y volvió radiante al salón, donde la recibieron con alboroto.

Daria siempre había sabido cuál era su sitio en el mundo, qué podía esperar de la vida, no había cuestionado nada. No se había cuestionado a sí misma ni al mundo a su alrededor. Tan solo se había equivocado con el hombre al que amar, y le había otorgado el permiso de hacer que su mundo se tambaleara. Le había sonreído y había dicho: «Me amas y puedes hacerlo, coge todo lo que necesites, cógelo todo, si te hace feliz».

Y él lo había hecho.

Estaba delante de mí con las mejillas caídas y cercos oscuros en los ojos. Su ojo azul estaba vidrioso, el otro, el marrón, estaba turbio. Habían perdido su equilibrio.

Y, cuando la vi bailando abrazada a cualquier idiota, tuve conciencia de algo terrible: Lasha había conseguido convertirla en la pesadilla que él veía. Había proyectado sobre ella todos sus miedos, complejos y manías. Y ella le había dejado hacer. Él había conseguido convertir su amor en una masa turbia, sucia, pantanosa, para poder aceptarla por fin. La vi bailar y sentí ganas de vomitar.

¿Dónde estaba mi maravillosa, inquebrantable y serena Daria, la hermosa reina del reino de Kostia, y adónde había ido a parar el reino de Kostia? ¿Dónde vivíamos todos, en realidad?

Tres días después me encontré a un Aleko deshecho, que me contó que a David lo habían atacado en la calle unos hombres que querían robarle. Cuando vieron que tenía vacío el monedero le pidieron su cadena de oro, pero él se defendió. (Traté de acordarme de una cadena en su cuello. ¿Me había fijado alguna vez en ella? No.)

—¿Está muerto? —pregunté a Aleko, sorprendida de mi propia calma.

—Sí. Nueve puñaladas. Probablemente alguna banda de criminales o amigos del Mjedrioni.

—¿Por una cadena?

—Por una cadena.

Me encerré en el baño y me quedé allí horas. Tenía el mundo encerrado en el puño, y sin embargo se me escapaba entre los dedos, como si fuera arena.

Me tumbé en la bañera vacía. Habían vuelto a cortar el agua.

El tiempo pareció romperse contra mis corvas. Tenía ocho años, tenía diez años, y estaba en casa de David. Vi los dibujos y los cuadros en sus paredes, saboreé el té caliente en mi lengua, oí su voz. ¿Jugaría él también a las cartas con otros fantasmas? No le gustaba jugar a las cartas. Como mucho al backgammon.

Traté de llorar. Nunca había sido buena para eso. No tenía lágrimas. Odiaba ese país, odiaba a esa gente, odiaba esa bañera, me odiaba a mí y a mi impotencia. ¿Por qué había hecho eso? ¿Defender una maldita cadena? ¿Por qué me había hecho eso? Pensé en la sangre en el cuarto de baño, aquella vez junto al mar, en la hermosa Rusa y en su fingida despreocupación en la nieve, tantos meses después.

Mi vida era una montaña rusa. Y descarrilaba.

Apoyé la cara en el borde frío de la bañera.

Me sumergí. Sin agua.

El rostro demediado de Christine, la masa que chillaba el 9 de abril, el frío de los dos últimos inviernos, la oscuridad en las calles, las palabras de David, nuestro último encuentro, aquel té fuerte, los ojos vidriosos de mi desesperada hermana, la risa de Miro, la desesperanza de esta época, mis páginas escritas (¿con qué, en realidad?), el gesto preocupado de mi madre, el aroma del chocolate caliente... En ese momento, todo se fundía en mi cabeza.

¿Cuánto tiempo podría seguir tumbada allí? ¿Y qué iba a cambiar? Ese dolor inútil.

Me abofeteé. Quería sentir algo. Quería que doliera. Quería estar cerca de

David. Quería retenerlo, en las palabras que no le había dicho, en mi idea de las tardes y las noches que aún habría podido pasar con él. En la habitación de al lado, mi madre puso el álbum *Home*, y quizá fue la primera vez que escuché la música de Kitty Dzhashi de manera consciente. Quizá fue también la música de Kitty la que me sacó de la bañera después de aquellas horas eternas y vacías, Brilka.

—¿Sabéis por qué ahora todos, incluso sus antiguos compañeros de lucha, quieren quitar de en medio a Gamsajurdia? ¿Sabéis por qué ahora le insultan? —una vez más, Kostia se acaloraba en la cena; estábamos sentados a la mesa de la cocina, con luz de velas por culpa de un apagón, y escuchábamos la radio a pilas—. Porque la gente está empezando a comprender poco a poco que para conseguir su anhelada *soberanía* va a tener que cambiar su forma de vida. Se acabaron los vuelos rápidos a Moscú y las visitas a los restaurantes, y las mujeres rusas, se acabó la fanfarronería caucásica y los privilegios, se acabó la *soleada Georgia*. Pero ahora se dan cuenta de que no quieren todo eso.

Las sublevaciones continuaban en todo el país. Para conseguir pan, había que hacer cola ya desde por la noche. La Guardia Nacional y el Mjedrioni se negaban a aceptar la colaboración con el Ministerio del Interior. Hacía mucho que habían dejado atrás la ley —si es que alguien aún se atenía a ella—, y creaban sus propias leyes. Ninguna autoridad debía prescribir ya lo que había que hacer y dejar de hacer. Cuando, a finales del año 1991, Gamsajurdia hizo cerrar todos los canales de televisión rusos para alejar de Georgia la negativa propaganda rusa, la insatisfacción general se reavivó. Ahora, aquellos ciudadanos normales que hacía algunos meses habían gritado con fervor «libertad» y «soberanía» en las manifestaciones eran los que se enfadaban con que se les alejara de la «cultura» rusa.

—Sí, es cierto, somos un pueblo que se mira a sí mismo con ojos ajenos. Por desgracia, ya no sé de quién proviene esa frase —le había dicho Stasia a su hijo aquella tarde, excepcionalmente de acuerdo con él.

Hacíamos tartas de chocolate siguiendo la receta de un pastelero formado en Budapest y en Viena, con harina y leche en polvo que llevaban el letrero

USAID y polvo de cacao en el que campaba una estrella roja. Mientras, la Guardia Nacional, en colaboración con el Mjedrioni, ocupaba todos los edificios centrales de la ciudad y plantaba allí sus puestos. Una vez más, la avenida Rustaveli estaba llena de gente. Y una vez más sonaban disparos, una vez más había muertos y heridos. Lo que más me asombraba era la indiferencia general que se mostraba en la ciudad ante esas acciones semibélicas. Los lanzallamas causaban incendios una y otra vez, los Kaláshnikov disparaban sin cesar, y sin embargo la mayoría proseguía impertérrita sus actividades.

El metro circulaba, los cines habían abierto; una y otra vez, en la calle los transeúntes se detenían con gesto frío y pétreo a mirar a los soldados que cargaban sus armas.

Después de que también Severin fuese víctima de un robo con agresión, me dejó todos sus libros y se fue; prometió regresar en cuanto hubiera resuelto sus asuntos en Berlín. El día antes de su partida, lo invité a visitarme en la Casa Verde, y comimos en silencio un poco de papilla de maíz y queso. Me había acostumbrado a él, a nuestra intimidad, y también a las palabras alemanas que prometí seguir ensayando en su ausencia. Me daba cuenta de que también a él le resultaba incómodo pensar en volver al orden después de todo aquel caos.

—Deberías irte a Europa, Niza —me dijo, esta vez en alemán.

—Europa, sí, Europa. ¿Recuerdas cuando decías que había que quedarse en el epicentro de la historia?

—Bueno, quizá también yo he cambiado, o simplemente me he cansado. Cansado de este miedo, antes nunca había tenido miedo, no tenía miedo cuando vine aquí. Ahora es diferente.

Antes de regresar a la ciudad, subimos al desván, nos sentamos armados de una vela en la terraza inacabada, fumamos un cigarrillo y miramos el cielo estrellado. En el rincón se acumulaban libros viejos y mis cuadernos de notas. Aquí estaba mi reino, mi lugar de retiro durante tantos años. A pesar del caos cotidiano, tenía que intentar dejar en mí espacio suficiente para no olvidarle; en aquel entonces, no creía que volviera a verle.

Tomad dentro de Rusia tanta soberanía como podáis tragar.

El 7 de enero se dieron por terminados los combates, y el Mjedrioni descorchó botellas de champán delante del palacio de Gobierno. Gamsajurdia tuvo que huir y, cuando los armenios no le concedieron permiso de residencia, aterrizó en Chechenia. Las manifestaciones continuaron, los seguidores de Gamsajurdia seguían intentando plantar sus carpas en todos los rincones de Tiflis, pero entonces los mjedrionistas y la Guardia Nacional abrieron fuego. Georgia del Sur, y sobre todo Megrelia, la región en la que había más seguidores del presidente, fue a las barricadas.

Se exigía el regreso de Shevardnadze a la política georgiana. Poco a poco, a todos les había quedado claro que los disidentes y criminales no iban a poder poner fin al caos imperante. También se multiplicaban los indicios de lucha por el poder entre el Mjedrioni y la Guardia Nacional.

Poco después del regreso de Shevardnadze, en marzo de 1992, también mi hermana vino a Tiflis un par de semanas. Se retiró a nuestro cuarto de niñas, anunció que el maravilloso Lasha y ella habían tenido «una discusión», que él tenía «problemas financieros» y, por el momento, no estaba claro cuánto tiempo iba a quedarse ella con nosotros. Bloqueó con vehemencia cualquier intento de Kostia de sacarle más, pero tenía mejor cara que el año anterior, cuando se había pasado dos semanas de fiesta. Solo que su mirada estaba ausente, su cuerpo inquieto y asustadizo; e incluso su sonrisa, normalmente tan apaciguadora, tenía algo de artificial y compuesto. La felicidad que siempre había irradiado de manera tan majestuosa, esa satisfacción de estar en el centro de la vida, la confianza de poder agarrar con las manos todo lo que era suyo..., todo eso que antes había mostrado de forma tan desenfrenada parecía extinguido, como si su estímulo más importante, el único motor de todas aquellas cualidades, estuviera desconectado.

Me entristeció sentir su vacío, y me propuse pasar más tiempo con ella y ayudarla a revelar sus secretos, y dejarle claro de una vez que era hora de mandar al infierno a su maravilloso Lasha. Pero, resbaladiza como un pez, ella evitaba todo lo que pudiera acercársele demasiado, era una maestra en manipular cualquier conversación. Me costaba trabajo interpretarla, algo que antes me resultaba tan fácil. Entre el entonces y el ahora estaban su amor, su

matrimonio, Moscú y los innumerables instantes y sensaciones que yo no había compartido con ella, las experiencias que había acumulado sin mí.

Solo dos semanas después, Lasha se presentó de pronto delante de la puerta de la casa. Estaba más delgado, su rostro tenía un color insano. Su aparición despertó a Daria a la vida. Se ocupaba de él, le acariciaba constantemente las mejillas, le cocinaba sus platos favoritos, ya no se quejaba del frío en la casa y de los apagones, se pegaba a él, lo abrumaba con gestos de ternura y parecía ignorar por completo su actitud de rechazo y desinterés. Como si no se diera cuenta de que él no respondía a sus besos y rehuía sus cariños. Yo no podía ver aquello. Apartaba la mirada. No lograba quitarme aquellas imágenes de la cabeza. Aquel hombre había traído sobre mi hermana algo espantoso, y le había quitado algo valioso, había cambiado algo fundamental en ella, y yo no quería ni podía conformarme con eso. Una vez más, decidí inmiscuirme en la vida de otro. Pero esta vez no podía ganar la batalla sola, quizá Kostia —por mucho que me costara— podía ser mi aliado. Tal vez hiciera acopio de su languideciente energía, vertiera su frustración y su ira acumulada sobre Lasha y lograra mantenerlo alejado de Daria. Por eso, me sentí más que agradecida a Kostia cuando los convenció de que se quedaran en la Casa Verde y no regresaran a su apartamento. En la ciudad el abastecimiento era más difícil, pero sobre todo era más peligroso estar allí. Yo le había dejado mi cuarto al matrimonio, y dormía con Stasia. De todos modos, todos nos agrupábamos, porque hacía frío y no había suficiente petróleo ni leña para calentar todas las habitaciones.

Con los días de convivencia se acumularon los enfrentamientos entre Daria y Lasha. Lo había dado todo por una «zorra miserable», le oí gritar detrás de la puerta. Daria replicó que él era un «cerdo desagradecido, un hijo de puta, un fracasado». Y mi sospecha de la última fiesta se confirmaba cada vez más: ella hacía todo lo posible para convencerse a sí misma de que él tenía razón, que realmente ella era como él la veía, que se merecía ser maltratada. Si Daria sucumbía de una vez por todas a esa imagen que su marido había fabricado, su vida estaría arruinada, también de eso estaba segura. «Todo o nada», había sido siempre su divisa. Una vez despertado su apetito, no podía dejar de comer. Si era hermosa, tenía que ser la más hermosa. Si era actriz, solo podía haber papeles protagonistas para ella. Si sentía interés por alguien o algo, no podía parar hasta poseerlo. Si se enamoraba, tenía que casarse. Si amaba, tenía que ser para siempre. Si había pelea..., se dejaba pegar e

insultar de la peor manera. Estaba segura de que, si un día se odiaba, se aniquilaría.

En una ocasión, estaba despierta en la cama y oí los pasos de Daria en el pasillo. Pasó por delante de mi puerta y empezó a subir las escaleras del desván. Me puse a toda prisa un jersey y corrí tras ella. Había encendido una vela y estaba en cuclillas junto al montón de mis libros cubiertos de polvo. Cuando oyó mis pasos, se volvió sobresaltada.

—Ah, eres tú... —dijo, un poco desilusionada, como si hubiera esperado que fuera otra persona la que la siguiera.

—Sí, *solo soy yo*.

—¿Te fumas uno conmigo?

—Vale.

—Es gracioso que en todos estos años no hayamos conseguido poner aquí una barandilla —dijo pensativa.

—A mí me gusta como está.

—Esto está bien alto, ¿no?

—Sí. ¿Te acuerdas de lo que nos gustaba subir aquí de niñas?

—Yo siempre tuve miedo a las alturas, lo hacía solo por ti, para que no te pareciera cobarde.

—El miedo a las alturas y el arte del trapecio no encajan del todo, ¿no?

—Siempre he hecho cosas que me daban miedo.

—¿Ah, sí? ¿Y también tienes miedo de tu marido, Daria?

—No quiero hablar de eso. Por favor, deja el tema.

—Es un cerdo miserable. Todo lo que dice es producto de su podrida imaginación.

Me miró sobresaltada.

—¿Has estado escuchando?

—Incluso sin oír sus maravillosas palabras, salta a la vista cuánto *te ama*.

—Sí que lo hace, aunque tú no lo entiendas.

—¿Cuándo? ¿Cuando te pega, por ejemplo, o cuando no se le levanta contigo?

—Estás yendo demasiado lejos. ¡Eso no te importa!

—Eres mi hermana, maldita sea, no voy a permitir que ese hijo de puta acabe contigo.

—Está enfermo. Entiéndelo. Hay que ser indulgente con él. Tiene tantos problemas, y yo puedo ayudarle tan poco... Tú vives en tu mundo. No sabes

cómo es amar tanto a alguien.

Las puntas de nuestros cigarrillos resplandecían en la oscuridad como dos luciérnagas enamoradas.

—No se te ocurre nada más que lo que se ajuste a tus enfermizas ideas, Daria.

Al oír esa frase me miró pensativa. Como si de veras le hubiera alcanzado.

—Simplemente no puedo —dijo con voz débil, y ocultó la cabeza entre las rodillas.

Yo no pude seguir conteniéndome y la abracé con todas mis fuerzas. Ella quiso librarse de mí y levantarse, pero yo la abracé más fuerte, quería retenerla, quería salvarla.

Quería que volviera a ser mala conmigo, tan hermosa que se le perdonaba todo, que volviera a sacarme de quicio, que fuera voluble y caprichosa, todo menos aquello: todo menos esa espalda encogida, esa pesadez y esa entrega al destino, ese sentimiento de culpa, todo menos esa decepción. Me reí a carcajadas.

—¡Estás loca! —gritó, se liberó de mi abrazo y cayó de espaldas, agotada. Me subí encima de ella y apoyé la cabeza en su vientre. Titubeante, me quitó de la frente un mechón de pelo—. Hiciste que tus amigos criminales pegaran a mi marido, Niza. Eso no es ninguna ayuda.

—Pero él te había...

—¡Eso no es ninguna ayuda!

—No volveré a hacerlo. Te lo prometo. Haré todo lo que quieras. Pero no te vayas. Tienes que volver a actuar.

—¿A quién le interesa hoy en día el cine o el teatro?

—No va a ser así siempre.

—Ah, Niza.

Me apretó contra ella y me rascó la espalda. Luego se levantó y se sacudió el polvo del camisón.

—Tengo que bajar. No puede dormir sin mí.

Mientras en Georgia del Sur persistían los combates entre los seguidores de Gamsajurdia y el nuevo Gobierno, con el regreso de Shevardnadze pareció surgir una pequeña esperanza en el conflicto con los abjasios. Su deseo de «olvidar todos los enfrentamientos del pasado» hizo concebir esperanzas a

los abjasios de que sus exigencias de soberanía serían recibidas de forma más abierta. Sin embargo, cuando los hechos no siguieron a las palabras, y además el Consejo de Estado de Georgia intentó convertir el puerto abjasio de Ochamchira en una base militar georgiana, la esperanza se desvaneció. También en Tiflis se empezó a especular si Shevardnadze podría realmente evitar nuevos derramamientos de sangre. El punto central de los enfrentamientos seguía siendo el futuro estatus de Abjasia dentro o fuera de las fronteras de Georgia. Cuando, en julio de 1992, el Parlamento abjasio aprobó la abolición de la Constitución de la República Socialista Soviética de Abjasia del año 1978 y volvió a poner en vigor la Constitución de 1925, el ministro de Defensa georgiano y comandante de la Guardia Nacional ordenó la entrada de tropas georgianas en Abjasia. Lo fundamentó como una «medida de defensa de la integridad territorial contra las aspiraciones separatistas del Parlamento abjasio».

Con eso empezó la guerra.

Daria volvió a Moscú con Lasha. Tres semanas después de su marcha, llamó gritando a la Casa Verde y solo después de varios intentos de tranquilizarla por parte de Nana pudo pronunciar una frase clara: unos cobradores de deudas habían tiroteado a Lasha y estaba en la UVI. El disparo había rozado la columna vertebral.

Solamente al final de la llamada mencionó, casi de pasada, completamente desbordada, que esperaba un hijo.

*I guess I'll always be
a soldier of fortune.*

DEEP PURPLE

Daria aguantó mejor y más tiempo de lo que habíamos temido. Tu madre era de una valentía impresionante. Hasta tu nacimiento, Brilka, demostró una fortaleza increíble, y logró protegerte y mantenerte alejada de todos los peligros y el horror que la rodeaban. Aguantó tanto como pudo. Tienes que entender eso, Brilka.

Yo estaba asombrada con su férrea disciplina, su inquebrantable voluntad y, sobre todo, su amor hacia ese hombre que la recompensaba exclusivamente con su desprecio, con la tortura física y verbal y con interminables quejas. Me preguntaba asombrada de dónde sacaba fuerzas para hacer todo eso. Todo el mundo se queda vacío en algún momento cuando lo da todo, pensaba entonces, cuando se entrega a sí mismo en sacrificio con los brazos abiertos. Después de dos complicadas operaciones, para las que sus padres tuvieron incluso que vender su casa, porque las intervenciones tuvieron lugar en Israel, trasladaron a Lasha a Tiflis, a la Casa Verde, para un largo periodo de rehabilitación. Debido a sus deudas, también habían vendido la casa que compartía con Daria en el parque de Vaké. Paralizado de la cadera para abajo, tenía fuertes dolores y necesitaba medicamentos caros. Los médicos albergaban la esperanza de que pudiera volver a caminar algún día, contando siempre con la fuerte voluntad del paciente, los últimos adelantos médicos y un fisioterapeuta competente. Pero, incluso si las dos familias hubieran podido aportar más dinero para los tratamientos en el extranjero y los mejores fisioterapeutas del país, en el caso de este paciente no se podía hablar de una voluntad fuerte.

Yo no paraba de huir a la ciudad, a la biblioteca o a la angosta cama de Miro. Huía de mí misma, de las espantosas noticias diarias que venían de Abjasia, de las imágenes con las que teníamos que reconciliarnos, a las que íbamos a tener que acostumbrarnos, de las corrientes de refugiados y las cifras de muertos en constante aumento. Los ojos infantiles cansados de llorar y las casas quemadas. Las mujeres violadas. Los edificios bombardeados. El mar en calma, el mar siempre en calma. Los malos abjasios, los buenos georgianos. Los malos georgianos, los buenos abjasios y los rusos, siempre los rusos, las «tropas de paz», los «mediadores», a la vez los mayores proveedores de armas e instrucción de los abjasios. Los chicos de dieciséis o diecisiete años que el Mjedrioni y la Guardia Nacional reclutaban para la guerra, y a los que habían atraído con las más bellas promesas de un vago heroísmo, hachís y, si no era suficiente, con heroína. La mala instrucción y organización del Ejército georgiano. Los avances y las retiradas. El fuego, siempre el fuego: había coches, casas, personas ardiendo. Y el mar, siempre el mar, que miraba todo aquel horror con calma absoluta.

Nosotros, que vivíamos lejos de los campos de batalla, ocupados tan solo es cómo pasar el día siguiente, sin trabajo, sin expectativa de nada, sin

respuestas, que teníamos que ver todos los días de dónde sacábamos leña, petróleo, velas, harina, azúcar, mantequilla, leche en polvo, aprendimos a vivir con esas imágenes de la guerra, a apartarlas de nuestra mente. Nos acostumbramos a ese rumor sordo, una curiosa mezcla de alegría y de rabia cuando la luz eléctrica funcionaba de nuevo; nos acostumbramos a que fallara y un susurro atenuado pero inconfundible recorriera la casa, a que en la ciudad se escucharan insultos cada vez más claros en contra del Gobierno. Nos acostumbramos a dejar de esperar la intervención de los cascos azules, las tropas de la ONU, de la OTAN y de Occidente, que vinieran a salvarnos y nos defendieran de la malvada Rusia. Nos acostumbramos al fatalista pensamiento de que los georgianos no lograríamos sacarnos a nosotros mismos de esa ciénaga. No, realmente no lo creíamos.

En la ciudad, de varios millones de habitantes, pronto todo el mundo conocía a todo el mundo porque, quién sabe, quizá se necesitaba al otro para algún suministro o adquisición. En los balcones de los edificios altos de apartamentos cacareaban pollos enflaquecidos, atados a una cuerda. Los perros callejeros se multiplicaban y, por las noches, salían en busca de alimento, aullando por la ciudad como una manada de lobos.

Nos acostumbramos a todo.

Jugábamos al dominó, a las cartas, hacíamos crucigramas, nos contábamos chistes, nos escuchábamos los unos a los otros en las oscuras cocinas, salones, dormitorios, donde nos sentábamos con botellas de agua caliente y envueltos en gruesas mantas, en el silencio que el crepúsculo tendía sobre la ciudad como una campana de cristal. Nos acordamos de viejas historias, nos alegramos como pocas veces cuando el invierno pasó por fin y la primavera llegó con su calidez, sus días luminosos y unas cuantas preocupaciones menos. Podíamos arreglarnoslas mucho tiempo con una caja de cerillas, hacer diez variantes de bizcochos con harina de maíz y sopa de judías. Y podíamos reírnos de nosotros y nuestras improvisaciones: del carné de miembro del Komsomol con la cabeza de Lenin que tapaba un agujero en la ventana, o de la jarra que envolvíamos en una manta de lana para que el té se mantuviera caliente. Ya no prestábamos atención a las nuevas noticias de robos, asaltos y asesinatos. Nos alegrábamos de seguir vivos al final del día. No, no queríamos pensar en la guerra que rugía en otra parte de nuestro país, y arrancaba de nuestro lado a nuestros padres, hermanos, maridos, amigos, vecinos, conocidos, y nos los devolvía mutilados y traumatizados o, incluso,

en ataúdes de madera.

Todo el mundo temía por todo el mundo. A todo el mundo le faltaba un miembro de la familia, un amigo. Así que rehuíamos la guerra, cerrábamos los ojos. Y, cuando había luz eléctrica, veíamos en la tele las imágenes de la guerra de Yugoslavia. Era curioso, nos interesaba esa guerra ajena, hasta por un momento le estábamos agradecidos, porque nos daba la oportunidad de olvidar la nuestra.

Vivíamos en un tiempo sin tiempo.

El vientre de Daria pronto empezó a marcarse. El embarazo no la hizo florecer, tenía un aspecto cansado y consumido, como si estuviera ahorrando sus últimas fuerzas para el parto y entregarse después a un ya incontenible proceso de marchitamiento. Elene estaba preocupada por ella. Kostia estaba preocupado por ella. Nana, Stasia, Aleko..., todos la miraban, cuchicheaban y deliberaban a escondidas. Nadie quería ese destino para ella, pero tampoco se atrevían a decirle que quizá fuera hora de pensar en una separación, hora de internar a Lasha en una clínica o al menos ponerlo bajo la custodia de sus padres.

Por la noche había vuelto a despertarme el embriagador aroma del chocolate caliente y había bajado a la cocina, donde Stasia había hecho tres fondos de tarta con ayuda de una bombona de gas y estaba sentada a la mesa, fumando, cuando del dormitorio de Daria volvieron a salir las elevadas voces de una disputa conyugal. Stasia miró fijamente a lo lejos, hizo como si no oyera lo que pasaba en la habitación de al lado. Yo me preguntaba si no debía entrar directamente en el dormitorio y ahogar a mi cuñado con la almohada. Pero nunca lo hice. Nadie lo hizo. Como si fuera un fantasma, todos mirábamos a través de él.

Algunos días me retiraba al desván con mi máquina de escribir y escribía hasta que las letras empezaban a borrarse delante de mis ojos. Ya no se trataba de qué escribía y cómo, lo principal era que lo hacía para no perder la razón, para olvidar, para trasladarme a unos tiempos lejanos y una vida ajena, únicamente para huir de la mía.

El trabajo para la facultad que había escrito a la débil luz de las velas, el más importante de todos, fue rechazado. Parece ser que había prestado demasiada poca atención a la propaganda nacionalista cuando redacté mi

trabajo sobre «El Generalísimo: un georgiano». A mi profesor le pareció incluso que contenía «tendencias traidoras a la patria».

—¡Sin duda es usted una librepensadora, Dzhashi! —me acusó—. Escribir así en tiempos como estos, como si nos faltara presión por parte de Rusia. Por Dios, usted estudia Historia, observe a su alrededor. Mire en qué estado se encuentra su país. Y lo que los rusos nos hacen, y cuánta fe y energía nos demanda esa presión, qué cohesión exige de nosotros, ¿y usted? Usted viene y derrama un cubo de mierda, no deja un títere con cabeza a su país, y eso ahora, ahora, mientras el país está en guerra, mientras esos traidores de abjasios y osetios se arrastran ante los rusos, y a usted no se le ocurre otra cosa mejor que excretar porquería calumniosa sobre su patria, ¿no? Con eso no solo me ofende a mí, que quiero educarla para ser una persona de pensamiento objetivo y analítico, sino a todos esos jóvenes que arriesgan su vida por su libertad...

—Esta guerra no debería haberse producido —repliqué yo—. Solo esa negativa a confrontarnos con nosotros mismos como nación, como lo que somos, ha conducido a ella. Esa absoluta arbitrariedad, esa falta de principios, la falta de dominio de la diplomacia, un pensamiento que solo se basa en los meros instintos y ese ciego patriotismo nos ha llevado a esta situación, si usted me lo pregunta. Y en mi trabajo no he intentado otra cosa que entender por qué estamos hundidos en la mierda y por qué a nadie se le ocurre la idea de preguntarse determinadas cosas.

—Se atreve usted a poner en cuestión que Rusia...

—Rusia, Rusia. No paro de oír esa palabra. O América, o Europa, o lo que sea. ¿Cuándo vamos a dejar de vernos todo el tiempo a través de los ojos de un patrón? ¿Cuándo empezaremos a mirarnos al espejo sin falso sentimentalismo o compasión, sin ese patriotismo nauseabundo que solo se basa en el puro mito?

—¡Dzhashi, está pasándose de la raya!

—Solo intento exponer determinados contextos. ¿No se cansa usted de esas interminables transfiguraciones y constantes teorías de la conspiración?

—¡La insolencia no es una cualidad de la que necesariamente haya que estar orgulloso, Dzhashi! Imagínese que un trabajo como este cayera en manos de alguien en Moscú, qué alegría les daría leer en él: sí, los georgianos somos traidores sin principios, somos...

—Quizá no nos falte algo de culpa en todo este embrollo, ¿ha pensado

usted alguna vez en eso?

—Al parecer usted lo ha hecho, y ha llegado a tan gloriosas conclusiones. ¡Bravo, Dzhashi! ¡Bravo! Debería presentarse como candidata para el servicio secreto ruso.

—Otra vez Rusia, otra vez el KGB. ¿Lo ve? Justo a eso me refiero.

—¿Quiere la verdad? ¿La verdad, eh? Entonces, vaya usted a Sujumi y vea con sus propios ojos lo que está pasando allí. Vaya a Abjasia y cuéntelo... ¡de manera objetiva, crítica, instructiva! Si no lo hace, espero una completa revisión de este trabajo.

Estaba tan furiosa con mi profesor, que decidí de golpe viajar a Abjasia. Quería demostrarle a ese idiota nacionalista que yo tenía razón. Miro no podía saber nada de mi plan, así que decidí buscar por mi cuenta formas de ir hasta allí. Mi proyecto me parecía absurdo y presuntuoso a partes iguales, pero me mantuve en mis trece. Iría allí y vería la impotencia de nuestras tropas, vería a las «tropas de paz» rusas que llevaban en barco tanques y municiones al país, la brutalidad de los abjasios, la brutalidad de los georgianos, la brutalidad de los rusos. Vería en qué indescriptibles condiciones los refugiados georgianos se abrían paso a pie por las montañas de Svanetia, dejaría de cerrar los ojos ante el apocalipsis que se desarrollaba junto al mar Negro. Iría allí. Y escribiría al respecto. La guerra estaba ya en todas partes. Solo era una cuestión de perspectiva si se afrontaba con los ojos abiertos o cerrados, pensé.

Qué estúpida era.

Me puse en camino hacia el Palacio del Ajedrez, el cuartel general al que hace tiempo fui a buscar a Tiburón. Allí encontré a muy pocos mjedronistas. Tampoco tenían ya nada que beber, y hacía mucho que sus miradas ya no eran tan seguras de sí mismas y penetrantes como entonces. Cuando pregunté por Tiburón, uno de los guardias carraspeó, se rascó la cabeza y dijo finalmente que Tiburón había caído el mes pasado en Gagra.

—¿Cómo fue?

No sé por qué quise saberlo.

—Un tiro en la cabeza. No tenían trincheras.

El hombre bajó la mirada.

Traté de imaginar a Tiburón muerto. Qué había sentido cuando lo alcanzaron. No lo conseguí. Solo podía pensar en la hermosa casa de Gagra, en Daria, en las partidas de backgammon con Rusa y su sangre en el cuarto

de baño. El mar, siempre el susurrante y oscuro mar, al que no interesaba si reinaban la guerra o la paz. La mitad del territorio abjasio estaba ya en manos abjasias, y por tanto rusas. La frontera con Rusia estaba abierta. Solo quedaba Sujumi. En diciembre, un día antes de llegar el año 1994, Gamsajurdia murió en las montañas de Megrelia, donde se había escondido junto con su séquito. Su mujer confirmó que se había tratado de un suicidio, pero la mitad de la población siguió aferrándose durante muchos años a la versión de una heroica muerte en combate. Y entonces la guerra llegó hasta mí. Antes de que yo pudiera ir a la guerra.

Decidí encontrar a Cello porque, hasta donde sabía por Miro, en los últimos tiempos había ido a menudo por el taller, y por tanto estaba en Tiflis y no en la guerra. Él podría ayudarme a ir a Abjasia. De hecho, en la imprenta me confirmaron que en la capital aún existía una de las células del Mjedrioni, que él estaba en la ciudad e iba a acudir allí al día siguiente. La noche siguiente fui a la imprenta con los últimos restos de gasolina que me quedaban y encontré allí a unos cuantos rostros conocidos de las partidas de póker. Todos me saludaron efusivamente. Solo Cello me saludó con un apretón de manos y no con un abrazo, como todos los demás. Me ofreció una silla y se sentó enfrente de mí.

—Los chicos me han dicho que querías hablar conmigo.

Como ya había ocurrido entonces, su mirada inquisitiva me resultó incómoda, y traté de parecer lo más neutra posible.

—Bueno, pensaba que podrías ayudarme a ir a Abjasia.

—¿A Abjasia, tú? —preguntó, incrédulo—. De allí se huye, allí no se va por voluntad propia, créeme.

—Lo sé, pero... Quiero escribir acerca de todo lo que está pasando allí, y pensaba...

—Así que quieres escribir. ¿Qué otros talentos ocultos tienes, Einstein?

—Bueno, quiero intentarlo.

—No, los chicos tienen razón, uno nunca sabe contigo.

—¿Puedes ayudarme? —insistí, esta vez mirándolo directamente a los ojos. La pausa que hizo me pareció una eternidad, se rascó el cráneo pelado y se pasó la lengua por los labios, antinaturalmente rojos.

—Hum, que si puedo ayudarte... No lo sé, Einstein. No pareces alguien que necesite ayuda.

—Todo el mundo necesita ayuda alguna vez.

Me irritó mi tónica respuesta, pero en ese momento no se me ocurrió nada mejor.

—Antes hubiera querido que necesitaras algo. En los tiempos en que andábamos aquí jugando a las cartas, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. Fue divertido, ¿no?

—Divertido. Hum. Divertido. No lo sé. Según para quién, ¿no?

Lo sabía, siempre había sabido que era un mal perdedor.

—¿Entonces...?

—Entonces. Bueno, si lo pienso, podría ayudarte, sí, tengo mis medios. Podría conseguirte un carné de prensa. Cincuenta dólares, y la cosa estaría arreglada. Pero yo también tengo que divertirme, ¿no? Tengo que sacar algo, ¿no estás de acuerdo?

—Vamos, ¿qué quieres?

—Bueno, podríamos jugar una partida. Llevo encima un billete de cien dólares. Eso tendría que ser suficiente aliciente para ti, ¿qué opinas? Hace mucho que no juego, y también los chicos están ansiosos. Por lo menos los que han quedado. Eh, chicos, ¿una partida de póker? —gritó, sin apartar la mirada de mí. La respuesta fue un rugido entusiasta.

—No tengo dinero.

—No vamos a suspender la partida por eso. Como he dicho, yo tengo uno de cien.

—¿Y qué pasa si pierdo?

—Tú nunca pierdes. Así que no tienes de qué preocuparte.

—Sí que lo hago. ¿Qué pasa si pierdo?

—Entonces me darás un beso y me dejarás acariciar tu pecho izquierdo, sin tela por medio, ya me entiendes.

No sé lo que me sorprendió más en su respuesta, si la fría precisión de su idea o el hecho de que tuviera semejante fantasía respecto a mí.

—¿Un beso y tocarme un pecho? —repetí.

—Exacto.

—¿Y me darás el carné de prensa?

—Exacto.

—¿Y si gano?

—Entonces tendrás cien dólares y un carné de prensa.

—Trato hecho.

—Sabía que mi oferta no iba a asustarte. Por eso eres Einstein y no

cualquier chica, ¿no?

—Trae las cartas y reúne a los chicos.

Fue una partida para romper los nervios. De algún sitio sacaron una botella de *chacha* y, por nerviosismo, también yo bebí, cosa que nunca hacía. Todo el mundo se vació los bolsillos y puso billetes y monedas sobre la improvisada mesa de juego. Todo el mundo, menos yo. Ya durante el juego me asaltaron dudas sobre la seriedad de su oferta, y también tuve claro bien pronto que ese día se había roto mi racha de suerte. Pero me mantuve tan terca como era, y la idea de ir a los campos de batalla y conseguir además cien dólares me estimulaba.

Jugamos como locos. Concentrados y, literalmente, poniéndolo todo en juego. Pero mis cartas no daban pie a nada. Traté de salir indemne, aunque ni siquiera los mejores faroles me sirvieron para ganar una sola mano.

Naturalmente, perdí. Naturalmente, ganó.

Seguía aferrándome a la idea de que iba a manosear mi casi inexistente pecho y meterme la lengua en la garganta. Había superado cosas peores. Por fortuna, no celebró su suerte en el juego con tanto énfasis como antaño, las veces que me ganaba. No hizo muchos aspavientos, se levantó y pidió a los chicos que nos dejaran solos, aún teníamos que tratar un asunto. Aquello no me gustó, porque también habríamos podido ir sencillamente a una de las habitaciones vecinas.

Pronto todos se habían despedido de mí, me habían dado palmadas en los hombros y me habían abrazado, y Cello y yo nos quedamos solos. Siguió bebiendo. De pronto, pensé en Miro. ¿Qué diría de este absurdo y humillante plan? Me avergoncé. Pero un jugador siempre paga sus deudas. De un modo u otro. Intenté parecer tranquila y controlada.

Cuando la botella estuvo vacía, me miró con sus ojos inquisitivos y dijo que si íbamos a cumplir el trato. Me levanté, me puse delante de él, me desabroché la camisa, todo con movimientos medidos y mecánicos, y me quedé delante de él con el pecho desnudo. Él se agachó hacia mí y me plantó en la boca los labios rojo sangre. Sabía amargo, a alcohol y a algo más que entonces yo aún no podía formular con palabras, y que hoy llamaría *brutalidad*. Aunque todo aquello me parecía inconcebible y repugnante, y no podía quitarme de la cabeza el rostro de Miro, aunque me sentía completamente estúpida e ingenua por querer viajar al corazón de una pesadilla y suponer que allí podría encontrar alguna forma de *verdad*.

Aunque ya maldecía a mi profesor y veía con claridad que nunca iría voluntariamente a la guerra, que estaba agradecida por no formar parte de los cientos de miles de georgianos que tenían que huir con riesgo de su vida, bajo un frío gélido, a través de los desfiladeros caucásicos..., en ese momento aún no tenía miedo. No de ese hombre sin sentimientos, que besaba de manera mecánica, que creía humillarme con esa situación, vengarse porque antaño había tenido que perder tantas veces contra mí. En ese momento aún creía que podría salir en un abrir y cerrar de ojos de aquella estancia y correr junto a Miro para confesarle mi absurdo proyecto, para disculparme por mi arrogancia y por haberme sobrevalorado. Pero entonces él me agarró también el otro pecho, y lo apretó tan fuerte que el dolor me hizo estremecer. ¿Y si no se atenía a su promesa? Estábamos solos. Era tarde. La imprenta se hallaba en el sótano de un viejo y vacío edificio de redacción. Tensé el cuerpo, me esforcé por ocultarle el miedo que crecía dentro de mí.

—Bueno, he cumplido mi promesa... —dije, y aparté el rostro de él. Pero él me cogió por el talle y me atrajo hacia sí.

—Ya te he dicho que tienes muchos talentos...

Ahora su voz sonaba excitada. La arrogancia había desaparecido de su rostro. Me aparté de él, retrocedí un paso y volví a abrocharme la camisa. Pero en el mismo instante él se plantó ante mí y me agarró los revueltos cabellos con la mano. En una fracción de segundo, había tirado de mi cabeza y me miraba a los ojos. Todavía, en ese mismo instante, estaba segura de que lograría salir de aquello, olvidar esa idea terriblemente estúpida, imperdonablemente necia, y no volver a ver nunca a ese hombre.

—Eres una buena jugadora, Einstein —me susurró al oído, y me chupó el cuello.

Intenté oponer la menor resistencia posible, ahorrando mis fuerzas para la lucha decisiva. Porque seguro que iba a haberla, ahora ya estaba segura.

—Ya basta, Cello, ya te has divertido, y un tipo como tú necesita pechos más grandes que los míos.

No sé por qué le dije eso. Pero, si quería conseguir algo, obtuve exactamente lo contrario. Porque me agarró aún más fuerte por el pelo y me hizo gritar de espanto y de dolor a un tiempo.

—¿Te crees algo especial, eh? —rugió—. ¿Crees que no soy digno de ti, eh? Pero eso lo veremos. Eso vamos a verlo...

Metió la mano entre mis piernas. Entonces me agaché y lo empujé con las

dos manos. No me había soltado el pelo, y me arrastró consigo. Traté de clavarle las uñas en la mano para liberarme, pero no reaccionó.

—Crees que estás muy por encima de mí, ¿eh? ¡Pequeña zorra! —gritó, y la saliva voló de sus labios y me dio en la punta de la nariz.

Cómo odiaba esa palabra. ¡Zorra! Me recordaba a Lasha. Me recordaba la impotencia de mi hermana. El sacrificio que ofrecía a su verdugo. Hice acopio de todas mis fuerzas, y a pesar del dolor en la cabeza logré zafarme y darle un puñetazo en la boca del estómago. Quería alcanzarle más abajo, noquearlo, pero él me esquivó, se agachó, se puso rojo y trató de agarrarme de nuevo.

Sí, definitivamente aquel no era mi día. Mi racha de suerte se había roto de una vez por todas.

Corrí. Derribé copas vacías y dos sillas. Traté de llegar a la salida, pero él me cortó el paso y me atrapó. Me agarró por la manga, me atrajo hacia sí, me escurrí, traté de echar mano a algo a lo que pudiera sujetarme, pero no lo logré. Volvió a cogerme por la cintura, me levantó en vilo, rodeó mi garganta con una mano, me cortó el aire, me tiró al suelo. Yo escapé a gatas, tosiendo, jadeando. Me levanté apoyándome en una vieja imprenta, pero él ya estaba tras de mí, olía su aliento, se apretaba contra mi trasero y empezaba a desabrocharme los pantalones. Algo se me clavó en el vientre y me causó un dolor paralizante. Era un mango de metal, del que traté de apartarme mientras a la vez le oponía resistencia, moviendo el culo a un lado y a otro para que no pudiera alcanzar los botones.

Pero, cuando logró agarrar el primero, los demás cedieron (¿por qué incluso mis botones me dejaban en la estacada, por qué no ofrecían resistencia, por qué cedían con tanta rapidez?) y los pantalones se bajaron por sí solos, como si se hubieran conjurado contra mí.

Todavía recuerdo que me sujetó las dos manos a la espalda con una de las suyas. Todavía recuerdo que, en cuanto me penetró, tuve la sensación de ir a vomitar. Todavía recuerdo que me susurraba algo al oído sin cesar. Jadeando, respirando pesadamente. Pero ya no recuerdo qué más dijo. Solo ese «bien... bien...», aún recuerdo cómo pronunciaba cada una de las letras, como si dijera aquella palabra por primera vez y tuviera que acostumbrarse a su sonido. Recuerdo que, por alguna razón, mientras él cargaba todo su peso sobre mis caderas, mientras me inclinaba más y más hacia delante, pensé que tenía que reconstruir a toda costa en mi cabeza algún poema, algún relato, y

concentrarme en él, en algo que quisiera, algo familiar, que pudiera distraerme de sus movimientos mecánicos, de sus murmullos y de sus jadeos. Pero no se me ocurría ningún relato que fuera lo bastante fuerte como para apartar de mí aquella miserable y dolorosa realidad. En cambio, de pronto, se me ocurrió una canción. Traté de reconocer la melodía, hasta que hubo cristalizado en mi cabeza con la suficiente claridad. Era Edith Piaf, «La Foule». Siempre me había encantado aquella canción, y de pronto escuché dentro de mí una orquesta entera, y luego la voz estridente, que todo lo atravesaba, de Piaf, y aunque no distinguía las palabras y no las entendía me aferré a su áspera erre, a su dura ele, oí el acordeón al fondo y traté de imaginar un escenario oscuro en el que —lejos, muy lejos de allí, seguramente allá donde yo nunca había estado, y sobre todo donde no había estado él— se alzaba el pequeño gorrión, iluminada por un solo foco, y cantaba solo delante de mí, solo para mí. Aquella idea era hermosa, y durante unos segundos logró llevarme lejos de ese lugar, obviar sus torpes y brutales movimientos.

Recuerdo que tenía dificultades, que se interrumpía sin cesar, buscaba una posición más cómoda mientras me retorció las manos a la espalda, me acuerdo de que incluso emitió dos veces una especie de queja, como si estuviera descontento con sus propias cualidades amatorias, pero naturalmente descargó su frustración sobre mí, y maltrató mi cuerpo con mayor desenfreno.

Recuerdo que —cuando Edith terminó de cantar, aunque había cantado para mí una versión extendida, mucho más lenta, de la canción que era su emblema— me pregunté por qué no paraba, por qué no terminaba conmigo, con él, con su excitación. ¿Por qué empezaba desde el principio una y otra vez? ¿Cuántas horas, días, semanas iba a durar aquello? ¿Cuándo y, sobre todo, quién había detenido el tiempo?

Recuerdo que no grité. Que me quedé allí muda y esperé a que el tiempo pasara, a que las agujas del reloj volvieran a ponerse en marcha.

Y entonces él me dio la vuelta, completamente fuera de sí por no lograr derramarse con una satisfacción triunfal, me tiró al suelo y se lanzó sobre mí, separándome las piernas con las rodillas. Esta vez aceleró el ritmo, su respiración se hizo inesperadamente más tranquila, más regular, como si se sintiera de verdad bien, como si ya no tuviera que darse prisa, que esforzarse. Volví el rostro. No quería verle. Y entonces vi la botella de *chacha* que

habíamos vaciado juntos. Estaba en el suelo, un objeto huérfano e inútil, que él o yo —en el intento de atrapar o escapar— habíamos tirado, y rodaba apenas de un lado para otro, como si quisiera seguirle el ritmo. Recuerdo que pocas veces me he alegrado tanto de ver algo como aquella botella vacía.

Tenía que liberar la mano para agarrarla. Debía darme prisa. No tendría una segunda oportunidad; y menos con mi actual racha de mala suerte.

Muy despacio, solté el brazo que tenía sujeto bajo su pecho. Para no llamar su atención hacia mi movimiento, se lo puse en torno al cuello. Como si por fin me hubiera conformado con tener que darle satisfacción. Lo aceptó con un breve gemido. Luego levanté con cuidado el brazo, lo tendí en el suelo, estiré los dedos y —el primer momento de suerte de aquella noche— toqué la fría superficie de la botella. Ahora, se trataba de romperla de un golpe y clavarle el cuello de cristal. Estaba empezando a jadear más alto cuando yo cogí impulso y golpeé el suelo con todas mis fuerzas. El ruido le sobresaltó, pero estaba demasiado cerca del clímax como para poder interrumpirse o parar. De todos modos, eso ya no importaba, porque la botella —el único amigo que tenía en aquella estancia, después de que mis botones me hubieran dejado en la estacada— estaba rota y el cuello terminaba en esquirlas puntiagudas. Bastarían. Podrían cumplir su finalidad. Cuando por fin alzó la vista, presa de convulsiones, los restos de botella que yo tenía en la mano le alcanzaban en el talle y se clavaban en su piel.

Aulló, incapaz de frenar su placer a pesar del dolor, y rodó de costado. Mi siguiente golpe fue más fuerte. El cristal le alcanzó en el brazo, y la sangre empezó a correr por mi vientre. Esta vez se retorció de dolor y se apartó por completo de mí. Pero aún parecía aturdido, aún no comprendía toda la dimensión de mi odio.

A la velocidad del rayo, volvía a estar de pie y me agachaba sobre él, sosteniendo con la mano temblorosa el afilado cuello de la botella delante de su rostro. Por primera vez, le miré. La cicatriz que le partía en dos la ceja. Por alguna razón imaginé que otra mujer que un día había estado en mi lugar le había dejado esa cicatriz con otra media botella. Algo en esa improbable suposición resultaba muy satisfactorio. Alargué el brazo y esgrimí la botella delante de su cara. Pero de pronto se estremeció, sus ojos se agrandaron, me miró fijamente, estiró el brazo ensangrentado, su boca se contrajo en una sonrisa satisfecha y eyaculó, mientras profería una risa ruidosa, casi alegre.

Lo recuerdo todo, pero no me acuerdo de lo que sentí durante todo ese

tiempo.

Allá donde estuviéramos en Rusia [...] oíamos por doquier la palabra mágica: Georgia. Gentes que nunca habían estado allí, y quizá nunca fueran a visitarla, hablaban de Georgia [...] Se hablaba de Georgia como de un segundo paraíso.

JOHN STEINBECK

Lo malo no fue mi incapacidad para llorar y lamentarme, ni el hecho de que lo ocultara, ni tampoco que ya no pudiera tocar a Miro ni explicarle nada, de que le castigara de manera vicaria por algo de lo que no podía tener la menor idea. Ni tampoco que mi rabia y mi odio no se dirigieran tanto contra el que me había hecho aquello como, más bien, contra mí misma. Lo peor fue aquella estupefacción. Aquel vacío infinito. Aquella contención a la hora de desarrollar mi vida cotidiana. La insensible prosecución de la marcha habitual de las cosas. El mudo seguir adelante como si no hubiera pasado nada. Ese no dejar que se notara nada, aquella disciplina y eficiencia después de lo indecible.

Los días que siguieron a esa noche fueron como soñar despierta. La voz de Stasia junto a mi cama. Las imágenes en mi cabeza y el intento de reemplazarlas una y otra vez por Edith Piaf.

El aroma del chocolate venía como siempre por las noches, penetrante, irresistible. Los ataques de ira de Lasha, los gemidos de Daria, el susurro de Elene, los pasos cautelosos de Nana y el amenazador silencio de Kostia. Sueños despierta durante los que Stasia me acercaba siempre el pasado un poco más. Sueños despierta de los que no se podía despertar. Mi incapacidad. Mi impotencia, que creía haber quebrado con una botella rota, pero cuánto me había equivocado.

A finales de julio de 1993, hasta el último humano tuvo claro que Georgia no tenía ninguna oportunidad en Abjasia. Excepto Sujumi, todos los centros

de Abjasia los ocupaban soldados abjasios, rusos y «alquilados» a las repúblicas caucásicas. El día 27, por mediación de Rusia, se firmó un acuerdo según el cual el Ejército georgiano tenía que abandonar inmediatamente el territorio abjasio. El tratado también regulaba que en adelante las tropas abjasias estarían supervisadas por «fuerzas de paz» rusas. Una parte de los refugiados regresó aquel verano a sus destrozados pueblos y ciudades. El 1 de septiembre, se decía, todos los colegios y universidades de Abjasia abrirían sus puertas.

El vientre de Daria era puntiagudo, y su resistencia frágil. Parecía debilitada. Parecía que solo era cuestión de tiempo que los diques se quebraran. Y se quebraron. Se quebraron a la vez que el acuerdo georgiano-abjasio-ruso. Se quebraron el mismo día que empezó la masacre de Sujumi.

El 16 de septiembre, tropas abjasias asaltaron la ciudad. El plan de asalto se había elaborado previamente en el cuartel general de las «fuerzas de paz» rusas. Esas tropas no intervinieron en la operación. Pero tomaron las posiciones fronterizas más importantes, de manera que las tropas georgianas que quedaban en Sujumi no pudieran esperar ningún tipo de apoyo exterior.

El número de víctimas civiles ascendió a cinco mil: los sacaban de sus casas y los fusilaban en plena calle. Más adelante se registrarían mil casos de violaciones. Las víctimas de torturas nunca fueron contabilizadas.

Todos los que habían sobrevivido a la tormenta tuvieron que volver a emprender la fuga hacia las montañas y esperar por segunda vez llegar vivos a los valles.

La voz desesperada de Daria, próxima a la histeria, me arrancó del sueño.

—Sí, no es tu hijo, ¿no es eso lo que querías oír? No lo es. He sido una zorra, como tú me pediste, para conseguir tu droga de mierda, he hecho de todo, sí, exactamente, todo lo que tu enferma imaginación supone y mucho más. ¿Satisfecho? ¿Sí? ¿Quieres saber los detalles, lisiado?

Aquella palabra cambió algo. Fue como una maldición que es mejor no formular. Un amenazador conjuro mágico. Pero, mucho más que la palabra, fue la forma en que la dijo la que me dio miedo. Detrás del evidente y provocador desprecio, en su suave voz se ocultaba una profunda herida. Como si dirigiera aquella palabra contra sí misma. Como si quisiera hacerse daño con ella.

Le oí responder algo que no entendí, pero tranquilo, en un tono casi sumiso, luego oí que la puerta se abría y volvía a cerrarse. Miré por la

ventana y vi a Daria, descalza, correr por el jardín. La vi cruzar los arriates de verdura y encaminarse a la colina. Con el vientre por delante como un escudo protector, hinchada y ligeramente encorvada, remontó la colina con esfuerzo. Yo ya estaba metiendo los pies en las zapatillas de deporte para correr tras ella, pero me detuve al llegar a la puerta. Sentí que no tenía fuerzas. Ni una sola palabra de consuelo, ni un solo sentimiento que hubiera podido servir de soporte a su insondable pena.

Cuando Daria regresó de su excursión nocturna, anunció a su familia en la mesa del desayuno que desde ese momento le daba igual lo que le pasara a Lasha. Ya no quería tener nada que ver con él, iba a llamar a sus padres para que se lo llevaran, a él o a lo que había quedado de él. Nadie preguntó la causa de su repentino cambio de opinión, nadie insistió, nadie tomó partido. Acto seguido Daria desapareció, ninguno de nosotros sabía dónde se había metido, incluso tuve que ir a buscarla al bosque. Ni siquiera apareció cuando los padres de Lasha, que habían sacrificado por su único hijo todo lo que tenían, lo metieron en un minibús con su silla de ruedas. Al parecer, en ese momento su amor ni siquiera alcanzaba para una despedida.

En noviembre, solo tres días antes de mi cumpleaños, Daria rompió aguas, y conduje hasta Tiflis ignorando todos los límites de velocidad y la inesperada y temprana primera nieve del año. Cuando cruzamos el patio del hospital, todo el edificio estaba a oscuras. La corriente había vuelto a fallar y, mientras Daria gemía, alumbré con una linterna la escalera que llevaba al paritorio y te supliqué a ti, Brilka, en el vientre de tu madre, que nos concedieras unos minutos hasta que encontráramos nuestro camino hacia la recepción.

Llevo mucho tiempo pensando cómo darte paso en esta historia, cuando finalmente vinieras al mundo. A esta historia que solo se cuenta para llegar a ti. A ti y por tanto al comienzo. A esta historia que solo debía escribirse para que tú nacieras otra vez y tuvieras la oportunidad de empezar todo de nuevo y de forma distinta.

Y he llegado a la conclusión de que, en este momento, no puedo seguir escribiendo mientras ese *tú* exista dos veces. He decidido empezar por convertirte en *mi* Brilka para poder continuar mi historia, para llegar por fin a ti, a ti, la verdadera, la auténtica, que de todos modos no podré describir ni

con todas las palabras del mundo, a ti, que has podido ofrecerme el único *tú* que no he podido convertir en un *ella*.

Pero, mientras me abro paso hacia ti, he de tomar prestado tu ser, tu imagen, e inventarte de nuevo. De otra manera, a mi modo. Tal como yo te he visto, tal como te he encontrado y vuelto a perder. Tengo que inventarte, Brilka, hasta que, un día, vuelvas a ser verdad. A ti, Brilka, esa que vino al mundo y cuyo nombre fue inscrito en el registro civil como Anastasia Dzhashi, y que, por primera vez desde hacía mucho tiempo, nos deparó a todos algo parecido a la felicidad, algo cuya existencia apenas recordábamos.

—Dzhashi. Punto. Anastasia va a ser una Dzhashi —Daria, casada o no, se mantuvo firme—. Al fin y al cabo, ese apellido ha sido lo bastante bueno para nosotras dos.

Así que Dzhashi. Anastasia Dzhashi. Pero Daria no quería que lo abreviásemos como Stasia. «Es demasiado *ruso*. ¿Quizá Ani?» Sin embargo, tampoco iba a llamarse Ani. Brilka iba a darse un nombre a sí misma. Un nombre tan obstinado y único como ella misma era obstinada y única. Pero por el momento era diminuta, con mucho pelo negro en la cabeza. También sus ojos eran muy negros, y su piel arrugada y fruncida como si hubiera nacido con cien años de experiencia. No gritaba, era de una tranquilidad impresionante y miraba con atención el mundo y las personas que encontraba en él con sus ojos muy negros y penetrantes, como si nos conociera hacía mucho.

Yo no me cansaba de mirarla, quería que me reconociese y quería tumbarla sobre mi vientre, sentir su calor. Era una tía. Era su tía. Ese ser diminuto me daba una función. Me daba un sentido. Podía salir de la cama y del cuarto en el que me había atrincherado desde hacía semanas.

Tras caer Sujumi, en diciembre se declaró terminada la guerra, pero continuó en nuestros cuerpos y en nuestras mentes. Continuaba el vacío que los últimos años habían excavado en nosotros con grandes palas. Solo el mar se mantenía indemne, y chapoteaba al ritmo acostumbrado contra los guijarros y la oscura arena.

—No aguanto más. Callas ante mí como si fuera un pez. Ya no sé qué te pasa. A veces me pregunto incluso si aún te conozco. No te pones al teléfono cuando llamo, estás ausente, te quedas con la mirada perdida cuando te dignas acompañarme a alguna parte. Ya ni siquiera quieres leer. De verdad que no sé lo que te ocurre. Y tampoco quiero que nuestro único vínculo sea

esta cama. Esta breve visita tuya. Vienes, te tumbas conmigo en la cama, hacemos el amor, tomamos un té, fumamos un cigarrillo y te acompaño a tu coche. Y te vas. Como si tuviéramos un lío. ¿Qué dudas te asedian? ¿Sigue siendo por David? ¿Es por vuestros problemas familiares? Pero ese tipo se ha ido, ¿no? Tu hermana se ha separado. Ahora las cosas solo pueden ir a mejor. Vamos, háblame. Y esta forma en que me miras. Me revuelve el estómago. En serio. Es como si me estuvieras sondeando todo el tiempo. Me sometes a alguna clase de examen secreto del que no tengo idea. En el que ni siquiera puedo participar conscientemente.

Habían invitado a Miro a una fiesta de cumpleaños de la que llevaba días hablando. Yo debía acompañarle. Lana llevaba todo el día fuera de casa, yo había ido temprano a verle y habíamos pasado toda la mañana en la cama. Cuando llegó el momento de arreglarse, cuando él se levantó y empezó a vestirse, yo me volví del otro lado y me enrosqué como un gato cansado y viejo. No quería levantarme. No quería salir de esa cama. La idea de reunirme con personas, de charlar y beber relajadamente, reírme con los chistes y cantar, incluso tener que bailar, me repugnaba. Me causaba malestar físico.

Él había intentado convencerme, me había tirado mi ropa a la cama. Luego había perdido la paciencia y se había puesto a hablar, cada vez más alto, cada vez más inseguro y desvalido, hasta que su desesperación se había transformado en pura rabia y me había quitado la manta, me había cogido por las muñecas y tirado de mí, me había retorcido la mano y yo había comenzado a gritar.

Me soltó la mano. Pero yo no dejé de chillar. Grité como si me estuvieran despellejando, empecé, trastornada, a repartir golpes a mi alrededor, rechazándolo, apartándolo de mí, impidiéndole acercarse a mí. Empecé a llorar, dejé de chillar. Las lágrimas me corrían sin ruido por las mejillas. Resbalé a lo largo de la pared y me desplomé en la cama. Semidesnuda, me abracé y me mecí de un lado para otro. Él se sentó junto a mí, pero no hizo ningún intento de tocarme.

—Me voy, si quieres acompañarme es cosa tuya.

Al parecer, sus reservas de compasión estaban igual de agotadas que mi voluntad de explicarle nada. Se levantó y comenzó a peinarse delante del espejo. Yo quería que me dejara en paz, y a la vez no soportaba la idea de que se fuera y quedarme conmigo misma.

Caminé hacia él. Me aferré a él. Intenté retenerlo. Se liberó de mis brazos y

prosiguió sus preparativos. Deseaba tanto contárselo todo, explicárselo todo, describírselo todo. Pero no sabía cómo. Quería retenerlo, me parecía una cuestión de vida o muerte que se quedara conmigo, que estuviera conmigo esa noche. Quería que me salvara de mí misma. ¿Acaso era demasiado pedir? ¿Tan imposible era?

—Siempre lo quieres todo a la vez —añadió en voz baja—. Y si resulta que es imposible ofrecértelo, me das la espalda. ¿Crees que yo soy feliz? ¿Crees que a mí me gusta cómo están las cosas? ¿Crees que este país de mierda no me ataca los nervios? Rezo, lo conoces de mi clase, me ha ofrecido entrar en la empresa de construcción de su padre —se estaba poniendo un traje negro con una camisa blanca, cuidadosamente planchada por Lana. Tan perfecta como yo nunca podría plancharla.

»Es una empresa nueva, le han dado la licencia este año. El padre ha conseguido inversores y, si la cosa funciona, la dejará en manos de Rezo y mías. Los inversores son turcos, pero esperamos llegar también al mercado europeo dentro de unos años. Cuando la situación se estabilice, habrá un *boom* en el sector inmobiliario. Como en muchos países postsoviéticos. Empezaré con licencias de obra, y más tarde podré hacer algo más creativo...

—¿Licencias de obra?

La expresión me sacó de la espiral de mis pensamientos. Me detuve delante de él y le miré perpleja.

—Sí, licencias de obra. ¿Qué tiene de gracioso?

—No lo sé. Tú y licencias de obra. *Es gracioso.*

—Pensaba que te alegraría que ya no tuviera que trucar coches de mierda para algún capitoste en ese sucio taller. Es un trabajo de verdad, que me gusta, que tiene que ver conmigo, con mi profesión, y...

—¿Las licencias de obra? ¿Qué tienen que ver contigo?

—Ahora no me vengas con ese tono sarcástico. No voy a dejar que me arruines ni la noche ni el futuro, el día ya ha sido lo bastante duro.

—No sabía que tenerme cerca fuese duro para ti.

—No es tenerte cerca, Niza. *Aquí* no hay ninguna cercanía. Al menos sé sincera contigo misma.

En el cuarto de al lado, en el viejo televisor de Christine se oía a una mala actriz mexicana de una mala comedia mexicana decirle a un mal actor mexicano, con el fondo de una mala música mexicana, que siempre lo amaría y lo esperaría para siempre en su hacienda favorita, pero que debía casarse

con José Gilberto porque no tenía otra elección.

—¿Qué pasa con la película?

Sabía que esa pregunta en ese momento lo enfurecería todavía más, pero aun así tenía que plantearla.

—¿La película? ¿La película? ¿A quién le interesa una película ahora mismo? ¡Mira a tu alrededor, Niza, despierta!

—Pero queríamos...

—Vamos, ponte los zapatos. Tengo que irme. Están todos esperando.

Estaba furiosa con él. Con el compromiso que estaba a punto de asumir, con su manera de conformarse con todo, pero sobre todo estaba rabiosa con él porque no había conseguido cambiarme. Volverme normal. Amansarme. Maldije mi anterior lealtad a mí misma y a mi irracionalidad, mi necedad, mis contradicciones, mis esperanzas y la idea de que podía cambiar las cosas. Una idea que un sádico me había arrebatado en pocos minutos, mientras tenía los pantalones bajados y estaba apretada contra una vieja imprenta, con las manos retorcidas a la espalda.

¿Cómo era posible que esa persona a la que amaba de manera tan obsesiva, que dominaba la mayoría de mis pensamientos, esperanzas e ideas, no hubiera logrado lo que un cruel desconocido había conseguido sin esfuerzo? Quebrarme. Arrancarme del cuerpo toda esperanza. Todo sentido de la resistencia. Todo sentido de la voluntad sin compromisos. Todo sentido de cualquier sentido. ¿Y cómo era posible que, pese a aceptar que podía estar mejor sin esas esperanzas, resbalara sin ellas por la vida como por una pista de patinaje, atada a un trineo, incapaz de guiarlo, y tampoco Miro consiguiera pararlo? ¿Cómo era posible que me ahogara en mi falta de cimientos sin que él pudiera tenderme una mano capaz de sacarme a flote?

Y, al mismo tiempo, dentro de mi furia, entendía lo necia que era. Lo injusta. Él solo veía las consecuencias invisibles de aquella noche; los moratones y las contusiones habían desaparecido hacía mucho. Pero todo lo demás, lo que me marcó aquella noche en la imprenta para que lo recordara siempre, no solo era invisible, sino también indecible. ¿Cómo podía pedirle que viera lo invisible y pronunciara lo indecible por mí? Era imposible. Por supuesto, fracasó conmigo. Exactamente igual que yo fracasaba conmigo misma, con mi vida cotidiana, con mis historias, con mi inexistente futuro, con mis exigencias, con mis congéneres, con mi país, con mi tiempo y ahora también con él.

¿Por qué no podía limitarse a verme como a la bebé de mi hermana? ¿Por qué le costaba tanto trabajo? Él, que año tras año me había enseñado, a su manera risueña, cuidadosa, alegre, a soñar con la vida, y que me había iniciado en el amor de la forma más natural del mundo. Que me había acogido en sí y albergado. Pero, ahora que pronto iba a tener su título en el bolsillo y a estar ocupado con aburridas licencias de obra y a soñar con lo que no podía estar seguro de que fuera a cumplirse; ahora que iba a celebrar fiestas y cantar a la ligereza, yo me había vuelto demasiado pesada para él, demasiado dura, demasiado oscura y demasiado amarga.

Por qué no me había contado, justo al principio de nuestra relación, que nuestro amor no estaba listo para resistir guerras, necesidades, fríos, apagones, decepciones y, sobre todo, una única noche, una noche en una imprenta vacía que ahora se utilizaba para fines muy diferentes a la difusión de las noticias, sí, muy distintos. ¿Por qué no me había protegido de ese mismo amor? Cómo iba a convencerle de que se equivocaba cuando me reprochaba todo el tiempo no haber optado por él. Yo le había escogido a él, ya entonces, en la sala de televisión de aquel centro juvenil, cuando le había leído *Cumbres borrascosas* y había viajado con él por épocas y mundos y creía posible todo lo que podía imaginarse y describirse. Sí, había optado por él. Por quien nunca había optado había sido por mí misma. Era mi vida la que siempre me mantenía alejada de mí, incapaz de escoger una entre los millones de variantes de mi yo y defenderla, seguirla. «Escoge el más imposible de todos tus yoes posibles», me había aconsejado David, y quizá eso era justo lo que había hecho. Quizá yo era precisamente esa imposibilidad.

No podía dejarle ir y salir de aquella habitación, y tampoco podía ir con él. Me agarré a su cuello, le imploré que no se fuera, le tiré de la chaqueta. Él estaba enfadado, encontraba estúpida mi conducta, no quería creer que en ese momento me pareciera tan vital que se quedara conmigo. Primero intentó persuadirme para me controlara. Cuando sus palabras no consiguieron nada, me apartó, me empujó, y cuando tampoco eso sirvió de nada me agarró, me levantó en vilo y me arrojó lejos de él. Me golpeé la cabeza contra la pared, resbalé por ella y me quedé sentada en el suelo, presionando con la mano el punto en el que me había hecho daño. Él me miró un momento, confuso, jadeante, luego negó de lado a lado, un reproche, y salió corriendo de la habitación.

Un mes después del nacimiento de Anastasia, Daria se quedó sin leche. Empezó a tener ataques de sonambulismo, se levantaba por las noches y caminaba por la casa, a veces incluso por el jardín. Andaba descalza por la nieve, vestida tan solo con un fino y largo camisón, con una impresionante y etérea elegancia, su sombra recorría el paisaje invernal como una mórbida versión de Ofelia camino de su arroyo. La maternidad le había devuelto la belleza, enterrada bajo la carga del matrimonio, la niña le daba algo terriblemente sublime. Sus cabellos trigueños habían vuelto a crecer hasta la cintura y le cubrían la espalda. Su piel había vuelto a adoptar el color del marfil. Teníamos que devolverla a la casa con mucho cuidado. A la mañana siguiente, no se acordaba de la noche anterior. Elene y yo empezamos a turnarnos para vigilarla, porque Daria se había convertido en una bailarina en la cuerda floja.

Había ido dos veces con su hija a la ciudad para enseñar la niña a su padre. Decía que él había llorado en ambas ocasiones al tener en brazos a la pequeña Anastasia. Lo contaba con cierta satisfacción en la voz. Sin embargo, cuando él se enteró de que Daria le había dado su apellido a su hija se negó a verla más. Daria dejó de mencionar el nombre de Lasha. Ya no hablaba de él. De un día para otro era como si aquella persona nunca hubiera existido en su vida. Todos nosotros le seguimos el juego, y expulsamos la memoria de Lasha de la casa.

Pocos días antes de Nochevieja, Daria entró en la cocina por la mañana — Elene y yo estábamos empaquetando las tartas de Stasia— y nos dijo que quería ir a la ciudad con nosotras. No aguantaba ni un segundo más en aquel «castillo», necesitaba gente a su alrededor. Mi madre aceptó de buen grado. Las mejillas de Daria resplandecían rosadas cuando miró el paisaje nevado desde el asiento trasero del coche. También yo me alegré de que volviera a mostrar alguna emoción; yo confiaba en que la tempestad hubiera pasado. Dejamos a Daria en algún sitio de la plaza Lenin, que ahora se llamaba plaza de la Libertad. En un oxidado soporte publicitario se veía un viejo cartel de circo donde un payaso sonreía estúpidamente. El pobre payaso había recibido unos cuantos disparos durante la guerra civil y me dio pena. Habían vaciado su frustración contra su roja nariz. Dejamos las tartas en la tienda, y seguí mi camino hacia la facultad.

Cuando salí de la universidad, vi a la exmujer de Lasha en la parada del autobús. Conversaba excitada con dos mujeres. Por suerte no me reconoció, y mi curiosidad me hizo acercarme hasta el grupito. De hecho, la conversación giraba en torno a Lasha. Ella le estaba hablando a sus amigas de la fisioterapia que él hacía, de sus progresos y de la esperanza de que algún día pudiera volver a andar. Anunció, visiblemente orgullosa, que estaba a punto de acogerlo en su casa, que de ese modo no tendría que ir todo el tiempo a casa de sus padres para ocuparse de él.

—¿Y qué pasa con su mujer? —preguntó una de las amigas.

—¿Esa pelandusca? Por suerte él se ha dado cuenta a tiempo de lo que había pescado. Todas esas deudas eran culpa de ella, él tenía que mantener su tren de vida, porque *madame* Dzhashi estaba acostumbrada a lo mejor, y él tenía que seguirle el paso. Me contó cómo ella lo avergonzaba y humillaba en Moscú. Que pasaba días sin hablar con él porque no llevaba dinero a casa, ¿os lo podéis imaginar? El pobre tenía lágrimas en los ojos cuando me lo contaba. Supe desde el principio que ella no iba a traerle más que desgracia. Quiero decir que ella ni siquiera sabe lo que es el amor, solo quería demostrarse a sí misma que podía atraparlo, que lo conseguiría, que lo separaría de mí. Pero yo sabía que un día él volvería a entrar en razón. Y, visto así, esta *tragedia* que le ha ocurrido también ha tenido algo de bueno...

Me hubiera gustado lanzarme sobre ella, enredar su pelo en torno a mis dedos y tirarla al suelo para darle el más fuerte y sonoro bofetón que mi mano hubiera sido capaz, pero estaba como paralizada, ni siquiera tenía fuerzas para dejarme ver o responderle algo. Me quedé allí vacía y avergonzada, mirando cómo las mujeres se subían al trolebús y se iban.

Tuvimos que buscar a Daria durante cuatro días. Durante cuatro días, llamamos por teléfono a todos sus conocidos. Mi madre temblaba de pies a cabeza, y las manos de Kostia apenas podían sostener el teléfono. Al cuarto día, por fin, una antigua compañera suya me dio una dirección en la que «posiblemente podía estar». Era un estudio de arte en la parte nueva de la ciudad. Un tipo con pinta de acabar de bajarse de un cuadrilátero me abrió la puerta. Sin decirle quién era y qué se me había perdido allí pasé corriendo delante de él por el diminuto jardín delantero, hasta una sala de altas columnas, llena de humo. El boxeador me siguió con pasos rápidos. Aquí y

allá había unas cuantas esculturas a medio hacer, Janis Joplin tronaba por los grandes altavoces,apestaba a marihuana.

En un sofá despeluchado, dos chicas con minifalda escuchaban a un bufón de pelo largo que las divertía con algún chiste. Daria estaba sentada en el brazo del sofá, y reía con la espalda apoyada en la pared. Estaba borracha. La saqué a tirones de allí y la metí en el coche. Le dije al boxeador que me prestara un poco de dinero, porque la búsqueda de Daria me había vaciado por completo el depósito y no me quedaba ni un céntimo.

*Can you picture what will be
so limitless and free,
desperately in need of some stranger's hand
in a desperate land.*
THE DOORS

—¿Quién te has creído que eres? ¿Quieres volver a jugar a ser mi guardaespaldas? ¡Déjame en paz! Si me apetece emborracharme, me emborracho. Puedo hacer lo que quiera. Y tú, con los amigos que tienes, no deberías arrugar demasiado la nariz al ver a los míos.

—¿De qué te sirve ponerte hasta las cejas y dedicarte a la juerga en esa colonia de artistas? ¿Qué clase de gente son? ¿De dónde los has sacado? Tú no eres como ellos.

—¿Ah, no? ¿Y qué soy entonces? ¿Una maravillosa actriz?

—Sí, eso es lo que eres, pero tienes que hacer algo para conseguirlo. El país se va a pique, no eres la única a la que le va mal, Daro.

—Te crees que lo sabes todo. Piensas que has pescado a un tipo estupendo que te querrá para siempre y tendrá contigo conversaciones intelectuales, que te apoyará y te llevará en palmitas. Eso es lo que crees, ¿no? Miro te engañará a la primera de cambio, te dejará tirada, pasará sobre ti y seguirá su camino. Así son todos. Sí, sí, nuestra pobre y superdotada niña sigue pensando que tiene que cambiar el mundo.

—No tengo motivos para suponer que Miro vaya a abandonarme a la

primera oportunidad posible. No, no todos son así, Daria.

Se rio en mi cara.

—Oh, la pobre niña superdotada no lo cree. Solo cree en la bondad de las personas, ¿verdad? No, tú tienes amigos muy nobles. Pequeños héroes, como tú misma.

—Basta, Daria. Déjate de sarcasmos. Tú no eres así.

—Oh, claro, me olvidaba: tú estás por encima de todo y de todos. Pero unas cuantas decepciones más, unos cuantos actos heroicos que no salgan bien, unas cuantas puñaladas más y una mirada auténtica y profunda al mundo intelectual de tu bondadoso amigo y se acabó lo de las buenas personas, Niza.

—¿Crees que nunca he sufrido una decepción en mi vida? ¿Te consolaría que te contara todo lo que...?

—Guárdate tus penas, por favor, ya tengo bastante con las mías.

—¡Tus penas! ¡Como si todo lo demás fuera irrelevante comparado con tu desdichado matrimonio! Perdona que te decepcione, pero no todos los hombres son tan cerdos como tu adorado marido.

—Oh, sí, tu santo Miro no es mejor. ¿Apostamos?

Algo en la manera en que lo dijo, su rostro taimado, esa alegría por el mal ajeno, me insufló pavor, me hizo estremecer. Ya no respondí nada y salí de la habitación.

En la terraza se oía a la Stasia mayor cantar una canción de cuna a la pequeña Anastasia.

Aunque mi rabia hacia ella era tan grande que me propuse no volver a buscarla, no volver a meterla borracha y tambaleante dentro de un coche para llevarla a casa, no aguanté más de veinticuatro horas. Iba al estudio o a donde fuera y me la llevaba. Incluso Stasia me advertía que la dejara en paz, Aleko me aconsejaba dejarla «desfogarse» para que no se ahogara en su pena, pero yo no podía. Me ponía enferma tener que imaginar cómo se sumergía en el olvido, en la irresponsabilidad. Hoy sé que también era egoísmo por mi parte dirigir toda mi concentración a las penas de Daria, porque de esa manera podía distraerme mejor de las mías. Los lugares desconocidos en los que entraba para buscarla me impedían regresar allá donde no quería volver. Así logré no tener que pensar durante varias horas seguidas en la imprenta y en

las imágenes que me acosaban. Ocupada en Daria no tenía que pensar en mis problemas y en Miro, que desde nuestra última disputa parecía evitarme en toda regla. Que siempre estaba tan ocupado y siempre inventaba alguna excusa para no tener tiempo para mí.

Una mañana —después de haberme quedado, a petición de Kostia, tres días seguidos en la Casa Verde—, la descubrí envuelta en una manta en la terraza, mirando la lejanía con ojos vidriosos mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

Necesitó una eternidad para decir que se había enterado por los padres de Lasha de que su exmujer había alquilado una vivienda propia, se había llevado allí a Lasha y había contratado a una asistente. Su padre, que trabajaba en el Ministerio de Energía e Infraestructura, podía permitirse apoyar económicamente a su hija. Luego añadió, siempre mirando a lo lejos, que Lasha quería el divorcio. La exmujer no quería seguir siendo exmujer demasiado tiempo.

Esa misma noche, Daria se fue de la casa, mientras todos dormíamos, y a la mañana siguiente tuve a una indignada exmujer al teléfono. Que hiciera el favor de ir a recoger a mi borracha y pelandusca hermana. Había aparecido en mitad de la noche delante de Lasha y de su nueva casa (no olvidó enfatizar el carácter de nueva), y había despertado a todos los vecinos llamándolo a gritos desde el patio. Luego, cuando había encontrado la escalera correcta, había aporreado sin cesar su puerta, de nuevo llamándolo. Había gimoteado que le amaba y que había cometido un error. Se había quitado el jersey y había gritado que Lasha viera lo que se estaba perdiendo. Al oír esa frase, tuve que ponerme la mano en la boca para reprimir las arcadas. Me destrozó interiormente. Algo en mí explotó. No supe si era la humillación a la que Daria me exponía con su insensata e irreflexiva actitud o mi propia impotencia al no poder hacer nada, al no poder *sanar* nada.

También durante las semanas siguientes tuve que ir a buscar a mi hermana a las más diversas viviendas. Conocí los rincones más apartados de la ciudad, las afueras y la comarca. Pero la mayoría de las veces la encontraba en el estudio de escultura de la ciudad nueva. Allí estaba el nido más importante y más constante de su rebelión. Conocía a la mayoría de los que pasaban por allí, presuntos artistas, antiguos mjedrionistas, heroinómanos, pacíficos

estudiantes que lo habían vendido y empeñado todo y ya no tenían nada, ya no podían ni querían hacer nada más que matar el tiempo con unos cuantos compañeros de destino. La fiesta parecía el único modo de confirmar que aún seguían vivos.

Elene, muerta de preocupación, adelgazaba y se desgarraba el corazón por Daria, como una sombra de sí misma entre la logística de las tartas y las clases particulares que daba. La llevaba una y otra vez a médicos, a curanderas, incluso una vidente apareció un día por casa. Daria se dejaba examinar de buen grado, participaba en las sesiones de terapia... y por las noches se escapaba de casa.

Solo a veces, cuando tenía a su hija en brazos y le susurraba algo, su humor mejoraba un poco. Cuando la veía reír o le daba de comer, con una cucharita de plástico rojo. Eso me daba esperanza, confianza en que su estado no fuera algo definitivo, que pronto habría acabado. En esos momentos creía que Daria podría volver a ser ella. Llena de fingida ligereza, llena de ímpetu, llena de confianza.

Pero esos momentos pasaban tan rápida e inesperadamente como llegaban. Elene y yo nos vimos obligadas a confesarnos que no podíamos retenerla, y nos decidimos a cambiar de táctica. Me propuse recuperar la confianza de Daria, entregándome yo también a las fiestas y la embriaguez. Si la acompañaba a todas partes, me sería más fácil vigilarla y mantenerla alejada de nuevas catástrofes.

En esa época volvieron a inflamarse las aspiraciones místicas de nuestra madre. Porque, al tener que admitir su fracaso y su impotencia en lo referente a Daria, estaba tan desesperada que ni los médicos ni las curanderas podían hacer nada. Tenía que ser algo más grande lo que le diera apoyo. Sí, había que recurrir a Dios. Primero fueron curas de ayuno, que a mí me parecían una provocación inconcebible, dada la carencia de alimentos de la época. Luego la descubrí embebida en la Biblia. Luego me dijeron que cada vez visitaba más a menudo la iglesia. Poco a poco, la pared del salón fue convirtiéndose en un altar de iconos. Si ya nadie estaba en condiciones de ayudarlas a ella y a su hija, quizá Dios lo hiciera.

Y también la época parecía propicia para eso: la Iglesia ortodoxa y sus sacerdotes experimentaron una enorme afluencia en aquellos años. Los setenta años de represión y persecución de todo lo religioso se vieron multiplicados por diez al contrario: las masas peregrinaban a las iglesias —a

las viejas y a las nuevas—, y cada vez más gente colocaba iconos en su casa, cada vez más soldados en paro y mjedrionistas encontraban su nueva vocación, se ponían cogullas negras y empezaban a predicar. Ni Aleko, que se mostraba consternado ante la nueva devoción de su esposa, ni el convencido ateo y comunista Kostia pudieron hacer nada.

Fue en marzo o abril, ya no me acuerdo con exactitud, cuando Miro vino al estudio por primera vez. Acababa de comprarse un viejo Honda, y estaba orgulloso de aquella nueva adquisición. El trabajo parecía esponjar su mermada seguridad en sí mismo. Ganaba dinero, era respetado, hacía planes, parecía ya un pequeño patriarca. Incluso su forma de vestir había cambiado. Cada vez se veía menos con sus viejos amigos de los tiempos del kart, a los que había reemplazado por jóvenes desconocidos, bien vestidos, que olían a *business* bancarios.

Me había dicho por teléfono que había cobrado su nómina y quería llevarme al restaurante de moda del hotel Metechi. Le dije que era mejor que tirase por la ventana su dinero, ganado con esfuerzo, pero interiormente me alegré, porque parecía ligero y contento. Sentí que una terrible nostalgia de él se apoderaba de mí. Así que quedamos para la noche. Sin embargo, más tarde Elene me llamó para pedirme que llevara a mi hermana a casa. Estaba fuera de sí desde por la mañana, había roto platos delante de ella y de Aleko y luego había desaparecido. Yo maldije y protesté. No quería que los caprichos de Daria me arruinaran esa hermosa y pacífica velada con Miro. Pero Elene me presionó, y cedí.

En el coche, expliqué a Miro la situación y le pedí que me ayudara a llevar primero a Daria junto a Elene, y luego seguir con nuestros planes. Aunque no me gustaba llevarlo conmigo a aquel lugar maldito, él aceptó de inmediato, añadió que hacía mucho tiempo que tenía curiosidad por conocer los lugares que yo frecuentaba, y me llevó al estudio. La festiva comunidad estaba sentada a una larga mesa de madera, tomándose la sopa que Daria había preparado. Le brillaban los ojos, llevaba un delantal y el pelo recogido y sujeto con un lápiz. Esa noche estaba interpretando el papel de perfecta anfitriona, y me di cuenta enseguida de lo mucho que lo disfrutaba. Me dio un abrazo, rodeó la cintura de Miro y le presentó a cada uno de sus amigos.

Por un momento maldije a Elene y su pánico. Daria no parecía ni

descontrolada ni agresiva. Al contrario: hacía mucho que no la veía tan relajada como aquella noche. Llevaba un vestido azul hasta las rodillas que hacía brillar su ojo claro, e incluso se había pintado los labios. Estaba bajo control, le iba bien. Yo podía permitirme una hermosa velada con Miro. Me colgué de su brazo y tiré de él hacia la salida, les deseé a todos una buena noche. Pero él se detuvo y me susurró al oído que se estaba bien allí, que todos eran muy amables e interesantes. Seguro que Daria se sentiría decepcionada si no probábamos su sopa. Yo no podía creerlo. Por fin tenía una oportunidad de dejar aquel lugar, y ahora la persona a la que más echaba de menos quería quedarse.

—Es una idea realmente absurda, Miro. ¡Larguémonos de aquí!

—Pero ¿por qué? Estoy bien aquí. Vamos, podemos ir otro día al restaurante, vamos, Niza. Me parece de mala educación largarse de ese modo.

Daria ya estaba a su lado y tiraba de él hacia la mesa. No me quedó más remedio que conformarme con la situación. Me habría imaginado cualquier cosa, pero nunca hubiera creído posible que Miro se sintiera bien en aquel lugar.

Sin embargo, cuando se sentó a la mesa, empezó a comer, entró rápidamente en contacto con los otros, se rio, relajado, bromeó y desplegó encanto, me quedó claro cuál era el motivo de su repentina simpatía por aquella gente. Echaba de menos a sus viejos colegas. Echaba de menos la irresponsabilidad, la frivolidad de aquella época, a sus toscos y cordiales amigos, que no sabían hablar de planificación urbanística pero sí de mujeres hermosas y coches rápidos. Echaba de menos aquella despreocupación, aquella embriaguez, y decidí poner rápidamente fin a mi decepción y revivir con él los viejos tiempos.

Bebió a conciencia, contó sus chistes, divirtió a los reunidos y gozó de su ilimitada atención. También Daria parecía visiblemente atraída por su soltura, y buscaba su proximidad. Antes nunca se había interesado gran cosa por él. En su mundo de lentejuelas, resultaba demasiado insignificante. Cantamos canciones. Hicimos brindis tontos. Me hacía feliz ver delante de mí al antiguo Miro. Me reí con sus chistes, me colgué de su cuello, bebí en los brindis fraternales, bromeé y tonteeé con él y con los otros. Era tan bueno olvidarlo todo, no tener que mantener el control, limitarse a disfrutar. Bailé con Daria, con el boxeador, con Miro. Y por la mañana temprano, cuando recorrimos la ciudad en penumbra los tres en el asiento trasero de un taxi y, por vez

primera desde hacía una eternidad, tuve la sensación de volver a estar viva, apoyé la cabeza en el hombro de Miro y agarré con mi mano la de Daria.

Durante los siguientes días, Miro me insistió sin parar en volver al estudio. Traté de explicarle que había pillado una de las mejores noches que había habido allí, que las cosas no siempre eran tan relajadas, que los invitados solían pegarse y que Daria no siempre estaba tan tranquila y cariñosa como aquella noche. Pero no quiso escucharme. Yo inventaba constantes excusas para no ir, y por esa razón yo misma pasé un tiempo lejos del estudio. Pero él insistía. Una y otra vez. Ya no necesitaba preguntarle qué le importaba tanto de esas veladas, la respuesta estaba más bien clara. Algunos días, le dejaba ir solo al estudio. Me quedaba en la Casa Verde, hacía titubeantes intentos de retomar mi escritura. Me sentaba en la terraza del desván. Dejaba colgar las piernas en el aire. Observaba a Anastasia dormir. Leía o miraba fijamente las estrellas. Intentaba tapar el vacío que se abría en mi interior con letras y palabras, con frases e historias. Pero solo lo lograba por un tiempo, hasta que el día alboreaba.

Echaba de menos a David. Mantenía conversaciones mentales con él. Seguía el aroma a chocolate hasta la cocina y ayudaba a los dedos artríticos de Stasia a cocinarlo. Ayudaba a mi madre a llevar las tartas a la ciudad. Guardaba silencio, y tenía que hacer el mayor esfuerzo para no gritarle a la cara, durante nuestros viajes a Tiflis, que cerrara el pico de una vez, cuando insistía en la importancia de la fe y de la iglesia y la fuerza depurativa del ayuno.

Me arrastraba hasta la universidad. Aún tenía que superar el último curso. Solo unos meses más. Boicoteaba las clases del profesor que me había propuesto ir a Abjasia, sin saber que iba a encontrar mi Abjasia en una imprenta de la ciudad nueva. En el estudio, jugaba a hacerme la despreocupada, permitía que Miro me besara y me diera masajes en los hombros, bebía vodka barato. Me dejaba convencer por el boxeador y sus amigos para bailar un beodo *sirtaki*.

O el mundo giraba al doble de su velocidad, o había dejado de girar por completo. Ya no lo sabía, y me daba igual. No lograba poner nada en pie, no conseguía retener nada. Ni siquiera conseguía conducir nada, aparte del volante de mi coche.

Miro cambió. Se dejó ir. Descuidó su trabajo. Empotró su coche nuevo contra un poste de teléfonos porque siempre volvía borracho a casa. Me agarraba de la mano y me llevaba al baño, donde me tironeaba de la ropa y me lamía el cuello. Yo no tenía fuerzas para oponerle resistencia, sencillamente le dejaba hacer. Lo que antes tanto había querido me resultaba ahora indiferente.

Abril trajo una ola de calor a la ciudad. El aire se había vuelto irrespirable. Los tubos de escape de los coches —la mayoría de marcas occidentales, que ya no pasaban las revisiones en sus países de origen y se vendían al Este— no ayudaban nada. Pero la ola de calor no impedía a los juerguistas seguir celebrando sus fiestas con más desenfreno aún. La música subió de volumen. Se abrieron las puertas y las ventanas. Se acortaron las faldas y los vestidos. El consumo de drogas y alcohol se volvió más desenfrenado. Y yo sentía que mis fuerzas tocaban a su fin. En junio se acercaban mis exámenes finales, para los que aún no había movido un dedo. No paraba de aplazar la redacción de mis trabajos. Y la persona con la que habría podido desahogarme se había convertido en mi motivo de preocupación. Ya no me interponía cuando un par de invitados al estudio llegaban a las manos, hacía la vista gorda cuando otro vomitaba en el baño, no prestaba atención cuando el boxeador le subía el vestido a mi hermana. Me quedaba sentada en silencio en algún rincón y leía algo, o me retiraba al cuarto de baño cuando el ruido y el calor se hacían demasiado insoportables, y me tapaba los oídos hasta que lo peor había pasado.

Y hoy, cuando recuerdo aquellos calurosos días de primavera, cuando intento —una y otra vez— reconstruir aquella noche, pienso que permití que ocurriera. Que, de alguna maldita manera, indefiniblemente intuitiva, la predije y no quise impedirla. Quizá en mi interior casi la esperaba, la anhelaba. Tal vez buscaba una razón profunda para dejar por fin el papel de guardaespaldas de mi hermana. No podía quedarme ni marcharme, estaba prisionera entre sus risas y sus lamentos, que siempre comenzaban al amanecer. Entre mi «no» y su «sí». Entre mi nostalgia de algo sano y su pulsión destructiva. Prisionera entre su deseo de volcarse y mi deseo de contenerla. Cuando recuerdo aquella noche, compruebo que quise liberarme, que lo hice con toda intención. Sí, esa soy yo, Brilka.

Había estado irritada toda la noche. Quería irme a casa. Quería dormir. En vez de eso, estaba en aquel garito y me ocupaba de todo menos de mí misma y de mis propios problemas. Por suerte aquella noche Miro no estaba, una preocupación menos, pensé, y ya que no me iba, decidí beber. Daria y los otros jugaban al Super Mario, el invento más emocionante desde la grabadora de vídeo. Yo dejaba que aquel líquido amargo me quemara la garganta.

En algún momento, tiré de la manga de Daria y le pedí que viniera conmigo a casa. Ella hizo un gesto de desdén, estaba embebida en el juego. Cuando siguió ignorándome, busqué una botella vacía en la cocina, la llené de agua fría y se la tiré por encima de la cabeza. Ella dio un brinco, sobresaltada, y me gritó que qué hacía, que si había perdido el juicio, y que me largara. No se me ocurrió otra cosa que agarrar por las muñecas a Daria y tirarla al suelo. Luego salté sobre ella, como había hecho tantas veces en la infancia, le apreté los brazos contra el suelo y le grité a la cara que iba a venir conmigo enseguida.

Entonces el boxeador me agarró por los hombros y me apartó de mi hermana. Yo grité, me revolví, le chillé, estaba fuera de mí. Por fin, él consiguió echarme del estudio y me dio con la puerta en las narices. Me subí al coche, puse en marcha el motor, volví a apagarlo. Me sentía incapaz de conducir. Salí del coche y eché a correr. No sabía hacia dónde, pero sabía que no quería quedarme quieta. Vagué por los alrededores. En algún momento, después de haber bajado corriendo la calle cubierta de sudor, me senté en un banco. Ya era tarde, el metro ya no circulaba. Resultaba inquietante. Decidí regresar y coger el coche, era imposible caminar hasta casa de Elene. Estaba demasiado agotada.

Tardé tal vez una hora. Volvía a estar sobria y me arrepentía de mi comportamiento. Debía ser razonable. Tenía que hacer otro intento de llevar a Daria a casa.

Al llegar a mi coche, me sentí confusa, porque el de Miro estaba aparcado delante de la casa. La puerta estaba abierta, no me costó entrar. Pasé con la cabeza alta por delante del boxeador, ignoré los comentarios asombrados de algunas invitadas y busqué a Daria. Pero no la veía por ninguna parte. Ni rastro de ella. Ni de Miro. Una chica borracha que estaba sentada en la cocina, comiendo pipas de girasol con expresión ausente, tampoco sabía

dónde estaba mi hermana. Cuando ya iba a marcharme, vi una puerta estrecha en el pasillo. La abrí. Era una escalera que llevaba al sótano. Bajé los escalones en la oscuridad, agarrándome a la pared, porque no había encontrado el interruptor de la luz. Oí ruidos, y luego una risita. Reconocí la voz de Daria y me asomé, curiosa, al angosto sótano.

Los vi en un rincón. Cerré los ojos, con la esperanza de haberlo imaginado, pero cuando volví a abrirlos vi a Daria rodeándole el cuello con un brazo y enredando la mano en sus cabellos. Las manos de él recorrían todo su cuerpo. Ella parecía controlada, como ajena a toda pasión, mientras él se perdía visiblemente. Le conocía tan bien. Sabía con tanta precisión lo que estaba sintiendo. La besaba como hacía mucho tiempo que no me besaba a mí.

Sentí que las rodillas se me aflojaban, noté de pronto el sabor más amargo que había sentido nunca en la boca, ignorando que era la traición lo que sabía de esa manera. Un ligero gemido escapó de mis labios. De golpe, Miro la soltó y se volvió. Ya no tenía sentido esconderme, di un paso hacia la oscura estancia. Daria se detuvo, inmóvil, me miró fría y directamente a la cara mientras Miro murmuraba algo y se daba una palmada en la frente.

Al cabo de una eternidad, Daria dijo con voz temblorosa y quebradiza:

—Y ahora, ¿vas a dejarme en paz de una vez?

Miro observaba inseguro, no entendía nada, aplastado por su propia vergüenza. Miró al suelo, luego hizo acopio de todo su valor y dio un paso hacia mí, pero le hice un gesto con la mano de que se detuviera. Curiosamente, en ese instante me dio pena. Todo mi rencor se centró en ella. Deseé que nunca hubiera existido, deseé no haberle prometido mi amor. Deseé no haberla seguido jamás hasta allí. Deseé no haber hecho posible aquel rodaje. Me di la vuelta y subí corriendo las escaleras. Solo a la mañana siguiente, cuando entré en la cocina y me encontré a una Elene deshecha en lágrimas a la que Nana mecía en sus brazos como si se tratara de un bebé, me enteré de que Lasha había muerto la noche anterior, de una sobredosis. Daria lo había sabido todo el tiempo. Lo sabía cuando estaba jugando al Super Mario, cuando la tiré al suelo, cuando bajó con Miro los escalones de la bodega.

Durante las semanas siguientes, no salí de la Casa Verde. Cuando Miro llamaba, le decía que no quería verlo, y, en una ocasión en que se plantó a la

puerta, le pedí a Kostia que saliera y le comunicase que no era bienvenido. Elene y Aleko trajeron a casa a Daria después de dos semanas de borrachera continua. La encerraron. Elene se quedó con nosotras en la Casa Verde, velando a su hija. La alimentó, desterró de la casa todas las reservas de alcohol, llamó a un médico que le prescribió algún tipo de tranquilizante.

La muerte de Lasha fue el principio de su fin. Daba igual cuánto intentaran retenerla los otros, caminaba directa hacia él. Yo lo sabía, lo veía, pero ya no podía ni quería hacer nada. Cuando conseguía pasar unos días sin beber, cuando volvía a mostrar apetito y se ocupaba de su hija, a esos días los seguía, como si estuviera programada, la más profunda caída. Cogía dinero del bolso de Elene, se escapaba al único quiosco del pueblo y compraba vodka. Cuando le pedimos al dueño que dejara de venderle alcohol, encontró a un campesino que le daba un *chacha* de destilación propia.

Una noche observé desde la terraza, en la que volvía a sentarme insomne, cómo Daria se deslizaba hacia la entrada. Pude ver una silueta fuera. Un hombre al que no conocía y le entregó algo envuelto en un papel, que produjo un agradable susurro en su mano. No tuve que pensar mucho para saber de qué clase de regalo se trataba.

El color de agosto fue aplastante. Yo no paraba de ponerme compresas mojadas en la cara, porque ya no teníamos un solo ventilador que funcionara y el desván estaba recalentado. Vagaba por la casa como un fantasma. No podía dormir. En la cocina encontré fuentes y cacerolas sin lavar. Stasia había estado cocinando. Su edad la hacía cada vez más descuidada: había dejado los restos del chocolate caliente en el fogón, en una pequeña fuente. No pude resistirme. Cogí la fuente y salí a la terraza.

Cuando llegué, vi una vela encendida. Encontré a Daria sentada en mi lugar habitual, con las piernas colgando, comiendo un trozo de sandía. Quise marcharme, pero me pidió que me quedara. Fui hacia ella y me senté al borde, algo apartada.

Dejé la fuente junto a mí. El aroma era tan irresistible que incluso logró despertarla de su sueño de bella durmiente. Incapaz de resistir la tentación por más tiempo, metí los dedos en la fuente.

—¿No es ese el chocolate de Stasia, el que nadie debe probar? —me preguntó sonriéndome.

Me pregunté cuándo la había visto sonreír por última vez.

—Sí.

—¿Puedo probarlo?

Me encogí de hombros y puse la fuente entre ambas. Ella se agachó y metió el índice en la masa negra.

—Stasia piensa que está maldito —dije moviendo la cabeza.

—¡Celestial! —gimió ella.

Vaciamos la fuente, codiciosas.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿Tú también lo piensas?

—¿Que está maldito? Bueno, creo que ya estamos lo bastante malditas, si he de ser sincera, como para resistir esa maldición. ¡Al menos, a diferencia de las otras muchas maldiciones, sabe divino!

Se echó a reír.

—Ojalá Anastasia sea distinta. Ojalá se me parezca lo menos posible.

—Todo esto pasará. Las maldiciones y toda esta mierda.

—Siempre me ha puesto de los nervios, siempre he odiado eso de ti, cómo lo he odiado, Niza...

—¿A qué te refieres?

—A que tú... A que tú siempre intentas arreglarlo todo. A que te sientas aquí conmigo y me hablas. ¿Por qué ya no me odias?

—¿Quién dice que no lo hago?

—Oh, vamos. Nunca he entendido cómo funcionas. Te derriban a patadas y vuelves a levantarte, como un tentetieso, y sigues adelante. Alguna vez tendrás que perder tus fuerzas. Es insoportable; siempre adelante, sin detenerte nunca, siempre lista para lo peor.

—Tienes una idea equivocada de mí.

—No, no la tengo. Espero que sepas exactamente por qué lo hice. Que no era por él.

Sentí que la frente se me perlaba de sudor. No quería hablar de eso. No estaba preparada. Pero asentí.

Así estuvimos hasta el amanecer, en nuestro sitio favorito, el único lugar en común que nos quedaba, y hablamos un poco del incidente, pero no más. Las dos conocíamos nuestras incapacidades, nuestro fracaso, nuestras crueldades. Nos conocíamos espantosamente bien.

El cielo tenía un color indescriptible, como solo lo tiene ahí. Si yo hubiera inventado ese color, si hubiera podido darle un nombre, habría dicho que era

el color de un mundo destruido. Destruído y hermoso.

—No. A ti no te pasa. Nunca —dijo ella de pronto.

—¿El qué no me pasa nunca?

—Nunca pierdes tus fuerzas.

Nueve amaneceres después, mi hermana estaba muerta. La noche antes de su fallecimiento, su visitante secreto le había conseguido otra botella, y estaba emborrachándose en la terraza. Se había levantado un poco de viento, que se había llevado el calor asfixiante. Yo estaba en la cama, precisamente esa noche no estaba ahí para ayudarla.

Se bebió la botella de vodka y se cayó del desván, y golpeó con la sien el duro y seco suelo de agosto. Cayó de nuestra terraza siempre inacabada, que nunca tuvo una barandilla. Del desván que nos había ofrecido tantos escondites a nuestra madre, a Daria y a mí, donde habíamos perseguido nuestros sueños, lamido nuestras heridas, donde nos habíamos sacudido la rabia y gozado siempre del cielo único que parecía tan próximo a ese lugar encantado como si solo hubiera que tender la mano para tocarlo.

Stasia la encontró en las primeras horas de la mañana, tendida en el suelo, con el rostro en la tierra. Tenía los brazos extendidos, como si hubiera querido aprender a volar mientras caía. Como si hubiera mantenido el equilibrio en una cuerda invisible.

Stasia golpeó mi ventana desde fuera y me sobresaltó. Había dormido tan profundamente como hacía meses. Bostezando, me estiré al sol, salí al jardín sin sospechar nada y, antes de ver su cuerpo allí tendido, el rostro de Stasia me lo reveló todo. Estaba arrodillada ante su cuerpo inmóvil, sostenía su cabeza en el regazo, le rodeaba los hombros y la mecía adelante y atrás. Sus labios formaban palabras sin ruido, su rostro había desaparecido detrás de un velo del más profundo luto. Posaba los labios en la frente de Daria una y otra vez, le besaba las manos una y otra vez, le acariciaba el pelo una y otra vez.

Todavía recuerdo que lo primero que pensé, antes de ser consciente de lo que había ocurrido, fue que tenía que conseguir mantener a Kostia lejos de aquel lugar inundado por el sol. Que tenía que destruir aquella imagen. Impedir que Kostia o Elene la vieran nunca. Arrancar a Stasia del cuerpo de Daria. Cubrir a Daria, llevar a Daria a su habitación, instar a Daria a levantarse. Sí, seguro que solo estaba inconsciente, seguro que no se movía

porque había bebido demasiado, seguro que Stasia no entendía que simplemente estaba durmiendo la mona.

Me arrodillé junto a mi hermana y empecé a golpearla. «Levanta», la exhorté. «Vamos, vacaburra, levanta, nos estás asustando», gimoteé, pero Stasia apretó mi cabeza contra su pecho.

—No, Niza, no, no va a levantarse, no puede levantarse, déjala, Niza, déjala, ángel mío.

Sus palabras sonaban como una letanía, monótonas, tranquilas, monocordes. Pero yo no solté a Daria, hasta que volvió al fin su cara hacia mí y vi la sangre en su sien, vi lo definitivo dibujado en los rasgos de su rostro, los labios azulados, los párpados despiadadamente iluminados por el sol. Incluso entonces me negué a reconocer su muerte. La sacudí. Traté de ponerla de pie. Hasta que Stasia me dio una bofetada y me obligó a mirarla.

—Está muerta, ángel mío, está muerta. Ya no podemos hacer nada.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Acaso eres médico? Tenemos que llevarla al hospital, tenemos que...

—Yo entiendo de muertos, Niza. Entiendo de ellos —dijo, y yo me quedé petrificada. Luego me aparté a un lado y vomité.

Stasia me ordenó que me quedara pero que no hiciera nada, y fue a la casa para llamar a Aleko. No sé cuánto tiempo pasó hasta que llegó. Por suerte no se había despertado nadie, por suerte aún era demasiado temprano para llorar a un muerto. Fueron minutos u horas los que Stasia y yo pasamos inclinadas sobre el cuerpo de Daria, protegiéndolo con los nuestros del ardiente sol.

Y aún recuerdo que tuve el ánimo suficiente para ir hacia Aleko cuando bajó del coche y ponerle la mano en la boca para que no gritase.

—Tienes que ayudarme a llevarla a su cuarto. Mientras mamá y Kostia siguen durmiendo, enseguida. ¡Tienes que ayudarme!

Nunca olvidaré su mirada. Nunca. Me miró, y supe que en ese mismo instante se preguntaba cómo yo era capaz, en vista de lo ocurrido, de decir esas palabras, de no venirme abajo, cómo era capaz de pensar en Elene o en Kostia, supe que se preguntaba qué clase de persona era.

Morir..., bueno, sé que morir en esta vida no es nuevo, pero tampoco es nuevo vivir.

La muerte se posó sobre nuestros párpados, se posó sobre nuestra piel, como si fuera una capa de polvo. Todos nosotros éramos sus prisioneros. La olía y la sentía por todas partes. Me preguntaba si en nuestra casa aún había un límite entre la vida y la muerte, si no hacía mucho que todos los habitantes de la casa estábamos muertos, y simplemente no lo sabíamos.

Sentía que la muerte de Daria se extendía como una enfermedad incurable que nos había atacado a todos. Solo que cada uno de nosotros mostraba síntomas distintos. Cada uno estaba enfermo a su manera.

Mientras la visión de la sien reventada de Daria arrebató a Stasia los últimos restos de su energía vital, mientras Nana casi amenazó con derrumbarse bajo su propio peso y el de la muerte de Daria, mientras Aleko solo andaba de puntillas por las habitaciones, mientras la pequeña Anastasia, que antes había llamado la atención por su calma, ahora gritaba casi ininterrumpidamente, mi madre se convirtió en una estatua.

Era como un oráculo fatal de una tragedia clásica. Sus movimientos eran imperceptibles y silenciosos, y sus contactos, mecánicos. Su rostro era de pronto viejo y duro. Su mirada, atemorizada. Ya no soltaba de la mano a la niña. Nos gritaba en cuanto nos acercábamos a ella y le ofrecíamos hacernos cargo de la guardia nocturna. Hablaba sola. Rezaba durante horas. Mantenía las velas encendidas y conservó las ropas negras de luto. Nos amenazaba con la ira de Dios y nos exigía rezar el padrenuestro tres veces al día.

Pero mientras, con el paso de los días, nosotros intentábamos con todas nuestras fuerzas cerrar las puertas a la muerte, apoyando en ellas nuestros debilitados cuerpos, mi abuelo Konstantin Dzhashi la invocaba con todas las fuerzas que le quedaban. Pasaba días enteros junto a la lápida de Daria, que había sido erigida al lado de la tumba de Christine. Miraba a través de nosotros y veía a Daria. En esos momentos de olvido empezaba a sonreír, y yo sabía que estaba viendo a Daria, que recordaba sus primeros pasos, que le colocaba las trenzas, que sentía sus manos calientes en torno a su cuello. Que la oía reír.

Era casi imposible arrancarlo de esos recuerdos, nos insultaba con palabras violentas, no quería volver al presente, que para él sabía a veneno mortal,

mientras que el pasado seguía conservando el sabor y el aroma de las rosadas mejillas de Daria.

La barba gris le colgaba hirsuta, los pómulos sobresalían como las costillas de un preso del gulag. Sus manos no dejaban de temblar, y no podía beber sin derramar el líquido sobre las rodillas. Ya no podía dormir; ya no podía comer sin vomitar después. Se emborrachaba de tal manera que a veces simplemente caía redondo y se quedaba tumbado en el suelo, o incluso se orinaba encima. Todo lo que Ida le había dejado del amor y la vida se lo había llevado Daria. Yo sospechaba que aprovecharía la primera oportunidad a su alcance para seguirla. Y no se hizo esperar mucho tiempo.

En octubre de 1994, dos meses después de la muerte de Daria, se le diagnosticó una leucemia mieloide aguda. El infierno sufrido en el viaje de prueba de un submarino, al que él creía haber vencido en una clínica austríaca, regresaba a su cuerpo. Se negó a aceptar quimioterapia, a tomar medicamentos.

Durante una comida nos explicó, con claridad y contención, de dónde le venía esa enfermedad, cómo entonces se había sometido a tratamiento. Recordó a Elene la época en la que había tenido que dejarla sola. A Nana le corrían las lágrimas, y Stasia se levantó de su asiento y dejó caer el plato de camino al fregadero. Kostia habló de la catástrofe que había ocurrido entonces, habló de los marineros muertos, de aquel documento de confidencialidad.

Solo cinco semanas después ya estaba en cama. Todos los intentos de madre, esposa, hija y nieta por que aceptara ir a un hospital fracasaron.

A finales de noviembre entré a su habitación y me tumbé a su lado. Le cogí la mano y me acordé de las veinticuatro horas que había pasado con él en esa cama, recogiendo sus lágrimas, tendiéndole el vino, compartiendo nuestros secretos. Era otra vida. Una vida en la que Daria estaba viva.

Callamos, y escuché el tictac del viejo reloj de pared. Apoyé la cabeza en su pecho hundido, cerré los ojos a su enfermiza palidez y a las manchas de su piel.

—¿Sabes en qué pienso todo el tiempo? —oí su voz agotada, como proveniente de una infinita lejanía.

—¿En qué?

—Durante todos estos años, durante todas estas décadas, había aquí millones, cientos de millones, miles de millones de bustos, estatuas, cuadros. ¿Dónde han ido a parar?

—¿Qué clase de estatuas y cuadros? —pregunté.

—¡Bueno, de Lenin, Marx y Engels, del Generalísimo, de todos esos hombres!

Parecía pensarlo seriamente.

—Han desaparecido.

—No pueden desaparecer sin más.

—Parece ser que sí. Todo desaparece en un momento u otro.

—¡Nada desaparece, nada, Niza!

Apoyó la mano sobre la mía.

—¿Quieres decir que todo está guardado en alguna parte, esperando volver a ser hallado?

Traté de sonreír.

—Todo espera para volver.

Ensimismado, me apretó con más fuerza la mano.

Escuché su respiración. Oí los latidos de mi corazón. Pensé en cuánto le quería y en todo lo que, desde que llegué al mundo, habría hecho y dado por que él respondiera a mi amor. Pero de repente ya no me pareció tan mal que nunca lo hubiera hecho.

Se lo perdoné, en vista del amor que había dado a otra persona: mi hermana. Se lo perdoné, porque en ese momento entendí que la vinculación que había buscado todo ese tiempo, nuestra vinculación más íntima, quizá, era el amor de ambos hacia la misma mujer, que ya no estaba con nosotros. Le perdoné su frialdad y su autoritarismo, le perdoné la tiranía, le perdoné que me hubiera ignorado con tanta frecuencia. Le perdoné las noches que había pasado sola llorando en la cama, le perdoné que hubiera engañado y hecho infelices a muchas personas, que hubiera traicionado a tantas.

El objeto de nuestro amor se había ido. Y, ahora, todo lo demás daba igual. Habíamos perdido a la mujer por cuyo amor habíamos luchado. Ya no había nada por lo que mereciera la pena luchar.

Me incliné hacia él, apoyé la cabeza en su cuello y me quedé así hasta que se durmió. Luego entrelacé mis pensamientos y las palabras que nunca le había dicho y jamás le diría, todos mis sentimientos hacia él, con sus sueños.

Kostia murió en diciembre. Absurda o lógicamente, la causa oficial de la

muerte fue paro cardíaco. Su corazón se había adelantado a su enfermedad.

La noche de su entierro, vi a Stasia pisar el cobertizo por primera vez desde hacía años, y la seguí. Puso *Tosca*. Estaba con los ojos cerrados junto a la ventana, escuchando a Puccini. Me acerqué cautelosamente a ella, con el rostro hinchado.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Christine lo ha querido así. Lo he hecho por Christine —contestó.

—¿Cómo que por Christine?

—Bueno, vino a buscarle. Estuvo aquí hoy. Vino por Kostia —dijo, como si fuera algo absolutamente evidente: un muerto que viene a buscar a otro.

—¿Christine vino a buscar al abuelo?

—Sí, Christine y una mujer desconocida.

—¿Una mujer desconocida? ¿Qué clase de mujer desconocida?

—Nunca la había visto en mi vida.

—¿Cómo era, Stasia?

—Alta, delgada, demasiado delgada para mi gusto, y con muchos anillos en los dedos. Hermosos anillos.

Hacía mucho que yo ya no sabía cuál de nosotras dos era la loca.

—¿Y dónde la viste?

—Donde siempre las veo. En el jardín. Estuvieron allí un rato largo, un poco más arriba, donde antes estaba la higuera que cortamos para hacer leña, ¿te acuerdas?

—Entonces, ¿has visto a Christine y a esa mujer recoger a Kostia?

—No, no vi a Kostia. Estaban aquí para recogerlo, sí. Pero eso lleva su tiempo.

—¿Y Daria?

Me avergoncé nada más hacer la pregunta, pero al mismo tiempo la envidiaba por aquella locura, por aquel don o aquella paranoia. Me hubiera gustado tener la misma certeza de que alguien había recogido a Daria, y no que simplemente había *desaparecido*.

—Kitty... —dijo ella, y torció el gesto, Tosca acometió «Vissi d'arte».

—¿Qué pasa con Kitty?

Sentí que algo se contraía en mi estómago.

—En los días anteriores a que pasara lo de Daria, venía a menudo hasta el cerezo. Ella y Thekla estaban allí a todas horas...

—¿Pero Kitty...?

—Claro que lo sé. ¿Pensáis que soy demasiado vieja para darme cuenta de cuándo muere mi única hija? ¿Eh?

De pronto, su voz sonaba desdeñosa.

—¿Dices que Kitty también está ahí a veces?

—Sí. Mi niña. Mi hermosa Kitty.

—¿Y tú crees que Kitty vino..., hum, a buscar a Daria?

—He sobrevivido a mis dos hijos y a mi bisnieta. Espero que no pase mucho tiempo antes de que todos ellos vengan a buscarme a mí.

Yo bajé la cabeza.

—Si Kitty ha venido a buscarla, quizá cuide de Daria.

Me aferré a esas palabras, no estaba en absoluto convencida de lo que acababa de decir, pero era un pensamiento consolador, una hermosa idea.

—A veces se es mucho más fuerte cuando se es más débil, Niza.

Emergiendo de pronto del lamento de Tosca, me miró, para volver enseguida a sumirse en sus pensamientos. Y cuando, en el cenit de su desesperación, Tosca preguntó a su Dios por qué la castigaba de ese modo, empecé a bailar.

Stasia me miró, al principio insegura, luego por su rostro comenzó a extenderse algo parecido a una sonrisa. Ejecuté todos los movimientos que ella me había enseñado cuando era niña y mi cuerpo aún podía recordar. Di vueltas, volé por el aire, encogí las piernas, las extendí, volé por la estancia desierta. Bailé mi mejor danza. Una danza de la muerte en honor a Stasia y a sus fantasmas.

Cuando salí del cobertizo, bañada en sudor, vi que Miro venía hacia mí. Sin perder el tiempo en decir una sola palabra, fui a su encuentro, me colgué de su brazo y me puse en camino con él hacia el bosque. Estaba oscuro y hacía frío, pero yo tenía calor. Parecía agradecer que volviera a tocarle. Me gustó que no me preguntase qué me pasaba. Caminamos por la hojarasca seca y nos detuvimos al pie de un gran abeto.

La noche estaba despejada, las estrellas centelleaban con especial brillo. Se echó a llorar. Le dejé hacerlo, sin pretender consolarlo.

—Tengo que irme —dije.

—¿Cómo que irte? ¿Adónde?

—Aún no lo sé. Pero lo bastante lejos de aquí. Ya no puedo vivir aquí. He luchado a diario para no derrumbarme en el sitio. ¿Vienes conmigo?

—¿Pero adónde? ¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó, secándose las

lágrimas con las mangas de la chaqueta.

—De algún modo. Simplemente, ven conmigo. Yo lo conseguiré. A Europa. A cualquier parte, pero lejos de aquí.

—Eso no es tan sencillo, Niza. Las cosas no son así. Hay que...

—Me voy a ir, Miro. De un modo o de otro.

—Pero ¿qué pasa con nosotros?

—No estoy segura de si todavía hay un nosotros, Miro, y, si lo hubiera, no quiero ese nosotros. Quiero un nuevo nosotros.

—No lo conseguiré, yo... ¿Cómo vamos a hacerlo?

—Yo tampoco pensaba que conseguiría *esto*.

—No puedes irte, Niza. No, no puedes hacerme esto.

—Miro. Por favor.

Me apretó contra el abeto y me cubrió de besos, me sujetó, secó su rostro salado contra el mío, me besó las manos y murmuró promesas de amor en mi oído. Me aseguró que todo iría bien, que estaría conmigo, que todo había pasado, que podíamos volver a empezar. Repitió una y otra vez que éramos el uno para el otro, que no había nada que pudiera cambiar eso, me imploró que me quedara y repartió sus besos por todo mi rostro y mi cuerpo, como pequeños trofeos que parecía otorgarme por haber sobrevivido. Pero yo ya no podía aceptarlos. Ya no había vuelta atrás, y cada fibra de mi cuerpo parecía saberlo. Sabía que una parte de mí iba a quedarse en ese lugar para siempre, pero esa parte ya no era capaz de vivir.

Una semana después del entierro de Kostia, llamé a Severin a Berlín y le pregunté si quería casarse conmigo.

—¿Cómo? —preguntó, incrédulo.

—Me has entendido bien: ¿te casarías conmigo?

—¿Y para qué va a servir eso?

—Para que yo pueda salir al fin de este maldito país.

—Ya sabes que no podré cumplir con mis obligaciones conyugales.

—¡Por suerte! No tengo intención de reclamártelo.

—Bien. Me casaré contigo.

—Perfecto. Entonces, mándame una invitación, para que yo pueda pedir un visado. ¡Y por favor, date prisa!

Antes de mi partida escribí una carta abierta a la universidad, en la que exponía las razones por las que no iba a hacer los exámenes y no pensaba entregar ningún trabajo. Reproduje aquel diálogo entre mi profesor y yo, y describí en las páginas siguientes el ambiente estrecho, corrupto, nacionalista y —en parte— prosoviético de la universidad. Hasta hoy no he sabido si aquella carta la leyó alguien, ni siquiera si fue publicada.

Luego, fui a la Casa Verde, reuní todos los cuadernos, notas y, sobre todo, historias que había tecleado en la máquina de escribir —durante los últimos años se habían acumulado montañas de páginas—, y lo llevé todo a un gran bidón de chapa en el jardín. Allí prendí un fuego, y vi cómo todas mis esperanzas, planes e ideas ardían con aquellas páginas. Pero no me arrepentía de nada. No sentía nada.

Me compré el billete de avión con el dinero que me dieron por el reloj de oro de Thekla que Stasia me había regalado una vez como amuleto, para protegerme de las risas de mis compañeros de colegio, de la hostilidad y el desamor de las gentes normales de este mundo, de la soledad, de la frialdad de Kostia, de los desplantes de Daria, de todo el mal de ojo y de sabe Dios qué más. Entonces aún no suponía que me esperaban cosas mucho peores, de las que ni el reloj ni Stasia podrían protegerme.

La noche antes de mi partida, Stasia entró en mi habitación y, sin hacer ningún comentario, puso en mis manos un viejo cuaderno con tapas de cuero. En él, con puntiaguda caligrafía, estaban las recetas de mi tatarabuelo. Y solo en la última página estaba la receta exacta del chocolate caliente.

Cuando le pregunté qué debía hacer con eso, se limitó a encogerse de hombros, me dio un cauteloso beso en las sienes y salió de la habitación. Y, el 24 de enero de 1995, yo abandoné la saqueada Georgia, hundida ahora en el frío y la oscuridad y antaño tan soleada, y cogí un avión para Estambul, desde donde crucé por primera vez la frontera del Oeste, ya invisible.

Dos años después de la muerte de Kostia, Nana murió de un colapso. Yo no regresé. Aleko y Elene vendieron su pequeña vivienda para sobrevivir. Se mudaron a la Casa Verde. Elene se consagró de lleno a su nieta, a la que educó con mano severa. Aleko siguió bebiendo cerveza o vodka, jugando al backgammon y filosofando sobre la vida con sus amigos, los pocos que aún quedaban vivos. Discutía con su mujer porque rezaba demasiado para su gusto, y le costaba cada vez más trabajo competir con su amor por Dios.

Stasia murió a los noventa y nueve años. Simplemente. Se durmió y ya no despertó. En sus últimos tiempos estaba casi ciega, y apenas hablaba salvo consigo misma. Murió un año antes de que acabase el siglo.

Yo no regresé. Tampoco sé quién vino a recogerla. Pero me imagino que por la mañana vinieron todos, tal como ella había deseado: Thekla con su mañanita, su primer teniente blanquirrojo, la hermosa Christine con su marido, Sopio, de lengua afilada, Kitty, Mariam, aquel Andro que tallaba ángeles y su hijo Misha, de cabellos rizados. (¿O quizá eran incluso dos hijos?) Kostia y Nana, quizá incluso Ida, que se mantuvo en algún lugar del fondo. Y sobre todo mi hermana Daria, la de los ojos de colores.

Un año después de mi partida, Anastasia empezó a llamarse «Bri» a sí misma y se negó a responder cuando se la llamaba por su nombre. Al cabo de tres años, Anastasia había desaparecido completamente detrás de Brilka.

Yo no regresé.

VII. Niza

*Lo que regalas lo has ganado,
lo que escondes lo has perdido.*

SHOTA RUSTAVELI

Severin habitaba una vivienda antigua en Wedding, con una estufa de azulejos y altos techos de estuco. Seguía trabajando para la tienda de su padre, que casi tenía solo clientes muy ricos, que ya no estaban tan interesados por los objetos raros del Este que Severin le había conseguido. La tendencia iba en esos momentos en dirección a Asia, como Severin me explicó poco después de mi llegada.

Llevaba zapatillas de deporte blancas, tanto en verano como en invierno. Hacía espaguetis con una espesa salsa de tomate día sí día no y en ese entonces estaba enamorado de un jovencito llamado Gerrit que no quería saber nada de una relación estable. Tenía una impresionante colección de vídeos, que resultó ser un gran apoyo en mi integración. Esperaba febril el fin de semana, porque entonces podía salir, beber y bailar sin mala conciencia. (Yo no conseguía encontrar la lógica al hecho de que tuviera que ser a toda costa viernes o sábado para dejarse ir.)

Sus amigos me veían como a uno de los objetos extraños que había traído de sus numerosos viajes. Eran exclusivamente liberales de izquierdas y todos militaban en alguna organización; había de todo, desde la protección de los animales hasta el derecho de asilo. Severin decía que, si me atacaban los nervios con su curiosidad y sus preguntas, debía decírselo, pero yo no me atrevía, y en cada ocasión me sentía obligada a hablar de mi país y de mi vida con el mayor dramatismo y emoción posibles. Luego, la mayoría de las veces, me sentía fatal, y me encerraba en el baño. Severin se mostraba comprensivo con mis estados de ánimo y, por alguna ilógica razón, eso no

hacía más que enfurecerme. Llamaba a mi estado el «blues del Este», y afirmaba conocerlo bien.

No quiso ni oír hablar de tener viviendas separadas, ambos íbamos a ser maravillosos compañeros de piso, afirmaba sin cesar. Durante los primeros meses ni siquiera quiso dejarme buscar trabajo, porque opinaba que eso iba a sobrecargarme y no era bueno para mi estado anímico. Hice lo que se me dijo: me apuntó en un curso de alemán, en el que calenté un pupitre junto a distintas personas de todas las naciones imaginables, que solo conocía por mi viejo libro infantil *Cuentos de todo el mundo*. Yo sonreía con amabilidad y decía: «Hola, me llamo Niza y vengo de Georgia. Georgia es un pequeño país que está en el Cáucaso y...». Luego venía la pregunta de mis compañeros de clase de si Georgia no era una parte de Rusia. Ante lo que yo me veía obligada a hacer una excursión forzosamente amable por la breve historia de la Unión Soviética, que me dejaba tan agotada que pasaba el resto de la clase en un estado de duermevela, preguntándome qué hacía allí y qué iba a ser de mi vida.

Severin me enseñó la ciudad. Le gustaba el papel de anfitrión. Por fin podía hacer un uso útil de sus conocimientos de historia, me soltaba extensas conferencias sobre este o aquel edificio, esta o aquella calle, estos o aquellos antiguos o actuales habitantes.

En marzo, poco antes de que expirase mi visado de turista, fuimos al registro civil y presentamos una solicitud de matrimonio. Algunos trámites y papeles más tarde, pudimos casarnos.

Me había comprado un vestido en una tienda de segunda mano —hasta entonces, yo no había tenido vestidos— y él había pedido prestado un traje. Y, cuando la funcionaria nos invitó a ello, nos besamos de manera bastante apasionada para nuestra relación y pasamos el resto de la tarde riéndonos de eso. No invitó a sus padres a nuestra boda.

—No harían más que torpedearlo todo. A mi padre le veo capaz de declarar ante el funcionario que se trata de un matrimonio de conveniencia. No quiero ponerte en peligro —me explicó.

Más tarde fuimos a un puesto de salchichas y, bajo su paraguas rojo y blanco en el que bailaban unos osos panda, comimos salchichas al *curry* hasta que nos pusimos malos.

Durante los primeros meses sufrí trastornos del sueño y ataques de pánico, despertaba sobresaltada por pesadillas. Me pasaba las noches sentada en el alféizar de la ventana, mirando a la oscuridad, fumaba y me preguntaba qué iba a hacer con el tiempo que tenía por delante. No sentía ningún tipo de estímulo. Ninguna voluntad. Ninguna alegría. Pero ese estado encerraba también algo de liberador. Por primera vez desde lo que me parecía una eternidad, experimentaba una alegría casi masoquista ante ese vacío interior. Reprimía todos los pensamientos relacionados con mi casa, me limitaba a breves llamadas telefónicas, en las que resumía, embellecía las cosas y hablaba de planes inexistentes.

A Miro le escribí las cartas más sinceras, pero nunca las envié. Y siempre que él llamaba —al principio de forma bastante regular, más tarde cada vez más escasa— sentía un nudo en la garganta que me dejaba un sabor metálico en la lengua.

Poco a poco fui avanzando con el idioma y empecé, cautelosa, a rebuscar en las estanterías de Severin y sacar un libro tras otro, que iba superando con ayuda de un diccionario. Hambrienta y vacía como estaba, sentía que cada línea, hasta la frase más trillada, podía sumirme en una auténtica exaltación.

Disfrutaba mucho de las visitas veraniegas al cine, en las pequeñas salas de arte y ensayo. Exactamente igual que de los paseos a lo largo del Spree, las exquisitas variedades de las heladerías italianas y la comida rápida turca. Cuando no sabía qué hacer con mi jornada, acompañaba a los amigos de Severin a sus clases de la universidad y me sentaba en las aulas, esforzándome siempre por ser invisible.

Al principio me asustaba la idea de estudiar algo, de trabajar en cualquier cosa. Pero temía mucho más la inacción. Me buscaba empleos, trabajé como pinche de cocina en un restaurante ruso, paseé perros, hice el turno de noche en un supermercado de bebidas veinticuatro horas, incluso en una elegante zapatería, aunque no tenía ni idea de zapatos. No aguantaba en ningún sitio más de cuatro semanas. Como mi aburrimiento se iba haciendo cada vez más insoportable pero los ataques de pánico iban cediendo, me animé y me matriculé en la Universidad Humboldt, en la carrera de Historia Moderna y Ciencias Políticas. Severin me animó, me dijo que siempre podía dejar la carrera si era demasiado para mí.

Me deslicé con mucha rapidez hacia una nueva y monótona vida universitaria. Y seguí trabajando. En Neukölln descubrí un taller de

automoción, llamado El Hangar, en el que trabajaban exclusivamente mujeres y que estaba dirigido por una pareja de lesbianas. Buscaban a alguien para la caja. Después de un día de prueba me contrataron, y sentí que me iba a quedar allí más de las cuatro semanas habituales.

A Caro y Maggie, que así se llamaban las propietarias del negocio, yo también parecía gustarles. Poco a poco hasta me permitieron entrar al taller, me dejaban echar una mano y ayudar.

Por primera vez desde que estaba en Berlín, en ese lugar sentí algo parecido a la alegría. Me gustaba distraerme de mis pensamientos con el esfuerzo físico. Aunque Severin movía la cabeza cuando me veía llegar a casa con el pelo sucio y manchas de aceite por todas partes.

Apenas tengo recuerdos de los primeros dos años en Berlín. Solamente me acuerdo de ciertas imágenes, de un extraño estado de estupor que me tenía atrapada. Cuando vuelvo la vista hacia ese periodo, siempre me acuerdo de ese no-estado. Solo recuerdo ese no querer, no poder, no sentir. Como si hubiera estado conectada a un aparato invisible, mi única fuente de vida, que cada mañana me hacía levantarme, atender mis obligaciones, ocupar mi tiempo en algo que fuera, en alguna medida, sensato.

Pero también me acuerdo de esa sensación de constante falta de tiempo. Por miedo al tiempo libre, que me habría dejado a solas conmigo misma, en el que habría podido reflexionar, sentir algo, recordar algo, me fijé un plan casi irrealizable. Llenaba de tal modo la jornada que por la noche casi no me quedaba más remedio que caer en la cama medio muerta y dormirme en pocos segundos.

Huí. Corría. Pedaleaba. Volaba. No tenía tiempo para echar de menos algo o a alguien, no tenía tiempo para llorar, ni tiempo para reír, ni para el arrepentimiento, los remordimientos, las reflexiones. No tenía tiempo para penas de amor, no tenía tiempo para la vida. Funcionaba, y lo hacía fabulosamente bien.

Y, si en aquellos raros momentos en los que no lograba esconderme de mí misma, me asaltaban las imágenes y recuerdos, me ponía en la cara una almohada, un libro, incluso un zapato o un plato, lo apretaba hasta que mis ojos no podían distinguir otra cosa que un dibujo en color, y volvía corriendo a mis tareas.

Necesité dos años silenciosos, introvertidos, para sustituir mis propias palabras por palabras ajenas. Necesité nuevos rostros para olvidar los viejos.

Necesité nuevos zapatos y chaquetas, nuevos poetas y filósofos, necesité tiempo para recuperar el tiempo, para volver a ser joven, para fortalecer los muros que me rodeaban.

Severin, que al principio se tomó grandes molestias para integrarme en su círculo de amigos, me dejaba en paz, para gran alivio mío. Preguntaba cada vez menos cómo estaba y conseguía quitarse de mi camino durante días. Organizaba nuestra vida en común con notitas pegadas en la nevera que nunca tenían que ver con nada más importante que el abastecimiento de leche o la compra de papel higiénico. En su cumpleaños o Nochevieja, cuando me veía obligada a acudir y bailar, a participar de la alegría común, cumplía ese deber sin rechistar, junto a las otras innumerables obligaciones que había que realizar.

En una de las pocas discusiones que tuvimos —porque mis energías ni siquiera alcanzaban entonces para una discusión—, me llamó robot y me reprochó haber perdido todo lo que había digno de amor en mí. Pero cuando acto seguido le propuse buscarme un sitio al que ir se negó, no quería renunciar tan deprisa a nuestro «matrimonio». Y de hecho a veces yo habría deseado que fuera posible ir a su habitación, sentarme en su cama y gritar todo lo que tenía acumulado en mi interior: lo catastrófico que había sido mi fracaso conmigo misma y con el mundo, la manera tan abrupta con la que había abandonado a mi familia, el país del que venía, el mundo que había asumido como propio. Me habría gustado responsabilizar a alguien de mi rigidez, acusarle de mi falta de existencia. Pero sabía que era absurdo, que después de una confesión desesperada como esa mi situación aún sería más insoportable. No quería compasión. No quería oír: «No pudiste hacer otra cosa...». No quería que me convenciesen de lo contrario. Si no hubiera tenido el odio hacia mí misma, ¿qué me habría quedado? ¿Con qué medios habría podido retener el pasado? ¿Con qué sentimientos me habría convencido de salir al encuentro del mundo, y sobre todo: qué motivación me habría quedado para existir?

Cuando Severin trajo un día una gata a casa y me dijo que era nuestra nueva compañera de piso, tuve un ataque de ira. Ni yo misma entendí por qué reaccioné de ese modo, le grité que no podía hacer eso, que no quería sentirme responsable. De nadie. Ni siquiera de un animal. Me miró con tristeza, con perplejidad. No era la irritación porque hubiera perdido mi espontaneidad, ni porque hubiera perdido la ligereza, ni porque ya no tuviera

humor..., todo lo que nos había unido a ambos durante aquellos oscuros y fríos días. Había una profunda tristeza en su mirada, y también, y quizá eso era nuevo: una cierta comprensión. Comprensión por el gran esfuerzo que me costaba no pensar en las historias, mías y ajenas, que durante años había tomado prestadas e incorporado a mi ser con la esperanza de poder continuarlas un día.

La gata fue devuelta.

Después de una de las raras conversaciones telefónicas con Miro que, salpicada de sarcásticos comentarios por su parte, terminó en pelea, abandoné furiosa la casa y fui a un club, y sonreí a un tipo larguirucho hasta que no tuvo más remedio que fijarse en mí y sentarse a la barra conmigo. Justo tres frases después ya tenía su lengua dentro de mi boca. Fui con él al piso de Kreuzberg que compartía con una amiga, que en ese momento estaba de viaje, y me acosté en su cama. La primera vez que mi cuerpo intentaba amar a alguien que no era Miro. La primera vez que fingía deseo ante un completo desconocido.

Cuando se quedó dormido, salí de la casa, cogí un taxi y fui a emborracharme. Severin me encontró a la mañana siguiente durmiendo en el suelo del salón. Se sentó a mi lado, apoyó mi cabeza en su regazo, me acarició el pelo y me habló como si pronunciara una oración:

—Tienes que hablar, Niza. Tienes que hablar con alguien. Esto te devora. Lo veo. Si no quieres hablar conmigo, entonces ve a un terapeuta amigo mío, busca ayuda.

Pero yo no quería saber nada, y en vez de eso me pellizqué los brazos y los muslos, las mejillas y el vientre, y él se vio obligado a sujetarme las manos y mecarme como un bebé hasta que me dormí.

Simplemente había querido volver a sentir algo.

Mi profesora de Historia me pidió que me quedara después de un seminario, quería hablar conmigo sobre un trabajo que acababa de entregarle. Me miró a través de sus grandes gafas:

—No soy ninguna experta en este terreno, pero me atrevo a afirmar que tiene usted un gran don, señora Dzhashi.

Contuve la respiración. Aquella palabra formaba parte de mi antigua vida, aquella palabra no podía aparecer allí, allí no, ahora no, ni tampoco nunca en ninguna parte.

—No, que yo sepa.

Traté de escaparme.

—¿Sabe usted que las dotes especiales pueden ser fomentadas?

—¡Escuche, no soy superdotada!

—Bueno, escribe usted un alemán mejor que sus compañeros nativos. Absorbe la información a un ritmo increíble, pero, por otra parte, es notablemente mala a la hora de emplearla de manera concreta. Tiene un problema metodológico. Por otro lado, dispone usted de un conocimiento, ¿cómo podría decirle?, notable. Se concentra muchísimo cuando le interesa algo, y a la vez es usted increíblemente negligente cuando ya lo sabe. Hay otra razón para que esté usted en un nivel inferior al debido, y es que raras veces se comunica con gente de su edad. Es usted poco comunicativa, hermética y testaruda. Y no tiene mucho respeto a la verdad...

—¿Y qué? ¿Acaso eso es lo que caracteriza una superdotada? ¿No cree que, bueno, es algo un poco estereotipado?

—Estereotipo sería admitir que tiene usted un defecto y ningún don. Creer que se esconde detrás de sus capacidades. Estereotipo es su miedo a confesarse a sí misma sus propias capacidades y a aprovecharlas de manera adecuada. No sé quién le ha metido en la cabeza que no utilice esas capacidades. Ha sido, claramente, un error.

—Me siento bien aquí, no quiero cambiar nada, por favor.

—Soy su profesora, no su madre. Como profesora, me gustaría aconsejarle que se presente a una beca de investigación. Además, le recomiendo que solicite un puesto de ayudante en uno de nuestros centros de investigación. Si se esfuerza un poco, terminará antes del tiempo reglado. Podría hacer usted tanto, señora Dzhashi. Y, si yo fuera su madre, le aconsejaría que se enfrentase lo antes posible a sus capacidades y a su absurda reticencia a hacer uso de ellas.

Fue la primera vez, desde que estaba en Berlín, que lloré delante de alguien.

Caro tenía el título de mecánica de automoción, y unas piernas de una

longitud impresionante, tatuajes en los brazos y una salamandra en torno a la oreja. Idolatraba a su pareja, una DJ que pinchaba en varios clubes de la ciudad y pertenecía a un grupo femenino de *performance*. Amaba los coches rápidos pero, sobre todo, amaba los naipes.

La primera vez que me preguntó si quería jugar, dije que no. Cuando insistió y dijo que no me creía, dada la curiosidad que siempre había mostrado cuando hablaba de sus partidas de póker, respondí que lo había dejado. Cuando al fin consiguió convencerme de que participara en una partida, fui al baño después de la primera mano y vomité. Caro me dijo que tenía cualidades de profesional, y me llevó con ella a una timba en un patio trasero en Pankow, donde jugamos por dinero. El grupo tenía aspecto muy serio, y estábamos en un curioso local que se parecía a un almacén. Conscientemente dejé en el asiento del metro de vuelta el dinero que había ganado esa noche. Entregué a Caro las siguientes ganancias. Solo a partir de la tercera vez fui capaz, al coger el dinero, de no pensar en el maldito billete de cien dólares que él me había hecho quedarme en la imprenta para terminar con los pantalones bajados y los miembros doloridos, clavando el cuello roto de una botella en la piel de un hombre.

Cuando llegó el invierno, había reunido tanto dinero que pude enviar a casa por Navidad una suma notable, comprarme un viejo Volvo 760 y regalarle también a Severin un modelo especial de zapatillas con el que llevaba soñando meses.

—¿De dónde has sacado la pasta? —preguntó desconfiado Severin.

—Juego a las cartas.

Lo confesé con total desapasionamiento.

—¿Que haces qué? ¿Juegas a las cartas? ¿Dónde?

—En timbas privadas.

—Sabes que podrías tener problemas.

—No empecemos, ¿eh? ¡Amo el capitalismo, déjame en paz! ¡Ya he vivido dentro del socialismo bastante tiempo! ¡Vamos, Severin!

No pudimos evitar echarnos a reír.

Durante las vacaciones de invierno me subí a mi Volvo azul oscuro, cogí el dinero que me quedaba y me fui. No sabía adónde, simplemente recorrí paisajes nevados y carreteras heladas. Por el camino hacia alguna parte,

detrás del escaso sol, sentí algo hogareño, algo familiar, algo que me hizo respirar. Paré en áreas de descanso, dormí en moteles baratos, comí mal y me fue bien. Atravesé Alemania entera. Fui a París. Las fronteras habían desaparecido, y me preguntaba dónde se habían ido. En París, me senté en un café y tomé un trozo de tarta de almendras. Observé a los transeúntes, vi los copos de nieve que caían al Sena. Me dejé llevar. Traté de absorber el olor de la ciudad. Estaba feliz de que nadie me conociera, de no conocer a nadie. Pensé en mi infancia y traté de reconstruir las imágenes que tenía en la cabeza cuando leía a Hugo, Balzac, Flaubert, Proust, Colette y Miller, Voltaire y Diderot, Genet, Duras.

Pensé en las películas francesas que tanto me gustaba ver con Aleko, con Daria y, más tarde, con Miro. Las discusiones que teníamos después.

Me senté en un banco y desde allí vi pasar los barcos con turistas y me pregunté si la ciudad habría decepcionado a Stasia, si habría respondido a su expectativa, si le habría dado la bienvenida y, sobre todo, la habría hecho bailar. Y vi a Stasia ante mí, detrás de mis párpados cerrados, la vi bailando para mí.

Seguí de París a Lyon, de Ginebra a Turín. Atravesé Suiza, crucé Italia y canté una vieja canción que sonaba en la radio y pensé en los ojos de colores de mi hermana. Cambié mi idioma por las canciones de la radio del coche. Cambié mi lengua materna por todas las lenguas que tomé prestadas durante pocos días, como las hermosas cintas para el pelo que le cogía a Daria.

Atravesé Europa, que antes estaba tan lejos y ahora se fundía bajo mis ruedas. Visité Roma y reprimí las lágrimas ante la idea de que mi hermana jamás podría dirigir su mirada de colores hacia toda aquella belleza.

Imagínate; yo no existiré si tú no me imaginas.

VLADÍMIR NABOKOV

En abril de 1998, Miro me llamó. Iba a viajar a Ámsterdam en los días siguientes y quería volver a verme. Parecía que había bebido y lloriqueaba al teléfono. Murmuró algo acerca de una brutal nostalgia de mí. Yo asentí.

Después de colgar, me contemplé un rato en la ventana, en silencio. Vi a una mujer muy pequeña, cuyo sexo y edad parecían, de alguna manera, de menor importancia. Vi sus cortos y desordenados cabellos, siempre indómitos, vi el torso liso, los hombros caídos, los pómulos afilados y la larga y torcida nariz. Vi las cansadas ojeras, vi los labios de pato, los ojos oscuros, que parecían tan cerrados, tan inexpresivos, y me pregunté qué diría él, si iba a reconocerme, qué tendríamos que contarnos después de todo ese tiempo. Me pregunté si podríamos advertir todo lo que había ocurrido, si podríamos oler, saborear, palpar, a las personas que habían estado junto a nosotros durante los últimos años. Y si todo eso tendría importancia.

En Ámsterdam, bajé del tren y fui directamente al hotel en el que él se alojaba. Le había prohibido ir a recogerme al andén. En mi estado de inseguridad, no podía permitirme ninguna escena emotiva.

Llamé, y él abrió enseguida la puerta. Nos miramos, dejé el bolsito de viaje en el suelo. Se había hecho más adulto. Tenía mejor presencia, más seguridad en sí mismo. La parte juguetona había desaparecido de su rostro. Llevaba un pantalón de traje que, por alguna razón, me desconcertó por completo.

Me cogió de la mano y tiró de mí hacia la habitación. Me lanzó sobre la cama y, antes de que pudiera darme cuenta, los dos estábamos desnudos y buscábamos en nosotros mismos los recuerdos de lo que habíamos sido un día y de lo que creíamos que íbamos a seguir siendo siempre.

No dijimos ni una palabra. Luchamos en silencio, tratamos de ampliar nuestro torso para dejar entrar al otro, tratamos de quitarnos las capas de tiempo que llevábamos pegadas como costras encima de la piel. Parecía tan fácil volver a ser un «nosotros». Nuestra cercanía se había restablecido con tan poco esfuerzo. Podía amarle sin esfuerzo como a nadie en el mundo.

La habitación estaba en penumbra, no habíamos encendido ninguna luz. Oíamos mutuamente nuestra respiración.

—Volvamos a intentarlo —le dije—. Hagámoslo. Lo conseguiremos si tú también quieres. Hay tan poco que me retenga aquí, y al mismo tiempo tan poco que me haga regresar. Pero, si volvieras a estar tú, si pudiera devolverte a mi vida, entonces...

Sopesó la respuesta, apoyó la cabeza en mi pecho, se estiró, resopló, dijo que tenía razón, que no quería olvidarme, que estaba seguro de que lo conseguiríamos. Que tenía que pensar en venir a Europa. Que teníamos un futuro, un futuro común. Que teníamos que irnos a Berlín mañana mismo.

Y yo le creí sin reservas.

Cogidos de la mano, a la mañana siguiente fuimos a la estación. Cogidos de la mano compramos los billetes. Cogidos de la mano subimos al tren. Como nuestro compartimento estaba lleno, le pedí que esperase mientras buscaba uno vacío. Se quedó sentado. Cuando volví, ya no estaba. El tren continuaba parado. Creí que había ido al baño, pero entonces me di cuenta de que también faltaba su maleta. No quise pensar mal. Quizá temía que se la robaran, o había ido al baño a afeitarse, pensé. Por la mañana no había tenido tiempo, y se había quejado de ello. Me obligué a sentarme. El tren iba a partir. Miré el reloj, observé el asiento vacío frente a mí. No me atreví a preguntar por él a los otros viajeros, porque ya conocía la respuesta y no quería confirmación.

Cuando el tren se puso lentamente en marcha, salté de mi asiento y corrí a la puerta. Quise salir, pero era demasiado tarde, ya no podía bajar, así que no me quedó más remedio que despedirme de él por la ventanilla, mientras el tren se iba y él, con el cuello del impermeable subido, sin levantar la mirada del suelo, caminaba apresurado por el andén, como si huyera de algo. Sin decir palabra, con un profundo horror y con la certeza de que algo aplastantemente definitivo se posaba en mis miembros, vi cómo desaparecía entre la multitud.

Ignorando el consejo de mi profesora, terminé mis estudios en el tiempo previsto. No tenía intención de apresurarme, porque no había nada hacia lo que encaminarme. Y aunque a lo largo de los meses me habló una y otra vez del puesto de ayudante, rechacé esa oferta y evité el tema. En cambio, ahora jugaba al póker con regularidad y enviaba dinero a Georgia. Cuando mi madre me preguntaba cómo es que tenía tanto dinero si era estudiante, le contaba algo acerca de una beca generosa. No sé si me creía. O si de verdad le importaba. Porque, la mayor parte de las veces que hablábamos por teléfono, hablaba de Dios, Jesús y la Iglesia y, cuando no mencionaba esa Trinidad, entonces solo lo hacía de Anastasia, que ya se llamaba Brilka y, según todos los indicios, no se dejaba educar para ser una niña piadosa y temerosa de Dios tan fácilmente como Elene deseaba.

Trabajaba en el taller y, cuando todo era demasiado para mí, cuando me hartaba de la ciudad y de la vida cotidiana, me subía a mi coche y recorría

toda Europa. En ocasiones con Severin, a veces sin él. Solo di un gran rodeo en torno a Viena. Unía esa ciudad a sueños ajenos.

Mi profesora, que estaba como loca conmigo, insistía en que después de graduarme tenía que escribir una tesis, y me presentó a uno de sus colegas, especialista en Europa del Este, que había recibido financiación para un proyecto de investigación sobre la Guerra Fría y buscaba una ayudante *capaz*, me dijo con una sonrisa satisfecha. El especialista en Europa del Este resultó ser un caballero encantador, elocuente y rápido de mente, que me abrumó con innumerables preguntas y ya había leído mi trabajo de fin de grado. Durante los años anteriores, yo había tratado de mantenerme lo más lejos posible de la Europa Oriental. Básicamente me repelía verme ahora obligada a ocuparme de nuevo de ella pero, como no tenía verdadera alternativa, como no sabía qué hacer con mi futuro, me declaré dispuesta. Así que desde ese momento era una ayudante personal, y podía escribir mi tesis como parte de un proyecto de investigación, al final del cual se incluiría en una extensa publicación en forma de libro.

Seguía corriendo. No paraba. No cogía aire.

Cuatro años después de mi llegada a Berlín, Elene me llamó y me dijo que Stasia había muerto. Saqué la vieja maleta que tenía debajo de la cama, cubierta de polvo, y encontré el recetario que Stasia me había dado en herencia, leí las recetas pero, sobre todo, traté de memorizar la mezcla de ingredientes del chocolate caliente. Por la mañana, compré todo lo necesario e hice el chocolate caliente de mi tatarabuelo.

Mientras me tomaba mecánicamente, a cucharadas, el oscuro líquido, lloré a mi gran contadora de historias, mi bisabuela, que veía fantasmas y los mezcló en mis sueños. Y, junto con ella, lloré el hecho de que ya no sabría el final de tantas historias, que aún no había entendido la relación entre tantos acontecimientos y que ella nunca más podría ayudarme a comprender.

Recuerdo aquel sueño con tanta precisión como si hubiera ocurrido en realidad. Me acuerdo con total exactitud de su rostro, que solo se distinguía imperceptiblemente del que había encontrado de niña entre las viejas fotos del armario del salón. Soñé con ese hombre que había ayudado a Kitty

Dzhashi a cruzar la frontera y había sido amigo de Kostia. En el sueño no recordé su nombre, pero sabía que había visto una foto suya en la Casa Verde, en la que estaba junto a mi abuelo con uniforme de marinero y sonreía al objetivo. En mi sueño, venía a visitarme a Berlín y me traía un ramo de violetas, hermosas violetas de color azul oscuro, como las del jardín de mi infancia. Y me sonreía. En mi sueño era tan joven como en la foto de San Petersburgo. Le invitaba a mi casa, tomábamos té, y luego él me enseñaba una maleta, pero yo ya no supe lo que había en aquella maleta, porque me desperté.

Tres días después, ya no aguanté más y llamé a casa. No fue tan fácil hacer que mi madre se acordara del tipo de quien le estaba hablando, ya que no conocía su nombre. Solo sabía que entonces había acompañado a Kitty a Tiflis, y sabía también que había sido el que había dado a mi abuelo la noticia de la muerte de su hermana.

—Te refieres a Guiorgui Alania. ¿Qué te ha hecho pensar en él?

—Yo tampoco lo sé. No he podido evitarlo. ¿Sabes dónde está, si aún vive? Y, si es que sí, ¿sabes dónde podría encontrarle?

—¿Qué quieres de él?

—Es por mi tesis. Investigo acerca de los presos soviéticos, y he pensado...

Era la primera vez que no mentía a mi madre.

—No tengo ni idea de qué habrá sido de él. Pero era el mejor amigo de Kostia, sí.

—¿Se te ocurre a quién podría preguntarle?

—Aún quedan colegas de Kostia que tendrían que acordarse de él.

De hecho, mi madre me consiguió pocos días después el número de teléfono de un antiguo colega de Kostia y, al oír su nombre y luego su voz, supe rápidamente de quién se trataba. Era el padre de Rusa, que entonces nos había agasajado en Batumi con tanta hospitalidad sin sospechar que su amigo tenía una relación con su hija.

—Ah, hoy en día estudiáis cosas tan deprimentes, seguro que tu abuelo estaría orgulloso de ti —dijo, después de escucharme—. ¿Sabes quién es? —le gritó de pronto a alguien—. La nieta de Kostia Dzhashi, que vive en Alemania. Aquella niña prodigio, ¿te acuerdas?

Entonces oí pasos al fondo, y de pronto una voz de mujer al aparato.

—¿Niza?

La reconocí enseguida. Aquella voz suave, envolvente, no había cambiado.

—¿Rusa?

Traté de imaginar su rostro. El fino rostro de entonces, antes de hallarla en el cuarto de baño. El rostro antes de encontrarla en la nieve. El rostro de una mujer despreocupada, enamorada, que sencillamente quería demasiado, y jugaba de maravilla al backgammon. Fue muy amable, quiso saber mucho sobre mí, me contó que trabajaba como abogada, estaba casada y tenía dos hijos. Yo estaba un poco abrumada por tanta sinceridad y cordialidad. Parecía no tener nada en común con aquella mujer en traje de esquiar rojo de Bakuriani. Antes de devolver el teléfono a su padre, murmuró en voz baja en el auricular:

—Siento mucho lo de Kostia. Tenía tanto miedo de ir a su entierro, simplemente no pude. Quería mantenerlo vivo en mi memoria.

—Sí, entiendo.

—¿Niza?

—¿Sí?

—Gracias.

No dije nada más.

Naturalmente que se podía salvar a alguien. Solo que no lo había conseguido con mi hermana. No lo había logrado con las personas a las que amaba. Ni conmigo misma. Por lo menos con ella me había salido bien, pensé en ese momento. Por lo menos con ella.

El padre de Rusa me contó que Alania vivía en Londres desde hacía más de diez años. Se había trasladado allí cuando empezó la perestroika, desde entonces no había vuelto a saber nada de él, y por eso tampoco tenía sus datos de contacto. Di las gracias y colgué, con la intención de abandonar en el acto aquella ingenua idea y volver a dedicarme a mis libros. Pero al día siguiente me llamó Rusa, había querido hacerme un favor y no había dejado en paz a su padre hasta que había llamado a alguien en Moscú que conocía a alguien que... etcétera, etcétera, hasta que finalmente había conseguido una dirección postal inglesa. La anoté y le di las gracias. Un lugar con el poético nombre de Seven Sisters.

Volé a Londres, cogí el tren a Eastbourne. Hice que un taxi me llevara hasta la dirección indicada. Era un hermoso *cottage*, un poco apartado, con un bonito jardín de rosas rodeado por árboles de saúco. Nadie abrió. Hasta ese instante no había dudado de mi proyecto. Confusa, me senté en un

banquito de madera, encendí un cigarrillo y me dejé envolver por los lejanos rumores del mar. Consideré la posibilidad de buscar una habitación en la zona y subirme al tren de vuelta a Londres al día siguiente. Me enfadó mi ingenuidad: ¿cómo había podido esperar que aquel desconocido me recibiese sentado en un balancín, envuelto en una manta de lana y fumando en pipa, y me contase historias de su pasado? ¿Por qué había venido? ¿Tenía realmente mi visita algo que ver con el trabajo de investigación, o más bien buscaba respuestas para mí, esas que fingía no necesitar? Ya había fumado el tercer cigarrillo y me había maldecido por tener que regresar, en medio de esa oscuridad ventosa, por aquella tierra de nadie, cuando oí pasos.

En el senderito sin asfaltar que llevaba al *cottage*, distinguí una silueta masculina con bastón y una linterna. Me puse en pie de un brinco y caminé, dubitativa, hacia él. Le dije que formaba parte de un proyecto de investigación sobre la historia de la Unión Soviética y necesitaba información. Solo cuando ya había pronunciado las frases me di cuenta de que las había dicho en georgiano.

Alumbró con la linterna hacia mí. Primero se detuvo, luego siguió avanzando en mi dirección. Cuando me iluminó el rostro con la linterna, tuve que guiñar los ojos, pero a pesar de la luz estridente supe que lo había encontrado. Me sentí desbordada por una insospechada euforia.

Caminaba encorvado, al parecer le costaba trabajo andar, y se apoyaba constantemente en su bastón. Pasó de largo ante mí sin decir una sola palabra, abrió la puerta y desapareció, cerrando de un portazo en mis narices. Yo me quedé atrás, sobresaltada, empecé a llamar con cautela, a explicarle otra vez mi deseo en el tono más amable posible. Pero no reaccionó a mis llamadas. Estaba furiosa, ya iba a marcharme, pero entonces me detuve y grité, con la puerta por medio:

—Soy la nieta de Kostia. Estoy aquí por Kostia. Por él y por Kitty. Y estoy aquí por usted. Estoy aquí por mi bisabuela y por mi abuela, y estoy aquí por mi hermana, y...

Oía martillar mi corazón. Tenía miedo. Tenía tanto miedo a su rechazo como a lo que pudiera decirme. Solo me di cuenta de que temblaba de pies a cabeza cuando él abrió la puerta con cuidado y encendió la luz. Cuando estuve delante de él, pasó las manos saturadas de manchas de vejez por mis mejillas, me cogió el rostro y me miró largamente con los ojos muy abiertos:

—¿Tú eres la *niña* de Kostia? —preguntó en georgiano.

—Creo que me confunde con mi hermana. Yo soy la pequeña. Mi hermana... ha muerto.

Me soltó la cara y retrocedió un poco.

—¿La chica guapa?

—Sí, la chica guapa.

—Oh, Dios mío. ¿Por qué, qué ha sucedido?

Me invitó a entrar.

Estuve cuatro días en Seven Sisters. Aquel hombre viejo y frágil fue la primera persona con la que pude hablar, por primera vez desde mi partida de Tiflis, de lo que había dejado atrás. Me convenció de que me quedara en su casa, y acepté su oferta cuando supe que aquella casa había pertenecido antes a mi tía abuela. Y respondió de buen grado a mis preguntas. A cambio de una historia mía, me daba una suya. Historias relativas a las muchas fotos que adornaban la mayoría de las paredes de la casa. A la foto de una mujer, para mí desconocida, que había sido mi tía abuela.

Todos los días venía a verle un enfermero pelirrojo que le ayudaba en sus asuntos cotidianos y le administraba sus medicamentos.

—¿Qué tiene usted? —le pregunté.

—Mejor pregúntame qué no tengo —me respondió.

Comimos sopa de patata, me enseñó la bahía en la que Kitty Dzhashi se había quitado la vida. Él se quedó en lo alto del acantilado, porque le dolían las piernas. Bajé sola el empinado sendero que llevaba a la playa, en busca de sus últimas huellas, pero tan solo encontré el mar.

Me contó cosas de personas a las que yo creía conocer, y a las que después de aquellos relatos no podía afirmar que lo hiciera. Se abrió a mí como un libro, y pude leer en él. Me hizo un flan, con manos temblorosas y ojos velados.

—Dijo usted que había venido aquí por su abuelo y por Kitty. Por su bisabuela y por su abuela. Y para hacerme preguntas. Pero no dijo: estoy aquí por mí. ¿Por qué?

Su pregunta me asombró. No supe qué responder, pero él me brindó una sonrisa que fue como un abrazo. Quizá todo tuviera por fin un sentido, tal vez me acercara a algo. Pero el miedo no desaparecía, se hacía más grande a cada historia. En mi cabeza se reunían todos los fantasmas, y él seguía tejiendo el

tapiz delante de mis ojos. Y yo le miraba, todavía incapaz de descubrir mi hilo en medio de aquel enmarañado dibujo.

Bajé a la playa áspera y rocosa. Me senté en la arena mojada. Dejé que el viento azotara mi rostro. Me tendí hacia el mar. Me dejé caer.

Por supuesto que Stasia tenía razón: por supuesto que aún estaban allí. Y se quedarían. Grité. No quería tener que seguir acechándolos a través de los tiempos. No quería seguir persiguiéndolos. No quería fantasmas que jugaran a las cartas en mi jardín, y sin embargo estaba sentada allí con Alania, devorada por todas aquellas frases y todos esos acontecimientos, por todas esas historias que, en sus palabras, granizaban sobre mí con increíble furia, mucho más claras que las de Stasia, y me enterraban bajo su peso.

Las historias de Stasia siempre habían tenido para mí algo mágico, eran fábulas y leyendas de otro mundo; lo que Alania me contaba eran hechos, realidades, tan reales y tan brutales.

Yo había querido tener una vida. Mi vida. Había querido tener un pasado que fuera de provecho, por ejemplo, para contar anécdotas vespertinas, algo sentimentales, cuando estaba con mis amigos de Berlín, o al menos para unas pocas horas de terapia en busca de soluciones. Sí, me hubiera gustado tener una vida así. ¿No había cruzado la frontera por eso, del Este al Oeste, del entonces al ahora?

Me enterré en la arena mojada. No había venido hasta el mar para que me recordase todo lo que no había ocurrido en mi vida. No, quería saber lo que aún era posible. Y allí, con la mirada dirigida a la lejanía del mar gris, entendí que ya había demasiadas historias dentro de mí, que me tapaban la visión de lo que tenía delante, y que la tentación de mirar, como Orfeo, solamente hacia atrás era demasiado grande.

Subí por el empinado sendero hasta el acantilado. Le pedí que siguiera contando. Le imploré que solo respondiera a las preguntas que eran importantes para el trabajo de investigación. Ni una palabra personal más. Ni un nombre que conociera, nada con parentesco de sangre..., por favor.

Me miró con aire inquisitivo, sirvió limonada de saúco. Puso un disco en un viejo tocadiscos. Cerró los ojos.

—Esa voz, esa voz. Se queda. Para siempre —dijo—. Sí, pregúnteme. Pregúnteme con toda tranquilidad lo que quiera saber. Pero viaje a Londres. Hágalo pronto. Busque a Amy. Se ha pasado años tratando de encontrar a alguien de su familia. Entonces, cuando aún tenía fuerzas, todavía existía el

telón de acero y nadie podía atravesarlo. Y luego yo me quité de en medio, después de mi traslado no quería dar ni un solo paso atrás... Vaya a visitarla.

—No sé hasta qué punto eso puede ser relevante.

—Sabe, es realmente fascinante... —continuó él, como si no me hubiera oído—. Sabía que algún día vendría alguien, que alguien vendría a buscar *todo esto*.

—De verdad que solo quiero hacer mi trabajo. Nada más.

—No debe separar su historia de la general, no debe intentar amputarse de sí misma. Da igual lo que haga con todo esto, no debería hacerlo de ese modo.

—Es para una investigación científica, no para una novela de amor.

—Vaya a Londres. O vaya a Viena. Fred Lieblich, hable con Fred Lieblich, puedo darle la dirección. Quién sabe cuánto tiempo seguirán visibles todas esas huellas.

Ya no respondí nada.

No fui a Londres, y tampoco a Viena.

Y tampoco regresé.

No escribí.

Ni una sola línea.

Me prohibí pensar en palabras que pudieran tener un sentido, un sentido que fuera más allá de las banalidades cotidianas, palabras que describieran más de lo que yo estaba dispuesta a recordar. Me prohibí emplear más palabras de las imprescindibles para sobrellevar mi vida diaria. Me prohibí crear frases propias, dar una forma autónoma a mis pensamientos. En realidad, me prohibí cualquier pensamiento.

No terminé mi tesis. Me negué. No quería tener capacidades que fueran más allá de lo necesario para las funciones cotidianas. Para el monótono trabajo en mis investigaciones, para la vida de otras personas, para las horas en el taller y para jugar a las cartas. Investigaba proforma y elaboraba documentos para el director del proyecto, que me exhortaba constantemente a hacer de una vez algo con el material que tenía. En la colaboración me mostraba terca, poco comprensiva, pero él no me echó.

La anunciada publicación apareció en 2002, y fue objeto de mucha controversia. Aunque fui colaboradora en el proyecto, me mantuve al margen

y di al especialista en Europa del Este una áspera negativa cuando me pidió que le acompañara como ayudante a sus conferencias. El proyecto había terminado, y esperaba haber escapado a esa obligación, pero me recomendaron como profesora al Instituto Otto-Suhr de Ciencias Políticas, que me ofreció un puesto de profesora invitada que en ese momento acepté porque nos habían sorprendido jugando al póker en la trastienda de un restaurante y solo pudimos evitar la denuncia pagando una tremenda indemnización.

Quería seguir enviando dinero a Georgia, y además había que pagar a Severin y mi divorcio, y como Gerrit estaba a punto de mudarse a casa de Severin, tenía que buscarme una casa propia. Acepté dar clases sobre la Guerra Fría. Me aprendí de memoria frases ajenas, tesis y experiencias ajenas, y las soltaba diariamente en el aula. Contaba todos los días con que las quejas de los estudiantes sobre mi incapacidad, o al menos mi falta de ganas de aportar algo, llegarían al decanato. Pero no reclamaron, me aceptaron, igual que yo consentía todo lo que hacía que mi vida se pareciera a un obtuso avanzar. Un camino hacia ninguna parte.

Encontré una vivienda antigua restaurada en la Motzstrasse, y después de una alegre y húmeda fiesta de despedida en nuestra vieja casa me mudé y dejé campo libre a la felicidad, largamente anhelada, de Severin. Me citaba de vez en cuando con hombres que solían tener mujer o novia y no querían cambiar nada en eso. Seguí recorriendo Europa, con la esperanza de llegar a alguna parte. No leía periódicos, no veía la televisión, tan solo empleaba internet para escribir correos y para mantener el contacto con la universidad. Ya no me interesaba por el mundo, ni por su parte occidental ni por la oriental.

Hablaba por teléfono con mi madre y Aleko, y oía crecer a Brilka al fondo. Brilka era demasiado caprichosa, demasiado parca, como para poder hablar con ella por teléfono. Se me quitaba de encima y rápidamente le pasaba el teléfono a los adultos.

Recibía postales de Inglaterra, con una caligrafía difícilmente legible. Cuando las respondía, si es que lo hacía, era de manera muy cortés y distante, no aceptaba sus ruegos y peticiones, que me parecían impertinentes.

Había encontrado la paz, el dorado centro de mi existencia, más oxidado que dorado, pero no me importaba, y seguía manteniendo la vista fija hacia delante, porque con el paso del tiempo ya no me costaba tanto trabajo.

En dos ocasiones, Elene y Aleko vinieron de visita a Berlín, y fingí ser la hija sin complicaciones. Ninguna de las dos veces trajeron a Brilka, que se quedó con los padres de Lasha. Me contaron que se había convertido en una entusiasta del ballet, y yo pensé en Stasia, en que Stasia —dondequiera que estuviese—, estaría velando sus pasos, satisfecha y, a la vez, severa.

En una ocasión en que Severin, Gerrit y yo estábamos juntos en una taberna mirando el televisor colgado encima de la barra, vimos que las fuerzas de seguridad arrancaban a Shevardnadze de la tribuna de oradores y un hombre alto con una rosa en la mano se lanzaba hacia delante, seguido por una multitud enfervorizada, y anunciaba su derrocamiento, una nueva revolución y una nueva era en Georgia. Reconocí el edificio del Parlamento, vi mi antiguo colegio, la avenida Rustaveli. Pero aquellos lugares me parecían tan lejanos, tan alejados de mí, que me costaba trabajo ponerlos en conexión conmigo, mientras Severin festejaba al nuevo y joven revolucionario y probable futuro presidente. Parecía, como todo Occidente, alegrarse con el pueblo de Georgia, que esperaba una vida mejor, el fin de la corrupción, la apertura hacia el Oeste, hacia una supuesta democracia.

Severin me miró con curiosidad, quería ver mi alegría, pero yo ya había apartado la mirada y tan solo murmuraba en voz baja que era el tercer mesías georgiano desde 1989 y ninguno de los anteriores había sido capaz de cumplir su misión. Al menos, yo no tenía ningún interés en un nuevo redentor.

—Es mejor que pidas otra cerveza. Dentro de como mucho cuatro años sabremos quién de nosotros tenía razón —me limité a decir.

También Gerrit estaba entusiasmado con las imágenes de la revolución pacífica y la simbólica rosa, y me calificó de fatalista:

—Aquí nadie sale entre la multitud para quejarse de algo. Aquí nadie mueve el culo. ¿Es que a todos les va bien? ¡Entre vosotros aún es posible algo, alégrate, a la gente de allí no le es indiferente su país y su futuro! ¡Algo es algo!

Miraba con extraña nostalgia las imágenes del televisor. Y a mí me volvió a sorprender el anhelo del caos que había en Occidente.

*Con la mano extendida, con mi bufanda grito por la ventana
entreabierta:*

Eh, chicos, decidme: ¿en qué siglo estamos?

BORÍS PASTERNAK

2006

En el mismo instante en que Aman Baron me confesó que me amaba con una gravedad desgarradora, con una levedad insoportable, con un amor ruidoso hasta el grito y silencioso hasta la mudez —con un amor un tanto enfermizo, débil, desilusionado y esforzadamente duro—, mi sobrina Brilka, que tenía doce años, dejó su hotel de Ámsterdam rumbo a la estación. Tan solo llevaba consigo una pequeña bolsa de deporte, muy poco dinero en metálico y un sándwich de bonito en la mano. Quería ir a Viena, y se compró un billete barato de fin de semana, que servía para trenes regionales. Había dejado en la recepción una nota manuscrita en la que decía que no tenía intención de volver a la patria con el grupo de danza, y que era inútil que la buscáramos.

Justo en ese momento yo encendí un cigarrillo y sufrí un ataque de tos, en parte porque lo que estaba oyendo me sobrepasaba, en parte por el humo, con el que me había atragantado. Aman, al que yo misma nunca llamaba «el barón», vino enseguida hacia mí, me golpeó la espalda con tanta fuerza que me quedé sin aire, y me miró perplejo. Advertí la decepción en su rostro... Según confesó, no esperaba esa reacción. Sobre todo, después de haberme ofrecido ir con él a la gira que iba a emprender dentro de dos semanas. Aman era músico de jazz. Tocaba todos los instrumentos que yo conocía y los que no conocía, pero sobre todo el saxofón. Tenía el pelo negro y rizado, la nariz torcida y unos ojos acuosos, increíblemente tristes. Era alto, torpe y andaba perdido. Y tenía veintisiete años.

Fuera empezaba a llover ligeramente, era junio, una tarde cálida de nubes ingravidas, que adornaban el cielo como pequeños copos de algodón. Cuando superé el ataque de tos y Brilka hubo subido al primer tren de su odisea, abrí la puerta del balcón y me dejé caer en el sofá. Tenía la sensación de estar

ahogándome.

Me cubrí el rostro con las manos y me froté los ojos, traté de evitar las miradas de Aman mientras pude. Sabía que tendría que volver a llorar, pero no entonces, no en ese momento en el que Brilka veía pasar por la ventanilla del tren la *vieja, nueva Europa* y, por primera vez desde su llegada al continente, sonreía con indiferencia. No sé qué fue lo que vio, al dejar la ciudad con sus diminutos puentes, que le hizo sonreír, pero eso ya no es importante. Lo principal es que sonrió.

Tendría que llorar, pensé justo en ese instante. Para no hacerlo, me volví, me fui al dormitorio y me acosté. No tuve que esperar mucho tiempo a Aman, es fácil curar una pena como la suya cuando se ofrece la curación por el cuerpo..., sobre todo cuando el enfermo tiene veintisiete años.

Me desperté a mí misma de mi sueño de bella durmiente.

Y mientras Aman apoyaba la cabeza en mi vientre, mi sobrina de doce años abandonaba los Países Bajos y cruzaba, en su compartimento apestoso a cerveza de lata y soledad, la frontera alemana. Mientras, a muchos cientos de kilómetros de distancia, su tía, que nada sospechaba, fingía amor con una sombra de veintisiete años, Brilka cruzaba Alemania con la esperanza de avanzar.

Conocí a Aman en un pequeño local cerca de mi casa. Actuaba allí con su banda, un trío llamado Los Barones. Tocaba su propia versión del «Cry Me a River» en un bucle beodo, y me di cuenta de que, por primera vez desde hacía una eternidad, sentía que su forma de tocar se apoderaba de mí y ya no me soltaba. Tanto que, cuando terminó, tuve que acercarme a él y hablarle, tuve que preguntarle dónde iba a actuar la próxima vez. Era simpático, estaba ligeramente achispado y parlanchín. El local estaba medio vacío, y la mayoría de la gente había desaparecido bastante deprisa después del concierto; parecíamos ser los únicos que quedábamos. Hubo una larga conversación, y como los miembros de su banda también se habían ido y, al final de la charla, andaba tan borracho que no sabía dónde estaba, decidí llevarlo conmigo. Así terminó en mi sofá. A la mañana siguiente se había ido sin decir palabra, para volver a llamar a mi puerta cuatro días después, a las dos de la mañana. Le dejé pasar, no hice preguntas y volví a darle una manta y una almohada. Así seguimos algunas semanas. Venía, dormía, desaparecía por la mañana

temprano.

Una noche de febrero —yo ya había declarado sus visitas como una especie de normalidad para mí, y simplemente dejaba el sofá abierto— vino, de forma excepcional, sobrio, se sentó en el sofá y me preguntó si podía tomar un té. Le hice un té. Luego se fue a dormir, pero no pasó mucho tiempo antes de que la música del saxofón me despertara, y fui al salón vestida con mi viejo camisón. Estaba allí sentado y tocaba ensimismado. Le miré y quise llorar, pero me había olvidado de cómo se hacía, así que me limité a quedarme allí de pie. En algún momento me miró, nos miramos largamente y admitimos que los dos estábamos perdidos. Fue un momento de mucha sinceridad. Un momento que nos desbordó a ambos.

Luego volví a meterme en la cama, y él siguió tocando. En algún instante enmudeció, y esperé que empezara de nuevo. Le oí ducharse, le oí en la cocina mientras cogía algo de la nevera, y de pronto estaba desnudo ante mí. Yo lo miraba sin poder apartar la vista. Se tumbó a mi lado y dijo que le recordaba a alguien, y que eso le ponía terriblemente triste, infinitamente triste, oh, Dios, qué triste, triste para mal, y mientras no dejaba de hablar de su pena me abrazó, y yo, que, aún un poco sin habla, seguía escuchando su melodía en su oído, al final cedí y abrí los brazos.

En la cama, me contó su historia. Contó que su madre vivía en Israel, que su padre los había abandonado cuando él tenía tres años y que había roto el contacto con ellos, contó que había dejado el colegio y aprobado, a los diecisiete años, el examen de ingreso en la escuela de música y luego también la había dejado, que por el momento no tenía casa, que hacía años que no lograba enamorarse. Etcétera, etcétera.

Y al día siguiente había vuelto a desaparecer. Me desperté y, simplemente, se había ido. Pero me pareció bien. Lo mejor de él era que no esperaba nada. Que iba y venía. Que no exigía nada. Que estaba satisfecho con un té, un whisky, un caldo de pollo. Que era libre. Libre de deseos.

Las cosas siguieron así algo menos de un año. Nunca salíamos, nunca íbamos al cine, no hacíamos nada de lo que hace la gente que se quiere. No hablábamos de nada, no hacíamos planes. A veces llegaba a casa y él estaba sentado en la escalera. Nunca supe lo que hacía las noches que no estaba en mi casa, ni él tampoco lo supo de mí.

Una vez que Aman se quedó dormido, me levanté, fui al baño, me senté al borde de la bañera y me eché a llorar. Con lágrimas seculares lloré el engaño del amor, la nostalgia de la fe en las palabras, que antaño tanto habían marcado mi vida. Fui a la cocina, fumé un cigarrillo y dejé vagar la mirada más allá de la ventana. Había parado de llover, y por alguna razón yo sabía que pasaba algo, que algo se había puesto en marcha, algo fuera de la casa de techos altos y libros abandonados. Con esas lámparas que había coleccionado con tanto empeño como sucedáneo del cielo, como ilusión de la verdadera luz. La iluminación de mi propio túnel. Pero el túnel seguía, las luces tan solo me habían proporcionado un consuelo breve, pasajero.

La noche siguiente me llamó mi madre, que siempre amenazaba con morirse si yo no regresaba pronto. Me dijo con voz temblorosa que «la niña» había desaparecido. Pasó un rato hasta que comprendí de qué niña me hablaba y qué tenía que ver conmigo todo aquello.

—A ver, otra vez, ¿dónde estaba ella exactamente?

—En Ámsterdam, ¿qué te pasa? ¿Es que no me oyes? Se largó ayer, dejó una nota. Me llamó la directora de su grupo. Han puesto todo patas arriba y...

—Espera, espera, espera. ¿Cómo puede una niña de once años desaparecer de un hotel, sobre todo si...?

—Tiene doce. Cumplió doce en noviembre. Naturalmente, lo has olvidado. Me habría sorprendido que no lo hicieras.

Di una profunda calada a mi cigarrillo, me preparé para la desgracia que se me venía encima. Porque, a juzgar por la voz de mi madre, no me iba a librar tan deprisa del asunto, y tampoco podría desaparecer, mi ocupación predilecta en los últimos años de mi vida. Me preparé para los inevitables reproches, encaminados todos ellos a hacerme ver la clase de mala hija y persona fracasada que era. Cosas que sabía demasiado bien incluso sin ayuda de mi madre.

—Irás a buscarla y la meterás en un avión.

Esa misma noche la encontraron en una pequeña ciudad de Austria, cerca de Viena, donde estaba esperando para hacer un trasbordo y donde la policía austríaca la detuvo y la llevó a comisaría.

Aman me miró con los ojos muy abiertos cuando me vestí apresuradamente, sin entender nada. Quizá nunca había entendido nada.

—¿Cómo que una sobrina, y dónde está Mödling?

—Voy a coger el avión para Viena a las seis. Y la voy a traer aquí. Cogeré el vuelo de vuelta a las cuatro de la tarde y estaré aquí por la noche. Pasado mañana la meteré en un avión para Tiflis y podremos seguir hablando tranquilamente, ¿vale?

—Yo podría ir contigo, podría...

—No. Tengo que arreglar esto sola, por favor, no te enfades, de verdad que no es nada tan importante. No es más que una adolescente que se ha largado de casa. Tengo que hacer que vuelva a entrar en razón.

A mediodía ya estaba en la pequeña estación de la ciudad austríaca de provincias. Ella estaba sentada allí, con un policía y un trabajador de los ferrocarriles, en un vestíbulo vacío. Firmé algún papel, me disculpé varias veces por lo ocurrido y tomé a mi sobrina bajo mi tutela.

No había visto ninguna foto reciente de ella, y me asombró lo mucho que había crecido. No se parecía a ninguna de nosotras. Llevaba el pelo cortado a cepillo y unas gafas estilo John Lennon, una camisa de leñador que le venía demasiado grande y unos vaqueros raídos. Lo único que enseguida reconocí en ella fueron los ojos negrísimo, que seguían siendo iguales que el día en que nació. Tenía unas largas y espesas pestañas, el cutis muy claro, que me recordó a Daria, y las mejillas sonrosadas. La expresión de su rostro era muy concentrada y seria, como si nunca hubiera sonreído en su vida. Tan solo los hombros caídos, el torpe lenguaje corporal y la inquietud en los miembros revelaban su edad.

—¿Qué hacemos ahora? —me preguntó cuando salimos de la estación y encendí un cigarrillo.

—¿A ti qué te parece? Si no te meto pronto en un avión y te mando a casa, tu abuela me matará.

—No voy a subirme a un avión. Tengo miedo a volar.

—¿Cómo viniste a Ámsterdam? ¿A caballo? —¡empezábamos bien!

—Solo puedo volar si al menos van conmigo tres personas que conozca.

—¿Qué tonterías estás diciendo?

—Es así. Si no me atengo a esa regla, el avión se caerá —dijo, como si

fuera un hecho indiscutible.

—¿Quieres tomarme el pelo? Porque entonces te estás equivocando conmigo. No me gusta que me tomen el pelo.

—Lo digo tal como es. Yo siempre me atengo a las reglas.

—Bien, pero tus reglas no son las mías, y como ahora soy responsable de ti hasta nuevo aviso, yo pongo las reglas.

—No quiero ir a casa —dijo, de repente en voz baja, apartando la mirada.

La miré perpleja. Tenía una determinada forma de hablar que me sacaba fácilmente de mis casillas. Empecé a sentirme desbordada, y me pregunté cómo iba a pasar con ella las horas siguientes.

—Primero volaremos a Berlín, y luego...

—Ya te he dicho que yo no vuelo. No si al menos no van conmigo tres personas que me conozcan.

—Y yo te he dicho que eso está fuera de discusión.

—Eres aún peor de lo que creía —me chilló, y me clavó una punzante mirada. Trazaba, con la punta de sus sucias zapatillas de deporte, círculos invisibles en el enlosado.

—Y tú eres una niña malcriada y agotadora, que en este momento me está atacando los nervios.

Se encogió de hombros y me volvió la espalda.

—Tengo hambre —anunció, y empezó a hurgar dentro de su mochila.

—Te darán todo lo que quieras cuando estés conmigo en el avión...

—No.

—No puedo ir contigo en tren a Berlín, eso dura una eternidad, y yo tengo... Tengo cosas que hacer.

—Ve en avión, yo iré detrás en tren. Si he logrado llegar hasta aquí sola, también lograré volver sola.

Decidí cambiar de táctica y actuar de manera un poco más empática. Le argumenté, traté de convencerla de las ventajas del avión, le prometí que estaría conmigo en Berlín dos o tres días, que le enseñaría la ciudad. Pero se mantuvo firme, me ofreció su peor cara y no quiso saber una sola palabra de volar. ¿Debía llamar a Elene y preguntarle cuál era la forma correcta de tratarla? Difícilmente podía arrastrarla al avión, era casi una cabeza más alta que yo.

La dejé sola un momento, me aparté un poco y saqué mi móvil, que apenas utilizaba y cuya batería parpadeaba permanentemente porque nunca pensaba

en cargarla. Llamé a mi madre.

—¿Esta niña de qué va? —me quejé—. Está loca. Se niega a subir a un avión. No tengo tiempo para satisfacer sus caprichos. Voy a pasarle el teléfono, y vas a dejarle claro que va a subir al avión y a venir conmigo a Berlín...

—Oh, Dios, por suerte la has encontrado —oí respirar aliviada a Elene—. Sí, puede ser muy terca, Niza. Tiene sus métodos, y...

—¿Métodos? ¿Cómo que métodos? No tengo tiempo para métodos. Tengo que trabajar. Tengo que volver a Berlín y, si no obedece enseguida, la ataré y...

—Ay, Niza, acuérdate de ti misma, ¿cómo crees que eras tú a su edad? Me ponías de los nervios. En cierto sentido se te parece mucho.

—No se me parece. ¡Es una malcriada! —increpé a Elene, pero, antes de que pudiera darme una respuesta, oí un pitido y mi móvil se apagó. Maldije y volví junto a ella.

Decidí engañarla. Al fin y al cabo, no se negaba a subir a un tren.

Fuimos a Viena.

En el tren, no paraba de morderse las uñas, se removía en su asiento, paseaba de un lado a otro por el pasillo; volvió a sentarse, sacó un gran bloc de notas y un viejo *walkman* de su mochila, se puso los auriculares y empezó a escribir algo en el cuaderno. Yo ni siquiera me tomé la molestia de iniciar una conversación. En vez de eso, mi cerebro trabajaba a toda marcha preguntándose con qué trucos iba a poder meterla en el avión. Una vez en Viena, busqué el primer local que había cerca de la estación y nos fuimos a comer. Allí me esperaba ya la primera sorpresa. Se mostró caprichosa, me explicó que solo tomaba la comida por colores y que determinados colores no estaban incluidos en su alimentación. Me mordí el labio inferior para no gritarle a la cara que cerrara la boca de una vez y comiera lo que le pusieran en el plato.

Cuando, más tarde, la metí en un taxi con el pretexto de que viéramos un poco la ciudad, rápidamente descubrió mi intención de ir al aeropuerto y gritó como si la estuvieran matando, nos chilló de tal modo al taxista y a mí que este paró al borde de la carretera. Ella salió de un salto y se fue corriendo, con pasos grandes y furiosos, inclinada bajo el peso de su gran mochila. Después de haber pagado el taxi, tuve que correr tras ella para no perderla, apaciguarla y prometerle por todo lo más sagrado que iríamos en tren.

El tren nocturno de Viena a Berlín no salía hasta las diez de la noche, así que teníamos que matar el tiempo durante unas horas. Nos sentamos en un café de la estación. Se tomó tres Fantas seguidas.

—Es una bebida de lo más sosa, ¿no quieres un zumo de verdad?

Respondió a mi propuesta con una sombría mirada. Acto seguido, decidí calmar mis nervios, dejarla en paz y, solo cuando la hubiera mandado a Tiflis, echarle a mi madre un sermón acerca de en qué estaba pensando cuando educó a esa cría.

Me compré algunas revistas y me sumergí en su lectura. Cuando levanté la vista, ya no estaba sentada a la mesa. Fui presa del pánico. El tren nocturno salía dentro de media hora. Busqué en medio de la multitud su desgarrada estatura, sus gafas redondas, sus hombros caídos. Grité su nombre y maldije lo que aquello significara.

Por fin, la encontré en el servicio de señoras. Estaba fuera de mí, le grité que cómo se le ocurría, que qué creía que estaba haciendo y que conmigo podía olvidarse de sus juegucitos. Me miró con indiferencia delante del lavabo, ignorando mi rabia por completo. Me planté junto a ella y la miré en el espejo.

—¿Qué es lo que te pasa, maldita sea? Te comportas de un modo imposible. ¿Qué se te había perdido aquí? ¿Qué buscas en Viena? ¿A qué viene todo esto, y por qué pones a prueba mis nervios?

Ella me miró un rato en el espejo, se lavó con toda tranquilidad las manos y dijo al pasar:

—Tienes un serio problema, ¿sabes?

En el tren nocturno, se metió con su *walkman* en la litera superior. Yo no pude evitar sonreír, porque hacía una eternidad que no veía a nadie con un *walkman*. Cada dos horas me despertaba para comprobar si ella seguía en su sitio.

Al llegar a Berlín, cogimos un taxi y fuimos a mi casa. Subió los escalones de dos en dos, también en eso parecía atenerse a reglas irracionales. Reprimí la pregunta de por qué lo hacía. Estaba demasiado cansada del viaje y demasiado revuelta para nuevas sorpresas.

Me alegré de no encontrar a Aman en el apartamento. Eso me ahorró explicaciones posteriores. Saqué de la nevera todo lo que tenía y le preparé un desayuno. Una vez más empezó a clasificar los alimentos. Esta vez me fijé un poco más: parecía adorar todo lo amarillo. Fanta. Yema de huevo.

Naranjas. A la inversa, rechazaba de plano el verde oscuro. Por lo visto el blanco era aceptable. El rojo no lo tocaba, así que el paquete de salami fue empujado hacia el borde de la mesa.

Viéndola comer, me esforcé en recordar todo lo que mi madre me había contado sobre ella. Le encantaba bailar. Odiaba que la llamaran Anastasia. No era especialmente buena en el colegio, pero le gustaba leer. Amaba los animales. Tenía alguna clase de alergia, pero ya no podía recordar a qué. Adoraba las películas de dibujos animados. Le gustaban los caballos. «¡Como a su madre!» No se llevaba bien con las chicas de su edad. Tenía miedo a los rayos y a los truenos. No sabía más de ella, tenía que admitir que no la conocía. Que no podía conectar entre sí aquellos hechos. Que no tenía acceso a su mundo interior. Éramos desconocidas la una para la otra, y parecía querer enfatizarlo con cada palabra que me dirigía, con cada mirada y cada gesto.

Pero ¿por qué Elene no me había contado nada de sus aparentemente múltiples neurosis y fobias? ¡Era casi para desesperarse!

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —le pregunté, después de que consiguiera pasar media hora completa sentada delante de mí, masticando y clasificando, sin depararme ninguna otra sorpresa desagradable.

Volvió a encogerse de hombros con indiferencia, y yo volví a sentir el deseo de sacudirla. Traté, siguiendo el consejo de mi madre, de acordarme de mí misma o de Daria a su edad, pero no se me ocurría nada comparable. ¡Aquello lo superaba con mucho!

—Encogiéndote de hombros no vamos a ir muy lejos. Tenemos que ponernos de acuerdo, y además tus abuelos te esperan y están preocupados por ti.

—¿Por qué? Tú eres su hija. Saben que estoy en buenas manos.

Cortó un pepino y le quitó minuciosamente la piel.

—¿Por qué haces eso?

—¿El qué?

—Eso que haces con la comida.

—Si mezclo verde y rojo, moriré —dijo, relajada.

—¿Cómo se te ocurre semejante cosa?

—¿Y por qué a ti no se te ha ocurrido venir a visitarnos ni una vez?

La pregunta me desarmó. No sabía qué responder a eso.

Fui al salón y abrí el sofá. Puse una toalla limpia en el baño y un cepillo de

dientes sin estrenar al borde del lavabo. Abrí la puerta del balcón y me senté con un cigarrillo junto a la mesita. Tenía que encontrar urgentemente una solución. La astucia y las falsas promesas no iban a funcionar. Se negaría a venir conmigo al aeropuerto y punto. Y en cuanto a acompañarla a Georgia, suponiendo que accediese a subirse a un avión conmigo, eso para mí quedaba descartado. En Berlín, el semestre todavía no había terminado, y luego aún tenía que hacer unas cuantas tareas para el especialista en Europa del Este, y en tercer lugar, y en cuarto, etcétera, etcétera. Hubiera querido taparme la cabeza con la manta y esperar a que las cosas se arreglaran por sí solas.

De pronto apareció en el balcón, descalza, y quejándose de que ni siquiera había un televisor en la casa.

—Hay ocupaciones mejores que pasar todo el tiempo delante de la caja tonta —le respondí, agotada.

—¿Como por ejemplo?

—Pasear. Leer. Pensar... O preguntarse cómo llevar a *madame* a casa.

—Ya te he dicho que no quiero ir a casa. Al menos ahora no.

—Ah, muy bien, ¿y qué quieres entonces?

—Tengo que ir a Viena.

—A Viena. Entiendo. ¿Y qué quiere *madame* hacer en Viena?

—Tengo que reunirme allí con alguien.

—¿Y con quién quieres reunirte en Viena, por el amor de Dios?

—Con una mujer. Tú no la conoces.

—Oye, Brilka... Por cierto, qué nombre tan raro, Brilka. ¿Por qué te haces llamar así? Tu nombre es mucho más bonito.

—Puedo llamarme como quiera. A ti es a quien menos le importa.

Por desgracia, en eso tenía razón. Durante doce años no me había interesado por ella, y reclamar ahora algún tipo de derecho habría sido ir demasiado lejos.

—Escucha, Brilka. Yo tengo aquí una vida, tengo mis obligaciones. He recibido instrucciones de tu abuela para llevarte a Georgia lo más rápido posible. Como habrás observado, estoy un poco sorprendida por todo esto y, dicho sea de paso, no me viene especialmente bien. No puedo dejarlo todo plantado y subirme contigo a un avión. No vas a ir a Viena. Al menos ahora no, y tampoco voy a poder ocuparme de ti. Así que escoge una opción.

—No bastaría con que subieras conmigo al avión. Tiene que haber al menos tres personas que conozca. Ya te lo he explicado.

—Basta ya de esa cháchara idiota.

—¡No es ninguna cháchara!

Alzó de pronto la voz, luego me dio la espalda y se fue al salón.

Cuando salí del balcón, ya no estaba en la casa. Sus cosas seguían ahí, pero ella había desaparecido. Bajé, la busqué en mi calle, la busqué en las calles adyacentes, fui a la Nollendorfplatz, la busqué en la estación. Tenía los nervios destrozados. Retrocedí y volví a llamar a mi madre. La atacé, le reproché no haberla educado bien, y le exigí que hablara con ella y la obligara a acompañarme al aeropuerto.

—Se comporta como una demente. No sé qué voy a hacer con ella.

—Entonces esfuérzate un poco, Niza. Por desgracia no te puedo dar unas instrucciones de uso.

—Pero *deda*, no puedes hacerme esto. Habla con ella. ¡Haz algo! Tú la has educado, tienes que saber cómo tratarla.

—Quizá puedas convencerla de que regrese a Ámsterdam. Quizá lo acepte y vuelva con su grupo.

—No comprendo por qué le has permitido todo esto. ¡Con nosotras eras mucho más estricta!

—Vosotras teníais una madre.

La frase me hizo estremecer. Decidí no responder nada. Me aferré de manera febril a su propuesta de Ámsterdam, quizá fuese la solución. Pero ya empezaba a oscurecer, y seguía sin saber dónde estaba. Opté por volver a la calle pero, cuando me estaba poniendo los zapatos, llamaron al portal y ella subió las escaleras, como si no hubiera pasado nada, y entró en la casa. La oí gritar desde la cocina que tenía hambre.

Fui a protestar, a hacerla entrar en razón, pero me di cuenta de que mis energías ya no alcanzaban para tanto, y fui a la cocina. Como ya no había nada en la nevera, le propuse salir a comprar. De pronto, pareció ilusionada con esa idea —bastante banal—, e incluso me sonrió.

—¿Puedo escoger qué compramos? —preguntó entusiasmada, como si no se tratara de alimentos, sino de su carta a los Reyes Magos.

Me di por vencida.

Hacía un año que me había comprado un Citroën C8 azul turquesa, de 1969, con maravillosos asientos de cuero y doble carburador. Era mi mayor tesoro, y el año pasado incluso había corrido por él el riesgo de volver a participar en una timba anónima en Schöneberg para poder permitirme la

puesta a punto, no precisamente barata. Fui con ella hasta el coche. Si dábamos un par de vueltas, podíamos matar mejor el tiempo, y además era difícil que se me escapara del coche.

Pareció gustarle. Manoseó todas las palancas, y quiso tocar el volante. Pero lo que más pareció interesarle fue el viejo casete. Sin preguntar si me gustaba su música, sacó la cinta de su *walkman* y la puso. Eran canciones grabadas de la radio, de mala calidad, que se interrumpían de pronto o saltaban en determinados pasajes. Pero tuve que confesarme que tenía un gusto bastante definido y bastante bueno para su edad. Cuando iba a doblar hacia el aparcamiento del supermercado, murmuró que qué pena que hubiéramos llegado.

—Te gusta ir en coche, ¿eh?

—Sí.

Al menos teníamos algo en común.

—¿Quieres que sigamos?

—Sí.

Volví a pisar el acelerador. Ella bajó la ventanilla y tendió la mano al viento cálido. La miré con cautela. De pronto su rostro tenía algo juvenil, ingenuo, adolescente. Algo en su mirada me conmovió, y me avergonzó mi incapacidad para tratar con ella.

—¿Sigue el viejo cerezo en el jardín?

No sé por qué pensé precisamente en el cerezo, pero de pronto me vino a la cabeza una imagen de ella divirtiéndose en nuestro jardín, junto al cerezo, allá donde los fantasmas de Stasia jugaban a las cartas, y esa idea me gustó.

—Sí, aún está. Pero casi no tiene flores. Elene y Aleko no son muy buenos cuidando las plantas. Antes todo eso lo hacía Stasia.

—¿Te acuerdas de ella?

—Claro.

—Pero entonces aún eras muy pequeña.

—Fumaba cigarrillos sin filtro y hablaba con fantasmas. Llevaba botas verdes de goma y un pantalón con peto. Le temblaban las manos, y había querido ser una gran bailarina de ballet.

Brilka observaba las calles, los transeúntes, los coches que pasaban, y canturreaba sin parar, y cuando una canción le gustaba especialmente rebobinaba la cinta y la volvía a oír.

—¿Aún te acuerdas de eso?

—De todo —dijo, con seguridad, y una vez más no supe qué contestar. Algo en la manera en que lo dijo me dio la sensación de que tenía razón, aunque no supiera con exactitud qué implicaba ese *todo*. La certidumbre en su voz me hizo prestarle atención.

—¿De verdad te acuerdas de *todo*?

—Sí, pero no me acuerdo de ti —dijo, otra vez en un tono un tanto respondón.

—Bueno, no me sorprende. ¿No deberíamos volver? Quiero decir que los supermercados cierran pronto.

—No, mejor seguimos.

Vagamos sin rumbo. Hacia esa tibia noche de verano. Poco a poco, mi tensión cedió. Ya no me sentía tan abrumada ni tan acosada.

—¿Y tú? ¿De qué te acuerdas tú?

Brilka sacó la cabeza por la ventanilla y cerró los ojos.

—No me gusta mucho acordarme.

—¿Por qué no?

—Quizá porque no me hace gracia.

—A mí tampoco me hacen gracia muchas cosas, y aun así las hago.

Una vez más, me asombró con sus modales de vieja prematura. Por un instante, deseé que fuera una niña pequeña y mansa, que adorara las muñecas, llevara vestidos con lazos y colgara pósteres de ponis.

—¿Qué es, por ejemplo, lo que no te hace ninguna gracia? —pregunté.

—Bueno, que hayas venido a recogerme, por ejemplo. Sabía que Elene te llamaría, que vendrías y me recogerías. Pero esperaba llegar a Viena antes de que me encontraras. No me hace ninguna gracia ir al colegio, no me hace ninguna gracia ir a la iglesia con Elene, no me hace ninguna gracia tener que invitar a mi cumpleaños a algunos amigos para que Elene no se preocupe. Tampoco me hace gracia oír música estúpida. No me hace gracia hacer el papel de las mujeres en nuestro grupo de danza. No me hace gracia que cuando hago preguntas me contesten: eso fue hace mucho, a ti no te interesa.

—¿Ah, sí? ¿Y a qué preguntas te contestan así?

—A la mayoría.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo a si mi madre se suicidó o si se cayó de la terraza por accidente.

Por suerte en ese instante estábamos delante de un semáforo en rojo, de lo

contrario habría pisado el freno, presa del pánico.

—¿Cómo se te ocurre tal cosa? —le pregunté, mirando hacia delante—. Quiero decir, que quisiera matarse.

—Bueno, no es tan fácil caerse de la terraza del desván, ¿no?

—¿Te ha contado eso Elene? ¿Que se cayó de la terraza del desván?

—No, lo contaron en el colegio. Elene solo me dijo que había sido un accidente. Pero mi madre era la actriz más hermosa de toda Georgia, ¿lo sabías?

Su rostro se iluminó, e incluso su tono se suavizó cuando lo dijo.

—Fue un accidente. Ella no quería matarse.

Alguien tocó el claxon detrás de nosotros. Hacía mucho que el semáforo había cambiado a verde.

Más tarde, fuimos a un puesto de kebab, y esperé casi media hora hasta que empezó a comer, porque antes tuvo que separarlo todo limpiamente en el plato, clasificarlo y dividirlo por colores. La lombarda y la carne fueron de inmediato desplazadas a un plato aparte y dejadas a un lado.

Cuando por fin se quedó dormida en el sofá, me asomé al salón y contemplé su suave rostro. Solo mi hermana dormía de forma tan pacífica y feliz.

El sol trae luto.

La primavera resplandece.

Hemos perdido la vigilia para siempre.

BORÍS POPLAVSKI

No encontré a nadie de su grupo en Ámsterdam, todos se habían marchado ya. Cuando Brilka se metió a la ducha a la mañana siguiente, eché un vistazo a escondidas a su pasaporte; su visado de turista tenía validez para otras dos semanas.

Después del desayuno, para el que, como había supuesto, necesitó una eternidad, se sentó en el balcón con su bloc y su *walkman* y se puso a escribir.

Confié en ella, la dejé sola y regresé a mis clases. Aman no había vuelto a aparecer, y ni yo misma sabía si esa era una buena o una mala señal. Tenía que prepararse para la gira, no tendría tanto tiempo.

A primera hora de la tarde, la convencí para salir a pasear conmigo. Se dejó puestos los cascos y trotó tras de mí, más bien aburrida. A la noche siguiente me la llevé al cine. Parecía dominar el inglés de manera aceptable, vimos no sé qué película americana en versión original. Había buscado en internet otras posibilidades de hacerla llegar a casa sana y salva, pero dada la gran distancia, no podía considerar seriamente ninguna opción excepto un vuelo. Cuando le expliqué que su visado iba a expirar pronto y no podría quedarse en Alemania por más tiempo, volvió a encogerse de hombros y respondió, con la arrogancia acostumbrada, que yo era lo bastante lista como para que se me ocurriera algo.

En sus llamadas telefónicas, le hablaba a Elene, relajada y riendo sin parar, de mí y de Berlín, como si su estancia fuera una alegre semana de vacaciones. Le contaba sus descubrimientos y las cosas que hacía conmigo, con un entusiasmo que jamás mostraba frente a mí. En vez de eso, tomaba con una desenfadada indiferencia todo lo que yo le proponía, mostraba o contaba, como si no hubiera ya nada en el mundo que pudiera impresionarla.

—No puedes quedarte aquí eternamente. Tienes que regresar, o al colegio o a tus clases de baile, qué sé yo —lo intenté una vez más, durante el desayuno, una semana después de su llegada.

Ella peló un rabanito, hasta que el borde rojo hubo desaparecido por completo, y se lo metió en la boca con toda tranquilidad. Ignoró por completo mi interpelación. Le quité el plato y me planté ante ella, la obligué a mirarme.

—Te estoy hablando.

—No quiero ir a casa. Tengo que ir a Viena. O me llevas allí, o me dejas ir sola. Volveré, no te preocupes.

—¿Qué te has creído? No puedo dejarte ir sola a Viena. Y tampoco puedo acompañarte. Ni quiero tener que ocuparme todo el tiempo de ti. Como habrás comprobado, no me las arreglo bien con los niños.

—No soy una niña.

—Por supuesto, ya te consideras adulta. Además, he prometido a tu abuela devolverte sana y salva.

—Siempre dices tu abuela, nunca dices: mi madre.

—¿Qué importa eso ahora? ¿Me estás escuchando?

—No tengo colegio. Son vacaciones, y mi grupo de baile sigue de viaje. Estoy libre.

—¡Pero yo no, maldita sea!

Volví a dejar el plato en la mesa y salí de la cocina.

Cuando regresé a casa por la tarde encontré a Aman en la escalera, con el estuche del saxofón junto a él; estaba leyendo un folleto de propaganda que había encontrado en el portal y parecía agotado: las últimas noches, obviamente bien surtidas de alcohol, habían dejado huellas en su rostro. Me dio pena, me sentí fatal.

—¿Qué haces aquí?

—Ahí dentro hay una niña.

—Sí, tienes razón. Es mi sobrina la loca, que no quiere volver a casa.

—Esperaba que me llamaras.

—¿Dónde has dormido todo este tiempo? Creo que necesitas una casa, Aman.

—Pensaba que tenía una.

Yo estaba enfadada, saqué la llave y abrí la puerta. Dejé con cuidado el estuche del saxofón en el suelo del pasillo. Brilka estaba en el balcón, con un plato lleno de manzanas peladas, escuchando su música con los ojos cerrados. No nos había oído entrar y se creía sola. Movía el torso adelante y atrás de manera rítmica, sus pies desnudos golpeaban el suelo al mismo ritmo. Sus piernas, metidas en unos *shorts* raídos, parecían de un saltamontes, por lo largas y flacas. Tenía de punta los cabellos enmarañados. En su laboriosa relajación, mostraba un aspecto conmovedor.

Fui con Aman a la cocina, le hice un té y me senté frente a él. Era una tarde de bochorno, la ropa se nos pegaba al cuerpo. Me habría gustado abrazarlo, pedirle que tocara algo para mí, quedarme dormida abrazada a él, sin promesas, sin planes, sin concesiones por mi parte.

—Estoy un poco desbordada por la situación —dije, después de explicarle qué pasaba—. Tengo que devolverla a casa de algún modo y no sé cómo hacerlo. No podré acompañarte a la gira.

—Tráetela.

Cómo odiaba esa ingenua manera de ser. Todo era tan fácil, para todo tenía una solución.

—Acaba de cumplir doce años, Aman. ¡No puedo llevármela sin más a una gira, por favor!

—No es por ella, es por ti —dijo él, y dio un sorbo a su taza.

—Aman, todo esto está yendo demasiado deprisa para mí.

—¿Demasiado deprisa? ¿Demasiado deprisa? ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? ¿Cuánto hace que pasa esto entre nosotros, Niza?

—Eso no significa nada. Cuánto tiempo hace que uno se conoce. Eso es diferente.

—Eres cobarde. Simplemente eres cobarde.

Bajó la cabeza, arrepentido. Tampoco podía soportar en él esa forma de darse por vencido tan pronto. Esa costumbre de no haber venido al mundo para cambiar nada, sino para conformarse con él.

—A nosotros nos va bien. Nos llevamos bien.

—No, a mí no me va bien así.

—Dios mío, Aman. Siempre he apreciado que me ahorrases toda esa mierda sentimental, y ahora vienes y haces lo que hacen todos.

Me miró con sus ojos aceitosos. Odiaba esa mirada. Esa mirada triste, que lo aceptaba todo.

De pronto, Brilka se plantó delante de nosotros. Insegura, miró a Aman, y entonces fue hacia él y le tendió la mano, de una manera muy adulta. Se presentó en inglés. Aman pareció divertido, aceptó su mano, la estrechó y dijo también su nombre. Ella fue a la nevera y sacó una de las botellas de Fanta que yo había acarreado por docenas. Bebió mientras se rascaba la rodilla con el pie izquierdo. Parecía un yogui en un ejercicio de meditación llamado Fanta. No pude evitar sonreír.

—¿Te has dejado el saxofón en el pasillo? —preguntó.

—¿Cómo sabes que es un saxofón, has estado mirando? —le chillé en georgiano.

Pero Aman ya había salido y regresaba con el saxofón. Lo sacó y le enseñó un par de posiciones. Luego, la dejó tocar. Aproveché la oportunidad y me escapé al baño, necesitaba estar sola, meterme debajo de la ducha. Le estaba agradecida a Brilka por haber entrado a la cocina en ese momento y haber puesto fin a la desagradable conversación.

Cuando volví a salir, medio empapada, los dos estaban junto a la puerta, listos para irse.

—¿A qué viene esto? ¿Adónde vais?

—Abajo, a la Nollendorfplatz, vamos a hacer dinero —anunció orgullosa Brilka.

—¿Qué? ¿Qué vais a hacer allí?

Lancé una mirada severa a Aman.

—Dice que baila como una segunda Mata Hari, y vamos a comprobarlo ahora mismo. Yo toco, ella baila y, si somos buenos, la gente nos echará dinero a raudales. Y entonces tu sobrina podrá comprarse casetes de música y helados. Ese es el trato.

Antes de que pudiera responder nada, ya estaban camino de la puerta.

Durante un breve instante, sentí algo parecido a celos de Aman. A los pocos minutos, ya había encontrado un camino hacia ella, mientras que a mí me ponía de nuevo a prueba todos los días y agotaba mis fuerzas y mi paciencia. Me vestí, decidí mostrarme ofendida por el momento, pero no aguanté mucho y fui a la Nollendorfplatz. Me quedé en un rincón en el que no pudieran verme y los observé desde lejos. Estaban apostados a la puerta del metro. Él se había sentado en uno de los escalones, y tocaba con tanta entrega que se apoderó irresistiblemente de mí, como siempre lo hacía, aunque en vez de en una gran sala de conciertos le escuchara en un garitoapestoso a orina. Al principio, Brilka se mantenía un poco apartada, y miraba tensa a los transeúntes. Poco a poco, se animó a acercarse a Aman. Cuando este atacó algo rítmico, se puso al fin delante de él y comenzó a bailar. Al principio aún dubitativa e insegura, un poco tímida y avergonzada, pero pronto su tensión cedió, y también ella se sumergió, como Aman, en su elemento.

Naturalmente, no ejecutó ninguna coreografía estudiada. Reaccionaba con el cuerpo a su música, parecía cada vez más ligera, como si fuera a empezar a flotar, y se fue haciendo más libre, más suelta, hasta que en su rostro se dibujó algo parecido a la felicidad. Prisionera de esa inusual visión, yo me quedé inmóvil, como hechizada, contemplando esa embriaguez, ese olvido de sí misma, y deseé disponer como ella de un medio para olvidar el mundo a mi alrededor.

La gente se detenía, aplaudía, echaba monedas al estuche de Aman. Formaban una pareja compenetrada, como si llevaran décadas trabajando juntos, flotando entre dos mundos en su ligera danza en el alambre.

¿Qué quería, qué era lo que debía ver, reconocer, incluso adivinar? ¿Qué quería ella encontrar en Viena? ¿Qué significaría para mí esa respuesta?

Cuando lo pienso hoy, ni yo misma puedo comprender por qué entonces no vi lo esencial, lo más evidente, y tan solo le hice preguntas equivocadas. La pregunta que debía haberle hecho no era qué quería encontrar en Viena. La pregunta que tenía que haberle hecho era por qué estaba *allí*. Conmigo.

Viéndola, traté de atrapar la marea de imágenes con todo mi cuerpo. No quise hacer comparaciones, ni paralelismos, ni solapamientos. Cuanto más la miraba, más se acercaban a mí los otros. Los vivos y los muertos. Y yo estaba en algún punto intermedio, y seguía sin saber a qué grupo pertenecía.

Más tarde, los tres caminamos por las calles, Brilka daba lametazos a un helado, las monedas tintineaban en su bolsillo, y ella las tocaba una y otra vez, obviamente orgullosa de su botín. Iba un poco por detrás de nosotros, brincando por encima de los agujeros de la calle, los sitios en que faltaba un adoquín o una losa de la acera. En la Genthiner Strasse nos alcanzó, se puso junto a Aman y se colgó de su brazo. Él dio un mordisco a su helado. Ella chilló complacida y lo alejó de su alcance. Durante toda la tarde, intentó convencerle para ir con su *show* —como ella llamaba a su actuación común— a otros lugares de la ciudad, donde hubiera más gente. Yo no quise poner en peligro el ambiente apacible y confié en una actitud adulta por parte de Aman. Pero Aman ya estaba proponiéndole otras estaciones de metro en las que se podía tocar y bailar. A modo de prueba, también podían dar un pequeño concierto en su club de cabecera, el público de allí estaba abierto a todo y seguro que a su banda le encantaba la idea; como hoy era viernes, podían ir directamente allí. Naturalmente, ella se emocionó enseguida.

Mi intento de intervenir había fracasado antes de poder empezar. No tenía ninguna posibilidad; protesté a media voz, expliqué que había cosas como las leyes de protección de la infancia y que era demasiado tarde para ir con una niña de doce años a ese garito lleno de humo: pero ella se había colgado de él y le seguía como un perro fiel. No me quedó más remedio que coger mis cosas e ir tras ellos. Era el club en el que había conocido a Aman y en el que su banda actuaba con regularidad. El resto de sus miembros se mostraron visiblemente atraídos por aquella criatura descarada que reclamaba el escenario para calcular sus medidas y quería hablar con el iluminador. En pocas palabras: Los Barones aceptaron y dieron comienzo a su concierto. Los chicos abrieron con «Everytime We Say Goodbye». Creí distinguir un poco

de miedo en el rostro de Brilka, pero muy pronto halló su propio ritmo, adaptó su cuerpo al de la banda y convirtió la melodía en pura alegría. Era una buena improvisadora. La gente aplaudió y gritó bravos. Ella hizo una reverencia, coqueta, y dio a Aman un beso en la mejilla antes de bajar del escenario. Salimos a respirar aire fresco. Codo con codo, escuchamos unos minutos desde la puerta a los chicos, que habían cogido marcha y estaban siendo aclamados por el público.

—Eres realmente buena —dije.

—Lo sé.

—Pero la modestia no es uno de tus puntos fuertes.

—Aman es *cool*. Es mucho más *cool* que tú.

—Gracias.

—No deberías cortar con él.

—¿También eres experta en relaciones interpersonales?

Me miró con los ojos entrecerrados y expulsó el aire.

—¿Por qué sonríes? —preguntó.

—Me recuerdas a alguien.

—¿A quién?

—A tu madre.

—¿De veras?

Sus pupilas se agrandaron. Su vehemente reacción me sorprendió.

—Sí —confirmé, un poco más suave.

—He hecho estos *shorts* con unos vaqueros viejos de mamá. Pero la abuela dice siempre que me parezco a ti.

Me miró, inquisitiva.

—¿Ah, sí?

—Sí, eso dice.

Aman me preguntó si podía «prestarle» a Brilka para un par de actuaciones. Lo hacía realmente bien, y podía acompañarle en su gira «para una especie de preprograma», dijo riendo. Brilka ya se había dormido, y a mí todo aquello no me hacía ninguna gracia, tenía la sensación de que de un día para otro habían puesto mi vida patas arriba, y no tenía ni idea de cómo revertir la idea; apenas podía trabajar. Me puse a fregar los platos. No quería que él me mirase otra vez con sus implorantes ojos caninos. No quería volver

a sentirme tan miserable.

—¿Tan difícil te resulta decir lo que quieres?

No aflojaba.

—Ya ves que tengo a esa niña al cuello. No puedo dejarlo todo tirado sin más y...

—¿Al cuello? Alégrate de que quiera estar contigo.

—No quiere estar conmigo. Quiere ir a Viena, maldita sea, y solo ella sabe lo que quiere hacer allí.

—Dice que se trata de no sé qué canciones. Y de los derechos, que quiere tener. Suena todo bastante plausible; parece un plan bastante maduro.

Me apoyé en el fregadero, incapaz de decidir con quién debería estar más furiosa, si con él, con ella o conmigo misma.

—Podrías discutir de eso con ella. Al fin y al cabo habláis la misma lengua. Ella te lo explicará —prosiguió—. Claro que quería estar aquí contigo, Niza. Esperaba que la ayudarás.

—Dime, ¿has perdido el juicio? ¿En qué voy a ayudarla?

—¡Bueno, quizá debieras preguntárselo a ella!

En ese mismo instante, oí cerrarse la puerta y corrí, asustada, a la habitación de al lado. El sofá estaba vacío y la mochila había desaparecido, igual que las zapatillas de deporte. Me puse unas sandalias y salí a la calle con mi camiseta ancha de pijama. Por suerte no había llegado muy lejos, la alcancé cerca de la estación del metro, la sujeté.

—¿Adónde vas?

Y, cuando se volvió hacia mí, la solté de golpe. Tenía el rostro bañado en lágrimas, le temblaba la mandíbula. Me pregunté cómo había podido enterarse de lo que Aman y yo habíamos dicho a pesar de su falta de conocimientos del idioma.

—Brilka, ¿qué te pasa?

Se me quebró la voz.

—Voy a la estación, me marchó en tren a casa. Ya no tengo ganas —murmuró.

—No puedes ir en tren a casa. Es imposible, tienes que coger el avión, Brilka.

—Yo pensaba...

Trató de seguir caminando, pero le corté el paso.

—¿Qué pensabas?

—Había esperado que tú... Que tú te quedarías conmigo.

—¿Quedarme, cómo?

—Olvídalo.

—No, espera, por favor. No te vayas. Espera. Tan solo estoy... No estoy acostumbrada. Estoy desbordada. El trabajo, y Aman, y...

—Quizá deberías buscar otro trabajo si eres tan desdichada —dijo, de nuevo con su habitual manera despectiva. Se limpió la nariz con la manga de la camisa y bajó la cabeza, parecía indecisa acerca de quedarse o irse.

—¿Por qué estás tan decidida a ir a Viena?

—Porque quiero conseguir los derechos de las canciones de Kitty para mi coreografía.

—¿De Kitty? ¿De Kitty Dzhashi?

—Sí, ¿de quién si no?

—Okay. Las *songs* de Kitty. ¿Por qué Kitty?

—¡Porque soy su mayor fan en el mundo!

Movía la cabeza incrédula, como si no pudiese entender que hasta entonces no se me hubiera ocurrido. Y no, no lo había pensado.

—Está bien, está bien. No lo sabía. Sus canciones. ¿Y quieres los derechos de esas canciones?

—Sí, quiero ser la única que haga una coreografía para su música. Ya he escrito todas las partes.

Me acerqué a ella. Retrocedió. Aún estaba indecisa sobre si podía confiar en mí o no.

—¿Escrito?

—Sí, en mi cabeza está todo hecho, y lo he anotado en mi cuaderno para no olvidarlo.

—Pero ¿por qué Viena?

—Allí vive Fred Lieblich.

—¿Fred Lieblich?

Me acordé de Alania, él había mencionado a Fred Lieblich.

—La misma. Ella conoció muy bien a Kitty, y conoce también a la presidenta de la fundación de Londres, Amy no sé qué, que tiene los derechos y...

—¿Cómo sabes todo eso?

Alania también había mencionado Londres y a Amy.

—¿Hola? ¿Me estás escuchando?

Ella volvió los ojos al cielo.

—Sí, sí.

—¿Qué significa sí? ¿Vendrás conmigo?

—Has dicho que sabías que iría a recogerte en Mödling. Has dicho que sabías que Elene me llamaría. ¿Por qué pensabas eso?

—¿Por qué voy a pensarlo? Porque sabía que vendrías a buscarme y que vendría aquí...

—¿Aquí?

—Sí.

—Entonces, ¿tú querías venir a Berlín?

—Se supone que eres muy lista. Que habrías podido conseguir los derechos, quiero decir. Habrías podido ayudarme, solo con que hubieras querido.

Tres días y algunos trámites después, su visado de estancia estaba prorrogado.

Intentaba poner una sonrisa amable cuando Aman y Brilka salían a «ganar dinero», abstenerme del comentario de que una niña no tenía que estar ni en la calle ni en tabernas llenas de humo. No era una persona a la que ella reconociera como autoridad, y me lo demostraba a las claras, exactamente igual que Aman me daba a entender que yo no tenía ningún derecho a pedirle nada mientras no hubiera decidido aún si quería estar con él o no. Pero yo no quería decidirme. Quería dejarme llevar por la marea banal de la vida cotidiana, seguirla con pasos regulares y tranquilos. Mantener mi ritmo uniforme, no perder el equilibrio.

Los dejaba ir. Aceptaba que se ocupasen de la comida. Seguía comprando Fanta. Alargaba mi camino de vuelta a casa, daba rodeos, me sentaba en un café a leer un periódico y los evitaba lo más posible. A ellos y a las expectativas que tenían puestas en mí.

Brilka pasó dos semanas en mi casa. Luego, Aman recogió sus cosas. Brilka se le lanzó al cuello y no quería soltarlo. Cuando quise darle un beso, lo rehuyó.

—Estaré fuera tres meses. Tienes el plan preciso de nuestra gira encima de la mesa de la cocina. Si no vienes, entenderé que esa es tu respuesta.

Abrazó fuerte a Brilka y salió, cerrando de un portazo.

Volvía a sentir su irritación conmigo. ¿A qué venía ese ultimátum tan poco romántico, aquella cháchara sentimental? ¿Por qué esperaba algo de mí, si sabía que nuestra unión se basaba en la ausencia de vínculos y que esa era la única seguridad que podíamos reclamar para nosotros?

—¿Le quieres como quisiste a Miro Eristavi? —me preguntó de pronto Brilka; se deslizó por la pared del pasillo hasta quedar sentada en el suelo, sin dejar de mirar la puerta, como si esperase que Aman pudiera volver en cualquier momento.

¿Miro? ¡A qué venía eso ahora! ¿Cómo lo sabía? Volví tambaleándome a la cocina, sin darle una respuesta. Me siguió.

—Miro vino un día a visitarnos. Me trajo golosinas, yo aún era pequeña. Elene contó que tú habías estado enamorada de él. Pero Aman es mejor.

Sacó una botella de Fanta de la nevera y volvió a su sofá.

*Llevamos dos mil años en guerra.
Una guerra sin motivo y sin sentido.
La guerra es cosa de jóvenes.
Es una medicina contra las arrugas.*

VÍKTOR TSOI

Mi desbordamiento estaba alcanzando cotas insospechadas. Había perdido el sueño. Tenía la cabeza como si estuviera llena de lava ardiente en vez de cerebro. Mientras daba las clases, perdía el hilo una y otra vez y me ponía a tartamudear. Como en un terremoto, el suelo comenzó a vacilar bajo mis pies. No podía sostenerme. Lo peor eran las tardes con ella, ahora a solas. Ese aire perdido de su imagen de espaldas, cuando llegaba a casa y ella estaba sentada en el taburete del balcón, su falta de arraigo, sus piernas desnudas en la barandilla, la comida clasificada por colores en el plato, el hinchado bloc de notas en su regazo, la música amortiguada que salía de los cascos, el balanceo del torso y la mirada cerrada, ensimismada, expectante, desafiante, provocadora, de sus ojos negríssimos. No soportaba estar empezando a descifrar sus gestos y su mímica, reconocer sus nostalgias en la entonación de

su voz. Presentir las lágrimas antes de que aparecieran en sus ojos.

Intentaba defenderme contra la sensación de familiaridad que iba creciendo en mí. Me apartaba cuando la intimidad aumentaba entre nosotras. La dejaba entregarse a sus sueños desesperados y a sus pensamientos desafiantes. A sus preguntas cada vez más directas, más abruptas. Ignoraba la esperanza en sus ojos de que podría respondérselas. La mayoría de las veces, procedían del tiempo en el que aún no había nacido. Casi siempre, su interés iba dirigido a un pasado al que constantemente se le había cortado el paso. Me asustaban sobre todo las preguntas respecto a su madre; cómo era Daria, qué preferencias tenía, qué sueños, la sucesión exacta de los días que precedieron a su muerte. Preguntas sobre su padre, preguntas sobre mí. Preguntas sobre la felicidad en general y en particular, sobre por qué en nuestra familia nadie había podido construir una felicidad duradera. Por qué no había regresado ni una vez a casa. Mis escuetas respuestas, objetivas, solo pretendían ser una respuesta, pero en realidad no lo eran. Y luego, y era extraño, sus preguntas sobre la muerte. Un tema por el que parecía realmente obsesionada.

Por las noches, cuando se había quedado más tranquila, empezaban las preguntas sobre el presente. Por qué me había ido, por qué no quería hablarle de su madre, por qué vivía con Aman, o peor aún: por qué nunca había querido conocerla. En todas las preguntas yo sentía traslucirse sus sueños y deseos, todas ellas sabían a almendras garrapiñadas y, a la vez, a tristes días de lluvia. Una mirada que siempre quería apuntar hacia delante, y sin embargo no hacía otra cosa que divagar, por miedo a no conseguirlo, a no lograr alcanzar su meta.

Era un desafío para mí explicarle todos los días quién era, qué puentes había entre nosotras y cuáles no. Por qué no le habían dado carteles e indicaciones para ciertas cosas que necesitaría en su camino. Por qué no tenía ni madre ni padre; por qué la única tía que tenía no quería saber nada de ella.

Su vida entera parecía consistir en un solo porqué. Como si hubiera venido sin cordón umbilical al mundo y su mayor objetivo fuera encontrar precisamente ese cordón umbilical, una búsqueda desesperada en la que me era imposible ayudarla. En la que, sobre todo, no quería ayudarla.

Me metía en la bañera, dejaba correr el agua para no oír nada. Intentaba leer un libro. Me quedaba encerrada hasta que ella se iba a dormir y me dejaba en paz. Ponía alta la música en mi dormitorio cuando no conseguía librarme de la sensación de que iba a perseguirme hasta en el sueño. En tres

ocasiones, hui de mi casa en medio de la noche. Sin dejarle un papel, ni una nota. La dejaba durmiendo y me emborrachaba con Severin o con Caro. No soportaba más estar expuesta a sus miedos y nostalgias. Me avergonzaba de mi conducta, no podía parar de preocuparme, aunque me llenara de vodka o de vino para aturdirme, para hacer callar algo que no quería enmudecer, que no podía enmudecer.

Cuando ya ni siquiera me quedó la huida nocturna como opción, porque no podía dejar de pensar en ella, porque no podía seguir engañándola, porque no escapaba de sus preguntas alejándome, una noche en que ella se fue al salón y se acostó antes que de costumbre, decidí desenterrar la vieja receta del chocolate caliente y prepararme una taza. Esperaba que su sabor me hiciera olvidar todo, al menos durante unas horas. Hacía días que había conseguido los ingredientes, y me puse manos a la obra.

Me acordé de la cocina iluminada por velas en los años noventa en la Casa Verde, cuando Stasia se inclinaba con sus dedos artríticos sobre la negra y ondulante masa, manteniendo alejados de su bebida mágica a todos los habitantes de la casa, por miedo a que su maldición pudiera rozarlos, pudiera hacerles daño, con la esperanza de que yo sería lo bastante fuerte para resistir todas las maldiciones de este mundo.

Naturalmente, el aroma del chocolate la despertó. Igual que, años atrás, Miro y yo nos vimos atraídos al salón de Christine porque el aroma era irresistible; entró corriendo en la cocina y contempló, con los ojos muy abiertos, cómo engullía ansiosa la masa negruzca. Enseguida preguntó qué estaba comiendo. De hecho el sabor me había dejado estupefacta, estaba allí sentada en una apatía extática, y me tomaba a cucharadas los últimos restos del chocolate. Pero, por alguna razón, en ese instante quise creer en las sombrías profecías de Stasia. Por primera vez, tomé en consideración la posibilidad de que mi bisabuela pudiera haber tenido razón. Por irracional que pueda parecer, en aquel momento estaba firmemente convencida de que debía mantener alejada del chocolate a Brilka, como si Stasia estuviera detrás de mí y la oyera exhortarme. Estaba convencida de que era mi deber que se librara de la maldición.

Como picada por una avispa, me puse en pie de un salto y aferré la taza con los últimos restos de chocolate, manteniéndola en alto por miedo a que pudiera quitármela. La mirada de Brilka revelaba perplejidad.

—¿Qué es eso? —preguntó confusa.

—Es el chocolate de Stasia. Más exactamente, el de su padre. Pero este chocolate está maldito.

Ni yo misma podía creer haber dicho de veras esa frase. Por un segundo me miró desconfiada, como si quisiera comprobar si le estaba tomando el pelo. La expresión de mi rostro y el horror que este reflejaba ante el recuerdo de aquella tarde en el desván tuvieron que haberla convencido, porque se me acercó y dijo, en su marcado tono indiferente:

—No como nada que sea marrón.

Aquella frase me desarmó. Bajé la mano y reí aliviada. Naturalmente, ella no comía alimentos marrones. Su convicción la hacía inmune al maldito olvido de uno mismo que se producía al probar el chocolate. De pronto, me sentí increíblemente estúpida. Volví a dejar la taza en la mesa.

—Además, aunque así fuera: para cada maldición hay un conjuro que la hace inofensiva —añadió, muy segura de sí misma, cogió la taza, la llevó al fregadero y vertió en la pila los últimos restos de líquido negro.

El alivio se apoderó de mí. Qué comprensible, prácticamente qué lógico sonaba su razonamiento. Sí, tenía razón, debía tener razón. Para cada maldición —eso al menos decían las leyendas— había un conjuro que suspendía su efecto, que hacía desaparecer su poder. ¿Por qué Stasia nunca había tomado en consideración esa posibilidad?

Brilka abrió el grifo y se quedó mirando cómo el agua disolvía el espeso fluido, hasta que solo quedó una fina línea clara que giraba en círculos hacia el desagüe. Luego me miró, su rostro se relajó, sus labios se distendieron en una sonrisa comprensiva, como si quisiera decirme que no tenía que tener miedo, como si hubiera venido para plantar cara a todas las maldiciones del mundo.

Insistía. Yo lo notaba. Esperaba que mi resistencia se quebraría en algún momento, que el hilo de mi paciencia se rompería y me vería arrastrada al torbellino de los acontecimientos que escapaban a mi control. Esperaba que yo me decidiese, que hiciera concesiones y promesas. A su manera, esperaba ser más inteligente y astuta que Aman, que no había logrado forzarme a hacer una declaración.

Quizá quería demostrarme que mi antigua vida era como un vacío. Parecía esperar que la necesitara, que dependiera de su cercanía, de su entrega, de su

confianza. Esperaba que mi rechazo resultara más débil que mi nostalgia. Sin duda, creía poder curarme de mi parálisis con su persistencia, con su incondicionalidad, con su fuerza.

Se me acercaba peligrosamente, a mí y a mis pesadillas. Me ponía al rojo vivo. Me hacía odiar a Aman por haberme dado un estúpido ultimátum y haberme dejado sola con ella. Por exigir de mí más de lo que estaba dispuesta a dar en ese momento. Odiaba conmoverme cuando, por la mañana, antes de salir de casa, descubría al borde de la bañera su cinta para el pelo con estrellitas; odiaba la visión de sus solitarias zapatillas de deporte en el pasillo, porque me entristecía. Odiaba que empezara a hacerme el café por la mañana y fingiese que había sido un malentendido; odiaba que sacara el correo del buzón y clasificara la publicidad.

Aprendí sus numerosos tics: había que evitar el enlosado con dibujo, pisar los charcos a toda costa. En cuanto un semáforo pasaba de rojo a ámbar, contaba hasta tres y disfrutaba con que en ese preciso instante, exactamente entonces, se pusiera verde. Canturreaba cuando empezaba a llover. Se tapaba los oídos cuando sonaba el timbre. Hacía tres flexiones cuando tenía miedo de algo y no quería admitirlo.

Hacía mucho que había descubierto el patrón racional detrás de sus acciones, a simple vista irracionales: esos pequeños trucos que le ayudaban a superar la vida cotidiana la protegían de una amenaza permanente o imaginaria..., y esa amenaza era nada menos que la muerte. Creía poder protegerse contra ella con esas pequeñas acciones, poder engañarla. Una llamada a la puerta podía significar una mala noticia. Que un semáforo fuera demasiado lento o demasiado rápido podía provocar un accidente. El color rojo en la comida podía provocar alguna desgracia. La lluvia podía terminar en tormenta y te podía alcanzar un rayo, etcétera, etcétera. Yo no quería romperme la cabeza preguntándome por qué una niña de doce años vivía en un miedo permanente a la muerte. Pero lo hacía.

Para mí era un misterio cómo conseguía superar la jornada diaria de colegio junto a los de su edad con aquellas neurosis. Jamás mencionaba a ningún amigo, compañero o vecino, con el que le uniera algo o al que echara de menos. Me sorprendía esa desarmante sinceridad y, a la vez, me superaban sus fuertes valores, aquellas marcadas estructuras en su cabeza. La manera adulta de ver con decisión las cosas, de clasificarlas en un claro «sí» o «no». Para ella jamás había un «quizá». Nunca una duda, un titubeo. Siempre

parecía tener claro como el cristal lo que quería y lo que no. Como si tuviera un plan imperturbable, invisible para los demás, que tenía que seguir con entrega ciega. Una visión, una tarea vital. Solamente al bailar, cuando se movía, parecía olvidar todas aquellas coacciones, todos aquellos malos presagios, rituales y prevenciones. Entonces no le importaba si llovía, si podía caerse y lesionarse, no le interesaba si había una desgracia en perspectiva, si la muerte la acechaba. Era libre, resuelta. Era ella misma, sin sus miedos y presiones. Cuando bailaba, era la única soberana de un reino lleno de espacios libres y posibilidades.

Tronaba. Yo no podía dormir. Daba vueltas de un lado para otro. Echaba de menos a Aman, y confesarlo no me costaba menos esfuerzo que conciliar el sueño. Me levanté, abrí la ventana, dejé entrar el aire impregnado de lluvia, me volví a tumbar. Me acordaba de sus manos, de su forma de mirarme como si no hubiera un mañana, como si fuéramos los últimos supervivientes de toda la humanidad. Me acordaba de los momentos, silenciosos y tiernos, en que venía y se quedaba. Qué bueno y pacífico había sido todo antes de que decidiera plantarle cara a absurdas decisiones, consciente de que no estaba en condiciones de afrontarlas, de que eso significaba el fin sin esperanza.

Me sobresalté cuando la vi en el umbral, con una vieja camiseta en la que había dibujados dos canguros. No la había oído venir, normalmente llamaba siempre que quería algo. Parecía atemorizada, y se apretaba contra la puerta. Tenía los ojos muy abiertos, se tapaba los oídos y le temblaba la barbilla..., como siempre que estaba a punto de estallar en un ataque de llanto. Me incorporé, encendí la lamparilla y fui hacia ella.

—Brilka, ¿qué pasa?

—Los truenos... —susurró.

Por primera vez, aceptó que la tomara entre mis brazos. La llevé a mi cama y me tendí junto a ella. Se pegó a mí. Parece que no había rituales secretos útiles contra los truenos.

—¿De qué tienes miedo? No va a pasarte nada. Estamos a salvo.

—Pero tú tienes miedo.

—¿Miedo yo? ¿A los rayos?

—No, a los rayos no. A otras cosas.

—Claro que a veces tengo miedo.

—¿Y a qué?

—A que las cosas no salgan como las he previsto. A que las personas que son importantes para mí sean desdichadas. A que alguien me haga daño. A no poder controlar algo.

—¿Yo te he hecho daño?

—No, tú no me has herido.

Se abrazó a mi cuerpo con todas sus fuerzas.

—¿Te hizo daño mi madre?

—Nos lo hicimos la una a la otra. Por desgracia, cuando dos personas viven juntas, no es posible evitar hacerse daño.

—¿Y ahora te pasa eso?

—No.

—¿Por qué? Sigues viviendo, ¿no?

—Parece que no realmente.

Se durmió con la cabeza debajo de la manta, con el brazo encima de mi vientre. Velé toda la noche su sueño.

Volvíamos a casa al empezar la noche. Me había llevado a Brilka conmigo a una fiesta de verano que Caro y su nueva pareja habían organizado en Brandenburgo, pero no había querido quedarme a dormir allí. Era obvio que Brilka se había divertido, se había pasado toda la tarde hablando en inglés y ahora dormitaba junto a mí. Conducía por carreteras secundarias, porque habían anunciado un atasco en la autopista, y de pronto estaba delante de mí. Un corzo, en mitad de la carretera. Frené, pité, pero, deslumbrado por mis faros, se quedó plantado como si hubiera echado raíces. No apartaba la vista de nosotras, como si quisiera advertirnos de algo. Nos acercábamos cada vez más, resistí el impulso de dar un volantazo y, en lugar de eso, pisé a fondo el freno. Brilka no hizo ningún ruido, miraba el corzo como fascinada. Tenía la sensación de que todo se movía a cámara lenta. El corzo era bellissimo. Flexible y del color del trigo. Aún tenía que ser muy joven, las orejas estaban bien formadas y eran desproporcionadamente grandes. Sus ojos pardos de largas pestañas me pusieron de un humor manso.

Me pregunté qué estaría pensando, mantuve sujeto el volante y esperé que el coche tuviera tiempo de detenerse sin hacer daño al animal. En ese momento, que saliera con vida me pareció algo existencial. Como si mi

supervivencia dependiera de su supervivencia. En ese mismo instante, cuando por fin nos detuvimos con un fuerte frenazo que nos lanzó hacia delante, dio un salto y desapareció en la oscuridad del campo.

Me temblaban las rodillas, descendí vacilante del coche. Brilka siguió sentada, inmóvil, sin emitir sonido alguno. Miré en la dirección en la que el corzo había desaparecido, pero en la oscuridad ya no se podía distinguir nada. Me apoyé en el capó y encendí un cigarrillo. En ese momento, algo se apoderó de mí; me vi asaltada por un llanto convulsivo, no podía contenerme. Me ahogaba, no podía evitarlo. Tan solo oí abrirse la puerta del coche y los pasos apresurados de Brilka, sentí que me rodeaba con sus brazos. Supe que ya no era capaz de oponerle resistencia. Cedí, me hundí en sus bracitos, me apreté contra ella con toda mi desesperación, oculté la cabeza en su cuello. Miraba fijamente la oscuridad, con los ojos inundados de lágrimas, incapaz de ver con claridad, sin hacer ningún intento de secarme la cara. Nos sentamos al borde de la carretera, me cogió la mano y esperó a que volviera a ser capaz de pensar, de conducir, de vivir.

—Está bien. Te llevaré. Te llevaré a Tiflis. ¡No puedo seguir así! Tú, tú... Me haces... Iremos primero a Viena, y de allí a Georgia. ¡Por mí, haremos todo el maldito camino en coche! Esto tiene que parar. No quiero. ¡No puedo!

Se lo prometí una vez hube recuperado en alguna medida el control, y volví a sentarme al volante. Había esperado un grito de alegría por su parte, por lo menos un pequeño gracias, pero me equivoqué. Guardó silencio durante el resto del viaje, me pareció que casi estaba decepcionada.

En un día bochornoso y asfixiante del mes de julio, llenamos el coche con nuestras cosas y partimos.

Me había pasado dos días estudiando los mapas con ella, y ahora quería demostrarme a toda costa que podía ser una buena copiloto para mí. El día antes de partir, luché contra mi deseo de llamar a Aman. Vi en el calendario de conciertos que acababan de llegar a Berna. Pero ¿qué iba a decirle? Que le echaba de menos, que dormía con su camiseta llena de agujeros, que bebía en su taza de té, que tenía la intención de emprender el viaje más disparatado de mi vida, que no había nada que odiara más que hacer promesas, que esperaba encontrar para Brilka un final distinto y mejor.

No llamé.

La primera parada iba a ser Viena. Me sentía al tiempo extrañamente transparente y excitada. Me alegraba el camino que me esperaba, pero no la llegada. Durante el viaje, Brilka habló sin parar de Kitty Dzhashi, me describió su música, me habló de su vida. Analizaba sus álbumes, me ponía sus canciones, llamaba mi atención sobre determinados matices y detalles de las composiciones. Durante el viaje a Viena, hubo una lluvia torrencial y muchas horas de autopista. Hubo álbumes de Kitty Dzhashi y la voz eufórica de Brilka. Hubo planes y conjeturas para los siguientes días. Paramos en áreas de descanso que apestaban a grasa, discutimos por la duración de nuestras pausas y porque yo quería fumarme un cigarrillo más. Jugamos a juegos tontos, a una especie de crucigrama verbal. Entre una cosa y otra, callábamos o ella caía en un sueño agitado, durante el que yo siempre la miraba de reojo para cerciorarme de que no le pasaba nada. Estábamos nosotras y el pasado, al que yo volvía, aunque para Brilka contuviera el futuro.

Estábamos nosotras dos, y todo lo demás desaparecía con cada kilómetro que dejaba atrás, se desprendía de mí como si nunca hubiera existido. Como si mi destino fuera ser su chófer, en una vida hacia la que ella señalaba con su largo índice.

Llegamos a Viena. Me dio la impresión de que la ciudad había sido testigo de algo espantoso, que había contenido el aliento del susto y desde entonces no había permitido que entrase aire fresco a sus pulmones.

La euforia de Brilka se iba haciendo cada vez mayor. Aparcamos el coche delante del pequeño hotel que habíamos buscado y fuimos al centro en tranvía. Ella bailoteaba y brincaba delante de mí, se frotaba las manos, se preparaba para su gran objetivo, seguramente apenas se creía que de veras lo hubiera conseguido, que su plan iba a hacerse realidad. Mientras buscábamos juntas en el plano la dirección de Fred Lieblich, le pregunté como de pasada de dónde la había sacado. Me dijo que simplemente había llamado a la fundación. A Londres. Les había explicado varias veces quién era y lo que quería. También había escrito cartas y correos electrónicos. Y, en algún momento, habían reenviado a Viena una de sus cartas o de sus correos, y Fred Lieblich le había respondido. Con un sobre que tan solo contenía una nota con la dirección.

—Eso era todo, no había nada escrito. ¿Te lo puedes imaginar? ¡Quería que viniera!

Entonces supo que tenía que ir a Viena.

No dejé que se me notara que su testarudez, su resistencia y la determinación con la que había procedido me impresionaban, que aquellas cualidades me imponían.

Iba saltándose uno de cada dos adoquines, con la mochila oscilando en su espalda de un lado para otro, como una tortuga con un caparazón demasiado grande. Le había crecido el pelo, ya no lo tenía como púas de erizo. Llevaba puestas mis chanclas, sus largas piernas de saltamontes se movían con determinación, a diferencia de su torso inquieto parecían tener un ancla sólida, como si siempre supieran adónde debían llevarla. Yo no me cansaba de mirarla. Caminaba un poco por detrás de ella para poder verla bien.

Llegamos al Naschmarkt. Ella comparaba cada letrero de la calle con su plano, quería asegurarse de encontrar la casa correcta, de que pronto habría llegado a su destino. Cuanto más nos acercábamos, tanto más silenciosa, pensativa, tensa se ponía. Yo la seguía, confiando en que iba a encontrar lo que buscaba. Nos detuvimos delante de una casa con balcones sostenidos por musculosos brazos de atlantes. Leyó, concentrada, los letreros con los nombres de los vecinos, su rostro se iluminó. Apretó el timbre.

Como si estuvieran aguardando nuestra llegada, la puerta se abrió al instante, y accedimos a una escalera con peldaños de mármol. En el último piso nos esperaba, abierta, una puerta ancha de madera. Entramos con cautela, Brilka me cedió el paso.

Al entrar a la casa percibí el olor a pintura fresca.

—¿Hola? —grité en dirección a las estancias totalmente vacías, y el eco de mi voz regresó desde varios lugares al mismo tiempo.

El parqué estaba recién acuchillado, las paredes recién pintadas; seguramente no hacía mucho que habían dado un repaso general a la casa. Una dama elegante de mediana edad, con un dos piezas azul marino y un collar de perlas, apareció en el marco de una puerta, pero su forzada sonrisa rápidamente dio paso a la confusión.

—Oh, pensaba que a esta hora estaban citados el señor y la señora Lambert. Tengo un pequeño lío con mi agenda. Supongo que quieren ver la casa, ¿verdad?

Aunque Brilka no hablaba alemán y no podía entender a la agente inmobiliaria, comprendió enseguida la situación, y pude ver cómo la decepción se extendía por su rostro. Como si se hiciera más pequeña,

encogiendo los hombros cada vez más, empezó a resbalar de un lado para otro por el pulido parqué.

—Perdone la molestia, en realidad habíamos venido a ver a la señora Lieblich. Pensábamos que... —me interrumpí, dejé vagar la mirada, con aire de interrogación, por las luminosas y espaciosas estancias de la vivienda.

—La señora Lieblich falleció hace escasamente un mes, lo siento. Yo me encargo de enseñar la casa a los interesados en ella, soy de la inmobiliaria — y me tendió una tarjeta de visita, como si quisiera despertar mi interés, mostrarme el apartamento con más detalle—. Está en venta —añadió, con una forzada sonrisa de vendedora.

Brilka había entendido la noticia de la muerte, y en ese mismo instante se volvió y salió de la habitación. Yo no sabía qué decir, pero la agente inmobiliaria se me adelantó:

—¿Era usted pariente de la señora Lieblich?

—No; al menos, no directamente.

—Una persona muy especial. Más de ochenta años, pero de mente joven, y... —buscó las palabras adecuadas durante largo tiempo—, digamos que fue, hasta el final, una persona con la lengua muy afilada, de veras, se podría decir que había que lavarle la boca con jabón. Pero me gustaba como clienta, aunque podía ser muy, bueno, especial.

—¿Vivió todo el tiempo en esta casa?

—Desde que vino de Londres, sí. Yo gestioné la compra de esta casa para ella entonces. Tenía una idea muy clara de lo que quería, y no quedó decepcionada cuando vino. Vio la casa y se quedó. Y ahí arriba, ya ve la escalera, hay una especie de buhardilla, en la que tenía su estudio. Pero en los últimos años apenas la utilizaba. Las articulaciones ya no le respondían.

—¿Tenía parientes? ¿Alguien se ocupaba de ella?

—No, eso no. De todos modos, no le gustaba que nadie se le acercara demasiado. También tenía poco contacto con los vecinos. Pero no estaba sola, ni mucho menos. No, las personas como ella saben exactamente cómo pasar el tiempo.

—¿Y el dinero de la venta?

Por un momento me miró con desconfianza, pero, cuando le señalé que no era pariente, se decidió a responderme:

—Está regulado en el testamento, el dinero de la venta de la casa irá a parar a una determinada fundación, la Fundación Kitty Dzhashi. Una cantante

conocida en los años sesenta y setenta, y amiga de la señora Lieblich. Se suicidó, pero hace mucho tiempo de eso —me explicó en tono conspirativo, como si el hecho de haberse suicidado fuera el dato decisivo en la vida y obra de Kitty.

—¿Una fundación, dice usted?

—Para niños con talento musical, su sede está en Londres. Tiene unos colaboradores muy amables. Pero, si me permite preguntarle quién es usted, y...

Antes de que me viera en el apuro de contarle la historia de nuestra familia y el viaje a Viena, llamaron a la puerta y el siguiente cliente me libró de aquella delicada situación.

Empecé a buscar a Brilka, pero ya no estaba en la casa. Antes de salir, alcancé aún a preguntarle a la agente cuándo había muerto exactamente Fred Lieblich, y calculé. Había sido tres días después de mi llegada a Mödling y de llevarme por la fuerza a Brilka a Berlín. Bajé corriendo las escaleras, casi me di de bruces con los Lambert, y descubrí a Brilka a pocos metros de la entrada, sentada en la acera, con el rostro hundido entre las manos. Me resultaba doloroso verla llorar, pero no me quedó más remedio que sentarme junto a ella. No hice intento alguno de tomarla entre mis brazos o susurrarle inútiles palabras de consuelo. Esperé hasta que ella misma levantara la vista, me mirase y me dirigiera una de sus preguntas. Crecía en mí una difusa sensación de fracaso, sentía la decepción brotar en mi interior: ¿por qué no la había traído directamente aquí, hace un mes, cuando estábamos en Viena?

—Está muerta, ¿no? —preguntó sin alzar la cabeza.

Al principio solo le di el silencio por respuesta, luego reuní fuerzas y dije:

—Murió el invierno pasado. He preguntado a la de la inmobiliaria. Así que no tenemos reproches que hacernos. De todos modos, no la hubiéramos encontrado.

Pocas veces en mi vida me he despreciado tanto como en ese instante, cuando le vendí como verdad aquella desvergonzada mentira.

*Qué sentimiento estremecedor el de nadar libremente en la
marea.*

Después de haber dejado atrás la frontera italiana, no solo cambiaron el color del sol y el olor del aire, sino también la expresión de Brilka, que desde Viena no había vuelto a decir palabra y tampoco quería compartir ya su música conmigo, atrincherada detrás de sus cascos, como si quisiera castigarme por la decepción de nuestra tardía visita a Fred Liebllich. Durante las paradas, clasificaba la comida de manera más maníaca aún que de costumbre, y me daba tan solo escuetas respuestas. Escribía como una posesa en su bloc de notas, empleando la rodilla para apoyarse. La conversación era imposible. Hacía cosas que no había hecho en Berlín, como por ejemplo santiguarse tres veces cuando pasábamos por un lugar en el que había tenido lugar un accidente o pintarse cinco estrellas con el bolígrafo en el dorso de la mano cada vez que cruzábamos una frontera.

Para animarla, paré en Florencia y reservé un buen hotel por el camino. Italia parecía sentarle bien. Quizá porque en ese país no tenía ningún objetivo que pudiera fallar, porque allí no le esperaba otra cosa que sol y belleza. Vimos la ciudad, le enseñé un par de lugares secretos que había descubierto en mi primer viaje a Italia. Sin embargo, parecía apagada, me respondía cuando le preguntaba algo, también parecía haber recuperado el apetito, pero ya no parecía tener ganas de tomar la iniciativa. Ni un helado italiano de chocolate ni la vista nocturna desde la Piazzale Michelangelo sobre la ciudad bañada en luces; nada despertaba su entusiasmo.

Tan solo una vez, cuando vimos en la Piazza della Repubblica a un artista callejero que tocaba el violín, se descongeló por un momento y empezó lentamente a moverse al compás de su melodía. Yo me quedé quieta y la observé: como entonces, con Aman, también en esta ocasión se perdió en su propio y secreto mundo, que a mí y a los otros espectadores nos fascinaba y atraía, una niña feliz, de doce años, que agarraba la vida con ambas manos. Pero, a diferencia de Berlín, donde verla me había llenado de orgullo y admiración, ahora tenía en la boca un sabor amargo, el sabor del arrepentimiento por no haberla ayudado a llegar a su destino, por haberle mentido y engañado.

De camino a casa ya no aguanté más, la cogí por el codo y le grité que no

era culpa mía, que tenía que dejar de castigarme. Repetí la mentira de que Fred Lieblich llevaba varios meses muerta, me aferré a ella, yo misma quería creérmela. Pero ni siquiera mi estallido de ira pareció importarle. Escuchó con atención, parpadeó un par de veces con sus espesas pestañas y siguió en silencio su camino al hotel.

Cuando desperté a la mañana siguiente, Brilka había bajado ya a desayunar, dejando en la cama su abultado bloc de notas. Titubeé, pero su negativa a hablar conmigo me alentaba, y mi curiosidad me hizo coger al fin el cuaderno. Lo abrí por el centro, seguí pasando páginas y encontré las que había llenado en Berlín. La mayoría de las entradas trataban de mí. Aparecía en casi cada nota que había tomado desde su llegada. No leí cosas especialmente agradables. A veces se ponía de lo más cortante, incluso sarcástica, me costaba trabajo creer que aquellas frases provinieran de una niña de doce años. Pero en aquellas notas —que apenas superaban la media página y describían con mucha precisión sus estados de ánimo— se traslucía una tristeza terriblemente honda.

Seguí leyendo, no podía parar. Como si fuera un libro secreto que había buscado desde hacía años y descubierto por fin. Un Libro de las Revelaciones. Regresé como en trance al principio del cuaderno. Allí el tono parecía distinto, más objetivo y menos emocional. Descripciones cotidianas, notas para sus coreografías; aquellas descripciones me impresionaron mucho por su precisión.

Y entonces topé con una página escrita el invierno anterior. No contenía más que frases sueltas, probablemente escritas a lo largo de un mes. «Odio todo esto. La odio.» Dos días después: «No rezaré mientras la abuela no pueda demostrarme que mamá está con Dios». Luego: «Aleko ha vuelto a mandarme al colegio. Yo ya no sabía qué inventar para quedarme en casa. No puedo contárselo, no puedo confesarle lo que me hicieron en los servicios la semana pasada, de lo contrario se lo contará a Elene, y ella llorará, o rezará aún más». La página terminaba con: «Hoy he recibido *su* carta —*su* estaba subrayado tres veces, y tenía varios signos de exclamación—. Una carta de F. L. Lo sé. Desde ahora todo irá bien. Todo será distinto». Pocas páginas después encontré las siguientes notas: «Si hoy subo y bajo corriendo las escaleras tres veces, seguro que no habrá tormenta». Y: «Si Elene me hace albóndigas hoy, mañana no me tirarán pelotillas en el colegio».

La siguiente anotación tuvo que hacerla poco antes de su partida hacia

Viena: «Y, cuando tenga los derechos, la llamaré y le pediré que venga a recogerme, si la abuela no la ha informado antes. Eso depende de en qué momento descubran mi desaparición del hotel. Hoy he encontrado un billete barato en internet. Iremos a verla y, solo cuando hayamos pasado un rato juntas, cuando me conozca un poco, le preguntaré. Aún no sé exactamente cómo, pero le preguntaré. Quizá así: “¿Quieres escribir la historia para mi coreografía?”. Pero tal vez se me ocurra algo mejor. Estoy tan feliz. Pronto, pronto, sí, pronto».

La última nota que alcancé a leer antes de que las lágrimas me cegaran decía: «Si logro llegar a V., si la abuela la llama y viene a buscarme, si me lleva con ella..., entonces no moriré».

¿Cómo había podido estar tan ciega? ¿Cómo había podido pasar por alto evidente de un modo tan terco? ¿Cómo había podido ignorar la existencia de Brilka durante todos aquellos años? ¿Cómo había podido, paralizada y presa de mi propia incapacidad, hacer durante años como si ella no existiera? ¿Ella, que se había puesto en camino, impávida, para buscar una historia nueva y mejor para ella y sus fantasmas?

Entonces, en el coche, en la oscura carretera, cuando pudimos evitar por los pelos atropellar a aquel hermoso animal, habría tenido que explicarle que mis lágrimas, mi desplome, no se debían al miedo a haber podido matar a un corzo, sino a la repentina conciencia de que aún poseía la capacidad de amar.

De amarla.

Por qué no le había dicho que era más fácil vivir con un hueco entre las costillas que con el miedo permanente y aniquilador que ese sentimiento me insuflaba. Por qué no tenía el valor de explicarle que ese amor que me amenazaba en su persona era peligroso para mi vida. Que sabía demasiado bien cuánto odio puede dejar atrás una vez que se va, y con qué facilidad y cuán de golpe puede convertirse en algo destructivo cuando la persona que lo encarna ya no está o no está en condiciones de responder a ese sentimiento. Cómo entonces empieza a aniquilar, ese vacío.

Y, al mismo tiempo, me preguntaba: ¿cómo iba a resistirlo? ¿Cómo iba a contener la marea que traía consigo? ¿Cómo iba a detener el ejército que iba a desfilar con ella hacia mi vida? A impedir que por mi puerta entrara de su mano el rostro con ojos bicolors de mi hermana, y Stasia con sus fantasmas que jugaban a las cartas, Kostia y su tristeza envenenada, Kitty, su hermana para mí desconocida, con sus canciones un poco inquietantes, su viejo amigo

de la costa inglesa, Christine y su rostro desnudo en las últimas horas en las que la vi con vida. David y su cadena. Mi madre y sus ojos muertos después de haber tenido que llorar a su hija preferida. Cello y sus caderas desnudas, apretadas contra mi trasero en la imprenta abandonada. Un ejército que me iba a arrollar, contra el que yo estaba impotente.

¿Cómo iba a hacerle entender a qué sabía la vida después de haber visto a Daria inmóvil, tras la caída desde el desván? ¿A qué sabía mi miedo a regresar y no encontrar allí nada de lo que antes había considerado parte de mí misma? ¿A no encontrar nada que pudiera recibirme, albergarme, abrazarme? ¿A no tener ya nada que me recordase a mí misma, antes de que el mundo, mi mundo, nuestro mundo, en el que entonces vivíamos, se desplomara sin dejar tras de sí nada más que polvo, tumbas y sueños muertos? ¿Era realmente la vida como un tapiz, cuyo diseño había que aprender a leer? ¿Y por qué aún no había aprendido a hacerlo?

Viajamos a lo largo de la costa del Adriático. Cortábamos el tiempo en rodajas. Ya no creíamos en él, teníamos el nuestro propio. Llevábamos con nosotras nuestros recuerdos, pero aún no estábamos dispuestas a compartirlos. Hacíamos paradas e íbamos a nadar a playas pequeñas y apartadas. Ella tenía miedo del agua, pero poco a poco aprendió a confiar en mí. Salíamos a nadar. Veíamos el sol acariciando la superficie del agua detrás de nosotras.

En una playa de Bari, me puso sus cascos y me pidió que bailara. Me animó, corrigió mis movimientos; ella, maestra en su especialidad, y yo la obediente discípula. Empecé a beber Fanta, y dejé que ella me indicara el camino. En Brindisi tomamos el ferri y vimos las olas alzándose contra la lluvia.

Al llegar a Grecia volvimos a subir al coche, cruzamos el país, dormimos en pequeños hoteles y pensiones. Allí regresó por fin su ligereza y alegría. Llegamos a Tesalónica y nos quedamos en la ciudad tres días. Tomamos helado, blanco o amarillo. Allí también se atrevió a probar una bola de helado de frambuesa... Hasta entonces el rojo había sido tabú. Yo me sentía orgullosa mientras la veía superar su miedo.

En Turquía volvió a empezar a hacer preguntas. Esta vez le respondí con sinceridad, sus preguntas ya no me daban miedo.

Cuando llegamos a la costa del mar Negro rompió a llorar, y tuve que parar el coche en una gasolinera. Salió corriendo, se encerró en el baño y me tuvo una hora esperándola.

La dejé con su pena. Su pena por las fronteras, que de pronto volvían a ser visibles, por la coloración oscura del mar Negro. La dejé con su pena porque pronto íbamos a alcanzar nuestro destino que, como yo sabía ahora, no era el mismo que cuando salió de su hotel de *Ámsterdam*.

El paisaje cambió delante de nuestras ventanas. El agua cambió. Las bahías, las calles, las personas eran otras. Las casas y los olores. Nosotras cambiamos, sin poder expresarlo con palabras. Desde Hopa cruzamos la frontera georgiana, y empezamos a serpentear por las carreteras de montaña, nos perdimos entre los barrancos, emergimos de nuevo, recorrimos avenidas de bambús y de pinos y llegamos por fin a Batumi. Al llegar allí, cogimos una habitación y paseamos, bajo una luna de un amarillento enfermizo, hasta la playa, que, sorprendentemente, estaba desierta. Nos sentamos y empezamos a tirar piedrecitas al agua. Teníamos miedo de admitir que el final de nuestro viaje nos inspiraba temor.

—¿Cómo es? —me preguntó al cabo de un rato.

—¿Cómo es qué?

—Volver a estar aquí. ¿Sientes algo?

—Aún necesito un rato, no tengo sentimientos por este lugar.

—¿Cuánto tendremos que viajar mañana?

—Si salimos temprano, estaremos allí a primera hora de la tarde, o al atardecer.

—¿Y cuánto tiempo te vas a quedar?

—Todavía no lo sé. Tengo que...

Enmudecí. Sabía que ella sabía, exactamente igual que yo, que ya no *tenía que nada*. Que todo *tener que* se había alejado de mí desde que me había sentado con ella en el coche. Que mi vida tenía lugar en el aquí y él ahora, con ella a mi lado, en mi coche, por esas carreteras. Pero, como siempre, también esta vez enmudecí. No lo lograba. Mi miedo a lo que ella despertaba en mí aún era demasiado grande.

A primera hora de la tarde llegamos a Tiflis.

*Busqué, ah, la tumba de mi amada preguntando por doquier:
¿Quién sabe dónde?*

*A menudo lamento entre lágrimas la cuita de mi corazón:
¿Dónde estás, mi querida Suliko?*

AKAKI TSERETELI

Me quedé dos semanas en la Casa Verde. Me dejé mimar por mi madre y jugué al backgammon con Aleko. Paseé arriba y abajo por la colina. Busqué a los fantasmas junto al cerezo. Pero no subí al desván, cuya entrada estaba bloqueada por una puerta siempre cerrada. Fui a la ciudad, me senté en los cafés y restaurantes recién abiertos, vagué sin rumbo por las calles. Ya no quería oír todo lo que la ciudad tenía que decirme, y me guardaba para mí todo lo que quería confesarle. Pregunté por las personas que había conocido antaño. Miré dubitativa a mi alrededor. Ya no me dejaba enredar en conversaciones de política con Aleko, que opinaba que el país se encontraba en vías de mejora, que el nuevo presidente defendía los valores occidentales, que su joven gabinete tenía el empeño de desprender a Georgia de Rusia de una vez por todas y encaminarla hacia Europa.

Pasé por los lugares por los que había pasado antes, busqué las calles y los edificios que me habían resultado familiares y ya no lo eran.

Tan solo en las horas con Brilka, por las noches, cuando bailaba algo para mí, cuando comíamos juntas, cuando me enseñaba algo que era importante para ella, cuando me despertaba por la mañana y me contaba mil cosas..., entonces me sentía en casa.

Una noche, marqué el número que aún conservaba en la memoria, y reconocí enseguida la voz de Lana. Necesitó un rato para comprender quién la estaba llamando, y luego empezó a decirme lo mucho que me había echado de menos y lo estupendo que era volver a oír mi voz. Al parecer, ya no representaba ningún peligro para su hijo. Los kilómetros y los años que había entre nosotros le daban a ella suficiente seguridad. Cuando por fin le pregunté por Miro, empezó a decirme lo ocupado que estaba, me dictó su número de móvil y me invitó a comer, cosa que yo rechacé cortésmente. Por supuesto,

era fácil quererme de lejos. Le llamé, y quedamos en vernos al día siguiente en un café de la ciudad vieja.

Estuvo distante desde el principio, exhibía la llave de su coche con aire de importancia y olía a un perfume desconocido. Desde el primer instante habló tan solo de su trabajo, dirigía una pequeña constructora a la que le iba fantástico, porque el mercado inmobiliario estaba en ese momento experimentando un *boom*. Habló de sus viajes y de su vida dedicada de lleno al trabajo, en la que parecía haber de todo excepto la vida misma. No me preguntó nada, como si tuviera miedo a que pudiera contestar algo que le hiciera perder el equilibrio. Algo que hubiera podido poner en tela de juicio la estampa de ese hombre feliz, incommovible. Pero en algún punto, cuando ya no soporté más todo aquel espectáculo, le toqué con cautela la mano y le pregunté qué tal le iba.

—Acabo de decírtelo —respondió él con una sonrisa nerviosa.

—¿Todas esas tonterías que me has contado? Te he preguntado qué tal te va, Miro. Puedes esforzarte cuanto quieras para que te vea como a un extraño, pero yo nunca lo sentiré así.

—No me esfuerzo en...

—Pensaba que tendría mil preguntas que hacerte, pero ahora me siento como si no tuviera ninguna.

—Entonces, todo bien.

—Solo quería verte, saber cómo te va. No estoy aquí para echarte nada en cara.

—¿Por qué ibas a echarme nada en cara?

—¿Quizá porque besaste a mi inestable hermana? ¿Quizá porque me dejaste irme sola en un tren que íbamos a tomar juntos? ¿Quizá porque me has hecho mucho daño?

—Y ya volvemos a empezar con los reproches... Vamos a dejarlo.

—¿Dónde fuiste después de bajar del tren, Miro?

Por un momento me miró directamente con sus grandes ojos, y durante un instante pensé que vería brillar algo familiar en ellos, pero luego su rostro volvió a adoptar esa expresión neutral e inexpresiva, y bajé la mirada.

—¿Qué pasa con la película? —le pregunté, antes de levantarme de la mesa.

—¿Qué película?

—¿Qué película? —repetí, incrédula.

—Ah, esa película. Oh, Dios, Niza, ¿en qué época vives?

—¡Haz el favor de darme una respuesta!

—El material quedó dañado. Sin duda, el lugar donde se almacenaba era demasiado húmedo. La mayor parte quedó irreparablemente destruida.

Dos días antes de mi partida, visité con Brilka la tumba de Christine, Stasia, Kostia y Daria. Nos sentamos a la sombra de una encina y miramos las lápidas. Yo estaba bebiendo una cerveza fría, y Brilka daba sorbitos a una botella de Fanta. Hacía calor, y reinaba el vacío y el silencio a nuestro alrededor.

—No quiero quedarme aquí —dijo ella de pronto, y tiró de una brizna de hierba.

—Pero tienes que volver al colegio, y seguir con el curso de baile, y...

—Llévame de vuelta contigo.

Aunque hacía mucho que conocía la respuesta correcta que hubiera debido seguir a esa pregunta, guardé silencio.

—Encontraré la forma de conseguir los derechos de Kitty.

Luchaba consigo misma, con su orgullo, con el miedo a una nueva decepción, y sin embargo se superaba, porque, a diferencia de mí, ella era valiente.

—¿Me escribes una historia?

—¿Qué clase de historia?

Me hice la tonta. No podía confesarle que había leído su cuaderno. No podía arriesgarme a que ella me odiase.

—Sobre Kitty y todo aquello. Voy a hacer sobre eso mi pieza de baile.

—No puedo.

—¡A veces te odio! —gritó, y se puso en pie de un salto—. Entonces vete. ¡Desaparece! ¡Dejadme todos en paz!

En un segundo, había empezado a chillar como una histérica.

—Brilka, necesitas a gente que se ocupe de ti, necesitas estructuras y una vida cotidiana segura, y yo no puedo darte todo eso. Ya tengo suficientes problemas por mí misma. Ya has visto cómo vivo. ¡Brilka, por favor, mírame!

—¡Dilo de una vez, dilo! ¡Admítelo! No sigas mintiéndome como mientes a todos, a Aman y a tu madre y a Aleko y al mundo entero, incluso a ti

misma..., ¡y probablemente también a mi madre! —me escupió a la cara, ardiendo de ira.

—¿Qué quieres que diga? ¿Qué es lo que tengo que admitir, Brilka?

—Que no quieres estar conmigo. No eres ni un poquito mejor. Eres incluso peor que todos los otros. Mucho peor. ¡Al menos di que no me quieres, que nunca me has querido!

—Pero Brilka, eso no es cierto... ¡Alto, espera!

Eché a correr entre las fosas. Corrí tras ella.

—¡Vuelves a mentir! Déjame en paz. Lárgate. Vete. ¡Todo lo que quería ha salido mal!

—¡Brilka, para!

Quería ocultarme sus lágrimas. Yo no soportaba su llanto. Ni mis mentiras. Deseaba tanto poder darle otra cosa que no fueran mis demoleadoras respuestas. Pero tenía tanto miedo de que ella me despertase a la vida..., sin saber que hacía mucho que ya lo había hecho.

El día en que fui al aeropuerto —le dejé el coche a Aleko, ya no iba a soportar el largo viaje de vuelta—, Brilka no apareció por ninguna parte. No me despedí de ella.

Soy un libro y no puedo leerme a mí mismo.

BARNARD

Otra vez en Berlín, intenté regresar a mi antigua vida durante diez días exactos. Luego, cuando me di cuenta con dolorosa claridad de lo absurdo de mi proyecto, dejé de intentarlo.

Abandoné mi puesto de trabajo. Cancelé el contrato de mi casa. Me despedí del taller. Alquilé un sótano y metí en él todas mis pertenencias. Le pedí a Severin un sitio donde dormir durante unas semanas. Escribí un e-mail a Aman en el que le pedía perdón y le prometía explicárselo todo en cuanto me fuera posible. Todo lo que me impedía hacer y mantener una promesa.

Fui a las tabernas, almacenes y domicilios privados en los que se jugaba al póker y reuní dinero. A principios de octubre, había arañado lo bastante para volar a Inglaterra.

—Sabía que volvería.

Con esas palabras me abrió Guiorgui Alania la puerta.

—Cuénteme todo aquello que recuerde, todo lo que tenga que ver con usted y con mi familia. Si no tiene inconveniente, me gustaría grabarlo.

Con estas palabras le saludé.

Lo hizo. Y me quedé una semana con él.

Luego, fui a Londres y me cité con Amy en unos apartamentos residenciales en Notting Hill. Alania nos había puesto en contacto.

Me acompañó a la fundación. Les expliqué mi deseo a ella y a los colaboradores de la fundación. Con la ayuda de Alania y de Amy y, naturalmente, porque Brilka era uno de los pocos descendientes vivos de Kitty Dzhashi, no tardé en recibir una respuesta afirmativa. Se aclararon las cuestiones jurídicas, y se negociaron los contratos: desde ese momento, Brilka Dzhashi podía emplear las canciones de Kitty Dzhashi en las piezas de baile y coreografías que deseara, y obtenía además los derechos en exclusiva para hacerlo.

Luego fui a Viena, alquilé una pequeña habitación y empecé a escribir. Cuando se me acabó el dinero, busqué y encontré los lugares en los que se jugaba al póker. Me quedé un par de meses en Viena, luego cogí mis cosas y volé a San Petersburgo. También allí alquilé una habitación, escribí y jugué.

Nadie sabía dónde estaba. No llamé a nadie, no le di a nadie mi dirección, no hice amistades y solo visité aquellos lugares que tenían relevancia para la historia que debía contar.

Tampoco me comuniqué con Brilka.

Desde San Petersburgo cogí el tren a Moscú. En el octavo piso de un rascacielos venido a menos, seguí escribiendo la historia. Guiorgui Alania resultó ser una gran ayuda también para las investigaciones en Moscú. Me puso en contacto con antiguos colegas y amigos que llenaron mis lagunas y buscaron conmigo las respuestas, me abrieron sus archivos.

De Moscú regresé a Berlín, donde me reuní con el especialista en Europa del Este, le hablé de mi proyecto y le pedí acceso a su archivo personal.

Accedió.

Luego estuve en Praga. De Praga, otra vez a Moscú. De Moscú, otra vez a Londres.

Mi viaje duró algo más de un año. Durante ese tiempo, pensé todos los días en Brilka. En mis pensamientos hablé con ella sin cesar. Pasé un año escribiendo día y noche y viviendo por medio de las palabras y con una maleta; repartía aquellos días y aquellas noches entre las mesas de juego y las de escribir, cambiaba de una habitación desconocida a la siguiente. Poco a poco, fue surgiendo una cierta calma. Mientras escribía, me vi obligada a redescubrir mis sentimientos. Como las personas que vuelven a aprender a caminar o hablar después de un grave accidente.

Algo más de un año después de haber cruzado la frontera georgiana con Brilka, terminé mi libro. El libro de Brilka. Poco antes de volver a Berlín, con el manuscrito terminado en la mano, me llegó la noticia de la muerte de Alania. Amy me había escrito. La última voluntad de Alania había sido ser incinerado y que sus cenizas fueran echadas al viento en la bahía en la que Kitty Dzhashi se había lanzado al agua para no regresar. Viajé a Seven Sisters. Allí, de pie en la playa, entre los acantilados, sentí por vez primera desde hacía años algo parecido a la confianza.

Fui al club de jazz de Berlín en el que Los Barones seguían actuando. Escuché la *jam session* con los ojos cerrados. A la luz somnolienta de los focos, las mejillas de Aman ya no parecían tan caídas como antes, y tampoco sus ojos parecían ya vagar sin rumbo.

Después de su actuación, lo intercepté en la salida trasera, conocía sus costumbres. Cuando salió y se puso un cigarrillo en la boca, le tendí un mechero.

—Volveré pronto —dije.

—¿Cómo que volverás pronto? Estás delante de mí.

—Vuelvo a irme dentro de tres días, pero regresaré y me quedaré.

—Tienes buen aspecto, Niza.

—Sí, me va bien. Tú también tienes buen aspecto. Oye, ¿es algo serio?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, tu camisa, tu colonia... Hay alguien detrás de eso. O sea, ¿es algo serio? Eh, vamos, no esperaba que me fueras fiel.

—¿Es importante para ti si es algo serio?

—Nunca respondiste a mi correo.

—Y tú nunca me respondiste a mí.

—Cierto, tienes razón. No te he contestado. Pero no he contestado a nadie.

—Me alegro de verte —murmuró, y me pasó el brazo por los hombros.

Apreté la cabeza contra su mandíbula, y nos quedamos un rato así.

—Todavía te debo una respuesta. Por favor, ven a visitarme cuando vuelva.

Escribí mi nueva dirección en Friedrichshain en su cajetilla de cigarrillos y se la di. La cogió titubeando. De pronto, se echó a reír y movió la cabeza.

—Sí, aún me debes mucho.

—Siempre pago mis deudas.

Le sonreí y empecé a alejarme de él caminando de espaldas.

—Eh, ¿adónde vas?

—Te he dicho que volveré.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—Ya conozco tus «pronto», la última vez duró más de un año. Si todavía estoy aquí...

—Bueno, esta vez tendré que correr el riesgo.

2007

Llegué a Tiflis al amanecer del 7 de noviembre. Dos días antes, Brilka había cumplido catorce años. Cogí un taxi y fui a la Casa Verde. Nadie me esperaba. Nadie estaba al tanto de mi llegada. Subí los escalones de la casa, me senté en el porche. Aún hacía frío, pero no me importó. Aguardé a que la casa y sus habitantes despertaran, viendo cómo el turbio día de noviembre se volvía, titubeante, más luminoso.

Poco después de las ocho, oí dentro los pasos de Elene y llamé a la puerta. Lanzó un grito al verme, me echó los brazos al cuello y llamó a Aleko. Apenas me atrevía a preguntar por ella, pero Elene me dijo enseguida que Brilka estaba en casa de los padres de Lasha, porque se esperaba nieve. Tendría que quedarse allí toda la semana, debido al largo camino hasta el

colegio. («Oh, Dios, se va a volver loca cuando se entere de que estás aquí. Habla tanto de ti, Niza. Está tan alta, no vas a creerlo. ¡Pero tan viejuna y descarada como siempre!») Mientras ella hacía café y yo daba dos besos a Aleko, Elene preguntó dónde me había metido todo ese tiempo y por qué no había dado señales de vida. Que si había vuelto a sumergirme en mi trabajo.

—Sí, pero esta vez se trata de una clase de trabajo un poco distinta. Voy a ir a la ciudad a buscar a Brilka en el colegio. ¿Mi coche aún funciona?

—Sí, aún aguanta como un jabato. Lo he puesto a punto yo mismo —me explicó Aleko, cuya barba ya era nívea.

—Tienes que tener cuidado en la ciudad, Niza, las elecciones serán pronto y hay manifestaciones todos los días —le interrumpió Elene.

—¿Manifestaciones? ¿Contra qué?

—Bueno, contra el Gobierno, contra el presidente, ¿contra quién si no? —Elene volvió los ojos al cielo ante mi pregunta, al parecer idiota.

—¿Sí? Pensaba que era la gran esperanza...

—Sí, eso pensábamos todos. Solo que ya no hay una oposición que funcione en este país. El paro no ha bajado ni un poco. Sí, hay reformas y reestructuraciones, pero el dinero sigue fluyendo a los bolsillos de algunos, ¿para quién era todo esto, se pregunta uno? ¡Este país no consigue la paz, Niziko!

—Iré a la ciudad, la recogeré y volveré aquí. No tengo intención de ir a las manifestaciones.

—La policía ha hecho un gran despliegue. Incluso se teme una escalada de altercados.

—De camino hacia aquí todo estaba muy tranquilo. He venido bien —objeté.

—La gente todavía duerme. Ya sabes que en este país se necesita dormir bien antes de hacer una revolución. Sin sueño suficiente no hay ni manifestaciones ni derrocamientos —comentó Aleko, pasándome el brazo por los hombros.

Nos tomamos el fuerte café de Elene. Escuché cómo Aleko refunfuñaba sobre el Estado, el presidente, la dirección autoritaria y la triste incapacidad de Georgia para tomar el camino correcto, y luego me senté en mi coche, con el que Brilka y yo habíamos cruzado el continente. Volví a la ciudad, al colegio de Brilka, por las carreteras barridas por el viento. Al llegar, fui directamente al edificio del colegio y busqué la clase de Brilka. La profesora

me dijo que hoy no había ido a clase. Y que, de todos modos, era algo frecuente que faltara.

Salí y fui a casa de los padres de Lasha, a Didube.

La anciana pareja de médicos me ofreció café y bollos. El tiempo se había detenido en aquella casa. Se veía que los ingresos no alcanzaban por ninguna parte. En una habitación estrecha y alargada descubrí los rastros de Brilka, ropa de cama amarilla, unos cuantos pósteres de bailarines en las paredes, viejos discos de Kitty y tres pares de cascos. Mi corazón comenzó a latir desbocado. Pero ella no estaba. Se había puesto en camino hacia el colegio, como siempre, con su cartera a la espalda. Llamé a la Casa Verde y pregunté por sus amigos, por la dirección de su escuela de baile, por los lugares por los que andaba y podía estar matando el tiempo. La busqué durante todo el día y llamé a los números de teléfono que Elene me había dado. Nadie sabía nada de nada, la mayoría parecía no mantener una relación demasiado estrecha con ella.

Aleko vino a la ciudad en el coche del vecino. Por teléfono, me había dicho en voz baja —no quería que Elene le oyera— que quizá Brilka había ido a la manifestación. Eso le pegaría mucho, dijo, a pesar de todas las advertencias por su parte. Hoy había dos grandes marchas de protesta, yo iría a una, él la buscaría en la otra. Debía ir a la avenida Rustaveli; allí, delante del Parlamento, estaba convocada la primera manifestación. Él, a la plaza de los Héroe, al edificio principal de la emisora pública. De nuevo el tiempo se detenía para mí. Otra vez tenía que volver atrás, pero ahora para avanzar.

Las calles empezaban a llenarse. Se oían sirenas, los coches de policía pasaban corriendo a cada minuto. Volví a ver a las masas desfilando con pancartas y banderas y lanzando eslóganes, las oí rugir. Y me quedé atascada y maldije. Mi preocupación por Brilka me abrumaba. Conseguí aparcar el coche en un lateral, bajé y continué mi camino a pie.

Fui en dirección a la avenida Rustaveli, al edificio del Parlamento y a mi antiguo colegio. Volvía a ir sola allí. Con la multitud se mezclaban cada vez más policías y fuerzas de seguridad. Vi las porras bamboleándose contra sus muslos. Vi las porras en sus manos, vi las máscaras antiguas colgando de sus cinturones. Empezó a llover. Alguien gritó que la policía había asaltado la emisora de la oposición y aporreado a los periodistas. La multitud empezó a correr como loca. Yo aceleré mis pasos, buscando a Brilka, llamándola. Me sumergí entre la marea de gente, volví a emerger, me escapé de ella, volví a

abrirme paso hacia su interior. Tenía que encontrarla. Todo lo demás me daba igual.

Te busqué con todos los sentidos, Brilka. Con todos los sentidos quería encontrarte. Porque había vuelto, y tenía tus canciones, y había escrito tu libro.

No sabía si, a tu edad, estarías preparada para todas esas historias, me lo había preguntado tantas veces a lo largo de aquel año, pero no me quedaba más remedio que ser tan despiadadamente sincera contigo como tú lo habías sido conmigo. Sé que cualquier otra cosa hubiera sido imperdonable, Brilka. Me atreví a imponértelo. No debes volver a tener miedo, ni del rayo ni del trueno ni de la desgracia ni de la muerte. He escrito contra esa maldición. He intentado limpiar tu camino de todos los obstáculos y trampas con los que es posible tropezar y caer. Y aun así tropezarás, caerás, pero yo estaré allí, para ayudarte a que te levantes lo mejor que pueda. Desde ahora estaré allí, el resto de mi vida. Y esa es la única promesa que puedo hacer a alguien. Y te la hago a ti.

Corrí hacia ti, Brilka. No sabía dónde te encontrabas, pero sentía que estarías cerca, y ningún gas lacrimógeno, ninguna porra, ningún fusil podrían impedirme proseguir tu búsqueda.

Sabía que iba a encontrarte, Brilka. Porque te debo la respuesta a la pregunta de si quieres venir conmigo, a Viena, a Berlín, me da igual, lo principal es que sea conmigo. Si sigues necesitando mi ayuda. Si sigues queriendo bailar por la vida, contando una vida ajena. Estoy aquí para preguntarte si puedes perdonarme que no quisiera ni pudiera ofrecerte antes un hogar, cuando más lo necesitabas.

No pude retenerte conmigo, he fracasado y te he llevado a un falso objetivo. No pude recoger tu soledad, no pude darte la confianza que habrías encontrado, la que buscabas. Te he ocultado que, para mí, eres la niña más especial del mundo.

Sí, Brilka, te busqué para decirte todo eso, para preguntarte todo eso.

Porque debo estas líneas a un siglo que estafó y engañó a todos, a todos los que tenían esperanza. Debo estas líneas a una larga y duradera traición que cayó como una maldición sobre mi familia. Debo estas líneas a mi hermana, a la que nunca pude perdonar que aquella noche saliera volando sin alas, a mi

abuelo, al que mi hermana arrancó el corazón, a mi bisabuela, que bailó un *pas de deux* conmigo cuando tenía ochenta y tres años, a mi madre, que buscaba a Dios... Debo estas líneas a Miro, que me infectó de amor como de un veneno, debo estas líneas a mi padre, al que nunca pude conocer de verdad, debo estas líneas a un fabricante de chocolate y a un primer teniente blanco y rojo, a la celda de una prisión, pero también a una mesa de operaciones en medio de un aula, a un libro que nunca habría escrito si no hubieras llegado a mi vida. Debo estas líneas a las infinitas lágrimas vertidas, me debo estas líneas a mí misma, que abandoné la patria para encontrarme, y me perdí cada vez más; pero, sobre todo, te debo estas líneas a ti, Brilka.

Te las debo porque mereces la octava vida. Porque dicen que el número ocho equivale a la eternidad, al eterno retorno. Te regalo mi ocho.

Nos une un siglo. Un siglo rojo. Para siempre y ocho. Estás en él, Brilka. He adoptado tu corazón. He tirado el mío. Acepta mi ocho.

Gritos a mi alrededor. Vi a los policías lanzarse sobre unos manifestantes que gritaban. Olí el gas lacrimógeno, volvía a estar delante de mi antiguo colegio. Volvía a ver salpicar la sangre, a un joven caer al suelo, a hombres enmascarados en negro, armados, precipitándose sobre él. Pero mis ojos no retenían aquella imagen, solo te buscaban a ti y a nadie más.

Y de pronto me detuve. Me acordé del chiste, el chiste que no lo era y que Christine me había contado el día en que la había visto con vida por última vez, hacía exactamente dieciocho años. Te he prometido que te lo contaría cuando llegara el momento. Ahora es ese momento:

Dante va por el purgatorio. Delincuentes y malvados criminales arden entre tormentos en un enorme fuego, algunos de ellos están a punto de ahogarse en un mar de sangre. A lo lejos se ve a un hombre que solo está sumergido en sangre hasta las rodillas. Él se acerca, reconoce a Lavrenti Beria^[6] y le pregunta: «¿Cómo es que a tu alrededor no cubre, Lavrenti?». Y Beria le responde, con una taimada sonrisa: «¡Estoy sobre los hombros de Iósif Stalin, señor!». Y, aunque aquel chiste no lo era, Brilka, en ese momento no pude evitar reírme. Entonces, cuando estaba con una pierna dentro del edificio de la escuela, intentando sostener a Christine, no pude reírme. Pero esta vez lo hice.

Estaba allí riéndome como una loca, igual de histérica que Christine entonces, porque también yo sentía, como ella, la confusión enorme de las décadas. Vi a Christine pasar corriendo delante de mí sin su velo, vi a Kostia saludarme desde lejos, vi incluso a Tiburón limpiando orgulloso su arma y preparándose para ir a la guerra que no se iba a ganar, nunca, en ninguna parte. Vi a Kitty de pie en Praga, en la plaza Wenceslao, y la oí cantar. Vi bailar a mi bisabuela. Vi la rodilla rasguñada de Miro, con pantalones cortos, en un patio de juegos vacío. Me vi bajar corriendo la ladera de la Casa Verde. Vi un momento, entre esa multitud, la bata de Thekla y oí los pasos de Soppio Eristavi detrás de mí. Creí ver más adelante a Ramas en medio de la multitud rugiente, Guiorgui Alania también tenía que estar aquí, Ida quizá, e incluso Mariam, y me pareció oler el aroma del chocolate caliente, pero esta vez sabía que no tendría ese efecto supuestamente tan amenazador. Porque yo había encontrado el antídoto para el conjuro: a ti, Brilka, y estaba segura de que también tú encontrarías el tuyo, el que volvería inocuas todas las maldiciones. Creí palpar uno de los ángeles de madera de Andro Eristavi en el bolsillo de mi abrigo. Oí a Misha Eristavi correr detrás de la multitud. Sí, estaba segura de que también Daria estaba allí. Allí, en alguna parte, no lejos de mí.

Había dejado atrás la avenida Rustaveli y me había detenido en la plaza de la Libertad, allá donde había estado el monumento a Lenin y ahora era San Jorge el que se alzaba sobre una columna. La multitud llenaba la plaza, afluía como una corriente imparable desde todos los puntos cardinales.

Yo no me detuve. Te buscaba a ti.

Y, cuando llegué al ayuntamiento, ahí, en el rincón, te vi por fin, Brilka. Te vi inmóvil observando a la gente, como si fueras una espectadora de una película de ciencia ficción. Te vi al fin, Brilka, y te llamé entre la multitud, por encima de ella. Me daba igual que pudieras oírme o no, porque te había encontrado, e iba a abrirme paso hasta ti a través de los últimos metros.

Hacía dieciocho años, yo me había escondido temblorosa en el edificio de una escuela, llena de miedo y desesperanza, pero tú, Brilka, con tus ojos negrísimos, lo mirabas todo con serenidad. Sabías que ibas a aguantar, que no ibas a caer, que ibas a seguir impávida tu camino, se volviera la hoja como se

volviera y soplara el viento por donde soplara. Y en ese instante supe, con más seguridad que nunca, que tú eres la niña mágica. Sí, lo eres. Así que atraviesa el cielo y el caos, atraviésanos a todos nosotros, atraviesa estas líneas, atraviesa el mundo de los fantasmas y el mundo real, atraviesa la inversión del amor, de la fe, acorta los centímetros que siempre nos separaron de la felicidad, atraviesa el destino que no fue.

Atraviésanos a ti y a mí.

Sobrevive a todas las guerras. Cruza todas las fronteras. Te dedico todos los dioses y todas las coronas de flores, todas las quemaduras, todas las esperanzas decapitadas, todas las historias. Atraviésalas. Porque tienes los medios para hacerlo, Brilka. El ocho, piensa en él. En esa cifra quedaremos enredadas para siempre y podremos oírnos la una a la otra a través de los siglos.

Tú podrás.

Sé todo lo que fuimos y no fuimos. Sé un teniente, una funambulista, un marinero, una actriz, una cineasta, una pianista, una amante, una madre, una enfermera, una escritora, sé roja y blanca o azul, sé caos y cielo y sé ella y yo y no seas nada de eso pero, sobre todo, baila innumerables *pas de deux*.

Te he escrito todas las palabras que poseía.

Y, de pronto, tu mirada se volvió hacia mí. Reconociste mi rostro entre la multitud. Entornaste los ojos como si vieras un espejismo, pero yo seguía allí cuando los abriste. Diste un paso adelante, saliendo de tu mundo mágico, entraste a esta fea realidad. Hacia mí. Por mí. Así que aún podía tener esperanza. No logré distinguir exactamente qué era lo que se dibujaba en tu rostro, pero por ahora tus pasos me servían.

Nos faltaban tan solo unos metros, unos minutos, pero ¿qué importaban, qué eran ya, si habíamos atravesado un siglo entero juntas? Tus labios formaron mi nombre, y yo asentí: Sí, sí, aquí estoy. Voy a estar contigo enseguida. Entonces te vi sonreír, alzar la mano y tendérmela desde lejos.

Y, viendo todo esto, pensé que ya había soñado esta vida una vez, en algún sitio, en algún momento.

Unos segundos más, y nos encontramos.

VIII. Brilka

Notas del traductor

[1] Típica sopa de verduras rusa.

[2] Propietarios de explotaciones rurales de tamaño mediano, con trabajadores empleados.

[3] Salsa típica georgiana, hecha a base de pimiento, ajo y especias.

[4] «He llegado hasta aquí. Buscando los fantasmas que prometiste... que nos esperarían. Pero no están, igual que tú, se han ido muy lejos. Así que ando por la ciudad de los fantasmas, simplemente hacia delante, preguntándome: ¿debería seguir, debería empezar, debería desear o debería morir? Porque tú no has llegado tan lejos como yo...»

[5] Cariño.

[6] Jefe del servicio secreto soviético durante la peor época de purgas del estalinismo. Se trata del «Pequeño Gran Hombre» de la novela.

Mágica como *Cien años de soledad*, intensa como *La casa de los espíritus*, monumental como *Ana Karenina*.



«Nino Haratischwili es una de las voces más importantes de la literatura alemana.»

Die Zeit

Georgia, 1917. Stasia, la hija de un exquisito fabricante de chocolate, sueña con ser bailarina en la Ópera de París pero, recién cumplidos los diecisiete años, se enamora de Simon Iachi, oficial de la Guardia Blanca. La revolución que estalla en octubre obliga a los enamorados a contraer precipitadamente matrimonio.

Alemania, 2006. La biznieta de Stasia, Niza, lleva varios años viviendo en Berlín y huyendo de la dolorosa carga del pasado familiar. Cuando Brilka, su sobrina de doce años, aprovecha un viaje a Europa para fugarse de casa, Niza deberá encontrarla para llevarla de vuelta al hogar. Es entonces cuando decide enfrentarse al pasado (el suyo, el de su familia) y escribir, para ella y para Brilka, la historia de las seis generaciones que las precedieron.

De Londres a Berlín, de Viena a Tiflis, de San Petersburgo a Moscú, el apasionante destino de los miembros de esta familia georgiana se entremezcla con el de la convulsa historia del siglo xx. El resultado es una de las novelas más potentes y memorables de los últimos años.

Sobre la autora

Nino Haratischwili nació en Tiflis, Georgia, en 1983 y vive en Alemania desde 2003. Además de novelista, es también dramaturga y directora de teatro. *La octava vida (para Brilka)*, su tercera novela, está siendo traducida a varios idiomas y se ha convertido en el título revelación del año. Entre los galardones que ya ha recibido destacan el Premio Anna Seghers y el Literaturpreis des Kulturkreises der deutschen Wirtschaft, ambos en 2015, y el Premio Bertolt Brecht de 2018. Además, la obra ha sido aclamada por los dos principales medios en alemán, *Der Spiegel* y *Frankfurter Allgemeine Sonntagzeitung*, como la mejor novela del año.

Título original: *Das achte Leben (Für Brilka)*
© 2014, Frankfurter Verlagsanstalt GmbH, Frankfurt am Main
© 2018, Carlos Fortea, por la traducción
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Este libro ha sido publicado con la ayuda económica del Goethe-Institut.



ISBN ebook: 978-84-204-3325-7

Adaptación de la cubierta original de Frankfurter Verlagsanstalt: Penguin Random House Grupo Editorial

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com



megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[La octava vida \(para Brilka\)](#)

[Agradecimiento](#)

[Dedicatoria](#)

[Árbol genealógico](#)

[Cita](#)

[Prólogo o La partitura del olvido](#)

[I. Stasia](#)

[II. Christine](#)

[III. Kostia](#)

[IV. Kitty](#)

[V. Elene](#)

[VI. Daria](#)

[VII. Niza](#)

[VIII. Brilka](#)

[Notas del traductor](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)